

S. 3. 16. 5. 8. 4. n. 953

LOS MONFÍES

DE LAS ALPUJARRAS

NOVELA ORIGINAL

DE

Don Manuel Fernández y González.

TOMO I

IMPRENTA
de
EL DEFENSOR DE GRANADA
1902

*Figura en el catálogo
6913
con 3*

LOS MONJES

DE LAS ALPUJARRAS

NOVELA ORIGINAL

Don Manuel Fernández y González.

TOMO I

the wall

u
t
C
p
p
C
d
a
p
a
l
á
l
E
r

Los Monfies

PRIMERA PARTE

Los amores de Yaye.

CAPITULO I.

EL EDICTO DEL SEÑOR EMPERADOR.

El día 30 de mayo del año de 1546, una inmensa multitud de gentes de todas clases y condiciones, llenaba en Granada la estrecha plazuela comprendida entre la Capilla Real, sepulcro de los Reyes Católicos, la Casa de la Ciudad y las desembocaduras de algunas callejas, que desde aquel punto conducen al Zacatín, á la plaza de Bib-al-Rambla, y á la parte alta de la ciudad.

Entre aquella multitud abundaban los pintorescos trajes de los moriscos, á los que se mezclaban los justillos y las calzas castellanas, y los coletos de ambar y los castoreños con plumas de los soldados de los tercios viejos del rey.

Notábase cierta cuidadosa ansiedad en los rostros de los moriscos y una insolencia punzante en los de los castellanos que se mezclaban con ellos; según todos los indicios y á juzgar por ciertas particularidades de que vamos á ocuparnos, debía prepararse algún acontecimiento importante.

Las particularidades que acabamos de indicar, eran las siguientes:

El gran balcón de la Casa de la Ciudad, estaba cubierto por una rica colgadura de terciopelo carmesí con franja y rapacejos de oro, y en su centro se veía bordado en realce el blasón de las armas reales de España y Austria, sostenido por un águila de dos cabezas, coronada, y tendidas las alas; en el centro del balcón y tendido sobre la balaustrada, se veía un pendón rojo de dos puntas, blasonado con las armas de los Reyes Católicos, pendón real que se había tremolado en la torre de la Vela de la Alcazaba de la real fortaleza de la Alhambra, el día de la entrega de Granada, que los Reyes Católicos habían dejado como una inapreciable prenda á la Ciudad, y cuya sola vista hacía palidecer los semblantes y arrasarse de lágrimas los ojos de los moriscos, á consecuencia de los tristísimos recuerdos que avivaba la vista de aquel pendón en su memoria.

Ultimamente, una compañía de alabarderos, con su capitán Rodrigo de Monforte á la cabeza, formaba en cuatro filas delante de la puerta de la

Casa de la Ciudad, y á través de los soldados se veían en el extenso patio, cuyas galerías estaban entonces sostenidas por arcos y columnas árabes, los abigarrados colores de las dalmáticas de los reyes de armas de la Ciudad, los sombreretes de canal con pluma y los negros ferreuelos de los alguaciles, los escuderos del señor corregidor y de los señores veinticuatro ó regidores perpetuos, teniendo los caballos de sus señores del diestro, y por último, los timbaleros y trompeteros de la Ciudad á caballo.

Allá en un rincón podía verse también una persona de apariencia abyecta, vestida de negro, con la cabeza descubierta y aislada enteramente; una especie de mancha humana, con la que todos esquivaban ponerse en contacto; el último escalón descendente de la gradación social puesto en contacto con el verdugo.

Aquel hombre era el tío Gonzalvillo, pregonero jurado de la Ciudad.

Se trataba, pues, de un pregón.

Pero pregón que con tal solemnidad se preparaba, debía ser muy importante, y hé aquí la causa de la ansiedad de los moriscos, que todo lo temían de la mala fe que desde el momento después de la entrega de la ciudad de Granada, había usado con ellos la corona de Castilla, durante los reinados de los Reyes Católicos, de la reina doña Juana, su hija, y del emperador D. Carlos, su nieto.

Á cada momento llegaban caballeros, vestidos con arneses de corte, ginetes en caballos encubertados de gala y rodeados de pajes y escuderos.

A las once del día oyóse por la calleja que conducía á la parte alta de la ciudad son de timbales, y poco después desembocaron los músicos de la Real Chancillería, y sus reyes de armas á caballo; luego el señor presi-

dente, en una mula, con sus hábitos de arcipreste; después, en otras tantas mulas, los señores oidores, los señores alcaldes de Casa y Corte, y por último, una nube de negros ministros de justicia, ginetes en rocines.

Aquella cabalgata atravesó por medio del apiñado gentío, llegó á la puerta de la Casa de la Ciudad, apeáronse los señores de la Chancillería, y entraron por medio de la compañía de alabarderos, que se abrió, quedando fuera la comitiva, y se entraron en la sala capitular, cuya puerta estaba situada al fondo del patio: la multitud, comprimida por aquel cuerpo extraño que se le había incrustado, y apretada más y más por los nuevos curiosos que llegaban, no cabía ya en la plazuela y empezaba á rebosar por las tres callejas que á ella conducían; á las once y media la multitud tuvo que estrecharse más; por la parte del Zacatín se había escuchado de repente bélico son de clarines y atambores que batían marcha; una compañía de arcabuceros había entrado haciendo plaza, y en pos de ella, precedido por ginetes, el alférez mayor del reino y corte de Granada, llevando el estandarte real; luego el escudero del capitán general Don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, llevando su adarga; después los lacayos, palafreneros y demás servidumbre del marqués, vestidos de gala; por último, entre una nube de caballeros, capitanes y alféreces, el mismo capitán general sobre un caballo ricamente encubertado, con una banda roja bordada de oro sobre su arnés de corte, el bastón de mando en la diestra, llevando en la cabeza en vez del yelmo, como en señal de paz y confianza, un bonete de grana; seguidamente, empero, como muestra de que iba preparado á todo, cuatro escuderos, el uno de los cuales llevaba desnuda su ancha espada de combate, otro su yelmo de

encaje, otro su lanza de Milán, y otro su viejo escudo de guerra, que, aunque limpio y bruñido, se mostraba honrosamente abollado y remendado, señal clara de que había defendido á su dueño en más de una recia batalla; iban en pos los restantes servidores del marqués, y por último una compañía de piqueros.

Es de advertir que el ayuntamiento había dejado la posesión entera de la plazuela al pueblo, pero que, la Chancillería le había robado un buen espacio; que el capitán general había acabado de comprimirle, y que solo faltaba el Santo Oficio de la General Inquisición para desalojarle enteramente de ella.

El Santo Oficio no tardó en llegar con sus timbales, sus alguaciles, su pendón verde con la cruz dominica, sus inquisidores sombríos y hoscos, montados en mulas, sus familiares, y, por último sus soldados de la Fe.

El pueblo se vió obligado á extenderse fuera totalmente de la plazuela, rellenando las tres calles inmediatas: así pues el ayuntamiento, la Chancillería, el capitán general y la Inquisición, con sus ginetes y pendones, estaban sitiados, como acunados, por un pueblo inmenso.

Pero aquel pueblo estaba vencido y desarmado, y á pesar de que comprendía que todo aquel aparato era para imponerle nuevas condiciones, para romper más y más las honrosas capitulaciones de la conquista de Granada, cada uno de aquellos moriscos callaba, y temblaba de ansiedad y aun de miedo.

Dieron gravemente las doce en el cercano reloj de la Capilla Real; aun duraba la vibración de la última campanada, cuando se escuchó alto alarido de clarines y atronante redoblar de timbales y atambores; poco después la multitud que henchía la calleja que comunicaba con el Zacatín, fué

empujada y se puso lentamente en marcha; sucesivamente fueron saliendo de la plazuela los maceros y timbaleros del ayuntamiento; el pendón de la Ciudad, los regidores, el corregidor y los alguaciles; luego la Chancillería, después el capitán general, por último la Inquisición, y tras ella las tres compañías de alabarderos, arcabuceros y piqueros; la multitud que llenaba las otras dos calles se mezcló en la plazuela como dos ríos que confluyen en un punto y siguió lenta y tristemente aquella procesión, cuyos timbales y trompetas atronaban el espacio.

Las tiendas de los mercaderes moriscos del Zacatín se habían cerrado: las ventanas de los primeros pisos estaban engalanadas con tapices, como en honor del pendón real, del pendón de la Fe y del pendón de la Ciudad que pasaban debajo de ellas; pero en aquellas ventanas, aunque no estaban cerradas, no había una sola persona: la multitud estaba en la calle precediendo y siguiendo á las cuatro corporaciones que tan solemnemente atravesaban la Ciudad.

Al fin los primeros timbaleros desembocaron en la Plaza Nueva; esta plaza estaba llena ya de moriscos, cuyo número se aumentaba incesantemente con el interminable cordón de ellos que avanzaba por la calle de Elvira y por los que descendían por las avenidas del Zenete, de la Antequeruela y de la Carrera de Darro.

En medio de la plaza y delante del sitio donde algunos años después se construyó el palacio de la Chancillería, estaba levantado un extenso tablado; cuando llegaron á él subieron por la gradería los tres alféreces del rey, de la Ciudad y de la Inquisición: el corregidor, el capitán general, el inquisidor mayor y el presidente de la Chancillería; subieron, además, un secretario del ayuntamiento, que lle-

vaba un rollo de pergamino rodado (es decir, con un sello de plomo, pendiente de hilos de seda), y el pregonero.

Entonces los trompeteros de la Ciudad dejaron escuchar por tres veces el largo y ronco son de sus clarines, después de lo cual y en medio de un silencio que habría hecho creer al que aquello hubiese visto de repente, que todos aquellos hombres que llenaban la extensa plaza no eran otra cosa que fantasmas, se oyó la extensa y sonora voz que había valido al tío Gonzalvillo su oficio de pregonero, que repetía estas palabras que le apuntaba en voz baja el secretario de la Ciudad:

«¡Oid! ¡oid! ¡oid!»

Después de esto, Gonzalvillo hizo una pausa. Luego continuó:

«Don Carlos, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León...

Suprimimos en gracia á la paciencia de nuestros lectores, los largos dictados del emperador don Carlos, y la forma cancelleresca del edicto, que tras dichos dictados, pregonó Gonzalvillo; pero vamos á decir cuales eran los capítulos del edicto, á la enunciación de cada uno de los cuales se aumentaba, por decirlo así, el silencio, y como que parecía que se sentían latir en medio de aquel silencio pavoroso, y como si hubieran sido un solo corazón, los corazones de los moriscos.

El edicto, aprobado y firmado en 1530 por el emperador don Carlos, que á pesar de esto no se había promulgado solemnemente, por no haberse creído oportuno exasperar á los moriscos, era en sustancia lo siguiente:

El emperador, reconociendo las buenas y justas razones que le había expuesto su consejo, decía á sus buenos vasallos, los moriscos del reino de Granada que: «Habiéndose reunido

los años pasados doctos y justos varones, cuyos nombres se citaban largamente, y habiendo estos varones visto y examinado los capítulos y condiciones de las paces que se concedieron á los moros cuando se rindieron, el asiento que tomó de nuevo con ellos el arzobispo de Toledo (1), cuando se convirtieron, y las cédulas y provisiones de los Reyes Católicos, juntamente con las relaciones y pareceres de hombres graves, y visto todo hallaron: que mientras se vistiesen y hablasen como moros, conservarían la memoria de su secta y no serían buenos cristianos, y en quitárselos no se les hacía agravio, antes era hacerles buena obra, pues lo profesaban y decían, se les mandaba dejar su lengua para siempre jamás, y no hablar sino en castellano; que no fuesen válidas las escrituras ni tratos que se hiciesen en lengua arábiga; que dejasen de usar su antiguo traje y usasen el castellano; que abandonasen la costumbre de sus baños; que tuviesen las puertas de sus casas abiertas los días de fiesta y días de viernes y sábado; que no usasen las leilas y zambras á la morisca; que no se tiñesen las mujeres las uñas de las manos y de los pies; que no usasen perfumes en los cabellos; que fuesen por la calle con los rostros descubiertos como las castellanas; que en los desposorios y casamientos no usasen ceremonias moriscas, sino que se hiciese todo con arreglo á los preceptos de la Iglesia Católica; que el día de la boda tuviesen la casa abierta; que oyesen misa; que no tuviesen consigo niños expósitos; que no usasen de sobrenombre, y últimamente, que no tuviesen consigo berberiscos libres ni cautivos.»

Este edicto acababa de anular las capitulaciones de la conquista de Granada, ya en años anteriores harto

(1) Este arzobispo era el cardenal don Fray Francisco Jiménez de Cisneros.

bastardeadas; los moriscos se encontraban reducidos á la condición de un pueblo que se hubiese rendido á discreción.

La fe de la palabra y de la firma real de los Reyes Católicos, ya lastimada en su tiempo, acababa de ser rota por sus sucesores.

Pero ni un murmullo de disgusto se levantó entre aquellos pobres vencidos, tenían miedo: ya habían probado dos veces la insurrección en la Ajarquía y en las Guájaras, y estas dos insurrecciones habían sido vencidas, y durísimamente castigadas á sangre: estaban enteramente dominados, desarmados, y sin embargo, la cólera rugía en cada uno de sus corazones, y el ansia de morir matando á sus aborrecidos opresores, les dominaba.

Pero, como hemos dicho, fuese por el estupor primero que sobrecoge á un pueblo cuando siente sobre sí el golpe audaz del látigo del despotismo, fuese por desaliento, fuese por previsión, ni un murmullo, ni una señal de disgusto se dejó notar entre las turbas.

Acabado el pregón del edicto en la Plaza Nueva, la misma comitiva, en la misma solemne forma, se dirigió al Albaicín y empezó á trepar por sus pendientes y estrechas calles, hasta llegar á la Plaza Larga, donde había otro tablado.

Allí, también, en medio de un gentío inmenso, se pregonó el edicto, y concluido que fué el pregón, la cabalgata se encaminó á la parte baja de la ciudad.

Ni un solo castellano quedó en el Albaicín: todos eran moriscos.

Al retirarse las cuatro corporaciones de la Plaza Nueva, la multitud se había dispersado, retirándose cada uno de los moriscos, triste, cabizbajo y pensativo á su casa. Pero no aconteció lo mismo en la Plaza Larga: en vez de dispersarse el gentío, se es-

trechaba más: empezaba á escucharse un murmullo sordo y amenazador: pero aún no se había proferido un solo grito, no había tenido lugar ni una sola señal sediciosa.

De repente, un jóven como de veinte y cuatro años, de continente gallardo, y de apariencia robusta, de rostro enérgico y hermoso, y, aunque vestía completamente como los hidalgos castellanos, morisco, sin duda, á juzgar por la expresión letal y la mirada amenazadora con que había escuchado, desde el dintel de una botica, el pregón de los capitulos del edicto, se volvió bruscamente hacia dentro, y abandonando á un anciano que le acompañaba, y que, por el contrario que el joven, había escuchado el pregón con semblante impasible, empujó rudamente la puerta de la celosía de la tienda, la atravesó fuera de sí, y salvando á saltos unas escaleras, atravesó una habitación, abrió una ventana que daba á la plaza, y avanzando por ella el cuerpo, gritó:

—¡A las armas contra los cristianos! ¡á barrear las calles que bajan á la ciudad! ¡á morir ó á exterminar á nuestros enemigos!

La voz del jóven excitado por la cólera, era tonante, extensa, poderosa, como la voz de la tempestad.

Su grito de guerra retumbó claro y distinto por cima de los murmullos de la multitud, en los ángulos más distantes de la plaza.

Aumentóse el murmullo y la agitación; pero ni un solo hombre se movió, ni una sola voz contestó á la voz del jóven tribuno.

—¡Cobardes! gritó el joven, irritado por el poco efecto que habían hecho sus palabras en los moriscos, ¡se os sentencia á la pobreza, á la esclavitud y á la deshonra, y lo sufris como sufre el perro el látigo de su señor!

—¡Cobardes no! gritó otra voz no menos tonante que la del jóven, desde

el centro de la multitud: ¡cobardes no! ¡desarmados!

Y aquella voz tenía una entonación de dolor generoso, de desesperación, de rabia, todo junto á la vez.

—¡Que no tenemos armas! exclamó con una feroz energía el jóven de la ventana, clavando su mirada de águila en el que le había contestado y reconociéndole. ¿Y eres tú, Farax-aben-Farax el valiente, el descendiente de cien reyes, el que exclamas como una débil mujer: ¡no tenemos armas!—¿acaso porque no ves la infamia delante de tus ojos, no ves las piedras que tienes delante de los piés? ¿y cuando aun estas mismas piedras nos faltaran, no es preferible morir antes que ver á nuestros pequeñuelos separados de sus madres, á nuestras doncellas afrentadas por el cristiano, á nuestros viejos cubiertos de vergüenza de haber llegado á tan ruines tiempos?

—¡A las armas! ¡á barrear las calles! exclamó la multitud, excitada por el entusiasta y enérgico apóstrofe del jóven: ¡á morir ó matar!

Y los moriscos empezaron á revolverse y sin saberse de donde habían salido, empezaron á verse arcabuces, picas y espadas entre la multitud.

Era inminente una insurrección: todas las bocas gritaban; todas las manos se agitaban; algunos cargaban los arcabuces y soplaban las mechas para hacer salva, como en señal de levantamiento.

Entonces apareció en la misma ventana en donde el jóven con la voz y los ademanes seguía excitando al pueblo, apareció, decimos, un viejo venerable, de larga barba blanca, vestido á la castellana; el mismo que hemos dicho acompañaba al jóven durante el pregón en la puerta de la botica.

Una ansiedad mortal se mostraba en su semblante, antes indiferente, y con sus trémulas manos agitaba un bonete encarnado, de que se había

despojado, dejando descubiertos sus largos cabellos blancos como plata.

La toca del bonete ondeaba, y á todas luces se comprendía que el anciano deseaba que se restableciera el silencio para poder ser escuchado: sus señas se vieron, comprendióse su deseo y mucho respeto, mucho amor debía inspirar aquel venerable viejo á los moriscos, porque los gritos cesaron y los que estaban á punto de salir de la plaza se detuvieron.

—¿Me conocéis aún, hijos míos? exclamó el anciano con voz trémula y conmovida: ¿me conocéis aun, bajo estas ropas castellanas?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!

—Tú eres el justo, el bueno, el santo faquí de la gran mezquita, exclamó el llamado Farax-aben-Farax: tú eres nuestro amado Abd-el-Gewar; habla anciano tus hijos te escuchan.

—¿Qué vais á hacer? exclamó el faquí: ¿no veis la ciudad llena de soldados? ¿no habeis visto la espantable artillería que para causaros terror ha llevado delante de vosotros á la Alhambra el capitán general? ¿no habeis visto hace un momento reunidos el ayuntamiento, la Chancillería, la milicia y la Inquisición? ¿para qué se han dejado ver tantas gentes con tanta pompa, con tanto estruendo, sino para daros á entender que están resueltas á cumplir aunque para ello necesiten exterminaros, el cruel edicto del emperador?

El anciano, fatigado por el violento esfuerzo que había hecho para dejarse oír de la multitud, se detuvo un momento; los que ocupaban la plaza tenían fijos en él sus ojos, y el silencio, más profundo aun que al principio, continuaba: el joven morisco que poco antes había incitado al pueblo á la insurrección desde la ventana, se veía tras el anciano, de pie, con los brazos cruzados y el semblante sombrío.

—¡Acordáos! continuó el anciano faquí: ¡acordáos los que ya teneis canas, cuando en el año 99, el alguacil Velasco de Barrionuevo, osó entrar en la casa de un *elche* (1) y sacar á su hija doncella para llevarla á bautizar á la fuerza! ¡acordáos de que, á los gritos de aquella desdichada, irritados nuestros hermanos salieron á la plaza de Bib-al-bolut, salvaron la doncella y mataron al alguacil! el Albaicín se levantó, la adarga que don Inigo López de Mendoza nos enviaba en señal de paz fué apedreada; el arzobispo de Toledo que había venido á convertirnos, cercado en su casa: durante tres días defendimos las calles que suben de la ciudad, como desesperados ¿y qué sucedió? solos, sin más amparo que nuestro valor, combatidos por todas partes, fuimos vencidos, nos vimos obligados á besar de nuevo los pies del vencedor y á pedirle gracia; sin embargo, más de quinientas familias fueron castigadas: vimos los pequeñuelos arrancados del pecho de sus madres; el padre anciano separado del hijo robusto; las doncellas, con los rostros descubiertos y los cabellos tendidos, entre la brutal soldadesca; los que habían matado al infame alguacil, ahorcados; otros llevados al interior de las Castillas, vendidos como esclavos; los demás aterrados, gimiendo nuestro dolor y nuestra vergüenza bajo el altivo perdón de los castellanos. ¿Y quereis que hoy volvamos á probar tales afrentas? ¿quereis que hoy también seamos vencidos, despezados, y que nuestros pequeñuelos y nuestras doncellas nos sean arrebatadas por el vencedor?

—Es que ese edicto nos los arrebató, santó faquí, exclamó Farax-aben-Farax.

(1) Llamaban los moros de Granada *Elches* á los descendientes de cristianos renegados que habiéndose hecho moros vivían entre ellos.

—Ese edicto no se cumplirá, dijo Abd-el-Gewar; no se cumplirá, porque aun tenemos oro con que saciar la codicia de los ministros del rey: mientras tengamos oro, ahorremos sangre: cuando seamos pobres, cuando todo nos lo hayan robado, entonces, hijos míos, yo, delante de vosotros, iré á hacerme matar por los castellanos.

Un murmullo de amor interrumpió al faquí.

—Ahora, hijos míos, á vuestras casas: mostráos en ellas como si nada hubiera acontecido: esta noche á la oración de Alajá (1) los xeques (2) del Albaicín, casa del Habaquí, en San Cristóbal.

El anciano hizo con su toca un ademán de imperio y se quitó de la ventana.

—¡Oro! ¡siempre oro! dijo el jóven que le acompañaba, siguiéndole. ¿Para cuando guardamos el hierro?

CAPÍTULO II

DE CÓMO UN HOMBRE PUEDE AMAR POR CARIDAD Á UNA MUJER, Y DE CÓMO, Á VECES, PUEDE PARECER LA CARIDAD AMOR.

Ningún pueblo como el pueblo árabe, y como su descendiente el moro, ha llegado á la belleza de las formas, al refinamiento del gusto, á lo voluptuoso de los contrastes, en lo referente á la construcción de sus habitaciones.

La casa de un moro, por pobre que este fuese, era ya una casa bella, porque lo bello estaba y está en el carácter de su arquitectura: la vivienda de un moro rico era ya un verdadero alcázar en cuya construcción, en cuyo aspecto, se notaban unidos, enlazados, la religión y el amor: si hay mucho de voluptuoso, de lascivo en los arcos calados, en los triples transpa-

(1) Después de oscurecer.

(2) Ancianos, jefes de tribu.

rentes, en la media luz que por estos arcos y transparentes penetra en las cámaras; en las labores doradas sobre fondos esmaltados, en los brillantes mosaicos, en las fuentes que murmuran sobre pavimentos de marmol, había también en todo aquello mucho de místico, considerado el misticismo desde el punto de vista de las creencias musulmanas.

Visitad los restos de la Alhambra: cualquiera de sus admirables cámaras, ya sea la de Embajadores, ya la de los Abencerrajes, ya la de las Dos Hermanas; ya vagueis entre los arcos del patio de los Leones, ya bajo las cúpulas de la sala de Justicia, cualquiera de aquellos admirables restos, repetimos, si tenéis ojos para ver y corazón para sentir, os trasladarán á otros tiempos y á otras gentes; os harán aspirar en cada retrete el sentimiento del amor y de la religión de los musulmanes; os explicarán cómo aquel pueblo pudo llenar una página tan brillante en el interminable libro que ha escrito, escribe y sigue escribiendo la humanidad: son á un tiempo poesías eróticas y salmos sagrados; cantos de guerra y sueños de molicie; la espada del Islan, el libro de la ley y el velo de oro de la hermosa odalisca, todo junto, todo confundido: la materia y el espíritu, la luz y la sombra, y sobre todo esto lo romanesco, lo ideal, lo bello, lo sublime.

.....

En uno de esos admirables rêtetes árabes, cuyo recuerdo nos ha inspirado la anterior digresión, recostado en un diván, profundamente pensativo, con los elocuentes ojos negros como fijos en la inmensidad, á la luz de una lámpara que ardía sobre una pequeña y preciosa mesa de mosaico, y sirviendo, en fin, de complemento por su magnífica y característica hermosura á la bellísima estancia en que se encontraba, estaba el mismo jóven

que aquella mañana había excitado á los moriscos del Albaicín á la insurrección en la Plaza Larga después de pregonado el edicto del emperador.

Observando detenidamente á aquel jóven, se notaba en él un no se qué misterioso, algo de grande que tenía muchos puntos de comparación con lo que se llama grandeza en los reyes; algo de valiente, pero con esa valentía generosa de los héroes: mucho de firme, de indomable, de audaz en su carácter: parecía que sobre aquella frente se agolpaban como un grupo de rojas nubes grandes destinos, una altísima misión que cumplir, una grande empresa que llevar á cabo.

Aquel jóven por su expresión reflexiva parecía ya viejo.

Pero un viejo con ojos brillantes, con cabellos brillantes, lleno de la enérgica vida de la juventud, bajo cuya ancha frente se adivinaban atrevidos pensamientos, bajo cuya piel densa, blanca y mate, se adivinaba la circulación de lava en vez de sangre.

Aquel jóven era uno de esos seres que se hacen notables á primera vista.

Uno de esos seres de quienes se dice: ese es un hombre de corazón.

Uno de esos seres que han nacido para dominar, y que inspiran á las mujeres un amor profundo, una necesidad de convertirse en sus esclavas: que son objeto, en fin, de ese sublime sentimiento que jamás comprenderá el hombre, porque es incapaz de sentirlo: la abnegación de la mujer.

Porque la mujer no ama con el amor de la abnegación más que lo esencialmente bello, grande, fuerte, poderoso.

.....

Este jóven, en medio de su distracción, tenía en sus manos un ramito de madreselva.

Aquel pobre ramo había sido la causa de la abstracción del jóven.

Aquel ramo era una prenda de amor de una mujer.

Entre los árabes y los moros, las flores, las hojas de los árboles, las yerbas, las cintas de colores, son otras tantas frases de un diccionario con cuyo auxilio solo se comprende su dulcísimo lenguaje:

El del amor.

O un lenguaje triste, desesperado, cáustico, provocador:

El de los celos.

O un lenguaje terrible, implacable, feroz:

El de la venganza.

Pero siempre que las flores hablan no pueden referirse á otras pasiones que las que nacen del amor.

El hablar por medio de las flores es peculiar entre los musulmanes á las mujeres, y la mujer toda es amor, ó celos ó venganza: de cualquier manera que la consideréis, la mujer es toda corazón.

.....
¿Sabéis lo que quiere decir entre los orientales, en ese lenguaje inventado por la mujer para expresar sus afectos, un pobre ramo de madreSelva?

Significa: lazo de amor.

¡Lazo de amor! ¡frase terrible bajo su dulzura! ¡frase á la que van unidas todas las consecuencias que pueden emanar de la unión entre un hombre y una mujer!

Es decir: un mundo de pasiones.

El jóven de quien nos ocupamos, había visto caer de una celosía vecina aquel ramo de madreSelva.

La mano que había arrojado aquel ramo era tan hermosa, que por ella sola se concebía que la mujer poseedora de aquella mano debía ser un prodigio de hermosura y de pureza.

La magnífica ajorca de oro y diamantes que descansaba en el nacimiento de aquella mano, demostraba que aquella mujer debía pertenecer á

una familia, no solo riquísima, sino poderosa entre los moriscos.

El jóven había tomado el ramo de madreSelva y le había puesto sobre su corazón, en un herrete de su justillo.

Después había mirado á la celosía y había sonreído lánguida y tristemente.

Hasta que llegó á la inmediata puerta de su casa, la hermosa mano permaneció asomada por bajo de la celosía, como demostrando la presencia de su dueño, y la rica ajorca lanzando fulgidos destellos, herida por los postreros rayos del sol poniente.

Cuando el jóven llegó á la puerta de su casa y le abrieron, saludó con un ademán lleno de gracia y de benevolencia á su hermosa vecina, cuya mano le saludó á su vez. Luego cuando el jóven hubo entrado y cerrado su puerta, la mano se retiró lentamente, como con dolor, y luego se escuchó el leve ruido de una ventana que se cerraba en silencio.

Acaso en aquel mismo punto se escuchó un gemido de las brisas de la tarde.

Acaso el suspiro de una mujer.

.....
El ramo de madreSelva había venido á causar al jóven una impresión que se unió inmediatamente á la profunda impresión que le había causado el edicto del emperador.

«¿Quién piensa en unir su destino al de una mujer, cuando la patria necesita todo nuestro corazón, toda nuestra alma, toda nuestra fuerza, toda nuestra sangre?»

Este fué el primer pensamiento que inspiró al jóven el ramo de madreSelva.

Tras aquel pensamiento se enlazaron natural, necesaria y lógicamente otros.

«Ella me ama, dijo, es hermosa, es pura: mis miradas son su luz, mis pa-

labras su esperanza, mi amor su vida; pero el amor es una debilidad: el amor acaba por apoderarse de nosotros: el amor hace pequeño al hombre porque le esclaviza, y un esclavo no puede ser grande.»

«Yo no quiero ser esclavo.»

«Y luego, esa mujer es enemiga de mi patria, es cristiana de corazón, es la hija de un renegado: yo no puedo ser esposo de esa mujer.»

El joven se equivocaba, se engañaba: mejor dicho, pugnaba por engañarse.

La verdad era, que sus creencias le separaban de su hermosa vecina, y que á pesar de esto ni aún en su conciencia quería hacerla la ofensa de desdeñarla como mujer, y como mujer enamorada.

La verdad del caso era que había de por medio fanatismos y pasiones humanas que impedían á nuestro joven pensar en el amor de aquella mujer.

Ella no se había parado á meditar si había alguna razón que la separase del joven.

La bastaba con saber que le amaba.

Porque la razón suprema de la mujer es el amor.

Necesario es que determinemos nuestro relato para ocuparnos de estos dos jóvenes.

Los dos eran moriscos. Pero existían entre ellos notables diferencias.

El se llamaba entre los cristianos Juan de Andrade, entre los moros Yaye.

Ella se llamaba Isabel de Córdoba y de Valor, y no tenía sobrenombre árabe porque en la época de su nacimiento, hacía ya muchos años que su familia era cristiana y estaba ennoblecida y honrada por los reyes de Castilla.

Sin embargo, sus ascendientes tenían un nobilísimo sobrenombre:

Se llamaban los Beni-Omeyas.

Es decir, los hijos de Omeya, los descendientes de la dinastía Omniada, de los califas de Córdoba.

Isabel, pues, era una doncella de sangre real.

Sus padres habían muerto, y estaba bajo la tutela de dos hermanos: don Diego y don Fernando, llamado entre los moriscos por sobrenombre Al-Zaquir, ó el Zaquer (el pequeño, el segundón).

Juan de Andrade ó Yaye, como mejor queramos, era también cristiano, pero cristiano como lo eran en aquel tiempo la mayor parte de los moriscos de Granada: convertido á la fuerza, por temor á las prescripciones del vencedor y á la implacable dureza con que eran tratados por los cristianos los moriscos que resistían la conversión.

Yaye, pues, era cristiano en el nombre y en la práctica exterior, y en el fondo de su alma musulmana, y musulmán fanático.

Isabel de Córdoba, por el contrario, era cristiana, enteramente cristiana, llena de fe y de entusiasmo por la religión del Crucificado, con esa caridad angelical, madre de todas las virtudes, con esa dulce y poética piedad de la mujer, que es toda amor.

Había, pues, más de una discordancia esencial entre estos jóvenes.

Yaye, impulsado por su ciego y severo fanatismo musulmán, llamaba como otros muchos moriscos á los Válór, la familia de los renegados.

Isabel, por lo tanto, tenía para el joven sobre su pura y noble frente este fatal estigma religioso.

Existían aún otras gravísimas circunstancias que separaban á Yaye de Isabel.

Yaye no conocía á sus padres, pero el anciano Abd-el-Gewar, que le había educado desde la infancia, le había revelado al tener uso de razón

que era hijo de un rey, y descendiente de reyes. Yaye había querido saber el nombre del rey su padre y el nombre de su reino; pero su anciano ayo le había declarado que hasta que tuviera veinte y cuatro años no conocería á su padre, y aún cuando el jóven le rogó y le suplicó se mantuvo inflexible.

Preguntóle Yaye que por qué razón se le criaba como cristiano entre los cristianos, y Abd-el-Gewar guardó también acerca de este punto un profundo silencio, pero procuró hacer del jóven príncipe, y lo hizo, un hombre honrado, de pensamiento puro, engrandecido en el alma, severo en materias de moral y rígido en las costumbres; pero sobre estas buenas cualidades, tenía Yaye algunas muy malas: el disimulo más refinado, la intención más profunda, y el orgullo inherente al conocimiento de su alto origen: esto era resultado del doble papel que se veía obligado á representar: cristiano severo en la forma exterior, era, como hemos dicho, musulmán y musulmán ascético en el fondo de su alma.

Yaye no comprendía el amor, ni las debilidades, ni la compasión en su forma externa: era rígido como una coraza de Damasco. No tenía más creencias, no conocía otros objetos á quienes rendir adoración que al Altísimo, con arreglo á las prescripciones del Koran, y á la patria, á la manera que siente por la patria todo el que está dispuesto á perecer por ella.

Los enemigos de su Dios eran sus enemigos: los enemigos de su Dios eran los enemigos de su patria.

Bajo este doble concepto Yaye era enemigo, y enemigo irreconciliable de la pobre Isabel.

.....

Uno de los más incomprensibles misterios de nuestra alma consiste en

que á veces amamos sin saberlo, á un ser á quien creemos aborrecer.

Esté amor misterioso que germina dentro de nosotros, que se desarrolla y al fin se hace sentir, lastimándonos como una polilla, como una carcoma roedora, se demuestra primero en un recuerdo tenaz que no podemos desechár, en un sentimiento vago, con el cual luchamos con todas nuestras fuerzas hasta que caemos vencidos: en un malestar interno, semejante al roce del remordimiento en el fondo de la conciencia.

En nosotros existen dos principios que generalmente están en pugna: la naturaleza y las costumbres, que son una segunda naturaleza, una naturaleza artificial.

Yaye había sido educado de una manera doble: cristiano por fuera, musulmán por dentro: desde su infancia había vestido el traje castellano, desde su adolescencia, el anciano Abd-el-Gewar, le había llevado á las aulas de Salamanca, donde ¡cosa extraña! había aprendido humanidades, teología y cánones: al mismo tiempo y esta era también otra doble faz de su educación, se había ejercitado en la equitación y el manejo de las armas: además, el anciano faquí le había instruido en todos los puntos dogmáticos del Koran, atacando de paso á la teología cristiana en todos los puntos en que está en discordancia con la alcoránica, como quien durante tantos años había sido gran faquí y sabio expositor del Koran, en la gran mezquita del Albaicín.

Yaye, pues, á los diez y ocho años, y considerado desde los puntos de vista de la ciencia y de la destreza ó del valor, podía haber sido indistintamente canónigo, ó faquí, ó capitán de soldados.

Acaso en las ocultas razones que había tenido Abd-el-Gewar para educarle de tal modo se cortaba con la

necesidad que pudiese tener alguna vez de ser cualquiera de estas tres cosas.

Pero lo que hay de más extraño en esto es, que á pesar de lo opuesto de estas enseñanzas, la inteligencia del jóven no se embrolló, ni su trato con los cristianos, ni sus estudios canónicos, destruyeron una sola de sus creencias musulmanas.

Esto consistía en que la influencia de Abd-el-Gewar era, respecto á él, infinitamente más fuerte que la de los maestros de Salamanca; en que cada vacación, después del año escolar, cuando la mayoría de los sopistas se extendía por toda España en busca de recursos para subsistir durante otro año de estudios, de una manera algo más cómoda que la dependencia de la sopa de los conventos, Yaye era llevado por Abd-el-Gewar á las Alpujarras ó á Granada, donde le hacía aspirar un odio irreconciliable contra los cristianos, á la vista de la dureza, de los excesos y aun de las infamias, de que eran víctimas los moriscos. Yaye se irritaba, y esta irritación sorda, esta gota de hiel que la presión de la tiranía, de la intolerancia, del fanatismo, de la soberbia del vencedor, deja caer incesantemente sobre el corazón de los vencidos, iba acrecentando su ódio hacia los cristianos y preparándole á ser algún día uno de sus más terribles enemigos.

Ya hemos visto que, lleno el vaso del sufrimiento del jóven con el pregón del edicto del emperador, su primera palabra había sido un grito de insurrección.

Aún no era tiempo y Abd-el-Gewar supo contener al pueblo, supo cambiar el oro por la sangre; supo inspirarles alguna esperanza y con ella alguna paciencia.

Desde que salió de la Plaza Larga con el jóven, había estado vagando

con él por las cercanas cumbres del cerro del Aceituno y de Santa Elena, y durante un largo paseo por lugares en donde no podían ser escuchados sino por los lagartos y por los grillos, le había preparado á cercanos acontecimientos que debían fijar irrevocablemente su porvenir: le había anunciado que iba por fin á conocer á su padre y á su reino; le había hablado de proyectos de emancipación para el pueblo moro-español, cuando llegase el probablemente próximo caso de que España, fatigada por el mismo peso de su grandeza, empezase á fraccionarse; habíale, en fin, hecho oír estas sentenciosas y magníficas palabras:

—Ten presente, hijo mío, que el hombre que es verdaderamente virtuoso no vive para sí mismo sino para los demás: ten en cuenta que dentro de poco descansarán sobre tus hombros los destinos de un pueblo que es muy desgraciado: que tú no serás un hombre, sino una esperanza: que en fin, ese pueblo tendrá fijos en tí los ojos para execrarte ó para bendecirte.

Después de estas palabras que fueron pronunciadas por el anciano cerca de la puerta de Fajalauza, entraron en el Albaicín: el sol descendía: Abd-el-Gewar se dirigió á la cita que tenía en casa del Habaquí con los xeques del Albaicín, y Yaye se encaminó, pensativo y engrandecido por las palabras de su anciano mentor, á su casa, situada en la calle del Zenete.

Casi junto á su puerta, al pasar bajo los miradores de la casa de don Fernando de Córdoba y de Valor, su vecino, cayó á sus pies el ramito de madrevela; cuando después de recogerlo alzó los ojos, vió la hermosa mano de Isabel.

Entonces sintió una impresión dolorosa, como la de quien, marchando confiado por un camino en que no espera encontrar obstáculos, se lastima

nie al tropezar con un objeto durísimo.

Aquel duro objeto era Isabel, la hija del renegado, la doncella cristiana.

Y aquella mujer le arrojaba una moneda que representaba un lazo de oro!

Yaye, sin embargo, como hemos visto, había saludado triste y lánguientemente á la doncella.

En qué consistía esta dulce expresión tratándose de un enemigo?

Es que aquel enemigo era una mujer y una mujer enamorada, y Yaye sabía sentir hacia ella un impulso de simpatía.

Entre otras prevenciones, había prohibido Abd-el-Gewar al jóven la de ir aquella noche á las doce estudiando dispuesto á montar á caballo y salir con él á las Alpujarras.

Yaye había preparado sus ropas, sus armas, su jaco damasquino, su yarán, su lanza de dos hierros y sus toletes: había bajado al jardín, y al extremo de él había entrado en las ballerizas.

Como buen jinete había observado cuidadosamente el estado de los caballos, y había revistado las monturas. Al salir reparó que, en una galería, sobre otro jardín que solo estaba cerrado del suyo por una tapia, como si lo estaba aquella galería de la de las habitaciones por un tabique, apoyada en su labrada balaustrada de mármol, había una mujer.

Aquella mujer era Isabel de Valor. La amante enemiga de Yaye.

Yaye llevaba aún en su justillo, sobre su corazón, el ramito de madre-lava.

Al ver esta prenda de su amor sobre el pecho de su amado, la pobre niña sonrió como deben sonreír los ángeles en presencia de Dios.

Aquella sonrisa que era equivalente

te á un encantador saludo, obligó al jóven á detenerse y á hablarla.

Pero se detuvo de mala gana, y como cuando hacemos las cosas á la fuerza somos poco espontáneos, necesitó buscar un medio cualquiera para dirigirla la palabra.

—Estáis pálida, Isabel, la dijo: ¿estáis enferma?

Estas palabras que tenían el acento de una tierna solicitud, hicieron sonreír de nuevo á la jóven de una manera mucho más expresiva.

¿Sabéis lo que es á veces la sonrisa de una mujer?

A veces reemplaza á los ojos, y es más elocuente que ellos: á veces toda el alma de una mujer, con sus delicados perfumes, por decirlo así, se exhala por los labios convertida en una sonrisa.

—Soy muy desgraciada, dijo tristemente la jóven.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas, y su hermosa boca antes tan dulce, se contrajo en una expresión de dolor.

—¡Desgraciada! exclamó Yaye, no sabiendo qué contestar.

—Sí, sí, muy desgraciada, pero todo lo espero en vos, todo; y cuando os veo, se alienta mi esperanza y soy muy feliz.

—¿Que lo esperáis todo de mí?

—Sí, todo; no puedo por ahora decir os más, pero esta noche...

Un vivísimo rubor cubrió el rostro de la jóven que al fin continuó, haciendo un esfuerzo:

—Esta noche os espero.

—¡Que me esperáis!

—Sí; tomad la llave del postigo del jardín y esperad para venir á que yo cante en la habitación inmediata á la vuestra: adios.

Y la jóven, saludando con los ojos y con la sonrisa, pero con una sonrisa triste y casi fatal á Yaye, arrojó una llave al jardín, y huyó, desapareciendo como una hada entre los

arcos festoneados del interior de la galería.

—El amor es la pasión impura de Satanás, dijo Yaye recogiendo la llave: los hombres que confían su honor á un ser tan débil como la mujer, son unos insensatos.

Yaye, como veremos más adelante, calumniaba á la pobre Isabel.

A pesar de su grave é impertinente observación, y la llamamos impertinente, porque otro hombre menos dado á la contemplación, no hubiera pensado tan de ligero respecto á Isabel, recogió la llave y se encaminó á su aposento, donde se arrojó sobre un diván.

Sin saber cómo, abstraído en un torbellino de pensamientos, el ramito de madre selva había venido á parar á su mano.

Sin saber cómo, había aspirado más de una vez su ligero aroma silvestre, y al tocar por acaso el ramo á sus labios, su corazón se había estremecido.

Sin saber cómo, la imagen de Isabel flotaba delante de todos sus pensamientos en el fondo de su alma.

Yaye no creía que aquello fuese amor: para él aquello era caridad.

¿Pero sabemos acaso á dónde puede llevar á un hombre la caridad hacia una mujer? ¿Y luego la caridad no es el amor en toda su intensidad, en toda su pureza, en su omnipotencia, en fin?

Yaye respecto á su corazón, se engañaba como sucede en general á todos los hombres.

El sentimiento es la naturaleza; la razón, es la ciencia.

Son opuestos y se combaten.

Pero en esta lucha, tarde ó temprano, acaba por triunfar el corazón, por obedecer la cabeza.

.....
Yaye había conocido á Isabel dos

años antes, durante unas vacaciones por razón de vecindad.

Entonces tenía Isabel diez y ocho años; Yaye veinte y dos.

Muchas veces cuando Yaye se acercaba á la galería de sus habitaciones, veía en las suyas á su hermosa vecina.

Isabel había heredado de sus abuelos el magnífico tipo de la raza árabe blanca, pálida, con los cabellos y ojos negros, y los labios sumamente rojos, era una de esas mujeres que no se ven sin que hagan experimentar una impresión dolorosa, porque siempre es doloroso el deseo cuando no se sabe si será satisfecho.

Yaye la vió, y experimentó aquella vaga y dolorosa inquietud, pero una manera instintiva, sin darse cuenta de ello.

Los jóvenes siguieron viéndose: las pocas vistas se saludaron; á las pocas saludos se hablaron; siempre poco después de amanecer, y, con obediencia á una costumbre, los jóvenes se veían en las galerías, teniendo solo un tabique de por medio.

Al principio se hablaron algo lejos; sucesivamente fueron estrechando la distancia; al fin, solo les separó el tabique medianero.

Progresivamente las miradas de Isabel para Yaye, fueron haciéndose más intensas: al cabo el joven conoció que era amado; al conocerlo se dijo:

—Yo no puedo amar á esa mujer, yo no debo alentar con mi presencia sus amores.

Y cortó bruscamente sus entrevistas con Isabel.

Pasaron los días, pasaron las semanas, pasó un mes.

Yaye, entregado al estudio de la filosofía con su maestro Abd-el-Gezar, no había salido durante aquellos meses á la calle.

Isabel le había esperado en vano en la galería al amanecer; por las tar

des, en la celosía que correspondía á la calle, desde donde se veía la puerta de la casa de Yaye.

Todas las noches este, había escuchado la dulcísima voz de Isabel que en la habitación vecina, cantaba al son de una guitarra tristísimos romances moriscos.

Al fin, un día, cuando ya había pasado un mes de ausencia, Harum-el-Geniz, noble morisco, que servía á Yaye de escudero, le dijo:

—Tengo para vos un encargo de la hermosa vecina.

Yaye frunció el gesto.

—Me ha preguntado si estais enfermo, y aunque la he dicho que no, me ha dado este relicario.

Harum sacó de su bolsillo un objeto envuelto en un pedazo de tela de seda color de rosa.

Era en efecto un relicario.

Pero un relicario riquísimo: de oro, cincelado y esmaltado, pendiente de una cadena del mismo metal, orlado de perlas, y conteniendo por un lado la imagen de la Virgen Inmaculada, y por el otro un pequeño *Lignum Crucis*.

El jóven miró con repugnancia aquel rico objeto de devoción.

—¿Para qué te ha dado esto esa dama? dijo á Harum.

—Doña Isabel me ha dicho: si está enfermo, que se ponga pendiente del cuello esta santa reliquia, y sanará.

Nublóse más el semblante de Yaye y tuvo impulsos de entregar el relicario á Harum para que lo devolviese á Isabel.

—Pero no, dijo para sí: su solicitud por mí, no merece tan descortés respuesta; yo mismo se lo devolveré.

Y despidió á Harum.

Aquella noche el sueño de Yaye fué inquieto: al amanecer se vistió, y se puso en la galería.

Ya estaba en ella Isabel.

Pero pálida, con la palidez enfer-

miza de una salud alterada: flaca, con la mirada tristemente dulce; con las hermosas manos casi diáfnas.

Un solo mes de ausencia, había causado tal estrago en la pobre niña.

Un vivísimo sentimiento de compasión se apoderó de Yaye al ver á Isabel.

—¡Oh! dijo ésta: yo os había creído enfermo... y estais... como siempre... gracias á Dios.

—Vos en cambio... dijo Yaye, y no se atrevió á continuar.

—Sí, he sufrido mucho... Isabel se detuvo también.

—He venido á devolveros un relicario que disteis ayer á mi escudero, dijo Yaye haciendo un esfuerzo.

Isabel le miró y no pudo contener dos brillantes lágrimas que asomaron á sus ojos.

—¡Ah! ¿no quereis conservar mi relicario!... dijo.

Yaye se conmovió; comprendió al fin cuánto le amaba aquella mujer, tuvo lástima de ella y repuso:

—¡Oh! no, perdonad... yo creía... pero conservaré esta prenda... por vuestro amor.

Al fin Yaye había roto la valla; comprendía que su amor era la vida de Isabel, y creyendo ceder solo á la compasión, cuando en realidad quien le impulsaba era su corazón, demostró á Isabel un amor que él creía fingido.

Pero no reparaba, engañándose á sí mismo, que al fingir aquel amor gozaba de unas delicias purísimas, que su corazón se aliviaba de un peso cruel, porque al fin exhalaba el depósito de amor que traidoramente y contra la voluntad de su dueño había absorbido su corazón.

Isabel, que se había puesto flaca y pálida en un mes, volvió á la magnífica turgencia de sus formas, á su admirable hermosura, en una semana: sus ojos brillaban exhalando con un encanto indefinible su alma fecundada

por el amor de Yaye: no solo había recobrado su antigua hermosura: ésta había crecido.

Vióla un día el anciano faquí y exclamó suspirando:

—Para ser un arcángel del sétimo cielo, no la falta á la pobre Isabel otra cosa que no ser cristiana.

El amor para las mujeres, es como el rocío y el sol de la primavera para las flores.

Durante las vacaciones de aquel año, Isabel y Yaye fueron felices. Ella porque se contemplaba amada; él porque creía hacer una obra meritoria de caridad.

El amor de Yaye hácia Isabel no era amor sino misericordia.

Fuése Yaye á Salamanca á estudiar su último año.

Cuando se separó de Isabel, experimentó un dolor agudo, un vacío en el corazón.

A pesar de su repugnancia á todo lo que representaba las creencias cristianas, Yaye se llevó consigo el relicario.

A los pocos días de ausencia, el relicario pendía del cuello de Yaye.

Hubo un momento en que se preguntó con terror si verdaderamente amaba á aquella mujer.

Harum iba y venía con mucha frecuencia de Granada á Salamanca; cuando iba, llevaba una carta de Isabel para Yaye; cuando volvía, una carta de Yaye para Isabel.

Yaye, sin embargo, había logrado engañarse completamente; se había convencido de que no amaba á Isabel, pero seguía escribiéndola amores, y deseando volver á verla, por caridad, por pura caridad.

En tal estado se hallaban los corazones de los jóvenes, cuando Yaye

volvió de Salamanca antes que se acabase el curso, y ya se habían visto algunos días los dos amantes.

Isabel había empezado á ser más explícita: las palabras esposo y esposa empezaban á salir de sus labios.

Yaye comprendió que había llegado el momento de que su caridad fuese puesta á prueba, y empezó á excusar en cierto modo sus entrevistas con Isabel.

En tal situación y cuando las miserias de su pueblo y la noticia de que iba al fin á conocer á su padre, habían abierto para él una nueva vida, había recibido el ramo de madreleiva, y después una llave y una cita de Isabel.

Yaye estaba con razón tan profundamente pensativo y abstraído como le hemos presentado al principio de este capítulo.

Pasaban lentamente las horas.

El reloj de Santa María de la Alhambra marcó á lo lejos las once de la noche, y retumbaron tres sonoros golpes de la campana de la Vela.

Poco después hizo estremecer á Yaye el preludio de una guitarra.

Armonías fugitivas que se exhalaban de las sonoras cuerdas del instrumento, como suspiros de amor: flexibles ráfagas, que parecían destinadas á llevar á los oídos del amado el alma de una mujer.

Yaye sintió vacilar su alma acariciada por aquella armonía que parecía poner en contacto dos seres nacidos el uno para el otro, separados solo por el fanatismo, por la educación.

Luego la voz de Isabel, grave, sonora, dulce, enamorada, entonó las coplas siguientes:

La esperanza es la vida
de quien bien ama,
y su muerte, la muerte
de su esperanza.
¡Ay! ¡Dios no quiera

que mi amante esperanza
se desvanezca!

Extremecióse de piés á cabeza Yaye al escuchar la copla; después un vértigo envolvió su cabeza: nunca había oído cantar con tal pasión á Isabel: entonces comprendió que la amaba; al comprenderlo creyóse entregado á Satanás, porque solo Satanás, según él pensaba en su fanatismo, podía inspirarle amor hácia una enemiga de su ley, hácia la hija, la hermana, la descendiente de los renegados.

—No iré á la cita, se dijo.

Pero hay negativas que se pronuncian con demasiada audacia: instantáneamente pensó que era una cobardía huir del peligro: que era más noble arrostrarle, luchar con él y vencerle.

—Iré, sí, iré: ella no tiene la culpa de ser lo que es... es cierto que yo no puedo unir mi suerte á la suya, que no debo amarla; pero la desengañaré: acabaremos de una vez. ¡Oh! si por ventura al verse engañada en sus esperanzas, en su amor... ¡oh! ¡si muriese!... pues bien, que se convierta al Dios Altísimo y Único... si no... que olvide ó muera... yo no puedo hacer traición por una mujer á mi patria y á mi ley.

Un cuarto de hora después, estaba Yaye en el jardín de Isabel; pero por una refinada crueldad aconsejada por su fanatismo, porque el fanatismo ha sido siempre cruel, llevaba vestido de una manera completa, un traje morisco.

Isabel no conocía ni poco ni mucho la historia de Yaye: le oía hablar con pureza el castellano, le veía vestir ropas castellanicas, sabía que era estudiante.

Isabel le creía un hidalgo castellano.

Y luego á una mujer que ama, la importa poco conocer la posición, el nombre, la historia del hombre ama-

do; la basta con saber que es amada: el corazón se llena con sensaciones, no con palabras. Isabel solo sabía lo que necesitaba saber.

Que el señor Juan de Andrade la amaba con todo su corazón.

Esta era la verdad, por más que Yaye quisiese desconocerla, Isabel no se engañaba: sabía cuánto amor atesoraba para ella el alma de Yaye, porque la mujer no se engaña jamás acerca de los sentimientos que inspira.

Isabel confiaba ciegamente en Yaye. La pobre Isabel se engañaba. No sabía la infeliz que existen dos pasiones terribles que dominan enteramente al corazón del hombre y le arrastran: el fanatismo y la ambición.

Le esperaba á la entrada de un cenador de jazmines, y al verle en aquel traje le hubiera desconocido á no bañar de lleno la luz de la luna su semblante.

Sin embargo, al verle en aquel traje, Isabel que había avanzado rápidamente al sentir sus pasos, retrocedió y se detuvo estremecida por un presentimiento frío, punzante, como la hoja de un puñal.

Los jóvenes hablaron muy poco.

—¿Qué ropas son esas? le dijo Isabel con la voz trémula: ¿á qué ese disfraz?

—Estas ropas, señora, son las ropas de mi pueblo: las que se nos quieren arrancar por los cristianos, las que llevaré desde ahora como buen musulmán.

—¡Ah! exclamó Isabel consternada, llevándose las manos sobre el corazón.

Y luego adelantando un paso, y mirando frente á frente con una fijeza sombría á Yaye exclamó:

—¡Vos no me amáis!

—Os amo, Isabel... pero antes que á vos amo á mi patria.

—Por piedad, contestadme de una vez ¿sois moro?

—Moro soy.

¿Estais resuelto á no convertirlos á la fe de Jesucristo?

—Jamás.

—Entonces no podeis ser mi esposo, exclamó con acento desesperado Isabel.

—Convertíos á la religión de vuestros abuelos los califas de Córdoba.

—Adoro á Dios uno y trino, le adoro con toda mi alma, y por él sufriré el martirio de mi amor; por él sufriré si es preciso el indudablemente menos terrible de mi cuerpo.

—Entonces, adios.

—Esperad un momento: quiero que sepáis hasta dónde llega el tormento á que me habéis sentenciado engañándome: yo os amo, os amo desde el momento en que os ví: os amaré siempre: yo contaba con vos; no sabía quién érais, si pobre ó si rico, si noble ó villano: eso me importaba poco. Estaba resuelta á unirme con vos y á ser vuestra esposa... porque, permaneciendo en mi casa me veré obligada á entrar en un convento ó á casarme con un hombre á quien no puedo amar y con el que me obligan á casar mis hermanos. Vos me oponeis á una religión falsa, á una patria que no podeis salvar. Id con Dios. Pero tened en cuenta que obligada á ser monja ó casada, seré casada, porque no me atrevo á ofrecer á Dios un corazón que está lleno de amor de un hombre: seré casada y haré feliz á mi marido, porque el dolor se quedará todo para mí. Pero acordáos, y que este recuerdo me vengue del rudo golpe que me dais cuando menos lo esperaba... acordáos de que me habéis hecho infeliz, de que me habéis robado mi única esperanza sobre la tierra. Que me vengue de vos, la rabia de verme entre los brazos de otro... porque me amais, lo sé, lo co-

nozco, estoy segura de ello: me sacrificáis á vuestra soberbia... no sé á qué... pero no importa: el amor que logrado nos hubiera hecho igualmente felices, malogrado nos hace igualmente miserables.

—Una palabra: convertíos á la ley de vuestros abuelos, si es verdad que me amais.

—Seguid vos en el fondo de vuestro corazón en vuestra ley, profesad ante el mundo la del Redentor Divino: si tenemos hijos juradme que serán cristianos, y soy vuestra esposa.

—¡Adios! exclamó fatidicamente el jóven.

—Esperad, esperad un momento: conserváis una prenda mía...

—La llevo sobre mi corazón.

—¡Sobre vuestro corazón la imagen de la Virgen! ¡una reliquia de la cruz del Salvador sobre el corazón de un moro!

—Isabel, dijo con un acento profundamente sentido Yaye: yo no sabía lo que era amor, y no creía sentirlo hasta este momento: yo os amo, os amaré siempre: esta prenda que un día me entregásteis no se separará jamás de mí.

—¡Qué ella os proteja! exclamó llorando Isabel.

—El destino nos separa: vuestros abuelos renegaron de su ley por el oro de los cristianos... ¡renegaron! exclamó enérgica y gravemente Yaye, en vista de un movimiento de la jóven: vos no quereis volver al camino de la luz que ellos dejaron. Cúmplase lo que está escrito. Pero cuando el sol aparezca todos los días, cuando bañe con sus primeros rayos ese mirador que tantas veces ha escuchado las palabras de nuestro amor: ¡acordáos de mí!

Y Yaye, temeroso de que sus fuerzas le abandonasen, que la hermosura y el amor de Isabel fuesen más fuertes que sus creencias y sus pro-

pósitos, huyó de ella como hubiera huído un cenobita de un fantasma aterrador.

Isabel le vió desaparecer yerta: mientras resonaron sus pasos sobre la calle de césped alentó alguna esperanza; cuando oyó rechinar la llave en la cerradura del postigo, sintió que se desgarraba su corazón; cuando al fin escuchó la caída de la llave que el jóven la devolvía arrojándola por cima de la tapia, perdió su última esperanza y creyó morir.

Luego cayó de rodillas, lloró por su amor perdido y rogó á Dios por el hombre que se llevaba su corazón.

Después se levantó, buscó la llave, la alzó del suelo, y se volvió triste, lenta, como un alma apenada que se vuelve á su tumba.

Isabel había muerto para la felicidad; no la quedaba sobre la tierra más que la amarga copa del sacrificio.

CAPÍTULO III

DE CÓMO PUEDE HABER REYES SIN REINO CONOCIDO, Y ABDICACIONES DE LAS CUALES NO SE HACE CARGO LA HISTORIA.

Hay en la historia de nuestra patria una página correspondiente al siglo XVI.

Esta página está llena con un hecho admirable.

Este hecho es la abdicación del emperador Carlos V en su hijo don Felipe II. Fuese aquella abdicación producto del hastío del emperador hacia las grandezas humanas, fuese aconsejada por el egoísmo de un soberano que conociendo á tiempo que sus años y sus fuerzas eran insuficientes para sostener la carga de tan dilatados imperios, la dejase caer sobre los robustos hombros de su hijo, la página que contiene aquella abdicación es la más gloriosa de la historia de Carlos V, ya se considere bajo el punto de vista de un hombre que ha llegado á

ser bastante grande para poder sobreponerse á las grandezas humanas, ya del de una sabia previsión política.

Aquella abdicación asombró al mundo; aun asombra hoy á los que no comprenden cuánto contribuye un postrer acto de humildad en un hombre tal como Carlos V para aumentar la grandeza de su fama: el temido emperador acabó siendo respetado; el pecador siendo perdonado; la severidad de las generaciones encargadas de juzgarle, se estrella contra los sombríos muros del monasterio de San Yuste.

Carlos V para acercarse á las puertas de la eternidad, deponía la púrpura, se vestía el sayal penitente y se cubría la frente de ceniza.

Y en verdad, en verdad, que Carlos V necesitaba del auxilio de una penitente expiación. La grandeza humana tiene generalmente por base el crimen.

Carlos V había sido rey déspota: Carlos V había sido rey conquistador.

Si Carlos V solo hubiera poseído un reñecillo de pocas leguas, si no hubiese llevado sus estandartes victoriosos por todas las partes del mundo, su abdicación no hubiera causado efecto.

Y decimos esto, porque algunos años antes de la abdicación del emperador, tuvo lugar otra, de la cual no se ha hecho cargo, ni aun de la manera más insignificante la historia.

Nosotros tenemos noticias de ella, en algunos fragmentos de manuscritos árabes, hallados por acaso en el derribo de una casa morisca del Albaicín de Granada.

Vamos, pues, á trasmitir esta abdicación á la historia siquiera sea en las páginas de una novela.

A las doce de la noche en que tan dolorosamente se había separado Yaye de Isabel de Valor, montó el jóven

á caballo, y acompañado del anciano Abd-el-Gewar, á caballo también, de Harum y de dos esclavos berberiscos, tomó la vuelta de las Alpujarras.

Yaye iba silencioso, apenado: el anciano faquí comprendía la causa de su dolor y lo respetó: ni una sola palabra que tuviese relación con Isabel, se pronunció durante el camino, ni nada tampoco que se refiriese al objeto que le llevaba á las Alpujarras. Al amanecer llegaron á Lanjarón.

Este pueblo estaba un tanto alborotado por las noticias que se tenían en él del pregón que el día anterior se había hecho en Granada.

Allí los mismos síntomas de insurrección que en el Albaicín.

Allí también la voz y los consejos del anciano Abd-el-Gewar pudieron restablecer el sosiego.

Descansaron algún tiempo, y al medio día se pusieron de nuevo en camino.

Poco después de haber cerrado la noche entraban en la villa de Cádiar.

Reinaba un profundo silencio en el pueblo; todo parecía entregado al sueño; ni una luz á través de las ventanas, ni un enamorado en la calle, pulsando, como otras veces, la guitarra, bajo los miradores de su amada; solo de tiempo en tiempo, se veía el turbio reflejo de una linterna, á cuyo opaco resplandor podían verse algunos alguaciles y soldados que rondaban con el corregidor.

La tranquilidad de Cádiar, que era una de las principales villas de la Taha ó distrito de Juviles, en las Alpujarras, era amenazadora por su misma exageración. Comunmente á aquellas horas no estaba la población tan desierta.

Yaye, Abd-el-Gewar, Harum y los esclavos, rodearon por fuera de las tapias del barrio bajo, subieron un repecho, y ya cerca del castillo, entraron por el postigo de una tapia de

un jardín, en una casa del barrio alto.

No habían encontrado á su paso ni una sola persona, y sin duda se les esperaba de antemano, porque apenas resonaron las pisadas de los caballos junto al postigo, se abrió este en silencio, y con el mismo silencio volvió á cerrarse apenas hubieron entrado en el jardín los cinco ginetes.

Pasó algún tiempo y al fin se escuchó el primer canto del gallo.

Era la media noche.

Abrióse entonces el postigo del jardín, donde habían entrado Yaye y Abd-el-Gewar y salieron dos personas envueltas en alquiceles blancos.

El postigo se cerró.

Las dos personas descendieron en silencio por el repecho en dirección á las montañas cercanas.

La una, encorvada como bajo el peso de los años, se apoyaba en el brazo de la otra, que era esbelta, fuerte, como alentada por el fuego de una vigorosa juventud.

Su paso era apresurado. El jóven sostenía al viejo.

Deslizábanse bajo el rayo de la luna que aparecía en medio de un cielo despejado, iluminando de una manera fantástica las montañas cercanas, que recortaban vigorosamente sus penumbras oscuras sobre los valles, mientras á lo lejos apenas se percibían otras montañas casi perdidas entre las brumas de la noche.

Al fondo se extendía una línea brillante.

Era el mar, cuyo gemido se escuchaba ténue é incesante, debilitado por la distancia.

De tiempo en tiempo y entre el oscuro follaje de los álamos que crecían junto á las riberas, en el fondo de los valles, se levantaba la armoniosa y magnífica voz de un ruiseñor enamorado, y allá en las altísimas rocas se dejaba oír el poderoso y estridente

graznido de los aguiluchos hambrientos, mientras acá y allá, en todas direcciones se levantaba de entre la yerba el canto alegre de millares de grillos.

Ni una habitación humana, ni nada que revelase la existencia del hombre en aquellas soledades, se advertía cerca ó lejos, al poco espacio de haberse aventurado los dos hombres de los alquiceles blancos en la montaña.

El eco repetía sus pasos en las concavidades de las rocas, al marchar sobre las ásperas crestas, y alguna piedra desprendida á su paso del borde de los desfiladeros, rodaba con estruendo á las profundidades de los valles.

Al cabo de media hora de marcha, el viejo y el joven llegaron á la entrada de un oscuro pinar. Antes de que pudiesen aventurarse en él se oyó un chasquido, y un venablo pasó silbando sordamente á mucha distancia de ellos.

Indudablemente era una seña, no una amenaza, puesto que el viejo se detuvo y agitó por tres veces su alquicel.

A aquella seña viéronse moverse sombras informes en la entrada de la selva, y adelantar hacia el repecho donde se habían detenido el viejo y el joven.

El número de aquellas sombras podía llegar á veinticuatro. Dos de ellas llevaban una litera.

Cuando saliendo de la penumbra de la selva aquellos hombres se pusieron bajo la luz de la luna, pudo verse que sus semblantes eran feroces, casi salvajes: su traje era característico y bravío: llevaban en la cabeza un pequeño turbante blanco; ceñido su cuerpo por un sayo pardo, con mangas anchas, bajo las cuales se veían sus velludos brazos; este sayo, cuya falda apenas les llegaba á las rodillas, estaba ceñido en la cintura por una fa-

ja encarnada y anchísima, en la cual estaban sujetos un alfanje corvo y corto, y un par de largos pistoletes; pendiente de un ancho talabarte llevaban á la espalda una aljaba llena de venablos ó saetas; cada uno de estos hombres mostraba en su mano una fuerte ballesta, y por último, unas calzas de lana azul y unas abarcas, cuyos filamentos de cuero rodeaban sus piernas hasta atarse debajo de las rodillas, completaban su severa y enérgica vestimenta.

Aquellos hombres parecían salteadores, bandidos, gente aparejada á todo linaje de crueldad y de desafuero.

En efecto, tenían mucho de salteadores, porque aquellos hombres eran monfíes.

Más adelante tendremos ocasión de decir lo que estos monfíes eran.

El anciano habló algunas palabras en árabe con el que parecía jefe de aquella gente, y después abrió la litera, y entró en ella con el joven.

La litera se cerró de tal modo, que los que iban dentro no podían ver el camino por donde se les conducía.

Inmediatamente cuatro de los monfíes cargaron con la litera, y rodeados de los restantes adelantaron hacia el oscuro pinar, y se internaron en él.

El lugar donde el joven y el anciano habían entrado en la litera, quedó solitario.

Poco después y durante una hora, aparecieron uno tras otro en el repecho fronterero al pinar, doce hombres envueltos en alquiceles blancos.

Siempre que aparecía uno de aquellos hombres, zumbaba á alguna distancia de él una saeta salida del pinar.

El hombre se detenía; agitaba por tres veces el extremo de su alquicel, y adelantaba sin recelo, aventurándo-

se en la oscura selva, como en un terreno conocido.

Poco después otro hombre envuelto también en un alquicel blanco, llegó al mismo punto que los otros, y como junto á los otros, zumbó junto á él otra saeta.

En vez de agitar aquel hombre por tres veces su alquicel, se volvió, y empezó á trepar apresuradamente el repecho por donde poco antes había descendido.

Escuchóse entonces el simultáneo chasquido de algunas ballestas, y el ronco silbar de muchos venablos: el que huía cayó.

Poco después algunos monfies estaban á su alrededor, y le reconocían.

—Es el alguacil de Mecina de Bombarón, dijo uno de ellos en árabe á sus compañeros; un perro, espía de los cristianos.

Y arrastrándole por un pié hasta el borde del desfiladero, le arrojó á la profundidad.

Oyóse un ronco gemido, luego el rebotar pesado del cuerpo sobre las rocas, después el zumbido de un objeto voluminoso que cae al agua.

Después nada. Los monfies habían desaparecido.

Solo quedaba en el sendero del repecho junto á la cortadura, un ancho rastro de sangre, y algunos girones blancos que iluminaban la luna sobre los espinos.

En aquel mismo punto, sentado en un diván, en una magnífica cámara, teniendo á los piés, sobre la alfombra de pieles de tigre, una hermosa esclava, había un anciano.

Este anciano dormitaba; su venerable barba blanca se inclinaba sobre su pecho; sus anchas y regias vestiduras se extendían sobre el diván.

Entre la toca árabe del anciano, se

veían las puntas de oro de una corona de rey.

La esclava sentada á sus piés, abstraída y pálida, mostraba en sus negros y radiantes ojos una mirada diáfana, y como fija en la inmensidad; de tiempo en tiempo su blanca mano, arrancaba una flebil y fugitiva armonía de las cuerdas de oro de su guzla de marfil.

Un ruiseñor, encerrado en una jaula riquísima, pendiente de la cúpula, lanzaba también de tiempo en tiempo un largo y armónico trino.

Una lámpara de seda pendiente de la cúpula, arrojaba los reflejos de la tenue luz que contenía, destellando dulcemente en los herretes de diamantes del almaizar del anciano, en el brillante pomo de su yatagán, en la cabellera, y en los ojos de la esclava, en la ancha túnica de brocado de ésta, y en los arabescos dorados que enriquecían los arcos sobre que se asentaba la cúpula.

Era un cuadro de reposo que inspiraba sueño.

Una imagen de voluptuosidad, que inspiraba amores.

Un detalle encantador de la vida íntima de los musulmanes.

El anciano era hermoso, á pesar de su edad.

La esclava era un arcángel humano.

La cámara, era un robo hecho al paraíso.

Durante algún tiempo, el anciano continuó dormitando, la esclava pensando, trinando el ruiseñor.

Más allá todo era silencio.

De repente se escuchó un golpe vibrante y metálico.

El ruiseñor calló; el anciano levantó la cabeza; la esclava se puso de pie, dejando ver la arrogante esbeltez de sus formas.

Retumbó un segundo golpe; el anciano se puso de pie, y mandó con un ademán á la esclava que saliese.

Esta desapareció por uno de los arcos laterales, como una ilusión de amores.

Cuando se hubo perdido el tenue eco de los pasos de la esclava, el anciano fué á la puerta de la cámara y la abrió.

En ella apareció otro anciano, de semblante atezado, de mirada dura y centelleante, pero respetuosa ante la persona que había abierto la puerta: inclinóse como se inclina un vasallo ante su señor, y dijo:

—Poderoso emir: vuestro leal sirvo Abd-el-Gewar, el faquí acaba de llegar.

Coloráronse con una llamarada febril las pálidas mejillas del anciano, arrasáronse sus ojos, y dijo:

—¿Y ha venido solo Abd-el-Gewar?

—No, poderoso emir, le acompaña un jóven.

—¿Dónde están?

—En la antecámara inmediata.

—Haz entrar á Abd-el-Gewar.

—¿Solo?

—Solo. Entre tanto da compañía al jóven.

Inclinóse el anciano, salió, y el emir se dirigió con paso lento, y profundamente pensativo al diván, y se sentó en él.

Poco después se abrió la puerta del fondo, y apareció Abd-el-Gewar, que se detuvo un punto, miró al fondo, vió al emir, brilló en sus ojos una expresión de alegría y adelantando con una ligereza superior á sus años, se arrojó á los pies del emir.

—Que el Señor Altísimo y Único, te bendiga, señor, exclamó asiéndole las manos.

—Alza, Abdel, alza, dijo con la voz ligeramente conmovida el emir: alza mi buen amigo, y siéntate.

Y levantándole, le sentó á su lado en el diván.

Los dos ancianos se contemplaron frente á frente, y en silencio durante

algún tiempo: parecía como que en aquella mútua mirada recordaban todo su pasado: una larga historia de lucha y de sacrificios; los recuerdos de la juventud; las pasiones de la edad viril; los desengaños de la edad madura; aquella mirada mútua, era, como pudiera decirse, una mirada retrospectiva lanzada al mundo que habían dejado atrás, desde ese otro mundo que está ya al borde de la fosa, ese otro mundo desconocido que se llama eternidad.

—¿Y mi hijo? dijo al fin con anhelo el emir.

—Vuestro hijo, señor, contestó Abd-el-Gewar, es un cumplido caballero, un corazón de oro, un brazo de hierro.

—Hace tres años que no le veo; la última vez que estuyé en el Albacín era un bello adolescente, un leoncillo de buena raza.

—Ahora, señor, es un hombre hermoso, un verdadero león. ¿Creeréis que ayer cuando pregonaron ese terrible edicto del emperador, de que ya tendréis noticias, me fué necesario apelar á todo el respeto que me tiene, para que no se pusiera al frente de los moriscos y acometiese espada en mano á los cristianos?

—¡Ah, buen hijo de sus abuelos! exclamó el anciano; y luego haciendo una rápida transición añadió: ¿y cómo han acogido los moriscos de Granada la promulgación de ese infame edicto?

—De una manera amenazadora, señor; pero no es tiempo aún...

—No, aún no es tiempo, dijo el emir; pero es necesario irnos preparando al combate: un día, cuando menos lo pensemos, el emperador arrastrado por su fanatismo religioso, por su recelo y por las excitaciones de los frailes y de la Inquisición, desatenderá los buenos oficios que nos procuramos á fuerza de oro, del príncipe

Ruy Gómez de Silva y de sus más allegados consejeros, y romperá con nosotros de una manera cruel, y si es necesario, nos exterminará, entregándonos atados á la Inquisición. Entonces será necesario desnudar la espada, rebosar de entre las breñas donde nos ocultamos, y morir matando cristianos. Esta determinación extrema podrá ser necesaria hoy, mañana, cuando menos lo esperemos. Por lo mismo es necesario estar preparados. Mis buenos monfies, saben que tengo un hijo; que ese hijo, para que se instruya, para que conozca el mundo, para que conozca las necesidades de los hombres que han nacido para ser gobernados viviendo entre ellos, ha sido entregado á uno de mis sabios. Yo estoy ya viejo y débil: las desgracias han agotado mis fuerzas gastando mi vida, y mi corazón... ¡oh!... ¡los encendidos recuerdos que nunca se apartan de mi alma!... ¡oh! ¡que desgraciado he sido, Abd-el-Gewar!

El anciano emir inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Es necesario olvidar, dijo Abd-el-Gewar con acento ronco y cavernoso.

—¡Olvidar! ¡olvidar! tú mismo no has olvidado, exclamó el emir; y eso que tú no eras su esposo, eso que tú no la amabas... ¡olvidar! ¡olvidar á Ana! olvidar aquel día terrible en que la Inquisición...

El anciano se interrumpió, se cubrió el rostro con las manos y lanzó un grito de horror, como si su recuerdo le hubiese llevado hasta una situación horrible, hasta una de esas situaciones en que parece que Dios coloca á los hombres para probar hasta qué punto puede un corazón humano apurar el dolor sin romperse. Durante algún tiempo el anciano continuó cubierto el rostro con las manos, anonadado, estremecido por un temblor

convulsivo. Luego se irguió de repente: brillaba en sus ojos un fuego salvaje, y exclamó con la voz vibrante y trémula:

—La he vengado con la sangre de los cristianos: las breñas de la Alpujarra me han visto persiguiéndolos como bestias feroces: mi yatagán se ha ensangrentado en ellos, y el terror ha guardado los desfiladeros de la montaña. El nombre de los monfies de las Alpujarras ha retumbado preñado de horror hasta los más remotos confines de España, y en vano ha sido que el emperador haya enviado sus más valientes capitanes y sus soldados más aguerridos en busca nuestra: han sido nuevas victimas inmoldadas al recuerdo de Ana: mi brazo se ha cansado de matar, pero aun no se ha apurado la sed de sangre de mi corazón: he envejecido inmoldando sangre á mi venganza, y me veo obligado á entregar esa venganza á mi hijo: me siento morir, Abd-el-Gewar.

—¡Morir! ¡morir vos, señor, cuando apenas contais sesenta años!

—La vejez no es la edad, sino el sufrimiento: desde la muerte de Ana han pasado veinte y cuatro años... y mira: mi piel está arrugada, mis cabellos blancos, mis manos trémulas: apenas puedo ya sostener la espada... es necesario que mi hijo ocupe mi puesto... es necesario que mi hijo sea rey... rey de las Alpujarras ahora, mañana, si Dios lo quiere, rey de Granada.

—¡Rey de Granada! suponiendo, señor, que llegásemos á rescatar del cristiano nuestra perdida joya, la hermosa Granada, ¿ignoráis que hay un hombre en quien los moriscos de Granada reconocen un derecho?

—¡Don Diego de Córdoba y de Válor! No importa: don Diego sabe muy bien que los moriscos de Granada son gente baldía y floja acostumbrada al yugo. Sabe muy bien que la fuerza,

la constancia, la fe, existen en los monfíes. Además tengo un proyecto que todo lo conciliará. Don Diego de Córdoba tiene una hermana.

—Si señor, contestó Abd-el-Gewar, mirando con espanto al emir.

—Cuando yo estuve en Granada hace cuatro años, doña Isabel era una doncella de catorce años, hermosa, pura, noble, cándida, con un corazón de angel y una dignidad de reina.

—Pero doña Isabel es cristiana, cristiana de corazón, exclamó con repugnancia el fanático Abd-el-Gewar.

—Cristiana era su tía doña Ana de Córdoba y de Valor, y sin embargo, Abdel, me casé con ella.

—Dios, os castigó de una manera terrible, señor, valiéndose para apartaros de ella de la mano de vuestros enemigos.

—No hagamos á Dios inspirador ni participe de los delitos de los hombres, Abd-el-Gewar, yo espero que mi hijo será feliz unido con Isabel de Córdoba.

—¡A pesar de ser cristiana!

—¿No es él cristiano en la apariencia? ¿Acaso nuestros abuelos no casaron con cristianas? ¿Acaso no ha habido reyes cristianos casados con moras?

—Allá en los primeros años de la conquista de los árabes sobre España, el emir Abd-al-Azis se unió con la reina Egila, la viuda del rey don Rodrigo: recordad la trágica muerte de Abd-al-Azis: el amor de Egila le hizo traidor á su ley y á su patria, y el califa Walid se vió obligado á condenarle á pesar de sus hazañas. Abd-al-Azis fué asesinado por un enviado del califa, y su cabeza, como testimonio de su muerte fué enviada á Damasco. En los últimos tiempos de la dominación de nuestros abuelos en España, el rey Abu'l-Hacem, el viejo, concibió un amor impuro por una doncella cristiana, por la hija del alcaide de Martos, el comendador Sancho

Jiménez de Solís. Isabel de Solís fué sultana de Granada, ex daño de la sultana Aixa-la-Horra, prima de Abou'l-Hacem, que fué repudiada por este. Dios castigó no solo al rey sino también á su reino. Los celos de Aixa-la-Horra y el amor de Isabel de Solís, de la sultana Zoraya, hácia los hijos que había tenido en su matrimonio con Abou'l-Hacem, produjeron las guerras civiles que nos entregaron cansados y sin fuerzas á los cristianos. Zoraya, la cristiana renegada, quiso que sus hijos fuesen reyes: Aixa, la sultana repudiada, fuerte con su derecho y con el de su hijo Abd-Allah-al-Ssaggir (Boabdil), supo atraer á su bando las tribus de los Abencerrajes, de los Zenetes, de los Massamudes, de los Gomerres, mientras Zoraya, la renegada, se apoyaba en los Zegries, en los Mazas y en los Gazules: el hermano menor del rey Abou'l-Hacem, Abd-Allah-al-Ssagar, se aprovechó de estas turbulencias para aspirar á la corona, y se apoyó en las gentes de Almería y en las tribus bereberes: hubo tres reyes para un solo trono: hubo tres bandos en un solo reino: llegaron días de luto en que Abou'l-Hacem fué rey del Albaicín, en la casa del Gallo de Viento; Abd-Allah-al-Sagir, rey de Granada, en el alcázar de la Alhambra; Abd-Allah-al-Ssagar, rey de Almería, de Guadix y de Baza, en el alcázar de Almería. Fernando é Isabel levantaban entre tanto su ciudad real de Santa Fe en la vega de Granada, y sus campeadores llevaban su tala á sangre y fuego hasta los muros de la ciudad: al fin Muley Hacem murió envenenado, Al-Ssagar, envenenado, y el débil Al-Ssagir, cansado, impotente para resistir á los cristianos, se vió obligado á entregarles su reino. Y todo esto fué obra del casamiento de Muley Hacem con una cristiana, con Isabel de Solís.

—Te he dejado referir esa lamentable historia que tan bien conozco, para que no creyese que me negaba á escucharla, temeroso de vacilar con su recuerdo en mi propósito. Del mismo modo que los amores de Muley Hacem con Isabel de Solís produjeron la guerra civil que causó la ruina de Granada, la hubiera causado su casamiento con otra mujer cualquiera: Muley Hacem estaba ya apartado de Aixa cuando conoció á Isabel de Solís: si no se hubiera casado con ella, se hubiera casado con otra, que del mismo modo le hubiera dado hijos, y del mismo modo hubiera ambicionado para sus hijos la corona. ¿Por qué esa ceguedad que nos hace atribuir á las causas más comunes desgracias que son hijas de la fatalidad, que están escritas por la mano de Dios en el libro del destino? ¿Qué mal habrá en que mi hijo se case con una doncella en cuyas venas circula la sangre de cien Califas, aun cuando esa doncella sea cristiana? Y luego, ¿no dices tú mismo que don Diego de Valor se cree con derecho á la corona de Granada? para evitar una guerra civil, ¿encuentras nada mejor que mi alianza con esa familia por medio del casamiento de mi hijo con Isabel de Valor?

—¡Ah, señor! pienso que vuestro hijo será el primero que mostrará repugnancia á su casamiento: mira con desprecio á los Valor: los llama los renegados.

—¿Conoce mi hijo á Isabel? exclamó el emir; debe conocerla: cuando yo concebí hace cuatro años el proyecto de casarle con ella, compré la casa medianera á la que habitaba doña Isabel en el Albaicín, con el objeto de que la habitase Yaye: era necesario que se conociesen.

—Y se conocen, dijo Abd-el-Gewar; vuestro hijo la ama, pero sobreponiéndose á su amor la ha desdeñado.

—¡Fatalidad! dijo el emir: ¡amarla y desdeñarla!

—Vuestro hijo, señor, tiene el corazón lleno de las desgracias de su patria.

—Bien, bien; dijo el emir: aun es tiempo: acaso todo consiste en el horror que tiene Yaye al nombre cristiano: pero concluyamos: estoy impaciente por verle: ¿me recuerda alguna vez, Abdel?

—Con mucha frecuencia me habla de vos y con entusiasmo. Ayer cuando le anuncié que había llegado el momento de que conociese á su padre me contestó: ¡oh! ¡si fuese tan noble y tan valiente como el walf Yuzuf-Al-Hhamar!

—¡Oh! ¡me recuerda! exclamó Yuzuf con el placer de un padre á quien llena de alegría y de orgullo el amor de su hijo.

—Sí, os recuerda pero jamás ha sospechado, á pesar de vuestras extraordinarias muestras de amor hacia él, que seais otra cosa que un valiente walf vasallo de su padre, un buen creyente, un antiguo amigo mío.

—En lo que por cierto no se engaña. Y dime ¿ha sospechado que su padre era el emir de los monfíes?

—Muchas veces me ha preguntado el nombre y el reino de su padre, pero presumí que es hijo de un emir de Africa.

—No importa: aquí mejor que en Africa, tendrá ocasión de mostrar su valor y sus virtudes: la adversidad es la piedra de toque de todos los hombres y especialmente de los reyes. ¿Pero qué me quieren?

Acababa de sonar de nuevo un golpe metálico

Aquel golpe se repitió tres veces.

—Vé y abre, dijo el emir á Abd-el-Gewar.

El anciano se levantó y abrió.

Entonces apareció en el banco de la puerta un joven robusto, gallardo, de

aspecto bravío y un tanto salvaje, que adelantó y se inclinó por tres veces.

—¿Qué quieres Aliathar? le dijo el emir.

—Poderoso señor, dijo Aliathar, los doce xeques de las tahas de las Alpujarras acaban de llegar y todas las taifas de los monfíes esperan ya en el cerro de la Sangre.

—Bien, ha llegado el momento, dijo el emir; tú Aliathar, vé al cerro de la Sangre y dí á tus hermanos que muy pronto estaremos entre ellos. De paso dí al wisir Kaleb que introduzca al jóven que acaba de llegar: á Sidy Yaye.

Aliathar se inclinó y salió.

—Tú, Abd-el-Gewar, ve al diván donde ya están reunidos los xeques: tú los conoces á todos, todos te conocen: prepáralos á la vista de mi hijo.

—¿Pero, habéis meditado bien, señor?

—Sí, sí; la corona pesa ya demasiado sobre mi frente y mi brazo está cansado: me siento morir; vé Abdel, vé, y que se cumpla mi voluntad.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios! exclamó Abd-el-Gewar, é inclinándose ante el anciano emir salió.

En aquel momento se abrió la puerta y aparecieron el wisir Kaleb y Yaye.

—Jóven, dijo solemnemente el wisir, el alto, el poderoso, el invencible emir de los creyentes de las Alpujarras te espera: prostérnate ante él.

Y el viejo Kaleb se inclinó profundamente, en tanto que Yaye fijaba una mirada atónita en Yusuf-Al-Hhamar.

—Vete, dijo el emir, indicando con un ademán á Kaleb que saliese.

Kaleb salió.

El emir y Yaye, esto es, el padre y el hijo quedaron solos.

Yuzuf adelantó hacía Yaye.

Este se inclinó.

—Perdonad, señor, dijo, mi sorpresa: pero yo creía...

—Sí, tú creías, Sidy Yaye, que yo no era otra cosa que un noble walí, dijo Yuzuf tomando las manos de su hijo y mirándole con delicia y con orgullo.

—Perdonad aún, pero jamás creí...

—¡Qué! ¿no me crees digno de ser rey de los valientes monfíes de las Alpujarras?

—Os creo digno, señor, de ocupar el diván de los califas de Oriente, de ser rey del mundo: ¿acaso la virtud y el valor no viven en vos? ¿A quién mejor pudieran haber elegido los monfíes para que los gobernase y los llevase al combate contra nuestros enemigos?

—Mi padre antes que yo fué emir de los monfíes.

—¡Ah señor! ¿con que el noble walí que en mi niñez me sentaba sobre sus rodillas, y me estrechaba conmovido entre sus brazos; el que tantas veces me ha aconsejado el desprecio de la vida por la patria; el que de una manera tan enérgica me ha referido las hazañas de nuestros abuelos, era ese poderoso emir invisible, á cuyo nombre palidecían de terror los cristianos, cuyos alcázares jamás ha pisado planta infiel, y que ha fecundado con torrentes de sangre impura las breñas de las Alpujarras?

—Yo era.

—¡Mil veces para mí dichoso el día en que puedo saludaros, señor, como al valiente candillo, como á la invencible espada, perennemente desnuda y enrojecida en defensa del Islam!

Y Yaye se prosternó.

—Alzad, príncipe, dijo Yuzuf: en mis brazos, que no á mis piés es donde debéis estar: ¿acaso el emir de los monfíes, os inspira menos amor que el walí Yuzuf para que huyáis de sus brazos?

Yaye se arrojó en los brazos del anciano.

El corazón de Muley Yuzuf latía con una violencia tal, que no pudo menos de percibirlo Yaye: un pensamiento, primero indeciso como una sospecha, luego más determinado, cubrió de palidez sus mejillas; pero con la palidez que causa una gran emoción: su mirada destelló un relámpago de orgullo y dijo con la voz trémula, pero grave y digna.

—Me habéis llamado príncipe, señor.

—¿Acaso no eres hijo de un rey? ¿acaso ayer no te anunció tu maestro, que muy pronto conocerías á tu padre?

—Es verdad, y acaso...

—Sidy-Yaye-ebn-Al-Hhamar, vuestro padre satisfecho de vos, cumplidos los años que había querido que viviéseis como uno de esos infinitos hombres que han nacido para obedecer, os llama para entregaros su espada y su corona.

—Cómo, señor, vos... añadió Yaye más pálido aún.

—Yo soy vuestro padre y vuestro rey, dijo acreciendo en solemnidad el emir.

Hubo un momento de profundo silencio.

—Disponed de mí, señor, como mejor os cumpla, dijo al fin Yaye.

.....

—Ten siempre, hijo mío, dijo Muley Yuzuf después de un largo espacio en que estuvo hablando á Yaye acerca de los deberes que el nuevo lugar que iba á ocupar le imponía; ten siempre presente que desde este momento debes sacrificarlo todo á la patria: la felicidad, la vida, y si es preciso el honor: todo por la patria, nada por tí: sé justo y fuerte, y Dios te ayudará.

—Puesto, señor, que es vuestra voluntad el que yo os suceda en vida,

os juro que sabré morir antes que manchar con un hecho cobarde, con una injusticia ó con una traición á la patria, el ilustre nombre que me legais.

.....

Después de esto el emir condujo á su hijo á través de cámaras verdaderamente regias, á un magnífico salón circular.

En aquel salón, sentados en semicírculo en un diván, á entrambos lados de un diván más alto, había doce hombres: todos ellos estaban armados de guerra, y en sus costados se veían largas espadas; todos ellos parecían valientes y caballeros, desde el más viejo cuya barba larga blanca representaba una edad avanzada, hasta el más joven, cuya barba gris representaba á uno de esos guerreros para los cuales si bien ha pasado la juventud, no han pasado la agilidad ni la fuerza.

En el centro de la cámara, sobre almohadones de brocado, había unas vestiduras reales, una corona de oro y una espada.

De pie, á ambos lados del diván donde estaban sentados los xeques, había como hasta una veintena de personas, todos graves, todas vestidas con túnicas talares y de pie; además, entre gran número de walies y arrayaces, con trajes de guerra, había cinco alféreces: el uno tenía un estandarte rojo bordado de oro, en el centro del cual se veía un escudo azul atravesado con una banda de oro en que estaban escritas en árabe estas palabras: *Le galib ille Allah* (sólo Dios es vencedor). Este era el blasón de los reyes de Granada. Los otros cuatro alféreces tenían cada uno una bandera: cada una de estas banderas tenía un color distinto, la una era verde, la otra blanca, la otra azul y la otra morada.

Detrás del diván del centro, que como hemos dicho, era más alto, y estaba destinado sin duda para el rey, estaban cuatro escuderos: el uno tenía una ancha adarga dorada, el otro una espada de combate, el otro una lanza de dos hierros, el otro en fin, un capacete riquísimo rodeado de una toca blanca.

Allí estaba, por decirlo así, la corte completa del emir de los monfíes.

Se nos olvidaba decir que precedían y seguían al emir y á Yaye, wazires, soldados y esclavos: un alferez pronunció en voz alta, y anteponiéndole algunos adjetivos pomposos, el nombre del emir, en el momento en que este llegó á la puerta.

Los que estaban sentados se pusieron de pie y se inclinaron profundamente, como todos los demás: en el espacio que trascurrió desde que Muley Yuzuf apareció en la puerta hasta que llegó, llevando siempre á su hijo de la mano, al diván del centro, no se vieron más que cuerpos encorvados y brazos cruzados.

Aquella era la representación del despotismo musulmán: la profunda zalá ó reverencia con que los buenos creyentes rendían homenaje á su señor, el poderoso emir.

Muley Yuzuf se sentó: Yaye permaneció de pie á su lado.

—Que Dios, el Altísimo y Unico, os guarde, mis fieles y valientes vasallos, dijo Muley Yuzuf desde el diván, y vosotros nobles y sabios xeques de mi consejo sentaos.

Los xeques se sentaron y los demás se enderezaron.

—Abu-Daly, mi secretario, dijo el emir, volviéndose á un anciano que estaba á la derecha de él, detrás del diván: entrega la gacela que te hemos hecho escribir, al noble Hussan-ebn-Dhirar, nuestro wisir; y tú, añadió dirigiéndose al wisir, lee á nuestros xeques, á nuestros sabios, á nuestros

capitanes, lo que según nuestra voluntad se contiene en esa gacela.

El wisir desenvolvió el largo pergamino que le había entregado el secretario, y empezó con voz solemne y campanuda la lectura, en medio de un profundo silencio.

Muley Yuzuf-Al-Hhamar reconocía según el contesto de aquella gacela por hijo suyo á Sydi-Yaye-ebn-Al-Hhamar, alegaba las razones que había tenido para hacerle educar entre los cristianos, y después exponía su incapacidad, á causa de los años, de seguir gobernando á los monfíes y conduciéndolos al combate, como hasta entonces; por último, expresaba solemnemente su voluntad de abdicar la corona en su hijo, y de que este le sucediese inmediatamente en el mando.

Apenas hubo terminado el wisir su lectura, cuando todos los circunstantes se inclinaron profundamente, y dijeron en coro como si hubieran sido ensayados para ello:

—¡Cúmplase la voluntad del querido de Dios, el invencible, el grande, el sabio, el poderoso Muley Yuzuf-Al-Hhamar!

Entonces el emir se levantó, tomó de la mano á Yaye, le llevó hasta los almohadones que estaban en el centro de la cámara, y volviéndose á Yaye, dijo solemnemente:

—Hijo mío Sidi Yaye, escuchad lo que va á deciros vuestro padre: y luego paseando lentamente su mirada en torno suyo, añadió: buenos musulmes, sabios, xeques, wazires, cadíes, walíes y caballeros, oid lo que va á deciros vuestro señor.

Todos callaron: ese profundo silencio de la atención excitada, dominó en la cámara donde estaban reunidos más de cien hombres.

—El Altísimo quiere que nada sea eterno é inmutable más que él: la robusta encina envejece, sus ramas es-

tériles dejan de producir hojas y frutos, y el huracán, al que ha resistido durante cien inviernos, le arrebató á cada empuje una de sus ramas secas: pero junto á la vieja encina hay siempre otra encina robusta y jóven, retoño de ella, y sus fuertes brazos cubiertos de verdor, dan sombra y frescura á la tierra que nutre sus poderosas raíces. Todo muere; pero el Altísimo ha querido que al invierno suceda la primavera, á un año otro año, á un cadáver un hombre robusto y jóven. Yo soy la encina que se ha secado, yo soy el invierno que concluye: fuerte y sereno me habéis visto resistir al huracán de la desgracia, me habéis visto fuerte contra la adversidad: hoy mi corazón es jóven, pero mi brazo está cansado y débil: como la encina se despoja al fin para no volver á engalanarse con ella de su diadema de verdura, yo me despojo de la corona que heredé de mi padre, y la pongo sobre la cabeza de mi hijo.

El anciano tomó de sobre los cogines la corona, y después de habérsela ceñido un momento, se despojó de ella y la puso sobre la cabeza de Yaye.

Un murmullo de respeto, una especie de salutación inarticulada, semejante á uno de esos rezos que se pronuncian en voz baja, salió de las bocas de aquellos hombres.

—Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar, continuó el anciano: la corona que os he ceñido es la representación de vuestro nombre de rey: al ceñiros la he rodeado vuestra frente de magestad, pero también la he rodeado de los cuidados del gobierno: desde hoy no vivís para vos sino para los demás: vos no podeis tener amor más que para vuestra patria: vos no podéis tener ambición más que para vuestro pueblo: vos no debéis pensar más que en gobernarle en justicia, en procurar que algún día salga del des-

graciado estado en que se encuentra, y en que sus banderas puedan recorrer vencedoras y respetadas los extensos ámbitos de un imperio poderoso y feliz. Jurad que seréis justo y guardador de la ley, que vuestros pensamientos y vuestras obras, solo serán por el bien y la grandeza de vuestros reinos.

—Lo juro, señor, contestó Yaye.

—Entonces el anciano tomó la espada real, se la ciñó y dijo:

—Mi padre, al ceñirse esta corona que yo he ceñido también, y que ahora ciñe vuestra cabeza, se ciñó esta valiente espada: durante treinta años, esta espada ha estado desnuda en las manos de mi padre, y ha brillado sangrienta contra los enemigos del Islam; durante otros veinte años, desde que murió mi padre hasta este momento, mi brazo ha sabido añadir glorias á esta espada: yo os la entrego (y el anciano ajustó el riquísimo talabarte de la espada á la cintura de Yaye), os la doy contra los enemigos de Dios y de nuestro pueblo; jurad que seréis buen caballero, que jamás desnudaréis esta espada contra el bueno, ni el desvalido, que en vuestras manos será un rayo exterminador de infieles, pero nunca un hacha de verdugo, que conservaréis y aumentaréis su gloria, que jamás la desnudaréis sin razón, ni la envainaréis con mancha.

—Os juro, señor, contestó con altivez Yaye, morir antes que manchar con una traición, una injusticia ó una cobardía, la noble espada de mis abuelos.

—¡Sed rey! dijo entonces Yuzuf Al-Hhamar; yo en presencia de Dios y de mi pueblo, renunció en vos la sagrada potestad de que he estado investido durante treinta años; yo espero que mis buenos y leales vasallos no tendrán que maldecirme por haberlos puesto bajo vuestra espada y

vuestra voluntad. Lo que he podido daros os lo he dado; lo que resta que daros, pedidlo al pueblo que habéis de mandar.

—¿Me quereis por vuestro rey? dijo Yaye con voz firme y sonora, con la frente alta y resplandeciente de dignidad y de grandeza.

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! exclamaron por tres veces, en coro los circunstantes.

—Y en muestra de que así lo queremos y de que así antes de ahora lo hemos determinado, dijo Abd-el-Ge-war, adelantando hácia el centro, yo gran faquí de los creyentes de España, os ciño la túnica real de vuestros mayores á nombre del reino de Granada.

Y tomando un magnífico caftan negro, que estaba sobre los cogines, le puso por la cabeza á Yaye, después de haberle despojado de su sencillo alquicel blanco; después tomó un manto rojo y le puso sobre los hombros del jóven, cerrando sobre su pecho dos magníficos herretes de perlas y diamantes.

—El reino os ha investido con el símbolo de la justicia y de la magestad; el pueblo de Dios espera que seréis justo y grande; el pueblo de Dios, que lucha hace tanto tiempo con sus implacables enemigos, os ayudará, os obedecerá y os respetará como á su rey y señor natural; pero pedirá á Dios que os hiera con el rayo de su justicia si fuéseis cobarde ó tirano.

—Así sea si yo tal fuere, contestó Yaye.

—Sed, pues, rey.

En aquel momento los cinco alféreces adelantaron: el que tenía el estandarte real de Granada, se colocó á la derecha de Yaye; los otros cuatro tendieron sobre el suelo sus banderas, mirando á las cuatro partes del mundo, según antigua usanza en la coronación de los reyes moros, y el escu-

dero que tenía la adarga, adelantó y la puso sobre las astas de las cuatro banderas.

—Desnudad vuestra espada, señor, dijo el justicia mayor del reino, y ponéos sobre la adarga, en señal de que soís rey, y de que de tal manera estaréis siempre armado contra los enemigos de nuestra ley.

Yaye desnudó la espada y se puso sobre la adarga.

—¡Hé aquí nuestro señor, el poderoso, el grande, el temeroso de Dios, Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar; gritó el alguacil mayor.

—Todos se prosternaron, y en tanto el alférez mayor del reino, tremolando el estandarte real gritó:

—¡Que Dios ensalce, y de prosperidades al magnífico Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar.

Los circunstantes aclamaron á grito herido á Yaye.

Yaye era ya rey de aquel pueblo de extraños bandidos, que vivían entre las breñas, á quienes nadie conocía, y cuyos reyes tenían sus alcázares en las entrañas de la tierra.

Uno tras otro, primero su padre, convertido ya por su voluntad en su vasallo, fueron besando la orla del manto de Yaye, hasta el último caballero.

Quedaba aun la solemne aclamación delante del pueblo.

Para ello Yaye, con un aparato verdaderamente régio, fué sacado del subterráneo; fuera, en un pintoresco valle á la entrada de la gruta, por donde se penetraba al alcázar, había un magnífico caballo blanco, cuyas riendas tenían dos esclavos; otra multitud de caballos esperaban á sus dueños: un centenar de esclavos negros vestidos de blanco, llevaban antorchas encendidas; una taifa como de mil monfíes, armados de ballestas y espadas, formaban á un lado del pequeño valle.

La noche era clarísima: la luna brillaba en toda su plenitud, en medio del cielo, y á lo lejos se escuchaba el ténue quejido del mar, en su eterno romper contra la ribera.

Las antorchas eran más bien un lujo que una necesidad.

Inmediatamente la cabalgata real se formó, la mitad de los monfies armados rompieron la marcha, y la otra mitad siguió á la comitiva.

Quien hubiera visto aquellas antorchas vagando por la montaña en medio de la noche, aquellos estandartes, aquel rey coronado, aquellos caballeros vestidos de blanco y armados de largas lanzas, aquellos dos tercios de ballesteros que marchaban silenciosos delante y detrás de aquella corte, hubiera creído que el alma en pena de Boabdil el Zogoibi, había salido de su tumba rodeada de sus cortesanos y de sus soldados para vagar sobre las breñas de las Alpujarras, en lo más intrincado de la taha de Juviles, y llorar durante la noche su pérdida Gaanada.

Al cabo de media hora de marcha, el nuevo rey, su corte y su guardia, llegaron á la cumbre de una ancha colina; el terreno de aquella colina no se veía; estaba cubierto de hombres; eran los monfies de las Alpujarras, que en número de diez mil, habían sido avisados por sus xeques para asistir á la proclamación pública y al reconocimiento del nuevo rey.

Cuando estuvieron en el centro, el alguacil mayor leyó el acta de la abdicación de Yuzuf Al-Hhamar.

Después el alférez mayor ondeó el estandarte real, y proclamó á Yaye.

Los monfies rompieron con una aclamación inmensa y el viento de la noche fué á llevar á los lugares cercanos el estruendo de los añafles, las dulzainas, los atabales y las atakebiras, tañidas en honor del nuevo emir

de los monfies Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar.

Después la comitiva real se volvió al alcázar subterráneo, y los diez mil monfies divididos en taifas, se encaminaron á cubrir sus apostaderos en toda la extensión de las Alpujarras, que habían abandonado por algunas horas, para ponerse de nuevo en acecho de los cristianos.

CAPÍTULO IV

LO QUE ERAN LOS MONFÍES.—YUZUF CUENTA SU HISTORIA Á YAYE.

Ya era media noche.

Yuzuf Al-Hhamar, se ocupaba en recorrer el alcázar mostrándole á su hijo. Yaye se había admirado más de una vez y sucesivamente se admiraba más y más.

Todo lo que había acontecido desde el día anterior era extraordinario; había momentos en que se creía entregado á un sueño; á uno de esos sueños que nos llevan de prodigio en prodigio á un punto tal, en que ya demasiado violentada nuestra fantasía nos obliga á despertar.

Yaye había alentado más de una vez ambiciosas aspiraciones; muchas veces al contemplar al pueblo moro tan abatido, tan abyecto, tan tiranizado por los cristianos, había pensado en que tarde ó temprano, aquel pueblo preferiría la muerte al sufrimiento cruel, lento, continuo, y se sublevaría; siempre pensando en una sublevación de los moriscos, había pensado en hacerse su caudillo á fuerza de valor y de sacrificios; su valiente fantasía había pensado en el triunfo: ¿qué oprimido no sueña alguna vez en vencer á sus opresores? y después del triunfo había soñado en una corona.

Aquella corona se le había venido á las manos de una manera extraor-

dinaria, antes de la insurrección y del triunfo. Yaye, preparado ya por el conocimiento de su alto origen y por sus pensamientos ambiciosos, había sostenido sin encogimiento, y como lo hubiera hecho un príncipe heredero, educado al lado de su padre en su misma corte, el alto papel que había desempeñado en la abdicación de Yuzuf.

Es cierto que Yaye conocía á Yuzuf; le había visto desde su infancia todos los años en la estación de los calores en Granada, pero á pesar de que Yuzuf le había tratado siempre con el cariño y la tierna solicitud de un padre, Yaye no había visto en él más que un anciano amigo de su venerable ayo Abd-el-Gewar; nunca había llegado á concebir que aquel viejo de larga barba blanca, de semblante pálido y melancólico, de ojos negros y hermosos, dulces, cuando miraban á Yaye, bravos y terriblemente feroces, cuando se lamentaba en presencia del jóven de las desgracias de la patria, nunca había pensado Yaye, repetimos, que Yuzuf fuese su padre, y mucho menos que sobre aquella cabeza encanecida por los años y por las desgracias se asentase una corona.

Sin embargo, había llegado el día en que Yaye supiese que Yuzuf era su padre, y á más de su padre, rey de los monfies.

¿Y qué eran los monfies? ¿Salteadores como parecía indicarlo su nombre, ó soldados valientes é indomables de un pueblo vencido que sostenían aún con un tesón incansable la bandera del Islam?

Para contestar á esta pregunta que suponemos nos harán nuestros lectores, necesitamos remontarnos á la conquista de Granada.

En el año de 1492 los reyes de Castilla y de Aragón, doña Isabel y don Fernando, terminaron con la conquis-

ta de Granada, la tenaz guerra de restauración contra los árabes, empezada por don Pelayo en Covadonga, y sostenida durante siete siglos por los condes soberanos, los reyes y los señores de España, á vueltas de sangrientas disensiones intestinas; habían puesto al fin el sello á su poder y á su grandeza, constituyendo un solo reino de los diferentes Estados de España, y añadiendo á su corona por fuerza de armas el reino moro de Granada, por cuya conquista el papa Alejandro VI los denominó por excelencia los Reyes Católicos; eran al fin señores de aquel último refugio de los restos del gigantesco imperio fundado por Tarik y sostenido con tanta gloria por los califas Omniades.

Yá desde las columnas de Hércules hasta las fronteras de Portugal, por una parte, y por otra, hasta los ásperos Pirineos, resonaba la voz de un solo señor y la salmodia de un solo rito; la unidad religiosa y la refundición de tantos reinos en una sola corona, eran un hecho consumado con la conquista de Granada y con la existencia de un descendiente de los Reyes Católicos.

Las pretensiones de la Beltraneja, de aquella desgraciada pincesa, cuya legitimidad y cuyos derechos á la corona de Castilla son aun un misterio, habían muerto en la batalla de Toro, y doña Juana la Beltraneja, la *excelente señora*, como la llaman las crónicas portuguesas, se había separado del mundo tomando el velo de esposa del Señor, en el convento de Santa Clara de Coimbra. Ningún obstáculo existía yá delante del astro esplendoroso de los Reyes Católicos, y como si esto no bastase, un hombre oscuro, un pobre piloto genovés, Cristóbal Colón, había arrojado á sus plantas el imperio de un nuevo mundo, que habían ocultado hasta entonces los mares de Occidente. Las naciones más

poderosas miraban con espanto el poder de los Católicos monarcas; la victoria reposaba cansada sobre sus pendones, y una extensa y pacífica monarquía era el sólido fundamento de su poder y de su grandeza.

Sin embargo, á veces en el corazón de un robusto cedro vive un insecto roedor é incansable que no se vé, que no se adivina, pero que trabaja en silencio, que adelanta en su afanosa tarea y que logra acaso atacar la vitalidad del robusto tronco que le contiene.

También bajo el esplendoroso manto de victoria de los Reyes Católicos se ocultaba una carcoma activa y roedora, un elemento hostil, pertinaz, bravío, incansable; una raza vencida, pero malcontenta con el yugo, ansiosa de sacudirlo; esta raza era el pueblo moro, á quien se había concedido una capitulación honrosa, á quien se había conservado el derecho de la pacífica posesión de sus propiedades, de la práctica de su religión, de su idioma, de sus leyes, de sus costumbres, á la manera que Tarik y Muza habían dejado siete siglos antes á los godos y solariegos vencidos, iguales derechos y franquicias.

Pero si los árabes habían respetado religiosamente sus pactos con los españoles subyugados, no había sucedido lo mismo (rubor causa confesarlo) respecto á las estipulaciones concluidas entre los vencedores reyes de Castilla y Aragón, y el vencido rey de Granada. El fanatismo cristiano fué para con los moros infinitamente más intolerante que lo había sido el fanatismo musulmán con los solariegos; los Reyes Católicos, dominados por sus confesores, pertenecientes al clero más feroz de que puede encontrarse ejemplo en la historia, empezaron muy pronto á faltar á los solemnes tratados concluidos con el rey moro de Granada. Yá, poco después

de la conquista, (30 de marzo de 1492) habían expedido un decreto de expulsión contra los judíos, decreto que arrojó de Granada y del reino, cincuenta mil familias industriosas y opulentas; los moriscos miraron esta medida contra los judíos con un profundo recelo; no podía ocultárseles que tras la expulsión de los judíos, se pensaría en expulsarlos á ellos mismos, ó lo que era peor, de reducirlos por fuerza á una religión extraña, á usos, á costumbres enteramente opuestas á las suyas; el tremendo tribunal de la Inquisición, creado poco tiempo antes, se había establecido en Granada; los frailes cristianos se habían atrevido á penetrar en sus mezquitas, para predicarles la religión del Crucificado, y como estas misiones no habían producido conversión alguna, empezaron las más odiosas persecuciones; las mezquitas fueron ocupadas por el vencedor, con abierta infracción de las capitulaciones, y convertidas en iglesias; se pretendió obligar á que volviesen al cristianismo los descendientes de cristianos que habían abrazado el mahometismo, gentes que se conocían entre los moros con el nombre de *elches*, y estos se negaron enérgicamente, apoyándose en las capitulaciones de la conquista, á pesar de las cuales fueron perseguidos y obligados.

Por consecuencia el Albaicín se sublevó en masa, y fué necesario que el conde de Tendilla, capitán general á la sazón del reino y costa de Granada, apelase á la fuerza y á la artillería; los principales de los sublevados fueron duramente castigados á sangre, y los moriscos, aterrados por el castigo, doblaron la cerviz y aparentaron una sumisión que no sentían; esto en cuanto á los moriscos de Granada y de las aldeas de la vega, que en cuanto á los de las Alpujarras, gente indómita y bravia, se alzaron

de una manera imponente, degollaron á los cristianos que hubieron á las manos, se apoderaron de las fortalezas y se declararon en abierta rebelión.

Fué necesario que el mismo don Fernando el Católico acudiese á cortar aquel incendio; logrólo no sin trabajo; entregáronle los moriscos gran número de rehenes y se obligaron á pagar á la corona en el término de dos años cincuenta mil ducados, dejándose bautizar por añadidura; pero al mismo tiempo que se sofocaba la rebelión en las Alpujarras, brotaba otra en la Serranía de Ronda y se extendía rápidamente á Sierra Bermeja. Aquella sublevación costó la vida á uno de los primeros capitanes de los Reyes Católicos: á don Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.

Aquella sublevación fué sofocada también aunque con más trabajo y más tiempo, y al fin no quedó en España un morisco de las poblaciones que no estuviese bautizado y que públicamente no profesase la religión católica.

¿Qué mucho? Ellos se habían visto obligados á escoger entre el bautismo y las hogueras de la Inquisición.

Eran, pues, cristianos á la fuerza, de una manera externa, y en el fondo de sus corazones aborrecían á muerte al odioso conquistador.

Pero si bien los habitantes de las poblaciones, los que poseían terrenos ú oficios, los que para conservar sus bienes se veían obligados á someterse al yugo, practicaban el cristianismo, había un número considerable de gente suelta, nómada, como los antiguos árabes del Yémen, que preferían la lucha con el vencedor y sus peligros á someterse vergonzosamente al yugo. Estos moriscos, ó mejor dicho, estos moros, porque solo se

llamaba moriscos á los convertidos, no entraban en las poblaciones sino para saquearlas; vivían en la montaña, se albergaban ya en las cuevas de las rocas, ya bajo sus tiendas de cuero, activos siempre, siempre dispuestos al combate y feroces y terribles hasta el punto de causar terror á los mismos moriscos de quienes habían sido hermanos.

Estos eran los monfíes.

Decíase á la ventura, porque nada podía asegurarse acerca de ellos, que estaban organizados en *tahas* ó distritos, que cada una de estas *tahas* estaba gobernada por un *xequé* (anciano), que todos estos *xequés* obedecían á un *emir* (príncipe) y que este emir tenía junto á sí *walíes*, *wazires* y *alímes* (capitanes, consejeros y sabios); abultábanse el poder y las riquezas de este pequeño rey de diez mil soldados, que erraban por las montañas y estaban sujetos á su ley, ó por mejor decir á la ley alcoránica á cuyo título los regía; hablábase de sus palacios subterráneos, aunque nadie los había visto, y de las maravillas que estos alcázares encerraban; pagábanle tributo las poblaciones de la montaña porque no las invadiese, las saquease ó tal vez las llevase á sangre y fuego, como había acontecido con alguna que había resistido al pago del tributo, y el solo nombre del emir de los monfíes bastaba para imponer terror á los más alentados.

A pesar de esto los monfíes eran una especie de duendes, unos seres misteriosos á los que nadie había visto, puesto que los que los veían durante la sorpresa de una población, ó en los desfiladeros de la montaña ó en las profundidades de una rambla, morían; pero las huellas de aquella gente feroz quedaban señaladas de una manera horrorosa, ya en los humeantes escombros de una aldea arrasada, ya en el cadáver de algún imprudente

viajero, arrojado en los linderos de un camino, ya en las cabezas de los cuadrilleros de la Santa Hermandad ó de los soldados de los tercios reales, que habían ido en su busca: despojos sangrientos que llevados durante la noche á las poblaciones, solían aparecer al día siguiente en las puertas de las iglesias.

Ya este, ya el otro capitán general de la costa y reino de Granada habían pretendido dar caza á estos terribles monfies; pero si la fuerza expedicionaria era respetable, nunca tropezaba con ellos, y si era escasa, poco después los restos ensangrentados se encontraban entre las quebraduras, ó crucificados, asaeteados, ó empalados en los caminos.

Llegó el caso de que las tropas empleadas en su persecución se limitasen sólo á salir ostentosamente de las poblaciones para esconderse después en la primera breña que encontraban al paso, para volver al día siguiente diciendo que no habían dado con los monfies.

La existencia de estos, pues, no se conocía más que por la exacción periódica de los tributos, que los habitantes cuidaban de ir á poner en los lugares indicados en los edictos que en ciertas épocas del año aparecían clavados en las puertas de las iglesias, ó por este ó el otro cadáver que encontraban acá y allá con suma frecuencia.

Por lo demás eran unos verdaderos duendes á quienes nadie había visto pero cuya influencia se sentía, y sobre todo se temía. Tales eran los monfies de las Alpujarras.

Yuzuf-Al-Hhamar-abu-Yaye era su rey.

¿Quién era este rey?

El mismo nos lo va á decir.

Yuzuf después de haber mostrado á su hijo todas las maravillas del al-

cázar subterráneo, le condujo á un departamento separado: era el harém.

Más de una magnífica hermosura, jóven y pudorosa, había levantado la cabeza adormida de sobre un diván, al sentir los pasos de su señor. Yaye vió con una indiferencia verdaderamente ascética aquellas niñas que se ponían de pie cubriéndose con sus velos y bajando las frentes ante la presencia del padre y del hijo: Yuzuf vió con placer que Yaye era un espíritu fuerte, noblemente levantado sobre las miserias humanas.

Hay que tener en cuenta para apreciar su indiferencia, y casi su hastío, que Yaye solo contaba veinte y cuatro años, que las mujeres, junto á las cuales de retrete en retrete y precedido por esclavos mudos, le llevaba su padre, eran jóvenes, deslumbrantes de belleza, la mayor de las cuales apenas llegaría á los diez y ocho años, africanas las unas, asiáticas las otras, bellezas de ojos negros, cabelleras brillantes, talles flexibles, y aspecto de pureza y de candor: algunas de ellas admiradas de la hermosura de Yaye fijaban en él una mirada dulcemente curiosa, y volvían á inclinar la vista cubiertas de rubor.

Yuzuf hizo conocer á Yaye muchas esclavas: habló con cada una de ellas no con el acento impuro é imperativo de un déspota musulmán, sino con el acento dulce de un padre.

A cada una de ellas decía también señalándolas á Yaye:

—Este es mi hijo; este es vuestro señor.

Las esclavas al escuchar esta frase callaban, cruzaban sus brazos sobre el pecho y se inclinaban.

Cuando hubieron salido del harém, Yuzuf dijo á Yaye:

—Las mujeres que acabas de ver son tus concubinas, están destinadas para tí; un rey debe tener en su ha-

rém las mujeres más hermosas del mundo.

—Yo jamás tendré esclavas para el amor, dijo brevemente Yaye.

—Yo siempre he tenido vírgenes en mi harém, dijo Yuzuf, pero jamás esclavas impuras: han sido mis hijas; con ellas he premiado el valor de mis guerreros, haciéndolas sus esposas; en vez de hacer de una esclava una mujer impura, he hecho buenas madres de familia. Solo he amado á una mujer, y aquella mujer era mi esposa.

—¡Mi madre! ¡Oh! ¡en verdad, señor, que nada me habéis dicho de mi madre!

—¡Oh! no he querido hablarte de ella, hasta hacerlo en el sitio á donde te voy á conducir: ven.

Al pasar por una habitación cuyas puertas estaban fuertemente cerradas Yuzuf se detuvo.

En aquella habitación había seis fuertes y enormes arcas de hierro.

Yuzuf abrió una de las arcas; estaba llena de doblas de oro.

—Yo creí, señor, dijo Yaye, que me habíais traído al lugar en que debíais hablarme de mi madre.

—¡Cómo! ¿no te maravilla saber que eres dueño de tantas riquezas?

—Las riquezas sólo deben servir para hacer el bien de nuestros hermanos: de tal manera las aprecio: consideradas de otro modo me causan hastío.

—Te he dado una corona y la has recibido sin envanecerte ni asombrarte; te he presentado mujeres, por cualquiera de las cuales ardería en fuego impuro, un morabitho (1) apartado del mundo, y las has visto sin conmoverte; te he hecho ver el brillo del oro, y no te has asombrado, ni ha nublado tu rostro la palidez de la codicia. Eres digno, hijo mío, de ceñir

mi espada y mi corona, digno de vengar á tu madre.

—¿De vengar á mi madre habéis dicho, señor?

—Silencio: aún no hemos llegado, sígueme.

Yuzuf cerró cuidadosamente otra puerta, atravesó con Yaye una larga y estrecha mina, y llegó al fin de ella á una puerta maravillosa, tanto por su labor como por las ricas maderas y preciosos metales con que estaba construida, sacó una llave de oro de entre sus ropas y abrió aquella puerta.

El retrete á que aquella puerta daba entrada era pequeño, pero resplandeciente; una lámpara de cuatro luces, suspendida de la cúpula, hacía brillar el oro de las labores sobre fondos esmaltados, el bruñido mármol de las columnas y la tersa superficie de los mosaicos, de los que arrancaba cien cambiantes; alrededor de este retrete había un ancho diván de seda y oro, y al fondo un magnífico arco primorosamente labrado y cubierto enteramente por la parte interior por una cortina de brocado, que ocultaba completamente lo que tras aquel arco existía.

Yazuf se sentó en el diván y atrajo á sí á Yaye.

—Siéntate, le dijo.

—¿Ha llegado el momento de que me habléis de mi madre?

—Aún no; antes es preciso que conozcas la historia de tu padre.

—Os escucho, señor.

El anciano empezó su relato de esta manera.

—Mi edad ha pasado de los sesenta años: el día en que Granada, destrozada por las guerras civiles, vendida por el cobarde Muley Abd-Allah, su último rey, se entregó á los cristianos, tenía diez y seis. Mi padre era uno de los héroes de nuestro pueblo, mi padre era el infante Muza-ebn-Abil-Gazan, hijo bastardo de Muley

(1) Como si en castellano dijéramos monje

Hacem, y hermano de Boabdil el desdichado.

Me acuerdo perfectamente del fatal día en que después de haber entregado las llaves de Granada al rey den Fernando en las orillas del Genil, Muley-Abd-Allah se encaminó con su familia y con los que quisieron seguirle á las Alpujarras.

Nuestras mujeres lloraban, lloraban nuestros viejos, y nuestros soldados cabizbajos y avergonzados marchaban en silencio, sin atreverse á volver el rostro para mirar á la hermosa ciudad, entre cuyos escombros no habían sabido perecer como valientes.

Así en paso tardo como el de quien se aleja por la fuerza del objeto de su cariño, llegamos al alto del Padul.

Era el último lugar desde donde podíamos ver á Granada: el rey revolvió transido de dolor su caballo, y se arrojó de él. Luego se prosternó mirando á Granada y lloró: todos nos habíamos prosternado; todos llorábamos menos una mujer: aquella mujer estaba de pié, altiva, serena, pero profundamente pálida: aquella mujer era la madre de Muley Abd-Allah: la sultana Aixa-la-Horra.

Aún me parece que la veo de pié en medio de nosotros, como un genio fatal; aún me parece que escuchó sus altivas y terribles palabras.

—Llora, dijo al rey, llora como una débil mujer, la pérdida del reino que no has sabido defender como hombre.

Al escuchar el severo acento de su madre, el rey se alzó, lanzó una mirada suprema á Granada, exhaló un grito de dolor, se cubrió el rostro con las manos, y luego, montó de un salto á caballo, le revolvió hácia las Alpujarras, y apretándole los acicates partió á la carrera.

Todos le seguimos como una tromba: la desesperación nos impulsaba, y

doblamos la falda de la montaña, con el estruendo y la rapidez del viento de la tempestad.

Yo cabalgaba al frente de nuestros soldados y de nuestros ginetes agobiado bajo el peso de un doble é intenso dolor: salía desterrado de la ciudad en donde había nacido, y el noble infante mi padre, había desaparecido sin que nadie supiese lo que había sido de él: acaso había ido á buscar la muerte en alguna aventura desesperada, yendo solo á hacerse matar por los cristianos, encubriendo su nombre, como un moro cualquiera: acaso había huido para no ver la deshonra de su pueblo, la rendición á los castellanos, la Alhambra en poder de los infieles, la vergüenza en la frente del cobarde rey; acaso yo no debía volver á ver á mi padre.

Junto á mi, triste y pensativo como yo, cabalgaba el valiente Ali Hussein, alferez de mi padre, que en otros tiempos había llevado su bandera de infante á la victoria.

Algo más allá del Padul, Ali Hussein, detuvo su caballo y me dijo:

—Poderoso señor, tu padre quiere que nos separemos del rey y de sus gentes.

—¡Mi padre! exclamé: ¿pues qué! ¿sabes tu de mi padre?

—Tu noble padre nos espera en la montaña, me contestó.

Y puso su caballo en demanda de otro camino: yo le seguí con el corazón alentando apenas; nuestros parientes, nuestros soldados y nuestros esclavos me siguieron: éramos más de quinientos.

Mi padre se nos presentó de repente, se nos dió á conocer, y se puso á nuestra cabeza en un camino que se internaba en la montaña, y que á medida que adelantábamos se estrechaba hasta el punto de que nos fué necesario echar pie á tierra y marchar uno en pos de otro.

Mi padre iba delante.

Caminamos todo el día en silencio por ásperos desfiladeros, viendo á nuestros pies valles profundísimos por cuyo fondo se precipitaban ríos convertidos en torrentes por las lluvias del invierno, y sobre nuestras cabezas montañas cubiertas de nieve: sobre las colinas levantaban las tristes y altísimas copas solitarios pinos y en el fondo de las estrechas vegas, en las vertientes de la montañas bravíos bosques de deshojadas encinas.

Ni una aldea, ni una habitación humana, ni aun la choza de un pastor, vimos durante el día desde el camino por donde nos guiaba mi padre. Solo se escuchaba el graznar de las águilas, el ahullar de los lobos hambrientos, el rugir de los torrentes y el zumbido del viento entre las quebraduras de la montaña.

Llegó la noche y con ella llegamos á una cumbre ancha, árida, cubierta de nieve, desde la cual se veían otras muchas cumbres que se levantaban en anfiteatro hasta el altísimo pico de Muley Hacem (1). Tampoco se veía desde allí ninguna habitación humana.

Detúvose allí mi padre y descabalgó: todos descabalgamos, y durante los primeros momentos de descanso nuestras mujeres y nuestros esclavos descansaron.

Después mi padre llamó en torno de sí á los guerreros de nuestra familia.

—«Hemos sido arrojados de nuestros hogares, nos dijo, y ya no tenemos patria: somos vencidos: el vencedor nos ha asegurado nuestras propiedades, nuestra religión, nuestras leyes y nuestras costumbres, por medio de una capitulación: esa capitulación que algunos creen honrosa y estable, no vale más ni es más fuerte

que el papel en que está escrita: la mano del vencedor procurará pasar primero por cima de ella, y cuando aleguemos los capítulos concertados con los reyes de Aragón y de Castilla la mano del sacerdote cristiano rasgará la capitulación, y los soldados de los reyes de España, nos impondrán la sumisión por la fuerza. Todo lo hemos perdido, todo: patria, religión, leyes, costumbres, haciendas: nos espera una suerte semejante á la de los judíos: la esclavitud y la vergüenza.

Resistamos con valor la inclemencia de los hados: si vivimos en los pueblos, allí nos vigilará el recelo del vencedor, que tendrá siempre el atento ojo sobre nuestros semblantes para medir su alegría ó su tristeza: si nos reunimos en mucho número recelarán; si evitamos reunirnos, recelarán también: acecharán por las rendijas de nuestras puertas para sorprender el pudor de nuestras mujeres, y procurarán apartar nuestros hijos de nuestro amor y de nuestras costumbres.

Debemos vivir lejos de los cristianos, acecharlos incesantemente, en vez de ser acechados: debemos preparar el día glorioso de una reconquista, si no para nosotros, para nuestros hijos: debemos continuar siendo fieles observantes de la ley, buenos musulmanes; en los pueblos no podríamos serlo: pero por fortuna la montaña es áspera, tiene guaridas desconocidas donde podremos ocultarnos, y desde las cuales seremos el terror del vencedor: es necesario que olvidemos el regalo de nuestras casas de Granada, las suntuosas fiestas, las alegres zambras: nuestros jardines serán las desnudas ramblas de las Alpujarras: nuestras zambras el combate continuo con el cristiano: que el que se aventure en la montaña muera, y que los cobardes habitantes de las poblacio-

(1) El más alto de Sierra Nevada.

nes paguen tributo al rey de la montaña.

En una palabra, desde hoy, si queréis seguir mis consejos, seremos monfíes.»

Concluyó mi padre, y los más ancianos, los más prudentes de la familia aprobaron su parecer.

Pero era necesario que aquel nuevo pueblo que había elegido para su residencia las grutas de las montañas, y por ejercicio la continua guerra con el cristiano, tuviese á su frente un caudillo que lo gobernase.

Mi padre fué elegido unánimemente emir de los monfíes.

Un resto de la familia real de Granada, guarecido entre rocas y desfiladeros, no rendía vasallaje al vencedor del reino de Granada; los demás se arrojaban á sus pies en un cobarde vasallaje, ó se desterraban voluntariamente del suelo que les vió nacer, pasando al Africa.

.....

Anduvimos sin cesar por ásperos senderos durante aquella larga noche, alumbrados por la clarísima luna del mes de las nieves, y al amanecer llegamos al centro de un espeso pinar delante de la boca de una lúgubre gruta.

Esa gruta es la misma en que ahora te encuentras, hijo mío.

Dentro de esta gruta, mi padre construyó el alcázar subterráneo del emir de los monfíes.

—Pero según las cámaras que he visto antes de llegar á esta, dijo Yaye, si he de juzgar por el régio esplendor que nos rodea, este alcázar es tan rico como la Alhambra; para construirle han debido gastarse tesoros incalculables.

—Mi padre, continuó el anciano Yuzuf, previendo á tiempo la conquista, había vendido sus tierras, sus alquerías, sus castillos: el precio de

estos, aunque enorme, no bastaba ciertamente para la construcción de este alcázar maravilloso, del cual solo has visto una pequeña parte. Pero los monfíes hacían la guerra al cristiano y con mucha frecuencia penetraban en las villas más populosas y ricas de las Alpujarras, las entraban á saco y se volvían cargados de botín: el quinto de las presas era de mi padre; además, justo era que los que habían inclinado cobardemente su cabeza bajo el yugo del vencedor, los que se habían convertido de miedo (porque los cristianos tardaron muy poco en faltar á la fe de las capitulaciones), justo era que los que habían renegado vilmente de su Dios, contribuyesen al sostenimiento de los valientes moros que habían rechazado toda servidumbre, todo envilecimiento, toda apostasía, prefiriendo una sangrienta y continua lucha entre las breñas de la montaña, á una paz vergonzosa entre el ocio y el regalo de las poblaciones, bajo la mano de hierro y la vista recelosa de los cristianos: al poco tiempo de haberse hecho mi padre rey de la montaña, aparecieron gacelas escritas en las puertas de las iglesias, sin que nadie supiese quién las había puesto, en que se imponía á los moriscos renegados y á los cristianos, un fuerte tributo para el emir de los monfíes: la primera vez las gacelas fueron arrancadas sin temor, y solo recibieron por contestación un silencio de desprecio: el castigo no tardó mucho después de la ofensa: una y otra y otra villa fueron acometidas de noche, en medio del silencio, y sus moradores entregados al degüello y al incendio: cuando de nuevo se fijaron gacelas en los mismos parajes que las anteriores, los vecinos, cada uno según su riqueza, se apresuraron á pagar el tributo impuesto por el rey de la montaña, llevándole al lugar que se prefijaba en la gacela. Así han con-

tinuado año tras año. Al terminar la luna de los frutos, nuestros monfíes entran de noche en las villas y fijan en las iglesias las gacelas en que se les anuncia el día y el lugar en que han de pagar el tributo y dónde han de depositarle. Ningún año ha faltado una sola villa á cumplir esta prescripción. Tenía, pues, mi padre tesoros y los tengo yo. Con esos tesoros se ha construido en las entrañas de la tierra, en las excavaciones de unas antiquísimas canteras, este alcázar, que es una ciudad subterránea; con esos tesoros hemos podido ir aumentando el número de los monfíes, que al principio apenas llegaban á quinientos; que cuando murió mi padre llegaban á cuatro mil, y que hoy forman un ejército de diez mil soldados, fuertes, bravos, sin piedad, incansables, que conservan la pureza de la ley alcoránica, y entero el amor de la patria: con esos tesoros podemos tener espías en todas partes, hombres activos que encontrarán medio de saberlo todo, de oirlo todo: estos hombres están allí do quiera ondea la bandera española: en la corte del emperador, en la del rey de Francia, en Italia, en Flandes, hasta el remoto continente americano, de donde nos envían el oro á raudales; nadie conoce á esos emisarios míos, y muchos de ellos sirven á sueldo bajo las banderas del rey de España, muchos alientan con mi oro las tentativas de los enemigos de Carlos V, y si yo quisiera, ese soberbio rey caería herido por un puñal invisible: ¿pero qué me importa la vida de don Carlos? El es un solo hombre, aunque poderoso, y nuestro enemigo es un pueblo entero, un pueblo de soldados aventureros y rapaces, de frailes codiciosos, de jueces y abogados que son otras tantas aves de rapiña: la codicia hace invencibles á esos aventureros, el fanatismo hace crueles á esos frailes, la soberbia im-

placables á esos jueces; donde quiera que pone su planta el soldado, donde quiera levanta su cruz el fraile, donde quiera tiende su garra el golilla español, allí van la destrucción, la hoguera y el verdugo: América se extremece bajo su yugo, Flandes se desangra, la hermosa Italia se ahoga; llegará un día, y acaso no tarde, en que alentados por la desesperación los oprimidos, hagan crugir y quebrantarse el yugo: en que España, rodeada por todas partes de enemigos, no tenga bastantes soldados para vencer; en que los frailes no puedan encender hogueras para quemar, en que los jueces se vean heridos por sus mismas plumas. Llegará un día en que se unan contra España todos los que por España son desdichados, porque la tiranía acaba siempre herida por sus mismos excesos. Una terrible guerra religiosa se agita en Europa; Roma lucha contra la protesta; los doctores católicos contra los doctores luteranos: cien pueblos contra uno solo, cien derechos contra una sola tiranía: la España de Carlos V es un coloso de hierro con los piés de barro, y su mismo peso le derrocará: ¡ay cuando llegue el día en que el coloso vacile! Un pueblo que hoy se esconde en las entrañas de las rocas, atacará á ese coloso por el pié y le arrojará por tierra....

—¡Sueño! exclamó Yaye, interrumpiendo á su padre.

—¿Acaso sabe nadie lo que está escrito en el libro del destino? ¿Acaso no fueron derrocadas Menfis y Babilonia? ¿No pasó la Grecia con sus guerreros, con sus sabios, con sus poetas y sus artistas? ¿Dónde está Cartago la rival de Roma? ¿Dónde está Roma la vencedora de Cartago? ¿Dónde están los godos que hollaron el Capitolio con los sangrientos cascos de sus caballos? ¿Dónde están los árabes vencedores de los godos? ¿Qué

ha sido de los almoravides y de los almohades, vencedores de los árabes? Todo muere: como los hombres, las razas.

—España es fuerte, poderosa y grande, exclamó el tenaz Yaye.

—Carlos V ve que el coloso empieza á desmoronarse bajo su imperio: este imperio pasará quebrantado, herido de muerte, á los hombros del príncipe don Felipe, y si bajo su mano no se destruye, pasará mermado á las de su hijo, y débil á las de su nieto, y miserable y envilecido á las de su biznieto. ¡Qué! ¿puede durar mucho un imperio que se funda en la opresión de pueblos enteros?

Acaso ni yo, ni tú, ni nuestros nietos, veamos convertido á ese coloso sangriento en un fantasma que se verá precisado á volver la vista atrás para contemplar algo grande: pero tenemos el deber de ayudar á la carcoma de ese coloso; tenemos necesidad de vengarnos, yá que no como serpientes, como sanguijuelas; debemos chupar continuamente su sangre y su oro: por cada moro que ese coloso despedace, nosotros debemos despedazar cien cristianos, y si está escrito que en nuestros tiempos ese coloso se derrumbe, debemos estar preparados á la lucha, en acecho de una ocasión propicia para reconquistar lo que hemos perdido, para poder piafar con nuestros corceles en las ricas campiñas andaluzas, y levantar en medio de ellas los minaretes de las mezquitas del Dios Altísimo y Unico.

—¡Oh, padre, padre! ¡El Altísimo ha visto los pecados de nuestro pueblo, y por ellos le ha destruido!

—Del mismo modo ve los pecados de los españoles, y les destruirá por ellos.

—Padre, ¿habáis vivido alguna vez entre esos hombres?

—El día en que mi padre fué elegido rey de los monfies, llamó á uno

de sus parientes más allegados, sabio anciano, y me entregó á él, como yo te he entregado á Abd-el-Gewar. «Ve hijo mío, me dijo: vive entre los conquistadores, conócelos, porque algún día me sucederás en el gobierno, y el elegido por Dios para gobernar, debe conocer á los enemigos de su pueblo. Aprende su lengua, viste su traje, practica sus costumbres, ponte en estado de conocer sus malas artes para que no puedas ser engañado; conoce sus debilidades, para aprovecharlas, y si es necesario, sé cristiano en la apariencia. Corre mundo, y sobre todo sé dócil con el que desde ahora va á ser tu padre: cuando conozcas bien á nuestros enemigos, cuando largos viajes te hayan dado experiencia, vuelve, mi corona te espera.»

Y partí, y aprendí el habla castellana, y viví en la corte del emperador, y servi bajo sus banderas, y estuve en Francia, en Flandes, en América: por todas partes ví enemigos de España: por todas partes oí maldecir el nombre español: en todas partes ví vireyes y oidores, y clérigos, y capitanes y soldados de España, que se enriquecían por medio del crimen. Comprendí que los pueblos tienen un derecho sagrado de vivir bajo sus antiguas leyes, bajo sus usos y costumbres, y que un conquistador es siempre odioso, porque siempre se ve obligado á ser tirano.

—Lo mismo he comprendido yo, señor.

—Mi amor á la patria crecía á medida que pesaba los excesos que en todas partes, en todos los mares, en todas las regiones del mundo ejercían los españoles: mi sola pasión era el odio hácia los cristianos, mi solo deseo beber su sangre.

—¿Y no sentísteis jamás otra pasión ni otro deseo, padre mío? exclamó con empuje Yaye.

—Sí, contestó Yuzuf, mirando fija-

mente á su hijo: tú eres una prueba viviente de que si mi corazón abrigaba un odio á muerte, una inextinguible sed de venganza contra los cristianos, dió también cabida al amor.

—Pero vos amaríais á una mujer de vuestra raza; á una parienta acaso.

—Tu madre no era mora, hijo mío.

—¡Que no era mora!

—Era árabe... al menos descendiente, en línea recta de los califas árabes de Córdoba.

—¡Descendiente en línea recta de los califas de Córdoba!.... ¿Cómo se llamaba?

—Ana de Córdoba y de Valor.

—¡Ana de Córdoba y de Valor!.... ¡Hija de los renegados!.... ¡Cristiana!....

—Es verdad que los Valor cometieron un gran pecado renegando de su fe y sirviendo á los reyes de Castilla: es verdad que un moro no debía tener con ellos otra alianza que la del acero, otro trato que el del combate... ¿pero acaso hemos de castigar en los hijos los pecados de los padres? ¿Acaso no hay una ley superior á todas las leyes; una ley irresistible, porque está escrita por la mano de Dios en el corazón humano, y á la que es forzoso obedecer? Dichoso tú, hijo mío, si aún no has oído el terrible precepto de esa ley, de esa ley que se llama...

—¡Amor! exclamó profundamente Yaye.

—¡Amor! exclamó con profunda intención Yuzuf... pero no: á tu edad se juega con el amor; mas á la edad en que yo conocí á tu madre, en el estío de la vida, cuando ya se empieza á descender por la escala de los años, cuando tenemos el corazón vacío por la experiencia, árido por la desgracia, ansioso de amor... ¡oh! entonces no se ama al ángel, se ama á la mujer, se ama á la compañera; se busca un corazón noble y grande que sienta nues-

tro infortunio, que le acepte, que le alivie, compartiéndolo: un seno de paz en que reposar la cabeza calenturienta por los cuidados del gobierno: una mano amante que limpie de nuestra frente el sudor del combate; una boca que nos sonría como solo sabe sonreír la esposa que ama, y que ahuyente con su sonrisa, si quiera sea por un momento, los crueles cuidados, la lucha azarosa del presente, los temores del porvenir. Y luego... tú no has podido encontrar en las tierras donde has vivido, ni en Madrid, ni en Salamanca, ni en Granada, ni en las Alpujarras, una mujer como tu madre... ¡Ven!

Yuzuf se levantó, y fué al arco del fondo: su semblante estaba más pálido que de costumbre, su blanca barba temblaba, sus ojos expresaban una tristeza profunda.

—¡Mira! dijo á Yaye.

Y recorrió la cortina.

—¡Isabel! exclamó el jóven con un grito exhalado del fondo de su alma.

Al descorrerse la cortina, una mujer jóven y hermosa había aparecido ante los ojos de Yaye: aquella mujer demostraba la misma edad que Isabel de Córdoba y de Valor, y era tan semejante á ella, como si hubiera sido ella misma.

Pero aquella mujer estaba pintada en una tabla.

Aquella tabla era á todas luces obra del pintor de los Reyes Católicos, Antonio del Rincón.

(Entre paréntesis: el nombre de Antonio del Rincón estaría arrinconado en el olvido, si no hubiera retratado tres docenas de veces á los serenísimos Reyes Católicos).

Yaye en su permanencia entre los cristianos se había hecho artista, y reconoció á primera vista por la manera, cuando la reflexion hubo dominado en él á la sorpresa, al autor de

aquel retrato: recordó que Antonio del Rincón había muerto muchos años antes de que Isabel de Córdoba y de Valor llegase á la edad que la dama retratada representaba: no podía ser aquella dama Isabel, pero podía ser su madre.

¡Su madre!

Este fué el primer pensamiento que brotó de la razón de Yaye, y le estremeció.

Acaso había un misterio en el nacimiento de Isabel: acaso amaba con un amor incestuoso á su hermana.

Cuando llenan la cabeza y conmueven el corazón pensamientos y sensaciones tan profundas, la lengua emudece, los ojos se asombran, ese organismo que se llama cuerpo humano tiembla.

Yaye fijaba una mirada fascinada en el retrato y estaba pálido como un cadáver.

—Esa era tu madre, dijo tristemente Yuzuf.

—¡Mi madre! contestó maquinalmente el jóven; ¡mi madre!

Pero dominando la reflexión á la emoción se encerró en una prudente reserva.

—Te asombra sin duda, dijo Yuzuf, interpretando mal la confusion de Yaye, ver á tu madre con esas ropas castellanas; con ese tocado castellano, con esa cruz de oro pendiente del cuello. ¡Ah, hijo mío! ya te he dicho que tu madre era cristiana: yo, moro de raza, enemigo á muerte del nombre cristiano, no debí haber succumbido á los amores de una infiel. ¿Pero hay algún hombre que pueda hacerse superior á ese precepto de Dios que dice: hallarás á tu compañera y la amarás?

Hubo un momento de silencio.

Yuzuf se volvió al diván y se sentó en él. Yaye se sentó á su lado. Entrambos tenían fija su mirada en el retrato.

—Y yo no busqué, continuó Yuzuf; la encontré un día en esa tabla... al verla me estremecí, temblé: nunca había temblado: nunca había conocido el amor, y al sentirle, no le comprendí. Sin saber por qué no podía separar los ojos de esa tabla, que tenía para mi voz, aliento, vida. Sin embargo, entonces era ya hombre maduro, me acercaba á los cuarenta años. Hacía ya diez que por muerte de mi padre había heredado su espada y su corona. Obedeciendo uno de los consejos que me dió mi padre al morir, vivía por mitad en las Alpujarras, como emir de los monfies, ó en Granada ó en la corte, como morisco convertido: cuando vivía entre los cristianos llamábanme el hidalgo Diego Vargas y nadie sospechó jamás que yo fuese el rey de aquellos terribles monfies, cuyo nombre solo aterraba á los castellanos.

Sabíanlo, sin embargo, algunos moriscos principales: uno de ellos era don Juan de Córdoba y de Valor, que aunque cristiano en la apariencia, era moro de corazón y esperaba, si un día triunfaba un levantamiento de los moriscos, ser elegido rey de Granada.

Entre don Juan de Valor y yo existía una estrecha amistad: don Juan, sin embargo, conocía mis incontestables derechos al trono de Granada: derechos no solo heredados, sino adquiridos en el combate continuo con el cristiano, mientras ellos, los moriscos, vivían en un ocio y una sumisión vergonzosas; don Juan me habló muchas veces de confundir en uno nuestros mútuos derechos por medio de un casamiento.

—Yo no tengo hijos, le contestaba yo, siempre que don Juan me hablaba á aquel propósito.

—Pero yo tengo una hermana, me dijo al fin un día don Juan: una hermosa doncella de diez y ocho años.

—Reparad en que yo cuento ya cerca de cuarenta.

—Para esta clase de alianzas no se repara en edades, replicó; basta con que el hombre ofrezca seguridades de sucesión.

—Por último, don Juan, le dije: vuestra hermana es cristiana, no cristiana como vos le sois, sino de corazón, por creencia y por costumbre: yo no puedo unirme á una infiel.

Don Juan no me contestó á esta última decisión mía; es de advertir que cuando yo le dí esta contestación no conocía á su hermana doña Ana: solo tenía noticia de ella y de sus exageradas creencias cristianas por algunos moriscos principales que la conocían: sabía sí que era hermosa; pero había llegado á los cuarenta años sin rendir tributo á la hermosura, porque mi corazón estaba lleno de ambición y de sed de venganza por las desventuras de mi patria. El saber que doña Ana de Córdoba era una doncella hermosísima no me había conmovido.

Un día, de vuelta de un paseo por el campo, pasábamos por una estrecha calleja del Albaicín; don Juan me convidó á subir á casa de un pintor su conocido.

Aquel pintor era Antonio del Rincón.

Subimos á una torrecilla donde Rincón pintaba sus cuadros, y lo primero en que reparé, entre una multitud de santos, cristos y vírgenes, fué en esa tabla que estaba puesta junto á una ventana y herida de lleno por la luz.

En el tiempo que estuvimos allí, no separé la vista de aquella tabla: un poder misterioso é irresistible me arrastraba á la mujer que en ella estaba representada.

Salimos de allí don Juan y yo, y al día siguiente volví solo á la casa del pintor. Aquella noche, á mi des-

pecho no había dormido; ni un solo momento se había separado de mí el recuerdo de la hermosa castellana. Cuando entré en la habitación del pintor el retrato estaba en el mismo sitio.

—¿Quién es esa dama, si es que podéis decirme su nombre? pregunté á Rincón después de algunos minutos que estuve hablando con él de cosas indiferentes.

—Esa dama, caballero, me dijo, es doña Ana de Córdoba y de Valor, y me extraña que no la conozcais porque al veros aquí con su hermano don Juan no parecíais sino grandes amigos.

En efecto lo somos, pero nunca he visto á doña Ana.

—Es doña Ana muy recatada.

—Y decidme, añadí rompiendo por todo: ¿tendríais dificultad en venderme ese retrato?

—No os lo venderé, dijo, pero os le cambiaré.

—Cambiarle, ¿y por qué?

—Por vuestro retrato.

Maravillóme el precio que ponía á su venta Antonio del Rincón.

—No os extrañe esto, me dijo, sois un hombre poderosamente hermoso no hago más que repetir las palabras del pintor, observó Yuzuf, cuya modestia no era fingida) tenéis un semblante sumamente noble, los cabellos y la barba negra, brillantes los ojos, tersa la piel, y apenas demostráis treinta años.

—Pues os engañáis, amigo mío, le dije; me acerco ya á los cuarenta.

—Bien podrá ser, pero desde el momento en que os ví me dije: hé aquí que me contentaría mucho que ese caballero me mandase hacer su retrato: os parecéis mucho en lo grave y en lo pensador á mi señor el serenísimo rey don Fernando. Habiendo concebido ese deseo, ya comprenderéis que aproveché la ocasión de que vos deseáis poseer el retrato de

doña Ana de Córdoba para proponeros un trueque.

—Acepto con sola una condición, le contesté, ó por mejor decir con dos condiciones.

—Sepamos.

—En primer lugar, habéis de procurar que don Juan no sepa que yo poseo este retrato, para conseguir lo cual haréis otro exactamente igual y se lo entregaréis como si fuese el mismo.

—Eso, por supuesto, contestó Rincón.

—Además, insistí, habéis de aceptar el precio de los dos retratos, del suyo y del mío, puesto que son dos trabajos en que os debéis ocupar.

—¿Y estáis decidido, me dijo mirándome fijamente, á no dejaros tratar sino bajo esas condiciones?

—Decidido de todo punto.

—Sea lo que vos queráis: con esto creo que nuestro trato esté concluido.

—Sí por cierto. ¿Y cuándo me entregaréis el retrato de doña Ana?

—Dentro de ocho días: pero para ello será preciso que dentro de ocho días esté concluido el vuestro. Hoy prepararé la tabla. Venid á buscarme mañana al amanecer.

Volví al día siguiente después de una noche de insomnio.

Encontré á Antonio del Rincón trabajando ya en la copia del retrato de doña Ana.

—¿No temeis, le dije, que venga don Juan y os coja en el fraude?

—No por cierto, me contestó: don Juan viene muy de tarde en tarde: además, cuando llame, antes de que le abran trasladaré estas dos tablas á lugar seguro. Ahora permitidme que me apodere de vos para trasladaros á la tabla: desde este momento me pertenecéis. Os tengo como quiero; pálido, lo que aumenta vuestra... hermosura, y sencilla aunque rica é hidalgamente vestido.

En efecto, Rincón se apoderó de mí, me colocó frente al retrato de doña Ana de pie, puesta una mano en la cadera, y sosteniendo con la otra mi gorra.

Rincón empezó á trabajar: al poco espacio yo no veía nada; no pensaba en nada; solo veía á doña Ana que estaba frente á mí, solo pensaba en ella: no sé cuánto tiempo estuve inmóvil en aquella posición, mirando enamorado, loco, á doña Ana.

Al fin Rincón lanzó un grito de triunfo.

—¡Es mi mejor obra, mi grande obra! exclamó: ¡jamás he pintado una cabeza como esta! ¡mirad!

En efecto, al ver la cabeza que enteramente habia pintado Rincón, me estremecí: en aquella cabeza enteramente semejante á la mía, estaban pintados al mismo tiempo el deseo, la ansiedad, la duda: mis ojos exhalaban una ardiente mirada de amor: Rincón habia sorprendido la expresión con que yo habia estado contemplando el retrato de doña Ana, y la habia trasladado á la tabla. Solo al ver la obra del pintor, examinándome á mí mismo, comprendí que estaba enamorado.

—Es necesario que borréis esa cabeza, le dije.

¡Borrarla! ¡queréis borrarla! exclamó con impetu poniéndose en actitud amenazadora delante de la tabla; ¿queréis arrebatarme mi fama? Esto sería cosa de andar á estocadas.

Fué necesario ceder ante el entusiasmo de Rincón. Durante ocho días estuve yendo todas las mañanas al amanecer y permanecí en casa del pintor durante cuatro horas. Al cabo de los ocho días mi retrato enteramente concluido, habia desaparecido; en cambio, Rincón, después de haber envuelto cuidadosamente en paños el retrato de doña Ana y metídole en un cajón, me lo habia entregado.

El retrato habia sido trasladado á

este mismo lugar. Hace más de veinte y cuatro años que está ahí; hace más de veinte y cuatro años que ese tapiz le cubre, que esa lámpara le alumbraba.

El anciano se detuvo como para tomar fuerzas; después de algunos momentos de silencio continuó:

—Durante muchos días pasé largas horas delante de ese retrato: lentamente mi amor, que estaba en lucha con mi razón, fué venciendo: nació en mí primero débil y dominada por un invencible horror al nombre cristiano, la idea de mi casamiento con doña Ana: cuando pensaba en esto, más que la idea de unirme á una cristiana me atormentaba el temor de no ser amado por ella. Mi edad doblaba la suya. ¿Pero no me había dicho Antonio del Rincón que aun parecía joven, que aun parecía hermoso? Entonces por la primera vez, mi limpia adarga me sirvió de espejo: ví que mis cabellos eran negros, mi barba poblada y brillante, mi piel tersa, mis ojos jóvenes: comprendí que un continuo y rudo ejercicio al aire puro de la montaña, mi ignorancia hasta entonces del amor, y la exhuberancia de vida que ardía en mi sangre, me habían conservado joven, en la edad en que otros se encontraban en el otoño de su vida. Tenía alguna esperanza. Había además en la expresión reflexiva y pura de doña Ana algo que me decía: esa mujer no puede amar á un hombre cualquiera: esa mujer no ha amado aun: algunas veces cuando hacía mucho tiempo que mis miradas estaban fijas en el retrato, me parecía que la pintura tomaba vida, que sus ojos brillaban, que con una mirada intensa, emanada del alma, me decían: ¡yo te amo!

Necesité conocer á doña Ana, pero no quise conocerla bajo la impresión de los consejos de su hermano, que indudablemente estaba interesado en que yo fuese su esposo.

Me trasladé á Granada, y uno de mis monfíes, mozo despierto y que conocía perfectamente las costumbres de los cristianos, supo enamorar á una de las doncellas de doña Ana: por ella supo él, y por él yo, que doña Ana jamás había amado; ni recibido billetes, ni escuchado galanteos; que solo salía de su casa para ir á misa á la colegiata del Salvador y aun así muy temprano; que era buena hija y buena hermana, piadosa y ardientemente caritativa.

Yo, que jamás había entrado en la Iglesia de Cristo, sino para no hacerme sospechoso, entré en ella para conocer á doña Ana.

Coloquéme junto al presbiterio el primer día de misa á primera hora: cada mujer que adelantaba cubierta con un manto hacia latir mi corazón: al fin apareció una, esbelta, de continente magestuoso, y mi corazón sin dudar me dijo: ella es: precedíala un paje que llevaba un cojín y seguíanla una dueña y un rodrigón.

Afortunadamente el paje colocó el cojín á poca distancia de las gradas del presbiterio, casi junto á mí. Doña Ana se arrodilló: en el primer momento no me vió, luego, como por acaso me viese, palideció, hizo un movimiento de sorpresa, partió de sus ojos una mirada involuntaria, aquella misma mirada que yo había creído ver algunas veces en su retrato y que parecía decirme: yo te amo, y súbitamente se ruborizó, bajó los ojos, y no los volvió á alzar hasta que, concluida la misa, se volvió rápidamente como temiéndome encontrarme y se encaminó á la puerta del templo. Yo me había adelantado y la esperaba; la ofrecí agua bendita, la tomó maquinalmente y volvió á mirarme de una manera involuntaria y rápida. Después desapareció.

No podia dudar de que había causado una profunda impresión en doña

Ana: esto me llenaba de esperanza y por consiguiente de felicidad: al día siguiente estuve á la misma hora en la iglesia.

Doña Ana llegó y se situó en el mismo sitio. Aquel día me miró frente á frente, pero serena y tranquila. Al darla agua bendita la recibió, y me dió modestamente las gracias.

Así pasaron quince días.

Al fin me decidí á darla un billete que llevaba hacia algunos días preparado y que no me había atrevido á darla; al salir, al mismo tiempo que la daba agua bendita, la di recadamente el billete.

Doña Ana le recibió.

En aquel billete la suplicaba que al mediar aquella noche, se asomase á sus miradores.

Al llegar la hora de la cita estaba yo en la calle: al dar las doce los miradores se abrieron, pero solo por un momento: salió por ellos una mano, y dejó caer un billete á la calle.

Aquel billete decía únicamente:

«Mi recato no me permite hablaros »sino en presencia de mi hermano.»

Preciso fué volver al frecuente trato de don Juan; preciso fué que, aprovechando la primera ocasión, le dijese que había pensado al fin que mi casamiento con su hermana me parecía conveniente y hasta necesario.

Al fin pude hablar á doña Ana: mi amor, tratándola, se desbordó y ya no reparé en nada.

Un mes después de mi entrevista con doña Ana, era su esposo.

Cuando ya después de ser su esposo me ví solo con ella, doña Ana me asió de la mano y me llevó á un pequeño retrete.

—Mirad, me dijo, y comprended la razón de que yo me ruborizase y me conmoviese al veros por primera vez.

Y me señaló mi retrato pintado por Antonio del Rincón.

—Ese retrato ha estado hasta aho-

ra en los aposentos de mi hermano, pero al ser vos mi esposo, ese retrato ha entrado con vos en mi aposento.

—¿Y cuánto tiempo hace que estaba ese retrato en vuestra casa antes de que me conocieses? le pregunté.

—Seis meses, me contestó; y fuerza es confesároslo... puesto que soy vuestra esposa y que os he jurado amor ante Dios... antes de conoceros, os amaba.

Entonces lo comprendí todo: comprendí que mi matrimonio con su hermana era la ambición de don Juan de Válór, que había comprendido que yo no podría verla sin amarla, y que se había valido para casarme con ella de Antonio del Rincón.

Pero ella mientras vivió no supo ni que su retrato estaba en mi poder, ni que yo era el poderoso emir de los monfies.

Tu madre me creía cristiano de buena fe, hijo de moriscos convertidos, y para ella no tenía otro nombre que Diego Vargas.

Al año de nuestro matrimonio naciste tú.

A los dos años murió tu madre.

—¡Oh! exclamó Yaye profundamente: bien desgraciado fuisteis en vuestros amores, señor.

—Si, y doblemente desgraciado, porque tu madre murió asesinada por la Inquisición.

Yaye se alzó como impulsado por un poder sobrenatural; cubrió su rostro una palidez de muerte, brilló en sus ojos una mirada letal, y tomó una actitud de amenaza que hubiera impuesto terror al más valiente.

—¡Qué mi madre ha muerto... asesinada por la Inquisición!

—Era demasiado hermosa: los cristianos son buitres voraces, dijo tristemente Yuzuf.

Hubo un momento de terrible silencio.

—Los cristianos, continuó después

de algún tiempo Yuzuf, no tienen por buenos sino á los que profesan su misma religión y aún, así á los cristianos viejos. ¡Ay de sus vencidos! Un cristiano nuevo, un morisco, es para ellos punto menos que un judío: un animal despreciable, un ser odioso, contra el cual se creen autorizados para todo: un morisco no les sirve más que para esclavo: una morisca... ¡oh! ¡cuando las moriscas son hermosas...! ¡tener por manceba una hermosa morisca es cosa muy deseada! La infeliz que resiste á los deseos de uno de esos infames aventureros, á quienes España entrega su bandera, infeliz de ella, porque el crimen acompaña á esos miserables á todas partes. Y luego, ahí están esos frailes sanguinarios que predicán la religión cristiana con el dogal en una mano y la tea en la otra.

—¿Pero cómo mató la Inquisición á mi madre? exclamó Yaye alentando apenas.

—¡Oh! ¡es un recuerdo horrible! Su confesor, un grave religioso dominico, un vil hipócrita, que sabía aparentar la virtud más rígida, era inquisidor. La hermosura de tu madre excitó los impuros deseos del fraile, y abusando de su ministerio intentó corromperla. Tu madre le rechazó con indignación. La venganza del fraile no se hizo esperar. Un día la Inquisición llamó á las puertas de nuestra casa. Yo estaba ausente en las Alpujarras. Registraron escrupulosamente y encontraron uno de los libros de Lutero que un criado infame, vendido al miserable fraile, habla puesto entre los libros de devoción de tu madre, que fué arrastrada á los calabozos de la Inquisición: cuando yo lo supe volé á Granada. Mis monfies forzaron una noche, decididos á todo, las puertas de la cárcel; llegaron hasta el encierro de tu madre, la sacaron de él y la trajeron á las Alpujarras...

¿pero en qué estado? La habían hecho sufrir el tormento, la habían destrozado, y el terror... ese terror frio que causa la Inquisición, los dolores agudos del tormento, su recuerdo, la habían vuelto loca... vivió dos meses asombrándose de todo... estremeciéndose por todo... revelando en su delirio el nombre del fraile impuro... al fin murió: murió asesinada por la Inquisición.

Detúvose Yuzuf quebrantado por su dolor. Yaye le escuchaba con la faz sombría.

—¿Y que hicisteis del fraile?

—Murió despedazado por cuatro potros delante de mí en una rambla de las Alpujarras, después de haber revelado en el tormento el nombre del infame criado que fue su cómplice y que murió del mismo modo. Desde entonces me ensangrenté en los cristianos, singularmente en los clérigos y en los frailes. Pero no basta la sangre vertida, es necesario verterla á torrentes; sangre impura de cristianos: yo soy viejo... ya no puedo, como antes, estar hoy aquí, mañana allá, unas veces coronado entre mis vasallos, otras encubierto entre mis enemigos. ¡Oh Dios mio, Dios mio! añadió Yuzuf levantando los ojos y las manos al cielo, ¡tú no quieres que Ana quede sin venganza, tú no lo quieres porque me has rejuvenecido en mi hijo, y mi hijo vengará á su madre! ¡la vengará!

—¡Y si no puedo vengarla, señor, trasmítiré á mis hijos mi venganza!

—Sí, nuestra venganza pasará de generación en generación. Dios querrá que se cumpla. Dios querrá que la sangre de tu madre no quede sin venganza. ¡Qué! ¿permitirá Dios que queden impunes los infames que me robaron á un arcángel del sétimo cielo! Abd-el-Gewar cree que no debí unirle á tu madre porque era cristiana. ¡Oh! era imposible verla y no

amarla. Acaso yo, moro de raza, enemigo á muerte del nombre cristiano, no debí sucumbir á los amores de una infiel. Pero basta ver esa tabla para disculparme: su pureza era tan grande como su hermosura, y tan grandes como su pureza y su hermosura sus virtudes: ¿Como verla y no amarla? ¿Como amarla y no codiciarla? ¿Como codiciarla y no ceder á su voluntad? ¿Has visto alguna vez, hijo mío, una mujer semejante á tu madre?

—Sí, dijo roncamente Yaye, la he visto, existe.

—¿Que existe? ¿que la has visto?

—Ayer la vi por la última vez... la estoy viendo ahora: la veis vos... porque su imagen, está ahí, en esa tabla, con su misma frente pura, pálida y tranquila; con sus mismos ojos de mirada ardiente y lánguida, con su boca de sonrisa melancólica... Es ella... ella misma... Y luego su nombre... Mi madre se llamaba doña Ana de Córdoba y de Valor, y esa mujer de quien os hablo, esa mujer que parece reproducida en esa tabla, que vive, que tiene la misma edad que representa el retrato de mi madre se llama...

—Doña Isabel de Córdoba y de Valor, dijo interrumpiendo á Yaye Yuzuf, que habia escuchado con un asombro y un placer marcados, la ardiente descripción que su hijo habia hecho de doña Isabel, comparándola con su madre.

—¡Cómo! la conocéis, señor.

—Doña Isabel de Valor es hija del hermano de tu madre, es tu prima hermana.

—¡Misericordia de Dios! exclamó Yaye.

—Tú la amas, hijo mío, añadió Yuzuf: la amas, porque al pronunciar su nombre, al hablar de ella, tu voz era trémula, estabas conmovido: amándola has colmado mis más ardientes de-

seos; yo... yo he sido quien te he puesto al paso de esa mujer.

—¡Vos señor!

—Sí, yo compré para ti la casa inmediata á la de don Fernando de Valor, con quien vive doña Isabel.

—¡Ah padre mío! ¡la fatalidad nos persigue!

—¡Cómo, amas á Isabel y ella no te ama!

—Ella, señor, muere por mí.

—Pues si tú la amas... si ella te ama... ¿acaso sus hermanos?...

Sus hermanos no conocen nuestros amores: yo procuraba alejarme de su trato todo lo posible porque los despreciaba y los desprecio... son renegados.

—¿Y porque Isabel es hermana de los renegados te has sobrepuesto á tu amor... al suyo... y acaso la has despreciado?

—Anoche, señor, dijo Yaye confundido por el ronco acento de su padre, he resistido á su amor, la he dejado anegada en llanto, sentenciada á un destino horrible... porque... Isabel ha preferido perderme y ser infeliz, á dejar la religión cristiana; porque yo musulmán no podía ser esposo de la cristiana hija de los renegados.

—¿Y por qué, dijo con doble severidad el anciano, has desgarrado entre tus manos su corazón? ¿Por qué la has enamorado si no creías posible tu casamiento con ella?

—Isabel me amaba... necesitaba mi amor para vivir.

—¿Y creíste escuchando á tu soberbia, exclamó Yuzuf con profundo acento, que hacías una obra meritoria diciendo amores á una pobre niña, abriendo su corazón á la felicidad para decirla después: no puedo ser tu esposo porque eres cristiana?

—¡Señor!

—Tienes un deber sagrado que cumplir: es necesario que devuelvas

su dicha á Isabel; ella se parece á tu madre, tanto en el cuerpo como en el alma: la conozco bien, ¿y sabes tú lo que es una mujer de corazón que ama, cuando el hombre de su amor la abandona? Es un alma condenada; una mártir: tú no tienes derecho para martirizar á nadie, y mucho menos á un ángel. Es necesario, puesto que la amas, que seas feliz con ella, y que ella lo sea contigo.

—Acaso sea imposible, señor.

—¿Te ha exigido ella que para ser su esposo reniegues de tu ley?

—Ella me ha dicho: seguid vos en vuestra ley, yo seguiré en la mía: vos pasáis entre los moriscos por cristiano, seguid pareciéndolo para ser mi esposo.

—¿Y te negaste?

—Aborrezco el nombre cristiano.

—Yo no aborrezco á los cristianos por su religión, sino por sus crueldades con nosotros; por su feroz fanatismo, por su intolerancia como vencedores. El pueblo de Ismael nunca ha sido tan ignorante, tan fanático, tan cruel. Cuando los árabes conquistaron á España, cuando la ocuparon enteramente desde Calpe á los Pirineos, respetaron la religión, las leyes y las costumbres de los vencidos; les dejaron sus templos, sus sacerdotes, sus jueces y los trataron como hermanos. ¿Y qué sucedió? las dos razas antes enemigas, acabaron por confundirse. ¿Y quién obró este milagro? ¡El amor! Nuestros antepasados tuvieron cristianas por esposas, y los vínculos de la familia hicieron un solo pueblo de vencedores y vencidos. Cuando los Reyes Católicos entraron en Granada encontraron una iglesia cristiana; oyeron la voz de una campana que llamaba á sus correligionarios á la oración: aquella campana había estado resonando durante un espacio de más de siete siglos en los oídos de los musulmanes sin que éstos se irritasen: du-

rante más de siete siglos los obispos de Iliberis pudieron entrar y salir libremente en aquella iglesia, sin que un solo musulmán profanase el templo, ni interrumpiese el rito. Si nuestros abuelos fueron tolerantes: si trataron á los vencidos como hermanos; si se enlazaron con las cristianas, hijas de los solariegos, ¿por qué no hemos de imitarlos nosotros? ¿por qué ha de ser imposible tu union con Isabel de Córdoba y de Valor?

—Porque yo no he oído antes vuestra voz, padre mío, exclamó con desesperación Yaye: porque yo no os he conocido algun tiempo antes.

—¿Has hecho acaso á Isabel una de esas graves injurias que no puede perdonar una mujer? ¿Te has envilecido á sus ojos?

—He rechazado su mano en el momento mismo en que se veía obligada por sus hermanos á entrar en un convento ó á enlazarse á otro hombre.

—¿Y cuándo te hizo esa revelacion Isabel?

—Anoche.

—¡Oh! ¡acaso sea tiempo aún! exclamó el anciano corriendo las cortinas sobre el retrato. Ven, hijo mío, ven.

Y salió precipitadamente arrastrando consigo á Yaye, cerró, y le llevó á otra cámara apartada.

—¡Mi secretario Ayub! gritó á uno de los esclavos que dormitaban en la antecámara.

Poco después entró un anciano con el cual salió Yuzuf por una puerta lateral.

Enseguida entró por aquella misma puerta un morisco joven, de aspecto bravo, pero hermoso y simpático, que se prosternó ante Yaye.

—¿Quién eres? le dijo éste.

—Poderoso Emir, contestó el joven: vuestro magnánimo padre me envía

á vos. Creo que es necesario que os disfracéis de hidalgo cristiano.

—Tienes razon. ¿Y hay aquí ropas?

—Sí señor. Con mucha frecuencia nos vemos precisados á parecer lo que no somos. Venid si os place conmigo, señor.

La cámara quedó desierta durante media hora: al cabo de ella entró Yaye. Venía vestido con un sencillo pero rico traje de camino á la castellana.

Al mismo tiempo entró por otra puerta en la cámara Yuzuf, que traía en la mano un pliego cerrado: en la nema de aquel pliego se leía:

«A nuestro muy querido sobrino don Diego de Córdoba y de Válor.

—Toma, hijo mío, dijo Yuzuf á Yaye dándole el pliego: corre, vuela, llega á Granada, busca á don Diego de Córdoba, dale estas letras y cástate con Isabel, si aún es tiempo.

—Y la voz del anciano temblaba, porque comprendía que aquel «*si aún es tiempo*» era una condicion de vida ó de muerte para el corazón de su hijo.

—¡Ah, padre mío! y si por desgracia...

—Ni una palabra más: ya he dado mis órdenes á Abd-el-Gewar que te acompañará con veinte hombres de confianza: á caballo, emir de los monfies; á caballo.

A poco, Yaye y Abd-el-Gewar, también con traje castellano, acompañados de Harum que parecía un mayordomo de casa rica, y de veinte monfies que no parecía sino que toda su vida habían sido lacayos, ginetes en buenos caballos y armados á la ligera, salían de un espeso pinar.

La noche estaba ya muy avanzada: el día se aproximaba, la luna cercana al occidente iluminaba la montaña.

Al empezar á trepar por un desfi-

ladero les detuvo un ¿quién va? enérgico.

A poca distancia soplando la mecha de un arcabuz, se veía un soldado castellano y en el fondo de la rambla, donde como hemos dicho antes, había sido despeñado el alguacil de Mecina de Bombarón, había muchos hombres.

—¿Quiénes sois? dijo un alférez que había acudido al ¿quién va? del centinela.

—Somos hidalgos castellanos, dijo Abd-el-Gewar que vamos nuestro camino.

—Pues mal camino lleváis hidalgos, replicó el alférez: con el edicto del emperador que, como sabéis, acaba de pregonarse en las Alpujarras, andan revueltos esos malditos monfies, y esta misma noche han medio muerto al alguacil del corregidor de Mecina de Bombarón que se había atrevido á seguirles los pasos disfrazado.

—¿Y no ha muerto el buen alguacil? dijo terciando en la conversación uno de los monfies disfrazados de castellanos que escoltaban á Yaye.

Es de advertir que este monfi hablaba perfectamente el castellano.

—Ha sido un milagro de Dios dijo el alférez; le han dado tres saetadas, y le han despeñado de allá arriba. Pero aún tiene vida, según las muestras, para contarlo.

—¡Malditos monfies! dijo el monfi disfrazado ¡y no saber dónde diablos se meten!

—Malditos amén, dijo el alférez. Por lo mismo, añadió dirigiéndose á Abd-el-Gewar, yo os aconsejaría, buen caballero, que dejáseis la jornada para el día, si es que no os importa mucho, y que, aunque vais bien resguardado, os alojáseis en Cádiar, donde hay un buen presidio de soldados.

—Os agradezco el aviso, señor alférez, dijo Abd-el-Gewar, pero ya no

puede tardar en amanecer. Adiós y que él dé salud al herido.

—El os guarde hidalgos.

El alférez bajó hacia la rambla, y Yaye, Abd-el-Gewar y los suyos siguieron trepando por el desfiladero.

—Cerca andan de nosotros, dijo el monfi que había hablado antes; por lo mismo mucho será que no tengan alguna mala aventura.

Apenas había dicho el monfi estas palabras cuando se escucharon á lo lejos, en lo profundo de las breñas, arcabuzazos repetidos, y algunas balas y saetas perdidas, pasaron sobre sus cabezas.

—¡A la rambla del río! exclamó Abd-el-Gewar revolviendo su caballo; vamos á ganar el camino por más abajo de Cádiar. Al galope y silencio.

Muy pronto se perdieron entre las ramblas de los barrancos, y luego no se oyeron más que los disparos de los arcabuces y las campanas de Cádiar que tocaban á rebato.

CAPÍTULO V.

DEL ENCUENTRO QUE TUVIERON EN EL CAMINO ANTES DE LLEGAR Á GRANADA NUESTROS CAMINANTES.

Cuando se lleva prisa se camina mucho, y devorado Yaye por la incertidumbre, hacía galopar con ardor su caballo sin cuidarse de si reventaría ó no.

Abd-el-Gewar le seguía como si los años no hubieran amenguado en nada su virilidad, y seguíanle así mismo Harum y los veinte monfíes.

Tanto y tanto picaron que á las seis de la mañana llegaron á Lanjarón.

Pero los caballos iban cubiertos de espuma, ensangrentados los hijares, rendidos; era preciso renovarlos si se había de llegar á Granada con la mis-

ma rapidéz que se había llegado á Lanjarón, y para renovarlos era preciso detenerse.

Parecerá extraño que en una pequeña villa se pretendiese renovar veinte y tres caballos; pero dejará de existir la extrañeza cuando se sepa, que los caballos con que se contaba estaban ya preparados en unas quebraduras cercanas á Lanjarón, por un aviso anterior. Los monfíes ocupaban enteramente las Alpujarras y tenían recursos dentro de ellas en todas partes.

Abd-el-Gewar fué de opinión, que mientras uno de los monfíes iba á ver si los caballos de refresco estaban preparados, entrasen en un mesón á la entrada del pueblo y descansasen y tomasen algún alimento.

Yaye bien hubiera querido seguir; pero doblegándose á la necesidad, se encaminó á la villa y se entró por el ancho portal de un mesón, dando una alegría indecible al mesonero que se prometía una excelente ganancia con la permanencia de tantos huéspedes, aunque no fuese más que por algunas horas en su casa.

Acomodáronse Yaye y Abd-el-Gewar en un aposento á teja vana, en el fondo de un corredor descubierto, Harum el Geniz y los monfíes en la cocina, y los cansados caballos en las cuadras, mientras uno de los monfíes salía en demanda de los caballos de refresco.

Entre tanto el posadero sirvió una liebre á los amos y un guiso de abadejo á los monfíes.

Todos, á pesar de ser moros, bebían vino, porque este sacrificio entraba en las necesidades de su disfraz.

Solo Yaye no comió ni bebió, y lleno de impaciencia había salido á los corredores á esperar la vuelta del monfi que había ido á buscar los caballos, mientras Abd-el-Gewar comía lentamente dentro del aposento su

guiso de liebre con la mejor buena fé del mundo.

El día estaba despejado, y un sol tibio y brillante iluminaba de lleno los corredores: Yaye se puso á pasear á lo largo de ellos.

Sus anchas espuelas producían un ruido sumamente sonoro, al que se unía el de su espada que, pendiente de un cinturón de dobles tirantes, arrastraba por el pavimento terrizo.

Por este ruido su presencia fué notada por el huésped, ó, mejor dicho, por la huéspeda de un aposento situado en el comedío del corredor.

Decimos huéspeda, porque á los pocos pasos que dió Yaye, se abrieron las maderas de una reja situada junto á la puerta de aquel aposento, y apareció en ella una cabeza de mujer.

Pero una cabeza característica. Un tipo evidentemente extranjero, pero energicamente hermoso.

Esta mujer, ó mejor dicho, esta jóven, porque á lo más podría tener veinte años, era densamente morena, pero con un moreno límpido, encendido, brillante: sus ojos eran negros, de mirada fija, de gran tamaño, y llenos de vida y de energía, pero de una energía casi salvaje: bajo una toquilla blanca se descubrían sus cabellos, abundantísimos, rizados, negros, hasta llegar á ese intenso tono del negro que produce reflejos azulados: tenía la nariz un tanto aguileña, la boca de labios gruesos pero bellos, el semblante ovalado, el cuello esbelto y mórbido, anchos los hombros y alto el seno.

Esta mujer miraba con suma fijeza, y con una fijeza que podríamos llamar solemne, á Yaye que con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos metidas en los bolsillos de sus greñescos, y profundamente pensativo, seguía paseándose sin reparar en la desconocida, y si alguna vez miraba, no era hácia la parte de adentro, sino

hácia la de afuera, al portal del mesón.

La desconocida no dejaba de mirarle con un interés marcado, en que sin embargo no había esa expresión de la mujer que mira á un hombre que la agrada: á pesar de esto concebíase que la desconocida quería ser mirada, y no solo mirada, sino admirada; deseaba en una palabra, á todas luces, interesar á Yaye, puesto que se aliñó en tanto los rizados cabellos, se colocó en el centro del pecho una preciosa cruz de oro, que pendía de un hilo de gruesas perlas de su cuello, y apoyó lánguidamente la cabeza en su mano derecha, cuyo desnudo y magnífico brazo se apoyaba en el alfeizar de la reja.

Sin embargo, abismado en sus pensamientos, Yaye no la vió.

Notóse una lucha interna en el semblante de la jóven, y por tres veces sus mejillas se pusieron excesivamente encendidas, señal clara de que luchaba entre el deseo de hacerse ver por el jóven, y la vergüenza de provocar su atención.

Al fin con la voz temblorosa, con el semblante encendido y la mirada insegura, dijo á media voz:

—¡Caballero! ¡noble caballero!

La voz de la jóven era sonora, grave, dulce; pero en medio de su dulzura, que tenía mucho de la dulzura y de la languidez del acento andaluz, se notaba por su pronunciación que era extranjera.

Ese no sé qué misterioso que hay en el timbre de la voz de algunas mujeres, que acanicia, que halaga, que suplica, que manda á un tiempo, hizo estremecer con un movimiento nervioso á Yaye, que se volvió.

—¿Me habéis llamado, señora? dijo Yaye, mirando á la jóven con la fijeza del asombro que causa en nosotros la vista de una mujer poderosamente

bella, por más que estemos enamorados de otra.

La extranjera comprendió que había logrado admirar á Yaye, y se sonrió de una manera tentadora.

Yaye, á pesar del recuerdo de Isabel, sintió una dulce sensación al notar la sonrisa de la desconocida.

—Sí, os he llamado, dijo esta; y como tengo muy poco tiempo para hablaros, quiero que no extrañéis mis palabras, que, si Dios quiere, os explicaré en otra ocasión. ¿Vais á Granada?

—A Granada voy.

—¿Como os llamáis?

—Juan de Andrade.

—¿Seréis tan generoso que queráis amparar á dos mujeres desgraciadas?

—¡Oh! para amparar á una mujer, no es necesario ser generoso.

—Pues bien: cuando estéis en Granada, procurar conocer al capitán Alvaro de Sedeño.

—¿Y para qué?...

—Somos víctimas de la brutalidad de ese hombre mi madre y yo: mi honor pelagra en su poder... prometedme que nos defenderéis, caballero, que nos salvaréis... hacedlo... y si lo queréis, seré vuestra esclava.

—Os prometo hacer por vos cuanto pueda, contestó conmovido Yaye.

—Y yo os creo, porque en la mirada de vuestros ojos se nota que sois un hombre de corazón y de virtud...

—¿Alvaro de Sedeño habéis dicho?

—Sí.

—¿Capitán de los tercios del rey?

—Sí, capitán de infantería española, de los que fueron á Méjico.

—¿Sois mejicana?

—Soy hija del rey del desierto, del valiente Calpuc.

—Hija de una raza subyugada, esclavizada, infeliz! murmuró Yaye.

—Para salvarme de ese hombre, necesitaréis no solo valor, sino oro. Tomad, y adios. No me olvidéis.

Y la mejicana dejó caer en las manos de Yaye un magnífico ceñidor de perlas de inmenso valor, después de lo cual cerró la ventana.

Yaye miró por un momento aquel largo y pesado ceñidor que además estaba euriquecido en su broche con gruesa pedrería, y le guardó después en su limosnera.

—Si Isabel no se ha casado, dijo, seré feliz, y justo es que los que somos felices, no nos olvidemos de los desgraciados: si se ha casado, si no puede ser mía, ¡oh! entonces... entonces... necesitaré matar á alguien, y me vendrá bien castigar á un infame... ¡el capitán Alvaro de Sedeño...! ¡algún aventurero rapaz... sin corazón...! ¡dos esclavas...! ¡madre é hija...! ¡la esposa y la hija de un rey...! ¡infelices...! y luego... luego es necesario devolverla esta joya... debemos procurar no parecernos á los aventureros castellanos,

Acaso Yaye no se hubiera mostrado tan propicio para proteger á un hombre.

Por lo que vemos, Yaye estaba muy expuesto á engañarse acerca del verdadero móvil de su caridad para con las mujeres.

Lo cierto es que, apesar de Isabel, los ojos de la princesa mejicana, tan extrañamente encontrada en un mesón de las Alpujarras, le habían impresionado.

Lo cierto es que, á pesar de su indudable y ardiente amor por Isabel, no podía desechar el recuerdo de la encendida mirada de la extranjera.

Yaye era un ser digno de lástima.

Bajó en dos saltos la escalera, atravesó el corral, y entró en el zaguán.

—¡Harum! dijo, llamando.

—¿Qué mandáis, señor? dijo Harum, acercándose á Yaye sombrero en mano.

—Sígueme.

Harum siguió á Yaye que le llevó

al corral, y cuando no podían ser vistos de nadie, le dijo:

—¿Ves aquel aposento que tiene junto á la puerta una reja?

—Sí señor.

—Allí moran dos mujeres: no conozco más que á una de ellas: es morena, jóven, con los ojos negros y los cabellos rizados: además con ellas anda un capitán castellano. Quédate en el mesón, y sin que nadie pueda reparar en ello, observa á esa gente, síguela: ve donde para, no pierdas ni un solo momento de vista á esas damas: si es necesario protégelas, protégelas.

—¿Hasta matar?...

—Hasta matar ó morir.

—Muy bien, señor.

—Cuando lleguen á Granada, observa en qué casa habitan.

—Lo observaré.

—Y me avisas.

—Os avisaré.

—Toma para lo que te pueda ocurrir.

Y le dió algunas monedas de oro que Harum se guardó de la manera más indiferente del mundo.

—Vete.

Harum se volvió al corro de los monfíes.

En aquel momento un hombre apareció en la puerta del mesón.

Este hombre tenía un aspecto extraño: era alto, como de cuarenta años, de color cetrino, de semblante que debió ser bello algún día, pero de líneas duramente rígidas: llevaba un ojo cubierto con una venda negra, y el otro ojo miraba con una fijeza, con una audacia que ofendían: en la mejilla izquierda tenía marcada una ancha cicatriz que replegaba su boca, haciéndola sesgada: por cima de su valona se veía un cuello moreno y musculoso, medio cubierto por una barba negra; por último, le faltaban el brazo izquierdo y la pierna derecha.

El primero estaba representado por una manga de jubón de terciopelo verde, con forros blancos y bordaduras de oro, doblada y sujeta por un extremo á un herrete de su colete de ámbar; en vez de la segunda llevaba una pierna de palo: sin embargo de estar tan horriblemente mutilado y estropeado este hombre, vestía un uniforme completo de capitán de infantería, y aunque al parecer no podía montar á caballo, llevaba calzada en la pierna izquierda una bota alta de gamuza, armada con una espuela de plata: apoyábase en un largo y fuerte bastón, llevaba pendiente del costado una descomunal espada, y se advertía que era fuerte, valiente, diestro, temible, y sobre todo duramente provocador é insolente.

Este hombre había salido de un carro tirado por mulas, que se había detenido á la puerta del mesón: en la delantera del carro se veía un mayoral alegre y zaino, y asido de la mula delantera, un zagal robusto, y á caballo junto al carro, un soldado viejo y armado á la gineta.

Este hombre, pues, por la riqueza de su atavío y por su servidumbre parecía rico, por su trage capitán y por su apostura valiente.

Yaye observó todo esto con una sola mirada, y se dijo:

—Este hombre debe ser el capitán Alvaro de Sedeño.

Sin saber por qué, la sola presencia de este hombre provocó su odio, su cólera, y un ardiente deseo en su corazón de cerrar con él á estocadas.

Y no era ciertamente porque le hubiese predispuesto á ello la breve conversación que había tenido con la extranjera; aunque nadie le hubiese hablado anteriormente de aquel hombre, le hubiera sido igualmente anti-pático.

Por su parte el capitán nada había hecho para desvanecer, siquiera fuese

con una conducta atenta, la mala impresión que debían necesariamente causar su semblante avieso, su media mirada insolente y su extraño estropeamiento: había lanzado una ojeada altiva y casi impertinente á los monfíes, había pasado con altanería, casi con desprecio y sin saludar, por delante de Yaye, y había atravesado el corral con más ligereza que la que parecía permitirle su pata de palo, entrándose por las escaleras; poco después le vió aparecer Yaye en los corredores, á tiempo que Abd-el-Gewar salía de su aposento.

Entonces notó Yaye una cosa extraña. Abd-el-Gewar se detuvo y se puso pálido; el desconocido se detuvo también, irguió la cabeza, miró de una manera altiva al anciano, y después se quitó la toquilla, le saludó, y pasó; Abd-el-Gewar se inclinó ligeramente, y se encaminó á las escaleras, y el desconocido llegó á la puerta del aposento donde estaba la extranjera, se puso el bastón bajo el brazo derecho, sacó una llave, abrió la puerta, entró, y cerró.

Poco después Abd-el-Gewar, preocupado y pálido aun, estaba en la puerta del corral junto á Yaye.

—¿Conocéis á ese caballero? le dijo el jóven: os habéis conmovido al verle; y él os ha reconocido, y os ha saludado.

—Sí, si por cierto: es él.

—¿Y quién es él?

—Es el señor Alvaro de Sedeño, antiguo y valiente soldado de los tercios del rey... y uno de los mejores servidores de tu padre.

—¡Ah! ¡es monfí!

—Lo ignoro; es un secreto que tu padre jamás me ha revelado.

—¿Pero donde habéis vos conocido á ese hombre?

—Muchas veces le he visto al lado de tu padre y hablando con él familiarmente en la montaña.

—Y sabiendo que ese hombre sirve á mi padre, ¿por qué palidecisteis á su vista?

—Es que ese hombre, no sé por qué, desde que le ví, me causó repugnancia, aversión, temor...

—Lo mismo me ha sucedido á mí, cuando hace un momento le he visto por primera vez.

—Me parece ese hombre fatal, dijo distraidamente Abd-el-Gewar, pero aquí viene Hamet; sin duda nos esperan ya nuestras cabalgaduras... es necesario partir.

En efecto, un monfí jóven y gallardo entraba en aquel momento en el mesón y se dirigió al lugar donde estaban el jóven y el anciano.

—Los caballos esperan, dijo descubriéndose, en la rambla del río cerca de Tablate.

—¿Enjaezados como conviene? dijo Yaye.

—No ha sido posible, pero se les pondrán los arneses de los que dejamos.

—¡Otra detención más! dijo suspirando Yaye, en quien había vuelto á recobrar todo su influjo el recuerdo de Isabel.

—Por lo mismo, dijo Abd-el-Gewar, es necesario detenernos aquí lo menos posible: paga al mesonero, Hamet, y que saquen los caballos.

Mientras esto se hacía, Yaye, que á pesar del recuerdo de Isabel no dejaba de tiempo en tiempo de lanzar una mirada al aposento donde se encontraba la princesa mejicana, vió que aquel aposento se abría y que salían de él primero dos mujeres, cuidadosamente envueltas en largos mantos negros, tras ellas dos criadas y después el estropeado: atravesaron el corredor, bajaron las escaleras y pasaron junto á Yaye y Abd-el-Gewar: delante iba el capitán: saludó fría y ceremoniosamente á los dos, y cuando pasaron las mujeres, Yaye creyó no

tar que la más esbelta de las encubiertas le dirigía un leve movimiento de cabeza, y que la otra encubierta, cuyo paso era menos ligero, le miraba á través de su manto con ansiedad.

Nada pudo notar el capitán. Cuando llegaron al carro, el zagal apoyó una pequeña escala contra la delantera y las dos mujeres y las criadas entraron y se ocultaron bajo la cubierta; después subió el capitán, y antes de desaparecer saludó de nuevo, pero de una manera que tenía mucho de insolente, á Yaye y Abd-el-Gewar.

Después de esto el carro echó á andar á buen paso.

Apenas se había separado el carro de la puerta del mesón, cuando Harum-el-Geniz se dirigió gentilmente á la salida del mesón.

—¡Eh! ¿á donde váis, Pedro? le preguntó con imperio Abd-el-Gewar.

—El señor me ha ordenado... dijo Harum deteniéndose y señalando á Yaye.

—Vá á un asunto mío, dijo el joven, dejadle ir.

Y el monfi, en vista de un ademán del joven, siguió su camino.

Sigámosle.

El carro descendía con entitud, por el pendiente camino que conduce al puente de Tablate desde Lanjarón. El monfi, en vez de seguir ostensiblemente tras el carro, rodeó por las tapias del pueblo, se perdió entre los olivares y echándose la espada al hombro, y después de haberse quitado las espuelas, que le embarazaban, empezó á andar con una rapidez maravillosa. Muy pronto estuvo entre quebraduras y después de haber flanqueado la montaña por espacio de una hora, se encontró marchando sobre las crestas de los montes á cuya falda se extiende el camino de las Alpujarras á Granada.

El carro del estropeado y el solda-

do que le escoltaban se veían á lo lejos: muy pronto una nube de polvo apareció por un recodo del camino, y un grupo de ginetes adelantó á la carrera, alcanzó el carro, pasó adelante y se perdió en otro recodo: eran Yaye, Abd-el-Gewar y los veinte monfies.

Harum, que se había quedado á pié para cumplir el encargo de Yaye, y que ciertamente atendidas su robustez, su agilidad y lo pujante de su marcha no necesitaba caballo para llegar desde aquel punto y en poco tiempo á Granada, se detuvo, y sacando un silbato de hierro de su bolsillo, le hizo lanzar por tres veces un largo y poderoso silbido.

Al poco espacio salieron de las breñas cercanas y con poco intervalo de una á otra aparición, tres monfies con su traje característico de montaña y con fuertes ballestas.

—Que el Señor Altísimo y único sea con vosotros, dijo Harum.

—Allah te guarde walí (1), dijo uno de ellos, ¿qué nos quieres?

—Lo que voy á deciros os lo dice por mi boca el magnífico emir de las Alpujarras.

Los tres monfies hicieron una zalá ó saludo á la usanza mora.

—Estamos dispuestos á obedecer, dijo el que hasta entonces había hablado.

—¿Veis allá á lo lejos en el camino un carro?

—Le vemos.

—Pues bien, es necesario no perder de vista ese carro.

—¡Lleva oro! exclamó con la alegría de un bandido que presiente una presa, otro de los monfies.

—No, repuso Harum, en aquel carro van dos damas cubiertas con man-

(1) Equivalente á gobernador, á capitán de gente de guerra.

tos, un soldado castellano, tuerto, manco y cojo, y dos criadas.

—¡Ah!

—Tú eres un gamo y un lobo, hijo, dijo Harum, dirigiéndose al que había hablado primero. Parte á cuanto andar puedas, y haz que de uno en otro puesto de la montaña no falten diez de los nuestros, que no pierdan un solo momento de vista ese carro. Si se detiene, si las damas que van en él corren algún peligro, defendedlas.

—Muy bien.

—Que cuando yo llegue á la puerta del Rastro de Granada, que será esta tarde, sepa si ha llegado ó no el carro, y si ha llegado, en qué casa han parado el soldado y las dos damas.

—Muy bien.

—Ea, pues, tú, Zeiri, piés á la montaña. Vosotros seguidme.

Unos y otros se perdieron muy pronto entre las ásperas cortaduras.

A las siete de la mañana habían salido Yaye, Abd-el-Gewar y los veinte monfíes del mesón de Lanjarón; á las once del día Yaye y Abd-el-Gewar á caballo y solos, atravesaban la plaza Larga del Albaicín de Granada.

CAPITULO VI.

EN QUE SE PRESENTAN NUEVOS É INTERESANTES PERSONAJES.

Muy poco después Yaye y Abd-el-Gewar, llamaban á la puerta de su casa y un esclavo les abría.

Yaye desmontó, y llevando por sí mismo su caballo del diestro, mientras el esclavo conducía el de Abd-el-Gewar, atravesó el zaguan, la calle principal del jardín y lanzó una ansiosa mirada á la galería de las habitaciones de Isabel: estaban desiertas, las celosias cerradas, un profundo silencio dominaba en aquella casa.

Aquel silencio, que nada tenía de extraño, atendido á que era el medio día de un caluroso de junio, impresionó al jóven; y es que cuando estamos predispuestos á recibir impresiones tristes, estas impresiones emanan para nosotros de todo lo que nos rodea.

—Kaib, dijo Yaye volviéndose al esclavo berberisco que les había abierto, ¿no tienes ninguna noticia que darme?

El esclavo, que amaba al jóven, le miró tristemente.

—Ninguna, señor, dijo después de un momento de silencio.

—¿Durante mi ausencia no has visto á doña Isabel de Valor?

—No señor; hace dos dias, al amanecer, en las horas del calor, por la tarde, por la noche, las celosias del mirador han estado cerradas. Ni aun la he oido cantar; ya sabéis que la señora cantaba todas las noches... pues nada, señor, nada.

—¿Con que no la has visto? ¿no ha cantado? Estará enferma acaso.

—Puede ser que lo esté, pero si lo está no guarda el lecho.

—¿Cómo sabes eso si no la has visto?

—Os diré, señor: durante vuestra ausencia de Granada no la he visto; pero cuando ya debiais haber llegado, hace media hora, la he visto salir de su casa.

—¡Ah! ¡y estaba triste!

—Muy triste y muy pálida, pero muy hermosa: y luego ¡iba tan bien prendida!

—¡Bien prendida!...

—Llevaba una falda y un justillo de brocado blanco, un velo de plata y seda, y una corona de flores blancas.

Nubláronse los ojos de Yaye, zumbó un ruido sordo en sus oídos, agolpósele toda su sangre al corazón, se puso mortalmente pálido y un vértigo momentáneo, pero violento, pasó

por su cabeza y cubrió su frente de sudor frío.

Necesitó apoyarse en la pared para no caer.

Su poderosa voluntad dominó al vértigo, y volviéndose al esclavo exclamó roncamente:

—Deja los caballos y ven conmigo.

El berberisco obedeció dócil como un perro; Yaye atravesó como una exhalación el jardín, el zaguán y la puerta, que abrió con un apresuramiento febril: luego, seguido de Kaib, se aventuró á largo paso por las estrechas, tortuosas y pendientes callejas del Albaicín.

—¿Quién acompañaba á doña Isabel? preguntó Yaye al berberisco.

—Su hermano don Fernando, un hidalgo mal carado y como de cuarenta años, pero muy galanamente vestido, Diego el Geniz, y Pedro de Barrredo, también vestidos de gala, dos pajes con libreas nuevas, su dueña y dos doncellas.

—¡Ah! exclamó Yaye que todo lo advinaba, apresurando más el paso: ¿y no iba con ella su hermano mayor don Diego?

—No señor.

—Llevarían literas.

—Sí señor, dos: en la una entraron doña Isabel y su dueña, en la otra las dos doncellas.

—¿Y te vió doña Isabel?

—Sí señor, y al verme se puso pálida, muy pálida... y me miró de una manera que sin duda quería decir: cuenta á tu señor que me has visto vestida de blanco, con corona de rosas blancas y pálida como una muerta.

El berberisco pronunció con una profunda intención estas palabras.

Yaye se estremeció y apretó más el paso hasta casi correr.

No se habló una palabra más entre amo y esclavo.

Al fin Yaye se detuvo en la calle del Agua, delante de una casa de no-

ble apariencia, que mostraba un enorme escusón de piedra berroqueña encima de su gran puerta de roble escultada.

Yaye se lanzó á aquella puerta y asió su enorme llamador.

Pero antes de que pudiese llamar se abrió la puerta y apareció un caballero ricamente vestido de negro.

Este caballero se sorprendió al ver á Yaye, retrocedió un paso y le miró con extrañeza y aun con cuidado.

En el zaguan de aquella casa, que al abrirse la puerta había quedado á la vista, se veía una dama que se preparaba á entrar en una litera cuando se abrió la puerta y apareció Yaye.

Al verle aquella dama que era notablemente hermosa, se detuvo, se puso densamente pálida, ahogó un grito y fijó una intensa mirada en Yaye.

La extrañeza del caballero y la palidez y la conmoción de la dama á la vista de Yaye, nos obligan á que antes de pasar adelante demos á conocer á estos dos nuevos personajes, y á algún otro más de los que figuran en nuestra historia.

Aquella dama y aquel caballero, eran esposos.

Ella se llamaba doña Elvira de Céspedes: él don Diego de Córdoba y de Valor.

El casamiento de estos dos seres había sido una consecuencia de consecuencias.

Doña Elvira era una dama cuya juventud parecía extremada: apenas demostraba diez y ocho años; pero nosotros sabemos por los apuntes que nos hemos visto obligados á entresacar de antiguos papeles para escribir esta verídica historia, que doña Elvira en 1546 había cumplido veinte y tres años y que se había casado á los diez y siete con don Diego de Córdoba y de Valor. Sabemos también que doña Elvira era hija del licenciado

Juan de Céspedes, hidalgo por su casa y pobre por desgracias de sus padres, cuyas desgracias le habían obligado á estudiar como sopista en la universidad de Alcalá, desde la cual, concluidos sus estudios y mediante la protección del cardenal don fray Francisco Jiménez de Cisneros, para el cual era recomendable todo jóven de talento, aplicado y honesto en las costumbres, había pasado á ocupar un oficio de alcalde de la Sala de Casa y Corte en la Real Audiencia de Granada.

Allí y por causa de un embrollado proceso conoció el licenciado Juan de Céspedes á una viuda hermosa, ó que se lo pareció, pero pobre, y el resultado de este conocimiento fué, que algunos meses después el señor Juan de Céspedes, ya hombre maduro, casó con doña Irene de Avendaño que hacia mucho tiempo que había dejado de ser una rapaza.

En 1523 doña Elvira de Céspedes y Avendaño, fué el fruto de bendición que dió Dios á los esposos; fruto tardío de la dueña cuarentona doña Irene, que sucumbió á un parto demasiado laborioso, dejando por único consuelo al afijido alcalde de Casa y Corte una hermosísima niña.

La educación de una niña no era lo más á propósito para un hombre á quien habían hecho duro y abstracto la pobreza y los estudios, cualidades que se habían exacerbado con el continuo ejercicio de sentenciar á horca y galeras, á todo bicho viviente que se le había venido á las manos entre las fojas de un proceso. El licenciado Céspedes que hasta entonces nada había encontrado grande y difícil más que la recta aplicación de la ley, sintió que le había caído encima una montaña con la muerte de su esposa, que le sentenciaba por completo á la crianza de su hija.

Pero consideró que en cinco años

á lo menos no urgía pensar en la educación decisiva de doña Elvira, y contó muy prudentemente con que en aquellos cinco años se le ocurriría bien un medio de salir del atolladero.

Pero hé aquí que apenas la niña había salido de la lactancia, se encontró el licenciado, con que, sin haberlo pretendido, el emperador y rey don Carlos V le nombraba oidor de le Real Audiencia de Méjico, que acababa de crearse.

La obligación de justificar el carácter de nuestro personaje, con la apreciación de su educación y de su vida íntima, nos pone en el caso de hacer otra digresión relativa al por qué se había dado al licenciado Céspedes, sin que lo pretendiese, un oficio codiciadísimo, en el riñón de aquel tesoro de la corona de Castilla que se llamaba Nueva-España, oficio á que él no había osado aspirar en sus más insensatos sueños de ambición.

Todo tiene su causa en este mundo: todo consistía en que el licenciado Céspedes después de haberlo pensado y repensado durante dos años, había encontrado que el mejor medio de procurar á su hija una educación conveniente era darla una segunda madre.

Una vez ejecutoriada esta providencia en el sensorio del alcalde de Casa y Corte, halló que para cumplirla necesitaba á todo punto casarse, para casarse tener novia, para tenerla buscarla.

Y la halló, como quien dice, debajo de la mano, en una su vecina, hija de un capitán inválido de los tercios de Italia, pobre pero honrada, sobre honrada jóven, y como complemento de conveniencias, exceptuando la pobreza, fresca y robusta.

No era hombre el licenciado Céspedes que á los cuarenta y cinco años se anduviese con *telégrafos* (que hoy se dice) ni con billetes, ni con otras gerigonzas, diametralmente opuestas á

su carácter natural, y sobre todo á su carácter judicial: así es que, después de haberlo maduramente decidido, se puso un día su loba más rica, su mejor golilla y su reluciente espadín de corte, y se presentó casa de su vecino el valiente capitán de los tercios de Italia Illán de Aponte, al que rondadamente pidió su hija por esposa.

El capitán no encontró razón para echar á la calle aquella fortuna tan inesperada, que tan de rondón y tan formal se metía por las puertas de su casa.

Entonces no se contaba para nada con la voluntad de las mujeres, ya se tratase de casarlas, ya de emparedarlas en un convento. El capitán Aponte dió palabra formal de soldado honrado al alcalde de Casa y Corte, de que su hija sería su esposa.

Dióse traslado á la parte, esto es: á doña Clara, así se llamaba la pretendida.

Esta se sobrecogió, se puso pálida y tartamudeó algunas palabras que su padre atribuyó al pudor natural de una doncella de veinte años.

El padre se engañó.

Lo que causaba el sobrecogimiento de su hija era que estaba enamorada de un mancebo noble, hermoso y rico, y comprometida con graves compromisos, de que pudiera haber dado testimonio cierto postigo situado en cierta calleja.

Ello es el caso que el amante supo que se le había metido entre su amor y su amada, como una cuña de hierro, á la que servía de mazo la autoridad paterna, todo un alcalde de Casa y Corte.

A grandes males grandes remedios: el noble y rico mancebo, se puso su más rico traje de brocado, su cadena de más valía y sus mejores preseas, y acompañado de lacayo y escudero, se presentó en la casa del capitán de Italia y dejó oír en ella el aristocráti-

co y altisonante nombre del marqués de la Guardia.

Apresuróse á recibirle el capitán. El noble marqués le dijo sin rodeos que quería ser esposo de doña Clara.

¡Ira de Dios y quien podría contar la impresión que causaron estas palabras en el honrado veterano! Levantóse delante de él como una horrenda fantasma la palabra que había dado al alcalde de Casa y Corte, porque, al fin, teniendo para su hija un marqués jóven y poderoso, era indudablemente una desgracia tenerse que contentar con un golilla, ya casi viejo, casi pobre y más de un casi feo.

El capitán tardó quince minutos en contestar; al fin haciendo un esfuerzo y tragando saliva, dijo que tenia empeñada su palabra, y que no faltaría á su palabra por nada del mundo.

El marqués iba preparado á esta respuesta, y le contestó sin detenerse un punto.

—Vos no os habréis comprometido á casar vuestra hija sino en España.

Miró con asombro el capitán al marqués porque no le comprendía.

—Quiero decir que si ese hombre á quien habéis dado vuestra palabra se viese obligado á pasar los mares y á llevarse vuestra hija...

—Indudablemente, esa circunstancia me dejaría en libertad, dijo el señor Illán.

—Pues os juro que quedaréis libre... solo os pido...

—¿Qué...?

—Que dilatéis con cualquier pretexto el casamiento de vuestra hija durante quince días, solos quince días, y que guardéis un profundo secreto acerca de nuestra vista.

El capitán lo prometió solemnemente: esto era una especie de conspiración contra el alcalde de Casa y Corte: una traición, pensando severamente; pero el caso era cubrir las apariencias, y sobre todo se trataba

de un golilla, de uno de esos hombres que están tan acostumbrados y tan prácticos para buscar callejuelas á la ley.

El alcalde era tratado en su propio terreno y con sus propias armas.

El marqués escribió aquel mismo día á un su amigo de la corte, hombre poderoso y muy privado de los privados del emperador; á su carta acompañaba un libramiento de buena ley de mil ducados.

A los doce días, sin saber como ni por donde, el alcalde de Casa y Corte recibió una provisión de oficio de oidor de la Real Audiencia de Méjico.

En los primeros momentos de júbilo el licenciado Céspedes se trasladó provisión en mano casa de su futuro suegro.

Pero este con gran asombro suyo le dijo gravemente:

—¿Y pensáis aceptar, señor Juan de Céspedes?

—¡Que si pienso aceptar! exclamó con extrañeza el alcalde: pues decidme: ¿que haríais vos si os nombrasen virey de Méjico ó de Santiago de Cuba?

—Aceptaría con toda mi alma, ya lo créo.

—Pues ved ahí que con toda mi alma acepto yo.

—Pues en ese caso... dijo con una verdadera turbación el capitán, en ese caso, yo os retiro la palabra que os he dado.

La turbación del capitán consistía en que el buen hidalgo no había ejecutado nunca dobles papeles y le repugnaba la intriga.

—¡Qué... me retiráis vuestra palabra!... es decir, ¿cuando puedo acumular sin ofender á Dios ni á la justicia grandes riquezas? exclamó el alcalde poniéndose pálido.

—No son las riquezas las que me mueven... dijo balbuceando de nuevo el capitán, porque le repugnaba la

mentira tanto como la intriga, pero yo habia contado con que no saldríais de España: bien sabeis, puesto que sois jurista, que no podríais obligar á vuestra mujer á que se embarcase.

—¿Conque es decir?...

—Que ó renunciáis á ese oficio de oidor, ó á mi hija.

Meditó algunos segundos el alcalde.

—No puedo renunciar, dijo, una fortuna que Dios me envía... si yo fuera solo... pero tengo una hija.

—¿Cómo que teneis una hija?

—Sí señor, una hija de mi difunta esposa...

—¡Sois viudo!...

—Ciertamente...

—Hé aquí otra circunstancia que me dispensa de mi palabra... nada de vuestra viudez ni de vuestra hija me habíais dicho.

—Pero lo sabe todo el barrio...

—Pues ved ahí, yo no lo sabia.

—Decididamente...

—Yo no he dado mi palabra ni á un viudo con hijos, ni á un oidor de las Indias.

—Estais en vuestro derecho, dijo roncamente el alcalde de Casa y Corte, ó mejor dicho, el oidor de la Real Audiencia de Méjico. Y así, adios, señor capitán Aponte.

—¿Quedamos, pues, recíprocamente libres?

—De todo punto. Podeis casar á vuestra hija con quien más os convenga.

Separáronse, pues, de una manera ruda.

Ocho días después, doña Clara de Aponte era marquesa de la Guardia.

El señor Juan de Céspedes comprendió entonces por qué le habían hecho oidor sin solicitarlo.

Ocho días después de haber sido elevada á marquesa doña Clara, el presidente de la chancillería de Granada llamó al señor Juan de Céspedes.

—Señor licenciado, le dijo, siento daros una mala noticia.

Juan de Céspedes solo contestó poniéndose pálido.

—Se me encarga de orden de S. M. Cesárea, que os recoja la provisión de oidor de la Real audiencia de Méjico, que no puede llevarse á efecto... porque es la han enviado por una equivocación.

Juan de Céspedes comprendió entonces que había sido burlado.

Esto consistía, no en que el marqués de la Guardia hubiese influido para aquella segunda peripecia, sino en que los mil ducados enviados á la corte, habían sido bastantes para que en las secretarías de Estado se hiciese aquella infame farsa, sorprendiendo el ánimo del emperador; pero no bastaban, de ningún modo, para comprar un oficio tal como el de oidor en Indias, que entonces era considerado como una mina de oro.

Juan de Céspedes enfermó de rabia y de dolor porque ya se había consentido y aun infatuado con su carácter de oidor.

La enfermedad concluyó pronto pero concluyó en la tumba.

Doña Elvira quedó enteramente huérfana.

El marqués de la Guardia, que era un calavera capaz de jugarle una sangrienta pasada al mismo diablo, y que solo se había casado con doña Clara, porque todos los hombres tienen un cuarto de hora en que se casan, no era por esto un infame. Sintió que su burla al pobre alcalde hubiese tenido tan negro desenlace, encontró bajo aquella burla una pobre huérfana, sin más amparo que la caridad pública, y reconoció como un deber el protegerla.

Sin embargo, su protección no fué muy espléndida. Se fué al párroco, y en confesión le entregó por una parte seiscientos cincuenta ducados que de-

bían servir para atender á la manutención, vestido y educación de doña Elvira en un convento, durante trece años, esto es, hasta que cumplierse los diez y seis, á razón de cincuenta escudos por año; y por otra mil ducados, que debían servirle de dote, ya eligiese el claustro ó el matrimonio.

La huerfanita fué llevada por el párroco al convento de santa Isabel la Real.

Doña Elvira, pues, se había educado en un convento.

Pero no es en un convento donde mejor puede educarse á una jóven.

Mimaron las buenas madres á doña Elvira, y doña Elvira se hizo voluntariosa.

Enseñáronla á leer y escribir y un poco de latín, con el objeto de hacerla monja.

Como educación de adorno, enseñáronla á cantar monjunamente y á hacer dulces y flores.

La halagaron, y la hicieron soberbia.

La llamaron hermosa, y la llenaron de vanidad.

Habláronla mal del mundo para que renunciase á él, y doña Elvira ansió conocer una cosa tan mala.

A los diez y seis años, el deseo de respirar otro aire que el contenido en las paredes del convento, fué para doña Elvira una necesidad.

Los deseos comprimidos son los más fuertes, los más tenaces.

Doña Elvira era alta, esbelta, con cabellos semejantes á sedosas hebras de oro, frente cándida y pura, ojos celestes como el cielo, y sonrisa aseñorada, aunque un tanto altiva y amarga.

Era, pues, una dama, en toda la extensión de la frase, y á más de esto hermosa á maravilla.

La habían dejado espejo, y doña Elvira, después de haber visto en el espejo su hermosura, la había compa-

rado con el aspecto de las buenas madres, y las había encontrado pálidas, verdinegras, con ojos hundidos, bocas lívidas, feas cuanto pueda ser fea una mujer que se ha agostado robada á la naturaleza y al amor: aquellas mujeres, alguna de las cuales había sido una flor, se habían transformado en ortigas: doña Elvira se opunzaba dolorosamente á su contacto, y acabó por aborrecérlas: pero obligada á mostrarse con ellas dulce y cariñosa, había contraído otro terrible defecto: se había hecho hipócrita, falsa, intencionada.

La horrorizaba pronunciar unos votos que debían ligarla por toda la vida á aquellas mujeres, incrustarla, por decirlo así, en aquel claustro del que no debía salir ni aún después de muerta, una vez pronunciados sus votos, y á pesar de esto, se mostraba dispuesta á ser monja.

Pero á lo que en verdad estaba pre-dispuesta doña Elvira, era á arros-trar cualquier locura, por trascenden-tal que fuese, á trueque de escapar de aquel ataúd de vivos.

Como vemos, las consecuencias de la burla hecha al alcalde de Casa y Corte, Juan de Céspedes, por el mar-qués de la Guardia, continuaban; por-que las consecuencias de una falta, mejor dicho, de un crimen, son inter-minables, incalculables.

Aquella burla había causado la muerte del padre.

Acaso las consecuencias de aquella burla, que eran la burla misma, de-bían causar también la desgracia de la hija y un infinito número de cri-menes.

Porque un crimen sembrado en el mundo, da generalmente un fruto de ciento por uno.

Un día, una parienta de la abadesa se presentó en el locutorio.

La abadesa, aficionadísima como to-das las monjas á lucir las flores del

convento, llevó consigo al locutorio á doña Elvira.

Pero la parienta de la abadesa no estaba sola; la acompañaba un jóven caballero, que iba á informarse de las condiciones bajo las cuales podría ha-bitar algún tiempo en el convento, durante una ausencia de sus herma-nos, una huérfana hermana suya.

Aquel caballero era don Diego de Córdoba y de Valor, que á la sazón contaba veinte y seis años.

Don Diego de Córdoba y de Valor, era un morisco convertido, hombre de gran calidad y riqueza; subiendo por el altivo tronco de su árbol genealó-gico, se llegaba á los califas Omnia-des de Córdoba, á los de Damasco, y por último á la familia del Profeta, del cual descendía por la madre de aquel hombre extraordinario, conoci-da entre los musulmanes bajo el nom-bre de Fatimah, la santa: inútil es decir que poseedor legítimo del volu-minoso rollo de pergaminos, que tan esclarecida genealogía justificaban, don Diego de Córdoba era orgulloso cuanto puede serlo una criatura hu-mana, y tenía mucho del aspecto do-minador y de la palabra breve y des-pótica que parecía haber recibido co-mo un legado de raza de sus cien re-gios ascendientes: pero era por cierto gran lástima que á tal aprecio de sí mismo, á tal soberbia, no hubiese reu-nido don Diego las grandes virtudes que han solido resplandecer, forman-do la parte luminosa de su carácter, en muchos de los tremendos reyes, de cuyos nombres está llena la histo-ria de la humanidad esclavizada. Don Diego era valiente, pero no con el va-lor espontáneo, entusiasta y leal de los héroes: el valor de Don Diego, rayando siempre en la ferocidad y siempre conducido por una intención dañina y desleal, era, preciso es de-cirlo, el valor del bandido. Era es-pléndido y generoso, pero jamás estas

prendas produjeron una buena acción: tiraba su dinero con la misma indiferencia con que se arroja lo que nada vale; jugaba y perdía sumas enormes sin alterarse ni entristecerse, y del mismo modo sin afán ni alegría, las ganaba: favorecía á todo el que á él se acercaba, ó por mejor decir, á todo el que por su vida escandalosa y aventurera y por sus libres costumbres, había adquirido la funesta nombradía de camorrista, burlador, taur ó matón; gustábanle á perder esa clase de hombres audaces que viven descuidadamente sobre el país y sobre el presente, sin meterse á considerar quienes eran, de donde venían ni á donde iban: los lugares de su más asidua asistencia eran los garitos, las mancebías y las tabernas, en las que se entraba sin pudor alguno á la luz del sol, y delante de las gentes, con la frente alta y como desafiando á la opinión pública; en nada invertía con más placer su dinero que en corromper la virtud de las mujeres, produciendo la vergüenza ó la desesperación de un padre, de un esposo ó de un amante; sus mancebas, de las cuales tenía á un tiempo un número escandaloso, ostentaban un fausto insolente y después de algun tiempo, abandonadas y corrompidas, iban á aumentar con sus vicios la hedionda corriente de cieno que de tal manera inficionó las costumbres de España en el siglo XVI.

Tal era el primer hombre del mundo que veía ante sí doña Elvira de Céspedes, y decimos del mundo porque su confesor, el capellán, el sacristán y el andadero de las monjas, á quienes veía todos los días, eran hombres del claustro, y viejos, feos, sucios, en contraposición de don Diego de Valor, que era jóven, hermoso, de mirada audaz, gallardo y riquisimamente vestido.

Don Diego en efecto tenía, como

sabemos, una hermana: doña Isabel, y además un hermano menor llamado don Fernando.

Su padre, Muley Mahomad-ebn-Omeya, uno de los walíes de Granada que más se distinguieron en su juventud en la conquista, había pasado al servicio de los Reyes Católicos, se había convertido bajo el nombre de don Juan de Córdoba y de Valor, recibiendo en premio una carta de nobleza y el amayorazgamiento de sus bienes con el título de señor de Valor, y había casado, por último, y siendo ya hombre de cierta edad, con una morisca parienta suya llamada Inés de Rojas.

Esta le había dado sucesivamente dos hijos y una hija, poco después de lo cual murió don Juan, dejando su mayorazgo y su título á don Diego, y la curaduría de sus tres hijos á su esposa doña Inés.

Murió esta años adelante, y dejó la tutela de sus hermanos menores á don Diego.

Parecía, pues, que este iba legítimamente á tratar de la entrada de su hermana doña Isabel en el convento.

Pero no pensaba ciertamente en ello; era un pretexto: don Diego había sabido por el marqués de la Guardia, hombre ya machucho, el mismo de la burla que mató al padre de doña Elvira, su grande amigo, tan disipado como él y tan tremendo calavera, aquella historia de desdichas, la existencia de doña Elvira en el convento de santa Isabel y la fama de su hermosura.

¿Cómo el marqués de la Guardia no había visitado nunca á doña Elvira?

La razón es muy sencilla: al procurarla medios de subsistencia, al dotarla, solo había pensado en reparar de algún modo una falta: había buscado un eclesiástico: le había entregado como *fidei comiso* y bajo confesión aquel dinero, y después se había

ausentado de Granada con su esposa.

Durante muchos años anduvo vagando por España é Italia, gastando gentilmente sus rentas, hasta 1539, en que murió su esposa y se volvió á Granada viudo y sin hijos, entregándose desde entonces con toda libertad á los excesos del otoño del calavera, que es la época más azarosa de la vida de esta clase de gentes, y durante la cual hacen más daño á la sociedad, sobre todo cuando son tan ricos y tan audaces como el marqués de la Guardia.

Don Diego de Córdoba era una especie de astro entre cierta clase de gentes en Granada y como el marqués de la Guardia por propensión y por costumbre se fué á buscar aquella clase de gente; encontráronse un día los dos astros girando en una misma órbita.

Cuando dos hombres de este jaez se encuentran, sucede irremisiblemente una de estas dos cosas: ó chocan duramente y se matan, ó se unen y se hacen camaradas de libertinage.

Esto último aconteció al encontrarse don Diego y el marqués de la Guardia: el segundo casi doblaba la edad al primero; pero por lo demás en cuanto á fortuna, conducta y aficiones eran iguales.

Durante dos años fueron en Granada una epidemia social; una de esas pústulas crónicas y malignas que solo se curan á hierro ó á fuego.

A principios de 1541 y cuando una noche el marqués se preparaba para salir á una aventura galante, se encontró en su casa con un humilde acólito que le entregó de parte del cura de la parroquia de San Luis, un papel en que bajó una enorme cruz se leían estas breves y solemnes palabras.

«Señor marqués de la Guardia: en este momento me hallo próximo á rendir el alma al Criador. Hace trece

años me entregásteis, bajo confesión, cierta suma, mediante la cual debía educarse en un convento y dotarse, llegada que fuese á los diez y seis años, una pobre huérfana. He cumplido como debía el encargo de vuestre celerencia; pero estando próximo á morir, habiendo llegado la época en que doña Elvira entre en el claustro como religiosa ó vuelva al mundo, un grave deber de conciencia me obliga á suplicaros que vengáis á verme al momento. El dador os guiará. Guarde Dios á vuestre celerencia. De mi lecho de muerte á 16 días del mes de enero, año de nuestro Señor de 1541.—El licenciado Pero Ponce.»

Dió dos vueltas el marqués á la carta, quedóse pensativo y no sabemos por qué presentimiento vago, renunció á su aventura y se decidió á ir á la cita que se le pedía á nombre de una jóven de diez y seis años que casi podía llamarse su ahijada.

Siguió al acólito y muy pronto estuvo frente al lecho del moribundo.

—Vos por un capricho, por una locura de jóven, le dijo el párroco de San Luis, á las pocas palabras que hablaron, causásteis la muerte del padre, no causeis, señor, por impremeditación la pérdida de la hija: doña Elvira no ha nacido para el claustro; si abandonada y desesperada profesara, blasfemaré, perderá su alma; si sale del convento sin el apoyo de una persona que la ame, que la proteja, se perderá porque es hermosa; pero aun es tiempo, velad por ella, salvadla: no está pervertida, tiene un corazón ardiente, impresionable... vos, señor, que aun sois jóven, que aun podeis hacerlos amar, ¿por qué no embellecéis el otoño de vuestra vida con el amor de esa niña haciéndola vuestra esposa?

—¿En qué convento vive? dijo profundamente el marqués.

—En el de Santa Isabel la Real.

—¿Y decís que es hermosa y digna de un caballero?

—Os lo juro, señor, y os digo más: la amo como á una hija y no moriré tranquilo sino me jurais que vos, que hoy sois su padre adoptivo, la amparareis.

—Esa joven corre por mi cuenta, dijo el marqués pronunciando estas vulgares palabras de tan ambiguo sentido con una entonación singular.

—¿Queréis que os nombre su tutor en mi testamento? ¿queréis que os dé un testimonio de lo que habéis hecho por ella?

—No, no, de ningún modo, no quiero que sepa que yo he hecho nada por ella.

—¡Oh! ¡que generoso sois señor! Dios os bendiga.

—Dejad la tutela de esa joven á la abadesa.

—Lo haré así.

—Y ahora ved si os queda algo que satisfacer en el mundo para que yo lo satisfaga por vos.

—¡Ah! no señor; desgraciadamente quedé huérfano y sin pariente alguno muy joven; he vivido consagrado á mi ministerio y nada tengo que hacer más que legar la mitad de mis cortos ahorros á los pobres, la otra mitad á doña Elvira, á doña Elvira que es mi corazón, señor, añadió el buen sacerdote mirando de una manera anhelante al marqués.

—Descuidad, descuidad en mí, señor licenciado; si Dios ha dispuesto que muráis, morid tranquilos: si en mí consiste doña Elvira será feliz.

—¡Oh! ¡gracias, gracias! ¡ahora dejad que os bendiga!

El marqués más por costumbre que por veneración, dobló una rodilla y el sacerdote bendijo con mano trémula y moribunda aquella cabeza llena de vacíos pensamientos, que en aquel mismo punto agitaba algo horrible dentro de sí respecto á la pobre huér-

fana, que era tan joven y tan hermosa.

El marqués de la Guardia, pues, no había sabido hasta entonces el paradero de la hija de Juan de Céspedes y por lo tanto no había podido visitarla.

Aquella misma noche en uno de los lugares *escéntricos* es que se encontraban todos los días el marqués de la Guardia y don Diego de Valor, frente á frente y vaso en mano, hablaban con la mayor irreverencia del mundo, del legado que había dejado el párroco de san Luis al marqués.

—Pero formalmente don Gabriel, decía al marqués que así se llamaba, don Diego, ¿estais resuelto á hacer dichosa á esa muchacha?

—¿Y por qué no? dijo don Gabriel Coloma, que este era el apellido del noble marqués, aun no he cumplido cuarenta años; paso aun entre los buenos galanes sin que las damas reparen en la diferencia, y, sobre todo, esa aventura tiene para mí un encanto misterioso, un no sé qué seductor; decididamente mañana voy al convento, pasado mañana la saco, al día siguiente...

—¿Qué la sacais? ¿creeis que ella se prestará á huir con vos?

—¡Huir! la sacaré con los derechos que me asisten.

¡Los derechos! indudablemente los tenéis; pero nadie los conoce más que el cura de san Luis, y ha muerto.

—¡Diablo! ¿es verdad?

—De modo que para doña Elvira sois un desconocido como otro cualquiera.

—¡Diablo! ¡diablo!

—Y como supongo que os querréis casar con ella...

—¡Por Cristo vivol hartos sinsabores me dió mi difunta, para que yo piense en casarme de nuevo... la haré mi querida.

—¡Ah! dijo don Diego; pero se me figura...

—¿Qué?

—Que si habéis de contar con doña Elvira para que abandone por vos el convento, empresa acometéis.

Picóse el orgullo de don Gabriel Coloma, que aún se creía, recordando sus buenos tiempos y fiandó demasiado en el éxito que le procuraban sus doblones entre las mujeres, un seductor irresistible.

—¿Queréis que hagamos una cosa, don Diego? dijo.

—¿Qué cosa?

—Una apuesta.

—¿A propósito de qué?...

—Acometamos los dos esta empresa.

—Acepto.

—Vos no conocéis á doña Elvira más que lo que la conozco yo. Como yo, sabéis que está en el convento de Santa Isabel la Real, que es huérfana, que está bajo la tutela de la abadesa.

—Muy bien: ¿y qué apostamos?

—Vuestro caballo *Infante*, contra mi yegua *Niña*.

—Es decir, que si os gano, me quedo con vuestra protegida y con vuestra yegua.

—Cabalmente.

—Determinemos la apuesta.

—El que saque del convento legítimamente ó no á doña Elvira; en una palabra, el que sea preferido por ella, gana.

—Aceptado.

—¿En cuanto tiempo?

—En quince dias, dijo don Diego de Valor.

—Sea en quince dias.

—Además hagamos otra apuesta, dijo don Diego, que era muy predictor.

—¿Cuál?

—Podrá suceder que para sacar á

doña Elvira del convento sea necesario casarse con ella.

—¡Diablo!

—Yo lo preveo todo: una vez empeñados, no repararemos en nada, y como es hidalga y hermosa, y entrambos estamos libres..... ¿quien sabe?

—Teneis razón.

—En el caso que vos ganárais, don Gabriel, ya sea que ella se vaya con vos, ya que os caséis con ella, podéis tener por seguro que yo procuraré soplaros la dama ó la mujer.

—Lo mismo procuraré yo, don Diego, si la suerte os favorece.

—Determinemos aún más: si solo es querida de uno de los dos, la apuesta será vuestro coselete de Milán cincelado, contra la magnífica espada de Damasco que he heredado yo de mis abuelos y que tanto os agrada.

—Sea.

—Pero si doña Elvira fuese esposa de uno de los dos...

—Entonces, don Diego, tenemos apostada la vida á estocadas.

—Me habéis comprendido.

Los dos calaveras se estrecharon las manos, apuraron los vasos y no volvieron á hablar de aquel asunto.

Quando se separaron, don Diego recordó que tenía una parienta amiga de la abadesa de Santa Isabel la Real; fué á su casa muy temprano, á la hora en que la buena señora oía su misa cotidiana, y la expuso la necesidad que tenía de depositar por algún tiempo á su hermana doña Isabel en un convento.

La anciana parienta se prestó y después de la misa fueron al locutorio.

La casualidad favoreció á don Diego.

Como sabemos, la abadesa llevó consigo al locutorio á doña Elvira.

Vióse ésta mirada por primera vez de una manera ardiente: vió también

por la primera vez de su vida á un hombre que era casi tan hermoso como ella, y se enamoró.

Don Diego, por su parte, se enamoró también.

Aquella misma tarde el andadero del convento tuvo medio de poner en las manos de doña Elvira una carta de don Diego.

Aquella carta encerraba las primeras palabras de amor que se habían dirigido por un hombre á doña Elvira.

Esta, sin embargo, no contestó.

Al día siguiente la abadesa llamó á su celda á doña Elvira, y la dijo toda trémula y asustada que el marqués de la Guardia la pedía por esposa.

Doña Elvira dijo que no conocía al marqués, y que no pensaba casarse con él.

Aquella tarde el andadero dió á doña Elvira dos cartas: la una era de don Diego de Valor, la otra del marqués.

La jóven entregó esta última rasgada al andadero para que la devolviese á don Gabriel Coloma, y otra cerrada para don Diego de Valor.

Esta última decía únicamente:

«Caballero: el señor marqués de la Guardia, á quien no conozco, ha pedido á la madre abadesa mi mano. Vos decís que me amais, ¿por qué no hacéis lo mismo?—Elvira de Céspedes.»

Don Diego se había enamorado perdidamente de doña Elvira, y había comprendido á la primera ojeada que la jóven no saldría del convento sino por la puerta del matrimonio.

Esta certidumbre dió por resultado que dos días después la abadesa llamase de nuevo á doña Elvira á su celda y que la dijese muy tranquila, porque su primera negativa á una demanda de matrimonio la había hecho creer en la vocación de la jóven al claustro, que don Diego de Córdoba y de Valor la pretendía por esposa.

Doña Elvira, con gran terror y sentimiento de la abadesa, contestó poniéndose encendida como una guinda: «Decid á ese caballero, que le acepto por esposo.»

Ocho días después el marqués de la Guardia envió con un escudero suyo á don Diego de Valor su yegua Niña enjaezada con un caparazón de brocado azul, cabezón, cincha y pretal de lo mismo, y freno y estriberas de plata cincelada.

A más de esto, en el caparazón, y dentro de ricas fundas iban dos magníficas pistolas cargadas.

—Comprendo: dijo para sí don Diego de Valor al ver las pistolas, y al reparar que iban cargadas: he ganado la primera apuesta casándome con doña Elvira, y estamos empeñados en la segunda: veremos quien á quien.

Por su parte el marqués había dicho al poner las pistolas en el caparazón:

—Le he criado, como quien dice, la novia, se la he dotado, le pago con mi mejor bicho una apuesta perdida... mil doscientos cincuenta ducados por una parte... mil trescientos valor de la yegua, por otra... dos mil los jaeces y las pistolas... cuatro mil seiscientos cincuenta ducados en suma... pues señor, es preciso que yo me cobre de todo esto en su mujer.

Como vemos, las consecuencias de la burla hecha por el marqués al difunto padre de doña Elvira, continuaban en una progresión horrible.

Una vez casada se reveló el verdadero carácter de doña Elvira.

Era una mujer altiva y dura, y al poco tiempo de casada, apenas lanzada la influencia del convento, á las primeras lecciones recibidas del mundo, se convirtió en una de esas personas que todo lo calculan bajo el influjo de la más descarnada razón; no amaba á don Diego: habíase casado

únicamente con él para salir del convento, que la horrorizaba, pero como jamás había amado no se había visto obligada á hacer ningún sacrificio; ella era extremadamente hermosa y estaba muy pagada de sí misma; pero en cambio don Diego era un mancebo hermosísimo, que si no interesaba su corazón, conmovía sus sentidos; en una palabra, aunque el alma de doña Elvira no acogía á D. Diego, sus deseos la arrastraban á él: los primeros meses, pues, del matrimonio de estos dos seres, tan semejantes entre sí, que nunca debieron haberse casado, fueron un continuo delirio. Pero no era don Diego hombre á quien pudiesen fijar, apartándole de sus viciosas inclinaciones, la virtud, la hermosura y las candentes caricias de una mujer tal como doña Elvira: paso á paso don Diego fué volviendo á su antigua vida, y como jamás se había recatado del mundo, no se recató de su esposa: la altiva doña Elvira no era mujer que mirase sin un ardiente deseo de venganza la ofensa hecha á su hermosura, á su orgullo: desapareció enteramente el amor material que le había inspirado don Diego, y solo pensó en vengarse: una herida en el orgullo se paga con otra herida semejante: doña Elvira dejó de ser la hasta entonces honesta y malcarada dueña, y tuvo sonrisas para adoradores que ya habían desesperado, no solo de obtener la sino aun de ser mirados sin enojo; entre ellos el marqués de la Guardia que se había dado por vencido y había dicho á don Diego á los tres años después de su casamiento:

—Amigo mío: podeis llamaros feliz: apostamos á bulto sin conocerla acerca de doña Elvira, y encontrásteis en ella una niña hermosísima de quien os hicisteis amar: me ganásteis pues, la primera apuesta: la hermosa jóven ha sido y es una mujer fuerte: aun que la dais mala vida os ama y guar-

da vuestro honor, á pesar de que, sin contar conmigo, que la he pretendido de mil maneras, la han rodeado los galanes más peligrosos. He perdido mi segunda apuesta y vuestro es mi coselete de Milán. Sin embargo no lo siento; vuestra mujer me ha dado el ejemplo de las mujeres santas en el matrimonio, y yo voy á buscar otra semejante, por mejor decir la he encontrado ya: los convidó, pues, á mi segunda boda dentro de ocho días. Llevad con vos á vuestra mujer.

Y el marqués y don Diego se estrecharon las manos y bebieron como el día en que habían hecho la apuesta.

Doña Elvira á pesar de su orgullo ofendido y de su determinación de tomar en el honor de su esposo unas terribles represalias, nada hizo que pudiera ofender á la honra de don Diego.

Es cierto que durante algunos días coqueteó y estuvo comunicativa, risueña y amable con más de un enamorado; pero de repente, volvió á su antigua austeridad, ó como podríamos decir valiéndonos de una figura: el sol de sus favores se ocultó de nuevo tras una sombría nube.

¿Consistía esto en que doña Elvira comprendiese que las mayores faltas en un marido, los más crueles tratamientos, las más profundas heridas en el corazón y en la vanidad, no autorizan á la esposa para ser adúltera?

No por cierto: esto consistía en que doña Elvira era mujer, en que como mujer estaba propensa á amar, y en que el hielo que cubría su corazón se había disuelto bajo el intenso fuego de su amor hácia un hombre.

Doña Elvira amaba con toda la violencia de su carácter voluntarioso; pero bajo un profundo disimulo, mejor diremos hipocresía, había guardado aquel amor que nadie, ni aun el mismo objeto amado había llegado á conocer.

Vamos á decir á nuestros lectores quien era el objeto de aquel amor.

Por el mismo tiempo que el desenfreno y el libertinaje de don Diego, habían impulsado á doña Elvira á una resolución desesperada, conoció al hombre que debía fijar su destino.

Un día le había visto en misa en la colegiata de San Salvador: era un jóven como de diez y nueve á veinte años, pero ya perfectamente formado, blanco y pálido, de frente noble y pensadora, y ojos negros y profundamente melancólicos.

Se habían encontrado en la pila del agua bendita: luego hizo la casualidad, causadora de tantas desdichas, que se encontraran colocados frente á frente en los escaños.

Aquel día puede decirse que doña Elvira no oyó misa; el jóven por su parte no mostró tampoco mucha devoción, pero no fué doña Elvira la causa: ni una sola vez la había mirado, á pesar de que doña Elvira era una mujer demasiado notable por su hermosura, para que no se reparase en ella.

La indiferencia es uno de los medios más eficaces que pueden emplearse para la conquista de ciertas mujeres: cuando la indiferencia es verdadera, la mujer que de tal modo se contempla impotente acaba por contraer una pasión incalculable por el hombre á quien de tal modo es indiferente. Una fea suele resignarse porque comprende la causa de aquella indiferencia: á una hermosa infatuada con su hermosura, como lo estaba doña Elvira, acostumbrada á ser adorada por todos, la indiferencia del hombre á quien ama la vuelve loca.

Doña Elvira vió durante tres años, pero siempre en la estación del verano, al indiferente jóven en la misa de doce de la iglesia del Salvador: siempre había notado la misma indiferencia en él, y estaba resuelta á rem-

per por todo, cuando al abrir su marido la puerta de su casa para asistir al casamiento de su hermana doña Isabel le encontró en el dintel.

Porque el hombre de quien tan locamente enamorada estaba doña Elvira, era Yaye ebn-Al-Hhamar.

Esto explica por qué una palidez profunda cubrió al verle el rostro de doña Elvira: veámos ahora en qué consistía la estrañeza y aun el temor que se había pintado en el rostro de don Diego al ver á Yaye.

Don Diego sabía, porque no podía menos de saberlo, puesto que por el matrimonio con su tia doña Ana había emparentado con su familia Yuzuf, que este emir de los monfies, embreñado en las Alpujarras y dueño de la fuerza, tenía adquiridos derechos á la corona de Granada.

Sabía además, lo que Yuzuf no había tenido ocasión de decir á Yaye, esto es que el casamiento de Yuzuf con doña Ana de Córdoba y de Válor había sido una verdadera alianza, una refundición de derechos.

Su padre don Juan de Válor había estipulado solemnemente con Yuzuf que si de su casamiento con doña Ana tenía un hijo, este hijo casaría con una hija de los Válor, ó vice versa que, si cuando el hijo ó la hija de Yuzuf y de Ana llegasen á la edad de contraer matrimonio, no pudiese este efectuarse por carencia de varón ó de hembra hija ó nieta de don Juan, en la familia, el pacto quedaría roto, y cada familia de por sí, la de los Al-Hhamar y la de los Beni-Omeyas podrían cuestionar su derecho.

Ahora bien: don Juan de Válor, hermano de doña Ana, había tenido dos hijos y una hija: don Diego, don Fernando y doña Isabel: Yuzuf Al-Hhamar había tenido un hijo: Yaye; don Juan de Válor y Yuzuf, habían contratado solemnemente el matrimonio de doña Isabel con Yaye, y al mo-

rir don Juan había encargado expresamente en su testamento á su hijo primogénito don Diego que procurase por cuantos medios estuviesen á su alcance, cumplir aquel contrato matrimonial.

Don Diego había quedado al frente de la casa como tutor de sus hermanos: al casarse con doña Elvira, por amor á su hermana doña Isabel no quiso que viviese á su lado bajo la férula de su esposa. Puso casa aparte y dejó en el solar paterno á doña Isabel al amparo de su hermano don Fernando, aún soltero, y bajo la guarda de una respetable dueña.

Todos los años en las largas temporadas que Yuzuf pasaba en Granada, guardando todas las apariencias de un morisco convertido, don Diego comunicaba con él: hablaban como individuos de una misma familia, de las esperanzas de recobrar la pérdida libertad, de sus proyectos domésticos, y entre ellos del matrimonio concertado entre Yaye y su hermana doña Isabel.

Don Diego no conocía á su primo: siempre que expresaba á Yuzuf el deseo de conocerle, Yuzuf le contestaba:

—Cuando yo haya puesto mi corona sobre la frente de mi hijo, y tu hermana haya sido su esposa, le conocerás.

Don Diego se veía obligado á satisfacer con estas palabras brevísimas del inexorable anciano su curiosidad por conocer á su primo.

Pero aconteció que un día Yuzuf compró en el barrio del Zeneté de Granada una hermosa casa que lindaba con la en que vivía doña Isabel. Aquella casa fué suntuosamente alhajada y un mes después fueron á vivir á ella un anciano y un joven.

El anciano era Abd-el-Gewar, y don Diego le conocía como uno de los servidores más allegados del emir; el

jóven era Yaye, pero don Diego no le conocía.

La circunstancia de ser Abd-el-Gewar ayo de Yaye, la frecuencia con que entraba en la casa Yuzuf y el extremado amor con que trataba al jóven, hicieron sospechar á don Diego si Yaye era hijo del emir.

Pero prudente como se lo aconsejaba la reserva del anciano, guardó sus sospechas y solo se redujo á observar si aquella mudanza tan cerca de su casa, tendria por objeto el que los dos jóvenes se conociesen y se amasen espontáneamente antes de saber que estaban destinados desde antes de su nacimiento el uno para el otro.

Don Diego observó que Abd-el-Gewar y Yaye solo estaban en Granada durante el verano; pretendió averiguar la causa de estas ausencias periódicas, y supo que el señor Juan de Andrade, cuyos padres no se conocían, y que estaba confiado al cuidado de Abd-el-Gewar, era estudiante en Salamanca: esto desvaneció sus sospechas. Don Diego no podía comprender que Yuzuf destinase á su hijo á clérigo ó á oidor; pensar en esto era absurdo; pero observó si, que su hermana doña Isabel pasaba los meses del invierno triste y retirada, y que á la venida del verano ó por mejor decir de Yaye, se hacía más comunicativa y alegre.

Don Diego quiso saber si había amoríos entre el estudiante Juan de Andrade y su hermana. Nada consiguió. La dueña encubridora de doña Isabel, ó ignorante de sus amores con Yaye, le afirmó que su hermana no amaba á nadie, ni pensaba amar: y en cuanto á su hermano don Fernando no había visto rondaduras en la calle ni nada que demostrase que hubiese galan, enamorando á doña Isabel.

Don Diego se cansó al fin de unas

pesquisas que nada le habían revelado, y se resignó á esperar á que el emir de los monfies sacase á luz á su misterioso hijo.

Pero entre tanto se cruzó un incidente en el proyectado enlace, que vino á probar que el hombre propone y Dios dispone.

Don Diego vivía en completa comunicación con Yuzuf, en la continua y sorda conspiración que sostenían los moriscos contra los cristianos, como todo pueblo vencido contra su vencedor.

El hombre que más confianza inspiraba á don Diego para ser portador de sus cartas y mensajes á Yuzuf, era un morisco llamado Miguel Lopez entre los cristianos, y entre los moriscos Xerif-aben-Abó.

Era un morisco de buen linage, pero poco considerado por sus costumbres licenciosas: apreciábasele solo por su valor, y por su ciego odio á los cristianos. Tenía otra cualidad recomendable: una reserva sin límites, y una actividad suma para todos los negocios que tenían relación con la libertad de su patria.

Por estas dos cualidades se servía de él don Diego.

Entraba Miguel López libremente tanto en la casa de éste como en la de su hermano don Fernando, y había tenido ocasión de ver una y otra y cien veces á doña Isabel.

Miguel López se enamoró de ella.

Pero al enamorarse comprendió que tenía ya cuarenta años, que era más que medianamente feo y zafio, y además, que el orgulloso don Diego de Válor, jamás consentiría en darle una hermana suya, siendo como era pobre, y estando además oscurecido y en la humillante condición de un hombre que sirve por un salario.

Miguel López procuró dominar su amor: pero su amor pudo más que él y le dominó.

Entonces Miguel López pensó que un pobre y un criado cuando sirve en ciertos negocios, es un cómplice de su amo, y que un cómplice puede hacerse á veces tan temible, que no puede negársele nada.

Miguel López meditó y tramó un plan diabólico, y cuando estuvo seguro de su éxito, se presentó una mañana, muy de mañana, en casa de don Diego.

—Tengo que hablaros á solas, le dijo.

Pensó don Diego que se trataba de alguna de los asuntos en que comunemente empleaba á López, y se encerró con él.

—¿De qué se trata? dijo don Diego.

—Trátase, contestó Miguel López, entrando de lleno y bruscamente en el asunto, de que es necesario que me déis por mujer á vuestra hermana doña Isabel.

Don Diego, ofendido gravemente por la extraña é insolente proposición de Miguel López, se sorprendió y adoptó para con su hasta entonces confidente, una actitud altiva y despreciadora que nunca había usado. El noble señor se erguía ante la insolente demanda del siervo, y en aquella altivez había mucho de amenaza.

Miguel López no se desconcertó.

—Sabía, dijo á don Diego, de qué modo habíais de recibir mi petición: hace mucho tiempo que había pensado en ello y no os he pedido á vuestra hermana hasta estar seguro de que no me la podíais negar.

—¡Me amenazáis! contestó con un acento reconcentrado don Diego.

—No os amenazo: os advierto.

—¿Y de qué me advertís?

—De que si no me dais vuestra hermana, yo daré al rey vuestra cabeza.

Un rayo de luz, pero un rayo de luz sombría, iluminó la inteligencia

de don Diego; comprendió que su hasta entonces fiel y dócil instrumento se le rebelaba, y absando de su confianza le imponía condiciones.

Don Diego era hombre de mundo, y se puso á la altura de la situación: ocultó la cólera que hervía en su corazón bajo un semblante impasible, y dijo friamente á Miguel López:

—¿Es decir, que estáis resuelto á obligarme á que... os entregue mi hermana?

—Decidido de todo punto.

—Y decidme: ¿contáis con poder bastante para obligarme? ¿habéis meditado bien las consecuencias de la lucha á que me retáis?

—Todo lo he meditado, y os afirmo que cuento con tanto poder, que estoy seguro no sólo de venceros, sino de teneros sujeto.

—Veamos vuestros medios.

—¡Mis medios! la última carta que me disteis para el emir de los monfies de las Alpujarras.

Don Diego se aterró, y por más que quiso dominarse, palideció densamente: de tal importancia era la carta á que se refería Miguel López; tan graves los secretos que en ella estaban consignados, que bastaban para perderle. Impaciente don Diego, estimulaba en aquella carta al emir para una sublevación de los moriscos apoyada por los turcos, que decia ser de todo punto necesaria, en atención á que la presión de los españoles se hacía cada día más insoportable.

—¿Creéis, pues, dijo Miguel López notando el terror de don Diego, que esa carta no basta para perderos, para entregaros al verdugo?

—En efecto, dijo don Diego recordando su calma: os habéis armado bien para entrar en batalla conmigo.

—Aún os queda un medio: dijo con su inalterable insolencia Miguel López.

—¿Queréis decirme cuál?

—Ganar tiempo ofreciéndome que vuestra hermana será mi mujer, y huir después con ella y con vuestra familia á las Alpujarras. Así perderíais una cosa: vuestra hacienda, que el rey os confiscaría, pero ganaríais tres, á saber: primero que vuestra hermana no se casase conmigo, después la vida, y en fin, la honra.

—¡La honra! exclamó don Diego no pudiendo contenerse ya y levantándose con impetu; habéis dicho la honra.

—Sí, la honra he dicho, porque si no casáis conmigo á vuestra hermana ella se irá con otro.

—¡Hablad! ¡hablad! ¡explicadme eso... que no comprendo!

—Ya se ve...! ¡son tan calladas las dueñas y las doncellas de vuestra hermana! ¡tan descuidado vuestro hermano don Fernando que no han podido apercebirse de lo que yo me he apercebido!

—¿Y de qué os habéis apercebido vos?

—Yo... ¡bah! me he apercebido de muchas cosas. En primer lugar, me he apercebido de que vuestra hermana espera todas las tardes asomada á las celosías de sus ventanas á un gallardo mancebo: que el mancebo, que es su vecino, antes de entrar en la casa la saluda: además que se ven y se hablan por cierta galería que dá á los jardines: lo primero lo he visto oculto en una de las casas de la calle del Zinete, lo segundo desde un mirador de otra casa, desde donde se descubren los jardines de la casa de vuestro hermano don Fernando, y de la de el tal mancebo.

—¿Y podría ver yo eso mismo?

—Cuando queráis: pero dejadme que concluya de deciros otras cosas que he descubierto; por ejemplo, el poderoso emir de los monfies Yuzuf-Al-Hamar viene con mucha frecuencia á Granada: cuando viene se le ve

acompañado muchas veces de Abd-el-Gewar, y de ese mancebo que se llama el señor Juan de Andrade. ¿No os parece que el emir trata con demasiado amor á ese jóven para que sabiendo que tiene un hijo á quien nadie ha visto ni conoce, se crea que el señor Juan de Andrade es su hijo?

Miguel López acababa de avivar las sospechas que acerca del mismo asunto había tenido don Diego.

—Además, ya sabéis que yo sé, que por el testamento de vuestro padre estáis obligado á casar á vuestra hermana con el hijo del emir de los monfies de las Alpujarras; el emir es un hombre que se ha criado como quien dice entre cristianos, y que entre ellos ha adquirido unas ideas muy extravagantes. El emir ha querido sin duda que los dos jóvenes se amen antes de conocer su verdadera posición. El emir ha conseguido que se amen aproximándolos el uno al otro; pero el emir no sabe otra cosa que yo he descubierto, á saber: que el señor Juan de Andrade podía querer á vuestra hermana como manceba, pero como esposa nunca... porque os desprecia... os aborrece... os llama los renegados.

—¡Miguel López! exclamó don Diego enteramente fuera de sí.

—No os irritéis y meditad á sangre fría: dándome vuestra hermana salváis á un tiempo la hacienda, la vida y la honra: es cierto que os exponéis á la enemistad del emir, pero el emir es generoso y se contentará con despreciaros. Del otro lado tenéis mi venganza, que yo os juro que no os perdonará.

—¿Y no creéis que tenga otro medio de librarme de todas esas afrentosas condiciones?

—Uno solo podíais tener si yo no fuera previsor: matarme. Pero el matarme os perdería, porque la carta que os pone á mi merced no está en mi poder, sino en poder de quien, si

me sucede una desgracia, la presentará al presidente de la Chancillería.

Don Diego comprendió que estaba enteramente cogido.

—Os pido veinte y cuatro horas para contestaros, dijo á Miguel López.

—Tomaos cuarenta y ocho ó ciento. No me corre gran prisa.

—Quiero además ver algo de lo que vos habéis visto.

—¡Ah! ¿queréis ver si vuestra hermana ama al señor Juan de Andrade? En buen hora. Id mañana al amanecer á mi casa. Entre tanto, que os guarde Dios: os dejo en libertad para que meditéis.

Y salió.

Por más que meditó don Diego no encontró medio para salir del atolladero en que le había metido la traición de Miguel López. Por más vueltas que le dió, solo encontró una solución: la de casar á su hermana con aquel bandolero, y estar en acecho de una venganza terrible.

Al día siguiente al amanecer, don Diego acompañado de Miguel, vió desde una de las celosías de una casa situada á espaldas de la de su hermana, á Yaye y á Isabel que hablaban indudablemente de amor, cada cual en sus respectivas galerías.

Esto tenía lugar algunos días antes de la noche que se vieron en el jardín Yaye é Isabel.

Don Diego apremiado por Miguel, le concedió sin condiciones, y con un cuantioso dote la mano de su hermana.

Don Diego vendía cobardemente á la pobre Isabel.

Isabel se vió intimada de una manera dura á casarse con Miguel López; entonces en su desesperación pensó en huir con Yaye y le citó y le arrojó la llave del postigo del jardín.

Don Diego vió el significativo arrojamiento de la llave desde su acechadero.

Aquella noche don Diego y Miguel entraron furtivamente en el jardín de la casa de don Fernando, y ocultos tras un cenador de jazmines presenciaron la breve y desgarradora escena habida entre Yaye é Isabel.

D. Diego activó las bodas, contando ya con el asentimiento que la desesperación había arrancado á su hermana.

El mismo día y á la misma hora en que iba á celebrarse el casamiento, Yaye había aparecido de repente pálido y convulso ante don Diego.

Hé aquí la razón de que, al ver al jóven, don Diego se sorprendiese y se aterrased.

Volvamos á aquella situación.

—Creo no equivocarme dijo Yaye descubriéndose cortesmente, con el rostro densamente pálido, y con la voz temblorosa por una cólera mal contenida, creo no equivocarme creyendo que hablo con don Diego de Córdoba, señor de Válor.

—Así es, caballero, contestó don Diego descubriéndose á su vez y con un duro acento de extrañeza; creo también no equivocarme creyendo que vos sois el señor Juan de Andrade.

—Necesito de todo punto hablaros, dijo con precipitación Yaye.

—¿Y no podríamos hablar en otra ocasión? porque ahora, siento deciroslo, me esperan para un asunto muy importante: doña Isabel mi hermana se casa, me esperan en la iglesia.

—Pues porque vuestra hermana se casa, es cabalmente por lo que me urge hablaros: es necesario que ese casamiento no se haga.

—No comprendo caballero, dijo palideciendo con la palidez de la irritación don Diego de Córdoba, con qué derecho pretendéis ser importuno en esta ocasión.

—Leed, dijo Yaye, sacando de un bolsillo de sus gregüescos la carta

que la noche antes le había dado su padre.

—Permitid que os diga que vuestratenacidad raya en ofensiva: no tengo tiempo; venid más tarde.

—Leed lo que os escribe mi padre Yuzuf Al-Hamar; leed: os lo mando yo, yo el emir de los monfías.

Y al decir estas palabras, que pronunció con la arrogancia de un rey que amenaza, pero en acento tan bajo que solo pudo ser oído por don Diego, Yaye se cubrió como un superior delante de su inferior.

Don Diego por inadvertencia ó por asombro, permaneció descubierto, fijó una mirada atónita en Yaye, y quedó enmudecido por la sorpresa.

Al fin se rehizo, tomó la carta, reparó en que Yaye se había cubierto, se cubrió, abrió el pliego y leyó.

Apenas hubo leído algunos renglones de aquel escrito, que lo estaba en árabe, se volvió, infinitamente más pálido y convulso á uno de sus servidores:

—Ayala, le dijo en voz baja, id al momento á la colegiata del Salvador, llamad aparte al licenciado Periañez, y decidle que dé la bendición á los novios en el momento; que para que no se extrañe mi falta invente cualquier pretexto... que no se me espere, en fin. Id, id al momento.

El servidor que tenía visos de ser uno de esos hidalgos pobres que no tenían á deshonra servir á los grandes señores en aquellos tiempos, partió.

—Y vos doña Elvira, añadió don Diego, volviéndose á la dama que hasta entonces había presenciado con una viva curiosidad aquella escena, volvéos á vuestros aposentos. Vosotros idos, añadió dirigiéndose á la servidumbre y vos caballero seguidme.

—¿Y no sería mejor que nosotros mismos fuésemos? dijo Yaye sin moverse de su sitio.

—No, no, sería imprudente: vuestra presencia en la iglesia podría producir un escándalo, y luego.... mi mensaje se obedecerá.

—Ved don Diego que vuestra hermana es mi vida.

—Si Dios quiere, tendréis vuestra vida... si por desgracia, si por casualidad fuera imposible... quejáos á vos mismo, primo. Ahora venid.

Yaye cedió, y siguió á don Diego: en su preocupación no reparó que el berberisco Kaib, había seguido á Ayala en el momento que este había salido de la casa para cumplir el encargo de su señor.

CAPITULO VII.

EN QUE SE RELATAN EXTRAÑOS E IMPORTANTES SUCESOS.

Doña Elvira saludó ceremoniosamente á su esposo cuando este la mandó que volviese á sus aposentos, arrojó una última mirada á Yaye, y acompañada de sus doncellas, subió unas descomunales escaleras, atravesó un ancho corredor, abrió una mampara de marroquí rojo, atrevesó una rica antecámara, entró en una magnífica cámara, y sentándose en un sillón, dijo á sus doncellas:

—Dejadme sola.

Las doncellas salieron: mientras resonaron sus pasos doña Elvira permaneció inmóvil en el sillón donde se había sentado, y profundamente pensativa; luego cuando el ruido de los pasos de las doncellas se hubieron extinguido en las habitaciones interiores, se levantó, atravesó la puerta por donde aquellas habían salido y cerró por dentro otra segunda puerta; después volvió á la cámara y se fué en derechura á un gigantesco espejo de Venecia, que la reprodujo por entero.

Doña Elvira lanzó una mirada an-

siosa al espejo, ese confidente de la mujer que tanto podría revelar si Dios por un milagro le animase y le diese memoria y voz.

Luego atravesó con paso leve y furtivo la cámara, abrió silenciosamente una puerta y entró en un retrete oscuro.

Una vez allí se colocó tras el tapiz de una puerta.

Desde allí se veía una habitación de hombre; pero bella y ricamente alhajada.

En aquella habitación había dos hombres que acababan de entrar.

Don Diego de Córdoba y de Valor, y Yaye-ebn-Al-Hamar.

El jóven estaba cubierto aun del polvo del camino, pero su traje era muy bello, le caía muy bien y sobre todo ganaba sobre su gallarda y esbelta persona.

Estaba cansado, anhelante, dominado por una ansiedad profunda, densamente pálido, y con la mirada impregnada de una ardiente melancolía.

Doña Elvira no le había visto nunca tan hermoso, y sintió que el corazón se la comprimía, se la desgarraba; nunca había sufrido tanto.

Don Diego estaba visiblemente contrariado.

Notábase que sentía respeto y aun temor delante de Yaye, como si se hubiera encontrado delante de un rey á quien hubiese tenido que rendir estrecha cuenta de sus acciones.

En efecto, considerando que Yaye era rey de los monfies por la abdicación de su padre, abdicación que Yuzuf participaba á don Diego en la carta que le había entregado Yaye, don Diego se veía obligado á respetarle: el valor indomable y tenaz, los sacrificios por la patria, la conservación de las tradiciones de su ley, todo daba á los monfies un prestigio merecido

entre los moriscos y á su rey, un poder terrible.

Por lo tanto y en cierto modo, don Diego ante Yaye era un vasallo y un vasallo culpable.

Porque don Diego creía, que al reconocer Yuzuf á su hijo, al entregarle su corona, le habría revelado el contrato que existía entre las dos familias, contrato á que don Diego había faltado entregando su hermana á otro hombre.

Lo que don Diego no podía comprender era cómo Yaye, que dos días antes había despreciado la mano de su hermana, se mostraba entonces tan ansioso de ella.

De lo que no podía dudar don Diego, era de que Yaye estaba perdidamente enamorado de doña Isabel.

Esta certidumbre le aterraba porque preveía fatales consecuencias.

Durante algún tiempo, guardó silencio. Yaye se había sentado y estaba cubierto. Don Diego permaneció descubierto y de pié. Doña Elvira que conocía la altivez de su marido no sabía explicarse la causa de aquella posición humillante á que don Diego se resignaba.

—Espero, dijo Yaye al fin, que contaréis con medios bastantes para impedir ese casamiento, y que no me obligaréis á tomar en vos una venganza implacable.

—Estad seguro, señor, de que si no hubiesen mediado gravísimas razones, yo nunca me hubiera atrevido á faltar por mi parte al solemne convenio celebrado por nuestros padres, y mediante el cual vuestro casamiento con mi hermana es una cosa decidida.

—¡Cómo! ¿existía un convenio entre nuestros padres? exclamó con violencia Yaye, ¿y vos os habéis atrevido.....?

La voz de Yaye temblaba, se ha-

bía puesto de pié y miraba de una manera amenazadora á don Diego.

—Escuchadme, señor y no me condenéis sin oirme.

—Antes de conocer á mi padre, cuando solo me creía moro, me inspirábais aversión como renegado: ahora que sé de quién soy hijo, ahora que el poder de mi padre ha pasado á mis manos, encuentro que á más de renegado sois traidor.

—Mi traicion es hija de un horrible compromiso, dijo todo desconcertado don Diego: no sabéis hasta qué punto he sido engañado por ese infame Miguel López: pero no importa: Ayala habrá llegado: de todos modos hasta que yo hubiera ido no se hubiera efectuado el casamiento: yo soy su hermano mayor, su padre, en una palabra...

—¡Y la habéis vendido...! ¡la habéis obligado!

—Me hallé vendido y obligado, señor; ese Miguel López es un morisco renegado, un infame delator... tiene papeles que me comprometen... papeles escritos por mí á vuestro padre... papeles que no sé en poder de quien están: de otro modo ya hubiéramos encontrado medio de deshacernos de ese hombre... ¿quién había de pensar que vos, el amante de mi hermana, habíais de presentaros para decirme: dame tu hermana Isabel, porque yo soy el poderoso emir de los monfíes?

—¡El, emir... rey...! exclamó con orgullo doña Elvira, que seguía escuchando tras el tapiz.

—Pero el matrimonio de mi hermana con ese hombre no se hará: mi hermana será vuestra, y de este modo, al mismo tiempo que vos y ella seréis felices, se conciliarán todos los intereses de entrambas familias: es verdad que vos, rey de la montaña, tenéis la fuerza, y hasta cierto punto el derecho; es verdad que las Alpu-

jarras os pagan un tributo, que os obedece un ejército de valientes monfíes; pero también es cierto, que yo, Aben-Humeya, descendiente del Profeta, nieto de los califas de Córdoba, tengo también derechos que reconocen los moriscos de Granada, y los de las alquerías de la Vega: los de Almería y los del marquesado del Zente cuentan conmigo: al primer levantamiento, al primer grito de guerra, yo sería proclamado rey de Granada; esto se comprende perfectamente: los moriscos desprecian de tal manera la memoria de Muley Abd-Allah, que sus descendientes no pueden tener esperanza de que los moros de Granada los sienten en el trono de su abuelo. Fuera de la descendencia de Muley Abd-Allah, ¿qué otro más que vos ó yo podemos ser reyes de Granada? Vos, como emir de los monfíes, tenéis las Alpujarras: yo, como descendiente de los Omeyas, lo demás del reino... una alianza entre nosotros es de todo punto necesaria para evitar una guerra civil, que, si por dicha triunfásemos del cristiano, volvería á ponernos destrozados en su poder. Aquí ha habido mucho de fatal: antes de anoche vos mismo despreciásteis la mano de mi hermana.

—Yo os creía renegado.

—¡Oh! ¡fatalidad! yo sabía que amábais á mi hermana; pero creí que erais un hidalgüelo castellano, destinado á llevar una golilla ó un roquete. Culpad al misterio en que os ha envuelto vuestro padre: yo ignoraba que fuéseis lo que sois.

—Yo mismo lo ignoraba ayer.

—¡Fatalidad! ¡fatalidad!

—Mi noble padre quiso que antes de que ciñese su corona, supiese conocer á los hombres.

—En fin, no hablemos más de eso y vamos á lo que importa. El casamiento de mi hermana con Miguel López no se hará. Si por desgracia, y

como no es de suponer, mi enviado ha llegado tarde... Miguel López morirá.

—¡Oh, alentáis una duda y permanecéis aquí, entreteniéndome acaso para ganar tiempo! exclamó Yaye encaminándose violentamente á la puerta.

—¿Qué quereis hacer, exclamó don Diego, que en efecto, temiendo más á la denuncia de Miguel López que á la venganza del emir, había preferido la última y entretenía á Yaye, que queréis hacer? ¿á donde vais?

—¿En qué iglesia se casa vuestra hermana?

—¡Oh! ¡un escándalo!

—¡Corred! ¡corred vos mismo! ¡yo os espero!

—¡Ira de Dios! exclamó don Diego tomando al fin una resolución desesperada: por nada me obligaréis á dar un paso que pondría mi nombre en boca de todo el mundo.

—¡Ah! ¡me habéis egañado! ¡me habéis entretenido, para que entre tanto!.. pero... no os salvaréis.. yo... mis monfíes... talaremos vuestros Estados de las Alpujarras... si escapáis de mis manos... os entregaré al rey de España con cartas semejantes á las que os han obligado á vender á vuestra hermana á ese Miguel López...

Don Diego exhaló un un grito: se encontraba enteramente perdido.

—Una palabra señor, exclamó arrojándose á los pies de Yaye: tened compasión de mí y protegedme: yo os seguiré; seré uno de vuestros más fieles vasallos....

—¡Tu hermana!

—¡Oh! exclamó don Diego, esperad: voy yo mismo: puede que aun sea tiempo...

Y se dirigió á la puerta de la estancia.

En aquel momento apareció en la puerta un paje que dijo:

—Señor, vuestra noble hermana y su esposo acaban de llegar.

El paje volvió á cerrar la puerta. Don Diego arrojó un grito de espanto, y se volvió desesperado y anhelante á Yaye: este al escuchar las terribles palabras «vuestra hermana y su esposo acaban de llegar» hizo un movimiento semejante al de quien ha sido herido de muerte: se puso rojo, más rojo; la mirada de sus ojos se hizo atónita, se contrajo su boca, y cayó al suelo como herido por un rayo.

Entonces se levantó el tapiz, tras el cual escuchaba doña Elvira, y apareció esta pálida como una muerta.

—¡Ah! venis á tiempo, señora, dijo don Diego que no estaba en estado de reparar en lo extraño de la llegada de su esposa, ni en su palidez, ni en su conmoción: ved si podeis hacer volver en sí á ese caballero... yo os disculparé con esas gentes.

Y partió.

Por la primera vez doña Elvira se quedaba sola con Yaye. ¿Pero en que situación? levantóle del suelo, con más facilidad de la que podía suponerse en una mujer delicada, y era que el amor le daba fuerzas; le colocó en un sillón, le abrió el justillo, roció su rostro con agua, y sin considerar si podía ó no ser vista se arrodilló á sus piés, asió sus manos, las estrechó contra su seno, y exclamó alzando al cielo los ojos cubiertos de lágrimas:

—¡Señor! ¡señor! ¡mi salvación por su vida!

Y permaneció de rodillas delante de Yaye.

Al cabo de algún tiempo Yaye suspiró.

Aquel suspiro, fué para el corazón de doña Elvira como un bálsamo maravilloso para una herida: con el consuelo recobró la reflexión y se alzó.

Yaye abrió los ojos, pero en sus ojos estaba pintada la expresión de la locura.

Empezó á delirar: su sangre se había agolpado á su cabeza y había trastornado sus facultades.

Afortunadamente había perdido la memoria de la causa de su accidente, y no pretendia levantarse del sillón.

Su locura era una locura tranquila.

Se reía pero su risa era horrible.

De una manera horrible sufría también doña Elvira.

Ella hubiera dado su vida por verse amada de aquel modo: unos celos mortales la devoraban: al mismo tiempo sentía una ansiedad horrible: temía por la vida de Yaye: su delirio era cada vez más intenso, don Diego no volvía y doña Elvira no se atrevía á llamar á nadie.

Al fin, resonaron pasos: se abrió una puerta: era don Diego.

—¿Vive? dijo con afán.

—Sí, contestó doña Elvira, valiéndose del dominio que tenía sobre sí misma para no demostrar más conmoción que la natural en aquellas circunstancias: vive, pero creo que está en peligro de muerte.

Don Diego examinó un momento á Yaye, luego fué á un lugar de la tapicería, oprimió un botón dorado, y se abrió una puerta secreta: tras ella se veía una escalera oscura recta y estrecha.

—Ayudadme, señora, la dijo volviendo junto á su esposa, ayudadme y concluyamos.

Entre tanto don Diego había encendido una bujía.

—¿Que pensáis hacer? dijo doña Elvira.

—Es necesario conducirle al subterráneo.

Doña Elvira no contestó, ayudó á don Diego á cargar con Yaye, y con gran trabajo le introdujeron por aquella puerta que don Diego cerró tras sí: bajaron las escaleras y atravesando una estrecha mina, llegaron á un

apoyado espacioso y bien amueblado en que había un lecho.

Aquella puerta secreta, aquella mina que se prolongaba mas allá de la habitación donde los dos esposos habían introducido á Yaye, y aquella habitación, era un lugar seguro de refugio, preparado por don Diego, para el caso en que por un accidente desgraciado, ó por una traición de sus parciales invadiese su casa la justicia del rey. Aquello era un escondite: más adelante veremos que era también una comunicación.

Estas minas y estos aposentos son muy comunes en el Albaicín de Granada. Apenas habrá una casa de moros que no tenga alguna de estas comunicaciones subterráneas, de las cuales se conocen muchas.

Cuando Yaye estuvo colocado en el lecho, don Diego le desciñó el talarbarte, le quitó la daga y la espada, y dijo á su esposa:

—No sabes cuanto nos interesa la salvación de este jóven: pero si muere, lo que está en manos de Dios, nos interesa también sobre manera que no se sepa que le ha matado el amor de mi hermana. Si muere no saldrá de aquí. Escuchad: yo voy á ausentarme.

—¡A ausentaros! exclamó, contentiendo mal su alegría doña Elvira.

—Si, es preciso; preciso de todo punto; mi ausencia será á lo más de quince dias: cuidad vos entretanto al enfermo: pero vos sola.

—¡Yo sola! ¡abandonado...! ¡sin los auxilios de la ciencia...!

—No, no he querido decir tanto: antes de marchar avisaré á nuestro médico; es un buen morisco, un noble anciano y guardará el secreto: solo he querido decir que vos, sola vos, seréis la enfermera.

—Os amo tanto, esposo y señor, dijo hipócritamente doña Elvira, que

no perdonaré por vos ningún sacrificio.

—Sí, sí, ya lo sé, doña Elvira, y merecéis que yo... os prometo corregirme. ... dejarme de locuras..... pero adios: no olvidéis lo que os he encargado.

—Id tranquilo, señor, no lo olvidaré.

Don Diego salió dejando sola á su mujer con el hombre á quien amaba.

Un momento después, tranquilo y sonriendo entraba en la gran cámara de recibo de su casa.

En ella estaban doña Isabel de Valor, pálida, pero con la palidez más hermosa, su hermano don Fernando de Valor, los testigos que habían asistido á la ceremonia y algunos convidados, entre los cuales se contaba don Gabriel Coloma, marqués de la Guardia.

Miguel López, el recién casado, estaba allí también.

Era un hombre como de cuarenta años, moreno oscuro, cegijunto, estrecho de frente, sesgado de boca y avieso de mirada: estaba ricamente vestido, pero á pesar de la riqueza de su traje se notaba lo villano de sus maneras: estaba sombríamente ceñudo y miraba con recelo en torno suyo; don Diego se acercó á él sonriendo, pero, á pesar de su sonrisa, densamente pálido.

—Hermano, dije asíéndole las manos con cariño; tengo que hablaros, y vosotros, señores dispensad; pero la repentina indisposición de mi esposa, de que antes os he hablado y que me ha impedido asistir á la celebración del casamiento, es más grave de lo que yo creía y me obliga á suspender por el momento la fiesta de bodas.

Todos callaron, pero todos se pusieron de pié: habían comprendido que cortesmente se les despedía: uno tras otro, después de algunas palabras

vacías de sentido fueron despidiéndose.

Por último, el marqués de la Guardia se dirigió á don Diego.

—¡Diablo! dijo: siento en el alma la indisposición de doña Elvira, pero de todos modos deseo que ello no sea nada y que pueda acompañarnos al bateo de mi hijo ó de mi hija cuando nazca.... que debe ser según los doctores, este mes: por lo demás si me necesitáis para algun empeño, añadió en voz baja indicando con una rápida é intencionada mirada á Miguel López, mirada que solo fué vista por don Diego, podéis contar con lo que puedo y con lo que valgo. Ya sabéis que somos antiguos amigos.

—Adios, marqués, adios, contestó don Diego estrechándole la mano: aprecio vuestra oferta, pero por ahora no os necesito sino para servirlos.

El marqués después de un expresivo apretón de manos á don Diego, de un galante saludo á doña Isabel, que le contestó maquinalmente, y de un frío y altivo saludo á Miguel López, que casi no le contestó, salió de la cámara en la que quedaron solos don Diego, doña Isabel, su hermano don Fernando, que se paseaba pensativo, y Miguel López que miraba alternativamente á doña Isabel y á don Diego, con la impaciencia de un lobo hambriento.

—¿Me queréis explicar lo que ha pasado esta mañana, don Diego? exclamó Miguel López volviéndose todo hoscó á su cuñado apenas quedaron solos.

—Eso significa, que no habiendo yo podido asistir á la ceremonia, envié á Ayala á avisaros que se efectuase sin mí.

—¿Y cuál ha sido la causa de que no hayáis podido asistir? replicó con un grosero acento de recelo Miguel López: porque yo no creo en el mal de doña Elvira: creo más bien en

cierto mancebo, con quien según me han dicho, os encontrásteis á la puerta de la casa.

—Veo que Ayala os ha dicho más que lo que yo le había mandado que os dijese. Pues bien, ese mancebo.....

—Ese mancebo es...

Don Diego interrumpió á tiempo á Miguel López y acercándose á él le dijo rápidamente al oído:

—Ese mancebo es el emir de los monfíes de las Alpujarras.

—¡El emir de los monfíes de las Alpujarras! exclamó Miguel López, sin cuidarse de recatar su acento.

—¡Una rebeldía contra el rey! exclamó toda trémula doña Isabel, que lo había oído.

—¿Veis Miguel, veis lo que es obligar á los hombres á que digan ciertas cosas delante de las mujeres?

—Es que yo creo que se me engaña.

—Dejemos palabras duras que no deben sonar entre nosotros: amábais á mi hermana, mi hermana es vuestra, y no solo vuestra, sino que...

—Me ama, sí, sí en verdad, dijo con amarga ironía Miguel López.

—Os juro, señor, dijo doña Isabel con voz firme y tranquila, que nadie me ha violentado para que fuese con vos al altar.

—Pero habéis ido desesperada; como si hubiérais ido á vuestros funerales; pálida, llorosa.

—Perdonad, señor, pero el estado que acabo de tomar... yo os juro que si vuestra felicidad está en mi mano seréis feliz, muy feliz... ¿no es esto amaros, señor... como os puedo amar ahora? mañana tal vez...

—¿Quién sabe lo que sucederá mañana? dijo Miguel López, sin apearse de su dureza, aunque algo más tranquilo, porque tenía fé en la virtud de doña Isabel.

—Por lo mismo que no sabemos lo

que sucederá mañana, dijo don Diego, será prudente que por ahora no os veáis.

—¿Es decir, que solo tenga á medias á doña Isabel?

—Debéis comprender que cuando esto os digo tendré motivos poderosos. Por ejemplo, mañana podréis morir.

—¡Oh! ¡No lo quiera Dios! exclamó cediendo á su natural virtud doña Isabel.

Miguel López se dulcificó un tanto, interpretando de una manera falsa, por amor propio, la frase de doña Isabel en su favor, frase que tenía muy distinto sentido y que hizo estremecer á don Diego y á don Fernando.

—Nadie tiene la vida segura, dijo, y si á eso nos atuviésemos, jamás nos casaríamos por temor de dejar á nuestra esposa viuda.

—Pues es muy posible que vos dejéis viuda á nuestra hermana, repitió don Diego.

—¡Ah! ¡eso no sucederá! exclamó levantándose doña Isabel pálida y con la mirada fija en su hermano, porque le comprendía perfectamente: Dios no querrá que eso suceda.

—¿Y pensábais que mi hermana no os amaba? dijo don Diego.

—Pero, en fin, ¿qué peligro amenaza á..... á mi esposo.....? dijo doña Isabel haciendo un esfuerzo para pronunciar por la primera vez aquella palabra.

—Sí, sí, sepamos, dijo con acento duro y receloso, Miguel López; sepamos qué peligro es ese, y si vuestras palabras son una amenaza ó un aviso.

—Siempre torcéis las intenciones, Miguel, contestó con calma don Diego: ese peligro de muerte próximo, os amenaza como me amenaza á mí, á mi hermano, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á todos los moriscos que tienen amor á la patria y fé en el

Dios Altísimo y Único. En una palabra, Miguel: el edicto de don Carlos, promulgado antes de ayer y á un mismo tiempo, por decreto del emperador en Granada y en las Alpujarras, ha indignado al emir de los monfies, que ha venido en persona á mandarme que en el momento marchemos los más que podamos á las Alpujarras.

—¡Oh! ¡sí, sí! ¡vais á rebelaros! exclamó doña Isabel.

—Hermana: dijo severamente don Diego: las mujeres deben callar y obedecer siempre, y mucho más cuando se trata de ciertos asuntos... asuntos de que yo no hubiera hablado delante de vos á no haberme provocado Miguel.

—Pero vos no debéis rebelaros, hermano, exclamó con severidad doña Isabel: el rey os honra, sois cristiano, lo soy yo...

—¿Lo veis, Miguel? repitió don Diego.

—Esposa mía, dijo Miguel López, dejad que lo que Dios quiere que haya de suceder suceda y nada temáis: si muero, por fortuna aún no me tenéis tanto amor que mi muerte os desconseue.

Y el acento de Miguel era amargamente irónico.

—Pero es que yo no quiero que muráis...

—Ven, ven conmigo, hermana, dijo don Diego: perdonad un momento Miguel, voy á llevar á mi hermana junto á mi esposa á fin de que podamos hablar libremente.

Doña Isabel deseaba hablar á solas con su hermano y le siguió.

Apenas estuvieron en lugar donde de nadie podían ser oídos, doña Isabel dijo á don Diego:

—¿No te basta haber cometido un crimen enlazándome á ese hombre contra mi voluntad, sino que por razones que no acierto, quieres cometer otro? ¡hermano! ¡hermano! yo creo que esa

rebelión es una mentira: que tú tienes otros proyectos.

—Mira, dijo don Diego que acababa de entrar en su aposento mostrándola la carta de Yuzuf Al-Hamar que le había entregado Yaye.

Doña Isabel la tomó y la leyó.

Su contenido era el siguiente:

«En el nombre de Dios Altísimo y
 »Unico, dador de la prosperidad y del
 »infortunio: Muley Yuzuf Al-Hamar,
 »á su muy querido sobrino Sidi Aben-
 »Humeya:—Un pacto sagrado existe
 »entre nuestras familias: segun él, tu
 »hermana doña Isabel, debe ser espo-
 »sa de mi hijo Sidi Yaye. Acabo de
 »renunciar en él mi corona y mi espa-
 »da: Sidi Yaye, es desde hoy emir de
 »los monfies de las Alpujarras. El ma-
 »trimonio concertado, debe, pues,
 »efectuarse. Mi hijo me ha dicho, que
 »tú, faltando al respeto que debes á
 »la voluntad de tu padre, y el temor
 »que mi poder debe inspirarte, has
 »dispuesto de la mano de tu hermana.
 »Mi hijo, el poderoso emir de los mon-
 »fies, te entregará por sí mismo esta
 »carta. Si tu hermana es libre, rompe
 »las obligaciones que con otro hayas
 »contraído, y que doña Isabel sea es-
 »posa de mi hijo. Si por desdicha, do-
 »ña Isabel fuese de otro, lay de tí y
 »ay de él!—Yuzuf Al-Hamar.»

—¡Ah Dios mio! ¡Dios mio! exclamó doña Isabel: ¡con que no se llamaba Juan de Andradel! ¡con que es verdad que es moro, y además de moro es monfi!

Y doña Isabel se cubrió el rostro con las manos.

Debemos recordar, para que no parezca extraño el dolor de doña Isabel, que la palabra monfi significa salteador, bandido.

—Pues bien, dijo al fin la jóven alzando la frente radiante de dignidad: no hay motivo para que te arrepientas de lo que has hecho, porque por más que yo le haya amado, por

más que á mi despecho le ame, jamás, aunque quedase viuda, me casaría con un rey de bandidos: con un hombre que ha rechazado mi mano... que me ha dejado cruelmente abandonada á mi destino... no, no, y cien veces no.

—Ese hombre está muriendo por tí.

—¡Muriendo por mí! exclamó aterrada doña Isabel.

—Ven, añadió don Diego, y abrió la puerta secreta, descendió rápidamente las escaleras llevando á su hermana asida de la mano, y entró con ella en el aposento donde había dejado á Yaye y á su esposa.

Doña Elvira, que estaba arrojada sobre el lecho de Yaye que deliraba, se levantó al sentir los pasos de don Diego y de doña Isabel.

—Y bien, ¿traeis ya al médico? exclamó con impaciencia.

—Acaso, acaso señora, contestó don Diego adelantando con doña Isabel.

—¡Ah! exclamó doña Elvira al ver á doña Isabel, al mismo tiempo que esta al ver á Yaye postrado en el lecho, con el semblante lividamente pálido y los ojos desencajados y fijos, lanzaba un grito de espanto, emanación involuntaria de su alma.

—¡Está muriendo por vos, y pensáis en la vida de otro hombre, hermana! dijo don Diego.

Doña Isabel cayó de rodillas, y don Diego, aprovechando aquella ocasión, salió y cerró la puerta dejando á las dos mujeres encerradas con Yaye.

Poco después, y al mismo tiempo que entraba un médico anciano en la habitación donde estaba Yaye, salían de Granada á caballo y á la ligera, don Diego de Válor, su hermano don Fernando y Miguel López, acompañados de algunos lacayos armados á la gineta.

CAPITULO VIII.

¡EL EMIR SE HA PERDIDO!

El médico declaró que la enfermedad de Yaye era peligrosa, y que se necesitaba sumo cuidado, gran reposo para el enfermo, y sobre todo la ayuda de Dios.

Lo primero que hizo doña Elvira, cuidando de que Yaye tuviese todo el reposo necesario, fué sacar del subterráneo á doña Isabel.

Esta se encontraba en el estado más terrible en que podía encontrarse una mujer.

Lo primero que la aterraba era el estado de Yaye; después el crimen que había comprendido meditaban sus hermanos contra Miguel López, luego, en fin, los celos.

Los celos, poque había adivinado en un solo momento que su cuñada doña Elvira amaba á Yaye.

Ella le amaba también; había sacrificado su cuerpo pero no su amor: no podía confesarle ante los hombres, pero podía guardarle en el fondo de su alma como en un santuario.

Doña Elvira se había abrogado enteramente el cuidado del enfermo: es cierto que doña Isabel no podía estar junto á él, pero acaso, doña Elvira no era también una mujer casada?

¿Acaso no amaba á Yaye.

Porque doña Isabel con ese delicado instinto de la mujer que ama, había comprendido á primera vista que doña Elvira amaba á Yaye,

Ella le hubiera asistido con la pureza de un angel.

Y sobre todo lo que más importaba á doña Isabel en aquellos momentos era su vida.

Sin embargo ni una palabra dijo á doña Elvira.

Ni una sola vez le preguntó por el estado del enfermo.

Aquella noche el anciano Abd-el-Gewar, llegó á la puerta de la casa y llamó.

Abrióronle y preguntó por don Diego.

Dijéronle que había salido á un corto viaje.

Entonces preguntó por un caballero que aquella mañana había entrado en la casa.

Contestáronle que habían entrado muchos caballeros, y que nada le podían decir.

Al día siguiente Abd-el-Gewar llamó de nuevo y pidió hablar con doña Elvira: fué introducido.

Doña Elvira contestó á sus preguntas que nada sabía de tal persona.

Abd-el-Gewar escribió inmediatamente al emir.

«Poderoso señor: tu hijo ha desaparecido el mismo día del casamiento de doña Isabel de Valor con Miguel López: no sé nada de su paradero, pero le busco de una manera incansable: suceden cosas extrañas. Don Diego y don Fernando de Valor, han salido con Miguel López ayer por la mañana y á la ligera, sin que se sepa á donde han ido. Doña Isabel ha quedado en casa de su hermano don Diego. No me atrevo á moverme de Granada: espero tus órdenes. Mi esclavo Kaid dice que tu hijo entró ayer casa de don Diego, pero que no sabe si ha salido ó no, porque estuvo apartado de la casa algún tiempo. Guárdete Allah: —tu vasallo Abd-el-Gewar.»

A los tres días recibió el anciano la contestacion siguiente:

«Noble y virtuoso Abd-el-Gewar: don Diego y don Fernando de Valor han cometido un crimen contra su cuñado Miguel López: los tengo en mi poder y espero saber de ellos el paradero de mi hijo: en cuanto á este tengo formado mi plan: te envío diez de mis monfies que más conocimiento tienen de la ciudad para que indaguen

su paradero; esto y el asesinato de Xerif-ebn-Abó es obra de ese bandido miserable de ese don Diego de Valor; ¡Ay de él si muere mi hijo!

CAPÍTULO IX.

EN QUE SE SABE LO QUE HICIERON CON MIGUEL LÓPEZ DON DIEGO Y DON FERNANDO DE VALOR.

Retrocedamos al momento en que los dos hermanos y Miguel López salieron de Granada.

Los tres ginetes, acompañados de cuatro lacayos tomaron á buen paso el camino de las Alpujarras: al llegar al Suspiro del Moro, don Diego de Córdoba revolvió el caballo y miró á la distante ciudad.

—¡Granada! ¡Granada! exclamó: hace cincuenta y cinco años, se detuvo en este mismo sitio el cobarde Boabdil y lloró porque te había perdido: hoy me vuelvo yo para jurarte que si Dios me ayuda y á despecho de mis enemigos, tu volverás á ser la ciudad querida del Profeta, y yo.... yo seré tu rey.

—¡Hum! dijo Miguel López, que estaba de muy mal humor; creo, hermano, que os olvidáis muy pronto del poder del emir de las Alpujarras.

—¡Ah! ¡el emir de los monfíes! ¿y creéis que el emir tenga más poder que yo.

—¡Si!

—¿En qué os fundáis?

—En que él manda y vos le obedecéis. Y sinó ¿por qué hemos abandonado tan de improviso á Granada...? ¿por qué vagan allá entre las faldas de la sierra, como cabras sueltas, ciertos hombres, que Dios me confunda si no son gente que tiene más de una razón para temer á las justicias de las villas y á los cuadrilleros de la Santa Hermandad? ¿y para qué si nó

habéis hecho que se adelante uno de vuestros lacayos?

—En cuanto á lo primero, Miguel, ya sabéis que hay momentos en que nos vemos obligados á doblegarnos: el edicto del emperador ha exasperado los ánimos: en Granada ya sabéis que no puede hacerse nada sin que lo noten la Inquisición y la Chancillería, cuyos alguaciles y espías tienen siempre los ojos puestos en nuestras casas, los oídos donde quiera pueda levantarse la voz de un morisco. El golpe vendrá de afuera, de las Alpujarras: mañana, pasados dos días.... ¿quién sabe si esta misma noche? puede acercarse un ejército á los muros de Granada, penetrar en ella, sorprendiendo el descuido de los cristianos que nos creen puestos en temor, y arrebatarnos la ciudad. Por lo mismo y puesto que el emir (que ahora es el que cuenta con mayor poder) nos ordena que nos presentemos á él, nos es forzoso obedecer. Si, como decís, vagan monfíes en las próximas quebraduras, esto nos indica que nuestro viaje acaso no será muy largo, y en cuanto á lo de haber mandado á un lacayo que se adelantase, ya sabéis que cuando se quiere tener lecho y comida en una venta de las Alpujarras es necesario prepararlo de antemano.

—Si, si, dijo Miguel López, que no había perdido enteramente su confianza; ya sé que habéis cursado algunos años en Salamanca, que sois muy letrado y que para todo encontraréis una buena salida. Pero os advierto que si pensáis hacerme una traición....

—¿Qué decís, Miguel? exclamó don Fernando de Valor con acento amenazador, porque, más jóven que su hermano y menos sufrido, no sabía contenerse como él: ¿sabéis, amigo mío, que no parece sino que vos sois nuestro señor y nosotros unos miserables

esclavos obligados á sufrir vuestras insolencias, y que ya se me va acabando el sufrimiento?

—Pues aunque se os ocabe de una vez, mi buen hermano, dijo Miguel López, os advierto que voy prevenido, y que no os será tan fácil dar cuenta de mí para dejar á vuestra hermana viuda.

—¿Es decir, exclamó don Fernando, desatendiendo una significativa mirada de su hermano, es decir que creéis que os hemos sacado fuera de Granada para asesinaros?

—Todo pudiera ser.

—¡Ira de Dios! exclamó don Fernando poniendo mano á su espada y lanzando su caballo hácia Miguel López, que desnudó á su vez.

Don Diego se interpuso.

—¿Estáis locos? exclamó; mi hermano no ha comprendido todavía, Miguel, que sois un hombre intratable, y que el miedo de que hagan con vos, lo que vos seríais capaz de hacer con otro y lo que acaso merecéis, os turba la razón y os hace decir locuras: ¿para qué diablos habíamos de haberos casado con nuestra hermana si pensásemos en mataros?

—¡Hum! pronunció Miguel López con desconfianza.

—Por lo mismo que con vos no se puede hablar sin peligro, añadió don Diego, os advierto que durante la jornada no os dirigiremos ni mi hermano ni yo una sola palabra. Envaina tu espada, Fernando; envainad la vuestra Miguel, y marchad detrás, delante, ó á nuestro lado, como mejor os convenga; espero en Dios que pronto nos conoceréis mejor y que nos ahorraremos estas desagradables contestaciones.

—¡Hum! repitió Miguel López; y envainando su espada, echó su caballo por un costado del camino. Don Fernando envainó á su vez y siguió por

el centro del camino al lado y á la derecha de su hermano.

Y así, en ese silencio forzado y hostil de personas que se ven obligadas á estar juntas y no se encuentran en buena inteligencia, signieron caminando á buen paso. Este silencio no se interrumpía sino de tiempo en tiempo por la voz de alguno de los ginetes que alentaba á su caballo, por el cantar de algun romance morisco que entonaba don Fernando, justificando aquel antiguo proverbio que dice que «cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca», ó cuando encontrándose nuestros viajeros con alguna recua, les saludaban los trágicamente quitándose respetuosamente el sombrero y les decían:

—Dios guarde á vuesamercedes.

A lo que don Diego contestaba con esa benévola altivez de los grandes:

—¡Vaya con Dios la gente honrada!

Fuera de estos casos no se pronunciaba una sola palabra.

Pero aunque no se hablaba, cada cual iba revolviendo dentro de sí una máquina de pensamientos: en particular don Fernando, á quien su hermano no había tenido ocasión de comunicar sus proyectos respecto á su cuñado más que por algunas rápidas palabras, ansiaba que una casualidad cualquiera le pusiese en la posibilidad de dar una buena estocada á aquel Miguel López tan záfio, tan grosero, tan violento, y que, de una manera tan extraña para don Fernando, porque no conocía los secretos de su hermano, se había introducido en la familia.

Así silenciosos y mohinos, habiendo invertido todo el día en la jornada, llegaron cerca de Orgiva á una venta situada en el recodo de un camino y flanqueada por altas y peladas rocas.

El sol tocaba al horizonte y su do-

rada y lánguida luz se perdía á lo lejos bajo las frondas de un espeso olivar que se veía en el fondo de un pequeño valle, entre una abertura de las breñas; al occidente, recortando fuertemente sobre el rojo color del cielo su oscura silueta se veían Orgiva y su castillo: por el opuesto lado la vista se detenía ante un monte cubierto enteramente de naranjos y limoneros.

Parecía que la venta se había buscado exprofeso, oculta, por decirlo así, en un recodo de un camino pendiente y en un seno de la montaña. Por todas partes se veían breñas: oíase en ellas el áspero graznar de las águilas que anidaban en las cimas, y á lo lejos el ruido de la violenta corriente del río de Orgiva.

El lacayo, que habiéndose adelantado, esperaba á la puerta de la venta á su señor, se acercó [y le tuvo el caballo; al mismo tiempo el ventero, mozo fornido y de mala catadura, adelantó sombrero en mano.

—Bien venidos sean vuestras señorías á mi casa, dijo el ventero; este buen mozo, añadió señalando al lacayo, me ha avisado de antemano y nada falta.

Pareció como que se cruzaba una mirada de inteligencia, pero rápida y casi imperceptible, entre don Diego y el ventero.

—¡Decís que nada falta? preguntó don Diego.

—Nada de cuanto se me ha pedido, contestó con desenfado el ventero: es verdad que ha sido necesario ir á buscarlo algo lejos; pero ello es que nada falta, nada.

—¿Y qué quiere decir que nada falta? dijo Miguel López con recelo.

Miró fijamente el ventero á quien le preguntaba.

—No faltan ni buen lecho, dijo, ni buena cena, ni buen aposento: ¿qué

más quiere tener el hidalgo en medio de un camino?

—Menos palabras y más obras, contestó siempre con su tono agresivo Miguel López, y puesto que tenéis buena cama, y buena cena, dadnos cuanto antes de comer á fin de que cuanto antes podamos dormir.

El ventero desapareció hácia el interior y los lacayos desaparecieron con él, sin duda para ayudarle en los preparativos.

—¿Sabéis lo que pienso Miguel? dijo don Fernando,

Miró con atención y descaro Miguel López al jéven como diciendo:

—Y bien, ¿qué pensáis?

—Pienso, continuó don Fernando, que después de las villanas sospechas que habéis concebido acerca de nosotros, no debemos permitir que durmáis en el aposento en que nosotros durmamos.

—¡Eh! ¡tanto me da!

—¡Si insistís!

—Creo que he hecho muy mal en salir de Granada.

—¡Os afirmáis, pues, en vuestras dudas! pues bien: dormiréis en aposento aparte... ó si os place mejor... Orgiva está cerca; en ella tenéis, no solo conocidos y amigos, sino parientes: seguid hasta Orgiva, si os place; pero si tal hacéis, os rogamos que no digáis á alma nacida que paramos en esta venta: cuando se anda en empresas arriesgadas toda precaución es poca.

—Me quedo, dijo Miguel, á quien sin duda daba vergüenza llevar el temor hasta el extremo.

—Pues si os quedáis, tomad aposento aparte.

—Le tomaré.

—Entonces, pues, no hablemos más, y como creo que la cena nos espera entremos y cenemos.

—Entraron, y en el fondo del zaguán, en un cenador que daba á un

huerto, se sentaron alrededor de una mesa servida, y asistidos por los lacayos y por el ventero, empezaron á cenar en silencio.

Concluida la cena cada cual se retiró á su aposento.

La venta quedó envuelta en el más profundo silencio.

Avanzó la noche.

A las Animas tocaban las campanas de la iglesia de la cercana villa de Orgiva, cuando el mismo ventero que tan ligeramente hemos descrito, se levantó de junto á una mesa sobre la cual habia estado dormitando hasta entonces, ocultó la lámpara de hierro que le alumbraba, y en paso recatado atravesó el zaguán, abrió la puerta de la venta, la cerró de nuevo, atravesó el camino en dirección opuesta á Orgiva, y muy pronto se encontró marchando á largo paso entre las quebraduras.

Trepaba por uno de esos barrancos que suben por las faldas de las montañas y que al fin se extinguen, se pierden, se borran, acabando en punta, como si fueran un pliegue del terreno; cuando llegó á la parte media se detuvo en la oscura grieta de una caverna, y lanzó un silbido tan leve como el de una culebra.

A aquel silbido contestó otro en el interior.

—¡Ah! ¿estáis ya ahí? dijo el ventero.

—Sí, sí, pardiez, Reduán, dijo una voz áspera: y no alcanzamos por qué razón nos has hecho esperar en la cueva, cuando hubiéramos estado mejor en la venta.

—Cada cual sabe lo que se hace, contestó el llamado Reduán. ¿Cuántos sois?

—Seis, que creo que bastamos para cualquier empeño de honra. ¿De qué se trata?

—De ganar cien doblones, dijo Reduán, á quien habian rodeado seis

sombras que debian ser las de seis membrudos cuerpos de monfies.

—¿Y qué hay que hacer para ganar esos cien doblones? dijo uno de ellos.

—¡Poca cosa! matar un hombre.

—¡Ah! ¡pues si no es más que eso! ¿Y dónde está ese hombre?

—En mi casa.

—¡Ah! ¿es acaso el hombre que acompañaba hoy por el camino á don Diego y á don Fernando de Válor?

—El mismo. Pero tú debes conocer á ese hombre, Farix, añadió Reduán dirigiéndose al que habia hablado.

—Sí por cierto; es el renegado Miguel López, á quien tengo grandes deseos de antecoger delante de mi ballesta. Es un traidor.

—¿Y cómo sabéis vosotros que Miguel López acompañaba á don Diego y á don Fernando de Válor?

—Esta mañana el walí Harum nos ordenó en nombre del poderoso emir, que observásemos el camino, sin dejar de reparar si iban ó venian golillas, hidalgos ó soldados.

—Es verdad: se nos aprieta tanto por ese endiablado rey de España, que será necesario romper por todo y hacer lagos de sangre cristiana para bañarnos en ella. Día llegará en que... pero por ahora pensemos en nuestro negocio: el asunto de que se trata es un asunto particular de don Diego de Córdoba y de Válor. Ya sabéis que es pariente del emir, y que estamos obligados á servirle, sobre todo, cuando tan bien lo paga.

—Es muy justo.

—Pero importa que nadie sepa que le hemos servido. Ya sabéis que el emir castiga á sangre toda muerte que se hace, como no sea en combate ó por orden expresa.

—¿De modo que á don Diego le estorba ese renegado.

—Algo debe de haber: lo que sé es que á media tarde llegó un lacayo de

don Diego y me dió una carta: aquella carta decía en arábigo: «Es necesario que, para servicio de Dios y del emir, tengas prevenidos para esta noche algunos de los monfíes más valientes que se encuentren por los alrededores.» Os avisé. Después llegaron don Diego, don Fernando y Miguel López. Cenaron, y luego Miguel López se encerró en un aposento aparte y en otro los dos hermanos. Los lacayos se fueron al pajar: yo entonces subí al aposento de don Diego por la ventana del cuarto, según me lo había dicho don Diego, aprovechando un descuido del López, que se muestra muy receloso, y cuando estuve dentro me dijo que os ofreciera cien doblones por matar un hombre y que, si consentiais, os llevase al huerto y que él mismo hablaría con vosotros. Puesto que consentís seguidme.

Los monfíes siguieron en silencio á Reduan, descendieron á una rambla y á través de algunas quebraduras llegaron á las bardas de un huerto, y uno tras otro saltaron con la agilidad y el silencio del gato montés.

Apenas habían desaparecido entre las quebraduras, cuando salió de la cueva otro hombre que, sin duda, había estado oculto en su fondo entre las tiniéblas, por lo que los monfíes no habían reparado en él.

—¡Oh! ¡oh! dijo aquella sombra: se trata de un asesinato infame. Pues bien, es necesario impedir ese crimen.

Y se puso en seguimiento de los monfíes, pero á larga distancia y recatándose.

Miguel López, entre tanto, velaba, entregado á encontrados pensamientos; parecía por una parte que su recelo era infundado; por otra un secreto instinto le decía que desconfiase, y entre seguridad y desconfianza,

llegó hasta las Animas sin acostarse, dando paseos á lo largo del aposento y lanzando de tiempo en tiempo una feroz mirada á los pedreñales (pistolas se llaman ahora), que tenía sobre la mesa.

Pero acordándose una y cien veces que tenía sujeto á don Diego por medio de prendas que podían perderle; que para atentar á su vida no hubiera esperado á hacerle esposo de su hermana, y sobre todo, que después del aprieto en que ponía á los moriscos el edicto del emperador, nada tenía de extraño que el emir de los monfíes hubiese llamado al morisco más influyente de Granada, y que este morisco, es decir, don Diego, se prestase dócil y aun voluntariamente á obedecer las órdenes del emir.

Estos pensamientos le tranquilizaron algún tanto: dilatáronse las profundas arrugas que hasta entonces habían plegado su frente, y su imaginación tomó un rumbo distinto. Acordóse de su desposada, de la hermosa doña Isabel, de quien tan bruscamente había sido separado: representóse en su imaginación la alegre fiesta de bodas que indudablemente hubiera tenido lugar aquella misma noche, á no haber mediado el urgente mandato del emir de los monfíes. Sucesivamente fueron pasando por su imaginación cien tentadoras imágenes, cien esperanzas defraudadas por el acaso, ese eterno burlador de la dicha humana; suspiró ruidosamente, y, no teniendo otra cosa que hacer, se recogió al lecho, y perdido de todo punto su recelo, reconcentró su pensamiento en el recuerdo de doña Isabel, y poco después dormía y soñaba.

Pasaron una, dos, tres horas. La luz del velón que había dejado el ventero, empezó á debilitarse falta de pábulo; osciló algunos momentos y al fin se apagó.

Luego solo se oyó el poderoso

aliento producido por el pecho de toro de Miguel López, que continuaba durmiendo.

Si no hubiera dormido tan profundamente, hubiera podido percibir cierto leve murmullo de voces que hablaban juntas, que cesaban, que se alejaban. Hubiera percibido, al fin, los pasos de una persona que se acercaba recatadamente, que se detenía junto á la puerta y escuchaba, retirándose después: hubiera oído, por último, unos pasos más fuertes que cesaron delante del aposento; luego ruido de pisadas de caballo y cierto tráfago en la parte baja de la venta: pero Miguel López nada de esto oyó, y fué necesario que diesen sobre la puerta tres fuertes golpes para que despertase.

—¡Voto á mil legiones! exclamó; me han quitado el sueño más hermoso del mundo; como que me figuraba que....

Miguel López concluyó con un ruidoso suspiro estas frases que había pronunciado medio dormido, y luego, notando que la luz se había apagado se levantó de un salto, tomó á tientas uno de los pedreñales que había puesto sobre la mesa, y dijo con voz ronca y amenazadora:

—¿Quién va?

—¿Quién ha de ir ni venir? dijo detrás de la puerta la voz de don Diego de Válcor: vestíos pronto hermano, que suceden grandes cosas.

—¡Ah! ¿sois vos, don Diego? dijo dejando el pedreñal sobre la mesa Miguel López; pues bien, creo que pueden suceder grandes cosas y que sea necesaria gran diligencia; pero si queréis que me vista pronto, entrad y dadme luz: la mía se ha apagado.

Abrió la puerta el morisco, y don Diego entró con una vela de sebo encendida, puesta en una palmatoria de barro cocido.

—¿Qué hora es, hermano? preguntó soñoliento Miguel López.

Don Diego sacó de entre su ropilla un enorme reloj de oro semiesférico, objeto de gran lujo en aquel tiempo, y dijo consultando la muestra:

—Las doce y veinte minutos.

—¿Y podemos fiarnos de ese embeleco?

—Como que está fabricado en Bruselas, y es más seguro que la máquina de la torre de Santa Maria de la Alhambra.

—En efecto, muy grave debe de ser el asunto que nos hace madrugar tanto, dijo Miguel López atacándose los gregüescos.

—Como que tenemos encima al emir.

—¡El emir!

—Sí, el emir con seis mil monfies, que adelanta hácia Granada, á la que piensa llegar antes del amanecer.

—¡Diablo! ¡diablo! ¿es decir que hoy mismo tendremos batalla?

—Es más que seguro; por lo mismo importa que nos preparemos cuanto antes: en Cádiz hay un capitán del rey con algunos soldados y un alcalde con treinta cuadrilleros: es necesario sorprender á esa gente para que no puedan dar aviso á Granada y prevenir á nuestros enemigos. Así, pues, acabaos de ajustar las agujetas del jubón y á caballo.

—¿Os han enviado algún correo el emir? dijo Miguel López acabándose de apretar las hebillas de las espuelas.

—Sí, sí por cierto; me ha enviado uno de sus walis.

—¿Y donde está ese wali?

—Ha partido con toda diligencia á poner en armas las taifas de monfies de la taha de Lanjarón, donde también hay gente del rey.

—Pero os habrá dejado á lo menos un guía.

—No, pero me ha avisado el lugar donde podré encontrar al emir.

—¿Y qué lugar es ese? dijo Miguel López saliendo con don Diego de la habitación.

—A un tiro de arcabuz de Orgiva, en el lecho del rio.

—Vamos, pues.

Por prudencia, según creía Miguel López, no hablaron ni una palabra más. Bajaron tranquilamente las escaleras, don Diego pagó el gasto al fingido ventero, y él, Miguel López y don Fernando de Valor, montaron en los caballos que les tenían los criados, y seguidos de estos, también á caballo, salieron de la venta y tomaron ostensiblemente el camino de Orgiva.

La noche era un tanto clara, y lo hubiera sido enteramente merced á la luna, á no ser por los densos nubarrones que cruzaban el espacio: de cuando en cuando se veía lucir un relámpago en lontananza, allá entre las profundas quebraduras, y empezaban á escucharse truenos lejanos.

—Famosa noche ha elegido el emir para su empresa, dijo Miguel López que caminaba delante, y que al parecer habia perdido hasta la última sombra de recelo.

—Guardad silencio, hermano, dijo don Diego, que no sabemos quién puede escucharnos, y aguijad vuestro caballo á fin de que lleguemos pronto. Hasta que nos encontremos al lado del emir y entre los monfies, nos llamamos en peligro.

Y para dar el ejemplo, don Diego aguijó su caballo y pasó adelante.

Los tres ginetes y los lacayos siguieron marchando en silencio.

A poca distancia de la población, don Diego revolió su caballo y empezó á descender por un oscuro sendero, perdido en la penumbra de un profundo barranco, formado por la abertura de dos montañas; á medida que adelantaban se percibía más distinta-

mente el ronco ruido de la corriente del rio de Orgiva, corriente rapidísima á causa del gran desnivel del terreno; el fondo del barranco, por el centro del cual corría, saltando entre las breñas, un arroyo, se iluminaba de tiempo en tiempo por la brillante y fugitiva luz de un relámpago.

Hallábanse á la mitad de la garganta, cuando, de repente, el caballo de don Diego se detuvo, lanzó un relincho agudo y resistió á la espuela.

—Debemos estar cerca del emir, dijo Miguel López; vuestro caballo siente las yeguas.

—¡Callad! ¡callad en nombre de Dios! exclamó don Diego; callad y detened vuestros caballos.

—¿Pues que sucede? dijo Miguel López.

El zumbido de un venablo que pasó cortando el aire por cima de las cabezas de nuestros personajes, fué la contestación que obtuvo Miguel López: don Diego, su hermano y los lacayos, se habian lanzado con las espadas desnudas en la dirección que parecia haber traído el venablo.

—¡Ah! ¡Dios de Dios! exclamó Miguel López, echando mano á sus pedreñales; esta es, sin duda, ó una traición de esos miserables, ó un mal encuentro con bandidos: pues bien, es necesario vender cara nuestra vida.

Y apeándose del caballo, porque el terreno era más á propósito para defenderse á pié que cabalgando, llevó al animal hasta una breña y se parapetó con él.

Pero apenas habia tomado posición cuando nuevos venablos pasaron silbando, y el caballo cayó desplomado, como si le hubieran herido en el corazón ó en la cabeza.

Miguel López no tuvo tiempo más que para disparar uno de sus pedreñales sobre algunos bultos, al parecer de hombres, que adelantaban rá-

pidamente hacía él, saltando por cima de las quebraduras.

En aquel momento brilló un relámpago y Miguel López vió que los que le acometían eran monfíes.

Pero también vió, antes de que se extinguiese la rápida llamarada del fuego, que uno de aquellos hombres había saltado sobre su terreno y caído herido por una saeta, cuyo silbido parecía marcar que quien la había disparado estaba á espaldas de Miguel López, y frente á los monfíes.

La suerte de su compañero irritó á los monfíes, que se lanzaron dando alaridos de rabia sobre Miguel López: este no tuvo tiempo de ver más; sintió sobre sí aquellos hombres, luego la aguda punta de sus puñales en el pecho y se desmayó.

.....
 Cuando volvió en sí se encontró fuertemente vendado y postrado en un lecho en un lugar extraño.

El espacio en que se encontraba era un aposento cuadrado, abovedado según las líneas de la arquitectura árabe, y revestido de una argamasa reluciente, á la que el tiempo había dado un color gris negruzco.

En aquel espacio no había más muebles que un arcón pintado de negro, una mesa de nogal y dos siales. Sobre la mesa había un velón de cobre, dos de cuyos mecheros encendidos, alumbraban todo lo que hemos descrito: además, sobre aquella mesa había un crucifijo negro, algunos libros en folio, y yerbas, trapos blancos, bilas, vasijas y redomas.

Nada más había en esta habitación, ni Miguel López pudo reparar en todo esto, á causa del estado de desvanecimiento y de debilidad en que se encontraba.

Reparó, sí, que estaba absolutamente solo, que no se percibía ruido alguno, y que aquella habitación no tenía otro respiradero que una puer-

ta estrecha, de arco de herradura, en la cual empezaba una escalera que ascendía.

Aquel espacio era sin duda un subterráneo.

La perplejidad más natural, el temor más lógico, asaltaron la imaginación de Miguel López: á causa de la debilidad en que le habían constituido sus heridas, apenas recordaba confusamente lo que le había acontecido antes de acometerle los monfíes: la primera pregunta que se hizo á sí mismo, fué la de quien le había herido, y quien le había llevado allí.

Pero como no veía persona alguna que aclarase sus dudas, pretendió salir de ellas provocando la llegada de alguno.

—¡Ah de casa! exclamó; pero con acento tan débil que hubiera sido imposible oírle á pocos pasos de distancia.

El esfuerzo que hizo para hablar le causó un dolor agudo en el pecho.

—¡Ah! murmuró. ¡alma del diablo! ¡pues estoy herido y no como quiera, sino gravemente! ¡herido en el pecho...! ¿y quien ha podido herirme?

Hizo un esfuerzo Miguel López para evocar sus recuerdos y como los recuerdos obedecían á la voluntad, y la voluntad de Miguel López era poderosa, lentamente fueron eslabonándose sus ideas y al fin recordó de todo punto lo que le había acontecido.

—¡Los miserables! exclamó: ¡sí, sí! ¡no hay duda! ¡ellos han sido! Esta mañana han pasado en aquella casa cosas extrañas: el mancebo que se presentó á don Diego, según me dijo Ayala... aquel hermoso mancebo que ha sido amante de doña Isabel... y luego el pretexto de don Diego de que nos llamaba el emir... nuestra detención en una venta sospechosa... y después los monfíes... sí, sí, ellos han sido... ellos que me han sacado de Granada para asesinar-me... ¿pero co-

mo se ha atrevido don Diego, sabiendo que tengo en mi poder pruebas que pueden perderle...? además, ¿quien me ha traído aquí...? ellos no deben de haber sido: hubieran acabado de asesinarme... ¿los monfíes? los monfíes no se hubieran tomado el trabajo de curarme las heridas. ¿Quien ha sido, pues?

Este razonamiento, demasiado largo para el estado en que se encontraba Miguel López, le desvaneció, volvieron á embrollarse sus ideas y recayó en su postración.

En medio de ella notó el ruido de los pasos de una persona que descendía por la escalera que empezaba en la puerta: luego vió brillar una luz sobre la argamasa abrillantada del muro, y al fin descendió y entró en la habitación un hombre.

Todo esto lo veía de una manera fantástica, por decirlo así. Aquel hombre era alto, esbelto y vestía un traje de campaña castellano: acercóse levemente al lecho y examinó con una fria atención al herido.

Luego fué á la mesa, tomó una taza que había sobre ella é hizo beber algunas gotas de su contenido á Miguel López.

Este sintió calmarse la ardiente sed que le devoraba, y haciendo de nuevo un poderoso esfuerzo de voluntad, logró fijar sus ideas y ver claro.

Entonces pudo hacerse cumplidamente cargo de la persona que había entrado en el aposento.

Era un hombre alto, esbelto, fuerte, ágil, moreno, con grandes ojos negros, cabellos enortijados y barba escasa y corta: á primera vista podía decirse que no era español, ni menos morisco: diferencias esenciales de raza lo demostraban; su mirada era móvil, astuta, recelosa, en contraposición de la fija penetrante y franca mirada de los hombres oriundos de Arabia: su color no era el moreno y pálido color

de los hijos de esta raza, sino un moreno dorado, encendido, vigoroso; su frente, un tanto deprimida, sus cejas sutiles, el óvalo de su rostro demasiado prolongado, todo demostraba en él un extranjero.

En cuanto á su vestido ya hemos dicho que pertenecía á la moda de los hidalgos castellanos, aunque se notaban en él algunas singularidades: llevaba en la cabeza una gorra de paño color de hoja seca, plegada al lado izquierdo por un herrete de acero; debajo de un capotillo casi burdo en el exterior y forrado en el interior por pieles blancas de cordero, llevaba un colete de ámbar exactamente igual á los que usaban por aquel tiempo los soldados de los tercios viejos de España: este colete estaba sujeto en la cintura por un talabarte de cuero de Córdoba, color de avellana, de dobles tirantes, del que pendía una espada corta y ancha y un puñal á la derecha; pendiente del mismo talabarte, llevaba á manera de limosnera una bolsa de piel de zorra; los gregüescos eran de paño de igual color y calidad que el de la gorra, sin cuchilladas, lazos ni adornos, y por último, sus fuertes calzas atacadas de lana azul, estaban cubiertas, desde sus pies y hasta media pierna, por unas abarcas y los ligamentos de estas.

Este hombre parecía contar cuando más, á juzgar por las apariencias, cuarenta años; se desprendía de él un no sé qué de noble y poderoso, y su traje le sentaba á las mil maravillas.

Observó profundamente al herido, y como viese que Miguel López hacía esfuerzos por hablar, le dijo con esa voz llena de autoridad de los más fuertes, y con marcado acento extranjero, aunque en buen castellano.

—Os prohibo que habléis: en ello os va la vida: reposad.

Y sin decir más, se separó del le-

cho, tomó un taburete, le puso junto á la mesa, se sentó dando la espalda á Miguel López, tomó uno de los libros en folio que había sobre la mesa y se puso á leer.

Quien hubiera arrojado una ojeada sobre aquel libro, hubiera visto que era una magnífica copia en latín de la Santa Biblia, y que el extranjero leía en ella un pasaje del libro de Job.

Era aquél pasaje en que Dios arrebató á Job sus hijos.

Durante mucho tiempo, Miguel López estuvo contemplando con ansiedad al extranjero, que leía en silencio, y sin atreverse á hablarle, puesto en temor por la autoridad de su palabra y por lo grave de su pronóstico.

Al fin, como emanado de un lugar distante y á través de los muros, se oyó el toque de una corneta: entonces el extranjero cerró la Biblia, se levantó, fué al lecho y contempló profundamente al herido, que tenía fijos en él los ojos, dilatados á un tiempo por la curiosidad y el temor.

—¿Quién sois? dijo Miguel López.

—Nada os importa quien yo sea, contestó el desconocido; pero si os importa mucho el reposar: no habléis: tiempo sobrado tendremos de hablar más adelante: el hablar os cuesta un esfuerzo y ese esfuerzo os es muy dañoso: estáis gravemente herido: esperad: voy á daros una medicina que os servirá de mucho.

Dicho esto fué á la mesa, tomó una redoma de vidrio, vertió parte de su contenido en un vaso de la misma materia, fué al lecho y dió á beber un líquido blanco y un tanto espeso al herido.

Después se quedó observándole: lentamente se fueron cargando los ojos de Miguel López y al fin se durmió.

Entonces el extranjero fué á la mesa y encendió la lámpara con que había venido alumbrándose, á tiempo

que sonaba de nuevo y más de cerca la corneta.

—Mucha impaciencia es esa, dijo, y debe suceder algo importante: veamos lo que es.

Y trepó por las escaleras, llegó á su fin á una puerta chata, cerrada por una sola hoja forrada de hierro mohoso, que el extranjero abrió, saliendo á un pasadizo oscuro y abovedado; cerró de nuevo, corrió un cerrojo, le afianzó con dos vueltas de una llave que sacó de su bolsa, y luego adelantó por la mina, que era tortuosa y á trechos ascendía ó descendía: á un lado y otro quedaban otras galerías: al fin se vió una claridad fría al fin de la mina, y cuando el extranjero salió de ella, entró en una caverna anchurosa, por cuya boca penetraba la luz del alba: aquella gruta estaba encubierta y como defendida por un espeso robledal, que coronaba la cumbre de una colina.

Entonces se escuchó por tercera vez la corneta, pero de una manera vibrante, enteramente perceptible y á poca distancia.

El extranjero apagó la lámpara, la ocultó en una grieta de la caverna y sacó de esta grieta un largo arco de acebo y algunas saetas que atravesó en su talabarte. Después salió de la caverna, y tomó á buen paso por un sendero estrecho, tortuoso, cubierto de musgo, perdido entre las breñas, y que, á poca distancia penetraba en el robledal.

Muy pronto el incógnito, á gran paso, se internó en el bosque; siguió las sinuosidades del sendero, y rodeando una colina, penetró en una ancha rambla, cuyo aspecto era terriblemente bravío y selvático.

Un pequeño arroyo la atravesaba é iba á formar en la parte abierta de la rambla un pequeño lago, que se perdía pintorescamente entre un bosque de mimbres, bañando sus nudosos

truncos: alrededor solo se veían rocas tajadas, abiertas, como calcinadas por la acción del rayo: las asperezas, las peñas que acá y allá brotaban sobre el terreno, como excrescencias, estaban cubiertas de musgo, y la arena que servía de lecho y se extendía en una estrecha márgen á los lados del arroyo, era de color negruzco; lo demás del terreno estaba cubierto por una especie de liquen musgoso, en el que resbalaba la planta.

Aquel lugar que parecía destinado á la más absoluta soledad, estaba entonces concurrido por muchos seres humanos, entre los cuales se veía un solo caballo; uno de esos caballos pequeños, pero ágiles, fuertes, fogosos; un verdadero caballo de montaña.

Las gentes, que en número como de cien personas, ocupaban la parte superior de la rambla, eran monfíes: algunos de estos, más avanzados, parecían estar de centinela: al desembarcar en la rambla el extranjero, uno de los centinelas armó su ballesta, y gritó:

—¡Alto! ¿quien va?

—¿No me habéis llamado? dijo con acento irritado el extranjero ¿porqué pues me detenéis con la puntería de vuestras ballestas?

—¡Es el cazador de la montaña! dijo otro de los monfíes.

—Dejadle llegar, dijo una voz breve y al parecer acostumbrada al mando.

Desarmó el monfí su ballesta é hizo seña al extranjero de que adelantase: este trepó por las breñas con la agilidad de un gamo, pasó de la línea de los centinelas, y llegó á la parte alta de la rambla, donde le salió al encuentro un anciano enteramente vestido á la usanza mora.

Aquel anciano era Yuzuf, el padre del emir de los monfíes.

El semblante del noble anciano estaba contraído por una sombría ex-

presión: dulcificola, sin embargo, á la presencia del incógnito, y tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Bien venido sea mi amigo el rey del desierto!

—¡Rey! exclamó con sarcasmo el extranjero; el imperio de mis abuelos está muy lejos, y en estas regiones no soy otra cosa que tu esclavo, rey de la montaña.

—Mi esclavo no, mi hermano, dijo con dulzura Yuzuf ¿acaso no te he amparado? ¿no te he procurado un asilo impenetrable en mis dominios? ¿no tienes cuanto has menester?

—Sí, todo, todo, menos mi venganza, tras la que ando recorriendo el mundo hace diez años.

—No porque tu venganza tarde será menos segura.

—Pero entre tanto ese infame capitán tiene en su poder á mi esposa y á mi hija: ¿acaso no has protegido tú á ese infame? ¿acaso no has impedido tú que me vengue, que rescate á las prendas de mi alma y vuelva con ellas entre los míos, allá al otro lado de los mares donde soy verdaderamente rey, rey fuerte, poderoso, y vengador de las desdichas de mis abuelos?

—¡Espera!

—Hace un año que estoy esperando desde mi llegada á estas montañas.

—Recuerda que sin mi ayuda, haría también un año que dormirías en la tumba.

—Es verdad, dijo profundamente el extranjero: mi impaciencia por rescatar á las prendas de mi alma, me hizo ser imprudente... recuerdo que fui preso como un ladrón, en el momento en que penetraba en la casa de ese capitán infame. Recuerdo que me encerraron en un calabozo.... recuerdo también que aquella misma noche entró un hombre en aquel calabozo, y me procuró la libertad; pero á cambio de terribles condiciones.

—Solo te pedí que dilataras tu venganza: para ello tenía mis razones: el capitán Sedeño es uno de mis mejores espías entre los cristianos: me sirve de mucho. Yo te he respondido de la honra de tu hija y de la vida de tu esposa.

—¡Oh! ¡mi esposa! ¡mi hija! exclamó con acento rugiente el extranjero.

—Han llegado á tal punto las cosas, continuó Yuzuf, que muy pronto me hará Sedeño sus últimos servicios: avíseme del día en que la Chancillería, el capitán general y la Inquisición estén descuidados: sorpréndalos yo en sus hermosos palacios de Granada con mis monfies, y entonces ese hombre de quien anhelas con justa causa vengarte, es tuyo: entre tanto, espera, Calpuc, espera y ayúdame.

—Y en qué puedo ayudarte, dijo Calpuc, á quien seguiremos dando este nombre.

—Revéleme lo que has hecho esta noche.

—¡Ah! sí, es cierto: ayer recibí un mensajero tuyo con el que me avisabas que llegase á esta misma rambla á la media noche. En efecto inmediatamente me puse en camino. Cerróme en él la noche; descendía yo á buen paso por una montaña en dirección á Cádiar, cuando oí pasos de algunos hombres: el sitio era solitario, podía ser funesto un encuentro, y habiendo hallado en el barranco por donde descendía una profunda gruta, me oculté en ella.

Poco después los hombres que había sentido penetraron en la cueva: yo me había retirado al fondo y como no traían antorchas ni luz alguna, no pudieron reparar en mí; luego entró un hombre á quien reconocí por la voz: era Reduan, el monfi que pasa por ventero en el camino de Orgiva.

—¿Y que sucedió? preguntó nuevamente Yuzuf.

—Aquellos hombres trataron de un asesinato pagado infamemente por dinero.

—¿Y como no impediste ese asesinato, Calpuc? añadió con doble severidad el anciano.

—¿Acaso no lo he impedido? ¿acaso Miguel López no está en mi asilo, curado y con grandes esperanzas de vida? ¿acaso no han quedado mordiendo el polvo en el barranco dos de los asesinos?

—Has obrado como noble y valiente, Calpuc: quería saber de tí hasta qué punto ha habido traición contra ese hombre.

—Ha sido un asesinato infame meditado y llevado á cabo por don Diego de Válor.

—Cuenta Calpuc que acusas á un pariente mío.

—Lo he oído yó, he seguido paso á paso á los asesinos, arrastrándome tras ellos como la serpiente de los bosques de mi patria; he oído el crimen y he podido evitarlo: si me hubiera separado de aquellos lugares para avisarte, tal vez no hubiera podido impedir la muerte de Miguel López.

—¿Y has llegado á conocer el motivo por qué don Diego de Válor quería la muerte de ese hombre? dijo el emir mirando profundamente á Calpuc.

—No; solo he oído concertar el asesinato y pagar el dinero.

Quedóse un momento pensativo el emir.

—Ven, dijo al fin, asiendo á Calpuc de la mano.

Y llevándole la rambla arriba, torció una roca tajada y señaló á Calpuc una encina seca, cuyas ramas descarnadas se extendían como los múltiples brazos de un esqueleto.

Aquella encina por sí sola hubiera inspirado tristeza; pero con las adiciones que se notaban en ella causaba

horror. Aquellas adiciones consistían en siete monfíes ahorcados, del cuello de uno de los cuales pendía una bolsa, llena al parecer de dinero; algunos otros monfíes, con las ballestas afianzadas, guardaban aquel árbol de justicia.

—Ahí faltan dos hombres, dijo sombríamente Calpuc.

—¡Don Diego y don Fernando de Válcor! ¡es verdad! repuso el emir; pero si yo hiciere justicia en esos dos hombres, creerían los moriscos de Granada que los había asesinado por temor. ¿Acaso no sabes que don Diego de Córdoba se titula en el Albaicín, en las alquerías de la vega y en las tahas de Guadix y del Marquesado del Zenete, rey de Granada?

—¿De modo que has dejado en libertad á esos hombres?

—No, no por cierto: esos hombres tienen que responderme de una vida preciosa: de la vida de mi hijo, de la vida del emir de los monfíes.

—¡De tu hijo! ¡se habrán atrevido!...

—¿A qué había yo de haber avanzado con mis valientes monfíes, casi hasta los linderos de la vega, sino por mi hijo? ¿por quién estoy resuelto á llevar á sangre y fuego á Granada, sino por él? ¡Oh! ¡sí! pero ¡por la santa Kaaba! tomaré una venganza horrible de esos hombres si mi hijo ha perecido.

—¡Dios vela por los reyes! dijo solemnemente Calpuc.

—Pero á pesar de esto, bueno es que los reyes velen por sí mismos. Ahora bien, Calpuc: ¿está el herido en disposición de contestar á mis preguntas?

—Acaso el sueño á que le he dejado entregado restaure sus fuerzas: acaso cuando despierte pueda hablar sin peligro.

—Condúceme á donde está ese hombre, Calpuc.

—Eres padre, emir, y comprendo tu ansiedad: sin embargo, tú solo haces horas que dudas de la suerte de tu hijo... hace diez años que yo tiemblo por la vida y por la honra de mi esposa y de mi hija.

Yuzuf estrechó fuertemente la mano de Calpuc: después llevó á sus labios una pequeña corneta de caza y tocó por tres veces.

Oyéronse entonces en todas direcciones pasos fuertes y acompasados y poco después adelantaron en círculo, y se estrecharon alrededor del emir unos cien monfíes.

—Esos hombres, dijo severamente Yuzuf, señalando á los siete que estaban colgados de la encina fatal, esos hombres, vendieron la vida de un hombre por dinero: ved lo que he hecho con esos hombres: vedlos y es-carmentad.

—¡Viva el emir! gritaron en una aclamación informe los monfíes.

—Que las aves carnívoras los despedacen, añadió Yuzuf: cada uno de esos hombres tiene pendiente del cuello el oro vil con que le pagaron su crimen; ¡ay de aquel de vosotros que toque á una sola de esas monedas!

—¡Viva el emir! gritaron de nuevo los monfíes.

—A vuestros apostaderos: tú Abdel-Malek, y cuatro más, conmigo: ¡Mi caballo! ¡Calpuc, á tu caverna! Es necesario que yo hable sin perder un momento con Miguel López.

Los monfíes se dividieron en grupos, y partieron en distintas direcciones, trepando por las quebraduras. Poco después Yuzuf, en su potrillo salvaje, saltaba sobre las breñas, precedido de Calpuc, cuyo vigor era maravilloso, y seguido de su escasa escolta de monfíes.

La horrible encina quedó abandonada con los siete repugnantes cadáveres que se balanceaban al impulso del viento de la montaña, pendientes

de los descarnados brazos del gigantesco esqueleto.

Trasladémosnos á la vivienda subterránea de Calpuc.

De pié, inmóvil y con la vista profunda y amenazadoramente fija en Miguel López, estaba Yuzuf acompañado de Calpuc.

Pero esto no sucedía inmediatamente después de la escena que acabamos de referir á nuestros lectores.

Desde entonces hasta el momento en que el emir estaba delante de Miguel López, habían pasado algunos días.

Calpuc, que entre los misterios de su vida contaba con el de ser un excelente médico, había declarado que la vida del herido peligraba si se le hacía experimentar una sensación cualquiera.

Yuzuf se había visto obligado á reprimir su impaciencia.

Entretanto Calpuc y Muhamad, anciano y sabio médico del emir, habían velado continuamente al lado del herido.

El peligro había pasado; las heridas habían empezado á cicatrizarse y tenían muy buen aspecto: Miguel López podía sufrir sin peligro un interrogatorio.

Yuzuf descendió al subterráneo, acompañado de Calpuc.

Miguel López dormía.

Contemplóle un momento ferozmente Yuzuf y luego dijo á Calpuc.

—Déjanos solos.

Calpuc obedeció.

Entonces el emir movió brusca-mente á Miguel López: éste abrió brusca-mente los ojos despavorido, y pasado ese primer momento de confusión que experimentamos al despertar, reconoció á Yuzuf, se agitó en su lecho y lanzó un grito de espanto.

—Haces bien en extremecerte, Je-

rif-ebn-Aboó, dijo el emir, nombran-do á Miguel López por su nombre moro: haces bien en extremecerte, porque me has ofendido, me has sido traidor, á mí, á tu señor, á quien todo lo debes, y te tengo en mi poder.

—Yo creía, dijo reponiéndose y con cierta audacia Miguel López, yo creía que un emir tan poderoso y un tan cumplido caballero como tú, magnifico Yuzuf, no te atreverías á amenazar á un pobre herido que ha estado á punto de ser asesinado por los tuyos.

—Los que han puesto en tu pecho su puñal, se mecen, colgados de una encina, en la montaña.

—Pero viven, sin duda. don Diego y don Fernando de Valor.

—Son tus señores.

—¡Son mis enemigos!

Una llamarada de irritación, de cólera sombría y letal, subió de una manera febril á los ojos de Yuzuf, que palideció profundamente.

—¡Infame renegado! exclamó: ¿no te has atrevido á poner los ojos en una doncella de sangre real que estaba destinada á un hijo de mi sangre!

—Isabel de Valor es mi esposa, exclamó el audaz morisco.

—Isabel de Valor es el tósigo que te mata Jerif-ebn-Aboó: ¡tu esposa la virgen descendiente de Mahoma! ¡la amada del emir de los monfies! ¡Isabel de Córdoba y de Valor tuya!

—¡Ah! ¡has renunciado tu corona en tu hijo! ¿y dónde está tu hijo Yuzuf, que no se me presenta en tu lugar á pedirme cuenta de su amada?

Habia tal sarcasmo en la pregunta de Miguel López, que el emir tembló á un tiempo de cólera y de terror.

—¿Qué quieres decir hombre fatal? exclamó: ¿sabes tú lo que ha sido de mi hijo?

—¡Cómo! ¿no sabes lo que ha sido de tu hijo, emir?

—¿Si lo supiera vivirías?

—Los Válór se detienen poco ante el asesinato, contestó con cierta feroz complacencia Miguel López.

—¿Y crees que se hayan atrevido.....?

—En primer lugar, Yuzuf, tú has sido muy imprudente al elegir la crianza de tu hijo; has querido que sea moro y cristiano, que sepa tanto como un inquisidor, y que aborrezca, como tú aborreces, á los conquistadores: tu hijo ha vivido entre los castellanos y no ha faltado una castellana impura que le ame, ni una doncella morisca que palidezca de amor por él. Ya sabes quien es la doncella. La hermana de don Diego. ¿Quieres saber ahora quién es la mujer adúltera que ama más que á su alma al hermoso Yaye? Esa mujer es doña Elvira de Céspedes, la esposa de don Diego de Córdoba y de Válór.

—¡Mientes! exclamó con cólera Yuzuf: ¿cómo has podido tú conocer á mi hijo?

—¡Ah! ¡ah! ¡noble y poderoso señor! tú quisieras que todos los que te sirven, todos los que se doblegan ante tí, fueran topos: pero hay hombres... como yo... que están á tu servicio y que son feroces como el lobo y astutos como el raposo. ¡Ah! ¡ah! era necesario ser muy torpe para no conocer que aquel hermoso mancebo que no conocía á su padres, á quien siempre acompañaba el sabio Abd-el-Gewar, á quien tú mirabas con tanto amor, por el que te atrevías á entrar en Granada, á meterte en medio de tus enemigos, no era tu hijo, el hermoso hijo de doña Ana de Córdoba y de Válór: ¡ah! ¡ah! yo lo sabía todo esto, mi noble señor... y anoche... yo había visto también muchas veces á doña Isabel: yo la amé... ¡yo que nunca había amado! la amé con toda la fuer-

za de mi alma... y me propuse que fuera mía... otro acaso no hubiera podido conseguirlo, encontrándose en la pobre situación en que yo me encontraba, sin nobleza heredada, zafio, nada hermoso, reducido por mi suerte á la servidumbre: pero en mal hora don Diego me había elegido para ser su correo para contigo: una sola carta de don Diego escrita para tí y depositada en una persona de confianza, me ha servido para que don Diego no se atreviese á negarme su hermana. ¿Qué quieres, emir? el amor nos arrastra á todo, ¿No sabes que por una mujer somos capaces de perder la vida y el alma? ¿Acaso no es una mujer la causa de que yo me encuentre en este lecho y en tu poder? El amor de Isabel me arrastró...

—¡Y vendiste por una mujer á tu patria, y ofendiste á tus señores, y jugaste tu vida á un dado!

—Ya te he dicho que por una mujer como doña Isabel de Válór, se juega la vida y la salvación del alma.

—Escucha, Jerif-Abóó, dijo contentiéndose Yuzuf: por la menor cosa de las que has hecho mereces la muerte.

—Lo sé, contestó con la misma audacia Miguel López.

—De modo que don Diego de Válór trayéndote al matadero, no ha hecho más que usár de su derecho.

—¿Y por qué antes de entregarme su hermana no me ha matado frente á frente?

—Eso hubiera sido leal y tú has sido traidor.

—Eso no es más sino que don Diego te tiene más miedo á tí que á mí, á pesar de las pruebas de que sabe puedo usar y que le perderían. Pero ya que hablo de perder, estamos perdiendo el tiempo. Tú has venido á verme por algo, poderoso emir.

—Sin duda: he venido á que me

des alguna luz sobre el paradero de mi hijo.

—¡Ah! tu hijo se ha perdido! ¡El hermoso Yaye-ebn-Al-Ahamar, el noble emir de los monfies no parece!

—Ignore su suerte, dijo Yuzuf, y soy capaz de perdonarte...

—¿Si te digo donde está Yaye?

—¿Lo sabes?

—No, pero lo presumo.

—Habla y pide.

—Primero es pedir que hablar: yo sé que eres noble y grande Yuzuf; yo sé que no hay ningún rey en el mundo que pueda jactarse como tú de respetar la fé de su palabra. ¿Si te doy indicios por los cuales puedas encontrar á tu hijo, me perdonarás mi traición?

—Sí.

—¿Me dejarás volver al lado de mi esposa?

Meditó un momento Yuzuf.

—Si ella se resigna á vivir contigo, sí.

—Acepto; exclamó Miguel Lopez con alegría, porque conocia la virtud de doña Isabel.

—Es necesario además que te comprometas á otra cosa.

—¿A qué?

—A entregarme la carta escrita para mí por don Diego, y de la cual te has valido para conseguir por medio del terror á doña Isabel.

—Te lo prometo, dijo el morisco: cuando doña Isabel, que ya es mi esposa, sea mi mujer.

—Quedamos conveuidos. Habla, pues, lo que sepas acerca de mi hijo.

—El mismo día y en el mismo momento en que yo esperaba en la iglesia del Salvador á que llegara don Diego para celebrar la ceremonia de mi casamiento con doña Isabel, se presentó en casa de don Diego tu hijo.

—¿Estás seguro de ello?

—Tan seguro, como que me lo dijo

uno de los escuderos de don Diego llamado Ayala, entre otras cosas graves que me reveló y que me obligaron á que se efectuase la ceremonia antes de la llegada de don Diego.

—¿Y qué presumes?

—Si tu hijo no ha parecido, debe estar en casa de don Diego de Valor: preso tal vez, acaso herido,

—¡Herido! ¡preso!

—Tu hijo amaba á doña Isabel, es activo: don Diego es valiente y fiero; si han mediado dicerios y amenazas... además recuerdo que cuando después de salir de la iglesia, fuimos á casa de don Diego, no salió á recibirnos su esposa doña Elvira; que don Diego estaba turbado; que nos pretextó que doña Elvira no podía presentarse porque se encontraba enferma, y despidió á los convidados; después me dijo que era necesario que le siguiese á las Alpujarras: que tú nos llamabas... lo demás ya lo sabes.

—Si no me has engañado Jerif-ebn-Aboó, cuenta con tu perdón... después... después, si encuentro á mi hijo, con mi recompensa.

Y Yuzuf volvió la espalda para salir.

—Espera, emir, espera, dijo con ansiedad Miguel López.

—¿Qué quieres? contestó volviendo Yuzuf.

—¿Me dejas solo en poder de ese gitano?

—Ese gitano, como tú le llamas, y que Dios sabe si lo es, Jerif-ebn-Aboó, es el hombre á quien debes dos veces la vida; primero salvándote de los asesinos, después curándote las heridas. ¿Qué tienes que temer de ese hombre?

—Ese hombre es un demonio, Yuzuf.

—No, no por cierto: todo consiste en que tu eres cobarde, y como cobarde receloso. Además, ese hombre es mi esclavo, y nada se atreverá á ha-

cer contra un hombre á quien yo protejo.

—¡Ah! ¡Dios te libre del gitano, emir!

—Fídele que te libre de tu miedo. Adios, Jerif-ebn-Aboó, adios. Necesito buscar yo mismo á mi hijo. Nada tienes que temer si has sido leal. Y en cuanto á ese hombre, ya te he dicho que es mi esclavo. Adios.

Pronunció el emir con tal resolución estas palabras, comprendió de tal manera Miguel López, que una nueva réplica solo serviría para irritarle, que le dejó ir sin pronunciar una palabra más.

El emir empezó á subir lentamente las escaleras: antes de llegar á ellas le había parecido sentir un breve y furtivo paso que se alejaba con gran rapidez; pero aquel ruido podía haber provenido también de las escamas de alguno de los reptiles que anidaban en el subterráneo, al deslizarse por la piedra. Cuando llegó á lo alto notó que la puerta estaba cerrada. Apenas tocó á ella la puerta se abrió y apareció Calpuc, con una lámpara en la mano.

Mas allá estaba Abd-el-Malek y los otros cuatro monfies.

—Calpuc, dijo el anciano, te recomiendo el cuidado de ese hombre. Su vida me importa demasiado. Adios.

—Ve en paz, rey de la montaña, ve en paz: tus deseos son para mí preceptos.

—Yoruego á mi hermano, dijo Yuzuf, estrechándole la mano.

—Yo amo á mi padre, dijo Calpuc, poniendo aquella mano sobre su frente.

Poco después Yuzuf montaba á caballo fuera de la gruta, y se alejaba pensando para sus adentros:

—Jerif-ebn-Aboó es un zorro que no se engaña: ¿quién habrá encontrado de terrible en el indiano...? ¡oh! ¡oh! ¿se atravesará alguna vez ese hombre

en mi camino? ¡Oh! ¡Dios sabe lo oculto! ¡Dios me inspirará!

Entre tanto Calpuc bajaba las escaleras que conducían al espacio donde se encontraba postrado Miguel López, murmurando:

—Ese hombre desconfía de mí, me teme... tiene razón, porque él viene á ser para mí el cabo del hilo que ha de guiarme en el laberinto de mi empresa, y ha de servirme para mis proyectos y para mi venganza. ¡Que soy tu esclavo, rey de la montaña! ¡Ah! ¡ah! ¡soy tu hermano, como el oprimido es hermano del oprimido! ¡pero tu esclavo no! y, sobre todo, no te pongas en mi camino... si tú eres fuerte yo también lo soy... tú tienes un ejército de bandidos, pero yo tengo tesoros... ¡oh! ¡oh! ¡tu esclavo! ¡lo veremos! ¡lo veremos, emir!

Y pensando esto, entró en la estancia inferior, dejó la lámpara sobre la mesa, y se sentó al lado de Miguel López.

—¿Tienes interés en que tu esposa sepa que vives? le preguntó después de algunos momentos de silencio.

—¿Que si me interesa, dices, que doña Isabel sepa de mi vida? ¡Oh! ¡sí! y tú...

—Yo puedo ser tu amigo ó tu enemigo: yo puedo salvarte ó perderte.

—Habla.

—¿Conoces tú al capitán Alvaro de Sedeño?, dijo después de algunos momentos de meditación Calpuc. Parece-me haberte visto alguna vez á su lado... cuando yo espiaba á ese capitán.

—¿Que espiabas tú á ese capitán? dijo con extrañeza Miguel López.

—Sí.

—¡Ah! ¡ah! ¿conoces á ese hombre?

—Sí, le conozco... desde hace muchos años, dijo sombríamente Calpuc.

—Yo le conozco también, pero desde hace poco tiempo.

—¿Y cuál ha sido la causa de que le conocieras?

—Mis continuos viajes á las Alpujarras, donde tengo alguna hacienda y algunos parientes, dijo con reserva Miguel López. En los pueblos pequeños se conoce fácilmente á las personas. El año pasado Alvaro de Sedeño era capitán del presidio de Andarax.

—¿Y en qué consiste que le conoce también el emir de los monfies y es muy su amigo.

—¡Ah! ¡le conoce el emir de los monfies! ¡es su amigo!

—Lo que no deja de ser extraño, porque Yuzuf-al-Hhamar es enemigo del Dios y del rey de quien es defensor el capitán.

Miró con cierta expresión de estupor Miguel López á Calpuc.

—Tú pareces extranjero: tú obedeces al emir: tú sabes algunos de sus secretos.

—Sé más de lo que crees: soy más poderoso de lo que crees: llego á tí como un amigo, como un hermano, para ayudarte; pero si desconfías de mí, tengo medios para alcanzar por la fuerza, por el terror, lo que necesite de tí.

Estremeciése Miguel López porque comprendió perfectamente que se encontraba á merced del extranjero.

—Y qué necesitas de mí.

—Necesito que me digas cuanto sepas respecto al conocimiento del capitán con Yuzuf.

—¡Oh! para eso es necesario hacer traición al emir.

—Elige entre serle fiel, ó morir. Por el contrario si me sirves bien, yo te protegeré.

—Y cual es tu poder.

—Ya te he dicho que puedo más de lo que parece... y sobre todo ¿no te tengo en mis manos?

—Yuzuf me protege.

—¡Bah! ¿y crees tú, dado caso de que yo me viese obligado á respetar

al emir, que me sería muy difícil demostrarle que habías muerto de las heridas?

Estremeciése de nuevo, pero más profundamente el morisco.

—Ese capitán, se apresuró á decir, impulsado por su miedo, es espía de Yuzuf-Al-Hhamar.

—¡Ah! ¿y has entrado alguna vez casa de ese capitán?

—Sí, he entrado muchas veces, en servicio del emir, porque yo también le sirvo; yo soy su espía entre los moriscos de Granada.

—¿Y... nada has tenido que reparar en casa del capitán?

—Sí por cierto; creo que hay en ella un misterio que consiste en dos mujeres.

—¿Y cómo has conocido á esas dos mujeres?

—Sé que son dos, porque las he visto ir á misa, enteramente encubiertas, con el Sedeño; sé que la una es muy jóven, y la otra si no es vieja, quebrantada y enferma, por su talante: pero solo la conozco por haber hablado una vez á la jóven.

—¿Has hablado una vez á la jóven? dijo con ansiedad Calpuc.

—Sí, sí por cierto; y si no hubiera estado enamorado de doña Isabel de Válcor, me hubiera enamorado de ella.

—¿Tan hermosa es? dijo Calpuc con el acento trémulo, á pesar de sus esfuerzos para parecer sereno.

—¡Hermosa! ¡hermosísima! no tan hermosa, sin embargo, como doña Isabel.

—¡No tan hermosa como doña Isabel! exclamó profundamente Calpuc: creo además que doña Isabel viene de gran alcurnia.

—Como que descende nada menos que de la madre del Profeta, Fatimah la santa, y sus abuelos han sido califas de Córdoba, contestó con orgullo Miguel López.

—Yo soy descendiente de empera-

dores, murmuró de una manera ininteligible Calpuc; pero continúa, añadió dirigiéndose al morisco: ¿como tuviste ocasión de hablar á la jóven que vive en compañía del capitán Sedeño?

—Hace dos meses, esperaba yo al capitán para comunicarle un aviso importante del emir: una de las puertas de la sala, sin duda por descuido, estaba entreabierta: oíase tras ella el puntear de una guitarra diestramente tañida: poco después, al sonido de la guitarra se unió el canto de una mujer: aquella mujer cantaba en una lengua extraña. Tuve curiosidad, y me acerqué recatadamente á la puerta del aposento. A pesar de mi recato la persona que había dentro, me sintió, sin duda, porque calló la guitarra, sentí apresurados pasos de mujer, se abrió la puerta y... me deslumbró la hermosura de la jóven.

—¿Quien sois? me dijo después de haberme contemplado fijamente.

—Soy... un amigo de vuestro padre, la dije.

—¡De mi padre! exclamó con afán; ¿conocéis á mi padre? ¿mi padre os envía?

—No; por el contrario, espero á que vuestro padre vuelva del castillo, la contesté.

—¡Ah! os habéis engañado; el hombre que vive en esta casa, y que está ahora en el castillo, no es mi padre, repuso con desaliento.

—¡Ah! ¡perdonad, yo creía!

—Ese hombre es mi señor, un señor infame, de quien esperamos hace mucho tiempo mi madre y yo que nos salve la justicia de Dios.

—¡Ah! ¡vuestro amo!

—Sí; somos sus esclavas.

—¡Sus esclavas! ¿luego sois...?

—Somos mejicanas.

—¿Y qué queréis de mí?

—Que nos salvéis.

—¡Que os salve...! ¿y como?

—Oid: buscad un medio para enga-

ñar á ese hombre: sacadnos de esta casa, llevadnos á un puerto de mar para que podamos embarcarnos: sinó tenéis dinero, yo tengo joyas: si sois ambicioso os haremos rico.

—¿Y por qué no salvaste á aquella infeliz? dijo con voz amenazadora Calpuc.

—¿Y qué me importaba...? además era una esclava.

—¡Como sóis esclavos vosotros los moriscos! repuso Calpuc.

—¡Ah! pero nosotros peleamos, luchamos; las montañas de las Alpujarras están llenas de monfies que nos vengán, matando cristianos, de las infamias del vencedor.

—Los mejicanos también luchan: en las fronteras del desierto, los españoles caen á centenares inmolados á los manes de nuestros padres degollados, de nuestras esposas deshonoradas, de nuestras doncellas cautivas.

—¡Tú eres mejicano!

—¡Yo soy Calpuc, el rey del desierto! exclamó el extranjero; yo soy el rey elegido por los mejicanos libres, y soy el padre de esa jóven con quien hablaste, de la hermosa doncella á quien te negaste á salvar.

Miguel López se estremeció: había un acento tal de dolor y de venganza en las últimas palabras de Calpuc, que lo temió todo de aquel hombre.

Sin embargo, como en otras situaciones difíciles, recurrió á su audacia.

—¡Que eres tú el rey de los rebeldes de Mejico! exclamó soltando una carcajada que podremos llamar artificial. ¡tú! ¡un gitano vagabundo, á quien, no sé por qué conoce el emir de los monfies!

—Continúa respondiendo á mis preguntas, Miguel López, dijo con gravedad el mejicano, que después sabrás quien soy y de qué manera he llegado aquí.

—En verdad, en verdad, dijo Miguel López, cediendo al mandato del rey del desierto, yo no ví en tu hija, si hija tuya es, más que una esclava rebelde que pretendía librarse de su señor, y me negué á ayudarla: es más, referí lo que me había acontecido con ella al capitán Sedeño, que desde entonces guardó á tu hija con más cuidado. Hé aquí la razón de que yo conozca á esas mujeres.

—El capitán ha desaparecido de las Alpujarras. ¿Sabes tú dónde ha ido?

—Sí, á Granada, dijo Miguel López, á quien interesaba servir á Calpuc, porque había comprendido que Calpuc era capaz de todo.

—¡A Granada! no basta eso. El capitán puede vivir en una casa y tener ocultas en otra á mi esposa y á mi hija: las casas del Albaicín se comunican unas con otras por medio de minas y sería muy difícil saber el paradero de mi hija y de mi esposa.

—El capitán y tu esposa y tu hija viven en la calle de San Gregorio el alto: las tapias de su huerto lindan con el huerto de la casa de don Diego de Valor; estas dos casas se comunican por una mina.

—Ten mucha cuenta de no engañarme, Miguel López.

—No, no te engaño; ¿pero qué me darás en recompensa de los servicios que te hago?

—Te daré tu esposa: es decir haré que tu esposa sepa que vives.

—Puede no creerte.

—Tú me darás una carta para ella.

Miguel López miró fijamente al mejicano.

—Un grave interés debes tú tener en que doña Isabel no se crea viuda para que no pueda casarse con el emir de los monfies, no con el viejo Yuzuf, sino con el jóven Yaye, en quien ha abdicado.

—Nada te importa el interés que yo tenga en ello; cualquiera que sea,

yo me obligo á devolvete tu esposa; pero aún me queda más que exigir.

—¿Qué más?

—Estoy seguro de que cierta carta que posees, carta de don Diego de Valor al emir Yuzuf, en la cual ha jugado su cabeza, y por cuya carta le tienes en tu poder, la tendrás puesta á buen recaudo.

—¿Y qué te importa esa carta? exclamó con cuidado Miguel López.

—Tanto me importa que si no me procuras los medios para que esa carta caiga en mis manos eres hombre muerto.

—Pero esa carta es mi defensa, por ella he logrado que don Diego me dé su hermana; por ella pienso alcanzarlo todo.

—¿Y qué más quieres alcanzar que la vida?

—¡Eres un demonio! exclamó con despecho Miguel.

—Demonio contra demonio el más fuerte vence.

—¿Y qué uso vas tú á hacer de esa carta?

—Te repito que nada te importan mis proyectos. Voy á traerte papel, pluma y tinta. Escribe una carta para la persona que sin duda tiene depositada por tí la carta de don Diego de Valor, en la que la prevendrás que me la entregue, y otra después para tu esposa doña Isabel de Valor.

Dicho esto, Calpuc abrió el arcón, sacó el recado de escribir, le llevó al lecho y dijo á Miguel López:

—Incorpórate y escribe.

—¡Es que.....! dijo ferozmente el morisco.

—Escribe ó mueres, le interrumpió con doble ferocidad el rey del desierto.

—Miguel López comprendió que estaba enteramente á merced de aquel hombre y se incorporó, tomó la pluma y la puso sobre el papel.

—Escribe clara y naturalmente,

en letra lisa, sin signos ni señal alguna; porque para tí será el daño si esa carta es ineficaz.

Miguel López escribió con rapidez algunos renglones y firmó.

—Mira si te contenta, dijo á Calpuc.

Este tomó la carta y leyó su contenido, que era el siguiente:

«Señor capitán Alvaro de Sedeño: os envió uno de mis mayores amigos, á quien entregaréis la carta que tenéis en vuestro poder, y que ya sabéis de quién es: además de esta carta, y según tenemos convenido, el dador os mostrará la sortija que conocéis. No soy más largo porque la diligencia importa... Vuestro humilde criado.—Miguel López.»

—¿Y qué anillo es ese de que hablas?

—Es un anillo que tiene un grueso diamante rodeado de perlas, dijo Miguel López.

—Dámele, pues.

—Ese anillo ha sido mi anillo de bodas, y está en poder de doña Isabel.

—¡Ah!

—Doña Isabel te lo entregará.

—¿Dónde vive doña Isabel?

—Debe permanecer en casa de su hermano don Diego.

—Escribe para tu esposa lo que yo te dicte.

Miguel López escribió bajo la palabra de Calpuc la siguiente carta:

«Mi amada esposa y señora doña Isabel de Córdoba y de Valor: he sido herido gravemente por bandidos en el camino de las Alpujarras: un hombre caritativo me ha recogido y curado: á Dios gracias mi vida no corre peligro. El dador se encarga de comunicároslo. Os ruego que le entreguéis la sortija que os dí en arras de mi matrimonio con vos, que me importa. Nada sé de vuestros hermanos. Guárdeos Dios y os conserve para mi feli-

cidad muchos años.—Vuestro esposo que bien os ama y lejos de vos padece.—Miguel López.»

Cuando estuvo escrita y cerrada esta carta, Calpuc la guardó con la otra en su bolsa.

—Creo que aún podremos ser amigos, Miguel, le dijo: si no me has engañado y estas cartas producen el efecto que deseo, antes de dos semanas estarás al lado de tu esposa. Adios.

—¡Y me dejas aquí, solo, abandonado!

—No, no por cierto: todos los dias vendré una vez á asistirte y curarte. Adios.

—¡Pero esto es horrible! ¡si te sucede alguna desgracia, si no puedes volver...!

—Morirás aquí como en una tumba, dijo friamente Calpuc, en lo que no perderán nada doña Isabel ni el emir.

Miguel dió un grito de espanto. Calpuc trepó lentamente por las escaleras, llegó á la puerta, cerró sus triples candados, y adelantando por la excavación subterránea, torció por una estrecha galería, después de haberse provisto en uno de los senos de una piqueta.

Al cabo de muchas vueltas y revueltas por una especie de laberinto en que cualquiera otro que Calpuc se hubiera extraviado, llegó á una gran excavación cónica, cuya altura se perdía en las tinieblas. Aquella excavación estaba practicada en roca viva, y aquí y allá, hasta una gran altura, se veían bocas de nuevas galerías, suspendidas sobre aquella especie de abismo.

La cortadura sobre que estaban abiertas aquellas galerías era tan perpendicular, tan tajada, que no se concebía pudiera llegarse á ellas sino por medio de grandes escalas; sin embargo, Calpuc levantó la lámpara pa-

ra alumbrar una de aquellas bocas, situada á gran altura, la miró atentamente y después se dirigió á la roca tajada, llegó á su pie, se puso el cabo de la lámpara entre los dientes y asiéndose con piés y manos á las asperezas de la roca, trepó con una agilidad y una fuerza maravillosas, como hubiera podido trepar una araña, á la oscura boca de la galería que había examinado.

Aquella galería se extendía perdiéndose en un fondo oscuro, adelantó Calpuc, y después de haber torcido varias veces por las sinuosidades de la mina, se detuvo en un lugar del pavimento en el cual había tres rocas que parecían haber sido desprendidas, del techo por un accidente casual. El mejicano levantó con gran trabajo una de aquellas rocas, la removió, y en el lugar que había dejado descubierto, cavó con la piqueta; poco después la piqueta produjo un ruido seco y opaco, como si hubiera chocado con una tabla, y al fin quedó descubierta una como arca pequeña, que por algunos adornos tallados en su superficie, parecía haber sido construida por un artifice árabe.

Calpuc levantó aquella tapa y se vió en el interior un envoltorio de piel de gamo adobada; sacóle, le desenvolvió, y aparecieron algunos paquetes envueltos cuidadosamente en paños de seda y un legajo de papeles: el mejicano tomó primero los papeles y los guardó cuidadosamente en una ancha cartera que ocultó bajo su jubón: luego examinó por fuera cada uno de los otros paquetes, como buscando uno particular, y cuando pareció estar seguro de cuál era el que buscaba, le abrió y sacó de él... una magnífica perla virgen, íntegra, que aún no había sido horadada, como si acabase de salir de la concha en que se había desarrollado.

En el paquete quedaban otras trein-

ta perlas exactamente iguales á aquella, lo que, atendido su enorme tamaño y su igualdad, constituía un tesoro.

Calpuc guardó la perla, envolvió de nuevo cuidadosamente los paquetes en la piel de gamo, depositó aquella en el fondo del cofre, echó sobre él la tapa, le cubrió de tierra, puso de nuevo la roca sobre la tierra removida, y observó cuidadosamente si quedaba algún vestigio de la operación que acababa de ejecutar.

Nadie que después de esto hubiese pasado por aquella excavación, hubiera podido sospechar que bajo una de aquellas enormes rocas, que parecían naturalmente desprendidas del techo, existía una inmensa riqueza.

Calpuc desandó lo andado, llegó al borde de la gran excavación, descendió con la misma seguridad con que había subido, dejó la piqueta en el mismo lugar de donde la había tomado y salió por la gruta á la montaña.

Apenas estuvo al aire libre miró al cielo que estaba diáfano y despejado.

—Aún faltan tres horas para amanecer, se dijo, y tengo tiempo bastante.

Y tomó por un sendero, entre los encinares, á buen paso.

A poco que anduvo, se encontró en un claro y delante de una casita, que á ser de día, se hubiera visto que estaba construida con tapiales de tierra y cubierta de bálago, junto á la cual pasaba un ruidoso arroyo que fecundaba un pequeño huerto plantado de hortaliza y de árboles frutales, y defendido al norte por una peña tajada.

Calpuc abrió con llave la puerta y penetró en la casa: el espacio en que entró estaba oscuro, pero al fondo de él se percibía un escaso resplandor á través de una puerta entreabierta.

El rey del desierto se encaminó á aquella puerta, la empujó, y se encontró en una pequeña habitación

muy pobre, en la que solo había un lecho, una silla, una mesa con algunos libros, y sobre la mesa, colgada en la pared, una estampa de la virgen de las Angustias, delante de la cual ardía una lámpara.

Calpuc se descubrió, se arrodilló delante de la estampa de la Virgen y rezó: luego se levantó, encendió otra luz, salió de la estancia, se encaminó á un establo, donde había un caballo fuerte y de poca alzada; le embridó, le ensilló, le sacó fuera, cerró la puerta de la casita, montó y se puso en camino.

A punto que amanecía y se abría la puerta del Rastro de Granada, llegó á ella Calpuc, dió cortésmente los buenos días á los guardas y entró en la ciudad.

Poco después llamaba á una pequeña puerta de los soportales de la plaza de Bib-Arrambla, cercana á la puerta que hoy se llama de las Oiejas.

Abrióse la puerta á que había llamado el mejicano y apareció un viejo encorvado y de semblante receloso.

—Dios os dé muy buenos días, hermano Franz, dijo Calpuc.

—Dios os guarde señor Gaspar de Ontiveros, contestó el saludado con marcado acento extranjero.

Por lo visto, Calpuc, para encubrir su origen, había adoptado entre los europeos el nombre con que le había saludado el viejo, que, á todas luces, por su nombre y por sus rasgos característicos, era alemán.

—Necesito hablaros, dijo Calpuc, y aun más, que me déis posada por algunas horas.

El alemán abrió de par en par la puerta, y dejó paso á Calpuc que tiró de su caballo y penetró.

Entonces el alemán cerró la puerta y llamó, presentándose á poco una criada.

—Lleva este caballo á la cuadra la

dijo, y di á Berta que disponga un aposento y un buen almuerzo para el señor Gaspar de Ontiveros. Venid, venid conmigo, amigo mio, puesto que queréis hablarme, y que, según supongo, el asunto que os trae será para tratado sin testigos.

El mejicano siguió al alemán, que le introdujo en una especie de tienda, á juzgar por un mostrador alto como una muralla y algunos armarios fuertes y cerrados: la luz de la mañana penetraba allí por los postigos de una puerta defendida por candados, cerrojos y barras de hierro, lo que demostraba que en aquella tienda había mucho que guardar.

—¿Me traeis una de aquellas hermosas perlas que tan caras me habéis hecho pagar, amigo mío? dijo con los ojos cargados de una expresión codiciosa el viejo Franz.

—Sí por cierto, una os traigo, dijo Calpuc sacando el paño de seda donde había envuelto aquel rico producto de los mares; pero será necesario que esta me la paguéis mejor.

El alemán tomó la perla con delicia, la examinó, fué á uno de los armarios, le abrió con una de las llaves de un haz que desprendió de la cintura, y sacó del armario una cajita de sándalo que abrió. Dentro había otras seis perlas.

—Igual, exactamente igual, dijo, ¿esto es un prodigio! ¿Donde diablos habéis ido á buscar estas maravillas, amigo Gaspar?

—¿Y qué diriais, si, como yo, hubiérais visto juntas perlas de este tamaño, en cantidad suficiente para llenar el cajón grande de vuestro mostrador?

—¡Poderoso Dios de Abraham! exclamó el viejo: vos debéis ser un gran personaje, señor Gaspar, cuando os desprendéis de tales riquezas.

—No pardiéz, yo soy como lo sabéis bien, un traficante de perlas y

pedrería: hago de tiempo en tiempo un viaje al Nuevo Mundo y me traigo conmigo algunas preciosidades; necesario es vivir lo más cómodamente posible. Y aun así cuando se arrostran un largo viaje y los peligros del mar, justo es que aspiremos á una razonable ganancia.

—Os dí por la última perla hace tres meses, mil doblones.

—No me daréis por esta menos de mil quinientos.

—¡Poderoso Dios de Jacob! ¿y cómo queréis que yo os pague tanto dinero, cuando aun no tengo para hacer un mediano collar?

—¿Creéis que sea fácil encontrar perlas iguales á esa?

—Lo creo imposible y me maravilla que vos las encontréis... pero aun así...

—¿Cuánto creéis que pagaría un rey por un hilo de tales perlas que llegase al número cuarenta?

—¡Oh! un tal collar sería digno de la emperatriz! ¡un tal collar costaría muchos cuentos de reales!

—Por lo mismo, señor Franz, cada perla de esas que yo os traiga os costará más cara, hasta el punto de que para pagarme la última, no tendréis bastante con el valor de todas las joyas que tenéis en vuestros armarios.

—Traédmelas y por ese solo collar os daré todo cuanto poseo.

—¡Paciencia! ¡paciencia! no es fácil encontrar muchas de estas maravillas: se necesitan para ello muchos viajes. Así, pues, dadme los mil y quinientos doblones y no hablemos más.

—¡Oh, no! no os daré más que los mil.

—Entonces, dijo Calpuc, recogiendo la perla, no hacemos nada.

El alemán miró ansiosamente á Calpuc.

—Pero reparad, le dijo, que hasta ahora solo me habéis traído seis.

—Por la primera solo me disteis doscientos doblones, y ésta, os lo juro por lo más sagrado, no la poseeréis ni un maravedí menos de los mil quinientos.

Era tan seguro el acento del mejicano, expresaba una resolución tan invariable, era de tanto valor la perla, la deseaba tan ardentemente el joyero, que abrió suspirando su fuerte caja de hierro y entregó á Calpuc un bolsón de cuero lleno de oro.

—Ahí tenéis, le dijo, justamente la cantidad que me habéis pedido: la tenía preparada para pagar un libramiento que vence hoy.

—¡Ah! ¡un libramiento para... para el convento de luteranos de Madrid!

—¡Callad! ¡callad! y no digais tales palabras, señor Gaspar, dijo palideciendo densamente el alemán: si alguien os oyera sería cosa de dar en las manos del Santo Oficio... ya sabéis que yo soy católico, apostólico, romano, puro y neto.

—¡Cuántos enemigos tiene España! dijo profundamente Calpuc, contando el dinero sobre el mostrador, mientras Franz guardaba cuidadosamente el cofrecillo de sándalo, al cual había añadido una nueva perla.

—Todos los pueblos que conquistan y quieren llevar su religión, sus leyes y sus usos á otros pueblos, tienen necesariamente enemigos, dijo Franz. Si no fuera tan fuerte España...

—¡Ay si un día todos los enemigos de España se uniesen bajo una misma bandera! dijo Calpuc acabando de contar el dinero.

—Sí, sí, en efecto: los moriscos, los judíos, los flamencos, los franceses, los italianos...

—Y los hijos de América, dijo profundamente Calpuc.

—Pues vos parecéis bastante rico, y gastáis de tal manera las gruesas cantidades que os he dado en menos

de un año, que bien podría creerse....

—Callad, callad, no nos oiga la Inquisición; ni vos sois luterano ni yo intento nada contra España; vos pagais libranzas de mil quinientos doblones, porque sois mercader, y yo, porque también lo soy, vendo perlas y diamantes: nada más natural, añadió el rey del desierto, levantándose y encubriendo el talego con el capotillo. Ahora, como tengo que hacer dentro de poco, tened la bondad de mandar que me den el almuerzo.

Franz y Calpuc salieron de la tienda y se perdieron en el interior de la casa.

CAPÍTULO X

DEL RESULTADO QUE TUVIERON LAS INVESTIGACIONES DE HARUM.

Hacia ya algunos días, cuando Calpuc llegó á Granada, que rondaban bultos de noche por la calle del Agua del Albaicín, á cuyo extremo estaba situado el palacio de don Diego de Válor.

Ni este ni su hermano don Fernando habían vuelto de la expedición á que habían salido con Miguel López, ni se sabía nada absolutamente por sus allegados de ninguno de los tres.

La única persona que parecía afectarse con esta ausencia, era doña Isabel de Córdoba y de Válor.

En cuanto á doña Elvira, apenas se la veía á las horas del comer y del rezar, y después se encerraba en la habitación de su esposo.

Doña Isabel sabía lo que significaba aquel encierro: sufría y callaba.

En cuanto á los bultos que rondaban el palacio de don Diego, forzoso nos será decir que uno de ellos era el walf Harum el Geniz, el terrible monfi, el confidente de Yaye en cuanto á las mejicanas, el que se había encar-

gado de seguirlas y averiguar su paradero.

Harum, cumpliendo su cometido, había averiguado que el capitán estropeado y las dos mujeres del carro habían parado en un casarón del Albaicín, situado en la parroquia de San Gregorio el alto, y cuyo huerto lindaba con el jardín de la casa de don Diego de Válor.

El capitán y las dos damas permanecían sin duda en aquel casarón, puesto que Harum veía salir todas las mañanas al estropeado con una cesta, y volver á poco con un muchacho cargado con la cesta llena de provisiones: el capitán daba algunos maravedises al muchacho, y le despedía hasta el día siguiente. Después entraba en la casa, abriendo la puerta por sí mismo; no volvía á salir hasta el anochecer, y permanecía en la calle hasta cerca de la media noche.

Harum no vió jamás abiertas las ventanas de aquella casa ni de día ni de noche, ni entrar ó salir más persona que el estropeado.

Por consecuencia, morando allí el capitán, era probable que morase allí también la doncella morena y hermosa de los cabellos negros y rizados.

Harum se había dicho:

—El poderoso emir me manda averiguar el paradero de esa doncella: luego esa doncella le interesa: es verdad que no se sabe por ahora dónde para el emir, y que le andamos buscando; pero cuando menos lo pensemos parecerá, y si para entonces le tengo yo aclarado este asunto, sin duda no me irá mal: entre ellos median prendas, puesto que el magnífico emir me encargó con todo el empeño de un enamorado que procurase dar con ella: procuremos, pues, burlar la vigilancia de ese capitán, y ponernos frente á frente de la hermosa dama.

Harum, pues, se dedicó con toda su actividad y con toda su inteligencia

al asunto que se le había encomendado.

Dióse á espiar de la manera más cauta del mundo al estropeado, y no solo él, sino algunos de sus muchos conocidos del Albaicín. Es de advertir que los monfíes hacían todos un doble papel: no había ninguno de ellos que no tuviese parientes y amigos, ya fuese en las villas de la Alpujarra, ya en la ciudad de Granada. Con mucha frecuencia iban y venían á las poblaciones, y aún vivían en ellas: entonces se asemejaban á los moriscos, y como ellos tenían un nombre cristiano, y como ellos se mostraban sumisos y obedientes al rey, á sus capitanes generales y á sus justicias; pero cuando los monfíes estaban en las poblaciones, era para espiar.

Entonces se transformaban: no parecían los terribles bandidos de la montaña, siempre bravos, siempre amenazadores, sino los vencidos sumisos que sufrían, sin quejarse y como sin pena, el dominio del vencedor; muchos de ellos, aunque todavía se permitía á los moriscos hablar en su dialecto natural y vestir su traje acostumbrado, hablaban perfectamente el castellano, y vestían como los castellanos. Harum y los veinte monfíes que habían acompañado á Yaye y Abel-Gewar, eran de este número. En cuanto á Harum, se llamaba entre los moriscos y ante los castellanos Pedro el Geniz, y pasaba por hijo de un rico mercader de sedas en la Alcaicería.

Sus frecuentes y largas ausencias de Granada se justificaban por el comercio de su supuesto padre. Cuando Pedro el Geniz estaba fuera de Granada, el viejo Silvestre el Xeniz, que Dios sabe por qué había tomado aquel apellido moro, decía á sus conocidos cuando le preguntaban por su supuesto hijo:

—Está en Florencia por *raja*, ó en Flandes por encajes: ha ido á Génova á contratar una partida de telas de

damasco con unos mercaderes, ú otra contestación por este estilo.

Del mismo modo todos los monfíes cuando andaban entre los cristianos, tenían medios para encubrirse y burlar la vigilancia de los castellanos. Los moriscos, como todo pueblo esclavizado, estrechaban sus filas; encubrían sus conspiraciones bajo el más profundo disimulo; se favorecían los unos á los otros; se entrometían mansamente en todas partes, y de este modo sabían á tiempo cuándo se aprestaban soldados para marchar á las Alpujarras, ó con cuánto resguardo iban las conductas de dinero que se enviaban para pagar los presidios de soldados de las villas y castillos de las montañas; así es que casi todas aquellas tropas eran batidas por los monfíes, y casi todas aquellas conductas apresadas.

Interesados en no hacerse sospechosos los monfíes, parecían los moriscos más reducidos y más conformes con la dominación castellana, llegando hasta el punto de no vestir el traje moro, de beber vino, de comer tocino y de pertenecer á cofradías religiosas. Sucedió con mucha frecuencia, que engañados por estas prácticas exteriores, el presidente de la Chancillería, el capitán general, el alcalde mayor y el corregidor, usasen como confidentes contra los monfíes, de los mismos monfíes. Estos casos se repiten en nuestros días. Con mucha frecuencia los conspiradores sirven como polizontes á los gobiernos; esto es, cobran sueldo del gobierno, y se sirven á sí mismos.

Harum era uno de estos hombres; conocíanle en Granada altos y bajos, cristianos y moriscos, el capitán general, el buen don Luis Hurtado de Mendoza casi le tenía cariño, y le tuteaba; el presidente de la Chancillería solía citarle como ejemplo de buenos moriscos, y decía con frecuencia,

que si todos fuesen como él, se podría dormir á pierna suelta, sin temor á levantamientos y aborotos: y en cuanto al corregidor y al alcalde mayor, nunca dejaban de darle crédito cuando le pedían informes acerca de este ó del otro morisco que se había hecho sospechoso.

Sin embargo Harum era uno de los walíes ó capitanes más tremendos de los monfíes; una vez á caballo, al frente de una banda de ballesteros, y acometiendo una villa que se había hecho merecedora de un severo castigo por parte del emir, la trataba sin compasión; caían bajo su lanza ó su espada la mujer, el niño y el anciano, como el varón más fuerte y robusto, é incendiaba las mieses y los caseríos, sin lastimarse del hambre que aquella devastación debía producir en comarcas enteras.

Entonces el semblante de Harum era feroz, su palabra breve y dura, su corazón inaccesible á la piedad; una vez lanzado su grito de guerra, su tremendo ¡Allah le ille Allah! (1), se convertía en un tigre hambriento; poníasele ante los ojos las desdichas de su patria, y se cobraba con usura en sangre cristiana de la fingida sumisión que se veía obligado á demostrar cuando vivía en las poblaciones.

En Harum había dos hombres: el capitán monfí y el buen espía: cuando desempeñaba este último papel se transformaba: mostrábase afable, locuaz, alegre, un tanto casquivano, un mucho galanteador y de todo punto inofensivo: el amor de las mujeres servíale á las mil maravillas para averiguar muchas cosas, y para introducirse en muchos lugares, y como era jóven y galán, y sobre galán buen mozo, hé aquí que Harum representaba en el Albaicín un tercer papel, el de don Juan Tenorio.

(1) No hay otro Dios que Dios.

Generalmente representaba otro cuarto papel, el de jefe de los monfíes que se encontraban como espías en Granada. Harum les daba sus órdenes, recibía sus noticias, las comunicaba, y era en fin, el ege de aquella máquina invisible, cuyos efectos sentían los cristianos sin conocer la causa que los producía.

Tal era el hombre á quien Yaye había encargado que no perdiese de vista á la prisionera mejicana, y á quien había encargado también Yuzuf averiguase el paradero del poderoso emir de los monfíes Muley Yaye-Al-Hamar.

En cuanto al primer asunto, Harum comprendió que si rondaba mucho la casa del capitán podría inspirar sospechas al estropeado y hacer que se marchase con las dos mujeres y con más precauciones á otra parte.

Aprovechó, pues, la ocasión de desalquilarse una vieja casucha medianera de la que ocupaba Sedeño, especie de tinglado viejo, que se levantaba como una construcción parásita, apoyada en el casarón donde vivía el estropeado.

Apenas se encontró solo en esta casucha Harum, la reconoció de alto á bajo: entraban en ella el viento y el sol por todas partes; cuando no por ventana, por rendija, lo que la hacía sumamente ventilada, cualidad inapreciable en aquella estación, que, como sabemos era la de los calores; además un pequeño huerto de este tugurio lindaba, por un accidente casual, con los dos jardines de las casas de don Fernando de Valor y del capitán Sedeño.

Harum reconoció minuciosamente las paredes medianeras con el casarón habitado por el capitán; nada encontró en ellas que le ayudase: eran demasiado fuertes y al parecer gruesas para que pudiese abrirse en ellas una mira sin causar ruido y apereibir á

los vecinos: renunció, pues, á las paredes medianeras y reconoció la cueva ó sótano: allí fué distinto: encontró la boca de una mina, pero cegada.

Harum se decidió á franquear aquella mina.

Después reconoció las tapias del huerto y vió que con poco trabajo podía entrarse por ellas tanto al jardín de don Diego de Válór, como al de la casa habitada por el estropeado.

¿Pero á qué penetrar en este último jardín no estando en inteligencia con la hermosa morena?

Sin saber por qué, Harum cifró grandes esperanzas en la mina y se dedicó á hacerla practicable.

Desde aquella noche principió á trabajar, aunque por el momento los resultados fueron capaces de hacer desistir al más testarudo.

La mina estaba cegada á piedra y lodo.

A pesar de esto, dedicó las noches á aquel trabajo de zapa, sin dejar por ello de aprovechar los días en otras investigaciones.

Después de haber trabajado en la mina con mucha precaución para no ser sentido, desde el principio hasta el medio de la noche, se recogía al lecho y dormía hasta el amanecer; después se ponía en la parte más alta de su habitáculo, detrás de una rendija, á observar los dos jardines y las ventanas y galerías de las casas inmediatas.

Todos los respiraderos de la casa del capitán estaban siempre cerrados, así como el jardín desierto: en cuanto á la casa de don Diego de Válór era distinto: veíase tanto en el jardín, como en las ventanas y galerías, el tráfigo de una numerosa servidumbre; generalmente después del amanecer, veía Harum una jóven hermosa y triste, que aparecía en los cenadores, adelantaba con paso lento, se sentaba en un banco de piedra debajo

de una enramada de jazmines, y permanecía allí, pálida, inmóvil y profundamente pensativa, hasta que, entrando el día y creciendo el calor, se levantaba, y con el mismo paso lento volvía á desaparecer por el fondo de los cenadores.

Aquella jóven era doña Isabel de Válór; la causa indudable para Harum de la pérdida de Yaye.

Se nos olvidó decir que se habían recibido unas noticias tales de la muerte de Miguel López, por los lacayos que habían acompañado á don Diego y á don Fernando, que doña Isabel vestía luto.

Y ahora que recordamos á Miguel López, debemos añadir que ni una palabra se sabía acerca del paradero de don Diego de Válór y de su hermano don Fernando.

Aquello era una cadena de misterios.

En cuanto á doña Elvira de Céspedes, Harum no la había visto ni una sola vez en el jardín, ni en los miradores, ni en las galerías. Sus mismos criados y su cuñada doña Isabel la veían muy poco: á las horas de comer y de las más precisas atenciones domésticas y nada más: después afectando tristeza por la extraña ausencia de su marido y la falta de noticias suyas, se encerraba pasando apartada de la vista de todo el mundo la mayor parte de las horas del día.

Doña Isabel, sabía demasiado la razón del retraimiento de doña Elvira: sentía por él unos profundos celos; lloraba cuando se encontraba sola, pero guardaba una reserva sin límites: para saber que Yaye vivía la bastaba mirar el semblante de su cuñada; pero la observación de aquel semblante era un tormento para doña Isabel.

Parecía notar en los ojos de doña Elvira una segunda vida; la vida de un amor ardiente y satisfecho...

Pero volvamos á Harum.

Después de su observación salía á la calle y se dedicaba á nuevas investigaciones: había procurado averiguar la procedencia del capitán; pero por más que él y los otros monfíes que con él estaban en Granada, resolvieron é indagaron, no se pudo sacar en claro sino que el capitán era forastero y nadie le conocía.

Del mismo modo todos sus esfuerzos eran inútiles para dar con el emir; todos los días, pues, á la caída de la tarde, iba á dar cuenta de sus trabajos á Abd-el-Gewar.

Esta cuenta se reducía á muy pocas palabras.

—Santo aquí, decía Harum inclinándose, ni yo ni los míos hemos podido averiguar nada acerca del paradero del poderoso emir.

Abd-el-Gewar transmitía diariamente este breve parte verbal á Yuzuf por mano de un monfi.

Al fin un día Abd-el-Gewar recibió la siguiente carta de Yuzuf.

«Creo que yo me encuentro más cerca que tú de saber el paradero de mi hijo.»

Y sin embargo Abd-el-Gewar y Harum le estaban tocando, como quien dice, con la mano; le tenían en medio, aunque á alguna profundidad debajo de tierra.

Doña Isabel, que era la única partícipe del secreto con su hermano y su cuñada, había callado por amor á su hermano, á pesar de que sabía que Yaye era buscado con ansia... sabiendo que Yaye estaba en poder de una mujer que le amaba.

Isabel por un sin número de razones se veía obligada á callar y sufrir.

Había pasado cerca de un mes desde el día del casamiento de doña Isabel.

Durante aquel mes ninguna noticia había venido á desmentir la noticia de la muerte de Miguel López; nada

se sabía de la suerte de don Diego don Fernando de Válór.

Undia que doña Isabel estaba, según su costumbre, triste y abstraída, sentada en el banco bajo la enramada de jazmines, vino á sacarla de su abstracción el ruido de una disputa que pasaba cerca de ella. Levantó los ojos del cesped donde hasta entonces los había tenido inclinados, y vió que uno de los lacayos de su hermano pugnaba por arrojar fuera un mendigo, que á su vez pugnaba por llegar hasta ella.

—¿Que quiere ese hombre, Andrés? dijo doña Isabel.

—Este hombre, señora, ha aprovechado un momento en que he dejado abierto el postigo, y quiere á todo trance hablar con vos.

—¿Y qué queréis buen hombre...?

—¡Ah! ¿qué quiero...? tened caridad de mí, señora, y Dios la tendrá de vos, dijo el mendigo con un pronunciado acento extranjero.

—Dadle una limosna, Andrés, y que se vaya, dijo doña Isabel.

—Ved señora que es un gitano, dijo el lacayo, y que hacer bien á esta canalla es pedir á Dios una desgracia, porque esta gente está maldita de Dios.

—¡Malditos de Dios! ¡sí, es verdad! ¡malditos de Dios! exclamó ronca-mente el mendigo: los crímenes de nuestra raza han caído sobre nosotros, y nosotros nos vemos castigados por las culpas de nuestros abuelos en nuestras cabezas y en las de nuestros hijos.

Doña Isabel se conmovió; había en el acento de aquel hombre algo de solemne, algo de terrible, algo de ese no sé qué misterioso que revela los grandes infortunios y no el infortunio de un hombre solo, sino el de una raza entera: por más que doña Isabel fuese cristiana de corazón, pertenecía á un pueblo oprimido y desgraciado.

y de una manera precisa se le hacia simpático aquel otro hombre, que parecía pertenecer á otro pueblo tan desdichado como el pueblo moro de Granada.

Porque aquel hombre, en fin, era Calpuc, el rey del desierto, que se presentaba á doña Isabel con el extraño disfraz de mendigo.

Cuando se ha logrado interesar la curiosidad de una mujer se puede tener casi la seguridad de conseguir lo que de aquella mujer se espera.

—Dejadle que se acerque, dijo doña Isabel al lacayo.

—Pero ved que estos gitanos.... insistió el criado.

—Dejadle, dejadle que se acerque, repitió doña Isabel: ¿por qué hemos de arrojar lejos de nosotros á los pobres?

Andrés se apartó de mala gana, y murmurando del paso de Calpuc.

Este se acercó á doña Isabel y la contempló en silencio algunos momentos, con una profunda expresión de lástima.

—¡Cuán hermosa sois, señora, y cuán digna de ser feliz! la dijo.

—¿Y quién os ha dicho que yo soy desgraciada? contestó con cierta dureza doña Isabel quien, á pesar de todo, la sentaba muy mal que un hombre, que parecía tan miserable, la tuviese lástima.

—¡Oh! para que supiéseis los motivos que tengo para compadeceros sería necesario que nadie nos escuchase.

—¿Y era esa la caridad que veníais á pedirme?

—Yo no soy mendigo, señora.

—Sin embargo, vuestro aspecto...

—Haced que vuestro criado se retire un tanto: me basta con que no pueda oírnos.

Dominada hasta cierto punto doña Isabel por aquella extraña aventura, mandó á Andrés que se retirase.

Este se retiró á alguna distancia, siempre murmurando y sin quitar ojo del mejicano.

Cuando éste vió que no podía ser oído la dijo:

—Os tengo lástima porque merecéis mejor esposo, y mejores parientes.

—¿Quién os ha autorizado á insultar á mi familia?

—¡Oh! ¡la desgracia!

—¿Ha causado mi familia vuestra desgracia?

—No, no ciertamente: pero los desgraciados somos hermanos y tomamos con mucha facilidad por nuestras las desgracias de los demás.

—Concluid, porque me parece que hasta ahora nada me habéis dicho que tenga que ver con la obra de caridad que esperábais de mí.

—Concluiré muy pronto: tomad.

Y sacó de entre sus andrajos una carta que entregó á doña Isabel.

Al ver el sobre de aquella carta doña Isabel dió un grito.

Había reconocido la letra gorda, bárbara é irregular de Miguel López.

El sobre de aquella carta decía:

«A mi muy querida esposa doña Isabel de Córdoba y de Valor.»

Era la misma carta que Miguel López había escrito en el subterráneo por mandato de Calpuc.

Esta carta aterrorizó de mil maneras á doña Isabel: ella no había deseado la muerte de Miguel López, la había temido y había procurado evitarla: si al creerla realizada se había afligido por ella, había sido más bien por la infamia que suponía en sus hermanos que por el interés que podía causarla aquel esposo que de una manera tal se la había impuesto: ya sabemos que el interés que podía tener doña Isabel por Miguel López era negativo, y en esta parte se encontraba bien con su luto y su viudez, luto y viudez de

que había venido á sacarla con una prueba indudable Calpuc.

Doña Isabel se puso de pié de una manera nerviosa y miró con los ojos lúcidos y asombrados al mejicano.

—¡No ha muerto mi esposo! dijo.

—No, no ha muerto aún, contestó Calpuc.

—¡Es decir que está en peligro! repuso palideciendo la joven.

—No por cierto; pero si no ha muerto hoy morirá mañana.

—No os comprendo bien, ¿queréis tal vez aterrarme?

—Yo no pretendería jamás imponer terror á un ángel, señora. Sólo os he dicho lo que acabáis de oír acerca de la vida de ese hombre, porque me parece que es una cabeza sentenciada: sí; estoy seguro de que Miguel López morirá de mala muerte.

—¡De mala muerte! ¿y por qué?

—Porque es un malvado y al fin y al cabo los malvados caen heridos por la mano de Dios.

—¡Ah! exclamó doña Isabel; escudado con esta carta, que de una manera tan extraña me habéis entregado, me estáis haciendo oír muy duras palabras.

—Ese es un aumento de desgracia que os procura vuestra familia.

—Pero, en fin, dijo doña Isabel: ¿quién ha sido causa del desgraciado suceso acontecido á mi esposo? Los lacayos que vinieron á traernos la triste nueva, nos dijeron que mi esposo y mis hermanos habían sido acometidos por los monfies de la montaña; que mi esposo había sido muerto y que mis hermanos habían desaparecido.

—Es cierto que los monfies acometieron á vuestro esposo, pero fueron pagados para ello por vuestro hermano don Diego.

Doña Isabel palideció aún más y bajó la vista ante la profunda mirada de Calpuc.

—Vuestro esposo hubiera perecido sin duda, continuó éste, á no haber sido porque yo acudí en su socorro.

—Os doy las gracias, quien quiera que seáis, dijo toda turbada doña Isabel.

—¡Ah! ¡si yo hubiera conocido á Miguel Lopez, le hubiera dejado morir! contestó con un acento lleno de misericordia Calpuc. Pero Dios lo ha hecho de otro modo.

—Sí, sí, habéis hecho muy bien en salvarle y os repito que os estoy profundamente agradecida.

—Nada me agradezcáis. He obrado como debe obrar un hombre temeroso de Dios.

—Vos no sois mendigo, según me habéis dicho, dijo doña Isabel, fijando profundamente sus grandes ojos de gacela en Calpuc.

—En verdad que no, señora, pero me era preciso adoptar un disfraz cualquiera, para acercarme á vos sin inspirar sospechas. Por lo mismo y para no inspirarlas debemos concluir nuestra conversación, que se va haciendo larga. Según recordaréis, vuestro esposo os ruega me entreguéis la sortija que os dió en arras de su casamiento con vos.

—¿Y os urge recibir esa sortija? dijo doña Isabel.

—No, no ciertamente. Podré esperar hasta esta noche.

—¡Esta noche! ¿y dónde creéis que podréis verme esta noche?

—Aquí, en este mismo sitio, cuando todos estén recogidos en la casa, y podamos hablar sin ser sentidos de nadie.

—¡Eso es imposible! ¡yo sola, de noche, con un hombre á quien no conozco!

—¿Receláis de mí después de haber leído la carta de vuestro esposo?

—No, no desconfío. Perdonad un vago recelo en una mujer que ha sido

muy desgraciada. Me parecéis leal y consiento en recibiros.

—¿A qué hora?

—Después de las Animas.

—Después de las Animas estaré en el postigo del jardín.

—A esa hora y confiando en vuestro honor, os abriré.

—Adios, pues, señora, y hasta la noche.

—Hasta la noche: adios.

Y Calpuc se separó de doña Isabel, lanzó una profunda y ansiosa mirada á las ventanas de la casa en que vivía el capitán Sedeño, y que se veían por cima de las tapias medianeras de los dos huertos, y al verlas cerradas exhaló un profundo suspiro.

Después salió por el postigo, pasando junto al lacayo Andrés, al que ni siquiera saludó.

—¡Oh! será necesario avisar al alcalde para que prenda á ese hombre si vuelve á venir, murmuró el lacayo; tiene muy mala traza: por mi parte y á no ser por la señora, yo le hubiera echado á palos.

—Ese hombre es un desgraciado, Andrés, dijo doña Isabel, y debemos compadecer y ayudar á los desgraciados.

Doña Isabel se alejó y entró por el cenador, mientras Andrés murmuraba cerrando el postigo del huerto:

¡Un desgraciado! quiera Dios que su venida á esta casa no nos cause alguna desgracia.

La escena que acabamos de referir pasó cabalmente á la hora en que Harum, desde su casucha, hacía su atalaya matutina á los dos huertos del capitán estropeado y de don Diego de Valor.

—¡El cazador de la montaña! dijo al reconocer á Calpuc ¡el hombre á quien protege el poderoso emir! ¿Por qué viene aquí ese hombre y disfrazado de mendigo á hablar con doña Isabel de Córdoba y de Valor? Será

necesario avisar á Abd-el-Gewar.

Pero antes, añadió, es necesario que concluyamos nuestra tarea de la mina: por un milagro de Dios el capitán Sedeño está fuera. Xariz y Athar, que le han seguido, me han dicho que ha tomado á caballo el camino de la montaña. No se sale así á la gineta sino para tardar algunos días. Esta es la ocasión más propicia: pues puños y adelante.

Y dejándose ir con la agilidad de un gato por unas escaleras perláticas, descendió á los pisos bajos, que estaban casi llenos de montones de tierra y escombros, que había sacado Harum de la mina; encendió una linterna; tomó una piqueta, y se metió por un estrecho pasaje que había abierto á pico.

A trechos se veía la antigua mina árabe en toda su anchura y altura, capaz de contener un hombre á caballo, porque la mina solo había sido cegada á trechos: si Harum hubiese tenido una brújula y un plano del terreno, hubiera conocido que aquella mina en vez de prolongarse en dirección á la casa ocupada por el capitán estropeado, se extendía hacia la de don Diego de Valor.

Sea como quiera, á poca distancia se detuvo Harum delante de una pared que cerraba la mina, y dejó la linterna en el suelo.

—Hice bien, dijo, en no seguir anoche mi trabajo cuando encontré esta pared que sin duda comunica con la cueva de la casa del capitán; era ya muy avanzada la noche; la caída de los escombros por esotra parte debe producir un gran ruido y era exponerse á que se malograra mi plan. Sin embargo, como puede suceder que sin que yo lo sepa haya en la casa alguien que guarde á la hermosa doncella de las trenzas negras, bueno es ir prevenidos: llevo un excelente puñal... y sobre el corazón, que no es

hojo ni asustadizo, una buena cota á prueba. Adelante pues. Cúmplase lo que está escrito, y que el Dios Altísimo y Unico me proteja.

Y levantando la piqueta descargó un formidable golpe sobre la pared, que fué suficiente para que no necesitase dar el segundo: aquella pared era un simple tabique traspasado por la humedad, que se derrumbó, produciendo apenas, por lo reblandecido de los materiales, un ruido sordo y opaco.

Quedó abierto un boquerón practicable: Harum tomó la linterna, saltó sobre los escombros, y se encontró en una mina más ancha y enteramente desembarazada, que se prolongaba á la derecha y á la izquierda del boquerón donde había entrado.

—¡Por Satanás! dijo el monfi: me encuentro en un pasaje que conduce á dos puntos distintos y que no tiene apariencias de estar cegado. Meditemos. La mina por donde me he abierto paso hasta aquí está casi en línea recta; la casa del alferez está á la izquierda: la de don diego de Valor á la derecha, pues señor: tomemos á la izquierda: esto no impide que después de reconocer el terreno tomemos á la derecha. Acaso, acaso, descubra yo más de lo que he creído: adelante pues.

Y tomó con una gentil audacia la mina adelante, á la parte de la izquierda.

A poco que anduvo tropezó con una escalera y trepó por ella: á la altura de cincuenta peldaños encontró una puerta, bien conservada y que parecía estar en uso.

Un impulso de alegría inundó el alma del monfi: pero aquel impulso no le hizo ser imprudente. Acercó el oído á la puerta y escuchó. Nada absolutamente se oía tras ella: permaneció escuchando algún tiempo más, y ningún ruido alteró el silencio: entonces

acercó la luz de la linterna á la puerta y la examinó minuciosamente.

Era de roble, y provista de una cerradura tan fuerte, que para violentarla hubiera sido preciso causar gran ruido.

Harum suspiró.

—Es preciso procurarse una llave maestra, dijo: acaso, acaso, será prudente esperar hasta la noche; durante el día reconoceré por fuera el terreno. Indudablemente esa puerta me ha de llevar hasta la mujer á quien me ha encargado que busque el emir. Además será prudente traer conmigo mejores armas.

Harum bajó de nuevo las escaleras y se aventuró en la mina; pero abstraído en los pensamientos que le inspiraba la aventura en que se había empeñado, pasó junto al boquerón por donde había penetrado en la mina, y siguió en dirección de la casa de don Diego de Valor.

Pero de repente Harum se detuvo: había escuchado el rumor de dos voces, una de hombre, otra de mujer, que hablaban sin recato y como si no temiesen ser escuchados. Harum adelantó con precaución, y notó que las dos voces salían de un aposento abierto en la mina, por cuya puerta salía, proyectándose sobre el pavimento de la mina, un rayo de luz: el monfi adelantó aún más y pudo percibir perfectamente lo que hablaban el hombre y la mujer que estaban en el aposento.

La voz del hombre hirió su oído de una manera particular, como si le fuera muy conocida, y al fin la reconoció y exclamó con asombro:

—¡El emir! ¡cerrado en un subterráneo con una mujer!

Harum no supo por el momento qué hacer.

—Sí, sí, está ahí; pero yo no debo escucharle, ¡no! ¡el siervo no debe descubrir los secretos del señor! ¡sería hacerle traición! ¡pues bien! ¡me

ocultaré, observaré cuando salga esa mujer! y entonces... ¡oh! entonces me presentaré á él y le diré: señor, ¡vuestro padre os busca desesperado! ¡si estáis cautivo, yo os traigo la libertad! ¡si estáis libres, volved un momento, señor, junto á vuestro padre, junto á vuestros leales monfíes.....! después... después tiempo os quedará para el amor.

Tomada esta leal resolución, Harum se volvió atrás, buscó el boquerón, le encontró, se sentó sobre los escombros y apagó la linterna, para que no pudiese denunciarle su luz.

CAPÍTULO XI.

HASTA DÓNDE HABÍA LLEGADO DOÑA ELVIRA ARRASTRADA POR SU AMOR Á YAYE.

Harum obraba sin duda hidalgamente y como convenía á un buen vasallo, en no escuchar lo que su señor hablase; pero el autor comprende que no están en el mismo caso sus lectores, y va á introducirlos en aquel aposento vedado para Harum.

Aquel aposento era el mismo donde don Diego de Valor y su mujer doña Elvira de Céspedes, habían ocultado á Yaye, á causa del accidente que le había producido la noticia del casamiento de doña Isabel.

Desde aquel momento al en que le presentamos de nuevo á nuestros lectores, había pasado, como hemos dicho, un mes.

Yaye estaba completamente restablecido y se paseaba lentamente por la estancia.

Doña Elvira estaba sentada en un sillón, contemplando con ansiedad al jóven, que estaba hermosísimo.

—¿Con que esa es vuestra postrer resolución? dijo doña Elvira.

—Mi resolución decidida, contestó el joven con acento severo.

Por algunos momentos doña Elvira, á quien pareció contrariar la respuesta de Yaye, guardó silencio, impaciente é irritada.

—¿No os he dado bastantes pruebas de mi amor, dijo al fin con altivez, para que consintáis en lo que deseo, en lo que ansío... en lo que debía llenaros de orgullo, porque lo que yo ansío, lo que yo deseo, es ser vuestra, enteramente vuestra?

—¿Y no lo sois, señora? dijo dominándose Yaye, y procurando dar á su acento la dulzura del amor, ¿no soy yo vuestro?

—Sí, aquí, entre el más profundo misterio, en las entrañas de la tierra; cuando nadie más que yo está á vuestro lado, cuando á nadie veis más que á mí. Vos no me amáis, Yaye... vos al decirme amores habéis mentido... sí, habéis mentido... vos no amáis más que á vuestra ambición... y después de vuestra ambición á mi cuñada doña Isabel, apesar de que mi cuñada se casó con otro sabiendo que vos la amábais.

Yaye hizo un movimiento como para contestar, pero guardó silencio.

—Sí, ella sabía que vos la amábais, y os pospuso á un hombre feroz, brutal, casi á un bandido... en cambio yo... yo os amo desde que os ví: cuando por una sucesión de circunstancias extrañas os tuve en mi poder, cuando yo sola podía veros, yo sola podía hablaros, mi alma se abrió á la esperanza y á la felicidad... después vos habéis sabido engañarme, enloquecerme..... me habéis hecho la más feliz de las mujeres... ¡oh! ¡sí! porque no hay en el mundo una felicidad semejante á la que vos me habéis hecho probar..... ¡pero después...!

El joven se acercó á doña Elvira y la asió una mano.

—Escuchad, señora, la dijo: mi corazón os pertenece... es verdad que

yo amaba á vuestra cuñada, ó que creía amarla.

—¡Qué creíais amarla! exclamó con ansiedad doña Elvira.

—Sí, que creí amarla, porque mi afecto hacia ella más que amor era empeño, un empeño como yo los concibo: tenaces, terribles, voluntariosos... la noticia de su casamiento causó en mí un efecto inexplicable..... porque mi empeño se desvanecía, caía vencido ante el empeño de una mujer... no recuerdo lo que me me aconteció... sólo recuerdo que desperté un día de un profundo letargo, calenturiento, dolorido, cansado en el cuerpo y en el alma... miré en torno mío y os ví anhelante, con las manos cruzadas, mirándome de una manera tal que aún no he podido olvidar aquella mirada, hermosa y dulce como la de un ángel... yo no os conocía..... vos tampoco me digísteis quien érais..... yo no os lo había preguntado, porque no tenía voluntad más que para miraros, ni corazón más que para sentir vuestra hermosura y vuestra misericordia: pasábais junto á mí largas horas reclinada sobre mi lecho, mis manos en vuestras manos, mi mirada en vuestra mirada, confundíendose nuestros alientos: llegó un punto en que... nos confundimos en uno, nos unimos, fuimos un solo ser que sentía una misma felicidad, que se embriagaba en sí mismo: yo os creí mi ángel, mi espíritu estaba aún perturbado... nada recordaba... había vuelto á la vida... á una vida vigorosa, á una vida nueva... para mí este aposento, donde jamás entra la luz del día, era un eden y era un eden por vos. Vos lo sabéis, señora: no podéis dudarle: yo enloquecía bajo vuestras miradas, yo desfallecía de amor con vuestras caricias... ¿ha podido jamás un hombre pertenecer de una manera más completa á una mujer?

—¡Ha sido nn sueño! ¡un hermoso

sueño! dijo doña Elvira, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas! ¡un sueño que no se ha desvanecido sino haciéndome pedazos el corazón!

—¿Por qué me despertásteis? ¿por qué avivásteis mi memoria que la enfermedad había entorpecido? ¿Por qué me digísteis: tú eres Yaye-enb-Al-Hhamar, emir de los monfíes de las Alpujarras?

—¡Ah! ¡la ambición ha matado en vos al amor!

—No por cierto: el emir, el poderoso emir de los creyentes que luchan en las montañas de las Alpujarras por el Islám, os hubiera asido de la mano, os hubiera presentado á los suyos y les hubiese dicho: hé aquí vuestra señora; pero vos no os detuvísteis en vuestras revelaciones: me digísteis: yo soy casada, lo que equivalía á decirme: somos adúlteros.

—¡Ah! exclamó doña Elvira.

—Y no bastaba esto: me digísteis soy esposa de don Diego de Córdoba y de Válor, lo que equivalía á decirme: somos infames, porque don Diego de Córdoba es pariente mío por parte de mi madre, como que mi madre era hermana del padre de don Diego.

—¿Y qué importan todos los parentescos, todos los vínculos, cuando se ama como yo os amo?

—Doña Elvira, el crimen siempre es el crimen, y no es puro el placer en el fondo de cuya copa se encuentra el remordimiento: yo soy inocente: el Altísimo lo sabe: acababa de salir de una enfermedad terrible cuando os ví á mi lado; me encontraba en una situación extraña; yo os creía una hurí enviada por Dios para consolarme, porque yo no os conocía: lo que ha sucedido entre nosotros ha sido fatal; pero en el momento en que he conocido que nuestros amores ofenden á Dios y á los hombres, me he detenido, he vuelto atrás en la senda de

la perdición en que había entrado sin saberlo...

—¡Porque no me amáis! ¡porque os habéis burlado de mí! exclamó con violencia doña Elvira.

—No os amo porque no debo amaros, señora; no os amo, porque pertenecéis á otro hombre; porque me habéis engañado....

—¡Porque amáis á mi cuñada doña Isabel!

—Para que yo no ame á doña Isabel basta el que sea como vos una mujer casada.

—¡Oh! si en vez de ser yo quien soy, fuera doña Isabel, no repararíais tanto en ofender á Dios y á los hombres, exclamó con despecho doña Elvira... y luego... ¡si doña Isabel fuese viuda... viuda y... virgen...!

Yaye, á pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, palideció de una manera marcada.

—¡Oh! ¡sí! ¡la amais! ¡la amais! exclamó con rabia doña Elvira, notando la conmoción de Yaye, la amáis y me despreciáis por ella... ¡pues bien! ¡sabadlo...! ¡os lo voy á revelar todo...! apenas Miguel López había entrado en nuestra casa de vuelta de la ceremonia... mi esposo, no sé por qué, le llevó consigo, sin darle ni aun tiempo de despedirse de doña Isabel: Miguel López, mi esposo, mi cuñado don Fernando y cuatro lacayos, partieron para las Alpujarras: al día siguiente volvieron los lacayos trayendo la noticia de que Miguel López había sido asesinado por los monfies y que mi esposo y mi cuñado habían desaparecido.

—¡Asesinado Miguel López por los monfies! exclamó Yaye, en cuya imaginación surgió una sospecha: ¿y se ha confirmado esa muerte?

—Mi cuñada, vuestra hermosa doña Isabel, lleva luto por ella... ¡y está tan hermosa con su luto...!

—¡Asesinado miguel López por los

monfies! repitió profundamente Yaye.

—¡Oh! ¡ya se ve! existía un antiguo contrato entre vuestro padre y el padre de mi esposo; según él, vos y doña Isabel debíais uniros para salvar ciertos intereses encontrados: no sé por qué, obligado á caso por la fatalidad, mi esposo entregó su hermana á Miguel López... pero llegasteis vos.. os encerrásteis con mi esposo... yo escuché vuestra conversación... y Miguel López fué sentenciado...

—Os juro que yo no he tenido parte alguna, ni aun con la voluntad, en ese asesinato.

—Sí, sí: bien sé que el único autor de ese delito es don Diego de Córdoba, mi esposo, pero sé también que su delito es inútil, porque no os casaréis con doña Isabel, os lo juro.

—Ya os he dicho, continuó dominándose Yaye, que en el momento en que doña Isabel ha pertenecido á otro hombre he dejado de amarla.

—Es que doña Isabel no ha pertenecido á nadie, exclamó con una malignidad indescribible doña Elvira, ni aún á su hermoso Yaye, á quien ama con toda su alma... me habéis llamado adúltera porque el amor me ha arrojado en vuestros brazos: ¿y creéis que no sería también adúltera doña Isabel, vuestra virtuosa doña Isabel, si vos la hacíais oír una sola palabra de desesperación..? ¡oh! ¡las mujeres cuando amamos no reparamos en nada...! ¡el amor ha sido creado por Dios para que lo sienta única y exclusivamente la mujer!

Yaye se contenía visiblemente: notábase, á pesar de su profunda reserva, no solo que no amaba á doña Elvira, sino que le inspiraba aversión.

Doña Elvira aspiraba perfectamente el sentimiento que se filtraba, por decirlo así, del semblante del joven, le comprendía y se irritaba.

—Mi casamiento, dijo, fué el resultado de una apuesta, y he sido muy

desgraciada: yo amaba á mi esposo y á fuerza de humillaciones he llegado á aborrecerle: yo debía vengarme de él tarde ó temprano; pero no he sido una mujer impura que se prostituye solamente por venganza: era necesario que mi corazón al vengarse aspirase otro amor... os vi... os amé, os he amado largo tiempo en silencio... y al fin... por casualidad, mi mismo esposo os puso en mis manos: he velado junto á vos anhelante, viendoos entre la muerte y la vida y después de haberos salvado me he creído amada y vengada de las injurias que como mujer debía á mi esposo... vos me despreciáis ahora Yaye... pues bien yo me vengaré... os juro que seréis mi esclavo, que no volveréis á ver la luz del sol.

—La pasión, una pasión que no comprendo bien os extravía, señora, dijo Yaye con profunda calma: vos no tenéis ningún derecho para privar á un hombre de su libertad.

—Sí, sí, es verdad: yo debo dejaros libre para que corráis á arrojaros á los pies de doña Isabel, para que podáis decirle, ¡eres viuda...! ¡sé mi esposa...! ¡y yo entre tanto... deshonrada...! ¡perdida...! ¿que creéis que sería de mí si durante una larga ausencia de mi esposo diese á luz un hijo?

Yaye se estremeció.

—Y estoy segura... ¡oh! ¡sí! ¡os amo tanto! ¡he sido tan feliz! ¡oh Dios mío! ¡Dios mío! al menos aunque él me desprecie... si me queda una prenda de su amor, seré feliz... muy feliz... y esa felicidad... de seguro me la ha concedido Dios.

—Dios no querrá que vuestra insensata pasión os haya llevado á tal punto señora. Dios no querrá que tengáis un doble remordimiento... por el esposo y por el hijo: en cuanto á mi soy inocente, bien lo sabéis; si

fuérais libre os haría mi esposa, os lo repito, os lo juro.

—¿Me haríais vuestra esposa si yo fuese libre? observó acentuando cada una de estas palabras doña Elvira.

—Cuidad lo que hacéis, señora, dijo Yaye.

—¡Qué! dijo doña Elvira con sarcasmo; ¿creéis que yo sería capaz de matar á mi marido por ser vuestra?

—Os lo confieso, aunque me cuesta violencia el confesároslo: os creo capaz de todo.

—Pues bien, dijo con una calma glacial doña Elvira: esperadlo todo de mí. Todo, hasta la venganza.

—Habéis elegido muy mal camino, señora, dijo Yaye con acento frío: ya os lo he dicho antes de ahora: sois impotente contra mí: os he suplicado que me pongáis en libertad, que me dejéis volver entre los míos, y os habéis negado á ello á pretexto de que no volvería á veros. En efecto, una vez fuera de esta prisión en que la casualidad me ha arrojado, no volveríais á verme sino por otra casualidad... porque el deber me manda apartarme de vos. Jamás hubiera yo incurrido en el crimen que hemos consumado, sino en un estado casi de insensatez, en un estado en el cual no pertenecen al hombre sus acciones.

—¡Es decir que tenéis remordimiento de haberme poseído! exclamó con una soberana altivez doña Elvira.

—Sí, respondió con firmeza Yaye, hasta el punto que puedo tenerlo, porque os lo repito, mis actos acabado de salir de una enfermedad terrible que había afectado mi razón, no son míos: son los actos de un insensato... pero no insistiendo más en esto os intimo por última vez para que me dejéis en libertad de ir á donde me convenga, puesto que ningún derecho tenéis para retenerme á vuestro lado.

—¡Jamás! exclamó doña Elvira.

—Pues bien, señora, dijo Yaye

adelantando hácia doña Elvira, que retrocedió hácia la puerta; por más que me cause repugnancia el ejercer con vos una violencia, hareme yo mismo libre, sobrevenga el escándalo que quiera.

Y adelantó aún más hacia doña Elvira.

—¡Ah! ¡no!... exclamó ésta: vos seréis caballero..... vos no querréis emplear la fuerza contra una dama.

Yaye se detuvo á esta invocación á su honor.

—Solo os suplico, dijo doña Elvira que meditéis en mi amor, en mi desesperación: ¡si no os volviera á ver! ¡qué!... ¿tanto os costaría, si no podéis ser mi amante, ser mi amigo?

—¿Me juráis, señora, sacarme de aquí?

—Os lo juro.

—Pues bien: cumplid vuestro juramento.

En aquel punto doña Elvira que gradualmente se había acercado á la puerta, la ganó de un salto, y antes de que Yaye pudiera evitarlo la cerró, corriendo los cerrojos.

—Sí, sí, dijo doña Elvira desde detrás de la puerta: tú saldrás de aquí Yaye, pero muerto de hambre, ó entregado enteramente á mí: yo te lo juro.

Y se alejó lanzando una insensata carcajada que retumbó en la mina.

Luego se escucharon por algún tiempo sus pasos precipitados; después todo quedó envuelto en el más profundo silencio.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO DIOS PREMIÓ LA CONSTANCIA DE YAYE.

Yaye quedó mudo de asombro y de cólera en el centro de la estancia.

Las últimas palabras de doña Elvira tenían una muy fácil explicación.

«Tú saldrás de aquí muerto de hambre ó entregado enteramente á mí.»

Esto quería decir que doña Elvira pensaba valerse de algún brebaje para aletargar al joven y conducirle á un lugar más seguro; brebaje que solo podría evitar Yaye sentenciándose á morir. Era aquel el último límite á donde podría llegar el empeño de una mujer.

Yaye conoció que doña Elvira le tenía enteramente en su poder: la habitación en que se encontraba, aunque ricamente alhajada, y cubierta de tapices, por lo reducido de su extensión, por lo deprimido de su bóveda, por lo fuerte de su puerta, en que se veía un ventanillo, indicaba haber sido en otro tiempo destinada para encierro. Por aquel ventanillo podía doña Elvira introducirle alimentos preparados para producirle un estado de letargo, sin que Yaye pudiese usar de la menor violencia con ella. Yaye, pues, sacudió con fuerza la puerta; pero esta era muy fuerte, encajaba perfectamente y nada consiguió: metió el brazo por el ventanillo, y probó si alcanzaba á los cerrojos: esto también era inútil: los cerrojos estaban fuera del alcance de su brazo: su espada y su daga, cuyos gavilanes acaso le hubieran servido para alcanzar los cerrojos, habían desaparecido: Yaye comprendió que si esperaba mucho tiempo, doña Elvira comprendería que los cerrojos no bastaban para asegurar á su prisionero y buscaría otros medios de seguridad.

Era necesario encontrar una manera de descorrer aquellos cerrojos, y franquear cuanto antes aquella puerta. Una vez fuera, Yaye pensaba ocultarse en la oscuridad en la mina, y sorprender á doña Elvira cuando volviese.

Pero no se le ocurrió medio en lo humano: comprendió que estaba se-

riamente preso, y á merced del fatal amor de daña Elvira.

La única esperanza que le quedaba era que sobreviniese en aquellos momentos don Diego de Córdoba y de Válór.

¿Pero quién sabía lo que había sido de don Diego?

Empezaba Yaye á desesperarse, cuando oyó en la mina unos pasos marcados de hombre: era la primera vez, después que había vuelto á la razón en aquel calabozo, que oía tales pisadas: supuso que doña Elvira le enviara algún hombre pagado para intimidarle, y esto le irritó. Los pasos se acercaban y al fin se detuvieron junto á la puerta.

Yaye escuchó en silencio: el que se había acercado junto á la puerta nada dijo durante algunos segundos.

Al fin se escucharon estas palabras pronunciadas por una voz contenida:

—¿Estáis solo, señor?

—¿Qué es eso? ¿Quién me llama señor? dijo Yaye acercándose al ventanillo de la puerta.

—Soy yo, señor; vuestro fiel escudero; el walf Harum-el-Geniz.

—¡Oh! ¡me he salvado! exclamó Yaye; mira si puedes descorrer los cerrojos, mi buen Harum.

—¡Oh! ¡sí, poderoso señor! hé aquí la puerta de par en par.

En efecto, la puerta se abrió.

—¿Quién te ha traído aquí, Harum? ¿por donde has entrado? le preguntó Yaye.

—Me ha traído un mandato de vuestro noble padre; en cuanto al lugar por donde he entrado, venid señor y lo veréis.

Harum á quien las circunstancias hacían más entrometido con el joven emir que lo que lo hubiese sido en otra ocasión, tomó la bujía que ardía sobre la mesa y salió seguido de Yaye.

Al llegar al boquerón se detuvo, y le mostró al joven.

—Hé aquí por donde he entrado, señor. Por esa mina adelante, pronto, muy pronto, vuestra grandeza verá la luz del sol.

Y siguió por la mina precediendo al joven emir.

Cuando éste se encontró en las habitaciones superiores, cuando vió el cielo, las nubes, el sol, los árboles, la Alhambra, á lo lejos la alta cumbre de la Sierra Nevada, en lontananza y á los piés de la sierra la extendida vega con sus lejanas montañas azules, respiró como quien se siente aliviado de un peso enorme.

—¿De qué manera quieres que te recompense el emir? exclamó con alegría volviéndose á Harum.

—¡Ah, señor! dijo el monfí; me basta con ser vuestro secretario de confianza en la paz; vuestro escudero en la guerra: á vuestro lado siempre, porque tenéis enemigos, señor; todos los reyes los tienen y mi única ambición es servirlos de escudo.

—Aunque me has servido algún tiempo no recuerdo de que tribu eres, dijo con la gravedad de un rey Yaye.

—De la tribu Zeneta, señor, contestó con orgullo Harum.

—Vienes, pues, de una raza bastante esclarecida, walf, para que puedas estar continuamente á mi lado, dormir á los piés de mi lecho, y llevar tu caballo tras el mío en el combate. Te concedo lo que me has pedido.

—¡Ah! ¡señor! ¡magnífico señor! exclamó Harum arrojándose á los piés de Yaye.

—Alza y escucha: ¿cuantos días han pasado desde aquel en que yo llegué á Granada?

—¿Queréis decir, señor, desde el día en que mandásteis que siguiese sin perder de vista á la hermosa morena de los ojos de luz?

—¡Ah! ¡la princesa mejicana! exclamó perturbado bajo aquel recuerdo Yaye.

—Pues ha pasado un mes, cabalmente desde aquel día, señor.

—¡Cuántas variaciones en un mes en la vida de un hombre! exclamó el joven emir. Y se quedó profundamente pensativo.

—Perdonadme, señor, dijo Harum, si os advierto, que estando en estos corredores nos pueden ver desde las ventanas y desde el jardín de la próxima casa de don Diego de Córdoba y de Valor.

—¡Ah! ¡es esa la casa de don Diego de Córdoba! dijo Yaye mirando al frente: pero de improviso se puso pálido y lanzó una exclamación desde el fondo de su alma.

—¡Ah! ¡doña Isabel!

En efecto, la joven había atravesado lentamente y con su severo traje de luto, un corredor de la casa vecina y había desaparecido.

—¿Vive doña Isabel en la casa de su hermano don Diego? dijo con la voz apagada por la conmoción Yaye.

—Sí señor, todos los días por la mañana la veo sentada en aquel banco de piedra que hay al pié de aquella enramada de jazmines. Pero retirémonos de aquí si os place, señor, y si queréis observar la casa de don Diego, yo os llevaré á un lugar desde donde podáis ver sin ser visto.

Yaye conoció que la observación de Harum era prudente, y le siguió á un aposento cercano en el que había una ventana con celosía y desde donde se descubría lo mismo que desde el corredor, las dos casas y los dos huertos del capitán estropeado y de don Diego de Valor.

—¿Acostumbra doña Isabel á dejarse ver? preguntó Yaye.

—Sólo por la mañana, señor, y en el lugar que os he marcado.

—¿Has hablado alguna vez con ella?

—Nada me habíais encargado acerca de doña Isabel, señor.

—Es verdad. Y dime: ¿que ha sido de Miguel López?

—Se le cree muerto.

—Se sabe quien ha mandado su muerte?

—Créese que sea cosa de don Diego de Valor.

—¡Infame! murmuró Yaye: pero... me han dicho que ha muerto á manos de unos monfies.

—Es verdad: según me ha dicho Dalhy que ha ido dos ó tres veces á la montaña durante este mes, don Diego sobornó á Reduan, que vivía como ventero junto á Orgiva y á otros seis: vuestro poderoso y justiciero padre, señor, mandó ahorcar al día siguiente á Reduan, y á los otros seis, en la encina muerta de la Rambla de los Gamos.

—¿De modo que en esta muerte nada ha tenido que ver la justicia de mi padre?

—Ha sido un asesinato y nada más.

—¿Y qué se han hecho don Diego y don Fernando de Valor?

—Los tiene presos vuestro padre hasta que vos parezáis.

—¿Y mi buen ayo Abd-el-Gewar?

—Está inconsolable por vuestra pérdida y nos hace revolver la tierra á mí y á los veinte monfies que tengo á mis órdenes.

—Pues hasta que yo te lo mande, es necesario que á nadie digáis que he parecido.

—Muy bien, señor.

—A nadie, ¿lo entiendes?

—Sí señor.

—Además, es necesario que procures introducirte con la servidumbre de don Diego de Valor, á fin de que yo pueda hablar con doña Isabel.

—Las tapias son fáciles de escalar, señor... y yo mismo...

—Comparte como puedas, pero no cometas ninguna imprudencia.

—¡Oh! en cuanto á imprudencias sería la primera que cometiese: por no ser imprudente no puedo daros ya noticias positivas acerca de la dama morena que me mandásteis seguir.

—¡Cómo! ¿sabes donde para?

—Muy cerca de nosotros, ahí, en esa otra casa cuyo huerto linda con el de don Diego y cuyas celosías están tan cerradas.

—¿Y no has tenido medio de amparar á esa desdichada?

—Tengo medio de penetrar hasta su habitación; pero necesitaba proveerme de cierta herramienta.

—¡Ah! ¡forzar puertas! dijo con repugnancia Yaye: ¡exponerse á pasar por un ladrón!

—La puerta que yo forzaré es tan reservada, como que dá á un extremo de la mina donde está la habitación en que os han tenido cautivo.

—Pues bien, cuanto antes liberta á esas desdichadas mujeres, pónlas bajo el amparo de la justicia, devuélve á la jóven la joya y...

—¿Y por qué no habéis de hacer vos todo eso señor? si no me engaño parece haberos oído decir que esa dama es una princesa.

Meditó un tanto Yaye.

—Bien, dijo: tiempo sobrado tendremos de pensar en ello. Por ahora búscame una casa segura donde pueda vivir sin ser notado: después trae una litera cerrada dentro de la cual me trasladaré á mi nueva vivienda, y sobre todo, Harum, un profundo secreto.

El monfi después de haber recibido algunas otras instrucciones de Yaye, salió de la casa murmurando, mientras se alejaba á buen paso:

—El emir es mi señor único, y absoluto desde que el noble Yuzuf re-

nunció en él su poder y su corona. El, solo él, Muley-Yaye-ebn-Al-Hamar, es nuestro señor, á quien debemos obedecer ciegamente, so pena de traición. ¿Pero que pensará hacer el emir?

Dos horas después salía una litera cerrada del casuco que habitaba Harum: aquella litera entró poco después en una linda casita de la calle de las Tres Estrellas en el Albaicín.

CAPÍTULO XIII

DE CÓMO LA CARIDAD ERA UNA VIRTUD PELIGROSÍSIMA PARA EL PODEROSO EMIR DE LOS MONFÍES MULEY-YAYE-EBN-AL-HAMAR.

Llegó la noche, y por cierto, lóbrega y tempestuosa.

Poco después del oscurecer algunos hombres, como en número de doce, se extendieron por las calles de San Gregorio el alto y sus circunvecinas y se ocultaron en los dinteles de las puertas.

Al poco tiempo otros dos hombres, embozados también hasta los ojos, llegaron á la puerta de la casucha habitada por Harum, y uno de ellos abrió la puerta: el que le seguía entró.

El que había abierto la puerta lanzó un silbido prolongado, entró y cerró.

Poco después un embozado, llegó á la puerta y llamó: abriéronle y un hombre que tenía una linterna en la mano, le introdujo en una habitación del piso bajo. Sucesivamente llamaron otros cinco hombres.

Cuando estuvieron todos dentro, el hombre que les había abierto les dijo:

—Seguidme.

Aquel hombre era Harum.

Los seis hombres que habían entrado y estaban desembozados, mostraban los semblantes más angulares y

fatídicos del mundo, bajo las anchas alas de sus sombreros gachos, y las espadas de más voluminosa empuñadura y más largos y torcidos gavilanes que podían darse, pendientes de los talabartes: además, cada uno de estos hombres, llevaba sujetos á la cintura una daga buida, y dos largos pedreñales ó pistolas.

Aquellos seis hombres eran monfies escogidos entre lo más duro y valiente de todas las taifas de monfies de las Alpujarras.

Aquellos seis hombres siguieron á Harum, que los llevó en derechura á la mina que ponía en comunicación la casa ocupada por el capitán estropeado, con el palacio de don Diego de Válór.

Cuando estuvieron allí, Harum los extendió por la mina y les dió la consigna siguiente:

—Las dagas en las manos. Si sobrevienen gentes por cualquiera de los dos extremos, se las detiene, y se avisa con un silbido. Si oponen resistencia, obrad como quienes sois. Atención y silencio.

Volvió á salir por el boquerón, y poco después apareció con un hombre enteramente encubierto, y tomó la dirección de la escalera que conducía á la casa del capitán.

—Espera, le dijo el hombre que le seguía: ¿se va por aquí al aposento donde he estado preso?

—No señor, contestó Harum, se va por la parte opuesta.

—Pues llévame allá: tengo curiosidad de saber lo que allí puede haber sucedido.

Harum se volvió y condujo á Yaye al lugar indicado.

Al entrar en él notó el joven que algunos objetos que antes estuvieron sobre la mesa, estaban rotos y esparcidos por el suelo; levantadas las ropas del lecho, como si alguien hubiese

buscado algo bajo él y los sillones tirados por el suelo.

Yaye lo comprendió todo; aquellos eran los vestigios del furor impotente de doña Elvira al verse burlada.

—¡Ah! ¡ya lo sospechaba yo! dijo con acento sentido el jóven, porque sin saber por qué, le lastimaba la desesperación de doña Elvira.

Yaye en su fuero interno atribuyó aquel sentimiento á caridad.

Salió de aquella especie de calabozo y pasó, perfectamente cubierto el rostro con un antifaz, por delante de los seis monfies, que inmóviles y silenciosos como estatuas, estaban apoyados de espaldas contra la pared á lo largo de la mina.

Treparon por las escaleras que subían hasta la puerta, delante de la cual, por falta de una llave maestra, se había detenido aquella mañana Harum.

No sucedió entonces lo mismo: el walí, transformándose en ladrón, sacó un instrumento de hierro de entre su talabarte, lo introdujo en la cerradura, y sin causar ningún ruido y con gran facilidad, descorrió el fiador, que era de resorte: entonces la puerta giró sobre sí misma sin ruido, y pudo notarse que por la parte de delante, era una verdadera puerta secreta disimulada en la tapicería!

El lugar en que habían desembocado Yaye y Harum era una cámara extensa y sombría, cuyos tapices representaban asuntos de la historia antigua: aquellas gigantescas figuras de fuerte colorido, parecían fantasmas, destacándose débilmente sobre el fondo oscuro, y la alta ensambladura de pino, ennegrecido por el tiempo, acababa de dar á la cámara, en aquella situación y á aquella luz un tinte sombrío.

Los muebles que la alhajaban eran ricos, pero antiguos, y en un ángulo

se veía un voluminoso lecho de nogal tallado, intacto, con las cortinas de damasco rojo entreabiertas. Junto á un armario cerrado había un arnés de guerra limpio y sencillo, y acá y allá en las paredes, sobre los tapices, algunas excelentes armas, tales como espadas, arcabuces y pistolas.

—Este debe ser el dormitorio del capitán Alvaro de Sedeño, dijo Harum en voz baja á Yaye, y es por cierto para él una fortuna el estar ausente; de otro modo nos hubiera sido preciso estropearle más. Pero aquí hay tres puertas: esta casa es demasiado grande y yo no la conozco; pues bien, adelantemos á la ventura.

Y se dirigió á una puerta pequeña situada á los pies del lecho, que estaba cerrada, y que abrió Harum valiéndose de la llave maestra.

A juzgar por la facilidad con que Harum manejaba aquel instrumento, cualquiera le hubiese tomado por un ladrón de oficio.

Una vez franqueada aquella puerta nuestros dos exploradores se encontraron en un corredor estrecho, de techo bajo y paredes blanqueadas: siguieron adelante, pero al llegar á la parte media del corredor, los detuvo un gemido de dolor.

—¡Misericordia de Dios! dijo Yaye profundamente afectado; mucho me engaño si ese no es el gemido de un moribundo.

—Y si el moribundo no es una mujer, dijo Harum juzgando por otro segundo gemido.

Apenas había pronunciado el monfí estas palabras, cuando se oyó una voz timbrada por el dolor, pero juvenil y sonora, que exclamó:

—¡Ah! ¡madre mía! ¡pobre madre mía!

Yaye hizo á Harum una indicación de que no se moviese, y él solo adelantó hácia una puerta entreabierta, situada en el fondo del corredor.

Yaye miró al interior; la sangre retrocedió de sus extremidades á su corazón, y permaneció inmóvil, mirando y escuchando con toda su alma y sin atreverse á pasar adelante.

¿Qué era lo que había visto Yaye que así le interesaba y así le conmovía?

Vamos á presentarlo á continuación á nuestros lectores.

Era una cámara tan sombría y extensa como la primera por donde habían pasado Yaye y Harum.

Una lámpara puesta sobre una mesa de mármol, bajo un gigantesco espejo de acero, iluminaba débilmente aquel gran espacio, alcanzando apenas á dejar ver de una manera informe las figuras gigantescas de la tapicería. Una chimenea de mármol, enorme, sostenida por cariátides y con ornamentación del gusto del renacimiento, se veía al fondo limpia y desprovista de fuego en razón á la estación, lo que daba á la cámara algo de frío y de extraño: á un lado había un lecho enorme, semejante al que hemos descrito anteriormente; pero aquel lecho no estaba abandonado; por el contrario, en él estaba una enferma.

Arrojada sobre el lecho, siendo las manos de la enferma, y llorando y besándola alternativamente, había una joven vestida de blanco de extraordinaria esbeltez.

Al frente de este lecho y cabalmente enfilando la cabecera, estaba la pequeña puerta, tras la cual escuchaba Yaye.

Ultimamente había una gran puerta de entrada y otros dos balcones; pero quien se hubiese acercado á ellos hubiera notado que estaban aseguradas sus maderas con barras de hierro fuertemente clavadas en los marcos, lo que demostraba que aquellos balcones no se abrían.

Por lo tanto las moradoras de aquella habitación estaban condenadas á

alumbrarse continuamente con luz artificial.

Todo en aquella cámara tenía los visos de una prisión, y de una prisión donde se guardaban dolores agudos.

La enferma era efectivamente una moribunda; pero á pesar del estado de demacración en que la había constituido la tísis, esa terrible enfermedad que no abandona la presa hasta que la deseca para la tumba, notábase que aquella dama, porque dama era, no había llegado aún á la vejez: apenas contaría cuarenta años, á pesar de lo cual estaba tan gastada, tan abatida como una anciana de ochenta; las formas de esta mujer, aunque excesivamente descarnadas, constituían por su estructura una gran hermosura, pero una hermosura pasada, empalidecida por los sufrimientos y por la enfermedad: la blancura de este semblante era extremada, como extremado era el negro color de sus ojos, de sus cejas y de sus cabellos.

Una tos seca, penosa, terrible, tos que agotaba las fuerzas y el sufrimiento de la enferma, se dejaba escuchar sin interrupción; sus ojos tenían un brillo fosforescente, el brillo de la fiebre, y estaban notablemente hundidos; la jóven lloraba de una manera silenciosa, desesperada, y de tiempo en tiempo se levantaba, iba á un velador, tomaba una taza de plata y daba de beber á la enferma.

Llegó un punto en que la enferma tuvo un acceso horrible de tos, á la que sobrevino un vómito de sangre: la jóven lanzó un grito de terror y se avanzó á la puerta, que golpeó de una manera desesperada pidiendo á gritos socorro.

—¡Estrella! ¡Estrella! ¡hija mía! exclamó esforzándose la enferma; esto ha pasado... yo creó que dentro de poco, de muy poco tiempo, esto habrá pasado de todo punto.

—¡Ah, madre mía! exclamó volviéndose la jóven, pálida como un cadáver y haciendo retroceder á Yaye que, impulsado por su caridad, había dado un paso hácia el interior.

Afortunadamente ninguna de las dos mujeres, dominadas por la situación, le vió.

Estrella, pues así hemos oído llamar á la jóven por su madre, volvió al lado de esta como impulsada por un poder superior.

—Siéntate á mi lado, dijo con acento solemne la enferma.

Estrella, dominada por el mandato de su madre se sentó en un sillón al lado del lecho.

—Es necesario que tengas valor, hija mía, dijo la enferma: Dios me dice que dentro de muy poco voy á ser libre, que vamos á separarnos.

Estrella rompió á llorar en silencio, y se cubrió el rostro con las manos.

—Pero yo no quiero que muráis, no, exclamó levantándose en un movimiento nervioso, que revelaba una fuerza de voluntad á toda prueba: no, no quiero que muráis y no moriréis.

—Nadie se opone á la voluntad de Dios: por lo mismo y como necesito hacerte graves revelaciones, como me queda poco tiempo de vida, es inútil que ninguno de los infames criados de ese hombre venga á interrumpirnos para traernos un socorro que sería inútil. No llores, esto debías haberlo previsto hace mucho tiempo.

Hubo un momento de solemne silencio.

—He sido muy desgraciada, hija mía, continuó la enferma, y mi mayor desgracia es el dolor que llevo á la tumba, de dejarte sola, abandonada, en poder de ese infame.

—Sin duda, Dios, madre mía, dijo Estrella, ha castigado en nosotras algún gran crimen de nuestra familia!

—Sí, Dios castiga á los opresores con la opresión de sus propios hijos.

Altivas, soberbias, poderosas, hemos venido á acabar en esclavas... en diez años de cautiverio horrible.... en poder de un demonio. Acércate más, hija mía; temo que haya tras esos tapices alguien que nos escuche. Lo que tengo que decirte es muy grave.

Estrella se levantó maquinalmente, se arrodilló en el sillón en que había estado sentada y se apoyó en el lecho.

Durante algún tiempo nada pudo oír Yaye: las dos mujeres hablaban demasiado bajo: aquella conferencia duró más de una hora... conferencia interrumpida por agudos accesos de tos.

Yaye notó que al concluir la enferma su revelación, que revelación debía ser aquella tan recatada, se quitó del cuello una cadena de oro de la que pendía una joya, cuya forma no pudo distinguir Yaye en razón á la distancia.

Luego la enferma siguió hablando naturalmente, pero su voz era ya más opaca, más cadavérica.

—Si logras que alguna vez tus parientes castellanos conozcan tu suerte, hija mía, ellos que deben ser poderosos, ellos que deben gozar del favor del emperador, te ampararán y te vengarán, si es necesario que te venguen.

—¡Oh, nada temáis, madre mía! ¡nada temáis! exclamó con una energía casi salvaje la jóven: ese hombre que os ha hecho probar cuantas desgracias puede probar una mujer, no hará tan infeliz á la hija como á la madre; no, no, lo juro por el Dios que está en los cielos. Vos habéis tenido razones que no solo os disculpan sino que os honran: vos teníais una hija: yo, si Dios es tan cruel que me os arrebató, no tengo nada que me ligue á la vida: pereceré antes que sucumbir al infame: pereceré, pero pereceré

vengándoos: ¡ay del infame aventurero!

—¡Oh señor! ¡señor! exclamó la pobre enferma: ¿Seréis tan implacable que me neguéis el consuelo de saber que mi hija queda amparada por sus parientes?

—¡Oh! no es posible alentar ninguna esperanza, madre mía. Yo alentaba una... el jóven aquel á quien pude hablar por un milagro, hace un mes, cuando paramos en un meson, parecía noble y generoso... y sin embargo... ese jóven me ha olvidado.... ó no ha podido... ¿quien sabe? ¿y luego qué importa á nadie la suerte de dos mujeres?

Y Estrella acreció en su llanto desconsolado.

Yaye creyó que había llegado el momento de presentarse: la enferma parecía próxima á su fin, y era necesario que llevase á la tumba el consuelo de que su hija no quedaba desamparada.

Al abrir la puerta, aquella puerta rechinó, Estrella volvió azorada la cabeza, y en su rostro apareció una expresión de espanto: sin duda estaba acostumbrada á ver asomar por aquella puerta un ser terrible.

Pero instantáneamente su rostro se tiñó con un color febril, adelantó rápidamente algunos pasos hácia Yaye, como una hermana que sale al encuentro de su hermano, pero se contuvo por pudor.

—¡Ah! ¡sois vos, caballero! dijo.

—Sí, sí, yo soy, que llego en el momento supremo.

—¡Es él! ¡es él, madre mía! ¡el jóven del mesón de las Alpujarras!

La enferma quiso incorporarse, pero no pudo. Estrella asíó por una mano á Yaye, como si le hubiese conocido desde mucho tiempo antes, y le llevó junto al lecho: la enferma posó en él sus hundidos ojos.

—¡Oh! dijo: ¡si sois honrado y leal y venís á salvar á mi hija, á librar á

una pobre madre de la inquietud mortal de dejarla abandonada en el mundo, que Dios os bendiga, caballero!

—Os juro, señora, proteger á vuestra hija como si fuese mi hermana, dijo con entusiasmo Yaye.

—Acaso vuestro poder no alcance á protegerla.

—Mi poder alcanza á mucho, señora, dijo con suma confianza Yaye.

—Sin embargo, temo por vos mismo. ¿Cómo os habéis introducido aquí? ¿Sabéis quien es el hombre que nos guarda? ¿Sabéis que si por desdicha sobreviniese...?

—Aunque ayudase el infierno á ese infame mutilado, nada podría hacer contra mí.

—Respeto las razones que tengáis para apoyar vuestro dicho... pero es preciso ganar tiempo...

—Nada temáis... os repito que nada tenéis que temer... ved por el contrario qué queréis, qué necesitáis.

—¿Qué quiero? ¿qué necesito? ¿podréis procurarme un sacerdote?

—¡Oh! ¡sí! ¡hola, Harum!

Presentóse inmediatamente á la puerta el monfí, asombrando á las dos mujeres que no acertaban cómo podía ser aquello.

—Al momento, al momento, Harum, le dijo Yaye, acercándosele y hablándole en voz baja: ve por un sacerdote cristiano para auxiliar á un moribundo; que traiga consigo la comunión y la extremaunción; que suba á ocupar tu lugar uno de los otros, y escucha: Yaye habló por algun tiempo en secreto con el monfí.

Harum partió.

Yaye se volvió á las dos damas.

—A propósito, señoras, dijo: ¿qué gentes hay en esta casa?

—Debe haber un soldado viejo que sirve al capitán Sedeño, y que es tan infame como él, y dos criadas.

—Y no hay más gentes en la casa.

—No señor.

—En ese caso llamad á ese criado.

—Pero...

—Llamadle.

Poco después Estrella, dominada por el acento de confianza de Yaye, llamó á grandes golpes á la puerta de entrada.

Oyéronse lentas y fuertes pisadas tras aquella puerta, luego ruido de llaves y rechinar al fin una cerradura: abrióse la puerta y se presentó un hombre de estatura atlética y semblante avieso que adelantó descuidado, sin reparar por el momento en Yaye.

—¡Vamos! qué queréis? dijo con acento bronco, ¿uo es hora ya de descansar? ¿ó es que estamos aquí para andar como un zarandillo de brujas por esa mujer que nunca acaba de morirse?

En aquel momento el hombre que había entrado y que solo había dirigido su mirada, en que se veía una impura codicia, á Estrella, reparó en Yaye.

Entonces se pintó en su semblante una expresión feroz, y dirigiéndose al joven exclamó:

—¿Quien sois? ¿quien os ha introducido aquí?

Yaye, no contestó á aquel hombre: volvióse hácia la puerta por donde había entrado y exclamó.

—¡Ola! ¡á mí!

Un monfí entró inmediatamente en la cámara.

—¡Oh! ¿que es esto? gritó el soldado arrojando una feroz mirada á las dos mujeres, y poniendo mano á su daga, única arma que tenía consigo.

—Desarma á ese hombre, dijo Yaye al monfí que había quedado inmóvil á pocos pasos de la puerta por donde había entrado.

En este momento la situación de las personas de nuestro cuadro era la siguiente: Estrella estaba de pie de-

lante del lecho ocupado por su madre; Yaye en medio de la cámara; el soldado servidor del capitán, á pocos pasos de la puerta de entrada, y el monfi que había acudido á la voz de Yaye, á igual distancia de la otra puerta de servicio.

Aquella situación solo duró un momento: el soldado avanzó hácia Yaye, daga en mano, y el monfi, rodeándose la capa al brazo, se colocó de un salto entre el emir y su agresor, recibió una puñalada de este en su capa, le asió, le desarmó, apretándole la mano derecha con la fuerza de unas tenazas de hierro, le doblégó, y quedó inmóvil sujetando al soldado por el cuello.

Este rugía.

—¿Qué más hombres que tú hay en la casa? dijo Yaye.

El soldado continuó en sus inútiles esfuerzos por desasirse de los puños del monfi, que le oprimía con una fuerza salvaje, pero no contestó.

El monfi comprendió que era una irreverencia punible en aquel hombre, el no contestar á la pregunta del emir, y le apretó el cuello de una manera despiadada.

El soldado lanzó un grito de dolor.

Yaye repitió su pregunta.

—No hay más hombre que yo, dijo, cediendo á aquella especie de tormento, el soldado.

El monfi comprendió que debía aflojar sus dedos y aflojó.

—¿Y qué otras personas hay en la casa? continuó Yaye.

—Una vieja cocinera y una criada.

—¿Donde están?

—En la cocina.

—Llévate á ese hombre, dijo Yaye al monfi.

El monfi ariastró consigo al soldado que no se podía valer.

—¿Pero qué quereis hacer conmigo señor? dijo todo trémulo el soldado.

—Llévate á ese hombre, repitió

Yaye; que le aseguren los otros de modo que no pueda escaparse ni gritar, y tú vuelve.

El monfi hizo un esfuerzo y, en silencio, siguió arrastrando consigo asido del cuello y doblégado á aquél hombre, y desapareció por la puerta de servicio.

—¡Ah! exclamó Estrella: Dios ha tenido al fin compasión de nosotras y os ha enviado para salvarnos. ¿Pero nada temeis caballero?

—Nada absolutamente, señora; descansad en la confianza de que sois libres, ¡ay! ¡Ojalá que como he podido libertaros pudiera devolver la salud á vuestra madre!

—¡Oh! yo soy en este momento muy feliz, caballero, dijo la enferma: no sé por qué creo que vos sereis para mi hija un doble apoyo, un hermano, y muero tranquila.

—¡Oh, madre mía! acaso... si Dios tuviera misericordia denosotras... exclamó Estrella; ya que hemos encontrado un corazón generoso que nos ampara...

—No, no hija mía, dijo la enferma con acento débil y cansado... esto se acaba... se acabará dentro de algunos momentos... y luego... quedando tú amparada, me importa poco morir... acercaos, caballero... acercaos.

Yaye adelantó.

—Dentro de poco, dijo la moribunda, mi hija habrá quedado sola sobre la tierra... es demasiado hermosa para que no corra mil peligros... sin embargo, mi hija tiene unos parientes que no la conocen; mi padre el duque de la Jarilla...

—¡El duque de la Jarilla! exclamó Yaye.

—Yo no puedo deciros lo que quisiera; necesito reconcentrar mis fuerzas para hablaros; me muero... es preciso que concluya... si mi padre hubiere muerto... si los parientes de mi

hija no la reconociesen... no la amparasen...

—Vuestra hija, señora, tendrá en mí un hermano, un hermano poderoso.

—¡Un hermano poderoso! exclamó con admiración la moribunda. ¿Quién sois pues?

—Soy rey de los monfies de las Alpujarras.

—¡Rey! exclamaron á un tiempo con asombro la moribunda y Estrella

—Diez mil hombres, tan fuertes y tan valientes como el que acaba de apoderarse del infame servidor de ese infame capitán, obedecen mi voz.

—¡Ah! ¡pero sois moro! ¡sois infiel! exclamó con desaliento la moribunda.

—¿Y bien, un moro no puede ser caritativo y caballero? exclamó con orgullo Yaye.

—¡Oh! sí, sí, exclamó la enferma con acento inspirado: todo lo espero de vos, todo, y creo, añadió con acento solemne, Dios me lo dice en mis últimos momentos... vos sereis más que un hermano para mi pobre Estrella... mi pobre Estrella puede ser para vos... la salvación de vuestra alma.

La imprevista predicción de la moribunda, hizo sentir á los dos jóvenes una impresión indefinible, misteriosa, desconocida: Yaye miró de una manera involuntaria á Estrella, y encontró los ojos de esta fijos de una manera ardiente en los suyos.

Pero instantáneamente los dos jóvenes bajaron los ojos: Yaye estaba profundamente pálido, Estrella encendida con un magnífico rubor que había dado á su semblante las tintas de una rosa de Alejandría.

—¡Oh! ¡sí! ¡sereis más que hermano y hermana! dijo la moribunda que había aspirado la conmoción de entrambos jóvenes.

Luego asió sus manos y las unió.

Dominados por la situación, por el fuego febril que les comunicaban las

manos de la enferma, por un impulso poderoso, los dos jóvenes cayeron de rodillas á los piés del lecho, continuando de una manera fatal con las diestras enlazadas.

—Sí, sí, continuó la moribunda: Dios me inspira: sereis más que hermanos hijos míos... sí, pronto ó tarde á pesar de todos los obstáculos que se crucen ante vosotros, sereis esposos.

—¡Esposos! exclamaron con asombro los dos jóvenes.

Y por una fatalidad creciente, sus manos continuaron enlazadas y se estrecharon con fuerza.

La moribunda puso sus diáfanas manos sobre sus cabezas, y los bendijo.

En aquél momento Yaye se levantó, asombrado de lo que pasaba por él: aquella era una complicación más en su vida.

Al levantarse, vió que dos monfies estaban en la cámara.

¿Había enviado Dios á aquellos hombres para que sirviesen de testigos á aquella especie de casamiento hecho por las manos de una madre moribunda, manos que parecían consagradas por lo solemne de la situación y por el sufrimiento, casi por el martirio?

Yaye procuró lanzar de sí aquella pesadilla, poniéndose en contacto con la vida real.

Y separándose de Estrella y del lecho, se dirigió á los monfies.

—Seguidme, les dijo, y desapareció con ellos por la gran puerta de entrada.

—¡Oh! ¿qué habeis hecho? ¿qué habeis hecho, madre mia, exclamó Estrella?

—Obedecer á una inspiración de Dios, contestó la moribunda: ese joven será tu esposo, Estrella... ese joven será el padre de tus hijos... debes consaprarte á él, hija mia...

—Pero si él me desdenara...

—¿No crees que Dios baje á ilumi-

nar los ojos de los moribundos que han sido mártires? dijo la enferma.

—¡Oh madre mia! ¡si os engañárais!... ¡si os engañárais, yo sería muy desgraciada, porque!...

—¿Por qué?

—Porque le amo desde el día en que le ví en el meson de las Alpujarras.

—Y Dios te ha enviado el hombre que amabas, y á quien no esperabas volver á ver, en el momento en que vas á quedar sola en el mundo... Dios te ha enviado en él un protector... ámale hija mia, ámale, con toda tu alma; vive solo para él, y, sobre todo, procura apartarle del error; que el amor le convierta al cristianismo, como mi amor convirtió al cristianismo á tu padre, que también era rey de un pueblo de infieles: él ha salvado tu cuerpo de la esclavitud; salva tú su alma...

—¡Oh, madre mia!

—Y escucha; si mi padre el duque de la Jarilla te reconoce; si, por un caso, que bien pudiera acontecer, mi padre no tiene hijos varones; si tú eres la heredera de su nombre y de su grandeza, no reniegues de ese jóven, Estrella mia: recuerda siempre que á él ha debido tu madre una muerte tranquila, la seguridad de que no quedas abandonada, y los auxilios de la religión. Ahora ve, y con la llave que te he dado, abre un cofrecillo que encontrarás en el cajón de aquella mesa. En él está el relato de mis desventuras, que he escrito mientras tú dormías en estos últimos tiempos; relato que no es otra cosa que la revelación que te hice antes de que apareciese ese jóven. Hay también con ese manuscrito una declaración de tu padre y su conversión al cristianismo; además, tienes mi retrato del tiempo en que yo tenía tu edad; nadie, viendo ese retrato, y conociéndote, puede negar que eres mi hija; ve, recoge esos papeles, guárdalos y déjame que me pre-

pare entre tanto, para recibir al sacerdote del Señor.

Estrella fué á la mesa, abrió su cajón, y buscó en él el cofrecillo y los papeles.

Entre tanto Yaye había recorrido la casa con los dos monfies.

Era extensa y rica: estaba perfectamente alhajada en las habitaciones superiores, y se comprendía que quien la habitaba, estaba acostumbrado á vivir con lujo y con grandeza.

Yaye no encontró en ella más seres vivientes que las dos domésticas de que le había hablado el soldado prisionero, y á las que encerró en un aposento retirado, y un caballo perteneciente, sin duda, al criado del capitán.

Yaye franqueó la puerta principal de la casa, y lanzó un silbido.

Inmediatamente los seis monfies que estaban extendidos en la calle de San Gregorio el alto, se agruparon á la puerta.

—¿Habeis visto pasar, les dijo Yaye, al wali Harúm?

—Sí, poderoso señor, contestó uno de los monfies; ha pasado en dirección á San Gregorio.

—Pues bien; esperadle uno en la avenida, y cuando llegue con el Viático, decidle que llame por esta puerta.

—Muy bien, poderoso señor.

—Además, id por una litera, y tenedla preparada: dos de vosotros entrad; dejad las capas, los sombreros y las armas, como si solo fuérais criados; encended las linternas del zaguán y de las escaleras, y esperad á que llame el wali Harum; los otros á sus puestos.

Yaye se volvió para adentro con los dos monfies que hasta allí le habían acompañado, y por otra comunicación que había descubierto al registrar la casa, con la cámara del capitán, abrió la puerta secreta y envió aquellos dos

monfíes á su apostadero de la mina; luego, se encaminó á la cámara á que correspondía el dormitorio de la moribunda, y miró por la puerta entreabierta.

Estrella estaba inclinada sobre el lecho de su madre y sin duda lloraba.

En la casa, de que por tan completo se habia apoderado Yaye, dominaba un profundo silencio.

Yaye se retiró de la abertura de la puerta y se puso á pasear, profundamente pensativo, á lo largo de la cámara.

Lo que le acontecía era verdaderamente extraordinario.

Su corazón y su cabeza empezaban á no entenderse; sus ideas á embrollarse; recordaba á doña Isabel casada, viuda y virgen, y esto hablaba á sus deseos; pero seguidamente recordaba á doña Elvira como un sueño de voluptuosidad, como una creación fantástica, como una mujer divina, á quien habia pertenecido, en cuyos brazos habia apurado inefables delicias, sin recordar su pasado, sin sentir más que el presente, cuando aún duraba la perturbación de sus facultades á influjo de la dolencia; después, y quemándole el corazón como un hierro candente, venía el recuerdo de la princesa mejicana, á quien habia visto por la primera vez de una manera casual, á quien de tan extraño modo, y por tan imprevisto camino habia encontrado de nuevo necesitada de su amparo, al lado de su madre moribunda... luego el poder misterioso, que, ya fuese por la situación, ya por otra causa distinta, habian ejercido sobre él aquellas dos mujeres; la predicción de la moribunda, el enlazamiento de sus manos, y aquella bendición solemne, aquella especie de esponsales en los cuales ninguno de los dos jóvenes se habia obligado por una palabra; pero que estaba casi como aceptada, como consumada por

aquel nervioso é involuntario estrechamiento de sus manos, en el acto de recibir la bendición materna.

Yaye, pues, tenia razón para no saber qué hacer ni qué pensar: habia abandonado por fanatismo á Isabel, habia sido cruel con ella, habia dejado que se llevase á efecto su casamiento con Miguel López. Por resultado de aquel casamiento habia caído él mismo, como herido por un rayo, y habia sido asesinado Miguel López (porque Yaye no sabia otra cosa); entregado á una mujer que le amaba, á doña Elvira, habia llegado de una manera fatal hasta el adulterio, y por último, al verse libre por un acaso, habia caído en poder de otra mujer, con la cual podía decirse, ó al menos la exagerada sensibilidad de conciencia de Yaye se lo hacia creer, estaba moralmente casado; su padre lloraba desolado su pérdida; Abd-el-Gewar, su ayo, estaba igualmente aterrado por la ignorancia de su destino, y por último, influía en él su alta posición de emir de un pueblo, aunque reducido, enérgico, indomable, valiente, sobre el cual estaban fijas las recelosas miradas del rey de España y de sus lugartenientes en Granada.

Apesar de esto, la virtud culminante de Yaye, la caridad, le retenia allí, en aquella cámara, como protector de dos mujeres tan desgraciadas como aquellas.

La imaginación, pues, de Yaye, era un caos; una máquina de pensamientos contrarios, que fatigaban su cerebro y le lastimaban; pensamientos embrollados, de cuyo laberinto queria en vano salir; problemas difíciles, cuya resolución se afanaba en vano por alcanzar; dificultades, contra las cuales gastaba en vano toda su actividad.

Abrióse la puerta de entrada de la cámara, y un monfi con todas las trazas de un lacayo, dijo:

—Poderoso señor: el wali Harum y dos sacerdotes cristianos con los Oleos yos me siguen.

—Adelante, adelante, dijo Yaye, despojándose de su gorra, á punto que se oyó la campanilla del Viático y se inundó de luces la antecámara.

La puerta se abrió de par en par.

Un sacerdote revestido entró, llevando el copón en las manos; á su lado iba un monago, agitando una campanilla; tras este sacerdote venia otro, que llevaba entre sus manos el Santo Oleo, y luego un sacristán con una linterna.

El sacerdote que conducía el Viático entró en el dormitorio.

Poco después Estrella salió llorando, y se quedó de pié, en silencio, al lado de una mesa, junto á la cual, silencioso é impresionado, estaba Yaye; el sacerdote que llevaba consigo la Extremaunción, quedó en la cámara con el sacristán y los acompañantes del Viático.

Durante algún tiempo nada se oyó en el dormitorio; sin duda la moribunda estaba confesando; pero un cuarto de hora después, se oyó dentro la campanilla. Estrella cayó de rodillas con las manos cruzadas sobre el pecho; los asistentes se arrodillaron á su vez, y Yaye se arrodilló lentamente, y, aunque musulmán, rogó á Dios por la salvación de la moribunda; los dos monfies que habian quedado á la puerta, se arrodillaron también, imitando á su señor.

Y cuando todos estaban arrodillados, cuando todos oraban, cesó de repente la campanilla, se abrió la puerta, y el monago que habia penetrado con el sacerdote, dijo con voz atiplada de niño de coro, y con la frialdad de quien está acostumbrado á tales situaciones:

—¡Señor licenciado Dávalos! ¡acudid, acudid pronto con la Extremaunción, que la enferma se muere!

—¡Mi madre! exclamó Estrella, y dió algunos pasos hácia el dormitorio; pero se detuvo, vaciló, y cayó desmayada entre los brazos de Yaye.

.....

Media hora después, nadie quedaba en la casa del capitán Alvaró de Sedeño, á excepción de un cadáver de mujer.

Yaye habia dado con sus monfies un golpe de mano; habia trasladado, desmayada aún, en una litera, á Estrella, á la linda casa que le habia buscado Harum, y habia mandado retirar los monfies del subterráneo de la casa del capitán y de la calle de San Gregorio.

El criado de Alvaro de Sedeño, y las dos criadas, habian sido conducidos á la casa de Yaye, y encerrados en los sótanos.

Las huellas habian quedado borradas, y nadie hubiera creído que por aquella casa, donde solo quedaba la muerte, habian pasado los monfies.

CAPÍTULO XIV.

EN QUE SE SABE POR QUÉ HABIA DEJADO SU CASA EL CAPITÁN ESTROPEADO.

Retrocedamos un tanto á la madrugada del día anterior, en que el capitán Sedeño habia salido de Granada en dirección á las Alpujarras.

Urgente debía ser el motivo que á ellas le llevaba, puesto que aguijaba su caballo todo cuanto podia correr el animal, sin cuidarse de si reventaría ó no.

Antes de llegar al Padul, entró en una venta, pronunció algunas palabras en árabe al oido del ventero, y le entregó el caballo; poco después el ventero sacó otro caballo enjaezado con los arneses del primero, montó el capitán, aunque cojo, con la misma facilidad que pudiera haberlo hecho

un hombre sano, y tomó de nuevo el camino con toda la rapidez de que era capaz su nueva cabalgadura.

Cuatro veces mudó de caballo en la misma forma, y antes de las ocho de la mañana, dejando á un lado la villa de Orgiva, tomó por la misma loma y por el mismo barranco que al principio de esta historia vimos tomar á Yaye y á Adb-el-Gewar.

Al llegar al bosque de pinos, lanzó un agudo silbido, y algunos monfíes adelantaron.

Mostróles el capitán un pergamino enrollado, leído el cual por el wali que mandaba los monfíes, le hizo desmontar, le vendó los ojos, le prestó su brazo para servirle de apoyo y de guía, y llevando otro de los monfíes el caballo del diestro, se introdujeron en la selva; atravesaron estrechos y pendientes senderos, bajaron á un profundo barranco, prepararon por entre las breñas á una gigantesca cueva, y cuando estuvieron dentro, el wali se llevó una pequeña corneta á los labios y dejó oír un toque particular.

Poco después se vió moverse una enorme roca, y dejar patente una puerta de hierro, abierta también.

Entraron el wali, el alférez y el monfi que llevaba el caballo, y la puerta volvió á cerrarse.

Allí imperaban ya las tinieblas: de trecho en trecho una linterna clavada en la pared de una ancha mina abovedada, determinaba una escasa luz: al pié de cada una de aquellas linternas y como centinela, se veía un monfi armado.

A pocos pasos que adelantaron en la mina, el monfi que conducía el caballo torció por una de las galerías que á trechos se veían á derecha é izquierda, y el wali y el alférez, continuaron solos la mina adelante.

Al fin de ella llegaron á un ensanchamiento octógono de muros y bóve-

da árabe de ladrillo agramilado, á cuyo frente se veía una puerta ornamentada, y delante de ella una numerosa guardia con ostentosos trajes musulmanes.

El wali que conducía al alférez habló algunas palabras con el wali de la guardia, é inmediatamente aquel abrió con una llave dorada la puerta, dando paso al wali y al capitán Sedeño.

La puerta volvió á cerrarse.

Entonces el wali quitó la venda al capitán.

Se encontraban ya en la parte maravillosa del alcázar subterráneo.

Era una magnífica galería sustentada por arcos calados sobre columnas de alabastro: bellísimas lámparas producían á través de sus velos de gasa una luz lánguida; cubría el pavimento una muelle alfombra; veíanse de trecho en trecho, é inmóviles como estatuas, esclavos negros, vestidos de púrpura, y era por último, aquella galería, el magnífico ingreso de un alcázar admirable.

Signieron adelante, atravesando galerías y cámaras, hasta llegar á una, en cuya puerta hizo esperar el wali á Sedeño.

Poco después salió, y dijo al capitán:

—El poderoso Yuzuf, padre del elegido de Dios Muley Yaye-ebn-Al-Ahamar, emir de los monfíes de las Alpujarras, te espera.

Alvaro de Sedeño entró en una ostentosa cámara, y se despojó respetuosamente de la gorra.

En aquella cámara, pensativo y triste, se paseaba un anciano, sencilla, aunque magestuosamente vestido.

Cualquiera al verle con su blanca toca revuelta á la cabeza, su caftan negro y su ancho y flotante albornoz blanco, le hubiera tomado por un patriarca de los antiguos tiempos.

Alyaro de Sedeño adelantó cojeando, y dijo á cierta distancia del anciano:

—Que Dios el Altísimo y Unico, te guarde, poderoso Yuzuf.

El anciano se detuvo, y miró de una manera profunda y severa á Sedeño.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Vengo á verte, poderoso Yuzuf, impedido por muchas razones.

—Siéntate, le dijo el anciano, señalándole un diván.

Sedeño se sentó: Yuzuf se sentó junto á él.

—¿Hay en los aposentos cercanos alguien que pueda oírnos? dijo el capitán.

—Cuál de los míos, dijo con autoridad Yuzuf, se atrevería á exponer su cabeza por satisfacer sus oídos?

—Puesto que nadie más que tú puede escucharme, dijo el capitán, escúchame, emir.

Yuzuf tomó una altiva actitud de atención, y el capitán Sedeño empezó de esta manera:

—Será preciso que me otorgues algún tiempo y alguna paciencia, señor: necesito recordarte cosas que tú parece haber olvidado.

Frunció el cano entrecejo Yuzuf.

—Nada tiene de extraño, que tú, en medio de los cuidados que te cercan, continuó el capitán, olvides los asuntos de un hombre como yo, que comparado contigo en fuerza y en grandeza, soy lo que sería un grano de arena comparado con una roca; por lo mismo reclamo tu indulgencia para mis palabras.

—Al asunto, al asunto, Sedeño, dijo Yuzuf con impaciencia; graves pensamientos me ocupan, y solo me he prestado á escucharte, suponiendo que te traía á mi algún empeño de gran interés.

—Vuelvo á reclamar tu indulgen-

cia, señor, y procuraré ser todo lo breve posible.

Hace cuarenta años, cabalmente los de la edad que tengo, que un matrimonio castellano, fué asesinado entre las breñas de las Alpujarras. El era un soldado hidalgo que iba al pueblo de Orgiva; ella una hermosa jóven de las montañas de Santander: la mujer, cuando fué asesinada, llevaba entre sus brazos un niño. Aquel niño era yo. Los asesinos de mi padre, fueron los monfies de las Alpujarras.

—Tu padre era enemigo nuestro; un hombre cruel como tú, que perseguía encarnizadamente á los monfies, y por el cual muchos de ellos perecieron ahorcados en las plazas públicas.

—Bien: comprendo que en mi padre matárais un enemigo; pero mi madre....

—Los cristianos esclavizan, azotan acuchillan y queman á las moriscas, exclamó sombríamente Yuzuf.

—El delito de otro no disculpa el delito propio, contestó con energía Sedeño.

—Y sin embargo, tú eres un hombre cubierto de delitos.

—No importa eso. Yo extermino á mis enemigos cuando puedo, y procuro satisfacer mis deseos, ni más ni menos que tú, como todo el que se siente con fuerzas y medios para obrar. Pero volviendo á mi historia: el puñal de los asesinos que no se había detenido ni ante el valor del padre, ni ante la hermosura ni las lágrimas de la madre, y que ciertamente no se hubiera detenido ante la debilidad del hijo, fué contenido por un hombre generoso y valiente: aquel hombre era tu padre, emir entonces de los monfies.

Envióme misteriosamente á la justicia de Orgiva, es decir, hizo que sus gentes me depositasen una noche en la puerta de la iglesia de la villa,

con este papel puesto entre sus ropas.

El alférez sacó una cartera, y de aquella cartera un papel tosco y amarillento.

«Corregidor de Orgiva, decía aquel papel: ahí te dejamos al hijo del alférez Pedro de Sedeño, el cruel, á quien hemos dado muerte en castigo de sus crueldades. Su mujer ha sido muerta también por lo que se gozaba en los sufrimientos, en el martirio de nuestras mujeres. Hemos perdonado al inocente, y te entregamos ese niño. Críale con esmero, para lo cual encontrarás todos los meses una cantidad bajo la puerta de tu casa. ¡Y ay de tí si ese niño no recibe la crianza de un hidalgo!—Los monfíes.»

—Ya ves, que si mi padre hizo morir á los tuyos, cumpliendo estrictamente con la justicia, te aceptó por hijo.

—Yo he pagado en tí á tu padre mi deuda; he sido un servidor leal; he vertido mi sangre por vosotros, enemigo de mi Dios y de mi rey; yo cristiano y honrado por el rey.

—Sigue, sigue, y concluye.

—Hace quince años, cuando yo tenía veinte y cinco, fui acometido un día en que me entretenía en cazar en la montaña, por un crecido número de monfíes: sin herirme, sin maltratarme, me rodearon, se apoderaron de mí, me vendaron los ojos, y asiéndome de un brazo, me condujeron á este mismo sitio. Entonces te conocí, Yuzuf, me dijiste que tu padre te había encargado que velases por mí, y que cuando llegase á cierta edad, me propusieses si quería pertenecer á vuestro bando; yo sabía demasiado que todo lo que era, las galas que vestía, las armas que llevaba, el oro que guardaba en mis bolsillos, pertenecía á un protector generoso y desconocido. Yo le había concebido grande y fuerte, y ansiaba conocerle; cuando

entré en este subterráneo, cuando te ví delante de mí, todo lo que me rodeaba me deslumbró. Tú entonces, me revelaste la parte que yo ignoraba de mi historia, y me propusiste el que te sirviera de espía entre los cristianos, y en cuanto estuviese á mi alcance y tú me exigieses. Yo era agradecido, á más de agradecido ambicioso; sabía que mis padres habían muerto fatalmente, y que tu padre me había salvado; yo no sé si debí rechazar todo lo que viniese de los hombres que habían tenido sus puñales en la sangre de mis padres; acaso debí preferir una vida oscura á las riquezas y al poder que de repente habías desplegado delante de mis ojos; pero, en fin, bien ó mal hecho, juré servirte y te he servido.

—Yo en cambio te he pagado espléndidamente: te compré una plaza de capitán...

—Es verdad; me compraste una plaza de capitán en los tercios del reino y costa de Granada: tú tenías tus proyectos y yo te serví tan bien, te avisé tan á tiempo de cuantas expediciones de soldados salían contra nosotros, que por mi causa blanquean millares de huesos de soldados cristianos, muertos por los monfíes en las profundas ramblas de las Alpujarras.

—Por cada cabeza de cristiano, has recibido un precio Sedeño.

—Es verdad, y no me quejo; pero déjame continuar. Decía, pues, que lo importante de los servicios, que te prestaba, te impulsaron á emplearme en mayores empresas. Acababa de conquistar un hidalgo extremeño, Hernán Cortés, con un puñado de aventureros, un rico y poderoso imperio más allá de los mares. Decíase que en aquel imperio abundaban las perlas y las piedras preciosas, y que en el centro de sus desiertos había una montaña de oro. Tú necesitabas mucho dinero para llevar adelante tus

proyectos de reconquista sobre Granada, y volviste tu pensamiento á Méjico, á aquel imperio conquistado, donde, según fama, el oro y las riquezas se encontraban por todas partes. Tú fuiste uno de los innumerables ambiciosos que extendiste tus garras hambrientas hácia las Indias, ese nuevo mundo, que debía cubrir con su oro los andrajos del mundo viejo. Tenías confianza en mí; te convenía un castellano conocido ya bajo las banderas del rey de España, mucho mejor que uno de tus walies, para tus proyectos: entonces me compraste una compañía, por mejor decir, me diste dinero para comprar la licencia para reclutarla en las Alpujarras, y para ir á servir con ella en las Indias. Como el dinero todo lo alcanza, tuve la licencia para reclutar en las villas de las Alpujarras la gente: tu mismo escogiste entre los más feroces, los más valientes de tus monfies, cien demonios que debían llevar la desolación á Méjico, y asegurarte de mi fidelidad. Hace doce años que me embarqué con mi gente ó por mejor decir, con la tuya: en tres años que permanecí en Méjico antes de recibir las heridas que me imposibilitaron para las fatigas de la guerra, uno tras otro monfí, tornó á España trayendo para tí un tesoro.

—Es verdad.

—Ya lo creo. Desdichada la provincia rebelde donde entraba la compañía del capitán Sedeño: desdichada la tribu del desierto que se oponía á su paso. Las cabañas eran incendiadas, los hombres pasados á cuchillo, las mujeres cautivadas, y si á algún cacique se concedía la vida, solo era á trueque de cantidades inmensas, de tesoros que atravesaban los mares, llegaban á España, y venían á sepultarse en tu subterráneo de las Alpujarras. No puedes negar, Yuzuf, que te he servido bien, que me debes mu-

cho, y que tengo derecho á que me protejas.

—Y bien, ¿cuándo te he negado mi protección?

—Nunca, es verdad; pero ahora la necesito de nuevo, y creo que me va á ser difícil obtenerla.

—Pide.

—Antes de llegar á mi petición, es necesario que prosiga mi historia. Hace diez años, estaba de adelantado por el rey, sobre la frontera del desierto mejicano, uno de los señores más nobles, ricos y poderosos de España; se llamaba don Juan de Cárdenas, y era grande de España, bajo el título de duque de la Jarilla. Trabé conocimiento con él, por razón de hallarme con mi compañía sobre la frontera, y muy pronto nuestro conocimiento se trocó en amistad. Frecuentaba su casa, comía comunmente á su mesa, y era recibido por él en lo más reservado, y allí donde no entraban otras personas que su servidumbre.

En una de estas habitaciones interiores había un retrete, donde pasaba el duque la mayor parte del tiempo, y donde me había recibido muchas veces. En las paredes de aquel retrete no había más que un solo cuadro, pero aquel cuadro, encerrado dentro de un magnífico marco, estaba cubierto por un tapiz negro. Esta singularidad llamó extraordinariamente mi atención desde el momento en que reparé en ella; al fin un día, sin meditar si era ó no indiscreto, vencido por mi curiosidad, pregunté al duque la razón por la cual estaba tan lúgubramente velado aquel cuadro.

Los ojos del duque se llenaron de lágrimas.

—Mirad, me dijo, y comprended la razón de su luto y de la tristeza que me devora.

Y levantándose, descorrió el tapiz y me dejó ver el retrato de una dama como de diez y seis años, tan hermo-

sa, que no pudo menos de enamorarme.

—Esa, era, me dijo, doña Inés, mi hija única.

—¡Ha muerto! exclamé con sentimiento; porque me había interesado sobremanera aquel retrato.

—Sí, debe de haber muerto, me contestó. Me la arrebataron los idólatras en una sorpresa hace doce años; Calpuc, el terrible Calpuc, el rey del desierto. Debe haber muerto, sí; porque ella habrá preferido la muerte á la deshonra.

El duque volvió á correr el tapiz, se enjugó las lágrimas, y yo me abstuve de hablar más sobre aquel asunto.

Pero desde aquel día, un proyecto audaz, en que tenía tanta parte el deseo que me había inspirado doña Inés de Cárdenas, como la ambición de llegar á ser rico y poderoso por medio de un servicio hecho al duque, me impulsó á una empresa difícil, arriesgada, en la cual se podían contar cien probabilidades de muerte por una de triunfo. Mi proyecto consistía en penetrar en aquellos desiertos erizados de montañas; en aquellas interminables sábanas de arena, en aquellos mares de flores y verdura, que se llaman praderas, y en aquellas selvas bravías, que cubren con su sombra centenares de leguas: buscar en aquella inmensidad á su rey, al terrible Calpuc, y si vivía doña Inés arrebatársela. Este era un proyecto que por su grandeza halagaba á mi orgullo, y para el cual sólo contaba con el indomable valor de los cien monfíes que formaban mi compañía de arcabuceros.

Una mañana al amanecer, sin avisar á nadie, sin pedir licencia al Adelantado, sin decir á mi gente á donde la conducía, pasé con ella la frontera y me interné en el desierto.

Cruzábanse cada día á mi paso in-

mensas turbas de mejicanos armados: nos acometían, y cada combate empeñado era para nosotros un triunfo fácil, al que nos llevaban, la codicia á mis soldados, á mí mi ambicioso empeño: las aldeas, ya estuviesen sobre la cumbre de una montaña, ya en el centro de una pradera, ya en las entrañas de las selvas, eran arrasadas ó incendiadas, los hombres muertos, las mujeres violadas y muertas también, para que no nos embarazasen; nuestros indios de carga y los esclavos á quienes dejábamos la vida para que condujesen las riquezas que arrebatábamos á los vencidos, marchaban entre nosotros agobiados con el peso del oro y de las piedras preciosas.

Los bosques eran incendiados por nosotros y nos precedía un torbellino de fuego; de en medio de aquel círculo inflamado, salían con la rabia de la desesperación, y nos acometían llenos de sed de venganza los indios: nosotros apagábamos con su sangre los ardientes troncos que encontrábamos sobre nuestro camino, y seguíamos adelante, como una tempestad, ébrios de riquezas y de sangre. Habíamos atravesado ya inmensas praderas, profundos y bramadores torrentes, selvas que sólo habíamos podido hacer accesibles por medio del fuego, y habíamos penetrado, después de atravesar una barrera de montañas, en una extensa comarca extremadamente fértil y deleitosa; al bajar por las montañas habíamos visto inmensas poblaciones, en medio de las fértiles vegas, y acá y allá antiguos monumentos, que demostraban que aquella comarca hacía centenares de años que estaba poblada.

Aquella era una provincia no descubierta aún por los españoles, porque nadie se había atrevido á penetrar donde nosotros habíamos penetrado.

En medio de aquella comarca extensa, sobre la llanura engalanada con su verdor, sus corrientes y sus árboles, descubrimos un objeto que nos hizo arrojar un grito de inmensa alegría; era una montaña que relucía á los rayos del sol de una manera deslumbrante: aquella era sin duda la famosa montaña de oro, que había llevado á tantos ambiciosos á la Nueva España.

Ya no hubo medio de contener el paso de los monfies; precipitáronse por las vertientes sobre la llanura, con la fuerza de la tempestad: las primeras poblaciones que encontramos fueron llevadas á sangre y fuego, y en vano el rey de aquel nuevo imperio, al que no habían podido proteger de nosotros sus triples barreras de arenales, bosques y montañas, había reunido lo más fuerte, lo más valiente de los suyos, para salirnos al encuentro: una y otra vez el rey del desierto, Calpuc, se había visto obligado á retirarse con enormes pérdidas hacia la montaña dorada, que venía á ser para los monfies una enseña enloquecedora que triplicaba su valor y sus fuerzas, y les hacía ejecutar hazañas increíbles por lo maravillosas.

Ni uno solo de los míos había muerto: acobardados los mejicanos por la pujanza española, nos cedían siempre el campo á las primeras descargas de mosquetería, y sus flechas envenenadas se embotaban en los colchados de que mi gente iba provista: al fin Calpuc se vió obligado á encerrarse en la población que le servía de corte.

Era esta pequeña, pero de buena apariencia; defendíala una pared de piedra, con saeteras, y sobre aquella especie de muro, se veía únicamente descollar la casa real y el templo piramidal, sobre cuya cúspide, según la horrible costumbre de los mejicanos, se veían pnestos en palos una

horrible fila de cráneos humanos. Más allá, al poniente de la ciudad, como á unas cuatro leguas de distancia, se veía la montaña dorada, y á lo lejos las extensas praderas y las azules rocas del Oeste.

Podía decirse que aterrada toda la población de la comarca, había abandonado sus habitaciones y se había refugiado en la ciudad de Calpuc: franco nuestro camino, aterrados los naturales, que no osaban venir ya en nuestra busca, fué imposible de todo punto contener la codicia de los monfies, cuyo único afán era llegar cuanto antes á la montaña de oro.

Un año habíamos invertido en penetrar hasta aquel punto desde las fronteras del desierto; un año durante el cual, todos los días nos habían presentado un combate, una matanza y un rico botín: nos habíamos visto obligados á dejar atrás numerosas riquezas por falta de brazos que las condujesen, y veíamos al fin, mis soldados la montaña de oro, y la ciudad de Calpuc donde, sin duda, si vivía, debía habitar doña Inés de Cárdenas, la hermosa hija del duque de la Jarilla, á quien no había podido olvidar desde que ví su retrato.

Aquella mujer á pesar de que no la conocía, sino por medio de una pintura, había logrado interesar mi corazón y mi cabeza de una manera profunda. Yo ansiaba para mi amor su hermosura, para mi engrandecimiento su mano. Era de presumir que salvándola yo de los idolatras, su padre no se negaría á dármele por esposa, y que el duque no tendría hijos á causa del estado de su salud, gastada en una vida de continuas disipaciones; podía, pues, llegar á ser, por medio de doña Inés, uno de los grandes más grandes de España, á cuya grandeza debían prestar un brillo y un poder inmensos, los tesoros que yo

pensaba aportar de la India á España.

Urgíame, pues, sobre todo, acometer la ciudad de Calpuc, apoderarme de ella y buscar á doña Inés: un presentimiento tenaz me decía que estaba allí, y algunas veces al ver sobre los terrados de la casa real dos mujeres vestidas de blanco, á quienes acompañaba un solo hombre, y que parecían mirar con interés al campo que habíamos levantado delante de la ciudad, yo me decía: una de aquellas dos mujeres debe ser doña Inés.

En vano pretendí llevar á mis soldados contra la ciudad: la vista cercana de la motaña dorada les fascinaba: al fin un día se me presentaron en abierta rebelión, y me fué necesario marchar al frente de ellos, dejando á uno de mis costados la ciudad, hácia el codiciado tesoro.

Pero á medida que nos acercábamos á la montaña esta cambiaba sinó de forma, de color: empezábamos á ver el color natural de la tierra entre la cual multitud de cuerpos brillantes destellaban los rayos del sol: al fin una noche en que la luna llena despedía una luz clarísima, la montaña cambió de aspecto: entonces parecía de plata.

Los monfies comenzaron á desconfiar de su portentoso hallazgo, y yo sabía ya á qué atenerme: aquella montaña que á larga distancia parecía de oro, herida por los rayos del sol, y de plata, cuando la iluminaba la luna, no era otra cosa que una cantera de pizarras brillantes.

Sin embargo los monfies quisieron llegar hasta ella, y solo cuando tuvieron en sus manos aquellas piedras engañosas, se convencieron de que sí, querían oro, era necesario buscarlo donde le habíamos encontrado hasta entonces: en las cascas y en los templos de los indios.

Volviéronse, pues, los deseos de

todos á la ciudad de Calpuc: en ella, como he dicho antes, se habían refugiado, llevando cuanto poseían, todos los habitantes de la comarca: debíamos, pues, esperar un botín riquísimo, y nos encaminamos decididamente á la población.

Pero antes de llegar á ella, nos salió al encuentro una embajada del senado: aterrados con nuestros continuos triunfos, los indios preferían un avenimiento. Esto convenía perfectamente á mis proyectos, porque en paz mejor que en guerra, podría esperar el descubrimiento de doña Inés. Exigí como primera condición, y según costumbre, porque la religión era el antifaz con que cubrían su codicia los españoles, que el templo idólatra se convirtiese en templo cristiano; que en vez del monstruoso simulacro de oro macizo que adoraban los indios, se colocase sobre un altar un crucifijo de madera; que se sepultasen los cráneos humanos que servían de trofeo al templo, y que, para evitar que aquel culto abominable se reprodujese, me entregasen el ídolo, y las alhajas del culto.

Con asombro mío los embajadores, en vez de negarse, asintieron á mi propuesta en nombre de su rey Calpuc, y del mismo modo consintieron en entregarme un fuerte tributo por cada uno de los habitantes de la ciudad; exigí, además, para mi seguridad y la de mi gente, que el rey viniese entre nosotros y entrase á mi lado en la ciudad, y que se entregasen á mis soldados el templo y las habitaciones de los sacerdotes.

Convínose la entrada en la ciudad para el día siguiente, y en él, á la hora convenida, se me presentó Calpuc, el terrible rey del desierto, con algunos de su magnates, y á pié, en contraposición de los caciques que hasta entonces había conocido, y que se hacían conducir en andas cubiertas

de oro, sobre los hombros de sus esclavos.

Maravillóme también que Calpuc llevase un traje puramente castellano, un birrete de brocado bordado con piedras preciosas, y únicamente, como distintivo de su dignidad, un manto de una tela fabricada con plumas. Los demás de su acompañamiento llevaban también algunas prendas castellanas: quién una gorra, quién un jubon ó unos gregüescos, ó simplemente unas botas. Esto me demostró que se me temía y se me adulaba, y me confirmó en esta idea, las inequívocas muestras de distinción que desde el primer momento me dispensó Calpuc; dióme la mano, á usanza de Castilla, y, lo que más me maravilló, me significó en buen castellano, aunque con un tanto de acento extranjero, lo dispuesto que estaba á mantener conmigo una amistad duradera, siempre que yo me prestase á razonables condiciones.

Después nos encaminamos juntos á la ciudad, yendo Calpuc á mi derecha y entre las filas de mis arcabuceros, y detrás los pocos caciques que le habían acompañado, la mayor parte de los cuales mostraban en sus semblantes el temor y la desconfianza.

Durante el corto trecho que anduvimos hasta llegar á la ciudad, el rey me dijo que se habían cumplido mis deseos respecto al templo, y que las habitaciones de los sacerdotes situadas á su alrededor, estaban ya dispuestas para aposentar á mis soldados.

En efecto, se veía desde el campo que los cráneos humanos, que el día anterior coronaban la parte más alta del templo, habían desaparecido, y en su lugar ví en sien astas de madera, banderolas de todos colores en señal de agasajo y alegría.

Era necesario desconfiar de este aspecto y de esta docilidad, atendido

el respeto y la adoración que los indios profesan á sus ídolos: era necesario estar preparados para rechazar una asechanza, y mis alféreces y sargentos, prevenidos por mí, habían hecho que los monfíes llevasen los arcabuces preparados y las mechas encendidas.

Cuando llegamos á una de las entradas de la ciudad, en la cual, para evitar yo el peligro de marchar á la desfilada por los estrechos callejones de todas las entradas de las poblaciones indias, había pedido que se abriera una brecha, lo que se había efectuado; al entrar por aquella brecha, nos salieron al encuentro una multitud de músicos á manera de juglares, con tambores, que batían á compás, y gran número de hermosas bailarinas que nos precedieron tocando y danzando hasta el templo, en el cual penetramos por una alta gradería.

Al penetrar en el interior ví con asombro, que sobre el pedestal en que sin duda había estado el ídolo, se alzaba un magnífico crucifijo de talla, y que nos salían al encuentro tres ancianos revestidos, ni más ni menos que como los sacerdotes católicos y con los mismos ornamentos.

Calpuc me indicó entonces el altar y me dijo.

—He ahí el Redentor del mundo, inclinad vuestra cabeza, capitán, y adoradle, puesto que os ha permitido llegar sano y salvo hasta estas apartadas regiones en medio de tantos peligros.

El acento de Calpuc era el de un cristiano lleno de fé, lo que aumentó mi admiración: prosternéme ante el altar, prosternáronse mis soldados, y únicamente el rey y sus magnates quedaron de pié, aunque en una actitud respetuosa, á un lado del templo.

Inmediatamente se celebró una misa; después de ella el más anciano de

los sacerdotes, me dirigió una corta plática en que enaltecía el valor y la fe que me habían llevado á aquellas remotas regiones, para extender en ellas el conocimiento de la divina verdad, y arrancar del error á aquellos infelices idólatras.

Después de esto, mi compañía se aposentó en las habitaciones que estaban alrededor del templo, desde las cuales dominaban á la población, y Calpuc me llevó consigo á su casa, á cuya puerta despidió á sus magnates y en la que penetró solo conmigo.

Aquella casa, que podía llamarse palacio, era de piedra, de un solo piso, y en el interior estaba revestida de maderas olorosas y ricas telas tejidas de plumas, oro y plata. Los pavimentos y los techos eran de cedro, y todo allí, con arreglo á las costumbres de los indios, era régio y maravilloso.

Calpuc me condujo por sí mismo, á través de muchos patios y habitaciones, y al fin, en lo más retirado de su palacio, se detuvo delante de una ensambladura, donde ni aún resquicio de puerta se notaba.

—Vais á entrar, me dijo, con acento grave y lleno de autoridad, donde solo han entrado hasta ahora, mi esposa, mi hija y esos tres sacerdotes cristianos que acaban de presentaros el santo sacrificio de la misa. Todo esto os parecerá extraño y maravilloso, y en efecto lo es. Por lo mismo espero que vos, obrando con la fe y el sigilo que cuando es necesario debe obrar un caballero, guardaréis un profundo secreto de cuanto vais á ver y á oír.

Prometiselo, y entonces Calpuc oprimió un resorte oculto y nos encontramos en una habitación alhajada enteramente al estilo de España: atravesamos algunas otras iguales, y al fin, Calpuc abrió una puerta, y me introdujo en una capilla ú oratorio á

cuyo frente había un altar y otro á cada costado.

En el centro no había imagen alguna, en el de la derecha se veía una imagen de talla de la Virgen de los Dolores, y en el de la izquierda otra de San Juan Evangelista; á los pies del altar de la Virgen había arrodilladas dos mujeres, que se levantaron sobresaltadas al notar mi presencia y se dirigieron á una puerta situada á la izquierda del altar del centro.

—Esperad y nada temáis, dijo Calpuc dirigiéndose á ellas: este caballero es mi amigo.

Las dos mujeres se detuvieron, se volvieron y adelantaron hácia nosotros, saludándome, una de ellas, con suma cortesana. Necesité hacer un poderoso esfuerzo sobre mí mismo, para contener mi conmoción. La dama que tenía delante, y que parecía contar veinte y ocho años, maravillosamente hermosa, y vestida con un sencillo traje blanco, era el original del retrato que había visto en casa del duque de la Jarilla; era, en fin, doña Inés de Cárdenas, su hija.

La que la acompañaba y me había parecido mujer por su estatura, era una niña como de nueve años, maravillosamente hermosa también; pero en cuyo semblante se veía el color dorado de la raza mejicana, los negriscos ojos que son tan comunes entre las indias, y el cabello profuso, rizado y brillante, que tanto encanto presta á su hermosura. Doña Isabel me miraba con curiosidad, y su hija, que indudablemente lo era, puesto que había heredado sus mismas formas, su misma hermosura, me miraba con un temor intintivo.

—¿Venís de España, caballero? me dijo doña Inés en excelente castellano.

—Hace un año señora, la contesté con la mayor naturalidad, que he atravesado la frontera del desierto por orden de su adelantado don Juan

de Cárdenas, duque de la Jarilla.

Noté que doña Inés se ponía sumamente pálida, y que Calpuc plegaba levemente el entrecejo.

—Este caballero es nuestro huésped, dijo Calpuc á doña Inés, que me saludó de nuevo, me hizo algunos cumplidos y se retiró llevando la niña de la mano.

Quedamos solos Calpuc y yo.

Necesitamos hablar á solas, me dijo, y comprendernos; tened la bondad de seguirme caballero.

Y por otra puerta, situada á la derecha del altar, me llevó, atravesando algunas habitaciones, á otra donde se encerró conmigo.

Noté que la disposición de Calpuc hacia mí había cambiado.

—Sentáos, me dijo, y cubriós capitán: estáis enteramente en vuestra casa: quiero que me tratéis con franqueza y que me respondáis lisa y llanamente á lo que voy á preguntaros. ¿Cuánto tiempo hace que habéis atravesado la frontera?

—Un año poco más ó menos, le contesté.

—¿Y decidís que el adelantado de la frontera os ha mandado penetrar en el desierto donde nadie hasta vos se ha atrevido á entrar?

—Sí señor, le contesté.

—¿Y cuáles eran las instrucciones que traíais? repuso mirándome fijamente.

—Las de reducir á la obediencia á los rebeldes que habian negado el vasallaje á S. M. el gran emperador nuestro amo.

—Estáis en un error, capitán, y lo estaba el adelantado al llamar rebeldes á los moradores del desierto: esto no es exacto: los hombres que han preferido huir de las poblaciones conquistadas, para internarse en estas soledades, para venir á buscar estas otras poblaciones, desconocidas aun para los castellanos, no son rebeldes,

porque ellos no han reconocido otros señores que los que á falta de Motezuma han defendido la honra y la libertad de los mejicanos: todo consiste en que en Méjico les queda aún mucho que conquistar á los españoles, en que en sus interminables soledades, en sus gigantescos bosques, en sus inmensas florestas, viven y vivirán siempre hombres, que prefieren la fatiga y la guerra á la paz de la servidumbre bajo la tiranía del conquistador. No nos llaméis rebeldes, capitán; la rebeldía es un crimen de que no me siento capaz; si alguna vez Calpuc jura fidelidad al emperador don Carlos, será su más fiel vasallo.

—En buen hora, contesté, que no seáis rebelde, pero el emperador, mi amo, es bastante fuerte para conquistarnos y os conquista: ya podéis juzgar: cien hombres solos han sido bastantes para penetrar hasta el interior del desierto y dictaros condiciones.

Yo habia aventurado mis últimas palabras para probar el temple de alma de Calpuc, y noté que las habia escuchado con un altivo desprecio: en vez de irritarle yo, él me habia irritado á mí.

—Lo que demuestra, dijo el anciano Yuzuf, interrumpiendo al capitán, que el rey de aquellas gentes valia infinitamente más que tú.

—Librete Dios, emir dijo profundamente el capitán, de verte frente á frente de Calpuc. Ese hombre tiene alma de demonio.

—No, yo creo que ese hombre tiene un alma valiente, que resiste con una fuerza prodigiosa á la adversidad; pero continúa, porque aunque he oido contar esa misma historia á Calpuc, quiero oír á entrambas partes; él te acusa de asesino y de bandido, y si yo no te protegiera....

Hizo un gesto de profundo desdén. Sedeno y exclamó:

—Calpuc vive porque le proteges tú, emir; pero continuemos, que tiempo tendremos sobrado para llegar á ese asunto.

El aspecto de frialdad con que Calpuc habia contestado á mi arrogancia, arrogancia á que me daban derecho cien victorias conseguidas contra aquellos bárbaros, sin perder un solo hombre, me contrarió.

—Habéis llegado hasta aquí, capitán, me dijo, porque Dios ha querido; porque Dios castiga en nosotros los pecados de nuestros padres y su ciega idolatría; Dios os ha enviado, no como la luz que alumbra, sino como la espada que hiera: sois un azote al que ha prestado Dios la fuerza de su brazo, y triunfáis porque es necesario, porque es preciso que triunféis: en una palabra, sois los verdugos de la justicia de Dios.

—Y sin duda para desarmar la cólera de Dios, le dije con marcada intención os habéis convertido al cristianismo.

—Me he convertido al cristianismo porque Dios ha querido que me convierta, me contestó con la gravedad peculiar á los indios.

—¿Y por qué si sois cristiano, resistís á las armas del emperador?

—¡Qué! ¿caso vuestro emperador ha nacido para esclavizar al mundo entero? contestó con desdén Calpuc.

—El gran emperador y rey don Carlos V es el monarca más grande de la tierra.

—Su grandeza es un crimen continuado, contestó Calpuc; pero dejemos vanas disputas. ¿A qué habéis venido aquí?

—Ya os lo he dicho: á conquistar tierras á mi amo el emperador, y á extender la fé de Jesucristo.

—Por ahí debíais haber empezado; pero la fé de Jesucristo no se extiende por medio del incendio, de la ma-

todo género de delitos: el que quiera extender la fé de Jesucristo debe de ser un apóstol y encadenar las almas por el ejemplo de su virtud y por la sabiduría de su palabra. Y si Dios os ha traído hasta estas remotas tierras, no ha sido por la gloria de su nombre; vosotros sois indignos de enaltecerla; os ha enviado como un castigo, y vosotros no peleais con el valor del león, excitados por la fé, sino por la sed de oro; habéis llegado hasta aquí atraídos por la fama de la montaña dorada, y os habéis encontrado con una roca de cristal. Si vuestros soldados hubieran sabido esto, no hubieran sido tan audaces. Para encontrar botín en abundancia, no es necesario penetrar en el desierto; si en vez de estar la montaña dorada después de esta ciudad, hubiese estado más allá, no hubierais pasado adelante. Sea como quiera, ¿cuanto oro será necesario para que nos dejéis en paz?

—Todo el oro que tenéis, todas las riquezas que atesoráis pertenecen á mi amo el emperador, le contesté.

—En buen hora, dijo Calpuc; vuestro será el oro del templo; vuestras las riquezas que encierran las casas de la ciudad; pero no serán vuestros los tesoros ocultos por nosotros en las entrañas de la tierra; tesoros, en comparación de los cuales, nada es cuanto habéis robado ó podéis robar, porque nosotros sabemos donde están las minas de oro y los bancos de perlas y las rocas que encierran el diamante. Si vuestro objeto no es otro que el de acumular riquezas, hablad; poned precio á nuestra libertad, recibidlo y partid.

—Escuchad, le dije: hay un medio de conciliarlo todo: al entrar he visto una niña.

Púsose sumamente pálido Calpuc.

—Esa niña es mi hija, me contestó.

—Pues bien, dadme vuestra hija

por esposa, y me quedo entre vosotros; os ayudo con mis invencibles soldados; fundamos un poderoso imperio al que no se atreverán á llegar los españoles y...

—¿Son esas vuestras últimas condiciones? dijo interrumpiéndome Calpuc.

—Decididamente.

—Pues bien, pensaré en ello. Entre tanto descansad; esta es vuestra habitación; no extrañéis si no me véis en algún tiempo, porque acaso me lo impedirán graves ocupaciones. Adios.

Y sin esperar mi contestación se perdió tras un tapiz.

Para mí todo lo que había visto y me había maravillado, el traje castellano de Calpuc, la pureza con que hablaba el castellano, la existencia de tres sacerdotes católicos en un país de idólatras, estaba explicado desde el momento en que encontré en el palacio del rey del desierto á la hija del duque.

Ella sin duda le había convertido, ella le había enseñado el habla castellana; su apóstol y su maestro había sido el amor.

Y nada tenía esto de extraño: doña Inés era una mujer bastante por sus encantos, por el poder de un no sé qué misterioso que se revelaba en ella, para convertir y enamorar á un dervís. Yo mismo comprendí que si doña Inés se empeñaba, á pesar de mis hábitos de bandido y de libertino, me convertiría.

Yo había ido por ella sola al interior del desierto, porque nunca había creído en la existencia de la montaña de oro, y porque, como decía muy bien Calpuc, para obtener grandes riquezas por medio del saqueo, no era necesario alejarse tanto de la frontera.

Yo había buscado al terrible Calpuc con un puñado de valientes, porque tenía indicios de que sí doña Inés

vivía, debía estar en su poder.

La había encontrado de una manera maravillosa; pero si bien la ambición me había impulsado hácia ella, el amor y un amor violento había sustituido en mi alma el lugar de los pensamientos ambiciosos desde que la ví.

Mi demanda para esposa de la hija de Calpuc solo había sido un pretexto para acercarme á doña Inés.

Sin embargo, una inquietud mortal me devoraba; había cometido indudablemente una imprudencia en pronunciar ante Calpuc el nombre del duque de la Jarilla; Calpuc se había mostrado receloso conmigo y era de temer que ocultase de tal modo á doña Inés que no pudiese dar con ella.

Sirvieronme de comer al uso de los naturales, en la habitación que Calpuc me tenía designada, y después de comer se me presentó un indio que hablaba medianamente el castellano, y me participó que su señor le enviaba, para que, si yo quería, me sirviese de guía y de intérprete en la ciudad.

Aproveché sus servicios, salí del palacio por un postigo que estaba muy cerca de mi habitación, visité los alojamientos de mi tropa, á la que encontré disuelta á todo, y recorrí después la ciudad. Notaba que por todas partes se fijaban en mí miradas recelosas, que las mujeres se escondían á mi vista, y que los agoreros predicaban de una manera enérgica, á pesar de mi presencia, en el lenguaje bárbaro de los sacerdotes indios, en medio de una multitud cabizbaja y silenciosa.

Algunos de estos agoreros, señalaban con rabia la cruz que había aparecido sobre el templo, y por sus gestos y violentos ademanes, podía comprenderse que excitaban á los indios á la insurrección.

Cuando ya cerca de la noche me

volví al palacio de Calpuc, y entré en mi habitación por el mismo postigo por donde había salido, noté que la ciudad había quedado entregada á una agitación sorda y amenazadora.

Ya había indicado yo á mis alféreces donde podrían encontrarme, yaunque mi situación era aislada y peligrosa, me llenó de alegría la idea de que una acometida por parte de los indios, me autorizaría para obrar sobre la ciudad como sobre país conquistado.

Inmediatamente que entré me sirvieron la cena.

Después me dejaron solo.

No pasó mucho tiempo cuando percibí un ruido leve en una de las habitaciones inmediatas. Mi primer pensamiento fué la sospecha de que acaso pensaban sorprenderme y asesinar-me, y á todo evento esperé de pie en medio de la cámara.

Poco después se levantó el tapiz de una puerta y en vez de un asesino entró una niña. Una niña hermosa como un ángel.

La niña se puso sonriendo uno de sus pequeños dedos sobre su pequenísima boca, y acercándose á mí me dijo con una hechicera confianza:

—Señor español, mi madre, que es española como vos, desea hablaros; pero para ello será necesario que me sigais sin hacer ruido; muy quedito y muy en silencio.

Despojéme de mis espuelas, y como no era de presumir que Calpuc se valiese de su hija para tenderme un lazo, me limité á llevar por única arma mi daga, que aún conservaba en la cintura; si por acaso no la hubiese tenido, imbiese seguido á Estrella, que así se llamaba la niña, enteramente desarmado; hacer otra cosa hubiera sido demostrar desconfianza ó miedo, y esto ofendía mi orgullo.

Estrella me asió de una mano, me sacó de la cámara, y me llevó á oscu-

ras por un laberinto de corredores y habitaciones. Al fin entramos en un departamento donde se aspiraba un ambiente cargado de perfumes, lo que demostraba que ya estábamos en las habitaciones de doña Inés.

Al fin Estrella levantó un tapiz y entramos en una magnífica cámara, iluminada blandamente por una lámpara, en cuyo fondo, sobre almohadones de pluma, estaba sentada una mujer vestida de blanco.

Era doña Inés.

La media luz que iluminaba la cámara, los brillantes muebles que la alhajaban, el traje blanco de doña Inés, su cabellera negra, magníficamente agrupada en trenzas sobre su cabeza, la ardiente melancolía de su semblante, la ansiedad que se pintaba en su mirada, todo, todo, hacía de aquella mujer una tentación viviente.

Doña Inés besó á su hija en la boca, la dijo algunas palabras al oído, y la niña, haciendo una señal de inteligencia, atravesó leve como una pluma la cámara y se perdió detrás de una puerta.

—Dispensad, caballero, me dijo doña Inés con un acento ávido, opaco y profundamente melancólico; perdonad que os haya molestado, y sentaos. Me habéis dicho que venís de España, que hace un año habéis penetrado en el desierto, y que ésto ha sido por orden de don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, adelantado de España en la frontera.

Doña Inés pronunció todas estas palabras con una precipitación febril.

Esperé un momento á que dominase su conmoción, y la respondí:

—En efecto, señora, el adelantado de la frontera, ha premiado mis largos servicios al emperador, haciéndome la honra de encargarme...

—¿Y qué encargo es ese?

—Hace diez años los indios sorpren-

dieron al adelantado, y le robaron una hija adorada.

—¿Y el adelantado, no se ha acordado en diez años de buscar á su hija? dijo con cierto sarcasmo doña Inés.

—El adelantado, señora, ha enviado uno y otro capitán, uno y otro tercio al desierto; todos han perecido.

—¿Y sólo vos habéis podido llegar?.....

Doña Inés se detuvo.

—Sí, sí señora, la dije con audacia, yo sólo he tenido la fortuna de encontraros.

—¡De encontrarme! ¡pues qué! ¿creéis que yo soy la hija del adelantado? ¿es esa señora la única española que por las vicisitudes de la guerra ha venido á parar á poder de los indios?

—Yo, señora, la contesté, no hubiera aventurado ninguna expresión, si no estuviese seguro de que vos sois doña Inés de Cárdenas.

—¡Que estáis seguro de que yo yo.....!

—Sí, por cierto, porque os conozco.

—¡Que me conocéis.

—He visto vuestro retrato en casa de vuestro padre.

—Sin duda os engaña la memoria.

—Suele suceder que la memoria engañe; pero jamás engaña el corazón.

Doña Inés afectó no comprender el sentido directo y audaz de mis últimas palabras.

—El corazón se engaña también, me dijo con la mayor naturalidad; á quinientas leguas de distancia, cuando se han atravesado bosques y desiertos, y se han visto muchas mujeres... es fácil...

—Sí, eso es fácil para un indiferente, pero no para un hombre que ama.

Era ya el tiro tan directo que doña

Inés no pudo desentenderse y adoptó un aspecto severo.

—Si creéis que yo soy hija del duque de la Jarilla; si habéis comprendido la posición que ocupó en esta casa, por más que yo no sea la mujer que creéis, me haceis una grave ofensa.

—Perdonad, pero no conozco bien vuestra posición.

—¿Y qué posición puede ser la mía, teniendo una hija, sino la de esposa de un hombre que profesa mi misma religión, y que es más ilustre que yo, puesto que es rey de unos dominios tan extensos como los del emperador don Carlos?

—Dominios que sin embargo se conquistan con cien soldados castellanos.

—Así lo quiere Dios, y es justo que así sea, dijo doña Inés. Pero no os mostréis tan orgulloso; hasta ahora solo habéis tropezado con pequeños caciques á los que os ha sido fácil vencer: no habéis encontrado un solo guerrero: todas esas turbas que habéis vencido, son restos de tribus aterradas, desmembradas, que han huido á los desiertos, despoblando la parte conquistada por los españoles. Pero ahora os encontráis en la primera ciudad de otro imperio fuerte y poderoso que no se ha aterrado todavía, y que está acostumbrado á vencer á los españoles. ¿No sabéis de boca del mismo adelantado de la opuesta frontera, que á pesar de sus murallas, de sus cañones y de sus soldados castellanos, los idólatras le arrebataron su hija de su mismo palacio?

—¡Oh! ¡al fin confesáis!...

—Me remito á lo que vos mismo me habéis referido.

—Pero os repito, doña Inés, que he visto vuestro retrato en la casa de vuestro padre, que no puedo desconocer, porque causásteis en mí una emoción profunda, y porque, en fin,

en nada habéis variado sino en haber acrecido en hermosura.

—¿Habéis hecho una campaña de quinientas leguas por mí, sólo por mí? dijo con un acento indefinible doña Inés.

—Vuestro padre...

—Mi padre, porque... sí, yo soy esa doña Inés que buscáis; mi padre ha tenido ocasión de saber de mí, ya enviando un indio de paz, ya por otros mil medios. No, no: mi padre me ha maldecido sin duda; mi padre ha renegado de su hija.

—Vuestro padre os cree muerta, señora; vuestro retrato está cubierto con un velo negro.

Doña Inés se conmovió, surcaron dos lágrimas sus blancas mejillas, y dijo con acento conmovido:

—Mi padre no podía creer que entre los idólatras hubiese un alma generosa, un gran corazón que me sirviese de amparo. Mi padre supuso y supuso con razón, que yo no podría sobrevivir á la esclavitud y al envilecimiento. Pero mi padre se ha engañado. Para ser completamente feliz, solo me falta respirar el aire de la patria, y vivir entre cristianos.

—¡Ah! ¡sois feliz!

—Cuanto puedo serlo en una tierra extraña habitada por idólatras. Si esto es maravilla, prestadme un tanto de atención y cesará vuestro asombro.

Mi padre os habrá referido cómo le fué arrebatada: los indios nos sorprendieron, pasaron á cuchillo á los españoles, y su rey penetró en nuestra casa y en mi cámara, en el momento en que la mano brutal de un salvaje me había arrancado de mi reclinatorio, donde pedía á Dios misericordia, y arrastrándome por los cabellos, levantaba sobre mí su hacha.

El valiente Calpuc me arrancó de las manos del terrible guerrero y para salvarme, me declaró su cautiva.

Todos respetaron á la cautiva del rey.

Después no recuerdo lo que sucedió; solo que cuando torné en mí, me encontré en un lecho portátil, conducido por cuatro indios, en medio de un ejército innumerable de salvajes que marchaban por ásperos y horribles desfiladeros.

Durante muchos días, hicimos pacíficamente el camino que vos, sin duda, habéis hecho, dejando á vuestras espaldas la muerte, la desolación, y el incendio: al fin llegamos á esta ciudad, y fui trasladada á este mismo palacio.

Durante el camino, mis ojos habían buscado en vano al jóven guerrero que me había librado de una muerte horrorosa. Un impulso de gratitud y un sentimiento que no podía explicarme me hacían pensar en él. Algunos días después de haber llegado á este palacio, me atreví á preguntar á las esclavas que me asistían, por el rey de aquella tierra.

Entonces un anciano sacerdote que había sido cautivado en la misma ocasión en que yo lo había sido, se me presentó y me dijo que el jóven rey del desierto, Calpuc, había ido á reprimir la insurrección de una de las tribus; díjome asimismo, que conmigo, además de él, habían sido libertados de la muerte otros dos sacerdotes cristianos y algunos soldados y mujeres castellanas.

—Ignoro la suerte que nos está reservada hija mía, añadió: creo que este rey es humano y generoso; pero en todo caso, antes que faltar á la virtud y á la fé de Jesucristo, es preferible el martirio.

Algunos días después, se me presentó el mismo Calpuc.

Era muy jóven, y ya le conocéis, y podéis comprender que posee dotes para hacerse amar. Yo no había pensado en que podría amarle; este pen-

samiento me hubiera llenado de terror: mis creencias, mi educación, mi altivez, todo se oponía en mí á este pensamiento, y sin embargo, ya os he dicho, que el recuerdo de aquel jóven que me había salvado, me inspiraba un sentimiento misterioso que no podía explicarme, que yo no creía que pudiese ser amor, y que atribuía á gratitud.

Fuése que por hacerse entender de mí, Calpuc hubiese procurado aprender el habla castellana, fuese que conociese algunas de sus palabras por la continua guerra contra los españoles, me hizo entender, aunque á duras penas, en nuestra primera vista, que nada tenía que temer, y que si me había llevado consigo á sus dominios, solo había sido por no dejarme expuesta á mil peligros.

Desde entonces todos los días me hacía una corta visita.

Lentamente el jóven indio fué comprendiendo mejor el castellano; al fin á los seis meses, se hacía entender perfectamente.

Yo también había comprendido lo que mi corazón no había podido ocultarme, esto es, que amaba al rey del desierto. Le amaba, sí, pero jamás le revelé mi amor, ni con una mirada, ni con una demostración de alegría á su llegada, llegada que yo ansiaba, para dar en el fondo de mi alma una expansión á mi amor.

Calpuc, por su parte, me trataba con el mayor respeto y con una indiferencia perfectamente afectada; pero ¿qué mujer no conoce si es amada ó no por un hombre á quien ve todos los días?

Sabía, pues, que le amaba y que era amada; pero estaba resuelta á morir antes que á pertenecer á un idólatra.

Pero nuestra mútua posición debía ser más íntima y más difícil; debía llegar un día en que viviésemos con-

tínuamente juntos, en que comiésemos en un mismo plato, en que hiciésemos una vida común.

Aun no habían pasado seis meses, desde que había sido arrebatada á mi padre, cuando un día se me presentó Calpuc pálido y trémulo.

—Es necesario que seas mi esposa, castellana, me dijo, y que adores á nuestros dioses.

—¡Jamás! le contesté; jamás seré la esposa de un idólatra, ni me prosternaré ante el ara horrible que se riega con sangre humana.

—Escúchame, Inés, dijo Calpuc, sentándose á mi lado: los agoreros han dicho al pueblo, que una mujer que vive en mi palacio, me envuelve en la tentación y en la impureza; que esa mujer causará la completa ruina de los restos del imperio mejicano, y que, para aplacar á los dioses, es necesario que esa mujer sea entregada á los sacerdotes y sacrificada ante el altar.

El horror de esta terrible perspectiva me hizo estremecer.

—Y no es esto solo: los agoreros dicen que es necesario para asegurar la suerte del imperio, que sean sacrificados también tus hermanos de religión y de patria que han sido cautivados contigo.

—Pero tú eres el rey de esa gente, le dije.

—Mi poder, me contestó Calpuc, nada puede contra el poder de los sacerdotes. No hay otro medio para tí que ser mi esposa, y adorar á nuestros dioses, ni otro medio tampoco de salvar á esos infelices, si nó se prosternan ante nuestros altares.

—Pues antes que eso, ellos y yo, preferimos el martirio.

—Escúchame, Inés, me dijo Calpuc con acento profundamente conmovido, y asiéndome una mano, yo te amo.

Era la primera palabra, y la pri-

mera mirada de amor que se atrevía á dirigirme Calpuc.

—¿Y por qué me amáis, conociendo que yo no había de sucumbir á vuestros amores? ¿Pretendéis aterrarme para que consienta en ser vuestra esposa?

—No, no: dijo dulcemente Calpuc; yo solo quiero salvarte.

—Pero mi salvación es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque jamás renegaré de mi Dios.

Calpuc observó si podía ser escuchado de alguien, y luego llevándose á un ángulo retirado de la cámara donde nos encontramos me dijo:

—Yo no quiero que mueras.

Me miró de una manera apasionada durante un momento, y luego continuó.

—Si tú murieras, Calpuc se convertiría en el más feroz de los hombres.

—Pues bien, sé rey fuerte y poderoso.

—Y dime, ¿qué harían los españoles, si su emperador les mandase ofender al Dios de sus padres, y desobedecer á sus sacerdotes?

—¿Los españoles...? los españoles destituirían, exterminarían al emperador.

—¿Y por qué no habían de hacer lo mismo los mejicanos con un rey que les mandase arrojar por tierra los altares de sus padres?

—Pero los españoles adoran al verdadero Dios, y vosotros adoráis á Be-lial.

—La oración de mi madre resuena en los oídos de los guerreros de mi nación, cristiana, como la de tus abuelos resuena en los oídos de los tuyos. No te obligaré yo á que abandones á tu Dios...

—Y me exiges que reniegue de él.

—No, solo te pido que engañes á los hombres.

—¡Cómo!

—Guarda en tu corazón tus dioses; pero arrodíllate, para que mis sacerdotes dejen de aborrecerte, arrodíllate ante los nuestros.

—¡No, nunca!...

—¿Y la vida de esos desdichados? ¿y mi vida?

Calpuc se arrojó á mis pies.

—Es necesario que te resuelvas, continuó; no se pondrá el sol tras las montañas azules, sin que los sacerdotes me pidan una respuesta. Es necesario que la hermosa virgen se salve, y escucha: si no me amas no serás mi esposa, sino para los hombres, que se alimentan con lo que ven y con lo que oyen: Calpuc no se acercará á la virgen de su amor, sino para tenderse á sus pies y guardar su sueño. Calpuc amará á su hermana, pero es necesario que su hermana le llame esposo; es necesario que todos la crean esposa del rey, para que ninguno se atreva á pensar en matarla: ¡ah! si mi hermana muriera, Calpuc se convertiría en un tigre.

Los ojos del jóven salvaje centelleaban, y un amor inmenso se exhalaba por ellos: pero un amor tan respetuoso, tan sublime como ardiente.

Yo, aunque aterrada por la horrosa suerte que me amenazaba, me sostuve sin vacilar en mi resolución, y Calpuc desesperado llamó al más anciano de los tres sacerdotes cristianos.

Este consintió en persuadirme al fingimiento que de mí se exigía, pero con una condición solemne: exigió á Calpuc que se convirtiera al cristianismo.

—Nuestros dioses se alimentan con sangre humana, dijo profundamente Calpuc; nuestros sacerdotes son unos malvados, que vuelven en su provecho la fe de mis hermanos; muchas veces he pensado en que un dios de muerte y de sangre, no es el dios que

ha criado el sol, que es tan beneficioso, ni la luna que es tan bella, ni la tierra que es tan fértil, ni el mar que es tan grande, ni ese abismo tan azul, donde brillan innumerables los luceros. Mi padre que era un sabio y un justo me había dicho, estos sacrificios humanos nos traerán al fin la maldición de Dios. Por allí, por donde sale el sol tan resplandeciente, vendrán unos guerreros formidables que nos traerán, sobre mares de fuego y sangre, en castigo de nuestras culpas, otro Dios más benéfico. Yo escucho todavía la voz de mi padre. Calpuc, ha querido conocer á Dios, y los agoreros no han sabido mostrárselo. ¿Se lo mostrarás tu, anciano?

El licenciado Vadillo, que así se llamaba el sacerdote, aprovechó la buena disposición de Calpuc, y me decidió á que, para causar un gran bien, me prestase á unas formas externas, que en nada podían ofender á Dios, puesto que conocía la pureza de nuestras intenciones.

Imponderable fué la alegría de Calpuc cuando supo que yo consentía en cuanto era necesario hacer para que los sacerdotes idólatras renunciasen, ó por mejor decir, no pensasen en sacrificarnos.

Algunos días después era yo la esposa de Calpuc.

Esposa para el pueblo; hermana para él.

Lentamente el licenciado Vadillo y yo fuimos labrando la fé cristiana en el alma de Calpuc. Al fin un día, el día más hermoso de mi vida, el licenciado Vadillo bautizó á Calpuc en secreto, y en secreto también nos desposó con arreglo al rito de la Iglesia católica.

Entonces no fui ya la hermana, sino la mujer de Calpuc.

Un año después el cielo había bendecido nuestra unión dándonos á Estrella á mi hermosa Estrella.

Una capilla, la misma que habéis visto, fabricada por españoles, que habían venido á fuerza de oro, y construida con el mayor recato, había abierto para nosotros el fecundo manantial de vida de la oración y de las prácticas religiosas. Habréis reparado que habéis sido introducido por una puerta secreta en esta parte del palacio; que todas las habitaciones están iluminadas por ventanas abiertas en el techo; que nadie, en fin, puede sorprender lo que aquí suceda: el vulgo cree que estas habitaciones tan cerradas son las de las mujeres del rey, y nadie se atrevería á mirar ni á espiar el interior del sagrado recinto aunque le fuese posible. Mi esposo tiene adormida la suspicacia de los sacerdotes á fuerza de oro, y á fuerza de oro ha conseguido que no haya un solo sacrificio humano, á pretexto de que los sacerdotes dicen al pueblo, que los dioses están contentos y que no hay necesidad de aplacar su cólera con sangre. Los cráneos humanos que veríais ayer sobre el templo eran antiguos.

—Pues mucho me temo, dije interrumpiendo á doña Inés, que tanta felicidad no sea turbada por vuestra causa.

—¿Por mi causa? dijo doña Inés.

—Sí por cierto, porque vos sois la que me habéis traído aquí al frente de mis soldados.

—¿Y qué desgracia nos puede acontecer?

—Nuestros soldados han entrado triunfantes en la ciudad.

—Pero ha sido porque hemos hecho creer á los habitantes que tras vosotros venía un formidable ejército; ha sido porque yo no he querido que se vierta sangre de cristianos; porque deseo, en fin, que haya un acomodamiento entre los conquistadores y los naturales, y á propósito de ello quería hablar con el capitán de la bande-

ra española que se había presentado delante de nosotros.

—No me ha dicho lo mismo vuestro noble esposo, señora la repliqué.

—¿Ha hablado con vos mi esposo?

—Sí, me ha ofrecido tesoros porque me vuelva con mi gente á la lejana frontera.

—Eso consiste en que habéis cometido la imprudencia de nombrar á mi padre delante de mí.

—Pero en fin, señora, ¿á qué habremos de atenernos?

—Es necesario obrar y obrar pronto. Es necesario que marchéis, llevando á mi padre un mensaje que yo os daré para él.

—¡Partir! ¡partir, cuando se han hecho quinientas leguas y se han dado cien batallas por encontraros!

—Vuestra gente está perdida en la ciudad: solo por el temor de verse amonadados, dominados por un formidable ejército, han podido los naturales consentir en que se celebren las ceremonias de otra religión en el templo de sus falsos dioses: si mañana no aparece, como es imposible que aparezca, ese soñado ejército, innumerables ídolatrás embestirán á vuestras gentes, las sofocarán por su número y las sacrificarán á sus dioses, á fin de aplacarlos por la, para ellos, terrible profanación que se ha efectuado hoy en el templo; creedme, caballero, creedme; voy á hacer que busquen á mi esposo, á fin de que tratemos acerca de lo que conviene hacer, á propósito de establecer una buena inteligencia entre los españoles y los naturales, y esta noche partiréis..... ó si no partís seréis sacrificado..... lo que me pesaría sobremanera.

—Pues os repito, señora, que habéis acudido tarde, á no ser que lo que me proponéis sea una discreta industria para alejarme con mi gente.

—Os juro que nada hay en mis pa-

labras doble ni artificioso; si no os alejáis sois gente perdida.

—Pues creo que eso lo hemos de ver muy pronto, dije aplicando el oído, porque me pareció haber escuchado un disparo de arcabuz.

En efecto, no me había engañado; poco después, y partiendo del templo, retumbaba sobre la ciudad un cerrado fuego de mosquetería: oíanse distintamente los gritos tumultuosos de los ídolatrás, y dentro del mismo palacio se dejaba oír una animación terrible.

Estrella se presentó pálida en la cámara y se arrojó en los brazos de su madre, que se había levantado y fijaba en mí, que me había levantado también, una mirada fija y terrible.

—¿Qué significa esto, caballero? me preguntó.

—Esto significa que las gentes de la ciudad han acometido á mi gente, que, como es natural, se defiende. Por mi parte os juro que nada sé de esto, y que me pesa; pero lo tenía previsto.

—Pues bien, no saldréis de aquí, caballero, dijo una voz á la puerta.

Aquella voz era la de Calpuc, que se presentaba, no con el traje español con que se había presentado aquel día ante nosotros, sino con sus ostentosas vestiduras de rey mejicano, armado con un hacha corta y reluciente.

—¡Ah! ¡me habéis tendido un lazo! exclamé; ¡me habéis asegurado en vuestra casa, creyendo que mis gentes sin su capitán serian más fácilmente vencidas! Pero os habéis engañado: lo he previsto todo; no tardarán en llegar aquí mis soldados.

—¡Ah! ¡lo habíais previsto todo! dijo sombríamente Calpuc; ¡habéis venido no á extender la religión de Cristo, sino á robarme mi esposa! El duque de la Jarilla os envía, y contábais demasiado fácilmente con el logro de

nuestra empresa. Os habéis engañado capitán: habéis venido á morir á mis manos como un traidor.

Y adelantó hacia mí.

Yo desnudé mi daga, única arma de que, por imprevisión, estaba provisto: doña Inés se interpuso.

—No, no, exclamó: no vertamos más sangre que la necesaria para defender nuestros hogares.

—Nuestros hogares están acometidos é incendiados, exclamó con rabia Calpuc, y este miserable renegado, que blasfemaba la religión de Cristo, va á morir á mis manos.

Y rechazó con fuerza á su mujer.

Trabóse poco después una lucha desigual: yo solo tenía mi daga: el rey del desierto era valiente, vigoroso y ágil, y se defendía con las armas de que iba cubierto, de mis golpes. Para defenderme de los suyos me veía obligado á retroceder; oía ya cerca, muy cerca, los gritos y los disparos de arcabuz de mis soldados; un resplandor rojizo se veía al fondo en las habitaciones, por la puerta que habia dejado libre Calpuc: pero yo no podía ganar aquella puerta: las mujeres, asustadas, habian huido por otra; habíamos quedado solos el indio y yo: él estrechándose, yo retrocediendo: al fin me alcanzó un hachazo en el brazo izquierdo, luego otro en el resto. Caí, la sangre me cegó, el vértigo se apoderó de mí: sentí diferentes golpes de hacha en el cuerpo, y perdí los sentidos.

Calpuc me dejó tal como me ves ahora, con un costurón en el rostro, con una manga sin brazo, y con una pata de palo, á más de otras heridas profundamente señaladas en el resto de mi cuerpo.

Aquella negra aventura dió ocasión á que me llamasen mis compañeros primero y después todos los soldados de los tercios en que he servido, el capitán estropeado.

Debes tener también en cuenta, que en tu servicio he recibido estas heridas; ó por mejor decir, he perdido el agradable aspecto que antes tenía mi semblante; un brazo y una pierna: no debes olvidar esto, Yuzuf.

—¿Te mandé yo que penetrases en el interior de los desiertos de Méjico? dijo con desdén Yuzuf: si te llevaron á ellos tus vicios, esto es, tu lujuria y tu codicia, tuya, y sola tuya es la culpa: no en mi servicio, sino en el tuyo fuiste estropeado.

—Si, es cierto en alguna parte lo que dices; pero ten en cuenta, Yuzuf, que tú habías apurado los tesoros de tu padre: que la contribución que te pagaban las Alpujarras, no bastaba para alimentar á tus monfies, ni para sostener tu decoro de emir: que tú, como el emperador don Carlos, y como los aventureros y golillas españoles, habías pensado en América, en ese rico tesoro encontrado más allá de los mares por Cristóbal Colón: que para procurarte riquezas fué únicamente para lo que me compraste una compañía, y me diste ciento de los tuyos: que si no hubiera sido por tí, yo no hubiera ido á Méjico, no hubiera conocido al duque de la Jarilla, no hubiera visto el retrato de su hija, y no hubiera pasado de la frontera, donde, sin gran peligro y trabajo, se alcanzaban ricas presas. Recuerda, en fin, que en seis años que estuve por allá, llené tus arcas de oro para mucho tiempo.

—Y dime: ¿á quien debes tu salvación en tu descabellada excursión por el desierto sino á mis monfies?

—Es cierto: pero eso no quita el que te haya servido fielmente, y el que estés obligado á darme ayuda.

—Si me has servido fielmente, es porque te tenía sujeto: porque á tu lado y como afereces tuyos, iban hombres que no te hubieran permitido que me hicieses traición: si hubie-

ras podido, no me hubieras enviado ni un solo marco de oro: nada tengo que agradecerte, eres mi esclavo. Pero continúa, y sepamos á dónde vas á parar con tu extraño relato.

—Cuando volví en mí, me encontré dentro de una cabaña en el centro de un bosque; estaba en un lecho de pieles de búfalo, y enteramente solo: era de noche: una lámpara de hierro puesta sobre una piedra, alumbraba la cabaña: junto á mí, tendido en el suelo, y echada la cabeza sobre el lecho, dormía un hombre, y únicamente sus fuertes ronquidos interrumpían el profundo silencio que reinaba.

Yo estaba vendado, dolorido, débil: por el momento, nada percibí más que en conjunto: después pasé de la observación de los objetos exteriores á mí mismo, y me aterró: me faltaban un brazo y una pierna; el conocimiento de esta falta me hizo arrojar un grito de terror; á aquel grito, el hombre que dormía junto á mí despertó: era uno de mis alféreces; uno de tus monfíes.

Esto me tranquilizó un tanto; al menos no estaba en poder de los idólatras: no debía temer el ser sacrificado á sus horribles ídolos. Sin duda estaba en medio de mis gentes, puesto que el alférez se mostraba completamente armado.

—Gracias á Dios, me dijo, que al fin habéis tornado en vos, capitán: tres días habéis estado como muerto.

—¿Y dónde nos hallamos?

—A muchas leguas de la ciudad de ese perro idólatra, en cuyo palacio os encontramos casi hecho pedazos.

—¿Y qué ha sido de ese hombre?

—Logró escapar de nuestras manos; reunió su gente en número considerable, y nos obligó á retirarnos de la ciudad.

—Pero no nos ha perseguido, puesto que estamos en reposo, y debe estar muy lejos el peligro, porque dor-

miais profundamente, alférez, cuando yo he vuelto en mí.

—Perdonad, capitán, me dijo, si he podido dormirme: hace tres días con sus noches que no dormimos: pero eso no quiere decir que no haya peligro: por el contrario, tenemos al otro lindero del bosque el campo de los idólatras, y nuestras postas (centinelas) están al frente de ellos. Tres días hemos venido retirándonos, conteniendo una infinita muchedumbre con el fuego de nuestra mosquetería, sin cesar de andar, llevándoos delante de nosotros en un lecho cubierto. Aquí fué necesario cortaros una pierna y un brazo, y para hacer esta operación, nos fué forzoso detenernos y sostener un reñido combate: en él hemos perdido diez hombres.

—¿Y las mujeres? dijo con ansiedad.

—Las mujeres y la presa la hemos mantenido constantemente en medio de nosotros, y aún nos hemos visto obligados á perder la menor parte del botín.

—Y entre esas mujeres, ¿viene por acaso la esposa y la hija del rey Calpuc?

—Sí señor,

—Supongo que esas mujeres se habrán respetado.

—Ninguno de vuestros soldados, capitán, se hubiera atrevido á tocar á la presa antes de que vos la hubiéseis repartido.

—¿Y quién me ha curado?

—El médico judío que nos acompaña desde las Alpujarras.

—¿Y qué dice el médico acerca de mi vida?

—Después de haberos cortado la pierna y el brazo, y de haberos examinado las heridas de la cabeza, nos aseguró que os quedaban muchos años de vida; pero... ¿no oís, capitán?

Había resonado á lo lejos un disparo de arcabuz, al que siguieron ins-

tantáneamente algunas descargas. Poco después, el fuego se extendió á la redonda, se acercó y estrechó alrededor de la cabaña donde yo me encontraba.

—Los idólatras han acometido el campo, exclamó el aférez, y nunca como ahora nos han cercado: quiera Dios que no nos exterminen esta noche.

—Esperad, le dije: ¿no me habeis dicho que están entre nosotros la hija y la esposa del rey Calpuc?

—Sí por cierto.

—Hacedlas venir al momento.

El alférez salió, y poco después entró con la madre y la hija.

Doña Inés venía pálida, grave; pero altiva, con el mismo traje con que la había visto tres días antes: á no ser por los pasos que dió en la cabaña al entrar en ella, se la hubiera podido creer una estátua.

Su hija, Estrella, inmóvil también, abrazada á la cintura de doña Inés, pálida y trémula, fijaba en mí una mirada llena de terror; el alférez estaba detrás de ellas impasible, como sino se tratara de una mujer tan hermosa como doña Inés, y una niña tan semejante á un ángel como Estrella.

—Doña Inés, le dije: las circunstancias en que nos encontramos harán que no extrañeis la resolución que voy á tomar para salvar á mi gente.

—Comprendo la resolución que tomaréis, me dijo con acento glacial doña Inés, y bien, estoy resuelta: pereceremos todos.

—¿Y vuestra hija? exclamé con acento profundo.

Noté que doña Inés temblaba, que la niña palidecía aun más, y que pugnaba en vano por contener sus lágrimas.

—Ved lo que haceis doña Inés, le dije: vuestro padre tiene indisputables derechos á recobraros por el honor de su familia, y prescindiendo de eso, vos teneis un deber sagrado de proteger á

vuestra hija. ¿No os causa horror solo el pensar en verensangrentada á vuestros pies á esa hermosa criatura?

Estrella lanzó un grito de terror, se asió más á su madre, y rompió á llorar á gritos.

Doña Inés me llamó infame.

—Y doña Inés tenía mucha razón para llamártelo, dijo Yuzuf.

—Yo no sé si he sido infame, dijo secamente el capitán. Lo que es, que por doña Inés hubiera arrostrado la condenación de mi alma. Déjame continuar Yuzuf.

—Continúa en buen hora, pero procura abreviar, porque tu cuento se ha hecho ya muy largo, y me aquejan otros cuidados.

—No; es preciso que sepas cuánto he sufrido, cuánto he hecho por el amor de esa mujer, para que comprendas cuánto puedo hacer todavía.

—Sigue, sigue.

—Si doña Inés hubiera sido mi única prisionera, hubiera arrostrado por todo y los indios nos hubieran exterminado; pero doña Inés no se atrevió, no tuvo valor para sacrificar consigo á su hija, y su amor de madre nos salvó. Escribió una carta para su esposo, en que le hacía presente su horrible situación y la de su hija: decíale, que su padre el duque de la Jarrilla me había enviado para arrancarla de su poder, del mismo modo que él la había arrebatado de la frontera en otro tiempo; que nada tenía que temer de mí, que todo se reducía á volver al seno de su familia. Doña Inés, en fin, mintió y se valió de su buen ingenio para aterrar á su marido. Uno de nuestros soldados atravesó el fuego, y fué á llevar al rey del desierto la carta de su esposa.

Inmediatamente cesó el combate, y se entró en capitulaciones.

Calpuc exigió que se le entregasen los demás cautivos hombres y mujeres, y la presa, y juramento por mi

parte de entregar sanas y salvas, sin ofensa en su honor, su esposa y su hija al duque de la Jarilla.

Cuando tus monfies, Yuzuf, supieron que para que se retirasen los idólatras era necesario entregar la presa, quisieron continuar el combate á todo trance, á pesar de que contra cada monfi había mil enemigos. Hay que confesar que tus monfies son muy valientes, y que á duras penas conseguí que entregasen la presa.

Sólo doña Inés y Estrella quedaron en mi poder.

Calpuc, que había comprendido que si bien le era fácil exterminarnos, atendiendo á que mi gente estaba sin capitán y á que era infinitamente inferior en número á la suya, el destruirnos era sentenciar á morir á su esposa y á su hija, quiso mejor que estando vivas, le quedase la esperanza de recobrarlas algún día. Yo había contado con esto, y no había contado mal. Antes del amanecer se habían retirado los idólatras al otro lado del bosque, y pudimos continuar nuestro camino. Pero la mitad de la compañía había quedado muerta sobre el campo.

Como me había dicho en nuestra primera entrevista doña Inés, hasta que habíamos entrado en los dominios de Calpuc, no habíamos encontrado gentes formidables: nuestros triunfos habían sido fáciles hasta entonces, y así es que cuando desandamos el camino que habíamos llevado hasta la ciudad de Calpuc, vencimos con facilidad á algunas tribus salvajes que nos salieron al encuentro. Pero no pudimos hacer una sola presa y llegamos á la frontera tan pobres como un año antes habíamos partido de ella.

Los monfies estaban desalentados. Solo yo había conseguido mi objeto; pero á medias. Traía conmigo á doña Inés; pero me dejaba allá en el centro del desierto, un brazo y una pierna, y el hacha de Calpuc, cruzan-

do mi cara, me había desfigurado completamente.

Además, mis proyectos de ambición habían fracasado. Yo no podía ser esposo de doña Inés, porque doña Inés estaba casada.

A pesar de que el duque de la Jarilla había dejado el adelantamiento de la frontera, no me atreví á entrar en la ciudad con doña Inés, que era muy conocida, y restablecido ya completamente de mis heridas, me dediqué á hacer la guerra de frontera como antes de mi expedición al desierto, llevando siempre conmigo á doña Inés.

Llegó al fin un día, en que, subyugadas de nuevo las provincias rebeldes, los indios que no quisieron sujetarse al yugo se internaron en el desierto, donde no era posible perseguirlos sino con grandes ejércitos; y por último, no habiendo ya aldeas que quemar ni presas que hacer, me mandaste que volviese á España.

Yo temía volver á España con doña Inés, por la misma razón que no había entrado con ella en ninguna de las villas y ciudades de Nueva España: temía que algún amigo ó deudo de su padre la conociese. Te envié, pues, tu gente, y me quedé solo con doña Inés y Estrella, como esclavas.

Dudé al embarcarme con ellas para Europa á donde me dirigiría: en Flandes y en Italia me exponía á dar con un tropiezo, porque en aquellos países abundan los españoles. Difícil era encontrar un punto en Europa donde los españoles no sentasen su planta. Me decidí, pues, por Grecia.

En el archipiélago he vivido algunos años. Me hice construir una casa á las orillas del mar, en Chipre, y compré una almadia. Yo necesitaba oro, y me hice pirata. ¿Qué quieres? Yo necesitaba ejercitarme en algo. Cuando volvía de mis excursiones cargado de oro y cubierto de sangre,

gozaba entre los brazos de doña Inés....

—¡Cómo! ¿doña Inés fué tan miserable que al fin manchó su fe, amánotote? exclamó con severidad Yuzuf.

—Recuerda emir que doña Inés tiene una hija.

—¡Ah!

—Como se había sacrificado la esposa, se sacrificó la madre. Doña Inés luchó largo tiempo y fué preciso para que sucumbiese que yo la amenazase con separarla de su hija. Estrella era mi esclava y podía venderla. ¿Comprendes ahora que doña Inés pudiera ser mía, y hasta que para no irritarme fingiese que me amaba?

—Comprendo que eres un infame, Sedeño, y que Calpue ha tenido y tiene mucha razón para pedirme tu cabeza.

—¡Eh! yo no sé si he sido infame ó no: lo que sé es que doña Inés podía haber sido muy feliz conmigo, si hubiera sido menos testaruda. Al fin, lo hecho está hecho. La obstinación de doña Inés me ha obligado á tratarla con crueldad. No es mía la culpa. ¿Acaso la amé yo porque quise? Sí no con su hermosura, con un no sé qué misterioso, que me enloquecía, me obligó á amarla. Era necesario que yo ó ella nos sacrificásemos, y entre los dos sacrificios elegí el suyo. Esto es muy natural. Además me había costado muy cara para que yo renunciase á ella: me había costado una expedición al desierto en que expuse mi vida en cien combates, y por último un brazo y una pierna. ¿Cómo querías que yo renunciase á doña Inés?

—Continúa.

—Ya te he dicho que doña Inés solo se doblegaba á mis deseos por el temor de perder á su hija. Pero yo no podía engañarme: me aborrecía con toda su alma, y este aborrecimiento, que no podía ocultarme, me irritaba

y mi irritación era siempre fatal para ella: de día en día iba desapareciendo su hermosura, y su palidez enfermiza, su demacración, la aguda enfermedad de pecho que la aflige, la tornaron al fin desconocida, fea, flaca, cuando apenas contaba treinta y cinco años. Entre tanto Estrella crecía cada día más hermosa, y me enamoré de Estrella.

—¿Después de haber sacrificado á la madre, querías sacrificar á la hija? exclamó con indignación Yuzuf. ¿Y te atreves á confesarme sin rubor tales infamias?

—¿Qué quieres Yuzuf? Son cosas del corazón. Yo siempre me he dejado llevar de mi corazón, y bueno es que sepas cuanto me interesan esas mujeres, para que comprendas hasta qué punto me dejaré llevar antes de consentir en que nadie me las arrebatase. Además, tú no tienes por qué extrañarte de nada. ¿Acaso tú al frente de tus monjes no has incendiado villas y llevado á sangre los viejos, las mujeres y los niños?

—Son gente de la raza maldita; son cristianos, son los enemigos de mi pueblo: los que se gozan en nuestro sufrimiento, en las crueldades que se apuran con los moriscos. Entre los cristianos y nosotros, no puede haber más que sangre y fuego.

—Resulta que tú eres cruel con los cristianos por venganza, y que yo soy cruel con estas dos mujeres, porque la una y la otra me han enamorado: exigencias del corazón, Yuzuf. Pero necesito concluir. El estado en que se encontraba doña Inés, y los años que habían transcurrido desde que fué robada á su padre, me aseguraban de que no pudiese ser reconocida, si por un azar lograba verla alguien burlando mi vigilancia. Deseaba volver á España, y hace un año que volví á las Alpujarras y me puse de nuevo en inteligencia contigo. Volví á ser capitán

del presidio de Andarax, espia de los cristianos en servicio tuyo, y ya sabes cuan bien te he servido durante este año.

—Por lo mismo he hecho jurar á Calpuc que no tocará á tu cabeza mientras yo no se lo permita.

—Sí, sí, todo esto es cierto. Pero también es cierto que hubieras hecho mucho mejor en dejarle morir á manos de la justicia que le había preso por intento de asesinato contra mí, que en librarle de la cárcel y protegerle, contentándote solo con exigirle juramento de que no atentaría á mi vida. Mejor hubieras hecho en castigar al monfi, que habiendo sido hecho cautivo por las gentes de Calpuc en el desierto, le ha servido de guía hasta las Alpujarras. Pero ¡ya se vé! Calpuc es muy rico y te habrá comprado tu protección.

—Concluyamos, Sedeño: ¿qué quieres de mí?

—Quiero que me permitas deshacerme de ese hombre.

—Yo no puedo ser el verdugo de un rey.

—¡De un rey de bárbaros, cuyo trono está al otro lado de los mares!

—Sea como quiera, Sedeño, las desgracias de Calpuc le hacen merecedor de una protección mayor que la que yo le he dispensado; en conciencia yo debía haberte dejado entregado á él...

—¡Entregado á Calpuc! ¿crees tú que si Calpuc no estuviera protegido por tí, por mí, que tienes demasiadas pruebas para entregarme al rey y á la inquisición, ya que no quisieras destruirme por tu propio poder, ¿estaría vivo Calpuc?

—Calpuc te hará pedazos el día en que yo se lo permita.

—¡Oh! ¡oh! tú eres el que me tienes atado de piés y manos: en cuanto á Calpuc está tan resuelto á romper el juramento que te hizo de respetar mi vida, que me ha obligado á salir de

las Alpujarras, y hace algunos días que ronda mi casa en Granada.

—Eso prueba que respeta su juramento, lo que no impide el que pretenda rescatar su esposa y su hija.

—Pues cabalmente es necesario que eso no suceda.

—Obra como mejor puedas para guardar á esas mujeres: por lo demás, te anuncio que el día en que tenga un solo indicio de que has tendido una sola asechanza al rey del desierto, aquel día eres hombre muerto, Sedeño. ¿Qué? ¿no eres mi vasallo? ¿no me debes obediencia? ¿no eres, aunque de sangre cristiana, monfi, como cualquier otro de los míos? Si no fueras monfi, ¿poseerías las riquezas que posees?

—Veo que va á ser necesario que entremos en condiciones.

—¡Condiciones! ¡condiciones entre los dos! exclamó Yuzuf con ímpetu: ¿acaso eres más que mi esclavo?

—Siéntate, poderoso Yuzuf, y escucha: en la situación en que me encuentro me veo obligado á todo... y tengo de mi parte ciertas ventajas.

—¡Ventajas...!

—Sí, por cierto. Tú tenías un hijo.

—¡Que tenía yo un hijo!... ¿pues qué, Yaye ha muerto?

—Cuéntale por muerto, porque está en poder de Satanás, y si yo no te lo entrego...

—¡Cómo! ¿te habrás atrevido?

Aunque yo sea malo como el diablo, Yuzuf, no soy yo el que está apoderado de tu hijo. Es una mujer que hace mucho tiempo está enamorada de él.

—¡Una mujer! No te comprendo, Sedeño.

—Ni yo me explicaré más. Básete saber que tu hijo está en poder de esa mujer, encerrado, cautivo..., que aunque esa mujer ha llegado á ser su querida, sabe demasiado que Yaye no

la ama, y será capaz de retenerle en su encierro ó de envenenarle, cuando no le pueda retener. Te juro que si yo no te ayudo, pierdes tu hijo, le pierdes, como yo perdí á mi padre.

—Pero yo puedo sujetarte al tormento.

—Moriré en él sin revelar una sola palabra. Bien sabes que soy valiente, Yuzuf.

El anciano se levantó, y se puso á pasear agitado, por la Cámara. Sabía demasiado que Sedeño era hombre á quien nada aterraba, y que habiéndose propuesto deshacerse de Calpuc, no cejaría en su empeño aunque emplease para dominarle todos los terrores, todos los dolores posibles.

Yuzuf era padre, amaba á Yaye de una manera exagerada, si es que puede haber exageración en el amor de un padre hacia su hijo. La pérdida de Yaye, la incertidumbre acerca de su suerte, había llenado de amargura el corazón del anciano, y había recibido un inmenso consuelo al saber por boca de Sedeño que su hijo vivía. Pero al mismo tiempo Sedeño se negaba á revelar el lugar donde se ocultaba su hijo, y le exigía en cambio una infamia.

Yuzuf, sin embargo, no tardó en decidirse; pero antes se había hecho el razonamiento siguiente:

—Calpuc me exige todos los días, á todas horas, con un empeño justísimo, que le releve del juramento de respetar la vida de ese infame; ese vil Sedeño me pide por su parte que le permita deshacerse de Calpuc; entre estos dos hombres existen razones bastantes para que quieran mutuamente exterminarse. A mí, á mi pueblo conviene, que esos dos hombres vivan: Calpuc es riquísimo, sus tesoros son inagotables, y por odio á los españoles, me facilita medios para sostener mi ejército de monfies. Como yo, es rey de una raza proscrita,

vencida, amenazada por la cólera de los castellanos. Calpuc es mi igual, mi aliado natural. Por otra parte, Sedeño me sirve bien: es un excelente espía; vende á los castellanos en mi provecho, y acaso podríamos deberle un día una sorpresa sobre Granada, sobre nuestra querida ciudad. Estos dos hombres son preciosos para mí. Pero mi hijo es antes que todo. Si Sedeño me revela el lugar donde se encuentra, le permitiré que obre contra Calpuc, y del mismo modo permitiré á Calpuc que obre contra Sedeño. El resultado será verme privado de la ayuda de uno de estos dos hombres, ó acaso de la de los dos. Pero mi hijo... mi hijo... sí, es preciso de todo punto... mi hijo antes que todo.

Y se detuvo, y se volvió resueltamente á Sedeño.

—¿No has tenido tú parte, directa ni indirectamente, en la prisión de Yaye? la dijo.

—Ya te he dicho que Yaye está en poder de una mujer.

—Respóndeme de una manera decidida.

—Nada he tenido ni tengo que ver en la prisión de tu hijo.

—Pues bien; revélame el lugar donde se encuentra, y los medios de salvarle, y te permito que hagas lo que puedas contra Calpuc.

—¿Hasta matarle?

—Te dejo libre del juramento de respetar su vida.

—Pues bien; solo me falta una condición para señalarte el lugar donde tu hijo se encuentra.

—¡Otra condición!

—Sí, poderoso Yuzuf, las duras circunstancias en que me encuentro me han obligado á ofenderte. Prométeme, por tu fe de emir, de creyente y de caballero, que me perdonarás, y que no me negarás tu confianza, como no me la has negado hasta ahora. Hé aquí mi última condición.

—Dame á mi hijo, y te lo prometo todo.

—¿Nada tendré que temer de tí?

—Nada.

—Pues bien; tu hijo Yaye, está encerrado en un subterráneo de la casa de don Diego de Válór, y en poder de su esposa doña Elvira, que hace mucho tiempo que le ama.

—¿En casa de don Diego de Córdoba y de Válór?

—Sí por cierto.

—¿Y cómo sabes tú eso, dijo con recelo Yuzuf, cuando no han podido averiguarlo Abd-el-Gewar, ni los monfies que yo he enviado á Granada en demanda de Yaye?

—Escucha Yuzuf: tú recordarás que yo, para estar en inteligencia oculta con don Diego, sin que pudiesen conocerlo los cristianos, compré una casa contigua á la de don Diego en el Albaicín. Estas dos casas se comunican por una mina.

—¡Ah! exclamó Yuzuf, para quien el recuerdo de Sedeño fué un rayo de luz.

—Bien; pues en esa mina hay algunos aposentos. Hace algunos días, ignorante yo de que don Diego había salido de Granada, y teniendo que darle algunas noticias importantes para que te las trasmitiese, bajé á la mina, y al acercarme á uno de los aposentos de que te he hablado, oí dos voces que hablaban apasionadamente: era la una de mujer, la otra de hombre, hablaban de amores: en la mujer reconocí á doña Elvira, la esposa de don Diego: por lo que escuché, supe que el hombre era Yaye, tu hijo. Sabía que tú le buscabas y que no le encontrabas, y esto me llenó de alegría, porque me dije: yo daré al emir su hijo, y el emir en cambio me dará la vida de Calpuc.

—¿Y doña Elvira es amante de Yaye? preguntó con repugnancia Yuzuf.

—Sí, sí por cierto, y parece que se aman mucho.

—¡Ah! silencio, silencio; don Diego anda libremente por esta parte del alcázar, y pudiera oírnos, dijo Yuzuf con cuidado.

En aquel momento se oyeron pasos y poco después se abrió una puerta y entró don Diego.

Yuzuf le miró de una manera profunda, pero nada vió en don Diego que demostrase que había oído las últimas palabras del capitán; estaba tranquilo, su paso era seguro, y su mirada descuidada.

—¡Ah! dijo deteniéndose, apenas había dado algunos pasos en la cámara, perdonad si he sido indiscreto sin saberlo: pensaba que estabas solo, Yuzuf.

—No, don Diego, no estoy solo; hace algunos momentos que me ocupo de una conversación interesante con el capitán Sedeño.

—Sí, sí por cierto, dijo el estropeado, y venís muy á tiempo don Diego, porque yo he venido á haceros un mútuo servicio al emir y á vos.

—¿Un mútuo servicio, capitán? dijo con perplejidad don Diego.

—Sí por cierto. ¿Recordáis lo que pasó en vuestra casa el día en que se casó con Miguel López vuestra hermana doña Isabel?

—No comprendo lo que queréis decir.

—Cuando ya aquella boda no podía suspenderse, se presentó en vuestra casa Sidy Yaye, el hijo del emir.

—Es verdad, dijo don Diego.

—¿Y por qué me lo has ocultado, preguntó con su acento de terrible amenaza Yuzuf, cuando sabías la ansiedad con que yo buscaba á mi hijo?

—Porque no sabía si estaba muerto ó vivo.

—¡Cómo! ¿pues quién se atrevió?...

—Tu hijo, Yuzuf, supo en mi casa sin que yo lo pudiese evitar, que mi

hermana doña Isabel acababa de casarse con Miguel López: ya te he dicho las terribles razones que tuve para obligar á mi hermana á que se casase con ese hombre, rompiendo el pacto que existía en nuestras familias y por el cual tu hijo Yaye debía ser esposo de mi hermana. Tu hijo al saber que ya aquella unión era imposible, cayó en tierra mortal, y yo le dejé al cuidado de mi esposa en lugar seguro, y me puse inmediatamente en camino con Miguel López, á quien arrastré con un pretexto, y á quien como traidor debía matar, y como obstáculo remover de enmedio de doña Isabel y de Yaye, que ya se amaban. Cuando algunos monfies estaban próximos á dar muerte á Miguel López, tú que te habías aproximado á Granada, me encontraste, é irritado por el asesinato de Miguel López, cuya razón no podías apreciar bien, porque no conocías su traición, me tragiste contigo. Tú tenías indicios ó los tuviste después de que tu hijo había estado en mi casa, recelaste de mí, y me intimaste que no me vería libre hasta que estuvieses seguro de mi inocencia acerca de la desaparición de tu hijo. Yo no podía saber, pues, si tu hijo había sobrevivido ó no al accidente mortal que le había acometido al saber el casamiento de mi hermana y temiendo que hubiese muerto no me he atrevido á revelarte nada. Acaso, si por desgracia Yaye hubiese fenecido, me hubieras imputado su muerte cuando he hecho cuanto ha estado de mi parte por salvarle, y por romper el lazo que impedía su unión con Isabel. Juzga en tu prudencia si he tenido razón para callar ó no.

—Por fortuna, don Diego, dijo Yuzuf, el capitán Sedeño ha descubierto que mi hijo vive.

—¡Ah! por la mina... lo comprendo perfectamente. ¿Y le habéis hablado capitán?

—No por cierto: sabía que allí estaba en seguridad, conocía ó adivinaba las razones del misterio acerca del paradero de Yaye, y he venido á avisar al emir. He tenido una doble satisfacción; porque en vuestra casa se tiene una gran ansiedad por vos.

—Pues esa ansiedad durará muy poco, dijo Yuzuf; aprecio en lo que valen las razones que has tenido, don Diego, tanto para castigar á Miguel López, como para ocultarme la existencia de mi hijo en tu casa. Pero ya han desaparecido mis temores y el motivo de tu prisión, don Diego. Ahora mismo vais á partir á Granada, tú, tu hermano y el capitán Sedeño. Es preciso que esta noche mi hijo esté en poder de Abd-el-Gewar

—Un momento aún: me queda algo importante que decirte, Yuzuf, dijo el estropeado.

—¡Importante!

—Sí; el capitán general y la chancillería de Granada están con gran cuidado.

—¿Pues qué sucede?

—Hay poca gente de guerra en la ciudad, los moriscos se muestran cada día más y más amenazadores, y representan de una manera rebelde contra el edicto del emperador. Anoche casa del Homaidi, en el Albaicín, se reunieron los xeqes de la ciudad y los de las aldeas de la vega, y resolvieron enviarte algunos de ellos para poderte ayudar; se trata de una rebelión.

—¿De una rebelión? exclamó con alegría Yuzuf; ¿se han decidido al fin á romper las cadenas que tan vergonzosamente han llevado tanto tiempo los moriscos de Granada?

—Sí, y la ocasión es propicia, dijo don Fernando: el emperador se halla empeñado en guerra con Francia; el sultán de Constantinopla ansía un campo de batalla en las tierras de Occidente contra el cristiano, ¿y qué

campo mejor que las Alpujarras? Puesto que en Granada hay pocos soldados, á las armas, y ¡sus! lancemos el grito de guerra. Demos el primer golpe, y si nos apoderamos de Granada, después no nos han de faltar ni naves, ni soldados turcos.

En aquel momento se abrió la puerta del fondo y un monfi dijo inclinándose profundamente.

—Magnífico señor, cuatro xeques de Granada desean hablarte.

—Que entren, que entren al momento.

Poco después se celebró un consejo en que abundaron el entusiasmo, el valor, la energía de las razas dominadas que aún no se han degradado, se alimentaron magníficas esperanzas y se decidió dar el grito en Granada en la noche del día siguiente.

Yuzuf estaba frenético de alegría; había encontrado á su hijo, y se le presentaba la ocasión que tanto tiempo había deseado de desplegar su bandera real ante el estandarte imperial de Carlos de Austria, el valiente rey de España, el poderoso emperador de los germanos.

CAPÍTULO XV.

DE CÓMO EL CAPITÁN SEDEÑO HIZO TRAICIÓN Á TODO EL MUNDO.

A las doce de aquel mismo día galopaban en dirección á Granada, por el camino de las Alpujarras, don Diego de Valor, su hermano don Fernando y el capitán Sedeño.

Al mismo tiempo por todas las veredas y barrancos de la montaña, marchaban monfies que llevaban á las diferentes tahas, órdenes de Yuzuf, para que reuniesen las taifas y marchasen hacia Granada, á la que debían llegar por los atajos de la sierra la noche siguiente.

En cuanto á los tres ginetes, fuese

por prudencia ó por otra causa, no hablaron una sola palabra durante el camino acerca de la rebelión, ni trataron más que de cosas indiferentes.

En cuanto á don Diego de Valor, ni una palabra dijo que pudiese indicar que habiese sorprendido la revelación que había hecho Sedeño á Yuzuf acerca de los amores de su mujer con Yaye. Pero Sedeño, que era sobremedera perspicaz, por el aspecto sombrío de don Diego, por la impaciencia con que aguijaba á su caballo, y sobre todo, por su tenaz reserva acerca de todo lo que tuviese relación con Yaye, y con la manera de haber descubierto en su casa el capitán la existencia del jóven, comprendió que había escuchado don Diego perfectamente las palabras que había pronunciado poco antes de entrar aquel en la cámara de Yuzuf.

En efecto, el autor puede decirlo porque lo sabe, don Diego, que, como dijo Yuzuf, andaba libremente por aquella parte del alcázar subterráneo, había llegado poco antes de aquella revelación y había escuchado y sabía á ciencia cierta, que doña Elvira su esposa había manchado su honor.

Esto ennegrecía su alma, meditaba una cruda venganza y espoleaba á su caballo ansioso de realizarla.

Por su parte el capitán estropeado comprendió que se había hecho un enemigo formidable de don Diego de Córdoba, y resolvió deshacerse de él cuanto antes. Sedeño, como saben nuestros lectores, era el depositario de la carta por la que, Miguel López había obligado á don Diego que le entregase su hermana. Calpuc, poseedor de la sortija por medio de la cual debía Sedeño entregar aquella carta á quien se la pidiese, no había tenido tiempo de encontrar una persona de confianza, á quien encargar de que recogiese aquella carta, puesto que él no podía presentarse ante Sedeño,

sino para matarle, y esto le estaba prohibido por el juramento que había hecho al emir Yuzuf, cuando este se lo exigió en la cárcel de Andarax, á trueque de conseguir su libertad.

Aquella carta, pues, estaba en poder de Sedeño.

Por lo que se ve todos aquellos personajes excepto Calpuc y Yuzuf, se trataban con una fe digna de bandidos.

Miguel López, don Diego de Válor y el capitán estropeado eran tres infames.

Como picaban mucho y mudaban de caballos, llegaron aquella misma noche antes de que se cerraran las puertas á Granada. Poco tiempo antes de llegar, y porque les importaba, se separaron, y el estropeado tomó adelante y entró antes que los dos hermanos en la ciudad.

Eran las ánimas. Sedeño tomó por la plaza de Bibarrambla, el Zacatín y la Plaza Nueva, subió por la cuesta de los Gomerés, luego por otra pendienteísima cuesta, y llegó á la puerta del Juicio en la Alhambra: una vez allí pidió una audiencia urgentísima al capitán general marqués de Mondéjar.

Sedeño fué conducido al alcázar y á la presencia del capitán general, digno vástago de la familia de los Mendozas, en la que estuvo vinculada, durante muchos años, la capitanía general del reino y costa de Granada.

Lo que llevaba allí á Sedeño era una nueva traición aconsejada por su recelo; hombre de poca fe, confiaba poco en la fe de los demás. Se había visto obligado á imponer condiciones á Yuzuf, y recelaba la venganza de este: era rico, estaba cansado de servir y le importaba deshacerse de sus enemigos.

Así es, que se presentó á don Luis Hurtado de Mendoza resuelto á con-

sumar sus infamias con dos nuevas infamias.

El capitán general le recibió con ese altivo desprecio con que un caballero recibe á cierta clase de gente.

Para justificar el desprecio con que el marqués de Mondéjar miraba á Sedeño, basta saber, que al mismo tiempo que era espía de Yuzuf contra los cristianos, lo era del capitán general contra los monfíes.

Esto es, era espía doble.

El marqués le dejó permanecer de pié, y después de mirarle de piés á cabeza le dijo:

—¿Por lo que veo, acabáis de venir de un viaje?

—Si, excelentísimo señor, contéstó servilmente Sedeño: vengo de las Alpujarras, del alcázar del emir de los monfíes.

—¡Del alcázar del emir! ¿Pero donde está ese alcázar?

—Ya he dicho á vuecelencia que ese alcázar es subterráneo, y que está situado como á media legua de la villa de Cádíar. No he podido dar á vuecelencia noticias más seguras, porque siempre al llegar á los pinares, me han salido al encuentro los monfíes y me han vendado los ojos.

—Señor Alvaro de Sedeño, dijo el marqués con fijeza, desde el día en que me ofrecisteis vuestros servicios en defensa del rey, de la religión y de la patria, contra esos descreídos, os dí cuantos medios podíais necesitar para exterminar á esos bandidos: vuestra compañía de arcabuceros es de la gente más brava y aguerrida de los ejércitos de su magestad; se os ha dado oro, se os ha ofrecido más gente y más dinero, y sin embargo...

—¿Cree vuecelencia que en un año que llevo últimamente sirviendo al rey nuestro señor en las Alpujarras, se puede hacer más de lo que he hecho?

—Es que no habéis hecho nada,

dijo con doble firmeza el marqués; es que, á pesar de vuestros avisos, la gente de guerra que ha atravesado la montaña ha sido acometida y desbandada, quedando muertos entre las breñas los mejores capitanes de los tercios: es que nadie ve á esos monfíes; que solo se conoce su paso, por la destrucción, el saqueo y el incendio que dejan tras sí, y vos sin embargo los conocéis y tratáis con ellos. Esto me había hecho pensar en pedir serias explicaciones, y aun á obrar con rigor respecto á vuestra persona.

—¿Desconfía vuecelencia de mí? dijo con gran aplomo Sedeño.

—No es que desconfío, sino que la lealtad que debo al rey me prescribe el obrar con entereza. Ninguno de los capitanes que he enviado á las Alpujarras ha podido dar con esa gente: los que los han encontrado han muerto: vos que parecéis valiente y tenéis gente brava, no me habéis presentado ni uno solo, y por otro concepto, vos tratáis con los rebeldes y los conocéis. Al mismo tiempo afirmáis que os son desconocidos los lugares en que se ocultan ¿qué debo pensar de esto?

—Que el año que llevo últimamente en tratos con los monfíes en servicio del rey, es el plazo que se ha necesitado para que vuecelencia les pueda dar un golpe decisivo. En cuanto á lo de ignorar yo el lugar donde se albergan, nada más natural. Ya he dicho á vuecelencia que jamás entro en el alcázar subterráneo, sino con los ojos vendados.

—Se han reconocido todas las cavernas inmediatas á Cádiar, y solo se han encontrado minas de tiempo de los romanos y de los moros; pero reconocidas esas minas no se ha hallado el más leve vestigio de los ponderados alcázares subterráneos de que me habéis hablado tantas veces.

—Esta misma mañana he estado en

ese alcázar hablando con el emir de los monfíes.

—¿Y me traéis algún aviso imperitante? dijo el marqués moviéndose con impaciencia en su ancho sillón coronado con las armas reales.

—Traigo á vuecelencia noticias decisivas.

—Veamos.

—Mañana á la noche debe levantarse el Albaicín.

—¡Ah! ¡ah! ¡tenemos á la rebelión llamando á las puertas de nuestra casa!

—Si señor.

—¿Y quienes son las cabezas de esa rebelión?

—Primeramente don Diego de Córdoba y de Valor.

—Ved lo que decís; don Diego de Valor aunque morisco, es uno de los más leales vasallos de su magestad: ha dado repetidas pruebas de ello.

—Don Diego de Valor es un traidor que se encubre con la máscara de la lealtad para obrar con más seguridad su traición; en prueba de ello ved, señor, esta carta escrita de su mano, dirigida al emir de los monfíes Yuzuf-Al-Hhamar.

Y Sedeño sacó una cartera y de ella la carta que le había entregado Miguel López y con la cual había este último impuesto condiciones á don Diego.

Aunque la carta estaba escrita en algarabía aljamiada, lenguaje y escritura que se usaba entre moros y cristianos aun antes de la conquista de Granada, el marqués que era docto la comprendió perfectamente.

Era una prueba indudable de la traición de don Fernando de Valor.

Sin embargo, el capitán general, que no guardaba ningún género de consideración á Sedeño, le dijo profundamente, reteniendo la carta:

—¿Y quién me asegura de que este

escrito no es una falsificación con que acaso queréis sorprenderme?

—Llame vuecelencia á don Diego de Valor, hágale escribir con cualquiera pretexto en arábigo aljamiado, y vuecelencia se convencerá de que esa carta es suya, contestó con gran aplomo Sedeño.

—He llegado á entender, dijo el marqués, que don Diego y su hermano faltan estos días de Granada.

—Como qué han estado en las Alpujarras en el palacio del emir preparando el levantamiento; pero han venido desde allí conmigo, y se les encontrará en su casa.

Meditó un momento el marqués, después de lo cual tomó un papel, escribió sobre él algunas palabras, después llamó con una campanilla de plata, á cuyo sonido se presentó á la puerta de a cámara un escudero.

1 —Ginés, le dijo don Luis; dad esta orden al capitán de caballos Pero de Baena, y que la cumplimente al momento.

El escudero tomó la orden y salió.

—¿Y quienes más son la cabeza de esta rebelión? añadió el marqués, encarándose de nuevo con Sedeño.

—El cuñado de don Diego, Miguel López, y tanto es esto así, como que en el mismo día de sus bodas partió de Granada con sus dos cuñados, de que haya muchos testigos.

El marqués anotó en un papel el nombre de Miguel López.

—¿Y dónde está ese hombre? ¿ha vuelto con sus cuñados? preguntó á Sedeño.

—Sus cuñados y yo hemos venido solos. Nada sé de Miguel López; pero es natural de Orgiva y es muy posible que haya quedado con los monfies.

—Continuad.

—Otra cabeza de la rebelión es el Homaidi xeque de los moriscos que vive en el barrio del Zenete.

Don Luis escribió este nuevo nombre.

—Continuad, repitió.

—Hay además dijo Sedeño, un hombre que está en Granada hace quince días que es poderosísimo por sus riquezas, y que es doblemente traidor al rey.

—¿Y quién es ese hombre?

—Ese hombre se llama Calpuc: es rey de los rebeldes de Méjico; ha venido á España ignoro por qué causa, y ayuda con sus tesoros á los monfies.

—¿Le conocéis?

—Le conozco, porque Yuzuf me lo ha dado á conocer. Ese hombre vive en la plaza de Bibarrambla casa del alemán Franz Maitler y sale de ella todas las mañanas disfrazado de mendigo, y todas las noches vestido de caballero; se le puede conocer además por su color moreno dorado y por sus cabellos ensortijados: es un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, alto cenceño, de mirada fija y profunda.

Don Luis escribió de nuevo, después de lo cual repitió la palabra:

—Continuad.

—Estas son las cabezas de la rebelión; además tengo grandes esperanzas de entregar al rey al emir de los monfies.

—¿Al terrible Yuzuf Al-Hhamar? exclamó con alegría el marqués.

—No, no señor, sino su hijo Muley Yaye-ebn-Ai-Ahamar, en quien el viejo emir ha renunciado su autoridad.

—Os cojo la palabra, Sedeño, y si me presentais á ese emir, os ofrezco en nombre del rey una encomienda.

—Solo me impulsa mi lealtad al rey nuestro señor, dijo Sedeño.

—Por lo mismo debéis ser recompensado. Pero seguid: conocidos los capitanes de la rebelión, veamos có-

mo piensan llevarla á cabo los moriscos.

—El edicto del emperador los ha acabado de desesperar y les ha puesto las armas en las manos.

—Ya he dicho á sus xeques, que representaré á su majestad, á fin de que les otorgue un plazo durante el cual puedan consumir las ropas que se les prohíben; vender sus esclavos fuera de estos reinos y hacer de manera que sus haciendas no padezcan con el cumplimiento del edicto.

—Ellos han dicho, que no quieren dejar su habla, ni sus usos, ni sus fiestas y ceremonias moriscas, ni dejar de ser juzgados por sus cadíes, en sus desavenencias; que antes de permitir que sus casas estén abiertas, que sus mujeres salgan á la calle con los rostros descubiertos y privarse de sus baños, se dejarán matar, hacer pedazos.

—Se les trata con demasiado rigor, murmuró el marqués de una manera involuntaria é ininteligible para Sedeño, que continuó:

—Así, pues, han recurrido á las armas: aprovechan la ocasión de haber poca gente de guerra en la ciudad...

—¡Vive Dios! exclamó el marqués: los cortesanos piensan que ser capitán general de Granada, es lo mismo que llevar el ferreruelo y la espada dorada en las antecámaras de las secretarías de Estado. Piensan que todo se gobierna aquí con papeles, y aquí se necesitan muchas lanzas, muchos arcabuces y muchos brazos robustos para sostenerlos: dicen que cuesta mucho dinero el entretenimiento de tantas gentes de guerra en el reino y costa de Granada; que España está exhausta con las pasadas turbulencias, y que aquí nos basta para reprimir á los moriscos, con los alguaciles de la Chancillería, y con dos ó trescientos arcabuceros viejos del

presidio de la Alhambra: si mañana los moriscos de la vega y de la ciudad, los monfies de las Alpujarras y los berberiscos, que pueden venir en un día de Africa y desembarcar á mansalva en las costas desamparadas, se apoderasen de Granada, se llamaría torpe y descuidado al capitán general, cuando no se adelantasen á llamarle cobarde ó traidor. Pero en Dios confío que con la ayuda de los buenos caballeros de la ciudad y reino de Granada, con la gente de guerra de la Alhambra, y con los escuderos de mi casa; podremos sofocar esta primera llamarada. ¿Dónde tenéis vuestros cien buenos arcabuceros, capitán?

—En Andarax, señor.

—¿Quién los manda en vuestra ausencia?

—El alférez Pero Villasante.

Escribió el marqués.

—Bien, muy bien, dijo: ahora relátadme cuándo y de qué manera piensan levantarse los moriscos.

—¿Cuándo? mañana á la noche. ¿Cómo? barreando las calles del Albaicín y viniendo al mismo tiempo sobre la ciudad, por los atajos de la sierra, los monfies.

—¡En los atajos, en los atajos de la sierra está nuestra salvación! dijo el marqués con el rápido golpe de vista de un buen capitán. ¿Sabéis el punto por donde se han de acercar á Granada los monfies?

—Sí señor. Por los desfiladeros de Dilar.

—Bien, bien, capitán, dijo D. Luis: os confieso que había llegado hasta desconfiar de vos; pero el servicio que acabáis de hacer á su majestad, os vuelve toda mi confianza. ¿Dónde vivís?

Sedeño dió al marqués las señas de su casa.

—Id, pues, con Dios; es tarde y necesitaréis descansar.

Sedeño saludó profundamente al marqués, que se levantó y le dijo:

—Venid, venid conmigo: ahora pienso, que habiendo yo llamado á don Diego de Valor podrá suceder que si volváis por donde habéis venido podríais encontrarle y darle que sospechar. Venid.

—¿Y mi caballo? pudiera verle también al entrar y reconocerle.

—¡Ah! ¡vuestro caballo! ¡es verdad! ¡hola! dijo el marqués, y al presentarse un criado añadió: id á la puerta del Juicio, tomad un caballo que encontraréis allí y llevadle al momento á la puerta de Hierro.

Después de ésto el marqués salió precediendo á Sedeño, bajó unas escaleras, atravesó el hermoso patio de Lindaraja, pasó junto á la sala de los Secretos, entró por una mina, llegó á su fin, llamó á una puerta y después del llamamiento se oyó la voz de un soldado que llamaba al alférez de la guardia. Poco después se oyó otra voz que dijo:

—¡Quién va!

—Abrid al capitán general.

Rechinó precipitadamente una llave en una cerradura, descorrióse un cerrojo y la puerta se abrió.

—Alférez, dijo el marqués á uno que había aparecido tras la puerta con una linterna en la mano. Cuando llegue uno de mis criados con un caballo, le entregaráis á este capitán, abriréis la puerta de Hierro, y le dejaréis salir libremente.

Después de esto el marqués se volvió y el alférez cerró la puerta.

A poco rato Sedeño á caballo, bajaba lentamente la pendiente y tortuosa cuesta que ciñe los muros de la Alhambra, desde Peña-Partida hasta los molinos del río Darro.

Había quedado fuera del recinto de la ciudad: pero cuando después de pasar el puente del Diablo, y de subir la cuesta del Chapiz, llegó á la puer-

ta de Guadix, vió que por fortuna ésta aún no se había cerrado, y entró en el Albaicín, por cuyas oscuras y tortuosas calles se perdió.

CAPÍTULO XVI

LA VENGANZA DE DON DIEGO DE CÓRDOBA Y DE VALOR.

En una cámara del palacio de don Diego de Valor en el Albaicín, velaban una hora antes de los últimos sucesos que hemos referido, dos damas.

La una leía con suma distracción, en un libro en folio, feamente impreso. Decimos con suma distracción, porque hacía gran tiempo que tenía fija la vista en el libro como si leyese y sin embargo, no había vuelto la hoja, á pesar de haber trascurrido espacio sobrado para que el más torpe lector hubiese recorrido diez veces las líneas de las dos páginas por donde estaba abierto el libro. A poco que se leyese en aquellas páginas podía comprenderse que aquel libro era la historia del famoso caballero Amadis de Gaula.

Aquella dama era doña Isabel de Valor.

Apesar de que Calpue la había dado aquella mañana noticias exactas acerca de la existencia de Miguel López, ni doña Isabel había comunicado á nadie aquellas noticias, ni había dejado su luto.

El negro color de sus ropas contrastaba enérgicamente con la palidez mate que hacía más diáfana la blancura de su semblante.

La otra dama, sentada junto á la misma mesa, apoyada un brazo en ella y en la mano el semblante, estaba, si cabe, más pálida que doña Isabel, y en sus negros ojos destellaba una chispa sombría y colérica.

Aquella otra dama era doña Elvira de Céspedes, esposa de don Diego.

Ni una sola palabra se cruzaba entre las dos cuñadas; la una fijaba la vista abstraída en el libro; la otra parecía fijar su intensa mirada en la inmensidad.

Dieron las Animas en la cercana iglesia de San Gregorio, y doña Isabel se agitó con un ligero estremecimiento nervioso. Aquella campana que tañía lúgubrementemente á la oración por el eterno descanso de los que habían dejado de existir, recordó á doña Isabel su cita en el huerto con el extraño hombre de aquella mañana. Doña Elvira pareció salir de su distracción y rezó en voz baja; á cuyo rezo contestó doña Isabel.

Cuando se terminó la oración, doña Elvira dirigió algunas secas palabras á doña Isabel.

—Ya es hora de que nos recojamos, hermana, la dijo tomando una lamparilla de plata que estaba sobre la mesa, y encendiéndola en el velón.

—Recojámonos, pues, dijo doña Isabel cerrando el libro, y tomando una bagía y encendiéndola á su vez. Buenas noches, hermana.

—Buenas noches.

Como se ve no mediaba la mejor inteligencia entre doña Isabel y doña Elvira. Las dos cuñadas salieron de la cámara cada cual por distinta puerta.

Pero ninguna de las dos se encaminó á su dormitorio. Doña Isabel apenas salió á los corredores apagó la bujía y por una escalera de servicio, bajó al huerto buscando en su limonera la llave del postigo que se había procurado durante el día, y cerciorándose de si llevaba consigo la sortija, que por orden de Miguel López, su esposo, debía entregar á Calpuc. Doña Elvira apenas salió de la cámara apagó también su luz, atravesó á tientas una habitación, salió á otros

corredores y abrió una puerta tras la cual se perdió. Aquella puerta era de los aposentos de don Diego, donde estaba la entrada secreta del subterráneo donde había estado preso, por decirlo así, Yaye.

Una vez en la cámara de su esposo, doña Elvira encendió de nuevo su luz en una lámpara que ardía delante de un Cristo de talla sobre un reclinatorio, fué á la puerta secreta, la abrió, bajó las escaleras y se puso á escuchar.

—Nadie, no hay nadie, dijo: sin duda se han ido aquellos hombres que hoy al bajar me detuvieron: pero ¿por donde han entrado esos hombres? ¿quién los ha traído? Ellos son sin duda los que me han robado á Yaye.

Doña Elvira al pronunciar el nombre del jóven, exhaló un gemido, se llevó una mano sobre el corazón, y se apoyó en la pared un momento, como si hubiera necesitado de aquel apoyo para no vacilar y caer: luego rehaciéndose, merced á su indomable voluntad, acabó de bajar los escalones, y entró resueltamente en la mina y la recorrió, llegando á la otra escalera que comunicaba con la casa del capitán Sedeño.

A causa de la oscuridad y de su sobreexcitación, doña Elvira había pasado sin reparar en ello junto á la abertura practicada en uno de los costados de la mina por Harum el monfí.

Se detuvo un momento al pié de la escalera de la casa del capitán, y luego pintóse una decidida expresión en su semblante y trepó por ella.

No tardó en llegar á la puerta secreta: por acaso aquella puerta había quedado abierta, y doña Elvira se encontró en la cámara del capitán.

Por un momento tuvo miedo de pasar adelante: se hallaba en una casa extraña; pero doña Elvira se hallaba en un estado terrible: tenía fiebre:

esa fiebre que producen en las organizaciones vigorosas, la rabia y la desesperación.

Doña Elvira siguió adelante, y recorrió la casa del capitán, hasta llegar á la puerta exterior; como si Dios no hubiese querido doblar el terror de doña Elvira, había pasado algunas veces junto á la puerta de la cámara mortuoria, donde yacía doña Inés de Cárdenas, sin que se le hubiese ocurrido que allí había una habitación en la cual no había entrado.

Maravillóla, sí, el encontrar encendidas las luces del zaguán en una casa donde no se encontraba á nadie.

Doña Elvira para cerciorarse de si aquella gran puerta daba á la calle ó á un patio interior, lo que podría muy bien suceder, corrió los cerrojos y abrió uno de los grandes postigos de aquella puerta.

En aquel momento un ginete arremetió por ella, y á poco no atropella á doña Elvira que se hizo un paso atrás, dejó caer la lámpara, y exhaló un grito de espanto al reconocer al ginete.

Aquel ginete era don Diego de Córdoba y de Valor.

—¡Ah! ¡ah! dijo don Diego; ¿sois vos señora? En verdad, en verdad, que yo esperaba encontraros en otra parte; pero no ciertamente aquí.

La situación en que se hallaba doña Elvira era tan extraña que solo contestó fijando en su marido una mirada de terror.

—Hacéis bien en aterrarnos, dijo don Diego, porque en verdad que sé algunas cosas de vos, que más os valiera no haber nacido para no haberlas ejecutado.

Doña Elvira, que como la mayor parte de las mujeres, tenía suma facilidad para dominarse, se repuso y contestó á don Diego:

—No comprendo lo que me queréis decir, esposo y señor.

—¿Qué hacéis aquí, señora? dijo don Diego atando á una argolla del portal su caballo, del que había descabalgado.

—En verdad que no lo sé, dijo doña Elvira recogiendo del suelo con gran serenidad la lámpara; al veros de repente ante mí me he sorprendido, porque no esperaba veros en esta casa, en la que á mí misma me causa gran extrañeza el encontrarme. Encended mi lámpara en uno de esos faroles y seguidme; tengo grandes cosas que comunicaros.

Sorprendido don Diego del aplomo con que doña Elvira le hablaba, ni más ni menos que si nunca le hubiese ofendido, tomó maquinalmente la lámpara, la encendió y la entregó á su esposa.

—Vamos de aquí, dijo ella, trasládeonos á nuestra casa; tengo que revelaros sucesos importantes.

—¡Ah! ¿tenéis que revelarme.... sucesos importantes? dijo conteniendo mal su cólera don Diego.

—Sí por cierto; pero ante todo decidme: ¿por qué razón habiendo estado un mes ausente, venís á esta casa antes que á la vuestra?

—Tenía mis razones para pretender llegar á cierto punto de mi casa sin ser sentido.

—¡Ah! ¿y á qué punto de vuestra casa queríais llegar sin ser sentido, caballero? en verdad que no comprendo la razón de tanto misterio, á no ser que pensáseis darme el placer de una sorpresa.

—Sí por cierto, quería sorprenderos doña Elvira.

—Y efectivamente me habéis sorprendido presentándoos ante mí en un lugar y en una ocasión en que ciertamente no hubiera esperado encontraros.

—Perdonad si no os digo en qué lugar quería sorprenderos; porque estamos en una casa extraña y podría

escucharnos alguno de los criados del capitán Alvaro de Sedeño.

—¡Ah! ¡esta es la casa de vuestro amigo el capitán Sedeño! En verdad que yo ignoraba que viviese tan cerca; que pudiese comunicarse con nosotros, y habéis hecho mal en no advertírmelo, porque...

—Seguid, seguid adelante, señora, y callad: basta con que hayáis dado el escándalo de que os vean en esta casa, en la que no comprendo por qué razón estáis; no hay necesidad de que nadie se entere de nuestros asuntos.

—Podéis estar tranquilo, dijo doña Elvira; nadie nos escuchará porque esta casa está deshabitada.

—¡Deshabitada!

—Sí por cierto, seguidme y os venceréis.

Doña Elvira tomó por la escalera principal, y don Diego la siguió, dominado por lo extraño de lo que le acontecía.

Preocupados entrambos esposos con la situación en que se encontraban, se olvidaron de cerrar la puerta de la calle, y siguieron en silencio el uno tras la otra por la escalera arriba.

Doña Elvira entró en los corredores, y de ellos pasó á una antecámara, en la que antes no había entrado.

En aquella antecámara había un fuerte olor á cera quemada: era la antecámara más allá de la cual había muerto doña Ines.

Doña Elvira siguió fatalmente adelante y se encontró en el aposento mortuorio. Había sobre la mesa dos bujías encendidas que proyectaban una luz opaca sobre el lecho.

—Aquí hay una mujer que duerme, dijo don Diego.

Doña Elvira miró el lecho, y más perpicaz que su marido lanzó un grito de horror.

—¡Esa mujer está muerta! exclamó.

—¡Muerta! exclamó don Diego arre-

batando la lámpara á doña Elvira que había quedado yerta de espanto, y acercándose al lecho: ¡muerta! ¡si muerta! pero... ¿quien es esta mujer? ¡ah! ¡la muerte se cruza en mi camino cuando vengo á buscar una prueba de mi deshonra!

—¡De vuestra deshonra! exclamó con un acento indefinible doña Elvira.

—Sí, sí, seguidme, señora, seguidme y concluyamos de una vez.

Y asíó brutalmente á doña Elvira y la arrastró consigo fuera de la cámara; atravesó la antecámara, salió á los corredores y luego, como quien conocía bien aquella casa, torció por una puertecilla, atravesó un pasadizo entró en el aposento del capitán Sedeño, y se encaminó á la puerta secreta.

Aquella puerta estaba abierta.

—¿Habéis entrado por aquí, señora? la dijo.

—Por aquí he entrado, contestó con acento severo y duro doña Elvira, como si con la entonación de su voz hubiera querido protestar de la manera brutal con que la arrastraba consigo don Diego.

—¿Y quien os ha dicho que existía esta comunicación secreta con nuestra casa? preguntó con un acento no menos duro y severo don Diego.

—Nadie me lo ha dicho, yo he descubierto esta comunicación.

—¡Que la habéis descubierto! ¿y cómo? hay alguna distancia desde el aposento subterráneo aquí y no parece natural...

—Yo no hubiera descubierto esta comunicación, si no hubiera desaparecido Sidi Yaye.

—¡Que ha desaparecido sidi Yaye! exclamó con un acento indescribible don Diego: ¡es decir que se os ha escapado!

—Solo sé deciros que esta noche cuando bajaba á traerle la cena, encontré la habitación abandonada. Yo

había dejado bien cerrada la puerta; nadie conoce la entrada del subterráneo por nuestra casa más que vos y yo: Yaye debía haberse escapado por otra parte: nos importaba demasiado ese mancebo para que yo no procurase indagar cómo podía haber huido, y recorrí la mina: al fin de ella dí con una escalera, al fin de la escalera con esta puerta que encontré franca; recorrí la casa, menos esa habitación donde hemos visto ese cadáver, y no encontré persona alguna: llegué al zaguán, y... abrí maquinalmente la puerta....

—Para ver sin duda, si se alejaba con seguridad vuestro hermoso Yaye, dijo don Diego cediendo á una suspicaz suposición; ¡oh! si, si, veo en esto la mano de los monfies; vos no habéis querido que vuestro amante esté privado del sol y del aire.

—¡Mi amante! exclamó verdaderamente aterrada doña Elvira; pero sobreponiéndose á su terror, ¿habéis dicho mi amante? añadió con altivez.

—Venid, exclamó trémulo de furor don Diego.

Y arastrándola consigo, descendieron por las escaleras: un instante después se encontraron en el aposento subterráneo donde había vivido un mes Yaye.

Don Diego revolvió en torno suyo una mirada de tigre y acercándose á un sillón colocado junto al abandonado lecho de Yaye, tomó de sobre él un riquísimo justillo de mujer y una gargantilla, que doña Elvira había dejado allí abandonados, con el descuido de una mujer que no piensa ser sorprendida en la habitación de su amante.

—¿Qué significa esto, señora? dijo con acento opaco don Diego; ¿habéis elegido por vuestra cámara de vestir, este aposento, y por camarera á Yaye?

Doña Elvira no pudo contestar: su palidez se hizo livida y miró con los

ojos desencajados de espanto las acusadoras prendas que don Diego la mostraba.

—Nunca os habéis engalanado tanto para vuestro marido, exclamó con acento ronco don Diego; concócese que el hermoso emir apreciaba sobre todo, la desnuda blancura de vuestro cuello, cuando os hacía despojaros de esta rica gargantilla: á falta de sol y de aire vos llenábais de flores, de perfumes y de amores su encierro. ¡Oh! razón tenía yo en querer sorprenderos; sorprenderos de manera que nadie pudiese avisaros, pero os sorprendo á vos sola... el infame... el infame se ha escapado llevándose mi honor: pero yo sabré encontrarle: yo sabré matarle aunque le protejan todos sus monfies.

Doña Elvira quiso disculparse aun; pero don Diego trémulo de cólera, acometió á su mujer en el momento de hacer ademán de hablar. Doña Elvira aterrada retrocedió y la mano de don Diego solo pudo asir su rizada gorguera de encaje de Flandes, se la arrancó y dejó descubierto el cuello y parte del seno de doña Elvira.

Entonces vió don Diego que sobre el pecho de su esposa había un relicario de oro, pendiente de su cuello por una preciosa cadena del mismo metal.

Don Diego arrojó lejos de sí la gorguera, y señaló con un dedo inflexible el relicario.

—Negad ahora, si os atrevéis, exclamó.

—¿Y este relicario que os prueba? exclamó con audacia doña Elvira.

—Es el relicario de mi hermana: el relicario bendecido por el papa, que yo la regalé hace un año. Y ¿sabéis lo que hizo mi hermana con ese relicario? le regaló á Yaye, al hombre á quien amaba. ¿Sabéis que la noche en que se separaron Yaye é Isabel pidió ella su relicario al hombre de quien debía separarse para no volverle á

ver, y que él, no consintió en separarse de ese relicario? ¿sabéis que yo lo escuchaba todo, oculto? ¿que sé que ese relicario había quedado en poder de Yaye, y que solo él puede haberse dado? ¿sabéis que cuando un hombre da una prenda de amor de una amante á otra amante, es porque ama más á la segunda que á la primera ó porque no ama á ninguna de las dos? ¿Y me queréis negar todavía que sois amante de Yaye?

Doña Elvira era una mujer de pasiones violentas, de la cual no podían esperarse sino extremos, y desesperada por la pérdida de Yaye, enloquecida por la situación en que se encontraba, devorada por la fiebre, fuera de sí, exclamó con una energía casi salvaje:

—Pues bien, sí, matadme, matadme, porque estoy desesperada: porque le amo, he sido suya y le he perdido.

Don Diego se sintió acometido de un vértigo de sangre, desnudó su daga furioso y acometió á doña Elvira que cayó de rodillas; pero de repente se contuvo; se pasó la mano por la frente, envainó la daga y dijo asiendo á su esposa con una fuerza desesperada por un brazo:

—Aun no es tiempo... aun vive él.. vivid vos también... una puñalada es poco... necesito más para vengarme... y me vengaré... me vengaré sin que el mundo pueda conocer mi venganza, ya que no conoce mi deshonor..... me vengaré, pero de una manera horrible.

Y sombrío y letal, dejando á doña Elvira doblegada sobre sus rodillas, salió del subterráneo por la casa del capitán Sedeño, cerro perfectamente la puerta secreta, atravesó aquella casa, bajó al zaguán, sacó el caballo fuera, encajó la puerta ya que no podía cerrarla, montó y rodeó el Albaicín para dar lugar á que su esposa se

rehiciera, bajó al mesón donde había dejado á su hermano, y dos horas después de la terrible escena habida con su esposa, llamó á su casa.

Doña Elvira bajó serena y tranquila; mejor dicho: como una esposa amante, á recibirle y se arrojó en sus brazos.

Don Diego la estrechó en ellos y la dijo al oído estas palabras envueltas en un beso satánico.

—¡Gracias! ¡doña Elvira, me habéis comprendido!

Y asido de su mano se encaminó á las escaleras en cuyo primer peldaño pálida y anhelante le esperaba doña Isabel.

—¡Y mi esposo! exclamó esta.

—Tu esposo hermana, dijo don Diego, ha tenido la desgracia de ser asesinado por los monfies de las Alpujarras.

.....

Un momento después, don Diego fué solemnemente preso por un capitán de caballos de orden del capitán general de la corte y reino de Granada, y conducido con grandes seguridades á la Alhambra.

CAPÍTULO XVII.

CÓMO SE ENCONTRARON EL REY DEL DESIERTO Y EL CAPITÁN ERTROPEADO.

Sepamos ahora, lo que había hecho en el huerto doña Isabel.

Adelantó temblando y á oscuras por entre las flores y se acercó al postigo; poco después se oyeron por la parte de afuera en aquel postigo tres golpes recatados.

Doña Isabel abrió temblando.

—¿Sois vos? dijo á un hombre, que á pesar del calor, estaba envuelto en una ancha capa.

—Yo soy, dijo aquel hombre entrando; cerrad, señora, cerrad.

Doña Isabel cerró.

—¿Estáis segura de que nadie puede vernos? dijo el hombre.

—Los criados están al otro lado de la casa, y no acost. mbran á venir de noche al huerto, contestó doña Isabel.

—Aunque la noche es oscura, como el huerto está descubierto por esa parte, temería que os viesan conmigo.

—Os repito, dijo doña Isabel con acento en que se notaba la contrariedad en que la ponía aquella aventura os repito que nadie puede vernos.

—¡Ah! la noche es oscura y las tapias no son muy altas, dijo. el desconocido mirando á las que lindaban con el huerto de la casa del capitán Sedeño.

—¿Qué habla este hombre de tapias? dijo para sí con cierto temor doña Isabel, temiendo haber caído en un lazo tendido por un ladrón.

Pareció como que el desconocido adivinaba el cuidado de doña Isabel, puesto que se apresuró á decirle:

—Nada temáis: no es un criminal el hombre que tenéis delante, y puesto que habéis tenido la bondad de franquearme la entrada, tenedla también de oirme en un lugar en donde de nadie podamos ser escuchados.

Una vez puesta en aquella situación doña Isabel, siguió de una manera fatal el camino que había empezado y condujo al extranjero á su enamorada favorita.

—Sentáos; le dijo, señalándole el banco.

—Sentáos vos, señora, y nada temáis; sois buena, necesitáis de amparo y os juro que yo os ampararé.

Se trocaban los papeles: convertíase en amparador, el que aquella mañana pedía ser amparado.

—Nos encontramos en una situación verdaderamente extraña, doña Isabel, la dijo; he podido procurarme una entrevista á solas con vos á nombre de vuestro esposo, y es necesario

que sepáis cómo he trabado conocimiento con él. Este conocimiento le debo á una traición de vuestros hermanos.

—¡Ah! ¡ya lo temía yo! exclamó doña Isabel.

—Pero antes de que llegemos á este punto es necesario que sepais quién soy yo.

—Vos sin duda sois extranjero, dijo con encogimiento doña Isabel.

—Sí, es verdad, contestó suspirando el desconocido, y bien sabe Dios que si estoy en estas tierras de Europa, y en España, es contra mi voluntad.

—¿De qué parte del mundo sois, pues, caballero?

—De la cuarta parte, contestó el desconocido.

—¿De América?

—Cabalmente: soy mejicano.

—¡Ah!

—¿Comprendéis que un mejicano tiene tantos motivos para aborrecer á los españoles como un morisco?

—Sin embargo, á pesar de todas sus crueldades, de todas sus tiranías, los españoles nos han mostrado la santa ley de Jesucristo.

—¿Y qué importa que hayamos escuchado la voz de los ministros del Altísimo? ¿qué importa que persuadidos de su palabra hayamos despreciado á los torpes ídolos á quienes antes rendíamos un culto abominable, para arrojarnos llenos de fé y de esperanza al pie de los altares del Crucificado? ¿hemos conseguido por eso que los españoles nos traten como hermanos? Ellos nos han traído á la religión única y verdadera; pero también nos han traído al martirio.

—Es verdad, dijo doña Isabel, que como morisca no podía desconocer las infamias de que los moriscos eran víctimas.

—Para esos hombres, continuó el mejicano, no hay más Dios que el oro,

ni más cielo que los placeres: allí donde alcanzan su garra ó sus ojos, allí van el robo, el asesinato y la impureza: la América es un tesoro vírgen, y las vírgenes de América las mujeres más hermosas del mundo. ¡Ah! ¡perdonad! vos sois tan hermosa y tan pura, como la más pura y más hermosa de ellas. ¡Sí conociéseis á mi esposa! ¡si conociéseis á mi hija!

La voz del mejicano se hizo trémula y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Doña Isabel perdió todo su terror, que dejó en su alma su lugar á la compasión.

—¡Vuestra esposa! ¡vuestra hija! exclamo con un profundo acento de misericordia. ¡Las habéis perdido!

—¡No! ¡me las han robado! ¡me las robó hace diez años un español infame! ¡pero no las he perdido, no! están muy cerca de mí: allí, en aquella casa.

Y señaló la del capitán estropeado.

—¿Que están allí, en esa casa, vuestra esposa y vuestra hija?

—¡Sí! son esclavas del capitán Alvaro de Sedeño.

—¡Esclavas! ¡Dios mío! exclamó horrorizada doña Isabel.

—Como podeis serlo vos mañana.

—¡Yo soy cristiana!

—Pero sois morisca. Mañana una rebeldía imprudente de vuestro hermano, que es harto ambicioso, podrá causaros desventuras incalculablemente mayores que las que os ha causado ya su falta de previsión. ¡Oh! ¡si mañana encendida la guerra os viéseis cautiva, arrancada de vuestros hogares, tratada brutalmente...! ¿De qué os serviría haber abrazado con toda vuestra alma la religión de Cristo?

—Si eso sucede, la religión me servirá y me sirve ya, para sufrir con valor mis desventuras.

—¡Ah! yo procuraré salvaros, co-

mo procuro salvar á mi hija y á mi esposa, si aún es tiempo.

—¡Si aún es tiempo!

—He visto una sola vez á mi esposa algunos dias despues de diez años de separación y de lágrimas, y apenas he podido reconocerla. ¡Oh! ¡la desesperación y la muerte estaban pintadas en su semblante! aún no he podido vengarla: cien veces he tenido junto á mí al infame, y un juramento horrible me ha atado las manos; cuento con vos para salvarlas y luego... ¡quiero una venganza horrible, horrible de todo punto...! ¡quiero que me venga la Inquisición!

—¡La Inquisición!

—¡Oh! sí: ese hombre es un espía de los monfies, un renegado de Cristo.

—¿Conocéis á los monfies?

—El rey de los monfies contiene mi venganza por un juramento.

—Pero ¿quién sois vos? dijo maravillada de aquel hombre doña Isabel.

—Yo soy Calpuc, el rey del desierto, contestó solemnemente el mejicano.

—¡Ah! exclamó doña Isabel.

—Sí; como la vuestra, mi alcurnia es egregia, señora..... para que cese vuestra extrañeza, para que consintáis en ayudarme, necesito revelaros la historia de mi vida, de mis alegrías y de mis desventuras... pero ahora que hablamos de favorecernos: ¿habéis traído con vos la sortija de bodas?

—Sí, sí, tomad: ¿pero qué tiene que ver esta sortija...?

—Esta sortija servirá para arrancar de las manos de un miserable, una carta de vuestro hermano que puede perderle y perderos con él, porque la tal carta, fué escrita por don Diego al emir de los monfies y contiene pruebas de traición al rey, Miguel López, vuestro esposo, se apoderó de aquella carta, y obligó con ella á vuestro hermano, á que eligiese entre hu-

ceros esposa de Miguel López, ó que fuese entregada aquella carta al presidente de la Chancillería: vuestro hermano os sacrificó á su seguridad.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó doña Isabel.

—Pero nada temáis: acaso Miguel López muera, y esa carta no será entregada á los ministros del rey de España.

Doña Isabel dobló la cabeza bajo el peso de su infortunio.

—No perdáis la esperanza, señora, la dijo Calpuc: vuestra felicidad está en mis manos; Yaye, el emir de los monfies, el hombre á quien amáis, vive, y Miguel López está en mi poder.

—¡Ah! ¡no le mateis! exclamó doña Isabel.

—Acaso muera sin que yo pueda evitarlo, respondió profundamente el rey del desierto.

Hubo un momento de silencio solemne, después del cual dijo Calpuc:

—La noche sube y necesito que consintáis en ayudarme; escuchad, pues, mi historia.

Y seguidamente contó á doña Isabel cómo robó á doña Inés de Cárdenas de la frontera del desierto; cómo por su amor se convirtió al cristianismo y cómo le fueron arrebatadas su esposa y su hija por Sedeño; su venida á España, en busca del robador, y su conocimiento con el emir de los monfies.

Cuando concluyó, los ojos de doña Isabel de Valor estaban llenos de lágrimas.

—¿Y cómo queréis que contribuya á la libertad de vuestra esposa y de vuestra hija? preguntó.

—Escuchad, señora, dijo Calpuc: el capitán ha salido esta mañana para las Alpujarras: solo han quedado en la casa un viejo soldado y dos criadas: pretender penetrar por la puerta sería imprudente.... pero puedo pene-

trar por esas tapias, si vos me lo permitis.

—¡Oh! sí, sí, id... si yo pudiera ayudaros personalmente...

—No, no señora, dijo Calpuc; pero dejadme ir, porque me devora la impaciencia.

—¡Oh, sí! id á salvarlas, id y que Dios os ayude.

—Que él os bendiga señora, exclamó Calpuc besando la mano de doña Isabel; que él os pague si yo no puedo pagaros!

Calpuc se separó de doña Isabel: ésta le vió llegar á la tapia, terciarse la capa, asirse á las asperezas de la pared y trepar silenciosamente por ella.

Poco después desapareció.

Doña Isabel permaneció algún tiempo en el huerto abstraída profundamente; pero vino á sacarla de su abstracción un grito horrible, inarticulado, semejante á un rugido, que procedía del interior de la casa del capitán Sedeño.

Tuvo miedo, huyó del huerto, y se encerró en su habitación de la que salió poco después á recibir á sus hermanos que habían llamado á la puerta.

CAPÍTULO XVIII.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.

El capitán Sedeño, bien ageno de todos estos acontecimientos, y anegando su alma de tigre en la feroz y para él alegre contemplación de sus traiciones, que aseguraban su reposo y su independencia, se dirigía á su casa, atravesando las estrechas y oscuras callejas del Albaicín.

Llegó al fin, y llamó con fuerza desde el caballo; pero nadie le contestó.

Repitió dos golpes más fuertes, y á su empuje la puerta, que como sa-

bemos no estaba afianzada, cedió y se entreabrió.

—¿Que es esto? exclamó con un cólerico asombro el capitán; ¿no me responde nadie y la puerta está abierta?

Dicho esto empujó más la puerta, penetró á caballo, y al ver los faroles del zaguán encendidos, gritó:

—¡Hola! ¿qué es esto? ¡vive Dios!

Nadie le contestó.

Entonces el capitán echó pié á tierra, temblando de cólera, corrió los cerrojos de la puerta, y subió, cuanto de prisa se lo permitía la falta de su pierna, las escaleras.

A medida que adelantaba, la soledad que encontraba en su casa, le hacía sentir un terror frío, semejante al presentimiento de un suceso terrible; siguió adelante, atravesó algunas habitaciones, y al fin abrió la puerta de la cámara mortuoria.

Al entrar encontró en el centro de ella un hombre que fijaba en él una mirada sobrenatural, y decimos sobrenatural, porque tal era el odio, la rabia, la desesperación y la venganza que brillaban al par en aquella mirada.

Aquel hombre era Calpuc, el rey del desierto, que había sentido acercarse al capitán, merced al ruido seco de su pata de palo sobre el pavimento, y se había alzado de sobre el lecho, donde el infeliz había encontrado muerta á su esposa.

Al ver ante sí á Sedeño, se encaminó gravemente á la puerta, y la cerró por dentro. Luego adelantó hasta el capitán, que permanecía asombrado en el centro la cámara, mirando con una fascinación horrible el cadáver de doña Inés.

Aquellos dos hombres no tenían nada que decirse: la situación en que respectivamente se encontraban colocados, era demasiado terrible para que diera lugar á palabras ni á recriminaciones.

Calpuc desenvainó su espada con una calma horrorosa, y punzando en un brazo al capitán que estaba absorto, dominado por el terror, como para advertirle, le dijo, cuando este, al sentir la aguda punta, se volvió en un movimiento cólerico:

—¡Defiéndete! ¡ese cadáver va á ser nuestro testigo!

—En buen hora, dijo con voz cavernosa el capitán, desnudando convulsivamente su espada: ese cadáver colocado entre los dos pide sangre: defiéndete.

Y empezó un combate espada contra espada, que hubiera podido parecer por lo acompasado y reflexivo un asalto de armas, si no hubiera existido en el lecho aquel cadáver, y una pasión profunda, letal, en el semblante de los combatientes.

Los dos eran maravillosamente diestros: los dos acometían y paraban con suma reflexión, como si hubiesen querido no perder un golpe, no faltar á una parada: conocíase en ambos la decidida intención de matar á su adversario, y las estocadas eran rectas, profundas, las paradas vigorosas: cubríanse y reparábanse con un cuidado exquisito, con una sangre fría, admirable en la situación en que se encontraban los dos enemigos.

Pero á poco que se observase á aquellos dos hombres, se conocía que la ventaja estaba de parte de Calpuc, no porque Sedeño fuese cojo y manco, defectos que no impedían el que se manejase perfectamente con la pierna y el brazo que tenía sanos, sino porque, á pesar de su valor y de su sangre fría, Sedeño estaba aterrado, su terror crecía de momento en momento, y no podía sufrir la candente mirada de Calpuc, que le devoraba, le amenazaba, le torturaba. En una palabra: porque su infamia había acabado por dominar al capitán, mientras Calpuc, en quien vivían la rabia y el

derecho, estaba sostenido por ellos como por la mano de Dios.

Sin embargo, y atendido el estado de la lucha, aunque se notase alguna ventaja en Calpuc, ventaja puramente moral, ningún inteligente en la esgrima de aquellos tiempos que hubiera presenciado el duelo, se hubiera atrevido á decir rotundamente acerca de cuál de aquellos hombres sería el vencedor.

Conociólo esto asimismo Calpuc, y se afianzó más en su posición y se hizo más cauto en la acometida y en la parada: notó que Sedeño, á pesar del peligro, estaba abstraído, que se defendía bien por tacto y por costumbre, y que, saliendo bruscamente del género de ataque que había usado hasta entonces, podría cogerle desprevenido y matarle.

Así es que, con una destreza maravillosa, le marcó un golpe al rostro, hizo pasar la punta de su espada con la velocidad del relámpago por delante del único ojo del capitán, y rebatiendo la mano, á tiempo que Sedeño acudía á la parada por arriba, le metió la espada en el pecho hasta la empuñadura.

Calpuc dejó la espada en la herida, temeroso, si la sacaba, de traerse con ella la vida del capitán: este lanzó una horrible blasfemia al sentirse herido, quiso afianzarse sobre su pié y su pata para no caer; pero al fin vaciló y cayó sobre el costado donde había sido herido.

—Mi esposa ha muerto: exclamó Calpuc, acercándose á él, pero mi hija vive: ¿sabes qué ha sido de mi hija?

—¡Ah! exclamó con una feroz alegría Sedeño: ¿has encontrado muerta á tu esposa, y no sabes qué ha sido de tu hermosa Estrella...? muero, pues, más tranquilo. Doña Inés no puede ser tuya, porque es de la tumba, y tu hija ha huido acaso con al-

gún castellano; acaso con el soldado que me servía... ¡deshonrada! ¡ah! ¡hermosa ramera!

Una tos profunda, hirviente, interrumpió al capitán, que lanzó un vómito de sangre.

—Contesta, contesta y te perdono, exclamó Calpuc: ¿qué has hecho de mi hija? ¿dónde está mi hija?

—¿Para qué quiero yo tu perdón? exclamó con la voz enronquecida Sedeño: yo te desprecio Calpuc, y muero satisfecho porque sé que no tardarás en acompañarme; porque muero dejando por una casualidad preparada mi venganza.

Un nuevo vómito de sangre, sin tos, sin esfuerzo, fácil, como rebosa el agua de una fuente, interrumpió de nuevo al capitán.

Calpuc se aterroró ante aquella oscura amenaza que salía de los siempre crueles labios del moribundo.

—¡Mi hija! ¡mi hija! gritó Calpuc inclinándose sobre el capitán, y sacudiéndole furioso.

Tornó á él Sedeño la vista nublada y vaga por la muerte, sus labios se contrajeron de una manera horrible, y exclamó en medio de una carcajada débil, dolorosa; pero sarcástica y acerada:

—¡Tu esposa! ¡tu hija! ¡las dos! ¡y luego tú!

Su voz se apagó, se agitó en un débil esfuerzo, y faltándole el brazo sobre que se apoyaba, cayó y quedó inmóvil.

Estaba muerto.

Aquella muerte abrió un vacío profundo en el alma de Calpuc.

—¡Ah! exclamó: he sido un insensato: le he matado, y no he podido saciar mi venganza... mi venganza es ya imposible... está muerto... ¡muerto...!

Calpuc quedó inmóvil como una estatua, con una ansiedad mortal pintada en el semblante, con una rabia

espantosa concentrada en sus ojos: luego se volvió de una manera insensata hacia el lecho, se arrojó sobre él, y besó una y otra vez delirante, la fría boca del cadáver.

Luego se alzó, cortó con su daga uno de los negros rizos de doña Inés, y le envolvió en un pedazo de las ropas del lecho que cortó también con su daga: después besó de nuevo el cadáver, y dijo como si este pudiera oírle:

—¡Adios, Inés! ¡Inés de mi alma! yo moriré junto á tí... pero mi vida no me pertenece... ¡pertenece á nuestra hija! ¡tú, cuyo espíritu está sin duda en el seno de Dios, guíame para que pueda encontrarla, fortaléceme para que no sucumba al dolor, y vela desde el cielo por nuestra Estrella!

Después de esto, Calpuc se levantó de sobre el cadáver y se separó algunos pasos; pero volvió de nuevo: parecía que un poder invencible le ataba, le retenía junto al cadáver de su esposa. Por una, dos y tres veces, pretendió en vano alejarse; pero al fin, hizo un violento esfuerzo y salió frenético de la cámara.

Cuando estuvo fuera de ella, se detuvo, volvió su rostro hacia el interior, y rompió á llorar como una mujer desconsolada.

Luego se alejó á paso lento, y salió de la casa, cuya puerta dejó abierta, murmurando una y otra vez con el acento de la más profunda desesperación:

—¡Ni mi esposa, ni mi hija, ni mi venganza!

CAPÍTULO XIX.

DE CÓMO LA JUSTICIA FUÉ Á CERRAR LA CASA DEL CAPITÁN, DEJÁNDOLA ENTERAMENTE DESHABITADA.

Aquella misma noche algunos monfies enviados por Yuzuf, entraban en

Granada escalando silenciosamente los ya aportillados muros de la muralla que por la parte de la Torre del Aceituno (hoy ermita de San Miguel el Alto), constituían la cerca que lleva aun en nuestros días el nombre del Obispo don Gonzalo.

Apuellos monfies disfrazados, llegaron en secreto y protegidos por la noche y por la soledad del Albaicín, á las casas de algunos moriscos principales, para manifestarles que la noche siguiente llegaría á Granada por los atajos de la sierra, el anciano Yuzuf con seis mil monfies.

Al mismo tiempo algunos adalides del capitán general en traje de arrieros, salían secretamente por las puertas con pliegos para los corregidores de las poblaciones moriscas, en los que se les mandaba que al momento viniesen á Granada con los caballeros particulares y gente de guerra y del comun que pudiesen reunir.

No mucho después de haber salido Calpuc de la casa del capitán Sedeño, un alcalde con una ronda de alguaciles, que, según costumbre, recorría las silenciosas calles, entró en la de San Gregorio: al pasar por delante de la casa de Sedeño, maravillóle ver la puerta abierta y las luces del zaguán encendidas.

—Pues según los bandos, dijo el alcalde, á estas horas debía estar ya cerrada esta puerta, adelantad maese Barbadillo, y decid al que saliere, que la justicia castiga por su descuido al dueño de esa casa, en dos ducados para obras pías.

Adelantó el corchete con su linterna, y entró.

—¡Ah de casa! dijo.

Nadie le contestó.

Asió entonces la cuerda de la campana y la agitó: tampoco sobrevino contestación alguna.

Salióse el corchete.

—Señor alcalde, dijo, por el pre-

sente no parece en esa casa más persona viviente, que un caballo que está enjaezado en el zaguán.

—Volved á llamar, maese Barbadiño, volved á llamar.

Llamó de nuevo el corchete con la voz y con la campana desaforadamente; pero no recibió más contestación que las veces anteriores.

Entonces el alcalde Anton de Zalduendo, hombre ágrío y seco, de cincuenta años, enhiestó la vara de justicia, y alegrándose, con esa alegría característica de los curiales cuando les cae que hacer, esto es, con una alegría maligna, se entró de rondón por la puerta franca, seguido de cuatro alguaciles, y dejando dos de guardia á la puerta.

Después de un escrupuloso registro, que dió por resultado encontrar una casa grande, principal, ricamente amueblada y entapizada, sin una alma viviente y con dos cadáveres, el alcalde, aumentada su alegría en una proporción maravillosa, mandó á un alguacil para que buscase de una manera apremiante un escribano, y otro para el cura de la parroquia, á fin de que acudiese con sus sepultureros.

El escribano libró testimonio de cómo en una casa grande de la calle de San Gregorio el Alto, el nombre de cuyo dueño no se sabía aun, por no haber habido lugar á indagatoria, y en una de las cámaras de aquella casa, se había encontrado por la ronda del alcalde de Casa y Corte Anton de Zalduendo, los cadáveres de una dama como de cuarenta años, muerta al parecer de enfermedad, y el de uno, al parecer por sus divisas, capitán de infantería española, manco del brazo izquierdo, cojo de la pierna derecha, y tuerto del ojo siniestro, muerto á hierro y al parecer en riña; que habiendo comparecido el licenciado Pero de Rávago, cura de la parroquia de San Gregorio el Alto, se le había or-

denado que mandase conducir los dos difuntos á la iglesia, y que al día siguiente los pusiese en sendas cajas de ánimas en la puerta de la parroquia, á fin de que los vecinos los viesan, por si alguno los reconocía; después de lo cual, y habiéndose llevado los difuntos los sepultureros, y quedando en poder del infrascripto escribano, dos espadas y una daga que tenía sobre sí el difunto, la una espada en el cuerpo en una herida que le atravesaba de parte á parte, y la otra espada en la mano, sin señal alguna de sangre, se procedió al inventario y embargo de los muebles de la casa, y de dos caballos que se encontraron, el uno en el zaguán y el otro en la cuadra, cerrándose y sellándose todas las puertas por la justicia, y entregándose los caballos al mesonero del Mesón del Cuervo, en la calle del Agua, todas cuyas diligencias tuvieron fin y remate al alborear el día 1.º de julio del año de 1546.

Como se vé, Yaye, sin duda se había llevado consigo las dos sirvientes, que como hemos dicho habían sido encerradas, puesto que la justicia no encontró en la casa persona alguna.

Igualmente se desprende del testimonio del escribano, que la justicia no había dado con la puerta secreta que ponía en comunicación la casa del capitán difunto con la de don Diego de Córdoba y de Valor puesto que ni una palabra se decía en el testimonio acerca de la tal puerta.

Pero en un testimonio por separado que había pasado con urgencia el alcalde Antón de Zalduendo al presidente de la Chancillería, constaba que en un armario, encontrado en un dormitorio, al parecer de hombre, se habían hallado papeles interesantísimos para la salud de la república y el servicio del rey.

CAPÍTULO XX.

ESTRELLA.

La casa que el wali de los monfies Harum, había procurado á su señor el poderoso emir de las Alpujarras Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar, era, como hemos dicho, una bellísima casa; más aun, un pequeño alcázar situado en una calleja angular, que se llamaba entonces la casa de las *Tres Estrellas*, y aun se llama hoy, puesto que la casa y la calleja en cuestión existen.

Debemos decir, que la causa ostensible de tal nombre, son tres estrellas incrustadas en el ladrillo que sirve de clave al arco árabe agramilado de la puerta de la casa, y la causa ostensible de aquel nombre, porque aquellas tres estrellas, más que un adorno son, por decirlo así, un símbolo; lo que queda sobre la tierra, de un tremendo suceso acontecido en aquella casa cuando Granada era de moros, suceso con el cual pensamos confeccionar una leyenda á la que titularemos, Dios mediante *Las Tres Estrellas*.

Mas, volviendo á nuestra narración, nos permitirán nuestros lectores que digamos algo acerca del estado en que se encontraba aquella casa cuando acontecían los sucesos que vamos refiriendo.

Su fachada era pequeña y formaba uno de los lados del segundo ángulo recto de la calle: la pequeña y sencilla, pero bella puerta ogiva de herradura, constituía el frente de la calle, conforme se doblaba el primer ángulo viniendo de la parte de la iglesia de San Gregorio el Alto; el muro á que aquella puerta pertenecía, no tenía perforación, ventana ni respiradero alguno, más que un pequeño

agimez de estuco labrado, con columnas de mármol blanco de Macael, que correspondía á un pequeño mirador con cúpula, situado sobre el tejado de la casa, encima del alero de pino labrado y ennegrecido por el tiempo, mirador que estaba situado á la derecha la de casa, y que se veía desde la calle, merced á la poca elevación de la pared, que constituía el otro lado del ángulo recto que determinaba la calle.

Este mirador era tan esbelto, tan delicado, tan feble, que algunos años hace, fué arrebatado por el huracán un día de tormenta, del mismo modo que si hubiera sido de cartón, ó como las hojas secas de un árbol.

Pasando la puerta se encontraba una especie de zaguán oscuro, pavimentado de mármol, con faja de mosaico ó alicatado en la parte inferior de los muros, que desde aquella faja hasta el techo estaban prolijamente adornado de arabescos, y aquel techo era de bovedillas pintadas con sumo primor y buena elección de colores, para los cuales faltaba luz. Frente á la puerta había un delicado arco que daba paso á un patio muy pequeño, más largo que ancho, en cuyo centro había una fuente abierta en el pavimento, de mármol como el del zaguán: al fondo de este patio había una puerta más pequeña que daba á una estrechísima y oscura escalera que ponía en comunicación el piso bajo con el alto, desembocando en una galería, situada á la izquierda del patio, con barandilla ó balaustrada de pino tallado y agramilado.

El costado izquierdo del patio consistía en un cenador estrecho en el piso bajo, y en la galería que hemos citado en el alto. Esta galería estaba sustentada por una viga maestra labrada delicadamente y apoyada en sus extremos por dos zapatas ricamente talladas, pintadas y doradas; otra vi-

ga enteramente semejante, con iguales zapatas, sostenía el alero que estaba también pintado y dorado. Ambos techos, el del cenador, y el de la galería, eran de ensambladura, con estrellas, escudetes y triángulos cruzados, matizados y dorados, con filetes de blanco y rosa. Ambos muros, el superior y el inferior, estaban ornamentados con fajas de azulejos ó mosaicos, labor de estuco, pintadas inscripciones y follajes. En ambos muros había dos puertas de herradura, con elegantes nichos para las babuchas en la parte media de sus gruesos, diferenciándose solo estas dos puertas, cuyos festones y enjutas estaban primorosamente labrados, en que la del cenador era mayor que la de la galería.

Por la puerta inferior se entraba en una cámara oscura; pero riquísima en su pavimento de mosaico, en sus arabescos y en su techo; á los extremos de esta sala había dos pequeños alhamies ó alcobas. Por la puerta de la galería se entraba á otra sala enteramente igual; pero más baja de techo y variada en el adorno; al extremo de la galería había una pequeña puerta que daba á una escalera. y aquella escalera desembocaba en una escalera, y aquella escalera desembocaba en un pequeño corredor oscuro, que iba á dar al mirador que se veía desde la calle.

Este mirador era perfectamente cuadrado y apenas de tres varas de extensión. Tres de sus costados tenía ajimeces cubiertos por celosías y por cortinas de seda carmesí; en el otro costado estaba la puerta. El friso de este mirador se hacía octógono, y sobre él se veían diez y seis bellísimas ventanas transparentes de estuco, sobre las cuales se levantaba una cúpula de estalactitas, que remedaba con sus colgantes una gruta de hadas.

Todo en aquel mirador era delicado, bello y rico: el mosaico menudo, caprichoso, ejecutado con sumo primor; las pechinas de agallones, que naciendo de los ángulos, determinaban la figura octógona del friso; los adornos, las inscripciones, los colores todo perfectamente ejecutado, todo perfectamente concluido; un hermoso sueño de un hábil alarife realizado en miniatura.

En aquella pequeña estancia había un diván de seda y oro; cortinas magníficas en la puerta y en los ajimeces y un bello perfumero de plata.

Además, pendiente de la cúpula había una lámpara de seda, y de cuatro de los cupulinos del octógono, cuatro jaulas de plata doradas en que vivían aprisionados cuatro ruiseñores.

Estas eran las habitaciones que constituían la parte bella y artística de la casa de las Tres Estrellas. A las demás dependencias, habitaciones de los criados y caballerizas, se entraba por el postigo de una huerta situada á espaldas de la casa y la comunicación estaba abierta en el muro derecho del patio por una puerta sencilla.

En lo que hoy existe de la casa solo se encuentra parte del plano, y algunos restos de estucos, adornos y pinturas, gastados, corroidos, ennegrecidos por el tiempo.

Aquella casa es hoy el esqueleto mutilado de lo que fué.

A aquella casa fue á donde Yaye hizo conducir á Estrella desmayada, y á donde también fueron llevados, como hemos dicho anteriormente, el soldado que servía al capitán Sedeño, y las dos sirvientas que había en la casa.

Estrella fué conducida al bello mirador que hemos descrito.

La infeliz jóven tardó mucho tiempo en volver de su desmayo; acompa-

ñábala Yaye, que observaba su estado, lleno de interés y de caridad; ya sabemos, que la caridad era la virtud culminante de Yaye: una caridad *sui generis*; pero al fin el jóven llamaba caridad al dulce sentimiento que le hacia experimentar, en mayor ó menor grado, toda mujer hermosa colocada en ciertas circunstancias, y nosotros nos hemos propuesto respetar la conciencia del jóven emir; pero era muy extraño que la caridad de Yaye no se extendiese á los hombres ni á las mujeres feas ó viejas: era, en todo caso, una caridad muy condicional.

Las circunstancias en que había encontrado Yaye á Estrella habían sido eminentemente extraordinarias: Estrella, por su posición, por su juventud, y por su magnífica hermosura, impresionaba fuertemente el alma entusiasta expansiva y ardiente de Yaye; se sentía arrastrado por ella á una caridad sublime, caridad llena de goces y de placeres, que le hacía sentir una emoción dulce, lánguida, fresca, odorífera, si se nos permiten estas dos últimas extrañas calificaciones: caridad que era de todo punto independiente del amor que le inspiraba doña Isabel de Valor, amor que había empezado también, al menos así lo creía Yaye, por un impulso caritativo. Doña Isabel era para el jóven la luz de su alma, su amor contrariado, su empeño: doña Estrella, un ser débil, necesitado de protección, una hermosa flor que la desgracia había arrojado ante los pies del emir, y que estaba ante él pálida, privada de sentido, y sufriendo de una manera interna, ó, por mejor decir, orgánica. Yaye se había dicho, respondiéndose á sí mismo, y como queriendo calificar el lazo que le unía á aquellas dos mujeres, tan jóvenes, tan puras, y tan desgraciadas las dos.

—Estrella será mi hermana; Isa-

bel.... Isabel si no puede ser mi esposa, será mi amante: Isabel será mía.

Pero entre tanto no volvía en sí Estrella; el sacudimiento que había sufrido el alma de la pobre niña había sido demasiado fuerte para que el accidente causado por él fuese pasajero. Continuaba el desmayo y aquella congoja muda que hacía presentir acaso una afección mayor y más peligrosa, si la ciencia no acudía al socorro de Estrella. Yaye estaba realmente preocupado, casi aterrado, porque quería tener oculta á Estrella, y no se fiaba de nadie absolutamente más que de los monfíes.

El jóven estaba solo con ella. La había rociado el rostro con agua; la había hecho aspirar las fuertes esencias que los moros sabían extraer de las flores y de las plantas, y Estrella no había vuelto en sí. Yaye no se había atrevido á desembarazarla de la presión de sus vestidos, ni la había tocado más que con una mirada ardiente, es verdad; pero ardiente de caridad. Al fin, cuando ya estaba casi resuelto, en vista de la duración del accidente, á tomar, contra su voluntad y de una manera desesperada, una resolución más eficaz y decisiva, Estrella suspiró profundamente y abrió con languidez los ojos, sus hermosísimos ojos negros, á los que el dolor y la ansiedad hacían más hermosos, irresistibles.

Poco á poco fué volviendo al uso de sus facultades; se levantó sobre el diván, pasó sus pequeñas manos por su frente, se apartó las pesadas bandas de sus cabellos, que se habían desordenado, y miró en torno suyo.

No preguntó donde se encontraba, no nombró á su madre, no se entregó á ese dolor ruidoso, que grita, se retuerce, se exhala de mil maneras, que serían ridículas á no ser por lo terrible de la causa que las motiva. Nada dijo á Yaye, únicamente le asió una

mano, y se la besó, dándole las gracias por la protección que la había dispensado con una mirada velada por lágrimas; mirada que hizo estremecerse de los pies á la cabeza á Yaye.

Luego se replegó sobre sí misma y Yaye la sintió llorar en silencio.

Hay momentos en que toda palabra de consuelo es inoportuna y aun cruel, porque aviva el dolor en vez de calmarle: el joven emir lo comprendió así y dejó á Estrella abandonada á su dolor; pero no se atrevió á dejarla sola; hacía calor en aquel reducido aposento, y Yaye recorrió los tapices de la puerta y de los agimeces y abrió las maderas; frescas oleadas de las auras nocturnas cruzaron por el interior del mirador y uno de los ruiseñores rompió en un magnífico trino.

Yaye tomó la jaula, la descolgó y llevó fuera el ave cantora: parecióle que la alegría tranquila del pájaro debía punzar el alma lastimada de Estrella; los otros tres ruiseñores fueron desterrados también á una habitación inmediata, donde, dominados por la oscuridad, guardaron silencio.

Cuando entró de nuevo Yaye en el mirador, encontró á Estrella más tranquila; había variado de posición, estaba abandonada voluptuosamente en el diván, sin duda por casualidad, y apoyaba su cabeza en una de sus manos cuyo brazo se hundía en los almohadones.

Sus grandes ojos negros, en los cuales se había secado el llanto, aunque conservaban una profunda expresión de dolor y de ansiedad, se fijaban lucientes en Yaye, en cuyo semblante se posaron algún tiempo.

Luego aquellos ojos irresistibles parecieron aumentar su fuerza, su brillo, su expresión; se entreabrieron los rojos labios de Estrella, y Yaye la oyó murmurar con un acento apagado y ardiente, semejante á un suspiro:

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias, caballero! ¡cuánto os debo! ¿sin vos qué hubiera sido de mí?

Yaye no supo qué contestar y contestó á la ventura lo primero que se le ocurrió.

—Dios sin duda os hubiera amparado, dijo.

—Y ¿quién sino Dios, ha podido llevaros á mi lado en la terrible situación por que acabo de pasar?

—¿Creéis que haya sido Dios quien me ha traído á vuestro lado? dijo Yaye pronunciando también estas impías palabras á la ventura, porque estaba trastornado.

—Y ¿quién sino Dios, respondió con acento sonoro y solemne Estrella, ha podido valerse de vos para que consoléis á una pobre madre moribunda y amparéis á una huérfana infortunada? ¿Quién sino Dios, pudo haber hecho que nos encontráramos y nos conociéramos en aquel mesón de las Alfujarras? ¿quién sino Dios, ha podido inspirar á mi madre, á mi infeliz madre, para que me ponga bajo vuestra protección? ¿Creéis que Dios no habla por la boca de los moribundos?

—¡Creéis que Dios haya hablado por la boca de vuestra madre? exclamó Yaye, que seguía hablando abandonado á sí mismo, ó por mejor decir, abandonado á aquella situación que le presentaba á Estrella con el triple incentivo de su hermosura, de su dolor y de su infortunio.

La caridad había tomado en aquella situación tales proporciones en el alma de Yaye, que le quemaba en un fuego voraz, le envolvía en una atmósfera ardiente, dominaba su corazón, que flotaba en una región de sueños desconocidos; en una palabra, Yaye estaba embriagado, dominado, loco, y sin voluntad, por decirlo así, de una manera instintiva, como atraído por una influencia magnética, se

sentó en el diván al lado de Estrella.

—Si, sí; Dios ha hablado por la boca de mi infeliz madre, dijo la joven; Dios ha tenido compasión de mí, y al herirme tan profundamente en mi amor de hija, ha abierto para mí una fuente de consuelo, presentándome un alma noble, á la cual unir mi alma...

Estrella que hablaba sin reflexión, abandonada á su dolor, á su necesidad de consuelo, se contuvo, porque un rayo de razón brilló en medio de su delirio.

Yaye no se atrevió á pronunciar una sola palabra; otro rayo de razón le había hecho comprender la gravedad de las palabras de Estrella.

Pero como nuestro corazón es siempre exigente y despótico y siempre sale vencedor en sus luchas con la cabeza, Estrella, alma ardiente como el suelo en que había nacido; fuerte y poderosa, porque se había fortalecido en la desgracia; sedienta de felicidad, la sed más implacable del corazón; voluntariosa, como es voluntarioso quien siempre ha estado luchando con un imposible, y ansiosa de afectos, como que solo había gozado del desesperado afecto de su madre, á la que acababa de perder, no tuvo fuerza para contenerse en la pendiente sobre la cual la había puesto su situación, ó, tal vez desesperada, importándola poco todo lo que en el mundo se respeta como conveniencia, continuó infiltrando en Yaye todas las ardientes pasiones que se exhalaban por su magnífica mirada, y dijo con voz temblorosa de temor y de dolor.

—¡Estoy sola en el mundo! ¡sola y desesperada!

—¡Sola! exclamó Yaye con un tímido acento de reconversión.

—¿Cómo os llamáis? dijo Estrella, sin apartar su mirada poderosa de los ojos de Yaye: he oído vuestro nombre

pero... lo he olvidado... lo he olvidado todo... ¡Oh, Dios mío! ¡mi cabeza! ¡tengo aquí un infierno!

Y se oprimió con ambas manos la frente.

Yaye tomó las manos, las separó de su cabeza y las retuvo entre las suyas, sin que Estrella hiciese el más leve esfuerzo, la menor indicación para desasirse; por el contrario, las manos de los dos jóvenes se estrechaban fuertemente y se trasmitían un fluido irresistible, mientras sus miradas se devoraban y se confundían.

Entrambos estaban pálidos, solemnemente graves, confundiendo sus almas, entregados el uno al otro, como si nada existiese en el mundo más que ellos, como si hubiesen sido el primer hombre y la primera mujer.

Sin embargo, Yaye al contestar á la pregunta de Estrella, mintió en cierto modo, no sabemos por qué.

—Me llamo Juan de Andrade, la dijo.

—¡Ah no, no! dijo Estrella; ese no es el nombre de un rey: ¿por qué me engañáis cuando os preguntan mi dolor y... mi alma?

Estrella iba á decir mi amor, pero el pudor, que el mundo ha fabricado para la mujer, la contuvo y la hizo dar tortura á la frase.

—¡Ah! perdonad, pero sois cristiana, y no me he atrevido á deciros que me llamo Sidi Yaye, y que soy emir de los monfies de las Alpujarras,

—¿Y qué importa? mi padre se llama Calpuq y es rey del desierto mejicano: somos hijos y señores de dos pueblos dominados por los españoles. Los enemigos de cada uno de nosotros son nuestros mismos enemigos. ¿No creéis que Dios ha querido sin duda que dos que llevan en su frente una corona de desventuras se encuentren y se unan?

Yaye se acordó, estremeciéndose, del extraño y terrible desposorio efec-

tuado con los dos por una moribunda, y detrás de aquel solemne y sombrío cuadro que le representaban sus recientes recuerdos, vió pasar la sombra de Isabel de Valor, pálida, triste, desesperada.

—¡Que Dios ha querido que nos unamos! exclamó.

Por fortuna la voz de Yaye era tan temblorosa que la altiva Estrella no pudo notar el profundo terror de que eran hijas las últimas palabras de Yaye.

—¡Oh! y oid, porque si no os lo digo ahora que estoy desesperada, no os lo diría nunca; si Dios quiere que mis desgracias tengan fin, que goce algunos años de reposo sobre la tierra, será necesario que nuestras almas se unan, porque yo os amo.

Por esta vez Estrella no vaciló al pronunciar las palabras que expresaban su supremo pensamiento, sino que las lanzó con una entonación firme, sonora, vibrante, llena de voluntad.

Yaye exhaló un grito que tanto podía parecer de espanto, como de alegría, como de placer.

Y era que el amor de Estrella, producía en él al mismo tiempo aquellas sensaciones.

—Sí, yo os amo: el día en que os ví en el mesón de las Alpujarras os estuve contemplando largo espacio antes de hablaros: estábais distraído, profundamente preocupado; no sé qué teníais en vuestra mirada de sufrimiento, de ansiedad, de desesperación, pero comprendí que érais desgraciado. ¡Desgraciado! yo también lo era, y el sufrimiento es ya un vínculo bastante fuerte para acercar la una á la otra á dos almas desesperadas. Después cuande os hablé, me ofrecísteis con toda la expansión de vuestra alma una generosa ayuda, y yo confié en ella, como siempre he confiado en Dios. Después nos sepa-

ramos. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos por la primera vez? yo no lo sé, yo no he medido ese tiempo; pero durante ese tiempo no he dejado de pensar en vos, ni ha habido un instante en el que no haya sido más íntimo el recuerdo que me inspirábais que en el instante anterior. Yo os esperaba: no sabía cuándo ni cómo os presentaría á mi vista; pero yo estaba segura de volveros á ver, segura de que me salvaríais, segura de que un día seríais para mí más que un recuerdo; más que un hombre, más que un hermano: estaba segura de que seríais mi alma.

La expresión del semblante y de la mirada de Estrella llegó al último desarrollo de pasión que podían prestarla el amor, el dolor y la esperanza: Yaye sintió que su alma se fundía, por decirlo así, en aquella mirada; una fruición suprema ensanchó, dilató todo su ser, se sintió trasportado á un paraíso, arrancado de la vida siempre fatigosa del mundo, como transformado en otro ser, cuya vida era más fácil: decimos que se sintió, y hemos dicho mal: Yaye no podía darse razón de su sentimiento; aquel sentimiento era más poderoso que la razón que compara y juzga: aquel sentimiento le arrastraba, y en el colmo de su fascinación, de su transporte, atrajo hácia sí á Estrella.

La jóven se dejó arrebatarse por el mismo sentimiento; pero la presión convulsiva de los brazos de Yaye, y un ardiente beso que éste estampó en sus labios, exhalando por él todo el volcán que ardía en su alma, la despertaron de su delirio y rechazó á Yaye.

—Aún está caliente el cadáver de mi madre, exclamó con un acento en que vibraban á un tiempo el pudor y el dolor; aún no sois mi esposo.

Yaye despertó á su vez y comprendió que envuelto por la fascinación

que había arrojado sobre él á torrentes Estrella, había dado un paso del cual no podía volver atrás sin dar derecho á una mujer á que le llamase infame.

—Su caridad, su singular caridad, le había llevado hasta aquel punto: su semblante se entristeció, se dobló sobre el diván y se cubrió el rostro con las manos.

Estrella se conmovió; le amaba y el amor es la caridad de la mujer: se acercó a Yaye, le apartó las manos del rostro, como antes había hecho Yaye con ella, le miró frente á frente con una expresión dulcísima y con los ojos llenos de lágrimas, y le dijo:

—Me habéis hecho mucho bien, habéis abierto para mí una nueva vida y ya no estoy sola en el mundo: me amais..., ¡oh! ¡sí!, ¡me amais! Sed mi esposo, pero respetad el dolor y la honra de vuestra esposa..., yo os amo con toda mi alma..., ¡pero abrir los brazos á la felicidad cuando mi pobre madre..., cuando aún no está santificada nuestra unión...!, ¡oh! ¡no!, eso sería una profanación y un olvido imperdonable de lo que mutuamente nos debemos..., yo no os culpo..., la situación en que nos encontramos debe haceros comprender que solo mi desesperación ha podido hacer que yo sea la primera de los dos que hable de amor, y que vos os hayais dejado arrebatar por vuestro amor... ¡Oh! ¡Dios mío!, ¡cuanta desgracia y cuanta felicidad á un tiempo!

Y Estrella rompió á llorar; pero de una manera convulsiva, en una de esas terribles reacciones del dolor, que es tanto más fuerte cuanto más se medita en el valor de lo que se ha perdido.

Yaye estaba enteramente desconcertado y no sabía qué hacer.

En aquel momento se oyó un golpe recatado en una de las puertas interiores, y Yaye se dirigió á Estrella.

—Calmaos, calmaos por Dios, la dijo: me veo obligado á dejaros sola y quiero dejaros más resignada.

Resonó otro golpe más fuerte y más impaciente.

—¡Dejarme sola!, exclamó Estrella.

—Sí; algo grave debe acontecer cuando mis gentes se atreven á llamarme y con insistencia. Oid.

Había resonado un tercer golpe.

—Id, id, dijo Estrella, nada temais, esto pasará..., id donde os llaman.

—Pero estais desesperada..., y lo temo todo...

—¡Oh! nada temais, porque os amo y necesito vivir para mi amor.

Yaye estrechó una mano que le presentó Estrella, la besó y salió.

Apenas había salido Yaye, Estrella se levantó de una manera enérgica: sus ojos resplandecían con un brillo inconcebible, y su mirada parecía fija en la inmensidad; estaba pálida, temblorosa y su boca entreabierta tenía una expresión de fuerza y de voluntad inconcebibles.

Luego cayó de rodillas, levantó sus brazos y sus manos al cielo, y exclamó con un acento sublime, que parecía emanado del fondo de su alma:

—¡Oh madre mía!, ¡madre mía!, perdóname si cuando acabo de perderte me he atrevido á hablar de amor! ¡Estoy sola en el mundo y necesito vengarte! Ese hombre te vengará, si, te vengará aunque me vea obligada á ser su manceba, su esclava!, ¡ese hombre te vengará!, ¡yo te lo juro!

Luego se alzó y se sentó pensativa en el diván: después de su juramento había recobrado una calma terrible, y sus ojos se habían secado. Luego la reflexión se fué apoderando de ella y arrojó una mirada indagadora al fondo de su alma.

—Oh, Dios mío!, exclamó ¡me amará acaso...!

Se pasó la mano por la frente, palideció aún más, y luego dijo como traduciendo en palabras lo que su corazón le decía en sensaciones:

—¡Oh, sí, le amo!, no he podido olvidarle desde el día en que le ví, y hace un momento, á pesar de mi dolor, una fuerza irresistible me ha arrastrado, y he estado á punto de ser suya.... ¿y él, él me amará?, ¡oh! ¡sí!, ¡ha sido generoso!, ¡ha respetado mi dolor y mi pudor!, ¡pero Dios mío!, ¡si no me amará!, ¡si solo hubiese cedido á mi dolor y... á mi hermosura!, ¡si solo me hubiese respetado por caballero!, ¡oh, Dios mío!, ¡al sentir esta duda conozco que le amo con toda mi alma!, ¡oh, Dios mío! ¡ya que me has arrebatado mi madre, dame su amor!, ¡permite que sea su esposa!

Yaye entró en aquel momento.

—Suceden cosas gravísimas, Estrella, le dijo con precipitación; me es imposible vengar á vuestra madre.

—¡Que os es imposible vengar á mi madre!, exclamó profundamente Estrella.

—Sí por cierto, porque el capitán Sedeño ha sido muerto esta misma noche á estocadas.

—¡Muerto á estocadas! ¿y por quién? exclamó con anhelo Estrella.

—Aun no puedo deciros quién es el hombre que le ha muerto: debe ser un hombre que salió de la casa del capitán algún tiempo después que este había entrado en ella de vuelta de un viaje.

—¿Con que el infame capitán Sedeño ha sido muerto por otro hombre en su misma casa, acaso delante del cadáver de mi pobre madre?

—Tal vez.

—¿Y quien os ha dado esas noticias? añadió Estrella cuyo interés crecía.

—Uno de mis más leales servidores, á quien dejé con algunos de los

mios en observación de la casa del capitán.

—¿Y no podrá averiguar quién ha sido el hombre que ha matado á Sedeño.

Acaso, puesto que uno de mis monfies ha seguido recatadamente á ese hombre y ha visto que entraba en una casa en Bibarrambla.

—¡Muerto el infame Sedeño!

—Y no es esto solo; poco después una ronda entró en la casa que encontraron abierta y abandonada, salieron dos alguaciles, y volvieron con un escribano y con el cura de la parroquia de San Gregorio á quien acompañaban..... algunos sepultureros.

—¡Ah! exclamó Estrella cuyo dolor se avivó: ¡ya no volveré á ver á mi pobre madre!

—Su cadáver y el de Sedeño fueron sacados de la casa y conducidos á la Iglesia: uno de mis monfies se hizo el encontradizo con uno de los alguaciles á quien por acaso conocía, y supo por él que el capitán había sido encontrado atravesado por una espada, y muerto en la misma cámara de vuestra madre.

—¡Oh! ¡cuán justiciero es Dios! exclamó Estrella.

—Pero no es esto lo que me obliga á separarme de vos; asuntos que conciernen al pueblo, cuya corona ciño, me imponen el imperioso deber de ir á ocupar el puesto de honor que me corresponde.

—¿Vais á combatir con los cristianos? exclamó anhelante Estrella.

—Es muy probable.

—Podéis morir en el combate.

—Es muy posible.

—¿Y yo...?

—Vos seréis....

Detúvose indeciso Yaye.

—¿Qué seré yo...?

—Seréis... la viuda de un rey que

ha muerto con la espada en la mano en defensa de su pueblo oprimido.

—Partid, partid, señor, dijo Estrella cediendo á su amor y arrojándose en sus brazos: partid; Dios no querrá que murais, porque Dios no querrá hacer más grande mi desesperación.

Y apoyando su cabeza sobre el hombro de Yaye lloró.

—Es necesario separarnos en el momento, la dijo Yaye levantándola entre sus brazos; para cuidar de vos señora, queda un hombre que velará por vos, y si muero queda encargado de servirlos y de acompañaros. Vais á conocer á ese hombre.

Estrella se separó de los brazos de Yaye y se enjugó las lágrimas.

—¡Hola! ¡wali Harum! dijo Yaye asomándose á la puerta.

Harum que venía completamente vestido á la castellana, apareció en la puerta y se inclinó profundamente ante Yaye, como se habría inclinado un wali antiguo ante un califa de Córdoba.

Estrella se había sentado en el diván y tenía la actitud digna y altiva de una sultana.

—Mientras yo esté ausente, dijo Yaye, servirás y obedecerás á esta señora, como me servirías y me obedecerías á mí mismo. Si yo muriese, seguirás sirviéndola y obedeciéndola como si fuese mi hermana.

—Será como querais que sea, poderoso señor.

—Ahora, doña Estrella, adios, dijo el jóven acercándose galantemente á ella y besándola una mano.

—¡Adios! ¡adios! dijo Estrella; ¡que la Santa Virgen os proteja y os dé ventura!

Los ojos de Estrella se arrasaron de lágrimas, y la fué necesario hacer un violento esfuerzo para contener su llanto.

Pero cuando salieron Yaye y Harum aquel llanto brotó libremente, y

Estrella exclamó entre sus sollozos.

—¡Que me sirva como si fuera su hermana! ¿por qué no ha dicho que me respete y me sirva como si fuera su esposa?

Entre tanto Yaye decía á Harum.

—¿Para atender á las necesidades de esa dama mientras yo esté ausente tienes oro bastante?

—Sí señor.

—Antes de emprender mi expedición, que será al momento, yo dejaré dispuesto lo necesario para que si muero te entreguen del tesoro de mi corona, lo que baste para atender á la subsistencia honrada de esa dama durante toda su vida.

—¡Morir! ¡señor! ¡morir tan jóven y tan valiente! ¡eso no puede ser! el Altísimo y Unico velará por vuestra vida, que es la esperanza de vuestro pueblo.

Como llegaban entonces á las puertas de la casa, Yaye que había tomado una capa, una gorra y una espada, salió solo y se encaminó á largo paso á la calle del Zenete, á la casa donde había vivido con Abd-el-Gewar y en donde había conocido á doña Isabel de Córdoba y de Valor.

CAPÍTULO XXI.

LOS XEQUES DEL ALBAICIN.

El anciano Abd-el-Gewar no supo lo que le acontecía cuando vió ante sí al jóven.

En el primer momento se arrojó á sus brazos, le besó como pudiera haberlo hecho después de una larga ausencia su madre, y lloró y rió, como un niño ó como un loco.

—¡Oh! ¡gracias al Todopoderoso, exclamó, que te vuelvo á ver! ¿Dónde habéis estado, caballero, durante un mortal y abominable mes?

—He estado en las entrañas de la tierra, y ahora salgo de ellas.

Por más que hizo Abd-el-Gewar no pudo sacar otra contestación á Yaye.

Abd-el-Gewar le ponderó el mortal cuidado en que había tenido á su padre y á él mismo su pérdida; los esfuerzos que se habían hecho por encontrarle, por último, que habiendo llegado el caso de un levantamiento general, era necesario que le acompañara para darle á reconocer como emir de los monfíes al lugar donde debían reunirse los xeques y los príncipes moriscos de la ciudad.

Con este objeto salieron de la casa mucho después de la media noche, y subiendo por las agrias cuestas que conducían á la torre del Aceituno, entrando en una casa aislada en medio de huertos, mediante una seña que rindió á la puerta Abd-el-Gewar.

Hiciéronle atravesar varias habitaciones oscuras; bajaron unas largas y pendientes escaleras, y al fin entraron en un gran espacio de bóveda alta, sostenida en pilares, que por el revestimiento verde y viscoso de sus paredes y por su pavimento resbalizo y húmedo, parecía una cisterna ó algibe.

Al fondo había algunas sillas y una mesa con un belón de cobre encendido, y delante de la mesa, formando cuadro con ella, dos escaños.

En aquellas sillas y en aquellos escaños había como hasta treinta hombres, la mayor parte de ellos ancianos.

Todos tenían impreso en su semblante el sello típico de la raza mora; todos estaban sobreexcitados, pálidos y con las miradas chispeantes.

Cuando entraron Yaye y Abd-el-Gewar, y antes de ser notados, un anciano de rostro noble y enérgico, que parecía hacer algún tiempo que dirigía la palabra á los demás, según la altura á que se encontraba su perforación, decía:

—Y cuando tantas desgracias nos oprimen; cuando han llegado ya al extremo, como os he hecho notar, los ultrajes de los cristianos, ¿sufriremos cobardemente por más tiempo el yugo? ¿Qué importa que don Diego de Córdoba y de Valor, el hombre que estábamos decididos á proclamar rey después del triunfo, si el Altísimo se digna concedérnoslo apiadado de nosotros; el que reconocíamos por cabeza durante la desgracia, qué importa, repito, que ese hombre nos haya abandonado, y que cuando, extrañando su tardanza se ha ido á buscarle á su casa, se nos diga que ha sido llamado y preso por el capitán general? ¿no hemos lanzado ya todo temor? ¿no hemos desenterrado el viejo arcabuz y la coraza de nuestros padres, decididos al combate? Decís que, sin duda don Diego, apegado al regalo que le proporcionan sus riquezas, ennoblecido por el rey de España, nuestro enemigo, y honrado con mercedes, nos abandona en el momento del peligro, nos vende, y para cubrir las apariencias se hace prender por el capitán general. En buen hora: así nos ha avisado á tiempo de que es traidor á su ley y á su patria, y podemos volver los ojos á otra persona más digna y más valiente para ceñir á su cabeza la corona del reino. Pero decís: si don Diego nos ha hecho traición descubriendo nuestros intentos al capitán general, estos intentos fracasan. No lo creáis: el plazo es corto. El capitán general no puede tener mañana más soldados que los que tiene hoy, y en todo caso, su refuerzo se reducirá á doscientos ó trescientos hombres más, poco acostumbrados á la guerra, que podrían venirle de las villas inmediatas. Si el golpe se retardara algunos días, podría ser imposible, porque los tercios de la costa, y los presidios del reino de Granada vendrían á ocupar la ciudad. Por lo mismo es

necesario no cejar en lo comenzado, y dar el golpe, como se tenía preparado mañana mismo, y si fuera posible, esta misma noche; pero es necesario esperar á los seis mil monfies, que llegarán mañana con Muley Yuzuf de la sierra, y á falta de capitán del alzamiento por la prisión de don Diego de Válór nombrar uno entre nosotros.

—Ese capitán os le traigo yo, dijo Abd-el-Gewar, interrumpiendo al orador.

—Es Abd-el-Gewar, el santo faquí, dijeron algunas voces.

Todos se levantaron y saludaron á Abd-el-Gewar.

Cuando se hubo restablecido el orden, momentáneamente turbado por la aparición del anciano faquí y de Yaye, preguntó el xeque que parecía presidir aquella reunión revolucionaria:

—¿Y quién es ese capitán que nos traes, Abd-el-Gewar?

—Ese capitán es el jóven que me acompaña.

—¿Cómol ¿y á un jóven casi imberbe, dijo con desdén el orador que había sido interrumpido por Abd-el-Gewar, casi á un niño, hemos de entregar la suerte del reino?

—¿Y qué dirías, exclamó Yaye, adelantando con altivez al centro del espacio determinado por los escaños y por la mesa, qué dirías, si ese niño imberbe os dejase abandonados á vosotros mismos?

—¡Soberbia ayuda la tuya, rapaz! exclamó con desprecio el orador.

—¡El reino de Granada es mio, como son mías las Alpujarras! exclamó con una cólera mal contenida Yaye: y todos vosotros no sois más que mis vasallos, mis siervos naturales, que debéis escuchar de rodillas la expresión de mi voluntad.

—¿Quien eres tú que así te atreves á insultarnos? exclamó con cólera el Homaidi, feroz anciano que pre-

sidía la reunión, que dejó la mesa y se vino furioso hácia Yaye.

El jóven le asió con una mano de hierro, le doblégó y exclamó con acento vibrante:

—¡De rodillas, esclavo, ante el emir de los monfies!

—¡El emir de los monfies! exclamaron absortos todos los circunstantes.

—Sí: el emir de los monfies, el magnífico Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar, dijo Abd-el-Gewar, gozoso al ver que Yaye á pesar de su educación medio castellana, poseía el terrible y altivo arranque, la mirada omnipotente y la terrible altivez de los déspotas musulmanes; sí, el emir de los monfies es el que tenéis delante.

—¡La prueba! exclamaron en coro muchos de aquellos hombres, mientras los demás miraban con recelo á Yaye y á Abd-el-Gewar; ¡la prueba de que ese mancebo es el emir!

—¿Acaso Homaidi, ayer en las Alpujarras de donde acabas de venir, no te dijo el poderoso, el valiente Yuzuf, que había hecho renuncia de su corona y de su dignidad en su hijo Sidi-Yaye?

—Es verdad.

—¿No os he dicho yo muchas veces cuando me preguntábais si era mi hijo ese mancebo que su padre era un noble y poderoso señor?

—Sí.

—Pues bién, hé ahí que el padre de este noble mancebo es Yuzuf-Al-Hhamar, el emir de las Alpujarras.

Desvanecida la duda, porque nadie podía dudar de la veracidad de las palabras del anciano faquí, notóse un cambio completo en la disposición de los xeques respecto á Yaye: sin embargo, el Homaidi se atrevió á decir:

—El emir de las Alpujarras no es el rey de Granada: bien lo sabéis: los xeques del Albaicín hablan elegido por su señor á don Diego de Válór,

según le llaman los cristianos, á Yuzef-Aben-Humeya, según le llamamos nosotros.

—¡Sí! dijo con desprecio Yaye, ¡al miserable cobarde que doblegaba la cabeza ante el cristiano, y aceptaba mercedes de sus reyes, mientras los monfíes vivían sueltos y libres merced á su valor y á una guerra continua en la montaña! ¡al infame traidor que, cuando llega la hora del combate, vende los secretos de su pueblo y con ellos su libertad, y se hace prender por el capitán general de Granada para encubrir su traición! vosotros lo habeis dicho; vosotros habeis acusado de ese delito á don Diego de Valor.

—¿Y quién nos asegura de que no habeis sido vosotros, los monfíes, los que habeis delatado, para que sea preso, y en su falta, acusándole de traidor, venir á reclamarnos la corona de Granada? dijo otro de los ancianos.

—No necesito yo, emir de los monfíes vuestra ayuda, cuando vivís enervados, y envilecidos, bajo el yugo. Por el contrario vosotros no podreis alzaros sin que mis monfíes os ayuden. ¿De quién es el poder? ¿De quién la fuerza?

—Es verdad, dijo el Homaidi, sin tu ayuda emir, nada podemos hacer los de Granada. Pero una palabra no más para que concluya esta enojosa disputa y podamos consagrar todo nuestro tiempo á la salud del reino. ¿Estás dispuesto á jurar sobre este santo Koran, (y abrió un libro ricamente forrado que estaba sobre la mesa) que ninguna parte has tenido en la prisión de don Diego de Valor?

—Lo juro, dijo el jóven con voz segura y tendiendo una no menos segura mano sobre el Koran.

—¿Juras que ninguna traición has cometido contra nosotros?

—Lo juro.

—Pues bien, te creemos bajo tu juramento. Ahora, amigos, añadió vol-

viéndose á los demás xeques; ¿admitimos por nuestro capitán al emir?

—Sí dijeron á una voz todos.

—En cuanto á lo de ser rey de Granada, Muley Yaye continuó el Homaidi, primero es triunfar de los cristianos.

—Triunfaremos, dijo con gran aliento Yaye.

—Después, continuó el Homaidi, el reino te elegirá ó no por su rey.

—El califa es el vencedor, dijo Yaye apoyándose en una prescripción del Koran, y yo que venceré al cristiano, venceré también al que quiera disputarme la corona.

—Eres valiente á pesar de tus pocos años, emir, dijo otro de los ancianos, y si Dios pone la victoria en tus manos serás un esclarecido rey.

—¿Con cuanta gente de armas contamos en Granada? dijo Yaye entrando de lleno en sus funciones de capitán de la empresa.

—Con cuatro mil.

—¿Todos fuertes?

—Todos valientes y experimentados.

—¿Tienen armas?

—Sí.

—¿Dinero?

—Sí.

—¿Están ordenados en taifas?

—A una señal de las dulzainas y de las atakebiras, cada cual irá á reunirse al lugar que le está señalado.

—¿Quiénes son sus capitanes?

—Yo, y yo, y yo, dijeron algunos ancianos.

—Pues bien; id á avisar á vuestra gente que estén dispuestos para mañana á la noche á la primera señal: tú Homaidi, y tu Abd-el-Gewar, permaneced conmigo.

Los xeques salieron y se quedaron solos con Yaye los otros dos ancianos.

Agrupáronse alrededor de la mesa

y se pusieron á tratar de los preparativos de la insurrección.

CAPÍTULO XXII

DEL TRISTÍSIMO Y HORRIBLE ENCUENTRO QUE TUVO UN CABALLERO AL ENTRAR EN GRANADA.

Al día siguiente, como á las doce de la mañana, atravesaba por el lugar de Alfargue, próximo á Granada, un caballero como de sesenta años, ginete en una mula y defendiéndose del sol, que picaba demasiado, con una ancha sombrilla. A su lado izquierdo cabalgaba un escudero viejo, ginete también en una mula, y detrás, cabaleros en rocines, iban como una docena de lacayos jóvenes y robustos, armados á la gineta.

Dos de estos lacayos llevaban del diestro dos caballos fuertes enjaezados de guerra, sobre el caparazón de acero de cada uno de los cuales, iba una armadura, y otro lacayo llevaba, asimismo del diestro, una acémila cargada con dos grandes cofres.

El que parecía señor de toda esta gente, el caballero de los sesenta años, era un hombre flaco; pero nervudo, de grandes y severos ojos negros, en cuyo foco se notaba un disgusto sombrío, de mejillas pálidas, de barba gris, entera; pero convenientemente recortada, y con los cabellos canos y muy cortos. Vestía un sayo negro de raja de Florencia sencillo y sin cuchilladas, unos gregüescos de lo mismo, gorguera de cambray rizada, gorra negra de terciopelo con joyel de diamantes, y una pequeña pluma blanca, calzas atacadas de grana, y botas altas de gamuza: sus armas eran una espada larga de gabilanes, una daga no muy corta con guardamano, y dos pedreñales en sus fundas en el arzón delantero.

Por último, pendiente de un cordón

de seda negro llevaba sobre el pecho una placa de oro, en que se veía esmaltada la cruz de Santiago.

Este hombre, por su aspecto, por lo altivo y dominador de su mirada, por su trage, por la condecoración que resplandecía sobre su pecho y por su numerosa servidumbre, demostraba que era un señor y un señor de los grandes de aquellos tiempos.

El escudero que le acompañaba, vendría á tener sobre poco más ó menos su misma edad; tenía trazas por su continente y por su trage de hidalgo, y por su desembarazo á caballo y por cierto sabor militar, de haber sido en sus tiempos un buen soldado, y que era un buen servidor lo demostraba la solicitud con que de tiempo en tiempo miraba á su amo, como si se hubiera tratado de un enfermo.

Los lacayos eran también, al parecer, buenos soldados: llevaban sombreros grises con plumas rojas, coletes de hierro muy limpios, coletos de ante, calzas azules, botas altas, espada, daga, lanza y un largo arcabuz á la derecha de la silla.

Guardaban un profundo silencio, por respeto sin duda á su amo, y no caminaban tan deprisa como hubieran querido, porque descendían á la sazón por una cuesta bastante empinada.

Notó el caballero la lentitud de sus servidores, mas no la cuesta, y se volvió displicente á su escudero.

—Saez, haz caminar más deprisa á esos bergantes. ¿No sabes que el capitán general nos necesita en Granada esta tarde?

—Aun no son las doce, señor, dijo Saez sacando del bolsillo un reloj de plata voluminoso y semi esférico; hemos salido de Guadix al amanecer y ya estamos á media legua de Granada.

—Sí, pero ahora amanece á las tres de la mañana, dijo el caballero

—No por eso hemos dejado de hacer una muy buena jornada: si los la-

cayos no caminan más aprisa, mire vucelencia cuán agria es la cuesta por do vamos.

—Más agrias cuestas he dejado har-to de prisa, dijo suspirando ronca-mente el señor excelentísimo.

—Por lo mismo, señor, y porque vucelencia ha experimentado gran-des desgracias, debería reposar, quan-do ya ha probado suficientemente á su magestad que sabe verter como noble la sangre en su servicio. ¿Qué importa á vucelencia que los moriscos se subleven, ó no?

—Me estás irritando, Gabriel, dijo el noble: ya sabes que no gusto que me contraríen. ¿Qué me importa que se subleven los moriscos? allí donde se levante un rebelde al rey, allí está mi odio. ¡Los vencidos rebeldes! ¡ah! ¡daría toda mi sangre con tal de que me dejasen beber toda la sangre de los vasallos rebeldes al rey de España! ¡Infames! ¡Bandidos!

—Sea en buen hora, dijo el rebel-de Gabriel Saez. Pero los moriscos no han hecho ningún daño á vucelencia.

—No hablemos más de esto. Estoy solo en el mundo, sin parientes, sin tener al lado más que afectos intere-sados.

—¡Señor! exclamó con acento de respetuosa reconvención Saez.

—No hablo por tí; pero ello es el caso que todo lo he perdido: estoy harto ya de oír resonar mis pisadas huecas en los desiertos salones de mi palacio de Guadix; de cazar en mis tierras sin llevar al lado más que hi-dalguillos de gotera, y de aburrirme las largas noches de invierno.

—Ya he aconsejado á vucelencia que viva en la corte.

—¡En la corte yo! ¡para irritarme entre la turba palaciega de extranje-ros y de nobles degradados en su ma-yor parte que rodean el trono del Em-perador don Carlos! ¿qué había yo de

hacer en la corte? No, no; necesito algo que me saque de mi inacción, al-go que me ponga algún tiempo en ac-tividad, que me distraiga, sin irritar-me: la guerra ¡vive Dios! que tratán-dose de los moriscos será larga y peligrosa, porque esos perros, ya te lo he dicho otras veces, son muchos, valientes y tenaces. Y luego, si en la guerra me encuentran en buen sitio una pelota de arcabuz, una lanza ó una saeta, mejor, tanto mejor... así acabaré de sufrir.

Guardó silencio aquel extraño per-sonaje y el escudero no se atrevió á sostener por más tiempo la conversa-ción, temeroso de que su amo se irri-tase.

Habiase hecho menos ágría la cues-ta, los caballos caminaban más de-sembarazadamente, y en poco espacio llegaron á la puerta de Fajalauza y entraron en Granada por la parte alta del Albaicín.

Inmediatamente después de la cita-da puerta, hay una calle recta, cuyo nombre no recordamos, que entre feas casucas, desemboca junto á la iglesia de San Gregorio el Alto.

Por aquella calle tomaron el noble señor, su escudero y sus lacayos.

Por aquel punto parecía Granada una ciudad desierta. Todas las puertas estaban cerradas y no se veía un alma viviente. Pero cuando la cabalgata do-bló el ángulo de la iglesia fué distin-to. Una multitud de gentes que se em-pinaban para mirar á un centro común se agolpaban en la puerta de la iglesia.

—¿Qué es eso Saez? ¿qué miran esos galopos? dijo el caballero.

—Lo ignoro, señor.

—¡Que lo ignoras! ¡que lo ignoras! no te he preguntado para que me res-pondas que lo ignoras, si no para que veas lo que es.

Acercó la mula el escudero, y miró cómodamente por encima de la multi-tud lo que la multitud miraba, mien-

tras que su señor, no queriendo ponerse en contacto con la plebe, se mantenía á una distancia medida por el orgullo.

Lo que llamaba la atención general, eran dos ataúdes que se veían en la puerta de la iglesia en posición vertical apoyados contra la pared, ó por mejor decir, los dos cadáveres que ocupaban los ataúdes. Ya sabemos cuáles eran aquellos cadáveres. El de doña Inés de Cárdenas había sido amortajado con un hábito. La infeliz, más que muerta parecía dormida, y á pesar de la demacración que había operado en ella la tisis, la muerte la había vuelto toda la hermosura, hermosura sobre la que flotaba una niebla fantástica, una expresión de sufrimiento profundo; pero tranquilo y resignado: la amortajadora había querido peinar sin duda sus cabellos negros y aún abundantes; pero sólo había podido peinar los del lado derecho, porque el rizo izquierdo había sido cortado enteramente y casi á raíz. Una cruz negra se veía entre las manos del cadáver, cuya blancura, aumentada por la palidez de la muerte, alcanzaba á la diáfana blancura del alabastro, y en su semblante se notaba de una manera indudable eso que se llama distinción de raza.

En cuanto al capitán era distinto: vestía su uniforme acostumbrado; tenía puesta aún su pata de palo, y cogida la vacía manga izquierda de su jubón á un herrete de su colete; tenía horriblemente ensangrentado este colete sobre el pecho; la muerte había dado un color lívido á su semblante moreno y hosco; su ancha cicatriz se había hecho repugnante, y á través de sus labios entreabiertos, que tenían la expresión de una horrorosa blasfemia, se veían sus dientes apretados y manchados con una espuma sanguinolenta.

Tanto se detuvo Gabriel Saez en la

contemplación nada grata por cierto de los dos cadáveres, que su señor hubo de llamarle: pero Saez no le oyó: repitió el incógnito personaje una, dos y tres veces su llamamiento, y tampoco le oyó. Entonces uno de los lacayos creyó que debía tomar cartas en el negocio en servicio de su amo, y le dijo acercándose á él y tocándole en el hombro:

—Señor Gabriel, su excelencia os llama.

—¡Eh! dejadme, exclamó volviéndose todo hosco al lacayo.

Lo que había pasado en el semblante y en todo el ser del escudero á penas vió los cadáveres, había sido singular.

Primero sus ojos tomaron una expresión de sorpresa, después de espanto, luego se puso tan pálido como los dos cadáveres y se estremeció todo.

—¡Oh! ¡no puede ser! murmuró: sería horrible: ¡doña Inés mi señora y el capitán Alvaro de Sedeño! le conozco, sí, le conozco; á pesar de esa pata de palo, de esa manga sin brazo, de esa cicatriz que le cruza el rostro. Sí, sí, es necesario creerlo, á menos que el diablo se esté burlando de mí; esa es doña Inés: más vieja... ¡ya se vé! han pasado veinte años... más flaca... pero es ella, sí, yo veo en ese cadáver á la hermosa niña de quince años que era la alegría de la casa: y él... él... sí, es la misma expresión dura, amenazadora de aquel maldito capitán en quien mi señor se había empeñado en ver un valiente hidalgo y un hombre de bien: valiente sí, hidalgo pase, ¿pero hombre de bien...! ¿y cómo es que están aquí juntos... juntos y muertos, cuando no se conocieron, al menos en casa de mi señor?

El escudero necesitó salir de dudas acerca de este último punto, y creyó que nadie le podía sacar de ellas, mejor que un alguacil que por órden su-

perior estaba de guardia junto á los cadáveres.

Inclinóse, pues, sobre el arzón, y dijo de manera que pudiera ser oído, á pesar de las múltiples conversaciones de los curiosos.

—¡Eh! ¡señor ministro! ¡señor ministro! ¿tiene vuesamerced la dignación de escuchar una palabra?

Gabriel Sáez, estaba, según las muestras, muy bien criado y trataba con mucha consideración á las gentes de justicia.

Volvióse el alguacil, que era un hombrecillo rechoncho, de semblante mofetudo y alegre, y ojillos vivaces y maliciosos, y al ver que quien le llamaba era un escudero de buena casa, que olía de cien leguas á hidalgo, no tuvo inconveniente en acercarse, pasando por entre los curiosos, y asiéndose al arzón, dijo con semblante propicio:

—Puede vuesamerced preguntarme lo que quisiere.

—Gracias, señor ministro. Ahora, bien, ¿para qué tienen ahí á esos dos difuntos?

—Están expuestos para ver si hay alguien que los conozca.

—¡Qué! ¿nadie los conoce?

—Es toda una historia, dijo misteriosamente el corchete; y relató ce por be y pesadamente al escudero todo el encuentro que había tenido la justicia con los dos difuntos en la casa del capitán.

—Preguntóse en el vecindario acerca del nombre de la persona que vivía en aquella casa, prosiguió el alguacil, y nadie supo decir sino que era un capitán estropeado. Eso ya se veía, y bien estropeado por cierto. En cuanto á la mujer, nada, ni pizca; nadie sabía ni aun siquiera que viviese en tal casa una mujer.

—¿Pero la justicia no ha encontrado en esa casa papeles, prendas?...

—Ya se vé que ha encontrado....

pero.... hay cosas que no se pueden decir.

—Todo puede decirse cuando se dá con una persona discreta y agradecida.

Y Gabriel, que antes de llamar al corchete había metido una mano en su bolsillo á todo evento, la sacó conteniendo un doblón de á ocho, que con gran disimulo y siu que nadie pudiese notarlo introdujo en la mano que el alguacil tenía asida del arzón, lo que demuestra, que, si bien el escudero trataba con buenos modos á las gentes de justicia, sabía que esta clase de gentes no se ofenden de que pretendan comprarles un secreto con tal de que lo paguen bien.

Entreabrió un tanto con disimulo la mano el corchete, miró rápidamente y de soslayo el doblón, y al darle en los ojos el brillo del oro, se dulcificó aun más y guiñando maliciosamente un ojo, dijo á Gabriel.

—Ciertamente que sois un honrado hidalgo, á quien no se puede negar nada; pero inclinad un poco más la cabeza á fin de que nadie nos oiga y prometedme que guardaréis secreto.

—Pues ya se vé, y callaré más que un muerto.

—Pues señor, habéis de saber que el señor Andrés Zorcillo, escribano que ha andado en estas diligencias es toda un hombre de pro, que visita mucho mi casa, y dice que mi mujer, que es una moza alpujarreña, garrida donde las hay, es la mujer más honrada del mundo, y en tanta estima nos tiene á mi mujer y á mí, que no nos guarda secretos. Bien es verdad que nosotros no vendemos ni uno solo de sus secretos ni por un ojo de la cara. Pues, bien, el señor Andrés Zorcillo me ha dicho, que nada menos que el capitán general ha declarado que el muerto era el capitán de infantería española Alvaro de Sedeño.

—Bien, bien, dijo impaciente Saez; pero la dama....

—¿Qué dama?...

—La difunta.

Miró rápida, pero profundamente el corchete al escudero, y contestó.

—Estáis equivocado; la difunta no es dama: es una mejicana que era esclava del capitán, y que según lo que han declarado los médicos que han reconocido el cuerpo, ha muerto de una enfermedad del pecho.

—¿Y por donde sabéis que la difunta era una esclava mejicana? preguntó con interés Sáez.

—¿Cómo? por unos papeles que se encontraron en la casa del capitán en un armario, por los que se ha venido en conocimiento, de que el capitán era un perro monfi, un morisco traidor, que vendía al rey y que tenía consigo dos esclavas: la difunta y otra....

—¿Y esa otra esclava? exclamó con anhelo Sáez.

—Se espera saber donde para, porque se ha dado con el hombre que mató al capitán.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un mejicano rebelde: uno de esos perros idólatras de Nueva España, que acometen las villas españolas, roban las doncellas y los niños y después de hacer mil atrocidades con ellos, se los comen crudos.

—¡Ella esclava del capitán! murmuró de una manera ininteligible Sáez, ¡otra esclava que ha desaparecido, y un indio mejicano que ha dado muerte en su propia casa á Sedeño...! ¡Oh! ¡oh! Y decidme señor ministro, ¿cómo se ha averiguado que ese idólatra ha muerto al capitán?

—¡Ah! para la justicia no hay nada oculto, señor escudero: figuráos que el señor capitán general tenía indicios de que un platero alemán de la plaza de Bibarrambla, andaba en tratos de rebelión con los moriscos, y

supo les daba dinero á mano: que además, en la casa de este alemán vivía un mejicano que andaba también en la rebelión: el capitán general mandó prenderlos, y cuando los registraron en la cárcel para ver si tenían algún arma oculta, según es costumbre y ley, y... mirad... ¿no reparáis en que falta á la difunta el rizo del lado izquierdo, como si dijéramos, de la parte del corazón?

—Sí, sí que lo veo.

—Pues bien, ese rizo se encontró sobre el mejicano, envuelto en un pedazo como de tela de sábana que estaba cortado al parecer con un puñal: comprobados el rizo y el paño, se halló que era indudablemente el rizo aquel el que se había cortado á la difunta, y el paño... el paño faltaba de las sábanas de la cama donde se encontró el cadáver, y comprobado, venía bien, perfectamente bien por todas sus cortaduras, con la falta que había quedado en la sábana.

Cuando el alguacil había llegado á este punto de su revelación fué cuando impacientado ya, y con sobrada razón, el desconocido, de la tardanza de Gabriel, le llamó, y cuando el lacayo le avisó de que su señor le llamaba.

—¿Dónde vivís, señor ministro? dijo Gabriel cuando, según hemos dicho, hubo despedido bruscamente al lacayo.

—Vivo en la Calderería Vieja, para lo que gustéis mandar, dijo el alguacil, al lado de la carnicería, preguntad por Picote, y todo el mundo os dará razón.

—Pues bien, iré á veros esta noche, y adios que mi señor se impacienta.

Revolvió Gabriel su mula, y de nuevo se puso pálido y tembló; pero más profundamente que la vez primera: impacientado el incógnito de la pesadez de su escudero, había ido á

avisarle por sí mismo; al acercarse, dominando, por razón de la altura de su mula, el círculo de curiosos que rodeaban á los dos cadáveres, su vista había chocado con el de doña Inés.

El desconocido lanzó un grito horrible, en el momento en que Gabriel Sáez se volvía y se estremecía al ver la expresión atónita, fascinada, mortal con que su amo miraba el cadáver: luego el incógnito, y antes de que Sáez pudiera dirigirle una sola palabra, extendió los brazos hácia el cadáver, y gritó con un acento desgarrador, inmenso, como si se hubiese exhalado toda su vida en aquel grito supremo:

—¡Hija de mi alma!

Y cayó inerte de lo alto de la mula al suelo, sin que nadie pudiera valerle.

Aquel incidente lúgubre, dramático, en todo su horror, aterró á los circunstantes, que en unión del leal Gabriel, que se tiró más que se apeó de su mula y los lacayos, que asimismo se arrojaron de sus caballos, corrieron á socorrerle: el interés era general; hasta el mismo alguacil Picote se conmovió: el incógnito, según dijo un médico que se apareció como llovido, no estaba muerto sino peligrosamente accidentado, y fué conducido á una casa inmediata que se le abrió francamente, probando una vez más la característica caridad española; la curiosidad pública, cambiando de objeto, se apartó de los cadáveres para volverse á aquella casa, á la que no tardó en acudir la justicia, que siempre se mezcla en España á todo: un cuarto de hora después salió Gabriel pálido, trémulo, de la casa á donde había sido conducido su señor, y, acompañado de un alcalde y de un escribano, adelantó hácia los cadáveres á los que rodeaba un nuevo círculo de curiosos.

Rompieron por medio de ellos el es-

cuadero, el alcalde, el escribano y el alguacil Picote, y Gabriel, con las lágrimas en los ojos, dijo con voz conmovida, pero que todos pudieron oír:

—Habéis puesto esos cadáveres á la vista de todo el mundo para que declare quienes fueron, quien los conozca, pues bien, yo declaro que este cadáver es el de mi noble ama la excelentísima señora doña Inés de Cárdenas, hija única del excelentísimo señor don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla.

—¿Y ese otro? preguntó el alcalde.

—Ese otro, dijo con cólera Sáez, es el del infame capitán de infantería, Alvaro de Sedeño.

Gabriel no se apartó de allí hasta que dejó depositado en una capilla de la iglesia el cadáver de su señora, convenientemente alumbrado, y guardado por cuatro lacayos, y después de haber enviado á otros dos en busca de un carpintero y de un tapicero, para que se encargasen de la construcción de un féretro magnífico, volvió triste y cabizbajo á la cabecera del lecho de su amo.

CAPÍTULO XXIII.

LOS DESFILADEROS DE DAR-AL-HUET.

Apenas había cerrado la noche, cuando por la parte alta de la Alhambra, esto es, por la puerta de la Torre de los Siete Suelos, salieron en silencio algunas tropas como en número de quinientos hombres.

Estas tropas estaban compuestas de trozos de tercios y compañías diferentes, á juzgar por sus divisas; pero aunque unos eran piqueros, otros ginetes, otros arcabuceros, todos iban á pié, y todos llevaban arcabuces. Solamente iban montados el capitán general marqués de Mondejar, que mandaba la expedición, y que iba armado con un medio arnés á la ligera,

sus maestros de campo y sus escuderos, sirviéndole de escolta como hasta veinte rocines. Comprendíase que aquella gente había sido reunida de pronto, para acudir á un peligro, y que no se había cuidado gran cosa de la organización, puesto que marchaban revueltos, detrás de los caballos que constituían la guardia del capitán general.

Los moriscos habían pensado bien cuando habían dicho, que aunque el marqués de Mondéjar, y el presidente de la Chancillería y el corregidor, tuviesen noticias del levantamiento preparado, les era imposible reunir gente bastante para contrarrestarles en el término de un día.

Verdad es que muchos caballeros é hidalgos de los alrededores habían acudido, como el duque de la Jarilla, al llamamiento del capitán general, con la gente que habían podido reunir; pero toda esta gente llegaba apenas á doscientos hombres, en la generalidad mal montados, peor armados, y poco acostumbrados á la guerra.

Conoció el marqués de Mondéjar que aquellas gentes más que de socorro le servía de embarazo; pero para no disgustarlas las metió en la Alhambra, las hizo distribuir por los adarves, dejó en la fortaleza cien soldados viejos para servir la artillería y guardar las puertas, y otros cincuenta en el castillo de Bib-Ataubin, bajo las órdenes del corregidor, que con ellos y algunos buenos caballeros debía procurar asegurar la ciudad donde á la caída de la tarde se habían notado señales de movimiento, particularmente en el Albaicín, alguna de cuyas calles habían sido barreadas por los moriscos.

Barrear las calles quería decir en aquellos tiempos, lo mismo que hacer barricadas en los nuestros.

Pero el mayor peligro no estaba en Granada, sino fuera de ella. Los mon-

fíes eran los enemigos formidables, los que debían decidir el lance. Comprendiólo así don Luis Hurtado de Mendoza, y aunque no tenía fuerzas bastantes para ello, se decidió á salir á cortar á los monfíes el camino de la ciudad, ó á morir como buen caballero en servicio del rey.

Los monfíes con arreglo á la traidora revelación de Alvaro de Sedeño, debían venir sobre Granada por los atajos de la sierra y pasar por Dilar. El capitán general tomó por el costado de Generalife arriba, por una cañada del cerro del Sol y luego torció por un mal camino que guiaba al pueblo de Dar-al-Huet, que hoy se llama Casa-Gallinas.

Marchaba la gente á gran paso y en silencio, atenta y apercebida, y una hora después de la salida de la Alhambra, llegaron á unos ásperos desfiladeros cerca ya del lugar.

En aquellos momentos llegó un adalid de los que el marqués había enviado á la montaña, con la noticia de que los monfíes, en número de seis mil hombres se acercaban á Dilar, y que detrás de ellos y por los atajos, sin ser sentida, venía la compañía de arcabuceros del capitán Sedeño, bajo las órdenes del alférez Villasante.

El lugar en que se encontraba el marqués era inmejorable para una emboscada y tenía, además, la ventaja de estar muy cerca de la Alhambra, á la que podían recogerse en el caso de una derrota. El marqués, buen capitán, práctico en la guerra y en el terreno, dividió su escasa gente en pelotones, que situó convenientemente entre las breñas, y él con sus ginetes, se situó á la salida del desfiladero á la parte de Granada en un pequeño valle, por medio del cual atravesaba el río Genil.

Dióse orden á todos de que guardasen el mayor silencio, y á pesar de que hacía una luna clarísima, nadie

hubiera creído que hubiese una sola persona en el desfiladero: tan bien oculta y tan silenciosa estaba toda la gente.

Siendo alto el lugar en que se encontraban, y dominando á Granada, oíase perfectamente desde allí ese hábito de vida que se desprende de una gran población, antes de entregarse al descanso sus moradores y que tan bien se percibe, desde los silenciosos campos; oíase el reloj de la iglesia de Santa María de la Alhambra á lo lejos y casi perdido; pero la campana de la torre de la Vela callaba, señal clara de que no habían lanzado aún el grito de insurrección los moriscos del Albaicín, en cuyo caso se hubiera oído tocar á rebato aquella campana, y el estampido del cañón de la Alhambra.

Pasó una hora y se oyó tocar á Animas todas las campanas de las numerosas parroquias, conventos y cofradías de la ciudad, y sin embargo, pasó aún largo espacio sin que una sola persona atravesara el silencioso desfiladero; continuaba el silencio de una manera profunda y solo de tiempo en tiempo se oía el relincho de un caballo que nadie podía evitar, y el solitario ladrido de los perros campesinos.

El marqués de Mondéjar llegó á creer, y su suposición era muy posible, que los exploradores de los monfíes se habían apercebido de la ocupación del desfiladero, y que los enemigos, variando de dirección, habrían tomado otro camino para llegar á Granada.

En este caso la ciudad estaba perdida, y no quedaba otro medio al marqués que correr á la Alhambra en el momento que la campana de la Vela y el cañón de la Alcazaba diesen la señal de alarma.

Pero si los monfíes entraban en Granada nada podía la Alhambra con

la escasa gente que la guarnecía. El marqués, pues, estaba en un estado de ansiedad terrible.

Pero de improviso se escucharon pisadas sordas de algunos hombres en el desfiladero, y después una banda de monfíes, exploradores sin duda, pasaron á buen andar, con las balistas armadas, por delante de las breñas, entre las cuales se ocultaban el marqués y sus ginetes.

Los monfíes se detuvieron cuando estuvieron fuera del desfiladero y lanzaron el aire por tres veces el ronco y poderoso son de una bocina después de lo cual pasaron adelante.

Aquel triple toque de bocina debía ser una señal de los exploradores para avisar al grueso de los monfíes que el desfiladero estaba franco y seguro.

Por fortuna, mientras duró la parada de los exploradores, no relincho un solo caballo, ni se escapó un tiro de un soldado imprudente. Poco después se oyó rumor de mucha gente que se acercaba descuidada y como si no temiese ningún peligro.

La órden que tenían los capitanes y cabos puestos por el marqués á la cabeza de cada uno de los pelotones emboscados, era de que no se hiciese fuego hasta que los monfíes estuviesen extendidos en el desfiladero, después de lo cual era fácil atacarlos y envolverlos.

Así es, que tuvieron lugar los primeros de los monfíes de llegar al sitio donde estaba emboscado el marqués, antes de que se disparase un solo tiro; pero en el momento en que los primeros iban á desembocar en el valle, el mismo capitán general sacó de su arzón un pistoleta y le disparó.

Inmediatamente, de entre todas las breñas cayeron nutridas descargas de arcabuceria sobre los monfíes, que sorprendidos, aterrados en el primer

momento, se revolvieron, mientras el capitán general, saliendo de su acedchadero á la cabeza de su pequeño escuadrón, se lanzaba sobre ellos gritando:

—¡Por el rey! ¡Santiago y cierra España!

A aquel grito de guerra tan antiguo y tan entusiasta para los españoles, los ginetes se arrojaron con un ardor increíble sobre los monfies que estaban á la entrada del valle, y que, aterrados, dominados por la sorpresa, retrocedieron huyendo ante los caballos, hacia el interior del desfiladero.

El desorden de los monfies era ya irremediable: en vano el valiente Yuzuf, que ginete en un caballo blanco, se revolvía entre ellos, les gritaba que los cristianos eran pocos, que bastaba el que se rehiciesen y penetrasen en las breñas, para que fuesen vencidos; en vano los más valientes de los walies, procuraban llevar á sus taifas á los lugares de donde salía el fuego siempre sostenido de los soldados; arremolinábanse los monfies, apretábanse, y las balas que silbaban entre ellos, los tendían á centenares, mientras el marqués de Mondéjar y sus ginetes se ensangrentaban á mansalva en aquella multitud dominada por el terror y el pánico.

Yuzuf tenía noticias exactas de la gente con que podía contar el marqués de Mondéjar, y despreciándola por poca, no creyendo que se atreviese á salir al campo, había descuidado precauciones que sin duda le hubiesen ahorrado aquel fracaso, motivado por el terror de los monfies, ante un ataque invisible é inesperado; terror que nada tenía de extraño, porque cada uno de los monfies, creía tener sobre sí un ejército.

Yuzuf era uno de esos valientes á quienes las dificultades y el peligro irritan, y volviéndose á los que le ro-

deaban y alzándose sobre los estribos exclamó:

—¡Ah! ¡de mis walies! ¡á mí! ¡á mí todo el que quiera morir con honra! ¿Seréis tan cobardes que os dejaréis matar por un puñado de perros cristianos ocultos entre las breñas?

Un centenar de hombres se agruparon alrededor de Yuzuf, que embistió con ellos al escuadrón del marqués. Pero de repente Yuzuf vaciló en su caballo y cayó: una bala le había herido en la cabeza.

Sus walies se arrojaron sobre él, y le recogieron: oyéronse gritos desesperados y una voz robusta que gritó:

—¡El valiente Yuzuf, el magnífico emir, ha sido herido! ¡salvemos al emir!

Y aquella voz corrió de boca en boca á lo largo del desfiladero.

Por uno de esos misterios incomprendibles del corazón humano, los mismos á quienes el terror dominaba, se rehicieron ante el peligro del emir; lo que no habían podido hacer las exhortaciones y los esfuerzos de los walies, lo hizo cada monfi por sí mismo; se arrojaron á las breñas sufriendo el fuego de la mosquetería, y muy pronto los soldados del marqués se vieron desalojados de sus posiciones, dispersados y replegados al valle.

El capitán general seguía batiéndose al frente de su pequeño escuadrón; pero cuando vió que el fuego de mosquetería se había apagado, que solo resonaba acá y allá algún tiro perdido entre las breñas, y escuchó los alaridos de triunfo de los monfies, conoció que todo estaba perdido y mandó á sus trompetas que tocasen á recoger.

Muy pronto la gente del marqués formada en buen orden, colocada delante de la caballería, empezó á retirarse, dando siempre el rostro al enemigo, y arrojando sobre él el fuego de su arcabuceria; pero todo parecía

inútil; los monfies empezaban á flanquear la montaña, amenazando cortar á los cristianos, lo que, atendido su número, no les hubiese sido difícil, cuando se oyó sobre los mismos flancos fuego de mosquetería.

Los que producían aquel en las alturas no podían ser otros que la compañía de arcabuceros de Alvaro de Sedeno.

Ignorando los monfies el número de gente que venía en auxilio de los castellanos, tocaron también á recoger. El capitán general, que sabía lo escaso del socorro que le había venido, tocó á recoger de nuevo, incorporósele la compañía de Alvaro de Sedeno y siguió en buen orden su retirada hácia la ciudad.

Los monfies quedaron ocupando el desfiladero, mientras sus walies estaban en consejo.

—El valiente Yuzuf está gravemente herido; dijo uno de ellos; ¿qué debemos hacer, hermanos?

—Recoger nuestros muertos y nuestros heridos, y volvernos á la montaña, digeron algunos.

—¿Pero y los de Granada?

—Que se compongan como puedan.

—Lo primero es nuestro emir.

—¡A la montaña! ¡a la montaña!

Poco después toda aquella gente se volvía á las Alpujarras, llevando consigo sus muertos y sus heridos, para que los cristianos no pudieran gozarse con la vista de ellos.

Yuzuf, perdido el conocimiento, era conducido en un lecho de campaña.

La bala de un soldado desconocido había salvado á Granada.

Sobre el desfiladero habían quedado los cadáveres de algunos soldados castellanos, muertos en la pelea y los de algunos heridos que, abandonados, habían sido rematados por los monfies.

CAPÍTULO XXIV.

DE CÓMO, Á CAUSA DEL LEVANTAMIENTO DEL ALBAICÍN, COMETIÓ YAYE SU PRIMERA INFAMIA.

Entre tanto el capitán general se había recogido en silencio á la Alhambra, entrando en ella secretamente por la puerta de Hierro.

Dióse orden de que no se dejase salir á nadie de la fortaleza para que no se supiese en Granada el mal resultado de la expedición, y el marqués de Mondéjar, asomado á un agimez de la torre de los Comares, con la vista fija en el Albaicín, esperaba con ansiedad ver brotar la primera chispa de insurrección.

Veamos ahora lo que acontecía en el Albaicín.

Conócese por Albaicín en Granada un barrio alto extenso y populoso, que se extiende por una parte á lo largo y por cima de la calle de Elvira más allá del Zenete, que corre á lo largo de dicha calle, y por otra parte, por cima de la calle de San Juan de los Reyes, extendiéndose hasta la cerca del obispo don Gonzal, que orla la cresta de un cerro, donde ahora está situado San Miguel el Alto, desde el rio Darro hasta más abajo la iglesia de San Cristóbal.

Este barrio tiene dentro de sí una fortaleza que se llama la Alcazaba Cadima, y un número considerable de parroquias, capillas y conventos de frailes y monjas.

En aquel tiempo el Albaicín tenía más alumbrado de noche que el que tiene en la actualidad, á pesar del gas y de la civilización. Esto consistía en que hoy no tiene absolutamente alumbrado público, y en aquellos tiempos la devoción de los vecinos sostenía en la esquina de cada calle,

en el ángulo de cada plaza, una lámpara encendida, delante de una imágen, de una cruz ó de un Ecce-Homo, colocados dentro de un nicho, ó simplemente clavados á la pared bajo un tejadillo de tablas.

Había, además, los faroles en las cruces de piedra, colocadas delante de las puertas de iglesias, conventos, cofradías, ermitas, capillas y cementerios, y lo que también era un alumbrado, aunque ambulante: las linternas de los alguaciles de las rondas.

Puede asegurarse, pues, que el Albaicín estaba mucho más seguro, alumbrado y acompañado de noche en el siglo XVI que en nuestros días.

Es cierto que ahora solo de tiempo en tiempo se da alguna cobarde puñalada en sus oscuras calles ó se roba alguna capa vieja, y que en aquel tiempo era un acontecimiento casi diario, encontrar dentro de la jurisdicción murada del Albaicín algun hombre muerto á estocadas.

También es verdad que aquello era más noble y más romancesco; que si ahora, al encontrarse un hombre muerto violentamente en aquel barrio se piensa en alguna miserable riña de taberna, entonces al ver un hidalgo muerto se pensaba en alguna hermosa dama como causa de la desdicha, y la justicia y los que no eran la justicia se decían:—¿Quién será ella?

La verdad del caso es que el Albaicín, por cualquier faz que se le considere, valía mucho más en 1546 en que estaba lleno de un vecindario noble y rico, que en el momento en que escribimos estas líneas: al Albaicín de hoy solo le quedan fragmentos de torres y murallas ennegrecidas; restos de su antiguo esplendor; solares llenos de escombros que otros tiempos fueron grupos enteros de casas, y casucos viejos y apolillados que amenazan hundirse muy pronto. Dentro de algunos años el Albaicín solo

será un monte cubierto de hermosos cármenes, cuyas cercas se habrán hecho con los viejos materiales de la población muerta, en medio de cuyos cármenes, se sostendrán en pié durante algunos años aún, las iglesias y las macizas casas de solar construidas despues de la conquista.

Hace muchos años que Granada se está transformando, y perdiendo en sus transformaciones, y llegará un dia en que solo le queden algunos barrios desiertos, algunos restos de la Alhambra, con tal cual arabesco, y lo que nadie puede quitarla: su manto de flores y verdura, que cubrirá por sí mismo y sin que nadie se cuide de ello, sus ruinas.

¡Pobre Granada!

Hemos dicho que el Albaicín en 1546 estaba más concurrido y más alumbrado de noche que en nuestros días; pero concretándonos á la noche en que acontecian los sucesos que estamos refiriendo, no había ni una sola luz encendida, no sabemos si porque las habían apagado los moriscos, ó porque, recelosos del estado de alarma y de conmoción en que desde el oscurecer se había presentado el Albaicín, no las habían encendido los vecinos.

Hacia una luna muy clara; pero también es cierto que como las calles del Albaicín población originariamente mora, eran estrechísimas y los aleros de las casas se cruzaban, superponiéndose en la mayor parte de ellas, estas callejas estaban en su fondo ténuebrosamente oscuras.

Para que nuestros lectores pudiesen apreciar lo estrecho y tortuoso de aquellas calles, era necesario que las hubiesen visto y que hubiesen experimentado por sí mismos, que por muchas de ellas solo puede pasar un hombre de frente, y que la más ancha, apenas tiene espacio para que

marchen dos hombres de frente á caballo.

Como para desahogo y ensanche habfa, sí, algunas plazas medianamente espaciosas, donde reflejaba á sus anchas la luna; pero en aquellas plazas no se veía una sola persona

Por el contrario, en el fondo de las oscuras calles se notaba una animación de mal agüero; iban, venían, se detenían y hablaban entre sí, hombres armados; se abrían y se cerraban puertas silenciosamente, sin que tras ellas apareciese una sola luz: todas las calles que bajaban á la ciudad estaban fuertemente barreadas y guardadas por hombres armados de arcabuces y ballestas: las rondas, tan frecuentes otras noches, que era difícil recorrer tres calles sin tropezar con una, se habían suprimido por sí mismas, lo que prueba el admirable instinto de las gentes de justicia para esconderse á tiempo, en cuanto asoman los primeros síntomas de insurrección popular: las casas de los moriscos estaban cerradas por prudencia, y las de los cristianos por miedo.

En una plaza, que existía entonces entre las últimas casas de la parroquia de S. Gregorio el Alto y las pendientes calles que poblaban un terreno áspero, que hoy está cubierto de nopales, á la falda del cerro donde se levanta la ermita de San Miguel, en dicha plaza decimos, donde á pesar de la claridad de la luna había gente por no poderse ver aquella plaza desde la Alhambra, por los accidentes del terreno, se paseaba meditabundo y pensativo Yaye-ebn-Al-Hhamar, asido del brazo del faquí Abd-el-Gewar, que á pesar de sus años, estaba completamente armado como el jóven, y, como él, con traje castellano.

Divididos en grupos en la plaza, se veían como hasta cien hombres armados de picas y de arcabuces, y en el centro de uno de aquellos grupos, se

levantaba un estandarte rojo de tres puntas.

Se notaba una gran impaciencia y una ansiedad profunda en aquellos grupos: habían dado ya las Animas y ninguna noticia se tenía de la aproximación de los monfies. La Alhambra estaba silenciosa y oscura como de costumbre, sin que, á pesar de la luna, se viese brillar una sola arma sobre los adarves, más que las de los acostumbrados atalayas: ni se veía el farol de los artilleros en la batería de la torre de la Vela, ni en fin, indicio alguno de que la Alhambra estuviese preparada al combate, á pesar de que el capitán general no podía ignorar que las calles bajas del Albaicín estaban barreadas y los moriscos puestos en armas.

El castillo de Torres Bermejas estaba asimismo sombrío y silencioso y desiertas sus baterías.

Esto para los moriscos era objeto de una gran ansiedad, porque sabiendo el marqués de Mondéjar y el presidente y el corregidor, que los moriscos estaban sublevados, mucha seguridad debían tener de vencerlos cuando tan descuidados se mostraban.

Doblaba esta ansiedad la tardanza de los monfies que debían entrar en el Albaicín por tres puertas: esto es por la de Fajalauza, por el portillo del Aceituno y por la puerta de Guadix.

Llegaron las once de la noche, y la campana de la Vela dió, según costumbre, treinta y tres campanadas graves y solemnes en aquellos momentos; aquella era la única voz del castillo y aquella voz parecía decir: estoy alerta.

Era demasiado tarde y la impaciencia empezaba á apoderarse de las masas que aflúan en la plaza, corriendo de la parte baja en busca de noticias: aquella impaciencia empezaba á ser

miedo, y el miedo á expresarse en quejas.

Al fin algunos de los principales creyeron que debían interrogar á Yaye, que había sido nombrado capitán de la insurrección; pero Yaye se encogió de hombros, como quien no puede responder acerca de lo que no está en su mano.

Al fin fué necesario para calmar la ansiedad general, enviar emisarios que adelantaran por el camino por donde debían venir los monfies. Pero al abrir la puerta de Fajalauza, de que estaban apoderados los moriscos, se presentó á caballo y con las señales de haber venido corriendo á rienda suelta, un wali de los monfies.

Al reconocerle por su traje y por sus armas, los que estaban en la puerta, creyendo ya cerca el ejército auxiliar, rompieron en una aclamación de alegría; pero el wali no contestó á aquella aclamación y se redujo á preguntar con semblante hosco, dónde estaba el poderoso emir Yaye-ebn-Al-Hhamar.

El aspecto del monfi, lo ronco de sus palabras y lo hosco de sus miradas, apagaron el entusiasmo de los aclamadores, que en silencio, y no sabiendo qué pensar, condujeron al wali á la plaza donde había establecido su cuartel general, por decirlo así, Yaye.

Cuando el wali estuvo en su presencia, cuando le dijeron que aquel jóven era el emir, se arrojó del caballo y se prosternó ante Yaye.

—Magnífico y poderoso señor dijo: la fortuna nos vuelve las espaldas. Vengo á avisarte que tu poderoso padre el emir Yuzuf, se vuelve con su gente á las Alpujarras.

—¿Que se vuelve mi noble padre á las Alpujarras? exclamó con asombro Yaye.

—Los cristianos nos esperaban emboscados en las quebraduras de Dar-

al-Huet, y no hemos podido forzar el paso.

—¿Que los cristianos esperaban emboscados, y os han vencido...? ¡Luego alguno de los nuestros nos ha hecho traición avisando á los cristianos!

Si, sí, dijo sombríamente el monfi, nos han hecho traición y han ocurrido horribles desgracias.

—¿Y mi padre?

—La mano de Dios protege á los reyes, dijo profundamente el wali.

Habíasele ordenado, para evitar á Yaye cuanto fuese posible lo doloroso de la noticia de la herida de Yuzuf, que guardase silencio acerca de ella, y el wali cumplía exactamente su encargo.

—Vuestro poderoso padre el emir Yuzuf, continuó el wali, me encarga deciros que si contais con bastante gente en el Albaicín para apoderaros de la ciudad y de la Alhambra, no os detengáis un solo momento; pero que, si esto fuera imposible, marchéis inmediatamente y sin perder un momento á la montaña.

—Ya lo ois, dijo Yaye á los xeques que le rodeaban; mis monfies han sido envueltos en una celada, y no podemos contar con ellos.

—¡Oh! exclamó con acento rugiente el Homaidi, que estaba entre los xeques: el infame don Diego de Valor, nos ha hecho traición.

Estas palabras del Homaidi irritando á las masas excitadas, pasaron de boca en boca y muy pronto multitud de hombres armados, se encaminaron á la carrera, trémulos de coraje, á la casa de don Diego.

Mientras, que viendo imposible la empresa, Yaye mandaba á los xeques y á los capitanes, que fuesen á retirar la gente y á quitar las barreras de las calles bajas; que se escondiesen las armas y que todo volviese al antiguo aspecto de paz y sumisión,

oyóse hácia la parte de San Gregorio el Alto un alarido informe; luego reflejó un resplandor indeciso, después una llamarada y luego otra y al fin se declaró un incendio.

Y como si aquella hubiese sido una señal de alarma, retumbó el ronco estampido del cañón de la Alhambra, y la campana de la Vela se puso á tocar apresuradamente á rebato, lanzando aquella voz de guerra, hasta las distantes cumbres de las montañas que rodean la vega.

Al mismo tiempo, mientras unos corrían apresuradamente á las avenidas por donde podían acometer las tropas de la Alhambra el Albaicín, mientras otros tocaban ruidosamente la zambra, y otros disparaban al aire sus arcabuces en señal de levantamiento, algunos entraron en la plaza donde Yaye absorto no sabía que partido tomar, y gritaron:

—La casa de don Diego de Córdoba y de Valor ha sido acometida y está ardiendo.

En aquel momento todo lo que le rodeaba, la situación en que se encontraba, el peligro de un combate á todas luces dudoso, contra los cristianos, todo desapareció de la imaginación de Yaye, en la que solo quedó una idea: la de doña Isabel de Córdoba y de Valor, abandonada en la casa de su hermano á una turba feroz, irritada y sanguinaria: entonces, sin decir una sola palabra á los que le rodeaban, ni hacerse seguir de nadie, solo, anhelante, aterrado, echó á correr como un frenético hácia la casa de don Diego, llegó, tiró de la espada, se abrió paso, hiriendo como un león irritado entre la multitud compacta que rodeaba la casa, y, en el primer momento de sorpresa, logró penetrar en el interior. Pero por valiente que fuese, iba solo, su traje había sido visto, y una exclamación

de rabia había salido de todas las bocas.

—¡Al cristiano! ¡al cristiano traidor, que viene á socorrer á los traidores! gritaron algunas voces.

Y todos aquellos que pudieron penetrar en la casa se precipitaron con las armas enhiestas en seguimiento de Yaye.

Entretanto en el interior de aquella casa reinaba un desorden espantoso.

En el primer momento de peligro, doña Elvira, sin cuidarse de la seguridad de su cuñada doña Isabel, á quien aborrecía de muerte, corrió al aposento de don Diego, abrió la puerta secreta y se refugió en la mina.

En cuanto á doña Isabel y á los criados, aterrados, sobrecogidos, apenas tuvieron tiempo para huir al huerto en busca de una salida por el postigo.

Pero todos, en el primer momento de turbación, habían olvidado la llave; el postigo era fuerte; se necesitaba perder algún tiempo, y el terror les aconsejó que buscaran un medio más pronto.

Había en el huerto algunos árboles arrimados á la cerca: los hombres, sin cuidarse de las mujeres, ni aún de doña Isabel, porque en los momentos de supremo peligro nadie se cuida más que de sí mismo, treparon á los árboles, ganaron el borde de la cerca, se descolgaron á la calle y huyeron.

Doña Isabel y tres criadas quedaron en el huerto, que empezaba á iluminarse con la rojiza luz de las llamas, que emanaban de los pajares de la casa, que habían sido incendiados.

Algunos furiosos habían puesto fuego á la leñera.

Por las ventanas de los pisos bajos que daban al huerto, salieron muy pronto torbellinos de fuego.

Oíanse los furiosos alaridos de los moriscos que habían penetrado en las habitaciones y que las desmantelaban, robando los objetos de valor.

Doña Isabel y las tres criadas, hacían maravillosos esfuerzos y se ensangrentaban las manos en la cerradura del postigo; pero sus fuerzas eran demasiado débiles para forzarla.

A medida que el tiempo trascurría, el terror de doña Isabel aumentaba, y el llanto y los alaridos de las pobres mujeres que estaban con ella; el incendio se había propagado á toda el ala del edificio que daba sobre el huerto, y la hacía parecer una inmensa cortina de fuego.

Desplomábanse los tabiques, y á través de algunos boquerones, se veía pasar y cruzar á la canalla, corriendo y cargada con el saqueo.

Solo quedaba libre de las llamas el gran portalón por donde se entraba al huerto; pero ya por la parte superior tocaban á su techumbre. Por el fondo de aquel portalón se veían pasar de continuo hombres con antorchas encendidas ó cargados de efectos; pero hasta entonces ninguno se había dirigido al huerto.

De repente se oyeron voces más rugientes, más irritadas, más terribles; voces que alguna vez dejaban escucharse distintamente.

—¡Al traidor! ¡al castellano! ¡maldad!

Llenóse al fin el portalón de gente y doña Isabel, á pesar de su terror, vió que un hombre solo retrocedía defendiéndose de una turba numerosa.

Pero aquel hombre era muy diestro y muy valiente, y dando una cuchillada á éste, una estocada al otro, no permitía que ninguno le tomara la espalda: pero se veía obligado á retroceder de una manera decidida.

Cuando el que se defendía y los que tan tenazmente le acometían, entra-

ban casi en el huerto, doña Isabel, que contemplaba fascinada aquel espectáculo, lanzó un grito de horror: el techo del portalón, invadido por el incendio, se había desplomado sobre los combatientes, dejándolos sepultados bajo un montón de maderas inflamadas y escombros.

Pero de delante de aquel horno saltó un hombre, y al verse incomunicado con el interior de la casa, empezó á buscar, como fuera de sí, una nueva entrada que hubiese respetado el fuego.

Doña Isabel fijaba la vista en aquel hombre, no sabiendo si aterrarse, contemplando en él un enemigo, ó alegrarse considerándole como un salvador: aquel hombre había tenido la fortuna de que al derrumbarse el techo del portalón, cogiese solo á los que le acosaban y mantenía alejados al alcance de su espada, sin que un solo fragmento del hundimiento le tocara.

Doña Isabel notó que estaba vestido á la castellana, según la moda de los caballeros de aquel tiempo; que tenía en la mano una espada desnuda, y que en su postura demostraba que estaba muy lejos de pertenecer á la canalla incendiaria y rapaz que había acometido la casa.

En el primer momento, el terror solo permitió á doña Isabel ver en aquel hombre las generalidades que hemos indicado; pero después, cuando le hubo mirado con alguna insistencia, arrojó un grito que tanto expresaba terror como alegría, y cayó de rodillas.

En aquel hombre había reconocido al único hombre á quien había amado; por el que había sido abandonada; en una palabra: había reconocido á Yaye.

A su vez Yaye oyó el grito de doña Isabel y se volvió.

A la luz del incendio, que domina-

ba á la de la luna, vió una mujer de rodillas, y junto al postigo, pugnando por abrirle, otras tres mujeres; Yaye corrió desalado hácia ellas, llegó á doña Isabel, la apartó las manos con que se cubría el rostro, la miró frente á frente y arrojó un grito de insensata alegría; doña Isabel miró también á Yaye, palideció de una manera mortal, lanzó un gemido, y no pudiendo resistir á tantas emociones, cayó por tierra desmayada.

Yaye, antes que en socorrer á doña Isabel, pensó en arrancarla de aquel lugar de peligro: fué á la puerta, que pugnaban en vano por abrir las criadas, apartó á estas, desenganchó un pistolete de su cinto, buscó la cerradura, é hizo fuego sobre ella: la cerradura saltó rota en mil pedazos, Yaye abrió el postigo, y las tres criadas escaparon al momento, como pájaros á quienes se abre la puerta de la jaula.

Después, Yaye fué á donde estaba doña Isabel desmayada, la contempló un momento con éxtasis, la cargó en sus brazos, y salió por el postigo y se dió á correr por las empinadas calles, hácia la cercana muralla del obispo don Gonzalo.

—La traición de don Diego de Válor, exclamó con un acento indescribible, ha hecho inútil el levantamiento de los moriscos; pero esa traición ha puesto á Isabel en mis manos: Isabel es mía.

Y el jóven, á quien hacía insensato el amor, se alegraba casi de la desdicha de su pueblo, puesto que le había procurado la posesión de doña Isabel.

Porque Yaye estaba resuelto á romper de una manera terrible para la pobre niña, los vínculos extraños que le separaban de ella.

Por otra parte, Yaye se decía:

—Si hoy por culpa de un traidor no hemos vencido, mañana vencere-

mos. Y su conciencia se apoyaba en su esperanza.

Entre tanto, Yaye seguía corriendo las calles arriba, sin sentir el peso de la carga de doña Isabel, que era demasiado buena moza para que no pesase mucho. Las calles estaban desiertas por aquella parte y muy pronto el jóven llegó á un lugar apertillado de la muralla, y salió al campo, ó por mejor decir, al monte.

Sin embargo, no se detuvo hasta que se encontró muy lejos de la muralla, sobre una senda que orlaba la falda del cerro de Santa Elena, y que conducía á su cumbre.

A poca distancia había un aprisco abandonado, y hácia él se dirigió Yaye con su preciosa carga. Junto al aprisco brotaba una fuente rodeada de álamos, sobre un terreno cubierto de cesped, y allí fué donde se detuvo Yaye, depositando blandamente á doña Isabel sobre el cesped.

El terror y la sorpresa de haber encontrado en aquella situación á Yaye, habian afectado de tal manera á la desdichada jóven, que su desmayo continuaba.

Yaye la miraba extasiado: el semblante de doña Isabel por el doble efecto de la palidez y de la luz de la luna, alcanzaba á una blancura sobrenatural: sus negras trenzas estaban desordenadas de una manera hechicera: sus ojos velados por la sombra de sus espesas pestañas, su boca entreabierta por un gemido, tenía esa bellísima expresión del dolor que tanto sublima las formas puras, y su cuello y su seno estaban casi descubiertos, por efecto de la manera violenta con que había sido conducida hasta allí por Yaye.

El jóven hasta entonces solo había adivinado los secretos tesoros de hermosura de la jóven; esos tesoros que oculta el pudor tras la celosa y falaz plegadura de las ropas: Yaye que en

un tiempo había dicho palabras de consuelo y de amor á la jóven, creyendo ceder solo á la caridad, que después de haberla dejado abandonada á su suerte por fanatismo ó por ambición, había comprendido que la amaba por el intenso dolor que le causó la ruptura del lazo simpático, íntimo y misterioso que le unía á ella, al verla abandonada en su poder, sola en medio del silencio de la noche, experimentó un sentimiento hácia doña Isabel que nunca había experimentado por su causa: un sentimiento de deseo ardiente, voraz, impuro, en que la materia, sobreponiéndose al espíritu, mandaba, como mandan los tiranos, sobreponiéndose á la justicia, al deber, á la generosidad. Una magia inconcebible se desprendía de doña Isabel y embriagaba más y más á Yaye, acreciendo en su cerebro la fiebre, en sus sentidos el deseo. Hubo un momento en que toda su vida se concretó en aquella mujer purísima y más que pura hermosa, que tenía entre sus brazos; en que olvidó su pasado, su presente, su porvenir; en que su alma recogida en un solo punto, ansió unirse, confundirse, anegarse en el alma de doña Isabel. Lentamente el semblante del jóven, como atraído por una fascinación poderosa, se acercó al semblante de ella: su brazo estrechó con más fuerza su cintura y llegó por fin un momento, en que aquellos dos semblantes se acercaron, en que aquellos dos pechos se estrecharon, en que la boca de Yaye, imprimió un solo y ardiente beso en la boca de la jóven; beso abrasador, interminable, por el que se exhaló toda el alma de Yaye, y que hizo volver en sí de repente, por un misterio que nosotros ni aun pretendemos investigar, á doña Isabel.

Encontróse entre los brazos de Yaye, medio desnuda, flotantes los cabellos, estrechada de una manera deli-

rante entre los brazos de un hombre, ¡ay! demasiado adorado; sintió unos labios convulsivos y ardientes posados en sus labios, y se creyó entregada á un sueño; la razón de doña Isabel estaba perturbada: había sufrido sucesivamente emociones demasiado fuertes para que pudiese darse una explicación exacta de la situación en que se encontraba; no supo si estaba soñando ó si estaba despierta.

Yaye, según la expresión de un escritor contemporáneo, se la arrebató vírgen á su marido, é Isabel fué enteramente de Yaye, sin saber si estaba despierta ó soñando.

Pero aquella felicidad era demasiado dolorosa, demasiado punzante, para que pudiese ser soñada: doña Isabel, que dominada por una fascinación extraña, había concedido al único hombre que había sabido inspirarla amor, delirantes caricias, volvió realmente en sí; aquella reacción fué terrible; primero, apartó lentamente á Yaye, le miró, le reconoció, comprendió toda la verdad y se alzó rugiente, excitada por su dignidad y por su virtud.

Yaye, sorprendido, trémulo, porque comprendió que estaba colocado en esa indigna posición del fuerte que abusa del débil, pronunció en vano algunas palabras de disculpa. Doña Isabel le interrumpió, y le dijo con acento severo; pero profundo, y lleno de amargura y de desprecio:

—Habéis sido tres veces infame conmigo: primero, fingiéndome un amor que no sentáis; después, cuando ya mi alma era enteramente vuestra, abandonándome, sentenciándome á un sacrificio que jamás podréis apreciar bién: después, cometiendo la última de las infamias.

Yaye quiso contestar; pero Isabel le hizo guardar silencio con un ademán supremo de desprecio. Luego tomó lentamente el camino de los muros,

se perdió á lo lejos, y entró en la ciudad sola, en aquella misma ciudad de donde Yaye la había sacado pretendiendo salvarla, para perderla.

¿Por qué no la había seguido Yaye?

Porque la amaba, porque la había ofendido, porque comprendía con cuanta razón le despreciaba doña Isabel; porque aquel desprecio le había anodado, cubriéndole de confusión y de vergüenza, y había quedado inerte, sin fuerzas, en el mismo lugar donde se había desplomado sobre él el desprecio de su víctima.

Cuando ya había pasado largo tiempo desde que había desaparecido la jóven, Yaye logró sobreponerse á su fascinación: se pasó la mano por su frente calenturienta, y exclamó:

—¡Ah! ¡he perdido toda esperanza! ¡he sido infame con ella, y ella, la conozco bien: jamás me perdonará!

Y dos lágrimas solas, representando el despecho del jóven, brotaron de sus ojos.

¿Eran aquellas lágrimas hijas del amor y de la dignidad, ó del egoísmo de Yaye?

No lo sabemos.

Porque acerca de un hombre tal que llamaba caridad al amor, amor al deseo, y dignidad al amor propio; no es fácil aventurar suposiciones, sin exponerse á incurrir en un error.

Lo que nosotros creemos es que Yaye, educado para ser déspota, lo era.

Tomó á paso lento el mismo camino que antes había tomado la desolada Isabel, y entró en el Albacín. La casa de don Diego de Valor, estaba aun ardiendo; pero los vecinos se ocupaban en apagar el incendio. Los moriscos habían desaparecido: por mejor decir, se habían ocultado, y las gentes de guerra del capitán general, los caballeros y vecinos honrados de la ciudad, con las armas en la mano y

tras ellos el corregidor y los alguaciles, con el presidente de la Chancillería y los alcaldes de casa y corte ocupaban el Albacín.

Sin embargo de esta ocupación, Yaye pudo llegar sin ser visto por callejas excusadas á la casa de Abd-el-Gewar, á aquella misma casa donde había vivido tanto tiempo; que linda con la de don Fernando de Valor y donde había conocido á doña Isabel.

Abd-el-Gewar, que esperaba con ansiedad al jóven, le recibió sollozando de placer entre sus brazos, y sin detenerse un punto, le hizo montar á caballo y montando en otro, salió con él de la casa. Aquella era una medida prudente: no se sabía si habían sido presos algunos de los moriscos que conocían á Yaye y á Abd-el-Gewar, y hubiera sido harto imprudente no probar un medio de salvación, antes de resiguarse á caer entre las manos de la justicia del rey.

Cuando abrieron la puerta del huerto, se les presentó un hombre.

—Deteneos, les dijo.

Yaye echó mano á un pistolete.

—Nada receléis, dijo aquel hombre notando la acción de Yaye: soy don Fernando de Valor.

—¿Y qué queréis? dijo con aspereza Yaye.

—Mi hermano don Diego ha sido preso; su casa incendiada y acometida esta noche; su esposa ha desaparecido, y mi hermana doña Isabel, acaba de presentármese aterrada, trémula, entregada á la mayor desesperación: he sentido desde mi casa en el huerto vuestros caballos, cuando preparaba el mio, y puesto que vos, señor, sois emir de los monfies, os ruego que me permitáis partir con mi hermana en vuestra compañía, y trasladarnos á las Alpujarras, donde cuento con que me ampararéis.

—Cabalgad, don Fernando, dijo Abd-el-Gewar; pero cabalgad al mo-

mento; no tenemos un solo instante que perder.

Yaye había quedado en un profundo silencio.

Poco después Abd-el-Gewar y Yaye salían de la ciudad, por el portillo de la cerca de don Gonzalo, por donde antes había sacado Yaye á doña Isabel desmayada.

Detrás iba otro ginete que llevaba sobre su arzón delantero una mujer que lloraba de una manera desconsolada.

CAPÍTULO XXV.

CÓMO ENCONTRÓ YAYE Á SU PADRE.

Caminaron harto de prisa nuestros personajes, mientras estuvieron dentro de la jurisdicción de la ciudad; pero cuando empezaron á penetrar en la montaña, dieron vado á su temor y y más descanso á sus caballos.

Amanecía en aquel punto.

Atravesaban ásperos desfiladeros, y profundos valles solitarios; pero rientes y magníficos bajo la diáfana luz de la alborada. Cuando Abd-el-Gewar se encontró ya dentro de las Alpujarras, detuvo su caballo sobre la ladera de un monte que á la sazón trepaban, y lanzó tres veces un grito agudo semejante á una seña.

A aquel grito, aparecieron en los picos de algunas rocas algunos bultos indecisos, que descendían con rapidez al lugar donde se encontraban los viajeros, y que al acercarse dejaron conocer que eran monfies.

—¡El santo faquí! exclamó uno de los que llegaron primero.

—Y el poderoso emir nuestro señor, añadió el anciano señalando á Yaye.

—¡Que Dios proteja al emir! digeron los monfies, inclinándose profundamente.

—¿Tu eres wali? dijo Yaye diri-

giendo la palabra á uno de los monfies, que por su traje más rico y esmerado, parecía capitán de los otros.

—Sí, poderoso señor, contestó inclinándose de nuevo y más profundamente el preguntado.

—¿Cuántos hombres acandillas?

—Cincuenta valientes musulimes, señor.

—Pues bien, dijo Yaye, señalando como con miedo y apartando de ellos la vista, á don Diego, que había detenido á algunos pasos su caballo, y á doña Isabel, que ocultaba su rostro contra el pecho de su hermano. Aquel que ves allí es don Fernando de Valor: aquella dama su hermana. Quedaos con ellos; acompañadles y llevadles á donde quieran ser conducidos en seguridad.

—Queremos entrar esta noche secretamente en Andarax, donde tenemos parientes que nos ampararán, dijo don Fernando que había escuchado el encargo de Yaye.

—Resguardaréis, pues, y conduciréis á don Fernando y á su hermana, á Andarax, con seguridad: ¿lo entiendes, wali?

—Sí señor.

—Ahora, cuatro de vosotros adelante hácia mi alcázar, dijo Yaye.

Cuatro monfies se echaron las ballestas al hombro, y empezaron á trepar á gran paso por la ladera.

—Adios, exclamó Yaye, saludando de una manera indeterminada á don Fernando y á doña Isabel.

—Que él os proteja, señor, dijo el jóven.

Doña Isabel guardó un obstinado silencio; pero don Fernando la sintió estremecerse.

Yaye y Abd-el-Gewar picaron á sus caballos, y desaparecieron muy pronto por un recodo de la montaña.

Al mediar el día llegaron al pinar en cuyo centro se encontraba la cue-

va por donde se entraba al alcázar subterráneo.

Pero con gran asombro de Abd-el-Gewar, encontró delante del pinar un ejército acampado; los monfíes, extendidas sus atalayas por las lomas inmediatas, rodeaban el bosque.

Los dos viajeros se vieron obligados á darse á reconocer de punto en punto, hasta que llegaron á una magnífica tienda, alzada en medio del bosque, en el centro de uu claro.

Había impresionado á Yaye y al anciano, el aspecto de profunda reserva y de sombría tristeza que se notaba en el semblante de todos, singularmente en el de los capitanes; no era aquel el aspecto ni de uu ejército que hubiese sido vencido, ni que esperase al enemigo.

—¿Qué significa esto? dijo Abd-el-Gewar á uno de los walíes.

—¡Dios lo quiere, santo faquí! contestó gravemente el moro.

—¡Que Dios lo quiere! ¿y esa tienda alzada en medio de ese bosque?

—Los médicos han dicho, que el poderoso Yuzuf, á quien Dios salve, necesita aire puro que no encontraría en el subterráneo.

—¡Pues qué!..... exclamó con ansiedad Yaye.

El walí no conocía personalmente al jóven, que aunque emir por la abdicación de su padre, no había tenido tiempo de darse á conocer de todos los monfíes. Por lo mismo, el walí, que no sabía con quién hablaba, contestó:

—Nuestro valiente y magnánimo emir, Yuzuf, está á las puertas de la muerte, á consecuencia de una herida que recibió anoche en el desfiladero de Dar-al-Huet.

Yaye no acabó de escuchar al walí, exhaló un grito salvaje, se arrojó del caballo y se precipitó en la tienda.

Yuzuf estaba postrado en el fondo

de ella, en un lecho, y rodeado de médicos.

Estos abundaban entre los monfíes, porque los moros, lo mismo que los árabes, eran muy dados al estudio de la medicina y de las ciencias naturales.

Yaye se precipitó al lecho y asió las manos de su padre, al que miró de una manera anhelante.

Yuzuf, á pesar del estado en que se encontraba, le reconoció y sonrió lánguidamente.

—¡Ah! ¡la misericordia de Dios es infinita! exclamó alzando los ojos al cielo; el Altísimo no ha querido que yo muera sin verte, hijo mío; sin hacer te conocer mi última voluntad.

Yaye quiso contestar y no pudo; la voz se había anudado en su garganta.

—¡Ah! ¡eres tú también, mi buen amigo, mi hermano, añadió Yuzuf, viendo á Abd-el-Gewar, que había penetrado también en la tienda, y, transido de dolor y de sorpresa, estaba de pié á algunos pasos del lecho: bien venido seas á recibir mi última despedida, santo faquí. Pero en estos momentos, tú, Abd-el-Gewar, y vosotros, mis buenos doctores, dejadme solo con mi hijo. Que nadie nos interrumpa.

Todos salieron, excepto Yaye, que estaba arrodillado junto al lecho y lloraba sobre las manos de su padre.

—¡El Altísimo es el dador de la vida y de la muerte, Yaye! dijo con acento solemne y tranquilo Yuzuf. ¡El da la victoria y él la quita! ¡suyos somos, y como dueño dispone de nosotros! No llóres, Yaye: las lágrimas que el guerrero vierte por su padre, le honran; pero es necesario secar el llanto para pensar en la venganza.

—Os vengaré, padre mío; exclamó Yaye alzando fieramente la cabeza, y mostrando sus ojos secos como si en

un instante hubiese evaporado sus lágrimas el fuego de un volcán. Os vengaré, primero del infame don Diego de Válór, después de los cristianos.

—Escúchame con atención, dijo Yuzuf, porque me quedan pocos momentos de vida. No es don Diego de Córdoba y de Válór el que nos ha hecho traición.

—¿Quién es, pues?

—Un infame castellano á quien yo había amparado; un capitán de infantería española, llamado Alvaro de Sedeño.

—¡Ah! exclamó Yaye.

—Escucha, además: en poder de ese hombre hay cautivas dos mujeres.

Yaye lanzó toda su vida á sus oídos.

—Esas dos mujeres son la esposa y la hija de un hombre, que, como yo, lucha contra los españoles: ese hombre, rey como yo, de un pueblo valiente, es nuestro aliado natural: además, á ese hombre debemos mucho, y tú podrás deberle más: es riquísimo; tiene tesoros inmensos.

Yaye escuchaba con suma atención á su padre.

—Además, Yaye, continuó Yuzuf; tu proyectado enlace con doña Isabel de Válór, es ya imposible, porque doña Isabel está casada.

—Pero dícese que Miguel López ha muerto.

—No, Miguel López vive: vive en un lugar donde te conducirá cualquiera de nuestros walíes, solo con que le digas que quieres ir á la morada del cazador de la montaña.

—¿Y quién es ese cazador?

—Ese cazador es Calpuc, el rey del desierto de Méjico.

—¡Ah! ¿y ese es el padre de Estrella?

—¿Conoces tú á la hija de Calpuc?

—Sí, padre mío, y la tengo amparada en mi poder.

—¡Y esa mujer!...

—Es noble y pura.

—¿Hermosa?.....

—Como un ángel.

—Sea tu esposa, Yaye.

—¿Mi esposa?... ¿Y doña Isabel?

—¡Doña Isabel! ¡Una mujer casada!.....

Ya delante de dos lechos de muerte había escuchado Yaye las palabras: sé esposo de Estrella.

Yaye quedó profundamente pensativo.

—Los oprimidos deben unirse á los oprimidos, continuó Yuzuf; además, la amistad de Calpuc será preciosa para tí. Cuando yo muera, que será muy pronto, busca primero á Calpuc, dile que ponga en libertad á Miguel López; entrega después su hija á ese hombre; no te pregunto cómo te has apoderado de esa mujer, ni dónde has estado oculto durante quince días. Te he vuelto á ver y esto me basta: creo además en tu honor y en tu virtud. Recuerda bien: véngame y véngate de ese capitán infame, procura la amistad de Calpuc, y el amor de su hija, y en cuanto á lo demás, lo que como padre debo aconsejar al emir de un pueblo que lucha, y que lucha con tan justa causa como el nuestro, escrito está en estos pergaminos: ellos guardan mi voluntad. Espero que la cumplas. Es lo que conviene á nuestra patria, que tiene derecho á exigirnos toda clase de sacrificios. Graba bien en tu memoria las últimas palabras que voy á decirte: un rey debe sacrificarlo todo por su pueblo: su corazón, su felicidad doméstica, su vida, y si es preciso Yaye... hasta su honor.

Yuzuf entregó el rollo de pergaminos á Yaye que se había arrodillado para escuchar las últimas palabras de su padre: éste tendió las manos sobre él y le bendijo.

.....

 Aquella noche Yuzuf el valiente, el magnífico, el vencedor, como le llamaban los monfíes, murió, y Yaye fué proclamado de nuevo emir de las Alpujarras.

CAPÍTULO XXVI.

PROCEDIMIENTOS JUDICIALES.

El día siguiente al de la malograda tentativa de los moriscos, no se hablaba en Granada de otra cosa que del peligro en que había estado la ciudad; decíanse los nombres de los que habían sido presos, de los que probablemente serían ahorcados y de las precauciones que había tomado el capitán general para que no volviese á reproducirse el peligro en que, durante algunas horas, había estado Granada.

Decíase, además, que la justicia se había apoderado del cadáver de un capitán de infantería española, que había sido encontrado muerto á estocadas en su propia casa y de la persona viva del que le había matado. Añadían que don Diego de Córdoba y de Valor, andaba envuelto en aquella causa, que su hermano don Fernando, su esposa doña Elvira, y su hermana doña Isabel habían desaparecido, y por último, que de la casa de don Diego de Valor no habían quedado en la calle del Agua más que escombros de negridos.

Hablábase también con suma variedad de accidentes y en detalle, de cómo el duque de la Jarilla, poderoso señor que hacia muchos años que estaba retirado de la corte, en la pequeña ciudad de Guadix, había encontrado muerta á su hija, á quien había perdido, encuentro que había tenido lugar en ocasión de acudir el duque

con sus escuderos al llamamiento que había hecho el capitán general á los caballeros é hidalgos del reino contra los moriscos, y todas estas noticias se comentaban, se alteraban, y tenían en expectativa de los sucesos que podrían sobrevenir, á los curiosos y desocupados.

Pero nadie hablaba una sola palabra acerca de que el emir de los monfíes, con algunos de sus vasallos, se hubiese encontrado en Granada á la cabeza del alzamiento, y por otra parte, los moriscos que habían sido presos en las avenidas de la parte baja de la ciudad, eran gente vulgar, que solo conocían aisladamente á sus capitanes, y éstos habían huido, poniéndose en salvo en las breñas de las Alpujarras, y haciéndose por necesidad monfíes. Nada resultaba, pues, en el proceso abierto por la Chancillería, bajo la presidencia del capitán general, ni contra Yaye, ni contra el Homaidi, ni contra ninguno de los xeques y capitanes que habían provocado y puéstose al frente de la rebelión.

El último mono se ahoga, dice un adagio vulgar, y esto cabalmente aconteció entonces: los instrumentos, los que nada sabían, los que por no saber nada se habían quedado abandonados á sí mismos y presos, pagaron la culpa de los otros, siendo ahorcados los unos, y sentenciados á galeras los otros. Vertido aquel chorro de sangre sobre la efervescencia revolucionaria de los moriscos, el capitán general y la Chancillería, opinaron que no era prudente extremar el rigor, y aunque había muchos moriscos notoriamente sospechosos y contra los cuales podían haberse fulminado terribles procesos, se echó tierra al negocio, como se había echado sobre los cadáveres de los ajusticiados, y no se volvió á hablar más de ello.

Quedaba, sin embargo, un preso de consideración, una cabeza ilustre, casi régia, sobre la que estaba levantada la espada de la justicia. Esta cabeza era la de don Diego de Córdoba y de Valor, contra el que obraba la terrible carta que había presentado al capitán general Alvaro de Sedeño.

Pero don Diego gastó tan á tiempo y en tanta cantidad su dinero, sirviéndole de agente su buen amigo el marqués de la Guardia; era tan benévolo y compasivo el capitán general, que la carta presentada por el capitán Sedeño, pasó sin dificultad por falsa, y como no había contra él otra prueba, como, por otra parte, el capitán Sedeño había aparecido monfí y traidor por los papeles que se encontraron en su casa, túvose aquella carta por apócrifa, por un nuevo delito de Alvaro de Sedeño, sobreseyóse en la causa; pero con la condición de que don Diego se confesase públicamente vasallo del emperador, fiel, leal y dispuesto á verter toda su sangre en su servicio, así como ardiente cristiano, católico, apostólico romano. Del mismo modo se levantó mano respecto á su hermano don Fernando, á quien, mediante la misma confesión, se permitió volver á vivir libremente en Granada.

Se nos olvidaba decir que había contribuido en gran manera á esculpar á don Diego, la circunstancia de haber incendiado y saqueado su casa los moriscos la misma noche del alzamiento, circunstancia en que insistieron con gran ahinco los letrados defensores.

Don Diego, pues, hubiera sido puesto inmediatamente en libertad, á no ser porque, durante el tiempo de su prisión, había caído sobre él una acusación terrible: la de asesinato de su cuñado Miguel López.

Esta acusación había provenido de Calpuc, ó mejor dicho, la conciencia

de Calpuc había sido la causa ocasional de aquella acusación.

En el momento en que Calpuc se vió preso y encerrado, imposibilitado por lo tanto de ir á cuidar, como se había propuesto, de Miguel López, contando con su libertad, pensó en que, á pesar del dolor en que le había sumido la muerte de su esposa y la pérdida de su hija, él, que no había cometido durante su vida ninguna infamia, no debía cometerla en el momento en que de una manera tan dura le oprinía la mano de la desgracia; pensó también que necesitaba toda la protección de Dios, primero para alcanzar su libertad, después para encontrar á su hija, y que, para que Dios le protegiese, debía obrar como bueno: así, pues, pidió con insistencia que le tomaran declaración para hacer una revelación importante, y creyendo el capitán general y la Chancillería que esta revelación sería referente á la rebelión de los moriscos, se apresuraron á enviar un alcalde de casa y corte, acompañado de un escribano, al calabozo de Calpuc.

Este declaró que estaba en su poder Miguel López, refirió las circunstancias por medio de las cuales el morisco había dado en sus manos, cuando le salvó de los monfies, y dió tales y tales señas del lugar en donde Miguel López se encontraba, que parecía no podían equivocarse los que fuesen enviados en su busca; á pesar de esto, los emisarios enviados por la justicia, ó mal enterados ó torpes, no dieron con el subterráneo; volvieron; en atención á lo grave del asunto, decretó la Chancillería que el mismo Calpuc, bien asegurado y escoltado, fuese en demanda de Miguel López, y al fin, y después de tres días desde la primera declaración de Calpuc, y de cinco desde que se había separado el megicano de Miguel López, la justicia pudo penetrar en el subterráneo.

Entonces se vió una cosa horrible: junto á la puerta de hierro, entrando, en lo más alto de la escalera, se encontró á Miguel López muerto de hambre, mordiéndose un brazo, con el que sin duda el desventurado había querido alimentarse, y reconocido el cadáver, se encontraron sobre su pecho seis heridas profundas que empezaban á cicatrizarse.

Reconocido el subterráneo, se encontró un lecho revuelto, y sobre una mesa, junto á una lámpara apagada y exhausta, un papel escrito con letra gorda y ruda en que se leía:

«He cometido grandes crímenes, y la mano de Dios me castiga: muero aquí en este calabozo mal herido, y de hambre: hace tres días que el hombre que me salvó de los monfies, que me trajo aquí y que me curó, salvándose del rigor de mis heridas, no ha vuelto. Debe haber sucedido alguna desgracia á ese hombre cuando no ha venido á cuidar de mí. Si no vuelve pronto conozco que no tardaré en morir y quiero dejar á la suerte mi venganza. El hombre que me ha traído aquí y que me ha cuidado, es inocente de mi muerte, y debo confesar, porque mi conciencia me lo manda, que él me salvó del puñal de los monfies. Mi asesino es don Diego de Córdoba y de Valor á quien mi muerte importaba. Que á nadie más que á don Diego se haga cargo de mi muerte, si por un milagro de Dios, cae este papel en manos de la justicia. Pido asimismo perdón á doña Isabel de Córdoba y de Valor por el mal que ha podido causarla, obligando á su hermano don Diego á que la casase conmigo; como enmienda de mi delito la dejo por heredera de todos mis bienes. Rogad á Dios por mí para que me perdone. En las entrañas de la tierra, no sé qué día ni qué hora.—Miguel López.»

Seguió la justicia en el reconoci-

miento de aquel lugar y encontró en el arcón negro, libros de devoción, y un papel autorizado por los religiosos dominicos fray Luis de Saavedra y Diego de Rojas, cuyo contenido era la abjuración de la idolatría y su conversión al cristianismo de Calpuc, rey del desierto mejicano. Halláronse además algunas ricas ropas, y en un rincón del arca, como un centenar de doblones de oro.

Recogió todo esto la justicia, incluso el cadáver de Miguel López, se volvió con el vivo y con el muerto á Granada, encerró de nuevo al primero, enterró al segundo, después de haber hecho constar su identidad por medio de sus parientes y conocidos, y guardó, para unirlos al proceso de Calpuc, los dos papeles hallados en el subterráneo.

Aquellos dos papeles favorecían en sumo grado á Calpuc; pero la justicia es muy suspicaz y no dándose por satisfecha con ellos de la inocencia del mejicano, hasta que la autenticidad de aquellos papeles fuese comprobada, le hizo cargo de la muerte de Miguel López.

Calpuc apeló á otra prueba: á la carta que Miguel López le había entregado para su esposa doña Isabel, en que se acusaba de aquel asesinato á don Diego, y á la sortija que en aquella carta mandaba Miguel López á doña Isabel entregase á Calpuc.

Pero doña Isabel estaba ausente y no se sabía donde paraba: enviaron requisitorias á las Alpujarras y al fin doña Isabel fué encontrada en Mecina de Bombarón por los sabuesos de la justicia, y hecho registro repentino en su casa, se la encontró, entre algunas cartas de amores de un tal Juan de Andrade, la carta de Miguel López, citada por Calpuc.

Compulsada aquella carta con documentos indubitables, escritos y firmados por Miguel López, los peritos

nombrados declararon por unanimidad, que aquella carta era de puño y letra del difunto y por lo tanto legítima.

La acusación, pues, del asesinato de Miguel López recayó sobre don Diego de Córdoba y de Valor, en el momento en que iba á ser puesto en libertad, absuelto de la otra causa de traición contra Dios y contra el rey.

Preguntados los lacayos que acompañaron á don Diego en su viaje con Miguel López á las Alpujarras, declararon que nada sabían; pero puesto á la prueba del tormento uno de ellos, declaró que había llevado una carta á un ventero de las Alpujarras cerca de Orgiva, que por indicios había sospechado que se tramaba algo contra Miguel López, y que solo don Diego era á su parecer el que había andado en aquel asunto.

Reconocida, por declaración de Calpuc, la rambla de los Gamos, se encontraron los siete monfies ahorcados de la encina, muertos y medio devorados por las aves carnívoras, y pendiente del cuello de cada uno de ellos un pergamino con la sentencia del emir de los monfies escrita en árabe, como asesinos de Miguel López, y una bolsa con veinte y cinco doblones de oro. Los monfies, temiendo la justicia del emir, habían respetado aquellas bolsas; pero la justicia castellana las recogió como cuerpos de delito, y apesar del estado en que se encontraban los monfies, los descolgó de la encina y los llevó á la plaza de Orgiva para ver si alguno los reconocía: en uno de ellos, cuyo rostro estaba más conservado que el de los otros, algunos de los vecinos del pueblo reconocieron al ventero del camino de Granada, que cabalmente había desaparecido algunos días antes.

Esto parecía bastante para esculpar de todo punto á Calpuc; pero la

justicia le hizo cargo de haber detenido al herido en su poder.

Calpuc contestó que el estado del herido le había obligado á no llevarle á ninguna población, por estar todas más distantes que su asilo, y de no haber dado parte á la justicia por no haber podido separarse de él.

Mediaron algunos cientos de doblones ofrecidos discretamente á la justicia, y se absolvió á Calpuc de la acusación del asesinato de Miguel López, recayendo todo el peso de este en don Diego de Valor.

Pero como este permaneciese negativo, y por ser hidalgo no pudiese sujetársele al tormento, la Chancillería encontró que, si bien no había pruebas bastantes para ahorcarle, había las bastantes para sentenciarle á galeras.

Don Diego fué, pues, degradado, privado de su oficio de regidor perpetuo de la ciudad de Granada, confiscados sus bienes, y condenado por diez años á las galeras de su magestad.

«Pero, añadía la sentencia: en atención á que el padre y el abuelo de don Diego, sirvieron buena y fielmente los años pasados á los señores Reyes Católicos y á la señora reina doña Juana, manda la sala, que si doña Elvira de Céspedes, esposa del dicho don Diego, diere á luz un hijo dentro de los nueve meses posteriores á esta sentencia, no recaiga sobre el dicho hijo la infamia de su padre, que herede sus bienes, y si fuese varón, el oficio de regidor perpetuo de la ciudad de Granada, de que estaba en posesión el don Diego.»

Esta sentencia estaba fechada en el mes de setiembre de 1546.

El día 15 de marzo de 1547, doña Elvira de Céspedes, dió á luz un hijo, que se llamó don Fernando de Valor, y heredó los bienes y el regimiento

de su padre con arreglo á la anterior sentencia.

Don Diego de Valor no quiso publicar su deshonor y dejó que heredase su nombre y sus bienes un hijo que no era suyo.

Por que es de advertir que, segun la fecha del nacimiento de don Fernando, debió ser concebido por su madre, durante la ausencia de don Diego y su permanencia en el alcázar del emir de los monfies.

Cuando Yaye-ebn-Al-Hhamar supo por una amenazadora carta de doña Elvira este nacimiento, se estremeció, porque no podía dudar, ni aun por asomo, de que don Fernando de Valor era hijo suyo.

Quince días después, Yaye recibió otra carta: era de doña Isabel de Valor: antes de leerla le llenó de alegría y después de leerla de espanto.

Aquella carta tenía sobre sí muchas lágrimas.

«Señor don Juan de Audrade, decía: perdonadme si os nombre con el apellido con que os disteis á conocer de mí: perdonadme también si os escribo, porque... á más de que la crueldad con que me tratásteis la noche que me salvásteis del incendio de la casa de mi hermano para perderme, me obligaría siempre á guardar con vos un silencio provocado por vos mismo, sé que os habéis casado. Dios os haga feliz con vuestra compañera. Pero un sagrado deber me obliga á escribiros. Vuestro delito ha dado resultados funestos. Acabo de dar á luz un hijo... un hijo á quien han bautizado con el nombre de Diego López, con el nombre de un hombre que no es su padre.... ¿lo comprendéis bien? porque ese desdichado es vuestro hijo... un dolor y un placer que Dios me envía á un tiempo... porque no pudiéndoos amar, os amaré en él. Pero al mismo tiempo me ha dado Dios con él el remordimiento... de un adul-

terio, que he cometido al dejar que vuestro hijo herede el nombre y la hacienda de quien no es su padre. Yo he debido decir á voces para que todos me oyeran: ese hijo no es hijo de quien creéis; os engañáis... es hijo de otro: Miguel López solo ha tocado mi mano derecha para desposarse conmigo... pero no he tenido valor de decir al mundo: he renegado de mi virtud, he sido adúltera, porque el mundo juzga por las apariencias, he manchado la casta memoria de mi buena madre... no, no he tenido valor para envilecerme delante del mundo, y sobre todo, para envilecer á nuestro hijo, que es inocente. Yo también lo soy; bien lo sabéis. Yo soy tan pura ahora como antes de conoceros. Pero nadie me creería si lo dijese. Vos solo podéis creerme, y me creéis, porque no podéis dudar de mí. Sin embargo, yo no os escribiría, si al dar el primer beso á mi hijo no me hubiese asaltado un terror supersticioso... me ha parecido ver en su frente pura una mancha de sangre; he creído adivinar que esa sangre era vuestra; que un día vuestro hijo levantaría su mano armada de muerte sobre vos... ¡Oh! me he extremecido; mi corazón se ha helado y en el primer momento ni aun he tenido fuerzas para rogar á Dios. ¡Oh! ¡si un día vos, emir de los monfies, os viérais frente á frente con un hijo de los Valor, con un hombre que puede creerse con derecho á la corona de Granada! Quemad, quemad esta carta, señor, después de que la hayáis leído. Comprended los motivos que tengo para advertiros de que Diego López Aben-Aboo es vuestro hijo... por lo demás, yo no os maldigo... yo os amo... os amo con toda mi alma... pero, entendedlo bien... jamás seré vuestra... jamás; aunque enviudárais, aunque desfalleciéseis de amor y de deseo á mis pies, nunca consentiría en ser

vuestra. Dios y nuestro deber nos separan. Vos sois casado; yo he muerto ya para todo, para todo, menos para nuestro hijo. Vos sois poderoso, señor; protegédle, protegédle y evitad con cuantas fuerzas podáis, los nuevos crímenes que pudieran resultar del crimen que cometisteis contra mí.—Mesina de Bombarón á 31 de marzo de 1547.—Doña Isabel de Córdoba y de Válor.*

Yaye sintió que su corazón se rompía al leer esta carta: conoció que su amor, su alma entera pertenecían á Isabel; al saber que doña Elvira de Céspedes había dado á luz un hijo, se había irritado, había acusado de injusto al cielo, había blasfemado. Pero al saber que doña Isabel era madre, su corazón se quemó de una manera horriblemente dolorosa en un nuevo amor, en un amor que llenaba su ser, pero que le llenaba torturándole: en un amor que era al mismo tiempo para él un remordimiento agudo y cortante como la hoja de una espada. Comprendió cuánto decía para él la acusadora carta de doña Isabel, en la frase de aquella carta en que doña Isabel juraba que aunque muriera de amor á sus pies no sería suya, comprendió que doña Isabel estaba segura de su amor, que creía en él como creía en Dios, que sabía que ella era su paraíso perdido, que estaba escrito que un día Yaye rompería por todo é iría á mostrarla el volcán de aquel amor. Y esta certeza de ser amado, de ser comprendido, era para Yaye un abismo lleno del fuego del infierno colocado entre él y doña Isabel.

Y entonces volvió con desesperación la vista á su pasado de un año: vió en aquel pasado la felicidad que había arrojado de sí con desprecio; recordó con el alma llena de amargas lágrimas, aquella noche que tan duramente rechazó por fanatismo, por ambición el amor de Isabel: miró á

su presente y vió junto á sí una víctima: doña Estrella de Cárdenas, duquesa de la Jarilla, su esposa, que le amaba con toda su alma, y con quien se había casado sin amarla, por ambición.

Yaye cerró los ojos á tanta desgracia, hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, lanzó una carcajada de loco y exclamó:

—La felicidad ha muerto para mí; pero me queda la embriaguez de la grandeza; lucharé, venceré, conquistaré un imperio, y ahogaré mis dolores, en el mar de mi gloria.

Luego con los ojos encendidos y el corazón inerte, guardó la carta de doña Isabel, junto á la que le había escrito doña Elvira de Céspedes, manifestándole que don Fernando de Válor era su hijo.

Acaso Yaye hubiera hecho bien en quemar aquellas dos cartas como se lo encargaban doña Isabel y doña Elvira.

CAPÍTULO XXVII.

DE CÓMO FUÉ EL CASAMIENTO DE YAYE.

Hemos dicho al final del capítulo anterior que Yaye se había casado con doña Estrella de Cárdenas, duquesa de la Jarilla.

Para demostrar la causa de la nueva situación en que se encontraban estos dos importantes personajes de nuestra historia, nos vemos obligados muy á pesar nuestro, á meternos de nuevo en el árido terreno de las investigaciones judiciales.

De buena gana saldríamos del paso diciendo que mediante pruebas bastantes, don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, había reconocido por su nieta á Estrella... pero no nos atrevemos á ello, temerosos de que algún lector nos acuse de haberle defraudado de las minuciosidades del recono-

cimiento. Abordamos, pues, el farrago á que nos condena en esta ocasión nuestro oficio y empezamos.

Estaba en su casa don Gabriel Coloma, marqués de la Guardia, acabando de dejarse enhebillar su coselete por su escudero, el mismo día en que entró en Granada el duque de la Jarilla, y se preparaba á montar á caballo para ponerse á las órdenes del capitán general como buen vasallo de su magestad, cuando entró por las puertas de la cámara un hombre lloroso, pálido, asustado, en quien reconoció al escudero de uno de sus mejores amigos.

—¿Qué os sucede, señor Gabriel Sáez? le dijo el marqués.

—¿Qué me ha de suceder, triste de mí, contestó el preguntado, sino que mi amo está entre la vida y la muerte?

—¡Diablo! exclamó el marqués, poniéndose serio. ¿Que el duque está en peligro de muerte? ¿y donde?

—Aquí, en el Albaicín, en una casa junto á San Gregorio el Alto.

—Pues perdonen el capitán general y su magestad, y suceda lo que quiera, dijo el marqués deshebillándose por sí mismo el coselete y arrojándole; vamos á ver á vuestro amo. ¿Habéis venido á caballo, señor Gabriel Sáez?

—Si señor.

—Pues adelante.

Y sin decir más palabras, salió, seguido de Sáez, bajó al patio, montó en un caballo que le tenían preparado, montó en su mula Sáez, y saliendo de la casa, llegaron en muy poco espacio á la en que, despues de su accidente, había sido recogido el duque de la Jarilla, y delante de su lecho.

Había vuelto en sí el duque; pero se encontraba en un estado deplorable, y hasta tal punto, que los médicos habían prohibido que se le hablase, ni se le excitase.

Pero no sabían los médicos que tenían que luchar con un carácter de hierro, hasta que, para no excitarle más, se vieron obligados á permitir que el enfermo hiciese lo que quisiese.

Por resultado de esto, Sáez fué á llamar al marqués de la Guardia, y este se encontró delante de su viejo amigo.

—¡He encontrado á mi hija! exclamó con precipitación el duque, en cuanto vió al marqués y antes de que este pudiese hablar una palabra.

—¡A vuestra hija! ¿á la que os robaron hace tantos años los indios mejicanos?

—¡Sí, sí! ¡la he encontrado! exclamó con anhelo el duque.

—¡Pues me alegró, vive Dios! ¡me alegro! exclamó el marqués.

—¡Pero la he encontrado muerta! ¡muerta!

Y el anciano rompió á llorar.

El marqués se mordió la lengua.

—¡Ira de Dios! dijo, ¡y yo que me había alegrado!

—¡Muerta! repitió con desesperación el duque. ¿Comprendéis, lo que es para un padre encontrarse muerta una hija á quien ha llorado por espacio de veinte y dos años? ¡muerta y miserable!

—¿Pero cómo ha sido eso señor? exclamó el marqués que estaba atormentado é incómodo por aquel duelo que se le había venido encima, á él, que era el hombre más alegre del mundo y que aborrecía los llantos y los gemidos.

—Cuéntaselo tú, Gabriel, dijo el duque, tú que no eres su padre y recordarás mejor.

El escudero contó al marqués circunstanciadamente su encuentro imprevisto con el cadáver de doña Inés, la conversación con el alguacil Picote, y el accidente de su señor.

—Con que resulta, dijo el marqués, que tenéis una nieta, don Juan.

—Sí; si señor; que tengo una nieta, y que esa nieta se ha perdido.

—¿Pero no está preso el hombre que mató al capitán Sedeño?

—Sí, si por cierto.

—Pues bien, dijo el marqués, por el hilo se saca el ovillo, y ya que la muerte de vuestra hija no tiene remedio, procurad vivir para vuestra nieta.

—Es necesario que mi nieta parezca, dijo el duque.

—Sí, es preciso, repitió maquinalmente el marqués.

—Y os he llamado para que la busquéis, don Gabriel.

—¿Para que yo busque á vuestra nieta.

—Sí por cierto. ¿No véis que yo estoy sujeto en este lecho de maldición?

El marqués de la Guardia meditó que tenía un pretexto para escapar de aquella situación que le fastidiaba y se apresuró á decir:

—Habéis hecho bien en acordaros de mí, don Juan, y en el momento voy á hacer las primeras diligencias. ¿No decís que ese alguacil con quien hablasteis, vive en la Calderería y que se llama Picote?

—Si señor, contestó Sáez.

—Pues bien, voy al momento á ver al alguacil. Reposad vos entre tanto y sed dócil á lo que os ordenen los médicos. El alguacil Picote.... en la Calderería.... adios, don Juan, hasta la vista.

Y escapó, montó á caballo y se alejó á buen paso, burlando á Sáez que quería darle algunas instrucciones.

—¡Ira de Dios! exclamó el marqués: ¡pues échese vuesamerced á buscar niñas perdidas! ¡encárguese de un negocio en que habrá pleito y ruido! porque los parientes del duque no se han de dejar arrancar la heren-

cial! ¡Bah! que se componga allá como pueda mi viejo amigo: por hoy tengo pretexto con la jarana que se prepara; después.... después.... don Juan se muere dentro de veinticuatro horas, si no le queman antes los moriscos, y asunto concluido

De repente, un pensamiento como suyo vino á hacer variar de resolución al marqués.

—¡Diablo! dijo: ¿y si la niña perdida fuera una buena moza?

Este pensamiento bastó para que el marqués hiciese variar de dirección á su caballo y se pusiese en demanda de la Calderería y del alguacil Picote.

Llegó, y como todo el mundo conocía en la vecindad al tal ministro, el marqués se encontró en un zaquizami, delante de una robusta moza como de veinte y seis años, á quien por todo saludo tomó la cara. Esto demostraba que la esposa de Picote estaba sola, y que era mujer de buen empaque.

Á las pocas palabras el marqués se entabló en la casa y obtuvo una doble cita; una para el marido y otra para la mujer.

Al salir el marqués se atusó el bigote, montó á caballo y se alejó murmurando:

—Pues señor, los principios de mi aventura no son malos: yo no conocía á la mujer de ese alguacil y es una moza completa la mujer del tal Picote.

En seguida el marqués fué á presentarse al capitán general.

.....
A día siguiente Granada estaba tranquila, y el marqués pudo dar algunas esperanzas á su amigo y seguir en sus investigaciones.

Entretanto la justicia, á instancias del duque de la Jarilla, había careado á Calpuc con el cadáver de su esposa; se habían comprobado el rizo negro y el pedazo de sábana; el mejicano ha-

había declarado que aquel cadáver era el de su esposa; que tenía una hija llamada doña Estrella; que era cristiano, como eran cristianas su esposa y su hija; refirió, en fin, su historia entera: presentó como comprobantes su partida de desposorio, y la partida de bautismo de su hija, y citó el acta de su retractación de la idolatría, que se había encontrado en el subterráneo de las Alpujarras, autorizados los tres documentos por las venerables firmas de los dos religiosos dominicos, fray Luis de Saavedra y fray Diego de Rojas: declaró asimismo que al venir á Europa y á España, había dado libertad á los dos religiosos: que uno estaba en la casa de su orden de Salamanca, y el otro en la de Avila.

Llamaron á los dos religiosos, que por fortuna vivían, y estos decidieron la cuestión declarando unánimemente, que Calpuc era rey del desierto mejicano, que en sus mismos dominios había profesado, aunque secretamente, la religión católica; que se había casado con la dama cuyo retrato después de muerta se les presentaba; que siempre habían oído decir á aquella dama, que era hija del adelantado de la frontera del desierto, duque de la Jarilla; que tenían los esposos una hija llamada doña Estrella, muy semejante á su madre, y por último, que el capitán de infantería Alvaro de Sedeño, cuyo retrato, aunque de su cadáver, reconocían, las había arrebatado á Calpuc diez años antes.

Hemos hablado de los retratos de los dos cadáveres: estos se habían mandado hacer por la Chancillería, por no encontrarse medio para conservar los cadáveres durante una tan larga probanza. Aquellos dos retratos, pues, eran dos testimonios pintados, legalizados en forma.

Los herederos del duque habían interpuesto su acción pretendiendo pro-

bar que aquel cadáver no era el de doña Inés de Cárdenas; pero tales fueron las pruebas y los doblones del duque y de Calpuc, que la verdad resplandeció á despecho de los herederos que tenían, no por doña Inés, que no podía heredar, sino por aquella hija de doña Inés, que podía parecer de un momento á otro.

En cuanto á Calpuc, libre de la acusación del asesinato de Miguel López, no resultando contra él ninguna prueba de traición al rey, y teniendo en su abono su conversión y sus desgracias, la Chancillería opinó que la muerte que había dado al capitán Sedeño, merecía en gran parte disculpa, y, mediando el indulto del emperador por ciertos extremos que necesitaban indulto, fué puesto en libertad, como asimismo el platero Franz, contra el cual no resultaba más cargo que haber acogido á Calpuc.

Además de esto, el duque de la Jarilla se había restablecido un tanto, aunque envejeciendo diez años, y todo iba bien, menos el asunto de que se había encargado el marqués de la Guardia: esto es el encuentro de Estrella.

En vano el alguacil Picote, de cuya casa con lo mejor que contenía, esto es, su mujer, se había apoderado el marqués, revolvió, y fué y vino por sí mismo y por medio de sus compañeros. Eran pasados dos meses desde la muerte de doña Inés, y su hija Estrella no parecía.

La jóven, que había venido á ser la cuarta estrella de la casa en que vivía, y la más hermosa (nosotros tenemos los retratos de las otras tres estrellas en nuestra carpeta), doña Estrella decimos, vivía triste y creyéndose abandonada por Yaye, aunque asistida como una reina por Harum.

Desde la noche en que Yaye se había separado de ella, no le había vuel-

to á ver ni recibido noticias suyas. Esto consistía en que Yaye, por razón de la muerte de su padre, había entrado de lleno en la posesión de su alta dignidad de emir, y en que necesitaba, no solo darse á conocer como valiente á sus monfies, sino también vengar en los cristianos de las Alpujarras la muerte de Yuzuf.

Durante aquellos dos meses, incendió, saqueó y ensangrentó algunas villas con gran contento y aplauso de los monfies, que vieron que Yuzuf había sido dignamente reemplazado por su hijo, y en todo este tiempo Yaye no se cuidó de otra cosa, ni envió noticias suyas á Harum, ni se las pidió de Estrella.

Esta, por orgullo, no preguntaba por Yaye: Harum, que miraba con un profundo respeto á la jóven, como á todo lo que provenía del emir, tampoco la hablaba sino cuando ella le dirigía la palabra, obedeciéndola de una manera ciega.

Durante algunos días, la enamorada jóven lo esperó todo de Yaye; pero pasó una semana y otra y un mes, y Yaye no parecía. Entonces Estrella se decidió á obrar por sí misma; á provocar un conocimiento extraño, por medio del cual pudiese ponerse en contacto con su abuelo el duque de la Jarilla.

Mandó á Harum que la procurase ropas de calle, un libro de devociones y un manto. Harum le procuró todas estas cosas. Cuando Estrella las tuvo, le dijo que quería ir todos los días á misa á la parroquia más próxima.

Harum, aunque con repugnancia, acompañó desde entonces á misa todos los días por la mañana á Estrella, llevándola á la iglesia de San Gregorio el Alto.

Durante ocho días, Estrella que había contado con su juventud y su hermosura para procurarse un noble conocimiento que la sirviese para dar

con su abuelo, notó que á la iglesia de San Gregorio, la más alta y lejana del Albaicín, solo concurrían pobres gentes y toscos trabajadores, que se asombraban de ver todos los días á una dama tan hermosa, en aquella iglesia donde no acostumbraban á ir damas.

Estrella pidió á Harum que la llevase á una iglesia más concurrida. Harum, por más que le disgustase este afán de dejarse ver, en una dama por la cual podía interesarse su señor, aunque solo le había mandado que la obedeciera como si fuera su hermana, la llevó á la colegiata del Salvador; pero aunque en aquellos tiempos era la tal iglesia muy concurrida, iba á ella la jóven demasiado temprano para encontrar en ella gente noble. Entonces preguntó á Harum á qué hora concurría á la iglesia la gente principal. Harum la contestó un tanto contrariado, que á la misa de hora.

—Pues bien, dijo Estrella; quiero ir á la misa de hora.

—Para ello será necesario que vayáis mejor prendida, en litera, y con doble servidumbre, observó Harum.

—Pues bien; comprad lo que fuere menester.

Harum procuró á Estrella nobles y ricos trages y una litera de corte y la hizo acompañar por sus monfies disfrazados de pajes, que le llevaban el cogín y la silla: no bastando para estos gastos el dinero que le había dejado Yaye, Harum se vió obligado á empeñar sus mejores prendas. Pero Estrella fué vista y admirada el domingo inmediato por la gente más noble de Granada.

Sin embargo, durante tres días de fiesta, aunque la miraron con codicia muchos hidalgos jóvenes y viejos, y aunque Estrella, que ansiaba tener un instrumento de quien valerse, no fuese muy esquiva de semblante, ninguno, al verla tan bien acompañada y

por un hombre tan cegijunto como Harum, se atrevió á seguirla ni á ponerse en conquista. Pero la fama de la hermosa desconocida cundió entre lo que podía llamarse entonces buena sociedad, por boca de damas y galanes, y llegó á oídos del marqués de la Guardia.

Don Gabriel jamás dejaba de acudir allí donde se presentaba un nuevo sol entre los soles conocidos, y tanto oyó ponderar la belleza y el boato de la incógnita, que al primer día de fiesta, se aliñó, se tiñó las canas, se puso sus mejores prendas, y antes de la misa de hora fué á plantarse junto á la pila del agua bendita en la iglesia del Salvador.

Ya estaba cansado el marqués de ofrecer agua á todas las damas conocidas suyas, jóvenes y viejas, que iban entrando sucesivamente, cuando se presentó Estrella.

Al ver el marqués á una jóven tan hermosa, tan bien prendida, tan noblemente acompañada, y á quien no conocía, dijo para sí:

—Esta debe ser la famosa incógnita.

Y sumergiendo dos dedos de su mano diestra en la pila, adelantó gentilmente hácia Estrella, la saludó con una sonrisa tal y tan noble como quien á ellas estaba acostumbrado, y la ofreció el agua bendita. Estrella la tomó con suma gracia y pasó sonriendo levemente al marqués, y desplomando sobre sus ojos una mirada, que á poco más hace un destrozo en el corazón de don Gabriel.

—Decididamente, dijo este, cuando se hubo repuesto: es la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

El marqués no oyó misa, ni vió otra cosa que á Estrella que se había arrodillado junto al presbiterio. La jóven, como sabemos, tenía interés en hacerse con un instrumento, y tales

fueron sus frecuentes y al parecer impresionadas miradas al marqués, que este acabó de volverse loco.

Cuando salieron, don Gabriel siguió á Estrella á pesar de Harum, que de tiempo en tiempo le miraba hosco, como un mastín que olfatea al lobo.

Don Gabriel supo donde vivía Estrella, pero supo también que su casa no tenía resquicio ni respiradero.

Rondó, fué y vino durante tres días; pero siempre vió la casa cerrada y muda. El cuarto día era de fiesta. Don Gabriel fué á la misa de hora provisto de un billete en que declaraba su amor á Estrella, y la suplicaba que, si la era posible, fuese al día siguiente á las ocho á misa á la misma iglesia, para darle la sentencia de vida ó muerte.

Cuando Estrella entró, don Gabriel, al ofrecerla el agua bendita, la deslizó en la mano el billete. Estrella le tomó recatadamente; pero no se sonrió, ni miró al marqués durante la misa, manteniéndose grave y seria. El marqués se desesperó creyendo que había errado el golpe por precipitación y se abstuvo de seguirla cuando salió.

Sin embargo, al día siguiente, entre temor y esperanza, fué antes de las ocho á la iglesia del Salvador.

Poco después entró Estrella, seguida, como siempre, de los dos pajes y del receloso Harum. El marqués adelantó hácia ella trémulo y pálido, y al tomar Estrella el agua bendita, dejó en su mano un pequeño billete.

Jamás pareció más larga una misa á don Gabriel; concluyóse al fin; doña Estrella pasó junto á él, le saludó y desapareció. El marqués abrió con ansia en el mismo vestibulo del templo el billete y vió que contenía lo siguiente:

«Señor marqués de la Guardia: os contestaré al billete que me entregás-

teis ayer, cuando tonga algo que agradeceros, y para que eso pueda suceder, voy á presentaros la ocasión de servirme. Necesito que don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, mi abuelo.....

Al llegar á esta frase don Gabriel, lanzó un grito de alegría, arrugó el billete y le besó frenético; luego le desarrugó lentamente con placer, con el alma inundada de delicia y prosiguió la lectura.

»..... Necesito que don Juan de Cárdenas, mi abuelo, sepa que tiene una nieta, que esta nieta está sola en el mundo, que tiene medios para probarle su parentesco y que necesita su noble y paternal amparo. Buscad al duque, mi abuelo, y decidle dónde vivo. Cuando el duque me haya reconocido, entonces, señor marqués, veré lo que debo contestar á vuestra petición, y se aclarará para vos el misterio de este encargo que os hago, contando con que, como noble, me serviréis.—Doña Estrella de Cárdenas.»

El primer impulso de don Gabriel fué correr á casa del duque y mostrarle el billete; pero meditó que el duque sabía que era casado, y su paso se hizo más lento, reprimido por su meditación.

—Pues bien, dijo el marqués, no hay necesidad de mostrarle el billete le diré que he encontrado á su nieta, y si me pregunta el cómo, inventaré una mentira cualquiera. Vamos á casa del duque. Es necesario que doña Estrella me esté agradecida, y además, tenía picado mi amor propio por no haber podido dar con ella. ¡Ya se ve! ¿Quién había de figurarse?..... Decididamente soy un hombre de suerte.

Al mediar aquel mismo día, Harum se encontró seriamente sorprendido al ver que llamaba á la puerta de su casa la justicia.

Era un alcalde de casa y corte, un escribano y cuatro alguaciles, á los cuales acompañaban el duque de la Jarilla y el marqués de la Guardia, con algunos criados armados

—¿Cómo os llamis? dijo severamente el alcalde á Harum.

—Pedro de Xeniz, contestó Harum con entereza.

—¿Quién vive en vuestra casa?

—Una dama que se llama doña Estrella y...

—Basta, dijo el alcalde; en nombre del rey llevadnos á la presencia de esa señora.

Harum, cediendo á las circunstancias, introdujo al alcalde, al escribano, al duque de la Jarilla y al marqués de la Guardia, en una sala del piso bajo donde estaba Estrella.

Al verla el duque, la reconoció: tan parecida era á su hija cuando tenía la misma edad, con la sola diferencia de que era morena y de que su semblante revelaba de una manera inequívoca el tipo indígena mejicano.

El duque se arrojó entre los brazos de Estrella.

—¡Sí! ¡sí! exclamó, cubriéndola de besos y lágrimas; ¡tú eres, sí, ia hija de mi pobre Inés, la hija de mi alma! ¡tú semblante lo está diciendo á voces! ¡sus mismos ojos, su misma frente, su misma pureza, y luego... el color de tu padre!... ¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio!

Y el viejo, no pudiendo resistir más á su emoción, cayó desfallecido entre los brazos de Estrella, que se vió precisada á sostenerle.

La joven lloraba; todos estaban conmovidos: solo Harum se mostraba hosco y receloso.

El duque había perdido el conocimiento.

—Es necesario concluir, dijo el marqués; vuestro abuelo, señora, no ha podido resistir á tanta felicidad.

Concluid, señor alcalde, mientras yo voy á buscar dos literas.

El alcalde se dirigió á Estrella.

—¿Reconocéis por vuestro abuelo al señor duque de la Jarilla? dijo.

—Soy nieta del duque de la Jarilla, contestó Estrella, sin dejar de atender con una tierna solicitud al anciano.

—¿Sois casada? repuso el alcalde.

—No, señor; soy enteramente libre.

—¿Estais, pues, dispuesta á trasladaros á la casa de vuestro abuelo?

—Sí señor.

—¿Habéis estado por vuestra voluntad en esta casa?

—Sí señor; y solo tengo motivos de agradecimiento para con el honrado Pedro el Xeniz, y para con su señor. Ellos fueron los que me salvaron del infame Alvaro de Sedeño; ellos los que procuraron á mi madre una muerte tranquila.

—¿Con que vos no sois el dueño de esta casa? añadió el alcalde dirigiéndose á Harum.

—No señor.

—¿Quién es vuestro amo?

—El señor Juan de Andrade.

—¿Y dónde está?

—Ausente.

—Puesto que contra vos no hay ninguna queja, os encargo que aviseis á vuestro señor de lo que acontece y de que su presencia será muy necesaria en Granada para ciertas probanzas.

—Muy bien, señor.

—¿Habeis concluido ya, señor alcalde? dijo D. Gabriel entrando en la estancia.

—De todo punto.

—¿De modo que podemos trasladar al señor duque y á doña Estrella á su casa?

—Sí señor.

—Esperad un momento, dijo Estrella.

Y se aportó á un lado con Harum, á quien habló en voz baja lo siguiente:

—Decid á vuestro señor, que me perdone por el paso que he dado sin su conocimiento; vos sabéis que durante un mes no he salido de esta casa; pero me importaba encontrar á mi familia. Decidle que me encontrará siempre en casa de mi abuelo; que no me moveré de Granada hasta que le vea y... añadidle, dijo Estrella cubierta de rubor y con los ojos arrasados en lágrimas, que no puedo vivir sin él.

—¡Ah, señora! ¡que Dios os haga feliz! contestó Harum.

.....
Apenas habían salido de la casa Estrella, su abuelo, á quien la alegría había puesto en un estado lamentable, el marqués de la Guardia, que iba formando castillos en el aire, y el alcalde y el escribano, que ajustaban *in mente* la suma de las costas de la diligencia que acababan de practicar, cuando Harum, irritado, hosco y mohino, sacó un caballo de las cuadras, montó en él y se fué á buscar al emir de los monfíes de las Alpujarras.

.....
Estrella fué reconocida por su abuelo y por su padre: los dos religiosos dominicos declararon que era la misma doña Estrella que diez años antes había sido arrebatada del desierto por el capitán Alvaro de Sedeño; reconocieron como buenas pruebas el retrato y el manuscrito que doña Inés había dado á su hija antes de morir, y á despecho de los parientes del duque, doña Estrella fué declarada su nieta, y su heredera legítima.

.....
El duque, que había podido resistir al dolor de la pérdida de su hija, no pudo resistir á la alegría del encuentro de su nieta, y murió perdonando á Calpuc, y llamándole su hijo.

Doña Estrella le heredó y se encontró joven, hermosa, libre, duquesa de la Jarilla, grande de España y riquísima por sus rentas y por el dinero que había acumulado su abuelo durante su retiro.

Pasó un mes desde la muerte del duque y ninguna noticia tenía Estrella de Yaye

El marqués de la Guardia entre tanto importunaba á la joven con sus amores.

—Ya os he dicho, le contestaba, la duquesa, que antes de conoceros amaba á otro: ya os he dado todo lo que podía daros: mi agradecimiento.

El marqués, sin embargo, cada día más tenaz insistía.

Estrella le demostraba su agradecimiento sufriendo sus importunidades.

El amor del marqués llegó á hacerse lúgubre: se creyó engañado y pensó en vengarse.

Estrella, triste por la ausencia de Yaye, enflaquecía y se ponía pálida.

Calpuc veía con inquietud el estado de su hija.

Al fin un día y cuando el marqués, por la millonésima vez, hablaba á Estrella de su amor desesperado, un lacayo anunció á la puerta de la cámara al señor Juan de Andrade.

Estrella se puso pálida, tembló y lanzó un grito ahogado.

El marqués comprendió que había aparecido el rival dichoso y se levantó irritado y letal, al mismo tiempo que Yaye entraba en la cámara.

La vista de la enérgica belleza y de la juventud de Yaye, irritaron al marqués que salió desesperado.

Al ver á Yaye, Estrella se levantó y corrió desalada á arrojarle en sus brazos.

No le dijo una sola palabra; pero

reclinó la cabeza en su hombro y lloró de placer.

Yaye la llevó al sillón de donde se había levantado.

—Mi buen Harum, dijo Yaye, me ha dicho que necesitabais verme: yo también necesitaba veros, y he venido.

—Si, despues de cuatro horribles meses que han pasado desde que nos vimos por la última vez.

—Cuatro meses que he necesitado para daros á conocer dignamente á los míos y para vengar á mi padre.

—¿Vuestro padre ha muerto? dijo apareciendo Calpuc en una puerta de la cámara.

—¡Es mi padre! dijo Estrella.

—¡El rey del desierto! exclamó Yaye.

—Y vos el emir de los monfies, dijo Calpuc.

Entrambos se estrecharon las manos.

—Mucho he debido á vuestro padre, dijo Calpuc; sin su protección hubiera muerto á manos de la justicia en Andarax. Pero lo que le debo al padre lo pagaré al hijo.

—¿Me dareis lo que os pida?

—¡Sí!

—Meditad bien lo que prometeis.

—Aunque me pidiéseis mi hija os la daría.

—Pues vuestra hija os pido.

—Tenedla por vuestra.

—¡Ah! exclamó Estrella y se arrojó en los brazos de su padre.

El casamiento, bien á despecho del marqués de la Guardia, se hizo de allí á pocos días.

¿Amaba Yaye á Estrella?

No: cuando más estaba enamorado. Yaye era uno de esos hombres todo corazón, que solo aman una vez, y su amor pertenecía á doña Isabel de Córdoba y de Valor.

¿Y siendo esto así, siendo doña Isa-

bel viuda, por qué no se había casado con ella Yaye?

Su carácter, su orgullo, su ambición desmedida y los pergaminos que al morir le había dado su padre explicarán este misterio.

Veamos aquellos pergaminos:

«Ultima voluntad del emir Yuzuf Al-Hhamar.—A su hijo el emir Yaye ebn-Al-Hhamar.

»Soy viejo y presiento la muerte que se acerca.

»Estoy preparado: que se cumpla la voluntad del Altísimo.

»Nada tendría que decirte, hijo mío, si acontecimientos imprevistos no hubieran echado por tierra mis proyectos.

»Isabel de Córdoba y de Valor se ha casado con un hombre oscuro. La muerte de su esposo la ha hecho libre. Pero el emir de los monfies no puede casarse con una viuda (1), y mucho menos con la viuda de Miguel López, de Sayd-Abou, el infame y el renegado.

»Isabel era una doncella de sangre real, ennoblecida por los cristianos: Isabel era la esposa que te convenia.

»Pero el Altísimo en sus inescrutables decretos no ha permitido que sea tu esposa Isabel.

»Existe, sin embargo, al alcance de tu mano, una doncella de sangre real: sus ascendientes tuvieron un poderoso imperio al otro lado de los mares; el padre de esa doncella, el rey del desierto mejicano, vive entre nosotros: cualquiera de nuestros monfies te llevará á él, solo con que le digas: necesito ver al cazador de la montaña.

»El te contará su historia. Salva á la madre y cástate con la hija.

»Estecasamiento te producirá grandes riquezas, porque el rey del de-

(1) Es una de las prescripciones del Koran, que los califas, reyes ó emires no pueden casarse sino con doncellas.

sierto es poderoso, y una noble posición entre los cristianos, porque Estrella, la mujer con quien debes casarte, vendrá á ser un día grande de España, por el derecho de su madre.

»Yo te he hecho educar de manera que puedas pasar por cristiano entre los cristianos: si logras hacerte amar por Estrella, puedes vivir en la corte del rey de España como uno de sus grandes.

»Es necesario tender por todas partes asechanzas al leon. Rodéale, espíale, gasta tus tesoros y los del rey del desierto, en suscitarle enemigos y dificultades...sacrificalo todo por tu patria: tu corazón, tu honra como hombre, y si es necesario la honra de tu esposa y de tu hija.

»Un rey no se pertenece; es todo de su pueblo. Sacrificate por tu pueblo, Yaye.

»Cásate con la hija del rey del desierto: sé una doble persona: el brazo vengador del Islam en la montaña; el enemigo encubierto, en la corte del tirano...»

El manuscrito seguía explanándose en la explicación de estas consideraciones: era un extenso memorandum, que Yuzuf legaba á su hijo; el plan detallado de una doble guerra al rey de España.

Yaye se casó con Estrella bajo el influjo de su ambición.

Pero era tan hermosa la jóven, tan pura, estaba tan enamorada de Yaye, que contagi6 con su amor, cuanto podía contagiarle, al joven emir.

Yaye hubiera acabado, al fin, por ser feliz hasta cierto punto con ella como marido, si no hubieran venido dos incidentes fatales á turbar su paz doméstica.

El primero fué la carta de doña Isabel de Valor, que le noticiaba el nacimiento de su hijo.

El amor que Yaye sentia por doña Isabel y que solo estaba, por decirlo

asi, sobresanado, brotó con nuevo ímpetu, de una manera incontrastable, y á pesar del memorandum de su padre, se arrepintió de haber cedido á su ambición, de haberla sacrificado su felicidad, de haberse casado, en fin, con Estrella, en vez de haber obligado con su amor á doña Isabel á que fuese su esposa. Estrella, la infeliz Estrella, obstáculo sensible de su unión con doña Isabel, se le hizo odiosa.

Yaye, disimuló, sin embargo, y creyó que su disimulo bastaba para encubrir el desvío que experimentaba hacia su esposa: pero el alma de la mujer que ama, es muy delicada, sus ojos muy perspicaces, Estrella comprendió que no era amada, y lloró en silencio.

El otro incidente que acabó de desmenuzar el corazón de Yaye, provino del marqués de la Guardia.

Irritado este cada vez más en sus tenaces amores por Estrella, llegó á ese punto fatal en que un enamorado en nada repara, en que todo lo arrostra por alcanzar la posesión de la mujer amada.

Irritaba más su rabia el que la duquesa se hallaba en cinta en un periodo muy avanzado.

Entonces, desesperado ya, pensó en una venganza infernal.

El marqués, habiendo apurado todos los medios, apeló á la corrupción de la servidumbre íntima de Estrella.

Pero no apeló al medio vulgar del dinero. Pensó en vengarse de Estrella de una manera indirecta, como si dijéramos, por tabla. Enamoró á una de sus doncellas.

Esta conquista no le fué difícil. La doncella cedió á las consumadas artes de seducción del marqués, que aún era buen mozo, y todas las noches el marqués entró en la casa de la duquesa por un balcón inmediato á sus ha-

bitaciones, que daba al dormitorio de la doncella seducida.

Don Gabriel no queria que su venganza fuese pública. Solo ansiaba herir el corazón de Yaye á quien aborrecia porque era amado de Estrella.

El marqués, pues, envió un infame anónimo á Yaye, en que se le avisaba que todas las noches oscuras á las doce, entraba un hombre por los balcones en su casa y le recibía su esposa.

Yaye observó á Estrella; notó en ella un desvío que no era otra cosa que el resultado de un amor lastimado por el desvío de Yaye. Este, preparado por el anónimo, sospechó de Estrella, interpretando mal su tristeza y su abstracción. Tras la sospecha vino el deseo imprudente de aclarar la verdad, y se puso en acecho bajo los balcones de Estrella, la primera noche oscura que sobrevino. Poco después de las doce apareció un hombre embozado, en la calleja donde estaba oculto Yaye, hizo una seña, se abrió silenciosamente uno de los balcones del departamento que habitaba Estrella, apareció en él una sombra blanca de mujer y una escala cayó á la calle.

Yaye no tuvo ni valor, ni espera; no meditó que podían engañarle las apariencias, y en el momento en que el marqués de la Guardia aseguraba la escala para subir, le acometió espada en mano, y le hirió.

El marqués vaciló y cayó; barbotó algunas palabras, y soltó una carcajada horrible, por cuya entonación é inseguridad se podía comprender que estaba borracho: la mujer del balcón huyó y cerró.

El marqués yacía en tierra, muerto....

Yaye se arrojó sobre él, le descubrió el rostro y á la media luz de la noche le reconoció.

¡Ah! ¡es el marqués de la Guardia! dijo.

Entonces recordó que el marqués era el que había descubierto el paradero de Estrella.

—¡Se amarian! exclamó. ¡El es casado!

Esta circunstancia agravó más las sospechas de Yaye.

—Ella, sin duda, quiso tener un hombre que encubriese los resultados probables de su infamia....

Yaye se cubrió el rostro con las manos.

Luego envainó frenético su espada, se dirigió á un postigo inmediato, abrió con una llave de que iba provisto, y entró en su casa.

El cadáver del marqués quedó abandonado en la calleja.

Cuando Yaye entró en el dormitorio de su esposa, la encontró dormida, aunque inquieta. Al abrir las cortinas del lecho, la oyó murmurar un nombre en sueños.

Esperó escuchando con suma atención á que volviera á hablar la duquesa.

—¡Yaye! ¡yo te amo! exclamó al fin esta.

Yaye creyó volverse loco. ¿Conque no era su esposa la que había arrojado la escala al marqués?

Entonces meditó á qué habitación caía el balcón que se había abierto,

se retiró recatadamente, salió á un corredor y llamó á una puerta de servicio.

Abrióle una doncella pálida, consternada.

Aquella mujer estaba vestida de blanco.

—¡Ah! ¡perdon! ¡perdon, señor! exclamó: ¡yo le amaba!

—¡Ah! ¿conque eras tú? exclamó Yaye: y la volvió las espaldas.

Al día siguiente la doncella fué despedida, pero apesar de lo que había visto, Yaye no pudo despedir las sospechas de su alma.

Jamás las manifestó á Estrella, pero excitado su aborrecimiento á la pobre jóven, lo demostró sin rebozo.

Ausentábase y pasaba semanas enteras en las Alpujarras.

Estrella no podía ser más infeliz.

Pero Dios tuvo compasión de ella.

Murió, al dar á luz una niña, entre los brazos de Yaye, que al verla morir creyó en ella, lloró, y sintió sobre su alma un nuevo remordimiento.

.....
 Aquellos remordimientos estaban representados por don Fernando de Valor, por don Diego López y por su hija doña Esperanza.

Aquellos tres inocentes representaban los dolores de tres mujeres á quienes habían sacrificado de distinto modo los amores Yaye.

Los Monfies

SEGUNDA PARTE

El marquesito y la duquesita.

CAPÍTULO I.

TRES NOTABILIDADES DE LA CORTE DEL REY DON FELIPE.

Eran estas tres notabilidades dos mujeres y un hombre.

La una mujer se llamaba doña Esperanza de Cárdenas, duquesa de la Jarilla.

La otra, la princesa Angiolina Visconti, esposa del príncipe Maffei Lorenzini.

El hombre se llamaba don Juan Coloma, marqués de la Guardia.

Estos tres personajes tenían tres nombres, por los cuales se les nombraba por excelencia.

Conocíase á doña Esperanza de Cárdenas, bajo el nombre de la *hermosa duquesita*.

Á la princesa Angiolina, bajo el de la *casada-virgen*.

A don Juan de la Guardia, bajo el de el *marquesito*.

La hermosa duquesita, tenía veinte años.

La casada-virgen veinte y seis.

El marquesito veinte y uno.

Necesitamos dar á conocer á estas tres personas, y, por más que pese á nuestra galantería, el orden de los sucesos que vamos refiriendo nos obliga á empezar por el marquesito.

El marqués de la Guardia había quedado huérfano cuando solo contaba un año. Su padre don Gabriel Coloma, habla sido encontrado muerto á estocadas en una calleja del Albaicín, y por resultado de su muerte, murió afligida y triste siete meses después su madre doña Clara de Arévalo.

El marquesito huérfano, pues, fué entregado á la tutela de un tío materno, hidalgo disoluto, que no cuidó gran cosa de la severidad en la educación de su sobrino: sin embargo, le amaba, y era imposible no amar á aquel arrapiezo tan hermoso, tan inteligente, tan diabólico, tan cariñoso, tan vivo: su tío don César de Arévalo, al ver las favorables disposiciones de su sobrino, había jurado hacer de él un don Juan Tenorio y en ningunas manos había podido caer el pobre huérfano, que mejores fuesen, para hacer de él uno de esos terrible calaveras del siglo XVI, que, considera-

dos bajo cierta faz, son una de las ilustraciones de nuestro siglo de oro, por lo valientes y audaces; muchos de los cuales, después de una juventud borrascosa, habían contribuido con su espada, ya en los viejos Estados de Europa, ya en las vírgenes praderas del Nuevo Mundo, á sostener el carácter preponderante y conquistador de las Españas.

El cariño de don César hacía su sobrino, cariño indiscreto y exagerado, había hecho al jóven marqués voluntarioso y exigente; este mismo cariño había contribuido á que, en punto al saber, la educación del jóven fuese mezquina y descuidada: en efecto; ¿para qué necesita un marqués la ciencia? Los pobres la adquieren como un medio de hacerse ricos, pero el que ha nacido opulento no necesita de la ciencia para nada. Limitóse, pues, su tío á que aprendiese á leer por el catecismo, y á escribir medianamente: en cuanto á contar abstúvose prudentemente de esta enseñanza su tío, porque preveía que tarde ó temprano se vería obligado á rendir cuentas de su hacienda á su sobrino.

A los ocho años ya sabía nuestro marquesito leer de corrido en letras gordas de molde y de mano, y escribir con un carácter demasiado correcto y claro para un título de Castilla, cartas de amores á las vecinas, que estaban locas con la precocidad del pequeño don Juan, y se le disputaban y le convidaban con frecuencia á sus fiestas, en las cuales era el marquesito un aliciente, por su espíritu despierto y sus oportunidades prematuras.

Había la desgracia de que don César de Arévalo, obedeciendo á sus instintos, vivía en una muy mala vecindad: las damas moradoras de las casas circunvecinas, eran todas de vida alegre, de fácil trato, de espíritu galante y aventurero. Don César las

trataba á todas, y con todas gastaba bizarramente la hacienda de su sobrino. El pequeño don Juan, desde sus primeros años, se había visto acariciado por hermosas manos, besado por bocas fresquísimas, de labios purpúreos, y aliento perfumado: mirado, en razón de su extremada hermosura, por ojos ardientes, poco pudorosos y mucho provocadores; el demonio de la tentación, bajo todas sus formas, había mecido en la cuna á aquel niño abandonado al vicio, y su espíritu se había formado en una atmósfera envenenada, pero brillante, ardiente, en medio de la cual flotaban mujeres como hadas, saturadas de perfumes, engalanadas con brocados y sedas, y prendidas con plumas y diamantes.

Así es, que don Juan no conoció la inocencia, y á los doce años amaba con la intensidad y la impureza de un hombre de treinta; á los trece años, era peligroso para las mujeres; á los catorce, desarrollado, hermosísimo, valiente, audaz, consumado en el manejo de las armas, galán entre los galanes, el hombre niño, como se le había llamado desde pequeño, había ascendido en la consideración y en el lugar que ocupaba entre sus antiguas maestras: aquellas mujeres le habían convertido en su amante, le habían dado una fama que don Juan había sabido sostener á las mil maravillas, y desde los trece á los catorce años, había tenido cien queridas: una por día. Don Juan era un prodigio.

Su juventud, su hermosura, su audacia, le habían hecho el favorito de las damas galantes: por consecuencia, se había hecho enemigos numerosos entre los hombres galanteadores. Al principio hubo algunos celosos que se permitieron tratarle como niño. Don Juan se encargó de hacer que le tuviesen por hombre, matando en duelo al primero que se le vino á las barbas y su tío se vió obligado á gastar

sumas enormes para sacarle de la cárcel y templar el rigor de las pragmáticas.

Como se vé, tan de prisa le había educado su tío, que había adelantado para él la edad de las pasiones, y los graves acontecimientos de la vida.

Don Juan, que no había tenido infancia, porque la infancia es la inocencia, ni adolescencia, porque la adolescencia es la timidez, había llenado cumplidamente los deseos de su tío, siendo á los quince años un completo don Juan Tenorio.

Jugaba con el mayor desprendimiento y nobleza enormes sumas, sin affigirse por las pérdidas, ni regocijarse por las ganancias: montaba á caballo como el mejor picador; con espada y daga no había maestro que le metiese un tajo; ni galán que más bizarras galas gastase, ni más querido de las damas fuese, en la noble corte del rey de las Españas.

Juntos á gastar tío y sobrino, muy pronto fueron á dar, empeñadas, en manos de prestamistas, las cuantiosas rentas del marquesado de la Guardia, que habían ya quedado bastante empeñadas por el difunto marqués; llegó al fin un momento, en que el tío se vió obligado, por la primera vez, á negar una respetable suma á su sobrino.

Era también esta la primera contrariedad que experimentaba el jóven don Juan y se irritó; pero de una manera tal, que el tío se arrepintió, aunque tarde, de haber dado tal educación á su sobrino. Arreglóse, pues, como pudo, buscó al marquesito la suma en cuestión, y se decidió á apartarle de su lado, cuanto antes le fuese posible.

Pero esto era sumamente difícil; le había acostumbrado á vivir por fuero propio, y se había convertido en tirano de su tío.

Don Juan llegó á cumplir veinte años, y se hizo incontrastable.

En aquellas circunstancias había sido presentada doña Esperanza de Cárdenas en la Corte, y admitida al servicio de la reina doña Isabel de Valois ó de la Paz. Doña Esperanza tenía un título ilustre, como que había heredado de su madre doña Estrella el ducado de la Jarilla, y á más una maravillosa y característica hermosura.

La hermosa duquesita, como rompieron á llamarla espontáneamente á su aparición, eclipsó desde el momento á las más hermosas y á las más ricas; es verdad que la había precedido un prólogo, por decirlo así, ostentoso: seis meses antes de la llegada á la corte del duque viudo de la Jarilla y de su hija, uno de los genoveses más ricos de Madrid, se presentó al dueño de una manzana entera de casas en Puerta de Moros, y le hizo la proposición de que, fuese cualquiera el valor que impusiera á su propiedad, se le satisfaría en el acto, y tanto más cuanto más pronto se hiciese el negocio. Concluyose este con brevedad, porque quien bien paga, obtiene, generalmente, lo que quiere; otorgóse escritura de venta á favor de la duquesa de la Jarilla, y ocho días después, solo había un monton de escombros en el lugar ocupado antes por un hacinamiento de feas y viejas casuchas: abriéronse profundos cimientos, y de día en día se vió levantarse, con una rapidez inusitada, un magnífico palacio á la flamenca, con ciertos resabios árabes, en ventanas, galerías y balcones.

Una obra de tal volúmen, que con tal ostentación y coste se hacía, y en la que trabajaban centenares de albañiles, llamó naturalmente la atención; preguntóse el nombre de quién hacía aquella fábrica, y sabido el nombre, se deseó conocer á la persona que tan

to y tan bien gastaba; después los primeros pintores, tallistas y tapiceros de Madrid, se encargaron de la pintura, decorado, adorno y mueblaje de la casa, y estos fueron otras tantas lenguas de la fama para ponderar el excesivo coste de pinturas, tapices, alfombras y muebles; sintiéronse mortificados los más ricos y los más nobles por tanta esplendidez, y el mismo Felipe II frunció las cejas cuando supo que había en sus dominios, y vasallo suyo, un grande que tan exorbitantes gastos sufría: repitióse el nombre de la duquesa y del duque viudo de la Jarilla: supose por los más viejos de la grandeza, que aquel era un título antiguo y de buenas rentas, pero no tales como se necesitaban para tal lujo de casa: supose que hacía más de cuarenta años que los poseedores de aquel título habían estado apartados de la corte y como oscurecidos: y, como algo debía deducirse, se dedujo que aquel retiro había servido para desempeñar las rentas, para ahorrar, en una palabra, y que con aquellos ahorros se pensaba, sin duda, preparar una ostentosa vuelta á la corte: suposición natural, que tranquilizó, hasta cierto punto, las hablillas de todos, porque todos preveían que aquel lujo solo era una llamarada que no se podría sostener en lo sucesivo; una especie de fanfarronada; un gasto loco, en fin.

Pero cuando, concluido el palacio, se vió la numerosa servidumbre que vino á ser su alma; servidumbre joven, galana y cubierta con ricas libreas; cuando se contaron los caballos que entraban y salían de las cuadras, montados cada cual por un palafranco; animales magníficos, la mayor parte árabes y andaluces, y cuyo número no bajaba de doscientos; las diferentes carrozas de corte, calle y campo; las literas, los demás accesorios, en fin, de una casa de rey, to-

dos volvieron á sentir el agudo aguijón de la envidia y no faltó quien dijo:

—Sangre de indios es esa grandeza: ¿no sabéis que uno de los duques de la Jarilla estuvo muchos años de adelantado en Méjico?

Fuese como fuese, el resultado era, que para hacer lo que el duque viudo de la Jarilla había hecho en la corte á nombre de su hija la duquesa, era necesario poseer las riquezas de un rey.

Pero la admiración subió de punto cuando Esperanza fué presentada por su padre en la corte y admitida como dama al servicio de la reina; ninguna grande llevaba antes que ella una riquísima tela traída á costa y coste del extranjero: ninguna poseía tanta, ni tan rica, ni tan variada pedrería; ninguna se presentaba diariamente con ricos estrenos y con alhajas y galas no vistas. La hermosa duquesita superaba á todas las damas de la corte en hermosura y en riqueza, incluso la reina, no sin que esto llamase profundamente la atención del receloso Felipe II.

¿Había una familia desgraciada? allí estaba Esperanza: y el consuelo que Esperanza llevaba á aquella familia, no era una limosna más ó menos cuantiosa, sino una fortuna estable, asegurada, relativa á las necesidades del socorrido. ¿Mostraban los genoveses ó los judíos, riquísimos brocados, costosos encajes, magníficos aderezos? allí se estaban hasta que un día pasaban Esperanza ó su padre y los compraban sin reparar en el precio. ¿Pasaban comediantes por la corte? el aposento más cercano al tablado, más visible, mejor situado, era obtenido por el duque, aunque tuviese que pujar su mayordomo de soberbia á soberbia con el mayordomo del más encopetado grande: luego, por la tarde, cuando el público iba á la comedia, auto ó farsa, se reparaba que

el mejor repostero entre todos los del corral, el de mejor brocado, era el que cubría el antepecho del aposento del duque de la Jarilla: que los tapices del interior de aquel aposento, y los sillones y las pieles, si era invierno, eran los más ricos; por último, que la dama más hermosa, mejor ataviada y mejor prendida, con más sencillez y gusto que ninguna, y con más riqueza, á pesar de su sencillez, era la duquesa de la Jarilla. El bobo, el rústico, el simple, como se llamaba entonces á los graciosos, tenía sus motivos para endilgar á la duquesita alguna redondilla ó copla aduladora, ya en la loa, ya en el discurso de la representación. Siempre que el gracioso hacía esto, el duque le arrojaba una repleta bolsa de oro, y el patio aplaudía. Cuando la adulación venía de una comedianta, Esperanza se sonreía benevolamente, se arrancaba una rica joya de su prendido y la arrojaba al tablado con la mayor naturalidad y gracia. Entonces los aplausos del patio se hacían frenéticos y frenética y casi rabiosa la envidia de las otras damas. Los pintores de mérito podían contar de seguro con la buena venta de sus cuadros en casa del duque, y hablaban de un precio fabuloso pagado á Partoja, el buen pintor de Felipe II, por un cuadro de familia mandado hacer por el duque. En las fundaciones de conventos, hospitales, iglesias y obras pías, que eran muchas por aquel tiempo, contribuía con la mayor parte del dinero, la duquesa de la Jarilla, aunque sin dar su nombre á ninguna de estas fundaciones religiosas. Por último, el duque mantenía á su costa una compañía de infantería española en Flandes, y llevaba por lo tanto el nombre de capitán.

Por otra parte, eran tan rígidas las prácticas religiosas del duque viudo y de la duquesita; tenían por di-

rectores de sus conciencias varones tan doctos, tan graves y tan justificados, que la Inquisición, á quien mandó el rey bajo cuerda, hacer información acerca del duque, cumplió su encargo declarando que: después de prolijas y bastantes informaciones secretas, resultaba que: tanto el duque viudo de la Jarilla, como su hija la duquesa, eran buenos y celosos cristianos; que los monasterios, las obras pías y los pobres, les debían mucha caridad y que nada encontraba porque pudiera recelarse ni aun remotamente de la religion, lealtad y virtud de tan ilustre y poderosa familia.

Encogióse de hombros Felipe II al leer el informe del Santo Oficio, y dejó rodar la bola, y la envidia de las damas seguía viva; pero no roedora, porque Esperanza, siempre altiva y desdenosa con los hombres, circunspecta y mesurada en sus acciones y palabras, no dió el más ligero pretexto á la envidia que volaba á su alrededor, para que la mordiese.

Por un contraste singular con la educación que había recibido el marqués de la Guardia, la hermosa duquesita, según el dicho de su padre, había sido educada en un convento; pero, por otra singularidad también notable, sin que pudiera atribuirse á los vicios de la educación, la duquesita, á pesar de su poca edad, que apenas llegaba á los veinte años, era una mujer completamente formada, con un cuello, un seno y unas manos admirables; morena, pálida, y en cuyos ojos graves y ardientes, brillaban una pasión, una exuberancia de vida y una predisposición al amor y al amor violento, que la hacían parecer doblemente hermosa. Notábanse en ella, un aprecio de sí misma, una gravedad y una altivez impropias de sus pocos años, y una especie de experiencia, de trato de mundo, de conocimiento de las gentes, cuya causa,

teniéndose en cuenta la educación monástica indicada por su padre, no podía comprenderse. Aquello era un fenómeno.

No faltó al reparar esto, quien reparase la semejanza que existía, tanto en el desarrollo físico como en el moral, entre la duquesita y el marquesito de la Guardia, no faltando tampoco quien, creyendo en la predestinación, en lo de las medias naranjas, hablando vulgarmente, rompiese con poca circunspección por medio, y llamase á la duquesita la *mujer del marquesito* y al marqués de la Guardia el *hombre de la duquesita*.

Y hay frases, que se dicen solamente por decir una oportunidad, y acaban por ser fatales. Muy pronto, acogido el dicho, dejó de llamarse á la jóven la hermosa duquesita, y se la confirmó con el sobrenombre de la *mujer del marquesito*.

Entre tanto los dos jóvenes, de quienes tanto se ocupaba la gente libertina de ambos sexos de la corte, no se conocían: la mujer del marquesito, no había dejado de ser guardada por las dueñas de su casa sino para serlo por las dueñas de palacio, y no salía, por lo tanto del círculo de hierro establecido por la rígida etiqueta de la casa de Austria. Por su parte el *hombre de la duquesita*, siguiendo los consejos de esa segunda naturaleza que se llama educación, no salía de los garitos y de las mancebías. Por lo tanto había una sociedad entera entre los dos jóvenes predestinados.

A pesar de vivir en círculos tan opuestos, la murmuración, que á todas partes alcanza y en todas partes se mete, no tardó en hacer llegar á los oídos de entrambos jóvenes que la opinión pública los había casado. Natural era que la mujer que tanto oía ponderar las bizarrías, la gentileza y la hermosura de su marido de fama, deseara conocerle, y que el marquési-

to, de suyo predispuesto á todo lo que era excéntrico y romanesco, ansiaba conocer aquella novia, que sin pretenderlo le habían adjudicado, y que tenía el triple aliciente de una extremada hermosura, de una extremada juventud, y de una extremada nobleza, y no hablamos de lo cuantioso de sus rentas, porque, calificando estas como aliciente respecto á don Juan, inferiríamos una grave ofensa á su memoria. Don Juan despreciaba el dinero, y tanto lo despreciaba que apenas le había á las manos le separaba de sí con el mayor desprecio del mundo. Sin embargo, ya hemos visto que el dinero se había vengado de su desprecio haciéndose desear por aquel gastador incurable, y obligándole á tener serias contestaciones con su tío.

Quando el marquesito deseó conocer á la duquesita, corrían los primeros días de enero de 1567.

Desde el momento en que los jóvenes tuvieron noticia el uno del otro, se desearon; pero de una manera ardiente. Puede decirse que desde el punto en que el nombre del uno sonó en los oídos del otro, empezaron á amarse. Al principio cada uno de ellos se fingió en el otro su bello ideal, y ese amor vago, ese amor que se refiere á un ser que no se conoce, ese amor que de ninguna manera puede ponerse en contacto con el ser amado, llegó á ser un amor violento respecto á personas dotadas de organizaciones tales como las de los dos jóvenes: ella era voluntariosa, él voluntarioso é impaciente: entrambos luchaban con su soberbia íntima: no querían vencerse ni aun ante sí mismos, y no procuraron, por lo tanto, acercarse el uno al otro. Ella se había dicho:

—Si él conoce mi nombre y desea conocerme que me busque.

El se había dicho á su vez:

—Yo no he de buscarla.

Y esto se lo habían dicho entrambos con ese lenguaje misterioso é instintivo del alma, que no formula en palabras sus deseos, que es un sentimiento íntimo, un deseo germinado por una idea puesta en contacto con el espíritu: una de esas simpatías misteriosas que no han podido definirse y que se revelan al simple sonido de un nombre; que es el resultado de un amor instintivo, de un amor que, ó desaparece, dejando una impresión dolorosa en el alma, si al conocer realmente al ser que nos le ha inspirado de una manera abstracta, no corresponde á la idea que de él habíamos concebido, ó crece y se desborda si por acaso la excede.

Colocados en esta situación moral entrambos jóvenes, solo faltaba que una casualidad los reuniese.

Pero las casualidades suelen dejarse esperar mucho tiempo, y como el tiempo es el mejor remedio que conocemos para curar ciertas afecciones, acaso nuestros jóvenes hubieran dejado de pensar el uno en el otro; pero eran dos cometas lucientes que habían aparecido en el firmamento estrellado de la corte, y se hablaba continuamente de ellos: la duquesita oía referir cada día una nueva aventura de su *hombre*; el marquesito escuchaba con mucha frecuencia el percalzo desgraciado de algún amador veterano que había pretendido enriquecer su corona de flores marchitas, con la posesión de la *duquesita*.

No podían, pues, olvidarse.

Sin embargo, la caprichosa casualidad había hecho pasar tres meses desde que ambos jóvenes se habían conocido de fama pública hasta el jueves santo de 1567.

En aquella época ella era la desesperiación de los cortesanos.

El la expiación de las cortesanas.

La novedad eterna de la corte ella.

El el escándalo perpétuo.

En aquellos tiempos el espíritu religioso del pueblo español estaba por cima de todo: era, por decirlo así, un elemento componente de la sociedad de entonces: desde el rey al verdugo, altos y bajos, chicos y grandes, buenos y malos, todos creían en Dios, y todos le adoraban, dentro de los dominios de la católica España, exceptuando solo un rincón de ella donde, entre breñas, no se renía al Crucificado más que un culto de miedo, bajo la presencia inmediata de la Inquisición, de los obispos, de los párrocos y de las justicias. Este girón, riquísimo sin embargo, se llamaba las Alpujarras.

Por lo tanto, nunca podía admirarse más el recogimiento y la fé de los españoles, que el jueves y el viernes santo, en las calles, y particularmente en los templos, que se llenaban de una multitud devota y severa.

A las dos de la tarde de aquel jueves santo, que debía formar época en la vida de la duquesita y del marquesito, salió este á la calle, severa aunque ricamente vestido de negro, y se dedicó á recorrer los monumentos.

Un secreto instinto le decía que aquella tarde debía conocer á su *mujer*, y por lo mismo no iba su pensamiento preparado con toda la devoción conveniente á tan sagrado día.

Una idea le preocupaba sobre todo: la corte, según costumbre, debía visitar los santuarios: en la corte, en la servidumbre de los reyes, debía ir la *hermosa Duquesita*. Pero ponerse en acecho de la corte ¿no era buscarla? El marquesito se había jurado á sí mismo no robar su privilegio á la casualidad, y tomó una resolución que debemos llamar heroica: lo dejó á la suerte: para que la suerte fuese el principal agente, se prescribió un número determinado de iglesias y un itinerario rigurosamente lógico; de "

Juan, vivía en el monte de Leganitos: por consecuencia la primera iglesia que debía visitar era la de Santo Domingo el Real: después las de Santa María, San Pedro, San Andrés, San Francisco, San Miguel y por último, la del Hospital del Buen Suceso.

El marquesito se veía obligado á recorrer esta extensa periferia, porque en el año 1567, en que acontecía lo que vamos refiriendo, no había en Madrid ni aun la mitad de las parroquias, conventos y ermitas que se fundaron después sucesivamente hasta los tiempos de Fernando VI: ningún itinerario había encontrado más cómodo que el que había elegido, y hé aquí lo lógico de su elección; porque siempre elegimos cuando no tenemos otro interés, lo que nos ofrece más comodidad y brevedad.

Para no alterar en nada lo natural de los sucesos, el marqués se propuso invertir en cada iglesia el tiempo necesario para las acostumbradas oraciones en aquellos días, y además no mirar deliberadamente á ninguna mujer.

Así es, que, cuando llegó al Buen Suceso, su última estación, era ya muy cerca del oscurecer, y la corte, según costumbre, debía haber regresado ya al alcázar.

No dejó de fastidiar al marquesito esta circunstancia: la casualidad le volvía decididamente las espaldas; pero de repente, una voz que retumbó en la iglesia, le conmovió de pies á cabeza, haciendo vibrar un eco desconocido hasta entonces en su corazón: el de la esperanza satisfecha: aquella voz había dicho:

—¡Sus magestades, el rey y la reina.

Allí estaba la corte: en ella debía venir su desconocida mujer.

Adelantaron entre tanto los suizos, abriendo calle entre la multitud de fieles; siguieron los altos empleados

de palacio, y al fin, el rey y la reina se arrodillaron sobre las almohadas; detrás de ellos se había arrodillado la corte.

Don Juan no pudo contenerse en las condiciones que se había impuesto, y rompió la de no mirar deliberadamente á ninguna mujer; sus ojos anhelantes se habían fijado en la pleyada deslumbradora que constituían las damas de la reina; pero la casualidad quiso que no la robase el marqués ninguna parte de su imperio, y don Juan, aunque vió muchas cabezas hechiceras, muchos ojos y muchos rostros deslumbrantes, no vió ninguna dama, que por su juventud, ni por su hermosura especial, pudiese convenir con la idea que él se había formado de su mujer.

Entonces experimentó otro sentimiento desconocido también para él.

La decepción de la esperanza.

De repente, y cuando el joven exhalaba su primer suspiro de despecho, un resplandor fugaz iluminó la iglesia, y se escuchó un grito general de terror; seguidamente un resplandor más fijo brilló en el templo, y la gente se agolpó aterrada á las salidas; la gran cortina morada del tabernáculo se había incendiado: el fuego se había comunicado á la armazón del monumento, y una inmensa y ancha llama se elevaba hasta tocar la bóveda, contra la cual se torcía como una serpiente de fuego.

En aquella situación suprema, don Juan, que ante todo era caballero y leal, se lanzó hácia el sitio donde estaba la reina, como se lanzaron otros muchos; pero embarazado por la multitud, contra cuya corriente iba, antes de llegar al lugar que había ocupado la corte, sintió que unas manos temblorosas se afan á él, y oyó una voz sonora, grave, llena de ansiedad, que exclamaba:

—¡Salvadme, caballero! ¡salvadme!

Aquella voz, por su timbre particular, por un no sé qué misterioso, se apoderó del alma del jóven, la halagó como halaga una suave esencia al olfato; le acarició, como acaricia nuestra frente calenturienta la brisa, y le obligó á mirar á la mujer que la producía.

Apenas había podido ver su rostro don Juan, cuando la asió por la cintura, la levantó en peso, con la misma facilidad que hubiera levantado un copo de seda, y reteniéndola con el brazo izquierdo, y empujando brutalmente con el derecho á los que tenía delante, y saltando sobre ellos, salió por una puerta lateral, atravesó el patio y se encontró, fuera ya, en la carrera de San Jerónimo, que atravesó rápidamente, perdiéndose por una de las calles inmediatas.

La noche había cerrado, pero era muy clara: acababa de salir la luna y alumbraba el centro de la calle.

Don Juan siguió con su carga, sin hablar una palabra, hasta una plazuela irregular y enteramente desierta.

Entonces se detuvo y dejó que la dama se afirmase en el suelo; pero retuvo sus manos entre las suyas.

Don Juan, por una rapidísima, por una verdadera inspiración, había arrojado en la iglesia, al asir á la dama, su toquilla de terciopelo, á pesar de que tenía un herrete de diamantes de sumo valor, y con la cabeza descubierta y su ancha y blanca frente iluminada por la luna, estaba hermosísimo.

La mujer que tenía delante de sí y toda trémula, era muy jóven: apenas representaba diez y seis años; había perdido su velo y tenía la cabeza descubierta, y sus negrisimos y voluminosos cabellos, peinados en trenzas, salpicadas de perlas y esmeraldas, despedían reflejos azulados á la luz de la luna; su semblante enteramente en la sombra, brillaba, por

decirlo así, por la lúcida mirada de sus ojos, intensamente fijos en el marquesito, con una expresión de asombro, de fascinación, de suprema alegría, que el autor no se atreve á calificar; pero que enloquecía al jóven y le hacía probar delicias para él desconocidas; á pesar de que la luz de la luna emblanquece y de igual modo su reflejo, se comprendía que aquella jóven era morena: por lo demás, llevaba una riquísima y gruesa gargantilla de perlas, arracadas de gruesos diamantes, un vestido de corte, de damasco brocado, y brazaletes y ceñidor de perlas; solo la faltaba el velo que había perdido en el tumulto.

El silencio de entrambos jóvenes después de su parada y de su mútua é intensa contemplación solo duró un momento.

El primero que le rompió fué el marquesito con una exclamación apasionadísima que parecía salir del fondo de su alma:

—¡Vos sois mi mujer! dijo.

Mudó de color la jóven, dejó de mirar de aquella manera irreflexiva al marqués, y contestó con gravedad:

—No comprendo lo que queréis decir, caballero.

—¡Yo soy el marqués de la Guardia! ¡Vos sois la duquesa de la Jarilla! contestó con acento opaco don Juan.

—¡Ah! exclamó involuntariamente la jóven.

Y aquel ¡ah! por su intención, por su asombro, por su espontaneidad, y si se quiere, por cierto fondo imperceptible de alegría, era equivalente á la frase de:

—¡Vos sois mi hombre!

Don Juan era demasiado audaz y estaba demasiado enamorado, para que pudiera contenerse, y abandonando por un momento las manos de la jóven, la asió con entrambas palmas las mejillas, y la besó hambriento en la boca.

La jóven dió un grito que era al mismo tiempo un gemido de dolor, una protesta de pudor y una demostración de dignidad, y seguidamente, y con paso apresurado, se dirigió á una de las tres salidas de la plazuela.

—¿A dónde vais, señora, sola y á tal hora? exclamó el marqués alcanzándola y cortándola el paso.

—¡Haceos á un lado! exclamó con altivez la jóven. Voy á buscar por esas calles un caballero que sepa conducir dignamente á palacio una dama de la reina.

—¿Según eso, dijo sin alterarse el marqués, no me tenéis por caballero?

La jóven tornó á mirar con un desdén más altivo al marqués, y dijo severamente:

—¡Haceos atrás!

—¿Que me haga atrás cuando os encuentro milagrosamente después de un siglo que ando enamorado de vos en busca vuestra?

—Haceos atrás, repitió con un tanto menos de empeño la hermosa dama.

—Escuchadme, doña Esperanza, dijo amorosamente el jóven asiéndola de nuevo las manos que ella pugnó ligeramente por desasir de las del marqués; ¿no creéis que Dios no ha hecho que nos encontremos de este modo extraño, sino para que no nos volvamos á separar? ¿No os dice vuestro corazón como á mí el mio, que hemos nacido para amarnos, que no podemos ser felices sino el uno por el otro, que de todo lo que el mundo encierra, nada más que nuestro amor es lo que para nosotros existe? ¿No me habéis visto nunca antes de conocerme, como yo os he visto antes de veros?

Doña Esperanza, que así sabía don Juan que se llamaba la duquesa de la Jarilla, perdió su expresión severa bajo el influjo de las palabras del marqués, y juntando sus hermosas

manos y fijando en el jóven una mirada suplicante exclamó:

—¡Por piedad, caballero! ¡ved que cada momento que pasa es un siglo para mi honra! aún es tiempo: el tumulto ha sido horroroso y nadie tendrá nada que decir si me lleváis ahora mismo á la corte, que lo debe estar lejos.

—Sí, sí, doña Esperanza; pero medidad al mismo tiempo que yo, por socorremos, he perdido mi toquilla en ese tumulto; que vos estáis en traje de corte; que habéis perdido también vuestro velo y que, de seguro, con esta clarísima luna, llamaremos la atención de las gentes al atravesar á Madrid en busca de la corte que, sin duda está ya en el alcázar.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la duquesita, conociendo el peso de las razones de don Juan.

—Pero hay un medio, dijo éste.

—¿Cuál?

—Entrar en cualquiera de esas casas vecinas.

—¡Oh! ¡eso jamás!

—Entrar para esperar únicamente que venga una litera.

La duquesa levantó sus magníficos ojos, y los fijó radiantes, límpidos, en el semblante del jóven, que nunca se había visto mirado de aquel modo por ninguna otra mujer: comprendió por aquella mirada que la duquesita era su destino, más que su destino: su señora, la pasión de toda su vida; su alma se anegó en el abismo de aquella mirada, y de sus ojos partió otra mirada por la que se exhaló toda su alma.

Aquellos dos seres se habían confundido en uno.

Dios los había criado el uno para el otro, y la casualidad los había reunido.

—¿Queréis que entremos en una casa que no conozco, don Juan? dijo la jóven.

—¡Cómo! ¿Sabéis mi nombre?

—¿No sabéis vos el mío?

—¡Me amáis!

—Confío en vuestro honor. Entre-
mos en esta casa don Juan, mientras
buscan una litera.

El marqués no la contestó.

La asió de la mano, se fué á un ca-
saco situado en un rincón lóbrego de
la plazuela, y llamó.

Abrieron poco después aquella
puerta.

Mediaron algunas palabras en voz
baja, entre el marqués y la persona
que habia abierto; sonaron algunas
monedas, y al fin doña Esperanza y
el marqués desaparecieron por el os-
curo fondo.

La puerta volvió á cerrarse en si-
lencio.

CAPÍTULO II.

¡LA HERMOSA DUQUESITA SE HA PERDIDO!

El incendio del monumento del
Buen Suceso, en 1567, causó una sen-
sación profunda en lo que podemos
llamar mundo elegante de la corte.

Y no era por cierto porque á sus
magedades les hubiese acontecido
ninguna desgracia, ni porque se hu-
biera destruido el templo, que, gra-
cias á Dios, y al celo y actividad de
los vecinos, solo habia quedado lige-
ramente ahumado en la bóveda, y al-
go más profundamente chamuscado
en el tabernáculo; ni porque hubie-
se habido muertes ni fracturas: to-
do se habia reducido á un buen sus-
to, á algunas contusiones, y á otras
tantas caídas: lo que habia hecho cé-
célebre al tal incendio, habia sido que
á causa de él, la magnífica duquesa
de la Jarilla, la poseedora de diez de-
hesas, veinte montes y cien lugares,
se habia perdido.

Al salir la corte de la iglesia, ha-
llaron las dueñas que de su hermoso

rebaño se habian descarriado cinco
magníficas ovejas: cuatro de ellas,
que se habian revuelto entre la mul-
titud, se presentaron de nuevo en sus
puestos, servidas por otros tantos ca-
balleros, apenas el tumulto se hubo
desvanecido; pero la más hermosa, la
duquesita, la mujer del marquesito de
la Guardia, no parecía.

El rey mandó que la mitad de los
gentiles-hombres que le acompañaban
algunas dueñas, y todos los alguacil-
es que hubiese á mano, se pusieran
en busca de la perdida duquesa, y la
corte se volvió como si nada hubiera
acontecido á palacio: solamente la
reina hablaba cuidadosa con el rey:
pero el rey contestaba que nada está
perdido, que todo se encuentra cuan-
do se sabe buscar bien, y sobre todo
que aquello era acaso una permisión
de Dios, para que doña Esperanza de
Cárdenas, que era un tanto presumi-
da y voluntariosa, doblégase su so-
berbia, y encontrase su salvación en-
trando á servir á Dios en el claustro.

Y cuando el rey decia esto, miraba
de una manera singular, pero disimu-
lada y profunda á su hijo el príncipe
don Carlos de Austria, mozo de vein-
te y dos años, que marchaba á su
lado, cabizbajo y profundamente pen-
sativo y al parecer contrariado.

—Porque, añadía el rey sin dejar
de observar á su hijo, el que se pier-
de es porque quiere, y dama que de
tal modo se ha perdido, bien pudiera
perder á alguien, y no es bien tener
en nuestro alcázar dama que entre tan
poca confusión se pierde, que en tan
poca agua se ahoga.

Así es que el rey, en cuanto llegó
al alcázar tuvo muy buen cuidado de
hacer decir por un gentil-hombre al
duque viudo de la Jarilla, que su hija
se habia perdido, y que se dispensase,
si parecía, de enviarla á palacio.

El duque recibió por el rey aquella
noticia; pero los gentiles-hombres,

la servidumbre de palacio, y los alguaciles, se encargaron de que la supiese todo el mundo.

Las dueñas, acompañadas convenientemente, anduvieron dando vueltas, y preguntando durante dos horas transcurridas las cuales se retiraron á palacio; los alguaciles rondaron hasta mediar la noche y dieron parte de no haberse descubierto el menor indicio de su excelencia la señora duquesa de la Jarilla, y en cuanto al padre de ésta, el duque viudo, estuvo dando vueltas por Madrid con todos sus criados, que ventaban como sabnesos, y que, sin embargo, nada lograron sacar en limpio en toda la noche.

Cuando irritado Yaye, como un león hambriento, se volvía á su palacio, encontró delante de su puerta una mujer de mediana edad, de buena apariencia, y á todas luces de la clase artesana, que llamaba á grandes golpes, sin que nadie la contestase: esto consistía en que todos los criados, desde el mayordomo hasta el último marmiton, habían salido en busca de la duquesita, y la casa había quedado abandonada solamente á las mujeres de la servidumbre.

Yaye, que no había desfogado bastante su colera con los criados, á pesar de que había llegado al lamentable extremo de aporrear á cuatro lacayos, embistió muy de mal talante con aquella mujer.

—¡Con mil legiones! ¿qué queréis vos á las puertas de mi casa? exclamó mirando á la mujer con ojos centelleantes.

—¿Es vuecelencia el señor duque viudo de la Jarilla? preguntó toda trémula aquella mujer.

—Sí, y bien... ¿qué quereis?

—La señora hija de vuecelencia...

—¡Mi hija! ¿qué sabeis vos de mi hija?

—La señora duquesa está en mi casa.

—¡Que mi hija está en vuestra casa!

—Y me ha dado esta carta para vuecelencia.

Yaye tomó con una mano que temblaba de cólera, una carta que le dió aquella mujer con otra mano que temblaba de miedo, rompió la neta y devoró, que no leyó, el contenido del escrito.

—¡Harum! exclamó roncamente Yaye, acercándose á uno de sus servidores después de haber leído la carta, y guardádola en su escarcela: pronto una litera, y conmigo.

La litera estuvo dispuesta al momento.

—Y vos mujer, añadió Yaye, guiad á vuestra casa.

La mujer echó á andar.

—¿Cuándo fué mi hija á vuestra casa? le preguntó el emir.

—La señora no fué, dijo la mujer.

—¿Cómo que no fué?

—La llevó mi marido que la encontró desmayada en la plazuela.

—¡Ah! ¡la encontró desmayada! ¿y cuándo?

—Después de oscurecer.

—¿Y por qué no me avisásteis al momento?

—¡Ah, señor! nosotros no sabíamos que la señora fuese hija de vuecelencia.

—¿Cómo que no lo sabiais? ¿pues no os lo ha dicho mi hija?

—La señora duquesa ha estado desmayada hasta el amanecer.

—¡Desmayada! ¡Desmayada! ¿habéis llamado á algún médico?

—No, no señor: temimos, como vimos que era una dama principal... que la conocieran... y se enteraran de que había estado perdida... y luego... en fin, como nada sabíamos, no nos atrevimos á nada.

—¿Y se atrevió vuestro marido á llevarla á su casa?

—¿Y cómo había de dejar en la ca-

lle, sola, abandonada, á una señora tan jóven, tan hermosa, y con tan ricas alhajas, expuesta á los libertinos y á los ladrones? no, no señor: mi marido hizo muy bien: sábenlo Dios y la justicia; y si le castigasen por ello, harían muy mal.

—Pero... ¿por qué no avisásteis á palacio? ¿No sabéis que en estos días solo visten de ceremonia las damas de la reina?

—Nosotros no entendemos de eso, señor, y como nada sabíamos dijimos: cuando vuelva en sí, nos dirá quién es, y lo que debemos hacer.

Hay que confesar que el marquesito de la Guardia, autor de esta tragi-comedia, había previsto todos los golpes y preparado todas las paradas: lo que demuestra, que cuando aquella mujer había aprendido tan bien este juego, era una bribona consumada.

Al fin llegaron á la casa.

Al ver su pobre aspecto, se le heló la sangre al duque; pero dominó su cólera, á fin de que ésta no le impidiese hacer con fruto la más ligera observación, y dejando á sus criados, con la litera, en la calle, entró en la casa cuya puerta había abierto la mujer.

CAPÍTULO III.

DE CÓMO UN NIÑO PUEDE SER EL DEDO DE DIOS.

Cuando entró en una húmeda y oscura sala baja el emir, una forma blanca y gentil adelantó, y se arrojó sollozando en sus brazos.

Era la duquesita.

Yaye la estrechó dulcemente contra su pecho, afectando solamente el cuidado natural de un padre en aquellas circunstancias, y la dijo besándola en la frente.

—¡Oh, qué noche! ¡qué noche tan horrible, hija mía!

Después la separó un tanto de sí, y la miró fijamente: la duquesita estaba muy pálida; pero en sus ojos brillaba aun la expresión de su tranquila pureza.

—Yo no sé dónde he estado, padre mío; dijo la jóven... apenas recuerdo... estas buenas gentes me han dicho que anoche...

—Te encontraron desmayada.

—Así es, señor, dijo el marido.

—Después he recordado no sé que cosa horrorosa, dijo doña Esperanza: un incendio... gentes que gritaban y se atropellaban... ¡Oh, Dios mío! luego... yo corría... de repente sentí un vértigo... unas angustias horribles... después nada... no recuerdo más, sino que al abrir los ojos, me he encontrado aquí, tendida en un lecho, con las mismas ropas que me había puesto para acompañar á sus magestades.

Mientras doña Esperanza hablaba, Yaye ponía el mayor cuidado en observar cuanto tenía alrededor: los dos esposos, como dominados por la presencia de tan nobles personas en su casa, estaban en la más humilde actitud y guardando el más respetuoso silencio á la puerta del aposento, de la que no habían pasado: un chiquillo como de cinco años, estaba junto á una mesa mirando alternativamente á un cajón entreabierto y á sus padres: en un momento en que estos estaban abstraídos mirando á Yaye y á su hija, el muchacho abrió silenciosamente el cajón, y sacó de él una moneda: Yaye se levantó rápidamente, asió la mano del niño, y sacando de ella un dorado doblón de á ocho, le mostró al marido.

—Vuestro hijo os roba, amigo mío, le dijo, y debéis castigarle: hoy os roba á vos; mañana robará á otro.

Y abrió más el cajón para echar en él la moneda. Dentro había como hasta una docena de doblones.

—Buenos ahorros tenéis, dijo el duque señalando con un dedo inflexible aquel oro.

El marido se puso sumamente pálido y balbuceó algunas palabras; la mujer, aunque un tanto alterada, contestó sobre la palabra de Yaye:

—¡Ah, señor! los pobres no podemos ahorrar tanto dinero; lo debemos á la caridad de la señora.

—Has hecho bien, hija mia, dijo Yaye: debemos premiar cumplidamente á los que de tal modo nos sirven, y yo me encargo de acabar de recompensar á estas buenas gentes: tomad, añadió dándoles una bolsa de seda llena de oro; que os quede un buen recuerdo de que ha pasado una noche en vuestra casa la duquesa de la Jarrilla.

Y asiendo de la mano á su hija salió con ella.

La pobre jóven leyó en los ojos de su padre cuanto aquel guardaba en su alma; pero ni se inmutó ni tembló, aunque había visto algo horrible.

Esto consistía en que por uno de esos impulsos incomprensibles de la mujer, había aceptado su destino al entrar con don Juan en aquella casa.

Entre tanto la mujer que había permanecido en la puerta de la calle hasta que doña Esperanza entró en la litera y Yaye se alejó con ella y su servidumbre, dijo volviéndose á su marido,

—¡Pedro, tenemos oro; pero es necesario que nos vayamos á gozarle muy lejos! Ese duque me parece un hombre terrible y.... todo lo he adivinado.... estoy segura de ello.

—Tú tienes la culpa, Francisca, contestó el marido con acento profundo; yo no quería... pero tú te empeñaste... tú tienes la culpa... ese oro maldito caerá sobre nuestra cabeza y sobre la de nuestro hijo.

Apenas había entrado Yaye en su casa y dejado á doña Esperanza en su aposento; cuando su ayuda de cámara le entregó una carta cuidadosamente cerrada.

Aquella carta contenía estas solas palabras:

«Señor: el príncipe ha pasado la noche fuera del alcázar; como siempre le ha acompañado el comediante Cisneros. Merced á los buenos servicios del mayordomo del príncipe Garcí-Alvarez Osorio, el rey no sabe nada. Pero yo vigilo y lo sé todo. Señor: vuestro humilde esclavo, Alithar.

—¡El príncipe de Asturias ha pasado la noche fuera del alcázar! exclamó con un acento incomprensible Yaye, y se quedó profundamente pensativo, con los ojos fijos en aquella carta, apoyados los codos en la mesa y el rostro en sus puños crispados.

Gran rato después de haber permanecido en esta posición agitó una campanilla de plata, y dijo á un camareiro que se presentó á la puerta.

—Que vayan al momento casa del comediante Cisneros, y que le digan que sin pérdida de tiempo deseo verle.

CAPÍTULO IV.

LA FUERZA DE LA MUJER.

Yaye no permaneció mucho tiempo solo.

Abrióse silenciosamente una puerta de servicio y sin ruido, apagado el de sus pasos por lo muelle de la alfombra, adelantó, completamente vestida de negro, doña Esperanza, que no se detuvo hasta sentarse en un sillón junto á su padre.

Este no la había visto, abstraído en lo profundo de sus pensamientos, ni reparó en ella hasta que la duquesita, después de haberle mirado in-

tensamente durante algunos segundos, le dijo:

—Padre: la fatalidad nos persigue.

Volvió el duque la cabeza, miró fijamente á su hija con una mirada extremadamente lúcida y la dijo con acento opaco:

—¡Te has vestido de luto, Amina! ¡has hecho bien!

—Vengo preparada á todo, padre, contestó Amina, á quien seguiremos dando este nombre.

—¿Con que es verdad?

—Yo no sé mentir.

—¿Y quién ha sido? exclamó con voz temblorosa Yaye, y se detuvo.

—Escúchame padre y mata después á tu hija: pero sabe antes que si ha olvidado un momento lo que te debía, lo que á sí misma se debía, la ha arrastrado la fatalidad.

—¡Estaba escrito! exclamó con doloroso sarcasmo Yaye.

—Lo que Dios quiera que se cumpla se cumplirá, padre. ¿Qué somos sobre la tierra? una hoja seca que arrastra delante de sí el viento del destino.

Yaye se estremeció.

—Permíteme, padre, que te relate una leyenda que hace muchos años nos contó, en una hermosa noche de verano, la esclava que el rey de Argel había destinado para que nos entretuviese á sus hijas y á mí, con hermosos cuentos.

Yaye miró con asombro á su hija.

La jóven continuó sosteniendo con su diáfana mirada, la mirada sombría de su padre.

—Hé aquí la leyenda que nos refirió la esclava, dijo al fin:

«Hay en el centro de la Arabia un jardín maravilloso, en que todo es eterno, jóven é inmarchito. Este jardín, creado por Dios para recreo de sus escogidos, es el jardín de Hiram. Muchos le han visto en diferentes

épocas; pero nadie sabe en qué lugar del desierto está situado. Algunas mañanas, antes de que aparezca el sol en el horizonte, las caravanas que atraviesan los ardientes arenales, suelen ver á lo lejos, tras una diáfana niebla de color de rosa, una ciudad, cuyos minaretes de oro brillan de una manera deslumbrante; aquella ciudad está rodeada de bosques verdes como la esmeralda, cuyo suave murmullo al agitarlos el viento, se escucha á lo lejos ténue y perdido; pero melodioso como la música más regalada. Los primeros de nuestros abuelos que vieron aquel prodigio, creyeron que el jardín fuese alguna ciudad desconocida, habitada por gentes ricas y poderosas, y dirigieron á ella sus pasos; pero siempre que esto hacían, la ciudad caminaba delante de ellos como una nube, y siempre desaparecía, cuando los primeros rayos del ardiente sol reverberaban en los arenales. Después se supo que el jardín solo se dejaba ver, para patentizar á los hombres las delicias del paraíso, donde después de su muerte deben vivir los justos en un día sin fin, y desde que esto se supo, cuando el jardín de Hiram aparecía alguna vez á los errantes árabes, no pretendían llegar á él, sino que se prosternaban y adoraban la grandeza de Dios, después de lo cual, seguían su ruta sin dejar de mirar la hermosura de aquella obra del Altísimo, hasta que con los primeros rayos del sol desaparecía.—Cuando Dios quería que un justo, antes de acabar su peregrinación sobre la tierra, gozase las delicias del paraíso, le inspiraba el deseo ó la necesidad de ir á una ciudad distante, cuyo camino fuese por el desierto. Cuando el varón á quien Dios había escogido para que viese el jardín de Hiram, cansado, abrasados los pies y sediento, se apresuraba por llegar á un cercano oasis, apenas entraba en él, Dios le

inspiraba un sueño profundo, del cual despertaba instantáneamente al eco de una música superior en armonía á cuantas pueden oír los hombres. El justo se encontraba en un jardín deleitoso: su suelo, cubierto de un finísimo césped, salpicado de florecillas de vivísimos colores, era superior en belleza á la más preciada alfombra de la India: aquellas florecillas, de suavísima fragancia, formaban con sus matices peregrinas labores, y aquí, y allá, y en todas partes, se veían escritos con flores el nombre de Dios y sus alabanzas, y los eternos versos del libro de la santa ley: el cielo era diáfano y transparente y en medio de él, inundándole de resplandores que no ofendían á la vista, brillaba un sol, cien veces más grande, puro y resplandeciente, que el sol del desierto: las hojas de los árboles, y de los arbustos, y de las flores, eran de esmeraldas, de topacios, de rubies, de carbunclos y de cuantas preciosidades Dios en su grandeza crió: los arroyos y los lagos parecían de líquidos diamantes, y entre la sombra y la fragante frescura de los bosquecillos, había magníficos alcázares, de los cuales había sido el único artífice la palabra de Dios. ¿Cómo se podría contar la belleza de lo que solo podía ver con los ojos de su alma un justo? ¿ni cómo compararla con el lodo y la escoria de la tierra? El que entraba allí solo salía para contar á los hombres tanta maravilla y morir, para ser trasladado, en premio de sus virtudes al paraíso, imponderablemente más bello que el jardín de Hiram.—Pero la maravilla de las maravillas del jardín, no lo eran ni sus prados aromáticos y blandos á la planta, como un mullido lecho; ni sus espesuras fragantes; ni su cielo, ni su sol, que brillaba inmóvil en un eterno día; ni sus alcázares ni sus flores, sino la hada de juventud inmarchita y siem-

pre pura, puesta por Dios en aquel eden como su flor más preciada. Muy pocos habían logrado ver su hermosura, y estos habían desfallecido ante ella. Era más blanca que los primeros albores de la mañana; sus cabellos, negros como el manto de la noche, la cubrían casi enteramente de suavísimos y perfumados rizos; sus ojos resplandecían á través de sus negríssimas pupilas; su semblante daba á quien le veía la paz de los cielos, y su resplandeciente túnica dejaba ver bajo su tela sutilísima, la belleza más perfecta que había creado la voluntad de Dios. El alma de quien la miraba se anegaba de delicias sin fin; el perfume de su aliento dilatava la vida y la hacía más fácil. El hombre más impuro se hubiera tornado casto como un arcángel del sétimo cielo por sola una mirada de sus ojos y santo por un solo beso de su boca.—La hada vivía feliz y venturosa con su eternidad sin deseos, en aquel eden de delicias: para ella no existía el tiempo; flotaba alegre en los aires sobre nubecillas de color de rosa, y sus cantos de alabanza á Dios, solían ir á confortar al cansado peregrino del desierto, próximo á sucumbir á la fatiga. Otras veces flotaba sobre las aguas de los lagos tan diáfana y tan fresca como ellos, y se anegaba en su fondo, y luego se elevaba como un vapor y discurría por los bosques y por las praderas, corriendo tras las mariposas.—Pero un día, el eterno enemigo del cielo y de los hombres, Satanás, el envidioso y el soberbio, sintió envidia por la felicidad de la hada, y se propuso hacerla tan infeliz como las mujeres de la tierra.—Dios quiso en sus misteriosos juicios, que el espíritu maldito pudiese llegar hasta la hada, encubierto bajo una hermosa apariencia. Satanás había sabido ocultar su sonrisa impura, apagar el fuego terrible de su mirada, y embelle-

cerse con una hermosura tal como la que había perdido, ó más bien lo consintió Dios.—La inocente salió á su encuentro y le sonrió: entonces Satanás la estrechó en sus brazos, la besó en la frente, y desapareció.—La hada arrojó un grito agudísimo de dolor, y desde entonces ni flotó en los aires, ni en la superficie de los lagos, ni corrió tras las mariposas: en su frente habían quedado impresos, como una marca negra los hermosísimos labios de Satanás, y su corazón ardía en deseos impuros: continuamente recordaba aquel hermosísimo mancebo, y un amor impuro la devoraba, y le buscaba anhelante por todas partes, le llamaba, gemía por él, y en su delirio se había olvidado de invocar el nombre de Dios, que la hubiera vuelto por esto solo á su pureza y á su eternidad.—El jardín de Hiram había desaparecido para ella; la hada estaba desterrada y sujeta á las miserias de la vida mortal.—Su planta se fatigaba y se veía reducida á calmar la sed en las bramadoras aguas de los torrentes, su hambre con los silvestres frutos que con gran pena y trabajo obtenía de los copudos y ásperos árboles, y el aguacero, y el trueno y los relámpagos de la tormenta, la obligaban á buscar asilo en las horrosas grietas de las rocas. Ya las mariposas y las aves no venían, como antes, con delicia, á revolar en torno de su cabeza y á ponerse en sus manos; huían de ella, y durante la noche, la aterraban los rugidos del león y del tigre, y los bramidos de las bestias hambrientas.—Un día, en fin, Dios permitió que un rayo de su divina luz inundase el espíritu de la hada, y este le reconoció y le invocó.—El Altísimo tuvo compasión de ella; pero quiso que antes de que volviese á ser lo que desde el principio había sido, quedasen su hermosura y su impureza sobre la tierra; pero variando

de forma para perpetuar con un ejemplo lo que la hada hubiera sido, si Dios no la hubiese perdonado.—La bondad de Dios había vuelto la paz y la inocencia á la hada; pero aun no había vuelto á su perdido jardín de Hiram. Sufría aún la penalidades de la vida, y estaba triste y pensativa sentada sobre las breñas al borde de un precipicio, por cuyo fondo se despeñaba un espumoso torrente.—De improviso una mariposa de alas diáfanas y matizadas, vino á revolar á su alrededor; vióla la hada, y como en otros días, quiso acariciar al hermoso insecto, tenerle entre sus manos, sin lastimarlo, como otras veces; pero la mariposa huyó y fué á posarse en un espino; la hada se levantó, se acercó recatadamente, tendió la mano, y cuando esperaba tener asida á la mariposa, se sintió punzada dolorosamente por las agudas púas. La mariposa había desaparecido, y una sola gota de sangre de la hada había caído sobre el espino. Luego, el cuerpo de la hada se fué haciendo diáfano, más diáfano, hasta que se deshizo en el aire, como una niebla que se desvanece.—El jardín de Hiram se había abierto de nuevo para ella, y en el espino, en el mismo lugar donde había caído la gota de sangre de la hada, había aparecido una rosa purpúrea, cuya fragancia embalsamaba el ambiente. ¡Cuán hermosa era aquella flor! ¡Cuán pura! pero llegó un viandante, la vió, la codició, arrancó despiadadamente del tronco el gentil tallo en que se balanceaba, y aspiró ansioso su fragancia y la besó. La pobre flor perdió su fragancia, su color y su frescura, y el viajero, no encontrándola ya hermosa, la arrojó marchita al torrente, que primero la enlodó y la despedazó después. ¡Pobre flor! cada primavera brota del tronco un púdico capullo, y siempre llega un viajero y le corta de su ta-

llo, antes de que haya abierto enteramente su corola, goza un momento su naciente perfume, y como el viajero anterior, cuando le ve marchito, le arroja al torrente. ¡Ay y cuan pocas rosas se salvan del abandono y del olvido! ¡ay cuan pocas dejan de enlodarse en la corriente bramadora!»

Detúvose un momento Amina, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas, y luego añadió con acento melancólico y triste:

—Cuando la esclava llegaba á este punto de su leyenda, añadía siempre: «la rosa es la mujer, hijas mías; el espino la representación de sus dolores; el despiadado viandante, los deseos impuros del hombre; el torrente de cieno, el mundo. Pero la mujer, como la hada, tiene un Dios que la protege, y la virtud y la pureza son para ella el eterno jardín de Hiram.»

Detúvose la jóven, pesó en su padre tras un velo de lágrimas una mirada desesperada y guardó silencio.

Yaye había comprendido perfectamente la amargura que contenía, especialmente en aquellas circunstancias, la fábula oriental que había oído su hija de boca de la esclava destinada á entretener con hermosos cuentos á las hijas del dey de Argel. Pero le interesaba sobre manera conocer la aplicación que hacía Amina de aquel cuento, y dijo fría y severamente:

—¿Y á qué propósito me has relatado esa leyenda?

—Para que juzgues, padre, de la influencia que ese cuento y otros semejantes, han podido tener en el porvenir de tu hija.

Yaye inclinó la cabeza y quedó en la actitud del que escucha, y no quiere perder ni una sílaba.

—Desde el momento en que la esclava nos relató el cuento que acabas de oír, padre, mis compañeras de infancia, casi mis hermanas, las hijas del dey, no me llamaron como antes

Amina, como me llamas tú, cuando nadie nos escucha. Me llamaron Sarah!-Hiram: ¡Flor de Hiram! esto ya era fatal: era como decirme: tú eres esa rosa puesta por la fatalidad al lado de la vía pública, al borde del torrente. Tú eres esa naciente flor expuesta á las codiciosas miradas del viandante. Un día, tú, pobre flor, marchita y deshojada, serás arrojada al torrente.

Yaye se estremeció: veía en aquellas palabras una acusación de su hija: se anonadó, inclinó aun más la cabeza, y oprimiéndose el pecho con la mano, como si hubiera querido impedir que su corazón saltase, murmuró de una manera opaca é ininteligible:

—¡Oh, padre! ¡padre! ¡y cuán terrible herencia me has dejado!

Amina continuó, con la vista siempre dilatada en Yaye:

—Prescindiendo de la fatalidad que parecía determinar, el que sin motivo justificado me llamasen las hijas del dey, Flor de Hiram, ¿no crees, padre, que es un modo singular de apartar á las mujeres de la impureza, el presentarlas los ejemplos de la virtud envueltos con las incitantes descripciones del placer? Los cuentos de la esclava eran muy morales en el fondo, pero en su lenguaje... ¡Oh! siempre el vicio hermoso, halagando á la mujer, enloqueciéndola, extraviándola: siempre el deleite ardiente, las formas desnudas, el corazón que late enamorado, los ojos que desfallecen de placer. ¿Qué vale presentar después las horrosas consecuencias del vicio y de la impureza, si se ha dado el veneno en copa de oro; si se ha hecho aspirar á la vírgen llena de vida y de esperanzas, cuanto bello y tentador rodea y acecha la vida en la mujer? ¿Qué vale que se os diga: apartaos de ese camino, si se os ha presentado ese camino lleno de encantos, y solo al fin, se os presenta

un precipicio del que apartáis con repugnancia los ojos, que solo quieren mirar lo bello, lo ardiente, lo deslumbrador? ¿Cómo querer formar á la esposa honesta, si se mancha la castidad de la virgen, desgarrando sin piedad, á ciegas, girón á girón, su velo de pureza?

—¡Aminal exclamó Yaye, no pudiendo sufrir ya más el peso de las justas, aunque indirectas reconvencciones de su hija.

—Los musulmanes, educan sus mujeres para el placer, continuó la inflexible jóven: tienen un harem donde las encierran: horribles esclavos que las guardan: una virgen, que no hubiese perdido la virginidad del alma, que no conociese profundamente la ciencia del bien y del mal, sería para ellos ni más ni menos que una hermosa estatua inanimada: es necesario que la esposa ó la esclava, compongan ó canten, hermosos y ardientes romances de deleite; que dancen como una bayadera; que hayan perdido enteramente el pudor. Se las educa para el placer.... y ¡horrible sarcasmo! se las pide luego virtud, y si desprovistas de su pureza, invencible arma de la mujer, enloquecidas por el deseo, marchando por una senda tapizada de flores, caen en un precipicio que no han visto, hasta que han tocado su fondo. ¡oh! entonces no hay castigo bastante para la esposa adúltera ó la virgen perdida: el hoyo de arena, ó el saco de cuero y las ondas del mar.

La voz de Amina era solemne y parecía doblregar como un horrible peso material la cabeza de su padre.

Amina continuó:

—Criada bajo el ardiente sol del Africa, á los doce años, tú lo sabes, padre, era ya una mujer formada: cuando por el Rhamadan (la cuarema), ibas á visitarme durante algunos días á la Casba del dey, me sen-

tabas sobre tus rodillas y me llamabas tu pequeña mujercita.

Yaye lanzó un rugido sordo, porque el recuerdo que evocaba su hija le desgarraba el alma; irguió la cabeza y mirando frente á frente á Amina, la dijo:

Muchas veces, y en más de un recio combate, una lanza enemiga ha desgarrado mi pecho; jamás esa lanza me ha causado tanto dolor como cada una de tus palabras: pero continúa, continúa, porque quiero que llegues al fin; quiero saber cuanto se encierra en el corazón y en la cabeza de mi hija.

—Padre, comprendeme y no creas un reproche ni una acusación mis palabras; pero tu hija necesita justificarse, porque... perdóname si te desgarró el corazón, padre: tu hija está deshonrada.

Yaye no hizo un solo movimiento, no pronunció una sola palabra; pero un estremecimiento poderoso, un temblor semejante al de una montaña agitada por un volcán, estremeció su cuerpo de los pies á la cabeza.

—A los doce años, pues, era ya una mujer en toda la extensión de la palabra, y se había procurado enseñarme tanto, que mi espíritu estaba enteramente formado. En los pocos días que cada año pasabas á mi lado, procurabas informarte por tí mismo, si se me había dado la enseñanza que tú habías querido se me diese. Recuerdo que cuando me hablabas en castellano, al ver la pureza con que yo te contestaba, decías:

—Es maravilloso: un español te creería andaluza; hija de ese país bendito, donde todo es hermoso; el cielo, la tierra y la mujer.

—Yo no sabía entonces nuestra historia y me maravillaba de que se me hubiera hecho aprender un habla que nadie usaba en torno mio, sino los cautivos españoles, los pobres vie-

jos, con los cuales, durante algunos años, se me hacía hablar muchas horas seguidas al día. No comprendía tampoco para qué se me había instruido en la religión cristiana, cuando se me repetía que aquella religión era una impostura, que no había más Dios que Dios el Altísimo y Único, y su profeta Mahomet. ¡Oh! esto era también fatal: la una religión me prescribía la caridad, la humildad, la pureza: me decía que una mujer, una santa virgen, era la madre del Redentor del mundo; me daba una parte en el paraíso como al hombre, me hacía su igual, su compañera por el matrimonio; me daba derecho al amor exclusivo de un esposo, amor al que debía ser fiel, vínculo que no consiente una tercera persona, dulce alianza que constituía en uno á dos seres durante la vida: el islamismo me decía: la mujer es una esclava, una cosa que ningún derecho tiene: la mujer debe ser solo de su esposo ó de su señor; pero no debe tener celos si su esposo y su señor son de otra ó de otras muchas: tu corazón no debe latir, tu cabeza no debe pensar; eres para tu esposo ó para tu señor menos que su arco, su lanza ó su caballo.

Entre tan opuestas doctrinas, mi razón flutuaba; no creía en ninguna de ellas; pero me decidí por la que me daba más derechos: esto era natural: sabía que existe una religión bajo la cual era igual al hombre, en la cual tendría familia, esposo, hijos, hijos míos que nadie me arrebataría, y me decidí por el cristianismo. Después... perdóname, padre, porque sé que aborreces á los cristianos: perdóname... pero ¿quieres saber lo que guardan mi corazón y mi cabeza, y quieres saber lo de un día solemne, en un día en que la Iglesia conmemora la pasión de Jesucristo; en un día en que he elegido esposo..... Yo soy cristiana, cristiana con todo mi corazón, porque

Dios ha hablado á mi entendimiento é iluminándole con un rayo de su divina luz, ha salvado mi alma.

Otro estremecimiento conmovió á Yaye, que como si se hubiese resignado á todo, continuó callando.

—Pero la fé, por poderosa que sea no ha podido arrancar de mí la influencia de la educación que se me había dado: yo no conocía el placer, pero conocía el amor: le conocía porque me lo habían dado á conocer de una manera tentadora, en una y otra leyenda, en uno y otro romance. Tú mismo has dicho muchas veces después de haberme oído cantar, después de haberme visto ejecutar una de esas lúbricas danzas musulmanas:

—¡Oh! ¡hermosa, hermosa como el amor! ¡irresistible! ¡tú serás la tentación que ayudará á mi espada!

Yo no comprendía entonces estas palabras; después cuando conocí nuestro pasado y nuestro destino, comprendí que todo lo sacrificabas por tu patria: ¡hasta el corazón y la honra de tu hija!

—¡Oh, padre! ¡padre! murmuró de nuevo Yaye.

—Sí; acaso sea verdad que soy irresistible. Un príncipe real, exclamó con amargura Amina, un pobre loco, arde por mí en deseos impuros, y por mí es capaz de atentar á los días de su padre. Ese mismo padre, el taciturno y grave Felipe II, no ha podido ser siempre tan prudente, que yo no haya visto en él alguna vez una chispa de deseo en una mirada; los grandes más grandes de la corte, se arrastran á mis piés, olvidada la soberbia que les inspiran sus blasones y sus riquezas. Llámese por excelencia, y con gran envidia de las damas de la corte, la hermosa duquesita, y acaso, acaso, soy irresistible. Pero el adquirir ese poder tentador me ha costado la paz de mi alma. Tú no sabes, padre, de qué modo han lle-

nado mi pensamiento despierta, y mi sueños dormida, todas esas ardientes imágenes de los cuentos de hadas y de amores; tú no sabes, padre, de qué manera lenta, pero segura, se ha ido formando en mi alma, un amor intenso, ardiente, roedor, que me hace necesario un ser á quien unir mi alma, á quien enamorar con todo el amor que mi alma encierra; á quien enloquecer con mi hermosura desnuda, incitante, palpitante, con toda la tentadora fuerza de mis ojos; tú no sabes de qué manera se ha ido formando dentro de mí un ser imposible, por lo hermoso; por lo grande, por lo enamorado; un conjunto de perfecciones; un amante divino, á quien yo veo solo con cerrar los ojos: tú no sabes cuanto le acaricia mi alma, cuanto le ama, cuanto desea verle ante sí, como una realidad que se toca, no como un sueño que huye. Tú no sabes cuán hermoso es el satanás que ha besado mi frente, dejando impresos en ella sus hermosos labios, empalideciendo mi semblante, y arrojándome del perdido jardín de Hiram de mi pureza. Tú no sabes cuán desesperado, cuán ansioso, cuán muerto á la esperanza está el corazón de tu Esperanza.

Este terrible juego de palabras, hizo levantar la cabeza á Yaye y fijar una mirada infinitamente ansiosa en su hija.

En efecto, el semblante de Amina, revelaba una desesperación tan profunda, que Yaye se sintió completamente aniquilado.

—¡Pero ese hombre...! ¿ese hombre! ¿ese esposo á quien has elegido! exclamó el duque con un acento supremo por lo desesperado: ¿quó le amas?

—No lo sé aún.

—¿Has sido suya en un momento de delirio?

—Sí.

—¡Oh! exclamó Yaye.

Y aquella exclamación era al mismo tiempo una blasfemia y un rugido de amenaza.

—Desde que fui presentada en la corte, poco después, continuó Amina, oí hablar de un hombre con quien los ociosos habian tenido á bien casarme de una manera singular: supe que, por un capricho, habian dejado de llamarme la hermosa duquesita para llamarme la mujer del marquesito.

—Pero ¿quién era este marquesito?

Un jóven de mi misma edad ó poco más, de quien se decian maravillas; las damas hablaban de él con deseo, y los hombres con envidia; sin saber cómo, dí en pensar en el marquesito, y al fin, atribuyéndole todas las prendas que yo soñaba en el hombre de mi amor, amé sin conocerle al marqués, pero con delirio, como únicamente puedo amar yo.

Guardaba, sin embargo, mi secreto, le devoraba, esperaba una ocasión de verle en la corte; pero el marquesito jamás concurría á ella. Al fin, ayer, cuando incendiado el tabernáculo del templo, huía despavorida, sentí que unos brazos me levantaban del suelo, que un hombre me llevaba consigo hasta un lugar solitario donde me dejó en tierra. Brillaba la luna. Ante mí habia un jóven, la cabeza descubierta, y tan hermoso como no habia visto ninguno. Sentí que mi corazón se rompía, que me arrastraba hácia aquel hombre, y cuando un accidente de la conversacion brevísima que se cruzó entre nosotros, supe que aquel hombre...

—Era él... observó roncamente Yaye.

—Sí, el *marquesito*: ardiente, enamorado, audaz: quise defenderme en vano: mi razón habia sido dominada por mi eterno sueño, por ese sueño fatal de amores: lo olvidé todo: para mí no existia nadie en el mundo más

que él: me dejé conducir á donde quiso, y caí en el abismo que se me había preparado, envenenando mi alma. Detúvose Amina, y Yaye no tuvo valor para pronunciar una sola palabra.

—Ahora que ya lo sabes todo, padre, dijo Amina, levantándose y arrojándose á sus pies, mátame; mátame, porque te he deshonrado; mátame, porque yo no puedo vivir; porque he probado el amor, y no es el amor que yo había soñado: porque al perder mi pureza he conocido que era pura; porque no puedo volver á mi hermoso sueño que era mi edem, porque... porque si tú no me matas, me matarán el dolor... y la vergüenza.

Y Amina de rodillas con las manos juntas y los ojos levantados al cielo é inundados de lágrimas, era el más bello trasunto del angel de la desolación.

—¡El nombre! ¡el nombre de ese hombre! exclamó Yaye levantándose con impetu.

—¡Ese hombre se llama el marqués de la Guardia! respondió Amina

Al oír esta revelación el duque, cayó de nuevo desplomado sobre el sillón.

—¡El marqués de la Guardia! ¡El marqués de la Guardia! ¡Fatalidad! ¡Horrible fatalidad!

Luego, como saliendo de un horrible sueño, exclamó:

—Yo no puedo matar á ese hombre: tú no puedes ser su esposa.

—¿Y quién te pide su muerte? exclamó palideciendo Amina.

—¡Le amas!

—¡Oh! ¡no lo sé! ¡no lo sé! ¡aun no le conozco bien! ¡pero si él me amase,

si él me amase como yo le amaría!...

y luego... ¿Tiene la culpa de haber encontrado en su camino una virtud tan frágil que se ha roto al primer choque!... ¡matarle! ¿y por qué? ¡yo soy la que debo morir!

—Si yo no fuese lo que soy, serías su esposa, Amina: si se negaba á ser tu esposo, sería asunto de hacerle pagar con la vida la felicidad de haber-te poseído, y de encerrarte donde nadie pudiera ver tu deshonra. Pero ese casamiento es de todo punto imposible por varias razones. Sobre todas está la de que tú debes ser esposa del príncipe don Carlos.

—¡El príncipe don Carlos! exclamó con terror Amina; con un terror que no había demostrado, durante su audaz revelación á su padre, ni cuando le pedía que la matase.

—Sí, dijo Yaye: la fatalidad quiere que tú seas reina.

—Pero, padre mío: ¿olvidas que para ello es necesario hacer del príncipe un parricida? ¿á tal malvado queréis unirme?

—Mira, Amina: allí, y el duque extendió su brazo rígido y fatal hácia el Oriente: allí hay un pueblo entero esclavo, despedazado por el vencedor: allí se ahorca, se azota, se arranca de entre los brazos de su familia, á ancianos cubiertos de canas, á hombres en la fuerza de su vigor: allí los hijos no tienen madre, ni las madres hijos: allí se destila gota á gota por la mano del verdugo la sangre de tu pueblo: al otro lado de los mares, tras la inmensidad del océano, un pueblo que también es tuyo, sufre la misma suerte horrible, imposible. La sangre de esos dos pueblos te alienta: la corona de esos dos pueblos, ceñirá un día tu cabeza: el opresor de esos dos pueblos, el tirano que se alimenta con sangre humana, es demasiado poderoso para que pueda vencerse por la fuerza: Satanás le ayuda: es necesario acercarse á él como la serpiente, acechar su sueño, y morderle antes de que se despierte, en el corazón: tú y yo nos sacrificaremos por esos dos pueblos oprimidos; para salvarlos romperemos nuestro corazón, y cubriremos

mos, si es preciso, de vergüenza nuestra frente. ¿qué importan los medios con tal de que nos lleven al fin apetecido?

—¡Pero si aun así no logramos salvar á esos desgraciados! ¡si nos perdemos inútilmente!

—Habremos luchado con todas nuestras fuerzas.

—¡Esposa del príncipe don Carlos!.. murmuró mortalmente pálida Amina.

—Ni una palabra más: la conversación que hemos sostenido, es demasiado dolorosa para que queramos prolongarla. ¡Dios lo ha querido, y es necesario resignarse á su voluntad! vete: déjame solo; quítate esas lúgubres ropas, y que nadie vea en tu frente ni la más leve nube de tristeza; preséntala altiva y serena al mundo, como yo le presento la mía... y, sin embargo, guarda en mi corazón un infierno. Guárdalo tú también y sobre todo.. olvida.. al marqués.

Y después de esto, llegó á su hija, la besó en la frente, la asió de una mano, y la condujo hasta una de las puertas de la cámara.

Amina desapareció tras el tapiz.

Yayé permaneció algún tiempo inmóvil, como una estatua, con la mirada fija, abstraída; luego se pasó la mano por la frente como si hubiera querido arrancar de ella una pesadilla, y su impenetrable semblante, adoptó de nuevo una expresión glacial, fría, reflexiva que parecía ser su expresión característica; fué á la mesa, abrió un cajón con llave, sacó cuidadosamente unos papeles y se puso á hojearlos.

—¿No ha venido aun el señor Cisneros? dijo con acento breve.

—Ah, señor duque, dijo otra voz á la puerta opuesta de la antecámara; aquí me tenéis, y no muy á tiempo por cierto, porque creo que os impacientáis.

—Sí, me impaciente, Cisneros, di-

jo el duque dejando pasar á su cámara á este segundo personaje y cerrando tras él la puerta.

—Perdonad, dijo Cisneros, pero me he acostado anoche muy tarde, y aunque ya han dado las diez de la mañana, hoy es para mí muy temprano.

—Sentaos.

El duque señaló un sillón á Cisneros y se sentó en otro junto á una chimenea, cuyo fuego se puso á arreglar de la manera más natural.

Tenemos delante dos personajes, la fisonomía de uno de los cuales se había modificado, mientras la del otro nos es enteramente desconocida.

Yayé era por aquel tiempo un hombre jóven aun, de poco más de cuarenta años, y de mediana estatura; era aun, sin embargo, gallardo sobremodera, y de todos sus movimientos, de todas sus actitudes rebosaban nobleza y distinción; esa especie de distinción que solo poseen los que desde la cuna han vivido en la opulencia, mandando y siendo obedecidos. A más de su juventud y su gallardía, conservaba su poderosa hermosura, su tez blanca, densamente pálida, y tersa y límpida, tanto en su semblante como en sus manos, que revelaban por su forma que ningún rudo trabajo las había ocupado jamás: sus cabellos negríssimos, rígidamente cortados según la moda de la nobleza española, eran tan espesos que contrastaban de una manera decidida con la mate y diáfana blancura de su frente: sus cejas y su barba, convenientemente recortada, eran tan negras y tan tupidas como el cabello, y sus negros ojos habían adquirido un no sé qué de dominador, de fijo, de valiente, de incontrastable: aquellos ojos eran un abismo en cuyo fondo solo se leía nobleza y talento, y á veces, cuando nadie le veía, desesperación y remordimiento. Su boca, aunque sin hablar, mandaba, por su configuración particular,

y su nariz, un tanto aguileña, acababa de armonizar las líneas rígidas, bellas y magestuosas de su semblante.

Yaye debía imponer consideración, respeto ó miedo á la persona con quien hablase, con arreglo á la situación ó carácter de esta persona.

Lo que indudablemente inspiraba al comediante Cisneros, era miedo, lo que se comprendía por más que este quisiese disimularlo.

Pertenecía Cisneros á otro tipo enteramente distinto: era buen mozo, bien proporcionado, de buen talante; pero había en su belleza un decidido sabor picaresco, audacia baja en su mirada y mucho de rufianesco en sus maneras: todo esto encubierto y como velado por un baño de corte, y por su trage rico, término medio entre las ropas usadas por la nobleza y los hombres ricos de la clase media. Llevaba espada de gabilanes ancha y larga, un tanto más de lo que consentían las pragmáticas; limosnera y jubón bordados, pero con una profusión y una riqueza de mal gusto; un arete en la oreja izquierda y las manos cuajadas de cintillos: la hipocresía ó el fanatismo estaban representados en él, por un rosario de cuentas gordas y relucientes, sujeto en su cinto al lado de la espada, y por lo demás, unas calzas de grana, unas botas rizadas de gamuza, sin espuelas, y una capa larga, de paño fino de Segovia, completaban su trage.

Desde el momento en que Cisneros se encontró sentado frente á frente con Yaye, fijó en él una mirada ambigua, que tanto tenía de audaz como de recelosa. Yaye parecía no reparar absolutamente en Cisneros y seguía arreglando sus tizones.

—Hace un buen frio, dijo.

—El invierno se alarga más de lo justo, contestó Cisneros.

—Y no deben ser las noches muy

á propósito para pasarlas al sereno corriendo aventuras.

—¡Ah, señor duque! estas noches son mucho más á propósito para pasadas al lado de una chimenea entre dos cosas que se parecen mucho en la figura y en los efectos.

—¿Y cuales son esas dos cosas que se parecen tanto?

—Una botella y una mujer.

—¡Ah! ¿y habéis pasado de tal suerte la noche el príncipe y vos?

—¿El príncipe y yó?

—¡Qué! ¿no le habeis acompañado?

—No señor; pero me ha tenido de ronda toda la noche observando á otras rondas que han andado de acá para allá, buscando como sabuesos, y sin poder dar con lo que buscaban.

—¿Y qué buscaba el príncipe?

—Buscaba á vuestra hija, contestó con una audacia infinita Cisneros.

—Solo se busca lo que se ha perdido, contestó friamente el duque, y mi hija no ha estado perdida ni un solo momento.

—Sin embargo no volvió con la corte al alcázar, y se dice ó se decía anoche de público, que había desaparecido entre el desórden causado en el Buen Suceso, por el incendio del monumento.

—Es cierto; pero mi hija aterrada, apenas se vió por un milagro en la calle, tomó el camino del monasterio de las Vallecas, que como sabéis, está cerca del Buen Suceso, en la calle de Alcalá, donde recientemente ha profesado una parienta por parte de mi esposa. Doña Esperanza ha pasado la noche en el convento. Avisáronme algo tarde de ello, y cuando me había puesto en su busca, razón por la cual, no he podido saber su paradero hasta que al amanecer he vuelto á mi casa.

—Pues si vos no me hubiérais afirmado en mi creencia de que el convento de las Vallecas está en la calle de Alcalá, dijo Cisneros doblando su

audacia, al saber de vuestra boca que mi señora doña Esperanza ha pasado la noche en un convento, hubiera creído que el tal convento era un casuco en la plazuela de Perantón, que está, por cierto, más cerca que las Vallecas del Buen-Suceso.

—¿Quién os ha dado tales noticias? dijo Yaye posando una mirada profunda y amenazadora en Cisneros.

—Me lo han dicho mis ojos.

—¿Vuestros ojos?

—Sí, por cierto.

—¿De modo que vos visteis salir á mi hija de la iglesia?

—No por cierto, aunque en la iglesia estaba.

—¿Habr  habido en esto alguna infamia?

—No, no señor: el marqués de la Guardia guardará probablemente un profundo secreto acerca de esta aventura. No es doña Esperanza una dama cuyos secretos se tiran así por la ventana: es demasiado hermosa, vale mucho, para que no inspire un amor respetuoso y discreto.

—¿Es decir, repuso Yaye con la misma serenidad y el acento tan seguro como pudiera haberlo usado al tratarse de una dama enteramente extraña á él; es decir, que hay quien sabe que el marqués de la Guardia ha pasado la noche bajo el mismo techo que mi hija?

—Lo sé yo, y lo saben indudablemente los dueños de aquella casa; pero estos deben ignorar el nombre de vuestra hija, aunque conocen demasiado al marqués, á quien han prestado diferentes veces servicios semejantes al que le prestaron anoche.

—Seguid, maese Cisneros, seguid, dijo Yaye con su inalterable calma, á fin de que sepamos lo que debemos hacer: pero tened mucha cuenta con no engañarme.

Únicamente tras esta palabra bri-

lló una mirada amenazadora en los ojos de Yaye; mirada tal y tan poderosa que hizo temblar á Cisneros:

—Me interesa tanto serviros, dijo con un marcado servilismo el comediante, que me guardaré bien de engañaros. Si vos no me hubiéseis llamado, yo mismo hubiera venido á veros, porque sé muy bien que el asunto que nos ocupa es grave. Voy por lo mismo á contaros todo lo que sucedió, y veréis cómo ha podido la casualidad ponerme en la verdadera situación de este negocio.

Anoche estaba yo en el Buen-Suceso, cuando aconteció aquel endiablado incendio: naturalmente, y creyendo de más gravedad el acontecimiento, pensé en ponerme en salvo; pero al huir perdí mi gorra. Habéis de saber, señor duque, que la gorra que perdí era de mucho valor y que la tenía en gran estima por haberla bordado una dama amiga mía. Echéme, pues, apesar del peligro, á buscar la gorra, y á poco que tenté por el suelo, encontré esta que veis.

Y Cisneros mostró al duque una de terciopelo negro de Utrech, prendida al lado izquierdo con un joyel de diamantes.

—¿No sabéis de quién es esta gorra? continuó Cisneros.

El duque se encogió de hombros.

—Pues esta gorra es ni más ni menos que del marqués de la Guardia; la conozco demasiado porque este joyel de diamantes se ha perdido y se ha ganado hace algunas noches por cien veces seguidas á los dados y había quedado definitivamente en poder del marqués.

—Pero si el marqués es jugador, dijo con una expresión de repugnancia y de hastío Yaye, puede haber perdido este joyel, y haber pasado á manos de otro.

—No, no, señor; estos días el marqués está en ganancias, y aprecia mu-

cho esta joya porque era de su madre. Tanto la aprecia, que solo en uno de esos momentos en que un jugador es capaz de echar á un dado su honra, la echó sobre el tapete.

Alegréme, pues, de que habiendo perdido el marqués su joyel, hubiese venido á dar en mis manos, porque era lo mismo que si no le hubiese perdido, y me encaminé á cierta mancebía, seguro de encontrarle, porque el marqués estaba citado con un príncipe alemán, para darle el desquite de una gruesa suma que le había ganado la noche anterior.

A pesar de que el marqués es todo un caballero y nunca falta á empeños de juego, de amor ó de honra, dieron las ánimas, hora de la cita, y el marqués no pareció: dieron las nueve, tampoco: temióse, conociendo su puntualidad, que le hubiese sucedido alguna desgracia, y muchos de sus amigos fuimos á buscarle á los lugares que sabíamos que él podía concurrir.

En aquellos momentos otro de nuestros amigos nos trajo del alcázar la noticia de que se había perdido en el Buen-Suceso vuestra hija. Como otros dos concurrentes, pronunciasen á propósito ¡la mujer del marquesito! nombre que, como sabéis, se da también á vuestra hija...

—Fatalidad, murmuró Yaye.

—...estas dos frases me hicieron formar una idea atrevida; pero posible; yo había encontrado la gorra del marqués en la iglesia del Buen-Suceso. Doña Esperanza había desaparecido de la iglesia. ¿No podía ser muy bien que hubiese tropezado vuestra hija con el marqués, y que en un momento de desmayo, de terror, la hubiese arrastrado consigo? Había además en abono de mi pensamiento, el que solo por una dama tal como mi señora doña Esperanza, hubiera falta-

do el marqués á dar un desquite de juego.

Sin decir á nadie nada, y calculando á qué lugar más cercano á la iglesia del Buen-Suceso, podía haber conducido el marqués á una dama, me acordé de cierta casa de la plazuela de Perantón. En efecto fui á ella, llamé, me ví obligado á alborotar para que me abriesen, señal clara de que la casa estaba ocupada dignamente, y cuando pregunté por el marqués, me le negaron de tal manera, que no tuve duda de que estaba en la casa.

Como la noche estaba fría y húmeda, y era además Jueves Santo, me retiré á mi posada y estaba haciendo mi colación, cuando he aquí que recibo un recado de Garci Alvarez Osorio en que, de orden del príncipe me mandaba ir al alcázar por el campo del Moro.

Fuí y encontré al príncipe furioso por la pérdida de vuestra hija. Doña Esperanza ha acabado de volver loco á su alteza, señor duque, y haremos del príncipe lo que queramos.

—Continuad, continuad, dijo secamente Yaye.

—Ya conocéis el carácter voluntarioso é impaciente del príncipe: después de haber recorrido conmigo todos los lugares donde, de una manera insensata y villana, creía podían tenerse noticias de doña Esperanza, apeló á la justicia y á la Inquisición: pagó á peso de oro alguaciles y familiares, y puede decirse, señor duque, que no ha habido posada, ni casa pública, ni lugares de sospecha, que no hayan sido registrados. Esto ha producido la prisión de mucha gente menuda que se ha encontrado mal entretenida.

—¡Y en tales lugares buscaba el príncipe á mi hija!

—Los celos son villanos, señor duque. Pero á pesar de ellos, tan bien oculta y en tan buenas maos estaba

doña Esperanza, que ni alguaciles ni familiares pudieron dar con ella.

Poco antes del amanecer, transido de frío y trémulo de celos y de coraje, se volvió su alteza al alcázar, y viéndome libre, me propuse llegar hasta el fin de mis investigaciones, solo en servicio vuestro, señor duque. Me fui á la plazuela de Perantón, me hice abrir la puerta de una taberna, á pesar de que aun no había amanecido, y mediante un ducado, conseguí que me dejaran ponerme en acecho en una ventana baja, desde la cual se veía perfectamente la puerta de la casa, donde estaba seguro que se hallaba el marqués de la Guardia.

Poco antes del amanecer se abrió aquella puerta y salió un hombre embozado, en cuyo talante reconocí al marqués, á la dudosa luz del alba.

Amaneció, volvió á abrirse aquella puerta, salió la dueña de la casa y poco después volvió. La acompañabais vos, y tras vos venía una litera conducida por dos ganapanes. Entonces no tuve duda de que doña Esperanza era la dama que había pasado la noche en aquella casa.

Calló concluida su exposición Cisneros, y durante algunos segundos Yaye se puso á arreglar de nuevo los tizonos, en una posición en la cual Cisneros no podía ver su rostro.

Levantóle al fin el duque: estaba perfectamente tranquilo. Miró de una manera glacial á Cisneros y le dijo:

—El traje que vistes; el oro que gastas; las ganancias que te dan tus funciones en el corral de la Pacheca; el silencio de la justicia acerca de tus truhanerías y de tus delitos, todo me lo debes. Cisneros: sin mí estarías representando con una mala comparsa por los villorios de Castilla, y aunque tienes habilidad é ingenio para tu oficio, nunca llegarías á capa de raja.

—En cambio, señor duque, yo soy el demonio que habeis puesto al lado

del príncipe. Por mí, una desmedida ambición se ha apoderado de su alma, y anda en tratos con los Hugonotes de Francia y los herejes de los Países-Bajos. Me pagais bien: pero me pagais mi cabeza, señor duque; porque sirviéndoos soy traidor al rey, y ya sabeis lo que hace el rey con los traidores cuando los descubre.

—Bien, basta. Es necesario que nadie sepa donde ha estado mi hija esta noche. El marqués de la Guardia callará. En cuanto á los dueños de esa infame casa, callarán tambien. Si se divulga en la corte este secreto, tú solo habrás sido la causa, me habrás hecho traición, y en cuanto á los traidores soy yo un rey más terrible que don Felipe.

Levantóse tras esto Yaye, abrió el armario donde antes había dejado en un secreto unos papeles, y sacó un pesado saco que entregó á Cisneros.

—Mi hija ha pasado la noche en el convento de las Vallecas. ¿Lo entiendes?

—Si señor, dijo Cisneros levantándose y poniéndose el pesado talego bajo el brazo.

—Vete, dijo Yaye.

—Guárdeos Dios, señor, dijo el comediante inclinándose profundamente y salió.

Apenas había salido, se abrió una puerta, y se presentó un hombre membrudo, atlético, de fisonomía noble y simpática, un tanto pálido, de ojos negros y mirada prudente é inteligente.

Aquel hombre demostraba contar cuarenta y cinco años de edad, y llevaba preseas, armas y colete de soldado.

—Dios te guarde, Harum, le dijo el emir á quien seguiremos dando su verdadero nombre originario; te he mandado llamar para un grave empeño.

—Mandad á vuestro esclavo, magnífico señor.

—Hace más de veinte años que me sirves con una lealtad y un valor á toda prueba.

—Es mi obligación: además de eso me habeis recompensado magnificamente, señor; cuando empecé á servirlos era walf, y me hicisteis vuestro secretario; ahora soy vuestro wazir.

—Por lo mismo el servicio que voy á pedirte es más humilde, más degradante, que el oficio que tienes delante de todo el mundo, siendo alferez de los tercios viejos de Flandes.

—Y te traigo muy buenas nuevas, señor.

—Dejémoslas para más adelante. ¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora; quise veros al momento; pero me dijeron que estábais con la poderosa sultana Amina.

—Para guardar el honor de la sultana, es necesario que busques cuatro de nuestros monfies, los más astutos, los más feroces, los más callados, con los cuales cumplirás el decreto que voy á darte.

El emir escribió algunas líneas en caracteres árabes, y entregó después el papel donde las había escrito á Harum, que dijo después de leerle:

—Vuestras órdenes se cumplirán, poderoso señor.

—Cuenta con equivocaros: las señas son claras.

—Sí, sí, señor; plazuela de Perantón, rinconada: una claraboya redonda sobre la puerta, y una reja de madera á la izquierda.

—No sé cómo recompensarte el sacrificio que me haces encargándote de este servicio. Pero no me fiode nadie... de nadie... y á veces ni aun de mí mismo.

—Vos ordenais, señor, y lo que ordenais debe ser justo. Vos sois el señor, yo el vasallo: vos la cabeza, yo las manos. Ignoro el delito de esas gentes. Pero vos las condenais y basta.

—Sí, justicia, justicia severa... Vete Harum. Más tarde me hallarás dispuesto á escuchar las nuevas que me traes.

—Pero esas nuevas, señor...

—Por importantes que sean, necesito quedarme solo: arrojar la dolorosa máscara con que me he cubierto y que me sofoca. Yo te llamaré, Harum.

El leal monfi se inclinó prudentemente y salió.

Lo que pasó en la noche de aquel mismo día en la casa de la rinconada de la plazuela de Peranton, donde había pasado la noche anterior la hija del emir de los monfies con el marqués de la Guardia, fué horrible.

Después de las doce, los vecinos despertaron asustados por unos agudos gritos de mujer que pedía socorro: cuando los más ligeros salieron á las ventanas, los gritos habían cesado; pero vieron cinco hombres que saliendo de la casa, se alejaron y se perdieron en la obscuridad.

Poco después vino la justicia llamada por los vecinos y encontró la puerta de la casa violentada: los esposos que la noche antes habían acogido á la hermosa Amina y al marqués, estaban cosidos á puñaladas sobre un lago de sangre.

Un niño como de unos cinco años, jugaba arrastrándose por el suelo y manchándose de sangre, á la luz de una lámpara, con algunas monedas de oro: la justicia recogió los muertos, el niño y las monedas, se guardó éstas últimas, entregó el niño á una moza de vida alegre llamada la «Sastra» que le pidió para adoptarle, y envió los cadáveres al cementerio.

Nada más se supo acerca de este lúgubre asunto: ni por más que la justicia se ocupó dos días en averiguar quienes fuesen los asesinos, pudo dar con ellos.

CAPÍTULO IV.

DE COMO EL MARQUÉSITO DIÓ UNA PRUEBA DE QUE ESTABA PERDIDAMENTE ENAMORADO DE AMINA, PENSANDO EN CASARSE CON ELLA.

Cuando el marqués tuvo noticias de aquel doble asesinato, se le heló la sangre, á impulsos de un terror mortal. Aquel tremendo duque que de una manera tan sangrienta había sellado los labios de las dos personas que habían encubierto su deshonor (porque para el marqués era indudable que, á pesar de sus precauciones, el duque lo sabía todo), sería capaz de tomar, respecto á su hija, una resolución terrible.

Don Juan, al aterrarse por Amina, ni aun había pensado que él podía verse en peligro. Amina, solo Amina, era el cuidado que comprimía su alma: porque aquel terrible burlador que en tantos dolores mujeriles se había gozado, sentía al fin el amor; pero ese amor violento, exclusivo, que nos obliga á anteponer una mujer á todo otro amor, á todo otro interés, aun á nosotros mismos: ¿qué más podremos decir cuando digamos que don Juan había prometido solamente á Amina ser su esposo, y que al prometerlo había pensado cumplir rigidamente su promesa.

Cuando su tío le oyó decir que iba á pedir por esposa su hija al duque, palideció y sintió un terror mucho mayor que el que había sentido su sobrino al saber la muerte de los encubridores de sus amores con Amina: una vez casado el marquesito, estaba, según las leyes del reino, emancipado de su tutela: esto importaba muy poco á don César de Arévalo, pero importábasele muchísimo: primero verse

obligado á rendir cuentas de unos bienes que había explotado sin precaución alguna y después cesar en el manejo de aquellas rentas, que aunque casi agotadas, aun podían dar buenos rendimientos:

Don César acusó de loco á su sobrino: púsole ante los ojos desde el primero hasta el último de los inconvenientes del matrimonio: recordóle los muchos maridos que él mismo había modificado, y á propósito, la hipocresía, el talento y la astucia satánica de las mujeres para engañar á sus maridos, respectó á lo cual apelaba á la experiencia propia del marquesito: apuró toda la infame lógica de los libertinos; apeló á las armas del ridículo; al egoísmo, á todos los elementos enemigos del matrimonio. Su sobrino le dejó hablar, y cuando el tío, creyendo que había causado en el marquesito un magnífico efecto su perorata, hubo concluido, el joven pronunció con un aplome que daba á conocer lo irrevocable de su resolución:

—Me caso.

—Pues yo os digo que no os casareis.

—Me casaré.

—Yo no os daré mi consentimiento.

Me le dará el rey.

—El duque no os dará su hija.

—Se la robaré.

—No teneis poder para ello.

—Lo veremos.

Y tío y sobrino se separaron altamente disgustados el uno del otro.

Y es el caso que aquella frase de su tío: «el duque no os dará su hija» había impresionado sobremanera al joven, causándole una triple herida en su amor, en su vanidad, en su voluntad. Cabalmente las mismas palabras le había dicho Amina, cuando en un arrebató de pasión la había dicho el joven estrechándola en sus brazos:

—Te juro por lo más sagrado ser tu esposo.

—Mi padre no os dará mi mano, había respondido Amina suspirando.

—¿Y por qué? la había preguntado anhelante el marqués.

La hermosa duquesa solo había contestado con otro suspiro.

Don Juan había jurado que la duquesa sería su esposa á pesar de los cielos y de la tierra.

Irritado, pues, por la coincidencia de la observación de su tío con la de Amina, tomó una resolución heroica.

Fuese en derechura á la casa del duque, y se hizo anunciar.

Inmediatamente fué introducido.

Al ver á Yaye experimentó por primera vez ese sentimiento de respeto hácia todo lo que concebimos superior á nosotros. Ya hemos dicho que Yaye, á pesar de sus cuarenta y más años, de sus desgracias, de su lucha, se conservaba vigorosamente joven, como en los días en que enamoraba por caridad á doña Isabel de Valor. El marquesito concibió perfectamente que el duque de la Jarilla, á quien no conocía, fuese padre de Amina, y que á no ser su hija, pudiera haber sido muy bien su esposa, sin que el mundo hubiera encontrado nada de repugnante en aquel enlace: Yaye en fin, representaba una de esas juventudes vigorosas que á despecho de los años se estacionan; una de esas juventudes que han perdido la expresión irreflexiva y confiada del adolescente, adquiriendo el grave aspecto de experiencia del hombre. El marqués de la Guardia se sintió, pues, dominado, y perdió mucho del valor audaz de que iba provisto.

—¿Tengo la honra, dijo inclinándose cortesmente, de hablar al señor duque de la Jarilla?

—Efectivamente, caballero, dijo Yaye, indicándole con la más perfecta cortesanía un asiento.

—Perdonad lo indiscreto de mi pregunta, dijo el marqués sentándose; nunca os he visto; solo conozco vuestro nombre.

—¡Qué quereis! aunque vivo en la corte ando muy retirado de ella: solo he venido á Madrid por mi hija: no por buscarla un buen marido, como hacen muchos, porque será difícil, muy difícil que mi hija se case; sine porque no se fastidie en un rincón de nuestras montañas.

—¿Decis que es muy difícil que vuestra hija, la hermosísima duquesa de la Jarilla se case? dijo don Juan con cierto acento de protección, creyendo que lo que establecía para el duque la dificultad de que su hija se casase, era la circunstancia de haber estado una noche perdida en la corte, circunstancia que sabía todo el mundo: ¿y podría preguntaros, sin parecer indiscreto, por qué es muy difícil que se case doña Esperanza?

—Si por cierto; y como me habeis hecho la pregunta, voy á contestaros; entre mis caprichos tengo el de que mi hija sea reina.

—¡Reina! exclamó atónito el marqués.

—Si por cierto, mi hija no se casará sino con un rey.

El marquesito miró fijamente al duque, y de tal modo, que Yaye le dijo, como contestando á aquella mirada:

—Ni me chanco ni estoy loco: mi hija si se casa, se casará con un rey.

—¿Estáis enteramente decidido á ese empeño?

—De todo punto.

—¿Y contáis con que vuestra hija?.....

—En mi familia, caballero, las mujeres, ni oyen, ni ven, ni entienden: obedecen cuando la voz de su padre las manda: por consecuencia, mi hija piensa como yo, enteramente como yo.

—Permitidme que lo dude.

—Dudad cuanto queráis.

—Permitidme que os recuerde que soy el marqués de la Guardia.

—Sí, sí, ya sé que sois voluntarioso y valiente, y que amáis á mi hija.

—¿Cómo! ¿os ha dicho ella?...

—Sé que venís á pedirmela por esposa.

—Y cuando lo hago, es creyéndome autorizado...

—¡Por su amor!

—Hace tres noches me lo juraba entre mis brazos, dijo el audaz joven, sin medir las consecuencias de su dicho.

—Bien podrá ser, caballero, dijo Yaye sin alterarse en lo más mínimo: bien podrá ser: y es más; cuando mi hija os dijo que os amaba, no mentía, y porque os amaba habéis sido su amante, su amante de una noche: porque os amaba con toda su alma: hay cosas que son fatales, Dios lo quiso.—Pero lo que os puedo asegurar, es que mi hija no quiere ser vuestra esposa.

—¡Señor duquel!

—No os irritéis, caballero: ya veis que os hablo mesuradamente, á pesar de que soy un padre engañado, injuriado; á pesar de que habéis envenenado el corazón de mi hija. No os irritéis, y adios. Obrad como mejor os parezca; decid por todas partes que habéis obtenido la suprema felicidad de la posesion de mi hija.

—¡Señor duquel!

—Haced lo que queráis: decid lo que queráis. De la misma manera que os he recibido hoy, os recibiré mañana: siempre con indulgencia; siempre como si fuérais mi hijo. ¿Y sabéis añadió el duque levantándose lentamente y dando un paso hacia el marqués, sabéis por qué no os hago pedazos, como pudiera romper una copa de vidrio?

El marqués fijó una mirada inten-

sa, altanera, en la mirada profunda de Yaye, que continuó.

—No os mato, como maté á los dos miserables que os ayudaron en vuestra infamia... porque... Dios no quiere... porque... porque, en fin, mi hija os ama de tal modo, que vuestra muerte la mataría y... yo, por muy criminal que haya sido, no quiero matar á mi hija.

—¿Con que ni la razón del honor, ni la de la sangre, ni ese amor que ella me profesa y que no es mayor que el que yo siento por ella, os hacen desistir de vuestro extraño propósito?

—Por muy extraño que ese propósito os parezca, me afirmo en él.

—¿Y sacrificaréis á vuestra ambición vuestra hija?

—Mi hija piensa como yo. Quiere ser reina.

—¿Y me ama?

—Vais á juzgar por vos mismo. ¡Ola!

Al llamamiento del duque, se abrió una mampara y por ella apareció un criado.

—Decid á la señora duquesa que la espero, dijo Yaye.

Algunos momentos después, se oyeron en una habitación inmediata, pasos de mujer, acompañados del crugir de un traje de seda; se levantó el pestillo de una puerta, y al fin, Amina se presentó en la cámara de recibo de su padre.

Al ver al marqués se puso letalmente pálida, retrocedió un paso, ahogó un grito, y se llevó involuntariamente la mano sobre el corazón, como si hubiese recibido en él un golpe de muerte: después quedó inmóvil, fijando en el marquesito una mirada intensa, fascinada, insensata.

Yaye se acercó á ella, la asió de una mano, y llevándola junto al marqués, la dijo:

—El señor marqués de la Guardia,

nos hace la honra de solicitar tu mano, hija mía. Antes de contestar quiero que sepas cuál es mi voluntad: esta se reduce á que se cumpla la tuya. Poco importa que yo acoja de buen ó mal grado los deseos del señor marqués: yo te juro, por la memoria de tu madre, que si quieres ser esposa de don Juan, lo serás. Ahora puedes responder al señor marqués.

—Don Juan, dijo Amina que se había sobrepuesto á su alteración, y cuya palidez mate era la única señal que conservaba de la emoción que había causado en ella la inesperada visita del marqués: yo os agradezco con toda mi alma, el que os hayáis acordado de mí para hacerme vuestra esposa; jamás olvidaré que habéis venido á ofrecerme lo que indudablemente me haría muy feliz; vuestro nombre y vuestra fé; pero yo no puedo aceptar.

—¡Que no podéis! ¡es decir que!...

—No quiero: contestó con firmeza Amina, completando la frase de don Juan.

—Ya lo oís, señor marqués; habéis obligado á mi hija á que para evitar todo género de interpretaciones, os diga claramente y sin rodeos, que no quiere ser vuestra esposa.

Dicho esto, Yaye llevó á su hija á la puerta por donde había entrado, la besó en la frente, y después que hubo salido, se volvió al lado del marqués que estaba mudo de asombro y de cólera.

—Ahora, señor conde Juan, dijo el emir sentándose de nuevo, permaneced cuanto tiempo queráis en mi casa; pero os suplico que no me habléis más del asunto que os ha traído á ella. Sería un empeño inútil. Sólo os diré algunas palabras: el paso que acabáis de dar me reconcilia con vos: fullero de amor, habéis contraído una mala deuda; pero después habéis reflexionado, y habéis venido lealmente

á pagar con lo que únicamente podíais pagar una deuda de tal género, con vuestro nombre: yo os lo agradezco: yo os perdono... á pesar de que me habéis causado un herida que siempre brotará sangre.

—Hay otro modo de pagar esas deudas, señor, dijo el marqués conmovido.

—¿Cuál? contestó con amargura Yaye.

Don Juan desnudó su daga y la entregó por el pomo al duque que la tomó con indiferencia; luego el marqués dobló una rodilla, y dijo con voz resuelta:

—Tomad mi sangre, señor.

—¿Para qué quiero yo vuestra sangre, niño? respondió con voz opaca el emir; vos habéis sido una fatalidad que se ha puesto sobre mi camino: á vos mismo os ha traído á ese camino la fatalidad: respetémosla entrambos: quedáos vos con vuestro amor y vuestro remordimiento: dejadme con mi dolor y con mi rabia: tomad vuestra daga: yo no necesito para nada vuestra sangre: idos ó quedáos; pero no hablemos más de esto.

Y levantó al marqués y le puso por sí mismo la daga en la vaina.

Don Juan lloraba por la primera vez de su vida: lloraba silenciosamente, como pudiera haber llorado una mujer desesperada.

—¡Oh! á pesar de vuestra fama de libertino, tenéis corazón, dijo conmovido Yaye.

Hubo un momento de solemne silencio.

Yaye tomó entrambas manos al joven.

—¡Con que tanto amáis á Esperanza! le dijo.

—¡Ah señor! exclamó el joven: ella es la esperanza de mi vida, acaso la salvación de mi alma.

—Pues bien, pensad en vuestra Esperanza, dijo el emir.

Iluminóse con una intensa expresión de alegría el semblante del joven marqués.

—¡Ah señor! exclamó: ¿renunciáis al fin, de llevar á cabo vuestro extraño empeño?

—No, no por cierto: mi hija, vuestra Esperanza, se casará con un rey: esto no quiere decir otra cosa, sino que será necesario hacerlos rey.

Causó tal impresión aquella nueva extravagancia en el ánimo del marqués, que miró fijamente al duque, temiendo habérselas con un loco; pero en los ojos de aquel, brillaba la más fría razón.

Don Juan temió volverse loco si permanecía un momento más en aquella casa, y salió delirante, frenético, sin despedirse del duque.

Este se quedó murmurando:

—¡Fatalidad! ¡la mano que mató al padre, no debe matar al hijo!

CAPÍTULO V.

DEL MEDIO QUE ELIGIÓ EL MARQUÉSITO DE LA GUARDIA PARA IRRITAR EL AMOR DE AMINA.

Ciertamente era necesario un obstáculo de gran monta para detener en su carrera al voluntarioso don Juan.

Acostumbrado á que todo se rindiese á sus deseos, era un torrente cuyo curso se hacía cada vez más rápido, y sus aguas más turbias: al fin había encontrado una roca en su camino; la había enlodado, la había manchado, la había hecho temblar; pero la roca era demasiado fuerte para que la corriente la arrastrase y saltase por cima de ella, dejándola enterrada en el fango; aquella roca era el amor de Amina contrapuesto al torrente de las pasiones del marqués.

Hasta entonces solo había encon-

trado cortesanas que le provocaban y le sonreían, abriéndole sus brazos, é virtudes fáciles que cedían en el momento en que se veían combatidas por la exigente voluntad del joven. Esto en cuanto á las mujeres. En cuanto á los hombres, como el marqués era demasiado terrible, diestro y valiente para que le temiesen los más esforzados, nuestro joven campaba entre ellos por su respeto, puesto que el que no le rodeaba para explotarle, le evitaba para no verse comprometido en un lance desastroso.

Don Juan Coloma, favorecido por las mujeres, respetado por los hombres, considerado en todas partes por su rango, por su fortuna y por su belleza, no podía haber sido hecho esclavo, sino por la *hermosa duquesita*, por aquella otra singularidad femenina, por aquel hermosísimo misterio viviente, contra cuyo desdén se estrellaban los empeños de los más libertinos, y contra cuya pureza se mellaba el diente de acero de la murmuración femenil.

El marqués, que como hemos dicho, antes de conocer á Amina, se había sentido arrastrado hacia ella por un impulso instintivo; que al verla se había enamorado en un solo momento como jamás se había enamorado de otra mujer; que al poseerla había comprendido que aquella niña magnífica en el cuerpo y el alma, era una parte de su ser, que no podía vivir sin ella, que la luz de sus ojos eran su luz, y el aliento perfumado de su boca su vida; se vió sujeto cuando más libre se creía, y de tal modo, que como hemos visto, había dado el paso, en él extraño y casi milagroso de pensar en el matrimonio.

Don Juan se había transformado de repente, de señor en siervo, de burlador en burlado, de opresor en oprimido; se había modificado dejando de ser lo que era, para convertirse en un

ser enteramente distinto: este milagro lo había hecho el amor, que es la pasión que conocemos con más dominio sobre el corazón humano, y Amina había sido el instrumento de que el amor se había valido.

Es necesario también tener en cuenta que no se necesitaba menos para dominar al soberbio don Juan.

Amina reunía cuantas cualidades puede reunir una hija de Eva para ser codiciada: juventud, riqueza, ilustre cuna, elevación de ideas y un no sé qué dominador que se exhalaba de su mirada irresistible, de la enérgica y vigorosa hermosura de sus formas, de su continente, de sus maneras, de su palabra, de su acento. Era, en fin, un conjunto irresistible de cualidades tentadoras, ante las cuales hubiera caído, no don Juan, que cuando más, era soberbio, sino el santo más santo, con toda la terrible fortaleza de la humildad, que es la primera de las fuerzas que conocemos.

Don Juan se sintió humillado; pero al ser humillado se sintió engrandecido; porque no era una afrenta lo que le humillaba; no el desprecio público; no las desesperadoras consecuencias de la pobreza: lo que le humillaba dominándole, porque para él todo dominio era humillante, era el amor, esa noble y ardiente pasión, que á todo se sobrepone y que dominándolo todo, todo lo engrandece. Amina se había apoderado del alma del marqués, le había hecho gozar por un momento de un cielo para despeñarle después á la tierra y decirle:—No pasarás de ahí.

Y don Juan, queriendo desplegar las poderosas alas para alzarse á aquel cielo, conoció que sus alas se habían quemado; que era un ángel rebelde, caído entre el lodo, y solo aspiró lo nauseabundo, lo fétido de aquel lodo, cuando quiso levantarse á otra región más pura, y no pudo;

cuando lleno de amor y de esperanza, regenerado, despierto del sueño de impureza que había dormido desde su infancia, oyó una voz terrible, la de la mujer amada, que le decía con ése acento que demuestra una resolución irrevocable:—No quiero ser vuestra esposa.

¿Acaso Amina rechazaba por dignidad al hombre que había abusado de la ocasión, de la situación, de uno de esos momentos decisivos, en que la fatalidad coloca á la mujer más pura? Pero don Juan sabía que de la misma manera instintiva, por decirlo así, que él amaba á la hermosa *duquesita*, era amado de ella. ¿Acaso aquel padre que parecía tan terrible, tan valiente, que todo lo sufría, que todo lo confesaba, que se burlaba de una manera inconcebible de la opinión pública, tendría por objeto irritar la pasión en su alma en provecho de su hija? Pero él se había presentado decidido, resuelto á ser esposo de la *duquesita* y se le había rechazado. ¿Sería que efectivamente padre é hija estuviesen locos ó fuesen tan soberbios, que aspirasen á un trono? ¿Y qué trono podía ser este? ¿El de España? ¿El que ocupaba el tremendo, el frío, el calculador Felipe II?

Esto era un absurdo, un sueño insensato, y sin embargo, pensó en ello el marqués de la Guardia, á pesar de lo monstruoso del pensamiento.

¿Acaso se contaría con el príncipe de Asturias?

Don Carlos de Austria tenía en aquella sazón veinte y dos años. Contábase de este príncipe en los círculos íntimos de la corte, vicios repugnantes, acciones indignas de un caballero, severos castigos impuestos al príncipe por el rey. Sin embargo, estos castigos en nada habían influido respecto á las viciosas inclinaciones del príncipe. Las damas de la reina se veían á cada paso obligadas á que-

jarse de las tenaces solicitudes de don Carlos, y aun de atrevimientos de mayor monta. Las gentes de su servidumbre, maltratadas y aterradas, desaparecían del cuarto del príncipe, huyendo de su ferocidad. Su ayo, sus gentiles-hombres, sus caballeros, á trueque de no irritarle, encubrían sus nocturnas salidas de palacio, y el rey se veía obligado á cerrar los ojos y los oídos á muchas cosas, para no verse en la dura necesidad de castigarlas; para no dar el escándalo de reducir á una prisión rigurosa al heredero inmediato de la corona.

Solo había un hombre que gozaba por entero de la amistad y de la confianza del príncipe: este hombre era el famoso comediante Cisneros.

Pero si Yaye, conociendo el carácter voluntarioso del príncipe, y contando con la maravillosa hermosura de su hija, había pensado en ponerla por este medio en el trono de las Españas, era necesario deducir como consecuencias de este pensamiento, sucesos horribles.

En primer lugar, suponer que un soberano de la causa de Austria consintiese en el casamiento de su hijo con una grande de España, y cuando este soberano se llamaba Felipe II, hubiera sido contar con un imposible, con un milagro. Si él se casaba secretamente... esto era también imposible, porque los ojos y los oídos de Felipe II según don Juan creía, alcanzaban á todas partes; pero contando con la maldad de que tantas pruebas había dado don Carlos de Austria, no era descabellado suponer que el príncipe se rebelase contra su padre, procurase destronarle, y asentarse en el trono, impusiese á la altiva nación española una reina sacada de entre la nobleza, y sin otros títulos á la corona que el capricho del príncipe.

Estos proyectos podían muy bien

caber en la cabeza enferma de don Carlos (que según opiniones muy autorizadas, era víctima de una feroz monomanía), pero como suponer sin injuria para el duque de la Jarilla y para su hija que se prestasen á tales proyectos? siendo así, el duque era un traidor, un infame, y doña Esperanza una infame prostituta; porque la mujer, que sobreponiendo su ambición á su amor, se casa con un rey porque quiere ser reina, es una prostituta que vende su cuerpo y su alma por un trono.

Don Juan cerró con disgusto, con horror, los ojos de su alma á estas suposiciones, y sin embargo, aquellas sospechas crueles le perseguían, le torturaban, magullaban, por decirlo así, su orgullo; le hacían probar unos celos crueles, y con ellos la terrible pasión que siempre los acompañan: la venganza.

Don Juan necesitó salir á todo trance de aquella terrible duda, y para salir de ella, poner de claro en claro cuanto había de misterioso en el duque viudo y en la duquesa de la Jarilla.

Por la primera vez pensó don Juan en presentarse en el alto círculo de la corte: hasta entonces le habían separado de ella sus libres costumbres. Don Juan aborrecía la sujeción aunque solo fuese en la forma. Nada le placía más que ese género de reuniones, donde se puede estar con el sombrero puesto, y entre tendido y sentado, con la palabra suelta, en entera libertad de hacer y de decir; las casas de juego, las mancebías, las tabernas, los nidos de las damas galantes, habían sido hasta entonces sus lugares favoritos. Amina le hizo ver que había un mundo aparte, en el cual se respiraba más fácilmente; en que lo bello era realmente bello; en que, si había vicio, estaba rígidamente oculto por apariencias de virtud.

Don Juan comprendió que se puede ser malo pareciendo bueno y viceversa. En una palabra, repetimos lo que ya hemos dicho: el amor de Amina, comparado con los amores que hasta entonces había probado, le había hecho sentir el olor del lodo de que hasta entonces había estado circuido. Así es que una repulsión natural le separó de su antigua sociedad y le hizo acercarse sin repugnancia á aquel otro círculo decoroso de que hasta entonces había estado alejado.

No hay que decir que fué acogido con un completo éxito, porque esto se comprende, teniendo en cuenta los antecedentes del marqués. En la corte también, aunque bajo la máscara de una refinada hipocresía y con formas convenientes, encontró don Juan, hechiceras cortesanías, ojos que, aprovechando el descuido de otros ojos, le miraban chispeantes y ricos de promesas; opulentas y nobilísimas herederas que le sonreían diciéndole harto claro que era un marido codiciable; las altas cortesanías distinguieron á don Juan del mismo modo que las cortesanías aventureras. Toda la diferencia estaba en las formas.

Don Juan notó que también en la corte había cieno; pero cubierto de césped y flores: es cierto que el que confiado aventuraba la planta sobre aquel florido césped, se hundía hasta el cuello; pero se guardaba bien de decirlo, por razones de conveniencia social: cada cual explotaba en su provecho los filones riquísimos que se ocultaban bajo aquel césped. Pero don Juan fué prudente.

En vez de revolcarse á diestro y siniestro por aquel lodo, se echó á buscar entre él una víctima que le ayudase, sin saberlo, en sus proyectos: una amante beneficosa, en una palabra: cuando se ha llegado á la intimidad con una alta dama, se saben cosas que no solo no se hubieran crei-

do posibles, sino que ni probables, respecto á ciertas gentes. Además, don Juan, siguiendo esta línea de conducta, tenía dos objetos: frecuentaba las primeras casas de la corte, veía en ellas á Amina, la hablaba, gozaba, viendo representada la influencia de su amor en la densa palidez que cubría el semblante de la hermosa duquesita, y sobre todo, aumentaba su amor y le mantenía vivo con el punzante aguijón de los celos. El corazón de la mujer que ama nunca se engaña, y Amina sabía distinguir entre cien mujeres á la favorita del marqués.

Este había tenido tacto: para dar celos á Amina había elegido una mujer notabilísima por su hermosura, por su juventud, por su clase y por sus singularidades.

Esta mujer era veneciana, y se llamaba la princesa Angiolina Vizconti. Una de las tres singularidades de la corte de Felipe II en aquellos días, como dijimos al principiar esta segunda parte.

No le fué tan fácil á don Juan, como había creído, la conquista de la princesa, por más que esta hubiera distinguido al marquesito desde sus primeras visitas. Frecuentó su trato don Juan, la galanteó de una manera delicada y ella se dejó galantear hasta cierto punto; pero cuando don Juan se lanzó al fin á una declaración decisiva, la princesa le contestó con la dignidad más dulce y graciosa del mundo:

—No puedo aspirar á la felicidad de ser vuestra, caballero, porque soy casada.

Don Juan, respecto á las mujeres de cierta clase, no tenía absolutamente experiencia; creyó que en la princesa italiana había encontrado una virtud á prueba de bomba, como diríamos en nuestros días, y obstinado, por lo mismo que había encontrado resistencia, se empeñó en el sitio de

la durísima belleza, y para sostenerle con más probabilidades de éxito pidió informes á sus amigos.

Esto equivalía á reconocer las obras avanzadas de la plaza.

—Os habéis metido en una empresa diabólica, amigo mío, le dijo el marqués del Vasto, á quien don Juan abrió su pecho. Nada conseguiréis de la princesa.

—¿Y por qué razón, amigo don Alonso? repuso el marqués.

—Por la sencilla razón de que en cuatro años que lleva en la corte, ninguno de los muchos apasionados de esa dama, ha podido jactarse de poseerla.

—¡Ah! ¡ah!

—Ya veis: es la más hermosa de las damas que tenemos presentes. (Se encontraban los interlocutores en un ángulo de un salón de la casa del duque del Infantado).

—Os engañáis, don Alonso, hay otra más hermosa que ella.

—Ya se sabe, ya se sabe, que la hermosa duquesita es la primera en la corte, antes que la reina en hermosura y discreción, y después de la reina en riqueza; pero prescindiendo de ese portento, Angiolina es un prodigio; ved qué cabellos, qué frente, qué ojos... qué todo. Pues bien: lo que más hace codiciable á esa mujer, no es su hermosura, sino la situación especial en que se encuentra: ya sabréis que es llamada la *casada-virgen*.

—¡Bah! siempre he tenido eso por una exageración ó por una burla.

—Pues no es ni burla ni exageración.

—¿Sabéis algo acerca de esa singularidad?

—¡Bah! lo sabe todo el mundo.

—Perdonad; yo formo parte del mundo, y no lo sé.

—Pues vais á saberlo para que todo el mundo lo sepa.

—Os escucho.

—Angiolina Vizconti, como lo demuestra su apellido, es veneciana.

—Pues no pasan por muy virtuosas las hijas de la serenísima república.

—La princesa se ha criado en Roma.

—No son tampoco vestales todas las romanas.

—Sea como quiera, Angiolina quedó huérfana á los diez y seis años. Su padre, Paolo Vizconti, fué encontrado en una de las calles de Roma, cosido á puñaladas. Sola y sin amparo Angiolina, salió de Roma, pasó á Toscana, y entró en un convento en Lijorna. Conocióla por un accidente en el claustro, el príncipe romano Maffei Lorencini; comprendió que Angiolina no tenía vocación al claustro, en el que sólo había entrado por necesidad, y se propuso hacer con ella una obra de misericordia. La habló, la pidió su mano, y aunque el príncipe no era ni jóven ni hermoso, Angiolina prefirió el mundo al lado de un esposo poco agradable, al claustro junto á monjas menos agradables que el príncipe. Aceptó y se casó con él. Entonces Maffei, en vez de entrar con ella en la cámara nupcial, la dijo:

—Entrásteis por necesidad en el claustro, y no quiero que por necesidad os sacrificéis á un hombre que no puede agradaros. En vez de ser vuestro marido seré vuestro padre. Sois libre, pues; libre para todo menos para manchar mi nombre, lo que estoy seguro que ni aun siquiera os pasará por el pensamiento. Soy viejo, no tengo parientes: os he nombrado mi heredera: vos sois jóven, y dentro de poco seréis viuda, libre, y princesa.

—El señor Maffei Lorencini fué un héroe, dijo don Juan.

—No ha sido menos heroína la princesa. A pesar de que su esposo pasa la vida viajando, hasta tal punto

que nadie le conoce; á pesar de que, por lo mismo, Angiolina está enteramente libre, ha guardado de tal modo la honra del príncipe, que ha causado la desesperación de cuantos han tenido la desgracia de enamorarse de ella. Cuéntase (el marqués del Vasto bajó la voz), que su majestad ha deseado también á la princesa, y que ha salido tan mal parado como todos los de más.

—¿Estais seguro de que esa mujer no es bastante discreta para recatar á un amante?

—¡Bah! es una mujer fria, altiva, orgullosa; está enamorada de sí misma. Solo se la ha conocido una pasión.

—¿Cuál?

—La de la envidia, y esta no se la conoció hasta que se presentó en la corte la hermosa duquesita.

—¡Ah! exclamó profundamente don Juan.

—Ya se vé: la pobre princesa era el sol de la corte, la reina de la hermosura, hasta que se presentó ese nuevo sol, esa doña Esperanza, que la ha eclipsado.

—Os doy un millón de gracias por las noticias que me habéis dado de la princesa, dijo don Juan, impaciente por poner en práctica un pensamiento brillante que había concebido.

—Pues dadme dos millones de gracias por el consejo que voy á daros, añadió el marqués del Vasto. Si no queréis sentenciaros á un sufrimiento inútil, no volváis á pensar en la princesa.

Estrechó don Juan la mano de su noble amigo, y aprovechando la ocasión de haberse desocupado una silla colocada por acaso entre Amina y la princesa, fué á sentarse en ella.

El pensamiento que había concebido el marqués, era el siguiente: siendo cierto que la princesa envidiaba á la duquesita, debía aborrecerla. Si

don Juan lograba que doña Esperanza se mostrase enamorada de él hasta el punto de que lo notase la princesa, era asunto concluido: no solo era suya la princesa, sino que tendría sumo cuidado en procurar hacer conocer á la duquesita que la había robado el corazón del hombre de su amor.

Don Juan no pensaba mal. Unó de los mejores medios para conquistar á la mujer más difícil, es servirse de sus pasiones.

CAPÍTULO VI.

LA UNA POR LA OTRA.

Habíase sentado el marquesito entre las dos rivales, en una disposición de espíritu muy favorable para conseguir su intento. Habíase colocado entre dos polos opuestos, cada uno de los cuales tenía sobre él una atracción poderosa. Si bien estaba seriamente enamorado y más que seriamente empeñado por Amina, la princesa le impresionaba fuertemente, y su hermosura aunque, de todo punto distinta de la de la jóven sultana, excitaba sus deseos.

Procuraremos describir la hermosura de la princesa, para que nuestros lectores puedan juzgar si estaba don Juan impresionado con razón por ella.

Era alta, esbelta, de formas redondas, de seno turgente y de cuello mórbido, cuya blancura era transparente; su cabeza, de una forma magestuosa, parecía fatigada por el peso de una cabellera negra, densa y brillante; tenía la frente despejada y serena, las cejas anchas, dulcemente arqueadas y negrisimas; negros los ojos, rasgados, resplandecientes, sombreados por largas y espesas pestañas, que no sabemos si servían para amortiguar el brillo de su mirada ó para aumentar su fuego con el con-

traste de su sombra: era densamente pálida, lo que aumentaba su blancura, y, como en muestra de que aquella palidez no era enfermiza, sus labios tenían un color rojo vivísimo, puro, fresco, como el de los granos de una granada: las formas de su cabeza, de su semblante, de su cuello, de sus hombros, de su seno, de sus brazos, de sus manos y de su talle, mostraban el puro y rígido contorno, la magestuosa armonía, la extrema belleza de la estatuaria griega, de los buenos tiempos en que los griegos robaron á la naturaleza sus más bellas y puras formas para animar con ellas el mármol.

Era, en fin, la princesa Angiolina, una de esas bellezas reinas, que no se ven sin admiración, que no se recuerdan sin deseo.

Tenía además, y como si la naturaleza hubiera querido dulcificar ese no sé qué de severo, de casi duro, de las formas enérgicamente correctas, el atractivo meridional de las venecianas, su sonrisa sensual é incitante, y la mirada lánguida, velada, dulcísima. Esto, se entiende, en los momentos en que Angiolina parecía feliz y tranquila, que cuando, por efecto de su envidia y de su rivalidad hácia Amina, rivalidad hata entonces puramente de posición, sufría y luchaba, el semblante de la princesa tenía toda la siniestra, sombría y terrible expresión del angel caído.

Y no sabemos cuando estaba más hermosa: si cuando sonreía tranquila, ó cuando sus ojos mostraban la funesta expresión del odio y de la envidia.

Ello era verdad que Angiolina era una de esas mujeres de alma terrible, de las cuales un hombre prudente se aparta para no morir de deseos siendo desdeñado, ó devorado por un amor frenético, exigente y celoso, siendo amado.

Sobre todo esta, yo lo hemos dicho, era tan vigorosa, tan fresca, tan pura, la juventud de la princesa, que, contando ya veinte y seis años, apenas representaba veinte.

Cuando se presentó por primera vez en la corte de las Españas con su viejo marido el príncipe Lorencini Maffei, causó una sensación muy profunda.

Y eso que en aquellos tiempos, en que la preponderancia española no tenía rival en Europa, la corte de las Españas era muy concurrida de gente noble y rica de todas las partes del mundo, y eran muy comunes en ella las mujeres hermosas; encontrábase á cada paso en las iglesias, en los paseos, en los saraos, ya flamencas de carne delicada y ojos azules; ya italianas de mejillas morenas y aterciopeladas, pelinegras y ojinegras; ya inglesas blancas como la espuma del mar y con cabellos de oro; ya indias doradas, con su hermosura semisalvaje por lo extremadamente enérgica; ya francesas galantes y espirituales, etcétera.

Esto por lo relativo al extranjero, que en cuanto á lo relativo al interior, al género de casa, la corte era una admirable y variada exposicion de fidalgas vascongadas, montañesas, asturianas y gallegas, con su candor y su nítida blancura; de andaluzas y extremeñas con su mirada volcánica; de valencianas y murcianas con sus tentadores encantos y sus felices disposiciones para las intrigas amorosas; de aragonesas y catalanas con su hermosura altiva y tirante, por decirlo así, y su acento enérgico y duro; de toledanas (de ellas nos libre Dios) con su gracejo y travesura, y por último, de las hijas de Madrid, con su profunda experiencia en galanteos, y sus artes y sus aliños que suplen á la hermosura.

El aficionado, pues, tenía una co-

lección completa donde elegir, puesto que, además de las blancas, las trigueñas, las morenas y las doradas, no faltaban algunas incitantes hijas del Africa, negras como el ébano y hermosas, con arreglo á su tipo, que servían de doncellas esclavas, en la mayor parte de las casas de la nobleza.

Difícil era, por lo tanto, que una mujer por hermosa que fuese, brillase, se destacase, se hiciese notable entre una pléyade tal de bellezas. Sin embargo, á su aparición en la corte, Angiolina alcanzó un éxito ruidoso; hubo por ella apuestas, desafíos y empeños, y se hicieron codiciales una mirada suya, una sonrisa ó una inclinación de cabeza algo expresivas.

Si Angiolina hubiese cedido al amor de alguno de sus innumerables galanteadores, indudablemente se hubiera vulgarizado, dejando de ser un empeño; pero su firmeza, lo extraordinario de su situación como casada-virgen, y las exageraciones que con relación á ella se citaban, la sostuvieron sin rival en el trono de la hermosura, hasta la aparición de Amina en la corte, que fué una singularidad de más monta.

Llevábala más ventaja Amina en juventud, en hermosura, en riqueza y en singularidad de historia, puesto que todo el mundo sabía que era hija de una mejicana y de un hidalgo oscuro (que por tal se tenía á Yaye); conociase en razón de los pleitos que una poderosa familia había sostenido contra Estrella, la historia de ésta, y era tan romancesca, tan singular era aquella historia, que no podía menos de dar un gran prestigio á Amina.

Por otra parte, Yaye había entrado en la corte, asombrándola con su inmenso fausto: Amina eclipsaba en riqueza de trajes y joyas á las más altivas grandes de España y se ponderaban los tesoros de la *duquesita*.

Angiolina se presentaba, es verdad, siempre que la ocasión lo requiriera, con un nuevo y rico traje; pero siempre las perlas y pedrería eran las mismas; no había podido comprarse un palacio, ni aun amueblar como hubiera convenido á su rango su enorme casarón alquilado, y en cuanto á lo demás, no había logrado aventajar, ni aun igualar, á muchísimas de las riquísimas y fastuosas señoras de la corte.

Esto y su rivalidad con Amina, eran los únicos sinsabores que amargaban el corazón de la princesa: por lo demás, tenía un excelente marido, ó mejor dicho, esposo, que comunmente se encontraba viajando, que venía á hacerla una brevísima visita de año en año, y que la dejaba enteramente entregada á sí misma y dueña de sus acciones, libertad de que, según fama pública, no había abusado en lo más leve la princesa.

Tal era la mujer de que había pensado valerse el marqués de la Guardia para excitar los celos de Amina: la mujer de quien, hasta cierto punto, podía decirse que estaba enamorado, acaso solo porque había resistido á sus deseos.

La casualidad, que tantas veces hace que se encuentren reunidos, y mano á mano, dos enemigos irreconciliables, había hecho que Amina y la princesa se encontrasen demasiado próximas aquella noche en la casa del duque del Infantado, y la casualidad hizo también que se encontrase vacío el único sillón que las separaba, en el que se sentó don Juan.

Cuando un hombre que vale tanto como el marqués valía, se encuentra colocado entre dos mujeres con las cuales tiene antecedentes, y mucho más cuando estas dos mujeres son rivales, se establece una situación especial que generalmente es fecunda en consecuencias.

Amina, que antes de llegar el marqués se había mostrado indiferente y altiva con la princesa, al saludar don Juan á ésta, se puso pálida; al sentarse el jóven se la comprimió el corazón, y sus ojos se fijaron con ansiedad en el semblante de Angiolina, que contestaba sonriendo al saludo del marqués.

Este y la princesa notaron la turbación y el anhelo de Amina, y entrambos, cada cual por lo que le convenia, se propusieron forzar la situación.

Don Juan tomó familiarmente, como un hombre que está autorizado para ello, el abanico de plumas de la princesa, y a propósito de su mérito y de su riqueza, sostuvo con ella una conversación llena de galanteos, de intenciones, de dobles sentidos.

El rostro de Amina se nubló; su altivez rugió poderosamente dentro de su alma, y las oleadas de aquella tempestad salieron á su rostro, tanto más determinadas cuanto la jóven luchaba por ocultarlas: don Juan dejó que Angiolina gozase de su triunfo, que lo saborease, esperando una ocasión propicia para amargar aquel triunfo, para empeñar, en una palabra, á la princesa: aquella ocasión no tardó en presentarse: algunos músicos, con guitarras y arpas, que acababan de entrar, rompieron tocando uno de los bailes de la época.

Entonces el marqués se volvió á Amina, y mirándola de una manera tal que parecía decir: «á vos, sola á vos amo», la invitó á bailar.

Amina entregó su mano á don Juan se levantó en un movimiento nervioso, y clavó una humillante mirada de triunfo en la princesa, que la contestó con otra mirada de amenaza.

Amina y el marqués se lanzaron en el baile: la princesa se negó á todos los que llegaron á invitarla; cada vez que Amina pasaba, reclinada entre

los brazos del marqués, envuelta en el torbellino de la danza, lanzaba una mirada rápida, fugitiva como un relámpago, pero llena de insultos, á la princesa: cada una de estas miradas ennegrecía más, por decirlo así, el alma de Angiolina y hacia asomar á su semblante las oscilaciones de una lucha interna y poderosa: al fin el semblante de la princesa tomó una expresión glacial, profunda: la expresión de una resolución decidida; y cuando, terminada la danza, el marqués volvió con Amina y se sentó de nuevo junto á la princesa, esta se apresuró á decirle:

—Cuento con vuestra cortesanía, don Juan.

—Quien os ha ofrecido su corazón, señora, contestó el marqués, está siempre dispuesto á servirlos.

—Pues bien, repuso Angiolina; me siento mal; hace calor; estas luces me sofocan; este ruido me aturde; necesito salir de aquí; respirar el aire libre; mis criados aún no habrán venido; es temprano. ¿Quereis acompañarme, señor marqués?

Don Juan se levantó, saludó á Amina, y dió el brazo á la princesa.

Amina sintió que el corazón se la rompía al recibir la mirada indescriptible con que Angiolina se despidió de ella: comprendió cuál era la resolución de la princesa, y tuvo impulsos de levantarse y disputarla la posesión de don Juan: pero existe una ley tiránica que encadena á la mujer que tiene dignidad: la ley de su dignidad, y Amina permaneció aniquilada en su asiento, mientras el marqués y la princesa salían juntos, causando con su salida uno de esos sordos escándalos, que se hacen por un momento dueños exclusivos de la sociedad en donde pasan, que se comentan de mil maneras, y sostienen durante ocho dias la conversacion de todos.

—¿Queréis que pida una litera? dijo el marqués cuando estuvieron en el zaguán.

—No, contestó Angiolina con un acento poderosamente incitante: por nada del mundo trocaría el placer de apoyarme en vuestro brazo.

El alma de don Juan se sonrió, cediendo á un impulso de vanidad: había conseguido su objeto: Angiolina era su instrumento, y un instrumento muy bello por cierto: sin embargo, temió perderlo todo por precipitación y se mantuvo en los límites de la más profunda reserva.

—Ved, dijo, que aún son las noches muy frías; que estais muy sofocada.

—Por lo mismo necesito respirar libremente, y luego... la noche está hermosísima..... no recuerdo otra noche más hermosa.

—¿Qué camino queréis que elija mos para que vayais á vuestra casa?

—*Para que vayais?* Contestó la princesa subrayando con su intención particular estas palabras. ¡Qué! ¿en el caso de querer yo ir á mi casa, no venís vos también?

—¡Qué no vais á vuestra casa, señora! ¿pues á dónde queréis que os acompañe?

—No quiero que me lleveis, quiero llevaros yo. ¿No queréis que os sirva de guía?

—Indudablemente que guiándome vos, no puedo ir más que al cielo.

—¿Quién sabe?

—Pero os suplico que mediteis que nuestra salida del sarao se ha notado; que vuestra dignidad requiere mi pronta vuelta; que además, he notado que alguien nos sigue.

—¿Y qué me importa? ¿Qué os importa á vos?... Sigamos: mirad qué noche tan hermosa; mirad qué luna: vaguemos por las calles al aire libre..... y que nos sigan en buen hora.

—Creo señora que estais enferma;

vuestra voz tiembla de un modo singular; os extremeceis toda.

—Sí, sí, estoy enferma: por lo mismo sigamos, aspiremos el fresco viento de la noche.

Y la princesa tiraba de don Juan, que se hacía el reacio expreso.

Empezaron á rodear calles y en silencio: ella creía haber dicho bastante; él se había propuesto que ella lo dijese todo.

Con el andar y con el fresco de la noche volvieron la calma y la razón á Angiolina:

—¡Qué pensareis de mí, don Juan! le dijo.

—¿Qué queréis que piense? dijo don Juan

—¿Que qué quiero que penseis? pero eso no es una respuesta: no se trata de lo que yo quiero, sino de lo que pensais vos.

—Pienso que he tenido la fortuna de que volvais la vista á mí, cuando habeis necesitado de alguno que os acompañe.

—¿Y pensais que yo hubiera pedido á cualquier otro que me acompañase?

—Creo que respecto á vos me encuentro en el mismo caso que cualquiera de vuestros conocidos.

—Pues os habeis engañado.

—¿Ocupo yo en vuestro corazon un lugar distinto que los demás?

—¡Oh! ¡sí!

Y aquel *¡oh! ¡sí!* de la princesa equivalía á decir: *yo os amo.*

Don Juan se hizo el torpe.

—Pues no tengo motivos para creer... dijo.

—¿Os habeis propuesto, don Juan, que yo lo diga todo? observó con suma impaciencia la princesa.

—¡Pero si vos, señora, me habeis dicho ya cuanto teniais que decirme!

—¿Y qué os he dicho?

—Que no podeis amarme.

—Pues.... ya que me obligais á ello... será preciso decíroslo. Cuando contesté á vuestra demanda de amor que no podía amaros, me engaé.

—¡Ah señora!

—Cuando os ví, vuestra primera mirada me causó extrañeza. Casi me ofendí.

—¡Ah! me comprendisteis mal.

—No don Juan; acostumbrado, sin duda, á tratar con ciertas mujeres, sois demasiado audaz. Sin embargo de que me ofendí vuestra confianza en vos mismo, no pude menos de recordaros.... luego deseé volver á veros: os ví y sentí algo misterioso por vos: como no he amado nunca, no comprendí que os amaba: cuando me pedisteis amor os contesté poniéndoos delante mis deberes, y os los puse de buena fe: pero esta noche he conocido que os amo con toda mi alma.... porque he tenido celos.

—¡Celos! ¡celos vos y por mí! exclamó don Juan afectando la más perfecta admiración.

—Sí; celos de una mujer á quien, no sé por qué aborrezco: de una mujer que os ama... que está loca por vos... de la duquesa de la Jarilla.

—¡Ah! ¡celos infundados!

—¡Vos no la amáis! exclamó con ánsia la princesa.

—Os juro que á nadie amo más que á vos; que he galanteado á muchas mujeres pero que vos sois la primera á quien amo.

—¡Oh! ¡que feliz seré si llego á creer en lo que me decís!

—¿No os he dado bastantes pruebas?

—Sí, creo que me amáis, porque necesito creerlo; porque yo no creía amaros y el conocer que os amaba otra mujer me ha desgarrado el corazón: entonces me decidí á ser vuestra, á ser vuestra para siempre.

—Creo señora, que no meditais bien lo que decís: que estáis irritada.

—Sí, he meditado lo que digo: he medido con una sola mirada mi destino respecto á vos, y esa mirada me ha dicho: serás suya, serás su esclava, pero solamente suya.

—¿Y vuestro esposo?

—Solamente vuestra.

—¿Pero no consideráis?

—Nada considero. Si muero por vos moriré contenta.

—¿Pero el mundo?...

—¿Y qué me importa el mundo? ¿qué me importa que ese mundo diga señalándome con el dedo: esa, la altiva, la orgullosa, la invencible, es al fin la querida del marqués de la Guardia: ha caído como todas? el nombre de querida vuestra será mi orgullo.

—Pero puede evitarse que el mundo sepa....

—¡Evitar yo que el mundo sepa que os amo! ¡que soy vuestra querida! no; yo no soy hipócrita, ni encuentro condiciones para el amor: ó amar ó no amar: ó todo ó nada. Esta noche váis á venir á mi casa y váis á entrar en ella por la puerta principal, dándome el brazo, delante de mis criados, como si fuérais mi esposo: nada de misterios: suceda lo que quiera: si mi esposo me mata... bien: si me arroja de sí... me irá con vos: si vos me abandonáis... me meteré en un convento á llorar y orar por vos. Estoy decidida y nadie me hará volver atrás.

¿Sentía la princesa lo que decía con toda su exageración, con todo su ardor, ó era que comprendía que todo aquello era necesario para vencer á la hermosa duquesita?

Entrambas cosas: Angiolina era una mujer exagerada: había contraído un empeño por el marqués y aborrecía á Amina.

Por su parte don Juan no pudo menos de exclamar en el fondo de su alma al ver la posición en que se había colocado la princesa.

—¡Mi adorada Esperanza es mía!

Después don Juan y la princesa siguieron hablando como dos amantes locos, hasta que llegaron á la casa de la princesa á cuya puerta principal llamó el marqués.

Abrió el portero: el zaguan estaba débilmente alumbrado y Angiolina pidió luces.

Luego la precedieron, alumbrándola con antorchas, dos pajes que se asombraban de que su señora llegase á aquellas horas á pie, y acompañada de un caballero jóven y buen mozo, que continuaba dándola el brazo hasta dentro de su casa y que penetraba con ella en sus habitaciones particulares.

Angiolina despidió desde allí á los pajes, é introdujo á don Juan en una preciosa cámara donde la esperaban dos doncellas que se asombraron al ver al marqués.

—La cena, dijo la princesa quitándose el manto.

La cena fué servida, y cuando se hubo ferminado, la princesa despidió sus doncellas hasta el otro día.

Para completar este capítulo restanos decir lo que pasó *sotto voce* en el palacio del duque del Infantado.

Algunos caballeros jóvenes, que habían extrañado la temprana salida de la princesa acompañada de don Juan, se propusieron averiguar hasta dónde pudiesen el resultado de aquella aventura, y uno de ellos fué comisionado para seguir á la pareja.

El seguidor volvió una hora después con la estupenda noticia de que la princesa y el marqués, distraídos en una animada conversación, habían vagado á la ventura por las calles, y de que, por último, la princesa había entrado en su casa por la puerta principal, arrastrando consigo al marqués de la Guardia: esta noticia corrió de

oído en oído hasta que llegó á los de Amina.

La pobre jóven no necesitaba esta noticia confirmadora de sus celos; en la mirada que le había fulminado Angiolina al salir del sarao, había comprendido que la robaba su amante.

Pero por fuertes que sean nuestras convicciones, siempre es un golpe terrible su funesta confirmación. Amina se sintió verdaderamente enferma, y, como siempre sus criados la esperaban, se trasladó á su casa.

A día siguiente el leal Harum se presentó al emir.

—La noble sultana Amina, le dijo, me ha mandado que averigüe la historia de una princesa italiana llamada Angiolina Vizconti.

Quedóse por un momento Yaye pensativo.

—Pues bien, dijo al fin: vete á Roma y procura poner de claro en claro la historia de Pedro Vizconti, coronel que fué de los suizos del papa. Sigue el hilo, gasta oro, ejercita tu ingenio y trae las noticias que de esa mujer encuentres, á la sultana.

Por una coincidencia singular, cuando el marqués de la Guardia se despidió, bien entrado el día, de la princesa, esta salió de su retrete, atravesó algunas habitaciones y en una de ellas se detuvo y dió dos palmadas.

Al punto, y como lanzado por una máquina, apareció entre el tapiz de una puerta un hombre.

Aquel hombre era jóven; como de treinta y cuatro á treinta y cinco años, y hermoso, con la hermosura meridional del tipo romano: sus ojos tenían algo de lo sesgado y duro de la mirada del bandido de la campiña de Roma; llevaba calada sobre los negros y rizados cabellos una gorra de paño, revuelta una capa parda al cuerpo, entre cuyos pliegues asomaba la enorme empuñadura de una espada de ga-

bilanes; por cima de aquella capa se veían su hombro y su brazo derecho, ancho el uno y robusto el otro, vestidos por la manga de un jubón de terciopelo verde tomado de oro; el otro hombro y el otro brazo estaban envueltos por la capa, y bajo el corto extremo de esta, se veían dos piernas perfectamente contornadas, ceñidas por unas calzas de grana y dos pies de excelente forma, calzados por zapatos de ante.

La princesa, anticipando su palabra á la de este hombre, que por su parte permaneció impassible, le dijo con acento familiar:

—Sígueme, Bempo.

Bempo la siguió por una sucesión de habitaciones apartadas y desamuebladas, y entró con ella en un retrete donde había algunos cofres.

Abrió uno la princesa, buscó en él, sacó un estuche y del estuche un brazalete de perlas y diamantes y le entregó á Bempo.

—¿Para qué es esto? dijo aquel singular personaje.

—Para que lo vendas, contestó la princesa.

—¿Y qué he de hacer con el dinero?

—Ir á Granada: necesito que busques allí noticias de la duquesa de la Jarilla, de su padre, de su madre, de sus abuelos: que averigües día por día la historia de su familia: esto no te será difícil, porque ha existido un pleito ruidoso acerca de la posesión del ducado de la Jarilla, y se han hecho muchas pruebas é informaciones. Nada te importe gastar: el valor de esta joya es considerable: lo que quiero son noticias de la duquesa y pronto.

—¿Y cuando he de partir?

—Mañana.

Al día siguiente salieron Harum el monfi para Roma: Bempo para Granada.

CAPÍTULO VII.

CELOS ITALIANOS.

Habían pasado cuatro meses desde el jueves santo y dos desde que el marquesito era amante público de la princesa. Angiolina había demostrado al marqués que sus protestas de amor no habían sido vanas: no recataba de nadie el amor que le tenía, demostrándoselo delante de las gentes, con la expresión, con la mirada, por cuantos medios puede demostrarlo una mujer.

Amina lo veía, sufría, callaba, ocultaba bajo la más profunda reserva sus dolores, pero por mucho que fuese su dominio sobre su corazón, había momentos en que el despecho la vendía; gentes hubo que, recogiendo estos descuidos, mejor dicho, estos momentos de desesperación, se encargasen de decir á todo el mundo que la hermosa duquesita estaba enamorada del marqués.

—Hé ahí un mancebo afortunado, decía alguno; las dos mujeres más hermosas de la corte le aman; la una es su querida y la otra desea serlo.

Y seguía la murmuración y el odio entre las dos rivales.

Harum había vuelto de Roma trayendo consigo la historia de Angiolina.

Bempo había vuelto también de Granada trayendo un mamotreto.

Al leer la princesa los papeles que le entregó el italiano se estremeció de placer: pero aquel placer era el de la venganza.

Porque la princesa tenía celos: hacía mucho tiempo que el marqués no era ya para ella el amante frenético... hacía mucho tiempo que faltaba días enteros de su lado: Angiolina le había hecho seguir y sabía que todas las noches, al mediar, iba el marqués á

rondar los balcones del palacio de la duquesa.

Angiolina, pues, que había devorado su rabia, cuando tuvo en sus manos un instrumento vengador, se apresuró á aprovecharle.

Esperó á que don Juan se la presentase á la hora de costumbre, esto es, al oscurecer.

Entró don Juan confiado y alegre. Angiolina le asió de una mano.

—Ven, le dijo, necesito hablarte donde nadie pueda escucharnos.

El marqués siguió á la princesa algo interesado por este exordio.

La princesa le llevó á un retrete apartado.

Cuando estuvieron en él, Angiolina cerró las puertas de las habitaciones contiguas y después las del retrete.

—¿A qué tanto misterio, Angiolina? la dijo el marqués: ¿no has cifrado tu orgullo en que todo el mundo sepa que eres mi amante.

—Sí, contestó pálida de celos la princesa; pero no quiero que nadie sepa que he sido vilmente engañada.

—¡Que yo te he engañado!

—¡Sí! ¡no me amas!

—¡Que no te amo! exclamó afectando la mayor sorpresa el marqués, ¿pues por quién estoy loco?

—Voy á decirtelo: por esa mujer á quien llaman en la corte, no sé por qué, la hermosa duquesita.

—¡Bah! y ¿puedes tú tener celos de doña Esperanza? ¿tú la mujer más hermosa del mundo?...

—Celos, sí, celos terribles, porque se vengarán. ¡Herirme en el corazón, abandonarme, y todo por una especie de aventurera!

—La pasión te ciega: quieres mal, no sé por qué, á la duquesa de la Jarilla, y la prueba está en que la niegas lo que nadie la ha negado: lo ilustre de su cuna.

—Sí, ciertamente: es hija de una esclava y de un bandido.

—¡Ah! ¡perdona, Angiolina! ¡nada de eso sabía yo!

—Puedo contarte su historia: su madre doña Estrella de Cárdenas era conocida en Granada con el nombre de la hermosa indiana, y gozaba allí de la fama que, por extravagancia, ha obtenido en la corte su hija: doña Estrella era morena, con ese horrible color moreno dorado de las indias, que las hace semejantes á una naranja con forma humana.

¡Ah! ¿crees que la duquesita es hija de una india?

—No es que lo creo, tengo la prueba de ello.

—Pues te escucho, vida mía, porque esa historia debe ser curiosa.

—Te la contaré, y con tanta más exactitud, como que poseo la relación escrita y la he aprendido de memoria.

—¿Y quién te ha escrito esa relación?

—La justicia de Granada, por las dos vías que pueden hacer escribir á la justicia: la civil y la criminal: porque has de saber que el abuelo de doña Esperanza, rey ó cacique de los indios rebeldes de Méjico, ha estado encausado por crímenes, y que si el rey le ha indultado ha sido á beneficio de las muchas perlas y el mucho oro que se han distribuido entre algunas de las gentes del consejo de su magestad: como que dicen que ese indio tiene tesoros inmensos; que la justicia haya tenido que ver civilmente con esa familia, consiste en el pleito que sostuvo por la herencia del duque de la Jarilla, un sobrino de este con la princesa mejicana. Hay en el proceso declaraciones importantes del capitán general del reino de Granada don Luis Hurtado de Mendoza; del duque de la Jarilla, bisabuelo materno, según pretenden, de la doña Esperanza; unos papeles que se encontraron en la casa de un capitán de in-

fantería española, llamado Alvaro de Sedeño, y por último, una relación escrita de doña Inés de Cárdenas, abuela de doña Esperanza, y esposa del cacique indio.

—Has excitado vivamente mi curiosidad, adorada mía, dijo don Juan y, espero con impaciencia esa historia.

La princesa palideció letalmente, porque comprendía el verdadero interés de don Juan en conocer la historia de Amina; sin embargo, se dominó, se reclinó indolentemente en el estrado, echó la cabeza atrás, dejando enteramente descubierta su hermosa garganta y empezó de esta manera:

—Hace cincuenta y cinco años, en 1522, dos después del descubrimiento y conquista de Méjico por el gran Hernán Cortés, fué enviado á aquellas remotas regiones para servir al rey bajo la autoridad del virrey de Méjico, uno de los caballeros más principales de Castilla.

Era este don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, recientemente viudo de doña María de Avendaño, cuya muerte le había dejado inconsolable. De este matrimonio solo había nacido una niña: doña Inés de Cárdenas, que en la ocasión en que su padre fué nombrado para aquel empleo contaba solo catorce años.

Amábala de tal modo el duque, que no tuvo valor para separarse de ella. Ciertamente que era un amor muy extraño el de aquel padre, que llevaba aquella hija única, aquella flor delicada, á aquellas regiones remotas, donde ardía una guerra encarnizada, y para llegar á las cuales era necesario arrostrar los peligros de mares aun no bien conocidos, y tan bravos, que imponían espanto á los más valientes pilotos.

—¿Y sin embargo, dijo don Juan, el duque no desistió de su empeño?

Los hombres de aquellos tiempos eran atroces.

—El duque, continuó la princesa con acento acerado, hizo aquel viaje por amor á su hija.

—¡Extraño amor el de ese padre!

—Lo comprenderás cuando sepas, que el duque de la Jarilla, de que nos ocupamos, había corrido, como tú, una juventud borrascosa; que en todo género de excesos había gastado su salud y sus rentas, y que cuando murió su esposa, no le quedaba más que el título. Como las Indias son el tesoro donde iban y donde van á reponerse los españoles arruinados, el duque solicitó el oficio de adelantado sobre las fronteras de los rebeldes, y el rey se lo concedió.

—¡Ah! empiezo á comprender; el duque quiso volver á ser rico por amor á su hija: y por amor también no tuvo valor para separarse de ella.

—Cabalmente; pero había en esto mucho de fatal. El libro santo dice que los hijos pagarán los pecados de los padres hasta la tercera y cuarta generación.

—El libro santo es al fin un santo libro, y dice muy santas cosas, aunque harto duras, tales como la de que paguen justos por pecadores. Pero continúa, Angiolina, continúa; te confieso que me vá interesando mucho tu cuento.

—Mi historia, don Juan, mi historia.

—Sea en buen hora; pero continúa.

—Después de una larga navegación, el duque llegó sin accidente á Méjico, y enseguida se trasladó á su adelantamiento. Hizo bravamente la guerra á los indios, y en solo dos años logró ver reunidas unas riquezas diez veces mayores que las que había perdido. Enviada parte de aquellas riquezas á España á un mayordomo leal, las rentas del ducado de la Jarilla, fueron desempeñadas, pagadas las lan-

zas y medias annatas atrasadas, para lo cual bastó, como he dicho, que el duque enviase solamente una pequeña parte de las presas hechas á los indios. Todo parecia indicar al duque que se volviere, pero la codicia le cegó, y determinó seguir ejerciendo aquel su buen oficio de adelantado algunos años más.

—Me parece, dijo don Juan, que vamos llegando al capítulo de las pérdidas.

—Efectivamente, según la relación sacada de los autos á que me refiero, á los dos años, tres meses y diez días de haberse embarcado el duque para Nueva España, perdió su hija; el amor que le había impulsado á aquella arriesgada empresa; todo lo que le quedaba en el mundo.

—Lo que demuestra que los hijos pagan los pecados de los padres.

—Doña Inés pagó los del suyo de una manera cruel. Figúrate don Juan, que durante la noche de... no recuerdo exactamente la fecha, pero esto no hace al caso... los indios acometieron el fuerte que ocupaba el adelantado, le entraron, hicieron una matanza horrible y se llevaron consigo á doña Inés.

—Preveo las consecuencias, dijo el marqués: el rey de aquellos bárbaros se casó con la hermosa castellana.

—¿Quién cuenta la historia, don Juan, dijo con impaciencia la princesa, tú ó yó?

—Perdóname, pero...

—¡Querías darme una muestra de tu penetración! renuncia por ahora á ello, y del mismo modo á saber si el cacique se enamoró de doña Inés ó doña Inés del cacique. Hemos concluido la primera parte de mi historia.

—Pues no puede ser más sencilla.

—De una bollota nace una encina, don Juan, y ya verás como los sucesos se complican. Voy á referirte la segunda parte que es mucho más sen-

cilla, como que se reduce á muy pocas palabras: el duque de la Jarilla buscó en vano á su hija, y en vano durante diez años envió al desierto indios de paz, ofreciendo un crecidísimo rescate por ella. Por último, habiendo enfermado y casi enloquecido el duque, los médicos le declararon formalmente que si no volvía á su país natal moriría sin remedio antes de seis meses.

—¿Y se volvió?

—Se volvió pensando recuperar su salud, solamente para volver á buscar de nuevo á su hija: el duque se estableció primero en la corte, y después se vió obligado, por consejo de los médicos, á ir á buscar, no su salud, porque la había perdido para no volverla á recobrar, sino su vida, bajo el templado cielo de Andalucía.

El duque se retiró á uno de sus estados cerca de Guadix.

Hemos concluido la segunda parte de nuestra historia.

—Pues te confieso, adorada Angiolina, y no te ofendas por ello, que tu historia á fuerza de poco interesante, me va causando sueño.

—Espera, espera; este no es un libro de caballerías donde se suceden una sobre otra las aventuras; es una historia real y efectiva. Entremos en la tercera parte.

Era el año de 1546, veinte y cuatro años después del día en que el duque salió de España para Méjico y veinte y uno desde el en que le fué robada su hija por los indios.

El duque la había buscado inútilmente durante diez años en los mismos lugares donde le había sido robada, y debía encontrarla después de su venida á España en Granada, pero la encontró muerta.

—¡Muerta! exclamó con asombro don Juan.

—¿Ves como mi historia se vá haciendo interesante?

—¿Pero cómo fué ese encuentro?
¿Quién había llevado allí á la hija perdida?

—Voy á entrar en pormenores: una noche, en el mismo año de 1546, al pasar una ronda por delante de una casa del Albaicín en Granada, encontró su puerta franca, penetró en la casa y la encontró desamparada, pero en una de sus cámaras encontró el cadáver de una mujer, muerta, al parecer naturalmente, y el de un capitán de infantería española, manco y cojo, atravesado de parte á parte por una espada que aun permanecía en la herida. Preguntóse á los vecinos el nombre del dueño de aquella casa y ninguno le conocía. Entonces la justicia mandó que los cadáveres fuesen expuestos en la puerta de la parroquia.

—¡Ah, ah! esto es ya distinto, me agradan los misterios.

—Antes de pasar adelante te haré reparar en una circunstancia: al recoger el cadáver de la mujer se notó que le faltaba enteramente un rizo de cabellos de la izquierda de la cabeza. Reparóse también que en una de las sábanas faltaba un pequeño pedazo cuadrado de lienzo, cortado al parecer con puñal, navaja ó daga.

—¿Y sirvió esta observación para algo?

—Ya verás. Aquel rizo de cabellos envuelto en aquel pedazo de sábana, fué hallado sobre el pecho de un hombre á quien se había preso la mañana siguiente á la noche en que acontecieron aquellos sucesos, juntamente con un alemán en cuya casa vivía.

El preso á quien encontraron el rizo y el pedazo de lienzo, era el cacique mejicano.

—¡Ah! ¡el preso en cuestión era el cacique?

—Un indio feroz; un hombre cubierto de crímenes; el abuelo de tu duquesita.

—¿Y por qué crímenes le habían preso?

—Por el de traición al rey.

—¡Traición al rey!

—Sí; se le acusaba de andar en tratos con los moriscos de Granada, y de darles el dinero que habían menester para un levantamiento: así lo había declarado el capitán Sedeño, la misma noche que fué asesinado, á don Luis Hurtado de Mendoza. En una palabra: el tal cacique era un criminal que conspiraba contra el rey, y en una ocasión terrible, cuando estaban convenidos en levantarse los moriscos de la ciudad de Granada en unión con los monfies de las Alpujarras: este tal, este cacique, el abuelo de doña Esperanza, era muy amigo del emir de los monfies.

—¿Y me querrás decia Angiolina, qué son monfies?

—¿Qué se yo? una especie de moros sueltos, no reducidos, salteadores, jente feroz, que viven de lo que roban, de lo que saquean, de lo que incendian. ¡Dignos amigos del abuelo de tu amada!

—¿Sabes que me va interesando demasiado tu historia?

—Pues aun queda más, mucho más; dejando por ahora á un lado al cacique, has de saber que el capitán general no teniendo en Granada bastante gente de guerra, no ya para castigar, sino que ni aun para evitar el levantamiento de los moriscos, envió con urgencia partes á las villas y ciudades cercanas para que le acudiesen con gentes, y uno de los caballeros que acudió con sus criados al llamamiento del capitán general, fué el antiguo duque de la Jarilla, don Juan de Cárdenas, que al entrar el día siguiente en Granada vió, por acaso, dos cadáveres expuestos en la puerta de una iglesia, y en uno de ellos reconoció á su hija.... doña Inés que le había sido robada veinte y dos años

antes en Méjico. ¿Crees tú que él du- que que era viejo y que estaba loco, no pudo equivocarse? ¿crees que fue- se efectivamente aquel cadáver el de doña Inés de Cárdenas?

—Bien podía ser. Y sobre todo cuando la justicia después de repeti- das, y sin duda, minuciosas indaga- ciones y probanzas, lo dijo, no debió engañarse.

—La justicia es ciega, don Juan, sobre todo cuando se le pone sobre los ojos una venda de oro. ¡La justi- cia! ¿Sabes el primer testigo que se tuvo de la certeza del dicho del du- que...? un viejo escudero tan acha- coso y tan loco como su amo que afir- maba que la difunta era su señora doña Inés de Cárdenas.

—No conozco el proceso.

—Pues bien, voy á dártelo, porque ya me cansa esta historia, y en él ve- rás lo que dejo de decirte.

Y la princesa se levantó, salió de- jando profundamente pensativo al marqués, que á duras penas había sostenido su serenidad, y volvió, tra- yendo un enorme volumen de pape- les.

—Aquí tienes el proceso que me he procurado, deseando saber si la mujer que amas es digna de tu amor... en él encontrarás que la duquesa de la Jarilla es una mujer de origen du- doso, y que, dado caso que proceda del duque de la Jarilla, siempre será la nieta de un indio y la hija de un hidalguillo oscuro, de un sopista de Salamanca.

—¿Quién piensa en que yo ame más que á la luz de mis ojos? dijo don Juan disimulando su ansiedad y atra- yendo hácia sí á la princesa, y dán- dola un beso en la boca: tu historia me ha entretenido y nada más: es muy interesante.

—¡Aparta, aparta traidor! dijo la italiana rechazando las caricias del marqués: ¿por qué esforzarte tanto en

disimular el interés que te inspira la historia de la duquesita?

—¡Ah, no! dijo indolentemente el marqués, cosas hay en el muudo que al principio no nos interesan y que después deciden de nuestra vida.

—¿Y será para ti una de esas co- sas la historia que se encierra en es- te proceso? dijo la recelosa venecia- na, posando en don Juan una mirada candente.

—Tus celos, divino amor mío, dijo don Juan asiendo por sorpresa el ta- lle de la princesa y estrechándole amorosamente, acabarán por volver- me loco, porque ellos me demuestran cuanto me amas.

—¡Ah, don Juan! tú eres mi pri- mer amor, el primer amor que se ha cruzado á mi paso en los veinte y seis años de mi vida; por tí he olvidado mi decoro, me he manchado delante del mundo, he aborrecido á una mu- jer á quien acaso, no mediando tú, habría amado; para darte á conocer en parte á esa mujer he hecho sacar testimonio de ese proceso por el es- cribano de cámara de la chancillería de Granada, Alfon de Villasante: ahí están los derechos jurados al pié de cada testimonio, que valen una buena suma de maravedises.

—Permiteme Angiolina que te di- ga que eso no pasa de ser una extra- vagancia de tu amor.

—¡Una extravagancia!

—Te pido perdón por la palabra, pero no encuentro otra más exacta: además, si yo amara á doña Esperan- za, lo que no es posible amándote co- mo te amo, ¿no comprendes que todas estas singularidades, lo misterioso de su origen, lo real de su alcurnia, porque al fin su abuelo es ó ha sido rey.... siquiera de idólatras; las des- gracias de su familia, aumentarían mi amor en vez de extinguirle?

Don Juan había comprendido que la princesa tenía algo más que reve-

arle que lo contenido en el proceso respecto á Esperanza; no quería preguntarla, y para saber todo lo que supiese Angiolina respecto á la duquesa de la Jarilla, irritaba su celos.

La princesa palideció densamente; miró de una manera sombría á don Juan y exclamó trémula de cólera:

—Bien sabía yo que la amabas: los ojos de una mujer, que ama como yo te amo, no se engañan: pues bien: contaré á todo el mundo esa historia que habia comprado para tí solo, y veremos si te atreves á amar á una mujer á quien todo el mundo señale con el dedo: todo el mundo no tiene los mismos motivos que los oidores de la chancillería de Granada, para creer á ciegas cosas tan extraordinarias.

—Por tu bien te aconsejo, dijo don Juan que iba perdiendo la paciencia, que no propales esa historia, mi querida Angiolina: aborreces, aunque sin motivo, á doña Esperanza, y no querrás ser la causa de que se haga adorable, en el momento en que todo el mundo sepa su historia. ¡Bah! no se qué motivos tienes para desconfiar de mi amor.

—Don Juan, dijo gravemente la princesa, ya que no basta lo que sabes para que te apartes de esa mujer, voy á revelarte un secreto terrible: tu padre murió á hierro.

—¿Qué quieres decir, Angiolina?

—Tu padre el marqués de la Guardia apareció una mañana muerto á estocadas en una oscura calleja del Albaicín.

—Es verdad.

—¿Sabes quien le mató?

—No pudo averiguarse quien fué el asesino.

—Pues yo te lo voy á decir: el asesino de tu padre es don Juan de Andrade, padre de la hermosa duquesita de la Jarilla.

—¡Eso es imposible! gritó, perdiendo los estribos el marqués; mien-

tes; ¡mientes de una manera infame!

—¡Ah! exclamó Angiolina, poniéndose la mano sobre el corazón, como si hubiese recibido en él una puñalada: tu amor por esa mujer se revela al fin en una frase descortés, lanzada al rostro de una dama, pero me has dicho que miento y es necesario que te presente la prueba de que te he dicho la verdad, por más terrible que haya sido.

Y la princesa salió de nuevo precipitadamente y volvió con otro papel en la mano, que entregó á D. Juan.

—¡Lee! ¡lee y cree! le dijo; ese es el testimonio de una declaración dada en el tormento por uno de los bandidos del padre de tu amada.

El marqués leyó aquella declaración, y no pudo acabar: se nublaron sus ojos, vaciló, dejó caer el papel de las manos y se vió obligado á sentarse en el estrado.

—¡Oh! dijo la implacable princesa, recogiendo el testimonio y guardándolo; horribles crímenes, y homicidios hechos por ese hombre; la certeza de que es rey de los monfies, por declaración de un monfi; los deshonoros celos de ese hombre hácia su esposa, todo está aquí escrito, testimoniado, vivo, acusador, y me basta solo quererlo para que todo el mundo sepa que la mujer que amas es hija de una ramera y de un bandido. ¡Oh! ¡las venecianas, don Juan, cuando amamos sabemos amar! ¡cuando hieren nuestro amor sabemos vengarnos! ¡Oh! ¡estoy plenamente convencida de que me has tomado por tu juguete, porque te he parecido bastante hermosa, ó por vanidad ó... no sé por qué..! ó, tal vez, y si esto fuese cierto sería horroroso, para dar celos conmigo, con una mujer digna á una mujer que ha estado perdida una noche en Madrid, sin que nadie sepa donde ha estado. Me has tratado indignamente: me has creído, sin duda, una de esas

infames mujeres entre las cuales has perdido el corazón y el pudor... pues bien, me vengaré don Juan, me vengaré: pero de una manera terrible: ¡te juro por la salvación del alma de mi madre que me vengaré!

Y la princesa irritada, altiva, más hermosa que nunca, pero con una hermosura que causaba miedo, salió dando un portazo y dejando solo á don Juan.

El testimonio que guardaba la historia de la familia materna de Amina, quedó abandonado sobre los almohadones, donde poco antes descansaba la enamorada princesa.

Don Juan permaneció algún tiempo inmóvil, luego tomó silenciosamente el testimonio y salió, primero del retrete y luego de la casa.

CAPÍTULO VIII.

DE LA NO MENOS EXTRAÑA AVENTURA QUE SUCEDIÓ AL MARQUESITO MIENTRAS RONDAVA Á LA HERMOSA DUQUESITA.

Don Juan se encaminó á su casa y se encerró en su cámara dando orden de que por nada ni para nada le importunasen. Sentóse junto á una mesa y se puso á hojear el testimonio.

Pero tenía la imaginación llena y turbada con las noticias que le había dado la terrible princesa: zumbaban aun en su oído aquellas funestas palabras:

—El emir de los monfíes de las Alpujarras es el asesino de tu padre.

Don Juan no pudo leer una sola línea: una niebla de color impuro flotaba entre sus ojos y aquellas palabras: una perturbación extraña envolvía su espíritu. Por más que creyera que las noticias de Angiolina eran exageradas y acaso mentiras aceptadas por sus celos, había en aquellas noticias verdades comprobadas de las cuales no podía dudar. Por ejemplo: si Esperanza no era decididamente

una mujer de la raza indígena mejicana, tenía mucho de aquel moreno rojo é incitante que había tenido ocasión de admirar el marquesito en algunas mujeres venidas de allende los mares, como esclavas ó esposas de los españoles de la conquista del Nuevo Mundo: el carácter del duque tenía mucho de excéntrico, de poderoso, de extraordinario: don Juan recordó el extraño capricho del duque de que su hija fuese reina, y todos estos misterios, la revelación de que el duque era el matador de su padre, fermentando en su loca imaginación, aumentaron de una manera prodigiosa y á despecho suyo su amor por Amina: esto parecerá extraño á alguno que creará que don Juan debía mirar con aversión á la hija del matador de su padre; pero debe recordarse que el marquesito extrañaba sobremanera el contesto de aquel versículo de las Sagradas Escrituras, que dice:

Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso, que vierto la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen.

Don Juan no alcanzaba la profunda filosofía de que están nutridos los libros santos, y rechazaba aquel precepto que, según él, hacía responsables á los hijos de las faltas de los padres.

Don Juan no comprendía siquiera la palabra fatalidad, con la cual únicamente se explica aquella terrible é inapelable sentencia: Don Juan no comprendía que las causas producen efectos, y que las consecuencias de los crímenes de los padres alcanzan necesariamente á los hijos.

Además que para tener estas ideas en los tiempos de don Juan era necesario ser un hombre muy avanzado, porque tales ideas no eran de aquellos tiempos, y casi casi no lo son aún de los nuestros.

Sea como quiera, en don Juan no había que buscar otra cosa que corazón, y aún este estaba harto viciado por la educación que había debido á su tío: no había conocido á su padre y no le amaba: si le había irritado el saber el nombre de su matador, había sido más porque aquel hombre era el padre de su amada. Si hubiera sido otro, D. Juan se hubiera ido á buscarle y le hubiera dicho:

—Vos matásteis á mi padre y yo voy á mataros aquí mismo, como quiera que os encontréis: si quier sea en pecado mortal.

Lo hubiera hecho, como lo hubiera dicho, y despues no se hubiera vuelto á acordar de ninguno de los dos difuntos.

Pero á despecho de don Juan, una voz interna le decía que debía hacer justicia en el matador de su padre; pero como para hacer justicia en causa propia es necesario estar justificado á los ojos de aquel á quien debemos castigar, don Juan, siempre que pensaba en esto, tropezaba en su conciencia. Recordaba aquel padre deshonrado, que con tanta calma, con tanto valor, con tanta grandeza había recibido al seductor de su hija: entonces creía comprender por qué razon el duque ó el emir de los monfies, aquel personaje extraordinario, en una palabra, no había lavado con su sangre el deshonor de Amina: don Juan creía escuchar en los labios del duque estas ó semejantes palabras:

—Maté al padre por calumniador ó seductor de mi esposa: no quiero matar al hijo por corruptor de mi hija.

Cuando pensaba esto don Juan casi comprendía la sentencia de Dios, y sentía sobre su frente un peso enorme, que casi le obligaba á doblegar su soberbia cabeza ante el duque. Aquel hombre había tenido su vida en sus manos y no la había tomado. El duque había matado al marqués, sin duda

justamente: el hijo del marqués había herido de una manera infame el corazón del duque. Casi estaban en paz. Don Juan, pues, no pudo aborrecer al matador de su padre y en cuanto á Amina...

Amina había aumentado en valor á los ojos del marquesito de una manera prodigiosa: su empeño por ella se había centuplicado. Era necesario á todo trance que fuese suya, enteramente suya, dijese la irritada sombra del difunto marqués lo que quisiese: dijera el mundo lo que más le agradase: era necesario conceder, á pesar de lo mucho que se había hablado acerca de la pérdida de la duquesita, que esta tenía un prestigio legítimamente adquirido, ya por la grandeza que naturalmente rebosaba de ella, ya por su extremada hermosura, ya en fin por las riquezas de su padre: además tanto se había hecho respetar Amina de la maledicencia, que á pesar de haber sabido toda la córte que había estado perdida toda una noche, se creyó lo del convento de las Vallecas, y nadie sospechó siquiera que su pureza se hubiese empañado: todo el mundo creyó lo que quiso creer excepto lo deshonoroso, porque ni el duque ni su hija, ni sus criados, habían dado á nadie explicaciones, y por otra parte, muertos los cómplices de don Juan, é interesado éste por la honra de la mujer que amaba, nada cierto se había sabido, porque el que hubiese podido servir de testigo fehaciente, el comediante Cisneros, estaba demasiado interesado en guardar el secreto, y, por otra parte, tenía tal fama de mancillador de honras, que nadie le hubiera creído bajo su palabra.

Sobre todo esto, Amina se había presentado al día siguiente de su pérdida en los parajes más públicos con la frente alta y radiante de pureza y de inocencia, y había conseguido lo que se consigue siempre cuando se mi-

ra frente á frente al mundo con la expresión de la dignidad y del orgullo.

La funesta aventura de la noche del jueves santo de 1567, solo era conocida de Yaye, de Amina, del marqués de la Guardia y del comediante Cisneros.

El secreto, pues, estaba perfectamente asegurado.

Llena la imaginación de delirios, enamorado, fuera de sí, don Juan salió de su casa y se encaminó á Puerta de Moros, cerca de la cual tenía su palacio Yaye.

¿A qué iba allí el marquesito? A pasearse por la calle, á mirar á las ventanas de su amada, á ocultar en la sombra y el silencio el dolor de sus amores. ¿Acaso en nuestra juventud no hemos hecho cada cual lo mismo alguna vez? ¿Una ventana tras la cual se ve una luz, cuando aquella luz ilumina la habitación de la mujer que amamos, no ha tenido alguna vez para nosotros encantos indefinibles? ¿No hemos esperado ver una sombra tras los cristales, esbelta, hechicera, embellecida por nuestro pensamiento y si la hemos visto, no nos hemos considerados felices?

A eso pues iba don Juan á la estrecha calleja á donde daban algunos balcones de los aposentos de Amina: á estar más cerca de ella; á espiar su sombra en los cristales de los miradores.

Eran más de las doce de la noche y esta muy oscura: ventiscaba y de tiempo en tiempo el cerrado celaje arojaba una ligera lluvia.

Cuando llegó don Juan frente á frente de un postigo de la casa de Yaye y debajo de un balcón cubierto con celosías, se ocultó tras uno de los postes de un soportal de un casuco inmediato y se puso á atalayar el balcón, á través del cual se veía el reflejo de una luz.

Habían pasado cuatro meses desde

el jueves santo y era una calurosa noche de julio: hacía algún tiempo que Amina, so pretexto de enfermedad, no asistía á las reuniones de costumbre, y decimos bajo pretexto de enfermedad, porque todas las noches al mediar, cuando el marquesito estaba ya en la calleja, aparecía una sombra esbelta en el balcón, tras las celosías, y permanecía allí una hora, mirando á la otra sombra opaca que había en la calle. Después la hechicera sombra se retiraba del balcón, se cerraba este, y el marquesito abandonaba su poste y se alejaba suspirando.

Esto demostraba que Amina no estaba enferma, porque tratándose de la casa del duque de la Jarilla, la sombra que hacía permanecer una hora en la oscura calleja al marquesito, no podía ser otra que Esperanza.

Hacía tres días que don Juan no había asistido á aquella cita tácita, á aquella muda y misteriosa entrevista, en que los amantes se hablaban con el alma, y en que se lo prometían todo, se lo juraban todo.

Por lo mismo, y á pesar de la máquina de pensamientos que se revolvían en su cabeza, quiso saber si se le esperaba; si se contaba con que su ausencia sería corta, y se ansiaba su vuelta: tras las celosías del balcón brillaba la luz; pero Amina no estaba allí: don Juan para no ser visto se ocultó detrás del poste, desde el cual hacía su acostumbrada atalaya, y esperó.

Pasó un cuarto de hora, media hora, que marcó lentamente la campana de un reloj dentro de la habitación de la duquesita: al fin el marqués oyó unas pisadas que conocía demasiado, en aquella habitación; luego apareció una sombra tras las celosías, y se apoyó en la balaustrada del balcón.

Don Juan permaneció oculto.

Poco después la sombra se retiró con un movimiento de despecho, y se

entró en la habitación: trascurrido un corto espacio, don Juan oyó el preludio de una guitarra, y al fin la voz de Amina que cantaba.

¿Pero qué cantaba?

La armonía era lánguida, sentida, llena de expresión; un verdadero canto de amores; pero de amores tristes; un gemido del alma. ¿Pero en qué dialecto? era extranjero. Don Juan no comprendía una sola palabra, no podía comprenderla; pero por la entonación, por lo sentido del acento de la jóven, se comprendía á qué género pertenecía su canto.

¿Pero á qué aquel dialecto extranjero?

Otro nuevo misterio se desplegaba ante el alma de don Juan, ó por mejor decir, aquel misterio parecía comprobar las revelaciones de Angiolina. ¿Sería acaso una balada indiana, inspirada por la soledad y la ausencia en una de las bravías y gigantescas selvas del desierto mejicano?

Pero no, no podía ser. ¿Como un pueblo idólatra, y salvaje, según creía don Juan, podía haber llegado á expresar en sus cantos tan dulce sentimiento, tan lánguida, tan triste, tan suspirante armonía?

Aquel canto no era el canto rudo y monótono de un pueblo primitivo, sino el de un pueblo civilizado que había comprendido en todas sus entonaciones el lenguaje del corazón y sabía hablar sin palabras por medio de la música, ese lenguaje maravilloso comprensible para todos los pueblos, cualquiera sea su dialecto, y que debe ser el lenguaje de los ángeles. Don Juan comprendió en aquel canto, que para él no tenía palabras, la expansión del alma de una mujer enamorada, que se encuentra lejos del ser que ama y que solo alienta una dudosa esperanza de poseerle.

Las notas de aquel canto caían una á una en el corazón de don Juan, y

aumentaban su amor, sobreponiéndole á todo otro pensamiento; y decimos que aumentaban su amor, porque el amor, como todos los sentimientos expansivos, puede crecer comprimiéndose hasta hacer estallar el corazón que le contiene.

Amina cantó algunas estrofas; después cesó, y el marqués oyó el sonoro gemido de la guitarra, al caer abandonada con descuido por la mano que la había sostenido.

La duquesita volvió á aparecer en el balcón.

Don Juan iba á dejarse ver, cuando sintió pasos de dos hombres en la calle y se detuvo, y se ocultó más, para dejar pasar á los importunos. Pero con gran sorpresa suya, los dos hombres se detuvieron junto al postigo de la casa del duque, hablaron un momento, y después uno de ellos se acercó al postigo, sonó una llave en la cerradura, abrióse el postigo, y uno de los dos hombres entró. Aquel hombre no era el duque, ni tenía su altivo continente, ni su gallardía. El otro hombre se había quedado fuera, y se había sentado lo, sin duda para esperar cómodamente, en el dintel del postigo.

Amina continuaba inmóvil en el mirador.

En el primer momento el marquesito sintió en sus oídos un zumbido sordo, terrible; luego la sangre se agolpó á su corazón; un movimiento salvaje de rabia, de celos, de indignación, como podía haberlo experimentado un marido engañado, le agitó de pies á cabeza; sintió al fin un horrible vértigo, el vértigo de la venganza, y, saliendo de repente de su acechadero, desnudó la espada, y se fué con ella de punta hácia el hombre que se había sentado en la grada del postigo, y á quien no dejó, como suele decirse, en el sitio, porque la cólera, haciendo errar el golpe al marqués,

salvó á aquel hombre por un momento.

La espada de don Juan había dado en la madera del postigo y se había clavado en ella fuertemente.

El bulto se había puesto de pié y había desenvainado su espada.

El marqués con un violento esfuerzo desclavó la suya, y se fué para aquel hombre, que le esperó con una serenidad que demostraba bien claro que se trataba de un valiente.

Era la noche muy oscura, y no podían verse las caras, y mucho menos los aceros.

Ni uno ni otro pronunciaban una sola palabra.

El marqués acometía, y el incógnito se mantenía firme.

Pero muy pronto se vió obligado á retroceder ante el furioso ataque del marqués; muy pronto aquella retirada fué violenta, el marqués le hizo cejar á todo lo largo de la calle, y al fin, fatigado el otro, aflojó en la defensa, y el marqués le alcanzó con una terrible estocada.

Al sacar don Juan la espada de la herida, aquel hombre cayó redondo en tierra, sin pronunciar una sola palabra.

—¡Ah! exclamó don Juan: ¡ahora me queda el otro, y después el duque, y luego su hija!

Como ven nuestros lectores, el marqués, en su celosa rabia, quería exterminar á medio mundo.

Cuando llegó al postigo, se volvió á él con visible intención de llamar. Amina estaba aun en el balcón, y antes de que el marqués tocase al llamador, se abrieron con extruendo las celosías, y la dulce y grave voz de la jóven dijo con ansiedad:

—Esperad, don Juan; yo os lo suplico.

El marqués se detuvo; permaneció inmóvil y como anonadado algunos segundos, y luego exclamó con un

acento en que se exhalaba una alegría infinita:

—¡Ah! ¡eres tú!

Aquel ¡eres tú! contenía en sus seis letras un mundo de sensaciones y de pensamientos para cuya explicación se necesitaría un volúmen.

—Sí, sí, yo soy; dijo con ansiedad Amina: ¿habéis muerto á ese hombre?

—No lo sé.

—¿Estáis herido?

—No.

—Pero pueden encontrar á ese hombre muerto ó herido: vos os conozco, no os retiraréis: yo os esperaba para hablaros si veniais: os hubiera hablado por una reja, pero ahora es imposible: podían encontraros..... ¡Dios mío!

—¿Y qué podría sucederme peor que lo que me sucede? exclamó con desesperación el marqués.

—Yo no quiero que os acontezca ninguna desgracia. Por lo mismo, seguid adelante junto á la pared hasta que encontréis una reja: trepad por ella; encima hay un balcón: voy á abrir ese balcón.

—¡Oh Dios mío! exclamó el marqués dominado por un intenso sentimiento de felicidad.

Poco después trepaba por una reja, salvaba la balastrada del balcón, pisaba una alfombra, y una hermosa mano asía la suya.

—¡Oh, Esperanza de mi alma! exclamó el marqués.

—Ven conmigo, ven; dijo con voz opaca Amina: este momento es supremo.

Y diciendo esto conducía al marqués asido de una mano á través de habitaciones oscuras.

Amina se detuvo en una de ellas, y dijo con acento grave:

—Júrame, don Juan, que serás prudente: te voy á llevar á un lugar donde mi padre cree que de nadie pue-

de ser escuchado más que de su hija.

—¿Y para qué? dijo el marqués que lo había olvidado todo: escuche yo tu voz, vea yo tus ojos, y nada me importa el mundo entero.

—Has visto entrar en mi casa un hombre, dijo Amina.

—¡Ah! exclamó don Juan, como quien despierta de un hermoso sueño.

—Pues bien, es menester que sepas por qué ha entrado y á qué ha entrado ese hombre aquí: sígueme: no hables una palabra más; recata tus pisadas: silencio y prudencia.

Don Juan se dejó conducir por la duquesita, que le hizo atravesar algunas otras habitaciones oscuras, y al fin le introdujo en una en que penetraba un débil resplandor á través de unas puertas vidrieras, cubiertas con unas tupidas cortinas de cambray bordado.

El marqués levantó imperceptiblemente una de las cortinas: en la otra vidriera observaba Amina: los dos jóvenes estaban asidos de las manos.

En la habitación inmediata había dos hombres.

CAPÍTULO IX.

LO QUE OYERON LA DUQUESITA Y EL MARQUÉSITO.

Uno de aquellos hombres era joven, como de veinte y dos años.

Aquel hombre era el príncipe de Asturias don Carlos de Austria.

Estaba sentado y cubierto.

El otro hombre estaba de pié y descubierto.

Era Yaye.

El príncipe, á pesar de sus pocos años, era uno de esos seres repugnantes que se han gastado practicando constantemente el vicio; su palidez enfermiza, sus ojos de un color impuro, la especie de vejez prematura que sobre aquel semblante lúido

aparecía, y la fosforescente insensatez de su mirada, demostraban que su organización había sufrido mucho á causa de los excesos. En los gruesos labios que había heredado de su padre, se adivinaba que el temblor de la cólera era su expresión habitual: tenía los ojos azules, el cabello y las cejas rubias, y estaba flaco, muy flaco.

—En verdad, en verdad, decía el príncipe, en el momento en que el marqués y Amina podían escucharle, no pensaba que tú, un oscuro aventurero, ennoblecido por un casamiento afortunado, y tolerado por el bueno de mi padre en la corte, cuando hay más de una lengua maligna que habla mal de tí, te atrevieses á representar una farsa tan grosera conmigo. ¡Ya se vé! Sabes que estoy enamorado de tu hija y te prevales..... pues bien, concluyamos pronto: las condiciones, las condiciones, duque.

Ya que no ha salido á recibirme tu hija, según esperaba, te confieso que me molesta estar á estas horas en conversación contigo. ¡Por mi patrón Satanás que esta es una treta que no te perdonaré nunca, duque!

—Ignora vuestra alteza con quién habla, dijo reposadamente Yaye, del mismo modo que ignoraba que nada sucede en mi casa sin que yo lo sepa.

El marqués estrechó fuertemente la mano de la duquesita, que no contestó á la presión, porque era una especie de burla hecha á su padre.

—En verdad, duque, repuso el príncipe con un acento en que había una ligera indicación de cólera, que tratándose de una persona tan misteriosa como tú, tan obscura, es difícil saber á qué atenerse; sin embargo, tu aspecto es altivo y noble, y me agrada; algunas veces, ahora por ejemplo, tienes la misma expresión, sin quitar ni poner, que mi padre cuando me sermonea porque he asus-

tado á una dama de la reina. Tu mirada á veces es la de un rey. ¿Serás acaso rey de alguna insula desconocida?

Había un tan profundo desprecio en las palabras del príncipe, que otro que no hubiera sido Yaye, se hubiera alterado.

Apoyóse ligeramente en un ángulo de la mesa junto á la cual estaba de pie y contestó:

—Sea yo rey ó mendigo, hidalgo ó villano, caballero ó bandido, es lo cierto que vuestra alteza está en mi casa y de mala manera llegado. Yo sabía, sin embargo, que ibais á venir, y si no hubiera querido que viniéseis no hubierais poseído la llave que os ha dado uno de mis criados, no por vuestro oro, que le he hecho repartir á vuestro nombre entre algunos pobres, sino porque yo le he mandado que os la dé. Necesitaba hablar con vos, y ciertamente que lo que aquí puedo deciros, no os lo hubiera dicho por nada del mundo en la córte. ¿En qué estado de relaciones os encontráis con los rebeldes de Flandes?

El príncipe se levantó de un salto al escuchar estas palabras, y el marqués de la Guardia sintió que la mano de Amina temblaba entre la suya.

—¿Que en qué estado estoy de relaciones con los rebeldes? exclamó acreciendo en lividez el príncipe. ¿Y te atreves á hacerme esa pregunta, traidor?

—Espere un momento vuestra alteza, dijo Yaye, y comprenderá, en vista de una prueba indudable, que tengo razones poderosas para hacerle esta pregunta.

El duque fué á una especie de secreter de ébano incrustado de plata y nácar, y de uno de sus secretos sacó una cartera de seda, bordada de lentejuelas de oro, desenvolvió lentamente la ancha cinta de raso que la rodeaba, sacó de ella algunos papeles,

y de entre ellos uno que retuvo en sus manos.

El príncipe le miraba atónito con la vaguedad de los insensatos:

—Hace dos meses dijo Yaye, entró en Madrid secretamente, y se hospedó en uno de los mesones menos concurridos de la villa, un jóven caballero francés. Aquél caballero se llamaba Laurent de Perceval, y era hugonote.

El duque se detuvo y miró profundamente al príncipe, que procuró en vano sostener su mirada, y se puso lívido como un cadáver.

Hubo un momento de silencio: durante él, don Juan dijo rápidamente al oído de Amina:

—Yo no puedo permanecer aquí: se trata de secretos terribles.

—¡Mi honor te manda permanecer! exclamó profundamente Amina.

—¡Oh, quiera Dios que tu amor no me pierda! murmuró el marqués.

—Una noche, continuó Yaye, rompiendo su momentáneo silencio, un cierto Cisneros, un comediante miserable que os acompaña, y que había ido al tal meson varias veces, y todas ellas preguntando por el Laurent, supo al fin que aquél caballero había llegado y le habló: una hora después el hugonote Perceval, el príncipe heredero del cristianísimo rey de las Españas, y el comediante Cisneros, conspiraban abiertamente contra Dios y contra el rey, en el oscuro aposento de un meson, harto agenos de que eran escuchados.

En efecto, todos los aposentos inmediatos estaban vacíos y cerrados.

Yaye pronunciaba una á una y solemnemente sus palabras.

—Pero sobre aquél aposento, continuó Yaye, había un desván á teja vana, y en él vivía desde dos días antes de la llegada á Madrid del caballero francés, un pobre y anciano mendigo. Este anciano había levantado una baldosa, y había abierto en las

tablas un agujero, desde el cual podía mirar y escuchar cuanto pasase ó se dijese en el aposento interior. La noche, pues, que vuestra alteza estaba encerrado en aquél aposento con el francés y el comediante, el mendigo observaba cuanto en aquél aposento acontecía. El príncipe, con más ambición que paciencia, deseaba la corona de su padre.

El príncipe tenía la vista fija en el suelo y temblaba como un reo ante su juez.

La voz de Yaye era solemne.

—¿Y qué mucho? añadió con voz vibrante y terrible. Estamos en una época de crímenes. A donde quiera que se vuelvan ahora los ojos encuentran sangre; rostros amoratados por el dogal ó lívidos por el tósigo. Acá y allá, cerca ó lejos, encontraréis opresores y esclavos; volved la vista al Occidente, atravesad con ella los mares, mirad á la América: allí, brutales aventureros, bandidos codiciosos, oprimen á millones de hombres á quienes han robado la patria y los altares, á quienes han arrojado de su hogar: los infelices indios se han visto precisados á huir á los desiertos, donde se defienden con el valor de la desesperación, de las infamias del feroz conquistador. Ved sus doncellas violadas y vendidas como esclavas, sus viejos degollados, los niños arrebatados á sus padres, y entregados á los frailes: ved sus guerreros desdeñados, reducidos á la servidumbre, bautizados á la fuerza: si penetrais en esos desiertos peñascosos cubiertos de selvas interminables, surcados por torrentes y abiertos por volcanes; si aportárais al fuego del consejo de una de esas tribus errantes y escucharais el cántico de guerra con que se preparan al combate, les oiríais maldecir á los rostros pálidos que llegaron en las grandes canoas: aquellos rostros pálidos son los españoles: si los viérais

en el combate, admiraríais la desesperación con que prefieren la muerte á la esclavitud; veríais las praderas cubiertas de cadáveres destrozados por el hierro y por los cascos de los caballos, y después del triunfo de los españoles, os horrorizaría mirar como éstos tratan á los vencidos; con tanta innoble avaricia aquellos miserables aventureros, se arrojan sobre el oro y sobre las perlas que produce con una fecundidad maravillosa, la virgen América. Allí el testimonio del gran crimen de las Españas, se levanta por todas partes; aquél es el tesoro donde á trueque de sangre y de infamias van á enriquecerse miserables bandidos bajo las banderas de un rey católico. Si no os satisfacen los crímenes de Occidente, si queréis apurar más horrores, volved la vista al Oriente, al reino de Granada: allí también hay un pueblo vencido: allí también se esclavizan las doncellas, se roban los hijos á sus padres, se bautiza á la fuerza, se degüella y se quema á los hombres, y se arrasan pueblos enteros. Allí también resuena la terrible voz del sacerdote español: allí también los gemidos se mezclan al crujir de las cadenas. Una garra del león de España ataraza al Occidente, mientras la otra despedaza al Oriente. Si queréis ser testigo de más crímenes, volved la vista á Flandes; allí también, so pretexto de religión, flotan los pendones de España, y sus tercios se ensangrientan sobre los campos que respetan los mares, y el saqueo y el incendio visitan una tras otra populosas y ricas ciudades; y aun en el mismo corazón de la España, si queréis presenciari horrores, bajad á los calabozos del Santo Oficio, penetrad en las mazmorras de los castillos reales; en las unas se empareda y se descuartiza, en los otros se estrangula y se degüella; por todas partes el terror imponiendo la ley del fuerte; por todas

partes, por el mar y por la tierra, los innumerables, galeones y las mil banderas de los tercios del rey. Castilla quiso un día sacudir el yugo, y cayó vencida con sus comunidades: el rey ahogó con sangre la voz de la libertad: el sacerdote sofocó con fuego los fueros de la conciencia, Si; España es grande, poderosa, terrible; en todas partes domina; pero en todas partes domina por el crimen. ¿Que mucho, repitió que, cuando tantas infamias se levantan ante los ojos, un hijo ansie ser rey aun á costa de la vida de su padre? Acaso don Felipe el II no era rey de Nápoles y de Inglaterra á los diez y seis años? Es cierto que el emperador Carlos V se retiró por su voluntad á una celda de San Jerónimo de Yuste: pero ¿San Lorenzo del Escorial no es también un magnífico monasterio? ¿Acaso una tumba es otra cosa que una celda donde se duerme por toda una eternidad?

El príncipe continuaba en silencio y cada vez más turbado y trémulo, dominado por la mirada y por la palabra cada vez más penetrante y solemne de Yaye.

Este por cansancio ó por desprecio hacia el príncipe se sentó: don Carlos continuó de pié.

—Laurent de Perceval, continuó el duque cambiando su entonación declamatoria por otra sencillamente narrativa, era un enviado de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange: este le enviaba á vos, para ofreceros la corona de los Países Bajos, bajo el título de conde de Flandes: esto no era otra cosa que excitaros á la rebeldía contra vuestro padre; pretender arrancarle uno de los más ricos florones de su corona: se os pedían cartas que se pudiesen mostrar á los luteranos, y vos, vos, príncipe rebelde á vuestro padre, escribisteis esta carta que tengo entre mis manos. Tomad, leed.

El príncipe tomó con una mano trémula aquella carta y la reconoció á primera vista: toda estaba enteramente escrita de su mano, firmada por él, y en ella aceptaba la propuesta del príncipe de Orange, y se declaraba protector de la Reforma en los Estados de Flandes. Aquella carta era la cabeza del príncipe si por un acaso iba á dar en las manos de su padre.

—Ya podeis conocer, dijo el duque, que quien es poseedor de esa carta es muy amigo vuestro cuando no ha usado de ella presentándola al rey.

—¿Cómo ha venido á vuestro poder esta carta? dijo el príncipe reteniéndola.

—Recordad que os he dicho que mientras vos hablábais en cierto meson excusado con Laurent de Perceval y el comediante Cisneros, había otra persona, que sin que vos lo supiéseis, lo presenciaba todo, á través de un agujero abierto en el techo. Aquella persona, que tenía todas las apariencias de un mendigo viejo y enfermo, era en la realidad joven, robusto, lleno de vida. En una palabra, aquella persona era yo.

—¡Vos!

—Sí, yo.

—¿Y quién os había dicho que el caballero Laurent de Perceval debía venir á Madrid enviado por el príncipe de Orange?

—Vos no sabeis quién soy, si bandido ó caballero, rey ó esclavo: yo tengo medios de saber todo cuanto me interesa saber. Por otra parte, como solo he venido á Madrid contando con vos, era natural que me interesase por vos. Sabedor del día en que Laurent de Perceval debía ponerse en marcha para llevar vuestra imprudente carta á Guillermo de Nassau, le esperé en el camino.

—¡Y le matásteis!

—No le maté. Iba perfectamente disfrazado con las preesas de alfez

de vuestra guardia, en términos que Perceval no me reconocería si me viera de nuevo ante sí. Dejáele pasar oculto en una venta, alcancéle luego, y me presenté á él como vuestro enviado. Díjele que habíais meditado mejor; que no creíais prudente todavía un alzamiento general en los Países Bajos á vuestro nombre, y le dí tales señas de las conferencias que el mismo Perceval había tenido con vos, que sin dificultad me entregó esa carta, y en cambio se encargó de un mensaje verbal para el príncipe de Orange y de un libramiento de treinta mil florines á la orden del Laurent dado por un genovés de Madrid contra otro de Bruselas, para que Orange pudiese sostener la guerra contra España por algún tiempo; ved aquí el recibo del libramiento, que Perceval me hizo en una venta del camino.

Yaye sacó otro nuevo papel de la cartera y le entregó al príncipe.

—Ahora, dijo el duque, podeis quemar esa carta y ese recibo. Tales pruebas deben destruirse cuando ya han servido de la mejor manera que podían servir.

El príncipe se apresuró á quemar á la luz de una bujía aquellos terribles papeles.

—Y ahora bien, ¿qué queréis de mí? dijo cuando los hubo destruido.

—Quiero en primer lugar que nada hagais sin consultarlo conmigo.

—¿Y qué creéis que debo hacer?

—Reinar.

—¿A todo trance?

—A todo trance

—Sin embargo, no ha mucho me hablábais con indignación del crimen.

—Por lo mismo que el crimen nos rodea por todas partes, debemos valernos de él en nuestro provecho antes de que otros le empleen en nuestro daño.

—¿Creéis, pues, que debo aceptar el vasallaje de los flamencos?

—Sí, sí por cierto; pero no ahora.

Aún no es tiempo: una tentativa en estos momentos fracasaría: la infanta Margarita de Parma, gobernadora de Flandes, es una mujer que con su gobierno blando y benéfico tiene contenida la insurrección: es necesario que á este poder tolerable, sustituya un poder duro, despótico, insufrible; es necesario que sea gobernador de los Países Bajos el duque de Alba; dejad que pruebe fortuna el príncipe de Orange; que después, si la rebelión crece, tiempo tendremos de obrar. Yo he hecho en vuestro nombre cuanto se debe hacer por ahora: enviar dinero á los descontentos: del mismo modo alentaremos á los hugonotes de Francia: cuando hay oro todo es muy fácil.

—¡Y vos!...

—Ya os he dicho que acaso soy un rey; acaso un bandido. Tal vez sea las dos cosas á la vez. Ahora que ya me conocéis como vuestro partidario, que ya sabéis que podeis recurrir á mí por oro y consejos, idos príncipe, y no olvidéis jamás cómo os ha recibido un hombre en cuya casa habeis entrado con intención de deshonrarle.

—No, no saldré de aquí sin que me hagais una promesa.

—¿Cuál?

—Amo á vuestra hija.

—¿Y la amais mirando en ella á vuestra esposa?

—Sí, aunque para ser su esposo hubiese de sacrificar mi vida.

—¡Sed rey!

—¡Cómo!

—¡Sed rey! repitió fatídicamente el duque.

—Pero... mi padre es jóven... balbuceó el príncipe.

—¡Sed rey ó renunciad al amor de mi hija!

—¡Pues bien, lo seré y pronto!

—No os apresureis, no cometais una imprudencia; esperad.

—Esperaré: pero...

—Os prometo mi hija: ahora salid.

Yaye tomó una bujía de sobre la mesa y acompañó al príncipe: la habitación quedó abandonada: detrás de las vidrieras había quedado mudo, aterrado, el marqués de la Guardia: Amina fijaba en él una mirada lúcida.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el marqués: ¡qué horror! ¡Tú, Esperanza, ¡prometida á ese príncipe infame á cambio de un parricidio!

—El crimen se combate con el crimen, don Juan, dijo Amina: ahora bien, ¿tendrás valor para sacrificarte á mi amor como yo me sacrifico á sagrados deberes?

—¡Oh, Esperanza! ¡considera que soy español, noble y caballero!

—El hombre que haya de ser mi esposo lo ha de sacrificar todo por mí.

Llevó al jóven á una puerta; le dejó encerrado tras ella, volvió, abrió la vidriera y entró en la cámara de su padre. Poco después entró éste, y la besó en la frente.

—El día en que nuestros enemigos se hagan pedazos se acerca, dijo éste. Ese día se enjugarán tus lágrimas, hija de mi alma. Entre tanto es necesario que cumplamos el juramento que yo hice á mi padre moribundo. ¡Todo por la patria! ¡todo! ¡hasta la virtud!.....

Después, estos dos extraordinarios seres se separaron; Amina fué á la puerta tras la cual había dejado á don Juan, y atravesando las mismas habitaciones oscuras que habían recorrido hasta allí, le llevó á su aposento, cerró el mirador y se sentó á su lado.

CAPÍTULO X.

LO QUE PUEDE EL AMOR DE UNA MUJER.

La habitación de Amina estaba amueblada con una riqueza suma. sus cuadros, sus tapicerías, sus alfombras, sus divanes eran lo más bello, lo más rico, lo más raro que producían en aquellos tiempos las artes y la industria. Sobre una mesa maravillosa, lucían dos candelabros de plata cincelados, y el estrado en que se habían sentado los dos amantes, era de brocado de tres altos.

Don Juan, profundamente abstraído, no veía nada de todo esto, había llegado hasta allí maquinalmente; tenía abandonada una mano en otra mano de Amina, y aquella mano temblaba y estaba fría como la de un cadáver.

Amina le contemplaba con una fijeza intensa; estaba pálida, y en sus negros ojos brillaba una expresión de altivez indomable: parecía que quería escudriñar y analizar con su mirada lo que pasaba en el alma del marqués, que estaba aterrado, anonadado, como insensible, á causa de los terribles secretos que sucesivamente había descubierto.

Su afán por ver claro en la vida interior de Amina, había sido demasiado satisfecho: don Juan se arrepentía de haber deseado salir de su ignorancia.

Como por efecto de un poder magnético, la intensa mirada de la jóven atrajo al fin la mirada de don Juan, y entrambos se contemplaron durante un segundo, con una de esas miradas que no pueden describirse, y que jamás se olvidan por quien ha sido objeto de ellas.

—Sí, sí, te amo, Esperanza, te amo á pesar de todo, dijo el marqués comprendiendo la expresión de la mi-

rada de Amina; te amo tanto, que á pesar de que yo debía revelar al rey cuanto he visto y oído, guardaré acerca de ello un profundo secreto.

—¿Y qué sabéis? dijo Amina con un acento tal y tan dominador, que fascinó á don Juan; verdadero acento de reina que sin despreciar impone, y sin exigir manda; ¿sabéis acaso quién es la mujer que la fatalidad ha puesto en vuestras manos?

Don Juan lo sabía por la revelación de Angiolina, pero se guardó muy bien de demostrarlo: limitóse, pues, á contestar:

—Seas lo que quieras, conozco que mi vida y mi alma son tuyas, Esperanza.

—Llegará un día en que comprendas, don Juan, dijo Amina, cuya frente se había serenado, descendiendo, por decirlo así, de su terrible majestad; llegará un día en que comprendas cuánto te ama la mujer á quien con tus locuras has hecho desgraciada.

—¡Mis locuras!

—Si por cierto ¿qué son sino locuras tus amores con esa aventurera italiana, con esa princesa Angiolina? ¿Tu empeño en causarme celos con ella? ¿qué ha sido sino una locura suponer que yo podría empenarme de tus amores por arrebatarte á esa mujer?

Había tal dignidad, y una dignidad tan tranquila en Amina al pronunciar estas palabras, que el marqués se desconcertó, y no pudiendo negar sus amores con la princesa por demasiado públicos, contestó:

—Yo me veía desdeñado por tí.

—Desdeñado no: alejado sí.

—Sea como quieras; pero si nada te importa que yo ame á otra ¿por qué eres desgraciada?

—Por qué te creía más grande, más noble de lo que eres en realidad.

—He pretendido olvidar, dijo por decir algo el joven.

—¡Olvidar! ¡olvidarme! ¡y para olvidarme...! ¡á mí! ¿has recurrido al amor de esa mujer? lo repito: me he engañado: yo pensé que valías más, infinitamente más que lo que vales.

Don Juan conoció que había incurrido en una necedad, y para remediarla incurrió en otra, como sucede generalmente á todo el que quiere salir de una posición falsa sin confesarse vencido.

—Rechazaste mi mano con un pretexto que no he podido comprender, dijo.

—Un hombre que ama á una mujer y no puede obtenerla, la obtiene ó muere; pero no intenta ultrajarla, contestó con dignidad Amina.

—¿No me he puesto á tu paso? contestó apelando á la dulzura el marqués.

—Conservando tu vanidad; pretendiendo que me humillase; enamorando á otras á mis ojos.

—¿No he venido todas las noches á esa calleja?

—¡Esperando sin duda, dijo con sarcasmo Amina, que yo, arrastrada por mi amor, te llamase!

—¡Oh, y cuán cruel eres, Esperanza!

—Y al fin te he llamado; y al fin estás en mi aposento, solo conmigo, en medio de la noche.

—¡Oh! ¡Esperanza!

—Pero ya sabes para qué y por qué te he llamado: ahora don Juan es necesario que nos separemos.

—¡Con que es decir que me has llamado para que sepa que el príncipe va á ser tu esposo!

—Si mi padre lo exige, lo será.

—¡Es decir, que no me amas!

—Nunca debimos unirnos, D. Juan.

—¿Que nunca nos debimos unir?

—No, para evitar el dolor y la vergüenza de separarnos.

—¡De separarnos...! ¡es decir, que tu ambición...!

—Yo me sacrifico á mi nacimiento, á mi destino.

—¡Oh! ¡sí! dijo con doloroso sarcasmo el marqués; me he olvidado de que eres... y se detuvo.

—Sí, soy reina, contestó con una fría dignidad Amina.

—¡Reina tú! exclamó con creciente asombro el marqués.

—Sí, no importa de qué reino; pero mi reino existe, y mis vasallos, cuando me presento entre ellos, doblan ante mí la rodilla.

Don Juan quiso contestar y no pudo; la admiración, el estupor, el miedo, y aun podemos decirlo, un miedo supersticioso, había cohartado sus facultades de apreciación; recordó entonces cuanto le había revelado la princesa, y comprendió que aquella mujer no le había engañado: vió delante de sí á la reina de aquellos famosos monfies de las Alpujarras, solo conocidos por sus terribles hechos: trasladóse su pensamiento á las, para él desconocidas, regiones del Nuevo Mundo, y parecióle ver á Esperanza, en medio de las tribus indias, que le rendían homenaje; entonces hablaron de una manera clarísima para él, el encendido color moreno de Amina, aquel color tan bello, tan límpido, tan incitante; parecióle ver destellar de sus negros ojos una chispa de magstad salvaje, y que aquella frente magnífica, aquella mirada incontrastable, le decían:

—Soy nieta de los reyes de Granada, reina de los monfies de las Alpujarras; soy nieta de los emperadores de Méjico, reina de los rebeldes del desierto.

Esta era la única solución que, contando con los antecedentes que tenía, encontraba el marqués á tales misterios.

—En vano te obstinarás, don Juan,

dijo Amina, comprendiendo la perplejidad del jóven, por descifrar el misterio de mis palabras. Solo sabrás la verdad si un día la desgracia cesa de affigirnos. Para eso será necesario que se cambie la faz de los reinos de Europa, y que se viertan torrentes de sangre. Entre tanto respeta el secreto que no debo revelarte.

—¿Pero nada puedo esperar?

—Puedes esperar lo todo si consientes en sacrificarlo todo por mí.

—¡Oh! ¡y qué sacrificio no haría yo por tu amor!

—Hubo un momento, dijo tristemente Amina, en que yo olvidé por tí mi condición, mi honor y los proyectos de mi padre. Cuando vine en mal hora á la córte del rey de España, para desempeñar al lado de la reina un servicio que me humillaba, y que yo sufría porque tal era la voluntad de mi padre, tenía el corazón libre, no amaba; pero sentía una ardiente necesidad de amar: llegó un día en que oí hablar de tí; se ponderaban tu hermosura, tu juventud, tu valor, tu generosidad: supe que los ociosos de la corte habían unido nuestros destinos de una manera extraña: á tí te llamaban *mi hombre*, á mí, *tu mujer*. Era necesario que yo te viese, para que pudiera contestarme á esta pregunta que me había hecho con cólera al escuchar aquellas extrañas palabras.—¿Qué puede haber de común entre ese marqués tan ponderado y yo? Pero cuando te ví al fin, cuando ví tu semblante al reflejo de la luna después del incendio de la iglesia del Buen Suceso, que me había aterrado; cuando sentí llegar tu mirada hasta el fondo de mi alma, inflamándola, llenando su vacío con un fuego divino, abriendo para mí una nueva vida; la vida del amor.... ¡Oh! entonces comprendí lo que el mundo había encontrado de común entre nosotros; entonces comprendí que tú eras mi hom-

bre; más todavía: mi esperanza, mi felicidad, mi Dios.

Al decir estas palabras, el semblante de Amina fué perdiendo gradualmente la fría rigidez que hasta entonces había afectado por orgullo; brotó á él la pasión; acreció su palidez, sus ojos lanzaron un fulgor divino, sus hermosos y rojos labios se mostraron trémulos y entreabiertos, y como iluminado por el reflejo del semblante de Amina, el marqués resplandecía también.

Hay situaciones en que no se habla, porque el lenguaje humano no tiene palabras para expresar lo que en tales momentos el alma siente; situaciones en que los ojos que lucen con una fuerza superior á la que puede suponerse en la vida; en que la sangre que afluye al corazón; los latidos de este que se oyen; un no sé qué de sobrenatural, de fantástico, de divino, que emana de esa semejanza de Dios que se llama criatura, hablan por sí mismos con un lenguaje más elocuente, más sublime que el lenguaje material; y cuando el alma se exhala, como que se escapa por todo nuestro ser, cuando ese ser es una mujer tan hermosa como Amina, tan pura (y decimos tan pura porque la pureza reside en el alma y no pueden mancharla las miserias de la vida), aquella mujer es el ángel de redención y de perdón, ó el demonio de perdición con que Dios glorifica ó condena á un hombre sobre la tierra.

Don Juan se estremecía bajo la mirada de Amina, bajo su aliento, ante su hermosura; don Juan sentía el horrible tormento del placer que hierre porque no tenemos sentidos bastantes para absorverle: don Juan se sentía levantado á una altura inmensa sobre la tierra, flotando en un espacio aéreo, ardiente, impulsado por un torbellino de fuego.

—¿Con que me amas? ¿me amas? exclamó con delirio.

—¿Si no te amara viviría? exclamó Amina. ¿Si no te amara te hubiera introducido bajo el techo de mi padre para que vieses por tus ojos y no dudases de mí? ¿si no te amara me importaría algo que dudases ó no?

—Y bien; si me amas, ¿por qué no ser mi esposa?

—Júrame que jamás levantarás el acero contra mi padre, y te prometo, te juro, que si no soy tu esposa, no lo seré de otro.

—¡Oh! si, si, dijo don Juan transportado; te lo juro por la gloria de mi madre, y por mi honor.

—Por el descanso de tu buena madre sí; dijo Amina levantándose con energía; ¡por tu honor no!

—¿Por mi honor no? exclamó levantándose asombrado el marqués.

—¿A qué llamáis los castellanos honor? exclamó con desprecio Amina; á seguir ciegamente y como viles esclavos á un rey tirano; á un rey á quien el Altísimo sostiene en un trono para castigar los pecados de un pueblo: cuando ese rey fija la mirada codiciosa en una región feliz, rica y próspera y la ambiciona; cuando ese rey os dice: tomad mi estandarte y empañadlo en sangre humana, porque es necesario que yo añada á mi blasón real los blasones de aquel otro pueblo, id, conquistadle, destrozadle, esclavizadle, yo lo quiero; es necesario que yo sea rico, grande y fuerte; á costa de la pobreza, la abyección, y la debilidad de pueblos enteros; id; que os lo mando yo..... cuando el rey os dice: id á llevar el luto, la servidumbre y la deshonra á otros países, vosotros llamáis honor á la obediencia que os pone las armas en la mano y os lleva, como bandidos en cuadrilla, á apoderaros por fuerza de lo que no es vuestro; á robar lo que Dios quiere que sea respetado. ¡Oh, no!

ese honor es la infamia; el verdadero honor es el que defiende la patria, el que ampara al pobre y al desvalido, el que acomete á los tiranos y los vence ó sucumbe: los castellanos no comprendéis ni el honor ni la gloria; llamáis honor al crimen y gloria á la infamia. No; yo acepto tu juramento por el descanso de tu madre, por mi amor, por tu alma, pero por lo que tú crees honor, no: ese honor te haría mi enemigo; ese honor te obligaría á delatar á mi padre, á entregarle al verdugo; ese honor te obligaría mañana á degollarme ó á contribuir á que fuese vendida como esclava: ese honor te separa de mí.

—¿Luego eres enemiga de los castellanos?

—Sí, enemiga á muerte.

—¿Y por qué entonces cuando nos encontramos, no me dijiste: sigue tu camino, y no procures unirme á mí porque un abismo nos separa?

—¡Oh! ¡los hombres son cobardes, muy cobardes! exclamó con acento frío y acerado Amina; ¡el valor es de la mujer, exclusivamente de la mujer! ¡nosotras lo sacrificamos todo por ellos, patria, religión, virtud, felicidad! ¡nos perdemos en cuerpo y alma por ellos! ¡ellos no saben sacrificarnos nada! ¡Ya se vé! ¡la mujer ha nacido para ser esclava! ¿por qué te amaba antes de conocerte? ¿por qué, si en aquellos momentos me hubieras pedido la vida te la hubiera dado sonriendo? ¡Oh, vosotros no amáis! ¡vosotros...! ¡ni aun siquiera comprendéis de cuanto es capaz una mujer enamorada!

—Pues bien; si eso es verdad; si alientas en tu alma esa fuerza sublime del amor, sígueme.

—¡Abandonando á mi padre! ¡No! ¡jamás!

—¿Con que en el momento de la prueba retrocedes? ¿Con que no has pronunciado más que palabras vanas?

—Escrito está en los libros de la luz, dijo gravemente Amina, que por el hombre abandone la mujer á su padre y á su madre; pero no está escrito en ninguna parte que la mujer asesine al hombre á quien ama.

—¿Es decir que si me siguieses abandonando á tu padre?...

—Allí, donde quiera que nos ocultásemos, iría la venganza de mi padre: venganza terrible, implacable, fría: ¡oh, que horror! cuanto he podido sacrificarte, te lo he sacrificado, sin dudar, sin retroceder; todo lo que en adelante pueda sacrificarte, te lo sacrificaré... pero no me pidas tu propio sacrificio, ¡eso jamás!

—¿De modo que será forzoso que nos separemos?

Amina fijó en el marqués, con una ansiedad indescribible, sus hermosos ojos, que á pesar de sus esfuerzos por mostrarse serena, se llenaron de lágrimas.

—Separémonos, más bien, dijo: olvídate si puedes; en cuanto á mí... yo nunca te olvidaré.

—¿Y para esto me has llamado?

—Yo te esperaba y te esperaba para hablarte; pero sin el desgraciado encuentro que has tenido junto al postigo de mi casa, si no hubieras visto entrar por él un hombre, te hubiera hablado por la reja para decirte: —«Me has ofendido de una manera cruel, y sin embargo te amo: durante algún tiempo no nos veremos, pero espera: yo te amaré siempre: cuenta conmigo.»—Dios lo quiso de otro modo: el príncipe don Carlos había entrado en mi casa, y era necesario que supieses lo que hacía en ella; por esta razón has conocido graves secretos.

—¡De modo que, obedeciendo á ese honor castellano que tan extraviado y absurdo te parece, debía yo como español y caballero, revelar al rey cuanto he visto y cuanto he oído.....!

Irguió la cabeza Amina y dijo friamente:

—Hazlo, don Juan, hazlo, y me harás devuelto la felicidad.

—¡Ah! ¡serías feliz!

—Sí, porque si cometieras tal infamia, no serías ya el hombre que mi amor había soñado; dejaría de amarte, y... dejando de amarte, sería muy feliz, mucho.

—¡Muy feliz! exclamó con extrañeza el marqués.

—Sí, muy feliz: nada me importaría no verte, no saber de ti... y... más que eso: entonces me vengaría de un infame que me había tomado por juguete.

Amina apenas podía hablar: la voz se ahogaba en su garganta.

—¿Y nada temes por ti, nada por tu padre? exclamó asombrado y fuera de sí el marqués que sufría horriblemente.

—El rey de España, dijo con altivez Amina, nada puede contra nosotros; aunque nos sepultase en el más lóbrego calabozo de la Inquisición, nuestras cadenas se romperían como si fueran de vidrio: las puertas, los muros, se abrirían para darnos libertad. De otro modo, si no estuviésemos á salvo, ¿crees que por mucho que me interese el que no puedas dudar de mi amor y de mi honra, hubiera yo vendido la cabeza de mi padre?

—Sea cualquier el poder de tu padre, Esperanza, no seré yo quien le ponga á prueba, revelando al rey lo que esta noche he visto y oído en tu casa.

—Pero repara que de ese modo eres traidor á tu amo el rey de España, dijo con sarcasmo Amina.

—Entre el rey y mi amor, dijo el marqués con voz firme, mi amor es lo primero.

—¡Oh! ¡espéralo todo de mí! exclamó con una alegría infinita Amina.

—¡Que lo espere todo de ti!

—¡Oh! sí, sí, has salido victorioso de una terrible prueba: tu amor es grande, valiente, inmenso como el mío. Tú me sacrificas lo que crees, lo que llamas tu honor. Yo te sacrificaré mi vida, mi corona... pero es necesario esperar.

Al oír la palabra *corona*, el marqués hizo un movimiento de extrañeza.

—Sí, mi corona, dijo Amina; no creas que estoy loca; mi corona, ya sea la de un pueblo poderoso y vencedor, ya la de una raza vencida, perseguida, errante, es siempre una corona. Si un día me dices: estoy dispuesto á abrazar, aunque solo sea en apariencia, la religión de los tuyos, á defender tu pueblo, á ser tu esposo, entonces se aclararán para ti tantos misterios. Ahora, don Juan, escucha: la fatalidad nos obliga á separarnos, y en algún tiempo no nos veremos. Pero siempre tendrás á tu lado, sin que lo conozcas, sin que lo veas, como lo tienes ahora, siguiéndote á todas partes, quien vele por tí, quien te proteja, quien ponga oro en tu bolsa, si es necesario, sin que tú veas la mano que lo pone. Además, podrá suceder que un día tu lealtad, el resto de lealtad que conservas aun al rey de las Españas, te lance á la guerra: entonces, don Juan, si esa guerra es contra hombres de otra religión, toma: lleva este amuleto sobre las armas, pero de modo que se vea y nada temas: el hierro enemigo no te tocará.

Amina se quitó del cuello una rica cadena de oro de la cual pendía una placa esmaltada guarnecida de diamantes, en cuyo centro había algunos caracteres azules enteramente extraños para el marqués, y le puso la cadena al cuello.

—¡Oh! la llevaré siempre sobre mi corazón, exclamó don Juan besando apasionadamente aquella joya, que

aun conservaba el calor del seno de Amina.

—Sobre el corazón en paz; sobre la coraza en guerra. Ahora es preciso que nos separemos, don Juan.

—¡Separarnos!

—Sí; es necesario de todo punto

—¿Y cuando nos volveremos á ver?

—¡Oh! ¿quién sabe? dijo tristemente Amina: tal vez pronto, tal vez nunca.

Y asiendo de la mano al marqués le condujo á una habitación oscura, abrió un balcón y miró á fuera.

—¡Nadie hay en la calle! dijo Amina: nada se oye...

—¡Oh! ¡Esperanza! ¡Esperanza! dijo el marqués: ¡yo no puedo separarme de tí!

Oyéronse entonces en el interior algunas puertas que se abrían.

—¡Mi padre! exclamó Amina: ¡vete!

Don Juan la estrechó rápidamente entre sus brazos, Amina se escapó de ellos, y empujándole hácia el balcón, le dijo:

—Vete... ¡y no me olvides!

—¡Adios, vida de mi vida! dijo el marqués: ¡jamás te olvidaré!

Y echándose fuera de la balaustrada del balcón, se descolgó por una reja á la calle.

Cuando estuvo en ella, Amina se asomó al balcón, y dijo conteniendo mal sus sollozos:

—Toma, don Juan, y lee, y cuando hayas leído, comprenderás cuánto estás obligado á amarme.

Dicho esto, arrojó una carta á la calle, desapareció de la balaustrada, y se oyó el ruido de las maderas del balcón que se cerraban.

—¡Oh, Dios mio! exclamó don Juan recogiendo la carta: ¡esto es para volverse loco!

Y ansioso por conocer el contenido de aquella carta, se encaminó á buen paso á una esquina situada al otro extremo de la calle, donde un faroli-

llo, puesto por la devoción de los vecinos, alumbraba el tétrico nicho de un Ecce-Homo.

Para llegar allí, tenía que pasar necesariamente por el sitio donde había caído muerto ó herido, el hombre que había quedado aguardando al príncipe de Asturias, en el postigo de la casa de Amina.

El marqués no miró á aquel sitio, ni se acordó siquiera de que allí acaso había muerto á un hombre.

Cuando llegó delante del nicho del Ecce-Homo, abrió la carta, de la cual se desprendía un leve y delicado perfume, y leyó estas breves, pero terribles palabras:

«Don Juan de mi alma: hay cosas que el pudor impide á una mujer revelar ni aun á su mismo esposo; pero es preciso que sepas que alienta en mis entrañas un hijo de nuestro amor.— Tu Esperanza.»

Don Juan lanzó un grito insensato de amor, de alegría, de dolor; arrugó en un movimiento frenético aquella carta entre sus manos, la oprimió contra su boca y luego... luego cayó de rodillas ante el Cristo, fijó en él sus ojos, llenos de fe, de esperanza, y aun podremos decir de caridad, y exclamó:

—¡Señor! ¡Divino Señor! ¡Vela por ella y por mi hijo!

En aquel momento el marqués se sintió asido...

Pero antes de relatar lo que sucedió á don Juan, es necesario que retrocedamos un tanto y volvamos á la casa de la princesa Angiolina Visconti.

CAPÍTULO XI.

LO QUE HIZO LA PRINCESA ARASTRADA POR SUS CELS.

El autor recuerda haber dicho anteriormente, que Angiolina Visconti

se había separado de la manera más ruda y tormentosa del marquesito de la Guardia, dejándole solo en el lindo retrete donde le había recibido.

La princesa atravesó rápidamente algunas habitaciones, y en una de ellas se detuvo y se puso á contemplarse en un magnífico espejo de Venecia.

¿Con qué objeto era esta contemplación de sí misma?

La princesa estaba resuelta á vengarse, y por lo mismo concentraba sus fuerzas y contaba sus recursos.

Entre estos era uno poderosísimo su hermosura.

Por esto Angiolina se miraba al espejo. Se preguntaba qué motivo había tenido el marqués para abandonarla á ella, la altiva hermosura que tan codiciada era por los hombres de más valer de la corte: el espejo la dijo que era tan hermosa como la duquesa de la Jarilla, y sin embargo, la fiebre que su hermosura había producido en la loca imaginación del marqués de la Guardia había pasado; la princesa comprendió que el marqués había usado de ella como de un instrumento; vió, sin que pudiera quedarla ni aun el leve consuelo de la duda, que la hermosa duquesita poseía todo entero el corazón de don Juan, á quien ella amaba con toda su alma: su aborrecimiento hácia Amina creció, y pensó en vengarse de ella usando de los terribles papeles que Bempo la había traído de Granada.

Angiolina era una fatalidad más que la suerte arrojaba delante de Yaye ebn Al-Hamar, del poderoso emir de los monfies, ó del duque viudo de la Jarilla, si nuestros lectores han olvidado que tenía estos dos nombres.

Amina, la nieta de cien reyes, ofrecida por su padre en aras de su patria, tenía ante sí un enemigo terrible, una mujer hermosa, altiva, enamorada y celosa de ella. Por aquella

mujer, el marqués de la Guardia había llegado á ser para Amina una doble fatalidad.

Pensando en su venganza Angiolina se miraba profundamente al espejo.

Ya hemos dicho lo que sabemos acerca de la figura y de los atractivos de la princesa; réstanos decir, que el traje que en aquella situación vestía, realzaba sus atractivos.

Un justillo de brocado de oro sobre azul de cielo muy bajo, indicaba su escasa y flexible cintura, su seno y sus hombros, cerrándose en el cuello por una gola rizada de encaje de Flandes. Las mangas ceñidas, acuchilladas y tomadas de perlas, dejaban ver el magnífico contorno de sus brazos y terminaban en dos puñitos del mismo encaje, bajo los cuales medio se ocultaban unos ricos brazaletes de oro cincelado y diamantes: la falda ancha, larga, terminada por detrás en cola, flotante y vaporosa, era de damasco brocado de oro en blanco. Las faldetas que unían al justillo con la falda, estaban guarnecidas de perlas, y rodeaba su cintura de un cordón de oro; ese cordón estaba sujeto en el talle por un broche de esmeraldas y anudado y trenzado caprichosamente á lo largo de la falda, con perlas y esmeraldas en los entrelazos, terminando en dos gruesas borlas de perlas; en los cabellos, recogidos atrás en trenzas, mostraba también algunas ricas joyas, colocadas con un exquisito gusto; últimamente, llevaba arracadas de pedrería, y en las bellísimas y blancas manos una multitud de cintillos de valor segun la moda de aquellos tiempos.

La pobre príncesa se había puesto, por parecer bella á don Juan, todo lo que la quedaba de su guardajoyas.

Pero como es lo más difícil del mundo, que una mujer parezca hermosa á un hombre hastiado de ella, la

pobre princesa, aunque estaba, no solamente hermosa, sino hermosísima, radiante, adorable, no logró causar efecto en don Juan.

Angiolina, por lo tanto, consultaba con su espejo, con ese severo confidente de la mujer, que de una manera tan despiadada la arroja á la cara los estragos que hacen en su hermosura los años, las enfermedades y los pesares; que nada la oculta, ni la primera cana, ni la primera arruga, ni la palidez del cansancio; confidente á quien la mujer sonríe cuando la presenta tesoros de hermosura; ante el cual se irrita cuando aquella hermosura empieza á empalidecer, á marchitarse: la princesa, repetimos, preguntaba á su espejo la razón que podía haber tenido el marqués para mostrarse con ella tan cruel, tan terrible, tan desenamorado; el espejo la contestó que era hermosa, con todo el esplendor de su hermosura; que sus ojos eran brillantes, sus miradas irresistibles, irresistibles sus encantos: la presentó su vigorosa juventud, con toda su exhuberancia de vida, pero al mismo tiempo la presentó la lividez de la cólera que alteraba aquellos encantos; la expresión amenazadora y letal de su mirada, que daba á sus ojos toda la apariencia de los ojos sangrientos de la leona irritada: comprendió que la cólera era un enemigo terrible de la hermosura, que la verdadera fuerza de la mujer está en su aparente debilidad; comprendió que había hecho muy mal en dejarse arrebatar por sus pasiones excitadas, y que acaso don Juan había retrocedido irritado y desencantado ante su mirada amenazadora, cuando tal vez hubiera caído á sus piés, si en vez de amenazarle hubiera recurrido á las lágrimas.

Angiolina quiso saber si podía dominar la cólera, la irritación, el despecho que agitaban su alma; si podía

ocultar aquel volcán rugiente y amenazador bajo un aspecto tranquilo y riante: entonces tuvo lugar una transformación en el brillante fondo del espejo; desapareció el angel rebelde, y quedó el angel del sufrimiento, con su belleza espiritualizada por el dolor, por un dolor intenso, paciente, resignado. Angiolina lanzó un grito de alegría: nunca se había contemplado tan hermosa como bajo aquel antifaz de resignación, de sufrimiento íntimo. Ensayó una y otra vez, irritando sus pasiones con el candente recuerdo del desprecio de don Juan, si podía dominarlas, concentrarlas en el fondo de su alma, velarlas con una mirada dulce, triste, anhelante: una y otra vez el resultado sobrepujo á sus esperanzas; una y otra vez se contempló sucesivamente más hermosa.

—¡Ah! exclamó: he ahí, he ahí mi fuerza: he sido una insensata en dejarme arrebatar por la cólera: la amenaza ha irritado á don Juan; mi sumisión y mis lágrimas le hubieran hecho caer de nuevo enloquecido entre mis brazos... probaré, probaré el rendimiento sin renunciar á mi venganza, y si el rendimiento no basta para volverme el corazón don Juan... ¡ah! entonces es necesario también ocultar en el fondo de mi alma mi desesperación: mostrarme tranquila; provocar el amor de los que pueden servirme para llevar á cabo mi venganza; no dejar sospechar á nadie lo que pasa en mi alma, para que ninguno pueda despreciarme, ni crearme despreciada: tal vez don Juan no resista al pensamiento de que ninguna herida ha hecho en mí su abandono; los hombres son más vanidosos que las mujeres: tal vez el deseo de hacerme sufrir, de verme llorar y retorcerme á sus piés desesperada, le vuelvan á mí, le arrojen á mis piés, me hagan su señora: ¡oh! ¡sí! ¡sí! y pues

to que la mentira es el alma de la mujer, mintamos.... mintamos hasta el punto, de que todos me crean venturosa; no debemos derramar ni aun á solas vuestras lágrimas.... las lágrimas dejan horribles huellas en el semblante de una mujer, cuando estas lágrimas son de fuego, como las que yo vertería si no dominase mi llanto, si no le encerrase en mi corazón: que hierva encerrado en él, que se convierta en un tósigo mortal para el marqués y para esa mujer por quien me abandona; una mujer que llora, solo puede conmover al hombre que la ama; cuando el hombre amado ama á otra, la mujer ofendida no debe llorar, no debe dejar ver al mundo su desolación, para que el mundo no pueda decir: ¡pobre mujer abandonada! para que el mundo no pueda despreciarla.

Y después de este razonamiento, la paz más profunda se fijó en el semblante de Angiolina, volvió á sus ojos su brillo deslumbrador, á su mirada la dulzura, á su boca la expresión riente que tanto la embellecía: nadie, al verla, hubiera sospechado que aquella mujer, que parecía tan feliz, guardaba dentro de su alma un infierno; que era por decirlo así, un horrible abismo cubierto de flores.

Solo un hombre existía que debía necesariamente conocer aquel abismo; ver el cieno infectado á través de la tersa superficie de aquel lago engañador; aquel hombre era Bempo.

En el momento en que Angiolina se separó del marqués, mandó al italiano que siguiese al joven, que averiguase donde paraba, y que volviese á avisarla.

Bempo volvió una hora después.

—Excelencia, dijo, en ese acento dulce y cadencioso de los romanos; he cumplido vuestras órdenes.

—¿Has seguido al marqués?

—Sí, excelencia.

—¿Dónde ha ido?

—A colocarse en acecho bajo un soportal, frente al postigo de la casa de la duquesa de la Jarilla.

—¿Qué ha hecho después?

—Dos hombres han llegado á aquel postigo; el uno ha entrado valiéndose de una llave; el otro ha quedado esperando; el marqués le ha acometido, aquel hombre se ha puesto en defensa, y al fin, ha caído bajo la espada del marqués.

—¡Muerto!

—No.

—¿Has reconocido, pues, á ese hombre?

—Sí.

—Has sido imprudente, Bempo; ya sabes que no quiero que te expongas.

—Es tarde: la calleja apartada y solitaria; no había peligro.

—Y dices que ese hombre no ha muerto?

—No; pero puede morir.

—¿Le has conocido?

—Es la noche muy oscura.

—¿Qué hizo después el marqués?

—Se dirigió furioso al postigo de la casa de la duquesa; pero antes de llegar á él, la misma duquesa apareció en uno de los balcones y le habló.

—Y... ¿qué hablaron?

—Estaba demasiado lejos para poder oír su conversación, que por otra parte, duró muy poco; el marqués trepó por una reja y entró por un balcón en la casa de la duquesa.

—¡Ah!.... ¡entró!.... ¡por un balcón!

—Sí, y yo, creyendo que no saldría tan pronto, he venido á avisaros, excelencia.

—Has hecho bien, Bempo, dijo tranquilamente Angiolina: es necesario que vuelvas.

Aquella especie de *lazzaroni* se volvió hacia la puerta.

—Espera, añadió la princesa: es necesario que vuelvas; pero no vuel-

vas solo.

—¿Y qué he de hacer?

—Lleva contigo cuatro de tus amigos, de tus buenos amigos; ¿me entiendes?

Bempo hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Ven con ellos por el postigo del huerto, continuó Angiolina; yo misma te abriré: después, te lo encargo ahora porque no quiero hablarte delante de esos hombres; tomarás una de mis sillas de mano, é irás con ella y con tus cuatro amigos á la calle donde ha quedado ese hombre herido, y si no ha muerto le meteréis en la silla, y te traerás á casa, entrando en ella por el mismo postigo que yo abriré: luego volverás con tus cuatro camaradas á la misma calle; te ocultarás donde puedas versin ser visto el postigo de la casa de la duquesa, y narás que uno de los tuyos siga, cuando salga, al hombre que entró por el postigo, y que averigüe su paradero. Tú, con los restantes, te apoderarás del marqués cuando salga de esa casa: te apoderarás de él, ¿lo entiendes?

—¿Muerto ó vivo?

—Vivo: debes evitar una lucha: cuatro hombres bien pueden sorprender y sujetar en una calleja oscura á otro hombre que va por ella descuidado. Para conducirle aquí, te prevenirás de otra silla de manos, y le meterás en ella con los ojos vendados.

—¿Es decir que he de traer aquí al marqués como al otro?

—Sí.

—¿Por el mismo sitio?

—Sí, por el postigo del huerto.

Nada más tengo que encargarte, Bempo.

Bempo no se movió.

—¿A qué esperas? dijo con impaciencia Angiolina.

—No tengo dinero, excelencia, contestó gravemente Bempo.

—¡Ah! ¡no tienes dinero!

—Los cuatro hombres que han de acompañarme, no me seguirán si no se les paga á peso de oro. Los valientes de España no me conocen tanto como los *lazzaroni* de Roma. Además, entonces un solo paseo nocturno por la campiña, me bastaba para no verme en el caso de pedirlos nada: pero ahora es distinto.

—Toma: dijo Angiolina, quitándose un joyel de diamantes de su prendido.

—¡Buena prenda! dijo Bempo: ahora todo es posible.

Y girando sobre sus talones, desapareció por una puerta inmediata.

Sigámosle.

Atravesó algunas habitaciones y algunos corredores oscuros, bajó una escalera, cruzó un patio, pasó de él á un huerto, y abrió una puerta oculta bajo un emparrado: tras aquella puerta había dos habitaciones reducidas, y en la interior, que era un dormitorio, se veía una imagen de la virgen, delante de la cual ardía una lámpara.

Bempo abrió un arca que estaba en el mismo dormitorio, sacó de uno de sus ángulos algunas monedas de oro, que guardó en una bolsa de seda, envolvió el joyel en un paño, y le ocultó en otro ángulo del arca: después salió, cerró la puerta del aposento, atravesó el huerto, y llegando á un postigo, recorrió sus cerrojos y salió á una calle estrecha: poco después una sombra informe de mujer, llegó á aquel postigo que solo había quedado encajado; corrió de nuevo sus cerrojos, y quedó esperando junto al quicio.

Aquella mujer estaba envuelta en un manto.

Bempo se encaminó á buen paso á la Cava Baja de San Miguel, y llamó á la puerta de una casa de mezquina apariencia.

Contestó desde adentro una voz

breve, enérgica, y al parecer de hombre de bríos; mediaron algunas breves contestaciones entre el de adentro y el de afuera, y la puerta se abrió.

Apareció tras ella un hombre fornido, de buena estatura, de semblante extremadamente sesgado, verdadero semblante de bandido español: aquel hombre por lo exiguo de sus vestidos, y por el efecto que causaba en sus ojos el resplandor de la luz con que se alumbraba, demostraba claro que acababa de dejar el sueño y el lecho.

—¿Qué se os ofrece á estas horas, amigo? dijo á Bempo.

—Déjame entrar, camarada, contestó el italiano; tenemos que hablar de cosas que no son para oídas de nadie.

—Entrad, pues.

Adelantó Bempo, cerró el otro la puerta, y atravesando el zaguán introdujo á su visitante en una habitación baja.

—Aquí nadie puede oírnos, dijo el de la casa dejando sobre una mesa la luz con que se alumbraba y sentándose en un arca.

Sentóse Bempo en un banquillo de pino, y dijo:

—Los valientes se conocen, Pablo.

—Bien, ¿y qué? contestó el otro.

—Cuando los valientes se conocen y están seguros unos de otros, se sirven en lo que han menester.

—Bien, ¿y qué? repitió flemáticamente Pablo.

—Yo necesito que me ayudeis tú y otro tres de tus camaradas.

—¿En qué y cómo?

—Hay que recoger á un herido y apresar á un hidalgo.

—¡Ah! ¿y quién necesita eso?

—La persona que me envía.

—¿Y quién es esa persona?

—No hay necesidad de conocer su nombre si se conoce su oro.

—Señor Bempo, dijo Pablo leván-

tándose: merecáis un chirlo en la cara por vuestra desvergüenza.

—¡Bah! dejémonos de bravatas, dijo Bempo sin moverse de su asiento, lo que obligó al llamado Pablo á sentarse de nuevo; el hombre lleva en la cara su oficio; y aunque yo solo os he conocido en la Tela y en los tiros de espada, sabéis que nos hemos comprendido y nos hemos estrechado las manos, porque, como quien dice, somos de la misma madera. Vosotros pasais por buenos soldados de á caballo del rey, en la corneta del señor capitán don Luis Moncada, y yo paso por criado del príncipe Lorenzini Maffei; pero cualquiera que no sea lerdo, á poco que nos mire puede decir: hé ahí unos buenos bandidos. ¡Bah! yo no os he pedido hasta ahora ningún favor, pero contaba y cuento con vosotros, como vosotros podeis contar conmigo, sobre todo, cuando los servicios se pagan bien, tan bien como el que os pido.

Y Bempo sacó algunos doblones de á ocho y los extendió sobre la mesa.

Pablo miró con más cólera que codicia el dinero; pero instantáneamente aquella chispa de irritación se apagó en sus ojos, reemplazándola una expresión profundamente pensadora, y después de un momento de silencio, dijo:

—Tu eres mayordomo, ó lacayo, ó qué se yo, de una princesa italiana.

—Es verdad, dijo Bempo.

—De la señora Angiolina Visconti.

—Es verdad.

—¿Y es esa dama..... quien nos paga?

—Vamos, no quiere ocultártelo, ella es; pero guárdame el secreto.

—¡Ah! tratándose de esa dama es distinto. Dicen que es querida del marqués de la Guardia.

—Mucho sabes.

—Oímos hablar mucho de galanteos y aventuras á nuestros cabos y

alféreces cuando damos la guardia al rey.

—Sea como quiera: aquí de lo que se trata es de recoger un herido, y de esperar á que salga de cierta casa donde ha entrado el marqués de la Guardia, y apoderarnos de él.

—Dicen que el marqués es muy valiente.

—Pero la noche es oscura: se le deja pasar y se le acomete y se le sujeta por la espalda.

Quedó de nuevo profundamente pensativo Pablo.

—Asunto concuido dijo: ¿esta es la señal?

—Ese oro es la paga.

—Poca paga es, pero no importa; voy á despertar á tres de los amigos y al momento estamos listos.

—Ya sabía yo que nos entenderíamos.

—¡Los valientes se conocen! dijo Pablo con acento indefinible, guardándose el dinero.

Poco después cinco hombres embozados salían de aquella casa, atravesaban algunas calles, y llegaban al postigo del huerto de la casa de la princesa, que se abrió inmediatamente después de haber llamado á él recatadamente Bempo.

Los otros cuatro hombres no vieron quién había abierto y entraron siguiendo á Bempo que les llevó entre unos árboles, donde había una silla de manos.

Dos de los embozados se terciaron las capas, cargaron con la silla, y salieron precedidos de Bempo y de los otros dos: el postigo volvió á cerrarse y sus corrojos se corrieron en silencio.

Un reloj dió á lo lejos la una de la noche.

Esta continuaba densamente oscura.

Solo de tiempo en tiempo se escuchaba el reñir de dos perros que dis-

putaban un hueso: solo de largo en largo trecho se veía un embozado pegado á una reja ocupado en lo que de tiempo inmemorial se llama en España *pelar la pava*: pero no encontraron una sola ronda.

Era una noche apropósito para el crimen.

Cuando llegaron á la calleja á donde correspondía la parte posterior de la casa del duque de la Jarilla, Bempo se encaminó en derechura al sitio donde había visto caer al herido.

Aún estaba allí; el trastorno, el desvanecimiento que le había causado la herida había pasado; se quejaba, pero débilmente, á causa sin duda de la pérdida de la sangre; pugnaba en vano por levantarse, y cuando sintió junto á sí á Bempo y á sus cuatro acompañantes, exclamó con voz casi imperceptible:

—Quién quiera que seáis, socorredme, y después de pagaros yo, Dios os lo pagará.

—Sí, sí, dijo Bempo; á socorremos venimos, señor hidalgo: ea, camaradas, ayudadme y pongámosle en la silla.

Dos de aquellos hombres ayudaron á Bempo y levantaron del suelo al herido, que con el dolor causado por aquel movimiento se desmayó.

Una vez colocado en la silla, Bempo se dirigió á uno de los que le acompañaban.

—Ven conmigo, Pablo, le dijo, y que nos siga uno de tus camaradas.

El italiano llevó á los dos hombres frente al postigo de la casa del duque y les dió ocultándolos en el soportal donde poco antes se había ocultado el marqués.

—Observad desde aquí ese postigo; si sale por él un hombre seguidle uno de vosotros recatadamente, y sin perderle de vista, hasta ver en dónde para. Luego el que le siga irá á esperar junto al postigo del huerto

por donde hemos sacado la silla de manos.

—¿Y si ese hombre se apercibe de que le siguen?

—Que no pueda apercibirse. Mientras el uno le sigue el otro debe permanecer aquí y observar lo que pase en esa casa (y señaló la del duque). Ahora adios; voy á despachar el asunto del herido con vuestros compañeros.

Dicho esto, Bempo fué á reunirse con los que habian quedado guardando la silla, y cuando llegó á ellos les dijo:

—En marcha.

Cargaron aquellos dos hombres con la silla, y precedidos por Bempo, y dando una buena idea de sus fuerzas en la velocidad con que conducian al herido, llegaron en poco tiempo al postigo de la casa de la princesa, que se abrió al primer llamamiento de Bempo, y silla y hombres se perdieron tras el postigo que volvió á cerrarse.

Media hora después, Bempo y los dos hombres llevando de nuevo consigo la silla de manos salieron por el postigo y se encaminaron al soportal donde habian quedado los otros dos hombres en acecho de la casa de Yaye.

Bempo llamó á Pablo.

—Ha ido en seguimiento de un hombre que ha salido por ese postigo, dijo lacónicamente una voz contenida desde lo oscuro.

—¿Hace mucho tiempo que ese hombre ha salido? preguntó Bempo.

—A poco de vosotros haberos alejado.

—¿Y no ha acontecido ninguna otra novedad en esa casa?

—Ninguna, á excepción de que, cuando nos pusimos en acecho todos los balcones estaban oscuros, y desde poco después de haber salido el hombre á quien ha acompañado Pablo, ha

aparecido la luz que se ve reflejar tras las celosías de ese mirador.

En efecto, se veía el reflejo de una luz tras los miradores de Amia.

—Pues bien, atención y silencio, dijo Bempo.

Dieron sucesivamente las dos, las tres y las tres y media en los relojes de la villa, sin que se notase movimiento alguno en la casa de Yaye: al fin, poco después de las tres y media, se abrió uno de los balcones que habian permanecido oscuros, se oyeron en él las voces contenidas de dos personas, y luego un hombre se descolgó del balcón por una reja á la calle: apareció en el balcón una sombra blanca, habló algunas palabras con el hombre que habia bajado, dejó caer un papel á la calle, y retirándose del balcón le cerró: el hombre recogió el papel, fué al nicho del Ecce-Homo de la esquina, y á su luz leyó el papel y cayó de rodillas ante el Cristo.

En aquel momento Bempo y los tres embozados que habian seguido recatadamente al marqués de la Guardia, que él era, se arrojaron sobre él.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO LA PRINCESA Y CISNEROS, FUERON LA DAMA Y EL GALÁN DE UNA ESCENA DE COMEDIA.

En una habitación extensa, entapizada con cueros de Flandes, por cima de los cuales se mostraba á trechos la humedad de las paredes, y en un lecho en un apartado ángulo, habia un hombre con el pecho descubierto y fuertemente vendado.

Aquel hombre era el comediante Cisneros.

Sobre el vendaje se veían algunas gotas de sangre y junto al lecho, apoyada en él y mirando con sumo inte-

rés al herido, que había vuelto enteramente en su conocimiento, estaba una mujer hermosa y deslumbrantemente vestida.

Aquella mujer era Angiolina Visconti.

Una bujía de cera perfumada, puesta en un candelero de plata, sobre una mesa de mármol, iluminaba este grupo.

El semblante de Angiolina dulce y misericordioso, era el semblante de un ángel.

Cisneros la miraba con asombro, con agradecimiento, con toda la alegría que le permitía tener su estado. De tiempo en tiempo, sin embargo, lanzaba un profundo gemido.

—Os sentís muy mal, amigo mío, ¿no es verdad? dijo en una de estas ocasiones la princesa.

—¡Ah, señora! dijo Cisneros: infinitamente peor me sentiría si no os tuviese á mi lado, os veo, y me parece un sueño: ¡vos, vos junto á mí! ¡caso en vuestra casa! ¡bendita sea la espada que me ha herido!

—No digais eso, señor Cisneros; no digais eso, contestó dulcemente Angiolina; sacadme más bien de la ansiedad en que me teneis: ¿Cómo os sentís?

—Mi herida es muy incómoda, señora; pero juraría que no es peligrosa: no respiro por ella, lo que me demuestra que no ha atravesado la cavidad; sufro porque sin duda el hierro me ha tocado alguna costilla, á lo que atribuyo el haberme desvanecido: estoy débil, pero debo de haber perdido poca sangre: esto será cosa de quince dias: quince dias en que vos estareis á mi lado, ¿no es verdad?

—¿Y cómo podeis dudar eso, señor Cisneros? ¿á qué os había yo de haber recogido en mi silla de manos y traído á mi casa si no me interesase por vos, é interesándome por vos,

cómo puedo abandonaros ni un momento?

—¡Ah! ¡me habeis encontrado! ¡habeis sido vos!

—Sí, amigo mío; después de la desgracia que os ha acontecido, ha sido para mí una felicidad el encontraros.

—¡Ah! indudablemente Dios no me ha abandonado. ¿Cómo creer que tan tarde la princesa Angiolina Visconti?...

—¡Cómo! ¿me conoceis?

—Los comediantes, señora, conocemos desde la escena á todas esas nobles personas que protejen nuestro bajo oficio dándonos oro á cambio de una habilidad escasa... yo os he visto muchas veces en el corral de la Pacheca (1) en un aposento inmediato al que generalmente ocupa la señora duquesa de la Jarilla.

Angiolina tenía mucho interés en escuchar á Cisneros, al que pensaba utilizar, y aquel interés creció en el momento en que Cisneros nombró á la mujer que ella aborrecía. Por lo mismo que tenía gran interés creyó prudente ceutarle é interrumpiendo á Cisneros le dijo con la mayor naturalidad:

—Os suplico, amigo mío que calléis: habláis demasiado y esto, en el estado en que os encontráis, os puede ser dañoso: si mi presencia ha de haceros hablar será cosa de apartarme de vos para que reposéis.

—¡Ah! ¡no! ¡no os vayáis! vuestra presencia, señora, vuestra bondad, la generosa compasión que brota de vuestras miradas, son el mejor bálsamo que se podría aplicar á mi herida, que por otra parte, os lo afirmo, es más grande que grave: el hablar no me molesta, no me fatiga; por el contrario me distrae y me alivia: desde

(1) Este corral ocupaba poco más ó menos el mismo sitio que hoy ocupa el teatro del Príncipe.

que os he visto, desde que he escuchado vuestra voz me siento reanimado; permaneced, pues, junto á mí, y no me privéis de la felicidad de ver el cielo en vuestro semblante.

—Ya que decís que nada os daña el hablar, de lo que me alegro en el alma, porque eso me prueba que vuestra herida no es grave, permitidme, señor Cisneros, que me ría.

—¿Que os riáis? ¿y de qué?

—De vuestro genio peregrino. Estáis herido y débil, y sin embargo me requebráis, y Dios me perdone, si no me estáis enamorando.

—¿Y de eso os reís? ¡lo comprendo! os causa risa, una risa de desprecio el que un humilde comediante....

Cubrió una dulce seriedad el semblante de la princesa.

—Yo no os desprecio, dijo: hombres de vuestro ingenio más que para despreciados, son para admirados; paréceme, sí, que os creéis en uno de los pasos de amor de las comedias que tan bien representais... y eso me hace reír.

—¡Ah, señora! la palabra de amor que nace del agradecimiento no debe interpretarse de ese modo, y.... luego... un cómico, por despreciado que sea, al fin es un hombre: un hombre que tiene corazón: y cuando ese hombre ha adorado largo tiempo en silencio á una alta persona, y de repente, después de un lance en que ha sido herido y vencido, encuentra junto á sí á aquella mujer, á quien en otra ocasión no se hubiera atrevido á mirar frente á frente; cuando la imaginación está perturbada, ¿qué mucho que ese hombre, bajo cuanto queráis, cuanto queráis, infeliz, diga al ángel que tiene junto á sí: ¡Ah! ¡bendito sea Dios que ha hecho que deba la vida á la mujer á quien amo!

Angiolina miró gravemente, pero sin severidad ni desdén á Cisneros, y

le inundó con una mirada lúcida, intensa, poderosa, que á pesar del estado en que se encontraba y que, como él mismo había dicho, era más doloroso que grave, hizo estremecer al comediante.

—¿Sabéis, señor Cisneros, que lo que me sucede es demasiado extraño? dijo después de un momento de silencio la princesa.

—¡Extraño, señora! ¿y por qué?

—Figuráos que estoy pasando de sorpresa en sorpresa, desde hace dos horas: salgo de casa de una amiga mía donde acostumbro á pasar algunas veladas y de repente, los criados que conducen mi silla se paran: pregunto la causa y me contestan que han tropezado con un hombre herido.

—Muy trastornado estaba yo, cuando solo ví cuatro embozados que se acercaron á socorrerme; dijo Cisneros.

—¡Ah! yo había dejado la silla para que os condujeran á vuestra casa ó á donde indicárais, y había seguido á pié mi camino acompañada de uno de mis criados: yo esperaba que los que había dejado para que os socorriesen, me traerían la noticia de haberos dejado amparado: pero á poco de haber yo llegado á mi casa se me presentó uno de ellos y me dijo:

—El herido se ha desvanecido, ha perdido el habla y no sabemos á donde conducirlo: en el hospital no nos abrirán á estas horas.

—¡Llevaros al hospital! yo no quise enviar á ciegas á tal punto á un hombre que podía ser muy principal.

—Os engañásteis, pues, señora, dijo Cisneros.

—Y qué ¿no sois vos un hombre principal? ¿Creéis que el noble más noble, vale para las almas que saben sentir, lo que valéis vos que arrancáis dulces lágrimas ó alegre risa de los ojos ó de los labios de vuestros espectadores? ¿que vos que sabéis ser

rey y mendigo, caballero y villano, cortés y rústico, joven y viejo? ¿que tomáis todas las formas, que expresáis todos los sentimientos, que obligáis á un público entero á que arroje laureles á vuestros pies? ¿queréis ser más principal? ¿cambiaríais vuestro ingenio por un título de nobleza?

—Sí, dijo Cisneros: aun á condición de volvérmelo estúpido.

—No blasfeméis de la providencia de Dios. ¿Por qué deseais ser pequeño, cuando habeis nacido grande?

—Sí os parezco noble, y grande, y digno de ser amado, no me cambio por el rey más poderoso de la tierra.

—Dejáos de locuras, y seguidme escuchando: os decía, pues, que por vos he pasado esta noche de sorpresa en sorpresa: sorpresa cuando os encontré herido; sorpresa cuando os vi sobre ese lecho y os reconocí; sorpresa cuando me habéis descubierto de una manera que puede llamarse solemne, que me conocíais antes de ahora, que me habíais amado en silencio.... ¡Ah, señor Cisneros! y todas estas sorpresas han sido dolorosas para mí:

—¡Dolorosas!

—Sí: doloroso el veros herido; doloroso el saber que me amáis porque..

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo recompensar vuestro amor.

—¡Ah! ¡no me creéis digno!

—No es eso, señor Cisneros, no es eso: es que soy casada.

—¡Ah! murmuró el comediante.

—Por lo mismo no debéis hablar-me de amor..

—Perdonad....

—Sí, os perdono: pero á condición de que no volváis á decirme amores.

A pesar de esta severidad de palabra la princesa no había retirado una de sus manos que Cisneros había asido y que estrechaba dulcemente.

—Pero no me abandonéis; exclamó con ansiedad.

—Pues es preciso que os abandone por un momento, amigo mío, dijo la princesa; han llamado á la puerta de la habitación: oid, vuelven á llamar.

—Id, id pues, señora, dijo Cisneros, llevando dulcemente la mano de la princesa á sus labios y besándola.

Angiolina solo castigó aquel atrevimiento retirando bruscamente su mano de la de Cisneros, y separándose del lecho sin pronunciar una palabra.

Cisneros vió que la princesa atravesó rápidamente la cámara y salió por una puerta del fondo.

—¡Ah! pensó Cisneros, dejando caer sobre la almohada la cabeza que había levantado para seguir con la vista á la princesa; padezco horriblemente: mi cabeza se desvanece: siento irritada la herida: esa mujer me ha obligado á hablar: no, no ha sido ella la que me ha encontrado en la calle: los hombres que fueron á buscarme, iban sin duda enviados de intento: ¡yo no pude conocer al hombre que me hirió! los pasos en que ando con el príncipe don Carlos son peligrosos: ¿quién sabe lo que significa el encontrarme en casa de la princesa? Esta puede ser una buena aventura, si mi herida no es peligrosa: es verdad que hace mucho tiempo que esa mujer me enamora; pero ella amaba... estaba loca por el marqués de la Guardia.... y hace un momento que, á pesar de sus palabras decorosas, parecía enamorada de mí.... ¡ah! mis pensamientos se embrollan. Es necesario que me tranquilice.... ¡Ah! ¡ah! no pensemos en nada.... esperemos.

Cisneros procuró detener su pensamiento, pero esto era imposible. La fuerza con que su pensamiento se agitaba influyó al fin de una manera poderosa en su físico y se desvaneció de nuevo.

CAPÍTULO XIII.

DE CÓMO LA PRINCESA DESCUBRIÓ QUE ERA MÁS FÁCIL SU VENGANZA QUE LO QUE HABÍA CREIDO.

—¿Y bien, qué has hecho? dijo Angiolina á Bempo, al que encontró en el huerto.

He hecho cuanto he podido excelencia: el herido está en vuestro poder.

—Pero... ¿y lo demás? lo demás... nada... ¿te me vienes con las manos vacías!

—No he podido hacer más excelencia: el hombre á quien mandé que siguiera á la persona que saliese por el postigo de la casa del duque de la Jarrilla, la siguió, pero la ha perdido en la oscuridad.

—¿Y el marqués?

—No hemos podido apoderarnos de él.

—¿Qué no habéis podido apoderaros de él cuatro hombres? ¡ah! ¡es verdad! ¡el marqués es valiente!

—Decid mas bien, excelencia, que le han ayudado Dios ó el diablo: ya sabéis que Bempo es valiente. Lo sabéis demasiado, Angiolina.—Y al pronunciar estas palabras que establecían cierta familiaridad entre el criado y la señora, los ojos del romano, desplomaron, por decirlo así, una mirada tal sobre los ojos de la princesa, que aquellos ojos vacilaron por un momento en una mirada vaga, dominada.—Ya sabéis que Bempo es valiente: pues bien: el marqués, se desasíó de nuestros brazos en el momento en que le creíamos sujeto; tiró de la espada y nos llevó á estocadas por delante, hasta que ganó un lugar ancho, y escapó.

—¿De modo que será necesario que en adelante desconfíe de tu valor?

—Creo que os he servido demasia-

do bien, excelencia, para que podáis desconfiar de Bempo. Además creo que esta noche os he hecho un servicio, que no os hubiérais atrevido á esperar.

—Sí, no esperaba ciertamente que fueras tan cobarde.

—Os he hablado de un servicio, excelencia.

—¿Te queda algo que decirme?

—Sí, por cierto; y algo que daros: algo que os llenará de placer.

—Estás abusando del predominio que crees tener sobre mí, porque posees un secreto mío, Bempo, y me impacientas, y más pareces mi señor, que mi criado.

—Bien sabéis, Angiolina, que ese secreto no ha salido de mi pecho; y en cuanto á lo de impacientarse, no se cual de los dos se impacienta más. Pero concluyamos. Cuando acometimos al marqués, en el momento en que este, con una vigorosa sacudida, se libertó de nuestras manos, dejó caer al suelo un papel que le habia dado cierta dama: yo tuve tiempo de recoger el papel, mientras el marqués se defendía, ó, mejor dicho, obligaba á defenderse á mis tres camaradas: ese papel está aquí.

Y Bempo entregó á Angiolina un papel arrugado.

—¿Y qué es esto? dijo la princesa.

—Leedlo, excelencia, leedlo y comprenderéis cuanto vale el papel que os entrego. Vale más que el marqués para vos: mucho más, porque ese papel es vuestra venganza.

—¡Mi venganza!

—Sí, porque ese papel es la deshonra pública de la duquesa de la Jarrilla: deshonra confesada por ella misma: una revelación terrible escrita de su mano.

Angiolina abandonó el huerto, palpitante de ansiedad y entró en una habitación donde habia luz, se acercó á ella y leyó ávidamente el papel.

Bempo la había seguido, y al escuchar el grito de suprema alegría de la princesa, exclamó con acento profundo.

—Satanás ha querido que Bempo te sirva mejor de lo que esperabas.

—¡Ah, Bempo, Bempo! ¡yo te amo! exclamó Angiolina arrojándose en los brazos del lazzaroni arrastrada por el horrible agradecimiento de su venganza satisfecha.

Bempo la separó de sí asida por los hombros y la dijo con acento indefinible, posando en ella una indefinible mirada.

—Os engañais, señora; vos no amais á Bempo: Bempo no se llama marqués de la Guardia.

Y volviendo la espalda á la princesa salió lentamente de la habitación.

—¡Ah! dijo Angiolina viéndole alejarse: ¡tienes celos! ¡celos como yo! ¡pues bien, sírveme para mi venganza, aunque después te vengues de mí!

Luego atravesó un corredor, entró en la cámara donde estaba Cisneros, que parecía aletargado, y se sentó en silencio junto al lecho.

CAPITULO XIV.

DE CÓMO SE CONJURABA TODO CONTRA EL EMIR DE LOS MONFÍES.

Al día siguiente, muy temprano, ó por mejor decir, al salir el sol de aquel mismo día, se notaba un gran tráfigo en la casa del duque viudo de la Jarilla.

Algunos criados se ocupaban en cargar cofres á la zaga de un enorme coche de camino, y algunos lacayos armados á la gineta sacaban de las caballerizas fuertes caballos: las lanzas de estos hombres se veían en un ángulo del patio, y del arzón poste-

rior de cada caballo, pendía un largo arcabuz.

Todo parecía indicar que se preparaba un viaje.

La casa estaba en movimiento de arriba á abajo, á pesar de que aún no eran las cinco de la mañana, lo que nada tenía de nuevo, puesto que en la casa de Yaye, todos incluso Amina, tenían la costumbre de levantarse muy temprano.

Pero ninguna mañana como aquella, había llamado la jóven á sus doncellas para que la peinasen y ataviasen á tales horas. Amina estaba sentada delante de un magnífico tocador, pálida y profundamente pensativa, y dos doncellas se ocupaban en trenzar sus largos cabellos, mientras otras preparaban un hermoso traje de camino.

Ni una palabra se habló durante el atavío de Amina entre ésta y sus doncellas: al fin, cuando el tocado hubo concluido, la jóven dijo á una de sus sirvientas:

—Doña María; traed todos mis vestidos de corte y de casa.

La doncella á quien Amina se había dirigido salió.

—Doña Ana, añadió Amina, dirigiéndose á otra doncella; traed un cofrecito que encontrareis en mi retrete.

Salió la otra doncella.

Poco después, casi todos los sillones del aposento estaban cubiertos por magníficos trajes, y sobre la mesa del tocador se había abierto un cofrecillo lleno de joyas.

Amina se volvió á sus doncellas, y las dijo:

—Amigas mías, vamos á separarnos, sabe Dios por cuánto tiempo.

—Pero, señora, dijo una doncella, donde quiera que vuecelencia vaya, necesitará de nuestros servicios.

—Mi viaje es largo, y la vuelta dudosa; dijo tristemente la jóven: en

los lugares á donde voy, tengo ya preparada mi servidumbre.

Guardó un momento silencio Amina, y luego continuó:

—Estoy satisfecha de vosotras; me habéis servido bien y quiero dejaros un recuerdo mio.

—¡Ah, señora! demasiado profundos nos los deja vuecelencia con sus bondades, dijo conmovida doña María.

—Ahorremos las lágrimas, dijo Amina, procurando ocultar bajo una sonrisa su commoción, y aprovechemos el tiempo. Aunque nobles, sois pobres; y siendo yo rica, no quiero, cuando voy á separarme de vosotras, acaso para siempre, que quedéis sujetas á otra servidumbre, no tan blanda quizá, como la que me habéis prestado. Mis ropas y las joyas que uso diariamente, son vuestras. Aceptadlas, más bien como el recuerdo de una amiga, que como el don de una señora.

Y Amina, en medio del asombro de las doncellas, repartió entre ellas sus trages y las joyas que contenía el cofrecillo.

Cuando estuvo concluido el reparto, Amina abrió el cajón de su tocador, y sacó de él cuatro pesadas bolsas de oro.

—Tomad, las dijo, dando á cada una una bolsa: este es vuestro dote.

—¡Ah, señora! ¡cuanta bondad!—

—¡Como podremos olvidaros!—

—¡Qué noble y qué grande sois! exclamaron las doncellas.

—Basta ya; tomad doña María: bajo esta llave, en un cofre que ha quedado en mi retrete, encontraréis una cantidad en oro, que repartiréis á las criadas, y adios: mi confesor, á quien he mandado llamar, me espera.

—¿Y no volveremos á ver á vuecelencia?

—Acaso no nos veamos en la tierra, pero podremos vernos en el cielo.

Y Amina abrazó y besó en la boca

á cada una de aquellas hermosas jóvenes, que más que sus sirvientas habían sido sus compañeras, y se separó de ellas. Quedáronse las cuatro llorando, y Amina salió, conteniendo sus lágrimas; atravesó algunas habitaciones, y entró en una cámara donde la esperaba un anciano religioso de Atocha.

—Fray Miguel, dijo la joven adelantando hácia el sillón donde el anciano estaba sentado, y arrodillándose á sus pies: absolvedme de un pecado que no os he confesado hasta hoy por pudor, y bendecidme por la última vez.

—¡Bendecirte por la última vez hija mía! exclamó el anciano pálido y turbado: ¡absolvete de una falta que no me has confesado por pudor! ¿qué falta es esa, Esperanza?

Un padre no hubiera mostrado más severidad ni más interés que el anciano religioso en aquella pregunta.

—¡Soy madre! dijo entre sollozos y ocultando su rostro entre sus manos Amina.

El buen sacerdote alzó los ojos y las manos al cielo, y sus labios trémulos murmuraron una oración; brotaron lágrimas á sus ojos, y luego poniendo sus dos manos temblorosas sobre la cabeza de Amina, la dijo con voz cobarde, por decirlo así:

—¿Sabe tu padre esa falta, hija mía?

—La sabe y me envía lejos; muy lejos de la corte para ocultar mi deshonra.

—¿Y tu padre te ha perdonado?

—Mi padre, como yo, se conforma humildemente con la voluntad de Dios.

—Y..... ¿no tiene reparación esa falta?

—Ni mi padre ni yo lo sabemos, padre mio.

—Que te perdone Dios, pobre Esperanza, como tu padre y yo te per-

donamos, exclamó el religioso profundamente: yo, ministro del Altísimo, te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y os bendigo á tí y á tu hijo.

Después de haber hecho descender su perdón y la bendición de Dios sobre la cabeza de la jóven, el anciano religioso se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, qué desgracia! exclamó: ¡qué desgracia, Dios mío! ¡una casa tan ilustre, una criatura tan caritativa, tan noble, tan religiosa, mancillada por el mundo! ¡Oh! ¡que Dios tenga misericordia para el causador de tantos males! ¡Que Dios le perdone, por que bien ha menester de su perdón!

—¡Oh! ¡sí, padre! ¡rogad, rogad á Dios por él! ¡pedid á Dios que no olvide jamás á la pobre mujer que tanto le ama!

—Pero ese hombre... ¿por qué no es ese hombre tu esposo?

—Os suplico padre que no hablemos más de esto: voy á marchar y tengo que haceros antes un sagrado encargo.

—¡Un sagrado encargo!

—Sí; pienso hacer una donación á la santa casa de religiosas de Nuestra Señora de Atochs.

—La casa de Atocha es rica, á Dios gracias, hija mía; destina más bien esa donación á los pobres.

—Es que no he olvidado á los pobres, dijo Amina: tomad padre, tomad esta carta; por ella mi madre os entregará tres mil doblones: los mil son para la santa casa de Atocha: los dos mil restantes para que los distribuyais entre necesitados.

El anciano tomó aquella carta conmovido, y exclamó:

—¡Ah! ¡eres buena cristiana y virtuosa, hija mía, Dios te protegerá

—¡Ay padre! ¡harto más que otros

que son muy desgraciados, necesito yo de la protección de Dios!

.....

Entre tanto y en otro aposento de la misma casa, pasaba una escena enteramente distinta de las sencillas que acabamos de consignar.

Aquel aposento era la misma cámara donde la noche antes había recibido el emir de los monfies al príncipe don Carlos.

Yaye se pasaba meditando y mostrando en lo contraído de su semblante, una terrible irritación interna.

Con él, sentado en un sillón, había otro personaje á quien hemos perdido de vista desde la primera parte de nuestro libro.

Aquel hombre era el rey del desierto, Calpuc.

La vejez se mostraba ya en sus canas y en las arrugas de su semblante, pero se conservaba en la apariencia fuerte y robusto.

Acababa de llegar de las Alpujarras, llamado por Yaye, el día anterior, y en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, estaba silencioso y pensativo.

—Todo me sale mal, dijo Yaye, parándose de repente: parece que Satanás anda metido en mis asuntos: este viaje de Amina me contraría, y sin embargo es necesario: dentro de poco la deshonra la saldrá á la cara.

—Has querido luchar con la astucia, al mismo tiempo que con las armas, dijo Calpuc, y ante tu fuerza de voluntad se han puesto los inconvenientes de la vida. La fatalidad nos persigue, Yaye.

—Mi hija tiene un corazón de mujer.

—Tuya es la culpa: ¿por qué la has puesto al paso del mundo tan hermosa y tan incitante? Todo lo has sacrificado á tu ambición, Yaye: sacrificas-

te primero á la pobre doña Isabel de Válor; luego á mi hija, á mi pobre Estrella; después á la hija de mi hija, á mi pobre Esperanza.

—Sí; todo eso y más he sacrificado; pero lo he sacrificado á mi patria.

—Tienes el grave defecto de dar á tus pasiones el pretexto de grandes pensamientos. ¿Qué has conseguido con presentarte en la corte de Castilla encubierto con el título que debiste á tu casamiento con mi hija?

—He conocido que España es un gigante enfermo, un gigante que se hará pedazos, que no tiene fuerzas para resistir á todos los enemigos que le acometen á un tiempo. He logrado rebelar al príncipe contra el rey.

—Lo que no pasa de ser un horrible crimen.

—Tratándose de mis enemigos en nada reparo: todos los medios de destruirlos son buenos para mí: además, encubierto entre los cristianos, he logrado introducir mi gente y mi oro entre ellos: mis monfíes están en todas partes: en la servidumbre de palacio; bajo las banderas del rey, en España, en Flandes, en Italia, en Francia, en Africa, en América; los hugonotes tienen cuanto oro y cuantos avisos han menester; los flamencos empiezan á corresponder á mis esperanzas, excitados por mis emisarios y por mi oro, hasta el punto de que Felipe II, creyendo poco fuerte la autoridad de su hermana la infanta doña Margarita de Parma, envía á los Países Bajos al duque de Alba: el mando feroz de ese capitán brutal, acabará la obra que yo he empezado; la guerra crece en Méjico, y los moriscos de Granada están ya en el caso de jugarlo todo á un envite: la insurrección general contra España amenaza, y los enemigos del opresor universal crecen: es verdad que he perdido la paz del corazón; que he enlodado á mi hija: pero Calpuc, el día

de la venganza se acerca: Felipe II está herido de muerte.

—Nunca hemos pensado del mismo modo; si hubieras seguido mis consejos, no hubiéramos sido más afortunados de lo que somos respecto al tirano que nos oprime: pero al menos tendríamos la conciencia tranquila: no hubiéramos cometido crímenes. Yaye; no hubiéramos sacrificado á las dos prendas de nuestra alma.

—Sí, siempre hemos pensado de distinto modo; por lo mismo lo mejor es que no hablemos más de tales asuntos. Lo que haya de suceder será. Vamos á lo que importa. Todas nuestras joyas; todo nuestro oro, gran parte de nuestro tesoro, en fin, ha sido encerrado en cofres, y va á partir con Amina. Para defenderla á ella y á esas riquezas, te acompañarán treinta de mis bravos monfíes con nombre y traje castellanos; el wali que manda á esa gente y que te acompañará bajo el aspecto de mayordomo, es el Partal: ya conoces su valor de león y sus fuerzas de toro. Es además muy leal. Vais, pues, perfectamente asegurados mi hija y tú. Cuando llegues á Granada, aunque allí no tenemos palacio, tengo ya preparada una hermosa casa que pertenece á Aben-Aboo...

—¡Aben-Aboo... ¡pobre jóven! exclamó Calpuc.

—No hablemos ni una palabra de eso, exclamó con irritación Yaye; Dios lo quiso... ó Satanás. La pobre Isabel ha quedado reducida á muy poco; jamás he logrado que acepte nada de mi mano, y su hijo que ha perdido la mayor parte de los bienes de... su padre Miguel López, se ve hoy obligado á alquilar á los nobles que van á Granada su casa junto á san Miguel: yo he tomado esa casa. En ella puedes vivir con Amina todo el tiempo que pueda encubrirse su estado: después, cuando sea necesario, la lleva-

rás á mi alcázar de las Alpujarras, del que no saldrá hasta que pueda salir, si es que Dios quiere sacarla salva de esa dura prueba. Yo permaneceré en la corte todo el tiempo que sea posible, y no iré allá sino para desplegar mi bandera y embestir decididamente con el cristiano. He hecho cuanto he podido hacer. Dios hará lo demás. Ahora silencio, siento que Amina se acerca.

En efecto, poco después se abrió una puerta, y Amina entró en la cámara de su padre.

Venía profundamente tranquila.

—Estoy dispuesta, padre mio, dijo.

—Sí, abreviemos cuanto sea posible lo doloroso de esta separación, dijo Yaye besándola en la frente: tu abuelo está dispuesto á acompañarte y todo está preparado.

—¡Ah, padre mío! exclamó Amina, cayendo de rodillas; ¡perdonadme y bendecidme de nuevo, por si no nos volvemos á ver!

—¿Quién piensa en no volvernos á ver? exclamó Yaye levantando á su hija: ¿ni por qué he de negarte yo mi perdón ni mi amor, cuando lo que es, ha sido porque Dios ha querido que sea? Yo te amo y procuraré hacerte feliz, Amina; pero es preciso que luchemos aún. Es preciso que nos separemos.

Amina se arrojó sollozando en los brazos de su padre. Calpuc miraba con un dolor profundo aquella escena.

—Vamos, tranquilízate, dijo Yaye: adivino lo que no te atreves á decirme. Yo velaré por don Juan, yo le amaré como á un hijo, apesar de que me ha hecho mucho daño. Ahora enjuga tus lágrimas, tranquilízate y vamos.

Amina hizo un violento esfuerzo sobre sí misma, y logró aparecer más tranquila: entonces Yaye fué á una de las puertas de la cámara.

—¡Ola, Partal! dijo.

Presentóse un hombre como de treinta años; vestido de camino á la usanza de los hidalgos castellanos.

—Baja y haz montar á la gente, le dijo Yaye. No olvides lo que te he encargado.

—No lo olvidaré magnífico señor.

—Vé, nosotros te seguimos.

Cuando Calpuc, Yaye y Amina, bajaron al patio, encontraron montados á los lacayos y la servidumbre, silenciosa y triste, agolpada á la puerta: se había hecho amar la joven de tal modo por todos, que su partida causaba un sentimiento general.

Sus doncellas, que la habían esperado en las escaleras, la siguieron hasta la carroza: el anciano religioso fray Miguel, estaba esperándola humildemente á la puerta. Un círculo de curiosos, aunque era muy temprano, se agolpaba en la calle para presenciar aquella fastuosa marcha.

Repitiéronse los abrazos, las lágrimas de las doncellas, y las demostraciones de afecto de la servidumbre: Amina entró en la carroza con Calpuc: poco después el pesado carruaje se puso en marcha escoltado por los lacayos.

El duque se apartó con un movimiento brusco de la puerta, y se perdió en el interior de su palacio; las doncellas saludaron con sus pañuelos á Amina que asomaba la cabeza por la portezuela, y antes de que aquella cabeza se ocultase, el anciano fray Miguel la envió su última bendición, y se alejó todo lloroso y en paso tardado hácia su convento de Atocha.

CAPÍTULO XV.

CONTINÚAN LAS CONTRARIEDADES DEL EMIR.

Al entrar en su cámara parecióle á Yaye que había quedado solo en el mundo; con su hija se alejaba por una parte su amor, por otra los proyectos

que más había acariciado: Yaye había arrojado á Amina al paso del mundo como un hermoso instrumento tentador: había logrado irritar la locura de que hacía tiempo era víctima el príncipe don Carlos, y valiéndose de su ambición y de su empeño por Amina, había logrado lanzarle de lleno en la senda de la rebeldía.

Yaye esperaba con razón, que huyendo el príncipe á Flandes, poniéndose al frente de los flamencos rebeldes, creándole un partido aun dentro de la misma España, porque nunca faltan ambiciosos que ayuden á los príncipes rebeldes; había esperado, decimos, que Felipe II, demasiado ocupado en reprimir rebeldías, no pudiese acudir con fuerzas bastantes al reino de Granada, donde, en el momento preciso, debía levantarse por los moriscos el estandarte de su emancipación.

Contaba con sus monfies, fuertes, acostumbrados al peligro y á la fatiga, y bastante numerosos para poder apoderarse en un día de Granada: una vez dueños de la ciudad, levantado el trono de la Alhambra, desplegado el pendón del Islam sobre las torres de la alcazaba, degollados ó cautivos los cristianos, enteramente reconquistadas las Alpujarras y la Vega, era de esperar que el ambicioso Selim II, sultán del imperio de Oriente, y sus tributarios el rey de Argel, y los reyes de Fez y de Marruecos, se apresurarían á enviar á las costas de las Alpujarras sus galeotas piratas henchidas de taitas de turcos, y de los indomables hijos de las razas bereberes. Había momentos en que Yaye soñaba que, rey de Granada, avanzaba al frente de un innumerable y feroz ejército, sobre las ciudades de Andalucía, que todo cedía á aquella inundación de hombres, que salvaba los desfiladeros que separan á Andalucía de Castilla, y que

arrojándose sobre ésta como una tromba, se llevaba por delante villas y ciudades, hasta ir á poner el estandarte del Profeta en una sola campaña, sobré las torres de la catedral de Toledo.

Y como el que es ambicioso nunca lo es á medias; como el hombre de acción confía más de lo que debiera en sus propios recursos y en su fuerza de voluntad, Yaye, creyéndose un héroe, como Tarie-ebn-Ziak, ó como Abd-el-Rajman-ebn-Moavia, ó como Almanzor, tendía su soberbia vista á la inmensidad del porvenir, y no creía descabellado, el que, como en tiempos antiguos, volviese á ser España bajo su espada el poderoso califato de Occidente; que tal vez llegaría á conquistar la Europa, y llevar sus banderas vencedoras á Constantinopla, tornándose de este modo en conquistador de los que le hubiesen ayudado, y después revolver sobre el Africa, sujetarla bajo su mano, y hacer del Mediterráneo un lago de su imperio.

La ambición es una embriaguez, y nada tiene de extraño que el que se embriaga sueñe delirios: y hasta cierto punto no eran delirios los de Yaye: un poco de fortuna para ayudar á su genio, y sus sueños podían realizarse: el pueblo árabe se desarrolló y dominó en una considerable extensión del globo bajo el espíritu de la conquista; el Korán la prescribe: Dios, según los musulmanes, les había dado la espada para llevar adelante el conocimiento de Dios Altísimo y Único, sobre toda la tierra de los infieles; el pueblo árabe, fué indomable, fuerte, mientras se le condujo al combate, y solo empezó á desmembrarse, á corromperse, á decaer, cuando, halagado por el templado clima de España, trocó sus tiendas de piel de camello en suntuosos alcázares; cuando, en una palabra, se estableció: Yaye lo sabía demasiado: se lo había enseñado

la historia de las generaciones de ocho siglos y Yaye se decía: yo no pararé, yo no reposaré mientras haya tierras que conquistar bajo el sol: si el valiente pueblo árabe ha desaparecido, queda en pie el pueblo moro, resplandece el imperio turco y el Dios Altísimo y Unico se adora en la tercera parte del mundo; el Koran da el supremo poder al vencedor; pues bien, yo venceré porque quiero vencer.

Pero Yaye no había contado con los acontecimientos, ni se había conocido á sí propio: una tras otra contradicción vinieron á demostrarle lo colosal de la empresa que había embestido; vió que tras largos afanes, sus monfíes estaban en el mismo estado y con la misma fuerza que á la muerte de su padre; que aquella niña, de quien había pensado hacer uno de los más poderosos instrumentos de sus proyectos, se había roto, por decirlo así, al ponerse en contacto con el mundo, vulgarizándose, como todas las mujeres, por el amor; que si bien había logrado empeñar por medio de ella al príncipe de Asturias en un camino de perdición, aquel príncipe era loco, débil, voluntarioso, la persona menos á propósito para poder apoyar en ella de una manera firme una empresa de importancia; comprendió, en fin, que había cometido crímenes estériles; se sintió humillado delante de sí mismo, con la conciencia manchada, con el porvenir incierto, y por esto cuando entró en su cámara, le pareció que se encontraba solo en el mundo, abandonado del cielo y de la tierra, mientras Satanás le sonreía y le mostraba con un dedo horrible la espantosa página donde estaban consignados sus desaciertos, muchos de los cuales eran horribles crímenes.

Yaye se hallaba en un estado de exaltación espantoso: sus ojos, escandecidos, dejaban ver una expresión febril: ardía en ellos la fiebre y la rabia

de la impotencia. Las figuras de los tapices flamencos que adornaban la cámara, parecían agitarse, revolverse, cambiar de forma: parecía que de en medio de un infernal torbellino, salían dos damas, hermosas aun, pero pálidas y con los ojos enrojecidos por un llanto continuo: la una resignada y paciente, la otra iracunda y vengativa; cada una de ellas llevaba de la mano un hermoso mancebo y se lo mostraba: Yaye, horrorizado, cerraba los ojos para no verlos, y sin embargo, á través de sus párpados cerrados los veía: cada uno de aquellos mancebos tenía impreso en la frente el estigma de fuego de una ambición insensata; alrededor de la cabeza de cada uno de aquellos mancebos, había una señal lívida, inflamada, como la que pudiera haber dejado en ellas el círculo candente de una corona: alrededor del cuello amaratado de aquellos mancebos, había un dogal: en sus manos un puñal rojo y humeante. Tras aquellos mancebos conducidos por sus madres, marchaba una turba furiosa: mujeres, hombres, niños, ancianos, todos agitaban las cadenas de que iban cargados, todos miraban á Yaye, y todos le decían:

—¡Tu ambición nos ha hecho esclavos! ¡por tu ambición nos vemos hambrientos, desnudos, desesperados, sin padres, sin hijos, sin esposos, lanzados del pueblo que nos vió nacer, vendidos como bestias, robados, degradados! ¡has querido ser rey y nos has impulsado pensando en tu ambición, solo en tu ambición, á una empresa en que necesariamente debíamos ser vencidos! ¡maldito, maldito, maldito seas!

Yaye veía todo esto en el fondo de su conciencia: un sentido íntimo, ese sentido misterioso, esa prodigiosa intuición que tenemos en el fondo de nuestro espíritu y que nunca nos engaña, le decía con el severo y horri-

ble acento de la verdad, que marchaba hácia un lago de sangre; por eso los objetos, en los cuales se fijaba su vista, tomaban formas, cuerpo, color, vida fantástica; su conciencia le traía su pasado y le presagiaba su porvenir; porvenir horrible, henchido de desgracias y de horrores, entre los cuales debía desvanecerse la última esperanza de los restos vencidos del pueblo moro español.

Yaye quería en vano arrojar de sí el remordimiento, y el presentimiento, que le acometían implacables: en vano quería atribuir aquellos pensamientos, aquellas visiones á la perturbación de su espíritu, causada por el dolor de haber visto á su hija alejarse de él, por necesidad, para encubrir su deshonra, con el frente baja y manchada, con el corazón ardiente y desgarrado. Cuanto más pugnaba Yaye, por arrojar de sí aquella terrible pesadilla que le combatía despierto, más y más se condensaba aquella pesadilla y le acometía y le estrechaba. Hubo un momento en que, de en medio de aquel horrible caos de fantasmas acusadoras, salió una mujer envuelta en un sudario, desmelenada, lívida, anhelante: aquella mujer, á pesar de su horrible estado y de su palidez cadavérica, era muy hermosa; aquella mujer, ó por mejor decir, su recuerdo, hizo lanzar un grito de espanto á Yaye, porque aquella mujer era su esposa, Estrella, la hija de Calpue.

—¿Y qué has hecho, qué has hecho de mi hija? gritaba aquel fantasma acusador. ¡Tu desamor me secó las fuentes de la vida, y tu ambición ha muerto á mi hija, matándola el alma! ¡Yaye-ebn-Al Hhamar!

—¡Afuera, afuera, horribles visiones! exclamó Yaye clavándose las uñas en la frente como si hubiera querido arrancarse de ella aquel infierno, ¡afuera! Yo he heredado la

venganza de tres generaciones, yo he bebido mezclada con lágrimas, la sangre de mi padre: yo escucho continuamente, despierto y dormido, en la soledad y en medio del mundo los gemidos de dolor, y siento correr como un río, las lágrimas de millares de esclavos que todo lo esperan de mí. ¿Qué importa que vosotros hayáis caído? ¿que tú, Estrella, hayas sucumbido, esposa abandonada, madre sin hija? ¿qué importa que Amina haya bebido toda la hiel que cabe en su corazón? yo marchó hácia adelante, poderoso y terrible como el huracán, y como el huracán no me detengo ante nada. ¡Mi ambición! ¡me acusáis de ambicioso! ¡y sin embargo, mi ambición es vuestro poder, vuestra libertad y vuestra gloria, porque yo nada puedo ser sin vosotros!

Y mucha fuerza de voluntad tenía indudablemente Yaye dentro de su alma, porque logró dominar el vértigo, sus ojos perdieron su sangriento color y su expresión de tigre, dominóse, hizo callar la voz de su conciencia y los latidos de su corazón, y su semblante volvió á mostrarse impasible y frío como el de una estatua.

Solo habían quedado en su frente como huellas de la tormenta las señales amoratadas que habían impreso en ella sus dedos.

Sentóse en un sillón, respiró fuertemente, como quien descansa de una larga jornada, y su pensamiento, frío y calculador, volvió á su eterno objeto; á su lucha contra el rey de España, y contra sus reinos: lucha encerrada hasta entonces en el pensamiento de Yaye, pero que debía algún día pasar inmensa y aterradora, al terreno de los hechos, al campo de batalla.

Pero parecía que la fatalidad perseguía á Yaye: la fatalidad preñada de sangre y crímenes que le perseguía, y que se le presentó de repente

cuando menos lo esperaba, en la persona de Harum-el-Geniz, del valiente wall, su leal secretario, el que durante veinte años le había servido con una fidelidad á toda prueba; el que poseía todos sus secretos, el que adivinaba todos sus dolores.

Abrió silenciosamente la puerta de la cámara, y adelantó hácia el emir, sacándole de su distracción con el ruido de sus espuelas de alférez castellano.

Miróle profundamente Yaye, y en la expresión grave y triste de Harum, comprendió que le traía un asunto importante.

—¿Qué me quieres? le dijo: no recuerdo haberte llamado.

—Hay momentos en que el siervo debe llegar hasta el señor, y decirle aunque descanse entre los brazos de la querida de su alma: levántate y despierta, toma tus armas y prepárate al combate.

Yaye se levantó como si le hubiera despedido del sillón un resorte.

—¡Al combate! ¿aquí ó allá? ¿en la corte del rey de las Españas ó entre las breñas de las Alpujarras?

—No, no, poderoso señor; no son las armas que brillan entre la polvareda del combate las que debes tomar, sino las armas que matan en silencio y de una manera segura: las armas de la venganza. No vas á luchar contra un rey poderoso, ni contra un ejército valiente, sino contra una cortesana y un bandido.

—¡Angiolina! ¡Laurenti! exclamó el emir. ¿Y de qué modo? ¿cómo me provocan esos dos miserables?...

—Anoche, ya tarde, un hombre que ha conocido á Farrix, á Abdelhamar, y á otros de los nuestros, que viven encubiertos en Madrid con nombre y trage de soldados de la compañía de ginetes de don Luis Moncada, se presentó á ellos en su casa de la Cava Baja, y pidió á Farrix que, con

algunos de sus camaradas y por algún oro que les ofrecía, le acompañasen para una aventura. El oro dado por ese hombre está aquí:

Y Harum arrojó sobre la mesa del emir algunos doblones de á ocho.

—¡Y bien! ¿tenemos algo que ver en esa aventura?

—¡Oh! exclamó Harum con acento de amenaza.

—Acaba de una vez Harum, exclamó impaciente el emir.

—El desconocido, continuó Harum, llevó á Farrix y á otros tres á una casa en la cual entraron por el postigo de un huerto.

—¿Y qué casa era aquella?

—Farrix me ha llevado hasta el postigo, y he reconocido por él, que la casa donde entraron, era la de la princesa Angiolina Visconti.

—¡Ah! exclamó profundamente el emir. ¿Y qué iban á hacer allí?

—De la casa sacaron una silla de manos y fueron con ella á la calleja á donde da el postigo de tu palacio, poderoso señor, de uno de los extremos de aquella calle, recogieron un hombre herido, le metieron en la silla de manos y le condujeron á casa de la princesa, en la que entraron por el mismo postigo.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?

—Es que hay más, magnífico señor: mientras el desconocido con dos de los nuestros conducían al herido á casa de la princesa, otros dos, Farrix y Abdelhamar, quedaron en un soportal frente al postigo de tu palacio, ocultos en la sombra y con encargo de observar cuanto sucediese. Poco después volvió el desconocido con los otros dos monfies, y se ocultó bajo el mismo soportal. Según me había dicho Farrix, había luz en tu casa en un mirador, y aquel mirador, era, á no dudar, del aposento de la saltana Amina.

—Nada tiene de extraño que la sultana velase, preparando su partida.

—Es que hay más que eso: antes del amanecer salió un hombre por el postigo, y después se abrió uno de los balcones de los aposentos de la sultana, y por él se descolgó otro hombre á la calle.

Irradiaron una mirada incalificable por lo feroz, los ojos de Yaye.

—Farrix y sus compañeros mienten, exclamó.

—Si han mentido, mancillando el honor de la sultana, dijo Harum cuya mirada no se alteró, deben morir.

—¡Que mueran! ¿lo entiendes? que mueran y que mueran al momento, exclamó con voz cavernosa el emir. Pero... sigue, sigue relatando la impostura de esos miserables.

—Farrix asegura que cuando aquel hombre estuvo en la calle, una mujer vestida de blanco habló algunas palabras amorosas con el que había descendido, y le arrojó un papel.

—¡Oh, miserables! y si era verdad ese dicho, ¿por qué no aseguraron á aquel hombre? ¿por qué no se apoderaron de aquel papel?

—Cabalmente, según dice Farrix; esta era la intención del que los había conducido hasta allí, pero añade también, que aquel hombre era tan valiente y tan diestro que se les escapó.

—¿Y no aconteció más?

—No señor. Los cuatro monfies se despidieron del hombre que los había buscado, y que les encargó el secreto, y Farrix vino á avisarme.

—Páreceme que tú has creído esa impostura, Harum, dijo el emir fijando en su confidente una mirada intensa.

—Hace tanto tiempo señor que te persigue la desgracia....

—Pero la desgracia ha respetado hasta ahora mi honra, Harum. No adi-

vino la causa, pero deben haber comprado á esos miserables para que me hieran en lo más profundo de mi alma.... en mi hija.... acaso la princesa.... pues bien.... es necesario que esos cuatro hombres no hablen.

—No hablarán, señor.

—Pero es necesario evitar escándalos. Envíalos á las Alpujarras, y avisa para que cuando lleguen....

—Muy bien, señor.

Quedó profundamente pensativo Yaye durante algunos segundos.

—Creo que la princesa Angiolina se vale para todos sus asuntos, de una especie de bandido romano.

—Si señor.

—Cuando te envié á Roma hace dos meses para que averiguases quién era esa princesa, me trajiste una relación escrita.

—Esta relación debe estar en tu poder, señor.

—Bien, bien: es necesario que hagas venir al momento á ese hombre que sirve á la princesa. ¿Como se llama?

—Andrea Bempo.

—Pues bien, procura que ese hombre venga al instante.

—Muy bien, señor.

—Vete. Y al momento, al momento, esos cuatro monfies á las Alpujarras y un correo á caballo que les preceda.

Harum se inclinó y salió.

El emir permaneció algún tiempo como anonadado. Después hizo un poderoso esfuerzo para salir de su atonía, se levantó en fin de la mesa, y escribió lo siguiente con mano firme:

«Señor marqués de la Guardia: os suplico que hoy mismo vengáis á verme: espero que atenderéis mi súplica, y no me haréis dudar, negándoos, del afecto que creo inspiraros.—El duque de la Jarilla.»

Yaye cerró esta carta y la entregó

á un lacayo para que la llevase á su destino.

Dos horas despues la carta le fué devuelta cerrada, tal como la había enviado, dentro de otra de don César de Arévalo que contenia estas solas palabras:

«Señor duque: el loco de mi sobrino no parece en ninguna parte desde ayer, y como vuestra carta para él puede ser importante, os la devuelvo temiendo que se extravíe. Vuestro más afecto criado.—Don César de Arévalo.

El duque arrugó en un momento de cólera aquella carta.

Luego envió cuatro ó seis de sus lacayos á que buscasen por todo Madrid al marquesito.

A las diez del dia el duque oyó pronunciar con asombro á la puerta de su cámara á uno de sus sirvientes el nombre del señor principe Lorenzini Maffei que venia á visitarle.

Yaye mandó que le introdujesen en su salon de recibo.

CAPÍTULO XVI.

QUIÉN ERA EL PRÍNCIPE LORENZINI.

Antes de entrar en la cámara donde le esperaba su visitante, Yaye le observó detenidamente tras las vidrieras de una puerta.

Vió un hombre como de cincuenta años, un tanto encorvado, más bien como por el exceso de una vida estragada, que por los años, que no eran excesivos: tenia el pelo entrecano y un tanto largo y rizado, según la moda de los nobles italianos: llevaba por autoridad una cadena de oro al cuello, y al costado una ligera espada de corte.

Este hombre se paseaba melitabundo á lo largo de la cámara, con las manos juntas á su espalda y sos-

teniendo en ellas una gorra de terciopelo.

Durante algunos minutos Yaye le contempló con una mirada intensa, lúcida, dibujóse en sus labios una sonrisa de desprecio, y luego componiendo su semblante y adoptando la expresión más impenetrable, abrió la vidriera y entró en la cámara.

Volvióse al saludo el principe, saludó profundamente á Yaye, y le dijo con un perfecto acento italiano, aunque en buen español:

—Os suplico, señor duque, me perdoneis si me he tomado la libertad de venir á vuestra casa, cuando ningún antecedente media entre nosotros: apenas si nos conocemos de nombre.

Yaye señaló un sillón al principe, que se sentó, acercó otro en el que se sentó á su vez, y prestó al principe una de esas atenciones que interrogan.

El principe no se alteró en lo más mínimo por el silencio del duque, que era hasta cierto punto grosero, y añadió:

—Esta mañana uno de vuestros criados ha dejado en la casa de mi esposa, es decir, en mi casa, un recado vuestro para cierto Andrea Bempo. Como en mi casa no se conoce á tal sujeto; como su nombre es italiano y poco ilustre por cierto; como, además, al volver de Italia he encontrado en mi casa ciertas singularidades...

—¿Singularidades habeis encontrado en vuestra casa, señor principe? dijo acentuando fuertemente sus palabras Yaye.

—¡Oh! ¡sí! llegué á Madrid anoche muy tarde, y como no me gusta incomodar á nadie ni aun en mi misma casa, me quedé en una de las posadas; pero apenas amaneció, me trasladé á mi casa..... solo..... me gustan las sorpresas... porque amo entrañable-

mente á mi esposa... que como sabeis sin duda...

—Es una de las damas más hermosas, más nobles y más discretas que viven en la corte de España.

—¡Oh, gracias! comprendereis, pues que yo ame á mi esposa.

—¡Oh! lo comprendo demasiado, dijo Yaye con acento frío. Como que yo también, por más que no se lo haya dicho, la amo..... ¡oh! perdonad, pero vuestra esposa, príncipe, es muy peligrosa.

—¡Ah! ¡sí! dijo con una perfecta impertinencia Lorenzini; mi esposa tiene por destino el estar siempre rodeada de adoradores... lo que me llena de orgullo, os lo aseguro; ¿pero qué decíamos?—

—Deciais que os agrada sorprender á la vuelta de vuestros viajes á vuestra esposa.

—¡Ah! ¡sí! por lo tanto siempre cuidó de proveerme, á hurto, como si se tratase de un ladrón, de una llave de cierto postigo. Según mi costumbre, tomé el camino de mi casa, entré en ella furtivamente; adelanté por una y otra habitación de un piso bajo, y en una de ellas ¿qué creéis que encontré?

—Una singularidad de esas á que se exponen los maridos que gustan de sorprender á sus mujeres.

—En efecto, encontré una singularidad de bulto, un hombre herido en un lecho, según supe después, y á mi esposa, bellamente ataviada, sentada junto á la cabecera de aquel lecho, y durmiendo sobre la almohada.

—¡Ah, ah!

—¿Y qué creereis que hice yo?

—Indudablemente os fuisteis de puntillas para no ser sentido.

—De ningún modo, desperté á mi esposa.

—Y vuestra esposa...

—Se arrojó en mis brazos como de costumbre, delirante de alegría y me

colmó de caricias. Mi esposa me ama con toda su alma, pero es demasiado caritativa, y esta era la causa de la singularidad, que al principio no comprendí, pero que después me fué explicada de la manera más natural. Mi esposa había encontrado á aquel hombre, al célebre comediante Andrés Cisneros, en una palabra, herido gravemente en una calle á que dá vuestra casa, y le había recogido. Esto es todo. Como después se ha buscado en mi casa á ese Andrea Bempo, á quien no conozco; como el señor Andrés Cisneros ha sido herido cerca de vuestra casa; como estos dos sucesos podían tener relación entre sí, me presento á vos, para serviros á fuer de hidalgo en lo que hubiéreis menester.

Yaye cruzó una pierna sobre la otra, se echó atrás sobre el respaldo del sillón, y apoyando en sus brazos los codos y cruzando las manos dijo al príncipe con una sonrisa fría:

—Vuestra esposa os engaña.

Había en Yaye una decidida intención de provocar al príncipe.

—¡Bah! dijo éste. Estoy seguro, enteramente seguro de que no.

—Os ha engañado al casarse con vos.

—¡Bah! os afirmo que el engañado sois vos.

—Os entregó una mano deshonrada por la desgracia y por la miseria, es verdad, pero al fin deshonrada.

—¡Bah! no conoceis la historia de Angiolina..... de Angiolina, á la que yo saqué de un convento para hacerla mi esposa.

—Pues ved ahí; Angiolina Visconti se jacta con sus amantes, ó por mejor decir, con su único amante, de que si bien sois su esposo, no habeis sido nunca su marido.

—¡Ah! eso lo digo yo por todas partes; yo he preferido la ansiedad del deseo que no se satisface, al hastío del deseo satisfecho... y luego...

ser esposo de una mujer jóven, de brillante hermosura y virgen...

—¡Virgen! exclamó profundamente Yaye.

—Yo gozo con lo extraordinario. Mi vida toda es una cadena de sucesos extraordinarios.

—Demasiado extraordinarios, príncipe.

—Es que vos no sabeis mi historia.

—Acaso, acaso. Acaso también sepa la de la princesa.

—La historia de mi esposa es muy sencilla. Una vida de diez y seis años en un convento. Después diez años de matrimonio puro, sencillo, casto, de un matrimonio, como de seguro no ha habido, ni hay, ni habrá dos en el mundo.

—Sin embargo, hablais de las caricias de vuestra... mujer.

—Caricias de hermano y hermana. Un abrazo, un beso en la frente; hé aquí todo.

—¿Con que, según eso, no conoceis la historia de vuestra esposa?

—Sé la verdadera, pero ignoro la que puedan atribuirle.

—Pues os voy á contar esa historia, verdadera ó falsa, y después os contaré... la vuestra día por día, hora por hora.

—Os escucho, y si la historia es ingeniosa, os agradeceré el cuento... pero os pediré también que me reveleis el nombre de quien la ha inventado.

—Os lo diré antes, porque no me gustan las historias en cuya primera hoja no va el nombre del autor. Muchas veces por el nombre del autor se juzga de la historia, y si este nombre es bueno poco importa que la historia sea mala. El autor de las dos que voy á referiros, es el mejor autor de historias que conozco, porque su autor es Dios.

—¡Ah, Dios!

—Dios, ó lo que es lo mismo, la fatalidad.

—Pues empezad y juzguemos del ingenio de Dios.

—Permitidme: todas las historias tienen un prólogo.

—¡Ah! y esta...

—Lo tiene también. Este prólogo se refiere á la causa de que hayan venido á mis manos esas dos historias; la causa, ya os la he indicado: es el amor, el deseo, el empeño que me inspira vuestra esposa, ó por mejor decir, que me inspiraba cuando yo tenía dudas acerca de su procedencia.

—¿Dudas? todo el mundo sabe que es mi esposa.

—Pero nadie conocía al tal esposo. Creo que yo soy el primero que tiene la dicha de conoceros.

El príncipe se inclinó.

—Por lo mismo, dudando de si sería soltera, casada ó viuda, envié hace dos meses á Roma un sujeto muy apropiado para desenterrar historias, y provisto de oro suficiente para ello. Ese sujeto me ha traído las dos historias que vienen á ser una misma. He concluido mi prólogo y empiezo...

—Os escucho.

—¡Ah! dijo el duque, me olvidaba del título: llámase, pues, la que voy á referiros, «Historia de una venganza infame.»

Después de estas palabras, Yaye cerró los ojos como para concentrar y ordenar sus recuerdos, y el príncipe se colocó en la actitud de la más perfecta atención.

Yaye empezó, al fin, de esta manera:

—Nuestra historia principia en la cabeza del orbe católico, en Roma, en el verano de 1557, es decir, hace diez años.

Por aquel tiempo había en Roma dos personajes notables.

El uno era un famoso bandido de

la campiña á quien nadie conocía más que por su terrible nombre: aquel nombre era Laurenti.

La otra era una dama veneciana de diez y seis años á quien conocía todo el mundo, más que por el alto empleo que su padre desempeñaba en la corte pontificia, por su peregrina, por su maravillosa hermosura.

Esta dama se llamaba Angiolina Visconti.

Su padre, Paolo Visconti, miembro de la poderosa familia de este título, se había visto obligado á huir de la justicia de la república de Venecia, á causa de haberse visto envuelto en cierta conspiración de nobles contra el Estado.

Paolo Visconti había logrado ponerse á salvo con una hija única, con Angiolina, de los esbirros de la serenísima república, pero no logró poner del mismo modo á salvo sus bienes que fueron confiscados.

Aportó á Roma pobre, pero provisto del interés que inspira todo hombre que ha luchado por la libertad de su patria, que ha sido vencido, y que vuelve las espaldas á sus hogares para no volver más á ellos.

Aumentaba este interés la belleza y la inocencia de Angiolina, pobre desterrada en la adolescencia, que se veía envuelta en las desgracias de su padre.

Acogiósele bien por la nobleza romana, y especialmente por el papa, y con tanta mayor deferencia por éste, como que Visconti era perseguido por una república con la cual no se encontraba en la mejor armonía la silla pontificia. A fin, pues, de que Paolo Visconti pudiera vivir en Roma, si nó de una manera opulenta, conveniente á su clase, le concedió el papa un alto oficio militar bajo sus banderas.

Nombróle, pues, coronel de su guardia suiza.

Entre otras ventajas, que á más de su pingüe sueldo y de su representación, gozaba el coronel de los suizos, eran no pequeñas, el vivir en un pequeño y bello palacio del papa junto al Coliseo y el uso de carroza y servidumbre, pagados por el tesoro pontificio.

Así, pues, Paolo Visconti podía sostener á su hija en la posición de una ilustre dama.

Visconti, que se había casado muy jóven, y muy jóven había enviudado, era por los años de 1557 un hermoso caballero de treinta y cuatro años, galante como veneciano, altivo por su alcurnia y espléndido, cuanto se lo permitía su sueldo.

Los dados y los naipes habían sido con él sumamente propicios, y había ganado enormes sumas, indemnizándose casi por este medio, de lo que le había quitado su amor por las libertades patrias.

Así es, que se contaba más de una escandalosa aventura de amores, en que el coronel Paolo Vizconti había sido el galán afortunado, y no había marido, padre ó hermano que no le temiesen, si tenían hijas, esposas ó hermanas bellas; sin embargo, Vizconti logró salir sano y salvo de una y otra aventura arriesgada, á lo que contribuyó no poco su fama de valiente y de diestro en armas. Esto, acreciendo su soberbia, le impulsó á nuevas y cada día más arriesgadas empresas amorosas, hasta que, cansada la suerte de protegerle, le metió en una que debía decidir, no solo de su suerte, sino también de la de su hija.

Cerca del palacio que habitaba Vizconti, entre este, y el Coliseo, en una linda casita de un solo piso, vivía un jóven llamada Fioreta, al solo cuidado de una anciana. Servíalas una vieja criada, y nunca se había visto entrar en aquella casa un hombre, ni acompañarlas jamás nadie en sus bre-

ves salidas desde su casa á una iglesia próxima. Sin embargo, Fioreta, que vestía como una dama de la alta nobleza romana, era tan hermosa, tan cándida y tan jóven, que muchos nobles solicitaron sus favores, sin faltar algún miembro del sacro colegio que no hubiera vacilado en comprometer su alma, si le hubiesen mirado con amor los negros ojos de Fioreta.

Pero esta se mostraba inaccesible á los seguimientos, á las rondaduras y las músicas de sus numerosos adoradores, y había logrado adquirir una fama de insensible, de inespugnable, que el mundo galanteador la impuso el nombre de la *mujer fuerte*.

Llegó esto á oídos de Vizconti, del hombre irresistible, del corruptor, por decirlo así, de Roma, y deseó conocer á la tan ponderada y rigurosa hermosura. Eran vecinos, y esto no le fué difícil. Púsose al paso de Fioreta, engalanado con su ostentoso uniforme de coronel de los suizos; la vió, se enamoró perdidamente, la siguió á la iglesia; se puso continuamente á su paso, y no tardó en conocer, que la para todas desdeñosa hermosura, era para él camino llano y abierto. Fioreta se había enamorado de Vizconti, con un amor tan puro, tan intenso, tan sublime, como era sensual y miserablemente ardoroso el de Vizconti.

Por más que quiera guardarse á una mujer, no se guarda si ella no quiere guardarse: la iglesia á que la jóven concurría era oscura: cambiáronse billetes entre los amantes, y por ellos supo Visconti que era amado como jamás lo había sido, y que en la existencia de Fioreta había un misterio que realizaba el valor que ya por su hermosura tenía sobradamente la jóven. Este misterio consistía en que Fioreta no tenía padres conocidos, y además, en que una mano invisible y que debía ser inmensamente rica y

poderosa la protegía, atendía á su subsistencia de una manera espléndida, y la procuraba cuantos goces honestos puede desear una jóven honrada. Se le había dado una educación de princesa; se ponderaban las preciosidades que encerraba dentro de sí la pequeña casa en que vivía; sus trajes eran riquísimos y nobles, y en las grandes solemnidades públicas, se la veía cubierta de diamantes y brocados, en una magnífica carroza dorada, tirada por cuatro caballos admirables, carroza que aparecía por sí misma, sin saber de donde venía, y que desaparecía sin que Fioreta ni su aya supiesen á donde iba. En cuanto al cochero y los lacayos eran mudos, siempre que las dos mujeres trataron de indagar por ellos quién era aquella persona misteriosa, que de una manera tal, cuidaba de la suerte de Fioreta.

Todo esto lo supo Visconti, como he dicho, por las cartas de la jóven, y el misterio de su nacimiento, la opulencia que la rodeaba, y el desenlace problemático que podía tener aquel misterio, irritaron su curiosidad, sus deseos, y aun su ambición. Porque no sabiendo quien era Fioreta, ¿no podía suponerse todo? ¿Y quién sino un altísimo personaje podía sostener tan ruinosos gastos?

Visconti, pues, se empeñó y quiso á todo trance, llegar á la resolución de aquel problema. Compelió en una y otra enamorada carta á Fioreta, á que le concediese una cita, y esta al fin, se vió obligada á escribirle la laconica carta siguiente:

«Contentáos con amarme, sin esperanza de obtenerme. Básteos saber, que yo os amo hasta el punto de no pertenecer á otro hombre, si nó puedo algún día ser vuestra. Yo no faltaré jamás á mi decoro, y me está prohibido de una manera misteriosa y

terrible disponer de mi mano.—Fioreta.

Esta carta fué un nuevo combustible arrojado al empeño de Visconti, que juró pèrecer ú obtener aquella difícilísima y misteriosa hermosura.

Poco tiempo después de recibida esta carta de Fioreta, notó Visconti, que cuando seguía á la jóven á la iglesia, un hombre siempre embozado, á pesar de que era el tiempo de los calores les seguía á alguna distancia, entraba en la iglesia, se ponía en acecho, y no desaparecía hasta que las mujeres habían regresado á su casa.

Empezaba Visconti á impacientarse con aquel espionaje descarado y tenaz, cuando un día encontró sobre la mesa de su aposento y sin que nadie supiese por donde había entrado, una carta concebida en estos términos:

«Sé que seguís obstinadamente á Fioreta, y que Fioreta os ama. Si la amáis, será vuestra, pero para ello será necesario que déis á su hermano una muestra indudable de vuestro amor. Para conocer las condiciones bajo las cuales podréis ser su esposo, id esta noche, solo, á la vía Apia. Allí encontraréis al hermano de Fioreta.»

Inútil es decir, que Visconti no faltó á la cita.

Apenas había entrado en la vía Apia, cuando se le presentó el misterioso embozado que se había constituido en su espía.

El camino estaba desierto, y la luna blanqueaba las ruinas de los sepulcros romanos. El embozado hizo una seña á Visconti de que le siguiese, y este le siguió hasta un bosque cercano en el que se internaron. Allí, en lo más oscuro del bosque, se detuvo el embozado, y, sin descubrirse, dijo á Visconti con la voz dura é imperiosa del que está acostumbrado á

mandar despóticamente y ser servilmente obedecido:

—Veamos si valéis lo bastante para que yo os dé mi hermana.

—Yo me llamo Paolo Visconti, dijo con orgullo el coronel de suizos del papa.

Sé quien sois y me convenís, como hombre valiente y arrojado: porque me convenís, os daré mi hermana, si la merecéis, y lo que vale infinitamente menos que ella, tesoros inmensos. Veamos si la amáis.

—Indicadme vuestras condiciones.

—Vos me habéis dicho vuestro nombre, justo es que yo os diga el mío: me llamo Giuseppe Laurenti.

Visconti dió un paso atrás asombrado: el misterio de la procedencia de Fioreta se desenlazaba de una manera inesperada. Quien protegía á la jóven, quien tenía sobre ella derechos indudables, era Laurenti, el terrible bandido; el hombre á quien la justicia del papa no había podido castigar; el jefe de los invisibles que tenía cubierta de espanto la campiña de Roma. Esto, por otra parte, explicaba las inmensas sumas que se invertían para poner á Fioreta á la altura de la más rica é ilustre dama romana.

Hubo un momento de silencio.

—Paréceme que os falta valor, caballero Visconti, dijo sombríamente Laurenti.

—No, no me falta valor, pero explicadme, aclaradme: vos sois hermano de Fioreta, pero, ¿quién es vuestro padre?

—Ved que cuanto más os revele, más grave será el peso del secreto que habéis de guardar, so pena de vuestra vida.

—No importa. Hablad.

—Mi padre se llamaba Andrea Alberti.

Dió otro paso atrás Visconti. Laurenti había pronunciado el nombre de otro terrible jefe de bandidos.

—No os asombre esto, dijo Laurenti; hace más de dos siglos que mi familia viene reinando de generación en generación sobre la campiña de Roma. El padre educa al hijo, y el hijo hereda al padre; nada más natural.

—Pero la madre de Fioreta!...

—Aumentemos la suma del secreto si os place. La madre de Fioreta era una dama romana.

—Su nombre.

—Lo ignoro yo mismo. Mi padre al encargarme de la suerte de Fioreta, me dijo solamente: su madre era una mujer casada; una hermosa é ilustre dama. Yo la juré guardar como un depósito sagrado su honor, y muero con su secreto. Pero á más de guardar su honor, la juré proteger á nuestra hija y hacerla feliz. Fioreta puede elegir libremente el claustro ó el matrimonio, pero si eligiese este último estado, no será su esposo sino quien sea bastante valiente y arrojado para partir con nosotros los peligros. Ahora, bien, caballero Visconti, jamás bastante á Fioreta para abandonar por ella vuestro bastón de mando, vuestra hermosa banda de coronel, y cambiar vuestro nombre de caballero en un nombre de bandido?

—¿Es esa vuestra resolución irrevocable?

—Es la voluntad de mi padre, á la que no faltaré en una sola palabra.

—Pues os juro que Fioreta será mía á pesar vuestro.

—Peor para los dos si eso sucede, dijo lacónicamente Laurenti.

—Adios, pues, rey de la campiña de Roma.

—Adios, señor coronel de los suizos del papa: pero escuchad antes una palabra: me conocéis y todos los días me estrecháis la mano y me pedís por la salud en la corte de su Santidad. Adonde jugáis, concurre; en donde bebéis, bebo; lo que habléis resonará

en mis oídos, porque soy uno de vuestros mayores amigos. He observado, que hasta ahora no habéis hablado ni una sola palabra con nadie acerca de vuestras pretensiones hácia Fioreta, y que no habéis mostrado ni una sola carta suya. Seguid siendo prudente. Os lo aconsejo, en ello os vá la vida. Adios.

—Esperad.

—¿Qué queréis?

—Me habéis dicho que os conozco.

—Es cierto.

—¿Que sois uno de mis mayores amigos?

—Por tal me tenéis.

—¿Que concurrís á donde concurre?

—Es verdad.

—Sin embargo, yo no conozco vuestra voz.

—Mi voz se desfigura al pasar por el hueco de mi antifaz de hierro.

—Aclaradme...

—Ni una palabra más; adios.

—Esperad.

—Adios.

—¡Por san Paolo mi patrón, que yo os haré esperar y daros á conocer! dijo Visconti desnudando su espada y acometiendo rápidamente á Laurenti.

Este se hizo atrás de un salto, y lanzó un fuerte silbido.

Instantáneamente, aparecieron saliendo de detrás de cada árbol una multitud de hombres cubiertos con antifaces y armados de arcabuces.

Aquellos hombres rodearon al coronel de los suizos del papa.

—Guiad á ese caballero hasta la salida del bosque, dijo Laurenti á sus bandidos, perdiéndose en la espesura. Hasta mañana, caballero Visconti.

Vióse este obligado á ceder, y rodeado de los bandidos, llegó hasta la salida del bosque, y desde allí ganó la vía Apia y entró en Roma.

En vano durante muchos días buscó Visconti en sus numerosos amigos,

uno que le presentase ni el más ligero indicio del terrible bandido romano. Creyó al fin, que aquello había sido una amenaza y una burla, y dejó de desconfiar de los que le rodeaban.

En cuanto á Fioreta, su amor, ó por mejor decir, su empeño, se aumentó en proporción á las dificultades. Habían cambiado una y otra carta, pero en ninguna de las suyas había indicado Visconti á Fioreta lo que sabía acerca de su origen.

Si las dificultades irritan al hombre, puede decirse que irritan infinitamente más á la mujer. El amor de Fioreta se exaltó, y concedió á Visconti lo que siempre se había negado á concederle: esto es, hablar con él en las altas horas de la noche por las ventanas de su casa. Visconti, después de su primera entrevista de este género con Fioreta, esperó que se revelase de cualquier modo, si no la venganza, la cólera del terrible Laurenti; pero pasaron muchas entrevistas del mismo género, y ni recibió una sola carta ni el más leve aviso.

Visconti empezó á burlarse para sus adentros del rey de la campiña, y le despreció del todo cuando, enteramente rendida Fioreta, le concedió lo último que podía concederle: su posesión completa. Todas las noches, una escala llevaba á los brazos de Fioreta al afortunado Visconti, y el terrible bandido, el hermano protector, permanecía mudo.

Sin embargo, un día, encontró Visconti sobre la mesa, y sin que nadie la hubiese llevado, otra carta que contenía las frases siguientes:

«Todo lo sé. Gozad en secreto de vuestra felicidad, y haced feliz á mi hermana, pero, ¡ay de vos si por un accidente natural, ó por una villanía vuestra, se hace pública su deshonra! ¡ay de vos, y ay de ella!—Laurenti.»

Visconti era un hombre que no temía al cielo ni al infierno, y esta ame-

naza le irritó: acontecía además, que, como su amor hácia Fioreta no había sido más que deseo y empeño, satisfecho el deseo, hastiado de la pobre joven, necesitó satisfacer su vanidad de libertino, publicando su victoria sobre aquella mujer que había resistido las pretensiones de los hombres más peligrosos. Esta vanidad infame fué desarrollándose en él, y al fin, un día, en una casa de juego, con ocasión de ponderar un nuevo enamorado los desdenes de Fioreta, dijo:

—¿Qué apuesta queréis hacer conmigo, señores, acerca de esa mujer?

—¿Pretendéis acaso haceros amar de ella? dijo un joven caballero muy amigo de Visconti, llamado Marco Antonelli.

—No, no pretendo hacerme amar de ella, dijo Visconti, porque es mi querida.

—¡Vuestra querida! exclamaron asombrados los circunstantes.

—¡Vuestra querida! exclamó soltando la carcajada Marco Antonelli.

—Os reís de un modo muy impertinente amigo mio, dijo Visconti picado por la hilaridad de Antonelli.

—¿Pues no queréis que me ría? Mientras no presentéis pruebas de vuestro dicho me reiré.

—Es que pudiera suceder...!

—No debe suceder nada, dijo sin afectarse en lo más mínimo Antonelli; si esa mujer es vuestra querida, no merece ser la causa de un rompimiento entre dos amigos, y si no lo es, merecéis en castigo de vuestra mentira que nos riamos de vos.

—Y si presento la prueba?

—Me comprometo á perder quinientos escudos romanos, dijo Antonelli.

—Y yo otros tantos.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo, exclamaron todos los que estaban presentes.

Visconti, salió y volvió poco tiempo después con las cartas de Fioreta que arrojó sobre la mesa, entre los dados y las botellas.

Examináronse aquellas cartas; ellas probaban que Fioreta amaba á Visconti; pero en ninguna de ellas había una sola prueba de que fuese su querida.

—Y bien, dijo Antonelli sin perder su jovialidad, aun no habéis ganado un solo escudo: estas cartas prueban que sois más afortunado que otros: y digo prueban, porque no quiero hacerlos el agravio de creer que estas cartas sean falsas; pero de ser amado á poseer á la mujer que nos ama hay una diferencia incalculable. Así, pues, la apuesta queda en pié hasta que nos probéis que es vuestra querida Fioreta.

—Una palabra señores. Ahora está la luna en creciente y las noches son muy claras: ¿sabéis alguno de vosotros dónde vive Fioreta?

—Todos lo sabemos.

—¿Sabéis dónde caen las ventanas de sus habitaciones?

—Todos la hemos visto alguna vez en ellas.

—Pues bien: si esta noche á las doce, al hacer yo una señal véis que se abre una ventana de las habitaciones de Fioreta; si la véis á ella misma salir á aquella ventana, y arrojarme una escala, y después me véis trepar por ella, recibirme Fioreta en sus brazos, retirarse la escala y cerrarse silenciosamente la ventana, ¿creeréis?....

—Creeremos que Fioreta es vuestra querida, y os envidiaremos Visconti; pero habréis ganado la apuesta.

—Sí, si, habréis ganado la apuesta dijeron todos.

En efecto aquella noche se hizo la prueba: los amigos de Visconti ocultos en la sombra, le vieron entrar en las habitaciones de Fioreta. Al día siguiente todo el mundo supo en Ro-

ma que Fioreta era la querida de Paolo Visconti.

Sin embargo el terrible bandido de la campiña permaneció mudo: pasaron días y días hasta uno en que tuvo lugar un acontecimiento que heló la insolente risa de la infamia, en los labios del seductor de Fioreta.

El suceso á que me refiero pasó de la manera siguiente:

Era una hermosa tarde de mayo. Angiolina Visconti había expresado á su padre el deseo de dar un paseo por la campiña; Visconti hizo preparar una carroza, se disculpó con su hija de acompañarla, y Angiolina salió de Roma, acompañándola solo en el exterior el cochero y dos lacayos.

Caminaban lentamente por la vía Apia: Angiolina, cuya alma aspiraba ya ese amor virgen que es el sueño de la adolescencia de las mujeres, Angiolina inocente y pura, miraba con delicia el hermoso cielo de Italia, perdiéndose tras los horizontes azules, y la árida campiña por medio de la cual arrastraba su turbia corriente el Tíber.

Descendía el sol al Occidente; el día iba perdiéndose en ese poético tinte del crepúsculo vespertino tan bello y tan diáfano en la primavera de los países meridionales, y una dulce melancolía inundaba el alma de la jóven, cuando la carroza se detuvo de repente y uno de los criados asomó á la portezuela.

—Si adelantamos más, excelencia, dijo el lacayo, se nos echará la noche encima antes de que llegemos á la ciudad, y no es prudente....

—Seguid, seguid, dijo la jóven, que de lo que menos se acordaba entonces era del terrible Laurenti ni de los bandidos.

La carroza siguió adelante: muy pronto, traspuesto enteramente el sol, empezó la noche á invadir el opuesto horizonte. Angiolina entonces sintió

un vago temor y mandó al cochero que se volviera.

Volviéronse en efecto. Roma se veía á lo lejos perdida tras la vaporosa neblina, y quedando mucho camino que andar para llegar á la ciudad.

El cochero azotó á los caballos que partieron al galope: á pesar de esto era ya de noche y quedaba mucho espacio para llegar á los arrabales.

De improviso el coche se detuvo, y antes de que Angiolina pudiera preguntar la razón, se abrió la portezuela y entró un hombre, vestido enteramente como los aldeanos de la campiña, y cubierto el rostro con un cumplido antifaz: aquel hombre llevaba á la cintura un puñal y un par de pistolas.

Angiolina solo tuvo tiempo para oír que aquel hombre decía:

—¡Al bosque!

Y se desmayó.

Cuando volvió en sí se encontró en un lecho en un aposento densamente oscuro. Un hombre la estrechaba entre sus brazos. Aquel hombre prevaleciendo de su desmayo la había deshonrado.

Angiolina notó con terror, con el terror del pudor, que estaba medio desnuda.

Gritó, quiso resistirse, arrancarse de los brazos de aquel hombre, pero aquel hombre la retuvo entre ellos y la dijo con acento terrible.

—Vuestro padre ha deshonrado á mi hermana, y yo empiezo á vengarme deshonrándole en su hija.

Roma entera, supo por los criados á quien Laurenti había dejado en libertad, que Angiolina Visconti, la noble hija del señor coronel de los suizos del papa, había sido robada por los bandidos de la campiña.

Visconti sintió en medio del corazón la venganza de Laurenti; salió á la campiña, le llamó á voces en el mismo lugar donde había hablado con él

algunos meses antes; pero nadie respondió á las voces del desolado padre, que al fin era padre Visconti. Pidió licencia al papa para revolver con sus suizos la campiña y no logró ver un solo bandido. A los quince días, perdida casi la esperanza, se fué á buscar su último consuelo junto á Fioreta y la dijo:

—Es necesario que nos casemos: tu hermano sin duda nos escucha: pues bien, yo acepto todas sus proposiciones: si, yo acepto todas tus proposiciones Laurenti, seré bandido, verdugo, si quieres, pero vuélveme mi Angiolina.

—Vuélveme tú la honra de mi hermana, dijo una robusta voz á tiempo que se abrió una puerta y apareció un hombre.

Fioreta dió un grito agudísimo y se desmayó.

Visconti dió un paso atrás helado de espanto.

El hombre que tenia delante pidiéndole la honra de su hermana era uno de sus mayores amigos.

—¡Marco Antonelli! exclamó.

—No, Laurenti el bandido, Laurenti, que se venga, destrozándote el corazón, deshonrando á tu hija, como tu se lo has destrozado, deshonrando á su hermanmana: ahora defiéndete, infame, defiéndete porque entre nosotros se ha colocado tu infamia y no puede haber más que odio y sangre entre los dos.

Al día siguiente se encontró junto al Coliseo el cadáver de Paolo Visconti atravesado á estocadas, y sobre él un cartel en que se leía en letras enormes:

«Laurenti, hermano de la hermosa Fioreta ha hecho este cadáver.»

La casa en que había vivido Fioreta estaba completamente abandonada.

—¿Y sabéis vos príncipe, dijo Yaye, mirando profundamente á Loren-

zini Maffei, lo que se hizo de la pobre Fioreta?

—¡Qué! ¿no lo sabéis? dijo con la más ingénuo curiosidad el príncipe; pues ved ahí que falta á vuestra historia una noticia esencialísima.

—Lo que fué de Fioreta no lo sabe nadie, porque Laurenti á nadie se lo dijo.

—¿Y cómo, cómo, dijo el príncipe con una curiosidad creciente; cómo fué á parar Angiolina al convento donde yo la conocí en Nápoles?

—Se ignora también, porque á nadie lo ha dicho tampoco Laurenti. Pero lo que se sabe de seguro, es, que al fin, por una traición de uno de los bandidos de Laurenti, fué descubierta su guarida, exterminada su cuadrilla de malhechores y él....

—¿Y él?...

—Hay quien cree que acaso quedó entre los cadáveres de los bandidos que murieron defendiéndose, porque no se le oyó nombrar más en las inmediateciones de Roma.

—Pues habeis burlado mis esperanzas, duque, en cuanto á la historia del bandido. Debía ser curiosa.

—Pues voy á contárosla en dos palabras: el bandido está ciegamente enamorado de Angiolina que no le conoce: el bandido sigue á Angiolina por todas partes bajo el nombre de Andrea Bempo: Andrea Bempo no es otro, pues, que Laurenti, hombre fecundo en disfraces, y que sabe variar de rostro como de vestido y de edad como de lenguaje: que unas veces se llama Bempo, otras don Diego de Zayas, y pasa por caballero español, como en Roma bajo el nombre de caballero romano pasaba por Marco Antonelli: Laurenti, en fin, esposo enamorado de Angiolina, esposo despreciado por Angiolina, que se llama el príncipe Lorenzini Maffei.

Mudáronse instantáneamente al oír estas palabras, la mirada, la actitud

y la expresión del príncipe; irguióse, centellearon sus ojos, temblaron de cólera sus labios y se puso de pie buscando un objeto entre su justillo de terciopelo.

El duque no se movió de su sillón.

El príncipe, ó Laurenti, ó Bempo, aquel singular personaje, en fin, sea que le dominara la imperturbabilidad de Yaye, sea que fuese demasiado valiente para cometer un asesinato, sea por otra causa cualquiera, retiró la mano de su jubón entreabierto, y se sentó de nuevo.

—¿Con que lo sabes todo? exclamó con acento convulso por la cólera: con que sabes, que esa mujer á quien elegí en mal hora para instrumento de mi venganza, me esclaviza, se burla de mí, me trata como un perro cuando me cree Bempo, y me deshonra creyéndome el príncipe Lorenzini Maffei. ¡Oh! no importa: yo sé también que tú, bandido como yo, emir de los Monfíes de las Alpujarras, estás herido en el corazón, deshonorado en tu hija, como yo estoy herido en el corazón, deshonorado en mi esposa, por un mismo hombre, por el marqués de la Guardia. ¡Oh! secreto por secreto, monfi; y puesto que necesitamos vengarnos...

—¿Y qué culpa tiene el marqués de la Guardia, dijo imperturbable el duque, de que le haya amado mi hija, de que le haya amado Angiolina?

—El marqués no la ama, exclamó con sarcasmo Laurenti; el marqués la ha tomado como instrumento para dar celos á tu hija..... y lo ha conseguido.....

—Escucha Laurenti, dijo Yaye levantándose y asiendo á Bempo de un brazo con la fuerza de un gigante. Estás en mi poder.

—¿En tu poder yo? exclamó el bandido pretendiendo en vano desairse.

—A donde quiera que vayas, donde

quiera que te ocultes, allí te encontrará mi mano. No lo pruebes, porque serías vencido en la prueba. En cualquier terreno que elijas te haré pedazos si te niegas á servirme.

—Yo no he servido á nadie más que á esa mujer...

—A quien no debiste deshonrar, á quien no has debido servir.

—Tú has prostituido tu hija al príncipe don Carlos: tú te has visto obligado á apartarla de la corte, para que la corte no sepa tu deshonra.

—¡Laurenti! exclamó el duque de la Jarilla echando á su vez mano á su daga.

—¡Laurenti es siempre el indomable rey de la campaña de Roma! contestó sin inmutarse el bandido: Laurenti desprecia el furor del emir, como antes el emir de los monfies ha despreciado el furor de Laurenti.

Yaye dejó la daga, soltó á Laurenti y se sentó de nuevo en el sillón.

—Quiero que me digas, cómo has sabido mi nombre, exclamó después de unos instantes de silencio, recordando enteramente su calma.

—En Granada hay muchas personas que saben la interesante historia de la hija y de la nieta del duque de la Jarilla: como en Roma hay otras que saben la historia de Paolo Visconti: además como hubo un bandido que vendió en Roma á Laurenti, hubo también en Granada un monfi que vendió al emir de las Alpujarras.... Habían pagado á peso de oro, ó por mejor decir, el alcalde de casa y corte que había tomado la delaración del monfi traidor, prefirió vender aquella declaración enriqueciéndose, á servir al rey denunciando al falso cristiano, al falso duque: pero el juez se quedó con copia de la declaración por si alguna vez necesitaba algún dinero, y se la vendió á Laurenti el bandido, que sabe andar sin perderse por un laberinto y llegar al fin, solo con

que coja el cabo de un hilo: esa declaración existe.... y acaso acaso esté á estas horas en poder del rey.

Yaye se puso letalmente pálido, sus ojos inyectados de sangre rodaron en sus órbitas y desnudó su daga; pero en aquel momento un resplandor vivísimo le cegó y luego.... luego no sintió nada...

Cuando volvió en sí, se encontró en un lecho: sintió una pesadez inexplicable en la cabeza, se llevó las manos á ella y encontró un vendaje: revolvió los ojos en torno suyo y se encontró en un calabozo; movióse y sintió que sus pies estaban sujetos por un par de grillos. Vió junto á sí un hombre de aspecto rudo y quiso preguntarle: pero se sintió débil y las palabras se ahogaron en su garganta.

Aquel hombre pareció comprender el deseo de Yaye y le dijo como si este le hubiese hecho una pregunta:

—Habéis sido herido en vuestra casa de un pistoletazo en la cabeza por el príncipe Lorenzini Maffei, según han declarado vuestros criados; el príncipe ha desaparecido: estáis preso en el Santo Oficio por hereje, sacrilego y traidor al rey y si no morís de la herida, moriréis quemado en auto público del Santo Oficio de la general Inquisición.

Yaye á falta de voz, dió á aquel hombre con una expresiva mirada las gracias por su noticia, y luego, encerrándose en su pensamiento, exclamó en el fondo de su alma:

—¡Satanás se ha conjurado contra mí!

CAPITULO XVII.

COMPLICACIONES.

Algunos días después de los acontecimientos que dejamos relatados estaba Madrid profundamente conmovido en sus dos círculos cortesanos, el

alto y el bajo; algunas noticias extraordinarias habían ido circulando de boca en boca, agravándose más, á medida que se sucedían.

Primeramente, la hermosa duquesita había desaparecido de la corte sin despedirse de nadie, y sin que nadie supiese á dónde había ido.

En segundo lugar el hidalgo don César de Arévalo, tutor del marquesito de la Guardia, andaba desolado por calles y plazas, tabernas y garitos, mancebías y palacios, en busca de su sobrino que también se había perdido. Ayudábale en su árdua empresa, Peralvillo, lacayo favorito y confidente del marqués, mozo despierro y de puños, á quien no hemos tenido ocasión de citar hasta ahora, y señalado con un profundo chirlo en la cara, pero no por eso feo, ni desgraciado, respecto á ciertas princesas de vida airada. Ni el tío ni el lacayo habían podido ponerse sobre el rastro del marquesito.

Además de esto y de que los acontecimientos que vamos á relatar, fueron los que más impresión causaron en la corte, el mismo día de la salida de Amina de Madrid, á la hora de la audiencia, apareció fijado en la mampara de la antecámara pública de palacio, un papel en forma de carta, escrito, al parecer, por una mujer, con señales de haber estado arrugado, y vestigios de lágrimas, en que se leían estas palabras.

«Don Juan de mi alma: hay cosas que el pudor impide á una mujer revelarlas ni aun á su mismo esposo, pero es preciso que sepas que alienta en mis entrañas un hijo de nuestro amor. Tu Esperanza.»

Por debajo estaba, pegado asimismo, otro papel escrito también al parecer por otra mujer, en que se leía en letras gordas:

«La esperanza de este don Juan, es la hermosa duquesita de la Jarilla,

y el alma de esta Esperanza es el marquesito de la Guardia.»

El escándalo era soberano y debía retumbar de una manera imponderable: antes de que un hugier arrancase estos dos papeles y los entregase al gentil hombre de cámara de servicio, ya se habían sacado cien copias por los curiosos, y ya aquellos curiosos se habían esparcido por Madrid, llevando consigo el escándalo.

Pero no era esto solo.

Aquellos dos carteles fueron entregados al rey que despachaba á la sazón con el cardenal Espinosa.

Felipe II leyó letra por letra los dos escritos, meditó algún tanto sobre ellos, y luego dijo posando una mirada glacial en el cardenal secretario:

—Que se averigüe á todo trance quién ha puesto estos carteles en palacio, y averiguado y probado que sea, que le ahorquen secretamente sin distinción de clase ni persona.

El cardenal dió las órdenes oportunas, y á poco volvió trayendo un pliego en las manos.

—¿Qué es eso? preguntó el rey.

—Se ha encontrado este pliego en una de las habitaciones bajas del alcázar, donde han debido arrojarle por una reja, con sobre á vuestra majestad.

Tomó el rey el pliego.

Sobre su nena se leía en letra exactamente igual á la que había esclarecido de una manera tan infame la carta de Amina al marqués:

«Al católico y justiciero rey de las Españas.»

El pliego era voluminoso.

Contenía las pruebas que contra Yave poseía la princesa Angiolina: la historia del casamiento del emir con Estrella, la muerte del anterior marqués de la Guardia, la declaración del monfi traidor, y además la para el rey terrible revelación de que su

hijo el príncipe don Carlos le hacía traición conspirando contra su persona.

«Y tenga en enenta vuestra magestad, concluía la carta, que el hombre de quien se trata, es poderoso, rico, más rico que vuestra magestad, y que si vuestra magestad tiene en su corte un ejército, en la corte tiene también ese hombre un ejército de monfies disfrazados.»

Solo por el cuidado con que don Felipe leyó aquel proceso, que tal lo parecía el contenido del pliego, pudo traslucir Espinosa que se trataba de un asunto de gran importancia: el rostro del rey había permanecido impassible. Después que los hubo leído y releído, dobló de nuevo aquellos papeles, los puso bajo su libro de devociones, y dijo al cardenal:

—Que me llamen con urgencia al marqués de los Vélez.

Después se puso á hojear algunos memoriales, y cuando volvió el cardenal le dijo:

—Sigamos en el despacho de Indias.

Rey y secretario siguieron en el despacho.

Como á las once del día un gentil hombre anunció á don Luis Fajardo, marqués de los Vélez, que fué introducido.

El rey despidió al cardenal y se quedó solo con el marqués, á quien ni miró ni dijo una sola palabra.

El rey escribía.

—Tomad y cumplid inmediatamente esta orden, adelantado, dijo el rey entregando al marqués de los Vélez el papel en que había escrito.

Don Luis hincó una rodilla para tomar el papel, alzóse después, saludó profundamente al rey y salió.

Al llegar á la antecámara, el marqués de los Vélez se detuvo, y ocultando la orden en el hueco de su gorra, la leyó; decía así:

«El rey.—A nuestro muy leal vasallo don Luis Fajardo, marqués de los Vélez, adelantado en el reino de Murcia.—Hacéos acompañar de nuestra orden de un alcalde de casa y corte y de un secretario. Tomad asimismo de nuestra orden, treinta alabarderos y un alférez de nuestra guardia suiza; id con esta gente á la casa de don Juan de Andrade, duque viudo de la Jarilla, grande de España, y prendedle muerto ó vivo. Mandad al alcalde en nuestro real nombre, que haga inventario de los papeles del duque, y de cuanto hubiere en su casa, que la desocupe, que selle los armarios, cajones y puertas, y que ponga un cartel en la puerta en que se comine con pena de la vida al que pretendiere penetrar en dicha casa. Preso que sea el duque, le conduciréis á la cárcel del Santo Oficio, que tiene en nuestra córte la Inquisición del arzobispado de Toledo, y mandaréis, so pena de la vida, que nadie hasta nuestra órden comunique con el preso. Del cumplimiento de esta me respondéis como vasallo.—De nuestro alcázar de Madrid á los cinco días del mes de julio de 1567.—Yo el rey.

El marqués de los Vélez palideció primero, arqueó las cejas, y después se encogió de hombros, y sobre la marcha empezó á complimentar la orden del rey.

A las doce en punto, llegaba acompañado de un alcalde de casa y corte, de un secretario, de algunos alguaciles y de un alférez y cincuenta alabarderos suizos á la casa de Yaye. Cercóla á la redonda, tomó las salidas y se hizo anunciar á Yaye de órden del rey.

Pero encontró la casa en la mayor consternación: los criados iban de acá para allá, y no sabían qué hacerse; al fin vino á sacarse en claro, que aquella mañana había entrado á visitar al duque un caballero que decía

llamarse el príncipe Lorenzini Maffei, que después de largo tiempo que el duque y el príncipe estaban encerrados, se había oído un tiro en la cámara del duque; que el príncipe había desaparecido en el primer momento de sorpresa, y que acababan de encontrar al duque en su cámara, sin conocimiento y con la cabeza atravesada de un tiro.

El marqués se hizo conducir hasta Yaye de orden del rey; en vista del deplorable estado del emir, se llamaron doctores, y estos declararon que tal como se encontraba el herido era expuestísimo para su vida, el que se trasladase á ninguna parte. El marqués de los Vélez fué con estas noticias al rey, pero el rey mandó que se curase en su casa al duque, y que después, fuese cual fuese su estado, se le condujese de la mejor manera posible á la cárcel del Santo oficio. Asimismo mandó que se prendiese al príncipe Lorenzini Maffei.

Hízose á Yaye la primera cura, sin que volviese en sí, después de lo cual fué puesto en una silla de manos y llevado á la prisión.

En seguida el marqués de los Vélez, se presentó en la casa del príncipe Lorenzini; salióle al encuentro Angiolina que se mostró profundamente admirada de que un caballero tan galante como don Luis Fajardo fuese á visitarla al frente de la justicia, y acompañado de un tan respetable resguardo de alabarderos reales.

—El rey lo manda, hermosa señora, dijo con galantería el marqués, y me veo en la dolorosa pero imprescindible necesidad de prender á vuestro esposo.

—Pues os desafío á que le prendáis, dijo riendo Angiolina: aunque trajerais con vos, señor don Luis, todos los ejércitos de su magestad, sería imposible prenderle.

—¡Imposible porque le guardáis

vos! dijo sosteniendo su galantería el marqués.

—Yo soy muy débil guarda contra el rey, dijo Angiolina, pero la imposibilidad de que prendáis á mi esposo consiste... en que no está en España.

—¡Oh! ¿no está en España el señor príncipe?

—No, no por cierto; está en Venecia, donde procura porque la república me devuelva los bienes que en otro tiempo confiscó á mi padre.

—¡Ah! ¿con que el señor príncipe está en Venecia?

—Ni más ni menos, y en prueba de ello, ved, ved una carta que acabo de recibir de él.

—¡Ah! basta vuestro dicho, señora, dijo el marqués rechazando noblemente una carta que Angiolina había tomado de encima de una mesa. Además, no conozco la letra ni aun la persona de vuestro esposo.

—Se le conoce muy poco ó nada, señor marqués; mi esposo es un hombre extraordinario. Yo apenas le conozco; hace seis años que nos casamos y después de la ceremonia solo permaneció un día á mi lado; después me envió á España; sucesivamente ha venido á visitarme dos veces al año, y eso por un solo día; emplea el tiempo en viajar y en escribirme con suma frecuencia cartas amorosas; eso lo sabe todo el mundo en Madrid; se sabe tanto, que me llaman de pública voz la casada doncella... y ¿qué ha hecho, ó qué dicen ha hecho el príncipe para que el rey quiera prenderle?

—Se le acusa de haber dado muerte al duque viudo de la Jarilla.

—¡De haber dado muerte al duque de la Jarilla! exclamó palideciendo profundamente Angiolina, y dejando su acento y su aspecto ligero y galante; pero eso es imposible, don Luis; imposible de todo punto; puedo probar que mi esposo está ahora mismo en Venecia, á no ser que haya venido

corriendo postas como esta carta. Deben haberse equivocado; alguien debe haber tomado el nombre de mi esposo para cometer ese asesinato.

—¿Es el príncipe un caballero como de cincuenta años?

—Sí.

—¿Un tanto encorbado?

—Sí.

—¿Con los cabellos entrecanos, largos y rizados?

—Exactamente, exclamó con asombro Angiolina.

—¿Usa anteojos verdes?

—Sí, si señor, porque tiene débil la vista.

—¿Además la nariz un tanto gruesa y encarnada?

—No hay duda, esas son las señas de mi esposo.

—Señas que ha dado uno de los criados del duque al alcalde de casa y corte que me acompañaba, y que escritas traigo conmigo. Mirad, princesa, mirad.

El marqués sacó de su limosnera un papel doblado que desplegó y entregó á Angiolina.

—Sí, sí, dijo ésta cada vez más turbada, son sus señas; pero os juro, don Luis, por mi honor, que no he visto al príncipe, que no le esperaba, y por lo tanto que no está en mi casa.

—Os creo señora, os creo, dijo el marqués guardando de nuevo el papel que le devolvió Angiolina: vuestras palabras rebosan ingenuidad, pero me veo en el doloroso compromiso...

—¡De prenderme...! exclamó trémula y conmovida la princesa.

—¡Oh! ¿quién piensa en eso? dijo el marqués: ¿quién podrá hacerlos cargo de un delito que no habeis cometido? solo he querido decir al hablar de compromiso, que no puedo escusarme de registrar vuestra casa para asegurarme y asegurar al rey

con testimonio de escribano que no se encuentra en ella el príncipe.

—¡Ah! eso es distinto: podeis registrar cuanto gustéis, don Luis, pero antes de que registreis tengo que hacerlos una advertencia.

—Advertidme cuanto gustéis.

—En este momento hay en mi casa un hombre herido.

—¡Un hombre herido...!

—Sí por cierto: el comediante Andrés de Cisneros, á quien encontré muy tarde abandonado en la calle cuando volvía de casa de una amiga; pero ya he dado parte de ello al alcalde del barrio; el herido ha declarado, y si no ha sido trasladado ya á su casa, es porque el estado de su herida no lo permite.

—¡Ah! en ese caso nada temais, señora; por el contrario, esta bella acción añadirá nuevo brillo á vuestra ardiente caridad, que tanto conoce la corte. Ahora bien, como hace ya algún tiempo que estamos solos, y espera fuera la justicia, permitidme que para evitar interpretaciones...

—Sí, sí, don Luis, registrad cuanto gustéis; voy á mandar que os abran mis criados todas las puertas.

Procedióse al registro, revolvióse la casa de alto á abajo desde los desvanes hasta los sótanos; abriéronse los muebles huecos, se tentaron las paredes y el príncipe no pareció: no podía haberse escapado porque el marqués de los Velez había mandado cercar la casa antes de entrar en ella. Sólo se encontró á Cisneros herido; pero Angiolina lo había previsto todo, había dado parte á la justicia. Cisneros, que había declarado de una manera que apartaba toda responsabilidad de la jóven, prestó nueva declaración ante el alcalde de casa y corte que acompañaba al marqués de los Velez, y cuando se le pidió el nombre de quién lo había herido, respondió que no le conocía, lo que era verdad,

porque no había tenido ni tiempo, ni luz la noche antes, para reconocer al marqués de la Guardia en su adversario.

Don Luis Fajardo salió con la justicia: apenas se vió sola Angiolina, tocó un silbato; entonces, como una aparición, se la presentó el bandido Laurenti, bajo la figura de Andrea Bempo, y con el mismo traje que la noche anterior.

—Has puesto la carta de la duquesita en la antecámara de la audiencia? le preguntó.

—Sí, contestó Laurenti; en la misma mampara.

—¿Has puesto el pliego que te di en lugar á propósito para que pueda llegar á las manos del rey?

—Sí.

—Gracias Bempo, gracias, dijo Angiolina estrechando entre sus blancas manos una membruda mano de Laurenti.

El bandido se estremeció como si hubiese recibido un choque galvánico y retiró su mano de las de Angiolina.

—Sucede una cosa muy singular, dijo ésta, y es necesario averiguar lo que en ello hay de cierto. La justicia acaba de salir de casa.

—Lo sé.

—¿Y sabes por qué ha venido á casa la justicia?

—Buscando á tu esposo.

—¿Sabes de qué le acusan?

—Sí: de haber herido ó matado al duque viudo de la Jarilla, al emir de los monfíes.

—¿Pero es eso cierto?

—¿Quién sabe? El príncipe Lorenzini es un hombre extraño. Siempre he desconfiado de él. ¿Y luego quién es ese hombre?

—Lleva un ilustre nombre italiano.

—¿Pero sabéis quién es ese hombre?

—Acuérdate, Bempo, de que tu fuiste quien me aconsejaste...

—Sí te aconsejé que te casaras con el príncipe, te lo aconsejé porque debía aconsejártelo; cuando te libré de mi capitán el infame Laurenti, el hombre que en medio de un misterio tenebroso te esclavizaba, te hacía sufrir su odiosa brutalidad, pudimos sostenernos durante algún tiempo con el dinero que logré sacar de las canteras que nos servían de asilo. Después la caverna fué descubierta: me vi privado de los recursos que me proporcionaban algunos compañeros que conspiraban conmigo contra el capitán, y sobrevino la miseria, una miseria horrible: yo no sabía ningún oficio, no sabía más que robar, y esto encontrándome solo era difícil: nos vimos obligados á buscar un medio de vivir; entonces tú, con ese corazón fuerte que Dios te ha dado me digistes: yo soy hermosa, se tocar el laúd y cantar, viviremos como vivían los trovadores en otros tiempos: yo ganaré nuestro pan, tú me acompañarás y me defenderás. Así recorrimos la Italia.

Un día en Nápoles, un autor de cómicos españoles te vió, y te dijo si querías formar parte de su compañía; aquello era más cómodo y más decente que andar por calles y plazas como mendigos sufriendo soeces injurias. Fuiste cómica, yo fui cómico: antes de mucho teníamos fama, y nos aplaudían, ganábamos dinero abundante. Otro día en Pásaro, te vió el príncipe representar en una farsa y se enamoró de ti. Aquel hombre no te buscó como se busca á una mujer perdida: aquel hombre te dijo redondamente que si querías ser su esposa. Yo te amaba lo bastante para anteponer tu felicidad á la mía, te amaba, aunque no tenía esperanzas de ser correspondido, aunque me tratabas como un esclavo, porque conocías mi amor y abusabas de él.

—¡Ah! no, no, Bempo: es verdad que Dios no ha querido que yo te ame, que he abusado acaso de tí... pero...

—Dejemos eso, la interrumpió Laurenti; dejemos eso porque me mortifica y no quiero pensar en ello. El príncipe, antes de casarse contigo, quiso que estuvieses algún tiempo en un convento de Nápoles, para cubrir las apariencias. A los dos meses eras su esposa, y te enviaba á España, para evitar que alguien te conociera en Italia, por donde habías andado vagando como cantora y como cómica. Yo te seguí como sigue la sombra al cuerpo, y en seis años que llevas de casada, he visto muy pocas veces al príncipe.

—¡Oh! nunca he podido comprender á ese hombre! exclamó Angiolina.

—¿Y estás segura de que ese hombre tan misterioso, no sea el bandido Laurenti?

—¡El bandido Laurenti! exclamó estremeciéndose Angiolina; yo no le conozco, nunca le he visto: si sé que fué él el bandido que me robó, que me deshonoró, que me obligaba á satisfacer sus deseos en medio de una eterna oscuridad, es porque tú me lo has dicho: en el aposento subterráneo en que yo estaba, no entraba otra persona que el capitán Laurenti. A mí, á pesar de la obscuridad, me parecía jóven y hermoso... muy diferente del príncipe...

—¿Y no has tenido nunca un recuerdo de amor para Laurenti? dijo él mismo con voz insegura, que Angiolina atribuyó á celos.

—¡Yo! ¡amar yo al miserable que me robó, que me deshonoró, que mató mi porvenir, que asesinó mi á padre! ¡Amarle yo! si le conociese... si le conociese, le sonreiría, sí, le colmaría de caricias, sería una vez más suya,

y... le mataría cuando estuviese dormido entre mis brazos.

—¡Ah! exclamó Laurenti...

—Y si supiera que el príncipe era él... si lo supiera, si el príncipe volviera á verme... ¡Oh! le daría ese amor que tanto desea... ¡para matarle, Bempo, para matarle, para vengar mi deshonor, para vengar á mi padre.

—¡Ah! exclamó de nuevo y más profundamente Laurenti.

—Pero tú, que conoces al príncipe, tú que has sido bandido de Laurenti, descubre si el príncipe es Laurenti.

—Nadie, ni el más valiente, ni el más allegado de sus bandidos, ha visto nunca el rostro del capitán Laurenti, eternamente cubierto con una máscara de hierro.

—¿De modo que nada sabemos?

—Nada.

En aquel momento un criado entró con una carta para la princesa.

Esta notó que la letra del sobre era la del príncipe.

—¿Quién ha traído esta carta? dijo preocupada por aquel inesperado accidente.

—Un hombre encubierto, que no se ha detenido, señora; contestó el criado.

—Vete.

■ El criado salió.

Angiolina rompió la nema de la carta, y la leyó rápidamente.

—¡Ah! exclamó con un acento emanado del fondo de su alma: ¡abandonada! ¡abandonada otra vez á mí misma!

—¡Abandonada! ¿y de quién? exclamó Laurenti.

—¡De quién! ¡del príncipe! toma y lee.

Laurenti tomó la carta que conocía demasiado, y la leyó en voz alta.

Aquella carta decía:

«Mi adorada Angiolina: me veo en la triste necesidad de deciros, que á

contar desde el día de hoy, no puedo serviros de nada. Estoy arruinado. He muerto además á un hombre poderoso, al duque de la Jarilla, y me veo obligado á huir, á ocultarme, porque ese hombre tiene parientes poderosos. Volved, pues, reina mía, á vuestro oficio de cómica, y buscad otro príncipe que se case con vos.....

—¡Ah! ¡yo no he leído eso! exclamó Angiolina.

—Pues aún queda mucho de la carta, que por lo visto no has leído.

—¡Ah! sigue Bempo, sigue.

Laurenti siguió.

»Buscad otro príncipe que se case con vos, lo que podeis hacer sin escrúpulo de conciencia, porque no estais casada, ni yo soy príncipe. Por lo demás, aunque vos os habeis jactado de que yo no había obtenido la felicidad de poseeros, estais en un error. Os he poseido tanto, como que me llamo Laurenti...

—¡Ah! exclamó Angiolina.

—¡Ya lo sospechaba yo! exclamó con la mayor formalidad Laurenti.

—¡Oh! ¡sigue Bempo, sigue! exclamó irritada Angiolina.

»Como ya no tengo mis buenos bandidos, como se me han acabado las riquezas que pude salvar de mi antigua guarida, no solo no puedo daros, sino que, mientras vos cuidábais al hermoso comediante Cisneros, os he tomado los diamantes y las perlas que os había regalado, valiéndome para ello de la llave de vuestro postigo, que siempre me acompaña. Sin embargo, os quedan las alhajas con que estábais prendida, mientras yo hacía mi último robo, con las cuales podeis vivir algunos meses.—Vuestro enamorado, Giuseppe Laurenti.»

Angiolina miró pálida y convulsa á Laurenti.

—¡Y qué hacer! ¡qué hacer Dios mío! exclamó llorando.

—Aún queda un recurso, dijo Laurenti, si sigues mis consejos.

—Por ellos me casé con ese infame.

—Ya te he dicho que yo no conocía al capitán, me ha engañado como á ti. Los consejos que te daré ahora son más juiciosos.

—Te escucho.

—Yo te amo Angiolina, te amo con toda mi alma. En España no me conoce nadie, y seré capaz por tí, de ser un hombre honrado.

—Y bien, dijo con impaciencia Angiolina.

—Sé mi esposa.

—¡Tu esposa!..... ¿y qué hemos de hacer pobres, sin apoyo...? tú no sirves para nada más que para bandido... esto sería expuesto... yo no sé más que representar y cantar... tú tenías celos cuando era cómica. ¿Si no adoptamos ninguno de esos dos partidos, cómo podremos vivir?

—Te quedan bastantes alhajas de valor, y ricos trajes. Los muebles de tu casa ascienden á una buena suma...

—Pero viene un día y otro día, y el dinero se acaba.

—Sí... cuando el dinero no se emplea... pero podríamos vender esas alhajas, esas ropas, esos muebles; comprar unas tierras en un rincón de Asturias ó de Galicia, y vivir felices.

—¡Déjame que me vengue y seré tuya! dijo Angiolina, levantando hácia Laurenti sus ojos cubiertos de lágrimas.

—¡Que te vengues! ¿y de quién?

—De la duquesita de la Jarilla.

—¡Ah! ¡tú amas al marqués de la Guardia!

—Pues bien, si, dijo Angiolina levantando la frente radiante de amor: no quiero engañarte Bempo; le amo, le amo con toda mi alma, le he entregado mi corazón virgen, y mi cuer-

po... ¡virgen! ¡virgen también! ¿Qué importa? la violencia y la fatalidad no mancillan; yo he salido pura de las manos de Laurenti, como había caído en ellas; yo he dado á don Juan toda mi alma, todo mi amor, toda mi felicidad... y don Juan no me ama, don Juan ama á esa sultana, como que es más noble, más hermosa, más rica, más jóven, más feliz que yo, ¡necesito completar mi venganza contra esa mujer, y después morir! No quiero engañarte Bempo, te debo mucho; te lastima mi trato acaso duro, esa es la corteza Bempo, debajo está el corazón; yo no puedo ser tu amante, seré tu hermana: si esto no te satisface, si te he hecho desgraciado sin quererlo, déjame que me vengue, y máta-me después.

Laurenti miró de una manera profunda, severa, terrible, desesperada, á Angiolina: sus ojos se tiñeron de sangre, y puso mano á su puñal: Angiolina se creyó sentenciada, dió un grito y cayó de rodillas: Laurenti la contempló un momento en silencio; en su semblante se pintó una lucha horrible, y luego la volvió la espalda y salió de la estancia.

Angiolina se dobló sobre sus rodillas, se cubrió el rostro con las manos, y rompió á llorar de una manera desolada.

CAPÍTULO XVIII.

DE CÓMO SE VIERON OBLIGADOS Á SALIR DE LA CORTE ALGUNOS DE NUESTROS PERSONAJES.

Algunos días después, el rey supo que Yaye-ebn-Al-Hamar, el terrible emir de los monfies, preso en los calabozos del Santo Oficio, estaba bueno, y que antes de mucho podría empezarse el proceso contra él.

El príncipe don Carlos supo tam-

bién, que Cisneros estaba á punto de curar de su estocada.

Angiolina Visconti, no pudo tener duda de que estaba abandonada y sola en el mundo, sin más caudal que su hermosura, su talento de cómica, su habilidad de bailarina, y más desgraciada que jamás lo había sido, puesto que estaba, como nunca lo había estado, enamorada y celosa.

El hidalgo don César de Arévalo, supo al fin de su sobrino por una carta de este, que le escribía desde las Alpujarras; pero la alegría del buen tío se aguó, como suele decirse, porque en aquella carta, su sobrino, le pedía dinero y Peralvillo.

El tío envió al lacayo con una bolsa demasiado ligera, y esta carta demasiado pesada.

«Amado sobrino don Juan: de lo que me pedís, os envió lo que puedo enviaros; vuestro lacayo y cincuenta doblones que es todo lo que he podido reunir: y no me pidáis más en mucho tiempo, porque en este último año nos hemos dado tal maña los dos para gastar vuestras rentas, que están empeñadas hasta el cuello, sin que haya fuerzas humanas que puedan sacarlas del poder de los prestamistas. Si vuestros bienes no fueran vinculados, podríamos vender alguna hacienda y salir de apuros. Pero como esto no puede ser, y es menester vivir, yo me marchó á Flandes con una provisión de capitán que he podido sacar al príncipe Ruy Gómez. Para que veáis que no me he olvidado de vos, dentro de poco recibiréis una provisión de capitán para vos, de una compañía de arcabuceros del reino y costa de Granada. Si Dios quiere que entremos á saco algún burgo flamenco, os acudiré con lo que hubiere. Es cuanto tiene que decirnos vuestro tío, que tiene ya puesto el pié en el estribo para ir á buscar á sus soldados.

—Don César de Arévalo.»

En efecto, don César marchó dejando desesperadas á una porción de doncellas que vivían de sus buenas obras.

En cuanto á Angiolina, había recibido también una carta harto pesada, y más que pesada, terrible. Esta carta era de Laurenti.

«Adorada Angiolina: El príncipe Lorenzini Maffei, Andrea Bempo y Giuseppe Laurenti, son una misma persona: debes haberlo adivinado después de la última y acalorada entrevista que tuvimos. Como hace diez años que andamos juntos, me ha parecido descortés salir de la corte de las Españas, de donde me alejo por muchas razones, sin despedirme de tí. Además, mi conciencia me manda que cuando busques tus últimas joyas y tu último dinero y no lo encuentres, no culpes á tus criados, porque esas joyas y ese dinero me los llevo yo para la costa del viaje que será largo. No te desconsueles por eso. Aun te quedan esperanzas. He sabido por boca de don César de Arévalo, que es muy amigo mío, que el marqués de la Guardia, tu adorado, el único hombre que ha sabido conmover tu corazón, está en la villa de Cádiar, en las Alpujarras. Aunque no tienes dinero puedes valerte engañándole del señor Andrés Cisneros, que, según creo, se verá muy pronto obligado á dejar la corte.—Tuyo, siempre tuyo.—Giuseppe Laurenti.»

Es indecible la desesperación de Angiolina, porque aquella carta no mentía; sus joyas y su dinero habían desaparecido. Solo le quedaban sus ricos trages y sus muebles; pero para vender los primeros, necesitaba renunciar á presentarse en la corte; para vender los segundos, cerrar la casa; nada de esto podía ser: Angiolina, pues, se vió obligada á adoptar un partido decisivo.

Anunció, pues, que su esposo el

príncipe Lorenzini, la llamaba á su lado á Italia, noticia que causó gran sensación en la corte, porque mataba las esperanzas tenaces de muchos enamorados, y curaba el rabioso despecho de muchas damas envidiosas de Angiolina, y esta puso en almoneda sus muebles, sus tapices, sus literas, su carroza y sus caballos.

Una vez hecha aquella almoneda, y convertido en oro aquel mobiliario, era preciso salir de la corte: ¿pero cómo? ¿á dónde ir? ¿qué hacer?

Después de pensar mucho y en vano, de haber adoptado cien veces, y rechazado otras tantas, la idea de encerrarse en un convento, tropezó al fin en su imaginación, como un recurso extremo, con el comediante Cisneros. Aquel hombre estaba locamente enamorado de ella, y sería capaz de todo por ella; pero Angiolina temía que no se prestase tan fácilmente á dejar la corte; Angiolina, que había pensado usar de Cisneros, como de un instrumento de venganza, se vió obligada á asirse á él como á un áncora de salvación.

En ocho días que habían trascurrido desde que fué herido Cisneros, Angiolina le había rodeado de cuidados, de esos cuidados afectuosos que con tan exquisita dulzura sabe prodigar la mujer á los seres que sufren; había velado junto á su lecho, había sostenido con él largos debates amorosos; había sido indulgente con las no siempre respetuosas manos del comediante; le había empeñado, en fin, en un deseo voraz, en uno de esos deseos que el más experimentado confunde con el amor. Unas veces había alentado sus esperanzas, otras las había contenido, y se había guardado muy bien de explorar á Cisneros, en cuanto á las rebeldías del príncipe, de quien le creía y no sin causa, confidente, para no alarmarle y hacerle

sospechar acaso, que solo le quería para instrumento.

Cisneros, pues, era una masa preparada á todo entre las manos de Angiolina.

Decidida al fin esta, á apoyarse por último recurso en el comediante, bajó á la habitación donde este se encontraba, sencilla, pero voluptuosamente vestida de blanco, y vaporosa y leve como una nubecilla de la mañana. Cisneros, cansado del lecho, se había atrevido á levantarse y á probar sus fuerzas: el éxito excedió á su deseo, se encontró vigoroso, ágil, como si nada le hubiese acontecido; solo sentía un ligero picor en la herida.

Cuando Angiolina fué á entrar en la estancia, encontró á Cisneros á la puerta.

Illuminóse el semblante de Cisneros con una alegría infinita, sensual, ardiente, al ver junto á sí y tan hermosa á Angiolina.

Y aquella mujer que estaba desesperada, abandonada á sí misma, herida en el corazón y en el orgullo, excitadas cuantas pasiones violentas encierra el alma de la mujer, sonrió á Cisneros, con alegría, con amor, con un amor ardiente y casi sensual.

Angiolina estaba segura, y podía estarlo, de que de todos sus secretos sólo conocía uno Cisneros: el amor ó el galateo que había tenido con el marqués de la Guardia, y este, hemos dicho mal cuando le hemos calificado de secreto, no lo era, lo sabía todo el mundo, porque Angiolina había necesitado hacer gala de aquellos amores para dar celos á Amína.

Angiolina era, pues, para el comediante una gran señora, una princesa, una de las hermosuras más codiciadas, y tenida por inconquistable antes de que hubiera dado el escándalo de sus amores con el marquesito de la Guardia.

Aún la circunstancia de haber sido

el marqués el único que había triunfado de la severidad de Angiolina, mantenía el prestigio de ésta, porque ya se sabía por todo el mundo que el marquesito tenía tantos elementos de seducción, que era irresistible.

Cuando una mujer domina á un hombre, puede decirse, sin temor de equivocación, que hará de aquel hombre lo que quiera.

Angiolina dominaba al comediante por muchos conceptos, lo sabía y se aprovechaba de su influencia.

—¡Oh! ¡qué grata sorpresa, amigo mío! exclamó; os encuentro enteramente distinto de como estábais ayer. De lo vivo á lo pintado.

Y tendió su hermosa mano á Cisneros, que la besó de una manera demasiado ardiente, sin que por esto diese muestras Angiolina de incomodarse.

—Tan bueno me encuentro, señora, dijo Cisneros, que me parece lo de la estocada un sueño, pero un sueño delicioso, porque he tenido un ángel á mi lado.

—¿En qué comedia habéis aprendido eso de ángeles y de sueños, Cisneros?

—¡Ah! ¡señora! ¿será posible que desconfeis todavía de mi amor?

—Las mujeres deben ser muy desconfiadas, muy cautas, antes de dar un paso que puede decidir de su suerte.

—¡Ah! ¡señora! ¡señora! ¡habeis meditado lo que habeis dicho! exclamó Cisneros, pálido de emoción, absorviendo en su alma la sonrisa envenenada con que Angiolina había acompañado sus palabras, ó por mejor decir, con que las había ilustrado.

—¡Oh! sí: he meditado mucho antes de decirlas, y conozco su valor.

Angiolina desasíó indolentemente su mano de entre las de Cisneros, y fué á sentarse en un estrado que había en la cámara: el comediante fué

ansioso á sentarse junto á ella, y de tal modo se sentó, que Angiolina se vió obligada á retirarse, obedeciendo á las prescripciones del decoro, que nunca olvida una mujer que vale algo, y mucho menos cuando se trata de un hombre de quien se quiere sacar partido. que tiene ingenio, y, como se dice, mundo.

—¡Habéis meditado vuestras palabras! dijo con intención Cisneros.

—Sí: ya os he dicho que sí.

—¿Las habéis pronunciado con intención de ser comprendida?

—Nunca preguntéis, Cisneros, á una mujer acerca de sus intenciones; contentáos con adivinarlas.

—¿Me permitiréis que os diga lo que yo he entendido en esas palabras divinas?

—Puesto que os parecen divinas habréis comprendido algo que os halague.

—¡Algo que me alague! ¡una vida de felicidad suprema! ¡todo un cielo, señora! exclamó con entusiasmo Cisneros.

—Pues si habéis comprendido que yo os guardo un cielo dijo Angiolina con una expresión y una sonrisa terriblemente seductoras, hacéos digno de ese cielo.

—¡Oh! es que nadie, sobre la tierra es digno de poseeros, señora.

—Tenéis atrevida la lengua como las manos, Cisneros, dijo severamente Angiolina.

—¡Ah! señora es que me habéis vuelto loco.

—En ese caso será necesario que os alejéis de mí, dijo riendo la jóven: no quiero á mi lado un hombre que pueda disculparse de todo á pretexto de locura. Además, añadió con más severidad, si habéis podido permanecer en mi casa sin escándalo mientras los médicos han afirmado que trasladándoos peligraba vuestra vida, aho-

ra es distinto: afortunadamente os encontraréis curado y fuerte....

—¡Ah! no, no señora, dijo suspirando Cisneros: me encuentro más enfermo y más débil que nunca: enfermo del corazón, que es todo vuestro; débil de la cabeza, que llenáis con sueños y con visiones insensatas. No, no señora; no saldré de vuestra casa....

—Sí, sí, saldréis por el momento, Cisneros, pero después volveréis á entrar.

—¿Cuándo?

—¡Oid y oidme con las manos cruzadas y de rodillas!

Habia tal intensidad, tal calor, una expresión tan dulce, tan apasionada en los ojos de Angiolina, que Cisneros cayó de rodillas.

—¡Yo os amo! exclamó la jóven inclinando su rostro sobre el de Cisneros casi hasta tocarle.

Angiolina se retiró un tanto y miró al comediante: aquella mirada le convenció de que aquel hombre era suyo.

Cisneros estaba pálido, temblaba, asomaban á sus ojos las lágrimas, y su hermosura, porque Cisneros era un hombre hermoso, se había transformado; se encontraba sujeto, esclavo por aquella mujer.

—¡Oh! pensó Angiolina, ¡será el de este hombre amor, ó deseo, uno de esos deseos frenéticos que he inspirado á tantos!

Luego le alzó, le sentó á su lado y le dijo:

—Os amo como nunca he amado: creí amar una sola vez, me sentí deslumbrada, pero el hombre á quien creí amar no merecía mi amor; fué un error, pero error en el que solo perdí momentáneamente algo de mi orgullo: después... después me curé enteramente: ese hombre era el marqués de la Guardia.

—¡Ah, señora!

—Ya os dije que me engañé... y ahora os digo que estoy segura de no engañarme respecto á vos. Me amáis y os amo. Os amo porque sois grande, porque tenéis un alma sublime, porque antes de hablarme á solas, habéis hablado á mi alma delante de todo el mundo, la habéis hecho estremecerse, comprimirse, estasiarse, alegrarse, entristecerse: yo he corrido ansiosa á admiraros, siempre que os habéis dejado admirar del vulgo, y después, cuando os he tratado de cerca, he visto que soís sublime, grande como comediante, porque como hombre sois grande y sublime. Os amo, Cisneros, con toda mi alma, hasta el punto de despreciarlo todo por vos.

Cisneros estaba trastornado, doblegado, bajo el peso de tanta felicidad, sufriendo no un dolor, sino un placer: hubo un momento en que, avaro de más placer, quiso llevar su felicidad hasta el último punto, pero Angiolina le adivinó y le dijo:

—Respetad en mí las costumbres de una mujer honrada: seré vuestra, os lo juro, pero no lo seré sino completamente.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que no seré vuestra sino fuera de la casa de mi esposo; fuera de la corte, cuando ya no hayamos de separarnos jamás.

—¿Cómo! ¿y abandonáis por mí...?

—Lo abandono todo.

—Pero si al venir conmigo....

—Dirán lo que quieran, pero no haré ese doble y vergonzoso papel que hacen tantas mujeres sonriendo á un tiempo á dos hombres, partiendo con dos lo que solo debe ser de uno: seré adúltera.... en buen hora... seré adúltera porque os he conocido tarde; pero no mentiré... una mujer puede deshonorarse, pero en la deshonra, como en todo, hay dignidad ó bajeza: yo no seré jamás baja ni cobarde: yo

no engañaré nunca á dos hombres á un tiempo.

—Pero medita....

—¿Es que no queréis partir vuestra vida con la mía? ¿vuestro peligro con el mio?

—¡Oh! sí, sí... pero yo no puedo daros lo que dejáis... una posición envidiable....

—¿Quién os pide más que amor?

—¡Oh Dios mío!

—Oid: ahora váis á salir de esta casa: no volváis á ella: pero estad todas las noches en la vuestra después de media noche. Cuando menos lo esperéis yo iré á llamar á vuestra puerta vestida de viaje.... yo iré á arrojarle en vuestros brazos y á partir después.

—¡Ah, señora! aseguradme que no sueño, que estoy despierto: que sois vos la que eso me decis...

—Sí, sí, soy vuestra, enteramente vuestra... pero fuera de la corte, donde nadie nos conozca. Adios.

Angiolina se levantó, atravesó ligera y gentil la cámara y antes de atravesar la puerta volvió el rostro á Cisneros y le sonrió.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Cisneros: es hermosa, hermosísima, divina; pero se ha vuelto loca... ¡dejar la altura en que se encuentra colocada..! ¡obligarme á mí, á Cisneros, á dejar la corte! ¡oh! ¡esto es imposible! ¡imposible! pues bien: procuraremos que esta mujer sea racionalmente nuestra querida ó de lo contrario abandonemos la empresa: bien sé que la posesión de esa mujer aumentará mi renombre... ¡pero el príncipe don Carlos! ¡mis proyectos! ¡proyectos que un día deben hacerme grande...! ¡bah! ¡bah! es necesario que nos dominemos y que pueda más la cabeza que el corazón.

Cisneros salió aquel mismo día de la casa de Angiolina, donde, por de-

cirlo así, había estado incomunicado; cuando supo lo que pasaba en la corte se aterró: el príncipe don Carlos estaba confinado en su cuarto en el alcázar, bajo pretexto de enfermedad: acerca de la hermosa duquesita se decían cosas horribles, y no se la llamaba entre las cortesanas más que la sultana enamorada.

El emir de los monfíes estaba herido y preso en el Santo Oficio; la princesa Angiolina no se presentaba en la corte, y su esposo estaba procesado en rebeldía por asesinato intentado contra el duque viudo de la Jarilla.

Pero el prestigio de la princesa se mantenía en pié; á nadie se le había ocurrido que ella hubiese sido ni remotamente la causa de la herida del duque moro, como se le llamaba, ni se creía tampoco que el príncipe á quien nadie conocía, hubiese realmente cometido aquel crimen.

Cisneros se encontró perplejo sin saber que partido tomar, y de su inacción, de su perplejidad, sacó en claro que estaba enamorado de Angiolina.

En cuanto á lo que debía hacer, el cardenal arzobispo de Toledo, se tomó la molestia de prescribírsele. El licenciado Pelegrin, secretario privado de su señoría (1) había intimado de orden de su señor á Cisneros que en el término de tercero día saliese de la diócesis de Toledo (en la cual estaba como ahora comprendido Madrid) porque con su mala conducta, irreverencia y trato peligroso con el príncipe de Asturias, estaba dando escándalo á todos los hombres de lealtad y religión.

Hubo de resignarse Cisneros á esto y aun lo atribuyó á una intriga de la princesa, lo que, como le halagaba le consoló en parte. Pero quería discul-

parse al menos con su señoría el cardenal arzobispo de Toledo y escribió á su secretario la carta siguiente:

«Señor licenciado Pelegrin: he recibido primero con gusto, y he leído después con sumo dolor de mi alma, la orden que vuesamerced me ha enviado con un papel en que su señoría el cardenal arzobispo de Toledo me manda que en término de tercero día salga de su diócesis. Siéntolo por muchas razones, y la principal de ellas, porque haciéndose público este mandamiento, pueden creer las gentes, no solo que soy mal cristiano, lo que es ya mucho, sino que soy mal hombre. Dícese en la orden que yo traigo á su alteza en vicios y malas costumbres y bien sabe Dios, señor, que si yo sirvo al príncipe es como criado; que le sirvo lealmente y que estoy á los reparos de todo. Buena muestra es de ello la estocada que recibí y que me ha tenido muy al cabo, causada, no por imprudencias mías, sino por la tenacidad de su alteza en servir á cierta dama de quien se habla mucho estos días en la corte. Por mi parte, aunque me ha dejado muy débil esta herida, que ha sido tal como recibida de mano airada, saldré antes de tres días á buscar mejores venturas por esos mundos, obedeciendo como esclavo lo que me ordena su señoría el arzobispo.—Dios guarde á vuesamerced, señor licenciado. De esta su casa á los veinte días del mes de julio de 1567.—Andrés Cisneros.»

Al día siguiente recibió Cisneros esta otra carta.

«Mi buen amigo: haced vuestra maleta y venid á buscarme: por razones que podéis adivinar no he querido ir á vuestra casa. Os espera en la venta de los Angeles con un coche de camino, quien tanto os ama que todo por vos lo deja.—Angiolina.»

El señor Andrés Cisneros, pues, metió en su maleta sus joyas y sus

(1) En aquel tiempo aun no tenían los cardenales el tratamiento de eminencia.

dineros; en sus cofres sus ropas de comediante, las cargó en un carro y salió de Madrid con su amor y sus aventuras, no sin cuidarse de decir antes á sus conocidos, para que lo divulgasen, que se iba acompañado por la princesa Angiolina.

Cisneros, que indudablemente se hubiera hecho interesante entre las damas durante ocho días, solo por haber sido desterrado por el arzobispo de Toledo, lo estuvo siendo durante quince días por la circunstancia de haberse llevado consigo á la hermosísima princesa Angiolina Visconti.

CAPÍTULO XIX.

DE CÓMO EL REY DON FELIPE Y LA INQUISICIÓN SE CONVENCIERON DE QUE NO PODÍAN TODO LO QUE QUERÍAN.

Menudeaban las cartas. Poco después de haber salido de la corte Cisneros, y de haber desaparecido de ella Angiolina, recibió el cardenal inquisidor general don Fernando Valdés, la siguiente irreverentísima epístola:

«Verdugo con sotana: te aviso de que se me va acabando la tinta con que te he escrito varias veces, advirtiéndote de que te abstengas de atormentar al emir de los mouffies, mi señor, que si se encuentra en tu poder es porque aun no puede moverse por el estado de su peligrosa herida. Vuelvo, pues, á advertirtelo, y que, como la tinta se me acabe, la renovaré con tu sangre, que como alimentada con sangre humana, es de la mejor calidad posible.

«Y no desprecies éste mi último aviso, como los anteriores, porque si no te haces más humano, tomaré tu sangre, aunque te rodees de familiares y te escondas en las entrañas de la tierra.—Un moro tan moro como Mahoma, vasallo del poderoso emir de los monties, que vive en Madrid, que

te vé todos los días, y todos los días habla contigo; que se llama entre los cristianos como quiere, y entre los moros, sus hermanos, Harum-el-Geniz.»

Entróle cierto miedo al bueno de don Fernando Valdés, con la lectura de esta carta, que se había encontrado sobre su mesa, sin que nadie la hubiese llevado, á no ser un duende ó un espíritu. Y tenía razón para intimidarse el inquisidor general, porque así, de la misma manera, invisible, había recibido otras misivas amenazadoras, en las que se le había hecho ver que había quien conocía lo que pasaba en la cárcel del Santo Oficio, como si fuera lo más público, á pesar de que se creía muy reservado, supuso, y sin razón el cardenal, que quien tenía poder natural, ó sobrenatural para sorprender los tenebrosos secretos de la Inquisición, lo tendría también para cumplir lo que amenazaba. Aguijado, pues, por el miedo, llamó á un tremendo inquisidor, llamado Molina de Medrano, calificador de la Suprema y fiscal de la general Inquisición, y por no permitirle sus achaques ir en persona á ver al Rey, encargó á Medrano que llevase aquella insolente carta á su majestad, y que le dijese, que estando ya el preso en estado de prestar declaración, podía pedirle la indagatoria, para abreviar de este modo, y salir de una vez con un ejemplar castigo del cuidado de aquel preso, que según muchas y repetidas pruebas, era peligroso.

Partió el licenciado Medrano con la carta y el mensaje, orgulloso y contento porque se le presentaba una ocasión de hablar al severo Felipe II, difícilísimo de ver para ciertas gentes en razón de la rígida etiqueta de la casa de Austria; llegó á la antecámara y se hizo anunciar para un asunto que atañía á la religión y á nombre del Inquisidor general, merced á lo

qual fué introducido, no sin que estuviere dos horas largas en la antecámara de audiencias.

Oyó sin pestañear el rey su mensaje, leyó y releyó detenidamente la carta de Harum el Geniz, meditó sobre ella un gran rato y luego dijo:

—Decid al cardenal que ve por todas partes visiones de moros: que no sea tan asustadizo: que en nuestra corte estamos seguros de tales duendes, y que en todo caso obligación suya es morir, si necesario fuese por nuestra santa religión; que no se atormenten al preso, porque atormentándole se dilatará más su cura y la posibilidad de sujetarle, como Dios manda, sano y bueno, á la prueba del tormento: y puesto que el cardenal cree que ese moro puede prestar declaración indagatoria, decidle que envíe una orden en forma, para que una persona cubierta pueda entrar en el calabozo del preso y permanecer á solas con él. Por lo demás, advertid al cardenal, que no ponga mano en esto, porque todo lo que respecta á ese hombre es asunto mio. Que se componga allá como pueda en averiguar quién le envía estas amenazas, que bastantes familiares y alguaciles tiene, y que no volvamos á hablar de ésto. Id, pues, en paz, Medrano, y cuidad de que se envíe al momento esa orden.

Y volviendo el rey las espaldas al licenciado, le dejó hecho una estátua.

—O el inquisidor general no sabe lo que se pesca, dijo Molina de Medrano para su manteo, mientras salía de la cámara, ó el rey no sabe el terreno que pisa. ¡Hum! con reyes como éste la Inquisición no sirve más que para gitanos, brujas y buhoneros. ¡Es mucho, mucho rey don Felipe!

Cuando salió del alcázar Molina de Medrano era ya de noche, merced á las dos horas que le había hecho es-

perar el rey; entonces alrededor del alcázar y en la parte que ahora se llama plazuela de Oriente, existía un enmarañado laberinto de callejuelas, por las cuales era aventurado meterse de noche, á pesar de su proximidad al alcázar.

Distraído Molina de Medrano, se aventuró por ellas, y no lo reparó hasta que ya estaba en el centro del laberinto.

—¡Hum! dijo; malos sitios son éstos, muy malos, y especialmente para quien tiene enemigos.

Y apresuró el paso.

De improviso y sin que antes hubiera sentido pisadas ni otra señal que le revelase la aproximación de persona alguna, sintió una mano que se apoyaba pesadamente en su hombro derecho, y al volver la vista hacia aquel lado, vió ante sí un bulto envuelto en una capa, á pesar del calor de la estación, cubierto con un ancho sombrero, y mostrándole á dos dedos de los ojos otro objeto terrible, esto es, el cañón de un pistolete.

—¡Socorro! gritó instintivamente el inquisidor.

—¡Eh! ¡silencio! exclamó una voz amenazadora, ó si quieres que hagamos ruido, hagámosle en buen hora: pero te juro que ese ruido pasará muy pronto.

—No llevo dinero conmigo, dijo todo trémulo Molina de Medrano.

—¡Por Mahoma! ¿y quién te pide dinero, clérigo? exclamó el embocado.

Aquel *por Mahoma*, fué un rayo de luz, ó por mejor decir, un relámpago, que iluminó el turbado pensamiento de Medrano. Aquel hombre era mucho más temible que un ladrón vulgar, porque aquel hombre era, sin duda, un monfi.

—¿Qué me queréis? dijo Medrano haciendo un esfuerzo para hablar.

—Muy poca cosa, amigo mio, con-

testó el embozado; quiero que me sigas.

—¡Que os sigal! ¿y á donde?

—Cerca de aquí.

—¿Pero qué es lo que quereis hacer de mí?

—Lo que tú haces con todos, todos los días y á todas horas: interrogarte, y si no contestas sujetarte al tormento.

—Ved que lo que pretendéis hacer os pudiera pesar.

—Lo que te interesa sobre todo es salvar tu vida obedeciéndome: no siempre has de mandar tú. Con que agárrate á mi brazo y sígueme.

Y esto diciendo asió el brazo derecho de Molina de Medrano, le sujetó bajo su brazo izquierdo y tiró del inquisidor, que opuso resistencia.

—Escucha, clérigo, le dijo el incógnito, si resistes, por la santa Kaaba que te envió á cenar con el diablo, que hace mucho tiempo que debe de tener la mesa puesta esperándote. ¡Adelante y silencio!

Molina de Medrano se dejó arrastrar, temblando como un ratón entre las garras de un gato.

Su apresador le hizo rodear dos ó tres callejas lóbregas, y en una de ellas se detuvo y lanzó un largo silbido.

Instantáneamente detrás de una esquina salieron otros cuatro hombres que ahelantaron y rodearon al inquisidor, que perdió toda esperanza.

—Será preciso que consentas en que te vende los ojos, dijo el que hasta allí le había conducido.

—Ved lo que haceis, repitió Medrano, queriendo valerse como de un arma poderosa del terror que imponía á todo el mundo la Inquisición, de que era uno de los más terribles ministros.

—También ahorcan al verdugo, amigo Molina, dijo uno de los recién llegados, con la diferencia de que nos-

otros, si es necesario ahorcarte, te ahorcaremos con más humanidad que como vosotros lo haceis: te dejaremos elegir la cuerda y la altura. Vamos, estate quieto y concluyamos, que se va haciendo tarde.

Y diciendo esto, sacó un pañuelo, le preparó en forma de venda, y cubrió con él los ojos del inquisidor, que cediendo á las circunstancias no opuso la menor resistencia.

Poco después Medrano sintió que le metieron en una litera y luego que aquella litera se ponía en marcha.

Fuese por desorientarle, fuese por que efectivamente recorriese una gran extensión, la litera, y junto á ella los embozados, cuyas pisadas sentía el prisionero, anduvieron durante una hora. Al cabo de ella sintió una puerta que se abría, pararon la litera y los hombres y se abrió la portezuela.

—Sal, dijo la voz del hombre que le había apresado.

El inquisidor salió.

Una mano asió una de las suyas y tiró de él, conduciéndole en la extensión de algunos pasos en línea recta.

Luego la misma voz le dijo:

—Aquí hay una escalera.

Molina de Medrano bajó y tuvo cuidado de contar los escalones.

Cuando hubieron llegado al ciento cincuenta su guía le dijo:

—Ya no hay escalera.

El inquisidor siguió siempre asido y llevado, y contó doscientos pasos por un pasadizo tortuoso y húmedo, á cuyo fin se abrió una puerta y se tornó á cerrar.

Entonces el hombre que le conducía le quitó de los ojos el pañuelo.

Molina de Medrano á la luz de una vela de cebo que ardía sobre una mesa, vió un aposento reducido, húmedo, y por únicos muebles una silla, la mesa que hemos indicado, y sobre

ella un tintero, papel blanco y una bujía.

Ante él había un hombre: aquel hombre era alto, fornido, vestía colete de ante, gregüescos pardos, calzas rojas y zapatos de ante con lazo: llevaba en su talabarte una espada de voluminosa empuñadura, una daga con enorme guardamano, y un par de pistoletos ó pedreñales de extraordinaria longitud; tenía cubierta la cabeza con un sombrero ancho de alas caídas, el rostro con un antifaz de cuero, y los hombros con una ancha capa parda.

—¿Que tal te parece esto? dijo aquel hombre sentándose en la única silla que había, y señalando con un ademán al inquisidor el aposento en que se encontraban; no es muy hermoso que digamos, pero no son mucho mejores vuestros calabozos de la Inquisición. Aquí á lo menos no hay cadenas, ni ruedas, ni hornillos, pero te advierto que no te fies mucho de esto, porque ya, sin esos trevejos, encontraré medio de darte tormento si te niegas á hablar. Veamos, añadió el incógnito poniéndose en posición de escribir; apunto mi primera pregunta. ¿Ha recibido el inquisidor general don Fernando Valdés, una carta firmada por un moro?

Molina de Medrano que se había decidido por sacar su pellejo lo mejor librado posible, contestó con un sí categórico.

—¿Has estado esta tarde en casa del inquisidor general?

—Sí.

—¿El inquisidor general te ha enviado á ver al rey?

—Sí.

—¿Has esperado en la antecámara de audiencias dos horas largas?

—¡Lo sabéis todo!

—No importa. Contesta.

—Sí.

—¿Qué mensaje has llevado al rey?

Molina de Medrano declaró al pié de la letra cuanto había hecho desde que salió de casa del inquisidor general, y cuanto le había mandado y dicho el rey.

—Bien; perfectamente; dijo aquel hombre: eres dócil y mereces que te tratemos bien. Firma esta declaración.

—Pero... balbuceó el inquisidor.

—Espero que no me obligarás á tratarte con dureza.

Era tan amenazador el acento del enmascarado, que Molina de Medrano ocupó el asiento que aquel había dejado vacío, y firmó.

—Ahora toma otro papel.

—¡Otro papel! ¿Y para qué?

—Escribe con letra clara y puño firme lo que voy á decirte.

—Espero que no trataréis de perderme.

—No; pero trato de asegurarte. Escribe.

Y dictó al inquisidor lo siguiente:

«Mi buen amigo Harum-el-Geniz: agradecido á las dádivas que os debo.....

—¡Pero esto me deshonra! exclamó el inquisidor.

—Escribe ó te mato, murmuró sordamente el encubierto, y continuó:

«... á las dádivas que os debo, no puedo menos de avisaros que he ido á ver al rey esta tarde de orden del inquisidor general, que ha recibido vuestra carta. El rey me ha mandado pedir al inquisidor general, una orden para que se permita entrar un encubierto en la cárcel del Santo Oficio esta noche. Como esto tiene, sin duda, relación con el emir, os lo comunico para que estéis avisado y toméis las medidas que creáis oportunas. Os advierto que el inquisidor general tiene mucho miedo, y que podréis hacer de él cuanto queráis. De lo que haya de nuevo os avisaré, como debo. Guárdeos Dios. De esta vuestra casa á

veintidos días del mes de julio de 1567.—El licenciado Molina de Medrano.

El inquisidor escribió sudando y de la mejor manera que pudo esta carta, que su tiránico apresador leyó detenidamente.

—Ciérrala á tu modo, le dijo después de leerla, y pon en el sobrescrito: á Sidy Harum-el-Geniz, walí del poderoso emir de los monfies.

El sacrificio estaba consumado: Molina de Medrano estaba cogido: por más que declarase la violencia de que había sido víctima; por más que se preparase, estaba seguro de que, si aquella carta iba á dar en manos del inquisidor general, era hombre perdido.

Además de esto, y acaso porque fuese verdad, acaso por aterrarle, el encubierto le dijo:

—Vamos ven: voy á ponerte en libertad para que vayas á casa del inquisidor general; pero cuenta con lo que hablas en ella, porque hay allí ojos y oídos que ven y oyen, cuanto nosotros queremos ver y oír.

Volvióle á vendar los ojos, le sacó fuera del subterráneo y de la casa, de la misma manera que le había llevado á ella, y luego, después de haber dado vueltas y revueltas, se abrió la portezuela y una mano le condujo á alguna distancia. Poco después sintió que el que le había conducido se alejaba, y se quitó el pañuelo de los ojos: encontróse en una calle lóbrega y delante de la luz de una imagen: á aquella luz el inquisidor vió el pañuelo con que le habían vendado y se estremeció; aquel pañuelo estaba manchado de sangre.

Dominóse lo mejor que pudo, se orientó y vió que estaba muy cerca de la casa del inquisidor general, á la que se dirigió, entrando en ella más muerto que vivo.

Una hora después salió.

Al poco tiempo conoció que un hombre embozado le seguía: apresuró el paso, pero el embozado le apresuró también: desgraciadamente marchaban por una calle solitaria, y no había una sola puerta abierta ni pasaba una sola persona.

Entróle á Medrano un miedo mortal y se dió á un trotecillo picado que tenía todas las señales de fuga.

—¡Diablo, dijo el que le seguía, y cómo huís de los amigos, señor licenciado!

El inquisidor se estremeció: había reconocido la voz del que anteriormente le había apresado, pero estaba cerca la desembocadura de la calle, y probó á ganar la esquina.

—Me váis á obligar á que os demuestre que una pelota de pistola corre más que vos, amigo mio, dijo roncamente el tenaz perseguidor.

A aquella insinuación Molina de Medrano se detuvo y quedó inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua.

El embozado, á quien llevaba mucha delantera, llegó á él.

—¿A dónde váis? le dijo.

—Al alcázar.

—¿Lleváis, pues, la orden pedida por el rey?

—Creo que sí.

—Venid á este soportal.

El inquisidor obedeció y siguió al embozado á un soportal oscuro.

Allí fué registrado escrupulosamente: no llevaba consigo más que un pliego cerrado, cuya oblea estaba todavía fresca.

—Esperadme aquí, le dijo aquel hombre.

—¿Pero os lleváis la orden?

—Yo volveré á traérosla...

—Pero...

—Esperad.

Molina de Medrano se resignó y esperó un cuarto de hora escondido en el soportal, y temblando, á que vol-

viere el terrible incógnito.

Cuando este volvió le entregó el pliego.

—Veo con satisfacción que no me habéis engañado, le dijo: es efectivamente la orden consabida. Id y llevadse la al rey. Cuidad de no tomar una necia precaución, ó procurar prenderme; porque no lo conseguiriais, y la prueba os costaría muy cara. Id en paz; llevad al rey esa orden, y no tengáis miedo por el camino porque yo os acompaño.

Molina de Medrano salió todo trémulo y desconcertado, y tomó la dirección del alcázar: por más que aguzó el oído y volvió cautelosamente algunas veces la cabeza durante el tránsito, no pudo notar tras sí ninguna persona.

Una hora después salió del alcázar, y escarmentado ya, varió de dirección y tomó hácia la iglesia de Santa María.

Pero al pasar bajo el arco, que entonces existía en aquel lugar, se despegó de la pared un bulto, que fué para el inquisidor una aparición lúgubre.

—Seguidme, dijo aquel hombre.

No era la misma voz, pero el aspecto del nuevo encubierto era enteramente igual al del anterior.

Molina de Medrano obedeció y siguió á su nuevo tirano hácia la calle de Segovia, murmurando:

—¡Dios mió! ¿ese condenado moro, tiene monfies en todas partes.

.....

Entre tanto en la casa del inquisidor general, acontecía una escena que no debemos pasar en silencio.

Apenas había salido de ella Molina de Medrano, un familiar anunció á don Fernando Valdés, que el señor don Luis de Robles deseaba hablarle.

—¡Oh! me viene como llovido del cielo! murmuró el cardenal, después

de haber mandado que le introdujeran.

Entró á poco un jóven como de unos veinticuatro años, al parecer caballero, y gentilmente vestido.

—Guarde Dios á vuesamerced, señor familiar, dijo dulcificando su acento, generalmente áspero, Valdés; ¡y qué me place de veros! ¡venid, venid á sentaros á mi lado! estos malditos humores me tienen postrado en este sillón; y luego los sinsabores que debo á mi oficio de inquisidor general me irritan la gota. Venid, venid acá, valiente caballero. Paréceme que cada día estais más contento de la predilección con que os miro, y de las honras que os hace el Santo Oficio.

—¡Ah, señor cardenal! dijo el jóven llevando un sillón junto á la poltrona del prelado, y sentándose con noble soltura; indudablemente que todo lo debo á vuestra señoría, no á mis pobres merecimientos.

—No tal, no tal; vos sois uno de los miembros más útiles del Santo Oficio, y á vuestra fé cristiana, y á vuestro celo por la honra de Dios y nuestro católico monarca, su imagen sobre la tierra, debemos muchas noticias acerca de ese asunto de los monfies, de ese asunto que se va haciendo terrible.

—Débese á la casualidad, señor cardenal; ya os dije que he estado cautivo en Argel dos años, lo que me ha servido para aprender la lengua de los moros, y por doble desgracia, al saltar en tierra de Almuñécar, y en mi primer jornada por las Alpujarras, fuí apresado de nuevo por los monfies y obligada mi familia á pagar un crecido rescate. Estas desgracias, sin embargo, han sido una felicidad para mí, puesto que me proporcionan ciertos medios para entenderme con esa gente... la conozco sobre todo.

—¿Y creéis que haya en Madrid algunos de ellos?

—¡Sí lo creo! no tengo duda. El emir es hombre que nunca entra en un lugar sin dejar cubierta la salida.

—Pero no habeis podido descubrir....

—Esto es difícil: por su costumbre de tratar con los cristianos, esos moros hablan perfectamente nuestra lengua, pueden disfrazarse y proveerse de papeles falsos que prueben nombre y un parentesco cualquiera; venir á la corte y entrar al servicio del mismo rey, sin ser conocidos.

—Pero y bien...

—Trabajo por ponerme en el caso de dar con el nido, ó mejor dicho, con los nidos que debentener en la corte esos traidores. A propósito, valiéndome de mi cualidad de familiar del Santo Oficio, y de la autorización que tengo para entrar en los calabozos de todos los presos sin excepción, he bajado hoy al del emir de los monfies.

—¿Y se encuentra en estado de sufrir la prueba del tormento?

—¡Oh! ¡no señor! está fuera de peligro pero muy débil: nada se conseguiría.

—¡Ah! ¡ah! á ese hombre le protege el mismo que le ha puesto en nuestro poder: pero no importa: dicen que puede prestar declaración.

—Su razón está despejada y fuerte, de lo que he podido juzgar en dos horas que he estado hablando con él.

—¿Y de qué le habeis hablado?

—Le he propuesto lisa y llanamente, para inspirarle confianza, que si me dá una gran cantidad de dinero, le procuraré su fuga.

—Y... ¿qué os ha respondido?

—¡Oh! es un hombre terrible: me ha dicho con la serenidad más completa: —Agradezco vuestros servicios, pero no estoy preso, caballero.

—¡Cómo! pues ya diremos si está preso ó no á ese jactancioso. ¡Hum!

Y Valdés contuvo una tos profunda que había causado en él la irritación.

—Me ha hablado además de sus proyectos, como si se encontrase ni más ni menos, entre sus bandidos de las Alpujarras.

—¡Sus proyectos.....! ¡sus proyectos! ¿y qué proyectos son esos?

—Hacer la guerra al rey.

—¡Hum! ha me dicho que los moros como los andaluces son muy fanfarrones.

—Eso dice quien no los conoce, dijo con cierto acento particular el jóven.

—¿Y vos creéis conocerlos?

—¡Bah! como os conozco á vos, señor cardenal.

—¡Ah! ¡me conoceis...!

—Si por cierto: sé, por ejemplo, que el emir Yaye ebn-Al Hamar, se escapará de las prisiones del Santo Oficio, como sé que tú, Fernando Valdés, tienes miedo de tenerle preso.

Para comprender esta variación de tono del familiar, debemos advertir, que poco antes de pronunciar estas palabras, había resonado en la calle un silbido particular.

—¿Qué significa esto? exclamó dominado por la sorpresa y por la cólera Valdés.

—Esto significa, que tienes delante un monfi en cuerpo y en alma; un moro disfrazado de cristiano.

—¡A mí! ¡pajes! ¡familiares! exclamó pálido de espanto el inquisidor general, apoyando fuertemente sus manos en los brazos del sillón, y procurando, aunque inútilmente, levantarse.

—No grites ni te esfuerces, viejo, dijo sin variar de tono el jóven, en cuyo acento se notaba únicamente un profundo desprecio: en tu casa, desde ahora hasta que esté libre el emir, no hay más que monfies: tus pages y tus familiares están encerrados y no acudirán á tu voz. En cambio, observa. ¡Ola! exclamó el jóven con acento de autoridad.

Inmediatamente apareció en la cámara un hombre de las peores trazas posibles, verdadero truan de plaza que adelantó con desenfado.

—¿Ha llegado la hora de aplastar la cabeza á este viejo víbora, Soleimán? dijo aquel hombre dirigiendo la palabra al jóven, y una mirada de odio salvaje al cardenal.

—No, Jafar, pero será muy posible que haya necesidad de apretarle los pulgares, lo que debes evitar cardenal, porque estás achacosillo y delicado, añadió volviéndose á Valdés, que estaba mudo de sorpresa, de miedo y de cólera; te ruego que te tranquilices, á fin de que puedas escribir con seguridad y de manera que nadie dude de tu escrito, una orden para que el alcaide de la cárcel del Santo Oficio en Madrid, á fin de que me entregue la persona del duque de la Jarrilla, para trasladarle á la cárcel del Santo Oficio en Toledo. Lo que te pedimos no es gran cosa. ¿Qué te importa que quemem ó no quemem al emir?

—¡Oh! si le importa Soleiman; porque si el emir muriese entre las garras de estos clérigos, sería cosa de llevarse algún tiempo agujereando sotonas á puñaladas, dijo ferozmente Jafar.

—Moriré como mueren los mártires, dijo Valdés, desmintiendo con lo trémulo de su voz lo valiente de sus palabras.

—No perdamos el tiempo en sandeces, dijo Soleimán: esta es una lucha en que has sido vencido, con las mismas armas que has querido usar contra el emir; tú has querido conocer, descubrir á los monfies por medio de un traidor: un monfi te ha ganado por la mano, engañándote, fingiéndose cristiano y verdugo é infame como tú: acepta, pues, tu suerte, y no la hagas peor de lo que es: no nos obligues á cometer una violencia que siempre es

repugnante cuando se trata de hombres que solo saben matar hombres fuertes, armados, frente á frente y con peligro.

El mismo exceso del terror operó una reacción en el cardenal que tentó un medio de salvación.

—Estais jugando vuestra vida, dijo, en una empresa descabellada: un acaso puede revelar vuestra existencia en mi casa y sois perdidos.

—¡Oh! ¡oh! ¡y cuán amoroso nos trata! dijo el monfi que había entrado y que permanecía como un espectro amenazador, de pié delante del cardenal y con su membruda mano puesta sobre su daga.

—Os trato con la caridad de un cristiano, como debe trataros un príncipe de la Iglesia; quiero que no perdáis vuestro cuerpo y vuestra alma.

—Estás procurando ganar tiempo, cardenal, dijo Soleimán, y te advierto que esto es de todo punto inútil: cualquiera que venga á tu casa encontrará en la puerta familiares, que son monfies como yo; familiares que dirán á todo el que llegue que estás enfermo y no puedes recibir á nadie. En todo caso el que entre, no saldrá, te lo aseguramos, y si yo te pido esa orden, es solo para causar menos escándalo. ¿Qué, no tengo yo una orden tuya que me autoriza para entrar con mis alguaciles en la cárcel del Santo Oficio?

Valdés tentó un nuevo medio de salvación.

—Puedo haceros ricos, dijo: puedo cubririros de oro; fijad el límite á vuestra ambición, y lo que me pidais será vuestro.

—Si algo tomamos tuyo, mal clérigo, será la sangre, exclamó Jafar, sacando con un movimiento enérgico su daga de la vaina y dando un paso hacia el prelado.

Este lanzó un grito horrible.

—¡Eh, silencio! dijo Soleimán: ¡ó la orden ó tu vida, cardenal!

Diciendo esto Soleimán tomó un libro en folio que había sobre una mesa buscó un pedazo de papel, lo puso sobre el libro, tomó una pluma del tintero, y puso aquel libro con aquel papel sobre las rodillas del prelado y en su mano la pluma. En tanto Jafar alumbraba con una bujía, y en la otra mano tenía desnuda su daga.

El inquisidor general comprendió, que había llegado el momento de elegir entre el martirio ó hacer al rey y al Santo Oficio traición y se decidió por la traición.

Tomó la pluma y, ya enteramente entregado, se puso en la actitud del que espera que le dicten para escribir.

Soleiman estaba perfectamente enterado de la forma, por decirlo así, chancilleresca, usada por la Inquisición en estos casos, puesto que dictó sin detenerse lo siguiente:

«Nos don Fernando Valdés (seguian todos los cargos, dignidades y títulos del cardenal.)

»Por la presente mandamos á el alcaide de las prisiones del Santo Oficio de la Inquisición de Toledo en Madrid, entregue al familiar don Luis de Robles y á los ministros que le acompañen, el cuerpo de don Juan de Andrade, preso en la dicha cárcel del Santo Oficio de Toledo en Madrid, sin ponerle oposición, ni obstáculo alguno, bajo pena de excomuniación mayor, perdimiento de oficio, y demás á que hubiere lugar. Dado en Madrid á 22 de Junio de 1567.—Don Fernando Valdés.»

—Falta el sello, dijo Soleiman.

—¡Oh! ¡oh! exclamó el cardenal; ¡que falta el sello! pero el sello no lo tengo yo; le tiene el consejo de la Suprema.

—Pero tú tienes un sello superior, y yo sé donde está ese sello.

Suleimán fué á una mesa; forzó con su daga uno de los cajones, le abrió, sacó de él una barra de lacre verde y un sello de hierro, derritió algún lacre sobre el papel, estampó sobre el lacre el sello, y luego, volviéndose triunfante al cardenal, exclamó:

—Deseabas conocer á los monfies, cardenal, y los has conocido; pero has tenido más suerte que otros, que solo les han visto el rostro para morir.

Tras estas palabras salió, dejando encargado á Jafar de la guarda del cardenal.

Dos horas después se oyeron tres silbidos en la calle: entonces Jafar, que se había sentado frente al cardenal, se levantó, ató fuertemente al inquisidor con una cuerda que sacó de su bolsillo, y sin consideración á su edad ni al estado de su salud, le puso una mordaza.

—Es necesario procurar que no grites, le dijo, y des la alarma antes de que nos hayamos puesto en cobro. En pasando una hora te desafiamos y lo mismo á tus sabuesos para que nos encuentres. Me voy con el sentimiento de no dejarte mudo para siempre; pero quien puede más que yo no lo quiere. Pídele á Dios no ver otra vez delante de tí á los monfies de las Alpujarras.

Y el impío hizo una mamola al prelado, dió una zapateta, se le rió en las barbas y salió.

Don Fernando Valdés, se quedó rugiendo tan fuerte como se lo permitía la mordaza.

CAPÍTULO XX.

DE LO QUE PASÓ EN UN CALABOZO DE LA INQUISICIÓN DE MADRID.

Dos horas antes de acontecer lo que en el capítulo anterior dejamos referido, se detuvo delante de la puer-

ta de la cárcel que tenía en Madrid la Inquisición del arzobispado de Toledo, una litera conducida por dos hombres y escoltada por otros cuatro y salió de ella un hombre embozado.

Precedióle uno de los que escoltaban la litera, que llegando á la guardia, hizo llamar al alcaide y cuando este estuvo presente, el embozado que de la litera había salido, mostró en silencio un papel al alcaide. el cual, apenas hubo leído el papel, dijo á quien se lo había dado:

—Sígame vuesamerced.

—Después de haber abierto dos fuertes rastrillos, de haber recorrido callejones y patios y de haber bajado escaleras, el alcaide abrió la puerta de un calabozo, situado en un sótano, é introdujo en él al embozado.

—Cuando quisiéreis salir, le dijo señalándole una cuerda que pendía dentro del calabozo de la pared, tirad de esta cuerda.

Y dejó dentro al embozado, cerró la puerta y se sintieron sus pasos que se alejaban.

El embozado miró en torno suyo, y se encontró en un espacio cuadrado, estrecho, de bóveda baja, sin más muebles que un lecho, una mesa y una silla. En la mesa había una luz, algunas redomas, hilas y vendajes; y en el lecho un hombre que estaba vuelto el rostro á la pared y que no se movió, apesar de la presencia del embozado en el calabozo.

Mirábale profundamente el recién llegado entre su embozo y el ala de su sombrero, pero pasó algún espacio sin que dijese una sola palabra.

Al fin dijo con acento breve y duro:

—¡Duque de la Jarilla!

—Hé aquí que te esperaba, y no me he engañado, dijo Yaye sin volverse.

—Creo, Dios me perdone, que os permitis tutearme, dijo con una cólera mal contenida el embozado.

—¿Y bien, no somos iguales? dijo Yaye.

—¡Iguales!

—Sí por cierto: los dos somos reyes.

—¿Por quién me tomáis?

—Te tomo por quien eres: por mi enemigo el rey de España.

—¡Oh! ¡esto es ya demasiado! exclamó el encubierto, á quien irritaba lo sereno del acento de Yaye. ¿Os atreveis á llamaros enemigo del rey?

—Vaya si me atrevo: y me he atrevido á mucho más, y sabe Dios hasta qué punto me atreveré en lo sucesivo.

—¡Es decir que creéis veros libre!

—Tanto como lo creo. Cuando menos lo esperes, don Felipe, la Inquisición irá á decirte que ha encontrado mi calabozo vacío.

—Solo un medio tenéis de veros libre, duque.

—¡Ah! ¿y vienes tú, señor rey, á proponerme ese medio?

—Sí, vengo yo, don Felipe, á quien llaman el prudente, á verte en tu calabozo (y el rey, que él era, se descubrió) vengo á hablar contigo aquí, donde nadie pueda oírnos: vengo á ver hasta dónde llega tu audacia, y sobre todo á escuchar yo solo tu confesión.

—Entre vosotros siempre se confiesa al que va á morir.

—¿Y crees tú que si yo quisiera vivirías mucho tiempo?

—Prueba á matarme.

—Otros que se creían fuertes y poderosos....

—Han muerto á una sola palabra tuya, ya lo sé.... pero tú no me matarás, don Felipe.

—¿Y en qué te fundas para tener esa seguridad?

—En que no puedes matarme.

—¿Te proteje el diablo? dijo con un acerado acento de sarcasmo el rey.

—Tal vez, tal vez me proteja Sa-

tanás: por lo pronto las señales de mi odio están ya en tu familia.

—¡En mi familia!

—El príncipe don Carlos tu hijo, tu heredero, te hace traición.

—¡La prueba!

—No tardará el mismo príncipe en dártela.

Extremecióse profundamente el rey.

—¿Y has sido tú, tú monfi, quien has impulsado á la rebeldía á mi hijo?

—Ha sido primero Satanás, que le ha dado perversas inclinaciones, y luego yo, que soy tu enemigo, que necesito vencerte, y vengar con tu desgracia, con una horrible desgracia, las infamias, las crueldades que has cometido contra los míos.

—Tu audacia solo es comparable á tus delitos, dijo el rey.

—¡Mis delitos! ¡y hablas tu de delitos, verdugo coronado!

Nunca el rey don Felipe se había oído tratar de tal modo: nunca, él, tan celoso de su autoridad, tan déspota como todos los déspotas de la historia juntos, había necesitado de tanta fuerza de voluntad para dominarse: sin embargo, como Yaye poseía terribles secretos, muchos de los cuales atañían al príncipe su hijo, no quería que nadie pudiese oír las revelaciones del emir de los monfies, y estaba resuelto á todo para arrancarle la confesión que anhelaba; por otra parte, tales eran sus intenciones con respecto á Yaye, que solo veía en él un cadáver.

—Te estoy probando mi magnanimidad y mi grandeza, le dijo, cuando tolero tu osadía: estás herido y preso, y es necesario que se conozca cuanta diferencia hay entre un príncipe cristiano y un capitán de bandidos.

—¿Y por qué vienes tú solo, rey, encubierto, de una manera vergonzosa, á visitar á un capitán de malhe-

chores? ¿No hay verdugos en tus reinos, ó es que me crees tu igual y quieres que este asunto se quede entre los dos?

Don Felipe estaba mudo de asombro. Yaye que hasta entonces había permanecido echado, con el rostro vuelto á la pared, se levantó, se sentó sobre el lecho y dijo contemplando frente á frente al rey:

—Tu soberbia, no te deja comprender la razón que tengo para ser tu enemigo. Sin embargo, debía bastarte para conocerla, saber que yo soy rey de los moros de las Alpujarras.

—De los bandidos, querrás decir.

—En buen hora; pero entonces tú también eres un rey de bandidos.

—¡Yo!

—Sí, tú, nieto de la reina Isabel, hijo del emperador don Carlos, es decir, descendiente de una raza maldita que se ha alimentado con sangre humana y con lágrimas de desesperación.

—Me habían dicho que los monfies érais una gente brava y desalmada, pero no me habían dicho que érais maldicientes: ¡hasta donde llegará tu audacia, moro!

—Escúchame con calma y no me interrumpas, rey. Cuando un hombre es enemigo de otro, y sobre ser su enemigo es caballero y leal, debe procurar que se conozcan los motivos de su enemistad.—No es la causa de mi odio hacia tí ni hacia los tuyos, el que en tiempos de los Reyes Católicos, tus bisabuelos, fuese conquistado por ellos el reino de Granada. El Dios de las batallas, el Dios fuerte, el Dios Altísimo y Único, da la victoria ó la quita; hace esclavo al señor y señor al siervo. ¡Dios lo quiso! mi pueblo hubiera obedecido las leyes del vencedor, si el vencedor hubiera cumplido religiosamente las capitulaciones pactadas con el vencido; pero

esto] no sucedió: esas capitulaciones han sido rotas: tus capitanes generales han azotado y maltratado á los moriscos; tus frailes los han bautizado á la fuerza; tus jueces y tus golillas los han robado; tus vasallos les han prodigado toda clase de insultos, hasta el punto de manchar la honra de sus mujeres y de sus hijas; la Inquisición los ha quemado y la Chancillería los ha ahorcado; un anatema de servidumbre, de muerte y de infamia ha caído sobre ellos, y al probar la insurrección una y otra vez, no han sido rebeldes, sino que han usado del derecho que da Dios á los oprimidos de levantarse contra la mano infame que los despedaza. Esto solo bastaría para que yo, descendiente de ese pueblo, rey de los valientes que no han sabido doblegarse al yugo, fuese tu enemigo: la patria me manda defenderla contra tí, probar todos los medios de libertarla de tu tiranía; y como si esto no bastase, voy á decirte las razones que tengo como hombre para ser tu enemigo. Escucha: mi madre murió á manos de la Inquisición.

—¡Hereje, acaso!

—No, murió porque era hermosa, bajo el peso de la venganza de un fraile.

—La Inquisición no se engaña.

—Es verdad, porque asesina á sabiendas. Pero déjame continuar: la mano de un soldado español mató á mi padre, que espiró entre mis brazos, pidiéndome venganza. Yo he empezado á vengarle.

—¡Que le has vengado!

—Sí: he vengado á mis padres, matando á cuantos frailes, golillas y soldados he habido á las manos: he vengado además en tí, á mi pueblo.

—¿En mí?

—Sí, en tí. ¿Quien ha impulsado á la rebeldía á tu hijo?

—¡Oh! exclamó con acento rugiente don Felipe.

—Es verdad que para ello he roto el corazón de mi hija, pero te he herido en tu soberbia, porque tú no tienes corazón, don Felipe. Te he herido en tu esencia de rey, porque don Carlos es tu hijo único, y tú le matarás, rey, tú le matarás.

—¡Que yo mataré á mi hijo!

—Sí, tú le matarás, porque antes que padre eres rey, y tendrás miedo de tu hijo.

—Yo romperé con tu vida esa horrible red de desgracias: ¡por San Lorenzo mi patrón, te lo juro!... No te conocía bien y habla venido á hacerte merced... pero ahora... ahora que sé que de tí no puedo esperar más que crímenes, ¡morirás, moro, morirás!

—No faltará en todo caso quien gobierne á mis monfies, que con mi muerte tendrán una infamia más de que pedirte cuenta, rey.

—¿Has hablado de traiciones de mi hijo? preguntó con creciente anhelo don Felipe.

—A tu hijo le pesa tu vida, rey.

—Mi desventurado hijo está loco.

—Sus locuras ó más bien tu miedo te obligarán á matarle.

—¡Matarle! ¿crees tú que para hacer justicia en los traidores me sea necesario matar á mi hijo?

—¡Le matarás!

—¡El nombre! ¡el nombre de los que alientan la rebeldía de don Carlos!

—Esos nombres se reducen á uno solo: ese nombre es el mio.

—¡Tú! ¡pero como has podido tú!..

—¡Como! primero prevaliéndome del amor extremado, insensato que tu hijo siente por mi hija, la hermosa duquesa de la Jarilla: después derramando oro á manos llenas entre los flamencos, y manteniendo entre ellos consejeros que los decidan á negarte la obediencia y á aclamar por su señor á tu hijo.

—¡Oh! ¡infame! ¡infame alevosía!

—Y ten mucho cuidado con el príncipe tu hijo, rey, no sea que la Inquisición averigüe que anda en tratos con los luteranos y te le quemé vivo.

El color generalmente pálido del rey se había tornado lívido y sus ojos centelleaban.

—Ya ves si me vengo en tí; un solo hijo que tenías te lo he muerto en cuerpo y en alma; porque tú le matarás por traidor y Dios le condenará por hereje.

—¡Morirás, morirás, como no ha muerto ningún hombre! exclamó don Felipe, tirando de la cuerda que le había indicado el alcaide, y haciendo sonar una campana; morirás lentamente, día por día, hora por hora, minuto por minuto; padecerás como padecen los condenados en el infierno, y llegará un día en que aterrado, domado, cobarde, me reveles los nombres de los traidores.

—¿Y crees tener poder para todo eso, don Felipe?

—¡Que! ¡y creerás tú que puedes librarte de mi justicia, bandido!

—Ya lo veremos.

—Pues bien, sí, lo veremos: tu único juez y tu único verdugo seré yo: nuestros únicos testigos los muros de la Inquisición. Adios, pues, rey de las Alpujarras. Que vengan á sacarte de entre mis manos tus monfies.

—Ve en paz rey don Felipe, ve en paz, si puedes: has querido conocerme y te he hablado franca y lealmente.... Pero silencio, oigo pasos que se acercan, hasta más ver, don Felipe.

En efecto, se habían escuchado pasos cercanos y poco después resonaron los candados y los cerrojos del calabozo, que se abrían.

Yaye se volvió de nuevo á la pared. El rey se encubrió enteramente.

La puerta se abrió y apareció el alcaide.

—Guiad á fuera, le dijo el rey.

Salieron y la puerta se cerró.

Poco después Yaye los sintió alejarse.

CAPÍTULO XXI.

QUE SIRVE DE EPÍLOGO Á ESTA SEGUNDA PARTE.

No había pasado media hora cuando Yaye, que había quedado profundamente pensativo y preocupado por su anterior escena con el rey, sintió pasos que se detuvieron junto á su calabozo, y luego el ruido en los cerrojos y de los candados.

La puerta se abrió.

Entró en el calabozo el alcaide acompañado de dos familiares.

—Levantáos y vestios, don Juan, le dijo con acento duro el alcaide.

Extremeciósse Yaye porque creyó que había llegado la hora del tormento.

—¡Se habrá adelantado por fatalidad el rey á los míos! dijo para sí; y luego añadió alto; ¿y para qué he de levantarme y vestirme?

—Si no queréis levantaros, contestó el alcaide, se os levantará; si nó queréis vestiros, se os conducirá desnudo.

Yaye comprendió que herido y débil se encontraba enteramente á merced de aquellos sicarios, y se levantó y se vistió lentamente.

Cuando estuvo vestido, el alcaide mandó á los dos familiares que le sostuviesen en razón de su debilidad, y sacándole del calabozo, le condujo hasta un patio donde le esperaba una litera.

—¿Es ese el duque de la Jarilla? dijo una voz que estremeció de alegría á Yaye.

—Sí por cierto, señor don Luis de

Robles, este es ese condenado preso, que tanto nos han encargado que guardemos. Alégrome que me quiten de encima esta guarda, y lo cedo de muy buena gana al alcaide de la cárcel de Toledo. Dadme, si gustáis, el recibo de su excelencia, señor familiar.

—Tomad, pues, y que Dios os guarde señor Roquelillo; vamos, ganapanes, cargad con la litera y en marcha, que se hace tarde.

Yaye se sintió conducido, y poco después oyó abrirse y cerrarse sucesivamente tres rastrillos.

Luego solo oyó el paso acompasado de algunos hombres que le acompañaban.

Mientras estuvieron en Madrid no hablaron una sola palabra, pero apenas hubieron salido por la puerta de los Pozos, cuando toda aquella gente se metió, llevando consigo la litera, por las tierras á campo atraviesa, y cuando se hubieron internado en ellas se pararon y un hombre abrió la portezuela de la litera:

—¿Váis bien, señor, preguntó?

—¡Ah! ¿eres tú Harum? dijo Yaye.

—Sí, si señor. y espero vuestras órdenes.

—¿Has enviado á alguien á mi casa á que recoja mis papeles?

—Sí señor, y ya no debe tardar.

—¿Lo tienes preparado todo?

—Sí señor, y desafío á los familiares y alguaciles de la Inquisición á quienes tan á poca costa hemos burlado, á que nos encuentren.

—Pues adelante, Harum, adelante.

La litera se puso de nuevo en marcha, y tomando una senda, aquellas gentes condujeron al emir á buen paso á una casa de campo en las inmediaciones de Fuencarral.

Poco después Harum entró en un aposento donde, en un magnífico lecho, reposaba Yaye.

—Señor, dijo: Malek ha penetrado en vuestro palacio de Madrid sin ser sentido de nadie: ha ido á la cámara que indicásteis á Suleiman, y ha encontrado descerrajada la papelera.

—¡Descerrajada!

—Sí por cierto, y roto el sello que había puesto sobre ella la justicia.

Peró veo que traes en tus manos la cartera que yo había pedido.

—Sí señor.

—Dáme acá y acerca una bujía.

Harum dió á Yaye una cartera que tenía en la mano y acercó una luz.

Yaye abrió la cartera y buscó en ella con ansia.

—¿Tienes confianza en Malek? dijo Yaye que estaba pálido.

—Sí, si señor, además, Malek no sabe leer.

—Aquí faltan dos papeles importantísimos, Harum; dos papeles que yo debí haber quemado; dos cartas terribles.

—Ya os he dicho, señor, que Malek encontró rotos la cerradura y el sello de la papelera, como asimismo los de las puertas de la cámara.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! dijo Yaye pálido de espanto.

Las dos cartas que faltaban, eran la de doña Elvira de Cérpedes y la de doña Isabel de Valor, en que le avisaba la una del nacimiento de Diego López; la otra del de don Fernando de Valor.

El emir hubiera dado diez años de su vida por recobrar aquellas cartas.

Su pérdida encerraba para él una amenaza oscura, y en vano quería adivinar quién fuese el que se había atrevido á entrar en una casa sellada por la justicia, en busca de aquellos papeles.

En el mismo punto, el rey recibía una carta escrita con mano trémula por el inquisidor general don Fernando Valdés.

Ni un solo músculo de su semblante se contrajo, aunque en aquella carta el inquisidor general le avisaba de la violencia que se había hecho con él, y de haberse escapado el emir de los monfies de la cárcel del Santo Oficio.

El rey tomó una pluma y escribió por bajo estas lacónicas palabras:

«Vuestra cobardía no tiene ya remedio; procurad, pues, que nadie sepa

que la Inquisición y el rey han sido burlados. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!»

Durante algunos días los familiares y los alguaciles del Santo Oficio, revolvieron hasta las piedras en Madrid y en sus alrededores.

A pesar de esto el emir no pareció ni más ni menos que una gota de agua que cae en el mar.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO I.

PRIMERA PARTE.

Los amores de Yaye.

	PÁGINAS.		PÁGINAS.
CAPÍTULO I.—El edicto del señor Emperador	3	fies Muley--Yaye-ebn--Al-Hha-mar	129
CAP. II.—De cómo un hombre puede amar por caridad á una mujer, y de cómo, á veces, puede parecer la caridad amor.	9	CAP. XIV.—En qué se sabe por qué había dejado su casa el capitán estropeado.	139
CAP. III.—De cómo puede haber reyes sin reino conocido, y abdicaciones de las cuales no se hace cargo la historia	21	CAP. XV.—De como el capitán Sedño hizo traición á todo el mundo.	168
CAP. IV.—Lo que eran los monfies —Yuzuf cuenta su historia á Yaye.	34	CAP. XVI.—La venganza de don Diego de Córdoba y de Valor	173
CAP. V.—Del encuentro que tuvieron en el camino antes de llegar á Granada nuestros caminantes.	55	CAP. XVII.—Cómo se encontraron el rey del desierto y el capitán estropeado.	178
CAP. VI.—En que se presentan nuevos é interesantes personajes.	61	CAP. XVIII.—Continuación del anterior	181
CAP. VII.—En que se relatan extraños é importantes sucesos.	80	CAP. XIX.—De como la justicia fué á cerrar la casa del capitán dejándola enteramente deshabitada	184
CAP. VIII.—¡El emir se ha perdido!	88	CAP. XX.—Estrella	186
CAP. IX.—En que se sabe lo que hicieron con Miguel López don Diego y don Fernando de Valor.	89	CAP. XXI.—Los xeques del Albaycin	194
CAP. X.—Del resultado que tuvieron las investigaciones de Harum.	113	CAP. XXII.—Del tristísimo y horrible encuentro que tuvo un caballero al entrar en Granada.	198
CAP. XI.—Hasta dónde había llegado doña Elvira arrastrada por su amor á Yaye	122	CAP. XXIII.—Los desfiladeros de Dar-al-Huet.	203
CAP. XII.—De cómo Dios premió la constancia de Yaye	126	CAP. XXIV.—De como, á causa del levantamiento del Albaycin cometió Yaye su primera infamia.	207
CAP. XIII.—De cómo la caridad era una virtud peligrosísima para el poderoso emir de los mon-		CAP. XXV.—Cómo encontró Yaye á su padre	216
		CAP. XXVI.—Procedimientos judiciales	219
		CAP. XXVII.—De cómo fué el casamiento de Yaye	224

SEGUNDA PARTE.

El marquesito y la duquesita

	PÁGINAS.
*CAPÍTULO I.—Tres notabilidades de la corte del Rey don Felipe.	236
*CAP. II.—La hermosa duquesita se ha perdido	246
*CAP. III.—De como un niño puede ser el dedo de Dios	248
*CAP. IV.—La fuerza de la mujer.	249
*CAP. IV.—De como el marquesito dió una prueba de que estaba perdidamente enamorado de Amina, pensando en casarse con ella	264
*CAP. V.—Del medio que eligió el marquesito de la Guardia para irritar el amor de Amina. . .	268
*CAP. VI.—La una por la otra . .	273
*CAP. VII.—Celos italianos. . .	280
*CAP. VIII.—De la no menos extraña aventura que sucedió al marquesito mientras rondaba á la hermosa duquesita.	287
*CAP. IX.—Lo que oyeron la duquesita y el marquesito . . .	292
*CAP. X.—Lo que puede el amor de una mujer.	297
*CAP. XI.—Lo que hizo la princesa arrastrada por sus celos . .	303

	PÁGINAS.
CAP. XII.—De cómo la princesa y Cisneros fueron la dama y el galán de una escena de comedia	310
CAP. XIII.—De cómo la princesa descubrió que era más fácil su venganza que lo que había creído.	314
CAP. XIV.—De cómo se conjuraba todo contra el emir de los monjes.	315
CAP. XV.—Continúan las contradicciones del emir	319
CAP. XVI.—Quién era el príncipe Lorenzini	325
CAP. XVII.—Complicaciones . .	336
CAP. XVIII.—De cómo se vieron obligados á salir de la corte algunos de nuestros personajes. .	344
CAP. XIX.—De cómo el Rey don Felipe y la Inquisición se convencieron de que no podían todo lo que querían	350
CAP. XX.—De lo que pasó en un calabozo de la Inquisición de Madrid	358
CAP. XXI.—Qué sirve de epílogo á esta segunda parte.	362

BIBLIOTECA GRANADINA

LOS MONFÍES

DE LAS ALPUJARRAS

NOVELA ORIGINAL

DE

Don Manuel Fernández y González.

TOMO II

IMPRESA
de
EL DEFENSOR DE GRANADA
1903

LOS MONJES

DE LAS ALPUJARRAS

NOVELA ORIGINAL

Don Manuel Fernández de los Rios

TOMO II

IMPRESA DE DON JUAN DE LOS RIOS
EN SEVILLA
1803

Los Monfíes

TERCERA PARTE

La rebelión.

CAPÍTULO PRIMERO

EL CASTILLO Y LA ATALAYA.

No á mucha distancia una de otra en ese laberinto montañoso que se llama las Alpujarras, hay dos cumbres que se atalayan, y que descubren otras muchas y son descubiertas por ellas, incluyendo la cima de Sierra Nevada y su gigantesco anfiteatro de montañas.

Una de estas dos cumbres que hemos citado domina al pueblo de Válor, la otra al de Cádiar.

En ambas cumbres se conservan vestigios de cimientos: llaman los de Válor á los unos castillo, los de Cádiar á los otros atalaya.

Hoy los lagartos asoman entre las grietas de las ruinas, y las culebras se deslizan entre los escombros cubiertos de musgo, y los habitantes conservan acerca del castillo y de la atalaya la memoria de dos nombres que son dos historias sangrientas. Las ruinas del castillo guardan el nombre de Muley Aben-Humeya: las de la atalaya el de Muley Aben-Aboo.

No hay alpujarreño que no sepa contaros, si se lo preguntais, cómo murieron cada uno de los hombres que llevaban aquellos nombres; no hay uno solo que no os diga que sus antiguas viviendas han sido arruinadas, porque sus dueños estaban malditos de Dios.

Las que hoy son ruinas, eran en 1568 dos edificios característicos.

Empecemos por el castillo.

Ocupando la ancha planicie de la cumbre se levantaban cuatro torreones cuadrados, unidos entre sí por cuatro muros robustos y almenados: ni un ajimez, ni una galería, ni más que algunas estrechas saeteras, se veían en aquel recinto exterior, pero en el centro del extenso cuadrado comprendido dentro de aquellas torres y muros, se veía un bellissimo alcázar moruno, con torrecillas caladas, galerías, miradores, cúpulas y pizarras, resplandeciente con sus vivos colores; era aquel alcázar, dentro de aquel fuerte y rojizo recinto murado, lo que podía ser una hermosa dama, cuya magnífica y engalanada cabeza se levantase sobre una armadura de guerra: fuera, robustez, almenas en-

hiestas, profunda caba, hondo rastrillo, puerta chata y maciza de herradura, matacanes y ladroneras: dentro, todos los bellos caprichos de la arquitectura oriental; galerías cinceladas con esbeltas columnas de alabastro; agimeces con dobles arcos festonados, y entre estos arcos y tras estas columnas, cristales rica y maravillosamente matizados, como los de nuestras viejas catedrales góticas; era aquel un alcázar fuerte, de los tiempos medios de la dominación de los árabes en España; una especie de casa de placer de algún rey moro, que al mismo tiempo servía de alcázar á la villa: una de esas magníficas huellas que dejó tras sí el paso de ese maravilloso pueblo árabe.

La atalaya que coronaba la cumbre del monte sobre Cádiz, era un edificio severo, escueto, que se destacaba vigorosamente sobre el horizonte, y que descubría con sus cuatro ojos negros, abiertos en su muro circular de piedra, ennegrecida por el tiempo, un número considerable de pueblos y montañas, y el mar por la parte de Levante. Dábala entrada una pequeña puerta de herradura, y por la parte oriental, sobre una cortadura del monte, se veía una ventana estucada, dividida por una columnilla blanca, y guarnecida por vidrios de colores; esto era el único detalle delicado y bello que se notaba en aquel macizo torreón negruzco; detalle que á tiro de arcabuz dejaba conocer que era una adición reciente, una herida abierta en el muro antiguo, una especie de respiradero practicado en el centro de la torre para hacer habitable y un tanto cómoda aquella atalaya de guerra.

Dulcificaba un tanto su aspecto bravío, una pequeña huerta y una blanca casita adherida á la atalaya por la parte del Sur. La cumbre se había allanado y cercado con un ta-

pial, y una noria, á que daba vueltas un enorme buey, mantenía la frescura y la frondosidad de un emparrado, colocado como un toldo delante de la fachada de la casa, y que corría hasta la puerta de la atalaya, y á las legumbres y á los árboles frutales que ensanchaban sus frondas odoríferas, bajo el templado cielo del Mediodía.

Un perro, una legión de gallinas y algunos patos, que nadaban en un estanque donde se recogían las aguas de la noria, daban ruido y vida, una vida especial á aquel pequeño recinto, dulcificando lo severo y sombrío del aspecto de la atalaya.

Entre esta y el castillo de Valor existía no sé qué de extraño y hostil. La atalaya, hasta en la pequeña perforación que se había practicado en ella abriendo en su muro un ajimez, era severa y sencilla; pero altiva y enérgica, por decirlo así, como un viejo y veterano centinela avanzado al enemigo: el castillo, cuyas defensas estaban deterioradas, y desatendidas, parecía envilecido por aquel alcázar tan delicado y tan bello que á nada podía compararse tanto como á una cortésana corrompida y coronada de flores, que se sentase sobre un viejo y abollado arnés de guerra: la atalaya parecía representar la ancianidad bravía, aún é indomable, y el castillo el valor degradado, el atleta rendido á los pies de la hermosura.

Entre el castillo y la atalaya, filosóficamente considerados, existía un abismo.

Pasando de los edificios á sus habitantes respectivos, hallaremos entre ellos diferencias esenciales.

Eran dos mujeres viudas, cada una de las cuales tenía un hijo.

La una, la moradora de la atalaya, se llamaba doña Isabel de Córdoba y de Valor. La otra, la habitante del castillo, doña Elvira de Céspedes.

Veinteydos años habían pasado por

estas dos mujeres desde la fecha en que las presentamos á nuestros lectores, al principio de nuestro relato.

Doña Isabel contaba, pues, cuarenta y dos años; doña Elvira cuarenta y cinco.

Por un privilegio de la naturaleza estas dos mujeres se habían conservado hermosas, en la edad en que generalmente ha empalidecido la hermosura de la mujer, han brotado en su cabeza las canas, y se han impreso en su rostro las arrugas.

Doña Isabel y doña Elvira no tenían ni canas ni arrugas.

Comprendiase, sí, á primera vista, que no eran jóvenes; pero nadie se hubiera atrevido á decir que eran viejas.

Encontrábanse en ese desarrollo de vida y de hermosura, que viene á ser como el estío en la vida de la mujer, en que lo que la falta de frescura la sobra de fuerza, de vigor.

Eran todavía dos mujeres peligrosas.

Cuando salía doña Isabel de su casita adherida á la atalaya, ó cuando salía doña Elvira del castillo para bajar á las poblaciones, siempre había ricos y jóvenes moriscos que las aquejasen con pretensiones.

Llamábanlas, por último, en la comarca, las hermosas viudas.

Sin embargo, desde la muerte de Miguel López, ó poco después, doña Isabel se había retirado á las Alpujarras, á la villa de Cádiar donde había dado á luz un hijo, y se había mostrado sorda á todas las pretensiones, vistiendo severamente sus tocas de viuda, y dedicándose por completo al cuidado de su hijo á quien amaba de una manera extremada; doña Elvira, antes de la muerte de don Diego de Córdoba, su esposo, se había retirado á la villa de Válor donde había dado á luz á don Fernando de Válor, y del mismo modo después de la muerte de

don Diego se negó de todo punto á contraer un nuevo enlace, concentrando, como doña Isabel, todo su amor en su hijo.

A pesar de que vivían á poca distancia, ninguna de las dos cuñadas se visitaron, ni se vieron una sola vez, desde la noche en que, veinte y dos años antes, había sido incendiada por los moriscos la casa de don Diego de Córdoba y de Válor.

Pero si doña Isabel y doña Elvira no se veían, no acontecía lo propio respecto á sus hijos Diego López y don Fernando de Válor.

Cuando fueron mozos, estos se encontraron cazando en la montaña, ó en Granada, á donde solían ir con frecuencia, ó en donde era más peligroso: en las reuniones de los moriscos, á las que se les llevaba para nutrir en sus almas el odio contra los cristianos.

Las ambiciones de los parientes de entrambos jóvenes, habían echo nacer entre ellos rivalidad y aun odio; odio y rivalidad que disimulaban, pero que no por ello eran menos fatales: los parientes de Miguel López no cesaban un punto de decir á Diego su hijo, que su madre doña Isabel era descendiente del Profeta; que si bien era verdad que don Fernando de Válor su primo, era el primogénito de la familia, sus vicios, su afeminación y la estrecha amistad que como veinticuatro de Granada y capitán del rey de España sostenía con los cristianos, le hacían peligroso, cuando él, pobre, aislado en las Alpujarras, contando sus únicos amigos entre los moriscos, fuerte, robusto y severo en sus costumbres, era más á propósito para ponerse al frente de ellos: los allegados de don Fernando de Válor excitaban de la misma manera la ambición de este, recordándole siempre su alto origen y avivando su odio á los cristianos con traerle continuamente

á la memoria, el desastroso fin de su padre. Contribuía no poco á ello, su tío don Fernando, á quien se conocía entre los moriscos con el nombre de Aben-Jahuar-el-Zaquer. Encargado este de su tutela, había pretendido, aunque en vano, pasar de tutor á padrastro por su casamiento con su cuñada doña Elvira; pero esta se había negado constantemente; don Fernando sin embargo no había cedido; enamorado y empeñado cada vez más por la peligrosa hermosura de doña Elvira, había procurado hacerce de un arma contra la misma doña Elvira de su hijo don Fernando: enervó su alma, se apoderó de él, le corrompió, y para sujetarle más á su influencia le casó con Inés de Rojas, hija de Miguel de Rojas, morisco influyente, tan ambicioso como Aben-Jahuar, y dispuesto á ayudarle en sus proyectos que eran tenebrosos.

Reducíanse estos, á poner como condición á doña Elvira, el engrandecimiento de su hijo, á trueque de su mano, ó su anulación completa ante los moriscos si persistía en su negativa. Fácil era de comprender que, amando como amaba doña Elvira á Aben-Humeya, su hijo, no vacilaría, por repugnante que le fuese, en entregar su mano á Aben-Jahuar, su cuñado, á trueque de que Aben-Humeya fuese proclamado rey por los moriscos de Granada, cuando llegase el caso inminente de una insurrección decisiva. Miguel Rojas, por su parte, morisco influentísimo, como ya hemos dicho, no podía menos de desear que el marido de su hija, llegase á ser rey, y ayudaba con todas sus fuerzas á Aben-Jahuar: este se había cubierto de la más profunda reserva, y nadie más que doña Elvira, porque los ojos de una madre lo adivinan todo, había adivinado, que Aben-Jahuar, satisfecho su empeño amoroso casándose con ella, no pararía hasta ver

satisfecha su ambición: doña Elvira había comprendido que su cuñado elevaría á su hijo, que le sostendría hasta cierto punto en el poder, y que le derribaría después para hacer con su cadáver un escalón del trono de Granada.

Doña Elvira aborrecía, pues, á su cuñado; pero encubría su odio, porque Aben-Jahuar estaba apoderado de su hijo, y le tenía como en rehenes.

Abandonado Aben-Humeya á su tío, había contraído viciosas inclinaciones: era jugador y camorrista como su padre; falto de fé en sus empeños como su padre, y como él infatuado con su origen: añadiase á esto el odio que doña Elvira le había hecho concebir contra su tía doña Isabel de Valor, y su primo Aben-Aboo; su corazón era un depósito de amargas pasiones: su pensamiento enloquecía con sueños insensatos: desconfiaban de todo el mundo, y sin embargo á todo el mundo se entregaba; débil, irresoluto, voluntarioso, era á todas luces inferior á su primo Aben-Aboo, á su rival, á su antagonista.

Era este un mancebo de veinte y dos años, á quien la reflexión hacía parecer de más edad; hermoso, pero con una hermosura enérgica; moreno, con ese color dorado y característico de los oriundos de Africa; pálido, con enormes y elocuentes ojos negros, nariz aguileña, boca de sutiles labios, que indicaban astucia y firmeza, y miembros musculosos y fuertes; pero constituyendo un conjunto esbelto, en que se adivinaban un vigor sumo y una agilidad extraordinaria.

Aben-Humeya, era otro tipo enteramente distinto: su semblante blanco, pálido, de cútis fino y denso, y sus grandes ojos negros de mirada sensual y lánguida recordaban la antigua y casi extinguida raza árabe: aunque á veces brillaba una chispa de valor indómito en sus miradas,

aunque había altivez en la actitud de su cabeza, y algo de magestad en su frente, sin embargo, en la tersa morbidez de sus manos, que hubiera envidiado una dama, en la indolencia de sus movimientos, en esa especie de cansancio habitual que constituye la afeminación en el hombre, se comprendía que estaba enteramente entregado á la molicie, á los placeres, á la vanidad: sin embargo, como un indicio, como un signo de raza, en medio de esta degradación, se notaban algunos destellos de valor sereno é infinito, de actividad, de magestad: algo de regio, de grande, de indomable, que debía revelarse y dominar á la degradación en situaciones dadas, haciendo de aquel hombre otro enteramente desemejante de sí mismo, aunque por un momento.

Aben-Aboo, aventajaba á Aben-Humeya en hermosura, en energía, en virilidad; pero Aben-Humeya aventajaba á Aben-Aboo en fueros y privilegios.

Aben-Humeya era señor de Valor, regidor perpétuo, ó veinticuatro del ayuntamiento de Granada, capitán de infantería, y se llamaba don Fernando.

Aben-Aboo, solo era hidalgo por su madre, vivía oscurecido, y se llamaba lisa y llanamente Diego.

Aben-Humeya era rico y brillaba entre la nobleza castellana.

Aben-Aboo, ó por mejor decir doña Isabel, su madre, lo había vendido todo á excepción de la atalaya y la huerta en que vivían en Cádiar, y una enorme casa situada en el Albaicín de Granada, perteneciente al dote de doña Isabel, que ésta había cedido á su hijo, y que estaba continuamente alquilada.

En vano Yaye-ebn-Al Hhamar, había pretendido de doña Isabel que aceptase, al menos, cuanto fuese necesario para sostener dignamente los

gastos de Aben-Aboo. Doña Isabel se había mostrado inexorable.

Aben-Humeya tenía en Inés de Rojas una esposa joven, pura y enamorada, que le había dado un hijo; en su tío un espíritu que hablaba siempre á su vanidad y á sus pasiones; en su suegro un instrumento servil, que se plegaba á todos sus caprichos, y numerosos amigos parásitos que le adulaban y le ensoberbecían.

Aben-Aboo, solo tenía á su madre, pura y santa mártir, que le predicaba constantemente la virtud y el honor, y unos que, por parte de Miguel López, se creían parientes del jóven, y que este tenía por tales (hasta tal punto había quedado envuelto en el misterio el origen de Aben-Aboo) gentes zafias, bravías, que no pudiendo ser nada por sí mismas, lo esperaban todo del derecho que parecía asistir en un caso dado á la corona de Granada, á Aben-Aboo, como descendiente de los Aben-Humeyas por parte de su madre. Pero estas gentes aunque ricas, eran oscuras y no podían dar prestigio alguno á Aben-Aboo.

Había además otras disparidades notabilísimas entre ambos jóvenes.

Aben-Humeya, tenía en torno suyo una numerosa y espléndida servidumbre; sus caballerizas estaban llenas de caballos de raza pura; tenía un palacio en Granada y otro en Cádiar, y en estos palacios magníficas cámaras, y en estas cámaras, costosos y bellísimos muebles, cuadros, estatuas, alfombras; cuanto constituía, en fin, la ostentación de un gran señor de aquellos tiempos.

Aben-Aboo, solo tenía á su servicio un esclavo africano, negro como la noche, fuerte como un cedro, valiente como un león, y fiel á su dueño como un perro: en su cuadra no había más que dos caballos, valientes animales de raza, y tan buenos como

los mejores de don Fernando: vivía encerrado en aquella vieja atalaya en cuyo centro había habilitado un reducido y desnudo aposento, al que, mirando al distante mar, que aparecía á lo lejos entre las rompientes de las montañas, daba luz la ventana ornamentada de que hemos hablado. En aquel aposento no había más muebles que un lecho modesto, una ancha mesa de roble con recado de escribir, y algunos legajos de papeles: un armario donde se encerraban algunas ropas sencillas, y un medio arnés de hierro, suspendido de una escarpia: los objetos de más lujo que allí se veían, eran las vidrieras de colores de la ventana, y una chimenea de mármol blanco del gusto del renacimiento; una pequeña puerta que daba paso á una escalera de caracol, servía de entrada á este aposento que era circular, y tenía cierto aspecto severo y triste, á causa de un pilar de ladrillo agramilado, que sostenía en el centro la bóveda de agallones al estilo árabe.

Sin embargo, á pesar de las diferencias que existían, según hemos demostrado, entre ambos jóvenes, estaban puestos en contacto de una manera peligrosa, bajo dos distintos aspectos; el de la ambición y el del amor, siendo de advertir, que estas dos pasiones estaban alimentadas por ellos sobre dos fantasmas.

Su ambición miraba á la corona de Granada.

¿Y dónde estaba aquella corona?

En la acalorada imaginación de los moriscos.

Su amor, en un ser misterioso, cuyo nombre y cuyo semblante no conocían; en una especie de fantasma.

¿Y qué fantasma era esta?

Fantasma ó mujer, el ser á quien amaban Aben-Abou y Aben-Humeya,

era..... ¡la Dama blanca de la montaña!

Cuanto de bello y de poético sueña la imaginación meridional del pueblo andaluz, se atribuía á aquella dama misteriosa: ¿era un fantasma, una hada, un génio de la montaña, ó un ser viviente real y efectivo? Nadie podía asegurarlo; pero era preciso contestar algo: aquella dama que, durante el verano anterior, había aparecido con suma frecuencia en los desfiladeros de la montaña, por las mañanas antes de salir el sol, y durante las noches de luna; aquella dama misteriosa, siempre encubierta, siempre engalanada con regias vestiduras, conducida en un palanquin, ó cabalgando en una blanca hacanea, resguardada siempre por soldados moros, blancos como ella, y encubiertos con las viseras de sus cascos, no podía ser otra que la sultana Zoraya (1), que consecuente á su nombre y á su amor, se levantaba de su tumba antes de la salida de sol, ó á la luz de la luna, para mirar la altísima y siempre nevada cumbre de Maley-Hacem, donde creía ver la sombra de su esposo.

Esto, que no pasaba de ser una conseja, era creído como un artículo de fe, no solo por los moriscos, sino también por los cristianos viejos. Estos la maldecían porque era la sombra de una *perra infiel y renegada*, á cuya influencia se debían sin duda las calamidades que afligían á la comarca: los moriscos sentían hácia la dama fantástica, un horror invencible, porque, al fin, ¿la sultana Zoraya no había sido cristiana? ¿No se había llamado doña Isabel de Solís? ¿Enamorado al rey Hacem, no había motivado los celos y la venganza de la

(1) Lucero de la mañana: así llamaron los moros de Granada á doña Isabel de Solís, que fué sultana por su casamiento con Muley-Hacem.

sultana Aixa-la-Horra (1), las disidencias entre los infantes sus hijos y el rey Boabdil, hijo de Muley-Hacem y de Aixa, y las guerras civiles de Granada y por ellas la pérdida del reino?

Según los moriscos, la sultana Zoraya, castigada sin duda por Allah, vagaba insepulta expiando sus pecados: ella era el espíritu maldito de las Alpujarras; ella tenía sobre sí, no solo la execración de los habitantes cristianos, sino también la de los moriscos.

¿Pero acertaba en sus deducciones el vulgo? ¿Había algo de cierto en aquella conseja?

No hay tradición que no tenga algún fundamento: la Dama blanca existía; pero lejos de ser un fantasma, era lo que más adelante, en el discurso de nuestro relato, verá el que lo leyere.

Para Aben-Humeya y Aben-Aboo, la Dama blanca era más que una mujer; entrambos, habían acechado su paso escondidos entre las breñas; entrambos la habían visto, y aunque siempre encubierta, era tal la magia, el encanto que se desprendía de ella, que entrambos se habían enamorado.

Aben-Aboo y Aben-Humeya, estaban separados por las dos pasiones que más imperio ejercen sobre el corazón humano: el amor y la ambición.

Sin embargo, siempre que los dos jóvenes se encontraban, se saludaban sonriendo; siempre antes de separarse, se estrechaban con fuerza las manos; pero siempre que Aben-Humeya se asomaba á los miradores de su castillo de Válor, lanzaba una mirada llena de odio á la atalaya de Cádiar; siempre que Aben-Aboo sacaba la cabeza por la ventana de su nido, arro-

jaba una mirada letal al castillo de Válor.

Entrambos tenían respectivamente, el uno para el otro, la palabra de amistad en los labios, y el odio en el corazón.

Para aumentar este odio, la suerte parecía vacilar entre los dos.

Los moriscos de las Alpujarras despreciaban á Aben-Humeya, y los monfies, aquellos terribles bandidos invisibles, habían dejado más de una vez el cadáver de un perro á la puerta de su castillo, lo que era una afrenta horrible entre los moros, y al mismo tiempo una amenaza: por el contrario, los xeques de la vega de Granada y del Albaicín, seducidos por Aben-Jahuar-el-Zaquer, tío paterno de Aben-Humeya, se habían declarado ardientemente sus partidarios, y pensaban en él para hacerle rey de Granada.

Había además, otra persona pariente de entrambos jóvenes, á la que nunca habían visto; pero cuyo parentesco conocían, y cuya influencia sentían, y á quien aborrecían por la misma razón que se aborrecían entre sí: por ambición; aquel hombre era demasiado poderoso para que no les fuese temible: era el que más derechos tenía á la corona de Granada; porque aquel hombre, en una palabra, era Yaye-ebn Al-Hamar, emir de los monfies.

Nuestros lectores, por lo que acabamos de consignar, comprenderán, que la vida del emir había llegado á su situación más dramática; nuestros lectores conocen los amores de Yaye con doña Elvira de Céspedes, esposa de don Diego de Córdoba y de Válor, y con doña Isabel, hermana de este: saben también, que por una horrible fatalidad, aquellos amores habían dado por fruto dos niños, cuyo verdadero origen, había sido cubierto respectivamente por decoro de familia:

(1) La honesta.

nadie sabía aquel secreto, más que las dos mujeres y Yaye, siendo de presumir, que lo supiese también la persona que se había apoderado de las cartas de doña Elvira y doña Isabel, en que ellas mismas habían descubierto aquel secreto. Por más que había hecho Yaye, no había podido averiguar quien había sido el ladrón de aquellas cartas, lo que le tenía en una ansiedad increíble.

Fuera de esta persona ignorada, nadie había que pudiera revelar aquel secreto. A nadie constaba si Miguel López, antes de partirse á las Alpujarras, había poseído á su esposa. Nadie sabía la terrible escena que había acontecido entre don Diego de Valor y doña Elvira, á la vuelta de aquel de las Alpujarras, y antes de que fuese preso por el capitán general. Miguel López no había podido revelar nada, porque había muerto de hambre en el subterráneo; don Diego de Valor, que esperaba para vengarse verse en libertad, acusado con pruebas fehacientes del asesinato de su cuñado, había muerto en la prisión; su hermano don Fernando, al tiempo de la muerte de don Diego, se encontraba en Africa á donde había ido á buscar auxilio en nombre de los moriscos de Granada, en la corte del dey de Argel, y nada pudo revelarle el preso antes de morir. El secreto, guardado de una parte por la tumba, y de otra por intereses de familia, no podía ser descubierto, sino por la mano misteriosa que había robado sus únicas, pero terribles pruebas.

Hermanos Aben-Humeya y Aben-Aboo, solo se creían primos, y se aborrecían de muerte, y este aborrecimiento, cuya causa conocía Yaye, le aterraba.

Porque Yaye no podía dudar de que los dos jóvenes eran sus hijos, y esto para él era una fatalidad más: si

no hubieran sido hermanos de Amina, el emir que conocía las rivalidades de entrambos, las hubiera atajado, uniendo á Aben-Humeya con su hija, cumpliendo de este modo el antiguo contrato de las dos familias, y satisfaciendo ó sosteniendo con mano fuerte la ambición de Aben-Aboo.

Llovían las contrariedades sobre el emir. Del mismo modo que Aben-Humeya se había hecho partido entre los moriscos de Granada y de la Vega, Aben-Aboo, por las influencias de los parientes de Miguel López, su falso padre, se lo había hecho entre los de las Alpujarras.

Además, por su valor, por su fanatismo musulmán, que en vano había querido dominar su madre; por sus atrevidas excursiones á la montaña; por algunas muertes dadas, aunque secretamente, á algunos castellanos, había llamado la atención de los monfies que le apreciaban sobremanera, del mismo modo, que, como dejamos dicho, insultaban á Aben-Humeya.

Sabíalo esto Yaye, y veía venir las disidencias y las luchas intestinas entre los moriscos. Quería remediarlo y no podía. Todos los caminos se le cerraban. Amina, Aben-Aboo y Aben-Humeya, eran sus hijos.

Yaye había empezado á ser hombre, cometiendo grandes desaciertos. Había escuchado á su ambición y á su fanatismo, más que á su corazón; había, en una palabra, cometido crímenes: el crimen no puede producir más que crimen, y Yaye, ya casi en el otoño de su vida, veía levantarse contra él su pasado de una manera aterradora: dos mujeres, hermosas aún y llenas de vida, sedienta la una, doña Elvira, de venganza, lo que no se ocultaba á Yaye; resignada la otra, doña Isabel, pero infeliz, víctima de la ambición y de los crímenes de su familia, mártir inocente que devoraba

su dolor y sus lágrimas, ocultándolas á todo el mundo. Además de estas dos mujeres, era otro cruel remordimiento para Yaye, su hija, su infeliz Amina, deshonrada á sus ojos, enamorada de una manera insensata del marqués de la Guardia; una niña, una infeliz criatura dada á luz por Amina, oculta, bastarda, con un porvenir oscuro; sus dos hijos Aben Humeya y Aben Aboo, empeñados en una lucha sorda, pero por lo mismo más terrible. Calpuc, el rey del desierto, viniendo de tiempo en tiempo de América, trayéndole tesoros, representante á un tiempo de la desventura de Estrella y de la desventura de Amina, y luego ¡oh! luego otro remordimiento más terrible, más aterrador... El príncipe D. Carlos de Austria, el insensato, á quien él había lanzado á la rebeldía contra su padre, el infeliz loco había sido procesado por el terrible Felipe II. y había muerto en el alcázar de Madrid (1).

Dios, el rey y los médicos de cámara, Oliva y Vallés, el divino (como se le llama aún) sabían si el príncipe había muerto por enfermedad, por excesos, ó por un veneno: la historia nada sabe, nada ha podido decir, sino que el príncipe murió preso y procesado por su padre, y este horroroso suceso, este parricidio, acaso pesaba sobre el alma de Yaye, la torturaba, la estremecía, porque, aunque Felipe II fuese su enemigo natural, el verdugo de su pueblo, lo horrible, lo monstruosamente criminal, este sobre todos los odios, flota sobre todos los intereses.

De modo que Yaye, que había tenido la vanidad de la virtud, y la ambición de un héroe, se encontró cuando empezaba á descender el sol de su vida, con el alma ennegrecida y humillado por el remordimiento, y con la

desesperadora certeza de no haber hecho nada por su patria.

Tales eran la situación de Yaye, de doña Isabel de Valor, de doña Elvira de Céspedes y de sus hijos, en la fecha en que se encuentra nuestro relato.

CAPÍTULO II.

EL PEREGRINO Y EL ERMITAÑO.

Un día de invierno del año de 1568, domingo por cierto á 19 de diciembre, despertó Granada, la que llaman los poetas paraíso oriental, jardín de amores, alcázar de perlas, castillo fuerte y contentamiento de la vida; despertó, decimos, tan envuelta en nieblas, que no parecía sino dueña mogigata y pudibunda, ú honesta desposada, que sale á la calle la mañana siguiente de sus bodas, y se cubre con su rebecillo, en el breve tránsito de la casa nupcial á la iglesia. Lo cierto del caso es, y nos dejamos de peligrosas figuras, que tal y tan espesa era la niebla, que apenas se lograba ver los objetos á diez pasos de distancia; que algo más allá los árboles parecían fantasmas y que, por último, algún espacio más allá nada absolutamente se veía más que el fondo perdido, vago y flotante de las extremidades de las nubes que tocaban á la tierra y la inundaban con una lluvia menuda, espesa y fría como la nieve.

Corría, otro sí, un vienteillo tan sutil y helado, que los traginantes y demás gente de camino que iban por el de las Alpujarras á Granada, tenían gran cuidado de llevar calados los chapeos hasta los ojos y subidas las mantas, capas ó capotes hasta las narices, requisito sin el cual se exponían á convertirse en carámbanos, á beneficio de un aire colado y á pesar del cual se les helaba el aliento á la

(1) Fué la muerte del príncipe á 24 de Julio de 1568.

salida de las narices, escarchándose sobre los mostachos de quien los tenía: era, en fin, una de esas homicidas mañanas de invierno contra las cuales no hay mejor defensa que el lecho y una habitación herméticamente cerrada y convenientemente caldeada.

Si fuera preciso que nuestros lectores nos acompañasen en cuerpo y alma, en una mañana tal y con tal frío, al lugar en que es necesario que nos apostemos para esperar á ciertas personas, estamos seguros que del infinito número de lectores que han de tomar en sus manos este libro, solo quedaría alguno de esos calaveras á quienes nada pone espanto, y que están siempre dispuestos á correr una aventura, siquiera sea en el infierno, ó algún desesperado cansado de la vida, y á quien fuese indiferente morir de pulmonía, de pasmo ó á mano airada. Pero, afortunadamente, tanto nuestros lectores como nosotros, no tenemos necesidad de otra cosa que de trasladar nuestra atención, entidad moral é incorpórea, agena por lo tanto al frío ó al calor atmosférico, á la ermita de San Sebastián, antigua mezquita de moros, convertida después de la conquista de Granada por el celo religioso de nuestros abuelos en santuario y hoy (vicisitudes de la suerte) por el espíritu mercantil y codicioso de nuestra época, en taberna.

Sin embargo, y decimos esto de paso; sin embargo de que el humo del aceite del figón y de los cigarros de los borrachos, ha ennegrecido el interior de aquel pequeño edificio cuadrado, á pesar de que un innoble hacedillo de sarmientos se mueve al impulso de las auras del Genil sobre el venerable arco árabe de la antigua mezquita, como en muestra de que allí puede embriagarse todo el que quiera por algunos maravedises, aquel edificio,

envilecido por los hombres, conserva los gloriosos recuerdos de haber acampado junto á él los ejércitos de Castilla y de Aragón, el mismo día en que se entregó Granada á los Reyes Católicos, que, rodeados de su corte, de sus prelados y de sus más grandes capitanes, vieron desde aquel punto ondear sobre la distante torre de la Alcazaba de la Alhambra los tres pendones de Castilla, de la fe y de las órdenes militares: una lápida antigua, incrustada en el lado oriental de la ermita que conserva en una sencilla inscripción estos gloriosos recuerdos históricos, forma un enérgico contraste, es casi una protesta, contra el hacedillo de sarmientos y las impuras bacanales de ramera y gente perdida, cuotidianos concarrentes del garito, y una voz muda, pero severa, que acusa ante el buen patricio, ante el hombre de corazón y ante el extranjero, la incuria de los que no han sabido defender del envilecimiento, aquel depósito de tan nobles tradiciones, aquel santuario donde se ha elevado entre el humo del incienso del altar, el homenaje de adoración y alabanza del hombre á su Criador.

Pero dejando el tono declamatorio que sin saber cómo, nos ha inspirado el recuerdo de la mezquita-templo-taberna, situémonos junto á ella y veamos si llegan las personas á quienes esperamos.

Inútil es decir que en aquellos tiempos la ermita de San Sebastián era una verdadera ermita, con su fraile-lego-sacristán, su esquilon colgado entre dos postes sobre la puerta, su rejilla de hierro abierta en ella, y su lámpara siempre encendida delante del altar, que se veía á través de la rejilla.

Acababa de amanecer, ó por mejor decir, de esclarecerse la luz del día, hartamente empañada por la niebla, cuando

de entre esta y ya cerca de la ermita, se destacó un bulto, primero informe, y perfectamente perceptible poco después; componían el bulto un hombre y un asno; vestía el primero, que venía cabalgando en el segundo, un hábito de peregrino; esto es: sombrero de anchas alas, fatigadas por enormes conchas, muceta igualmente conchada, túnica de buriel y bordón con la consabida calabacilla pendiente de su extremo superior; era el segundo un sesudo y robusto jumento de las Alpujarras, enjaezado con jáquima y albarda á la morisca; esto es: enriquecidas ambas con flecos de estambre y seda de colores á que llaman alhamares de la tierra, y adornaba la cabeza con un penacho voluminoso, cuya tiesura contrastaba de una manera original con lo abatido y lacio de las enormes orejas del jumento, abatidas por el frío y por la lluvia.

En vez de seguir adelante por el enlodado y difícil camino que siguiendo por la margen izquierda del Genil, sobre que está situada la ermita, conduce al cercano puente y á la ciudad, el peregrino tocó suavemente con la extremidad de su bordón al lado derecho de la cabeza del asno, y este se dirigió en derechura á la puerta de la habitación del ermitaño, adherida por la parte del río á la ermita.

Es de advertir que el peregrino no se había descubierto ni santiguado al pasar junto á la cruz de piedra situada delante de la ermita, irreverencia notabilísima en aquellos tiempos, y que hacía sumamente sospechoso á quien tal desacato se permitía: ello es verdad que nadie podía haberlo visto, porque en la pequeña área en que podían ser perceptibles los objetos á causa de la niebla, no había otra persona que el irreverente, ni otro testigo que el asno, y aun este, por su posición natural, no podía notar la falta, y caso de que lo hubiera notg-

do, ya sabemos hasta dónde llegan el silencio y la discreción de un borrico.

Apeóse el peregrino cuando el animal hubo de detenerse, no pudiendo pasar adelante á causa de la interposición del muro de la ermita, y acercándose aquel á la puerta de la habitación del ermitaño, dió en ella y consecutivamente tres fuertes golpes con el herrado cuento de su bordón.

Contestó inmediatamente tras de la puerta una voz nasal y característica, verdadera entonación frailuna y untuosa, á cuyo sonido contestó el peregrino en dialecto extranjero gutural y acentuado:

—*¡Al-jandul-illah!* (1).

—*¡Le-ille-Allah!* (2) contestó inmediatamente con entonación devota y enérgica una voz robusta y varonil, al mismo tiempo que se abría la puerta y dejaba ver un ermitaño robusto de cuerpo, de barba bermeja, cutis cobrizo y ojos negros y centelleantes, envuelto en un hábito ceniciento de franciscano descalzo.

Miráronse frente á frente ermitaño y peregrino y el primero dijo al segundo:

—Yo esperaba á un hombre que pronunciara á mi puerta el nombre de Dios.

—Yo soy ese hombre; contestó el peregrino.

—¿Ha llegado el día, hermano? dijo el ermitaño.

—Se acerca la hora; contestó el peregrino.

—Muéstrame una señal para que pueda creerte.

—Déjame entrar en tu casa, dijo el peregrino, viendo que el ermitaño cubría recelosamente la estrecha entrada.

Apartóse el ermitaño, y el peregrino tirando del ronzal del asno, le

(1) Alabanza á Dios.

(2) No hay otro Dios que Dios.

introdujo en un reducido patio en cuyo centro existía aún la pequeña fuente de ablución de la mezquita, y al fondo bajo un parral en esqueleto, una preciosa puerta árabe minuciosamente labrada y orlada de inscripciones cúficas, con leyendas del Koram.

El ermitaño cerró inmediatamente la puerta exterior: entonces el peregrino se quitó el sombrero, levantó una de sus conchas, y arrancó de ella un pequeño pergamino cuidadosamente enrollado, que había estado adherido con cera á la parte interna de la concha, le desenrolló y le mostró al ermitaño.

Este leyó lentamente el contesto del pergamino, que consistía en algunas líneas de pequeños y hermosos caracteres africanos, escritos con tinta roja.

—¿Cómo te llamas? dijo el ermitaño mirando profundamente al peregrino.

—Abul-Hhassan, contestó aquel.

—¿Por dónde se camina hacia la luz, hermano? replicó el ermitaño.

Por las tinieblas, contestó el peregrino.

—Bien venido seas, hermano, dijo el ermitaño tomando la mano derecha del peregrino y llevándola á la frente, muestra de aprecio y de amistad entre los moros, recibida por ellos de los árabes.

—Que el Altísimo y Unico te pague tu buena acogida, hermano contestó el peregrino.

—Entra y conforta tus miembros, Abul-Hhassan, dijo el ermitaño; por acá tenemos el invierno crudo, y vienes sin duda de tierra donde el sol es siempre ardiente.

—Vengo de Argel.

—¿Y qué noticias traes?

—Malas, muy malas; dijo el peregrino sentándose en un taburete junto á un hogar en que había fuego.

—¿Malas noticias dices que traes?

—El dey Aluch-Ali, desconfía de nosotros.

—¡Que desconfía de nosotros! y bien: tiene razón: hasta tal punto sufren los moriscos las tiranías y las afrentas con que los afligen los castellanos, que debe creerlos cobardes: y lo son, sí, por la santa Kaaba. ¿Por qué no imitan á los monfies de la montaña?

—Pero el día de la venganza y del exterminio se acerca, exclamó con energía Abul-Hhassan.

—¿Y qué harán los moriscos solos, rodeados por todas partes de soldados, de alguaciles y de inquisidores?

El peregrino sonrió con desdén.

—El pueblo de Dios, dijo con solemnidad, vive entre los infieles; parece sumiso y resignado; pero se agita en silencio, y está en todas partes; en las casas de los magnates cristianos, sufriendo sus insolencias y comiendo el pan de la servidumbre con la frente baja, la mirada tranquila, la sonrisa en los labios; en los conventos, vistiendo el sayal del fraile cristiano; bajo las banderas del rey impío, vistiendo el coselete del soldado; nuestras hijas sonríen al castellano y le enamoran, mostrándole el rostro descubierto y dominándole con su hermosura; en nuestras casas entran descuidados, y en sus templos penetramos nosotros encubiertos; tú mismo pasas por santo entre ellos, eres sacristán de esta santa mezquita profanada, y ninguno desconfía de tí; yo, cuando paso por los caminos del infiel, con mi bordón de peregrino, les pido caridad en nombre de su dios, y con la máscara de mendigo penitente, paso entre ellos, que me respetan y llenan mi bolsa con sus limosnas. ¿Quieres más? llegará un día en que el vencido, humillado hoy, envilecido, doblegado ante su señor, se levante con el puñal en una mano y la tea en

la otra, cuando menos lo esperen los cristianos; cuando estén más confiados por nuestra humildad y nuestro sufrimiento, y ese día ha llegado ya.

—Pero envuelto en nieblas: me parece muy pronto Abul-Hassan.

—Dentro de pocas horas esas nieblas se habrán deshecho ante la luz del sol; nos espera un hermoso día, hermano.

—¿Y por qué si tienen los moriscos tantas esperanzas los abandona el dey de Argel?

—Su guerra con los venecianos, á que le lleva su fidelidad hácia el supremo emir de los creyentes, Selim II, á quien Dios prospere, le tiene sin naves y sin dinero; hoy no nos podría dar ni una sola fusta, ni un solo soldado, ni una sola dobla. Esperémoslo todo del Sultán, del sublime Selim. Entre tanto nos ayuda el emir de los monfíes de las Alpujarras.

—Ya, ya lo he visto por el pergamino que me has entregado.

—Si unidos á los monfíes de la montaña logramos apoderarnos de Granada y poner en armas la tierra desde Almería á Gibraltar; si vencidas, como es de esperar, las armadas de Venecia, puede el sultan enviarnos sus galeones, y sus taifas, que harán innumerables las taifas berberíes, España volverá á ser nuestra como lo fué en tiempos de Muza y de Tarik, y ¡ay entonces de la infame Europa! la palabra de Dios llevada adelante por las espadas del Islam, llenará la tierra desde el Oriente á las más altas regiones del Occidente, más allá de los grandes mares, y desde el Mediodía al Septentrión; hasta los eternos hielos.

—Cúmplase la voluntad de Allah.

—Y se cumplirá, así está escrito: ¿no crees tú en lo que revelan esas palabras de luz que se llaman estrellas?

—La carta que me has dado dice

que eres sabio y astrólogo: solo Dios sabe lo oculto, y él lo revela á sus escogidos. ¡Cúmplase la voluntad de Dios.

Hubo un momento de silencio.

—¿Quién te ha dicho que me busques? preguntó al cabo el ermitaño que no confiaba mucho en Abul-Hassan.

—El emir de los monfíes.

—¿Y dónde has visto al emir?

—En las Alpujarras.

—¿Cuanto tiempo hace?

—Dos días.

—Y nada más te ha dicho el magnífico emir al enviarte á mí.

—Si me ha dicho: busca al Julaní que vive encubierto en la mezquita de Al-Morabethin (1) y á quien los cristianos llaman el hermano Pable; desde la mezquita hasta la casa de su hermano el Hardon, en el Albaicín, hay una larga mina, cuya entrada por la mezquita sabe él solo: no es prudente que tú, hombre de Dios, andes á la luz del día por Granada, ni te aposeses en las posadas públicas; en la ciudad hay gente que te conoce y que sabe que andas oculto desde el levantamiento de las Guájaras. Toma este escrito: mediante él, el Julaní te abrirá la puerta de la mina, y por bajo de Granada, llegarás á casa del Hardon. Esto me dijo el emir al darme el escrito que te he entregado.

—Tú eres el faquí, dijo aún con recelo, pero más tranquilo el Julaní, que hace algunos años dijiste que las estrellas te habian revelado el nombre del escogido por Dios para ser rey de Granada.

—Sí, es verdad, yo soy Abul-Hassan el faquí.

—¿Y quién debe ser rey de Granada? dijo con sarcasmo el Julaní.

—Hubo un tiempo en que yo creí leer de una manera clara su nombre

(1) De los morabitos ó penitentes.

en el eterno libro del firmamento.

—¿Y era ese nombre el de Aben-Aboo, el hijo de doña Isabel de Córdoba y de Valor?

—Sí, ese era el nombre que creí leer; pero después las estrellas me han dicho: «espera solo un momento antes de que el pueblo de Granada se levante armado contra sus opresores y podrás saber ese nombre.»

—¿De modo que....

—Esta noche á las doce, sabré quién ha de ser rey de Granada.

—Que Dios te ilumine para bien de su pueblo, santo faquí, dijo el Julaní con acento de amenaza. Entre tanto, y como tu permanencia aquí no es prudente, ven.

El Julaní se levantó y llevó al faquí á un ángulo de la estancia donde estaba la humilde tarima de penitente, que le servía como complemento de su apariencia cenobítica; la apartó y debajo de ella quedó descubierta una trampa cerrada con un candado: sacó el Julaní una llave de la manga de su hábito, levantó la compuerta y quedó descubierta una trampa.

—Abul-Hhassam fué á descender por ella.

—Espera, dijo el Julaní; es necesario que todo lo que ha venido contigo desaparezca.

Y salió al patio, asíó el ronzal del jumento, tiró de él, le introdujo en la habitación y le hizo descender por la trampa: siguióle Abul-Hhassam, y poco después marchaban por un pasadizo llano, á cuyos costados había algunas puertas, iluminado por una lámpara pendiente del techo.

—¡Daruh! exclamó el Julaní cuando estuvieron en el pasadizo.

Poco después por una de las puertas laterales apareció un hombre joven, robusto y de aspecto feroz, vestido exactamente como los monfies de la montaña.

Este hombre examinó atentamente

á Abul-Hhassam, y volviéndose al Julaní le dijo:

—¿Qué me quieres walf?

—Lleva ese asno á la caballeriza, ponle pienso como á nuestros caballos y vuelve.

Daruh tomó el ronzal del asno, y desapareció con él por una puerta inmediata.

—¡Tus caballos! ¡tus caballerizas! exclamó con asombro el faquí.

—Sí por cierto: estamos preparados: en un solo momento los monfies de las Alpujarras saldrán de debajo de la tierra armados y cabalgando como en tiempos de Boabdil.

—A quien Dios maldiga.

—Sí; maldígale Dios; fué un traidor.

Apareció entonces Daruh.

—Guía á este hombre de Dios, le dijo el Julaní señalando al faquí, á casa del Hardon en el Albaicín.

—¡Qué! ¿de esta entrada corren muchas minas al interior?

—Tantas Abul-Hhassam, que si Daruh no te acompañase te perderías en su laberinto. Pero adios: no puedo faltar mucho tiempo de la mezquita: que Dios te guíe y te ilumine, faquí.

—Que la protección del Dios Altísimo y Único esté sobre tí, hermano.

Había un ligero acento de amenaza en las palabras con que se habían despedido el walf y el faquí.

Daruh encendió una lámpara, y echó por la mina adelante precediendo al faquí.

El Julaní permaneció un momento inmóvil y pensativo.

—El emir lo quiere, dijo al fin; pero hace algún tiempo no eran esas sus intenciones ¿le habrá engañado ese astrólogo embustero? ¿Quién sabe? Que Dios ilumine al magnífico emir.

Después de estas palabras el Julaní subió, cerró la trampa, puso sobre ella la tarima, y tomando de sobre

una mesa en que había un crucifijo, una calavera y un cepillo de cobre, salió á la ermita, abrió su puerta y se puso en ella exclamando de tiempo en tiempo con voz compungida, y haciendo sonar algunas monedas que contenía el cepillo:

—¡Hermanos caritativos! ¡ayudad con vuestras limosnas al culto de esta santa ermita!

CAPÍTULO III.

LA RECUA, EL CARRO Y EL GINETE.

El sol había salido, y haciendo honor á los pronósticos de Abul-Hhas-sam, la niebla se había disipado, contribuyendo á ello, un fuerte viento del Norte que había arrojado las nubes hácia Sierra Nevada, en cuya cima se agrupaban, como sirviéndola de turbante.

El golpe de vista que se gozaba desde la ermita de San Sebastián era bellissimo: una ciudad maravillosa, Granada, iluminada por los primeros rayos del sol de la mañana, aparecía, extendiéndose en anfiteatro desde el puente de Genil hasta la encumbrada Alhambra que recortaba sobre el purísimo y radiante azul del cielo, sus torres y sus muros almenados, y sobre estos y entre aquellos, los verdes cipreses de los ádarves de la torre de la Vela, de la Alcazaba, el bello palacio del emperador Carlos V, y la iglesia de Santa María. Más cerca las torres Bermejas, con sus robustas defensas; el cerro de los Mártires, cubierto de cármenes, y estos cármenes cubiertos de verdura, á pesar de la estación, merced al verdor eterno de los laureles, los naranjos, los cipreses y los nopales. Más abajo los muros, siguiendo las inflexiones de las colinas; la Puerta del Sol, las torres de la ribera de los Molinos, la puerta de Bib-Lachar, el Cuarto Real, la

puerta del Rastro, de Bib-Ataubin, la Real, de Bib-Arrambla, hasta perderse á lo lejos entre las calles de la ciudad nueva; y dentro de los muros, cubriendo las colinas, casas blancas como tórtolas en su nido, entre las que brotaban cipreses y laureles, y los campanarios de las parroquias y de los conventos, y de las capillas; y todos aquellos capiteles relumbrando, todas aquellas casas frescas y galanas, todo aquel verdor desmintiendo al invierno y aquellos castillos pesando sobre las cumbres; todo visto á través del dorado vapor producido por la luz matinal del sol naciente, y á la derecha la Sierra Nevada con su turbante de rubes, su blanco manto y su anfiteatro de montañas; á la izquierda la extendida vega y las distantes y azules cordilleras; cerca el murmurante y claro Genil; en torno la tierra empapada por la lluvia exhalando un ténue vapor bajo los rayos del sol; todo aquello, repetimos, era una magnífica poesía, escrita la mitad por la mano de Dios, la otra mitad por la mano del hombre.

El camino de las Alpujarras, ó como ahora se dice, de Armilla, se hacía más concurrido á medida que avanzaba el día; hermosas y robustas aldeanas, la mayor parte moriscas, montadas á las ancas de sus pollinos, por temor de manchar con el lodo sus encarnados zagalejos, llevando en los serones hortalizas ó en los capachos gallinas y corderos, pasaban alegres entonando el lánguido fandango, é interrumpiéndole de tiempo en tiempo para animar su cabalgadura; oíase síb interrupción el zumbido de los cuencos de las recuas, que conducían á la ciudad los variados frutos de las ricas Alpujarras, y de tiempo en tiempo pasaba también algún hidalgo, ginete en su cuártago con el arcabuz en el arzón y la espada al cinto: toda esta gente, las aldeanas que saltaban

de una manera hechicera de las ancas de sus asnos; los arrieros que se separaban de su recua; el hidalgo que dejaba momentáneamente el camino, se dirigían á la ermita, se descubrían, se santiguaban, y dejaban caer media blanca, ó moneda de mayor valía, en el cepillo del ermitaño.

Unos decían al dar la limosna:

—¡Dios le guarde santo ermitaño!

Otros:

—Dios nos ayude hermano.

A los primeros contestaba el Julaní:

—Dios se lo pagará en el cielo.

A los segundos:

—Dios tendrá misericordia de nosotros.

Los primeros eran cristianos viejos: esto es, vencedores.

Los segundos eran moriscos: esto es, vencidos.

Hacia ya más de una hora que el fingido ermitaño pedía para el culto de la ermita, y agitaba el cepillo que era enorme, y que sucesivamente iba produciendo su sonido más ronco, y haciéndose más pesado, cuando se oyó un cencerro mucho más sonoro que los que habían pasado hasta entonces, acompañado del sonido de muchas campanillas, y desembocó por el camino una recua de poderosos burros que venían al trote, excitados por sus arrieros.

Pero lo que tenía de extraño esta recua, además de la riqueza y de la variedad de los penachos y los caireles con que venían engalanados los jumentos, era que para cada uno de ellos venía un hombre, y que estos hombres eran jóvenes, robustos, bien encarados y gallar los; vestían ni más ni menos, como los traginantes de las Alpujarras; quien los hubiera contado, hubiera visto que llegaban á veinte y dos, y que tras ellos, ginete en un macho, sobre una vistosa enjalma, venía un hombre de más edad y res-

peto, y al parecer como capataz ó mayoral de aquella gente; en cada asno detrás de la carga, que era abultada, aunque no de un peso excesivo, á juzgar por lo desembarazado y fácil del trote de los jumentos, se veía un largo arcabuz, y en cuanto al que hacia cabeza de aquellos hombres, llevaba sujetos al cinto dos pedreñales y una daga, en el talabarte una espada y á más de esto, dos arcabuces pendientes á los costados de la parte posterior de la enjalma.

Estos veinte y dos jumentos, sonoros con su cencerro y sus cascabeles, pasaron como una exhalación por delante de la ermita, no sin que el Julaní los mirase de una manera profunda, no á los burros, sino á cada uno de los hombres que llevaba á las ancas, ni sin que todos estos hombres mirasen con profunda atención al Julaní. En cuanto al capataz de aquella gente, se desvió del camino, enderezó su mulo á la ermita, se descubrió respetuosamente al pasar por delante de la cruz; pero con un tanto de tiesura y como quien lo hace de mala gana, y parando junto al falso ermitaño, que acertó el trecho, saliendo al encuentro del que llegaba, cepillo en ristre; el ginete se inclinó y echó en el cepillo un doblón de á ocho.

Aquella enorme limosna, que trocada en cobre hubiera llenado veinte cepillos, era sin duda una seña, puesto que el Julaní dijo palideciendo y mirando fijamente al ginete, que era un hombre como de cuarenta y seis años.

—¿Con que ha llegado la hora?

—Sí, contestó el otro.

—Tú eres el walí, Harum-el-Geniz, exclamó el Julaní mirando fijamente al otro.

—Sí, sí por cierto, y vengo bien disfrazado cuando solo me has reconocido por la voz.

—Buena barba y buenas cejas

traes. ¿Y esos valientes que han pasado con la recua son de los nuestros?

—Sí, son de la taha de Cádiz. Pero vamos á lo que importa. Tras mí viene un carro de mulas que viene resguardado por cuatro de nuestros mejores hermanos; dentro de poco estará aquí y entrará una persona que viene en el carro á orar en la ermita: deja ya de pedir y espera dentro; ya suenan las campanillas de las mulas del carro, y mi buena recua va lejos. Adios.

Y apretando las espuelas al mulo, partió al galope, al mismo tiempo que el Julaní se metía en la ermita.

Poco después apareció en el camino un carro que adelantó á buen paso; tiraban de él cuatro mulas, al cabezón de una de las cuales iba asido un zagal joven y ágil: en la delantera iba un mayoral fornido, y la entrada del carro iba cubierta por una doble cortina de cuero.

Detrás y á poca distancia, armados con lanzas á la gineta, venían cuatro lacayos de buen aspecto, y lo bien costeado y lujoso del carro, el valor de las mulas y de los caballos de la servidumbre, y las libreas de estos, todo demostraba que quien de tal modo hacía su viaje, era una persona principal.

El carro se dirigió á la ermita y cuando estuvo cerca de ella paró, uno de los lacayos echó pié á tierra, tomó de la zaga una escalerilla de madera, la apoyó en la delantera, y el mayoral abrió las cortinas que cerraran la entrada: entonces salió una persona con traje negro de caballero, y apoyándose ligeramente en el hombro del lacayo, que á pesar del frío tenía el sombrero en la mano, saltó al suelo casi sin tocar los travesaños de la escalerilla, pasó junto á la cruz, se quitó devotamente la gorra y entran-

do en la ermita se arrodilló delante del altar.

La estatura de esta persona era mediana para hombre y aventajada para mujer, y decimos para mujer, porque por la redondez de sus formas, por lo mórbido de su cuello, que se veía en parte entre una rica gorguera de Cambray y el cumplido antifaz de terciopelo que cubría su semblante; por lo brillante y sedoso de sus largos rizos, muy reparables entonces, puesto que los nobles llevaban los cabellos exageradamente cortos; por la altura de su pecho, por la pequeñez de sus manos, por mil indicios, en fin, de delicadeza y de hermosura femenil, se comprendía que aquella persona era una mujer disfrazada de hombre.

Sus ropas eran ricas, y como hemos dicho, enteramente negras, y de terciopelo; únicamente su capotillo era de riquísimo paño de Segovia, forrado de armiños; llevaba espada y daga; pero no pequeñas como pudieran suponerse pendientes de la cintura de una mujer, sino tales como pudiera haberlas usado un capitán de los tercios de Italia, aunque de gran riqueza y primor en sus empuñaduras; últimamente, sus botas de gamuza adobada estaban armadas de espuelas de oro y (cosa extraña) pendiente de un cordón de seda negro, llevaba sobre el pecho una plaquita de oro, en que estaba esmaltada la cruz de Santo Domingo, distintivo usado por los familiares del Santo Oficio de la inquisición.

El antifaz que esta persona llevaba, sin duda para no ser conocida, no era de reparar en aquellos tiempos, en que tanto los caballeros de algún estado, como las damas, usaban el antifaz cuando iban de camino con el objeto de resguardar el rostro de los agravios de la intemperie.

La incógnita estuvo algún tiempo

arrodillada ante el altar y luego se levantó, miró en torno suyo, vió al Julaní que estaba relegado á un ángulo junto á un confesonario, se dirigió á él, sacó de su limosnera un pliego cerrado, se lo dió y sin decir una sola palabra salió de la ermita, y entró en el carro que seguidamente tomó á buen paso el camino del puente de Genil.

El Julaní se volvió de espaldas á la puerta y rompió la nema del pliego en la que se leía únicamente estas palabras: «*Obediencia y sigilo.*»

Dentro algunas líneas en caracteres africanos muy bien escritos decían: «El Señor Altísimo y Unico prospere tus bienes y te de paz y salud. Sabrás, Julaní, como esta noche á las doce, llamarán á tu puerta todos los reques de las tahas de las Alpujarras y de la Vega; cada uno de ellos te mostrará una sortija de oro que tendrá escrito en la parte exterior el nombre de Dios. A todo el que te presente una sortija tal le introducirás por la mina, haciendo que uno de los monfíes que te acompañan le guíe á casa del Hardon junto á San Miguel. A todo el que pretenda entrar sin mostrarte la sortija convenida, préndele y si resistiere matala.—El emir.»

Guardó cuidadosamente el Julaní en su seno esta carta, fué á la puerta de la ermita, permaneció en ella con el cepillo en la mano y tan profundamente pensativo, que aconteció que más de un viandante se acercase á él, echase una moneda en el cepillo y pronunciase la fórmula de costumbre, sin que él le contestara.

Los cristianos al verle tan abstraído, decían:

—Es un santo.

Los moriscos:

—¿Qué sucederá que tan pensativo se muestra el Julaní?

Pero hubo de volver en sí de su

profunda meditación al sentirse sacudido de una manera vigorosa. †

Miró y vió ante sí á un jóven como de veinte y dos á veinte y cuatro años, de altivo continente, rostro moreno y ojos negros y penetrantes: vestía á la usanza de los hidalgos castellanos, usaba el pelo corto como ellos, llevaba espada, daga y pedreñales y además, como arma defensiva una coraza blanca y limpia y tenía del diestro un magnífico caballo de raza árabe.

—Te he llamado dos veces y no me has contestado, dijo el jóven, ¿en qué diablos piensas. ¿Julaní?

—¡Ah! es Aben-Aboo, dijo aquel conociéndole.

—Sí, yo soy; ¿pero qué sucede?

—¡Suceder! ¿quién sabe? pero me parece que llega la hora.

—Lo mismo me parece á mí.

—¿Estás seguro de tus parciales, Aben-Aboo? dijo gravemente el Julaní.

—Como lo estoy de la hoja de mi espada, contestó el jóven.

—Entra dentro, Aben-Aboo, dijo el Julaní, que no es prudente hablar largo tiempo donde alguien pueda vernos juntos.

Y diciendo esto cerró la puerta de la ermita, fué á la que daba paso desde el exterior á su habitación, la abrió miró con recelo al camino, y viendo que en él no había nadie, empujó al interior del patio á Aben-Aboo que le había seguido, tiró de su caballo, y cuando estuvo dentro cerró el postigo. Un momento después Aben-Aboo y el Julaní estaban sentados frente á frente junto al hogar.

—¡Oh! como nos engañamos los más prudentes, dijo el Julaní: te muestras muy seguro de tus parciales, y sin embargo ni aun puedes sospechar dónde se encuentra ahora Abul-Hhassam. Es, ó era según creo no de tus mayores amigos.

—Es sabio y santo, dijo Aben-Aboo: el espíritu de Dios ilumina sus pensamientos y las estrellas hablan para él con tanta claridad como el libro de Dios para los creyentes. Abul-Hassam está en Argel donde yo le he enviado á pedir ayuda al dey Aluch-Alí.

—Sin duda que la costa del viaje habrá concluido con las última doblas de la hacienda que te dejó tu padre.

—En verdad, en verdad que ando muy pobre, Julaní.

—Ya lo sospechaba yo. Tu hermosa casa de la calle de San Miguel está alquilada; ya no eres el rico hidalgo que viajaba acompañado de lacayos; ahora viajas solo como cualquiera.

—¡Qué quieres, Julaní! ¡decretos son de Dios! pero espero recojer con usura el dinero que he sembrado.

—Creo que te engañas, dijo el Julaní. Pero creo también que crearás en mi amistad.

—No tengo motivos para dudar de ella. ¡Hemos recorrido tantas veces juntos la montaña! ¡juntos hemos dado muerte á tantos castellanos!

—Y yo que te he visto valiente y noble, yo que sé que como Aben-Humeya tienes derecho al trono de Granada; yo que comprendo que habia un medio para que nuestro invencible emir, pensase en tí para hacerte su heredero, yo que te amo, siento un dolor profundo al decirte que es necesario que renuncies á la corona de Granada.

Púsose en pié de un salto Aben-Aboo.

—¡Qué renuncie á ser el caudillo de mi pueblo en la guerra que va á emprenderse contra el cristiano! ¡Qué otro los lleve al combate! exclamó con voz reconcentrada y el rostro lívido de cólera. ¿Piensas acaso que yo ambiciono una corona? ¡Miseria humana! Honra y nada más es lo que quiero. Libertar á mi patria lo que

ambiciono. ¿Y quién tiene más derecho que yo para empuñar la bandera del Islam? ¿Quién más que yo ha trabajado, ha velado, ha sufrido, por libertar á mi patria? ¿No he expuesto mi vida? ¿No he gastado mis riquezas.

—Hé ahí el mal, todo el mal. Por desgracia hay entre nosotros un hombre á quien la plebe cree santo, inspirado por Dios, profeta: no será rey de Granada, sino aquel cuyo nombre salga de la boca de ese hombre. Ese hombre es el faquí Abul-Hhassam.

—Pero Abul-Hhassam...

—Abul-Hhassam sabe que has gastado tu último doblón.

—Mis parientes han hecho pasar por su mano mis riquezas para ayudar la predicación con la caridad, para proveernos en Africa de armas y bajeles.

—Tus riquezas han servido para aumentar las de ese embustero.

—Abul-Hhassam es un santo.

—Ha sabido parecerlo, y tanto que os ha engañado á tus parientes y á tí.

—La prueba, una sola prueba.

—Vuelvo á repetirte una pregunta que ya te he hecho: ¿dónde crees que está en estos momentos tu santo faquí?

—Ya te he contestado que en Argel.

—Hace una hora que Abul-Hhassam ha estado aquí, y ha entrado por la mina en Granada.

—Pero eso es imposible, imposible de todo punto. Ayer tarde se me mandó de órden del emir, que estuviese hoy en Granada, y yo me he apresurado á cumplir su mandato. Pero no sabia que me esperaban tan malas nuevas.

—Pues aún hay más. En Granada se dice entre los moriscos, que Aben-Humeya será su rey, y que para evi-

tar toda disensión, casará con la hija del emir.

—¡Con la hija del emir! ¡con la sultana Amina! pero Aben-Humeya está casado con Inés de Rojas.

—La repudiará.

—¿Y su hijo?

—Le abandonará como á su madre.

—Pero esto es un tejido de infamias.

—¿Y crees tú que se pare mucho Aben-Humeya en cometerlas, si son necesarias para alcanzar el reino? Es necesario que renunciés por ahora á la corona. El emir es poderoso. Nosotros los monfies lo podemos todo. Cuando Yaye-ebn-Al-Hhamar, proteje á Aben-Humeya, es necesario obedecer y callar. Y luego, aunque Aben-Humeya sea elegido rey, nada debe importarte; él tendrá que vencer las primeras y más duras dificultades, y luego tú...

—¿Y qué me importa que Aben-Humeya sea elegido rey, en comparación de la pérdida de Amina?

—¡Cómo! ¿conoces á la sultana?

—No.

—¿Y estás enamorado de ella?

—Como nos enamoramos de un misterio, tras el cual creemos encontrar un tesoro. ¿Sabes tú lo que es en las Alpujarras la sultana Amina?

—Sí, sé que es un Dios.

—Todos ansian conocerla y ninguno la conoce.

—Te engañas. Hay un hombre que la conoce y que nunca se separa de ella.

—¿Y qué hombre es ese?

—Ese hombre es Harum-el-Geniz.

Despejóse la frente de Aben-Aboo de la sombría nube que la había cubierto.

—Algunas alboradas de verano, dijo suspirando, al volver la ladera de una montaña, suelen verse en el borde del opuesto barranco, brillantes

armas, tocas y alcazares; algunos ginetes armados como nuestros abuelos antes de la conquista, pasan deslumbrantes y magníficos, y entre ellos, en un palanquin cubierto con un dosel de púrpura, va una dama con vestiduras regias, cubierta con un velo: la cabalgata pasa, y con ella el palanquin y la dama, y se pierden en las cercanas quebraduras: muchos han visto este prodigio y siempre antes de la salida del sol: los naturales creen que aquellos ginetes y aquella dama son sombras de nuestros abuelos. Ninguno se atreve á seguirles por temor que aquellas sombras condenadas pierdan su alma. Pero yo un día me lancé tras ellos al escape de mi caballo.

—¿Y qué sucedió?

—Uno de aquellos ginetes, magníficamente armado, que mostraba en su adarga el blasón real de los reyes de Granada, volvió hacia mí á rienda floja, con la lanza baja, y me encontró de tal manera, que me arrojó en tierra, valiéndome para no ser herido el buen temple de mi coselete, que es el mismo que llevo puesto: entonces aquel hombre, que llevaba calada la visera, me puso la lanza al rostro, y me dijo:

—Júrame si quieres vivir, que no volverás á seguirnos

—Te lo juro, le contesté. Pero una sola palabra. ¿No es verdad que esa dama no es la sombra de la sultana Zoraya?

El ginete lanzó una carcajada.

—Esa dama, dije con harta imprudencia, es la sultana Amina, hija del poderoso Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar.

—Si tú no te llamas Aben-Aboo, contestó con acento irritado el caballero, el nombre que acabas de pronunciar te costaría la vida. Pero cuenta contigo Aben-Aboo; cuenta con lo que haces, con lo que dices y

con lo que piensas, porque los monfies están en todas partes, hasta en el pensamiento de sus enemigos.

Dicho esto, revolvió su caballo y fué á incorporarse con la dama, que desde su palanquín había presenciado impasible mi aventura, y desaparecieron en la vuelta de la montaña. Yo me levanté, monté como pude, y volví á Cádiar. Desde entonces amo á esa mujer. Yo había visto su apostura magestuosa, sus largas trenzas negras pendientes bajo la toquilla que la encubría: sus brazos desnudos, su talle esbelto, la incitante y lánguida actitud con que iba reclinada en el palanquín que conducían cuatro esclavos negros. Muchas veces he salido de noche de Cádiar, y á pié y solo, he ido á ocultarme en las quebraduras cercanas al barranco por donde la ví pasar la vez primera y algunas otras veces, antes de la salida del sol, la he vuelto á ver, ya reclinada en el palanquín, ya á caballo, ya á pié, siempre gentil, siempre magestuosa, pero siempre cubierta. Esa mujer arroja de sí, no sé qué de voluptuoso, de bello, de magnífico, que arrebatara, que enamora, que obliga por su mismo misterio á que no pueda olvidársela. Y luego esa mujer que gasta vestiduras tan deslumbrantes como las de una sultana, á quien obedecen hombres feroces que tienen, sin duda, en alguna sima debajo de la tierra, alcázares maravillosos, es un misterio impenetrable. Llámamla unos la hechicera, otros el espíritu del Islam, que en forma de mujer vaga por las montañas, de donde espera renazca la gloria del pueblo moro; otros la dama blanca. Yo sé que es la sultana Amina no sé por qué, pero lo juraría. Esa mujer, y no mi pobreza como habías pensado, es la que me obliga á retirarme de Granada, porque á donde ella esté va mi alma y yo no puedo vivir sin verla alguna vez, oculto en-

tre las breñas.

—¿Y no conoces tú al emir? dijo profundamente Julani.

—Nunca le he visto; pero obedezco sus órdenes, acato su valor y le reconozco como nuestro señor.

—¿Y te obstinas en el amor de su hija?

—Es mi ambición, es mi luz. La busco y se me huye como un misterio, como una sombra: algunas veces he creído tenerla al lado, y luego... era una pobre labriega, hermosa, sí, como son hermosas todas las hijas de las Alpujarras, pero ruda y zafia. Algunas veces he creído escuchar entre las quebraduras, una voz dulcísima que me gritaba: «¡Aben-Aboo!» y era el viento en cuyos zumbidos creía escuchar mi locura acentos humanos; era un sueño; era mi amor que cree verla en todas partes.

En aquel momento rechinó violentamente la tarima, se alzó crugiendo, impulsada por la compuerta de la mina, y apareció un hombre enteramente envuelto, á la uzanza mora, en un blanco almaizar.

Al verle Aben-Aboo y el Julani, se hicieron atrás, y el primero echó mano á la empuñadura de su espada.

—Antes imprudente y ahora loco, dijo aquel hombre cuyas palabras estaban llenas de autoridad: los monfies están en todas partes y á nadie temen. ¿Te has olvidado ya de la negra aventura que te aconteció, por seguir á la Dama blanca de la montaña?

—He olvidado la aventura, pero no la memoria de que fuiste generoso conmigo.

—¡Yo!

—Te he reconocido en la voz. Tú fuiste el caballero que me derribó.

—Has quedado pobre por la patria, noble Aben-Aboo, dijo aquel hombre con voz solemne, has sacrificado tu amor á tus promesas. Sírvate esto para disculpar tu imprudencia. Amas

ó crees amar ó esa dama, olvídala. Te crees llamado á ser rey de Granada: los monfies te darán rey.

—¿Y con qué derecho? exclamó con orgullo Aben-Aboo.

—Con el derecho de la justicia. ¿Qué habeis hecho vosotros y vuestros padres, desde el día de la conquista? doblegaros cobardemente ante el cristiano, aprender su habla, vestir sus trages, acudir á sus templos, y murmurar en voz baja y estremecidos de espanto, en lo retirado de vuestras casas, delante de vuestras hijas profamadas y envilecidas por el vencedor: y ¿qué hemos hecho nosotros los monfies de la montaña? no hemos cambiado con el castellano más que hierro y sangre, odio por odio, exterminio por exterminio: hemos huido de las poblaciones impuras, y hemos hecho nuestros templos las montañas, nuestros alcázares, las grutas de los barrancos: y admírate: somos ricos, poderosos, terribles: la Chancillería se aterra á nuestro nombre, el capitán general nos teme; cuando un monfi da en manos de la Inquisición, se apresura á entregárnoslo; por nosotros la ley alcoránica vive en las Alpujarras y el Almanzora; y por nosotros, alenta's la esperanza de ser libres algún día, vosotros, los infames habitantes de las poblaciones.

—¡Infame! ¡eso no! llama infame á quien lo sea, no á Aben-Aboo, no al enemigo irreconciliable de los cristianos.

—Eres bueno y leal, jóven: pero es necesario que no seas imprudente. Antepón tu patria á tu ambición, y espera. Entre tanto, toma.

—¿Qué me dais aquí? dijo con orgullo Aben-Aboo: ¡un bolsillo! ¿Soy acaso un mendigo?

—El emir de los monfies es tu pariente.

—Es verdad.

—El emir puede darte oro sin humillarte.

—Sí.

—Te ha mandado venir hoy á Granada.

—Es verdad.

—¡Y vienes sin dinero!

El jóven se sonrojó y calló.

—Guarda ese oro, jóven, guárdalo. Yo te lo entrego de orden del emir.

Aben-Aboo guardó el pesado bolsillo.

—Ahora vete: el emir te ha llamado á Granada. Cuando estés en ella, el emir te buscará.

Y señaló con un ademán de imperio la puerta á Aben-Aboo.

Este, dominado, salió, tiró de su caballo, montó en él, y se dirigió á la ciudad.

—Para unos hombres la palabra que manda, dijo el incógnito, para otros el amor, para otros la ambición, para todos el oro. ¡Miseria humana! Cierra tu puerta Julaní, y sígueme.

El monfi cerró, y precedido del encubierto desapareció por la mina.

CAPITULO IV.

EL CORRAL DEL CARBÓN.

Aben-Aboo había tomado el camino del puente de Genil, harto pensativo y preocupado; su porvenir era un laberinto en que se embrollaba su pensamiento cuando quería aventurarse en él: no sabía si esperar ó desesperar: tenía el alma poseida por dos terribles pasiones: la ambición y el amor: de un lado una corona, del otro una mujer: entrambas misteriosas, pero magnificas, y entrambas difíciles y rodeadas por todas partes de peligros.

Usaban los monfies de él como de instrumento: ¿le querían por jefe ó por soldado? ¿Quiénes eran aquellos

hombres? Bandidos los llamaba el vulgo, pero Aben-Aboo no había sabido explicarse lo que eran. Robaban, incendiaban y degollaban sin compasión, pero jamás un buen creyente había sido acometido por más que hubiese atravesado solo los desfiladeros de la montaña, ni las haciendas de los buenos moriscos habían sido taladas: los cuadrilleros de la Santa Hermandad jamás habían logrado encontrarlos, ni nadie sabía sus guaridas: la dama encubierta era á todas luces su reina, y se hacía rodear de un aparato tal, en sus solitarios paseos por los pintorescos valles y quebradas de las Alpujarras, que era necesario concebir en ella algo de regio, algo de grande, algo de magnífico.

Por otra parte, aquel hombre que acompañaba á la Dama blanca, hasta entonces inaccesible para él, le daba oro en nombre del emir, y le hacía escuchar una voz amiga. ¿Qué significaba esto? le amaba aquella mujer, ó le temía y pretendía seducirle, engañarle y hacerle esperar por amor á Aben-Humeya. De todos modos, Aben-Aboo, deducía, que cuando así se le trataba, debía temérsele ó apreciársele, y esto ya era mucho: esto significaba que se reconocía su poder.

La esperanza, ese dulce consuelo que Dios ha dado al hombre, empezó á refrescar el hasta entonces árido y seco corazón de Aben-Aboo, y como la esperanza nunca llena el corazón del hombre sin traer consigo alguna parte de alegría, á medida que se abrigaba en el corazón del morisco, iba dulcificando la torva expresión de su semblante, iluminándose con un aspecto de paz y de resignación que hasta entonces no había expresado. Al fin, parte por esta causa, y parte por la necesidad que como morisco tenía de mostrarse satisfecho y tranquilo ante los cristianos para no hacerse sospechoso, á medida que des-

pués de haber pasado el puente de Genil, se acercaba á la puerta del Rastro, su semblante se serenaba más, hasta que, llegando á la puerta, se mostró ya perfectamente tranquilo.

Entonces sus pensamientos cambiaron de rumbo; volvía á Granada después de una ausencia de algunos meses, y podía decirse, que aunque tenía casa era como si no la tuviese: reducidos sus bienes por una y otra venta, consumidos del todo en expediciones á Africa y á las Alpujarras, sobre todo como sabemos, en pagar la codicia ó la ciencia de Abul Hhas-sanm, solo le había quedado en el Albaicín, dentro del recinto de la Alcazaba Kadima, y cerca de la iglesia de San Miguel, la casa, con honores de palacio, y palacio verdaderamente en aquellos tiempos, que constituía el resto de la dote de su madre, y la atalaya de las Alpujarras con su pequeño huerto. Pero hasta su última dobla había desaparecido.

Un día, pues, antes de que llegase el caso de contraer deudas, vendió sus caballos y sus esclavos, quedóse solo con dos hermosos caballos árabes de montar, y un esclavo negro, se trasladó con su pequeño capital y su casa servidumbre á su antiguo señorío de las Alpujarras, y puso su casa ó palacio del Albaicín con todos sus muebles y alhajas en arrendamiento.

Lo populoso, salubre, y en aquellos tiempos aristocrático, del barrio de San Miguel, hizo que su casa estuviese poco tiempo sin inquilinos: presentóse un día el mayordomo de un caballero de Castilla al administrador de Aben-Aboo en Granada, y por el precio de diez ducados al mes tomó la casa para su señor y su familia.

Aquel caballero continuaba viviendo, y hé ahí por qué hemos dicho que Aben-Aboo tenía casa en Granada y no la tenía.

Pero sus circunstancias habían va-

riado: había aceptado como pariente cercano del emir, aceptando con él, una esmeranza, un bolsón de oro bastante á satisfacer por algunos meses sus necesidades, y se decidió á usar de su despotismo de propietario, y á arrojar de su cómoda vivienda para ocuparla él mismo, á sus inquilinos.

Pero para llegar á este fin, era preciso pasar por algunos trámites: á saber: buscar al administrador, encargarle del mensaje, esperar la respuesta, y acaso, acaso, andar de justicia.

Pero es el caso, que Aben-Aboo no conocía á su administrador: era de tan poca cuantía la renta que tenía que pasar por sus manos, que el morisco había desdeñado tratar directamente con él, y había encargado de ello á su fiel esclavo Agar.

Recordando Aben-Aboo, vino á sacar en claro, ateniéndose á las noticias que le había dado el esclavo, que venía cada tres meses á Granada á cobrar la renta, que su administrador era un rapista de los famosos de Granada, no porque rasurase bien, sino por su habilidad en puntear la vihuela, que vivía en el corral del Carbón, y que se llamaba maese Pertinhez.

Armado con estas noticias, y recordando que en el mismo corral del Carbón había una excelente hospedería donde poder esperar el resultado de su intento de desalojo de sus inquilinos, el morisco tomó á buen paso por la calleja que ahora se llama de San Matías, y tropezando y deslizándose por sus estrechuras, llegó al fin delante de la bellísima portada árabe del corral del Carbón, en tiempo de los moros almarestan ú hospital de los más famosos de Granada.

Entróse de rondón y á caballo por el arco flanqueado por los tenduchos ó nides de dos adobadores de pieles de gato, echó pié á tierra en el destartado corral y miró en torno suyo.

En un ángulo estaban levantando un tablado y poniendo una cortina, señal clara de que había llegado á la ciudad alguna compañía de farsantes, y que para aquella tarde se preparaba algún auto, loa ó farsa. Esto tenía en movimiento á todos los habitantes del corral; y las vecinas, andaban en retreucanos y agudezas de casa de vecindad, y los chiquillos miraban embobados á un hombre, que con traje de botarga, dirigía la construcción de aquel teatro informe, muestra de la infancia del arte, compuesto de una docena de malas tablas, de algunos tapices viejos, de una cortina descolorida y abierta enteramente á la intemperie.

Como era natural, este objeto el más notable de los que contenía el corral, fijó por un momento la atención del morisco, que seguidamente se puso á buscar por los ámbitos del corral, los vestigios de la tienda de su administrador rapista.

Vió al fin, una vieja y abollada vacía que se balanceaba colgada del dintel de una puerta tenebrosa, pero lo que más que nada le indicó que había dado con su dependiente, fué un alegre y zarandeado ruido, que no armonía, de guitarras y castañuelas, que salía como una tempesta por la negra puerta donde la vacía se balanceaba.

Enderezó para ella sus pasos el morisco, llevando su caballo del diestro, y en breve se detuvo en el dintel de la tienda.

A la presencia de uno que creyeron parroquiano, por interés al dueño de la casa, callaron castañuelas y guitarras, para que se pudiese oír lo que se hablase, y el morisco pudo decir sin temor de no ser oído, en un acento entre llano y altivo, verdadero acento de gran señor que quiere tratar bien á sus inferiores.

—Dios guarde á la buena gente.

—¡Ah! ¡voto á mil legiones de demonios; dijo una alegre voz de jóven desde un negro ángulo: bien venido sea el señor Diego López; ¿y á qué hora? parece que os han llamado con campanilla, mi buen amigo: haced un lugar en el barreño, princesas, é id llenando los vasos: ¡cuernos de Lucifer! ¡pues si es mi mayor amigo!

Y adelantó guitarra en mano y con los brazos abiertos, un bulto, que al llegar más hácia la puerta, pudo verse lo que era: á saber: un capitán de infantería, jóven y buen mozo, con su abigarrado uniforme, su castoreño, su espada de gabilanes, y unos atrocísimos mostachos retorcidos de una longitud espantosa.

—¡Ah, marqués de mis pecados! exclamó Aben-Aboo, aceptando el terreno que le presentaban y abrazando cordialmente al capitán: vos en este tabernáculo... siempre el mismo, par diez.

—Mi casa no es tabernáculo, dijo un hombre diminuto, que necesitó para ver el rostro de Aben-Aboo, levantar la cabeza, del mismo modo que un hombre de buena estatura puesto al pié de una torre, se ve obligado á levantarla para ver su parte superior: sabed señor Diego López, que esta es una casa honrada donde concurre gente noble.

—Ya, ya veo que entre vuestros conocimientos tenéis nada menos que al marqués de la Guardia.

—¡Chits! exclamó el capitán, ya lo habéis dicho dos veces y me habéis perdido: nadie extraña que un capitán ande con la bolsa un tanto ligera... los pagadores de los tercios nunca tienen dinero.. pero un marqués... no lo creais, señores, el señor Diego López, mi amigo, se chancea... yo no soy ni más ni menos que un buen soldado del rey, que gasta lo que tiene, cuando lo tiene... eso sí; ¡jea! siga la zambra, y vos sentaos y mirad en

qué buena compañía nos encontramos.

—Dispensad un momento don Juan, dijo Aben-Aboo; necesito antes que todo, hablar con maese Pertíñez. ¿No es esta la tienda de maese Pertíñez?

—Ya se vé que sí, y no me espanta que hayais preferido mis navajas, caballero; son unas excelentes navajas cuando yo las uso... nos conocemos hace ya mucho tiempo; el que se rasura una vez en mi casa, de seguro viene ciento.

Y el hombrecillo suavizaba una enorme navaja en un pedazo de cuero negro y lustroso.

—¡Ah! ¿sois vos maese Pertíñez? Pues mirad, nunca lo hubiera creido... me pareis hombre de bien.

—¡Cómo, caballero, de gente honrada vengo, y apellido uso, que más noble, ni en la corte..... los Pertíñez.....

—Son indudablemente unas gentes honradas, pero nada importa eso: dejad vuestra navaja que por ahora no pienso ser desollado, y ved donde podemos hablar unas palabras á solas.

Y Aben-Aboo, que no habia pasado dos palmos dentro de la tienda, ató las bridas de su caballo á la celosía, que según costumbre en esta clase de establecimientos, heredada sin duda de los árabes, servía de cancela, y siguió á maese Pertíñez que le indicaba una pequeña puerta.

—Ya sé para lo que me habeis llamado aparte, caballero, dijo con con gran misterio Pertíñez cuando estuvieron dentro de un reducido cuartucho..... vaya si lo sé..... pero os advierto, que la empresa en que os metéis es difícil.

Aben-Aboo, que tenia más de un motivo para dar importancia á palabras menos graves que aquellas, se alarmó, pero encubriendo su cuidado,

dijo de la manera máa natural del mundo:

—¿De qué empresa quereis hablar, amigo mio?

—¡Bah! todos los señores de Granada están alborotados, desde que vino ese prodigio; todos, hasta el mismo don Fernando de Valor, hombre que jamás ha puesto los piés en mi casa, y que ha estado hablando conmigo dos horas largas sobre el mismo asunto.

—Pero, ¿de qué prodigio y de qué asunto hablais, mentecato? dijo Aben-Aboo, que era por naturaleza impaciente, y que al oír el nombre de don Fernando de Valor acabó de impacientarse.

—¡Ah! yo creía que veniais por la reina mora.

—¿Por la reina mora? ¿Qué reina es esa?

Miró con asombro el barbero á Aben-Aboo, y dijo luego:

—¿De dónde venis caballero?

—Quiero contestaros aunque vuestra pregunta sea importuna. Vengo de las Alpujarras.

—¡Ah! acabáramos: ya no me extraña que vos no conozcais á la reina mora. Y decidme, ¿no era de eso de lo que veniais á hablarme? me alegro, porque así me ahorrais el trabajo de desesperanzaros.

—Acabemos de una vez, dijo Aben-Aboo ya enteramente perdida la paciencia y alarmado por el misterioso sentido de las palabras de maese Peritiñez. Sepamos claro qué empresa es esa tan difícil, y de qué reina mora se trata.

—Pues señor, la reina mora no es ni más ni menos, que una famosa comediante, llamada Angélica, que hace á las mil maravillas de reina mora en una farsa de moros y cristianos, que se ha hecho ya tres veces en otros tres dias de fiesta: y como la tal Angélica gasta unas plumas y una saya

de relumbrón, que no hay más que pedir, y tiene una voz de ruiñeñor, y llora que da lástima (porque la farsa es muy lastimosa), y es la más garri-da manceba que yo he visto en todos los dias de mi vida, que es mucho encarecer, porque en Granada hay mozas como serafines, han dado las gentes en llamar á la Angélica la reina mora, y los caballeros que gustan de galanteos, y aun los que nunca han andado en ellos, en la empresa de rendir su desvío, que os juro que es empresa mayor y más difícil que ninguna de las que llevaron á cabo los Doce Pares de Francia.

Acabárais de una vez, maese, con vuestras impertinencias que me han hecho perder más tiempo del que quisiera. Vamos á lo que me interesa. Vos cobráis cada tres meses treinta ducados de una casa que poseo en San Miguel.

—¡Que poseeis! ¡luego vos sois el señor Diego López!

—Ya habéis oido que así me nombra el capitán don Juan.

—Perdonad señor, pero hay en este mundo tantos López y tantos Diegos...

—Bien, quiero perdonaros, pero á condición de que me habéis de hacer un encargo que me interesa, por el aire.

—Mandad, señor.

—Iréis á mi casa.

—Iré.

—Diréis á las gentes que la habitan, que se muden al momento.

Rascóse una oreja, como en muestra de que encontraba sumas dificultades en el negocio, el rapista, y murmuró algunos monosílabos.

—¡Qué! ¿creéis, que no puedo yo cuando guste disponer de mi casa? Creo que esa fué una de las condiciones del arriendo, además, que según me ha dicho Agar mi esclavo, la tal gente no ha traído un solo mueble,

sino que se sirven de los mfos. De modo, que es lo más fácil del mundo, que carguen con sus maletas y se vayan á donde mejor les convenga: no he de pasarlo yo mal, alojado en una hospedería, teniendo casa en Granada.

—Y una casa tal como la vuestra; pero es el caso, que la casa está arrendada á personas muy principales: y ya véis que el caso es difícillo... Cuando se trata de gente noble y rica... tomaríanlo á desprecio, me despedirían de mala manera, y vos podríais tener un lance.

—Me importa poco.

—Pero cuando las cosas pueden hacerse yendo por el buen camino, es dislate echar por el malo.... si consintierais en darle un plazo siquiera de ocho días....

—Ni tres.

—Yo os procuraré hospedaje tal, que no os pesase (y el rapista se sonreía maliciosamente), tabique por medio de la Angélica, de la reina mora.

—De alguna mozuela descarada que me ponderáis, esperando que os pague bien las diligencias.

—Me injuriáis, caballero los Perfección....

—Van á concluir á mis manos si sois vos el último de la familia.

—Nada menos que eso, señor, nada menos: pero os ruego que miréis bien lo que me pedís, aunque no sea más que por el apuro en que me ponéis: si supierais quiénes son vuestros inquilinos...

Me están dando ganas de probar por mí mismo lo que haya de terrible en esa gente.

—Y que me place señor Diego López, id vos, y ved.... contadme después si yo tenía razón para negarme, es decir, para poner dificultades... en fin, id vos y contadme...

—¿Tendremos aquí otro misterio como el de la reina mora?

—Sentáos, señor Diego López; sentáos y escuchadme, que por media hora más ó menos no se descompone ningún negocio.

Sentóse Aben-Aboo, un tanto interesado á su pesar por los misterios del rapista, y este, tomando otra silla, se encaramó en ella, puso sus piés en el primer travesaño, sus codos en sus rodillas y su barba entre sus manos y en esta actitud en que á nada se parecía tanto como á un mono, dijo:

—Hace un año vuestro honrado negro Agar, que venía á mi casa á tomar lecciones de vihuela á que era muy aficionado, y para cuyo instrumento...

—Maese, si empezáis así, yéndoos del camino de vuestra relación por las orillas, y á cada paso, no acabaremos nunca.

—Pues si señor, bien; dejando á un lado, á la orilla, como vos decís, la vihuela, vuestro esclavo Agar, á quien conocí...

—Mi esclavo Agar, exclamó con cólera Aben-Aboo, merecía quinientos azotes por haber pensado en vos para encargáros de ningún asunto mío. Lo que yo quiero saber es qué clase de gente vive en mi casa, por qué razón es tan temible como decís, y concluyamos.

—Concluyamos: son cinco hombres y dos mujereres: el uno y la una amos: los otros criados: el señor, el amo, es un hombre de cuarenta y más años, muy rico, muy noble, pero muy altivo: la señora, el ama, es una doncella muy hermosa, según dicen, y según dicen también muy caritativa y dulce, y tratable y muy cristiana; eso sí: dicen que es un ángel. La otra mujer, la criada, es una dueña como de cincuenta años, rezadora y gruñona, con la cara enjabelgada de solimán y las tocas tales y tan almidonadas, que más que tocas parecen yel-

mo de encaje en lo tiesas: de los otros cuatro hombres, el mayordomo, el rodrigón, el cocinero y el paje, no hay que hablar: son cuatro demonios á los cuales nunca se les ve la risa. El señor se llama don Alonso de Fuen-salida, la señora doña Inés, la dueña doña Mónica, el mayordomo Rodríguez, el cocinero Cuchillada, el paje Ballestilla y el lacayo Judas.

—¡Pardiez! ¡pues tienen nombre de encargo los criados de mis inquilinos!

—Esto es todo lo que sé de esa familia... por lo demás pagan bien, cuidan de la casa, tanto que en ella no entra persona viviente y son buenos cristianos.

—¿Con que nadie entra en la casa?

—Nadie; y eso que muchos señores que han visto alguna vez, aunque siempre encubierta á la señora, andan que se desviven por ella, y muchos se la han pedido á su padre... ¡pero ca! yo creo que doña Inés se destina á moñja.

—¿Tan recatada anda?

—Como que se pasan meses enteros sin que se la vea ni por una rendija de los miradores: cuando sale á misa, y eso muy de mañana, va cubierta de los piés á la cabeza con un manto, á través del cual el más lince solo puede verla un ojo, pero un ojo como un sol... eso sí... por lo hermoso del ojo, y luego por su andar noble y grave y por su talle y por su apostura, y por una mano que suele asomar bajo el manto, y por la punta de un pié que suele verse bajo la saya, se adivina... que es adivinar, se tiene certeza, de que es hermosa, muy hermosa, hermosísima, y... vamos señor Diego López... vos sois noble, rico, valiente, gallardo, y vuestra inquilina es hermosa, honrada, noble y rica... sois mozo... y ella soltera... y ¡qué diablos! si no os empeñarais en echarlos de la casa, y

os presentárais como dueño, acaso, acaso...

—¿Y dónde habéis tenido vos ocasión de ver, aunque encubierta, á doña Inés? dijo Aben-Aboo.

—En mi casa tres veces.

—En vuestra casa... ¡Ah! ¡ya! la habéis visto tres veces, y tres veces han representado en el corral los comediantes...

—Eso es. Cuando llegó la compañía de cómicos á Granada, como aquí es donde se han hecho siempre las farsas y los entremeses y los bailes, el autor de la compañía, el buen Godínez, me llamó aparte me dijo: maese Pertiñez, me han dicho que vos sois el vecino más honrado del corral; que hacéis en él cabeza y que los otros vecinos van por donde vos queréis que vayan: ahora bien, según costumbre, para hacer aquí farsas y otros autos, es necesario pagar tantos reales á la hermandad de las Animas, otros tantos á la Ciudad, cuyo es el corral, y otros á los vecinos por el ruido.—Así es, le contesté, porque así era en verdad.—Ahora bien, á más de eso hay que alquilar tablado, tapices y músicos.—Con los músicos corro yo, le contesté.—Corred vos con todo, me dijo; haced que los vecinos nos alquilen las ventanas en un precio arreglado para que nosotros podamos revenderlas al público con alguna ganancia; quedáos con las vuestras que yo os aseguro las podréis alquilar á buen precio, porque la compañía es muy buena y hará ruido, y vos ganaréis, y yo ganaré y todos ganaremos.

—¿Sabéis maese que para contestar á una pregunta, habláis más palabras que las que tiene un misal?

—¿Qué queréis? yo no se dar razón de las cosas sino empezando por su principio, y así se entera bien el que pregunta y queda satisfecho el que contesta. Como decía, tira de

aquí y afloja de allá, ajustamos el negocio el autor de los cómicos y yo; por mis conocimientos, que son muchos, y todos por mi navaja, logré que el hermano mayor de las Animas se contentase con tres reales por cada función, que la ciudad perdonase su parte, y que los vecinos por el ruido y el alquiler de las ventanas no pidiesen más de veinte reales. En cuanto el trato estuvo hecho, el autor colgó un lienzo con pinturas extrañas y vistosas en la puerta del corral, y el bobo de la compañía, tocando el tambor, se puso á gritar y á anunciar al público la primera función. Como hacía mucho tiempo que no habían venido á Granada comediantes, se dieron de ojo á pedir aposentos y sitio para las sillas, y aunque el corral hubiera sido como Bibarrambla, tantas sillas vinieron que no quedó lugar para la gente de á pié.—Yo, que al principio ví la bulla, me dije: tengo tres ventanas que vender, las mejores, porque yo he tenido mucha cuenta con que el tablado se haga cerca de mi ventana: si las vendo al principio ganaré mucho menos, pero no si me quedo para lo último cuando ya todo esté vendido: y dicho y hecho; me salió mejor la cuenta de lo que yo esperaba.

—Debeis descender de judíos, mae-se Fertiñez.....

—Vos podeis decirme todo lo que querais, señor Diego López, seguro de que no me he de ofender. Pero vamos al asunto: ya era por la mañana del domingo en que había de hacerse la función y como á las siete, hé aquí que se encaja de rondón en mi casa Ballestilla, el paje de doña Inés, y me dice que su señora quiere ver la función y que cuenta conmigo para que le procure un aposento.—Yo le digo que no hay, que sería necesario pagar mucho para lograr que alguno lo cediese por codicia.—Y no hay cui-

dado por el dinero, me dice el paje poniéndome un bolsillo en la mano.— Dígole que vuelva pasada media hora á saber la razón y cuando vuelve le llevo á mi primera ventana desde la que puede tocarse casi con la mano al tablado:—Todo esto está muy bien: pero mi señora quiere un balcón.— Aquí no hay balcones.—Ya veo que todas son ventanas, pero habiendo dinero, madera y carpinteros, todo puede hacerse.—Consiento y Ballestilla parte como un venablo, y á poco vuelve con carpinteros y madera, y en un santiamen hacen el mirador que habeis visto desnudo á un lado de mi casa: luego le vistió de tapices y hé aquí un aposento tan bueno como el del rey. El mirador se hizo en una hora. Entonces yo me dije para mí: hijo de cristiano soy, gusto tengo como el que más, vendamos la ventana segunda, y hagamos en la tercera otro mirador, y no faltarán muchos de mis parroquianos entre ellos el capitán don Juan Coloma, que me paguen bien y sobradamente por ocupar un puesto en mi aposento: manos á la obra: á la una estaba ya todo concluido y empezó á entrar la gente. Ved ahí como he podido ver tres veces y en mi casa á doña Inés de Fuensalida... ¡y qué talante el de doña Inés...! os aconsejo señor Diego López que antes de dar ningún paso acerca de vuestra casa, os esperéis á conocerla.

—Me urge maese, me urge, y no estoy de humor de amoríos ni de galanteos... no me pesa por otra parte, que me hayais dado algunas noticias de esa familia; bueno es saber con quién se trata; así pues ireis y direis á ese caballero...

Interrumpió en aquel momento á Aben-Aboo el rechinar de la puerta de la habitación en que se encontraban y abriéndose aquella entró un hombre como de veinte y cuatro años

con librea de paje de casa noble, y al ver á Aben-Aboo, se quitó respetuosamente su gorra.

—¡Ah! ¡mil perdones! dijo, yo creia que estábais solo, maese Pertinéz.

—¡Ah! es el buen Ballestilla, dijo el barbero; que me place. Se no os venis como llovido del cielo; hé aquí al señor Diego López, el dueño del palacio que habitan vuestros amos: y que on este momento...

Ballestilla interrumpió providencialmente al barbero cuando este iba á decir, por quitarse el muerto, la pretensión de Aben-Aboo de que sus inquilinos dejasen la casa.

—¿Vuesamerced es el señor Diego López? dijo acreciendo en cortesania Ballestilla: pues me alegro, si ciertamente.

—¿De qué os alegráis mozo? contestó con secatura Aben-Aboo.

—Me alegro porque el encontraros aquí me excusa de buscaros.

—¿De buscarme? ¿y quien os manda buscarme?

—Mi señor don Alonso de Fuensalida.

—¿Y para qué me quiere vuestro señor?

—Esta carta que me ha dado para vos os lo dirá, señor, contestó Ballestilla sacando del bolsillo de sus grégüescos una carta.

Tomóla Aben-Aboo, rompió el sello blasonado de la nema, en la cual se leía: «Al señor Diego López de un su amigo.» desdobló el pliego, y leyó lo siguiente:

«Amigo mio: permitidme que os trate con esta confianza, aunque no os conozco, y que sabiendo que acabáis de llegar hoy á Granada, me apresuro á ofreceros en vuestra casa, en la cual con vuestra licencia vivo, el aposento que os tengo preparado. Como sé que habéis venido, y las sencillas razones que me aconsejan pedi-

ros viváis en nuestra compañía, las sabréis si, como espero, consentís en honrarme acompañándome hoy á la mesa. Dios os guarde. De Granada á 19 de diciembre de 1568.—Vuestro amigo don Alonso de Fuensalida.»

Quedóse absorto con aquella novedad imprevista Aben-Aboo. Indudablemente aquel era un día para él de singularidades. Prudente por naturaleza y conecedor por experiencia de que nada que tenga visos de singular debe desatenderse por quién como él se encontraba en una de las situaciones más delicadas en que puede encontrarse un hombre, plegó lentamente la carta, y dijo á Ballestilla.—Decid á vuestro noble amo, mozo, que he recibido su carta, que he apreciado en lo que valen sus palabras, que no le contesto por escrito por no deteneros, y detener con vos la expresión de mi agradecimiento y que tendré el placer de comer con él en su compañía según me dice lo desea.

—Tendré la honra de decirlo así á mis señores, señor hidalgo. Mis señores se sientan á la mesa á las doce.

—No faltaré.

—Permitidme que diga dos palabras á maese Pertinéz.

—Decidle cuantas gustéis.

Ballestilla sacó de su bolsillo una bolsa de seda y la entregó al barbero.

—A las dos, ya sabéis, le dijo, tened dispuesto el aposento, poned una silla más: es decir tres sillás.

—No haré falta, señor Ballestilla.

—Y adios, señor hidalgo, añadió el paje inclinándose profundamente ante Aben-Aboo: adios maese Pertinéz.

Y se dirigió á la puerta volviéndose antes de salir para saludar otra vez á Aben-Aboo.

—¿Y deciais, exclamó el morisco cuando quedó solo con el barbero, que los servidores de ese don Alonso

de Fuensalida eran zafios y montaraces?

—Es la primera vez que veo al señor Ballestilla cortés y comedido. Pero á propósito de lo que estábamos hablando antes de que llegase, ¿qué os decía yo...? es bueno esperar para ver... os convidan á comer... ¡bah! de seguro que de este convite salen muchas cosas.

—Por lo pronto sale una que me contraría en extremo.

—Sepamos: ya podéis haber conocido que yo sé hacer milagros.

—Pues ved si lograréis hacer uno que necesito aunque me parece difícil.

—Veamos.

—Decís que ese caballero es muy rico.

—Si por cierto.

—¿Viste con esplendidez?

—Terciopelo y brocados, y una cruz de Santiago de diamantes y rubies lleva con mucha frecuencia, que vale un tesoro.

—Pues ved ahí que yo no puedo presentarme en casa de un hombre tan principal y á primeras vistas con mi vestido de camino, ni con este colete usado que llevo bajo el coselete: necesito gorra, jubón, gregüescos, calzas, zapatos, todo rico y bueno: hasta espada y daga: diablo... diablo... necesito vestidos riquísimos, y nada traigo conmigo más que dinero y camisas limpias.

—Pues me parece que el milagro lo tenemos hecho y á poca costa.

—¡Cómo! ¿habrá un sastre que haga en dos horas esas prendas? ¿habrá un armero en Granada que tenga daga y espada como las que yo necesito?

—Estoy mirando que sois de la misma estatura y de las mismas carnes que un amigo vuestro que no está lejos y que por más señas está ahora mismo alborotando por ciento.

—¡Cómo! ¿el capitán don Juan Coloma?

—Ciertamente. Él os puede proveer de cuanto necesitáis y así como así le hacéis un favor.

—Don Juan es un loco, que jamás posee un escudo y fuera maravilla que tuviera prendas como las que yo necesito.

—Don Juan es un hombre de suerte: es cierto que gasta como el fuego; pero cuando ha gastado su último real hé aquí que sin saber cómo, se le vienen mil á las manos. Además es jugador y le sucede como á todos los jugadores: arca llena y arca vacía; cuando tiene una buena entrada provee sus armarios, y se presenta relumbrante como el marqués de Mondéjar en los días de corte, ó como don Fernando de Válor en cabildo: llega un apuro y los brocados y los cintillos y hasta el caballo, vuelan: de la hostería de la Cruz se viene á vivir á la hospedería del Carbón y hace su gasto diario con dos reales que yo le presto. Nunca ha llegado á deberme treinta: siempre antes de los quince días me paga, y se vuelve á la hostería de la Cruz; ya sabéis en la Plaza Nueva, frente al palacio de la Chancillería.

—¿Y ahora os debe?

—Ventiocho reales.

—Lo que demuestra que antes de apelar á vos habrá vendido todas sus prendas.

—No, porque de esta vez está enamorado. Asistiendo en mi aposento, en el aposento que como os he dicho, he reservado para mis amigos y para mí, vió á doña Inés, la hermosa hija de don Alonso, y se enamoró perdidamente de ella. Tenia algunos doblones y los gastó en brocados, tres ó cuatro vestidos completos, tres ó cuatro juegos de espada y daga. Ya se vé, quería estar galán porque las galas para las mujeres son las dos par-

tes y el hombre la una. Con que, vamos, vamos al asunto que es ya tarde, tengo que hacer poner los tapices en los aposentos, y no hay tiempo que perder. Oid: ya se marchan los cómicos para irse preparando para la función. Procuraremos que don Juan no se marche con ellos.

Y abriendo la puerta salió y asió por el colete al capitán, que se iba en pos de una turba de músicos y far-santes, que salían de la tienda con las vihuelas debajo del brazo.

—¡Eh, señor don Juan! perdonad, le dijo, pero vuestro amigo el señor Diego López os necesita.

—Yo creí que no acabábais nunca, y estaba resignado á verle en mejor ocasión, porque creo que el señor Diego López será de los nuestros esta tarde.

—No lo sé; aunque creo que lo tendremos vecino: venid.

El capitán entró y Aben-Aboo le salió al encuentro.

—Necesito pedir os un favor, señor marqués, le dijo.

—Cuántos queráis amigo mio. ¡Diablo! á fe á fe que no esperaba yo nunca tener la fortuna de favoreceros: ¿se trata de algún desafío? ¿de algún empeño de honra? pues adelante á pesar de las pragmáticas del rey y del capitán general de la corte y reino de Granada.

—No, no se trata de eso.... tened la bondad de dejarnos solos maese Pertinez.

—¡Qué vanidosos son estos señores! dijo el barbero saliendo: y al fin y al cabo en más de una ocasión tienen que acudir á mí.

—Se me atraviesa un compromiso infernal, don Juan, dijo el morisco cuando se encontraron solos: yo me había venido de mi retiro de Cádiar á la ligera, sin pensar en que tuviera que necesitar nada y hé aquí que me encuentro en gran apuro.

Púsose encarnado hasta lo blanco de los ojos, el marqués.

—¡Diablo! ¡Diablo! si fuera de noche y tuviéramos una hora de espera y un solo escudo, yo tengo una suerte insolente al juego: solo que no juego sino cuando me es de todo punto necesario dinero: el juego es un robo, si, pardiez... y... vamos... no podáis haber llegado á peor ocasión, no tengo un maravedí, me podéis creer á fe de caballero, y lo que más me pesa es que podáis creer que me niego cuando.... pues.... ¡Satanás me asista...! hé aquí un compromiso mayor que el vuestro.

—¡Con que no tenéis dinero!

—Esas cómicas se han comido y se han bebido mi último real de á ocho.

—¡Oh! pues ved ahí que no es dinero lo que me hace falta.

Respiró, recio como si le hubieran quitado una montaña de encima, el marqués.

—¿Pues si no necesitáis ni espada ni dinero, qué queréis de mí?

—Quiero que en el momento me vendáis uno de vuestros mejores vestidos, una daga y una espada de corte.

—¡Acabáramos! me habéis dado un mal rato: esto es distinto: voy á buscar á mi lacayo Peralvillo, y al punto tenéis aquí lo que queréis.

—Esperad un momento; vos tenéis lo que yo necesito y yo tengo lo que vos necesitáis.

—¿Qué queréis decir? exclamó el marqués poniéndose de nuevo encarnado como una guinda.

—Quiero decir que hace mucho tiempo que nos conocemos, para poder tener entera confianza el uno respecto al otro. Además que recuerdo que nos conocimos por haberme vos salvado la vida en una riña. ¿Os he ofrecido yo oro por la vida que me disteis?

—¡Bah! no hablemos de eso. Aho-

ra bien: tomad de mí lo que habéis menester; mejor dicho: tomad lo vuestro porque vuestro es todo lo mío, y adios.

—Ya sabéis que yo soy firme en sostener lo que digo.

—Si á fe.

—Pues os afirmo que si no aceptáis el precio de esas prendas que necesito no uso de ellas.

—Esto es ponerme entre la espada y la pared, amigo López.

—Esto es lo que digo para que sepáis que me interesa en gran manera tener antes de poco esos vestidos y esas armas; que no cediéndomelos por su valor, no los tomo, y que obligándome á no tomarlos, me ponéis en un caso apuradísimo.

—Con vos no hay medio. Sea. Quedaos con Dios. Ya hablaremos de eso.

—No, ha de ser ahora. Estoy seguro, de que una vez esas prendas en mi poder, huiríais de mí para no tomar su importe, con más cuidado que de un acreedor judío.

—Lo que molesta debe terminarse pronto. Os conozco y veo que con vos no hay escape. Me debéis treinta doblones, que os juro recibir otro día.

—No me gusta deber. Hé aquí los treinta doblones.

Y Aben-Aboo sacó de la bolsa que había recibido á nombre del poderoso emir de los monfíes de las Alpujarras, una cantidad de oro equivalente á la suma que había marcado el marqués.

—No os perdonaré nunca este sonrojo, dijo este guardando con embarazo y sin mirarla, la suma que Aben-Aboo había puesto en su mano. Es la mayor prueba de amistad que podía darme. Adios pues; ¿en donde os busca mi lacayo?

—Aquí mismo en la hospedería.

—Pues adios.

—Adios, señor marqués, hasta la tarde.

—El marqués salió apresuradamente y Aben-Aboo salió también de la tienda murmurando:

—¡Qué noble y qué franco! ¡Lástima que sea cristiano!

CAPÍTULO V.

DE LO QUE VIÓ Y OYÓ DIEGO LÓPEZ EN EL POCO TIEMPO QUE ESTUVO EN LA HOSPEDERÍA DEL CARBÓN.

Entre tanto maese Pertñez, contento con haber salido del atolladero en que le había puesto la pretensión de Aben-Aboo, había conducido á este á la hostería y recomendándole para que le diesen uno de los mejores aposentos.

Subíase á la hostería por una escalerilla situada en uno de los ángulos del corral, escalera que tenía y aún tiene ciertos resabios moriscos, y al desembocar de aquella escalera, se entraba por una puerta ennegrecida, que al abrirse hacía sonar una campana en un corredor largo y tortuoso, iluminado por unas altas lucernas desprovistas de vidrios, por las cuales entraban el viento, la lluvia ó el polvo según era la estación ó el estado atmosférico. De la misma manera que sobre la puerta de entrada estaba escrito con letras bárbaras: «Hostería del Carbón», había sobre las de los aposentos situados á derecha é izquierda enormes números que seguían una correlación casi infinita. Antes de llegar á otra puerta donde se leía la palabra cocinas y después de muchas vueltas y revueltas, había contado Aben-Aboo, ó por mejor decir leído hasta el número cincuenta y nueve. La numeración seguía, pero maese Pertñez se entró de rondón en la cocina.

Rey de aquel departamento, empujado de una atmósfera cálida y grasienta, habla un hombre alto, flaco,

vestido de una manera ordinaria, y constituyendo la mitad de su traje un enorme gorro blanco, y un mandilón del mismo color que le cogía de alto á bajo por delante, y que no estaba tan limpio como hubiera sido de desear: aquel hombre cuando entraron Aben-Aboo y el barbero empuñaba una cacerola, y hacía andar de prisa, con una actividad increíble, á cuatro marmítones que se ocupaban de faenas culinarias, en derredor de un inmenso fogón, enteramente cubierto de tarteras, ollas y sartenes. Hervían los unos, chirreaban las otras, desprendiase del todo un olor indefinible, y una niebla de humo velaba aquel conjunto, capaz por sí mismo de dar hastío á un hambriento.

Al ver entrar á maese Pertíñez en su habitación principal, en su sala de honor, por decirlo así, con un jóven del aspecto de Aben-Aboo, el hombre de la cacerola entregó la que tenía en la mano á un marmítón, y adelantó hacia los recién llegados luciendo en sus labios la noble sonrisa del cocinero y del hostelero á quien se presenta un huésped, y...

—¿En qué puedo servir á vuesa-merced? dijo prescindiendo enteramente del barbero, á quien trataba como cosa de la casa.

—Este caballero, dijo Pertíñez, necesita vivir en vuestra casa, únicamente hasta las doce del día.

Secóse, por decirlo así, la sonrisa en el semblante del hostelero: eran ya las diez.

—Lo que no importa, añadió Pertíñez, porque el conocimiento con un hidalgo tal como el señor Diego López, es siempre un conocimiento que vale mucho.

Volvió á la boca del hostelero la mitad de la sonrisa que había desaparecido de ella, y se inclinó de nuevo.

—Siento mucho, muchísimo, que...

Aben-Aboo le interrumpió impaciente.

—En fin, dijo: ¿no teneis un aposento donde meterme? Poco os importa el tiempo; figuraos que he vivido en él un mes, que he comido todo lo que teneis en la despensa, y poned la cuenta.

—No lo digo por tanto, contestó apresuradamente el hostelero, si me hubiera dejado concluir vuesa-merced, hubiera oído que lo que siento mucho, muchísimo, es no poder dar á vuesa-merced aposento tal como el que merece: con la multitud de hidalgos que han venido á las pascuas que se acercan, y la compañía de comediantes del señor Godínez...

—Bien, bien; pero tendreis un aposento cualquiera.

—Si señor, el número sesenta y siete. ¡Diablo! ¡diablo! un aposento oscuro, donde es necesario tener luz encendida á todas horas si se ha de ver algo.

—No importa; llevadme á ese aposento y concluyamos.

Era tan concluyente el mandato, que el hostelero, tomó dos bujías de sobre un andén donde había otras muchas, encendió la una, y tomando una única llave de una larga espetera, llave que estaba colocada baja un número sesenta y nueve, salió precediendo á Aben-Aboo y á Pertíñez.

Apenas se habían aventurado en el corredor cuando se oyeron pisadas de mujer, fuertes, como de buena moza, acompañadas del crujir de una falda de seda.

—Alto, dijo con un acento malicioso é insinuante maese Pertíñez; alto, señor Diego López; el corredor es estrecho y será bien que nos hagamos á un lado para que pueda pasar su magestad la reina mora.

—¡Ah! ¡sois vos! maese rapista, dijo una mujer que llegó á punto y cuyo semblante al reflejar en él la luz

del hostelero, deslumbró á Aben-Aboo por lo extraordinariamente hermoso; Dios os guarde, amigo mio; y á vosotros también, señores; y decidme, que tengo curiosidad de saberlo: ¿os han mandado poner ya las celosías en el aposento aquel que está cerca del tablado...? hablo de aquel aposento que tiene unos reposteros de terciopelo franjado tan ricos.

—¡Ah! ¡ah! allí sin duda debe ocultarse algún enamorado de vos que no quiere acaso que le vean palidecer ante vuestra hermosura.

—O alguna enamorada: me han dicho que en aquel aposento, han entrado una mujer y un caballero.

—¡Ah! ¡ah! os han dicho...

—Y como soy curiosa, quiero que me digan mucho más, señor Pertíñez; por lo mismo os espero en mi aposento. Número 13. Con que hasta luego. Adios señor hidalgo, añadió dirigiéndose á Aben-Aboo, á quien durante su corto diálogo había mirado con extraña insistencia. Adios, maese Briviesca, añadió dirigiéndose al hostelero.

Y se alejó ligera y gentil, casi corriendo, entonando con una voz de ruiseñor una copla de entremés.

—La mejor ave de mi casa, exclamó Briviesca, pero dura de desplumar como un grajo.

—¡Oh! la cómica más hermosa que ha desplumado hidalgos exclamó el barbero.

—¡Ah! ciertamente que es una mujer hermosísima, dijo con un acento particular Aben-Aboo: ¿y la llaman la reina mora?

—Ya, ya veréis esta tarde como la aplauden, repuso el barbero.

—Hemos llegado al número sesenta y nueve, dijo Briviesca dando vuelta á la llave de una puerta.

Entraron en una especie de zaquiami, en uno de cuyo ángulos había un fermentido lecho: completaban

aquel mueblaje de posada una mesa mugrienta, dos sillas distintas en forma, aunque iguales en lo viejas, y media luna de espejo en un marco negro....

—Esto es indigno... lo conozco, dijo Briviesca.

—Esto es muy bueno, dijo Aben-Aboo: haced que suban mi maleta y que me traigan agua para lavarme. Vos, maese Pertíñez, venid después á afeitarme. Por ahora dejadme solo.

—Y decís bien; aunque me hubierais necesitado en el momento, os hubiera suplicado me dejáseis libre para ir á ver qué me quiere la reina mora.

—¿Quiere algo más vuesamerced? dijo Briviesca.

—No, únicamente mi maleta que está en mi caballo á la puerta de maese Pertíñez, y una taza de caldo de gallina.

—¿Y vino?

—No bebo vino, ¡ah! maese Pertíñez: haced que cuiden á mi caballo.

—Muy bien; descuidad por vuestro caballo.

—¡Ah! si viene preguntando á vuestra casa por mí el criado del capitán...

—Por supuesto, le enviaré. Que Dios os guarde.

—Id con Dios.

Apenas se quedó solo murmuró Aben-Aboo, obedeciendo al encendido recuerdo que le había dejado la comedianta:

—¡Por la piedra negra de la Santa Kaaba, que en todos los días de mi vida no he visto una mujer tan hermosa! ¡La reina mora! es singular.

Pero dejando á Aben-Aboo entregado á tales pensamientos, que nada tenían de extraños en quien como él, solo contaba veintidos años, edad en la que el pensamiento, por graves que sean sus cuidados, pasa con facilidad de uno á otro, sigamos aunque

nos salgamos del epígrafe de este capítulo, á maese Peritiñez que adelantaba con tanta prisa como era su curiosidad, hácia el aposento número trece donde decía vivir la reina mora.

Tenia además en esto un grave interés el rapista: un interés puramente pecunario; el interés que tiene por hacer un buen negocio un corredor de amores.

Era el caso que don Fernando de Válór, ó Aben-Humeya, como mejor queramos, en el momento en que en la primera representación de la compañía de cómicos se había presentado en la escena Angélica, se había enamorado de ella. Al concluir la primera jornada, don Fernando, según costumbre admitida en aquel tiempo, había ido á la puerta del apartado donde se vestían las cómicas, solicitando entrar para saludar á la dama. Pero Godínez, que era al parecer un hombre como de treinta á cuarenta años, cegijunto, enérgico, y un sí es no es altivo, le dió con la puerta en las narices diciéndole: que en su compañía no estaban en uso aquellas costumbres y que las damas tenían casas donde ser visitadas.

Don Fernando, pues, se volvió, echando ternos inútiles, y hubo de contentarse con arrojar á Angélica el joyel de diamantes de su gorra, en el momento en que el entusiasmo público enviaba una salva de aplausos á la comediante.

Al día siguiente se presentó en la hospedería, preguntó por el número de la habitación de la dama y sabido este llegó á la puerta y llamó. Abrióle una doncella, que contestó á la cortés demanda de don Fernando, con que su señora estaba enferma y no podía recibir á nadie.

Don Fernando, que iba preparado á todo evento, entregó á la doncella un billete perfumado de que iba provisto y se retiró.

El billete que había dejado Aben-Humeya contenía las palabras siguientes:

«Hermosa señora: soy el caballero que tuvo el placer de ofreceros ayer tarde su homenaje de la manera que pudo, arrojando á vuestros piés el joyel que llevaba sobre su cabeza. Hoy ha venido á poner á vuestros piés su corazón, que espera levantéis hasta unirle con el vuestro. Si hoy, por un acaso, no puedo veros, os suplico me digáis, contestándome, á qué hora podré veros mañana.— Quien os adora por hermosa y discreta: don Fernando de Válór.»

Al volver don Fernando á su casa después de otros quehaceres, encontró sobre su mesa, una preciosa caja de oro cincelada, con guarnición de piedras preciosas, y junto á ella un billete. Llamó á su lacayo y este le dijo que aquellas dos cosas las había traído una doncella.

El billete contenía estas breves palabras:

«Señor don Fernando de Válór: ignoro si la joya que os devuelvo es la misma que ayer me arrojásteis á la escena *rindiéndome un homenaje*: como no he encontrado papel á mano para envolverla, os la envío dentro de una caja, que encontré también á mis piés, no sé de quién, y que recogí, porque las cómicas nos vemos obligadas á hacer delante del público, lo que como mujeres nunca haríamos. Si habéis creído que con ese joyel pagábais la entrada en mi aposento particular, como por algunos maravedises habéis comprado el derecho de juzgar de mi escaso ingenio, os habéis engañado. Mi aposento no se abre con oro. Mi corazón necesita de más noble llave para abrirse. Perdonad si os he ofendido, obrando no como una dama de comedias, sino como quien soy.—Vuestra servidora.—Angélica, la comediante.»

Hombre de mundo á pesar de su juventud don Fernando, creyó que la comediante adoptaba aquella posición digna y á todas luces más noble, para hacerse más preciosa, y se obstinó, apuró cuantos medios se conocen para obtener una cita de una mujer, y ya desesperado, se dirigió á maese Pertñez, que tenía una tremenda fama de corredor experimentado. Ofrecióle oro á montones si le ayudaba á rendir aquella fortaleza, pero en vano, aunque obraba con toda la fuerza y á toda la altura de su codicia excitada, pretendió hablar á solas con Angélica: como maese Pertñez era una especie de omnipotencia en el corral del Carbón y en la adjunta hostería, tuvo mil veces ocasión de estar al lado de Angélica; pero esta jamás se encontraba sola: ja más había podido el rapista decirle una sola palabra del asunto. Se concibe, pues, con cuanta ánsia iría á la cita que de una manera tan inesperada había recibido de la comediante.

Llamó, latándole el corazón de esperanza, esperanza que se refería á los doblones que debía recibir si el negocio se llevaba á cabo, de don Fernando de Valor, y al punto que llamó se abrió la puerta. Era Angélica en persona.

—Entrad, entrad, maese, le dijo, tengo que preguntaros muchas cosas.

Pertñez, restregándose las manos de alegría, atravesó, siguiendo á la comediante, dos habitaciones y entró en una inundada por un hermoso sol de medio día y tan ricamente alhajada como hubiera podido estarlo la de la dama más principal.

Pertñez abrió tanto ojo: aquellos muebles á todas luces no pertenecían á maese Bribiesca, que era miserable y raquítico con sus huéspedes.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el rapista: ¿sabéis, señora, que debe llevaros un

sentido por todo esto ese ladrón de Bribiesca?

—¡Ah! dijo Angélica, no os he llamado para eso: sentáos.

Y le señaló un magnífico sillón.

—Pero ved, señora, que voy á dejar inservible este hermoso terciopelo de Utrech.

—¿Y qué os importa? dijo con impaciencia la comediante.

—¡Ah! ¡ah! los barberos nos estamos restregando continuamente con toda clase de bichos grasientos: ¡qué vida la nuestra!

—¿Me váis á contestar en verdad á lo que os pregunte, maese? le dijo Angélica sin escuchar sus últimas palabras.

—Os contestaré á todo lo que queráis y á más de lo que queráis, hermosa señora, contestó el rapista.

—Decidme, continuó Angélica, inclinándose hácia Pertñez, sobre uno de los brazos de su sillón, y con el acento ardiente y ansioso: ¿por qué está cubierto con celosías el primer aposento del lado derecho de la escena?

—¡Ah! eso es lo que no podré deciros: por un capricho: lo que sé es que quien ha tomado ese aposento tiene licencia de la Inquisición y de la Chancillería para tenerle cerrado.

—Bien: ¿pero me podréis decir quienes son las personas que ocupan ese aposento?

—Las personas son un hombre y una mujer.

—¡Ah! ya sabía yo que había por medio una mujer; no me había engañado.

—Y, permitidme, señora, dijo sonriendo sutilmente el hombrecillo, si me entrometo en lo que yo no debo: ¿qué razones tenéis para pensar que haya una mujer tras de las celosías?

—Tengo tres razones poderosas, tres razones de mucho valor que hablan por mí. Váis á ver:

Angélica se levantó, fué á una especie de secreter de ébano, marfil, concha y plata, le abrió y sacó de él un cofrecillo, con el cual fué á sentarse en el sillón: cuando abrió aquel cofrecillo se deslumbró el barbero, y sus ojos casi se saltaron de codicia: tal le habían deslumbrado las joyas que en el cofrecillo se encerraban.

—Escuchad, dijo Angélica y como si nada le interesasen aquellas joyas; vos habéis visto la comedia que hacemos.

—¿Pues no he de haberla visto? contestó maquinalmente el rapista que no quitaba ojo de la pedrería.

—¿Recordáis el momento en que Xarifa, la reina mora, jura vengar la muerte de su padre el rey Mirtilo?

—¡Oh! ¡vaya! como que se hunde el corral aplaudiendo; como que dáis miedo, señora; tan al vivo lo hacéis.

—Pues bien, me arrojaron confitura, llenaron la escena de gorras y toquillas, y enmedio de todo esto ¿qué diríais que cayó á mis piés?

—¡Oh! ¿quién sabe, señora?

—Pues bien, cayó este collar. Y la comediante así por un extremo un magnífico collar de gruesas perlas con broche de brillantes y le levantó ante los ojos admirados del barbero.

—¿Y estáis segura de que esas perlas y esos diamantes son finos?

—¡Que si estoy segura! este es un collar de reina: este collar vale un tesoro.

—¿Y no sabéis quien pueda haber sido...?

—Mientras devolvía al patio, según costumbre, gorras y toquillas, miré ansiosamente á todas partes: deseaba conocer á la mujer que se había desprendido por mí de tanta riqueza: yo había recibido aquel collar como hubiera recibido una bofetada: con cólera: este collar era para mí un insulto... la mujer que me lo enviaba, solo

había tenido por objeto humillarme... vos no conocéis á las mujeres, añadió Angélica comprendiendo la estúpida expresión de asombro que se pintaba en los ojos extraordinariamente abiertos del maese: sí; quien me arrojaba este collar, quien me decía sin palabras: «toma y deja de ofrecer tu hermosura y tu ingenio á la soez admiración del vulgo» era sin disputa una mujer enemiga mía, que me dispensaba una protección humillante; sin embargo no ví ninguna dama, aunque las había hermosas y bien prendidas, que pudiese hacerme sospechar que era la dueña de esta joya: las mujeres lo conocemos esto con una sola mirada: pero había un aposento cerrado con celosías... tras aquellas celosías debía estar mi enemiga: sí, mi enemiga, y en efecto, en aquel aposento habla una mujer.

—Si sabíais que la había ¿á qué me habéis preguntado?

—Os diré; mientras estuve dentro, antes de que se acabase la función, encargué á un comediante que procurase informarse de qué personas había en el aposento misterioso: cumplió su encargo y me dijo que había visto salir un caballero de estado y una dama, pero enteramente cubierta con un manto. Después para asegurarme más me dijo que no estaba seguro de si la dama encubierta había salido ó no del aposento cerrado, porque había mucha gente y se había confundido: pero me aseguró que de todas las damas que había visto solo aquella llevaba manto.

—¡Desesperarse porque sin duda la admiración de una gran señora os ha ofrecido un hermoso regalo..!

—¿Qué entendéis vos de esto? dijo con impaciencia Angélica. Dejadme seguir porque os cuento únicamente esto para que me ayudéis en mis sospechas, para que las aclaréis, si es preciso: me ví obligada á esperar otra

función: en efecto, el domingo siguiente, cuando el público me aplaudía con frenesí, yo, que tenía fijos los ojos en el aposento de las celosías ví abrirse una de estas, asomar una blanquísima mano de dama y arrojar á mis pies este brazaletes.

Y Angélica mostró á maese Per-tiñez, cuyo estupor crecía, una segunda y riquísima joya.

—Ya no podía tener duda, continuó la comedianta, de que en aquel aposento estaba la dama que se atrevía á insultarme. Tenía preparado como en la función anterior quien la siguiese, y aquella tarde fué seguida. Al volver el comediante encargado de seguirla, me dijo que del aposento de las celosías, acompañada de un caballero de más de cuarenta años había salido una dama cubierta con un manto de terciopelo. Que había entrado en una litera y que rodeada de muchos criados, había ido á una casa grande y principal en el Albaicín, junto á la parroquia de San Miguel. Encarguéle que se informase de quien era aquella dama y solo pudo decirme que se llamaba doña Inés de Fuensalida, que salía muy poco, y siempre cuidadosamente encubierta, y por último, que iba todos los días al amanecer á la primera misa á San Miguel. Irritada de que mi emisario no supiese darme más claras noticias, ansiosa de conocer por mí misma á aquella mujer, me levanté al día siguiente antes de que fuese de día, y me fui á la iglesia de San Miguel á esperar á esa dama tan misteriosa: al fin al segundo toque de la misa de alba, entró una dama tapada, y aunque su andar y sus maneras no me eran desconocidas, no pude verla el rostro: he procurado corromper á sus criados y los he encontrado incorruptibles: por último, en la tercera función recibí un nuevo ultraje, viendo á mis piés estas

arracadas que valen tanto como cualquiera de las otras dos joyas.

—¿Y nada habeis podido averiguar más claro?

—No. He sabido, sí, que vos sois el que cobra los alquileres de la casa en que esas gentes viven; que esa casa es de un morisco...

—Sí, sí por cierto, del señor Diego López á quien conoceis.

—¡Que yo conozco al señor Diego López! dijo palideciendo Angélica.

—Sí por cierto, es el hidalgo á quien encontrásteis conmigo en el comedor, y á quien habeis saludado hace un momento.

—¡Ah! ¡ese jóven moreno, pálido, de ojos negros, es Aben-Aboo! exclamó profundamente pensativa Angélica.

—Sí, sí señora; así le llaman los moriscos, del mismo modo que llaman á don Fernando de Valor Aben-Humeya.

—¡Aben-Aboo! ¡Aben-Humeya! repitió Angélica.

—Y si supiérais, dijo embistiendo de frente el rapista, cuán loco, cuán enamorado por vos está don Fernando de Valor.

—¡Que está enamorado de mí!

—Como que me ha ofrecido no sé cuantas riquezas, si consigo de vos que le permitais hablaros una sola vez.

—¡Ah! murmuró Angélica; y repeniéndose, añadió: hablemos de la dama: vos cobrais los alquileres de la casa donde vive.

—Es verdad; pero jamás paso de un aposento del piso bajo, donde me recibe y me paga el mayordomo.

—Vos habeis revendido ese aposento cerrado á esa familia.

—Es verdad.

—Debeis, pues, haber visto á esa dama.

—Sí, pero cubierta con el manto.

—¡Oh! ¿y no habeis tenido curiosidad?

—Sí por cierto: pero cerraban por dentro con llave la puerta del aposento.

—De modo que no la conoceis.

—Ni más ni menos que vos.

Golpeó impaciente Angélica el pavimento con su pequeño pié.

—Pues yo necesito ver frente á frente á esa mujer, dijo.

—Lo creo, murmuró el rapista, no encontrando otra cosa mejor que constestar á la comedianta.

—Y es que vos me vais á procurar que la conozca.

—¿Y cómo?

—Buscando una llave que sirva para abrir la puerta del aposento.

—¿Estais en vos?

—Sé que os pido un gran servicio, pero os lo pagaré.

—¡Cómo!

—Dándoos una carta de cita para don Fernando de Válór.

Alegróse en lo íntimo de sus entrañas el barbero, pero se mantuvo firme.

—Me pedís una cosa muy arriesgada para mí, señora. Yo puedo proveeros, á cambio siempre de esa cita con don Fernando, de un medio mejor y menos expuesto; porque al fin, si os doy la llave y entráis, y esa dama no es la que creéis ..

—¿Y qué medio es ese?

—El señor Diego López Aben-Aboo, dijo con acento de misterio el barbero, está convidado á comer con ella, y va á vivir en su propia casa.

—Esa mujer será capaz de comer con antifaz, y de hablar á oscuras con Aben-Aboo. La llave, la llave, maese Pertíñez, y por la llave del aposento de esa mujer, os doy una cita al mio para don Fernando de Válór.

—¡Dádmela!

—Cuando me hayais entregado la llave.

—Pues dentro de una hora.

—Pues hasta dentro de una hora.

Pertíñez salió contando ya en su imaginación los brillantes doblones, que esperaba recibir de Aben-Humeya á cambio de la cita de Angélica, y ésta se quedó murmurando:

—¡Aben-Humeya! ¡Aben-Aboo! ¡el uno me solicita loco de amores, y el otro ha palidecido al verme por la primera vez! Creo que al fin encuentro el principio de mi camino.

CAPITULO VI.

EN QUE CONTINUA UN ASUNTO SUSPENDIDO EN EL ANTERIOR.

Aben-Aboo se paseaba impaciente en el chirivital, donde le habia establecido maese Bribiesca: habíale llevado el agua, el caldo y la maleta; se habia lavado y mudado de ropa blanca, pero ni maese Pertíñez se habia presentado á rasurarle, ni el lacayo del marqués de la Guardia, el aun para nosotros desconocido Peralvillo; le habia traído el traje anhelado.

Aben-Aboo impresionable, como todos los hombres de la raza de que era hijo, tenía en la cabeza un hervidero de impresiones tentadoras; un volcán en una palabra; pensaba á un tiempo en Aben-Humeya, que le arrancaba la corona con que habia soñado; en la Dama blanca de la montaña, en la inquilina de la casa de San Miguel, y por último, flotante como una nube blanca y transparente sobre un celaje ennegrecido, la magnífica mujer, la cómica, que habia visto un momento al reflejo de la luz de maese Bribiesca en el oscuro corredor de la hostería.

Eran estas bastantes impresiones para que el jóven estuviese profundamente preocupado, pasando de la una á la otra en un continuo torbelli-

no, uniéndolas á veces como si fueran partes de un solo cuerpo, como si hubiese entre aquellas mujeres una relación extraña.

Demasiadamente excitado su cerebro, empezó á embrollarse su pensamiento y el oscuro chirivivil en que se encontraba, á dar vueltas en torno suyo. Se sentó para dominar aquella especie de vértigo, en una de las sillas que estaban arrimadas á la pared, y permaneció inmóvil procurando dominar sus pensamientos.

De repente oyó ruido en el aposento inmediato como de abrir una puerta; luego la voz de dos personas que hablaban con interés.

De seguro que Aben-Aboo no hubiera reparado en aquello más que en cualquier otro incidente vulgar y de poca monta, si la conversación de aquellos dos hombres no le hubiera llamado vivamente la atención por algunas palabras para él demasiado interesantes.

—Os digo, os repito, decía una voz que acentuaba perfectamente el castellano, que don Fernando acabará por perderse.

—¡Bah! dijo otra voz que tenía, aunque levisimo, cierto acento extranjero; ¿y qué os importa á vos Cisneros, que Aben-Humeya se pierda ó se gane?

—¡Oh! más de lo que os parece, señor Godínez; os he traído á este aposento apartado porque aquí nadie puede oírnos ¿sabéis lo que ha hecho don Fernando de Valor?

—Alguna cosa como suya, dijo Godínez.

—Una atrocidad: ya sabéis que es regidor perpétuo de la Ciudad.

—¿Y quién no lo sabe?

—Pero no sabéis que este oficio se le había quitado á su padre por delitos, y que después de su muerte en una prisión, el rey le ha dado á su hijo por gracia y con arreglo á una

sentencia de la sala de Granada. Afortunadamente la venticuarta no había sido declarada vacante, y don Fernando se vió horro de pleitos, pero no de envidias, porque ya algunos caballeros principales habían contado con que se proveería con ellos el tal oficio. Don Fernando, pues, al empuñar la vara de regidor perpétuo, se encontró con que aquella vara era para él un haz de enemigos. Se le ha mirado mal, porque todo el mundo mira mal al que es objeto de envidias, y además de esto porque don Fernando ha tratado á todo el mundo con tanta altanería, que á todos los tiene ofendidos, y nada hay que extrañar en lo que sucede.

—¿Pero qué le sucede?

—Esta mañana había cabildo: según costumbre inmemorial en Castilla, todos los regidores al entrar en cabildo dejan todas las armas que llevan á sus escuderos ó criados; pues bien, á pesar de esta costumbre reconocida y acatada por todos, hasta por el mismo capitán general, don Fernando de Valor entró en cabildo con la daga en la cintura.

—¡Un olvido!

—Ó una intención imprudente. Lo cierto del caso es que habiendo notado esto que creyó descuido en don Fernando, el regidor don Luis Dávila, advirtióle con mesura que no era bien entrase armado donde nadie tenía armas. Replicó descortesmente don Fernando, alegando privilegio; don Luis Dávila irritado por su descortesía, le echó mano á la daga para quitársela, y á esta acción, también imprudente, sucedió un tumulto espantoso; en vano el corregidor quiso calmarlo: don Fernando amenazaba al cielo y á la tierra, y yendo el escándalo en aumento, el corregidor llamó traidor á grandes voces á don Fernando y le mandó llevar preso. Mas éste, que sin duda estaba prepa-

rado, rompió daga en mano por medio de los que se acercaban á prenderle, dejóse herido un portero, ganó la puerta de la sala, la antecámara y las escaleras, montó á caballo y escapó, sin que hasta ahora se sepa dónde para. Se tienen sospechas de que los moriscos piensan rebelarse, y se cree que todo lo que ha pasado en las causas consistoriales, no sea otra cosa que un lance provocado por don Fernando para tener un pretexto para ponerse á la cabeza de la rebelión. Los tercios se han encastillado; no se ven por esas calles más que caballeros armados de lanza y coselete que corren á presentarse al capitán general, y éste, el presidente de la Chancillería, el corregidor y el alcalde mayor están en consejo. ¿Y creéis que esto no me importe nada?

—Nada debe importaros Cisneros, nada absolutamente, puesto que vos no sois ni morisco ni soldado. Si la cosa se enreda, con volvernos á Sevilla, de donde hemos venido, punto redondo.

—¡Volvernos á Sevilla! ¿sabeis señor Godinez que estamos arruinados?

—¿Y quién os manda ceder hasta tal punto á los caprichos de esa mujer? Hemos ganado un río de oro, en un año que andamos representando por Andalucía, y esa mujer ha sido el embudo por donde ese oro ha desaparecido.

—Vos no conocéis á esa mujer, maese Godinez.

—Sé que es muy difícil encontrar una dama tal como ella: sé que sin ella no ganaríamos ni la décima parte de lo que ganamos; pero en cambio no tendríamos que gastar tanto. Es nuestro tirano: con sus humos de gran señora, no hay medio de que se avenga á lo que otras damas se avienen; los trages han de ser de lo mejor, de lo más fino: sedas, pieles, bro-

cados, joyas: su habitación ha de ser una habitación de princesa, su mesa una mesa de arzobispo. Si hay polvo ó humedad en las calles, litera; si la duele un tanto la cabeza, no hay medio de hacerla representar, aunque la entrada esté hecha. Decís bien, no sé quien es, porque esa mujer es un misterio, pero sé que todo lo que por ella se gane se gastará con ella, y que en vez de ahorrar nos empeñaremos.

—Pues ved ahí por lo que me contraria, me desconcierta, el lance de don Fernando de Válor; porque á no dudarlo, esta tarde no habrá función; había muy buena entrada, con la cual esperaba salir de apuros, y será necesario devolver el dinero; ¡si al menos esto pasase! pero tiene trazas de haber empezado para no concluir tan pronto.

—Os aconsejo que os separeis de esa mujer, Cisneros. A mí como autor, me importa muy poco, pues saco mi parte; pero vos os váis quedando cada día más pobre.

—¡Oh! ¡separarme de ella! ¡imposible! ¡imposible de todo punto; Godinez! la amo con toda mi alma.

—Pues ved ahí, yo no comprendo que un hombre ame sin ser amado, y sobre todo cuando se le dan continuamente celos. Y os digo esto porque se dice, no se con qué fundamento, que nada conseguís ni habéis conseguido de ella.

—¡Es verdad! ¡es verdad! hubo un tiempo en que creí que esa mujer me amaba: pero me engañé. Aún espero el primer favor.

—Dicen además que ella tiene un amante á quien adora, y que el tal amante se jacta de que nadie más que él ha poseído á esa hermosura, tras la cual andan tantos desesperados.

—¡Ah! ¡el marqués de la Guardia se jacta..! ¡tiene razón... porque ella le adora!

—¿Y lo sufrís?

—Sufro más de lo que creéis; por ejemplo: yo que tengo mi aposento cerca del de Angélica, siento todas las noches por delante de mi puerta los pasos de un hombre, que se detiene delante de la puerta de Angélica, abre y entra; después sale por la mañana, muchas veces sin recatarse de nadie.

—No comprendo vuestro amor.

—Es porque yo amo de veras y soy esclavo.

—Pues tenéis fama de no haber sido así en otro tiempo.

—¿Qué queréis? Aquellos tiempos pasaron. Un príncipe poderoso era mi esclavo. Tenía en mis manos más de lo que pensaba. Pero un día una mujer terrible se puso entre el príncipe y yo...

—La hija del emir de los monfíes...

—¡Cómo! exclamó Cisneros asustado ¿quién os ha dicho eso?

—¡Bah! yo sé quién sois, quién es Angélica, quién es la hija del emir. Vos no sabéis quién soy yo... no os lo digo, porque necesito imponeros respeto para salvarlos.

—¡Para salvarme!

—No quiero que seáis la víctima de esa mujer.

—¡Y sabéis quién es esa mujer!

—Vaya si lo sé. Como sé quién os hirió la noche que la conocisteis.

—¡Qué sabéis...!

—Sí por cierto: fué vuestro amigo el marqués de la Guardia.

—¡Que rondaba la casa de la hija del emir...!

—Y vió entrar al príncipe y tuvo celos.

—¡Ah! pero cuando tanto sabéis ¿quién sois...?

—¿Que quién soy yo...? hace mucho tiempo que nadie me conoce más que yo mismo. Oid: unas veces soy jóven: otras viejo: suelo llamarme

príncipe, ó caballero, ó rufian, ó comediante: unas veces tengo un nombre, otras otro: Angélica me conoce demasiado bajo otra forma: ¿pero preguntarle si conoce á Salvador Godínez? ¿si sabe quién es? De seguro que no piensa que yo soy una moneda falsa. Yo se cambiar de semblante, de acento, de edad, aun de estatura: sé adaptarme á todas las condiciones. Ya me habéis visto representar...

—Y lo hacéis á las mil maravillas. He tenido celos de vos.

—No tanto, no tanto. Vos siempre seréis el famosísimo Cisneros, la delicia de las damas de la corte, que lloran vuestra ausencia, y la admiración de los hombres de ingenio. Yo soy infinitamente más cómico que vos, pero no en el tablado y entre las cortinas, sino en el mundo, entre las gentes. Tan cómico soy, que Angélica, vuestra adorada Angélica, que sabe que existe un hombre que la ama y la aborrece á un tiempo; que sabe que ese hombre cambia de nombre y de aspecto, pero no de corazón ni de propósito; que por lo tanto debía desconfiar de todo desconocido que se le acercase, no desconfía de mí, y me cree simplemente Salvador Godínez, comediante y autor de la compañía del señor Andrés Cisneros.

—¡Que amáis á Angélica! exclamó Cisneros que solo esto había oído de las últimas palabras de Godínez.

—¡Que si la amo! ¡si no la amara viviría!

—¡La amáis! yo creo que esa mujer ha nacido para enamorar á todo el mundo.

—Os engañáis. A esa mujer la sucede lo que á otras muchas. Las aman todos, menos el hombre que las posee.

—Es decir que el marqués de la Guardia...

—No la ama, porque ama á otra.

—¡A otra!

—Sí, á una mujer á quien yo amaría también, si mi amor hacía ella no fuese insensato; un martirio á que me condenaría inútilmente. El marqués de la Guardia ama á la hija del emir de los monfies, y porque la ama finge amor á Angélica.

—No os comprendo.

—La hija del emir se ha perdido para el marqués. Pero el marqués sabe que si una mujer se pierde para su amante, no se pierde jamás para la mujer que la aborrece, que la sigue, que la persigue ansiando venganza, cuando esta mujer tiene medios para obrar tan poderosos como son los que tiene Angélica.

—Con que la hija del emir y Angélica...

—Son enemigas, enemigas á muerte por la sola razón de que aman á un mismo hombre.

—Lo que no comprendo bien, es por qué me hacéis estas revelaciones, dijo con intención Cisneros.

—Porque ha llegado ya el momento de obrar. Angélica sabe que tiene cerca á su rival, tiene medios para envolverle en una horrible venganza y obrará. Es más: yo la ayudaré á que obre. Por lo mismo para ayudarla, me veré obligado á estar separado de ella largas temporadas: yo puedo transformarme: pasar por monfi entre los monfies, por soldado entre los soldados del rey, como paso por comediante entre los comediantes; pero no puedo duplicarme, no puedo hacer dos mi persona, y quiero saber todo lo que dice, todo lo que hace, si es posible, todo lo que piensa Angélica. Para ello necesito un hombre experimentado, sagaz, que sepa como yo encubrir bajo su semblante tranquilo sus pasiones, dominar los sucesos y no dejarse dominar de ellos; ese hombre sois vos Cisneros: pero para que lo seáis, es necesario que os

dominéis: es necesario que comprendáis que una mujer que nos toma como instrumento, no debe inspirarnos amor sino vengaza. Es necesario que comprendáis también que habéis sido muy ambicioso y muy imprudente: que habéis cometido graves delitos cuyas pruebas tengo yo...

—¡Que yo he cometido delitos!

—Sí, y ya que me habéis traído á un lugar donde nadie puede escucharnos, voy á hablaros con lisura. Vos, nacido de la plebe, lanzado por casualidad á la vida de comediante, para la que poseéis grandes talentos, os visteis aplaudido, enriquecido, acariciado por las damas, casi recibido en la corte: entrábais en ella por el postigo, es verdad, pero aquel postigo os llevaba á donde no lleva á otros la puerta principal. Hace algunos años trabásteis conocimiento con el príncipe don Carlos, como lo tratan generalmente con los grandes señores los hombres que han logrado hacerse famosos en cualquier oficio: á título de protección del gran señor, hacia el gran comediante. El príncipe no tenía la cabeza enteramente sana y había nacido además muy mal inclinado: era ambicioso, incorregible, déspota, amigo de excesos y enemigo de toda sujeción: la dependencia en que vivía como hijo y como vasallo de uno de los hombres más terriblemente celosos de su autoridad, le irritaba. Vos comprendisteis todo esto, como lo habían comprendido otros, ú otro, y pensásteis como aquel otro, aprovechar las perversas cualidades del príncipe para engrandeceros. Aquel otro, que era también un gran señor, casi un rey, el emir, en una palabra, conoció que debía aprovecharse de vos y se aprovechó. El vínculo que unía á un tiempo al príncipe, al emir y á vos era el amor de una mujer: el amor voraz, voluntarioso, impaciente, que el príncipe sentía há-

cia la hermosa duquesita. ¿Queréis que invierta más tiempo probándoos de qué manera poseo pruebas de vuestro doble traición contra el rey, incitando á la rebeldía al príncipe, irritando sus deseos por doña Esperanza, y sirviendo al mismo tiempo al emir de los monfíes? Vos habéis escrito cartas imprudentes, cartas cada una de las cuales vale vuestra cabeza, y esas cartas Cisneros están en mi poder.

—¡Es decir que me imponéis condiciones!

—Me constituyo en vuestro señor representando al diablo á quien os habeis vendido por ambición.

—¿Y no teméis que esté desesperado?

—No porque aún sois ambicioso.

—¿Y qué me podeis vos dar?

—Puedo daros, si os resistís á servirme, una muerte horrible. Porque ¿qué creéis que haría con vos Felipe II cuando supiese, que vos, envenenando el corazón de su hijo, impulsándole á la traición, le habeis obligado á matar al príncipe?

Cisneros calló.

—Por el contrario, si me servís bien, os enriqueceré; es más: os pondré en ocasión de ser. ¿Queréis ser wali de un rey moro...? pues bien: podrá suceder que lo seais. ¿Queréis conquistar la gracia del rey de España y su privanza? Servidme: si solo queréis ser rico, sedlo desde ahora.

—¡Cómo! ¿vos podeis enriquecerme, hacer levantar el destierro que me separa de la corte, fuera de la cual no vivo?

—Lo puedo.

—Y sin embargo, ¿teneis paciencia para vivir con un miserable salario...?

—¡Imbécil! ese es el antifaz, el medio. Decidme, Cisneros: ¿habeis creído de buena fé que hemos ganado todo el oro que se ha gastado en pa-

gar la compañía, y en sostener los caprichos de Angélica?

—El público ha pagado muy caro.....

—Por muy caro que hubiera pagado el público, las entradas no hubieran bastado para pagar la compañía, que es muy numerosa y muy buena, porque vos no queréis trabajar con malos cómicos. Quien ha pagado he sido yo: como soy quien vendo las entradas; como nadie tiene que enterarse de ello, he hecho al revés de otros que roban: he aumentado... he aumentado diez veces más: aposento había por el que solo han pagado un escudo, y yo he dicho que han pagado un doblón, y así todo. Con que, nada os importe que los moriscos se rebelen ó no: mejor para nosotros... nada importa que no podamos representar más en Granada; mejor; nos desembarazaremos de todos esos comediantes, que al fin son ojos que ven, oídos que escuchan y bocas que mienten, y nos estorban. Por lo demás y ya que os prestáis á servirme, tened muy en cuenta el no ser débil con Angélica, revelándola una sola palabra de lo que hemos hablado; continuad como siempre; tratadme delante de los demás con la soberbia que siempre me habeis tratado, y basta por ahora. Son ya cerca de las doce, y voy á ponerme á despachar las entradas.

—¿Pero creéis que después de lo que ha sucedido esta mañana pueda haber función?

—¡Bah! todo ello no pasará de ruido: ya veréis como se nos llena el corral, y sobre todo que nosotros no podemos suspender la función sin orden del corregidor.

Tras estas palabras, Aben-Abco que habla unido su oreja derecha á la pared para oír mejor, sintió que los del aposento inmediato se dirigían á la puerta, la abrían, salían y cerraban de nuevo.

Luego los pasos de los dos se perdieron á lo largo del corredor.

—¿Con que ese señor Godinez, no es Godinez? dijo Aben-Aboo, ¿ni esa comediante es lo que parece, ni el señor Cisneros por lo visto se contenta con ganar su dinero representando? ¡Aben-Humeya, toma un pretexto para la rebelión! ¡Amina ama al marqués de la Guardia! ¡la comediante también! ¡estas dos mujeres se conocen y son enemigas! ¡El señor Godinez alienta proyectos! ¡Oh! ¡por el Dios Altísimo, que mi buena suerte me ha traído á esta hostería. Creo que al fin de este laberinto, está mi suerte buena ó mala! ¡la tumba ó el tronol! Pues bien: es necesario que yo me procure un hilo que me guíe para llegar al fin de ese laberinto. Cada uno de esos comediantes es un cabo. Pues bien, yo reuniré á los tres. Yo procuraré no perderlos. ¡Y el marqués de la Guardia! ¡mi buen amigo! ¡oh! ¡oh! ¡Ahora más que antes me impacienta la tardanza del criado del marqués! y bien mirado, ¿para qué necesito yo sus vestidos? ¿No vengo de viaje? No sé por qué tengo impaciencia de conocer á esa doña Inés de Fuensalida; me parece que este es otro cabo que me presenta mi fortuna.

Habíase ya decidido Aben-Aboo por presentarse de cualquier modo en la casa de sus inquilinos, cuando se oyeron pasos en el corredor que se detuvieron junto á su puerta y una mano llamó á ella.

Era el lacayo del marqués que traía un envoltorio bajo el brazo izquierdo y una espada y una daga de corte en la mano derecha.

CAPÍTULO VII.

DE CÓMO HASTA EL FIN DEL CAPÍTULO NO PUDO SACAR NADA EN CLARO ABEN-ABOO ACERCA DE SUS INQUILINOS.

A punto que daban las doce, llegaba Aben-Aboo, bizarramente vestido con un traje de brocado escarlata, calzas de grana y zapatos acuchillados, á la puerta de la casa de don Alonso de Fuensalida, ó, por mejor decir, de su casa.

Al atravesar la ciudad había observado profundamente el aspecto de ella y nada había encontrado de extraño: era muy posible que los tercios estuviesen reunidos, instalados en consejo el cabildo y la Chancillería y que se hubieran tomado algunas precauciones; pero las gentes iban tranquilamente por la calle como de costumbre, salían de oír misa de las iglesias multitud de damas ataviadas como la que va á misa tarde para ser vista, y muchos soldados, alféreces y capitanes, andaban, á su paso, y á sus negocios, como si absolutamente no amenazara ningún peligro.

El acontecimiento, pues, de aquella mañana en las casas consistoriales había quedado completamente aislado.

Aben-Aboo, se entró por el zaguán, y pidió á uno de los lacayos que vagaban por él, le anunciase á su señor.

Inmediatamente aquel hombre le introdujo, precediéndole para guiarle por unas anchas escaleras de mármol, alfombradas en el centro y unos corredores, alfombrados también, á una antecámara y una cámara donde le salió al encuentro un caballero como de cuarenta y seis años, enteramente vestido de negro, de fisonomía enérgica y hermosa.

—El señor Diego López, á quien esperaba vucencia; dijo el lacayo apenas vió á su señor, retirándose enseguida.

—Bien venido seáis, caballero, le dijo el señor excelentísimo á Aben-Aboo, y tanto más, cuando mi hija y yo empezábamos á estar cuidadosos por vos.

—¡Oh! permitidme que me enorgullezca de haber sido el objeto del cuidado de esa hermosa señora.

—Nada tiene esto de extraño caballero, cuando mi hija doña Inés os debe muchas atenciones.

—¡Atenciones!

—Si por cierto: cuando tuvisteis la complacencia de cedernos vuestra casa....

—Decid la necesidad, señor don Alonso: si yo no hubiera venido á la pobreza en que me hallo....

—No hablemos de esto, sois pobre porque sois honrado, y la honra es el primer caudal de un hidalgo. Dejarme ahora probaros como os debe atenciones mi hija. Cuando supisteis que venía á vivir á vuestra casa una dama, vos, que del ajuste de arriendo habiais exceptuado cuatro habitaciones, que eran para vos un santuario, las que había vivido vuestra madre, habitaciones que debían permanecer cerradas, os apresurásteis á ofrecerlas á mi hija para su uso. Doña Inés aceptó con placer vuestro ofrecimiento, ha vivido en esas habitaciones y ha aspirado el perfume de santidad, de sufrimiento, de dulzura que en ellas ha dejado vuestra madre. Doña Inés vive en la misma habitación en que vivió vuestra madre, Aben-Aboo.

—¡Ah! ¡sabéis mi nombre!

—Porque lo sabemos; porque sabemos que sois primo hermano de Aben-Humeya, que ha cometido hoy, arrastrado por su mocedad y por su imprudencia uno de los mayores desaciertos

que pudiera haber cometido, estábamos con cuidado por vos.

—¿Con que sabéis?

—¿Y quién no sabe los pensamientos de los morisos? Sábelos el capitán general, el presidente, el corregidor... y como vos sois tambien morisco....

—Pero vasallo leal del rey nuestro señor, aunque no me haya honrado tanto como á mi primo hermano don Fernando de Valor, dijo cubriéndose de la mayor reserva Aben-Aboo, por que no sabía el terreno que pisaba.

—¿Y cómo andáis Aben-Humeya y vos?

—Nos tratamos como buenos parientes, pero nos vemos poco: él vive generalmente en Valor con su madre doña Elvira, y yo vivo con mi madre en Cádiar cuidando de unas tierrecillas que nos han quedado.

—¿Y cómo se encuentra vuestra buena madre? Yo la conocí antes de que os diera á luz y era una doncella hermosísima, dulce, sufrida; un angel en una palabra. Baste deciros que estuve enamorado de ella, y que bien hubiera podido ser que nos hubiésemos casado. A veces una casualidad dispone del porvenir de dos personas; pero no hablemos más de esto, porque no debe hablarse de las cosas pasadas. Y puesto que ya os tenemos aquí, vamos á tranquilizar á mi hija.

—Una palabra, don Alonso, una sola palabra: desde que recibí vuestra cortés invitación para venir á vuestra casa bajo pretexto de que era mía, estoy luchando con la duda de quién había podido deciros que yo estaba en Granada, cuando me he venido solo, á la ligera y á mata caballo desde mi atalayuela de Cádiar, sin avisar á nadie.

—No lo extrañéis: me ha avisado maese Pertiñez.

Aben-Aboo recordó que el rapista no se había separado de él ni había

hablado con nadie; aceptó con las muestras de la mayor credulidad la respuesta de don Alonso, pero en su pensamiento se estereotipó por decirlo así esta frase recelosa:

—¿Quién será este hombre? ¿quién será su hija?

Don Alonso le hizo atravesar algunas habitaciones demasiado conocidas para él, y cuyo rico mueblaje encontró en el mismo estado en que se encontraba cuando vivía en aquella casa con su madre, y al fin se acercó con el corazón palpitante á una puerta cubierta de arabescos. Aquella puerta era la de las habitaciones de su madre.

Después de pasar aquella puerta y una antecámara, don Alonso abrió una mampara de cuero de Marruecos recamado, é hizo seña al joven para que pasase. Aben-Aboo, al abrirse aquella mampara había arrojado un grito involuntario. Delante de él se había presentado una doble aparición. Una dama hermosísima, vestida de blanco, con una rozagante túnica de brocado, resplandeciendo toda, con sus joyas, con su mirada, con su hermosura, con sus ropas, y por cima de la cabeza de aquella aparición casi divina, otra mujer no menos hermosa, vestida de blanco, pura, coronada de flores, é impresa sobre su semblante de niña, la melancólica expresión de un sufrimiento resignado, que la hacía aparecer más hermosa: entre aquellas dos mujeres, real la una, pintada la otra, que se tocaban y se confundían á la vista de Aben-Aboo, por un accidente de posición, había algo de comun, algo de semejante, algo de eso que puede llamarse aire de familia, y que bien podía ser ese misterioso punto de contacto que existe entre dos mujeres hermosas que pertenecen casi á un mismo tipo. Para completar más esta analogía, en el semblante de la una dama, de la dama que respiraba

á dos pasos de Aben-Aboo, había la misma expresión de sufrimiento dulce y resignado, que en el semblante de la dama pintada en un magnífico cuadro suspendido de la pared al fondo de la cámara. Aben-Aboo no sabía quién era la dama viva, pero sabía sí, que la dama pintada era una reproducción exacta de su madre doña Isabel de Valor cuando solo tenía diez y siete años.

La inesperada vista de su madre á quien amaba con delirio, puesta en contraposición con doña Inés, le había arrancado del corazón un grito de angustia, por decirlo así, porque al mismo tiempo creía haber encontrado en la joven y hermosa dama que le contemplaba con una profunda paz, mucho de semejante en el traje y en la actitud, con la misteriosa Dama blanca de la montaña.

Pero Aben-Aboo tardó poco en reponerse, saludó cortesmente á doña Inés, se disculpó de su conmoción con la inesperada vista de su madre á quien dijo haber dejado harto triste en las Alpujarras, y se sentó á la mesa que ya estaba servida y á la que asistieron inmediatamente cuatro lacayos á cuya librea no podía pedirse nada en cuanto á gusto y riqueza.

¡Y cosa extraña! el semblante y las maneras de aquellos lacayos; la precisión con que servían; un no sé qué de característico impreso en ellos, que Aben-Aboo, no comprendía bien, le impresionaban tanto, como don Alonso, como su hija, como el recuerdo ardiente de todo cuanto había pasado por él aquel día fecundo en aventuras.

Pero Aben-Aboo era sagaz, astuto y prudente y sostuvo á pesar de sus observaciones, con la mayor lisura y naturalidad, la conversación de generalidades que se sostuvo durante la comida.

Nada vió Aben-Aboo que indicase

en doña Inés el deseo de agradarle; le trataba con esa fácil manera á que está acostumbrado todo el que ha tenido trato de gentes; hacía los honores de la mesa de una manera perfecta, y, sin embargo, lo perfumaba todo para Aben-Aboo, que acabó por sentirse impresionado, y, por necesitar de toda su fuerza de voluntad para no perder su aspecto tranquilo. Concluyóse la comida cuando eran las dos, y don Alonso pidió las sillas.

—Esperamos, dijo, que nos acompañaréis: no siempre se encuentra en Granada una compañía tal de comediantes como los que ha traído el señor Andrés Cisneros.

Aprovechó la ocasión Aben-Aboo para empezar á utilizar las observaciones que le había procurado la casualidad en la hostería del Carbon y dijo con suma naturalidad:

—En efecto, mi amigo el señor marqués de la Guardia, á quien he encontrado de una manera imprevista casa de maese Pertñez, me ha hecho grandes elogios de esos comediantes, especialmente de una Angélica, que dice es un prodigio; yo le había creído de buena fe, pero después he dudado acerca de la habilidad de esa mujer.

—¿Y por qué? dijo sonriendo doña Inés; habéis hecho mal: la Angélica es toda una comedianta que se hace aplaudir con entusiasmo.

—Créolo, señora, después de que vos me lo afirmáis.

—¿Y por qué no creerlo por el dicho de vuestro amigo?

—Porque mi amigo que es un loco, señora, un hombre de aventuras, está ciegameamente enamorado de la Angélica.

—Y hace bien, porque es muy hermosa, caballero: en fin, vos la veréis y la juzgaréis.

—¡Ah! mi opinión, señora, sería muy falsa: criado, como quien dice,

en las Alpujarras, entre cerros, siempre aguijando lebreles, y corriendo tras los corzos, soy casi un rústico.

—Pero un rústico, ya que vos lo queréis, que tiene un gusto exquisito, dijo riendo la jóven; perdonad si me tomo con vos alguna confianza: estoy viendo todos los días á vuestra madre, he acabado por amarla, y esto es bastante título para que trate á su hijo como á un conocido antiguo, casi como á un pariente; os digo esto para que no extrañéis lo que voy á deciros acerca de vuestro buen gusto.

—Que vos me suponéis.

—Del que lleváis sobre vos una prueba indudable.

—¿Sobre mí?

—Sí, en el brocado de vuestro traje; es precioso... y rico... las mujeres reparamos mucho en esto, y siempre procuramos informarnos de en donde se venden tan ricas, tan hermosas telas ¿Dónde habéis comprado ese brocado?

—En Granada hoy mismo.

—¡Hoy!

—Elogiando mi buen gusto habéis elogiado el del marqués de la Guardia.

—¡Ah! ¡dispensad! yo creía que vos...

—Nada tiene esto de extraño. Había venido á la ligera y no quería presentarme con el lodo del camino. Afortunadamente encontré á mano al marqués que se prestó á venderme un traje, y él mismo ha elegido este entre los suyos.

—Pues debéis estar muy agradecido á vuestro amigo. Por mi parte quiero que le preguntéis donde ha obtenido tan hermosa tela. Yo creo que solo en Venecia podrá encontrarse hoy y á un precio exorbitante. Reparad, reparad, padre mío, lo fino, lo bello de este brocado; es de tres altos y está bordado de aljófar. Con que ¿preguntaréis al marqués?...

—¡Oh! de seguro, señora.

—Las literas esperan á vuecencias, dijo un lacayo á la puerta.

La hermosa dama llamó á una de sus doncellas, la pidió un manto, y esta le trajo uno de terciopelo en que se envolvió completamente.

Después, asiéndose con la mayor lisura al brazo derecho de Aben-Aboo:

—Vamos, señor Diego López, dijo: estoy impaciente porque viendo á la Angélica, comprendáis que el marqués de la Guardia vuestro amigo, tiene tanto gusto para sus amores como para sus brocados.

Aben Aboo, seguido de don Alonso, condujo á la jóven hasta el patio donde esperaban dos literas: en la una entraron el padre y la hija, y en la otra Aben-Aboo.

Esta circunstancia favoreció al jóven. Se encontraba solo, y por decirlo así, encerrado, y para aumentar más aquella especie de aislamiento, corrió las cortinillas de los cristales, y se entregó á la meditación de lo que había observado durante la comida.

Por muchas razones había sospechado que quien le había dado un bolsillo de oro en la ermita de San Sebastián, y el que le había convidado á su casa eran una misma persona: en aquel caso don Alonso debía ser el emir de los monfies y su hija Amina, aquella misteriosa hermosura que nadie conocía: tenía además razones para sospechar que la mujer rival de Angélica fuese la hija del emir, y otras razones no tan claras para creer que doña Inés, Amina, y la Dama blanca de la montaña eran una misma persona.

Pero todas sus suposiciones se estrellaban contra el aspecto y las palabras tranquilas con que doña Inés había oído y contestado las palabras intencionadas que había permitido á sus recelos Aben-Aboo: ni al oír el nombre de Angélica ni el del mar-

qués de la Guardia se había conmovido la jóven, ni un solo músculo de su semblante se había contraído, al saber que el marqués de la Guardia estaba enamorado de la comedianta.

Extrañábase además, sobre manera, que una dama de la calidad y del estado que mostraba doña Inés, se hubiese entrometido, por más que hubiera querido justificarlo, en la calidad del brocado que vestía y en su procedencia. Y en verdad que esto era de extrañar, tratándose de un hombre á quien doña Inés veía, ó por lo menos hablaba, por la primera vez. Todos estos pensamientos eran bastantes para revolver el seso á otro menos caviloso que Aben-Aboo, y como si esto no bastase, punzábale el corazón un sentimiento agudo, amargado por un sin número de dudas y de temores: este sentimiento era un amor naciente, puro, dominador y tirano, aun en su principio, que había aspirado Aben-Aboo en la hermosura de doña Inés y de la atmósfera de misterios que la rodeaba.

Antes de que el jóven hubiese encontrado la más leve solución á sus pensamientos, paró la litera. Entonces, se encontró á la puerta del corral del Carbón, á la que afluía una multitud inmensa. La función debía haberse empezado, ó estaba á punto de empezarse, porque ya el bobo y su tambor habían desaparecido. Sudando y codeando por hacerse visible entre la multitud, aparecía maese Pertñez vestido de día de fiesta y con su capa nueva de paño fino. Dos lacayos de don Alonso abrían plaza, y al cabo, Aben-Aboo, siguiendo al padre y á la hija, se encontró primero en unas escaleras, después en un corredor, luego delante de una puerta, que abrió con llave un lacayo, y al fin dentro de un pequeño espacio cuadrado, cubierto de tapices en las paredes y en el techo, y de alfombra en el suelo y

cerrado por delante por una celosía. Además en el centro, y por razón de lo frío de la habitación, había una copa de plata con fuego.

Tres sillones estaban colocados delante de la celosía: sentóse en el de la derecha doña Inés, en el del centro Aben-Aboo, y don Alonso, después de haber cerrado la puerta del aposento con la llave que le entregó un lacayo, se sentó en el sillón de la izquierda.

Solo entonces y cuando estuvo segura de que de nadie podía ser vista más que de Aben-Aboo y de su padre, se despojó doña Inés de su velo, dejando descubiertos ante Aben-Aboo, tesoros de hermosura en los redondos hombros, y en el seno cuasi cubierto por un exagerado descote.

Aben-Aboo estaba en malas condiciones para consagrarse á la observación de lo que pasaba, de lo que se veía más allá de doña Inés; pero nosotros que no estamos enamorados ni dominados por las pasiones de Aben-Aboo, podemos salirnos de aquella especie de cajón en que estaban encerrados los tres personajes, y dedicarnos á la contemplación del aspecto que presentaba el corral.

Tres de sus lados mostraban sus ventanas y corredores henchidos de damas aderezadas, pintadas, ó afeitadas, como se decía entonces, luciendo su desnudez á pesar del frío; entre las damas cubiertas de plumas y de relumbrones, caballeros jóvenes, maduros y viejos, no menos enjabelgados y aliñados muchos de ellos, más que las mujeres: en un aposento grande, al frente, se veía el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición; en otro al lado, el capitán general y sus tenientes y oficiales; más allá el aposento de la Chancillería, y luego el de la ciudad; todos estos aposentos tenían en sus balastradas, así como los ocupados por las damas y caballeros par-

ticulares, ricas colgaduras de seda ó de terciopelo, del color y con las armas que correspondían á cada corporación ó familia, por lo que, siendo muchos los colores y harto diferentes los blasones y las empresas, formaban un peregrino contraste: sólo había una colgadura ó repostero que no tenía armas ni empresa; pero en cambio era tan rico, tan recargado de oro y adornos, que valía él solo por todos los del corral: este repostero era el del aposento del llamado don Alonso de Fuensalida.

Descendiendo al patio, allí era también grande la variedad de colores, cintas y preseas: ocupaban las sillas hombres, en general, y algunas damas galantes en la delantera junto á los músicos: á medida que las sillas estaban más lejos de la escena, era menor el lujo de los que las ocupaban, y al fin, allá en último término, estrujándose, apretándose, pisándose, apostrofándose, produciendo un ruido infernal, estaba la gente de á pié, compuesta de hidalgos pobres y de gente valdía.

El cuarto lado del corral, estaba enteramente ocupado por el escenario y por los tapices que encubrían los cuartos provisionales dónde se vestían los actores: el escenario, propiamente dicho, formado por dos pabellones de damasco rojo y un tapiz de Flandes, sobre un tablado de una vara de altura, estaba inclinado notablemente hacia la derecha, y de tal modo, que el aposento más cercano á él, era el de la celosía.

Esto tenía sus razones sin duda, pero los que ocupaban los aposentos y las sillas de la izquierda, se quejaban con razón, porque desde sus puestos no podía verse bien lo que pasaba en el escenario.

El cielo estaba radiante y despejado, y como ya eran las dos largas de la tarde, el sol iluminaba únicamente

la parte alta de la pared oriental del patio.

Apenas había entrado en su aposento don Alonso de Fuensalida, con su hija y su huésped, cuando, como si solo hubieran esperado su llegada, rompieron las guitarras de la música, acompañadas de trompetas y tambores, que se habían llevado porque la comedia era de moros y cristianos, y había, por lo tanto, que tocar al arma. Todos estos instrumentos juntos, mal tañidos y peor concertados, formaban un estrépito infernal, que solo podía ser tolerable por la costumbre, y sobre todo, por lo corto de su duración. Concluida aquella especie de overtura salvaje, se corrió la cortina, quedando descubierto un espacio cuadrado, formado por tapices, y salió el bobo, vestido de pastor, con zurrón, cayado y pellica.

Nuestros lectores nos permitirán que les demos una idea de lo que era una representación teatral en aquellos tiempos, en que el arte escénico estaba en su infancia: ya hemos descrito la manera como se adornaban los corrales en que estas representaciones se hacían: réstanos decir, en cuanto á la parte material, que no había decorado, sino muy raras veces, representando generalmente los cómicos entre cortinas ó tapices, tras los cuales aparecían ó desaparecían por una abertura, según que lo requería la marcha del asunto: representaban de memoria y sin apuntador y su declamación era un tanto cantada, armónica, particularmente en las obras en verso. En cuanto al orden de los espectáculos, vamos á presentar, como muestra, el de la función que iba á representarse aquella tarde en Granada por la compañía del famoso Cisneros.

Primeramente el Introito, con una loa de Torres Naharro, autor dramático, que floreció á principios del si-

glo XVI. Después la comedia en cuatro jornadas, y en verso, de un autor desconocido, titulada: «Reina Moraima». En tercer lugar, un coro y baile, titulados «El amor». En cuarto, el «Paso del convidado», de Timone da, autor valenciano, que floreció por aquellos tiempos: y últimamente, el «Paso del ciego», de Lope de Rueda, que de batidor de oro, se había convertido en insigne autor y comediante.

En la imposibilidad de ofrecer á nuestros lectores toda esta función, diálogo por diálogo y punto por punto, vamos á transcribirles la loa ó introito que declamó el bobo (así se llamaba entonces á los graciosos) no solo para que juzguen del gusto dramático de entonces, sino para que observen con cuánta libertad hablaban entonces al público los autores y los comediantes.

Hé aquí la loa que el bobo declamó con gran desenvoltura á vuelta de botargadas, que se recibían muy bien en aquella época:

«Dios mantenga y remantenga
mia fe á cuantos aquí estáis,
y tanto pracer os venga
como creo que deseáis

Pues pobretos,
que queréis vivir sugetos
al mundo y á su cebico,
en mi tierra los discretos
al contento llaman rico.
Por probar
ora os quiero preguntar:
quién duerme más satisfecho,
yo de noche en un pajar
ó el Papa en su rico lecho?

Yo diría
qué no duerme todavía
con mil cuidados y enojos,
yo recuerdo á medio día
y aun no puedo abrir los ojos.

Mas verán:
que dáis al Papa un faisán
y no come del dos granos;

yo tras los ajos y el pan
me quiero engollir las manos.
Todo cabe,
mas aunque el papa me alabe
sus vinos de gran natio,
menos cuesta y mejor sabe
el agua del dulce río.
(*aplausos generales.*)

Yo, villano,
vivo más tiempo y más sano,
y alegre todos mis días,
y vivo como cristiano
con aquestas manos mías.

Vos, señores,
vivís en muchos dolores
y sois ricos de más penas,
y coméis de los sudores
de pobres manos ajenas.
(*aplausos de la gente de á pié*)

Y infinitos,
que tenéis los apetitos
tan buenos como palabras,
no comiérades cabritos
si yo no criase cabras.

Conclusión:
pues os demando perdón
me lo debéis conceder,
y pues que fué mi intención
venir á daros pracer;
y será:

que una comedia verná
Reina Moraima llamada.
Sabed que no faltará
de graciosa ó desgraciada.

¶ A continuación, el bobo charló en verso el argumento de la comedia, y, concluido, retiróse dentro, llevando consigo una salva de aplausos.

Después de esto é inmediatamente debía salir la reina mora, y decir al público, que su padre había sido asesinado, su esposo asesinado, sus hijos asesinados, y que iba por el mundo en busca de un caballero que la vengase del hombre que había asesinado á su padre, á su esposo y á sus hijos.

Sin embargo, Angélica que debía representar la reina mora, no parecía; el público empezaba á impacien-

tarse, y á murmurar, y á silbar al fin, y armar un verdadero alboroto.

Veamos en qué consistía la tardanza de Angelica.

Apenas había entrado en su aposento don Alonso de Fuensalida, cuando maese Pertñez, se deslizó por una escalera de mano, que más allá apoyada en la balaustrada, daba al escenario, y pasando entre moros y cristianos, llegó á un espacio cerrado por tapices, levantó uno y se encontró frente á frente con Angélica.

Estaba la comedianta deslumbrante de hermosura; tenía en la cabeza sobre las pesadas trenzas de sus cabellos, un adorno de plumas y diamantes, un riquísimo collar sobre el casi desnudo seno, y una magnífica y ancha túnica de brocado blanco de tres altos: tenía en la mano su papel plegado, en el que no estudiaba; por el contrario, le rompía lentamente y con cólera en pequeños pedazos. Sobre una mesa inmediata había un objeto de poco volúmen envuelto en un pañuelo de encaje.

Cuando entró Pertñez, Angélica se levantó sobreexcitada.

—¡Gracias á Dios que habéis venido! le dijo. ¿Traéis la llave del aposento de la celosía?

—Es que... me habíais prometido otra llave, que ya no sirve, porque don Fernando de Valor....

—Sí, sí: ya sé que don Fernando ha hecho una de las tuyas y anda huyendo; pero no importa, dad mi llave al señor Diego López.

—Pero el señor Diego López no me pagará...

—Acabárais de una vez: os pagaré yo. Tomad mi llave, añadió sacando una de su limosnera, y esta carta para el señor Diego López. Dadme la llave del aposento de la dama encubierta.

—¡Ah! me había olvidado de que era necesario pagaros: tomad.

Y se quitó su magnífico collar, que no le hacía falta, porque su cuello desnudo era más hermoso.

—Pero... repitió Pertinez.

—¡Oh y qué cansado! tomad y dadme.

Pertinez sacó de sus gregüescos una llave que entregó á Angélica, y esta le dió el collar.

—Oid: haced de modo que el señor diego López reciba mi carta y mi llave esta misma noche. Adios.

Y rápida como el pensamiento, salió de entre sus tapices, atravesó el interior del escenario, trepó por la escalera de mano, y se encontró en el corredor de los aposentos del público, que estaba desierto á causa de haberse empezado la función. Los lacayos de don Alonso que habían quedado á la puerta del aposento de su señor, creyendo que no harían falta, se habían escurrido para pillar algo de la función entre la gente de á pié, y Angélica pudo llegar sin que nadie lo impidiese á aquella puerta, y metió en la cerradura la llave, abrió con mano trémula y se precipitó dentro.

Al ruido, doña Inés volvió la cabeza, al mismo tiempo que su padre y Aben-Aboo. Angélica había puesto sus manos sobre los dos hombros desnudos de doña Inés, y la miraba frente á frente.

—¡Oh! ¡no me había engañado! exclamó ¡eres tú!... ¡tú!... ¡siempre tú!

—¿Qué queréis señora? dijo con asombro don Alonso.

Palideció aun más que lo estaba Angélica, temblaron sus labios, y sin duda iba á pronunciar alguna palabra inconveniente, porque se la vió hacer un esfuerzo sobre sí misma. Había visto junto á sí á Aben-Aboo, que la miraba admirado.

—¡Perdonad! dijo, me he engañado señora: perdonad, señor caballero, pero las cómicas tenemos corazón: yo creía que una mujer á quien aborrez-

co de muerte, de quien he jurado vengarme, y de quien me vengaré, me había arrojado para humillarme desde este aposento estas tres joyas (y Angélica desenvolvió el pañuelo de encaje); perdonad otra vez: si yo hubiera encontrado aquí á esa mujer la hubiera arrojado estas joyas á la cara; pero... me he equivocado... sin embargo, os suplico que volváis á admitir estas joyas, que para nada me hacen falta, y que podrán aliviar la suerte de muchos desgraciados.

—Guardadlas, Angélica, guardadlas como un recuerdo mio, dijo dulcemente doña Inés. Yo cuido ya bastante de los desgraciados que conozco. Por lo demás, siento mucho que hayáis podido creerme enemiga vuestra....

—¡Oh! ¡no! he dicho simplemente, señora, que creía que quien tras tantos misterios, tras estas celosías, me arrojaba á la escena estas joyas, era una mujer á quien aborrezco, y que tiene muchos motivos para aborrecerme. Una mujer á quien yo conocí cuando era una gran señora, como vos lo sois y como yo misma espero volver á ser. Perdonadme, pues, mis primeras palabras, hijas de mi equivocación, y adios, porque veo que la loa ha concluido y hago falta en la escena.

—No, no recibiré esas joyas: son una muestra de mi entusiasmo hácia vos. Reparo que os falta collar, dijo doña Inés, tomando el de perlas que estaba entre el pañuelo; tenéis un hermoso cuello, y os estará á las mil maravillas. Permitidme, añadió levantándose: quiero ponérosle yo misma.

Y como nadie la viese por haberse vuelto, más que Angélica, la lanzó una mirada de amenaza, de odio, de desprecio y de mando á un tiempo.

Angélica inclinó su hermosa cabeza hácia doña Inés, que, al ponerla el collar, la dijo al oído con un acento

easi imperceptible, pero que la comedianta escuchó perfectamente.

—Me le has robado, me has robado mi honra, y me debes tu vida.

—Odio por odio, y odio á muerte, exclamó Angélica en el mismo acento.

Y luego, alzando Angélica la cabeza:

—¡Oh! ¡cuanto tengo que agradeceros, señora! exclamó: ¡cuán buena sois!

—¡Ah! nada me agradezcáis, guardad esas joyas en amor mío, y contad siempre... siempre... con que seré la misma para vos.

—Adios señora, y perdonad otra vez mi error; adios, caballeros: ya he faltado á mi obligación y el público se alborsta.

Y salió como un relámpago, dejando abierta la puerta.

Don Alonso se levantó á cerrarla. Aben-Aboo entre tanto, decía á doña Inés que se mostraba tranquila.

—¡Esa mujer está loca!

—Y es lástima, dijo doña Inés, porque es muy hermosa y tiene mucho ingenio.

No se volvió á hablar una palabra más, ni Aben-Aboo, aunque estaba gravemente alarmado por aquella nueva singularidad que parecía iluminar el caos de sus dudas, notó una sola mirada de inteligencia entre el padre y la hija.

Entre tanto seguía el tumulto del patio, cuando hé aquí, que cesa como por encanto, y le sucedé una tempestad de aplausos y de vitores: tan hermosa y tan bien prendida había aparecido Angélica, y con tal donaire había avanzado hácia el proscenio.

Pero cuando el entusiasmo público no tuvo límites, fué cuando, después de haber hecho la reina mora la exposición de sus amores y de sus desgracias, exclamó con un arranque sobrenatural en una transición magnífica:

Montes, árboles, fieras, venid, y aprenderéis de mil maneras, como, pidiendo fuerzas á los cielos, una amante infeliz venga sus duelos.

Tras esto, siguió la representación y siguieron los aplausos á Angélica y á Cisneros, que hacía admirablemente el papel de traidor enamorado.

Angélica fué también aplaudida con frenesí en la canción y en el baile, y, por último, al oscurecer, terminado el espectáculo con gran contentamiento de todos, empezó á salir la gente.

Al salir por los corredores de los aposentos, y como Aben-Aboo, había quedado un tanto rezagado de don Alonso y de su hija, sintió que le tiraban de las faldetas del jubón.

Volvióse y encontró bajo su vista la exigua figura de maese Pertinéz.

—¿Qué me queréis? le dijo.

—Escuchad una palabra al oído y mostrad una mano. La reina mora, la de la comedia, me ha dado para vos esta carta y esta llave: la llave, por si no os lo dice en la carta, es la del corredor de su aposento: el número 13. Tenéis mucha suerte, señor, mucha suerte: todas os aman.

Y el hombrecillo se escurrió, dejando en las manos de Aben-Aboo la carta y la llave.

CAPÍTULO VIII.

EL PANDERETE DE LAS BRUJAS.

A la misma hora en que el público salía de ver la comedia del corral del Carbón, esto es, al oscurecer, se abrió silenciosamente un postigo en una de las tapias de los huertos del cerro de S. Miguel por la parte de la Torre del Aceituno, y salió un hombre embozado hasta los ojos; cerraron de nuevo el postigo, y el bulto embozado siguió adelante por el desierto callejón que existía entonces entre las tapias de los huertos y la muralla del obis-

po don Gonzalo, por un portillo de la cual salió al campo y sin ser notado por los guardas adelantó á buen paso hácia la próxima falda del cerro de Santa Elena.

Tenía un no sé qué de melancólico y fantástico el paisaje á la fría luz del crepúsculo: el pendiente terreno por donde avanzaba el embozado hácia un barranco cercano, era árido, seco, pedregoso, cubierto acá y allá por tomillos y retamas raquíticas: mirando al frente hácia el Nordeste solo se veía la oscura masa del monte de Santa Elena y la desembocadura de un barranco que cortaba su falda por la parte del Este; pero si se miraba á la derecha el alma podía aspirar un suave consuelo con la vista de Sierra Nevada en cuyo altísimo picacho del Veleta, reflejaba aun el postrer rayo del sol tiñéndole de color de rosa; más abajo se veía el magnífico anfiteatro de montañas, tendidas á los pies del blanco gigante, y al fin, más cerca, la roja cordillera de la Silla del Moro, el verde y florido Generalife, con su viejo y altísimo ciprés de la Sultana: más abajo los cármenes del Darro, luego la arboleda de avellanos, en fin, el profundo cauce del río y las colinas que venían á ser por aquella parte la falda del monte de Santa Elena. A la derecha el horizonte se alejaba, la luz parecía más diáfana, se perdían en la lontananza las colinas de viñedos, y al fin, confundidas en la neblina del crepúsculo, apenas se percibían las distantes cimas de la cordillera de los Dientes de la Vieja.

Reinaba un profundo silencio y en medio de él solo se escuchaba el largo silbido del viento del invierno, que se quebraba entre los barrancos.

El embozado, sin cuidarse mucho ni de la soledad ni del frío, siguió resueltamente su paso apresurado, pero con la cabeza inclinada sobre el

pecho en ademán pensativo.

Llegó al barranco y antes de entrar en él se volvió de una manera brusca y como al impulso de un sacudimiento nervioso. La luna que durante la marcha del embozado, había aparecido sobre la nevada cima del Veleta, inundando con una dulce luz el espacio, hubiera dejado ver á quien cerca de aquel hombre hubiera estado, la terrible expresión de sus grandes ojos negros, fijos en Granada y en la Vega, que desde la altura en que aquel hombre se encontraba, se veían por completo y casi á vista de pájaro.

—Hoy huyo de tí, Granada, dijo aquel hombre extendiendo su brazo derecho hácia la ciudad como en ademán de aplazamiento; hoy me oculto como un malhechor. Pero ¡ay de tus cristianos! ¡ay de tus verdugos, cuando venga á llamar á tus puertas con las trompas de guerra de mis soldados! ¡ay de tí entonces, marqués de Mondéjar! ¡ay de tí, presidente Deza!

Dichas estas palabras que había pronunciado descuidadamente en voz alta, se volvió y al volverse encontró junto á sí un hombre que tenía un caballo del diestro y que estaba también embozado.

—¿Quién vá? exclamó el primero haciéndose un paso atrás y empuñando su espada.

—¿Quién ha de ser, contestó el otro con acento un tanto seco, sino quien te está esperando yerto de frío hace una hora?

—¡Ah! ¿eres tú Diego Alguacil? exclamó el primer embozado: de poco desesperas, en empresa nos metemos en que tenemos que esperar mucho, sufrir mucho.

—Entonces bien; pero ahora es distinto: ahora cada instante vale una perla: un descuido puede costarte la pérdida de tus esperanzas.

—¡Cómo! exclamó con cuidado el otro: ¿pues qué sucede?

—Aben-Aboo está en Granada.

—¡En Granada Aben-Aboo! ¿y qué quiere aquí mi amado primo? ¿pretende acaso suscitar-me dificultades?

—Todo está preparado para esta noche: se ha guardado un gran secreto, pero la venida inesperada de Aben-Aboo, cuando estaba descuidado en las Alpujarras, demuestra que entre nosotros hay traidores.

—¡Traidores! exclamó con sarcasmo el primer embozado: ¡es verdad! hace mucho tiempo que viven entre nosotros: allí ha vivido el primer traidor de nuestro pueblo... y señalaba la distante Alhambra; allí en medio de un vergonzoso silencio, firmó las capitulaciones que entregaban á Granada á sus verdugos los cristianos. Pero el Altísimo fué justo, y el traidor, el miserable, el cobarde Boabdil, fué á morir allá, al otro lado del mar, defendiendo una corona agena, él, que no supo defender la suya.

—No es hora de largas pláticas, dijo el otro: monta á caballo y marcha al Panderete de las brujas.

—Te confieso que voy con repugnancia á ese lugar maldito.

—Te espera en él la Dama blanca.

—¡Oh! ¡la Dama blanca de la montaña! es verdad. Adios.

—No te olvides de que á las doce debes estar en la taberna de San Miguel.

—No lo olvidaré. Adios.

Y el segundo embozado se rebozó y se alejó y se perdió en el descenso del monte hácia la cerca de don Gonzalo.

El otro montó á caballo, le arrimó las espuelas y á buen paso, ya al trote, ya al galope, adelantó por un sendero, estrecho pero llano, que en dirección al Norte orlaba la falda del monte de Santa Elena.

Muy pronto llegó al camino de Guadix y al mismo sitio donde ahora

se levanta una venta ó parador; atravesó el camino, descendió por un sendero más estrecho, bajó á un barranco, le recorrió, trepó á una loma y subiendo así y bajando los repechos de algunas colinas, llegó al fin á un terreno practicable y llano, que se perdía en medio de viñedos.

Después de haber recorrido por él una distancia como de tres tiros de arcabuz, detuvo su caballo al pié de una colina árida y cónica, que parecía un lunar, una escrescencia maldita en medio de la vigorosa vegetación que le rodeaba. Aunque de poca altura la colina, el sendero que conducía hasta la cima era escarpado, y no se veía en toda la colina ni una mata, ni un arbusto, ni aun una retama.

—¡El Panderete de las brujas! dijo el ginete con cierto terror supersticioso.

Y aquel hombre que de una manera tan hostil había hablado de los cristianos, se santiguó de la manera más cristiana del mundo, después de lo cual echó pié á tierra, y adelantó hácia la colina llevando el caballo del diestro.

Pero apenas había andado algunos pasos, como si hubiera salido de la tierra, se levantó de detrás de una peña una sombra blanca; aquella sombra, que parecía un hombre, ó aquel hombre que parecía una sombra, llevaba la misma armadura y demás ropas, que usaban los ginetes moros del tiempo de la reconquista de Granada.

—Poderoso, señor, dijo aquel hombre dirigiéndose al incógnito, no te cuides de tu caballo: yo te le guardaré.

Sintió el embozado vergüenza de demostrar miedo, y aunque el lance se le hacía extraño y desagradable, entregó su caballo á aquel bulto blanco y sin decirle una palabra siguió adelante.

Apenas se había aventurado por el escarpado sendero que conducía á la cumbre, se levantó de un costado otra sombra blanca, y sin decirle una palabra, siguió delante de él á gran paso. Las pisadas de aquel hombre crugían como si hubiera ido armado de punta en blanco.

Una vez allí, el incógnito, por la misma razón que antes, esto es, por disimular el miedo, continuó hacía la subida de la colina, pero no sin llevar la mano derecha á la empuñadura de su espada, ni sin invocar fervorosamente el nombre de Dios.

A poca distancia apareció una tercera sombra que siguió á la segunda en silencio.

—¡Será hoy sábado! pensó con terror el embozado: pero instantáneamente desechó este terrible pensamiento: era domingo, día en que las brujas no podían tener conventículo.

A medida que adelantaba en el ascenso se iban levantando de entre las peñas y quebraduras que flanqueaban el sendero, nuevas sombras: cuando llegaron á la cumbre el encubierto había contado veinticuatro.

La figura de la cumbre justificaba el nombre de la colina: era enteramente redonda y perfectamente plana como la superficie de un pandero; en cuanto á su calificación de Panderete de brujas la justificaba el ser pública voz y fama que en aquel lugar se reunían todos los sábados á celebrar sus conventículos las brujas residentes en diez leguas á la redonda.

En medio de la cumbre había un casuco arruinado y desvencijado, en donde según fama, los demonios levantaban su trono á Lucifer, siempre que se celebraba una de aquellas negras, misteriosas y reprobadas festividades, en cuyo trono se sentaba el espíritu de las tinieblas, disfrazado bajo la forma de un macho cabrío.

El Santo Oficio de la Inquisición,

como era natural y forzoso (y perdónennos nuestros lectores si por un momento les detenemos en la prosecución de la aventura en que se hallaba tan misteriosamente empeñado el incógnito), el Santo Oficio decimos, no había podido escuchar con indiferencia rumores tan alarmantes á la pureza de la religión y de las costumbres de los dominios de la cristianísima España, y se había trasladado representado por un exorciente, un maestro en teología, un familiar y algunos soldados, al lugar sobre que recaía una tan grave acusación pública. Desde el primer momento la esterilidad de aquella colina en medio de unos campos tan fértiles, lo escabroso de la subida, y, sobre todo, lo ennegrecido, aportillado, feo y verdaderamente infernal, en cuanto al aspecto de aquel casucho medio arruinado, hicieron concebir á los delegados del Santo Oficio, grata esperanza de descubrir un filón de brujos y brujas con las cuales hacer un magnífico auto de fe en que la justicia de Dios resplandeciese tostándolos á fuego lento: pero fuese que las brujas estuviesen avisadas, ó que les diese en las narices el olor á tizón del Santo Oficio, ó que el vulgo se hubiese engañado, como es más verosímil, hallaron que la casa estaba abandonada, y desmoronándose lentamente, sin visos de haber tenido habitantes hacía muchos años. No satisfechos aun, esperaron á un sábado y á la hora de las doce en punto, con la intención, como quien dice, de sorprender al infierno, república terrible contra la que, á pesar de su formidable poder, no tenía medio alguno la Inquisición y aunque llevaron dobles exorcizadores, y calificadores, y aspersadores, nada hallaron en sábado sino lo mismo que habían visto los demás días de la semana: la luna clara y diáfana alumbraba en paz el Panderete de las bru-

jas y ni estas parecieron, ni se vió una sola hoguera, ni la más ligera señal de ceniza, ni aun siquiera el mas leve olor á azufre ni á demonio: sin embargo de esto, recelando la Inquisición que las brujas hubiesen conocido de antemano su ida y se hubiesen abstenido de concurrir por no ser cogidas *in fraganti*, repitieron sus visitas diferentes sábados: pero siempre encontraron el mismo resultado: soledad y silencio, y algún paredón menos, arruinado por las lluvias ó por los vientos.

Limitóse, pues, la Inquisición, á garantir el lugar calumniado de todo acto contrario á la religión, bendiciéndole y gastando en él una caldereta de agua bendita, y celosa de que en su jurisdicción no hubiese lugar manchado con fama tan nefanda, condenó con terribles censuras, excomuniones y castigos á todo el que se atreviese á llamar de allí en adelante á aquella colina el Panderete de las brujas. A pesar de esto, el vulgo siguió en su tema; creyó únicamente que el diablo se había burlado de la Inquisición, y siguió, aunque recatadamente y en voz baja, dando su nombre maldito á la colina, nombre que se ha conservado por tradición hasta nuestros días, puesto que aquel lugar se llama hoy y se llamará mañana, y probablemente pasado mañana también, el Panderete de las brujas.

Conocido el lugar de la escena, sus antecedentes y la razón de su nombre, volvamos al embozado.

Sostenido por el orgullo más que por el valor, adelantó hacia la casa arruinada á cuya puerta desguarnecida se agrupaban los veinte y tres fantasmas que le habían precedido hasta allí; se detuvo á alguna distancia de ellos y dijo con voz serena:

—Ignoro quiénes sois y vuestras intenciones; pero aquí me llama un

empeño, y no veo á la persona que busco. Está acaso en esas ruinas?

—Pasad, poderoso señor, dijo uno de aquellos hombres haciendo al mismo tiempo señal á sus compañeros que abrieron una estrecha calle.

El embozado pasó y se encontró en un espacio lóbregamente oscuro.

No sabiendo á donde encaminarse se detuvo.

—Seguid, seguid adelante, señor, dijo uno de los hombres que estaban á la puerta, y cuando hayais andado diez pasos volved á vuestra diestra mano.

El incógnito siguió forzando su valor artificial por decirlo así; á los diez pasos se volvió á la derecha y vió al fin de una galería, el resplandor de la luna que iluminaba de lleno un patio cubierto de escombros, enmedio de los cuales se levantaba una sombra blanca de mujer, de pié é inmóvil; más allá todo era sombra y aquella forma gentil, se destacaba sobre ella, con el mismo prestigio fantástico que si hubiera tenido tras sí la eternidad.

El embozado adelantó con el corazón violentamente agitado; la Dama de la montaña, porque sin duda era ella, se le presentaba de la manera más extraña del mundo.

El incógnito adelantó hacia la sombra y se detuvo al entrar en el patio.

—Acercaos, don Fernando, acercaos, dijo con una voz sonora, grave y afectuosa la mujer vestida de blanco; estais haciendo esperar á una dama.

—Perdonad, dijo don Fernando, adelantando más y descubriéndose con suma galantería, acción que dejó ver á la luz de la luna que su frente era noble y altiva: perdonad; pero la situación en que me encuentro...

—Cubrios, don Fernando, y sentaos: necesitamos hablar un largo es-

pacio y no es justo ni quiero, que sufrais al descubierto el frío de la noche ni que os fatigüeis.

Y señaló á don Fernando el orocal de un pozo cegado, sentándose al mismo tiempo en él.

Don Fernando fué perdiendo poco á poco su terror; y es que es muy difícil sentir terror junto á una buena moza. Lo era la encubierta (y decimos la encubierta porque tenía sobre el rostro un antifaz de seda blanco) de una manera exagerada. El celoso antifaz no impedía que se viesen su boca, su barba y su cuello; cada una de estas partes era perfecta, y de una morbidez incitante: anchos y redondos sus hombros, alto y puro en las formas su seno, sobre el que descansaba uno como amuleto, pendiente de un collar que, sin duda por un contraste caprichoso, era negro como el ébano; esbelto y gentil su talle, del cual descendía en ancha plegadura, la flotante y vaporosa falda de brocado blanco, larga hasta tocar sobradamente el suelo: sus manos eran manos de dama, y la parte de sus brazos que se veía entre una nube de encages de Flandes habian logrado fijar las miradas de don Fernand's á pesar de lo extraño de la aventura.

Se nos olvidaba decir que á través de las dos aberturas del antifaz, brillaban dos ojos negros y de enorme tamaño, fijos de una manera tenaz y profunda en don Fernando, y que, escapados sin duda de entre la toquilla y el antifaz, se veían algunos rizos sedosos, pesados, brillantes y negrísimos.

De aquella mujer se exhalaban á más que su natural perfume, los que estaban de moda en aquel tiempo entre las damas, lo que si no podía tomarse como indicio de su alto linaje, bastaba á demostrar que aquella mujer estaba

muy sobre el vulgo, y que nada tenía de alma del otro mundo.

A esto podría contestárenos que nadie mejor que el diablo, cuya más grata ocupación es tentar á los mortales, podía tomar las formas de una mujer tentadora, por hermosa, por rica y por galana. Pero nosotros creemos que á ellas para ser diablos las basta ser mujeres y que de todo es capaz el Arcángel rebelde menos de convertirse por un solo momento en mujer.

—Sé, y por ello os disculpo, don Fernando, dijo la Dama blanca cuando se hubieron sentado qué cosas os han sucedido hoy, después de concertada nuestra vista, que os obligan á recataros y á huir de la luz del día.

—Sabeis...

—Sí, sé por ejemplo, que esta mañana por descuido ó por intención os entrásteis en el cabildo con la daga en la cintura.

—¿Y quién os lo ha dicho señora?

—¡Bah! ¿acaso no le sabe todo el mundo en Granada? Nadie ha extrañado el suceso: se os conoce, por altivo y valiente, y se comprende bien que cuando otro regidor os advirtió de vuestro olvido le contestásteis de una manera violenta.

—Se me acusaba de una falta que no había cometido.

—Es costumbre, según dicen, que los veinticuatro, antes de entrar en cabildo, dejen á la puerta sus armas.

—Yo tengo privilegios...

—Que alegásteis con demasiada dureza.

Eso podrá decir el corregidor que se atrevió á llamarme desleal y á mandar que me llevasen preso.

—El corregidor, vasallo fidelísimo de su magestad el rey de España é Indias, tiene motivos para llamaros traidor. El presidente Deza ha podido decir, por ejemplo, que andais en

«conspiraciones, que alentais á los moriscos para que se rebelen....»

—¿Y quién ha dicho eso al presidente...? su nombre señora, si lo sabéis... el nombre del traidor.

—Se lo he dicho yo...

—¿Vos...?

—Yo precisamente no, pero sí un escrito mío, en que le recordaba vuestras continuas visitas á las Alpujarras...

—En ellas está mi señorío de Valor.

—Sin embargo le hice reparar en lo mucho que favorecíais á los moriscos: que de continuo recibíais visitas recatadas de Bartolomé de Barredo, de Diego Alguacil, de los principales promovedores de motines que tiene Granada...

—¡Ah! ¡Diego Alguacil os lo ha revelado todo!

—Para contestaros será necesario que me contesteis á la pregunta que voy á haceros. ¿Sabéis quién soy?

—Diego Alguacil me ha dado cita para esta noche á este sitio á nombre de la Dama blanca de la montaña.

—¿Y sabéis quién es la Dama blanca de la montaña?

—¿Lo sabe alguien señora? dijo con anhelo don Fernando. ¿Sabe alguien acaso si la aparición divina que hace algunos meses y con mucha frecuencia, recorre las montañas de Cádiar, ya bajo la blanca luz del alba, ya bajo los plateados rayos de la luna, es un espíritu ó una realidad, la sombra de la sultana Zoraya, como creen muchos, ó Amina, la hermosísima hija de mi noble tío el emir de los monfíes de las Alpujarras, Yaye-ebn-Al-Hhamar? ¿Conoce alguien al emir?

Su brazo se siente, pero su rostro no se vé. ¿Conoce alguien á mi prima Amina?

Dicen que es hermosa como un lucero y pura como el sol.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—Algunas veces he ido á la montaña á ponerme al paso de la Dama blanca, á vuestro paso señora; siempre me ha detenido un monfí: «no paseis adelante me ha dicho» y cuando le he preguntado quién era esa Dama blanca me ha dicho: «Esa dama es la niebla».

La Dama blanca se echó á reír.

—¿Os reis? exclamó picado don Fernando.

—Me río porque los monfíes son ingeniosos. En efecto, la niebla por la mañana y por la noche, vista de lejos orlando las cumbres de la montaña puede tomar formas muy caprichosas: puede parecer ya una dama, ya un monstruo. ¿No creis que el vulgo es muy propenso á dar forma y nombre á lo que al acercarnos á ello desaparece?

—Pero el vulgo, respecto á vos no se ha engañado, porque os tengo delante de mí, con vuestra divina apostura, y vuestras vestiduras de sultana.

—Podía haberse engañado el vulgo.

—¡Ah y cuanto me ha hecho sufrir esa blanca aparición!... porque yo preguntaba siempre que un monfí me detenía: «¿es por acaso esa dama la hija de vuestro emir?» y el monfí me contestaba: «bien pudiera serlo, porque la sultana Amina, según dicen los que la conocen, es hermosa como una huri.» Y siempre que el monfí decía esto, suspiraba, porque tenéis el privilegio de ser amada antes de ser conocida.

—Según eso, ¿creéis que yo sea la sultana Amina?

—Lo creo, señora, lo creo, porque me lo está diciendo á voces el corazón.

—Pues bien, no es engañáis, yo soy vuestra prima Amina, la hija del emir Yaye-ebn-Al-Hhamar, la sultana de los monfíes de las Alpujarras.

—¿Y para qué me habéis llamado? exclamó alentando apenas don Fernando.

—Mi padre, que tiene muchos motivos para ser severo con vos, no ha querido hablaros, y me envía á vos como intermediaria.

—¡Ah!

—Sí, es preciso que sepamos si podéis ser proclamado rey de Granada.

—Los moriscos me elegirán esta misma noche por su rey, dijo con un acento impaciente y un tanto duro don Fernando: hay una profecía...

—Sí, sí, sabemos la superchería de que se ha valido vuestro tío Aben-Jahuar el Zaquer, comprando á cierto faquí embustero, que pasa por santo entre los moriscos de Granada, á fin de haceros triunfar de las pretensiones que tiene á la corona de Granada nuestro primo Aben-Aboo; lo sabemos todo: mi padre está enojado con vos por vuestra conducta licenciosa, pero os ama, del mismo modo que ama á Aben-Aboo; al fin y al cabo entrambos sois sus parientes. Mi padre, pues, ha dejado correr los sucesos; pero como la rebelión de los moriscos de Granada no puede hacerse sin la ayuda de los monfies de las Alpujarras, como sin esa rebelión ninguna esperanza tendríais de ser rey, como mi padre el emir no tiene más descendiente que yo.... una mujer...

—¿Ha pensado tal vez en ceñirme una doble corona dándome la del amor al hacerme vuestro esposo?

—Eso no puede ser, primo, contestó dulcemente Amina.

—¡Ah! no me amáis.

—Ni puedo amaros.

—¿Que no podéis amarme...?

—No, porque soy casada.

—¡Casada! exclamó con asombro don Fernando. ¡Casada! ¿y con quién?

—¿Qué os importa eso? ¿No sois vos también casado?

—Pero casado con una cristiana á quien puedo repudiar.

—¡Repudiar á la pobre Isabel, á la madre de vuestro hijo!

—Los reyes prima...

—¡Aún no sois rey y ya quereis cometer los crímenes de los reyes!

—¡Ah! vos que os habeis casado sin duda con algún poderoso príncipe musulmán, vos que en todo habeis sido afortunada...

—¡Ah! que he sido afortunada en todo. Pedid á Dios, primo, que vuestro corazón no vierta el llanto de sangre que ya ha vertido el mio; pedid á Dios que os haga más venturoso de lo que yo he sido. ¡Casada con un príncipe musulmán! Si tal fuere mi esposo, ¿seríais vos rey de Granada?

—Y si nuestro casamiento es imposible, dijo con una cólera mal encubierta don Fernando, ¿para qué me habeis llamado, señora?

—Si nuestro casamiento es imposible, no es imposible el de nuestros hijos.

Don Fernando marchaba de sorpresa en sorpresa.

—¡El de nuestros hijos! exclamó.

—Sí, de la misma manera que vos tenéis un hijo, tengo yo una hija.

—Explicáos, explicáos mejor, señora.

—Voy á explicarme. Pero primero quiero haceros algunas preguntas. ¿Sabéis de quien desciendo?

—Dícese que descendéis de Boabdil.

—¡Oh! no ha querido Dios que yo descienda de traidores. Si en vez de ocupar el trono de Granada Boabdil, cuando la acometieron los reyes de Castilla y Aragón, le hubiera ocupado mi padre, Granada no sería esclava de los cristianos, sino la poderosa reina de Occidente, altiva con su poder y su hermosura.

—¿Quiénes han sido, pues, vues-

tros abuelos? dijo con cierto sarcasmo don Fernando.

—Mi sangre viene de las sangres más ilustres del mundo. Oid. Cuando Granada era todavía una ciudad musulmana, el rey Abul-Hacem, el viejo, prendió en la frontera á una doncella. Aquella doncella era hija bastarda del condestable de Castilla, el poderoso, el invencible don Alvaro de Luna. Después de la desastrada muerte de aquel magnate, su hija bastarda, habida en una judía, doña Judit de Sotomayor, en fin, fue cautivada por los ginetes del rey Muley-Hacem, y conducida á una torre de la Alhambra. Aquella torre se llamó desde entonces la torre de la Cautiva. Vió el rey á la castellana, se enamoró de ella, y fuese por amor ó por violencia, doña Judit fué suya. Un año después, la cautiva murió dando á luz un niño. Aquel niño fué años adelante el caudillo más valiente de Granada, porque aquel niño, que tenía en sus venas la valiente sangre de dos héroes, se llamó el emir Muza-ebn-Abil-Gazan, hermano bastardo del rey Boabdil. Y sabéis don Fernando lo que se hizo del emir Muza, después de la conquista de Granada?

—Los historiadores moros, dicen, que no queriendo ser testigo de la deshonra y de la destrucción de su patria, desapareció antes de la rendición de Granada, y añaden que no se volvió á saber de él.

—Es verdad, Muza desapareció, pero seguido de sus valientes ginetes y de sus esclavos, se ocultó en las montañas de las Alpujarras desconocido para todo el mundo, y fué el primer emir de los monfies. Sabéis ya mi ascendencia paterna, oid mi ascendencia materna: mi madre era hija del rey del desierto de Méjico, descendiente de los ascendientes del emperador Motezuma.

—¡Ah! no puede negarse que vues-

tra ascendencia es ilustre; pero, ¿por qué no vanagloriaros también de que vuestro abuelo era hermano de mi abuelo? ¿por qué no decir con orgullo que tenéis sangre de los Abderramanes?

—Sabéislo vos que sois mi pariente, y con vos estoy hablando. Ahora bien, el derecho de mi padre al trono de Granada, es incontestable.

—¿Y por qué no le reclama? dijo con altivez don Fernando.

—Mi padre quiere robustecer con la alianza al pueblo moro de Granada, en vez de debilitarle con la desunión. Mi padre renuncia en vos todos sus derechos, pero con algunas condiciones.

—¿Y esas condiciones?

—Están escritas en este pergamino, firmadas y selladas por mi padre.

—Pero es imposible leer: la luz de la luna no basta.

—Tendremos cuanto hayamos menester, seguidme.

Amina se levantó y se encaminó con paso seguro por el oscurísimo espacio que poco antes tenía á sus espaldas: don Fernando la siguió: poco después, Amina empujó una puerta, y se encontraron en un aposento ennegrecido y ruinoso. En el centro de él, había una mesa con tapete, sobre la que se veían dos bujías; y un tintero de plata: á uno y otro lado de la mesa había un sillón. Sentóse en uno de ellos Amina y en el otro don Fernando.

—Veamos esas condiciones, dijo este.

—Esperad un momento: quiero cortaros toda evasiva, demostrándoos que sois casado con Isabel de Rojas, y que tenéis de ella un hijo que se llama Ben-Yaschen.

—Hablad: quiero probar si vuestro padre está bien informado.

—Mi padre sabe todo lo que le conviene saber, primo. Váis, pues, á juz-

gar: vuestro padre, mucho tiempo antes de que vos nacieseis, fué preso por el capitán general de Granada; esto hace más de veintidos años. Durante la prisión de vuestro padre, os dió á luz vuestra madre doña Elvira de Céspedes: acusado vuestro padre de la muerte de su cuñado Miguel López, esposo de vuestra tia doña Isabel de Valor, y padre de nuestro primo Aben-Aboo, murió en la prisión á que había sido condenado de por vida.

—Mi padre fué víctima de una traición oscura, exclamó con calor don Fernando; y ¡ay del traidor si alguna vez llego á descubrirle! ¡ay de su sangre!

—En efecto, hay mucho de misterioso en algunos sucesos de nuestra familia, misterios que mi padre no ha podido descubrir á pesar de su poder. La verdad del caso es, que vuestra madre os amaba demasiado para daros una buena crianza, y que vuestro tío don Fernando de Valor, que ahora lleva el nombre de Aben-Jahuar, os pervirtió desde vuestros primeros años. A los catorce, perdonad lo que voy á deciros primo, á los catorce años érais ya un pequeño libertino. Por entonces conocisteis en el Albaicín una doncella que tenía vuestra misma edad, os enamorásteis de ella, y ella se enamoró de vos. Pero el padre de Isabel de Rojas, que ella era, tenía demasiado interés en haceros su yerno, y guardó tanto á su hija, que vos á trueque de poseerla, os casásteis con ella, por ante la Iglesia Católica, sin que lo supieran, ni vuestra madre ni vuestro tío, porque aquel casamiento fué secreto. Si el padre de Isabel hubiera vivido, aquel matrimonio no hubiera tardado en ser público; pero el padre de Isabel murió antes de que su hija diese á luz el fruto de sus amores, y quedó sola Isabel: vos la abandonásteis don Fernando, abandonásteis á vuestro hijo...

—Y quien os ha dicho, prima.....

—En vano buscáis una disculpa, la conciencia os acusa: por lo demás, y á pesar de que Isabel haya callado y sufrido, porque cree que no habeis abandonado á su hijo...

—Cada vez os comprendo menos.

—Ya se vé: mi padre ha acudido secretamente á las necesidades de esa desgraciada, á la que nada absolutamente falta, más que el amor de su esposo: mi padre ha hecho de modo que Isabel cree que atendeis á su subsistencia y á la de vuestro hijo, y vuestra pobre esposa se cree desgraciada, y sufre, pero os cree caballero y os respeta.

—¡Ah! exclamó don Fernando.

—Por lo demás, las pruebas de vuestro casamiento con Isabel de Rojas y las de la legitimidad de vuestro hijo Ben-Yaschem, existen. Mi padre ha contado con ello, y teniendo vos un hijo y yo una hija, ha creído que todas las diferencias que podrían mediar entre nosotros por causa del derecho á la corona de Granada, pueden salvarse por estas capitulaciones. Leedlas, primo, y firmadlas ó rechazadlas, pero contestadme definitivamente, para que mi padre pueda obrar en consecuencia.

Don Fernando desenrolló el largo pergamino que Amina le entregaba, y vió que estaba escrito primorosamente en árabe: su contenido era el siguiente:

«En el nombre de Dios Altísimo y misericordioso, dador de la vida y de la muerte, estas son las capitulaciones de alianza entre el emir de los monfies de las Alpujarras, el fuerte y vencedor, y el elegido de Dios Muley Aben-Humeya, rey de Granada.

Primeramente: el emir de los monfies, Yaye-ebn-Al-Hhamar, renuncia á todos los derechos que pueda tener y tenga á la corona de Grana-

da, en su sobrino Muley Aben-Humeya.

Segundo. Muley Aben-Humeya, se obliga por su parte, á casar su hijo único Ben-Yaschem, con Kinza, hija de la sultana Amina, hija única del emir Yaye-ebn-Al-Hhamar.

Tercero. En el caso de que por la voluntad de Dios, muriesen Aben-Humeya ó Yaye-ebn-Al-Hhamar, el que sobreviva, mandará en los dominios del otro durante la menor edad de sus hijos Ben-Yaschem y Kinza.

Cuarto. Si alguno de estos dos muriese antes de poder contraer matrimonio, se considerarán rotas y de ningún valor estas capitulaciones.

Quinto. Si el matrimonio de Ben-Yaschem y Kinza se efectuase, y tuviesen hijos, el primer hijo varón, heredará las coronas reunidas de Granada y de las Alpujarras; si no tuviesen hijo varón, estas dos coronas reunidas, pasarán al hijo segundo varón de Aben-Humeya si lo tuviere, ó en igual caso al segundo hijo varón de la sultana Amina.

Sexto. No habiendo por ninguna de las dos partes hijo varón, las coronas reunidas de Granada y de las Alpujarras, pasarán á Sidi Aben Aboo, primo hermano de Aben-Humeya, y sobrino de Yaye-ebn-Al-Hhamar, ó al hijo varón de Aben-Aboo, si este hubiese muerto.

Sétimo. En el caso de haber descendencia masculina por cualquier concepto de Muley Aben-Humeya, ó de Muley Yaye ebn-Al-Hhamar, Sidi Aben-Aboo será considerado como infante de la casa real de Granada, y se le señalará señorío bastante para que pueda vivir con arreglo á su estado.

Ultimamente. En virtud de las presentes capitulaciones, el emir de los monfíes de las Alpujarras, se obliga á ayudar con sus gentes de guerra y con sus tesoros, á Muley

Aben-Humeya para reconquistar de los cristianos el reino de Granada.

Seguían la fórmula religiosa y cancelloresca, por decirlo así, que usaban en tales documentos los moros, la fecha, el nombre de los testigos y el sello y la firma del emir.

Después de leer don Fernando detenidamente este pergamino, miró con ansiedad á Amina.

—Sultana, la dijo: todo esto sería inútil si tú consintieses en ser mi esposa.

—Eso es imposible, dijo con impaciencia y desagrado Amina.

—¡Imposible! ¡los reyes pueden romper los vínculos del matrimonio!....

—No lo haré jamás.

—Y... ¿por qué?

—Porque amo lo bastante á mi esposo para renunciar por él una corona, y temo á Dios lo bastante para robar á una mujer y á un niño, su esposo y su padre.

—Y si yo no quisiese firmar esas capitulaciones.

—No serías rey de Granada.

—¡Oh! ¡lo veríamos!

—Una sola palabra de mi padre, y el faquí Abul-Hasam, á quien dentro de poco consultarán los xeques del Albaicin y de la Vega, pronunciaría el nombre de mi padre en vez del vuestro.

Entróle un terror pánico á Aben-Humeya, que tenía tal idea del poder del emir de los monfíes, que todo lo temió.

—Firmaré, dijo tomando una pluma.

—Esperad, dijo Amina: es necesario que firmeis solemnemente en presencia de los wacires y de los katibs de mi padre.

Amina dió tres fuertes golpes sobre la mesa, é instantáneamente se abrió la puerta, y aparecieron uno tras otro, las veinte y tres sombras.

blancas que habían precedido hasta allí á Aben-Humeya.

—Acércate, mi buen Harum, dijo Amina, y vé como firma Muley Aben-Humeya las capitulaciones que voy á leerle: escuchad también vosotros ancianos walfes, nobles secretarios de mi padre, sabios de su consejo.

Amina leyó con voz sonora las capitulaciones.

Entonces adelantó una de aquellas sombras, y dijo con autoridad á don Fernando:

—¿Te obligas á todo lo que has oído?

—Me obligo.

—¿Juras por el Dios Altísimo y Unico, guardar y cumplir estas capitulaciones?

—Lo juro.

—Pon al pié de ellas tu nombre de rey, y junto á tu nombre este sello de oro, que es el antiguo sello de los reyes de Granada.

Y el que así hablaba, sacó un magnífico sello de entre sus ropas y le puso sobre la mesa.

Don Fernando de Valor firmó, y cuando hubo firmado, el mismo moro encubierto, sacó de una manga de su alcaizar otros tres pergaminos enrollados.

—¿Qué es eso? dijo cuidadoso don Fernando.

—Tres copias iguales de estas capitulaciones, señor, contestó el moro.

—¿Y para qué tanta copia?

—Una para vos, otra para el emir de los monfies y otra para Sidi-Aben-Aboo.

—¡Ah! es verdad, que también se le incluye en las capitulaciones.

—Firmad si quereis estas otras.

Don Fernando firmó con despecho.

Entonces el mismo moro derritió cera encarnada sobre los tres pergaminos junto al nombre de don Fernando de Valor, estampó sobre la cera en los tres el sello real de Granada,

y luego firmaron como wacires, secretarios y testigos, los tres pergaminos, los veintitres moros que estaban presentes, despues de lo cual, el moro que hasta entonces había hablado, entregó el sello real y uno de los pergaminos á don Fernando, y se guardó los otros dos.

—Id á ser rey, primo mío, dijo entonces Amina; los xeques del Albacín y los de la vega, estarán á las doce de la noche, en la casa del Hardon, junto á San Miguel.

—¿Y vos...?

—Yo... yo parto esta misma noche para las Alpujarras.

—¿Y no me dejaréis ver vuestro rostro? exclamó desesperado don Fernando, sin reparar que le escuchaban todos aquellos hombres.

—¡Oh! no, eso jamás. Adios primo, adios. Que el os ayude en la empresa en que os váis á empeñar.

Y Amina desapareció por la puerta, dejando á don Fernando, mudo, asombrado, como presa de un sueño.

Los veintitres fanstasmas desfilaron también, y el jóven se encontró solo: entonces se precipitó á la salida, atravesó el oscuro espacio de la casa arruinada, y salió á la cumbre del Panderete de las brujas.

Nada vió. Se precipitó por el sendero, y á nadie encontró; solo su caballo atado á una vid al lado del camino.

Volvió á trepar á la cumbre, entró en la casa esperando encontrar á alguien, y llegó á tientas al mismo aposento donde se habían firmado aquellas capitulaciones. Estaba densamente oscuro. Palpó: la mesa, los libros, todo había desaparecido. Dudando aún, buscó más, y oyó una voz que le dijo:

—No busques, señor, porque nada encontrarás. En la calle de San Miguel te esperan, casa del Hardon.

Don Fernando lanzó un rugido de

rabia, salió de nuevo de las ruinas, bajó del Panderete de las brujas, desató su caballo, montó en él, y partió como una flecha en dirección á Granada.

—¡Ella! ¡ella! ¡hermosa, rica! ¡hija del emir! ¡mi prima la sultana Amina, mi esperanza! ¡y casada! ¡casada! ¿y con quién? con algún rey-zuelo de Africa. ¡Oh! ¡oh! si no tuviera en mi poder este pergamino y este sello, creeria que todo lo que me ha acontecido era un sueño.

CAPÍTULO IX.

Quando llegaron don Alonso de Fuensalida, su hija doña Inés y Aben-Aboo á su casa, que bien podía llamarse casa de todos, cuando estuvieron en la cámara de recibo, doña Inés se inclinó graciosamente hácia Aben-Aboo y le dijo:

—Os suplico, señor Diego López, que me perdonéis si os dejo solo con mi padre, necesito variar de ropas... y rezar mis devociones de costumbre. Adios.

Y sonriendo al jóven de un modo que le hizo palidecer de emoción, salió.

A su vez Aben-Aboo se inclinó cortesmente ante don Alonso:

—Os suplico me perdonéis, si os dejo por un momento.

—¿Tenéis alguna aventura, señor Diego López? dijo don Alonso con un acento de interés y de autoridad que maravilló á Aben-Aboo.

—¡Aventura! no ciertamente, pero... quisiera ver á mi amigo.

—¿A vuestro amigo...?

—Creo haberos dicho que era mi amigo el marqués de la Guardia.

—¿Estáis citado con él?

—No, pero le buscaré.

—No andéis mucho por Granada esta noche; creedme á mí que soy

vuestro amigo: podréis tener malos encuentros.

—¡Oh! por eso descuidad: voy siempre bien acompañado con mi espada.

—Sé que sois valiente. Sin embargo, los encuentros que podéis tener, son de aquellos en que nada vale una espada.

—No os comprendo.

—¿No sois morisco?

—Sí por cierto.

—Pues bien, de seguro que los moriscos serán vigilados esta noche por la justicia.

—¡Ah! ¿y quién os ha dicho...?

—Es de suponer que suceda así, después de lo que ha pasado esta mañana en el Ayuntamiento con don Fernando de Válcor.

—Don Fernando es un imprudente.

—Pareceme que amáis poco á vuestro primo.

—Mi primo es enemigo mio.

—¡Ah! esas enemistades no deben existir entre parentescos tan cercanos.

—Vos no conocéis á don Fernando; él me provoca.

—Perdonad, señor Diego López; pero necesito hablaros mucho y despacio, no os detengo ahora: id á ver á vuestro amigo... pero os lo ruego, os lo suplico, no entréis esta noche en casa de ningún morisco; no nos obliguéis á hacer un esfuerzo para salvaros. ¿Quando volvereis de ver á vuestro amigo?

—¿Quién sabe? porque el tal marqués es un loco de atar, y estando á su lado, no hay medio de ser más cuerdo que él. Pero no quiero pasar esta noche fuera de la casa.

—Bien; á cualquier hora que venga os estará esperando un criado que os llevará á mi aposento.

—¿Tan importante es lo que tenéis que decirme...?

—¡Oh! ¡mucho! con que id con Dios y sed prudente.

Aben-Aboo salió lleno de confusiones; no sabía qué pensar de aquella familia con quien había trabado conocimiento de una manera tan singular, y si se quiere tan misteriosa; por otra parte, doña Inés había causado en él una sensación profundísima: su hermosura le había hecho concebir deseos ardientes; la había aspirado, la había visto de cerca, había estado en contacto con ella durante muchas horas, y su alma se había saturado del tentador perfume que emanaba de la jóven: por otra parte había sido testigo de muchas singularidades, y todas aquellas singularidades venían á anudarse en un solo punto: en la comediante Angélica.

Según la conversación que había oído en la hostería entre Andrés Cisneros y el misterioso Godinez, Angélica estaba celosa de una mujer á quien amaba el marqués de la Guardia; aquella mujer á quien aborrecía Angélica era hija del emir de los monfies: era Amina: Angélica había entrado aquella tarde de una manera inesperada en el aposento de doña Inés, y la había insultado, porque Aben-Aboo á pesar de las protestas que de haberse equivocado había hecho la cómica, había notado que aquellas dos mujeres se aborrecían: sin duda doña Inés no era otra que la hermosísima hija del emir, la sultana Amina, la Dama blanca de la montaña, su prima; Aben-Aboo pues, estaba loco, enamorado, celoso á un tiempo, é iba en busca del marqués de la Guardia, ansioso de esclarecer cuanto le fuera posible sus dudas, y de arrancarle insidiosamente algunas palabras con las que esperaba esclarecer sus sospechas.

Atravesaba, pues, Aben-Aboo muy de prisa el corredor medio oscuro de que hemos hablado, cuando se abrió

silenciosamente una puerta, y sintió ceceo: detúvose, y el ceceo se repitió; entonces Aben-Aboo, se dirigió á donde sonaba, y á través de una puerta oscura una mano de mujer le dió un papel y cerró.

Extremeciése de placer Aben-Aboo; aquella carta no podía ser de otra que de doña Inés, de doña Inés que le había sonreído durante la comedia; de doña Inés que se había apoyado fuertemente en su brazo. Y si era de doña Inés aquella carta, doña Inés no era Amina, se había verdaderamente equivocado Angélica, sus disculpas no eran fingidas; él se había engañado también creyendo encontrar una intención en el acento de aquellas dos mujeres; no, no podía ser Amina doña Inés, porque le citaba, porque una mujer no cita á un hombre jóven más que para asuntos amorosos, y Amina no le hubiera citado porque amaba al marqués de la Guardia.

Aben-Aboo se precipitó por las escaleras, ansioso de salir de aquella casa, é ir á otro lugar donde pudiese leer el papel que acababa de recibir: al bajar por las escaleras se acordó de que en la misma calle de San Miguel, lindando con su casa, estaba la taberna del Hardon.

Atravesó el zaguan, salió, tomó la calle á la izquierda, y se metió por una puerta inmediata. Muy pronto se encontró en una sala baja, en la cual había dos grandes rejas y un postigo que daba á un patio. Al fondo, sentado tras un mostrador y entre toneles, había un hombre de fisonomía ruda y enérgica, aunque franca: algunos bebedores charlaban y bebían sentados en derredor de las mesas.

Aben-Aboo se dirigió resueltamente al mostrador: al verle el que estaba al despacho, se puso de pié y clavó en el jóven una profunda mirada.

—¿En qué puedo servir á vuesa merced, caballero? dijo llevándose res-

petuosamente la mano á la gorra.

—¿Tenéis un aposento en que pueda estar solo? dijo Aben-Aboo.

—¡Oh! si señor, y bien abrigado; seguidme si gustáis.

Y tomando de un andén una palmaria con una bujía, hizo luz, y saliendo de detrás del mostrador, atravesó la taberna, y seguido de Aben-Aboo, abrió una puerta, y entrambos subieron por una estrecha escalera, y se encontraron en una reducida habitación en que había una mesa, algunas sillas y un barreño con fuego.

—El tabernero puso la luz sobre la mesa y dijo encarándose á Aben-Aboo.

—¿Necesitáis algo más?

—Sí, necesito que me contestéis á una pregunta. ¿No soís el tabernero que estaba aquí hace seis meses?

—Ya véis que no, respondió con un severo laconismo el preguntado.

—¿Y qué se ha hecho del otro?

—Toméle la taberna, se fué é ignoro su paradero.

—¿Pero esta taberna no es la del Hardón?

Miró con doble profundidad el tabernero á Aben-Aboo.

—El Hardón, ó Pero Alonso, que es como le llamamos, tiene parte conmigo en la taberna, como la tenía con el otro tabernero. Además, la casa es suya y vive en ella.

—¿Cómo os llamais?

—Roque García, para serviros.

—¿Sois morisco como el Hardón?

—Algo de morisco tengo.

—Entonces debéis conocerme; yo me llamo entre los moriscos Aben-Aboo.

—Pues no os conozco.

Mortificó un tanto esta respuesta al jóven que continuó:

—¿Pero conocéis al marqués de la Guardia?

—Tampoco conozco á ese caballero.

—Es un jóven como de veinte y

tres años, muy galán, muy valiente, muy bebedor y gran jugador de dados.

—Solo conozco de esas señas á un capitán de infantería, que se llama don Juan Coloma.

Acordóse entonces Aben-Aboo, de que don Juan ocultaba su título á causa de su pobreza.

—Y bien dijo: también don Juan Coloma es mi amigo. ¿Y viene con mucha frecuencia á vuestra casa ese caballero?

—¡Oh! sí señor, y ahora más que nunca.

—¿Y por qué más ahora que antes?

—Porque anda enamorado en la vecindad.

—¡Ola! ¿y de quién está enamorado?

—De una dama que vive en la casa grande inmediata.

—¿Y conocéis á esa dama?

Fijó otra nueva y profunda mirada Roque en el semblante de Aben-Aboo.

—Sábese, dijo, que el padre de esa dama es un caballero noble y rico, pero en cuanto á su hija nadie puede jactarse de haberla visto el rostro.

—De modo que el capitán Coloma nos puede decir...

—Creo que tampoco la conoce don Juan: pero helo ahí: en nombrando al ruin de Roma... me parece que le oigo gritar llamándome.

En efecto, se oían en el piso bajo desafortadas voces.

—Pues id, id, amigo, dijo Aben-Aboo, y decid al buen capitán que aquí hay un conocido suyo que le espera.

El tabernero desapareció por la escalera.

Aprovechando aquel momento, leyó Aben-Aboo el papel que le habían dado en el oscuro corredor de su casa: el contenido era muy corto:

«Si sois discreto, guardad un pro-

fundo secreto acerca de la cita que os doy, y ningún pensamiento atrevido aventureis por ella; id á las Animas, por el postigo de vuestra casa; yo os abriré. Doña Inés.»

Tras este billete y como no tenía tiempo que perder, sacó de la escarcela el que le había dado con una llave Pertinéz de parte de la comedianta Angélica, y que no había podido leer hasta entonces; decía así:

«Si sois tan cortés como bizarro, venid esta noche á las doce á la hostería del Carbón: cuando llegueis á lo alto de las escaleras abrid con la llave que os entregará maese Pertinéz la puerta, y adelantad por el corredor: mi aposento es el número 13. Yo os estaré esperando. Angélica.»

Aben-Aboo no tuvo tiempo de meditar en el contenido de estos dos billetes, porque el marqués de la Guardia se le echó encima.

Traía en las manos una guitarra, al costado una espada descomunal, y pendiente de la pretina un broquel cincelado.

—¡Ah! gracias á Dios que os hallo, exclamó; no sabía dónde podría hallaros, y hubiera dado por hablaros esta noche... mi alma, porque no tengo otra cosa que daros.

—¿Y para qué me buscábais con tanto interés, don Juan?

—¡Qué diablo! necesito explicar-me con vos.

—¿Explicaros conmigo?

—Sí por cierto, me habeis dado celos.

—¿Celos yo?

—Habeis acompañado esta tarde á una mujer á quien amo, á quien adoro, porque estoy loco.

—¿La que vive en mi casa?

—¿Cómo en vuestra casa?

—Habeis de saber que la casa grande de al lado es mía, y que la tengo alquilada á don Alonso de Fuensalida.

—¡Ah! perdonad; pero decidme: vos habeis visto el rostro á esa dama.

—Sin duda.

—¿Y es hermosa?

—Permitidme que extrañe, marqués, que me hagais una pregunta tal acerca de una mujer de quien os confesais enamorado.

—¡Ah! no lo extrañeis; si no es la que yo creo esa dama encubierta, no la he visto en mi vida.

—¡Ah! ¿creéis que sea una dama de la que habeis estado enamorado?

—No he amado á otra que á ella.

—Sin embargo, dicen que sois amante favorecido de una hermosísima mujer.

—¡Ah! de la princesa.

—No, no os hablo de princesas; sino de una comedianta.

—¡Ah! sí, de la comedianta Angélica: tanto dá.

—Es verdad, las comediantas lo son todo, princesas, reinas.... pero en fin, ello es que pasais por su fiel amante.

—Yo amo á esa por la otra. Estoy seguro de que donde quiera esté esa comedianta, estará la dama á quien amo. No sé por qué tengo esa seguridad, pero creo que el odio que se profesan las atrae, las junta.

—Os confieso que no os comprendo.

—Y yo os confieso que lo que pienso es incomprendible: no hay ninguna razón que lo justifique; se apoya en un instinto, en un impulso del corazón, que me grita: donde está la una está la otra.

—Pero ¿qué razones teneis para creer que doña Inés sea la mujer á quien amais?

Os diré: hace algunos meses, yo, que había dejado la corte siguiendo á la mujer que amo, mujer que me arrebató su padre, me vine á Granada: en Granada su padre fué más

astuto que yo y perdí su rastro de todo punto.

—¡Ah!

—Estaba ya desesperado, cuando una mañana, hace seis meses, al entrar á oír misa en la iglesia de San Miguel, vi salir una dama enteramente envuelta en un manto de seda. No ví ni su rostro ni su mano, ni su pié, y sin embargo me pareció reconocerla, me pareció que era ella... mi alma, á la que ando buscando desesperado: ella por su parte, al verme de improviso ante sí, hizo un movimiento marcado, un movimiento que me hizo creer que aquella dama me conocía, más aún, que al verme había sentido una vivísima alegría: la seguí, y ví que se entró en esa casa de al lado, en la vuestra, señor Diego López. Empecé á rondar pero inútilmente. Jamás se abrió un balcón ni una reja: pregunté á la servidumbre, pero la encontré muda, incorruptible. Vine todas las mañanas á la iglesia de San Miguel, y siempre la ví á la misma hora, pero envuelta cuidadosamente en el manto, acompañada de una dueña tan encubierta como ella y de un viejo escudero. Indagué cuanto pude, y solo saqué en claro, que su padre era un rico indiano llamado don Alonso de Fuensalida, que guardaba mucho á su hija y que nadie la había visto el rostro. Añadían que aún dentro de su casa tenía un antifaz puesto.

—Y decidme: ¿habeis visto á esa dama todos los días en misa?

—No, todos los días no, con frecuencia faltaba seguidos quince días.

—También, dijo para sí Aben-Aboo faltaba con frecuencia quince días seguidos la Dama blanca á sus paseos por la montaña.

—Acontecióme por aquellos días un suceso singular. Estando yo en mi posada, entró mi lacayo una mañana, y me entregó una caja que habían

dejado para mí. Abri la caja y encontré... ¿qué direis que encontré?

—¿Quién sabe?

—Pues encontré tres cortes de brocado, de los cuales es uno el que teneis puesto, algunas ricas joyas de hombre y quinientos doblones de oro.

—¿Decis que encontrásteis dentro de la caja el corte del justillo que llevo puesto?

—Sí por cierto, y á no ser vos tan mi amigo, no os hubiera dado por nada del mundo ese justillo.

Esta confidencia del marquesito, fué un rayo de luz que empezó á esclarecer las dudas de Aben-Aboo: entonces comprendió por qué doña Inés le había hecho preguntas, hasta cierto punto extrañas é inconvenientes, acerca de la procedencia del brocado que vestía.

—Ahora os agradezco doblemente vuestro sacrificio, dijo Aben-Aboo, pero continuad.

—Para obligarme á admitir aquel regalo venía dentro de la caja un billete que contenía las siguientes palabras:

«Podéis aceptar sin reparo lo que os envío, porque tenéis mi alma.»

—Era, pues, el regalo, de una dama enamorada de vos.

—¿Y quién podía ser esa dama más que la mujer á quien adoro? ¿Cómo pudo conmovirme la vista de doña Inés encubierta si no era el amor que busco?

Don Juan inclinó la cabeza sobre el pecho como para ocultar su conmoción.

—Pero vos habeis visto á esa doña Inés, exclamó de repente el marqués levantando la cabeza y fijando una mirada entumecida en Aben-Aboo; vos me diréis si es hermosa ó fea, porque si es fea, no es ella, y me interesa saberlo, porque mirad: hoy que se cumplen quince días desde que no

he visto á mi encubierta, he recibido esta brevísima carta.

Y el marqués sacó de su escárcela un papel que entregó á Aben-Aboo.

Este al abrirle palideció: estaba escrito al parecer, por la misma mano que el billete de doña Inés que le habían entregado poco antes. Aquella carta decía:

«La constancia con que me habéis seguido me obliga; estad esta noche en la taberna proxima y me conoceréis.— Quien bien os ama.»

—Yo no puedo aseguráros, dijo el marqués, si esta carta está escrita por la misma mano que escribió la que acompañaba el regalo que me hizo una dama hace seis meses, porque aquella carta de puro guardarla se me extravió. Lo que sé deciros es que estoy loco; que la cabeza se me arde; que vine esta tarde á saludarla, frénético de alegría, aunque solo pudiese enviarla mi saludo á través de las paredes, cuando os ví salir con ella y con su padre, á quien creí reconocer, á quien creí haber hablado alguna vez: soy muy mal fisonomista, y nada tiene de extraño que si en efecto le he hablado alguna vez no recuerde su semblante: la verdad del caso es que por una parte tuve celos de vos, y por otra parte me alegré porque me dije: el señor Diego López es mi amigo, sabe que puede contar con mi bolsa y con mi espada y me hablará con franqueza. ¿Amáis á esa mujer?

—Hoy es el primer día que la he visto.

—¡Ah! no importa: si es ella, con sola una vez que la hayáis visto os habréis enamorado de ella para no olvidarla jamás.

—Ese piensan todos los que aman como vos, de los que conocen á su amante.

—¿No la amáis, pues?

—No marqués, no, porque amo á otra; á una mujer que es vuestra que-

rida: á la comedianta Angélica.

—¡Oh! amadla cuanto queráis: yo mismo os llevaré de noche, tarde, á la puerta de su aposento. Llamaré y en vez de entrar yo entrareis vos. Pero decidme: ¿esa doña Inés es hermosa?

—No puede ser la que vos sospecháis, marqués, es imposible, lijo Aben-Aboo, empezando á tender un lazo traidor al confiado don Juan, lo que demuestra que no hay amistad que no pueda romper una mujer.

—¡Ah! no sabéis si es eso posible, dijo el marqués; contestadme: ¿es hermosa?

—Hermosísima: tan hermosa como la comedianta: más hermosa, porque hay en doña Inés más juventud y más pureza.

—¡Es jóven! exclamó el marqués que alentaba apenas.

—Como de veintiun años.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿Morena?

—Moreno límpido, encendido, ardiente, y para concluir de una vez ojos negros y grandes, cuello incomparable, alto y puro el seno, los labios muy rojos, y la sonrisa de ángel, pero triste y apasionada.

—¡Oh! ¡es ella! añadió levantándose fuera de sí el marqués: la esposa de mi alma, mi Esperanza.

—¿Estáis loco? dijo Aben-Aboo, dominando sus celos y su rabia.

—Sí, sí, perdonadme, amigo mio, dijo el marqués sentándose y apoyando la frente calenturienta entre sus manos; estaba hablando como si hubiera hablado con ella.

—No lo digo por eso, sino porque os equivocáis: porque esa dama que vos llamáis Esperanza y que yo llamo doña Inés, no puede ser vuestra esposa ni vuestra amante, porque.... en fin, no puede ser.

—No, no me engaño: es ella; ni me he engañado nunca; me lo dijo el corazón desde el momento en que la ví.

—Os digo que no puede ser, insistió Aben-Aboo: para probaroslo necesito revelaros un secreto.

—¿Y creéis que yo no soy bastante caballero para guardarlo?

Aben-Aboo esperaba esta respuesta y se apresuró á contestar:

—Para que no creáis que dudo de vuestra hidalguía, voy á deciros el verdadero nombre de esa dama. Olvidadle después é id á buscar con más fruto vuestra perdida Esperanza, á quien tanto amáis. Esa dama tan encubierta es una mora.

—¡Y bien! dijo el marqués con firmeza.

—Esa mora es sultana.

—Y esa sultana, insistió el marqués, es mi esposa ante Dios y mi conciencia.

—Pero..... ¿sabéis lo que decís...? tartamudeó Aben-Aboo.

—Esa dama á quien yo llamo Esperanza, es hija del emir de los monfíes de las Alpujarras; ya véis que no me habéis revelado secreto alguno.

Aben-Aboo al escuchar estas palabras hizo crujir la silla en que se sentaba: todas sus dudas habían quedado esclarecidas por la revelación del marqués; había sentido revolverse en su alma pasiones terribles, salvajes; los celos, la envidia, el odio; pero ninguna de estas furiosas oleadas de su alma salió á su semblante.

Entonces un pensamiento siniestro cruzó por su alma: sintió ánsia mortal contra el marqués, pensó en embriagarle y en asesinarle cuando lo hubiese conseguido, y desplegando la funesta astucia, y la intención mortífera de que más tarde se sirvió en la rebelión de las Alpujarras, revistió su semblante de la más engañadora alegría, y tendiendo la mano al marqués exclamó:

—¡Oh! ¡pues me alegro, me alegro con toda mi alma, don Juan! porque amando vos á la sultana Amina, como

la amáis, ¡soís de los nuestros!

—Soy enteramente de ella. Ya sé que soís morisco, señor Diego López, dijo con altivez el marqués, y que soís de los más ilustres. Pues bien: si mañana me dice Esperanza... ó Amina, como queráis; «¡Defiende mi corona!» sería traidor á Dios, traidor al rey, perdería mi alma, pero empuñaría el estandarte de la rebelión por los moriscos, y os llevaría al combate.

—¡Que nos llevaríais al combate! exclamó Aben-Aboo, cuya alma acabó de ennegrecerse; soís digno del amor de la sultana; soís digno de la corona que ese amor puede ceñir á vuestra cabeza: ¡oh, don Juan! permitid también que dé rienda á la locura de mi alegría y que os abraze: ¿con que al fin todos somos unos? ¿todos hermanos?

Y Aben-Aboo se arrojó en los brazos del marqués que le estrechó en ellos con efusión, porque se sentía feliz y el que es feliz, no odia, no sospecha, no descende á las miserias del mundo.

—Pero Esperanza no me sujetará á tal prueba, dijo el marqués sentándose de nuevo; Esperanza sabe que soy capaz de sacrificarlo todo por ella, pero no me pedirá el sacrificio. Y sin embargo, y ahora recuerdo que cuando ví á su padre: un día que fui á pedir-sela, en Madrid el año pasado, me dijo estas palabras que no he podido olvidar: «Mi hija sólo se casará con un rey; pero no importa: si es preciso os haremos rey.»

El alma de Aben-Aboo se decidió al crimen; sin embargo dijo con un acento natural y amigable:

—¡Oh! pues, si el emir se propone hacer os rey lo seréis.

—¡Dios me libre de ambicionar tal cosa!

—Pero decidme, don Juan, ¿si habéis hablado una vez al emir cómo no le habéis reconocido al verle en Gra-

nada?

Ya os dije que sólo tenía de ese caballero un recuerdo muy confuso, como que hace muy cerca de dos años que le hablé y eso solo una vez y en una ocasión en que estaba muy turbado.

—Lo comprendo, dijo Aben-Aboo: y recayendo en su traidor pensamiento de embriagar al marqués para matarle sin ruido añadió: pero lo que no comprendo bien, es que vos, que soís tan bebedor...

—¡Ah! es verdad: es necesario que brindemos juntos por mi felicidad.

—No: bebed vos solo: ya sabéis que soy morisco: sabed además que sólo soy cristiano en el nombre, y que el Koran me veda el vino y las bebidas espirituosas.

—Sea como vos queráis; pero en cuanto á mí necesito templar bebiendo y cantando mi alegría. ¡Ola, Roque! ¡Roque de Satanás! mis dos botellas, añadió levantándose y asomando la cabeza á la puerta de la escalera.

Apareció á poco Roque, con dos botellas y un vaso; estaba pálido de una manera notable, y miró de un modo singular al marqués.

Después salió.

El marqués se entregó á una alegría que podremos llamar lúgubre, en la que había mucho de locura, mucho de sufrimiento; había encontrado al fin, á Esperanza, á la que había buscado largo tiempo en vano, y un presentimiento oscuro, de que no se apercibía, daba á su contento el aspecto lúgubre y aterrador de que hemos hablado. Bebia á grandos tragos, y con una frecuencia tal, como si hubiera querido ahogar en vino lo que de una manera incomprensible comprimía su alma.

Pero cantaba, rasgueaba la guitarra, bebía y abrumaba á preguntas sobre Amina á Aben-Aboo, que le

contemplaba con ansiedad, esperando ver los primeros síntomas de la embriaguez.

Ya había despachado el marqués una botella, y ni el más ligero asomo de embriaguez había aparecido en su semblante. Destapó la segunda, llenó el vaso y le apuró de un trago.

—¿A qué sabe este vino? dijo: ese Roque se descuida: este vino sabe á húmedo.

—¡Bah! os habréis engañado tal vez, dijo Aben-Aboo.

—¿Qué es engañarme? dijo el marqués llenando de nuevo el vaso y apurándole hasta la mitad. Este vino está echado á perder ¡Eh! ¡Roque! ¡Roque!

Pero Roque no podía oírle, porque la voz del marqués se había hecho ronca; además se iba poniendo densamente pálido; Aben-Aboo sin saber qué pensar de aquello, miraba al marqués con asombro.

—¡Oh! ¿qué es esto? añadió don Juan, llevándose las manos á la frente: la casa se me anda alrededor. ¡Ah! ¿qué... es... esto?

Y como al impulso de una sospecha terrible, se levantó, dió un grito, y cayó de nuevo, pálido como un cadáver sobre la silla.

—¡Oh! ¿le habrán envenenado...? exclamó con terror y con alegría al mismo tiempo Aben-Aboo. Tal vez le mate el amor de Amina. Le han citado á esta taberna... acaso el emir se deshace de una manera tan buena como cualquiera otra, de un amante de su hija, de un amante peligroso....

Y siguió contemplando al marqués que pugnaba en vano por hablar y por levantarse. Sus ojos se cargaban; su semblante palidecía más y más, y al fin, su cabeza cayó inerte sobre la mesa.

—¡Oh! esto está concluido, dijo con una feroz alegría Aben-Aboo: el amor de Amina le ha costado la vida.

Aben-Aboo, se levantó, se acercó á él, tomó la luz, levantó la cabeza del jóven y la examinó atentamente: entonces notó con rabia, que el marqués no estaba muerto, sino dormido: respiraba con facilidad, y la palidez había desaparecido. Aben-Aboo puso la mano sobre el pecho de don Juan, y notó que su corazón latía naturalmente.

—¡Oh! no era un veneno, exclamó; sin duda se le ha adormecido con la intención de conducirle misteriosamente, sin que pueda darse cuenta del lugar, á los brazos de Amina.

Y la sombría mirada de Aben-Aboo, y la letal palidez que cubrió instantáneamente su semblante, demostraron que luchaba con un horrible pensamiento.

—Y bien, dijo; estoy solo con él: le tengo en mis manos; no puede haber lucha ni gritos; aquí hay un misterio que no comprendo, y en el cual está envuelta Amina; y luego... este hombre es peligroso; el emir ama demasiado á su hija; el marqués ha dicho, sí, lo recuerdo bien, que cuando le pidió la mano de Amina, le dijo que era necesario que fuese rey... que podría ser rey. ¡Oh! ¡y el marqués es valiente! ¡el emir poderoso! Dios me entrega este hombre para que impida con su muerte una traición que nos perdería.

Aben-Aboo salió; fué á la puerta de la escalera, escuchó, miró al oscuro fondo de una manera insensata, y luego, después de un momento de vacilación, en que pasaron por su rostro las más horribles expresiones, se arrancó la daga de la cintura, y se arrojó sobre el marques.

Pero cuando creía asegurado el golpe, cuando iba á descargarle sobre el corazón de don Juan, sintió que un mano, formidable por su fuerza, detenía la suya y le arrancaba la daga.

Volvióse rugiente de cólera, y vió ante sí á Roque.

—Los que quieren ser reyes, dijo profundamente, no deben ser asesinos

—¡Ah, traidor! exclamó Aben-Aboo: tú sirves al emir de los monfíes.

—Y bien, ¿qué? contestó el tabernero, con una calma glacial.

—Tú sabías que esa dama encubierta por quien te pregunté, era la sultana Amina.

—Y bien, ¿qué? repitió con doble calma Roque,

Tu no eres lo que parece.

—¡Yo soy monfi! exclamó Roque con acento feroz.

—¡Ah! ¡tu eres monfi! ¡esclavo de un hombre que nos tiende lazos traidores, que mantiene amistades con los cristianos, y nos suscita peligros!

—No sé quién haya podido revelarte que don Alonso de Fuensalida y su hija doña Inés, son el poderoso Muley Yaye ebn-Al-Hhamar, y la noble sultana Amina; pero no importa, Aben-Aboo: la suerte está echada: muy pronto la sangre del combate correrá en la montaña, y acaso en la ciudad: importa poco que hayas descubierto el secreto: y oye... guarda-te: porque si te atreves á levantarte contra el emir, eres hombre muerto.

—¿Me retas?

—Te aconsejo.

—¿Y si yo te castigase y diese muerte al castellano que puede ser la causa de nuestra ruina? exclamó Aben-Aboo, echando mano á su espada.

—Aunque yo solo basto para reducirte á la razón, una sola voz mía, haría caer sobre tí mil puñales.

—¡Ah! los monfíes ¡siempre astutos y traidores! exclamó Aben-Aboo, trasportado de rabia: ¡los monfíes en todas partes!

—Vete, y olvida lo que aquí ha

pasado, dijo con altivez Roque; es lo mejor que puedes hacer. Pronto empezarán á venir los moriscos que elegirán por rey de Granada á tu primo Aben-Humeya, y debes evitar que te encuentren aquí.

—¡Sí, adios! exclamó trémulo de cólera Aben-Aboo: ¡pero ay del emir! ¡ay de Aben-Humeya! ¡ay de tí!

—¡Y ay de tu cabeza! contestó con desprecio el monfi.

Aben-Aboo, salió rugiendo; bajó como una avalancha las escaleras, y salió á la calle, rebozóse, y se puso en un soportal, en acecho de su casa y de la taberna.

Entre tanto el monfi había quedado profundamente pensativo en medio de la habitación.

—No sé, dijo, por qué el emir anda con tantas contemplaciones con esos dos mozos, permite que Aben-Humeya sea rey, y me ata las manos respecto á Aben-Aboo. El emir se arrepentirá, porque esto acabará mal... muy mal... los dos son miserables y traidores: Dios quiera que no sucedan grandes desgracias: por ahora obedezcamos las órdenes de la sultana, y avisémosla de lo que aquí ha pasado.

Y asiendo al marqués, le cargó sobre sus hombros, con la misma facilidad que si hubiera sido un niño, tomó la bugia que estaba sobre la mesa, se encaminó á una puerta situada al fondo de la habitación por la parte que lindaba con la casa habitada por el emir, y desapareció por aquella puerta con su carga.

CAPITULO X.

EN QUE SE TRATA DE LO QUE PASÓ ENTRE LA SULTANA AMINA Y ABEN-ABOO.

El jóven permaneció algún tiempo observando la casa y la taberna contigua.

La calle estaba desierta y envuelta en un profundo silencio. La luna brillaba sobre ella. Al dar las diez en la iglesia del Salvador, hora en que se cerraban las tabernas, la gente que había en la del Hardon salió, y se cerró la puerta. La calle quedó ya completamente silenciosa.

Aben-Aboo esperó algún tiempo, pero nadie apareció, á pesar de que según las noticias del morisco, los xeques del Albaicin debían empezar á acudir á las diez. Entonces recordó Aben-Aboo que á la casa del Hardon podía entrarse por diferentes minas, algunas de las cuales conducían fuera de la ciudad.

—¡Oh! exclamó: los que han de elegir rey á don Fernando entrarán por las minas, y de la misma manera habrán sacado por las minas al marqués: aunque me estuviese aquí toda la noche nada descubriría... y luego... luego quién sabe para qué se ha dado ese brevaje al marqués. Acaso he supuesto lo que no existe: acaso mis celos... tenía razón ese hombre... no se puede ver á Amina una vez sin amarla... el amor que me ha inspirado ha crecido con los celos que el marqués me ha hecho sentir... y acaso me engañe... porque si ella amara al marqués ¿á qué haberse estado recatando de él durante dos años? pero sin embargo, la carta que le citaba esta noche á la taberna... pero á mí me ha citado también y de una manera más directa, por el postigo... yo puedo saber si la sultana, esa sultana que ha estado á mi lado sonriéndome horas enteras, es la Dama blanca... y luego puede ser muy bien que me ame: que me conozca hace mucho tiempo... yo me he puesto á su paso en la montaña... tal vez solo ha tenido con el marqués una aventura galante... y sobre todo yo debo apurar hasta donde pueda este misterio... yo debo acudir á la cita de doña Inés.

Y saliendo del soportal rodeó su propia casa como quien bien la conocía, y se dirigió sin vacilar al postigo.

Detúvose un momento en él á fin de dominarse, y cuando lo hubo conseguido, cuando juzgó que en su semblante no quedaba el menor vestigio de la reciente tormenta, llamó recatadamente al postigo.

Inmediatamente aquel postigo se abrió, y Aben-Aboo lanzó un grito de sorpresa al ver ante sí entre las sombras una mujer enteramente vestida de blanco y con un antifaz del mismo color sobre el rostro.

—¡La Dama de la montaña! exclamó.

—Seguidme, dijo la jóven.

Aben-Aboo la siguió con el corazón palpitante: atravesó el huerto tras ella, y tras ella atravesó un corredor oscuro, subió unas escaleras, y se encontró en un precioso retrete alumbrado por dos bujías de cera que había sobre una mesa. Sobre aquella mesa además había un pergamino enrollado y una daga que Aben-Aboo reconoció con terror: era la suya, la que le había arrebatado en la taberna el monfí.

La jóven cerró la puerta, se quitó el antifaz y apareció el semblante pálido y severo de Amina.

—¿Qué habeis pensado de esta cita? dijo Amina con acento grave.

—¿Me preguntais lo que he pensado ó lo que pienso? dijo con audacia Aben-Aboo.

—Os pregunto lo que habeis pensado, no lo que penseis ahora.

—He pensado delirios, prima.

—¡Delirios!

—Sí; he pensado que Dios se compadecía de mí y me daba con vos la felicidad.

—¿Y qué motivos habeis tenido para pensar que yo...

—Hace mucho tiempo que sin conocer os amo.

—¡Extraño amor!

—Os he visto en la montaña...

—Creo que ya os costó un lance desagradable vuestra obstinación en seguirme.

—Con qué confesais...

—Lo confieso todo... todo lo que querais que confiese... que soy la Dama blanca de la montaña, sultana Amina, la amante del marqués de la Guardia...

Amina pronunció estas palabras con una indiferencia despreciativa.

—¡Oh! exclamó con rabia Aben-Aboo, ¿sabeis que os amo, que os he buscado con una tenacidad incansable y os atreveis á decirme que amais á otro?

—Si no viniérais de donde venis, si no hubiérais querido hacer lo que no habeis podido, yo os hubiera dicho: soy vuestra prima Amina, la que habeis seguido á la montaña con peligro de vuestra vida; en el tiempo que hoy hemos estado juntos he comprendido que me amais: yo no puedo pagar vuestro amor, porque no me pertenezco, porque mi corazón y mi vida son de otro á quien conocí antes que á vos; pero ahora después de lo que he hecho, después de lo que habeis dicho, me limito á deciros: tomad vuestra daga, infante Aben-Aboo, y dedicadla á más noble uso que á asesinar hombres dormidos.

—¿Sabéis señora que ese hombre se jactaba de una manera insolente de que le amábais?

—Puede jactarse de ello: además creía hablar con un amigo.

—¿Habéis olvidado señora que ese hombre desprecia vuestros dones vendiéndolos?

—Creía hacer un servicio á un amigo.

—¿Es decir que creéis bueno y noble todo lo que proviene del marqués de la Guardia.

—Es mi esposo, y debo respetar-

le... es más, creo que solo peca de imprudente, de enamorado.

—¿Qué es vuestro esposo? exclamó asombrado Aben-Aboo.

—Tomad ese pergamino y comprended por qué os llamo infante, por qué llamo mi esposo al marqués de la Guardia.

Y entregó á Aben-Aboo el pergamino enrollado que estaba sobre la mesa, y que no era otra cosa que una copia de las capitulaciones concertadas entre el emir de los Monfies y Aben-Hmeya.

—¡Tenéis una hija! exclamó ferozmente Aben-Aboo, después de haber leído el pergamino; Aben-Humeya tiene un hijo!...

—¡Oh! nunca hubiera creído, dijo con profundo desdén Amina, que la ambición hiciese á los hombres tan miserables. Pero ved lo que hacéis, Aben-Aboo, ved lo que hacéis, porque os advierto que vuestra primera traición será la señal de vuestro castigo.

—¿Para qué me habéis llamado aquí, señora?

—Mi padre os conoce, Aben-Aboo, y lo ha temido todo de vos, en los momentos en que los moriscos de Granada eligen por su señor á Aben-Humeya: procuró distraeros, os llamó á su casa con un pretexto, os retuvo á nuestro lado, y yo procuré haceros olvidar vuestra ambición por el amor. Creyéndoo enamorado os cité para apartaros acaso de vuestra ruina, no para alentar un amor que era imposible. Pero vos habéis obrado de tal modo, que me obligáis á ser con vos todo lo severa que puede ser una persona que aborrece el crimen.

—Pues os anuncio que vos seréis la causa de muchos crímenes.

—¡Yo!

—Sí, vos. Primero he codiciado la corona de Granada, y me la habéis robado; después os he codiciado á vos y os he perdido.

—¿Y qué derecho tenéis á esa corona, qué derecho á mi amor?

—Mi voluntad.

—Vuestra voluntad os llevará á vuestra ruina. Haced lo que mejor os plazca, sed en buen hora mi enemigo. Ni os temo ni os desprecio. Procuraré burlar la venganza que sin duda meditáis contra mi padre y contra mí. Pero os aconsejo una cosa. Recatad mucho vuestra venganza, y sobre todo no habléis con mi padre como habéis hablado conmigo. Mi padre nada sabe. Yo debía avisarle para que se precaviese de vos, pero sobre ser vos casi impotente, espero que cuando salgáis del estado de delirio en que os encontráis, reflexionaréis, comprenderéis que en vez de odio nos debéis agradecimiento, y seréis nuestro buen pariente. Si ese momento llega, yo os tenderé mi mano, os perdonaré el mal que habéis querido hacerme, y seré vuestra hermana. Ahora salid, porque todo lo que teníamos que hablar lo hemos hablado ya.

—Adios señora, adios, dijo Aben-Aboo, con acento sombrío, adios, y no os olvidéis de mí.

—A pesar de vuestras amenazas, os aconsejo que nada intentéis esta noche contra Aben-Humeya, por más que tengáis algunos parciales, ni dejéis de ver á mi padre. No déis un paso hácia adelante, si no estáis seguro de que no habéis de arrepentiros, porque os lo repito, creo que más que criminal sois loco.

La triste dulzura con que Amina pronunció estas palabras alentó á Aben-Aboo que volvió desde la puerta y se arrojó á los pies de Amina.

—¡Oh! tened compasión de mí, le dijo: tenéis razón, yo no he pensado en el crimen hasta que he visto defraudadas todas mis esperanzas... pero amadme, señora, amadme, porque yo antes de ver vuestro semblante os amaba, me había fingido en vos la

hermosura de un arcángel, y al veros he visto que había soñado poco, que soís más hermosa, más noble que lo que soñó mi deseo: amadme, y sea en buen hora Aben-Humeya rey de Granada: si vos soís mía, seré más feliz que mandando sobre todos los imperios del mundo.

—¡Yo os amo! dijo Amina con una dulcísima voz de consuelo.

—¡Oh! ¡que me amáis! ¿luego vuestro amor al marqués de la Guardia es mentira?

—Y es mentira también mi hija Kinza?

—¡Ah!

—¿Y habéis podido creer que habría sido madre sino por el amor de un hombre que hubiera llenado enteramente mi alma?

—¡Oh! y entonces... entonces... ¿cómo me amáis?

—Levantad y oid: yo os amo porque una voz íntima de mi corazón me dice que os ame; pero os amo de una manera tranquila; como creo que se debe amar á los hermanos; el solo pensamiento de otro amor hácia vos, me horroriza, me repugna... ese amor no puede ser entre nosotros: mi corazón le rechazaría, aunque no amase á otro hombre.

—Pues adios, señora... adios, dijo Aben-Aboo levantándose con el semblante teñido de una palidez letal... ya que no puede haber entre nosotros amor, habrá odio... no podéis amar-me... yo os juro que me aborreceréis.

Y Aben-Aboo que conocía las entradas y salidas de la casa como quien era su dueño, salió frenético, dejando sola y aterrada á Amina, que comprendía bien lo temible que era Aben-Aboo.

Por algún tiempo, este vagó á la ventura por calles y callejas; sin dirección fija, calenturiento, entregado á pensamientos, ó por mejor decir, á intenciones de venganza á cual más

horrible: la venganza, ese mónstruo del corazón humano, no había tomado para él formas, pero se revolvía fermentando y rugiendo en su alma.

Así anduvo una hora: al cabo de ella, el frio que era intenso, contrapesó el ardor febril de su sangre, volvió á su pensamiento la reflexión y se rehizo. Entonces no renunció á su venganza, sino que se resignó á esperar que esta se le presentase en todo su esplendor, justificada, traída por los acontecimientos; comprendió que debía ser prudente, que cuanto más encubriese su odio más seguro sería su efecto, y á paso lento tomó el camino de la calle de San Miguel; cuando llegó á ella notó que estaba tan silenciosa y desierta como cuando la había abandonado, y que no se veía el reflejo de una sola luz ni se escuchaba el más leve rumor en la casa del Hardon.

—Habrán venido por las minas y estarán en los subterráneos, dijo suspirando, y se encaminó á la puerta principal de su casa.

Abrióle un criado que le indicó que su señor le esperaba y le condujo á su habitación.

Yaye estaba sentado junto á una mesa, tenía quitada la venda y se le veía en el lado izquierdo de su frente una profunda cicatriz redonda.

Aben-Aboo, ya enteramente dominado, adelantó y dobló una rodilla ante el emir besando una de sus manos.

—¿Qué haces, hijo mio? le dijo conmovido Yaye.

—Os rindo el homenaje que os hubiera rendido desde el primer momento, señor, si hubiera sabido quien érais.

Yaye le atrajo á sí y le besó conmovido en la frente: Aben-Aboo notó que una lágrima del emir había caído sobre sus mejillas.

Esto que hubiese conmovido á otro, irritó á Aben-Aboo.

—¿Has visto á tu prima? le dijo Yaye haciéndole sentar á su lado.

—Si señor.

—He preferido que ella sea quien te revele lo que no te he querido revelar hasta este momento: quería retenerte junto á mí para que no hicieses una locura, pero no quise imponerte el respeto que en este momento te domina. Pero era necesario, cuando se te da un infantazgo, que tu tío y tu señor hablase contigo. Ya sé que has pensado en un puesto más alto, pero en todos los puestos, hijo mio, encuentra un noble lugar el que es valiente, caballero, y, sobre todo, ama á su patria. Ha llegado el momento de la lucha, lucha que ya no puede dilatarse por más tiempo. Aben-Humeya cumplirá con su deber como rey de Granada, y tú como infante le ayudarás: yo os ayudaré á entrambos. No quiero ocultartelo; la lucha es terrible, arriesgada, y si sobreviene la más leve división entre nosotros somos perdidos, y sentenciamos á nuestros pobres hermanos, ya harto oprimidos, á la esclavitud, á la muerte, á la deshonra, que es la peor muerte de las muertes. Si hay en tí ambición, espera y no desesperes, hijo mio. Si el cristiano nos vence, nuestra corona será la corona del martirio; si le vencemos, si, como en otro tiempo nuestros abuelos, logramos avanzar sobre las tierras del cristiano, ayudados del poder del sultán de Constantinopla nuestro amigo, entonces Aben-Aboo, sobrarán coronas en los reinos que reconquistemos.

—Solo os pido una gracia, señor, dijo hipócritamente el jó ven.

—¿Cual?

—No separarme de vos, pelear á vuestro lado, llevar en el combate vuestra bandera.

—En lugar estarás, que satisfaga tu valor y tu orgullo, hijo mio. Ahora escúchame, es necesario que par-

tas al momento á las Alpujarras.

—Eso mismo pensaba deciros, señor.

—Yo partiré mañana. Toma: esta carta mía te abrirá paso entre los monfies que te ayudarán si necesario fuese. Tu madre vive en Cádiar, añadió conmovido el emir.

—Si señor.

—Tu madre estará inquieta.

—Mi madre me ama en extremo, señor.

—Pues bien: di á tu madre que nada tema, que el emir de los monfies te protege. Esto la tranquilizará.

—Muy bien, señor.

—Toma, añadió Yaye, abriendo un cajón de una mesa y sacando una repleta bolsa de oro: sé infante de Granada.

—¡Ah! ¡cuantas bondades, señor!

—Adios, vete: sobre todo prudencia y sigilo: que nada puedan sospechar los cristianos hasta el día del alzamiento.

—Adios, señor, adios, dijo Aben-Aboo que deseaba verse libre de la influencia que ejercía sobre él el emir.

—¿Y no te despidas de mi hija? dijo el emir señalando á Amina que había aparecido en una puerta.

—¡Ah, señora, adios! dijo Aben-Aboo dirigiéndose á ella.

—Sed feliz.... y seguid mis consejos, le dijo Amina.

—¡Ah! no los olvidaré, señora.

Aben-Aboo salió, y poco después se sintió abrir la puerta exterior y las pisadas de un caballo en la calle que se alejaron hasta perderse en el silencio.

—¡Ah! exclamo Amina en un acento que no pudo oír su padre: quiera Dios que con ese hombre no nos preceda á las Alpujarras la desgracia.

Amina sentía oprimido su corazón por un presentimiento funesto.

CAPÍTULO XI.

ALIANZA DE SANGRE Y LODO.

A punto que Aben-Aboo entraba á caballo en el corral del Carbón, daban las doce en el reloj de la Capilla real.

Era la hora de la cita con Angélica.

El corral estaba desierto, silencioso é iluminado de lleno por la luna. Aun estaba alzado el tablado donde se había hecho la representación, pero despojado de los tapices y de las cortinas: como si dijéramos, en esqueleto.

Aben-Aboo, pensó primero en llamar á maese Pertíñez para que le sirviera de guía hasta el aposento de la comedianta. Pero prefirió no recurrir á él sino en un caso extremo, ató su caballo á un poste del corral, y se aventuró por las estrechas escaleras que guiaban á la hospedería.

Llegó á lo alto de las escaleras y palpó: encontró al fin una puerta que abrió con la llave que le había entregado maese Pertíñez de parte de Angélica.

Pero se encontró con una dificultad; el pasillo estaba oscuro, y apenas penetraba en él un débil reflejo de los rayos de la luna á través de las claraboyas del techo.

Aben-Aboo recordó que el aposento de Angélica estaba á la derecha, y en la parte media del pasillo, cabalmente por aquella parte y en el mismo costado daba un rayo de luna.

Aben-Aboo adelantó con la esperanza de que tal vez aquel blanco rayo de tibia luz le dejaría percibir algún número por el cual guiarse; se quitó las espuelas para no hacer ruido, y adelantó recatadamente, hasta el lugar iluminado por la luna.

Aquel lugar de la pared estaba sobre una puerta; Aben-Aboo sintió

una extraña conmoción al notar que en medio del espacio iluminado por la luna se destacaba negro y enorme el número 13.

¿Era aquello una casualidad, ó que Dios ó el infierno le ayudaban?

Otro estremecimiento distinto agitó á Aben-Abo al llamar á la puerta; al fin era jóven y por más que un jóven esté poseído de las más violentas pasiones, siempre siente un no sé qué poderoso que le domina cuando en medio del misterio se acerca á una buena moza que le espera.

Porque Angélica debía esperarle.

Aben-Aboo notó que la puerta cedía bajo su mano sin ruido, lo que demostraba que la puerta estaba preparada para esta clase de lances: el jóven adelantó y se encontró en un espacio alfombrado, con gran asombro suyo, porque no esperaba encontrar tal lujo en tal hostería.

Por una puerta al frente se percibía un tenue resplandor: Aben-Aboo adelantó guiado por él, atravesó otro aposento oscuro y se encontró al fin en la misma habitación en que Angélica había recibido aquella mañana á maese Pertíñez.

En un estrado de damasco, reclinada en sus almohadones, y dormida, reflejando en su hermoso semblante, en su cuello y en su seno casi descubierta, como por descuido, la luz de una bujía colocada en una pequeña mesa junto á ella, estaba Angélica.

¿Dormía ó fingía dormir? Esta pregunta se hizo Aben-Aboo, pero comprendió que aquella mujer que le esperaba á aquella hora, despierta ó dormida, no debía de haberle citado para hablarle del gran turco.

Aben-Aboo no se atrevió á despertarla en el momento: tan hermosa estaba dormida; por intención ó pereza, no se había quitado del traje que había usado para la comedia, más que el adorno de plumas: conservaba

el magnífico collar de perlas, regalo humillante de Amina, y sin duda, para respirar mejor, se había abierto el justillo; Aben-Aboo, pudo pues, anegar sus miradas en aquel cuello divino, y en aquel seno de mármol; luego como si una atracción poderosa le hubiese dominado, acercó lentamente su semblante á aquel seno y le besó.

En esto, entraba al mismo tiempo el deseo y el cálculo; necesitaba mostrarse enamorado y audaz con aquella mujer, en quien había visto un enemigo mortal de Amina, y cuya alianza podría convenirle.

Al sentir el ardiente beso del jóven Angélica despertó y exhaló un ligero grito de terror, que si fué fingido, lo fué admirablemente.

Luego, al reconocer al jóven se tranquilizó, se sonrió de una manera tentadora, y tendió la mano á Aben-Aboo, cubriéndose con la otra el seno con los encajes.

—¿Por qué estais de rodillas? dijo infiltrando una mirada traidora por lo amante, en los ojos entumecidos de Aben-Aboo.

—Estaba adorando vuestra hermosura.

—¡Ah! ¿y vos cuando adorais besais?

—¡Ah, señora! perdonad; pero la culpa es de vuestra divina belleza.

—¿Quién os ha enseñado á enamorar de ese modo?

—Vos.

—En poco tiempo hago yo maestros de amor.

—Vos le enseñais con una sola mirada.

—De modo que vos...

—Yo os adoro.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque adorais á otra.

—¡Ah!

—Como yo adoro á otro.

—¡Oh!

—Pero vos necesitais vengaros.

—Sí.

—Y yo también.

—Yo de la altivez de una mujer.

—Yo del desamor de un hombre.

—Somos, pues, amigos.

—Amigos de odio.

—¿Y no más que amigos? dijo Aben-Aboo rodeando la cintura de Angélica.

—Ya veis que os dejo hacer...

—¿Queréis sin duda serviros de mí?

—Como vos de mí.

—¡Ah! yo me serviria de vos para ser feliz.

—Vos podeis hacerme feliz haciéndome vuestra.

—¿Hablais de veras?

—¿Pues no?

—Oid, señora: apesar de que creo que cuando me habeis llamado, me conoceis y comprendeis que puedo serviros de mucho, á pesar de que estoy seguro de que ni me amais ni podeis amarme, vos podeis estar segura también, de que á pesar de que amo á otra mujer, á pesar de que luchó con mi suerte, podeis ser mi tentación, la mano que me impulse .. y á más de eso, la fuente donde beba el amor de que estoy sediento.

—¿De veras? ¿Hablais de veras?

—Entre una mujer como vos y un hombre como yo, no puede haber mentira. Yo os comprendo como vos me habeis comprendido.

—¿Y qué habeis comprendido en mí?

—Que sois capaz de todo por vengaros de una mujer.

—¡Ah! sí, como vos arrostrareis la perdición de vuestra alma por vengaros de un hombre.

—Yo os doy la mujer á quien amo.

—Y yo el hombre á quien adoro.

—A falta de ese hombre...

—Acepto vuestro amor.

—A falta de esa mujer, yo os doy mi alma.

—Oid, dijo Angélica levantándose de entre los brazos de Aben-Aboo, y separándole de sí en un movimiento de suprema dignidad: no creais que la mujer que habeis visto representando sobre un tablado, ofreciendo su talento y su hermosura al vulgo, es una de esas cómicas perdidas, que abren sus brazos al primero que se las presenta con las manos llenas de oro. Bajo la comediante está la mujer con todo su pudor, con toda su dignidad: tras mi presente de cómica, hay un pasado noble y altivo, aunque lleno de amargura y de pasiones terriblemente combatidas. Lo he perdido todo, todo, menos la honra y el corazón. Y os digo que no he perdido la honra, porque solo he pertenecido á un hombre, á quien he considerado como mi esposo; os digo que no he perdido el corazón, porque no puedo sufrir que ese hombre me engañe y me mienta amores cuando me desprecia. El amor que sentía hacia el marqués, se ha convertido en ódio, en lo único que puede convertirse el amor, como un día se convertirá en ódio el amor que os inspira esa duquesita de la Jarilla, esa sultana mora, esa doña Esperanza ó Amina...

—Se ha convertido ya.

—Os habeis arrastrado á sus piés y os ha despreciado...

—Sí.

—¡Oh! pues debeis vengaros.

—Me vengaré, no sé cómo, pero me vengaré.

—¡Oh! cuánto me amareis si yo os proporciono una venganza doble, una venganza horrible!

—Siento, señora, que me domináis, que acabareis por enloquecerme, por ser el arcángel de fuego de mi vida.

—¡Oh! seguid, seguid: irritad vuestro ódio: qué hermoso estais pensando en vuestra venganza!

En efecto, Aben-Aboo estaba hermoso, pero con una hermosura como la que solo puede suponerse en Sata-nás.

—Somos, pues, el uno del otro. Nos pertenecemos, dijo Aben-Aboo.

—Sí; somos desde ahora el uno del otro para vengarnos: después, cuando nos hayamos vengado, cuando yo pueda considerarme viuda, ahogaremos nuestros remordimientos, el uno en los brazos del otro.

—¡Remordimientos!

—Sí; ¿qué culpa tienen Amina y don Juan, de que el cielo los haya reunido para amarse como se aman los ángeles? Nosotros deberíamos respetar ese amor, noble y grande, purificado por el infortunio, y sin embargo, ese amor nos roe el alma, y necesitamos exterminarle para que no nos despedace: cometeremos un crimen: lo sé: marchó á él de frente, sé que me espera el remordimiento, pero me vengaré, ó por mejor decir, destruiré lo que no puedo ver, lo que no puedo suponer sin sentir una rabiosa sed de sangre.

—No parece sino que mi alma es una continuación de vuestra alma, porque lo mismo pensamos los dos, señora.

—Nuestro común ódio hacia esos dos, que sin nosotros serian tan felices, establece ya entre nosotros una especie de amor extraño...

—Que tal vez mañana...

—¿Quién sabe?

—Os juro no perdonar nada por vengaros.

—Yo os lo juro también.

—Os seré fiel como la espada á la mano.

—Y yo á vos como el veneno á la muerte.

—Somos, pues, el uno del otro.

—Como hermanos de venganza ahora.

—¡Y cuando se satisfaga esa venganza!

—Creo que para entonces os amaré... os amaré como yo amo, con toda mi alma.

—Para eso es preciso que no nos separemos.

—He despedido esta noche á mi doncella para estar en libertad de obrar.

—¿Qué quereis decir?

—Que voy á seguiros ahora mismo.

—¿Y el señor Cisneros?

—¡Ah! ¡Cisneros! ¡pobre loco!

—¿Y el señor Salvador Godinez?

—¡Callad! dijo Angélica palideciendo: callad: cabalmente por temor á ese hombre sería capaz de huir con Satanás.

—Él cree que no le conoceis.

—¿Le conoceis vos?

—No, pero creo...

—Es mi verdugo, el autor de mis desgracias, el que me ha obligado á arrojarle á las tablas: cree que no le conozco. ¡Ah! á una mujer como á mí no se la engaña más que una vez.

—Pero ¿quién es ese hombre? ¿por qué os causa tanto terror?

—Si me probais que no desconfiais de mí, yo no desconfiaré de vos. ¿Cómo os llamais?

—Me llamo el infante Sidi Aben-Aboo.

—¡Ah! ¡no mentís cuando decís que sois mío! ¿Sois moro?

—Sí.

—¿Vais á rebelaros contra el rey?

—Sí.

—¿Anslais beberla sangre de Aben-Humeya?

—Sí.

—¡Oh! he buscado el crimen y el infierno no podía hábermele presentado más completo, más terrible. ¿Matareis á Aben-Humeya, vuestro pariente?

—Aunque fuese mi hermano.

—¡Y si yo os dijese el nombre del asesino de vuestro padre!

—El nombre del asesino de mi padre....

—Vuestro padre murió de hambre después de haber sido herido por los monfies en una cueva de las Alpujarras.

—¡Ah! y acaso el emir de los monfies...

—Es el asesino de vuestro padre... y no solo de vuestro padre, sino de don Diego de Valor, padre de Aben-Humeya.

—¡Y aun no hace una hora, que el hipócrita, que el miserable me abrazaba y me llamaba su hijo, y regaba con sus lágrimas mi semblante!

Angélica se estremeció; su crimen era horrible; pero necesitaba despedazar el corazón de Amina, y siguió marchando de frente al crimen.

—¡La prueba! ¡la prueba de lo que acabáis de revelarme, señora!

—Sí. os la daré clara y terminante, pero si hemos de llevar á cabo nuestra alianza, es necesario que no nos separemos: para no separarnos, es necesario que huyamos, para huir es necesario aprovechar los momentos. ¿No os he dicho que me he quedado sola para estar dispuesta á todo?

—¡Huir! ¡huir conmigo, esta misma noche!

—¿Os falta dinero?

—Tengo unos cien doblones.

—Y yo tengo joyas que valen un tesoro: joyas que he preparado para la fuga.

—¿Pero habéis meditado que estamos en diciembre, que tenemos que pasar por la falda de la Sierra?

—¿Y quién teme al frío llevando un volcán en el corazón.

—Luego... un viaje de algunas leguas á caballo...

—Pero vuestro caballo es fuerte...

—¡Oh! ¡sí!

—¿Para llevarnos á mí, á mis joyas y mi dinero?

—Sí, indudablemente, si no es más que lo que hay en ese cofrecillo.

—¡Oh! pues entonces, esperad.

Angélica, tomó la luz, dejando á oscuras á Aben-Aboo, y desapareció tras una puerta de cristales.

No es la oscuridad lo mejor para inspirar buenos pensamientos; parece que hay más bien allí donde hay más luz. Durante el breve espacio que Angélica tardó en volver, Aben-Aboo acabó de convertirse en un demonio, sintió hácia Angélica un amor satánico, enteramente distinto del amor que le había inspirado Amina: ardió su sangre al recuerdo de su hermosura; se inflamó su alma en un fuego sombrío al medir la profundidad de aquella alma infame de mujer. En una palabra, Aben-Aboo se vendió enteramente al diablo.

Angélica volvió enteramente vestida de negro, y envuelta en un largo manto, tomó el cofrecillo de sus joyas, puso en él las que tenía cuando llegó Aben-Aboo, cerró el cofrecillo, y le entregó al jóven que le puso debajo del brazo. Luego se asió al otro brazo de Aben-Aboo, y apagó la luz.

—Me habéis dicho vuestro nombre y vuestros intentos, dijo Angélica en medio de las tinieblas, con un acento tal que erizó los cabellos del supersticioso Aben-Aboo. Voy á deciros el mío y mis intenciones. Pertenezco á la familia más ilustre de Venecia, y en la corte de las Españas todos conocen mi nombre. Permitidme que os diga antes mis intenciones. Quiero gozar con vos un placer del infierno, quiero quemaros y quemarme en ese amor; quiero morir en medio de un torbellino de fuego levantado sobre mi venganza satisfecha. Os he llamado, y habéis respondido á mi llamamiento. Soís mío, enteramente mío en cuerpo y en alma, como en cuerpo y

en alma soy toda vuestra.

Y tras estas palabras, resonó entre las tinieblas, un doble beso, ardiente, terrible, por el que parecían haberse exhalado dos almas condenadas.

—Ahora, dijo la comedianta, sabed mi nombre: me llamo la princesa Angiolina Visconti.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO FUE LA PROCLAMACIÓN DE ABEN-HUMEYA.

A la misma hora en que Aben-Aboo desesperado se encaminaba al corral del Carbón, en busca de Angiolina, dentro de una habitación de una casa situada en lo más alto del Albañín, se paseaba impaciente Aben-Humeya.

Los adornos y los muebles de aquella habitación, demostraban que la casa pertenecía á un moro rico.

Aben-Humeya estaba completamente vestido á la castellana, con un traje de terciopelo negro.

En la casa no se oía el más leve ruido.

El jóven mostraba en su semblante esa profunda preocupación que se apodera de todo el que está á puto de cambiar de posición y de destino de una manera grave y trascendental.

Podía decirse, que las dos pasiones que de una manera más marcada se dejaban ver en aquella preocupación, eran la ansiedad y el miedo.

El jóven había oído distintamente dar las doce en el reloj de la colegiata del Salvador, y su ansiedad y su miedo parecieron doblarse.

Aun duraba la vibración de la última campanada, cuando resonó una llave en una cerradura, se abrió una puerta, y apareció un moro completamente vestido de blanco, cubierto

el rostro con el extremo de su toca, y con una linterna encendida en la mano.

Aquella noche era para don Fernando de Valor, ó Aben Humeja, una noche de fantasmas blancos.

—Sígueme, le dijo el moro.

Aben-Humeja tiró de una manera resuelta tras el encubierto, que atravesó algunas habitaciones y en el fondo de un corredor, abrió una puerta, pasó por ella, y empezó á descender por unas estrechas escaleras.

Aben Humeja le siguió.

Ya á bastante profundidad, el moro abrió otra pequeña puerta chapeada de hierro mohoso, y tiró adelante, siempre seguido por Aben-Humeja.

Marchaban por una estrecha mina abovedada, revestida por una argamasa gris, dura y reluciente.

Después de haber recorrido una distancia como de mil pasos, el moro se detuvo delante de otra puerta, igualmente forrada de hierro, la abrió y empezó á subir por otras escaleras.

Abrió al fin otra puerta, hizo atravesar á Aben Humeja algunas habitaciones, y al fin le dijo al entrar en un aposento circular ricamente ornamentado y alhajado:

—Espera aquí.

Y cerró con llave la puerta.

El jóven notó que sobre algunos almohadones, que constituían los asientos de la estancia, había ropas y armas moriscas.

El sobresalto y la ansiedad, seguían siendo la expresión de su semblante.

No pasó mucho tiempo antes de que resonase una llave en la cerradura de otra de las puertas de la estancia, que se abrió y dió paso á un hombre grave, hermoso, noble, que llevaba vestiduras de califa, y corona de oro en la cabeza.

Tal era la magestad del recién en-

trado, que la turbación de Aben-Humeja creció.

—En este momento, dijo á Aben-Humeja, se reúnen casa del Hardon, los xeqes del Albaicín y de la Vega, y los wazires, alimes y walies de las Alpujarras. ¿Estás dispuesto, Aben-Humeja?

—Quién eres tú que te me presentas con las insignias de rey de los creyentes, la espada de la conquista al costado, y la corona del imperio en la cabeza? preguntó con recelo el jóven.

—Soy el emir de los monfies de las Alpujarras, el primo hermano de tu padre, tu tío, contestó Yaye-ebn-Al-Hhamar, que él era.

—¡Ah, señor! exclamó Aben-Humeja, dominado por el magestuoso aspecto de Yaye, por su palabra, y por la conmoción misteriosa que se notaba en su voz: ¡ah señor! ¿con que vos soís ese noble y poderoso pariente que tanto ansiaba conocer?

Y Aben-Humeja, se arrojó á los pies de Yaye, y asió sus manos, sobre las cuales, como sobre las de Aben-Aboo, anteriormente, rodó una lágrima del emir.

—Ha llegado la hora, dijo Yaye: nuestros hermanos no pueden resistir ya el odioso yugo del conquistador y le rompen. El levantamiento necesita un rey, y todos esos fieles creyentes que se congregan casa del Hardon, te aclamarán, hijo mío, pondrán á tu costado la espada de la conquista, y sobre tu cabeza la corona del imperio.

—¿Y vos, señor? exclamó hipócritamente Aben-Humeja.

—Cuando Granada obedecía las leyes del cristiano, cuando el emperador don Carlos, antes, y después su hijo don Felipe, se llamaban reyes de Granada, yo sustentaba sobre mi cabeza, la corona de un pueblo de valientes, que vivían y viven sueltos y

libres en la montaña: esos valientes son la esperanza del pueblo moro de Granada: sin los monfíes nada podría hacerse: suya es la fuerza: yo he podido bien decir á los moriscos de Granada, de Almería y del Almanzora: «hème aquí, descendiente de reyes, que he sostenido con honra en las Alpujarras, durante veinte años, siempre desnuda y roja en sangre iníel, la espada del Islam; reconocedme y juradme vuestro señor y venid armados bajo mis banderas.» Los moriscos me hubieran aclamado su emir supremo, y todas las pretensiones de los que se hubieran creído con derecho á la corona de Granada, hubieran quedado imposibilitadas de logro. Pero vives tú: el Altísimo me ha negado hijos...

—Pero te ha dado una hija que es un arcángel del sétimo cielo, señor.

—Ya sé, ya sé, que bien quisieras ser esposo de la sultana Amina. Pero ese casamiento es imposible. Has hablado con ella esta noche, has firmado unas capitulaciones que ya habia yo firmado, por las que se determina de qué manera serás rey de Granada, y el órden de sucesión de la corona; por lo que mi hija te ha dicho, por el contexto de esas capitulaciones, sabes que la sultana Amina es casada como tú lo eres: que como tú tienes un hijo, la sultana tiene una hija, que si Dios no lo impide serán esposos.

—Y no era mejor, más conveniente que la sultana Amina, rompiese su matrimonio, que yo rompiese el mio...

—Tu casamiento con mi hija es imposible, exclamó profundamente conmovido Yaye, y daría parte de mi salvación, porque ni aun en ello hubieses pensado: sería provocar la justicia de Dios: no, no: y luego yo no quiero ser cruel, no quiero romper el corazón de mi hija que adora á su esposo; no quiero romper el corazón de la pobre Isabel de Rojas que te ama

con toda su alma. No, Aben-Humeya, hijo mio; cuanto he podido hacer por tí, por tu engrandecimiento lo he hecho; serás rey de Granada; cuanto pueda hacer por la gloria de tu nombre lo haré, y serás rey vencedor. Luego, después del triunfo, si el Altísimo en sus bondades se digna concedérselo, cuando tu hijo y mi nieta sean el uno del otro; cuando haya asegurado sobre tu cabeza y la de tus descendientes la corona del reino, yo que soy harto desdichado, y estoy harto cansado de la vida, pasaré á Africa, y te dejaré dueño absoluto de tu herencia. Entre tanto mi espada y mis consejos te son necesarios, y seré tu padre y tu señor, mientras convenga que así sea. No hablemos más de esto; vistete esas ropas, cíñete esas armas y vamos; es necesario que los que te esperan no se impacienten.

Aben-Humeya empezó á despojarse en silencio de su traje castellano, sustituyéndole con el musulman.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y estáis seguro, señor, dijo de repente don Fernando como si hubieran nacido sus palabras de un recelo, que no habrá quien quiera disputarme la corona?

—Peor para el que á ello se atreva, dijo con una autoridad llena de confianza Yaye.

—Sin contar con el bravío Farax-aben-Farax, que como descendiente de Abencerrajes, se dice merecedor de la corona, mi primo Aben-Aboo puede alegar que como yo, descende del Profeta, y de los califas Omníades.

—Farax-aben-Farax, es el valiente de los valientes de Granada, y contentaremos su ambición, y daremos entretenimiento á su valor, haciéndole la segunda persona después del rey; Farax será alguacil mayor del

reino (1). Aben-Aboo es nuestro pariente, y como tal, infante de Granada. Mi autoridad nos responde de su lealtad. Nada temas, pues, y puesto que ya has cambiado de ropas, sígueme.

Yaye y Aben-Humeya salieron, y precedidos por el moro blanco que los esperaba fuera, y alumbrados por su linterna, atravesaron algunas habitaciones, llegaron á otra mina y al fin de ella Yaye despidió al moro, y asiendo una mano al jóven le condujo á oscuras á una habitación en la que entraba una escasísima luz, por los claros de la celosía de una ventana árabe que parecía corresponder al interior de una habitación iluminada.

Yaye condujo á Aben-Humeya á la celosía.

—Espera aquí, le dijo: mira y escucha.

Aben-Humeya apoyó su trémula mano en la columnilla de la ventana y miró á la habitación que se veía desde ella.

Era extensa y magnífica; al fondo, bajo un arco labrado y dorado, se veía un dosel real, con el escudo de las armas de los reyes de Granada; bajo el dosel sobre dos gradas cubiertas con una magnífica alfombra, un diván; á cada uno de los ángulos de las gradas sobre la alfombra del pavimento general, almohadones destinados á los katibs ó secretarios: alrededor de la estancia corría una galería de arcos, entre los cuales pen-

dían ricos tapices; á lo largo de estos arcos corrían un diván, y más hácia el centro, paralelos á los divanes de los costados otros dos: entre estos dos divanes, en el centro de la cámara, había cuatro almohadones superpuestos de riquísimo brocado, y sobre estos almohadones vestiduras regias y una bandeja de oro, con una corona, y una espada desnuda.

Una lámpara de seda pendiente del techo iluminaba la cámara.

Cuando Aben-Humeya se puso á observar tras la celosía, la cámara estaba llena de moros, viejos y venerables los unos, hombres maduros los otros, muy pocos jóvenes; hablaban con calor en corrillos y se notaba que estaban impacientes; al fin, poco después de haberse puesto junto á la celosía Aben-Humeya, se levantó el tapiz de uno de los arcos situados junto al dosel y una vez sonora dijo:

—¡El poderoso emir de los monfíes, Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar!

Inmediatamente, un profundo silencio sucedió á la agitación anterior, los moros se colocaron en orden junto á los asientos, los secretarios ocuparon su lugar á los piés del dosel, y Yaye entró precedido y seguido, de guardias, wazires y walíes y ocupó el dosel: todos estaban de pié é inclinados.

A la derecha del dosel junto á los guardias se veían dos hombres que ya conocemos: eran don Fernando de Válór el Zaquer, tío de Aben-Humeya, y el faquí Abul Hassam.

Un poco más allá fijando en los anteriores una mirada profunda y recelosa se veía otro hombre como de cuarenta años, de semblante enérgico y bravo. Aquel hombre era Farax-aben-Farax.

Yaye estaba de pié sobre el trono. Todos los asistentes como hemos dicho, estaban de pié é inclinados.

Reinaba un silencio profundo, en

(1) «Algnacil dicen ellos (los moros) al primer oficio después de la persona del rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres, sin consultarlo» — *Hurtado de Mendoza — Guerra de Granada. — Libro I.* — Al fin entraron algunos de por medio, y los concertaron de esta manera: que don Fernando de Válór fuese el rey, y Farax su algnacil mayor, que es el oficio más prominente entre los moros cerca de la persona real. — *Marmel. — Rebelión de los moriscos. — Libro IV. — Capítulo VII.*

medio del cual se escuchó reposada magestuosa y grave la voz de Yaye.

—Buenos musulimes, dijo, creyentes del reino de Granada, héme entre vosotros, en el momento necesario. Me habéis llamado y acudo á vuestro llamamiento. Sentáos y escuchadme.

Todos se sentaron; Yaye se sentó pero en una actitud valiente, inclinado hácia el concurso á quien dominaba desde su alto asiento.

—Veo reunidos aquí, dijo paseando sus miradas por la sala, lo más notable del reino: el anciano y sabio Abul-Ben-Eden, xequé del Albaicín, el prudente Aben-Coraixí, la familia entera de los Homaiditas, el fiel Har-dón, los buenos y leales xeques de la Vega, y permitidme que lo diga, el cedro del Islam, el león de la ley, la espada del exterminio, el valiente entre los valientes, Farax Aben-Farax, el último que queda de la generosa tribu de los Ben Serajis (1); entre vosotros hay hombres que han nacido conmigo, y de los cuales conocéis muy pocos: el valiente Harum-el Geniz mi wazir, el Partal y alguno otro: los demás son mis walfes, mis bravos walfes, los que acaudillan mis monfíes, y tienen siempre teñidas en sangre fresca sus espadas. Veo además prestándonos su ayuda el noble Aben-Jahuar-el-Zaquer, y asiste entre nosotros para iluminarnos con su ciencia el sabio faquí Abul-Hassam.

Detúvose un punto Yaye y luego continuó.

—El lugar que ocupo sobre vosotros, nada significa sino que el emir de los monfíes, que ha nacido sobre un trono, ocupa el trono que ha sustentado con su espada: pero este no es el trono del reino, sino el trono de las Alpujarras. El que vosotros elijáis por rey, ocupará un asiento en este trono á mi derecha, será mi her-

mano, y como nos habremos sentado en un mismo diván, combatiremos juntos por la libertad de la patria y por el restablecimiento de la ley. Esto tenía que deciros y ya os lo he dicho, me habéis llamado y he venido; necesitáis para levantaros mi ejército, y ya está aparejado y pronto para la pelea. Ahora, vosotros, xeques y caballeros, tratad de lo que os pareciere conveniente para la salud de la patria y para la elección del rey que ha de gobernaros.

Guardó silencio Yaye, y seguidamente se levantó el xequé más anciano del Albaicín, y apoyado en un bastón dijo con voz más segura y robusta que lo que se podía esperar de sus años.

—El momento de probar si somos dignos de vivir como hombres, ó de gemir y llorar nuestra ignominia como esclavos, ha llegado, poderoso emir, nobles hermanos. Los capítulos que hace tanto tiempo estamos evitando que se cumplan, van á ser al fin llevados á cabo. ¿qué digo que van á ser llevados? ¿Acaso los alguaciles y las guardas que nos hace pagar el presidente Deza no se atreven á entrar en nuestras casas? ¿no obligan á nuestras mujeres á que lleven el rostro descuberto? ¿no nos vedan nuestros baños? ¿no nos obligan á tener las puertas abiertas el día de viernes y los domingos? ¿Ya, cuando nace entre nosotros un desventurado, podemos celebrar la fiesta de las buenas hadas, ni ya nuestras doncellas pueden regocijarse con las leilas y las zambras? Vienen casa por casa, registranlas, nos cuentan como cabezas de ganado y nos empadronan. Llevan nuestros pequeñuelos á las iglesias y los bautizan: obligannos á ir á misa, cada día, y después de hacernos adorar figuras, después de predicarnos abominaciones, sacan un papel y allí nombran desde el más pe-

(1) Abencerrages.

queño hasta el más grande y al que falta le buscan y le prenden. ¿Pero á qué he de repetiros lo que todos sabéis y no es necesario recordaros, ni aun para excitar vuestra cólera que harto sublevada está contra tantas infamias? Ya ha pasado el tiempo de las lamentaciones y llegado es el de la venganza. Y puesto que el valiente emir de los monfies nos ayuda, abreviemos de pláticas y elijamos rey que nos gobierne.

Sentóse Abul-Ben-Edem, y aprovechando su silencio Aben-Jahuar el Zaquer, tío de Aben-Humeya, dijo con voz robusta adelantando hácia el centro.

—Si, llegada es la hora de la venganza, pero aun no es ocioso representar nuestras miserias á algunos que creen que aun pueden esperarse treguas de nuestros verdugos; y ¿por qué no hemos de justificar la causa que nos impulsa á levantarnos armados con toda nuestra indignación? ¿por qué no hemos de recordar la opresión en que estamos, sujetos á letrados y legos y no menos esclavos que si lo fuésemos? ¿Las mujeres, los hijos, las haciendas y nuestras propias personas al arbitrio de nuestros enemigos, sin esperanza en muchos siglos de vernos fuera de tal servidumbre, sufriendo tiranías y tributos, y privados del asilo en los lugares de señorío y en las iglesias, haciéndonos con esto de peor condición que los castellanos, pero obligados bajo pena de dinero á ir á rezar á las iglesias? Los clérigos se enriquecen á costa nuestra, no tenemos acogida ni en Dios ni en los hombres, los cristianos nos desprecian llamándonos moros y los moros nos niegan su ayuda creyéndonos cristianos: mandásenos que no hablemos nuestra lengua cuando no sabemos la castellana, y no sabemos en qué lengua nos hemos de expresar, ni cómo pedir las cosas;

como si no se pudiese ser cristiano hablando en arábigo, y moro hablando la lengua castellana. Llevan á nuestros hijos á sus congregaciones y á sus escuelas, y les enseñan artes prohibidas por nuestra ley: á cada momento nos amenazan con arrebatarnos del pecho de sus madres y de la enseñanza de sus padres, y llevarlos á extrañas tierras, donde olviden nuestras costumbres y aprendan á ser enemigos de los padres que los engendraron y de las madres que los parieron. Nos mandan dejar nuestro traje y vestir el castellano, como si trajéramos la ley en el vestido y no en el corazón; nuestras haciendas no bastan (tan pobres nos han dejado ya) para comprar los nuevos trajes para nosotros y nuestras familias: de las ropas que tenemos no nos podremos valer, porque nadie compra lo que no ha de vestir: para llevado es prohibido; para vendido inútil. Si mendigamos, nadie nos socorre como á pobres, porque somos pelados como ricos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en las guerras contra Castilla, que cuando casó su hija el famoso Alf-Athar, alcaide de Loja, pariente de algunos de los que aquí nos hallamos, se vió en la necesidad de buscar prestados vestidos para la boda. Nos privan del servicio de los esclavos negros y no nos permiten los blancos. Los habíamos comprado, criado y mantenido y nos vemos sujetos á otra nueva pérdida. ¿Quién nos servirá? ¿qué haremos, cuando á nuestras hijas, á nuestras mujeres que van con los rostros cubiertos á servirnos y á proveer de lo necesario sus casas se las manda descubrir los rostros? Son vistas y codiciadas y requeridas, y la deshonra penetra entre nosotros, y no se sabe cuál es la que da ocasión á la avilantez de los codiciosos. Nos obligan á tener las casas abiertas, para que pueda entrar á todas horas el

ladrón, el impuro, el adúltero. Nos quitan la alegría de nuestras fiestas, y nos prohíben los baños, que son la salud y la limpieza de nuestras mujeres: las veremos en nuestras casas tristes, sucias, enfermas, donde tenían la limpieza por contentamiento y por vestido (1). ¿Y quereis que no recordemos tales injurias? ¿quereis que no digamos á cuanto somos obligados por nuestra patria y por nosotros mismos?

—Lo que queremos, dijo Farax-aben-Farax con arranque, no es que se nos diga lo que todos sabemos, lo que todos sentimos, porque lo tenemos delante de los ojos. Lo que queremos son menos palabras y más obras: veinte años y más llevamos de hablar, y de gemir, y de rescatar con oro nuestra servidumbre: ¿será que ahora también ha de quedarse todo en palabras?

—¡Acuérdate Farax! dijo con voz grave Yaye: ¡acuérdate! hace veinte y dos años, subieron al Albaicín el capitán general con sus banderas, la Chancillería con sus oidores, el ayuntamiento con sus veinticuatro, la Inquisición con sus frailes: la ciudad estaba llena de soldados y de piezas de artillería; un pregonero nos leyó un edicto, cuyos capítulos nos llenaron y nos llenan de indignación: hasta entonces, aunque aquel edicto era ya antiguo, no se había cumplido. Tú y yo, y muchos de los que aquí están, y muchos que han pasado ya de esta vida, oímos en silencio, transportados de cólera aquel pregón infame: entonces... ¡acuérdate! yo, apenas habían salido de la Plaza Larga los tiranos, llamé al pueblo á la insurrección: entonces ¡acuérdate, Farax! entonces, digiste tú: ¡no tenemos armas! en-

tonces un noble anciano, el padre de los moriscos del reino, el noble Abdel-Gewar, que ya no existe, dijo: ¡Tenemos oro! los jóvenes tenían miedo; los viejos apelaban al dinero, para entretener con la codicia de los cristianos el cumplimiento del edicto. Yo comprendía demasiado, aunque joven, que no hacíamos más que dar largas á la tiranía, que el oro acabaría por concluirse y que sería tarde cuando apeláramos al hierro. Mis temores de entonces se han cumplido: nuestros hermanos, nuestras mujeres, nuestros hijos, han sufrido veinte y dos años de martirio inútil, durante los cuales el vencedor ha aprendido la manera de aterrarnos y el modo de combatirnos. Solo yo, solo los valientes que han vivido conmigo en la montaña, no podemos acusarnos de haber contribuido á las desgracias de la patria con nuestro apocamiento, con nuestra cobardía.

—¡Nos llamas cobardes! exclamó cerrando los puños y lívido de cólera Farax-aben-Farax.

—En una sola ocasión, continuó Yaye, sin dar muestras de haber notado el furor de Farax, pretendisteis alzaros: yo era el capitán del alzamiento: mi padre venía en socorro de Granada por los desfiladeros de la sierra; vendidos por una traición miserable los monfies, mi padre murió peleando por vosotros, y vosotros al saber que quedábais solos, temblásteis de espanto y corristeis, arrojando las armas, á esconderos en vuestras casas.

Levantóse un murmullo de disgusto.

—Por más que os pese, digo la verdad, continuó con energía Yaye levantándose del diván; y testifican esa verdad los veintidos años de ignominia que han pasado por vosotros. Yo lo he sacrificado todo por la patria; yo he herido en el corazón al

(1) Véase el discurso de Aben-Jahuar el Zaquer en Hurtado de Mendoza, Guerra de Granada.—Libro I.

rey de España, y para herirle me he herido á mí mismo: yo os he incitado continuamente al levantamiento, y vosotros habéis contestado siempre á mis excitadores: ¡tenemos oro! ¡os habéis arrastrado humildes ante el presidente, ante el capitán general! ¡os habéis llamado fieles vasallos del rey de España, habéis confesado la religión de los cristianos, habéis poblado sus iglesias, y no habéis preferido á tanta humillación, á tanta deshonra, el ir á vivir entre las breñas donde viven mis monfies, cambiando con el cristiano, como ellos, hierro por hierro, sangre por sangre!

Callaban todos dominados por la voz tonante de Yaye.

—Al fin me habéis llamado, continuó este después de un momento de silencio: al fin habéis recurrido al último extremo: á la guerra, cuando ya no tenéis oro, cuando los ministros del rey de España os despedazan después de haberos chupado: no tenéis oro, ni armas...

—Pero tenemos sangre, emir, contestó levantándose con una energía superior á sus años el viejo Abul-ben-Eden.

—Me habéis llamado y he venido, continuó Yaye; no tenéis oro ni armas; pero acaba de decirlo el noble Abul-ben-Eden: tenéis sangre. Yo tengo tesoros y soldados: tesoros inagotables, soldados fuertes como robles y bravos como leones. He sacrificado mucho por la patria, mi corazón está desgarrado, muerta mi esperanza, pero me queda aun más que sacrificaros y os lo sacrificaré. Yo bien pudiera deciros: soy vuestro rey: sé que me elegiríais sin dudar, pero no quiero que se crea mi ayuda interesada: os prevengo que será inútil que me elijáis porque no habrá poder humano que me haga aceptar: muchos de vosotros me conocéis y sabéis que mi voluntad es firme como una roca.

Elegid, pues, á otro. Pero antes, y como sé que hay algunos que aspiran á la corona de un reino que aun no existe, que es necesario conquistar, quiero deciros el estado en que se encuentra España en estos momentos, las fuerzas con que contamos y lo funesta que sería para la patria una división entre nosotros. España está amenazada por todas partes: recela de Inglaterra, es enemiga de Francia, combate en Flandes y en Italia. El rey no tiene ni dineros, ni galeras: sus ejércitos no bastan para sus cuidados; la gente es valdía y floja por mal pagada, las galeras están mal armadas y los capitanes y cabos del ejércitos disgustados: Europa entera se conmueve bajo una terrible lucha religiosa, en que combaten los católicos con los sectarios de Lutero: por otra parte crece el poder del gran Selim II, que nos ayudará con todas sus fuerzas, y los corsarios de Africa llenarán el mar delante de nuestras costas: si nos unimos, si marchamos todos como hermanos contra los ejércitos del rey de España, las Alpujarras serán para nosotros, lo que fueron en otro tiempo las montañas de Asturias para los cristianos: si unidos desplegamos todas nuestras fuerzas, si obedecemos á una sola voz, si caemos sobre Granada y la entramos (que no es difícil), al ver nuestros pendones clavados en el alcázar de la Alhambra, al contemplarnos honrados por el triunfo, nuestros hermanos de Africa y de Constantinopla se prestarán á ayudarnos, y formidables ejércitos inundarán la España, é innumerables galeras cubrirán los mares: pero si les damos la muestra con nuestras divisiones, de una guerra oscura, sin triunfos, llevada de breña en breña, y de valle en valle, nos abandonarán á nosotros mismos, que no podremos resistir á los ejércitos de España: si no hemos de luchar

como debemos, más vale que nada hagamos: si hemos de ser esclavos, seámoslo sin irritar con la resistencia á nuestros enemigos. Es cuanto tenía que deciros. Elegid rey.

—En otros tiempos, dijo Aben-Jahuar el Zaquer, cuando era necesaria una elección, nuestros abuelos consultaban á los sabios, á los alimes de Dios, y el Altísimo por medio de ellos, expresaba su voluntad. ¿por qué no hemos de hacer ahora lo mismo?

—¿Y quién es el sabio que nos ha de decir la sentencia de las estrellas? dijo con sarcasmo Farax-aben Farax.

—Entre nosotros hay un hombre de Dios; dijo uno de los parciales de Aben-Jahuar.

—¿Y quién es ese hombre? dijo Farax.

—El sabio Abul-Hassam, el faqui.

Al escuchar este nombre, que era muy respetado por el fanatismo de los moriscos, se escuchó un murmullo de respeto.

Farax conoció que estaba vencido y calló.

Abul-Hassam comprendió que estaba ayudado por la situación y adelantó grave y mesurado, cruzados los brazos, ocultas las manos en las anchas mangas de su caftan, y con la cabeza inclinada.

—Yo veo tres gigantes, á quienes siguen otros más pequeños: dijo después de algunos segundos de silencio: el primero es el rey de España: el segundo, representa á las gentes de iglesia: el tercero á las gentes de justicia: los restantes á las gentes de guerra, rapaces y aventureras. Estos demonios, castigarán al mundo con sus crueldades y tiranías, hasta que el Altísimo permita que se levante en frente de ellos, armado de armas resplandecientes, un rey poderoso, que seguirá la ley del enviado Proteta de Dios: y este rey será el que está con-

tenido en esta profecía escrita en metros por el sabio Taucá el Hamema, cuyo nombre significa *pecho de la paloma*, comparando su hermosura y su elegancia, con la hermosura de los colores del pecho de esta ave.

Y Abul-Hassam, sacó un largo pergamino que desenrolló, en el cual leyó lo siguiente:

«En el nombre de Dios piadoso y misericordioso.

»Las alabanzas sean á Dios solo, que no hay otro sino ÉL.

»Oid lo que dijo el Altísimo á su escogido:

»Cuando viéres á la mujer correr tras los hombres, sin empacho ni vergüenza,

»Y creiere el logro y lo mal ganado en los hombres,

»Y tomaren por ley la injuria y los homicidios,

»Y se multiplicase la inobediencia de hijos á padres;

»Cuando viéres abatido al buen creyente, y ser los sabios perseguidos hasta servir á los malos;

»Cuando viéres poblados todos los encuentros de tu casa de lo ilícito y mal ganado.

»Y desamparares á tu hermano y obedecieres á tu amigo;

»Cuando viéres la madre caduca ganar con sus hijas entre los hombres,

»Y salir el hijo de la obediencia de su padre y obedecer á su mujer en todo negocio;

»Cuando viéres las pinturas prohibidas en los templos,

»Y las mujeres entregadas á todo linaje de licencias,

»Y los hombres de religión vivir en ricos y suntuosos edificios,

»Y los temerosos de Dios solos como huérfanos,

»Y los malos con las cabezas más altas y duras que las aplomadas sietras;

» Cuando viéres las colas preceder á las cabezas, y el amigo muy allegado negar al amigo, y no osarse fiar el hombre de aquel con quien se junta;

» Cuando viéres empobrecer la gente liberal, y enriquecer y subir los avarientos,

» Y las manos liberales hacerse duras y crecer el número de los mendigantes;

» Cuando viéres la ley desamparada y sus secuaces tan pocos como lunares blancos en cabellos prietos,

» Y los hombres hechos lobos, cubiertos con vestiduras de hombres.

» Y que el que fuere lobo, comerá con los lobos, y que el que no fuere lobo será comido por los lobos;

» Y cuando viéres crecer las discordias entre hermanos, y ser las lluvias sobre la tierra pocas.

» En este tiempo será el fin del imperio puesto entre los dos mares.

» Y gentes soberbias y duras, correrán como el fuego sobre aquel imperio,

» Y no dejarán campo que no talen, ni aldea que no abrasen, ni ciudad que no derroquen:

» Y los que con sus pecados habrán dado causa á la cólera del Altísimo,

» Desamparados por él, pararán en servidumbre, y en envilecimiento y en angustia.

» Cadenas oprimirán sus cuellos, y veránse despojados de cuanto tuvieron.

» Y vilipendiados en sus mujeres, y abandonados de sus hijas y azotados en el rostro de sus padres.

» Quitarles habrán sus templos, y mudaránles las leyes, y enmudecerán sus lenguas que no podrán pronunciar el habla de sus padres.

» Resistirán y serán vencidos; se quejarán y serán apretados.

» Sus hijos serán llevados lejos de ellos y criados en otros dioses;

» Sus días serán de sombra, y sus noches de quebranto.

» Y durará esta miseria muchos años.

» Y mandará Dios salir en el Poniente un rey tirano, que lo atajará y lo sujetará todo;

» Y su vista no tendrá señal de vista humana, y maltratará y juzgará con toda maldad á las gentes.

» Y entre sus manos perecerán los moros del Poniente con todos sus bienes.

» Y el Andalucía quedará huérfana, negra y oscura, hasta que aparezca un rey en quien no habrá falta.

» Rey hijo de rey será, y vendrá á Granada, la cándida y la clara, donde le dirán:

» Vos soy nuestro rey y nuestro gobernador forzoso.

» El cual subirá con sus ejércitos y estandartes á los alcázares de la Alhambra, y allí estará algunos días encubierto.

» Y desde allí conquistará muchas y muy grandes fortalezas, climas y provincias,

» Y vereis pujante el cetro y la corona de los moros.

» Poseerá este rey á Sevilla, y tomará noventa ciudades á los herejes;

» Y todas las ciudades del Poniente serán dichasas bajo la corona de este rey.

» Siete años durará esta guerra victoriosa;

» Y el rey de los creyentes alcanzará al cabo de este tiempo al rey de los infieles.

» Y le combatirá y le matará.

» Y sobre la frente de este rey maldito se leerá: *tiranizó y pecó.*

» Y el valiente rey que cumplirá todas estas maravillas, pasará sus

»primeros años encubierto bajo un
»humilde nombre,

»Y será bautizado y hereje de su
»ley;

»Y para que podáis conocerle me-
»jor, este mozo será descendiente de
»la santa familia del profeta;

»Y sus abuelos habrán sido califas
»de Damasco y de Córdoba:

»Y el astro esplendoroso de los
»Omeyas lucirá sobre su frente y le
»dará victoria.

»Y en el tiempo en que este man-
»cebo sea reconocido y encumbrado,
»los árboles llevarán abundantes fru-
»tos.

»Y los agostos del pan serán más
»ricos en los montes frios y en las
»costas;

»Y las abejas llenarán sus colme-
»nas de miel en este año bendito;

»Y la entrada de este año será en
»sábado;

»Y el angel Miguel y el angel Ga-
»briel bajarán sobre el Andalucía con
»la espada de la justicia de Dios.

»Glorifiquemos y alabemos al Se-
»ñor Altísimo y Unico.

»El levanta y abate los imperios:
»El da la vida y da la muerte; El es
»la luz y El la sombra.

»Glorifiquémosle y confesémosle:
»no hay otro Dios sino Dios.

»Roguemos á su escogido Mahoma
»y por el amor que Dios le tiene, él
»enviará sobre los tiranos su castigo
»en todo extremo y su rigor.»

Calló Abul-Hassam y extendiendo
el pergamino y mostrándolo á los cir-
cunstantes que guardaban el más
profundo silencio, dijo:

—Esta es la profecía de Tauca-el-
Hamema, el sabio y el justo: vedlo.

—¿No dice esa profecía, exclamó
Yaye, que el rey que ha de libertar-
nos será hijo de rey, será descen-
diente de la santa familia del Profeta,
nieto de los califas de Damasco y de
Córdoba, y que vivirá entre nosotros

encubierto y hereje de su ley?

—Si, dijo Abul-Hassam, eso dice
la profecía.

—¿Y no véis cumplido claramente
su pronóstico, sabios y caballeros, en
Aben-Humeya, que ha llevado entre
los cristianos el nombre de don Fer-
nando de Valor?

—¡Sí! ¡sí, sí! dijeron todos los par-
ciales de Aben Jahuar el Zaquer.

—¿Cuanto oro te han dado por ese
jofor (1) embustero? dijo Farax Aben-
Farax adelantando lleno de cólera há-
cia el faquí.

—La palabra de Dios ha resonado
entre nosotros, dijo con acento so-
lemne Abul ben-Eden, levantándose:
¿quién es el imprudente que se atreve
á blasfemar de la palabra de Dios?

—¿Y qué crédito puede merecer
ros un artificio que cualquiera puede
haber inventado?

—¡Esta es la profecía de Tauca-el-
Hamema! exclamó con acento indigna-
do el faquí: ¡ay del impío que blas-
fema de los profetas de Dios!

—El reino es libre para elegir su
rey, Farax aben-Farax, exclamó al
emir bajando de su trono, y mientras
yo lleve espada al costado, nadie se
atreverá impunemente á contrariar
la voluntad del reino. ¿Hay alguno
que se atreva á imponernos aquí su
voluntad?

Todos callaron.

Yaye revolvió en torno suyo una
mirada amenazadora, que acabó por
fijarse en Farax. Este se hizo atrás
murmurando sordamente como un
mastín á quien su amo arrebató de los
dientes una presa, y le amenaza con
un palo.

Yaye volvió al diván.

—Puesto que ya habéis oído esa
profecía; puesto que estais decididos

(1) Los mozos llaman jofores á las pro-
fecías.

á elegir rey, consultad entre vosotros; escribid cada uno en un papel el nombre del elegido, y entregad ese papel doblado á los secretarios.

Todos se levantaron y se dividieron en grupos; Yaye hizo á Farax señal de que se acercase.

El tremendo morisco se acercó hosco y sombrío, y Yaye estuvo hablando con él largo tiempo en voz baja.

—No es la ambición la que me mueve, dijo al fin Farax, sino el amor de la patria; pero puesto que quieres que Aben-Humeya sea rey de Granada, séalo en buen hora: Dios quiera que no te arrepientas tarde, emir.

Y tomando un papel, escribió en él el nombre de Aben-Humeya, le dobló y le entregó á un secretario.

Después, cada uno de los moriscos y de los monfies, fué entregando su voto, y cuando se contaron, se vió que todos habían votado; cuando se abrieron los papeles se encontró escrito en todos el nombre de Aben-Humeya.

Poco después, buscado el joven por su tío Aben-Jahuar-el-Zaquer, fué traído á la cámara, revestido de las vestiduras reales, y proclamado rey con las mismas ceremonias que vimos al principio de este libro proclamar á Yaye emir de los monfies en el alcázar subterráneo de las Alpujarras.

El primer acto de soberanía de Aben-Humeya, fué nombrar alguacil mayor del reino á Farax-aben-Farax, y capitán general de sus ejércitos, á su tío Aben-Jahuar-el-Zaquer.

Aquella misma noche, Aben-Humeya partió acompañado de sus parciales á las Alpujarras.

Aquella misma noche también, partieron á la montaña Yayo, Amina y los monfies.

CAPITULO XIII.

CÓMO ESTABA GOBERNADA LA VILLA DE CÁDIAR.

La villa de Cádiar está situada entre lo más montañoso de las Alpujarras, sobre una vertiente.

Esto no impide que los terrenos, colinas y montañas que rodean á esta villa sean muy fértiles, siendo además recomendable esta población, por la pureza y salubridad de sus aires y de sus aguas.

Hoy la tal villa es un poblacho feo, de reducido vecindario, albergado en algunas casas ennegrecidas, agrupadas alrededor de una iglesia situada en lo más alto y deteriorada y fea.

Cádiar ha perdido mucho de su antigua importancia; por mejor decir: lo ha perdido todo.

Pero en el año de 1568 era otra cosa.

Solo habían pasado entonces setenta y seis años desde la conquista de Granada, y aquella terrible catástrofe para los moros, que los había sujetado al fin bajo el yugo de los cristianos, sus enemigos, en toda la extensión de España, había determinado el apogeo, la riqueza, no solo de Cádiar, sino también el de las demás villas y lugares de las Alpujarras.

Esto se explica fácilmente: del mismo modo que el vencido Muley-Abd-Allah-al-Ssagir-el-Zogoibi (1), más vulgarmente conocido por Boabdil, al trasladarse á Andarax, después de haber entregado la Alhambra y los castillos de Granada á los reyes don Fernando y doña Isabel, llevó consigo á aquel destierro, donde estuvo dos años, gran parte de su corte

(1) Este largo nombre árabe quiere decir en castellano rey servidor de Dios, el pequeño y el desdichadillo.

y de sus caballeros: otros muchos nobilísimos y ricos mulsulmanes, con sus familias, esclavos y tesoros, se habían trasladado de Granada, á esta ó á la otra villa de las Alpujarras, pretendiendo de este modo robarse en parte á la vista de los aborrecidos vencedores; y esta gente acostumbrada á la riqueza y á la molicie de sus alcázares, y á la frescura y frondosidad de los jardines que habían dejado en la ciudad perdida, las embellecieron para hacer más cómoda su residencia en ellas, y aumentaron la población y la riqueza de las villas á que se habían acogido.

Cádiar había sido una de las villas más favorecidas por esta especie de inmigración; muchas familias poderosas se avecindaron en ella, y con una rapidez maravillosa, fueron desapareciendo las casas pobres y antiguas, para dar lugar á otras más bellas y mejor proporcionadas; construyéronse se algebés; convirtiéronse en amenos cármenes las laderas de la montaña, estableciéronse en sus plazas mercados, creció el tráfico y el dinero, y al cabo, la antes casi insignificante villa, se convirtió en una población importante, rica, populosa y considerada, llegando á tal punto, que el capitán general de la costa y reino de Granada, en vista de la aglomeración en aquel lugar de tanta gente recién conquistada y mal sujeta al yugo, creyó oportuno establecer en la villa un presidio de soldados, y uno de esos rígidos é inflexibles corregidores que son capaces de ahorcar hasta á su sombra.

A más de esto, había en Cádiar parte de una compañía de arcabuceros cuyo resto estaba dividido entre las villas de Valor y Yátor.

El capitán de esta gente de guerra, que pertenecía á los presidios del reino, y córte de Granada, era nuestro antiguo conocido el marqués de la

Guardia, á quien, como recordarán nuestros lectores, había procurado su tío, don César de Arévalo, este oficio de capitán, para que se mantuviese con su sueldo, no siempre pagado con exactitud, á falta de las pingües rentas de su marquesado que sabemos estaban empeñadas.

Un capitán de infantería de aquellos tiempos, era mucho más considerado que en los nuestros, y para llegar á este empleo, era necesario haber servido mucho y bien, ser ya viejo, ó gastarse sendos doblones para levantar á su costa una compañía. Fuera de estos dos casos, solo podía ser capitán un jóven, por su título y su nobleza: como si dijéramos, en premio á los servicios de sus antepasados.

En este caso se encontraba el marqués de la Guardia, que era demasiado jóven para capitán, no mediando favor ó méritos heredados, y demasiado arruinado para poder gastar un solo doblón.

En cambio era valiente hasta la temeridad, y se hacía respetar y obedecer ciegame de sus soldados, en las pocas ocasiones en que se encontraba entre ellos.

Y decimos las pocas ocasiones, porque tal estaba la disciplina militar en aquellos tiempos, que la gente de sueldo ensanchaba cuanto podía y aún más de lo que podía el círculo de su licencia: singularmente los capitanes iban de acá para allá y residían donde mejor les parecía, dejando encargado el mando á su teniente.

El marqués de la Guardia, que, como sabemos, buscaba desalado á su Esperanza sin lograr encontrarla, residía la mayor parte del tiempo en Granada, yendo muy pocas veces á su presidio, y aun así, morando alternativamente en Cádiar, en Valor ó en Yátor.

En Cádiar estaba la bandera de la

compañía, y con ella un teniente soldadote y aventurero, que quedaba encargado del mando en ausencia del marqués.

Este teniente, pues, venía á ser en Cádiar, la segunda potencia después del corregidor.

Además de estas autoridades que llamaremos temporales, había otra autoridad que llamaremos espiritual: el beneficiado de la iglesia parroquial de la villa.

Este eclesiástico era un varón duro, irascible y terriblemente fanático; su fanatismo era para aquel pueblo de moriscos mal convertidos, tan fatal como las arbitrariedades del corregidor, y las licencias del teniente del marqués de la Guardia.

El corregidor se llamaba el licenciado Lope Gutierrez, vivía de los derechos que le daba su vara, no siempre recta é inflexible, y en cuanto á calidad, tan tenebrosa era su procedencia, que solo se sabía de él, y esto por el dicho de algunas lenguas murmuradoras, que había sido escolar sopista en Salamanca.

El teniente se llamaba Cristóbal de Belorado, era hidalgo y valiente, pero hombre licencioso y cruel, que abusaba contra los pobres moriscos de la fuerza que únicamente se le había dado para sostener la justicia.

El beneficiado se llamaba Juan de Ribera; trataba severísimamente á sus feligreses, y á pesar de su rigidez y de sus pretensiones de santo, no les daba el mejor ejemplo, teniendo en su casa á una mocetona de veinticinco años, desenfadada y hermosa, que se llamaba Mariblanca, morisca convertida, que después de algunas negras aventuras, había ido á servir á su casa al eclesiástico.

De modo que, la villa estaba encerrada dentro de un triángulo terrible: el rey, la religión y la justicia,

tenían por representantes en ella, tres corazones de pedernal.

Las moriscas que escapaban de la soldadesca, iban á dar en los alguaciles, entrando por último á la parte el sacristán maese Barbillo, especie de bribón con sotana, que sabía ser lo suficientemente hipócrita para que el señor beneficiado le creyese un casi santo, y diese el mayor asenso á las acusaciones de impiedad que fulminaba el sacristán contra todos aquellos que no reconocían su influencia.

El teniente, vejaba á título de rebeldes á aquellos que tenían la desgracia de querer emanciparse de sus tropelías; el corregidor, multaba, encerraba, atormentaba y ponía á la vergüenza, siempre con pretexto de una infracción de las pragmáticas, á aquel contra quien, por cualquier fútil motivo, había contraído ojeriza; por último, el licenciado Ribera, por las sugerencias del sacristán unas veces, por su exagerada severidad religiosa otras, afligía á aquella pobre raza vencida.

El teniente los apaleaba; el corregidor los multaba y los prendía; el beneficiado, á pretexto de irreligión, solía quitarles sus hijos menores de diez años, para enviarlos á los hospicios del rey, donde debían aprender á ser buenos cristianos.

Lo que decimos, pues, de Cádiar, podríamos decir de cualquiera de las demás poblaciones de las Alpujarras; no tenían seguridad personal, ni hacienda ni familia, propiamente dicho: eran esclavos.

¿Y por qué no huían de aquella región maldita?

Porque en cualquiera de los lugares comprendidos en los dominios del cristianísimo rey don Felipe el II, hubieran sido tratados de la misma manera.

Podían haber pasado á Africa, pero sucedía con frecuencia, que des-

pués de haber vendido sus propiedades, y embarcándose con su dinero y alhajas, eran robados por los patronos de los barcos, y, lo que era peor, arrojados al mar para que no pudiesen querellarse del robo.

Así, pues, preferían vivir miserablemente labrando la tierra donde habían nacido, y practicar las industrias en que eran tan sobresalientes, entre las demasías de los cristianos.

Con tantas causas, con tan repetidos vejámenes, estaban dominados por un profundo disgusto y predisuestos á la insurrección por cien fatales elementos.

CAPÍTULO XIV.

EL LICENCIADO JUAN DE RIBERA.

Era el jueves 24 de diciembre de aquel año, tres días después de la proclamación de Aben-Humeya.

Era muy de mañana: después de haber celebrado la misa de alba, y mientras maese Barbillo le desnudaba de los ornamentos, el licenciado Ribera dijo al sacristán lego:

—Iréis inmediatamente casa del señor corregidor y le direis que con sus alguaciles y gente de justicia esté esta misma mañana á la hora de las once en la iglesia.

—Se lo diré, contestó con voz gangosa y humildé Barbillo.

—Iréis después á la posada del señor marqués de la Guardia...

—El señor marqués hace días que anda fuera de la villa, observó el sacristán.

—Pues á falta del marqués, iréis á la posada de su teniente el señor Cristóbal de Belorado, y le diréis que con su bandera y sus hombres vestidos de gala, venga asimismo á las once.

—Se lo diré, repitió con la misma mansedumbre Barbillo.

—Iréis luego al convento de los frailes de San Francisco, y diréis al guardián, que de orden del Santo Oficio de la Inquisición, venga con su comunidad y estandarte; después avisaréis á los clérigos de la iglesia; haréis que se vistan los monaguillos, sacaréis la cruz y los ciriales de plata, la capa pluvial de brocado de tres altos, y el alba de encajes de Flandes.

—¡Ah! ¡viene la Santa Inquisición á la villa! dijo con acento de queja maese Barbillo: y vea vuesamerced, señor licenciado: yo no sabía nada.

—Ni yo mismo lo sabía hace una hora, como que aun era de noche cuando llamaron á la puerta; asomóse á la ventana Mariblanca, y un alguacil del Santo Oficio que se había adelantado, la dió para mí, cerrada y sellada, esta orden del Santo Oficio.

Y el beneficiado sacó de su bolsillo un papel grueso y basto, doblado en forma de pliego, sobre el cual se veía en cera verde la cruz de Santo Domingo, sello de la Inquisición.

El sacristán acabó de doblar pausadamente una riquísima alba, la guardó, tomó el papel que el beneficiado le entregaba, y sacando una caja de cuero, y de ella unas enormes antiparras, leyó, tarda, pesada y malamente el escrito, á pesar de que su letra era gorda y perfectamente legible.

—¡Ah! dijo devolviendo el pliego al beneficiado: ¡el señor inquisidor de la Suprema, Molina de Medrano, viene á la visita! no esperaba yo tan pronto al Santo Oficio.

—¿Qué queréis buen Barbillo? la depravación de las costumbres cunde entre esos desdichados moriscos: no hay medio de apartarles de sus zambras, de sus impuras fiestas de bodas, de sus baños y de sus torpes placeres: será necesario que su magestad se deje de contemplaciones, y haga

cumplir á todo derecho, y con una seriedad, que nunca será sobrada, la pragmática de su nobilísimo y piadoso padre el gran emperador don Carlos. ¡Fuera! ¡fuera esas fiestas malditas! ¡fuera esas costumbres reprobadas! ¡fuera el misterio con que cierran sus puertas para que no veamos sus impurezas! ¡que el rigor los haga cristianos, ya que no bastan las persuasiones y el consejo humilde! ¡el hierro y el fuego! De otro modo, el día menos pensado, el día en que menos la esperemos, tendremos que lamentar una desdicha. ¡El hierro y el fuego para los rebeldes y los descreídos!

Y la voz del tremendo sacerdote tronaba: y el funesto fuego del fanatismo lucía en sus ojos en una chispa sombría.

—¡Ah! ¡ah! dijo untuosamente el sacristán: pues yo creía que el Santo Oficio apresuraba su visita por otro motivo.

—¿Y qué motivo puede ser ese? preguntó con severidad el licenciado; ¿motivo que yo no conozco, cuando me lo anunciáis con tanto misterio?

—¡Hum! dijo flemáticamente el sacristán: ese motivo es un hombre.

—¿Un hombre que vive en el pueblo?

—Hé ahí lo que yo encuentro de malo: que no vive en el pueblo ni se sabe dónde, ni quién es, ni á qué viene.

—¿De quién quereis hablar, maese? dijo el beneficiado, fijando sus ojos grises con una fijeza extraordinaria en el sacristán.

—Hablo de un hombre que, por su talante, parece un gran caballero, que viene de noche al pueblo en un caballo que da envidia el verlo, se mete en el meson Alto, y cuando ya es la queda, sale sin saberse á donde va.

—Debíais haberme avisado.

—Vuesamerced se hubiera quedado con el deseo de saber á donde iba, ó que venía á hacer porque...

—¿Por qué?

—Porque yo le seguí una noche, y al ir á entrar en la plaza, se volvió aquel hombre y me dijo con una voz que me puso espantó:—«Vuélvete si no quieres que te envíe á cenar con el diablo».

—¡Ah! ¡eso os dijo! ¿y por qué no me disteis cuenta para que yo se la hubiera dado al corregidor?

—Bien hecho hubiera estado, pero perdonéme vuesamerced; es el tal hombre tan grave de suyo, parece tan principal, que yo quise saber antes si tenía agarradero, no fuese que vuesamerced, que en nada reparo cuando de estas cosas se trata, se pusiese en contingencia de un peligro. ¿Qué sabe nadie lo que es un hombre á quien no se conoce?

—Adelante, adelante, maese Bar-billo.

—A la noche siguiente me puse en acecho tras una esquina del meson Alto, acompañado del organista y del barbero, que, como sabe vuesamerced han sido soldados, y de los buenos de los tercios viejos: cada uno llevaba una espada y una ballesta; para que no nos sintiera, porque el asunto no era prenderle, sino saber á donde iba, y sacar por el hilo el ovillo, nos habíamos calzado abarcas. Dió la queda, rechinó la puerta del mesón y salió nuestro hombre embozado en una capa negra. Dios me perdone, si miento al decir, que al pasar por delante del Cristo de la Caba Honda, ni se descubrió, ni aun se persignó.

—¡Hum! dijo el beneficiado, acabándose de arreglar los manteos y encasquetándose el bonete.

—Dejámosle pasar un trecho adelante, y nos pusimos en su demanda á larga distancia, por temor de ser

vistos, aunque la noche era oscura, y recatando nuestros pasos para no ser oídos. Pero ¡bah! ese hombre debe de ser el diablo.

—Suelto anda el enemigo entre estas gentes condenadas: pero seguid, maese, seguid.

—Digo que debe de ser el diablo, porque nos sintió, nos vió, se vino para nosotros, y... mire vuesamerced exclamó con acento dramático y dolorido el sacristán, levantándose la manga de su balandrán y mostrando al beneficiado un cardenal lívido y enorme.

—¡Os maltrató!

—Sin hablar una palabra; y lo que es más: al organista le rompió la cabeza, y al barbero un brazo.

—¿Y quién os manda, mentecatos, ponerlos en seguimiento de quien no conoceis? dijo una voz sonora á la puerta de la sacristía.

Extremecióse todo al escuchar aquella voz maese Barbillo, y el beneficiado, con gran asombro del sacristán, salió solícitamente al encuentro del desconocido y le estrechó las manos con un ardor completamente en contradicción con la frialdad que, según su aspecto, parecía la base de su carácter.

—¡Ah, señor don Alonso! exclamó ¡vos al fin en mi iglesia!

—Perdonad, pero necesitamos quedarnos solos, dijo con gravedad aquel caballero, que no era otro que el emir de los monfíes.

Antes de que el beneficiado mandara salir al sacristán, éste se apresuró á escurrirse: saludó profundamente á Yaye, le lanzó una recelosa mirada de lobo escarmentado y salió murmurando:

—Bien pensaba yo, cuando pensaba que un hombre á quien no se conoce, puede ser muchas cosas. Pero yo sabré quién es ese hombre.

Esto significa que no conociendo el

sacristán á Yaye, nadie le conocía en Cádiar.

Entretanto el beneficiado se deshacía en cumplimientos con su visitante.

Desde el momento en que Yaye, al entrar en la sacristía, fijó su mirada en el licenciado, produjo en él el singular milagro de borrar de su semblante la austeridad, y de matar en sus ojos la sombra y dominante mirada del sacerdote ascético y fanático: parecía que donde estaba Yaye, solo podía haber un semblante grave, solo una mirada inflexible; su semblante y su mirada.

—Vengo á veros para dos negocios importantísimos, señor licenciado, le dijo.

—Si quereis, contestó el beneficiado, subiremos á mi casa y nos encerraremos.

—No, no por cierto; retirémonos á aquel rincón de la sacristía y allí estaremos bien.

Y Yaye se dirigió á un escaño situado al fondo de la sacristía, á donde le siguió el eclesiástico.

Sentáronse al par, y Yaye dijo, mirando con ansiedad al beneficiado:

—¿La habeis visto?

—Sí señor, la he visto: la he hablado, he procurado convencerla: la he dicho cuán desesperado estais...

—¿Y qué os ha contestado?

—Como siempre, no: pero ayer añadió: decidle que, hace veintidos años, le dije en una carta que debe recordar, cuál era mi resolución invariable: decidle, que como pensaba entonces pienso ahora, y que es inútil, de todo punto inútil, su obstinación.

—Hágase la voluntad de Dios, dijo Yaye.

—Siempre habeis sido muy cristiano y muy paciente, dijo el beneficiado, y Dios os premiará.

—Necesarie me es que Dios tenga

compasión de mí; pero pasando al otro asunto de que necesito hablaros, habéis de saber, que hemos hecho una adquisición importantísima para el pueblo de Dios.

—¡Acaso este terrible rey de los monfíes...!

—No tanto, no tanto, señor Juan Ribera: pero sin embargo, debemos dar muchas gracias á Dios por la adquisición que hemos hecho.

—Ciertamente, don Alonso, que vos sois uno de los campeones, casi me atrevería á decir, uno de los apóstoles más ardientes de la iglesia de Jesucristo: todavía me acuerdo de que lo que no pudieron hacer mis pláticas, y todos mis esfuerzos, y todas mis amenazas, y el rigor que extreme con los habitantes de las alquerías de la jurisdicción de la villa, á fin de que fuesen buenos cristianos, lo conseguisteis vos en breve espacio: casi estaba ya resuelto á quitarles sus hijos para que no se pervirtiesen con su ejemplo, cuando vos me disteis: id á las alquerías; entrad en ellas una por una, y abrid para esos infelices el reino de Dios por la puerta del bautismo. ¡Oh, don Alonso! yo os amaba por vuestra piedad, por vuestra caridad, por el celo con que habéis favorecido esta iglesia, que está encomendada á mi indignidad, y que sin vos sería pobre, muy pobre: cuando veo esos hermosos cuadros que adornan nuestra iglesia; cuando tomo en mis manos esos sagrados vasos de oro purísimo; cuando me visto esas albas y esos ornamentos tan maravillosos por su valor y por su mérito; sobre todo, cuando me dáis para que las distribuya entre los pobres esas cuantiosas limosnas, oro por vos al Altísimo y os bendigo.

—¡Orad señor licenciado, orad! contestó solemnemente Yaye, en un acento indeterminado que tenía mucho de terrible: orad, porque soy muy

pecador y aún estoy en el camino del pecado.

—¡Oh! si vos no os salváis ¿quién se salva? No bastaba vuestra ardiente fe, vuestra inagotable caridad; era necesario que como salváis á los pobres de la miseria del cuerpo, los salváreis de la miseria del alma. Cuando ví arrodillarse á mis piés pidiendo la regeneración del bautismo, una y otra familia que antes habían rechazado el agua de vida que yo les ofrecía, entonces, don Alonso, sentí por vos más que amor, sentí veneración, y desde entonces no oro por vos, porque no se ora por los santos...

—No hay más santo que Dios, el Altísimo y Único... y trino, dijo Yaye pronunciando con un acento extremadamente duro su última palabra.

—Sí, ciertamente, dijo el beneficiado; los santos lo son en Dios y vos sois uno de sus elegidos.

—Decíamos, continuó Yaye, á quien visiblemente contrariaba la mística adulación del beneficiado, decíamos que hemos hecho una gran adquisición para el rebaño del Señor.

—Vos la habeis hecho.

—Yo empiezo y vos concluís. Vamos, pues sin más rodeos al asunto: el Ferih de los Bérchules está en mi casa gravemente herido y desea bautizarse.

—¡Cómo! ¿ese terrible monfí, que no pasa semana que no ponga de noche en la puerta de la iglesia, un impío cartel en que nos amenaza de muerte si seguimos en la conversión? ¿ese terrible bandido que tiene aterrada á la comarca?

—Ese hombre, continuó reposadamente Yaye, me salió al camino ayer cuando volvía con mi hija de Granada á mi heredad de Yátor: empezamos á subir la cuesta, cuando hé aquí que siento pasar zumbando junto á mi cabeza una jara, y oigo el chasquido de una ballesta entre una maleza in-

mediata. Eché pié á tierra, me fui hácia el asesino, me encomendé á Dios, y Dios me amparó: poco después, el Ferih de los Bérchules estaba en mi alquería: no le maté porque yo jamás vierto más sangre que la precisa para defender mi vida. El Ferih quiso matarme, según me dijo después, á causa de haber motivado yo la conversión de la gente de las alquerías: y mirad lo portentoso de los milagros de Dios: ese hombre que había deseado mi muerte por aquella causa, se convirtió á Dios después de dos horas de conversación conmigo. Dios; siempre Dios; manso y arrepentido queda allá como un cordero, esperando con ansia, antes de morir, la vida del bautismo.

—¿Pero ese pecador está tan en peligro de muerte, que sea necesario, inevitable, ir al momento? exclamó con una inquietud que no era fingida el beneficiado.

—Ese hombre estará en mi casa hasta mañana.

—¡Vivirá... hasta mañana!

—Eso es; mañana habrá salido de mi casa para no volver.

—Pues bien, vuestra heredad está cerca: iremos esta tarde: bien tendremos lugar maese Barbillo y yo de ir después que la Inquisición haya hecho su visita, y volver aun de día.

—¿Cómo! ¿esperáis al Santo Oficio?

—Hoy al medio día, entrará solemnemente en el pueblo, y después de que haya cumplido su santa comisión, pasará á Yátor.

—¿Y qué inquisidor viene encargado de la visita?

—El señor Molina de Medrano.

—¡Molina de Medrano! dijo Yaye como quien no conoce un nombre en una corporación que le es muy conocida.

—Sí, si señor, dijo el beneficiado, comprendiendo la duda de Yaye: es un santo varón muy severo y muy

descontentadizo en religión: un ministro de la suprema, que el rey nuestro señor ha enviado de su corte para que le informe del grado de conversión en que se encuentran los cristianos nuevos de las Alpujarras.

—¡Molina de Medrano! exclamó Yaye levantando decididamente la cabeza y dejando ver en sus ojos una mirada semejante á un relámpago: será necesario que yo conozca á ese señor Molina de Medrano: ¿decís que es muy severo?

—Es una de las lumbreras de la Orden de Predicadores, según dicen: yo tampoco le conozco.

—Pues bien, tendremos á un tiempo el gusto de conocerle. Entre tanto y en albricias de la conversión del Ferih, tomad, señor beneficiado, partid este poco de oro entre los pobres de vuestra feligresía.

Y puso entre las manos del bachiller un repletísimo bolsillo.

—¡Cómo! ¿os váis? dijo el beneficiado viendo que Yaye se levantaba.

—Sí, adios; esta tarde os espero en mi heredad, temprano.

—Iré, señor don Alonso, iré.

—Adios, pues, y hasta la tarde: quedáos, no me hagáis la honra de acompañarme: un sacerdote es más que un simple hidalgo: quedáos, señor licenciado, y hasta la tarde. Adios.

—El os premie y os bendiga, señor, dijo el eclesiástico, lanzándole su bendición cuando salía por la puerta de la sacristía: luego añadió, metiéndose el oro que aun tenía en la mano, en el bolsillo: no me queda duda ninguna; don Alonso es un santo.

—¿Y le habéis dejado ir, cuando acaba de entrar en el pueblo una compañía de arcabuceros? exclamó el sacristán entrando en aquel momento.

—¿De quién habláis, maese Barbillo? dijo con acento acre el beneficiado, que al desaparecer Yaye había

recobrado su dureza y su severidad habituales.

—¿De quién he de hablar, pecador de mí, sino de ese hombre que ha estado hablando con vos? respondió temblando todavía el sacristán.

—¡Cómo! ¿de don Alonso habláis?

—Es que ese don Alonso, es quien anoche estropeó al organista y al barbero, y á mí mismo, aunque mucho menos que á los otros, por la misericordia de Dios.

—Vamos claros, dijo el beneficiado mirando fijamente al sacristán: ¿no me habéis dicho que el hombre á quien pretendisteis seguir anoche, pasó irreverentemente por delante de la Caba Honda?

—Si señor, y lo afirmo y lo juraría á siete cruces.

—¡Y os condenaríais, desdichado! exclamó con una irritación terrible el eclesiástico, os condenaríais si os atreviéseis á jurar que ese caballero había pasado por delante de la imagen de Nuestro Divino Redentor sin descubrirse ni santiguarse.

Barbillo se quedó mirando de una manera atónita al bachiller.

—¡Arrepentíos, arrepentíos, y haced penitencia por haber calumniado á tan cristiano caballero! más valiera que el tiempo que habéis empleado en alentar tan ruines pensamientos, le hubiérais invertido avisando á la gente que os dije.

Cuando el sacristán volvió de su asombro y notó que se encontraba solo en la sacristía, cambió rudamente de aspecto, dejó su posición encorvada, se irguió, brilló en sus ojos una expresión salvaje, y exclamó:

—¡Cien rayos y cien truenos! ese clérigo mentecato lo cree todo: ¡decirme que ese hombre es cristiano! Cuando doña Elvira me ha prometido un tesoro si logro apoderarme de él, algo hay más de lo que el licenciado Ribera cree: yo he seguido á ese hom-

bre y le he visto perderse en la montaña; le he visto además hablar con los monfies entre las breñas de la rambla de Yátor, y esto más de una vez: hace tres días que ha venido de Granada y no ha venido solo: le acompañaba una hermosa dama; que me confundió Dios, si anoche cuando nos apaleó no le oímos soltar un juramento en árabe... yo no aborrecía á ese hombre... pero desde anoche que nos zurró de lo lindo, le tengo ojeriza. Afortunadamente tenemos á las puertas del pueblo á la Inquisición.

Dicho esto, tomó una capa parda y un enorme sombrero de un rincón de la sacristía, y salió: desde el momento en que estuvo en la calle, su estatura erguida y corpulenta se encorvó; su rostro antes feroz, adoptó de nuevo su expresión humilde, miserable é hipócrita, y empezó á saludar á todos los que encontraba por la calle, con una expresión servicial que tenía mucho de estúpida.

De repente, una mano se apoyó vigorosamente en su hombro.

Volvióse Barbillo, y vió ante sí á un hombre como de cuarenta y cinco años.

Aquel hombre era don Fernando de Valor, hermano de don Diego, tío de Aben-Humeya, á quien nombraremos en adelante con su nombre árabe: esto es, con el de Aben-Jahuar el Zaquer.

CAPÍTULO XV.

LO QUE IBA Á HACER Á CÁDIAR ABEN-JAHUAR-EL-ZAQUER.

Volvióse maravillado el sacristán.

—Yo no os conozco caballero, dijo á Aben-Jahuar.

—Nada importa, con tal que te conozca yo.

—A mí me conoce todo el mundo en Cádiar, dijo con su sonrisa untuosa Barbillo.

—Pues mira, creo que no te conoce nadie.

—¿Y vos decís que me conocéis?

—Sí por cierto: hace mucho, muchísimo tiempo, que te conocí en otra parte.

—¿En dónde, señor?

—En Granada.

—¿En Granada?

—Sí por cierto: en la cárcel.

—¡Bah! vuesamerced se equivoca, yo no he estado nunca en la cárcel.

—Yo me llamo don Fernando de Válór.

—¡Ah! ¡ah! ¡vuesamerced se llama don Fernando de Válór!

—¡Vas recordando...!

—No, no recuerdo muy bien.

—Mi familia ha sido muy perseguida, Barbillo, y después de la muerte de mi hermano don Diego, he sido preso varias veces: hace diez años, lo fui á pretexto de no sé qué conspiración de moriscos, en que yo no había tenido parte: pero los señores alcaldes de casa y corte, se mostraban tan severos conmigo que lo temí todo: entonces pensé en escaparme. entonces nos conocimos: tú también tenías miedo de ser ahorcado y querías huir: nos concertamos y tú empezaste á abrir un agujero en mi calabozo.

—Repito á vuesamerced que se equivoca

—No perdamos el tiempo. Yo pude al fin probar mi inocencia, y fui puesto en libertad; tú quedaste preso.

—Os juro que...

—Déjame continuar. Yo me había olvidado enteramente de tí: pero hace algún tiempo, la casualidad y el empeño de una mujer, ha vuelto á unirnos.

—Pero si os digo...

—Hace cuatro meses, que la conducta de mi cuñada doña Elvira de Céspedes me tiene cuidadoso: recibía en su casa de Válór y á horas desusadas, hoy á este, mañana al otro

hombre desconocido. Doña Elvira no podía tener amores con ellos, porque eran de tu estofa: pero por medio de ellos podía tratar de amores con otro: hace algunos días, aceché á uno de esos mensajeros, le salí al camino y supe que te traía una carta; yo no quise tocar aquella carta, pero quise saber quién eras tú: me dijeron que eras sacristán de la iglesia de Cádiar, y vine, te ví, y te reconocí: entonces y antes de hablar contigo, quise saber si descubría en tu vida algo que pudiese obligarte á servirme. Fui á Granada, pregunté, y averigüé que hace cinco años, habías sido condenado á galeras por diez; luego, eres un galeote escapado, Barbillo, y si te niegas á servirme, te delato, te pierdo, porque á los galeotes huidos se les ahorca cuando se les coge.

Echóse á temblar Barbillo.

—Pero nada te acontecerá si me sirves bien, añadió Aben-Jahuar.

—Vamos, está visto que nada se os puede negar y os serviré en cuanto queráis, don Fernando, dijo el galeote escapado.

—Y yo te pagaré. Pero los tiempos no están para estar muy despacio en la calle, y es necesario que busquemos un lugar donde nadie nos vea.

—¿En qué posada vivís? porque vos soís forastero en Cádiar.

—Vivo en el mesón del *Cojo*.

—Pues en mejor parte no pudiérais vivir, porque el *Cojo* es un grande amigo mío, y á propósito para cualquiera cosa. Yo iré por allá esta noche.

—¡Esta noche! sabe Dios lo que sucederá esta noche.

—Sucederá que como es noche de Navidad, todos la celebrarán y nadie se acordará de nosotros.

—Juro á Dios que han de acordarse muchos de la noche de Navidad de 1568.

—¿Pues qué va á suceder?

—Yo me entiendo y Dios me entiendo. Es preciso que al momento, y rodeando por otro lado, vayas al mesón del *Cojo*.

—Iré, en cuanto avise al corregidor, á los soldados y á los frailes de San Francisco.

—¡Avisarles! ¿y de qué?

—¡De que viene la Inquisición al pueblo!

—¡Ah! viene la Inquisición, murmuró Aben-Jahuar: pues, no podía venir á mejor hora. Vé, vé, y avisa, y al momento vé á buscarme. Te espero.

—Iré.

Separáronse los dos antiguos conocidos, y Aben-Jahuar, bajando por unas pendientes y torcidas callejuelas, llegó á la entrada del pueblo á un mesón miserable.

—Ahí está esperándoos hace una hora, el señor Diego López, nuestro vecino, dijo un viejecillo cojo.

—¡Ah! mi sobrino Aben-Aboo, exclamó de una manera ininteligible Aben Jahuar. Ya era tiempo.

Y entró, subió unas escaleras, atravesó unos corredores, y entró en un aposento.

Sentado junto á un brasero con fuego, había un jóven.

Era Aben-Aboo.

Tan distraído estaba, que no reparó en que otra persona había entrado en el aposento: miraba á través de una ventana abierta y desguarnecida de vidrieras, á unas breñas cercanas que estaban enteramente cubiertas de nieve, y entre cuyas quebraduras se veían otras cumbres.

Ibale á hablar su tío, cuando Aben-Aboo se levantó, se fué á la ventana, y miró con grande interés hácia fuera en dirección á una cumbre que se veía entre un rompimiento de las breñas.

—¿Qué será lo que llama de tal mo-

do la atención de mi sobrino? dijo para sí Aben-Jahuar; y permaneció inmóvil.

—Ellos son: murmuraba á su vez Aben-Aboo: sí; los dos hombres que hace dos días rondan mi atalaya. Desde aquí no se les distingue bien; pero los reconozco por la capa parda del uno, y la gris del otro: el de la capa parda, es sin disputa aquel comediante que representó con Angiolina en la comedia «Reina Moraima», Andrés Cisneros: no me cabe duda; en cuanto al otro creo haberle visto también, pero no sé quien es: ¿qué busca el señor Cisneros en mi casa? ¿Tendrá acaso algún derecho sobre la princesa? pues en mal hora os habéis venido á las Alpujarras, galanes.

Y Aben Aboo, tras estas palabras se separó de la ventana.

Al volverse vió á su tío.

—¡Ah! gracias á Dios, dijo: hace una hora que os espero.

—He tenido que atender á asuntos importantes, sobrino, contestó Aben-Jahuar: creo que tú también tienes entre manos asuntos de interés.

—Sí por cierto, tío, contestó Aben-Aboo, me ocupo en pensar de qué manera puedo ser más útil á mi patria.

Movió en un movimiento de incredulidad la cabeza Aben Jahuar.

—¡Qué! dijo ofendido el jóven, ¿creéis que no haré yo tanto como el que más por romper el yugo de los cristianos?

—No digo eso, sino que en estos momentos, en todo pensabas menos en nuestra empresa.

—¿Tenéis la pretensión de adivinar, tío? dijo con cierta secatura Aben-Aboo.

—No, pero pretendo tener tan buenos ojos como tú.

—No os comprendo.

—Estoy viendo desde aquí, dijo Aben-Jahuar extendiendo el brazo

hacia la cumbre á donde antes había mirado Aben-Aboo, dos hombres que llamaban hace poco tiempo tu atención: el uno tiene una capa parda, y el otro una capa gris. Entrambos miraban con la misma atención con que tú los mirabas, á la atalaya donde vives, y desde la cual no pueden ser vistos.

—¡Ah! ¿habéis reparado eso?

—Como lo has reparado tú.

—¿Y qué interés creéis que puedan tener aquellos dos hombres en mirar á mi casa? dijo con negligencia el joven.

—Veo con disgusto, sobrino, que me tratas con doblez, dijo Aben-Jahuar.

—No, no por cierto; decid más bien que vos sois receloso.

—Me ha hecho receloso la experiencia: además de eso, de algún tiempo á esta parte, no te reconozco: eras más confiado, más sincero: has contraído con tu familia una reserva...

No hago más que pagarla en la misma moneda.

—Mi sobrino Aben-Humeya te ama.

—Ciertamente, como ama el carnicero á la oveja.

—En mala disposición de ánimo empezamos la guerra.

—Esforcémosnos todos: mi primo es rey, Aben-Farax alguacil mayor, vos capitán general, yo infante: nuestro poderoso pariente el emir de los monfíes nos ayuda...

—Y todos nos aborrecemos.

—¡Que nos aborrecemos!

—Esta es la verdad; Satanás se ha metido en medio de nosotros.

—Yo por mi parte...

—Tú estás tan empeñado como cada uno de nosotros.

—¡Empeñado! ¿y en qué?

—Has pensado en ser rey de Granada.

—Creo que tenía derecho para pensar así; pero desde el momento en que

el reino ha elegido á mi noble primo Aben-Humeya, le he recibido por rey y le he prestado homenaje: y si á eso vamos vos también...

—¿Qué quieres suponer? exclamó con cuidado Aben-Jahuar.

—¿No pretendéis casaros con vuestra cuñada, con mi tía doña Elvira?

—¡Oh! sí... la amo, la amo hace muchos años.

—Bien puede ser porque doña Elvira es muy hermosa... ¿pero no podría también suceder que pretendierais apartarla de su hijo, y sin suscitar á éste dificultades, envolverle en un lazo y alzaros con el reino?

—Te repito que no te conozco, Aben-Aboo.

—Sí, es cierto, vos creíais que yo era un mancebo inexperto, confiado, sobre quien su madre tenía una potestad absoluta...

—Tu madre no es ambiciosa, tu madre no quiere la guerra: tu madre tiembla de que esa guerra empiece.

—Harto lo sé.

—¿Y sabes por qué tu madre tiembla á la guerra?

—Es cristiana de corazón.

—Tu madre ama...

—Es natural que ame á su hijo.

—Y más que á tí ama á otra persona.

—Mi madre no se ha quitado aún sus lutos de viuda, que lleva hace veintidos años.

—Más de veintidos años hace que tu madre amaba con toda su alma á un hombre que no era tu padre.

—Teneis fama de maldiciente, tío.

—Yo no digo que mi hermana, la pobre Isabel haya faltado á su virtud; la conozco mejor que tú: mi hermana ha sido una mártir de su familia, y aunque ha amado, aunque ama á un hombre que debió ser su esposo, ni le ha alentado con una sola esperanza, ni aun ha consentido en verle,

—desde el día en que se casó con tu padre. Pero ama á ese hombre, le adora, y se extremece por él tanto como por ti... Teme la guerra, la evitaria á costa de su sangre.

—¿Y qué hombre es ese á quien decís que mi madre ama, y con quien debió casarse?

—Ese hombre es nuestro pariente el poderoso emir de los monfíes.

—¡Ah! exclamó Aben-Aboo, comprendiendo entonces el amor con que le había tratado Yaye.

—¿Y estás seguro sobrino, de que esos dos hombres que observan con tal interés y tan de lejos tu casa, no sean monfíes enviados por el emir, en un día en que han de tener lugar graves acontecimientos?

—Os afirmo que esos hombres no son monfíes.

—Pues entonces; no es tu madre el objeto de esos hombres.

—¿Y cuál creéis que pueda ser?

—Bien pudiera ser una dama que has traído imprudentemente de Granada.

—¿Quién os da tantas noticias, tío?

—Nada pasa en las Alpujarras que yo no lo sepa: por ejemplo, hace tres días que llegó á Yátor otra dama que también te interesa mucho.

—¿Una dama que me interesa...?

—Sí por cierto, la sultana Amina.

Palideció profundamente al oír aquel nombre Aben-Aboo.

—¿Y decís que la sultana Amina está en Yátor...?

—Sí, sí por cierto y repito que Satanás en forma de tres mujeres se ha metido entre nosotros.

—Explicaos.

—Tú amas á la hija del emir.

—Es verdad, contestó Aben-Aboo bajando los ojos.

—Aben-Humeya la ama también.

Destelló un relámpago de celos salvajes en los ojos de Aben-Aboo.

—¿Y qué pretende mi primo?

—Pretende un imposible. Hacer su esposa á Amina.

—Pero eso no puede ser, mi prima es casada.

—Pero ¿con quién? ¿con quién? dijo Aben-Jahuar con cierto temor; ¿quién es el afortunado esposo de esa mujer?

—Se os sale la ambición por los ojos, tío: no creéis que la sultana Amina pueda estar casada con menos que con un emir de África y teméis que ese emir se ponga entre Aben-Humeya y vos. Descuidad... descuidad de todo punto.

—¿Pero sabes tú quién es el marido de la sultana?

Sonrió con el desdén de la superioridad Aben-Aboo.

—Mi prima no está casada, dijo, sino simplemente deshonrada.

—¡Mira lo que dices! exclamó Aben-Jahuar mirando en torno suyo con recelo: en todas partes hay monfíes y esos tabiques...

—Descuidad, tío: por lo mismo que sé que podemos estar espiados hablo muy bajo.

—¿Pero qué pruebas tienes...?

—¿No habeis leído un contrato solemnemente, celebrado entre Aben-Humeya y el emir de los monfíes?

—Sí.

—¿No hay en él una cláusula por la que se acuerda el casamiento del hijo de Aben-Humeya con una hija de la sultana?

—Sí.

—Pues bien, esa hija es hija del amor: esa hija ha sido concebida en Madrid, sin duda alguna, á contar por el tiempo en que la dió á luz la sultana en las Alpujarras: esa niña es hija del capitán del presidio de Cádiar, el marqués de la Guardia, á quien adora Amina, que es su amante.

—¿La sultana amante del marqués

de la Guardia? ¿Y por qué no es su esposo?

—Hace cinco días, en la fecha en que se firmaron las capitulaciones entre Aben-Humeya y el emir estuve hablando con el marqués de la Guardia en el Albaicín, en la taberna del Hardon. El marqués buscaba á su amante, á Amina, y estaba muy lejos de saber que era su esposa... esto no impide que lo sea ya... y con haber atrasado la fecha...

—Resulta, pues, que Amina se ha enamorado de un caballero castellano: peor para el emir.

—Sí, peor para el emir y para su hija, exclamó con acento reconcentrado Aben-Aboo. Pero seguid, tío, seguid: sepamos cuáles son las otras mujeres que Satanás ha metido en nuestros asuntos.

—La sultana Amina bastaría; porque tanto tú como Aben-Humeya estáis empeñados por ella: pero existen además tu tía doña Elvira y tu madre.

—¡Ah!

—Sí, ambas aman al emir y son enemigas á muerte: yo amo á mi cuñada y soy enemigo del emir; los odios se cruzan entre nosotros: hay además otra mujer por quien estáis á un tiempo empeñados Aben-Humeya y tú: esa comediante que has traído de Granada.

—Os confieso tío, que esa mujer me espanta, que no la comprendo, y que á pesar de estar enamorado de la sultana, esa mujer me enloquece.

—Eso consiste en que la sultana habla á tu ambición, y la comediante á tu deseo. Pero es necesario que encubras tus amores hácia la sultana: es necesario que separes de tí á la comediante.

—¿Y á qué propósito?

—Para evitar el odio de Aben-Humeya.

—¿Y qué me importa? Bien sabéis

que desde antiguo, por más que lo hayamos disimulado, somos enemigos.

—Pero esa enemistad es fatal en éstos momentos.

—Yo no quiero una patria en que he de ser esclavo.

—Es que esa patria, si luchamos todos á una, podrá ser tan grande que haya lugar en ella para todas las ambiciones.

—Yo no puedo contar con la buena fe de Aben-Humeya.

—Si Aben-Humeya se muestra hostil es porque desconfía de tí; ayúdale, inspírale confianza y Aben-Humeya se unirá á tí como á un hermano.

—Ya habeis dicho, que entre nosotros se han colocado dos mujeres.

—Si sigues mis consejos, solo habrá una, y esa es tal que no merece que dos buenos creyentes sean enemigos por ella.

—¿Y cuál de esas dos mujeres ha de ser la que ha de dejar de excitar nuestra rivalidad?

—La sultana Amina.

—¡Ah! exclamó Aben-Aboo, cuyo rostro se cubrió con la expresión de la más profunda reserva; ¿y de qué modo podremos hacer para que la sultana Amina deje de ser un objeto de rivalidad entre Aben-Humeya y yo?

Sonrió sutilmente Aben-Jahuar.

—Ni tú ni Aben-Humeya amáis á la sultana, dijo: queréis sin embargo casaros con ella porque comprendéis que el que sea su esposo, tendrá en su favor al poderoso emir de los monfíes.

—Puede ser que piense así mi noble primo.

—No piensas tú de otra manera.

—Y bien, dado caso de que yo piense así, ¿de qué modo hemos de obrar para que la sultana deje de ser un medio de elevación?

Sonrió de nuevo sutilmente pero de una manera más sesgada Aben-Jahuar.

—Supongamos que muere el emir...

—¡Ah!

—Esto es muy fácil que suceda... acometemos una empresa peligrosa... además el emir va todas las noches...

—¿A dónde?

—A ver á tu madre.

—¡A ver á mi madre!

—¿No te he dicho que se aman?

—¡Eso es mentira!

—Observa tu casa á las altas horas de la noche.

—Sóis un demonio, dijo Aben-Aboo; queréis envenenarme el corazón.

—Tengo experiencia y te aconsejo bien.

Guardó por un momento silencio Aben-Aboo, y luego dijo.

—No hablemos más de esto y vamos á lo que importa. Vos como capitán general de los moriscos me habéis mandado llamar y he venido.

—Ha llegado el momento de probar tu valor.

—¿Es decir, que ha llegado la hora?

—Si; Farax-aben-Farax, con seis mil hombres, marchará esta noche sobre Granada, sublevará el Albaicín, acometerá la Alhambra, en la cual hay poco resguardo, y para lo que llevan escalas, y es muy posible... los cristianos se entregarán descuidados á sus fiestas de la Noche-Buena; acudirán á los templos á la misa del Gallo, y cuando pretendan salir de ella, se encontrarán con la muerte. Pero es necesario obrar al mismo tiempo en las Alpujarras: los cristianos, sea por casualidad ó por recelo, se mueven en nuestras montañas; la parte de compañía del marqués de la Guardia, que estaba en Cádiar, ha marchado á Yátor, pero en cambio, acaba de entrar esta mañana en la villa

y de alojarse en las casas, la compañía de arcabuceros del capitán Diego de Herrera.

—¡Cómo! ¿ese miserable que ha cometido en las Alpujarras tantas infamias, vuelve entre nosotros?

—Vuelve para morir. Además de esto, la Inquisición nos visita hoy.

—¡La Inquisición!

—Esto nos favorece: como nuestros hermanos están poco instruidos en lo que atañe á la religión cristiana, el inquisidor Molina de Medrano, que viene encargado de la visita, se extremará con ellos á pretexto de que son poco celosos, de que ignoran los preceptos de la religión cristiana, les amenazará, pretenderá arrebatárles sus hijos...

—Es necesario arrancar el corazón á ese clérigo, exclamó Aben-Aboo.

—¡Los monfies! exclamó con un acento feroz Aben-Jahuar, los monfies harán eso. El Ferih, el tremendo Abd-el-Melik-el-Ferih, te espera esta tarde á la caída del sol en las quebraduras de la rambla de los Ciegos.

—¡Ah! ¡me espera!

—Si; tú á más de ser infante de Granada, eres el morisco de más influencia en Cádiar.

—¿Y me obedecerá el Ferih?

—Ciegamente.

—¿Sabe esto el emir?

—Ha dado órdenes al Ferih para que te espere.

—¿Y qué he de hacer, tío?

—¿Qué han hecho con nosotros los cristianos?

—Nos han aterrado á fuerza de crueldades.

—Pues bien, los cristianos te han dicho lo que debes hacer.

—¡Oh! ¡oh! ¿debo hacer con los cristianos lo que los cristianos han hecho con nosotros...? ¡bien! lo haré.

—No olvides lo que hemos hablado.

—¡Oh! es muy difícil olvidarlo: mi madre y mi tia aman al emir: el emir

ama á mi madre: el marqués de la Guardia está casado con la sultana Amina y tiene de ella una hija... ¿Sabéis dónde está la hija de la sultana? exclamó de repente Aben-Aboo.

—Puede ser que lo sepa.

—¿Y por qué no he de saberlo yo?

—Te he dicho que puede ser que lo sepa, lo que quiere decir que no lo sé.

—¿Y tenéis medios para saberlo?

—Los buscaré...

—Y entonces...

—Lo sabrás.

—¡Ah tío, tío! conozco que soís un demonio, y sin embargo me parece que me voy á condenar con vos.

—O á salvarte.

—El olor de la sangre y de la carnicería me da ya en las narices.

—Procura que ese olor no te desvanezca: si oyes mis consejos, y eres valiente y leal, hijo, grande suerte te espera. Pero por el momento muéstrate con Aben-Humeya como un hermano; con Aben-Farax como con un amigo.

Aben-Aboo estrechó la mano de Aben-Jahuar.

—Ahora es necesario que te vayas, dijo este á Aben-Aboo: espero á una persona que no quisiera que te viese conmigo.

—Pues entonces adios, tío.

—No te olvides de ir esta tarde á puestas del sol, á las quebraduras de la rambla de los Ciegos; yo iré también. Adios.

Aben-Aboo, salió, y poco después, su tío le sintió bajar por las escaleras.

—He ahí un sobrino de buena raza, dijo Aben-Jahuar cuando se hubo quedado solo. Es valiente y cruel, y sobre todo ambicioso: en mejores manos no podría haberse puesto lo de Cádiar. Esta noche se verá claro en las calles aunque no haga luna.

Y se puso á pasear meditabundo á lo largo de la habitación.

Como se vé, el amor hácia su cuñada doña Elvira, y su anhelo por poner las cosas á punto de que él fuese la única cabeza de la rebelión de los moriscos, hacían meditar á don Fernando de Valor ó Aben-Jahuar, horribles crímenes: para llegar á su objeto era preciso que se ensangrentase en su misma familia, que matara á sus sobrinos; que desgarrase el corazón de su hermana, y que hiciese caer en un lazo traidor y horrible á Yaye, su pariente también, pariente generoso que le había dado continuamente oro y protección, y á cuya influencia debía el no haber muerto en galeras, ó á lo menos en un encierro como murió su hermano. Pero Aben-Jahuar quería poseer el amor de doña Elvira y la corona de Granada, y nada le detenía en su terrible paso hácia aquellos objetos: ni aun la sangre de los suyos.

Oyéronse pasos en el corredor, se acercaron, se entreabrió la puerta, y una voz clerical, dijo:

—*Deo gratias.*

—A Dios sean dadas, contestó don Fernando.

Poco después, maese Barbillo, el galeote escapado, el sacristán de la parroquia de Cádiar, estaba de pié y caperuza en mano, delante de Aben-Jahuar.

CAPÍTULO XVI.

DE QUÉ MANERA SERVÍA Á QUIEN LE PAGABA, MAESE BARBILLO.

Miróle este por un momento fijamente.

—¿Has concluido ya tus negocios? le preguntó.

—Por el momento sí; pero no puedo estar mucho tiempo con vuesa merced, porque tengo que colgar la iglesia, y sacar los sillones para la Inquisición, y qué sé yo cuántas cosas.

—Bien, sientate.

—Estoy así bien, señor.

—Siéntate.

Barbillo se sentó.

—¿Has dicho á alma viviente lo que has hablado conmigo?

—¡Cómo, señor! ¿desconfía vuesa-merced de mí?

—Desconfío de todo hombre que anda en tratos con mujeres.

—¿Y yo?

—Tú, á la socapa, tienes por novia á la morisca mejor moza de la villa.

—¿Quién ha dicho á vuesa-merced tanto? exclamó con cuidado Barbillo.

—Me alegro que nada me niegues: yo sé que el ama del beneficiado Juan de Ribera, la buena Mariblanca, arde por tí, y que tenéis tratado casaros.

—Algo hay de eso: pero mientras viva el beneficiado...

—¿Quién sabe lo que el beneficiado vivirá? pero volviendo al asunto: quien tiene por novia una mujer de tan buenos ojos, y tan ladina como Mariblanca, está expuesto á ser imprudente.

—¡Quiá! ¡no señor! ya sabe vuesa-merced que yo soy mucho pez, y que todas las Mariblancas y Mariniegas del mundo, no me harán hacer lo que no me convenga: es verdad que la Mariblanca es una muchacha que no la hay más garrida en la corte del rey; es verdad que he andado, ando y andaré tras ella, y que lo que mucho cuesta se aprecia mucho; pero no hay miedo de que yo diga más de lo que la debo decir.

—Yo sé que mi cuñada doña Elvira, viene algunas veces encubierta á Cádiar, y que aunque no vea á su cuñada doña Isabel, siempre ve á Mariblanca.

—Es verdad, pero eso consiste...

—¿En qué?

—En que Mariblanca y yo, servimos á doña Elvira.

—En sus amores...

—Cierto que sí.

—¿Pero tú sabes con quién tiene sus amores?

—Ayer no lo sabía, pero hoy lo sé.

—Y...¿quién es?

—Un caballero muy principal.

—¿Como de cuarenta y cinco años?

—Sí señor.

—¿Muy blanco, muy hermoso, con el pelo negro?

—Eso es.

—¿Y sabes cómo se llama ese caballero?

—Lo que sé, es que es muy amigo del beneficiado Juan de Ribera.

—¿Y cómo le conocías de antes?

—De una manera muy sencilla: á causa de doña Elvira. Antes de conocerme á mí, doña Elvira había conocido á Mariblanca.

—¿Y cómo conoció mi cuñada á tu novia?

—El padre de Mariblanca es morisco.

—Ya lo sé.

—Un morisco feroz.

Es más que morisco: es moro: es monfí: se llama Abd-el-Melik-el-Ferrih.

—Un moro muy principal... pues bien: habéis de saber que Mariblanca se enamoró de un capitán del presidio de Andarax. De esto, hace diez años: Mariblanca tenía entonces quince: el capitán la sedujo... la deshonoró... y la robó de la casa de su padre... todo esto me lo ha contado Mariblanca:

—Sigue, sigue.

—Como decía, el capitán la sacó de su casa, jurándola que sería su esposa, y la escondió, y gozó de ella cuanto quiso, y cuando se fastidió de ella, empezó á distraerse y á quebrar á otras... entonces Mariblanca le dijo, que la cumpliera su palabra, á lo que contestó que no podía casarse con ella porque era mora. Entou-

ces Matiblaoca se fué á buscar al beneficiado.

—¿A Juan de Ribera?

—Al mismo. Le dijo en confesión lo que la acontecía, y le pidió que la bautizase. El beneficiado la bautizó, y ella, con la partida de bautismo en la mano, volvió á Diego Herrera y le dijo:

—Yo he dejado por tí la casa de mi padre, que si me encuentra me matará: yo te seguí, oyendo tus promesas de que te casarías conmigo: ya soy cristiana, cúmpleme tu promesa.

El capitán volvió la espalda á la muchacha, que se iba quedando atrás, y que al ver este desprecio de su amante, cegó de cólera y de venganza, y echando mano á un pequeño puñal que llevaba consigo, le hirió á traición. El capitán cayó: Mariblanca creyendo que le había muerto, huyó, y se refugió en la iglesia, donde tomó asilo. Entonces el beneficiado Juan de Ribera, la llevó á su casa, y antes de tomar ninguna resolución, fué á la casa del capitán: le encontró en el lecho herido, pero no peligrosamente, y supo que el capitán no queriendo acabar de perder á una mujer á quien ya había hecho bastante daño, había dicho que le habían herido los monfíes. Condolióse, pues, de la muchacha el beneficiado, ó enamorado de ella, según dicen malas lenguas, aunque Mariblanca lo niega, y la recibió por su ama, á pesar de que entonces la muchacha solo tenía diez y siete años.

Pasó mucho tiempo: Abd-el Melik-el Ferih que desde que su hija huyó de su casa, había desaparecido de Cádiar, sin que nadie le hubiese vuelto á ver, permaneció fuera, hasta que una noche, hace dos años, cuando Mariblanca volvía de la fuente, se encontró de repente con un monfí. Era su padre.

—¡Ah! ¡ah! ¡un encuentro endia-

blado! ¿Y cómo es que hasta hace dos años no se había presentado el padre á la hija?

—El Ferih había estado en Africa.

—¿En Africa durante ocho años?

—Sea como quiera, el Ferih no se presentó á su hija sino después de ocho años que su hija había huído: pero cuando la vió ante sí...

—No la mató puesto que vive; pero sin duda procuró matarla.

—Nada de eso: la miró por un momento fijamente mientras la pobre temblaba, y luego como si nunca la hubiese visto la dijo:—Sigueme muchacha.

—¿Y le siguió Mariblanca?

—¿Qué había de hacer? estaban solos y el Ferih la miraba con los ojos más feroces del mundo. El padre delante y la hija detrás, salieron de la villa, siguieron un sendero adelante y no se detuvieron hasta pasar la valla del cercado de una huerta. Una vez dentro el Ferih se detuvo, y señalando á su hija una casa, tras una de cuyas ventanas se veía una luz, la dijo:—Vé allí; empuja la puerta, sube unas escaleras, y cuando entres en una habitación, cuya puerta encontrarás también abierta, dirás á una dama que verás allí: el monfí me envía.—La muchacha siguió adelante hácia la casa, empujó la puerta, subió las escaleras, abrió otra puerta y se encontró en una pequeña habitación donde había una lama muy hermosa.

—¿Quién eres! la dijo la dama.

—El monfí me envía; contestó con voz medrosa Mariblanca.

—¿Has conocido á ese monfí? replicó la señora.

—¡Es mi padre! exclamó toda trémula Mariblanca.

—¿Y sabes por qué tu padre no ha lavado con tu sangre la deshonra que has echado sobre él?

—No lo sé, señora, dijo Mariblanca.

—Tu padre me debe la vida, repuso la dama, y en agradecimiento me ha prometido no tocar á uno solo de tus cabellos.

—¡Ah! ¡Dios se lo pague á vuesa-merced, señora! exclamó Mariblanca cayendo de rodillas.

—La dama se inclinó sobre ella, y sin levantarla del suelo la dijo:

—Te he salvado la vida para que me sirvas.

—¡Ah! ¡serviré á vuesa-merced de rodillas! exclamó juntando las manos Mariblanca, que no podía echar de sí el terror que le había causado la súbita presencia de su padre.

—No; quiero que me sirvas de pié y con gran discreción, levántate.

—¿Y en qué he de servir á vuesa-merced?

—¿Conoces tú á doña Isabel de Córdoba y de Valor?

—¡Ah! ¡sí señora! contestó Mariblanca; la conozco mucho, porque va con frecuencia encubierta, á hablar con mi señor el beneficiado.

—¿Que va á hablar con tu señor?

—Sí señora; muchas veces mi señor está en la iglesia, y doña Isabel le espera: es un ángel: me habla con cariño porque soy morisca convertida.

—¿Es decir, repuso la dama, que con poco que hicieras podrías entrar y salir libremente en casa de doña Isabel?

—Sí señora.

—Pues bien: es necesario que entres en su casa cuantas más veces puedas, que observes, que veas.... además de eso tú debes de tener un amante...

—Mariblanca se turbó, tartamudeó, y al fin confesó que era mi novia.

—¡Ah! dijo la dama: un sacristán... ciertamente el amante digno del amante de un beneficiado; así todo se queda en casa: pues bien, es necesario que de noche tu amante ronde por fuera

de la casa de doña Isabel, y vea quién entra y quién sale, ó quién ronda ó no.

—Mariblanca prometió á la dama servirla á su placer, y salió más muerta que viva, temiendo encontrar de nuevo á su padre; pero su padre había desaparecido: vino á casa del beneficiado, y mientras este dormía aquella noche su primer sueño, me contó todo lo que la había acontecido. De esta manera fué como Mariblanca conoció á vuestra cuñada doña Elvira de Céspedes, y me ha contado tantas veces y tan al pormenor su aventura, que la sé de memoria sin que en ella falte ni un ápice.

—Me has dicho en esa relación que doña Elvira había salvado la vida al Ferih.

—Así lo dijo doña Elvira á Mariblanca.

—Esto lo sabré yo por la misma parte interesada; dijo para sí Aben-Jahuar, y luego añadió alto:

—¿Y qué visteis Mariblanca y tú?

—Mariblanca, que empezó á frecuentar, á pretexto de conocimiento y de cariño á doña Isabel, vió que estaba siempre muy triste, que hasta dentro de su casa llevaba sus lutos de viuda, aunque ha más de veintidos años que, según cuentan, y estando de recién casada con él, murió su marido: que ama mucho á su hijo Diego López, y que es muy caritativa y muy cristiana.

—¿Y no vió nunca Mariblanca en la casa ningún hombre?

—Sí señor, los parientes del difunto marido de doña Isabel.

—¿Y nadie más?

—Nadie más.

—¿Y tú qué viste en tus rondaduras?

—Os diré, señor: yo he visto mucho y no he visto nada.

—Explicate.

—He visto, por ejemplo, algunas temporadas en este último año un

bulto con trazas de caballero, y de caballero principal, que rondaba las bardas de la huerta donde vive doña Isabel.

—¿Rondarla nada más?

—Algunas veces hablaba con el esclavo de Diego López, que para hablarle se ponía caballero en la tapia, y esto muy tarde.

—¿Y no pudiste entender lo que hablaban?

—Sí, sí señor; una noche por encargo de doña Elvira, que deseaba mucho saber lo que el caballero hablaba con el esclavo, me arriesgué á todo, y aprovechando la oscuridad, que era tal que no se veían los dedos de las manos, me tendí cosido sobre la tierra y la barda cerca del lugar por donde solían hablar el caballero y el esclavo del señor Diego López; poco después de estar allí oí ruido entre las matas, y sentí acercarse á un hombre que se detuvo y silbó como una culebra; al silbido sentí que por dentro se acercaba una persona que trepaba á la barda, y al fin oí la voz de Ali, á quien conozco mucho, que decía:

—¿Sóis vos, señor?

—Sí, yo soy, contestó el de fuera: ¿qué tienes que decirme?

—He puesto la carta de vuestra señoría, sobre la mesa del aposento de mi señora; me he puesto en acecho; cuando mi señora ha entrado y ha visto la carta se ha puesto pálida, la ha tomado y la ha leído temblando; después la ha ocultado, como ha hecho siempre con las otras, entre sus ropas; ya entrado el día, me ha encontrado en el huerto, me ha mirado fijamente, como siempre que he dejado alguna carta, pero no me ha dicho nada; á Genoveva, su doncella, la ha tratado con impaciencia, y como la pobre muchacha no sospecha nada, se ha entristecido; yo por mi parte me he hecho el torpe, como si nada su-

piese, y ha pasado.

—¿Y nada más? dijo el caballero.

—Sí, sí señor, contestó Ali: he robado un ramo de flores del búcaro de la señora, y una de las marañas del cabello de su peinado. Ahí vá todo junto: los cabellos en las flores.

—Paréceme que hubiera querido mucho mejor el incógnito, dijo Aben-Jahuar, las flores en los cabellos.

—Eso también creo yo; dijo Barbillo, porque el tal señor está perdidamente enamorado de doña Isabel.

—¿Y lo sabe eso doña Elvira?

—¡Pues no ha de saberlo! como que yo la escribí relatándola, sin faltar letra, la conversación que había oído entre el hidalgo y Ali.

—¿Y no ha entrado nunca ese enamorado, casa de mi hermana?

—Nunca. Sabría yo, y hace algunas noches estaba tan desesperado como antaño.

—Continúa.

—Pues señor, doña Elvira quiso á todo trance saber con certeza quién era el desesperado amante de doña Isabel, y... ayer vino á Cádiar.

—Ya lo sé.

—Se ocultó en la casa que tiene de costumbre, en la Caba Alta.

—Lo sé también: casa de la viuda de un mudejar.

—Eso es: con la viuda mandó llamar á Mariblanca.

—Lo sé también: es decir que Mariblanca fué á ver á doña Elvira, pero no sé lo que hablaron.

—Doña Elvira quería á todo trance, que yo con algunos amigos me apoderase del encubierto; anoche mismo Mariblanca me lo dijo, y como pagaba bien doña Elvira, busqué el organista y al barbero, que son dos mozos de pelo en pecho, y bien armados, esperamos á nuestro hombre por el camino por donde suele entrar en la villa; el hombre vino, pero nos apo-

rreó: á pesar de la noche le conocí: esta mañana le ví en la sacristía.

—¿Con qué es decir que el beneficiado, anda en tratos con ese hombre?

—¿Y cómo si anda? y jura y perjura que es el mejor cristiano que conoce.

—Pues no tiene mucho conocimiento el beneficiado.

—¡Cómolo! ¡qué! exclamó avisgado como suele decirse, Barbillo.

—Dios me entiende y yo me entiendo, y basta con que Dios y yo nos entendamos: vamos á otra cosa: Mariblanca seguirá frecuentando la casa de mi hermana.

—Ahora más que nunca, y de tal manera la finje cariño y amistad Mariblanca. que doña Isabel ha llegado á amarla y á no poder pasar sin ella: de tal modo, que la tarde que Mariblanca falta á su visita, la envía á buscar doña Isabel.

—¿Y qué sabe Mariblanca de cierta dama, que hace diez dias ha traído mi sobrino Diego López á su casa?

—¡Ah! esa es otra historia. Diego López ni aún se ha tomado el trabajo de disculparse con su madre.

—¡Hola! ¡Hola! ¿con que de tal modo falta mi sobrino al respeto á mi hermana?

—Hace algún tiempo que el señor Diego Lopez está desconocido; antes era alegre y decidior, iba á todas partes, galanteaba á las mozas, y hacía finezas á Mariblanca, hasta el punto que casi, casi, llegué á tener celos: jugaba á la pelota, tiraba la barra y era el que mejor parte llevaba en la palestrilla (1). ¡Pero ahora! ni tiene

(1) Llamábase en aquellos tiempos, y aun casi hasta nuestros dias palestrilla, el lugar á donde se tiraba á la espada blanca ó negra. Este lugar, que era siempre en las plazas públicas, estaba demarcado por cuatro escaños, dentro de los cuales, en presencia de un maestro de armas, se sacudían ta-

un requiebro para las mozas, ni una palabra para sus conocidos; anda triste y mohino, pensativo y cabizbajo, y algunos pastores le han visto acechando por el sitio por donde suele pasar la Dama Blanca de la montaña.

—¡Bah! ¡bah! ¡la Dama Blanca! dijo con acento de burla Aben-Jahuar.

—Burlaos cuanto queráis, pero no por eso será menos cierto que anda por nuestras montañas ese duende maldito, que hace mal de ojo á los ganados, y mucho será que no se lo haya hecho al señor Diego López.

—Bien, bien; pero sigue, que nuestra conversación se va haciendo demasiado larga y tengo que hacer.

—¿Pues y yo que estoy haciendo falta ya en la iglesia? ¡Ya se vé! ¡quiere vuesa merced saber tanto!

—Quiero saber lo que sabe Mariblanca acerca de esa dama, que ha ido á vivir desde hace tres dias á la casa de mi hermana.

—Esa dama es muy hermosa.

—Lo sé.

—Y muy principal.

—Lo sé también.

—Y gasta unos vestidos como no se han visto en las Alpujarras.

—Vamos al asunto, maese Barbillo.

—Pues el asunto es, que el señor Diego López se presentó en su casa el lunes en la noche, trayendo á esa dama á la grupa de su caballo, y que dijo á su madre, según vuestra señora hermana ha dicho á Mariblanca, que era necesario que la tuviese en su compañía. La dama, que se llama, quisiera no equivocarme, doña Angélica, dijo á vuestra hermana que era viuda de no sé qué príncipe, que se encontraba sola en el mundo, que el

jos y reverses todos los que querían, sin careta ni otro objeto alguno defensivo, y sin más precaución que un botón puesto en las puntas de las espadas y de las dagas.

señor Diego López la había enamorado, y que prefería vivir al arrimo de doña Isabel á que nadie viese que siendo moza y sola la galanteaba un hidalgo jóven. Doña Isabel por amor á su hijo, y viéndose también sola, ha dicho en el pueblo que la doña Angélica es una parienta suya, que ha venido á vivir una temporada en las Alpujarras. ¡Pobre madre!

Callóse Barbillo, porque no tenía nada más que decir.

—Toma maese, le dijo Aben-Jahuar sacando un escudo de oro de su bolsillo y dándolo al sacristán, has cantado de plano y te estoy agradecido. Ahora cuidate de no decir á alma viviente, ni aun á Mariblanca, que has hablado conmigo, y adios.

—¿Y no me encargáis nada, señor?

Será muy posible que no necesite de tí, contestó Aben-Jahuar con voz cavernosa.

—Pues lo siento mucho. don Fernando, porque tenéis una manera tal de tratar á las gentes, que dan ganas de serviros de rodillas.

—Si te necesito otra vez te buscaré.

Y como al decir esto Aben-Jahuar había demostrado con el acento y con el gesto que deseaba quedarse solo, Barbillo, después de haberle saludado servilmente, salió.

—No gozarás ese dinero, si no lo gastas de aquí á la noche, dijo el capitán general de los moriscos: sé cuanto necesitaba saber: ahora empecemos á obrar.

Y yendo á la puerta gritó:

—¡Hola mesonero! mi caballo y la cuenta.

Un momento después salía del mesón y de Cádiar á un mismo tiempo.

CAPÍTULO XVII.

EL CAPITÁN DIEGO DE HERRERA.

Los pobres moriscos de la villa estaban consternados.

En primer lugar, desde el día anterior se sabía una noticia en extremo alarmante.

El hecho á que aquella noticia se refería, era el siguiente:

Acostumbraban los escribanos y los alguaciles de la audiencia de Ujijar de Albacete, villa de las Alpujarras, ir á pasar las vacaciones de Pascuas en Granada, donde los más de ellos tenían sus familias y al hacer el camino, como los moriscos estaban acobardados y ellos lo sabían bien, porque eran los que los acobardaban, llevábase á su paso, gallinas, pollos, miel, fruta y dinero, todo arrancado con amenazas, ó mejor dicho: robado.

Cinco de estos escribanos y alguaciles, entre los que iban dos ferocísimos. Juan Duarte y Pedro de Medina, salieron de Ujijar el martes veinte y dos de diciembre llevando por guía á un morisco, é hicieron por los lugares por donde pasaron, desórdenes y tropelias con el mismo descuido que si las Alpujarras hubieran estado en perfecta tranquilidad, y no agitadas y preparándose para un alzamiento; al las noticias de estos desórdenes, salió á ellos con algunos monfíes, nuestro antiguo conocido Harum el Geniz, y encontrándolos en una senda cerca de la villa de Poqueira, les cortaron el camino y los pasaron á cuchillo, no pudiendo escapar más que el escribano Pedro de Medina, y el guía morisco, que fueron á ampararse á la villa de Orgiva. Del mismo modo los monfíes mataron y quitaron los caballos á

cinco escuderos que habían salido de Motril.

Temían, pues, los moriscos, que, como en otras ocasiones, pagasen justos por pecadores, es decir, que el corregidor de Ujijar enviase al término donde aquellos fracasos habían acontecido y aun mucho más lejos, algunas escuadras de soldados, y no pudiendo haber á los monfies, ó no atreviéndose á ellos, extremasen sus crueldades y sus licencias con los que ninguna parte habían tenido en el caso.

Lo que en segundo lugar los tenía como suele decirse, con la mosca sobre la oreja, era que sabían de cierto que la Inquisición iba á Cádiar á hacer su visita, y lo que en tercer lugar los aterraba era la llegada á la villa del capitán Diego de Herrera, y su cuñado Juan Hurtado Docampo, hombres crueles, que con cincuenta soldados y una carga de arcabuces, habían venido de Granada, causando á su paso por los pueblos, agravios, cometiendo desafueros, y tratando á los naturales como cosas viles de las cuales dispone á su antojo su dueño.

Aquella mañana antes de que entrasen los dos hidalgos cuñados con su gente, sabíase en la villa, y encontrábanse en la plaza los moriscos divididos en corros, hablando animadamente: pero notábase que cambiaban, aunque con gran disimulo, de conversación cuando pasaba junto á ellos algún alguacil del corregidor, ú otro de los castellanos de los que vivían en el pueblo con fueros y soberbia de autoridad, ya fuese por su oficio, ya por su amistad con los oficiales del rey.

Un observador hubiera notado que los moriscos tramaban algo y algo terrible.

Como á las nueve de la mañana, oyéronse en la parte baja de la villa pifanos y tambores, y cambió como

por ensalmo la expresión de los semblantes de los moriscos, de tal modo, que nadie los hubiera creído sino los más contentos y felices hombres del mundo: poco despues entraron en la plaza con la bandera tendida los cincuenta arcabuceros, llevando delante dos pifanos y dos tambores, tras ellos Diego de Herrera y su cuñado Juan Hurtado Docampo, ginetes en dos rocines, con las espadas desnudas, y con más fueros, autoridad é hinchazón que podía haber traído el mismo rey.

—¡Eh! ¡tú, Tomás el Ansari! dijo el capitán Herrera á un anciano que estaba entre los moriscos y á quien conocía por haber estado antes de presidio en la villa: mis muchachos vienen cansados, necesitan buen almuerzo, buena cama, y buenas mozas: cenque mira de qué modo se les aposenta, que no tengan que enojarse con vosotros.

El Ansari, que era el xequé de la taha de Cádiar, noble anciano descendiente de la esclarecida familia de los Abencerrajes, se acercó al capitán con la gorra en la mano, y le dijo con la sonrisa en los labios:

—Bien venido sea vuesamerced entre nosotros: por mi parte, mi casa y cuanto en ella tengo está para servirlos y á ese honrado hidalgo que os acompaña: juro á Dios que no os ha de faltar nada y en cuanto á la tropa, yo haré de modo que á cada soldado se le aposente como si fuera un rey.

—Bien harás en eso Ansari, porque tanto como un rey vale un soldado español, y tal andais vosotros que os importa estar bien con la gente de guerra; que nadie sabe lo que acontecerá, y ocasión podría llegar, en que sea más útil la amistad de un soldado que la del mismo Preste-Juan de las Indias.

—Si esa ocasión llega, ya procuraremos que los buenos soldados del rey no puedan quejarse de nosotros.

Tras estas palabras Tomás el Ansari se llevó consigo hacia su casa al capitán Herrera y á su cuñado, y los arcabuceros fueron alojados en las mejores casas del pueblo.

Al atravesar la plaza el capitán Herrera, detuvo de repente su caballo.

—¡Juro á Dios que no la hubiera conocido! exclamó mirando á una moza que pasaba á la sazón y que se detuvo á su vez y clavó una penetrante mirada en el capitán; ha crecido y está hecha una reina: será preciso volver á trabar conocimiento con esta muchacha.

Aquella muchacha era Mariblanca, que después de haber mirado por un momento al capitán, siguió su camino haciendo un mohin de desprecio.

—¿Conoces á esa prenda? dijo el capitán al Ansari, siguiendo adelante.

—Es Mariblanca, contestó lacónicamente el que.

—Cuando yo se la quité á su padre para hacerla mía, repuso con desvergüenza el capitán, se llamaba Alida.

—Entonces era mora.

—Es verdad: recuerdo que por casarse conmigo se bautizó.

—Y entonces la pusieron María: después, como es blanca como la nieve, han dado en llamarla Mariblanca.

—¿Y se ha casado?...

—Es ama del licenciado Juan de Ribera, beneficiado de la iglesia de la villa.

—¡Ah! ¡ah! ¡querida de un clérigo... bien... pues mira, aposenta á mi cuñado en tu casa, que yo voy á aposentarme en la del beneficiado.

—Como guste vuesamerced, dijo el Ansari.

Diego de Herrera, como quien conocía el pueblo, se fué derecho á la casa del beneficiado.

Cuando llegó á ella, no había nadie más que el niño de coro que servía á Mariblanca, porque en cuanto

al clérigo solo se dejaba servir por la jóven.

Era demasiado persona un capitán de infantería española en aquellos tiempos y en tales circunstancias, para que un vecino, y mucho menos un niño, se opusiese á su voluntad. El capitán metió por sí mismo el caballo en la cuadra donde el beneficiado tenía su mula; entróse como por su casa en las habitaciones interiores, y en la mejor se echó sobre un ancho mueble, especie de sofá que el beneficiado, hombre cómodo si los había, tenía para su regalo, y clavó sus espuelas en el damasco de los almohadones sin importársele de ello un ardite.

—¿Dónde está tu amo? dijo el capitán al niño de coro que le había seguido absorto.

—Está en la iglesia, señor, contestó aturdido el muchacho.

—¿Y no hay quien me dé de almorzar?

—No, no señor, contestó más aturdido el muchacho: la señora Mariblanca está fuera.

—¿Quién está ahí? dijo una voz sonora y fresca á la puerta del aposento.

El muchacho por toda respuesta señaló al capitán que estaba echado sobre el sofá una pierna sobre la otra, y desceñido el talabarte.

—¡Ah! dijo Mariblanca, de la manera más natural y aun con alegría, con la alegría de quien vé al cabo de mucho tiempo de ausencia á una persona á quien ama; ¡bien venido sea el señor capitán!

El muchachose había ido: Mariblanca y Diego de Herrera estaban solos.

Reconozcámos á estas dos personas.

Era ella una mujer como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, pero con el brillo de una juventud extremada, alta de frente, ancha de hombros, un tanto largo el cuello, promi-

nente el pecho, delgado el talle y gallardamente pronunciadas las caderas; era muy blanca, hasta el último punto que puede ser blanca una mujer, levemente sonrosada en las mejillas y los labios húmedos y muy rojos: tenía los cabellos muy negros y muy abundantes: las cejas y las pestañas negrísimas y espesas; los ojos garzos; torneados el cuello, los brazos y las piernas, y muy pequeños y muy gruesecitos los pies y las manos: era una de esas moriscas cuyo tipo se conserva aun en las Alpujarras, que enamoran á una piedra, que derriten con su mirada el hielo, y que desesperarían á un pintor.

Vestía al uso del país, y su corto zagalejo dejaba ver las deliciosas extremidades en que se sustentaba: se nos olvidaba decir que era alta y robusta, y que en sus ojos, en su boca y en la actitud de su cabeza, había algo de duro, altivo y fiero, que en vez de perjudicarla aumentaba su hermosura, porque asociaba á ella la idea de la fuerza, del valor y de la dignidad.

Diego de Herrera era un hombre de cuarenta años; alto, robusto, membrudo, con picaresco semblante de soldado, curtido por el sol, por el aire, y por el polvo y el humo de las batallas: procacidad en los ojos, cinismo en la expresión de la boca, audacia en sus maneras, y rudeza y sabor soldadesco en todo su conjunto; todo como cubierto, velado y dulcificado por cierto espíritu de nobleza de raza, que hacía comprender que se trataba de un noble, aventurero y soldadote, eso sí, pero de *pur sang*.

—¿Sabías tú que yo vivía en esta casa, Diego? dijo Mariblanca, posando en el capitán una mirada entumecida, no sabemos si por el odio, pero que podía haberlo sido del mismo modo por el amor.

—¿Pues si tú no vivieras en esta

casa, vida mía, á qué había yo de haber venido á ella?

—Pues has tardado en venir, contestó Mariblanca.

—¿Qué quieres? En primer lugar el soldado es del rey en cuerpo y alma, y es necesario ir á donde nos manda su magestad, sin que nos duelan prendas del alma: además que la última vez que nos vimos me trataste de un modo que no demostraba que tuvieses muchas ganas de volverme á ver.

—Te di de puñaladas.

—Pero no me mataste, como me estás matando con tus ojos.

Y el capitán se sentó en el sofá, y echó á un lado el talabarte con la daga y la espada.

Mariblanca se había acercado, y había apoyado una mano en el hombro del capitán.

—¿Es verdad que mis ojos te matan? le dijo.

—¡Ah, diablo! me parece que respiro con dificultad, Alida, repuso el capitán rodeando con sus dos manos su eintura.

—A veces el tiempo que pasa hace milagros, dijo con un leve sarcasmo la jóven.

—Sí, sí por cierto; el tiempo que pasa, cuando pasa como ha pasado por tí, hace el milagro de convertir á una niña bonita en una moza como tú ¡cien rayos! ¿sabes que sería capaz por tí de matar á todos los clérigos del mundo?

—¿Y por qué?

—¿No eres ama del beneficiado?

—¡Y bien!

—Ama y manceba...

—Son dos cosas distintas...

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Si yo pudiera ereer eso...

—La que dió de puñaladas al amante que la engañaba, no es mujer de tener más que un amante.

—¡Oh! ¡oh! si yo llego á creer eso...

Y el capitán trajo hácia sí con tal fuerza á Mariblanca, que aunque esta era fuerte, no pudo evitar que la diese un sonoro beso en el cuello.

Mariblanca, sin embargo, saltó atrás y quedó libre.

—Estas son locuras, dijo

—¡Cómo! exclamó el capitán: ¿no quieres ser mi mujer?

—No digo eso, sino que venir á esta casa, y después enamorarme en ella, son locura sobre locura.

—¿Pues qué he de hacer?

—Ven á verme esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿A hablarte por la reja? no me acomoda.

—Toma, dijo Mariblanca yendo á una espetera y tomando una llave.

—¿Y para qué es esto?

—Para que entres esta noche en el huerto por el postigo.

—Hace mucho frío para estar al sereno.

—Al huerto dá la ventana de mi aposento.

—¡Ah! eso es distinto. Pero es el caso, que yo no daré con ese postigo.

—Pues es muy fácil; mira (y Mariblanca señaló al huerto que se veía por una puerta del fondo): ¿ves aquella higuera?

—Sí.

—Sus ramas salen fuera de la tapia.

—Sí.

—Junto á esa higuera está el postigo.

El capitán tomó la llave y la guardó en el bolsillo de sus gregüescos.

—¿Y á qué hora he de venir, luz de mis ojos?

Quedóse meditando un instante Mariblanca.

—Esta noche es noche de Navidad, dijo al fin.

—Es verdad, repuso el capitán.

—A las doce dirá la misa del Gallo el señor Juan de Ribera.

—Y entre tanto tú te quedarás sola en la casa.

—Sí, porque pretextaré que estoy enferma para no ir á misa.

—Bien, muy bien, con que es decir que esta noche á las doce.

El capitán se levantó, y se dirigió á Mariblanca con notoria intención de abrazarla.

—Quieto, quieto, señor mío, dijo la jóven: aunque estamos solos puede entrar gente de un momento á otro. Vete. Hasta la noche.

—Sea como tú quieras, Mariblanca, adios.

El capitán se fué á la cuadra, sacó su caballo, montó en él y fué á hospedarse casa del Ansarí murmurando por el camino:

—Está hecha una prenda de rey: y me ama: me ama aún: las mujeres no olvidan nunca á su primer amante: vive Dios que esta Noche Buena, va á ser la mejor noche que haya pasado en toda mi vida.

CAPITULO XVIII.

EL PALACIO ENCANTADO.

Aún no eran las once de la mañana, cuando salía de Cádiar una larga procesión, en medio de los moriscos que la miraban con un mutismo de mal agüero.

Componían esta procesión unos cuarenta frailes entre donados y de misa, franciscanos descalzos, con sus hábitos cenicientos, sus anchas sandalias y sus estrechos cerquillos, llevando su pendón y su cruz: tras estos, iba la clerecía de la iglesia parroquial, con sus albas y sus bonetes, llevando delante estandarte y ciria-

les, y detrás el señor beneficiado, cubierto con una riquísima capa de coro, llevando á la derecha un diácono, y á la izquierda un subdiácono; seguía el corregidor con el escribano, y la turba alguacilesca, después los vecinos más ricos del pueblo, entre los que se contaba Tomás el Ansarí, y por último, el capitán Diego de Herrera, y su cuñado Juan Hurtado Docampo, vestidos de gala, llevando tras sí al compás de la marcha de pífanos y tambores, los cincuenta arcabuceros que habían traído á la villa, no menos engalanados y empenachados.

Toda esta gente salía á recibir al señor Molina de Medrano, inquisidor de la Suprema del Santo Oficio de la General Inquisición, que con un secretario, algunos alguaciles y un resguardo de cuadrilleros de la Santa Hermandad, esperaba aquella procesión en la venta de la Mala-noche, á un cuarto de legua de Cádiar, para entrar con ella en la villa, con la pompa, decoro y aparato que correspondían al Santo Oficio.

Llegaron á la venta los que recibían, se incorporaron á ellos los recibidos, y tomaron el camino de Cádiar, aumentándose el ruido de los pífanos y tambores de la infantería, con los clarines de los cuadrilleros y los sordos timbales del Santo Oficio.

Apenas el insigne maese Barbillo, que armado de sobrepelliz y sotana, atalayaba desde la torre de la iglesia el camino, vió que los que iban, se habían reunido á los que venían, cuando, satisfaciendo la impaciencia de los monaguillos, les mandó echar las campanas al vuelo.

Aquel alegre toque penetró como una amenaza terrible en las casas de los moriscos del pueblo: los hombres miraron con temor á sus mujeres como si las viesan por la última vez, y estas abrazaron llorando á sus pe-

queñuelos.

¡La Inquisición se acercaba!

Sin embargo, esta consternación, este dolor eran un delito, y debían quedar ocultos en el fondo del hogar: fuera era necesario, no solo mostrar el semblante alegre, sino también salir engalanados al encuentro de la Inquisición.

Esta, con las gentes que la acompañaban, entró al fin en el pueblo; pero apenas había entrado, cuando de una breña cercana se levantó un hombre.

Aquel hombre era el emir de los monfies.

Llevaba Yaye el mismo traje castellano con que aquella mañana había hablado á Juan de Ribera, con el nombre de don Alonso de Fuensalida.

Junto á él, oculto en las quebraduras, estaba su caballo.

Silbó Yaye, y un momento después saltaron por las rocas del barranco dos hombres.

Era el uno su wazir Harum-el-Geniz; el otro, bravío, terrible, casi salvaje, era el tremendo Ferih de los Bérchules.

—Al momento, Harum, al momento, dijo Yaye: vé y ordena á Farax-aben-Farax, que con los seis mil hombres que le he entregado, marche sobre Granada: que procure llegar á ella á la media noche; que levante el Albaicin con unos pocos, mientras con los restantes embiste la Alhambra. Que ponga, en fin, en ejecución cuanto le tengo ordenado. Vé.

Harum partió.

Yaye se volvió al Ferih, y le señaló á Cádiar que se levantaba delante de ellos sobre su vericuetto.

—¿Oyes? le dijo.

—¡Los infieles están alegres! contestó el Ferih.

—Allí vive tu hija, la hija que te ha deshonrado; allí está el que des-

honró á tu hija: es necesario que te vengues, Melik.

—Hace mucho tiempo que estoy esperando mi venganza.

—¡Allí también está doña Elvira de Céspedes!

—¡Ah, señor! el amor que os tiene esa dama, os puede ser funesto: ¿por qué en estos momentos supremos no satisfacéis ese amor? ¿ignorais que Aben-Jahuar-el-Zaquer, es un traidor?

—No importa: una cabeza más que cortar.

—Es que Aben-Humeya y Aben-Aboo, son sus sobrinos.

Extremeciése Yaye al escuchar el nombre de sus hijos, y repitió sin embargo.

—No importa: escúchame bien: en Cádiar tenemos ahora mismo un inquisidor infame, un beneficiado hipócrita y cruel, un capitán de infantería aventurero y asesino; una compañía de arcabuceros, un convento de frailes; un corregidor, y una bandada de alguaciles. Cerca á la redonda á Cádiar: que no pueda salir ninguno de esas gentes; que cada breña, cada piedra, cada mata, oculte á un monfí.

—Cercaré la villa, señor, y no saldrá ni una mosca de ella.

—Pero cercála bien: con gente sobrada, y de modo que nadie pueda verla.

—Así lo haré, señor.

—Sólo dejarás pasar por el camino de Yátor, al beneficiado Juan de Ribera y al sacristán Barbillo.

—¿No sabeis, señor, que ese Barbillo es el amante con que ahora se entretiene mi infame hija?

—El beneficiado y el sacristán volverán á Cádiar: cuenta Ferih con que les acontezca algo en el camino.

—¿Y si fuese con ellos alguna otra persona?

—La dejarás también pasar.

—Muy bien, señor.

—Vete y espérame en la rambla Roja.

El Ferih desapareció entre las breñas.

El emir desató su caballo de un espino, y siguió una rambla abajo.

Las campanas de la iglesia de Cádiar seguían repicando.

Yaye se pidió entre las quebraduras.

Entonces, de una breña que estaba próxima al lugar donde habian hablado Yaye, Harum y el Ferih, salieron dos hombres.

El uno tenía una capa gris y el otro una capa negra.

Eran los mismos que habia estado mirando Aben-Aboo desde la ventana del mesón del Cojo.

Eran el comediante Andrés Cisneros y Laurenti ó Bempo ó Godinez, como quieran nuestros lectores.

—¿Habeis oido? dijo Laurenti á Cisneros.

—Sí por cierto, dijo el comediante todo trémulo, y me parece que estamos en muy mal lugar.

—Yo os creía más valiente.

—¿Podéis pedirme más valor? Por esa mujer he hecho lo que no hubiera hecho por ninguna. Desde que me dijisteis que no la perdiere de vista, desde el domingo por la mañana, la he observado: en acecho estaba cuando entró en su aposento Aben-Aboo, y me dieron tentaciones de entrar y de matarle allí mismo.

—Hubiérais hecho muy mal.

—Los celos son malos consejeros.

—Vos no debéis tener celos de esa mujer.

—¿No los tenéis vos?

—¡Yo! lo que la tengo es odio. Además, no hay que tener celos. Ella no ama más que á un hombre, y ese hombre no la ama.

—¿Y á pesar de eso, huye con otro hombre?

—Por vengarse.

—¿Y por vengarse ha hecho lo que yo la he visto hacer?

—¿Y qué la habéis visto hacer vos?

—He dicho mal, no lo he visto: lo he sentido.

—¿Pero qué habéis sentido?

—Ya os he dicho, que cuando salieron del corral del Carbón, los seguí; que cuando salieron de la ciudad los seguí también, pagando á los guardas de la puerta del Rastro, para que me dejasen salir como á ellos; que los seguí por el camino, á pesar de que el caballo de ese maldito morisco, andaba más deprisa que lo que yo hubiese querido; que cuando ellos han entrado en una venta del camino, me he esperado fuera, sin comer, descansando sólo el tiempo que han tardado en salir: pues bien, durante esa larga jornada, he sentido en medio del silencio de la noche...

—¡Algún beso!..

—Besos ardientes: besos de enamorados

—Y bien, ¿no os ha besado también Angiolina?

—Sí.

—¿No se ha mostrado tan amorosa con vos delante de las gentes, como os han dicho se ha mostrado con Aben-Aboo, las mozas de las ventas á quienes habéis preguntado, cediendo á vuestros ridículos celos?

—Sí, sí; es verdad que hasta que apareció en Granada el marqués de la Guardia, todos me han creído amante de esa mujer.

—Sin embargo nada habéis obtenido de ella.

—Es verdad.

—Y os ha mantenido continuamente en una falaz esperanza.

—Es verdad.

—Pues de la misma manera, aunque todo el mundo la crea enamorada de Aben-Aboo, aunque Aben-Aboo, que si no la ama ya, la amará con to-

da su alma, se crea amado por ella, os lo afirmo, os lo afirmo yo que la conozco desde hace diez años: Angiolina, que solo ama al marqués, será fiel á sus amores, se vengará del marqués, le matará si es posible: matará si puede á la sultana Amina, á cuantos encuentre ante sus celos y su rabia: pero guardará puro su amor á ese hombre: vos no conocéis á Angiolina, añadió suspirando Laurenti: no, no la conocéis: si ella me hubiera amado, que bien pudiera haber sido si yo... pero en fin, no hablemos de esto: hay dolores que hierven en mi corazón, silenciosos, terribles; que se agitan dentro de él, que luchan, que solo conoce esa mujer... no hablemos más de este asunto, pero vos necesitáis vengaros.

—Sí. . con toda mi alma.

—Yo también.

—Pues á vengarnos hemos venido á las Alpujarras, á vengarnos del marqués de la Guardia.

—Nuestra venganza es injusta, dijo moviendo tristemente la cabeza Cisneros.

—¡Oh! yo odio á ese hombre: yo la aborrezco á ella: á él porque ella le ama, á ella porque le ama á él. Pero andad más de prisa, Cisneros; ¿no habéis oído al emir mandar á sus monfies que cerquen á Cádiar a la redonda.

—Y es muy posible que si los monfies nos encuentran y nos prenden, y nos presentan al emir, no podamos dar cima á nuestros proyectos.

—Si me seguís á buen andar yo os juro que no darán con nosotros.

—La primer contra que tenemos es que no conocemos el terreno.

—Vos no; yo sí, y os sirvo de guía.

—¿Qué, conoceis vos las Alpujarras?

—Conozco la parte que necesito conocer.

—Yo creía que nunca habíais venido á ellas.

—Yo presentía que los sucesos me habían de traer á ellas alguna vez, siguiendo á Angiolina, y procuré que me fuesen familiares.

—No sé cuando habéis podido...

—Yo necesito muy poco tiempo para conocer un terreno: como que he sido bandido...

—¡Ah! exclamó Cisneros, mirando con un asombro temeroso á Laurenti, que á cada momento crecía en proporciones fatídicas ante sus ojos.

—Sí; he sido bandido, y famoso y terrible: me han perseguido y jamás han podido dar conmigo: basta con que yo vea la estructura de un país para que comprenda sin equivocarme las ventajas que puedo sacar de él. Y si no juzgad, juzgad por vos mismo: ¿no me habeis encontrado junto á vos en las Alpujarras cuando menos lo esperábais?

—¿Y cómo había de esperarlo? Yo creía que os quedábais en Granada al frente de la compañía.

—¡Que se la lleve el diablo! vos os vinisteis siguiendo á una mujer; yo me vine siguiendo á un hombre.

—¡Al marqués de la Guardia! ¿está acaso en las Alpujarras?

—En las Alpujarras se encuentra, aunque es muy posible que no lo sepa.

—¿Y dónde está?

—¿Para qué queréis saberlo? Dejáos guiar de mí, no me preguntéis más de lo que yo quiera deciros, y sobre todo andad más deprisa. Porque conozco el terreno os aguijo; hasta que salgamos de esta umbría estamos en peligro.

—Es que resbalo sobre el hielo.

—Si no os sentís con fuerzas para la empresa en que os habéis metido volvéos.

—No, no; os seguiré á donde queráis.

—Pues bien, seguidme, y por aho-

ra callad; entramos en un terreno nevado, y la nieve ahogará el ruido de nuestros pasos.

—Pero el que pueda oírnos nos puede ver.

—Son dos cosas distintas: pueden oírnos sin vernos: callemos, pues, ya que no podemos hacernos invisibles.

Cisneros siguió en silencio á Laurenti, que á gran paso, por entre pinares lóbregos y estrechas y ásperas quebraduras, alejándose constantemente hacia el Este, anduvo sin parar durante tres horas.

Cisneros le seguía con gran fatiga; al fin en un barranco granítico de altísimas cortaduras que á nada se parecía más que á una profunda grieta abierta en las rocas, se sentó sobre una piedra exclamando:

—Señor Godínez, yo no puedo más: si la jornada es más larga seguid vos solo; en cuanto á mí suceda lo que quiera, y aunque me exponga á ser cogido por los monfies aquí me quedo.

—Descansad cuanto queráis, contestó Laurenti, porque no pasaremos de aquí: este es un escondrijo tan bueno, como que no hay un solo natural de las Alpujarras que se atreva á pasar junto á él, ni en cuatro tiros de arcabuz á la redonda: mirad bien: este es un agujero; ni hay en él arena ni yerba, ni musgo, la roca pelada, negra y calcárea, únicamente: ni aun las águilas se atreven á anidar en ella: ¿veis ese pico, esa roca informe que se levanta allá abajo, sola y escueta, y cuya parte superior remeda groseramente una cabeza humana desgñada?

—Sí que la veo.

—Pues bien, los naturales pretenden que esa roca ha sentido alguna vez, que ha sido una mujer hermosa....

—Consejas de los montañeses.

—Yo os contaré esa conseja en

otra ocasión: ahora os diré el nombre de esa roca.

—¿La bruja maldita, acaso?

—No, la princesa encantada. Pues bien, esa princesa nos va á servir de abrigo y refugio, y al lado de un buen fuego y después de un excelente almuerzo, podremos hablar largamente de nuestros asuntos, puesto que tenemos de plazo hasta la noche.

—¿Y dónde encontraremos ese fuego y ese almuerzo?

—En las faldas de la princesa; conque, levantáos y vamos, que estando parados se hace más sensible el frío de este aire maldito que zumba entre las cortaduras.

Laurenti se dirigió á la princesa encantada: siguióle Cisneros, dieron la vuelta á la enorme roca, y el comediante vió, que sobre algunas escabrosidades que remedaban bastante bien el repliegue de la falda de una estatua sobre su pedestal, había una estrecha y negra grieta por la cual apenas cabía un hombre.

Laurenti y Cisneros subieron á ella, recorrieron un pasadizo estrecho y tortuoso, y se encontraron en un espacio densamente lóbrego.

—¿Y qué diablos vamos á hacer aquí á oscuras?

—Esperad, esperad un momento: este es mi palacio en el cual no falta nada.

—¡Ah! ¡tenéis el don de hacer milagros!

—Bien podéis decirlo: solo hace tres días que he descubierto este escondrijo y ya está habitable.

—¿Y cómo lo descubristeis? No hay senda hasta él, y siendo un lugar de maldición para los naturales...

—Es verdad: está en el centro de una sierra, lejos de las veredas y de los pueblos; por lo mismo, yo que buscaba un lugar escondido y poco frecuentado, he dado con él.

Y entre tanto, Laurenti arrancaba chispas de un pedernal.

—¿Y cómo supisteis su nombre y su historia?

—¡Eh! ¡y qué curioso soís amigo mío! observó Laurenti, haciendo luz en la yesca encendida, con una pajuela de azufre.

—¡Diablo! exclamó Cisneros, al ver á la luz de la lámpara que había encendido con la pajuela Laurenti, el gran espacio en que se encontraban: nunca hubiera creído que fuese tan grande el vientre de la *princesa encantada*.

—Donde han dominado mucho tiempo los árabes y los moros, dijo Laurenti, se encuentran cosas muy singulares, especialmente en las montañas: los tales musulmanes son minadores como topos: además, como andaban siempre en continuas guerras civiles, y en rebeldías contra sus emires ó reyes, necesitaban la mina para escapar en las ciudades, y en las montañas para esconderse, los antros y las grutas: venid, venid conmigo y veréis.

Y se encaminó con Cisneros á un oscuro ángulo de la caverna, y se metió por otro pasadizo.

—¡Ah! con que es decir, preguntó Cisneros, que solo hemos visto como quien dice, la antecámara.

—Menos aún, amigo mío; hemos pasado el zaguán, y estamos en las escaleras: ¿no notáis que descendemos?

—Sí por cierto.

—¿No reparáis que por esta rampa cabe una cabalgadura?

—Sí.

—Dentro de poco llegaremos á las galerías, solo que las galerías son más estrechas que las escaleras.

—¿Qué bulto es aquél que hay allí? dijo deteniéndose Cisneros: parece un hombre echado sobre sus manos.

—Paréceme que tenéis miedo, Cisneros.

—¡Yo!

—Sí, y que el miedo os enturbia los ojos: lo que os parece un hombre acurrucado, no es otra cosa que un asno de las Alpujarras, que come tranquilamente su pienso.

—¿Y qué hace ese asno aquí?

—Vos supondréis, que yo no había de reducirme á vivir en una casa completamente desamueblada, siendo rico, es decir, habiendo traído conmigo oro y alhajas.

—¡Ya..!

—Habéis de saber, que, cuando buscando yo un lugar apartado y seguro de tropiezos, me encontré en los alrededores de este sitio, oí una voz que me decía á gritos:

—¡Eh! ¡amigo! ¡buen amigo! ¡detenéos! ¡no déis un paso más! Levanté la vista al lugar de donde salía la voz y vi un pastor que en una vereda aguijaba sus cabras.

Supuse que había cerca de mí algún peligro, y me detuve.

—Si queréis salir al camino venid para acá, me dijo el pastor.

Encaminéme á él.

Cuando llegué le pregunté, que por qué me había detenido.

—¿Sóis forastero? me dijo.

—Forastero soy, le respondí.

—Ya se conoce, repuso: si vos hubiérais estado en las Alpujarras algún tiempo, hubiérais oído hablar de la *princesa encantada*.

—¿Y qué princesa encantada es esa?

—Dios os libre de conocerla, me dijo, porque moriríais si no os acontecía una desgracia peor.

Y entonces me relató la historia del encantamento de la princesa, que es tal, que darian de buena gana tres ducados por saberla, Torres Navarro ó Lope de Rueda. Se puede hacer con ella una comedia que daría muchas

ganancias. Ya os la referiré en otra ocasión.

Seguí con el pastor algún tiempo. Durante este espacio, el pastor me dijo que en el lugar donde estaba encantada la princesa había un palacio encantado también, solo que en vez de estar la princesa encantada en el palacio, el palacio estaba encantado en la princesa.

—He ahí una singularidad que no he visto en ningún libro de caballerías, por más que los tales libros estén llenos de disparates.

—Eso consiste en que el vulgo tiene el privilegio de inventar los más disparatados disparates: sin embargo, dentro del palacio encantado estamos: hemos pasado el zaguan, hemos bajado las escaleras, pasado junto á las caballerizas y nos revolvemos por los corredores.

—Pues si este ha sido palacio, tal le ha puesto el encanto que no le conociera el alarife que le construyó.

—¡Eh! hasta el fin no podemos juzgar. Aun no hemos llegado al fin. Dejadme que acabe de relataros mi conversación con el pastor.

—¿Y decís, le pregunté, que nadie se atreve á pasar ni á tres tiros de arcabuz á la redonda junto á la sima de la princesa encantada?

—Nadie, ni los pájaros, me contestó: cuando una cabra se pierde hácia allá preferimos perderla á acercarnos en su busca al sitio maldito: y se pierden muchas, señor: yo creo que las atraen los brujos que viven en el palacio, para devorarlas.

—Mirad no hayan corrido esa vez los monfies para tener un albergue seguro.

—Ningún monfi se atrevería á llegar al sitio donde vos llegásteis cuando os llamé: y eso que los monfies son valientes como demonios.

—¿Y conocéis vos á los monfies? cuasi nadie los conoce.

—No los conocerán las justicias, ni los cuadrilleros, ni los soldados del rey: pero los pastores de la sierra es distinto: como que nos compran cabras y corderos y muchas noches duermen en nuestras majadas. Si no fueran moros y tan crueles, son buena gente: buenos mozos, gastadores, y bravos, eso sí, como lobos: á los pastores nos tratan bien: pero desdichado del pastor que dice que los ha visto...

—¿Con que tambien esos valientes monfies tiemblan de acercarse á la sima maldita?

—Ya os digo que se dejarían cojer y arcabucear de los soldados del rey antes de pasar de ciertas piedras que están puestas como señales alrededor de la sima.

—Pues os agradezco el que me hayáis salvado de tal peligro.

—No habéis tenido mala suerte en que yo os vea. Ahora bien, he aquí el camino de Orgiva.

—Es que yo no iba á Orgiva, le contesté: por lo que me decís, me he perdido.

—¿Pues á dónde ibais?

—A Cádiz.

—¡Diablo! pues tenéis que desandar el camino, y un mal camino: atravesar el puerto que estará cerrado...

—No importa, solo que estoy cansado.

—Pues metéos en una cortijada, descansad y tomad un guía.

—No, no, prefiero otra cosa. ¿Me vendéis vuestro asno? le dije señalando el que llevaba en el hato.

—Es un jumento nuevo y de buena casta que puede cargar con una iglesia, me dijo.

—Pues mejor, así podrá aguantar una buena jornada.

—Es que yo no le venderé en menos de diez ducados.

—No quede por eso, tomad doce.

Y sacándolos del bolsillo los di al pastor.

—Vamos á aquella cortijada, me dijo; descargaré el pollino y os lo llevaréis.

Poco despues, y habiéndome dado el pastor las señas del camino por donde debía ir para llegar al puerto, me encontraba cabalgando en mi asno por la senda de un áspero desfiladero.

A mis piés veía la especie de embudo donde está situada la sima de la princesa encantada.

Estaba enteramente solo; descendí, llegué á las quebraduras; ví la roca á quien creen una mujer encantada, y encontré esta gruta: ¡ah! ¡á propósito! detenéos un momento Cisneros: véis ese agujero abierto debajo de esa enorme roca?

—Sí.

—Pues ahí hay un barril de pólvora.

—¡Un barril de pólvora! ¿y para qué?

—En el centro de la primera gruta, me había olvidado de decíroslo, hay otro, y otro á la entrada de la galería, junto al lugar que sirve de establo al asno. Estos tres barriles son mi defensa.

—¡Ah!

—Sí, estoy ya escarmentado: si en otra ocasión hubiera tomado las mismas precauciones, mi suerte sería otra, y acaso otra la vuestra, porque entonces no hubiera venido á España con Angiolina.

—Pero no comprendo...

—Mis proyectos son tales, que puede suceder que me vya perseguido ya por los tercios del rey, ya por los mismos monfies. En un extremo, al entrar en la gruta pongo fuego á la primera mecha, después á la segunda, por último á esta.

—Pero os sentenciáis á volar hecho pedazos.

—No por cierto: la explosión se

efectúa siempre de abajo arriba: nunca de arriba abajo.

—Deben ser terribles vuestros proyectos cuando de tal modo os preparáis.

—Vamos adelante, Cisneros, y sabréis parte de esos proyectos. Os anuncio que vamos á penetrar dentro de poco en un verdadero palacio.

—¿Será verdad lo del encantamiento?

—Si lo del encantamiento no es verdad, estoy seguro que si estas rocas hablaran podrían contarnos alguna historia, y aun historias de mucho interés.

—¿Y creéis vos que se hayan abierto expreso estas galerías para hacer un palacio en las entrañas de la tierra?

—No amigo mio: estas galerías se han abierto para otro objeto; esta es sin disputa, una antigua mina romana, ó acaso más antigua: á poco trabajo encontraréis sobre el terreno escorias de fundiciones de plata; mirad un pequeño fragmento.

Y Laurenti levantó del suelo una partícula de una materia gris oscura y esponjosa.

—En lo que no cabe duda, es en que algún rico bandido, ó algún señor rebelde se han aprovechado de esta y otras minas para ocultarse, y de que, para hacerlas más cómodas han construido en ellas algunas habitaciones con el bello gusto de los árabes. He aquí que llegamos á un punto en que podéis admirar esa delicada arquitectura.

En efecto tenía delante un arco árabe estucado, medianamente conservado, pero sin puerta.

—¡Ah! dijo Cisneros, esto se parece á la Alhambra.

—¡Si! el mismo adorno, el mismo primor, pero más reducidas las habitaciones: bajad la cabeza si no queréis tropezar en el arco.

Entraron y se encontraron en una pequeña habitacion cuadrada embaldosada de mármol, estucada, con techo de bovedillas.

Al fondo había una puerta más alta que la anterior que daba paso á una galería á cuyos costados había algunas puertas, y á cuyo fin se abría otro arco, por el que se ingresaba en una gran cámara.

—Esto es muy bello, dijo Cisneros.

—Ya lo creo; es un verdadero alcazar algo deteriorado.

—Y en el que hace algún frio.

—Lo que prueba que el aire tiene comunicacion.

—¡Cómo! ¿no estáis seguro de ello?

—No he tenido tiempo de recorrer la mina. Las únicas habitaciones que existen son las que corresponden á las puertas por junto á las cuales acabamos de pasar. Esta cámara, no tiene más que una entrada y dos alcobas: mirad: el pavimento es magnífico: de mosaico aunque empolvado y sucio: mirad qué bella es la fuente del centro; lo que prueba que hay algún valle ó barranco más abajo del nivel de esta habitación donde pueden ir á parar las aguas: el encañado debe estar en buen uso, porque ayer la fuente corría. Cuando salí al aire libre ví que había llovido.

—Pues ha sido un hallazgo este escondite, dijo Cisneros, porque yo no sabía donde meterme: me conoce el emir de los monfies, me conocen Aben-Humeya y Aben-Aboo, me conocen en fin otras muchas personas, por temor de encontrarme con las cuales, he andado á salto de mata, durmiendo en los ventorrillos y apereándome por los cerros.

—Agradecedme, pues, el que haya pensado en vos al establecerme aquí.

—¡Cómo!

—Aquel es vuestro aposento, dijo Laurenti señalando uno de los alhamfes ó alcobas: venid y juzgad.

Dirigiéronse allá, y Cisneros con gran asombro, encontró un lecho y una pequeña mesa con algunas botellas.

—Es cuanto aquí nos hace falta, dijo Laurenti: vino que beber y lecho en que descansar.

—Y el vino es bueno, dijo Cisneros empinando una botella.

—Es de la tierra.

—Pero falta algo más.

—¡Qué!

—Algo que comer.

—Mi olla debe estar cocida, dijo Laurenti.

—¡Diablo! sóis un hombre que de nadie necesitáis.

—Si tal, he necesitado de un jugueto que traiga nuestras camas, nuestros viveres y nuestra leña, á más de dos buenos arcabuces que hay en aquel rincón.

—Sóis todo un hombre, señor Godinez.

—Voy á traer leña, la encendemos, pondremos junto á ella nuestra mesa, comeremos, beberemos, y acabaremos de entendernos.

Algún tiempo después, sentados en dos taburetes de pino, teniendo en medio una mesa, en que se veían dos botellas, un vaso y una fuente de estaño, en que humeaba una olla podrida, al lado de una hoguera que ahumaba la habitación, comían y bebían callando, en uno de esos primeros momentos de la comida, en que solo se atiende á un apetito exigente, Laurenti y Cisneros.

—Vamos á ver, dijo el primero al segundo, sacando un enorme reloj de bolsillo: son las once del día hasta las cuatro de la tarde en que necesitamos ponernos en marcha, van cinco horas: en cinco horas de buena conversación, se puede convenir en muchas cosas.

—Os digo en verdad, amigo Godinez, contestó Cisneros, que me en-

cuentro en las Alpujarras, y metido según creo en una grande empresa, sin que yo me dé otra razón de andar en estos pasos, más que mi empeño por una mujer, que se ha burlado de mí, que se ha burlado, por lo que entiendo, de vos, cuya historia es un misterio, y cuyo fin podrá ser desastroso. Yo he tenido amores con muy nobles y hermosas damas; he gozado del favor y de la amistad de poderosos señores; he manejado á mi antojo á un príncipe, y he jugado con mi fortuna, sin pararme nunca á considerar en qué vendrían á parar mis aventuras: nunca una mujer ha dominado mi corazón como le domina la princesa: si me hubieran dicho que por esa mujer había yo de olvidar mis proyectos, mi conveniencia, cuanto me interesa; que me había de ver reducido á una vida casi miserable, sin dinero, sin amistades, aislado enteramente, sujeto como un niño, y corriendo tras ella por cerros y valles, no lo hubiera creído.

—No hay burlas con el amor, dijo Laurenti: esa mujer os arrastra, os lleva consigo, os atrae, os desespera: tenéis celos: celos mortales: tenéis sed, una sed inextinguible de hacerla vuestra, y junto con esto, la rabia de veros burlado, porque esa mujer se ha burlado de vos.

—Es verdad.

—Yo también voy detrás de esa mujer, pero con distintas intenciones: yo la conocí por una venganza, y por una venganza me apoderé de ella: se la robé á su padre, pero cuando se toma por medio de venganza una mujer tal como Angiolina, nuestra venganza nos hiere, porque nos hace esclavos: al poco tiempo de haberme apoderado de Angiolina, la amaba; la amaba, no sabré deciros cómo, porque yo nunca había amado, pero me parecía que el ser de ella, se había trasladado al mio; que respiraba con

su aliento, que mi corazón latía en el suyo... ¡ah! fui muy imprudente en tomar por instrumento de una horrible venganza á Angiolina: ella me recuerda mi venganza: la recuerda todos los días, á todas horas, porque desde que me apoderé de ella, hasta hoy, (y han pasado diez años), no he dejado de verla continuamente, á excepción de dos meses, el año pasado, que vine á Granada: siempre que la veo, tan hermosa, y al parecer tan pura y tan casta, se levanta ante mis ojos, detrás de ella, otra mujer hermosa, que en mal hora dejó de ser casta y pura: otra mujer que me mira con sus dulces ojos grandes y melancólicos y que me acusa. Nunca que miro á Angiolina, dejo de ver el espectro de esa otra desdichada: nunca veo esa figura sangrienta, sin que mi corazón se hiele y se extremezca, por más que mi semblante continúe impenetrable: ese fantasma que vive eterno detrás de Angiolina, es mi remordimiento, mi horrible remordimiento, mi infierno.

—¿Fué una mujer que abandonásteis por Angiolina?, dijo con interés Cisneros.

—No; contestó roncamente Laurenti; fué una mujer á quien maté, á quien maté á puñaladas, á pesar de que pedía á gritos la vida; la vida, no para ella, sino para el hijo que llevaba en sus entrañas.

Laurenti se estremeció de una manera visible y calló.

—Mucho debió ofenderos esa mujer, cuando tan cruel fuisteis con ella, ¿era acaso vuestra esposa?

—Era mi hermana, contestó con acento sepulcral, horrible, tremendo como una blasfemia, reconcentrado como el rugido de un león á quien devora la calentura.

Cisneros se puso de pié de una manera instintiva, y miró con terror á Laurenti.

—¡Matásteis á vuestra hermana! exclamó.

—Sí, pero sentáos: la maté... y ya no tiene remedio; pero esa catástrofe horrible, aumentó mi amor por Angiolina: durante diez años la he seguido á todas partes encubierto, disfrazado, sirviéndola, tendiéndome á sus piés como un esclavo, procurando hacerme amar de ella, y recibiendo solo en pago, indiferencia; la indiferencia de un mal amor respecto á su criado: pero al menos no tenía celos: si Angiolina no me amaba, al menos no amaba á nadie; pero una noche, Angiolina entró en su casa con un hombre, con la frente alta, sin recatarse de sus criados, é introdujo á aquel hombre en sus mismas habitaciones como si hubiera sido su marido. ¿Y qué creéis que hice yo...?

—¡Esperásteis á aquel hombre á la salida, y le matásteis...!

—No le maté, ese hombre vive... es el marqués de la Guardia.

—¡Ah!

—Pasé la noche sufriendo lo que ningún hombre ha sufrido jamás, pegado á una pared medianera de los aposentos de Angiolina, pegado el oído á la pared, oyendo, percibiendo cuanto Angiolina en su enamorado delirio dijo y concedió á aquel hombre.

—¿No le matásteis al salir?

—No, porque tuve miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—Miedo de que me aborreciese Angiolina.

—¡Ah! repitió Cisneros.

—Vos no sabéis lo que es amar: si yo la hubiera amado menos, ella hubiera sido la que hubiera muerto: pero era su esclavo, y lo soy aun.

—Y entonces, ¿de quién queréis vengaros?

—¿De quién? del hombre que ha tenido la culpa de que Angiolina ame al marqués.

—No os comprendo.

—Angiolina jamás hubiera amado, porque era honrada; porque aun cuando ella creía no haber pertenecido á su marido, aunque no le amaba, le estaba agradecida y hubiera respetado su nombre.

—¿Por qué decís que Angiolina creía no haber pertenecido á su marido?

—Porque ese marido, el príncipe Maffei Lorenzini, era una moneda falsa, no había tal príncipe.

—¿Pues quién era ese hombre?

—Ese hombre era yo: yo que había tomado un disfraz impenetrable y un nombre supuesto; yo que gastando mis tesoros de bandido, sostenía el fausto con que Angiolina se presentaba en la corte como princesa.

—¡Ah! ¡sois un hombre extraordinario!

—Decía, pues, que Angiolina, por un amor vulgar nunca hubiera manchado ante las gentes el nombre de su esposo. Pero las mujeres en general vienen al mundo con un grave pecado, con el pecado de la vanidad.—Angiolina se había acostumbrado á ser la reina de las damas de la corte por su hermosura y por su fausto: yo gastaba cuanto era necesario: el homenaje y la envidia de los caballeros y de las damas de la corte, mantenían satisfecha su vanidad; pero cuando se presentó en Madrid la sultana Amina, ó doña Esperanza, ó la hermosa dúquesita, como dieron en llamarla.....

—La hermosa de las hermosas, la rica de las ricas, la altiva entre las altivas, observó Cisneros.

—Decís bien: esa fatal mujer á cuya influencia debo la amargura que tengo en el corazón.—A poco de presentarse en la corte la sultana, noté con terror que Angiolina la envidiaba.—Nadie sabe hasta dónde puede llevar la envidia á una mujer, y yo lo

temí todo.—En efecto, Angiolina notó que la sultana estaba enamorada; buscó el hombre de su amor, le encontró, y por una sucesión de fatales consecuencias, se hizo querida del hombre á quien amaba la sultana, pretendió robárselo... la vanidad y la envidia llevaron á Angiolina respecto al marqués, al mismo punto á que á mí me llevó mi venganza respecto á Angiolina: se enamoró perdidamente del marqués de la Guardia. Pues bien ¿quién es la causa de que Angiolina haya contraído ese empeño?

—Indudablemente la sultana Amina; pero acaso, acaso, sin la sultana, Angiolina se hubiera enamorado del mismo modo del marqués.

—No la conoceis: el marqués la había galanteado: y por lo mismo que el marqués estaba reputado entre las damas de la corte por un hombre irresistible, su vanidad hubiera defendido de él á Angiolina.

—¿Quién sabe?

—Sea como quiera, la causa palpable de mi desgracia es la sultana. La causa de haber ido la sultana á la corte, la ambición del emir de los monfies. Necesitaba, pues, no atreviéndome á saciar mi corage en Angiolina, no pudiendo saciarle en otro: hay rabias que necesitan matar. Mi rabia se volvió al emir y á su hija. El rey don Felipe, supo que el duque viudo de la Jarilla era el emir de los monfies: la corte supo que la hermosa hija del duque, estaba deshonrada por el amor del marqués de la Guardia: el mismo emir, en una ocasión cayó á mis piés bañado en sangre, y la Inquisición se apoderó de él: libráronle del Santo Oficio sus monfies: pero no importa; el golpe de gracia, el golpe que acabará de hacer pedazos su corazón, que le exterminará, se lo daré yo aquí, en las Alpujarras en medio de su ejército; golpe terrible, del cual se encargarán tales ma-

nos, que Satanás escribirá mi venganza entre las más terribles que haya producido el odio humano.

Laurenti, cayó, apoyó la cabeza entre sus manos, y quedó profundamente pensativo: Cisneros le miraba con terror.

—Ahora bien, dijo Laurenti alzando de nuevo la cabeza, despues de algunos momentos de silencio, cuento con vos para mi venganza.

—¡Connigol! ¿y qué he de hacer yo?

—Ya habéis oido que doña Elvira de Céspedes, viuda de don Diego de Córdoba y de Valor, está en Cádiar. Lo habéis oido de boca del mismo emir de los monfies.

—¿Y bien?

—El emir ha recomendado al Ferih con un acento particular esa dama.

—¿Y bien?

—Es necesario que vayais á verla.

—¿Y con qué pretexto?

—Por ejemplo: vos conocéis á Aben Humeya.

—Mucho: como que el tal está también enamorado de Angiolina, y trabó amistad conmigo para aproximarse á ella por mi medio.

—Pues bien, presentaos á doña Elvira, y decidla: que habiendo escapado su hijo de Granada, y sabiéndose que los moriscos piensan sublevarse, acudís á ella para que por su mediación, os admita su hijo á su servicio.

—Pero no veo lo que en eso pueda convenirme.

—Esta es una de las primeras mallas de una pared, en que os juro se cogerán tantas cosas, contribuyendo vos á ello, que el rey de España os perdonará por lo de marras, y os dara cuanto queráis.

—Pero Angiolina...

—No hay que pensar en ella... ni os ama, ni me ama; esa será otra de

las buenas presas que queden en la red: no pudiendo obtener á Angiolina os importa abriros un camino para volver á la corte: vos fuera de Madrid, vivís como el pez de mar en agua dulce: estais mareado: procurad, pues, enmendar vuestra mala suerte, y para eso servidme: yo necesito ser una doble persona: vos sois alentado y astuto, y me convenís.

—¡Qué diablos! dijo Cisneros, más perdido que estoy no puedo estarlo: haré cuanto queráis.

—Y no haréis nada que no sea en provecho vuestro: preparaos, sin embargo, y fortaleceos, porque la empresa es dura y llena de peligros.

—Entre peligros ando hace mucho tiempo, y de todos ellos me ha sacado despues de Dios, mi buen aliento.

—Pues por lo pronto, hemos convenido en lo que debemos convenir: esta tarde nos pondremos en camino, y esta noche entraremos en Cádiar. Conque si teneis sueño, que bien podrá ser, según lo que habeis trasnochado y andado por cerros, dormid, que yo os llamaré cuando sea hora.

Cisneros que comprendió que aquel terrible y misterioso Godinez, que se había convertido en su señor, no tenía más ganas de hablar, y sintiéndose por otra parte cansado, se metió en el alhamí ó alcoba que Laurenti le había dicho era su aposento y se acostó, y á poco se durmió.

Laurenti, cuando le oyó roncar, se levantó, fué á un rincón donde tenia su maleta, la abrió, sacó de ella una cartera, y volvió á sentarse junto á la mesa, sacó de la cartera unos papeles y se puso á meditar sobre ellos con profunda y terrible atención.

CAPÍTULO XIX.

EL EXÁMEN DE DOCTRINA CRISTIANA.

A las once de aquel mismo día, el inquisidor Molina de Medrano, acompañado del Licenciado Juan de Ribera, del guardián de San Francisco, de algunos clérigos y frailes, del corregidor, del capitán Diego de Herrera y de algunos castellanos viejos vecinos de Cádiar, entró en la iglesia.

Quedaron fuera, Juan Hurtado Docampo con los arcabuceros, los timbales y los alguaciles de la Inquisición.

Desde el momento en que el inquisidor Molina de Medrano entró en la iglesia, una campana empezó á tañer un toque lento y acompasado.

Aquel toque llevó el terror á los oídos de todos los moriscos, porque aquel toque era la voz que les llamaba á la iglesia para ser examinados de doctrina cristiana.

Cuando resonaba la campana tañendo de aquel modo, todos los moriscos tenían obligación estrecha, bajo severas penas, de acudir á la iglesia, sucediendo muchas veces, que el terror hacía dejar el lecho á los mismos enfermos.

Apenas empezó el toque, de todas las casas de la villa empezó á salir gente que se encaminó á la iglesia.

Bien pronto esta se encontró llena de una multitud vestida en su mayor parte con el pintoresco traje árabe, notándose solo que las mujeres no llevaban albornoz ni nada que las cubriese el rostro.

No era aquel un pueblo cristiano, que lleno de fe y por su libre y espontánea voluntad acude al templo y se arrodilla ante los altares: era un pueblo que iba allí llamado por una ampana inexorable que parecía derles con su lúgubre son:—El que

no acuda será condenado:—todos estaban de pié, apilados hácia el fondo de la iglesia, vista desde el presbiterio, dejando vacío un gran espacio entre las sillas que á los piés del altar mayor ocupaba el inquisidor Molina de Medrano, teniendo á su derecha al beneficiado Juan de Ribera, á su izquierda el sacristán Barbillo, que tenía en las manos un papel en que se fijaban de una manera medrosa las miradas de los moriscos, y detrás de su silla, los clérigos de la iglesia, el guardián y los *padres graves* del convento de San Francisco, y por último, los familiares y alguaciles del Santo Oficio. Además, y para no perdonar intimidación ni aparato, á derecha é izquierda del presbiterio, en su primer escalón había dos soldados de la fe con las alabardas al hombro.

En el espacio que quedaba libre entre el presbiterio y el semicírculo demarcado por la primera fila de los moriscos, había algunas personas arrodilladas: eran estas personas, doña Isabel de Córdoba y de Valor, Aben-Aboo, su hijo, Angiolina Vizconti, Mariblanca, Tomás el Ansari, y algunos otros cristianos viejos, alguaciles y oficiales castellanos, y moriscos ricos, conocidos por todo el mundo como convertidos de buena fe.

Todas estas personas que estaban arrodilladas, parecían buenas cristianas por su actitud recogida y tranquila, en contraposición de los moriscos que estaban de pié al fondo de la iglesia, y cuyos semblantes, no solo se mostraban disgustados, sino hostiles.

Angiolina Visconti por su parte, al ver ante sí al inquisidor Molina de Medrano, palideció y se cubrió instintivamente el semblante con el manto. Molina de Medrano había fijado en ella una mirada penetrante, y hasta cierto punto amenazadora: esto consistía,

en que Molina la había conocido el año anterior, en razón á las actuaciones del proceso fulminado por el Santo Oficio contra Yaye, y en razón á pasar Angiolina en la corte por esposa del príncipe Lorenzini Maffei, á quien se atribuía la herida que había entregado al emir de los monfies al Santo Oficio. Angiolina había desaparecido de Madrid por el mismo tiempo de la fuga de Yaye, y esta circunstancia y la de encontrar á la princesa en las Alpujarras, llenaron de alegría la negra alma del inquisidor, que creyó haber encontrado un precioso hilo, que podía llevarle á una rehabilitación de la influencia del Santo Oficio que tan mal parada había quedado en el asunto de Yaye. Disimuló sin embargo Molina de Medrano, y Angiolina, comprendiendo que era peor mostrar miedo que afrontar con valor aquella situación, descubrió de nuevo el rostro, y acercándose á doña Isabel, le dijo con recato:

—Es necesario que no digáis que soy vuestra parienta, sino que he venido á parar á vuestra casa.

Doña Isabel miró con turbación á Angiolina.

—Molina de Medrano se apercibió de todo esto.

Después de algunos momentos en que el inquisidor estuvo contemplando con su mirada de buho á los moriscos que tenía ante sí, se levantó, y con voz tonante y acento enérgico y duro, les manifestó el objeto de su visita: que su majestad el católico rey de las Españas, y el Santo Tribunal de la Inquisición, estaban indignados contra ellos, por la tibieza de su fe, y por la tenacidad con que conservaban sus trages y sus malas y reprobadas costumbres, contra los mandamientos de su majestad; que el rey y la Inquisición le enviaban para poner remedio á todo aquello;

que estaba decidido á obrar con un rigor saludable, y que iba á examinarlos en el acto de doctrina cristiana.

Después de esto, se volvió á maese Barbillo que continuaba con su papel en ristre, y le dijo:

—Id llamando á los vecinos, uno por uno, desde el más alto, hasta el más bajo, sin dejar nombre que en el padrón se encuentre, hasta los niños de siete años.

Maese Barbillo, se caló las antiparras, arrojó una mirada sobre el papel, y dijo:

—¡Doña Isabel de Córdoba y de Válor, viuda de Miguel López!

Levantóse doña Isabel de donde estaba arrodillada, y se acercó tranquila, pero pálida, al inquisidor.

—¿Soís vos esa doña Isabel á quien ha llamado el sacristán? dijo Molina con voz áspera.

—Yo soy, contestó doña Isabel.

—¿Cuanto tiempo hace que os habéis bautizado?

—El tiempo que cuento de vida.

—¡Ah! ¿soís cristiana desde la cuna?

—Lo es mi familia desde la conquista de Granada.

—¡Lástima que tan noble familia se olvide de sus obligaciones para con Dios y para con el rey! Vos debéis ser parienta de don Fernando de Válor.

—Soy su tia, hermana de su padre.

—¿Y sabéis que don Fernando de Válor anda huido?

—Sé que tuvo contestaciones con el cabildo de Granada, y que por resultas de ellas, ha desaparecido.

—¿Conocéis los misterios de la Religión Católica Apostólica Romana?

—¡Oh! si señor, y los adoro.

—¿Qué tenéis que decir de esta mujer? preguntó el inquisidor volviendo-

se con una ruda grosería al beneficiado.

—Esa señora, dijo Juan de Ribera, es un modelo de piedad, y de caridad cristiana.

—¿De modo que no hay necesidad de examinarla?

—Vuestra señoría puede hacerlo si gusta, y yo me alegraré mucho, porque conozca vuestra señoría á una excelente cristiana.

—Apartáos, pero no os vayáis de la iglesia, dijo Molina de Medrano.

Doña Isabel fué á sentarse en un escaño.

—Seguid, dijo el inquisidor á Barbillo.

—Diego Lopez Aben-Aboo, dijo el sacristán; hijo de Miguel López, difunto, y de doña Isabel de Córdoba y de Válor.

—Adelantó Aben-Aboo.

—Soy cristiano desde que nací, como mi madre, dijo con impaciencia el jóven, sé la doctrina cristiana desde el principio hasta el fin, y soy bueno y leal vasallo de su magestad.

—Pero sois soberbio y poco respetuoso; nadie os ha preguntado.

—Preguntad cuanto queráis.

—¿Es cristiano como su madre este mozo? dijo el inquisidor volviéndose á Juan de Ribera.

—Oye misa y cumple con los preceptos de la Iglesia.

—¿Está instruido?

—Sí señor.

—¿Dá escándalos?

—No señor.

—¿Cumple con las pragmáticas de su magestad?

—Sí señor.

—¿Y respeta su justicia?

—Nunca ha sido preso ni aun reprimido.

—¡Sóis primo de don Fernando de Válor! le dijo con voz tonante el inquisidor.

—Su primo soy, contestó Aben-Aboo.

—¿Y sabéis donde para vuestro primo?

—Mi primo vive en Válor y yo en Cádiar. Apenas nos tratamos.

—Bien, retiráos, pero no os vayáis de la iglesia.

Aben-Aboo, fué á sentarse junto á su madre.

—Seguid, dijo el inquisidor á Barbillo.

—Doña Angélica, forastera, que vive en casa de doña Isabel de Córdoba y de Válor, su parienta.

Adelantó Angiolina, y posó una mirada tranquila y ativa en el inquisidor.

—¡Ah! ¡ah! hénos aquí otra vez frente á frente, señora princesa, dijo con sarcasmo Molina de Medrano: por cierto que no esperaba yo volver á ver á vucencia tan lejos de la corte y entre tales parientes.

—Yo no tengo aquí ningún pariente, contestó con altivez Angiolina; aquí no hay ningún Visconti. Pero como soy viuda...

—¡Ah! ¿ha muerto el señor príncipe?

—Sí señor: mi salud requería el aire de las montañas, y lo repito, como soy viuda y jóven, al venir á parar casa de mi buena amiga doña Isabel, convinimos en que pasaría por su parienta.

—Es extraño que os hayáis venido á tomar los aires en una tierra por donde anda sin duda vuestra antigua amiga la duquesa de la Jarilla con su noble padre, y donde además se encuentra otro vuestro grande amigo, el señor marqués de la Guardia.

—Creo que no sean estas cosas para tratadas en un templo, dijo con altivez Angiolina.

—Tenéis razón, estos asuntos deben tratarse en otra parte; por lo mismo, tened la dignación de esperar,

señora, á que yo concluya la importante comisión que traigo. Seguid, añadió el inquisidor, mientras Angiolina se retiraba al escaño donde estaban sentados doña Isabel y Aben-Aboo.

—Mariblanca, morisca, que antes de convertirse se llamaba Alida, hija de Melik-el-Ferih.

Adelantó Mariblanca con su resplandeciente hermosura y su bello traje de montañesa alpujarreña.

—Mariblanca es mi ama desde que se bautizó, dijo el beneficiado, y cuando digo que es mi ama, añado que es buena cristiana y buena doncella, que de otro modo no tendría yo conmigo.

—¿Y cuánto tiempo hace que se bautizó esta... doncella?

—Hace diez años.

—¿Y qué edad tenéis, moza?

—Veinticinco años, señor.

—¿Es decir, exclamó severamente Molina de Medrano, que tomásteis por ama, una doncella morisca de quince años, garrida y hermosa?

—Estaba abandonada.... su padre la había abandonado.

—Debisteis evitar el tenerla en vuestra casa.

—Hicelo por caridad.

—Idos á vuestros quehaceres, muchacha, dijo el inquisidor, y procurad ser en lo sucesivo tan cristiana y tan honrada como lo habéis sido hasta ahora.

Mariblanca saludó al inquisidor, salió, y dijo al pasar, al capitán Diego de Herrera, que estaba en la puerta de la iglesia.

—Que no te olvides de que te espero esta noche, Diego.

—Esa muchacha está loca por mí, dijo el capitán acariciándose el bigote.

Entre tanto, Barbillo había llamado á Tomás el Ansari, morisco bautizado.

Adelantó humildemente el anciano.

Examinóle minuciosamente Molina de Medrano, pidió informes de él al beneficiado, y cuando estuvo convenido de su cristiandad y buenas costumbres, le pidió por su familia.

—Estoy solo en el mundo, señor, contestó el xeque; mi esposa murió, mis hijos han muerto, y dos nietos pequeñuelos que me quedaban, han sido llevados á Castilla para criarlos en los hospicios del rey.

—Su magestad quiere que todos sus vasallos sean buenos católicos, y ha mirado por el alma de vuestros nietos.

—Dios se lo pague á su magestad, señor, contestó el Ansari.

Y se retiró.

—¡Malicatulzarah! (1) dijo el sacristán.

Adelantó una hermosísima mujer, muy jóven, como de veinte años, vestida con el traje morisco, y llevando de la mano un niño como de ocho años y una niña como de siete, igualmente vestidos á la morisca.

—¿Cómo os atreveis á presentaros así en la iglesia, y delante de mí? dijo el inquisidor á la pobre jóven que temblaba.

—¡Ah, señor! somos pobres y no tenemos dinero para comprar vestidos castellanos.

—¿Que sois pobres, y vestís sayas de lana fina, y gastáis cadena de oro y arracadas de plata?

—Estas joyuelas eran de mi madre y las conservo por su amor.

—¿Y esos niños?

—Son hijos míos.

—¡Vuestros hijos!

—Sí señor, soy casada.

—¡Casada! ¿pero qué edad teneis?

—Veinte años.

—¿Y esos hijos, son de vuestro esposo?

(1) *Malicatu-Zarah*, reina de las flores.

—¡Oh! ¡sí señor!

—¿Pero á qué edad se casan estas gentes? exclamó escandalizado el inquisidor.

—Las castellanas pueden casarse á los doce años, señor, observó la morisca.

Irritóse el inquisidor.

—Hablad cuando os pregunten, le dijo.

La morisca bajó los ojos y calló.

—¿Vive vuestro marido?

—Sí señor: todo el mundo le conoce en la villa, es tejedor de sedas.

—¿Y por qué no ha venido á la iglesia?

—Está gravemente enfermo, dijo maese Barbillo, y por eso no le habia nombrado.

—Que vayan al momento por él cuatro alguaciles del Santo Oficio, y uno de la villa que los guíe.

—¿Pero no ois, señor, que mi pobre Adel está enfermo de peligro?

Irritóse más con esta réplica Molina de Medrauo, y gritó lleno de cólera, sin tener en cuenta el sagrado lugar en que se encontraba:

—Los enfermos y los sanos, los altos y los bajos, todos vendrán aquí: es necesario limpiar los dominios del rey de la mala yerba, y si los muertos pudieran oír y contestar, á los muertos sacaría yo de la tumba, cuanto más á los enfermos de sus lechos. Dios y el rey lo mandan.

—Pero si mi Adel muere, ni vuestro Dios ni vuestro rey me le volverán, exclamó desesperada Malicatulzarah

—Id ministros, id, exclamó en el colmo de su cólera el inquisidor; traedme acá ese descreído. Y tú, tú la de *vuestro Dios y vuestro rey*, como si no fuesen también tu Dios y tu señor, mira cómo me contestas, porque si no te encuentro instruida en los misterios de nuestra santa religión, si no te retractas de tus blasfe-

mias, me apodero de tí en nombre del Santo Tribunal de la Inquisición.

La jóven no temblaba: tenia fija una mirada lúcida, altiva, terrible, en Molina de Medrano, que en vano quería dominarla con su mirada de lobo hambriento.

Empecemos por tus hijos: si eres buena cristiana les habrás enseñado á rezar: dí el Padre Nuestro, muchacho.

—No lo sé, contestó el niño, estrechándose contra el zagalejo de su madre.

—¡Ah! ¡no sabes el Padre Nuestro! ¡no sabrás tampoco cuáles son las personas de la Santísima Trinidad!

—¡Le ille Allah! contestó el niño en árabe con voz sonora.

—¿Qué quiere decir este muchacho? exclamó el inquisidor.

—¡No hay otro Dios, que Dios el Altísimo y Unico y Mahoma su profeta! dijo una voz débil desde el centro de la multitud, pero que apesar de su debilidad, resonó clara y distinta en el templo.

Molina de Medrano se puso de pié y gritó:

—¿Quién es el blasfemo...?

—Has preguntado lo que ha querido decir mi hijo, contestó adelantando apoyado en un viejo, un hombre como de treinta años, demacrado, pálido, vacilante, y á todas luces gravemente enfermo: al verle Malicatulzarah corrió á él, seguida de sus hijos, y ayudó al anciano á llevar al jóven hasta el presbiterio.

Era toda una familia que se presentaba ante la Inquisición: el abuelo decrepito, el hijo enfermo, la mujer hermosa y desesperada, y los hijos pequeñuelos, asombrados y temblando por lo que veían.

—Tus alguaciles han ido á buscar-me, dijo, pero yo estaba allí entre mis hermanos: yo esperaba que fueses un hombre de caridad, pero eres un

lobo, y vengo á que me despedaces con los míos, antes que el miedo haga renegar á mi esposa del Dios de nuestros abuelos.

—Es decir que te confiesas moro.

—Moro soy y moros son los míos, y moros moriremos confesando al Dios Altísimo y Unico.

—¿Están bautizados? dijo el inquisidor con una intención de hiena dirigiéndose al beneficiado.

—Si señor, bautizados están, pero siempre han sido flojos cristianos, contestó todo trémulo el beneficiado.

—Nunca hemos sido cristianos, ni lo son los que tienes delante: ninguno... ninguno ha dejado de ser moro: hemos doblado la frente de miedo, hemos mentido y Dios nos castiga, pero ha llegado la hora; ó nosotros ó vosotros.

—Morireis como mueren los herejes contumaces, gritó Molina de Medrano. Llevaos ese hombre, esa mujer y ese viejo, y encerradlos en la cárcel.

—¡Y mis hijos! exclamó con un grito indefinible Malicatulzarah, viendo que los alguaciles la arrebataban sus pequeñuelos.

—Quien no es cristiano no tiene hijos, gritó Molina de Medrano: estos niños son hijos del rey.

Malicatulzarah palideció; un destello terrible, un destello de sangre lució en sus ojos, y antes de que nadie pudiera evitarlo, se avalanzó al inquisidor y le estrechó el cuello con entrambas manos.

Era la leona que defendía sus cachorros.

Pero instantáneamente la infeliz lanzó un grito agudísimo, soltó el cuello de Medrano y cayó de espaldas exclamando:

—¡Vengadme, hermanos, vengadme!

Uno de los soldados de la fé la ha-

bía herido con su alabarda en el costado izquierdo en el momento en que se arrojó sobre el inquisidor.

La sangre corría sobre el pavimento: una exclamación de horror había salido de todas las bocas: Adel arrojado sobre su esposa lloraba á gritos: lloraban los niños, el viejo levantaba las manos y los ojos al cielo en un ademán de blasfemia, y aterrados los moriscos, temiendo que la maldición de Dios cayese sobre aquel lugar de sangre, se precipitaron por la puerta de la iglesia.

Solo quedaron allí Aben-Aboo, que miraba de una manera letal al inquisidor, doña Isabel y Angiolina, pálidas como la muerte, Tomás el Ansari impasible. Barbillo atortolado, el beneficiado confuso, los soldados feroces, y Molina de Medrano mirando fascinado á aquel hombre y aquellos niños que se retorcian sobre el cadáver de su esposa y de su madre, y el viejo morisco detrás de este grupo, pidiendo justicia al cielo por la sangre que corría á sus pies.

—Llevaos esa gente... llevaosla, exclamó Medrano, el templo está impuro, y es necesario purificarle: no podemos permanecer aquí.

Y Molina de Medrano, como si hubiera sentido miedo de permanecer en aquel sitio, salió.

Doña Isabel corrió á aquella pobre familia, pero Aben-Aboo y el Ansari se interpusieron.

—Nada podemos hacer por ellos, dijo el Ansari: idos á vuestra casa señoras: idos, y procurad olvidar lo que habéis visto.

Doña Isabel salió llorando seguida de Angiolina que iba profundamente preocupada.

El Ansari y Aben-Aboo las seguían.

—¡Oh! ¡y cuánto tarda la noche! dijo el Ansari.

—¡Juro á Dios beber la sangre de

ese clérigo! dijo con la voz ronca y trémula Aben-Aboo.

CAPÍTULO XX.

DE CÓMO FUÉ EL CASAMIENTO DEL MARQUÉS DE LA GUARDIA.

Hacia tres días que el marqués de la Guardia, se impacientaba á causa de la situación en que se veía colocado.

Veamos en la situación en que se encontraba el marqués.

Esta se reducía á estar encerrado en una casa desconocida para él, no ver á otra persona viviente que á su criado Peralvillo que le servía, y á un esclavo negro que le procuraba alimentos.

La casa en que se encontraba el marqués estaba construida á la morisca, bellamente amueblada, y con cuantas comodidades se conocían en aquellos tiempos.

En esta casa ocupaba el marqués un recibimiento, una cámara y un retrete con alcoba y mirador á un jardín.

En este retrete había además una chimenea siempre provista de fuego.

El jardín, que se veía desde el mirador, era muy bello, ó debía serlo cuando sus árboles estuviesen verdes y no despojados como entonces por el invierno, y cuando la nieve y la escarcha no cubriesen su cespéd.

Sobre las tapias, que estaban revestidas por espalderas de jazmines silvestres, solo se veía á lo lejos la cumbre de una montaña distante, y sobre aquella cumbre una atalaya.

Más allá se veía una estrecha línea azul oscura.

Era el horizonte del Mediterráneo.

Tres días antes, esto es, el martes siguiente al domingo en que bebió en casa del Hardon el vino aquel que le adormeció, despertó don Juan con la

cabeza un tanto pesada, y vió con admiración suya á su lado á Peralvillo, que tenía los ojos hinchados como de haber dormido mucho.

—¿Qué es esto, Peralvillo? dijo don Juan incorporándose en el lecho en que se encontraba vestido: ¿nos hemos mudado?

—Sin duda, señor: dijo restregándose los ojos Peralvillo, que tenía todas las trazas de un lacayo de capa y espada de aquellos tiempos: pero yo no conozco al dueño, ni sé cuanto pagamos por la casa.

—¿Pero dónde estamos?

—Eso mismo pregunto yo, señor: ¿dónde diablos nos han traído?

—¡Cómo traído! pues qué, ¿no hemos venido nosotros?

—Indudablemente, puesto que estamos aquí, hemos venido, pero no por nuestro pié: cuando haya pasado algún tiempo y recordéis como yo....

—¿Y qué has recordado?

—Por mi parte recuerdo que yendo por la calle de Elvira á punto de oscurecer un domingo, me he encontrado á un sargento amigo mio.—¿A dónde váis, señor Peralvillo? me ha dicho.—Voy á entretener el ocio por esas calles, le he contestado.—Lo mismo ando yo, me ha dicho....

—¿Pero qué tiene que ver el sargento y tu conversación con él, con lo que nos sucede? dijo impaciente el marqués.

—Y tanto como tiene: figuráos que el sargento me convida á ir á la taberna, para dar tiempo á que volviesen del jubileo dos beatas amigas suyas.

—¡Ah! ¡te llevó á una taberna!

—Si señor, comimos, bebimos.... yo noté que el vino tenía cierto sabor... y después no noté nada... porque me dormí.

—¡Como yo! dijo el marqués.

—Pues ved ahí que no entiendo

para qué diablos hayan de habernos aletargado.

—Pero en fin, ¿hace mucho tiempo que has despertado tu?

—Hará una hora: halléme en un colchón á los pies de otra cama más alta: primero nada recordé; después fui recordando; me levanté y os ví en la cama dormido: os moví para despertaros, pero ¡bah! estábais como un tronco: llamé... y como si hubiéramos estado en un desierto: examiné nuestro alojamiento, que solo tiene cuatro piezas, aunque muy ricas, eso sí, y hallé sobre una mesa una carta cerrada con sobrescrito para vos.

—¡Una carta! exclamó el marqués: ¡dame, dame!

Peralvillo salió y entró de nuevo en la alcoba con la carta.

El marqués rompió la nema, abrió la carta y Peralvillo, que observaba el semblante de su amo para ver el efecto que en él producía la carta, le vió palidecer, temblar, levantarse luego trasportado de alegría y exclamar:

—¡Es de ella, de ella!

—¿Pero quién es ella, señor, quién es ella? ¿acaso el duende negro de la calle de San Miguel que nos trae de cabeza?

—Ya sabes que no quiero que se me pregunte, Peralvillo, contestó el marqués.

—Es verdad, señor, pero la situación en que nos encontramos....

El marqués no contestó: se había acercado á una vidriera y estaba absorto en la lectura de la carta.

Peralvillo se calló, y se puso á pasear por la cámara con las manos atrás.

He aquí lo que el marqués leía:

«Don Juan de mi corazón: al fin mi padre se compadece de nosotros; al fin consiente en que sea tu esposa. Para que nos unamos, mi padre te ha robado de Granada, valiéndose del

medio de aletargarte: yo te escribí para que fueras á la taberna donde has sido aletargado. Nada te importe donde estás. Nada te importe que pasen algunos días antes de que me veas. Nada te faltará. Tu criado estará contigo para servirte. Un esclavo de mi padre te proveerá de cuanto quieras; pero nada preguntes á ese esclavo, porque nada te contestará. Quien tanto confía en tí que ya se llama tu esposa—Esperanza de Cárdenas.»

Luego por bajo se leía:

«Nuestra hija sabe ya dar besos, y te se parece tanto, que aunque quisiera olvidarte no podría.»

El marqués leyó diez veces esta carta, la guardó y volvió á sacarla otras tantas, y al fin cuando ya Peralvillo se había sentado cansado de dar paseos, el jóven se dirigió á él.

Tengo apetito, le dijo, y almorzaría de buena gana.

—Y yo también, señor. Pero en esta casa no he visto la cocina.

—No importa, llama.

—Es que ya he llamado, y nadie me ha respondido. Mucho será que el duende negro no nos haya encantado, señor.

El marqués aplicó un puntapié á Peralvillo.

Miróle este dolorosamente y salió de la cámara, se dirigió á la puerta de la antecámara y dijo:

—¡Ah de casa! Mi señor, que es un señor muy impaciente, y que trata de una manera dolorosa á sus criados cuando tiene hambre, pide de almorzar.

Oyéronse pasos tras de la puerta, luego una llave en la cerradura de ésta, abrióse y apareció un negro atléctico, que hizo retroceder dos pasos á Peralvillo.

—Se va á servir al momento al señor, dijo el negro en buen castellano, y desapareció volviendo á cerrar la puerta.

—Paréceme, señor, que estamos metidos en una mala aventura, dijo Peralvillo: no me gusta nada ese tizón de dos piés que acaba de hablarnos.

—Tienes el defecto de ser el hablador más incorregible del mundo, Peralvillo, dijo el marqués que preocupado con su pensamiento, quería quedarse á solas con él, y devorar su alegría.

Peralvillo comprendió la situación en que se encontraba su amo y se calló.

Poco después acudió á la puerta de la antecámara donde había sonado la llave, y vió que el negro entraba trayendo por sí solo una enorme mesa cubierta y servida.

—Os ayudaré amigo mio, dijo Peralvillo que deseaba á todo trance hacerse un conocimiento.

—No hay necesidad, dijo el negro, entrando con la mesa en la cámara.

Peralvillo quiso aprovechar la entrada del negro para ver lo que se ocultaba tras la puerta de la antecámara, que había quedado abierta, pero al encaminarse á ella se cerró.

—Vamos, dijo Peralvillo volviéndose: cartas que no se sabe quien las ha traído; negros que sirven sin permitir que nadie les ayude; puertas que se cierran por sí mismas: decididamente estamos encantados.

Cuando entró en la cámara, el marqués, que siguiendo las instrucciones que le daba en la carta Amina, no había dicho al esclavo una sola palabra, se sentaba á la mesa.

—Ponme vino, y trinchame esas perdices, Peralvillo, dijo el marqués.

Peralvillo se quitó los puños, se levantó las bocamangas, y se puso á trinchar las perdices.

—Y están asadas con aceite, y soberbiamente asadas, dijo: ¿soís vos el cocinero, amigo? añadió volviéndose al negro.

Este hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pues podías servir en las cocinas de su magestad, á quien por noticias de un galopín á quien yo conocía, sé que gustan mucho las perdices asadas con aceite.

Una mirada del marqués hizo callar á Peralvillo, que puso delante de su amo la fuente de plata con las perdices trinchadas, y le sirvió vino en una enorme copa de oro.

Después, y no atreviéndose á hablar por temor al marqués, se puso á contemplar el servicio.

—¡Cáspital dijo para sí: del ramillete de su magestad no saldría una mesa mejor servida: todo esto es regío: ¿y de dónde diablos has sacado esas flores? decididamente estamos encantados y encantados por duendes reales.

—Otro plato, Peralvillo, dijo el marqués.

—¿Qué queréis? ¿carne, cecina ó pescado?

—Dame de ese salmón.

Sirvió Peralvillo.

Poco después el marqués se levantó de la mesa.

—Yo os aconsejaría señor, que comiéseis de estos mariscos, de estas ensaladas y de estas confituras.

—Come de lo que quieras como si estuviese empezado, Peralvillo, dijo el marqués conociendo la intención de su lacayo; come y déjame en paz.

—¿Pero dónde he de comer, señor?

—En esa mesa.

—Pero...

—No hay otra.

El negro adelantó y se acercó á Peralvillo.

—Fuera tenéis vos mesa servida.

—¡Ah! exclamó Peralvillo estremeciéndose, porque esperaba encontrar fuera una olla podrida y un gígote, cuando ya se había consentido

á gozar del excelente almuerzo del marqués.

Salió, pero en la pequeña mesa que encontró en la antecámara, solo vió un cubierto de plata, una copa de vidrio y algunos platos.

—¡Pero y la comida! exclamó pálido Peralvillo.

—Tomad de aquí lo que queráis, dijo el esclavo con cierto acento de superioridad.

Volvió la cabeza Peralvillo y encontró tras sí al negro que había traído consigo la mesa del marqués.

—¡Ah! esto es distinto, dijo: mi amo está desgano pero yo no lo estoy... estas perdices, después esas ostras, luego aquella ensalada de truchas, después unas confituras y dos botellas de vino: perfectamente. Hemos concluido. camarada.

—Cuando vuestro señor necesite algo llamad, dijo el negro.

—Se llamará, amigo.

—Y en cuanto á vos no seáis curioso, porque os pudiera pesar.

—Y decidme, ¿durará mucho este encierro? dijo Peralvillo con la boca llena.

—No lo sé.

—Y mientras estemos aquí, ¿comeremos del mismo modo?

—Probablemente.

—¿Y cuáles son las horas de comer en esta casa?

—Las que vuestro señor quiera.

—Bien, ¿pero y si mi señor no tiene ganas de comer?...

—Pedid vos.

—Y si...

—Sóis el lacayo más hablador del mundo.

—Lo que no quita para que seamos buenos amigos.

—Yo no os conozco.

—Pues conocámonos. ¿Hay doncellas en esta casa? no me pesaría conocer á las doncellas.

—Quedad con Dios, dijo el esclavo abriendo la puerta.

—Vaya con Dios vuesa merced, contestó empujándose una botella Peralvillo.

.....
Sin ningún nuevo accidente, comiendo cuando querían, durmiendo por entretenimiento, y fastidiándose más de lo que hubieran querido, pasaron amo y criado, desde el anochecer del martes veintiuno de Diciembre, hasta el medio día del viernes veinticuatro.

A punto que el sol señalaba el medio día natural en un cuadrante situado en el mirador que daba sobre el jardín, apareció de improviso en la cámara el esclavo negro, y presentó al marqués inclinándose profundamente, una carta en una bandeja de oro.

Tomó el marqués la carta, la abrió, y vió con suma sorpresa que era de su tío don César de Arévalo, de quien hacía mucho tiempo que no tenía noticias.

La carta era brevísima.

«Mi amado sobrino, decía: os estoy esperando con suma impaciencia; tengo muchas cosas que deciros, y una grave comisión que desempeñar con vos. Seguid al dador de esta y me veréis.—Vuestro tío.—Don César de Arévalo.»

—En esta carta me dicen que os siga, dijo el marqués al esclavo.

—Y yo tengo orden de guiar al señor á donde le esperan, contestó el esclavo.

—¿Es decir que salimos de nuestro encierro? dijo Peralvillo.

—Vos no, repuso el esclavo, y salió precediendo al marqués, después de lo cual cerró la puerta.

Peralvillo se quedó durante algún tiempo mirando aquella puerta con desesperación, y luego se entró en la cámara, tomó de un rincón, donde so-

lía ocultarlas, una botella, se la empujó, y después fué á tenderse de una manera heroica en la cama de su amo.

Este entre tanto, guiado por el esclavo, había llegado á otra cámara á cuya puerta le salió al encuentro un hombre que se arrojó entre sus brazos.

—Era su tío.

Después de los primeros apretos, el marqués dijo á don César:

—¿Qué significa esto?

—¡Cómo! ¿no sabéis lo que esto significa?

—No por cierto, mi buen tío, porque esperaba no volveros á ver tan pronto.

—Creo que te casas.

—Eso sospecho.

—¡Cómo! ¿pues no lo sabes de cierto?

—Hace tres días que he tenido el primer indicio.

—¿Indicio no más?

—Nada más, tío.

—Pues te casas de veras, sobrino: digo, á no ser que no quieras casarte, en lo que harías ciertamente muy mal.

—Si es con doña Esperanza de Cárdenas, me caso.

—¿Pues con quién había de ser, sino con su excelencia la hermosa duquesa de la Jarilla?

—Ved tío, que el rey confiscó ese título.

—Sí, pero le ha devuelto á la duquesa.

—¿Pero y el proceso contra su padre?

—El emir de los monfies es una cosa, y su hija la duquesa de la Jarilla, es otra. ¿Qué culpa tiene la duquesa, de que su padre sea enemigo del rey, y le haya provocado y se le haya ido de entre las manos?

—Sí, pero ya sabéis que en el mundo en que vivimos pagan justos

por pecadores: y al menos el título y la grandeza del duque....

—Es que el padre de doña Esperanza era duque viudo; que tu presunta esposa estaba en posesión de su título y de su grandeza: que se han hecho muchas informaciones y muchas probanzas, se ha gastado mucho dinero, y el Consejo de su Magestad, ha declarado: primero: que doña Esperanza de Cárdenas, es descendiente legítima de los duques de la Jarilla; segundo: que es cristiana desde su nacimiento, y muy piadosa, y muy honrada, y muy pura; tercero: que si bien su padre es rebelde y moro y traidor al rey, su hija no le ha ayudado en sus conspiraciones, ni ha alentado los amores del difunto príncipe don Carlos, á quien continuamente ha rechazado; cuarto: que por lo mismo no puede imponérsele pena alguna, debiéndosela, por lo tanto, restituir sus bienes y preeminencias como grande de España, exigiéndola, sin embargo, juramento de fidelidad al rey. Por último, y en atención á las rebeldías de su padre, se la ha declarado mayor de edad, librándola de toda tutela; se la ha puesto en posesión de su título, su grandeza y sus bienes, y se la ha concedido licencia para casarse... con mi amado sobrino, el señor marqués de la Guardia, capitán de infantería de los ejércitos de su magestad, y el mayor loco, que después de mí he conocido ni espero conocer.

—Pero tío, esas noticias son tales, que no debéis ofenderos si dudo de que os encontréis en completo uso de razón.

—Carta canta, dijo don César, yendo á una maleta que estaba sobre la mesa, y sacando de ella un promontorio de papeles: y á los desconfiados como vos, no hay cosa como darles con la pueba en las narices.

Y desatando el legaje, sacó de él

ral don Fernando Valdés, que estaba terriblemente irritado, y con razón, contra los monfies. Como que hicieron con su venerable persona una heregía, y le causaron del susto una enfermedad que puso al pobre señor muy al cabo. Además, fué necesario deslumbrar á los inquisidores de la Suprema..... todo esto invirtiendo un tesoro.

—¡Oh! ¡y cuántos sacrificios!

—De que tú eres la causa, sobrino, y por los que debes amar mucho á tu mujer.

—Pero tío, si yo la adoro.

—¡Milagro!

—Un milagro causado por la hermosura y por el alma de Esperanza. ¡Ah! os juro, tío, que no merezco tanta felicidad. Y sin embargo, esa felicidad será amargada.

—¡Amargada! ¿y por qué?

—Yo quisiera que mi Esperanza fuera pobre, muy pobre, y de una humilde cuna.

—¡Bah! sobrino, tú estás loco: como parece mejor una bellísima rosa, ¿á la luz de la luna, ó á los rayos del sol? ¿en un tiesto miserable, ó en un magnífico jarrón de oro?

—Sí, pero podrá creer que me caso.....

—¡Por interés! ¡bah! tus rentas son considerables.....

—¡Mis rentas.....! ¡bah! tus rentas son considerables.....

estado en los Países Bajos, y aunque hubiéramos entrado en Gante, á sacomano, no hubiera tenido con mi parte ni la centésima de la cantidad que se necesitaba para el tal desempeño.

—¿Con que es decir...?

—Que las escrituras de todas tus haciendas están allí desempeñadas.

El marqués que era noble, generoso y altivo, alzó los ojos al cielo y suspiró con impaciencia y pena.

—¡Cómo ha de ser! dijo: ella es primero.

—Y aún hay más. Tu esposa, á más de sus riquezas propias, que son inmensas, trae su dote; un tesoro por parte de su padre, y otro por parte de su abuelo, en buenos doblones de oro y alhajas.

Tornó á lanzar su mirada de blasfemia al cielo don Juan.

—¡Tú estás loco, sobrino! le dijo don César: cuando una mujer que tanto vale se casa contigo...

—Se casa tal vez por cubrir su honor... y yo necesito su alma, su alma entera.

—Bien, muy bien: pero eso pasará y quedará lo positivo: esto es, la inmensa cantidad contante y sonante del dote de tu mujer, las rentas de su título que ya son enormes, y que juntas con las del tuyo, llegan á ser maravillosas. Dentro de un año me lo dirás si es que vuelvo por España.

—¡Pues qué, os vais!

—Sin duda debo parecer peligroso á los que te casan, cuando me apartan de tu lado.

—¡Pero cómo!

—Soy oidor de la Real Audiencia de Perú, dijo con hueca gravedad César.

—¿Y eso...?

—¿También me lo han procurado que te casan con tu mujer.

—¡Bah! ¡bah!

—Tengo orden además de llevarme á tu lacayo Peralvillo.

—Lleváoslo en buen hora, cada día se va haciendo más hablador.

—Ahora bien, y sin saber cómo, hé aquí que he terminado mi comisión.

—¿Pero qué comisión era esa?

—Darte parte de lo que sucedía, entregarte tus bienes que ahí están con tu ejecutoria en esas escrituras, preparándote, en fin, para que nada de esto tuviese que decirte el padre de tu mujer.

—¡Cómo! ¿está aquí el emir de los monfíes?

—Sí.

—¿Pero en dónde estamos?

—Ni más ni menos que en el riñón de las Alpujarras, cerca de la villa de Yátor, en una heredad del señor don Alonso de Fuensalida.

—¡Ah! ¡el emir continúa disfrazado!

—Sí, pero aunque el padre de tu mujer está encubierto, es necesario evitar que te presentes á él con ese traje de ronda. Ahí en mi maleta traigo un rico vestido de terciopelo, y un collar de Santiago: con que manos á la obra: voy á servirte de ayuda de cámara: ¿y qué mucho? casi casi, eres una especie de rey.

—¡Rey! murmuró el marqués mientras su tío le desnudaba, recordando la frase que en otra ocasión le dijo Yaye: «si habeis de casaros con mi hija todo se reducirá á haceros rey.»

—¿En qué piensas sobrino? dijo don César, encajándole al mismo tiempo una camisa de Cambray.

—Pienso en que el padre de doña Esperanza ha cambiado mucho de inclinaciones.

—¡Porque te dá su hija!

—Sí.

—¡Bah! ama á su hija, y las mujeres son capaces... estírate más las calzas, sobrino, y mira qué grana... es de la más rica: el jubón... sencii-

llo... pero los herretes de diamantes valen un mundo: vamos, la daga, la espada y la gorra. El padre de tu mujer te espera, y como es un gran personaje, moro ó cristiano, lo que importa poco, no debe impacientársele; maldita arruga: suéltate el segundo herrete, sobrino: vamos, ya está bien: ¡hola!

Apareció el esclavo negro.

—Id, y decir á vuestro señor, le dijo don César, que dentro de un momento va á tener la honra de saludarle el señor marqués de la Guardia.

El esclavo salió, y tras él, don César y el marqués: atravesaron algunas habitaciones y se detuvieron en una antecámara, donde les indicó el esclavo que se detuviesen; poco después, el esclavo que había salido, volvió y dijo:

—Mi noble señor, espera al señor marqués de la Guardia.

—Hasta luego, sobrino, dijo don César, estrechando fuertemente la mano del marqués.

—¡Ah! no sé lo que me sucede tío, dijo don Juan, y entró por la puerta cuyo tapiz tenía levantado el esclavo.

Encontróse en una cámara magnífica. En ella con el mismo traje con que se había presentado aquella mañana al beneficiado de Cádiar, se paseaba Yaye profundamente pensativo.

Al sentir los pasos del marqués, se detuvo, se volvió á él, y le miró con una grave benevolencia.

—¡Ah! sois vos, dijo: bien venide seais.

—¡Ah señor! dijo el marqués: disimulad mi turbación porque...

—Sentáos, marqués, dijo Yaye con una perfecta y fácil cortesanía: sentáos, y hablemos un momento.

Sentáronse en un estrado, y Yaye asió las manos del joven,

—¿Queréis ser mi hijo ahora, como lo queráis ser en otro tiempo.

—No puedo vivir sin ella, dijo con la voz apagada y trémula el marqués.

—Ni ella puede vivir sin vos. El Altísimo lo quiere, y no merecería yo su ayuda si no cumpliese con placer su voluntad. Pero, prescindiendo de todas las dificultades que se oponían á este casamiento, y que ya están vencidas, hay remedio de nosotros un terrible secreto.

Don Juan comprendió que Yaye se refería á la muerte de su padre, y bajó los ojos.

—A pesar de ese terrible secreto, señor, comprendo que debisteis tener poderosas razones para obrar de la funesta manera que obrásteis y... no hablemos más de ello... yo no puedo aborreceros; no puedo..... no..... sois padre de Esperanza..... ¡que me perdone Dios...!

—Tuve razón; pero decís bien..... olvidemos..... vos por Esperanza..... yo... ¡cómo no he de amaros yo si sois la vida de mi hija!

Yaye se enjugó una lágrima.

—Pero hablemos de otros asuntos. Ha llegado para mí un momento supremo: el momento de la guerra contra España.

—Pero ¿por qué no os reducís á la obediencia del rey...?

—No hablemos de eso..... Felipe y yo somos enemigos á muerte. Por lo mismo no debemos fiar en la devolución de sus títulos y de su rango á mi hija. Felipe es un lobo: le debo un hijo, y temo que si ha accedido al dictámen del Consejo, haciendo justicia á nuestra Esperanza, es solo para tenderla un lazo, para apoderarse de ella, para cobrarse del hijo que le he muerto. No, no debéis permanecer en España. En las aguas de Motril os espera un bergantín fletado por mí que os llevará á Venecia, á Francia, á cualquier Estado de Europa. No en-

treis en los dominios del rey de España mientras don Felipe viva.

—¡Pero separar de vos á vuestra hija...!

—Dios lo quiere. Dejadme, dejadme luchar con mi destino, que es terrible; yo no puedo exponer á mi hija. No quiero tampoco perderos. Permaneciendo aquí, ó tendríais que haceros monfí y lidiar contra España, ó servir á Felipe y volver las armas contra el pecho de vuestra esposa y de vuestra hija. No, no; váis á casa-ros, y después... vuestra compañía está en Yátor; entregadla al teniente Velorado y tomad testimonio de ello, para que el rey no pueda llamaros nunca desertor; ya tenéis su licencia para dejar la compañía: después, escoltado por mis monfies iréis á Motril donde os embarcaréis, vos, mi hija y mi nieta: con vos irá para servirlos el más noble, el más bravo, el más fiel de mis walfes: el noble Harum-el-Geniz, y permanecerá con vosotros si así lo queréis. Ha visto nacer á Esperanza y la ama casi tanto como yo.

—Será lo que queráis, señor, dijo el marqués que estaba aturrido.

—Bien, puesto que estamos enteramente de acuerdo, id, abrid aquella puerta, atravesad un corredor y encontrareis á vuestra esposa y á vuestra hija.

Zumbaron los oídos al marqués, se nublaron sus ojos, se levantó como un ébrio, y dominado por su emoción, y sin decir una sola palabra á Yaye, corrió á la puerta que éste le había indicado.

Poco después se oyeron dos gritos de suprema alegría, uno como de hombre, otro de mujer; besos y sollozos.

—¡Oh! era preciso, dijo el emir: Amina no puede amar ni ser amada de otro modo.

Y siguió paseándose á lo largo de la cámara.

CAPITULO XVIII.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.

Anunciaron á Yaye que acababan de llegar á la heredad el beneficiado y el sacristán de Cádiar.

Yaye mandó introducir al momento á Juan de Ribera.

—¡Oh, qué día! ¡qué día tan aciago, exclamó el beneficiado apenas vió á Yaye.

—¿Pues qué sucede? contestó el emir.

—Sucede... vamos... no sé cómo he podido escapar para cumplir mi promesa... sucede que el Santo Oficio ha venido á la villa.

—Ya lo sé... vos mismo me lo disteis.

—Es verdad... pero tengo la cabeza trastornada..... ¡qué escándalo y qué dolor, Dios mío!... y que la tenacidad de esos desdichados nos obligue á ver tales cosas...

—¡Ah! ¡la muerte de esa morisca... de esa Malicatulzarah...!

—¡Lo sabíais...!

—Yátor está cerca de Cádiar.

—¡Pero no sabreis...!

—Sí, sí; sé y me pesa, que su marido Adel, el tejedor, que estaba enfermo, ha muerto también; pero el anciano padre y los pequeñuelos huérfanos están amparados.

—¡Por vos, siempre vos en todas partes donde hace falta la caridad! ¡Cuando digo que sois un santo!

—No soy santo, pero creo que entre estas gentes se adelanta más con la blandura.

—¡Hum! dijo el beneficiado: son duros como rocas.

—Ya veis si yo he convertido gente.

—Dios os dá la gracia.

—No, sino que obro de distinto

modo que el inquisidor que ha venido á visitar á Cádiar..... Me han dicho que ha obrado con muy poca caridad.

—Es un tanto duro el señor Molina de Medrano, pero muy religioso, eso sí... figuraos que aunque acababa de dejar el camino, no ha querido reposar ni comer hasta que se ha purificado la iglesia que había quedado impura por la sangre que en ella se había vertido. Por esa razón he venido más tarde y os he hecho esperar..... pero en cambio se ha lavado el templo de su impureza, gracias á las amplias facultades que trae el señor Molina de Medrano y podrá celebrarse en él la Pascua... de otro modo la iglesia hubiera estado impura algunos días.

—¡Gracias á Dios! así tendremos misa del gallo.

—A la que me alegraría mucho que asistiérais: celebrará el señor inquisidor Medrano: yo seré diácono y el licenciado Arias subdiácono: tendremos villancicos en que cantará con su hermosa voz..... una dama que vos apreciáis mucho, y otra señora que ha venido á su casa...

—Doña Isabel de Valor ¿y la otra?

—Una gran señora.

—¡La princesa Angiolina Visconti...! Os prometo ir.

—Con vuestra noble hija.

—¿Conoceis vos á mi hija?

—No señor, pero he oído ponderar su virtud y su hermosura.

—Mi hija no está aquí en estos momentos.

—¡Qué desgracia!... pero en fin, os tendremos á vos.

—Indudablemente; pero vamos á lo que importa.

—Sí, á la conversión del Ferih de los Bérchules.

—Pues no tenemos el gusto de bautizar á ese descreído...

—¡Cómo! ¿por qué?

—Porque mientras yo fui á veros, el tal bandido se ha escapado.

—¡Cómo! ¿pues no estaba herido, y herido de peligro?

—Eso mismo me he dicho yo: no lo comprendo, pero lo cierto es que se ha escapado..... yo lo he sentido mucho y vos..... no debéis sentirlo menos.

—¡Oh! ¡siéntolo en el alma! ¡un miembro podrido que continúa separado del cuerpo de los fieles!

—Y aun por algo más debéis sentirlo, señor beneficiado, porque según creo, aunque vos me habeis guardado el secreto, Melik el Ferih, es padre de una morisca, de una Mariblanca que es vuestra ama.

—¡Ah! dijo el beneficiado no pudiendo evitar un estremecimiento: vos lo sabéis todo.

—¿No veis que busco el bien, y para practicarle tengo por todas partes gentes que se informan de todo?

—¡Ah! dijo el beneficiado que empezaba á sentir algún recelo.

—Por eso, porque lo sé todo, vuestra venida, apesar de la fuga del Ferih, no es inútil. No os ireis sin bautizar una mora, y aún más, sin casar á una mora y á un cristiano, padres de la no bautizada.

—¿Y por qué no bautizar también á la madre?

—Por la sencilla razón de que, desde que nació, la madre es cristiana.

—¡Ah! ¡una morisca!

—Algo más que una morisca: una sultana.

—¡No os comprendo! dijo el beneficiado que se sentía mal, y que iba viendo transformarse en otro hombre distinto del que había visto hasta entonces á Yaye.

—Pues es muy fácil de comprender: la dama á quien vais á casar es hija del emir de los monfies: en una palabra, es mi hija.

—¡Vos!... exclamó el beneficiado y no pudo continuar

Anudósele la voz en la garganta, se puso pálido como un cadáver, tembló, se anonadó; quedó tal como si la tremenda cabeza de Médusa, con toda su terrible virtud y sus sierpes ponzoñosas se hubiese presentado ante su vista.

—¡Qué os espanta! ¿no sois vos el que con tanta crueldad habeis martirizado á los pobres moriscos? ¿no sois vos el que habeis arrebatado los hijos á sus madres y los habeis enviado á los hospicios del rey? ¿Habeis tenido valor suficiente para remitir las súplicas desesperadas, las lágrimas, los gritos de angustia de las desdichadas á quienes arrebatábais los hijos de sus entrañas, y os falta delante de mí que ningún mal he de haceros, puesto que habeis venido bajo el seguro de mi palabra!

Tranquilizóse un tanto el eclesiástico.

—¿Pero quién habla de creer.....? dijo: yo hubiera jurado...

—Que yo el don Alonso de Fuenzalida á quien conociais, era el mayor cristiano del mundo...

—Vuestras obras... vuestra caridad....

—Sí, es cierto: mi caridad hácia los míos, me ha obligado á presentarme ante vos encubierto con un nombre castellano, á captarme vuestra voluntad con donaciones hechas á vuestra iglesia, á fingirme catequizador de moriscos, cuando en verdad solo se bautizaban los infelices por sugestión mia, para evitar las crueldades que so pretexto de religión cometiais con ellos: sí es cierto: mi caridad para con los moriscos ha sido grande, porque lo que he hecho en Cádiar lo he hecho también en las demás villas de las Alpujarras. Pero no hablemos más de esto. Procurad tranquilizaros, porque os lo repito: aun-

que os encontráis entre monjes, nada os acontecerá: por muy cruel y fanático que seais, aunque mereciéseis un terrible castigo, os he llamado yo, porque os necesito, y estais tan seguro como si os cobijara el trono del rey de España.

—¿Y para qué me necesitais, señor? dijo el beneficiado no bien repuesto á pesar de las tranquilizadoras palabras de Yaye, y tratándole con tanto respeto cuanto era su miedo.

—Ya os he dicho para lo que os necesito: para casar á mi hija y bautizar á mi nieta.

—Estoy dispuesto á obedeceros, señor.

—Con vos ha venido vuestro sacristán que se ha quedado fuera.

—Sí señor.

—¿Sabe ese hombre á lo que venís?

—Le he dicho que se trataba de bautizar...

—Bien, por eso no quede, haremos una farsa; mandaré á uno de los míos que se meta en cama...

—Pero...

—¿Y qué os importa á vos pronunciar algunas palabras y verter una poca de agua sobre la cabeza de un hombre?

—Lo que yo temo, es que maese Barbillo que es muy ladino conozca que no se trata de un herido.

—Descuidad que la farsa se hará bien. Ahora vamos á otra cosa. Es necesario que la fecha de ese casamiento y de ese bautismo se anticipen.

—No os comprendo bien.

—Váis á comprender al momento.

Yaye sacó de su bolsillo una cartera, y de aquella cartera dos papeles doblados, y los presentó á Juan de Ribera.

Eran dos partidas de casamiento y de bautismo; la una estaba fechada en 30 de Setiembre de 1567, la otra

nueve meses después. Solo faltaba la firma del beneficiado.

—¿Pero no véis, dijo Juan de Ribera, que estas partidas no pueden constar en el libro de la parroquia ni con los folios que aquí tienen?

—Descuidad: el libro de la parroquia desaparecerá sin que os puedan hacer cargo. Ya comprenderéis que tratándose de mi hija y de mi nieta, tengo un gran interés en que estas partidas no aparezcan falsas; á vos os interesa también porque... pienso demostraros mi agradecimiento de una manera digna de mí.

Y Yaye abrió un cajón de su mesa, y sacó de él una tras otra veinticinco columnas compuestas por veinticinco dorados doblones de á ocho cada una.

—Si, si, es verdad: soís el mismo generoso señor de siempre; pero encuentro una dificultad.

—¿Cual?

—¿De quién es hija la dama que se va á casar?

—Es hija mía.

—Aquí dice: la excelentísima señora doña Esperanza de Cárdenas, duquesa de la Jarilla, grande de España, hija del excelentísimo señor don Juan de Andrade, duque viudo de la Jarilla.

—Es que yo soy ese.

—¿Pero no soís entonces el emir de los monjes?

—También lo soy; para que os aclare más dudas, preguntad al inquisidor Medrano, ya que le tenéis en la villa, y aposentado en vuestra casa, quién es el duque viudo de la Jarilla: él me conoce bien.

—¡Ah!

—Lo que importa es que firméis estos documentos, porque se va haciendo tarde, y tenéis que volver antes de la noche á Cádiar.

Juan de Ribera firmó.

Yaye guarló de nuevo las dos partidas, y dijo:

—Vamos y terminemos. Casaréis á mi hija, bautizaréis á mi nieta, y después haremos delante del sacristán la farsa del bautismo de Melik-el-Ferih, del padre de vuestra ama.

—Vamos á donde queráis, señor.

Yaye y el beneficiado desaparecieron por una puerta.

Pasó una hora, y maese Barbillo fué llamado.

Atravesó la cámara acompañado de un lacayo y desapareció por otra puerta.

Media hora después, el lacayo y Barbillo volvieron.

—Es mucha, mucha, la caridad cristiana de don Alonso, dijo con cierto intencionado sarcasmo Barbillo al atravesar la cámara: pero creo que ese buen Ferih no está tan gravemente herido como dicen. ¿Eh? ¿qué decís vos?

—Digo, contestó el lacayo, que no era otra cosa que un monfí, mirando fijamente á Barbillo, que jamás me entrometo en las cosas de mi señor.

Y salieron por otra puerta.

Apenas habían salido, cuando entraron de nuevo en la cámara Yaye y el beneficiado.

—Ya que habéis casado á mi hija, y bautizado á mi nieta, le dijo Yaye, que nadie sepa lo que aquí ha sucedido. Mi hija debe aparecer casada en la fecha que consta en la partida de desposorios. Nadie ha asistido á la ceremonia, más que mi familia: si esto se sabe... vos lo habréis dicho... y entonces...

—¡Oh! descuidad, descuidad, señor, contestó todo humilde el beneficiado.

—Y no os atreváis á nada cuando os veáis libre y seguro en Cádiar, porque podría pesaros.

—¿Y cómo me había yo de atrever, viviendo en las Alpujarras, á faltar á la voluntad de quien tan poderoso es en ellas?

—Y aun fuera de ellas. Mis monfíes están en todas partes. Oid: en una ocasión, herido gravemente, caí en poder del Santo Oficio. La Inquisición hubiera tenido un grande placer en quemarme vivo; pero no pudo. Mis monfíes me sacaron de la cárcel del Santo Oficio. Y esto sucedió en Madrid, delante del rey, como quien dice, y del inquisidor general. Guardaos, pues, si apreciáis vuestra vida.

—¿Pero me prometéis, señor que ningún peligro corro? los moriscos están inquietos.... esta mañana....

—Sí; esta mañana se ha cometido un horrible crimen en vuestra iglesia... pero nada temáis por ahora... más adelante podrá suceder... para más adelante, ya os habré procurado yo una buena prebenda.

—¡Una prebenda! ¡vos!

—Sí por cierto. Si yo quiero haceros obispo.... yo moro, capitán de bandidos, como vosotros decís... seréis obispo.

—¡Ah, señor! exclamó el beneficiado, arrojándose casi á los piés de Yaye.

—Pero para que yo os favorezca, será necesario que os hagáis merecedor de mis favores.

—Descuidad, callaré, os serviré, seré vuestro esclavo.

—Bien: obrando así obrareis prudente: ahora idos: ya el sol descende y es necesario que lleguéis á Cádiar antes de la noche. Algunos de mis criados os acompañarán hasta la entrada del pueblo, id.

El beneficiado se dirigió á la puerta.

—Se os olvida eso, dijo Yaye, señalando el dinero que estaba sobre la mesa.

El beneficiado, con vergüenza, no de recibir el dinero, sino por la manera con que lo recibía, guardó el oro en sus bolsillos.

Después salió con Yaye que le pre-

cedía, con las muestras de la mayor distinción y amistad.

Poco después, Yaye entró de nuevo en la cámara.

—Ha sido necesario, dijo, confiar á ese miserable, para que no hable una sola palabra: difundido este secreto, cualquiera que por casualidad escapase, podría llevarlo á oídos tales, que perjudicasen á mi hija... ¡Mi hija! ¿puede hacer un padre más sacrificios que los que yo he hecho por Amina?

Yaye se pasó la mano por la frente como si hubiera querido arrancarse de ella una horrible pesadilla.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! exclamó.

Y luego, dirigiéndose á una puerta, la abrió y llamó.

—¡Suleiman!

Presentóse el mismo monfí joven que había burlado un año antes en Madrid al inquisidor general.

—¿Qué me mandáis, magnífico señor? dijo.

—¿Has mirado bien á ese clérigo? le preguntó.

—Le conocería aunque pasasen muchos años, y le viese entre mil.

—¿Y al que le acompañaba?

—Sí señor.

—Es necesario que esos dos hombres mueran.

—Morirán, señor.

—Vete, y dí á mi wazir Harum, que le espero.

Fuése Suleiman, y á poco entró Harum.

Yaye se encerró con él.

CAPÍTULO XXII.

LO QUE HICIERON CONTRA EL EMIR ABEN-ABOO Y ABEN-JAHUAR.

Aquella misma tarde, un joven con un traje sumamente pintoresco, y con una escopeta al hombro, atravesaba

el áspero desfiladero de una montaña próxima á Cádiar.

El traje de este joven, consistía en un gorro ó bonete de grana, una chaquetilla de colores vivos, y adornada con alhamares y bordados de plata; una camisa sin cuello bajo una chupa del mismo color de la chaqueta (jaqueta la llamaban los moros); una faja de seda sobre la chupa, y unos calzones anchos, cortos hasta la rodilla, abiertos por abajo, cuadrados en su abertura, y en las piernas unos botines de grana bordados.

Llevaba además sobre la faja un cinto con dos bolsas, llenas la una de balas de hierro, y la otra de pólvora: en el cinto dos largos pedreñales ó pistoletes, y un puñal; pendiente del cinto con dos cordones de seda, un alfange berberisco, y sobre el hombro un albornoz de lana, listado á anchas franjas negras y blancas.

Este joven era Aben-Aboo.

Con su bello traje morisco, su fisonomía se había completado: era el infante de Granada, bravo y valiente, con el sello característico de su raza fijo en el semblante, y la expresión sombría y amenazadora del oprimido, que tras largos años de paciencia, se levanta ante su opresor.

Era á punto que el sol se ponía, el cielo hasta entonces limpio y despejado, empezaba á cargarse de oscuras nubes hácia el Norte, y allá entre los altos picos de Sierra Nevada se escuchaba rodar el trueno á lo lejos: frias ráfagas de viento pasaban silbando entre los brazos desnudos de las encinas y las peladas rocas, á las que se veía acudir las águilas para preservarse en su profundo nido de la tempestad.

Aben-Aboo siguió andando á gran paso.

El nublado siguió andando con extraña rapidez, y al fin, al ponerse el

sol, un tupido toldo de densas nubes cubrió las montañas.

Algunas gruesas gotas cayeron sobre las rocas.

Aben-Aboo entonces partió á la carrera.

Los que hayan viajado por las Alpujarras, y hayan tenido necesidad de atravesar una rambla para llegar al término de su viaje, comprenderán por qué Aben-Aboo, que tenía que atravesar la rambla de los Ciegos, corría.

A los que no conozcan aquél terreno, les diremos: que basta una lluvia de algunos minutos para que en aquel quebradísimo terreno, las innumerables vías de las vertientes de las montañas, conduzcan á la rambla que viene á ser un punto de reunión, un pequeño arroyo, y que juntos todos estos arroyos produzcan por su inconcebible número una corriente bastante considerable para que no pueda ser atravesada por un hombre.

Cuando la lluvia es fuerte y dura algunas horas, no es ya un río invadible, el que rueda por la rambla, sino un torrente mostruoso, atronador, que se extiende de monte á monte, que arrastra árboles y aun rocas: un aluvión gigantesco que dura muchas horas después de haber terminado la lluvia que lo produce, que va á aumentar alguno de los traidores ríos de las Alpujarras, y que cuando se extingue deja sobre la rambla un fango arenoso, entre el cual, no es difícil encontrar reses muertas y aun cadáveres humanos.

Por eso corría Aben-Aboo.

La tormenta se le echaba encima, y la lluvia empezaba, lenta sí, pero con indicios de aumentarse progresivamente hasta convertirse en un furioso aguacero.

Saltaba el jóven como un gamo de roca en roca, y al fin vió una ancha abertura practicada entre dos rocas

gigantes, por la cual se veía un plano ancho, pendiente, de arena blanca y brillante.

Tan blanca era esta arena, que cuando reverberaba en ella el sol, ofendía la vista, por cuya razón la habían llamado la rambla de los Ciegos.

Entre estas dos altísimas y cortadas rocas, había un hombre cubierto en otro alboroz rayado, que al saltar junto á él Aben-Aboo, desde una breña, retrocedió un paso y preparó su escopeta, exclamando con acento enérgico:

—¡Páratel! ¡la señal!

—¡Granada y los monfies! contestó Aben-Aboo.

—¡Ah! ¿eres tú, sobrino? dijo el que le esperaba, y dejó caer el embozo de su alboroz.

Era Aben-Jahuar-el-Zaquer.

—¿Y nuestra gente? dijo Aben-Aboo.

—Están más abajo.

—¿Está con ellos Abd el-Melik-el-Ferih.

—No; pero ya hemos quedado de acuerdo: nuestra gente se compone de veinte de los míos.

—¡No son monfies!

—No; son moriscos y cristianos renegados por delitos, gente dura y brava, que yo estoy reclutando hace tiempo, y cuyo número aumento con todo hombre á proporción que se me viene á las manos.

—¿Y sabe el emir que vos tenéis esa gente?

—Si lo sabe yo no se lo he dicho.

—¿Y entonces quién paga esa gente?

—Los moriscos de Granada y de la Vega.

—¡Ah! ¿y cuantos son?

—Unos trescientos que podrán servirnos de mucho para nuestros asuntos particulares.

—¿Y para qué habéis traído con vos esos veinte hombres?

—Atravesemos la rambla, sobrino, que la noche y la lluvia se nos vienen encima por fortuna nuestra, y sabrás para lo que he traído conmigo á esa gente.

Y Aben-Jahuar tomó á buen paso hácia las quebraduras del frente seguido de Aben-Aboo.

Cuando hubieron atravesado la rambla, subido un áspero repecho, y penetrado en las quebraduras que había indicado el tío al sobrino, se encontraron en un terreno extremadamente bravío, oculto bajo el saliente de una roca.

—¿Ves la Muela del Lobo, sobrino, dijo Aben-Jahuar, señalando una alta roca que se veía á lo lejos hácia el Sur, al pié de una montaña.

—Sí por cierto.

—¿Ves al pie de la muela una huerta, y en medio de la huerta una casa?

—Sí.

—¿Y alcanzas á percibir á la poca luz que tenemos, lo que pasa delante de aquella casa?

—Tengo muy buena vista, tío: delante de aquella casa hay tres literas, seis caballos y algunas acémilas que están cargando con maletas y cofres. Eso indica, que la gente que vive en aquella casa, ha oído la tempestad de sangre que se prepara, y huye antes de que se le eche encima. Algunos perros cristianos que piensan ponerse en salvo antes de que arree el peligro.

—¡Bah! en aquella casa hay cristianos y monfies.

—¡Cristianos y monfies!

—Sí por cierto: voy á deciros el nombre de los cristianos: primeramente la excelentísima señora duquesa de la Jarilla, doña Esperanza de Cárdenas, ó si no la conocemos por ese nombre, la sultana Amina.

—¡La sultana Amina! exclamó ex-

tremeciéndose Aben-Aboo.

—Déjame que continúe mi lista de cristianos: el antes solamente marqués de la Guardia, y hoy duque de la Jarilla por su casamiento con la sultana, don Juan Coloma.

—¡Ah! ¡mi amigo el marqués! dijo con un sarcasmo amenazador el jóven.

—Además, doña Estrella Coloma y Cárdenas, hija de los excelentísimos duques de la Jarilla.

—¡Su hija!

—Item: la nodriza de doña Estrella y dos criados: Calpuc, el indiano, abuelo de doña Esperanza y bisabuelo de doña Estrella; don César de Arévalo, tío del marqués de la Guardia, ó mejor dicho del duque de la Jarilla, y por último, Peralvillo, lacayo del duque.

—Y sin duda allí estará también...

—Sí, voy á decirte los monfies que están en esa casa: primero el magnífico emir de los monfies nuestro pariente: luego Harum-el-Geniz, su wazir; Suleimán su walí, y como hasta cincuenta monfies.

—¿Pero á dónde es ese viaje?

—No sé tanto; solo sé que podrá suceder muy bien si tienes valor, que hagamos un buen negocio.

—Tío.... jugamos el todo por el todo.

—Y á que nos habíamos de haber puesto estos vestidos berberiscos nosotros y nuestra gente, á qué traer antifaces rojos sino para no ser conocidos. Sígueme, sobrino, y confía en mí y en el diablo que nos dará buena suerte.

—Aben-Jahuar y Aben-Aboo siguieron las breñas adelante, descendieron á unas ásperas quebraduras y al entrar en ellas, Aben-Jahuar gritó tenuemente como un cuclillo.

En el acto respondió otro grito semejante, y otro y otro.

—Ahí están, dijo Aben-Jahuar.

—¿Quién?

—Los míos.

—Pues os juro que hubiera pasado junto á ellos sin notarlos, dijo Aben-Aboo.

—Eso prueba, cuando han podido engañarte á ti, que eres astuto y experimentado como el monfí más viejo, que engañarán también á los monfíes. Ahora, ocultémosnos también nosotros, y guardemos el más profundo silencio.

Tío y sobrino se perdieron entre un jaral.

Junto al sitio en que toda esta gente estaba oculta, había un estrecho desfiladero, y en él una senda escabrosa.

El desfiladero estaba desierto.

Nadie tampoco hubiera sospechado que junto á él había gente oculta.

Pasó algún tiempo; empezó al fin á llover con más fuerza, y en el momento en que arreciaba la lluvia, se oyeron resonar pasos de cabalgaduras en la parte baja del pedregoso sendero, y voces de hombres que hablaban descuidadamente.

—Aguijad, aguijad, decía una voz robusta; marchad deprisa, la lluvia arrecia, y mucho será que podamos pasar la rambla de los Ciegos.

—Las mulas no pueden marchar más deprisa, señor, contestó otra voz: nos vemos obligados á llevar las literas una detrás de la otra.

—Pues aprisa cuanto se pueda, dijo la voz que mandaba.

De repente se oyó un sordo mugido, indistinto y sordo primero, que fué creciendo y aumentándose hasta oírse perfectamente el bramido de las aguas que corrían á alguna distancia.

En aquel punto la lluvia caía á torrentes.

—¡La avenida en la rambla de los Ciegos! gritó una voz.

—Pues volver, volver atrás; gritó con energía la voz que antes había

mandado; dentro de poco tendremos por aquí otra avenida.

Apenas había pronunciado aquella voz estas palabras, cuando sonó un tiro: luego otro y otro, sucediendo á esto el rumor de un reñido combate.

Veamos lo que era aquello.

Hemos dicho que la gente de Aben-Jahuar estaba oculta en unos arenales al lado de un pendiente desfiladero: á uno de sus lados se habían ocultado también Aben-Jahuar y Aben-Aboo.

Por aquel desfiladero había aparecido una caravana, que aunque la noche había cerrado anticipadamente á causa de la tempestad, se veía de tiempo en tiempo á la clara luz de los relámpagos.

Componían esta caravana cuatro monfíes; tras ellos tres literas, cada una de las cuales era llevada por dos mulas una delante y otra detrás, y cada una de estas mulas por un monfí. Luego á caballo, el marqués de la Guardia, Calpuc el rey del desierto, don César de Arévalo, Peralvillo y Harum-el Geniz: últimamente como hasta cuarenta monfíes.

En el momento en que las literas pasaron del lugar donde estaban escondidos con su gente Aben-Jahuar y Aben-Aboo, sonaron los disparos que hemos dicho, y á poco se trabó un combate cuerpo á cuerpo entre los de Aben-Jahuar y los del emir.

Las literas habían quedado cortadas y delante, y se oía la voz de Amina y las de sus doncellas que pedían socorro, y las imprecaciones en árabe de los monfíes que guiaban las literas.

Uno de los relámpagos iluminó la escena.

—¡Ah! exclamó con rabia Harum el Geniz, que se batía como un lobo: ¡son corsarios berberiscos!

La estratagema de Aben-Jahuar, por lo que vemos, había producido muy buen efecto.

De repente el pavor se apoderó de todos.

No era un enemigo humano el que les aterraba: eran los elementos: algunos pedazos de roca habían pasado zumbando por el desfiladero y por la parte alta se dejó oír un ronco mugido.

—¡La avenida! ¡la avenida! gritaron todos.

Y se arrojaron fuera del desfiladero.

No tardó mucho en dejarse ver el torrente que pasó brillando entre la oscuridad como una serpiente inmensa, blanquecina, puesta en fuga y cuya carrera fuera velocísima.

A la luz de los relámpagos vieron Harum, el marqués, y todos los demás, que los que creían berberiscos se perdían entre las breñas al otro lado del torrente que por efecto de la tempestad llenaba el desfiladero.

Por una casualidad no había quedado entre ellos ni uno solo.

Faltaban los monfies que precedían á las literas; los que las conducían y Amina, su hija, la nodriza y las doncellas de Amina que eran llevadas en las literas.

Al ver esto el marqués de la Guardia, que era valiente hasta la temeridad, antes de que nadie pudiese impedirlo, se arrojó con su caballo á la avenida, pretendiendo atravesarla.

Un grito de horror salió de todas las bocas.

—El caballo y el jinete fueron arrebatados por la corriente.

Pronto, pronto, á buscar el puente del salto del Gamo, gritó Harum: salvemos á la sultana: la sultana antes que todo.

—Es que, dijo un monfi viejo, no podremos llegar al salto del Gamo.

—Tienes razón Mahdar; el desfiladero del Fraile estaba invadible: estamos encerrados, señores, añadió

con desesperación; estamos encerrados por la avenida entre una rambla y dos desfiladeros: ¡que se haga la voluntad de Dios!

—Dios ó el diablo nos han protegido, sobrino, decía Aben-Jahuar á Aben-Aboo, entrando con él en Cádiar, en el mesón del Cojo cubiertos con sus capas castellanas; la tormenta nos ha ayudado; de otro modo aunque sin duda hubiéramos vencido, algunos de los nuestros hubieran quedado en poder de ellos y era un mal cabo; ahora... ahora... no salen á bien librar hasta mañana de la prisión en que los han puesto las aguas.

—Pero han sucedido horribles desgracias tío, dijo Aben-Aboo, cuyo semblante tenía una expresión ferozmente sombría.

—¿Y qué importa? ya no es un obstáculo á nuestros proyectos la hija del emir.

Y al decir estas palabras se entró con su sobrino en el aposento en que se habían encontrado aquella mañana.

Poco después un hombre llamó recatadamente á la puerta, le abrieron y entró. Era el emir.

CAPÍTULO XXIII.

COMO TRATABA YAYE Á SUS PARIENTES.

Tendió á un tiempo las manos á Aben-Jahuar y Aben-Aboo y se las estrechó con fuerza.

—¡Oh! dijo sentándose. Estoy contento. Al fin he tomado una resolución decisiva, he fijado la suerte de mi hija y me quedo libre para hacer con vosotros la guerra al cristiano.

—¿Que habéis fijado la suerte de vuestra hija! primo, dijo Aben-Jahuar con las muestras del más solícito interés.

—Sí, esta tarde se la he entregado

á su marido. Era para mí un obstáculo inseparable; la acompaña su abuelo, y va bien escoltada. Es verdad que puede haberles cortado el camino la tormenta impidiéndoles pasar la rambla de los Ciegos, pero esto no es más que algunas horas de detención; remontarán la montaña y llegarán mañana á Motril, donde en una galeota mia se trasladarán á Venecia. Y estoy alegre vive Dios, muy alegre. Era necesario decidirse, decidirse de todo punto. Pero tengo apetito. Mandá, hijo mio que nos den de cenar.

Se levantó Aben-Aboo y salió.

—Tengo que hablarte primo, de un asunto, ó por mejor decir de dos asuntos importantísimos para los dos. No he querido decírtelo delante de nuestro sobrino.

—Tan de repente has pensado ese asunto?

—Sí; cuando al fin he visto asegurada la suerte de Amina, me he encontrado otro hombre. Pienso abdicar.....

—Abdicar... ¿y en quién?

—Aben-Aboo es muy bravo y los monfies le aman...

—¡Cómo!

—Silencio, le sientto acercarse..... cuando hayamos cenado, yo me despidiré, é iré á esperarte á la salida de la villa por la Caba-honda.

—Iré.

Aben-Aboo entró en aquel momento y á la primer mirada comprendió que había pasado algo grave entre sus dos tíos.

Sin embargo comprendió también que debía disimular.

—¿Con que mi prima, dijo, se vá á Venecia? ¡Y yo que contaba al menos con verla!

—¿Y qué habíamos de hacer aquí con ella una vez empeñada la guerra? No, no: era prudente ponerla fuera del incendio. Si Dios nos ayuda y triunfamos, tiempo tendremos

de verla.

El Cojo entró entonces con una verdadera cena de mesón, pero era tal el apetito de los comensales, estaban todos tan contentos, cada cual por su causa, que devoraban un pésimo gigote y algunas aves, acompañadas de una liebre que por casualidad tenía cabeza.

Durante la cena y como estaban servidos por el Cojo y por su hija, alegre mocetona de veinte y cuatro años, la cena pasó con una conversación indiferente.

—¿Qué diría la Inquisición si nos viera comer carne la noche de Navidad? dijo el emir.

—¿Y si viera que esta carne nos la servía una mora de tan buena carne como Pascuala? dijo Aben-Jahuar.

—Vamos, señor, siempre que hay gentes delante se estrella vuesamerced, contestó la muchacha.

—¡Cuando digo yo que esta Pascuala acabará por arruinarme! dijo el Cojo.

—¿Pues qué hace la muchacha para ello? dijo Aben-Aboo.

—¡Bah! con esa cara de hereje que pone á los huéspedes... no hay ninguno que no se me haya quejado, sobre todo de la mala cama.

—Es que los tales huéspedes quieren á veces, que las camas sean tan completas... dijo la muchacha.

—Y no crean vuesamercedes que esto es por virtud; no señor; sino porque la tiene bebidos los sesos ese organista del diablo, que solo gana tres maravedises... que... que en fin, es un haragán, un desarrapado... lo que no quita que esta señora se pase las noches de claro en claro pelando la pava con él.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Y así mientras duró la cena, los tres personajes ocultaron su verdadero estado con conversaciones tales,

como la de que acabamos de dar una muestra.

Acabada la cena, el emir se despidió de Aben-Jahuar y de Aben-Aboo.

—¡Que está tranquilo acerca de su hija! dijo sombríamente el joven apenas se quedó solo con su tío.

—Afortunadamente, nadie nos ha conocido, ni los mismos que nos han ayudado saben lo que han hecho. El emir no puede hacernos cargo de nada.

—¿Y á dónde irá ahora?

—Es muy posible que vaya á ver á tu madre.

Ya sabemos que Aben-Jahuar sabía que Yaye no había ido en busca de su hermana doña Isabel.

—¿A buscar á mi madre en una noche como esta?

—Pues esta noche más que otra, debe el emir estar cuñado por mi hermana.

—Pero la tenacidad de *ese hombre*, cuando mi madre...

—¿Y qué quieres? así son todos los enamorados.

—¡Pues juro á Dios...!

Aben-Aboo se detuvo, pero Aben-Jahuar adivinó el resto del juramento: Aben-Aboo se había puesto de pie, y se arreglaba la capa y el talarbarte.

—Mira lo que haces, sobrino, exclamó profundamente Aben Jahuar: el emir es poderoso, y está acostumbrado á satisfacer sus empeños: prudencia, sobrino, prudencia, y no aventuremos en un minuto lo que tanta paciencia y tantos sacrificios nos ha costado.

—Tan prudente seré, dijo Aben-Aboo, que daré ocasión á que otros aprendan en mi prudencia.

Aben-Aboo que había pronunciado estas palabras de una manera ambigua, cuya verdadera intención no podía apreciarse bien, salió.

—¡Ah! dijo Aben Jahuar: ¡quiere abdicar en Aben-Aboo! ¡si ese insensato llega á ser emir de los monfies, todo está perdido para mí! los monfies conocen su ferocidad y le apreciarían: le servirían á ciegas, y correrían tras él, aunque los llevase á arrojarse de cabeza á un volcán. Pero aunque seas astuto y feroz, señor sobrino, yo os llevo la delantera, y nos veremos, vive Dios, y nos veremos! ¡vos, el emir y yo..! ¡Ah! ¡Ah! yo os juro amigo mio, que no habéis de ver la verdad hasta que esa verdad os espante.

Después llamó, pagó la cuenta que le ajustó el Cojo por los dedos, y se fué á encontrar al emir.

Hallóle en la parte baja del pueblo junto á las tapias.

—Empezaba á impacientarme, le dijo.

—He tenido que engañar á Aben-Aboo para separarme de él.

—¿Y sospecha algo?

—Nada: solo espera con impaciencia que llegue la hora.

—Poco tardará en sonar, ya son las nueve. Entre tanto podemos hablar nosotros, y ponernos de acuerdo.

—¿Pues qué, estamos discordes?

—Sí; y este es un mal presagio.

—¿Y en qué consiste esa discordancia?

—En que todos tenéis ambición, y vuestras ambiciones encontradas, serán la causa de nuestra ruina.

—¿Y nada dices de tu propia ambición?

—Yo la he perdido: todo me ha salido mal: en todos mis afectos, en todos mis deseos, en todas mis esperanzas, estoy ya contrariado: ya no soy el hombre que luchaba con toda su inteligencia, con todas sus fuerzas: soy un vencido que se rinde.

—¡Un vencido!...

—Sí, vencido por su suerte.

—Desmayas en los momentos en

que más necesitamos de tu ayuda.

—No por cierto: yo os doy todo lo que tengo: mi ejército, mis tesoros, mi espada. ¿Quereis más?

—Pero esa abdicación...

—Es necesaria. Aben-Aboo está descontento: Aben-Humeya le mira con recelo: señor es uno, vasallo el otro: ni Aben-Aboo serviría bien á Aben-Humeya, ni Aben-Humeya confiará en Aben-Aboo. Por el contrario, siendo Aben-Aboo emir de los monfies, se encontrarán igualmente poderosos...

—Aben-Aboo pesará sobre Aben-Humeya:

—Pero aún vivimos nosotros más experimentados que ellos: nosotros que tenemos una poderosa influencia, tú sobre los moriscos, yo sobre los monfies: nosotros que podemos enlazarlos á ellos por sagrados vínculos.

—¡Cómo!

—Tú amas á tu cuñada doña Elvira, dijo Yaye.

—Es verdad, contestó con voz cavernosa Aben-Jahuar.

—Yo amo... cada día con más fuerza, cada día con más desesperacion, á tu hermana doña Isabel.

—¿Por qué no la amaste del mismo modo hace veintidos años? entonces Aben-Aboo sería tu hijo...

—¡Ah! exclamó Yaye: olvidemos lo pasado y pensemos solo en el presente: estoy irrevocablemente decidido á lo que te he propuesto.

—No creo realizable tu proyecto más que en lo relativo á la abdicación en Aben-Aboo: por lo demás, ni mi hermana se casará contigo, ni conmigo mi cuñada doña Elvira; además, y seamos francos... doña Elvira te ama, Yaye.

—¡Oh! ¿quién te ha dicho eso?

—¿No crees que los celos son muy perspicaces?

—Los celos mienten, ó por mejor decir, los celos se engañan. Doña El-

vira no ama á nadie, á nadie más que á su hijo: por eso, encontrando solo un hombre ante el porvenir de su hijo, siendo ese hombre yo, pretende inhabilitarme, apoderarse de mi, matarme, en una palabra; Doña Elvira, primo, me aborrece y por que me aborrece me cerca de acechanzas, me ataca con todas sus armas, con su astucia, con un amor fingido, con un empeño tenaz. Cuando vea que yo abdicó en Aben-Aboo... que me caso con tu hermana, doña Elvira se casará contigo, para contrabalancear el poder de Aben-Aboo: no lo dudes Aben-Jahuar: doña Elvira solo ama á su hijo Aben-Humeya.

Quedóse profundamente pensativo Aben-Jahuar.

—¿Y qué hemos de hacer? dijo.

—¿Consientes en que pongamos por obra mis proyectos?

—¿Y tú estás seguro de que doña Elvira querrá casarse conmigo?

—Sí, en el momento en que yo me case con tu hermana doña Isabel.

—Pero es necesario empezar á obrar al momento.

—Es necesario que vayamos á casa de tu hermana.

—¡Ah!

—Tú hablarás á Aben-Aboo; le participarás mi resolución, y le prepararás para que desde esta noche empiece á obrar como corresponde á su nuevo estado: yo entre tanto hablaré á tu hermana.

—Quiera Dios, dijo Aben-Jahuar que saquemos de ella tan buen partido como yo espero sacar de Aben-Aboo.

Y tomando por fuera de las tapias arriba, se encaminó con Yaye á la atalaya donde vivía Aben-Aboo.

CAPÍTULO XXIV.

DE CÓMO SE ENCONTRARON REUNIDAS DE UNA MANERA EXTRAÑA, PERSONAS QUE SE CREÍAN MUY SEPARADAS.

En una habitación completamente blanca, con el pavimento cubierto de una estera de esparto, desnudas las paredes y con techo de bovedillas y adornada con algunos muebles modestos, al lado de una chimenea encendida, había dos mujeres.

Era la una doña Isabel de Córdoba y de Valor: la otra Angiolina Visconti.

Doña Isabel, si bien contaba ya cuarenta años, estaba en el esplendor de su hermosura: no de esa hermosura brillante, vaporosa, delicada, esmaltada, por decirlo así, de la joven, de la adolescente casi, sino en esa fuerte y brillante hermosura de la mujer, en que hay un exceso de vida y de pasión, en que se mira con una dolorosa resignación la metamorfosis de la mujer, en que se marchitan las mejillas en que aparecen las canas y las arrugas, en que las formas más hermosas se deprimen, en que la mirada se apaga, en que los cabellos se disminuyen, se aclaran, se retiran de la frente, ó por mejor decir, la ensanchan: doña Isabel no tenía ya la belleza de la esbeltez, pero tenía en cambio la magestad y la incitante hermosura de la matrona: había engruesado, pero sin perder la belleza de sus formas; su pecho se había levantado, pero sin perder su aspecto puro y virginal; doña Isabel había crecido en vida y en hermosura y no había perdido nada de su pureza: el sufrimiento agudo de un amor contrariado, de una vida robada á la felicidad, había impreso, fijado sobre su semblante la expresión del sufrimiento, pero de un sufrimiento valiente y

resignado, y esta expresión daba á su hermosísimo semblante, á su ardiente mirada, un resplandor sublime, por decirlo así, casi divino: doña Isabel era á los cuarenta años, una de esas mujeres que hacen bendecir á Dios que las ha criado, que inspiran un amor exento de competencias de todo género, que absorben completamente la vida y el alma de un hombre.

Sin embargo, en los veinte y dos años que habían pasado desde la muerte de Miguel López, se había visto libre de pretensiones, exceptuando las de Yaye.

¿En qué podía consistir esto, tratándose de una mujer tan hermosa y tan pura?

Consistía en que en Cádiz no la conocía nadie más que los parientes próximos de su hijo, su confesor y un escaso número de mujeres.

Estas en verdad habían ponderado su hermosura; pero doña Isabel no salía de su casa sino para ir á misa (eso todos los días), y en esta sola ocasión se cubría de tal modo el rostro con el manto, que solo podía apreciarse lo airoso de su andar, lo gentil de su conjunto, y ese perfume particular que deja tras sí toda mujer hermosa.

Su casa, encerrada dentro de una tapia y situada en una altura, estaba libre de miradas curiosas, y en ella no penetraba nadie, más que, como hemos dicho, los parientes, y estos viejos unos, ó casados los otros, y algunas mujeres.

La hermosura pues, de doña Isabel, solo se conocía de fama.

Pero lo repetimos: era esta tal, que á pesar de ser hermosísima Angiolina, se encontraba como empalidecida, como borrada, como vulgarizada, al lado de doña Isabel.

Encontrábanse las dos, en el momento en que las presentamos de nue-

vo en escena, en esa disposición de ánimo en que se piensa mucho y se habla muy poco.

Además, la situación en que se encontraban colocadas la una respecto á la otra, era tirante y difícil: vivían juntas y apenas se conocían: al llevar Aben-Aboo á Angiolina de Granada, había dicho á su madre:

—Esta dama es una noble viuda á quien amo, y que se encuentra sola en el mundo: si no fuera la persona que es, pudiera haberme recibido en su casa, como otras tantas; pero esto no era conveniente ni decoroso, ni para ella ni para mí: he contado, pues, con que vos la serviréis de madre hasta el día en que pueda llamarse vuestra hija.

Doña Isabel tendió la mano á la aventurera que su hijo la presentaba, la admitió en su casa, la llamó su parienta para salvar las apariencias, y nada la preguntó ni nada la dijo Angiolina.

La dulzura y la virtud, y la magnífica belleza de doña Isabel, empezaron á dominar á la veneciana, que se sintió arrastrada hácia ella. Angiolina por su parte, que era una mujer digna y noble cuando no se trataba de su empeño por el marqués de la Guardia, empezaba también á hacerse lugar en el corazón de doña Isabel.

Esta no sabía quién era: pero aquella mañana en el exámen, delante de la Inquisición, se había llamado Angiolina princesa.

Doña Isabel no había podido olvidar aquella revelación, ni que el inquisidor había tratado á Angiolina como una conocida antigua, ni la turbación y la vacilación de Angiolina al reconocer al inquisidor. Cuando doña Isabel dejaba de pensar en esto, se le venía á la memoria la terrible muerte de Malicatulzarah, con sus horribles detalles, con toda su agu-

da pasión, y entonces los ojos de doña Isabel se llenaban de lágrimas, y su corazón se levantaba á Dios rogando por aquellos desventurados.

Por esta razón estaba tan profundamente pensativa doña Isabel.

El haberse visto reconocida por Molina de Medrano cuando menos lo esperaba; el haber visto aquella mañana desde la atalaya entre las breñas y á lo lejos á Laurenti y á Cisneros, y el recuerdo de la sangrienta escena de la iglesia, tenían también profundamente pensativa á Angiolina.

Dieron las ánimas, y doña Isabel las rezó.

Contestóla Angiolina, y por esta razón se cruzaron entre ellas algunas palabras.

—Cómo zumba el viento en la chimenea, dijo doña Isabel arreglando los tizones.

—Todo es hoy lúgubre, contestó Angiolina.

—¿Y mi hijo? ¿dónde estará mi Diego? añadió doña Isabel: otras noches ha venido más temprano.

—Aquí estoy madre, dijo la voz de Aben-Aboo á la puerta.

Y el jóven adelantó, se quitó la gorra, la capa y el talabarte, y se sentó delante del fuego entre las dos mujeres.

—No es prudente andar á deshora por la calle cuando tenemos el pueblo lleno de soldados, y cuando la Inquisición hace su visita, dijo doña Isabel: recelan demasiado de nosotros, y es peligroso...

—Pues ved ahí, madre mía, dijo Aben-Aboo: yo quisiera que hubiese cien veces más soldados y mil veces más inquisidores en el pueblo.

Palideció doña Isabel al escuchar la ronca y amenazadora voz de su hijo y no contestó.

Angiolina miró de una manera profunda al jóven.

Su semblante estaba terriblemente contraído, ceñudo.

—Supongo, dijo doña Isabel, que nos acompañarás á la misa del gallo.

—Cabalmente he venido á deciros que no iréis.

—¿Que no iremos? exclamó doña Isabel: ¿y por qué?

—Porque no debéis ir.

—¡Que no debemos ir! explicate por Dios, Diego.

—Ha llegado la hora, replicó el óven.

—¿La hora de qué?

—Esta mañana se ha vertido en la iglesia sangre inocente.

—¡Ah! exclamaron las dos mujeres.

—Esta noche se verterá en la misma iglesia sangre de infames.

—Pero tú no la verterás, Diego, hijo mío, exclamó toda asustada doña Isabel: el crimen ageno no autoriza al crimen propio; tú te harás ageno á esos crímenes.

—¿Crímenes llamáis á la venganza de un pueblo oprimido?

—Dios toma á su cargo las lágrimas y la sangre de los que sufren.

—No queremos esperar tanto.

—Pero no meditas que una vez dado un paso.

—Se dan diez, ciento, mil.... en buen hora: yo daré el primero sin vacilar.

—No, tú no darás ninguno.

—He jurado beber la sangre de ese infame inquisidor y la beberé, madre.

—Pero te perderás, y perderás á los tuyos.

—¿Teméis que alguien perezca en esa lucha, señora? dijo con acento de reconvención Aben-Aboo.

—Temo que perezcas tú, contestó con dignidad doña Isabel que había comprendido la intención de su hijo.

—¿Y no teméis por nadie más?

—Temo por todos, por todos, Diego, ¿lo entiendes?

—Yo creía que antes que por mí temblábais por...

—¿Por quién? preguntó con tal altivez doña Isabel que Aben-Aboo á su despecho se vió obligado á bajar los ojos.

En aquel momento y cortando la conversacion que empezaba á hacerse difícil, se abrió la puerta y apareció en ella Alí, el esclavo de Aben-Aboo.

—Señora, dijo; vuestro hermano don Fernando, que viene con otro caballero, desea veros.

—Di á mi tío, contestó Aben-Aboo, que pase á mi habitación.

—No, no, dijo doña Isabel: dile que entre aquí.

El esclavo salió.

—Acaso mi tío me busca á mí, no á vos, señora.

—Tu tío, dijo á la puerta Aben-Jahuar, os busca á todos; pasad, primo, pasad; hermana, te traigo un antiguo conocido.

Y adelantaba llevando de la mano á Yaye que temblaba como un niño.

Todos se pusieron de pié.

Aben-Aboo miró con recelo á su tío: doña Isabel fijó una mirada atónita, vaga, indescribible en Yaye, y Angiolina al ver al emir se puso sumamente pálida.

—¿Qué es esto? dijo Aben-Aboo; pues no me habíais dicho...

—Indudablemente te he dicho mucho y aun tengo más que decirte.

—Sí, dijo Yaye; vuestro tío tiene que deciros de mi parte graves cosas: seguidle, Aben-Aboo; yo también tengo que tratar con vuestra madre gravísimos asuntos.

—Aben-Aboo vaciló un momento, y luego dijo:

—Veamos lo que tenéis que decirme, tío don Fernando; os dejo con mi madre, tío don Juan: oid vos señora á ese mi tío que se queda con vos.

como yo voy á oír á este con quien me voy.

Y salió con Aben-Jahuar.

—Permitidme, dijo Angiolina, váis á hablar de graves negocios y...

—No, no, quedáos doña Angélica, dijo con precipitación doña Isabel.

—La princesa Angiolina Visconti, mi antigua amiga, dijo Yaye con acento natural, dulce, casi cariñoso, dice bien; tenemos que tratar gravísimos asuntos, prima, y necesitamos tratarlos á solas. Venid, princesa, venid y perdonadme, pero graves razones me disculpan.

—¡Oh! siempre estáis para mí perdonado, dijo Angiolina, y aceptando la mano de Yaye se dejó conducir á una puerta inmediata.

Doña Isabel había quedado de pié y temblando junto á la chimenea.

Su mirada estaba fija en Yaye de una manera lúcida, ardiente, medrosa, enamorada.

Yaye se conservaba tan hermoso como ella se había conservado.

Yaye cerró las dos puertas de la habitación.

—¡Oh, no! exclamó doña Isabel; pueden venir, encontrar las puertas cerradas.

—Nadie vendrá, dijo Yaye: tu hermano tiene que hablar mucho en mi nombre á nuestro hijo.

—¡Ah! exclamó doña Isabel cubriéndose el rostro con las manos.

Yaye se acercó y apartó las manos del rostro de doña Isabel.

—Esta le miró frente á frente.

Sus ojos parecían absorber á Yaye.

—¡Oh Dios mío! ¡más hermosa que hace veinte y dos años!

Doña Isabel bajó los ojos y calló.

—¡Veinte y dos años sin vernos! continuó Yaye: ¡veinte y dos años amándonos de una manera desesperada.

—¡Ah! ¡no, no, yo no! exclamó doña Isabel.

—Sí, me amas, tus ojos me lo dicen, me lo dicen tus manos que tiemblan entre las mías, me lo dice tu alma, Isabel, esposa mía.

Y en un momento de fascinación aquellos dos semblantes se unieron, aquellas dos bocas se besaron.

Doña Isabel exhaló un grito ahogado, se retiró bruscamente de Yaye, se desasíó de él y le dijo trémula y conmovida:

—Vete.

—¡Que me vaya!

—Sí, vete: vete y déjame con mi pobre amor sin esperanza, resignado, sufrido; vete, y no me atormentes, porque me atormentarías en vano, Yaye. Lo que Dios quiso que fuera, fué: me has hecho avergonzarme ante mí misma; no me hagas que me avergüence ante Dios; vete, Yaye, vete: sabes que te amo, que te amo como el primer día en que te confesé mi amor, pero... Dios no quiere que pasemos de ahí; vete, Yaye, y déjame en mi triste paz.

—Los dos somos viudos, dijo Yaye.

—Pluguiera á Dios que no lo fuésemos, repuso doña Isabel.

Ennegrecióse el semblante del emir.

—¿Habré yo vivido soñando? dijo.

—Sí, contestó doña Isabel; toda tu vida ha sido un sueño, y un sueño horrible.

—Pero es que quiero despertar de ese sueño: es que quiero olvidar lo que por mí ha pasado: es que quiero volver á la vida, renacer transformado en otro hombre: es que desde hace algún tiempo, veo claramente que Dios aparta de mí su mano y maldice todas mis obras: ¿será también que Dios haya maldecido mi sincero amor, la luz que continuamente ha alumbrado mi existencia? ¿será que tras tantos años de esperar y de sufrir, haya también de renunciar á tí, á tí á quien he buscado en vano, á tí á quien

adoro y á quien me amparo perdida ya la esperanza de todo?

—¿Y la patria á quien me sacrificaste, Yaye?

—¡La patria! ¡la patria! exclamó con sordo acento el emir; ¡no hay esperanza para la patria como no la hay para mí!

—Lo que habéis hecho vosotros los ambiciosos, dijo doña Isabel, ha sido mantener el descontento entre los moriscos; excitarlos á la rebelión, en vez de aconsejarles una sumisión que hubiera hecho más blando el yugo del conquistador. Pero los moriscos han resistido, excitados por vosotros, los que queríais ser á costa suya; se han rebelado una y cien veces, han resistido de todo punto la conversión, se han hecho temibles á fuerza de indómitos, y solo han conseguido venir al punto de un rompimiento fatal: esta mañana, ¡oh Dios mío! ¡esta mañana he visto morir una familia delante de mis ojos! he visto el templo del Señor manchado de sangre y... ¡te he acusado Yaye!

—¡Isabel! exclamó el emir.

—Sí; yo no puedo hacer otra cosa que acusarte. ¡Acuérdate!

—¡Isabel! repitió Yaye.

—¿Qué has hecho de tus hijos, emir de los monfíes? exclamó con acento solemne y doloroso doña Isabel.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla! exclamó Yaye con terror: y luego añadió con voz sorda y reconcentrada: mis hijos están malditos de Dios.

—¡Oh! ¡sí! exclamó doña Isabel: malditos de Dios porque son hijos del adulterio.

—Pero ya te he dicho que mi vida ha sido un sueño horrible: que necesito tu amor para ahogar en él mis recuerdos.... mis remordimientos.... porque tengo remordimientos, Isabel... remordimientos crueles... y tú..

tú eres eres la primera causa de esos remordimientos.

—¡Yo..!

—Sí, tú, porque tú fuiste mi primera víctima.

A esta confesión tan franca, tan espontánea, la generosa doña Isabel no supo qué contestar.

—Cuando yo te conocí, abría mis alas al viento de la vida, volaba de frente al sol, le miraba cara á cara, y en vez de deslumbrarme, me parecía el sol pequeño. Sin embargo, te amaba Isabel, te amaba: aun no se ha cerrado la dolorosa herida que abrió en mi alma nuestra separación; solo la muerte de Miguel López y la certeza de que no fuiste suya, pudo calmar la desesperada amargura que sintió mi alma al verte su esposa. Yo te necesitaba para llegar á mis sueños de gloria, como la nube fresca y olorosa que debía sustentarme en mi vuelo por el espacio. Durante veinte y dos años he estado pensando continuamente en tí; llorándote á mis solas, ó entregado al furor por no poseerte: durante veinte y dos años, me has esquivado, te has apartado de mí, y yo que siempre he estado á tu alrededor, no me he valido de los mil medios con que contaba para apoderarme de tí, porque no podía decirte: soy tuyo, enteramente tuyo: tú eres mi Dios y mi patria; mis altares y mi honra: tú lo eres todo para mí, noble y pura mujer engrandecida por el martirio.

Doña Isabel miraba fascinada á Yaye: podía decirse que su magnífica hermosura se había transfigurado.

Yaye creía ver alrededor de su cabeza una aureola de luz.

La desdichada se había apoyado desfallecida en el respaldo de su sillón, y miraba de hito en hito á Yaye.

Y un amor inmenso, sin reserva, apareció en su rostro en una explosión de felicidad; pero de repente,

aquel hermoso semblante se nubló de nuevo bajo su pálida tristeza; el fuego divino de sus ojos se apagó bajo dos brillantes lágrimas, y oprimiéndose el pecho sobre el corazón, exclamó:

—¡Ya es tarde!

Yaye se estremeció.

Aquella terrible frase ¡ya es tarde! hacia mucho tiempo que se presentaba ante sus ojos saliendo al encuentro de todos sus proyectos.

—¡Tarde! ¡tarde aun para arrepentirse!

—Tu arrepentimiento no puede evitar las desgracias que nos amenazan, exclamó dolorosamente doña Isabel. ¿Qué vá á suceder en Cádiar esta noche?

Yaye se estremeció.

—Es necesario vengar á nuestro pueblo, dijo con voz ronca.

—Y para ello es necesario que se ensangrienten tus hijos, que se cubran de crímenes. Me destrozaste el corazón como amante, y ahora me le destrozas como madre. ¿qué vá á ser de nuestro hijo, Yaye?

Y arrebatada por su pasión de madre, doña Isabel levantó la voz más de lo que hubiera debido.

—¡Oh! ¡silencio! ¡silencio, imprudente! exclamó el emir palideciendo de una manera mortal: cuando yo entré aquí estaba contigo una mujer terrible, esa italiana, esa farsanta... nos hemos olvidado de todo al vernos solos, y no hemos cuidado de la seguridad de nuestra entrevista.

Y Yaye tomó una bujía y salió á una habitación inmediata.

—Afortunadamente no había nadie, dijo volviendo á entrar; he cerrado las puertas y podemos hablar sin temor: pero es necesario que nos decidamos pronto: tu hermano no podrá entretener por mucho tiempo á nuestro hijo: escúchame Isabel, y escúchame como quien va á salvar ó á per-

der irremisiblemente á una criatura: estoy cansado de la vida: la fatalidad me ha convencido de que todo lo que haga para salvar á mi pueblo será inútil: antes de empezar la lucha están divididos; tu hermano, mis hijos, todo morisco que vale algo, que puede algo, quiere la corona: se levantan á un tiempo, pero con el odio en el corazón los unos para los otros: esto acabará mal: Selim II que podría ser para nosotros una poderosa ayuda, está demasiado entretenido con los venecianos, y nada hará por el momento: Felipe II sujeta á Flandes con el severísimo gobierno del duque de Alba, y los hugonotes están acobardados en Francia: la reina Isabel de Inglaterra contemplanza y no he podido meter la rebeldía en Italia: todo nos sale mal. Desde hace año y medio, Dios se ha encargado de mostrarme palpablemente que yo seré el último emir, que nuestros hijos serán los últimos moros de España.

—Hace veinte y dos años, pensaba yo del mismo modo: veía á pesar de mi juventud, que la lucha de los moriscos contra el rey de España era una lucha insensata: veía con dolor á mis hermanos enpeñados en esa lucha... pero ya no es tiempo de hablar de eso, aprovechemos el tiempo Yaye, porque es necesario que nuestra entrevista concluya pronto, porque sufro demasiado. ¿A qué has venido con mi hermano, amparándote de él?

—He venido á decirte: sé mi esposa.

—¿Y para qué se ha llevado mi hermano á nuestro hijo?

—Para que nuestro hijo sepa que yo le dejo mi herencia.

—¡Tu herencia!

—Sí; yo abdicó en él mi dignidad de emir de los monfies.

—¡Dios mio! ¡mi hijo rey de tus bandidos!

—Mis bandidos le harán mejor de lo que él sería sin ellos.

—Pero... en vez de evitar...

—Yo no puedo evitar nada. ¡Dios lo quiere! Aben-Aboo es ambicioso, Isabel.

—¡Oh Dios mío!

—Y no podrás acusarme de que yo he excitado su ambición.

—¡Oh no!

—Los parientes de Miguel López, su ascendencia, su nombre, todo le ha alentado para fundar esperanzas ambiciosas sobre la corona de Granada; además, Isabel, la fatalidad me hizo traer hace año y medio á las Alpujarras á mi hija Esperanza.

—¡Ah! ¡pobre niña! exclamó doña Isabel.

—La fatalidad ó mi ambición, ó Satanás, han determinado mi destino. Esperanza cayó entre los brazos de un castellano, y fué necesario ocultar su deshonor. Mi alcázar subterráneo la ahogaba: entonces y mientras le construía un pequeño palacio en Yá-tor, Esperanza salió á respirar el aire libre por las noches y por las mañanas.

—¡Ah! ¡la Dama blanca de la montaña!

—¿Quién fué el primero que pronunció este nombre? La fatalidad sin duda. No podía haberse elegido un nombre más misterioso ni más incitante. ¡La Dama blanca de la montaña! ¡la hermosísima Dama blanca! y como si la fatalidad no hubiera quedado satisfecha, extendió este nombre por todas las Alpujarras: le llevó á los oídos de todos los moriscos, y acreciendo la fatalidad, Aben-Humeya y Aben-Aboo, la buscaron, la vieron escondidos en las quebraduras y... se enamoraron de ella sin conocerla; de ella... de su hermana...

—¡Oh! ¡que horror!

—Luego sospecharon que era mi hija... después esta sospecha se con-

virtió en certidumbre y entrambos me la pidieron por esposa.

—Dios te castiga de una manera tremenda Yaye, y el castigo de tu culpa recae sobre los que han tenido la desgracia de pertenecerte. Tú has condenado á tu amor y á tu familia: tú has hecho maldito á todo lo que has tocado con tu mano.

—Mi culpa ha sido haber amado á mi patria y habérselo sacrificado todo... mi culpa ha sido...

—Haber ambicionado lo imposible, haber mirado con desprecio la felicidad sencilla, humilde, pero tranquila, sin remordimientos. Has querido salvar á tu pueblo y le has perdido.

—Sea como quiera ya es tarde para volver atrás: vale más morir luchando que ser martirizados lentamente día por día, hora por hora, minuto por minuto: en el punto que están las cosas... y no nos engañemos, en el punto en que yo las encontré... la lucha, la guerra, han sido y son la única, la última esperanza de nuestro pueblo. Nuestro hijo ha tenido la desgracia de nacer de tí...

—¡Ah! exclamó doña Isabel.

—Y acaso, si hubiera sido hijo de Miguel López, si este hubiera vivido, no fuera más feroz, más impetuoso. La sangre de los Valor que corre por sus venas es la que le dá soberbia: si fuera hijo de otra mujer...

—¡Me acusas! es decir que yo no debí casarme...

—Acaso no: y si tú no te hubieras casado...

—Mi desesperación al verme abandonada...

—¡Tu venganza!

—¡Ah Dios mío!

—Dejemos, pues, las recriminaciones porque entrambos tenemos de qué acusarnos. Si tú no te hubieras casado, hubieras sido mi esposa: Aben-Humeya, mi otro hijo de la fatalidad, tú lo sabes bien Isabel, no existiría:

no existiría mi otra hija Esperanza: nuestro hijo educado por mí, sería un caballero...

—¿Y qué no lo es?

Movió dolorosamente la cabeza Yaye.

—Mucho me temo, dijo, de que Aben-Aboo no sea un infame.

—Le juzgas con demasiada ligereza.

—¡A qué ha traído esa comedianta de Granada? ¿sabes tú quién es esa comedianta?

—Solo sé que es una ilustre dama viuda...

—Tu hijo afrenta á su madre permitiendo que se la engañe, que se la escarnezca: esa mujer es enemiga á muerte de mi hija, enemiga mía: Aben-Aboo, uniéndose á ella, se conjura contra mí que le he colmado de beneficios; acaso se apresta á ser el brazo de exterminio de esa mujer.

—¡No, no! ¡Dios no lo permitirá!

—Nuestros padres han cometido sin duda grandes pecados, porque estamos malditos de Dios.

—¿Has venido á acabar de rasgarme el corazón?

—Solo un medio de salvacion nos queda.

—¿Cuál?

—Sé mi esposa...

—Y siendo yo tu esposa...

—Cuando seas mi esposa, Aben-Aboo sabrá quién es su padre.

—¡Otro sacrificio!

—Te lo pido por nuestro hijo...

—¡Pero si es ambicioso!...

—Cúrele yo del amor de su hermana, que ya sabré buscarle en Africa un reino donde mande á su placer.

—¡Ay! no tengo esperanza ninguna, Yaye.

—Ni amor tampoco.

—Amor sí; y un amor desesperado: lo sabes: te lo escribí hace veinte y dos años: te amaré siempre, te dije entonces, y he cumplido mi juramen-

to; yo te amo Yaye, ahora más que entonces; con toda mi alma, con todo mi deseo, y me pareces más hermoso y más grande: pero en medio de los dos se levanta una sombra maldita.

—¿Piensas acaso que yo tuve alguna parte en el asesinato de Miguel López?

—¡Ah, no! ¡no! ya lo sé: ya sé que eres inocente de aquel crimen: pero escucha: algunas noches estoy desvelada: mi cabeza revuelve sus recuerdos, y tú entre ellos te levantas diciéndome siempre: yo te amo: te miro enamorado, anhelante, sufriendo por mí; y cuando voy á arrojarme en tus brazos me detiene una sombra horrible, la sombra de Miguel López. Yo te amaba, me dice: y tu amor me costó la vida: un hijo de otro lleva mi nombre: yo me vengaré en ese hijo de la afrenta que se me ha hecho: Yaye te ama, le amas tú, pero yo, espíritu condenado, vago en derredor de vosotros envidioso de vuestra felicidad... ¡Oh! ¡yo estoy loca, Yaye! todo lo que pasa á mi alrededor me asusta; el más leve ruido me extremece; creo que solo estoy segura á los piés del altar, á donde no se atreven á perseguirme esos recuerdos, ni ese horrible fantasma.

—Pues bien, dijo Yaye: vamos juntos al pié de ese altar, arrodillémonos ante él, y levantémonos con las manos asidas, esposos.

—¡Y cómo vendrías tú ante el altar del Dios de los cristianos?

—Isabel, ¿creerás en lo inmenso de mi amor, cuando sepas que ese amor me ha convertido?

Doña Isabel lanzó un grito de alegría.

—¿Convertido tú?

—Mira:

Y Yaye se abrió el jubón, y mostró á doña Isabel el relicario con la imágen de la Virgen, que ella le ha-

bía dado veinte y dos años antes, pendiente de su cuello.

—Pero este relicario quedó en poder de mi cuñada doña Elvira, dijo alentando apenas doña Isabel.

—Es verdad, pero yo se lo hice robar. ¿No sabes que mis monfies entran en todas partes?

—Y la santa imagen de la Virgen... ¡oh Dios mío!... ¡y mi amor!... ¡no me engañes por Dios, Yaye!

—Mi hija Esperanza á quien amo con toda mi alma, es cristiana también como tú; el padre de doña Estrella, de la madre de Esperanza, el rey del desierto de Méjico, profesa también el cristianismo: rodeado de una familia de convertidos, he meditado mucho y me he convertido también.

Doña Isabel miró de una manera vaga, ansiosa, insensata á Yaye, y poniendo sus manos sobre sus hombros, le dijo con la voz desfallecida:

—Júrame que no mientes, Yaye: ¡júramelo!

—Te lo juro por el misterio de la Encarnación del Verbo, contestó Yaye.

—¡Cristiano! ¡cristiano! exclamó estremecida de placer doña Isabel: pues bien: soy tuya, tuya: tu esposa, tu amante, tu esclava, lo que tú quieras que sea.. ¡oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡al fin has tenido compasión de mí!

Y doña Isabel se arrojó entre los brazos de Yaye, le estrechó en ellos, y rompió á llorar.

Yaye lloraba de placer.

—Serenémosnos dijo, retirando suavemente á doña Isabel, y sentándola en un sillón. Es necesario evitar que nuestro hijo nos encuentre encerrados.

—Sí, sí; es necesario, necesario de todo punto que... que nuestro hijo...

Y doña Isabel se detuvo.

—Para curarle de su ambición, es

necesario darle á probar algunos amargos desengaños: yo abdicó en él: pero mi nombre y mi espada quedan al frente de los monfies...

—¡Con que esa guerra es inevitable!

—Has olvidado ya la muerte de Malicatulzarah.

—¡Oh miserables! exclamó con fereza doña Isabel.

—¿Crees que los castellanos no son unos infames, á quienes si pudiéramos deberíamos exterminar?

—Harto se han ensangrentado con los pobres moriscos.

—Pues bien, Isabel, ha llegado el día de la venganza: no podremos exterminar á todos los verdugos, pero gran parte de ellos caerán bajo nuestra espada..... y..... ¿quién sabe? Tu amor me engrandece, Isabel mía, el Dios misericordioso á quien adoro, me demostrará que me ha perdonado por tu amor, si me concede el triunfo.....

—Y yo te aliento al combate: antes temblaba, temblaba por mi hijo... pero ahora... ahora que levantas tu corazón á Dios, ahora que solo desnudas tu espada para defender al débil y al oprimido, ahora Yaye, siento hervir en mis venas la sangre de mi raza: levántate, valiente mío, y termina en nombre del Dios de la justicia á esos miserables asesinos de viejos, moribundos y mujeres: levántate con la espada de Dios en la mano, y cuenta con el aliento de tu esposa...

—Silencio, se acercan... por aquella otra puerta que no está cerrada, dijo Yaye.

En efecto, se oían pasos precipitados.

Levantóse el tapiz y apareció Aben-Aboo, adelantó, se detuvo, y fijó una mirada indescriptible en Yaye y en su madre.

Tras él venia Aben-Jahuar.

—¿Es verdad lo que acaba de decirme mi tío, señor? dijo el joven con la voz ronca.

—¿Y qué os ha dicho mi buen primo?

—Me ha dicho que mi madre y vos...

—Es verdad lo que mi hermano te ha dicho, hijo mío. Amo á nuestro pariente Sidy Yaye.

—¿Y os casáis con él?

—Me caso.

—¿Y vos me dejáis la dignidad de emir de los monfíes?

—Sí, porque os amo Aben-Aboo, porque quiero que no tengáis celos de vuestro primo Aben-Humeya.

—¿Es decir que vais á ser mi padre...?

—Sí.

—¿Que levantaré vuestra bandera contra los castellanos?

—Sí.

—Yo había creído que todo esto era un sueño terrible, dijo con voz casi sepulcral Aben-Aboo.

—¡Te parece terrible mi casamiento con tu madre, mi abdicación en tí de mi corona! dijo con extrañeza Yaye.

—¿Sabía esto mi tío Aben-Jahuar hace algún tiempo? dijo el joven señalando con una mirada hosca al morisco.

—No lo ha sabido hasta esta noche.

—Madre, dijo el joven acercándose á doña Isabel y asiéndola una mano; que Dios os haga feliz; señor, añadió asiendo otra mano de Yaye, os juro que muy pronto habeis de ver el buen uso que hago del poder que me dais.

—Tú serás sin embargo, mi hijo y mi vasallo, dijo Yaye.

—Lo seré, señor.

—Si cumples bien y fielmente, como lo espero, antes de mucho, tu ma-

dre y yo nos retiraremos á una vida oscura y pacífica.

—A donde quiera que vayais, allí irá con vosotros el corazón de vuestro hijo.

—Esta noche es la más feliz de mi vida, dijo Yaye: mi hija sale de España con su esposo; una mujer digna del amor de un héroe, me dá con su amor la paz de mi alma, y tú valiente hijo mío, aceptas mi espada, y te aprestas á un combate que ya no puede dilatarse: nuestro pariente el noble Aben-Jahuar nos ayuda con su valor y sus consejos, y Aben-Humeya verá con placer, que ya entre él y su valiente primo no existe motivo de rivalidad. Dios ha querido que llegue este fausto momento. Hagámonos, pues, dignos de él, aprovechando el tiempo en su servicio, Isabel, añadió volviéndose á ella, no salgais esta noche de vuestra casa: suceda lo que suceda, nada temais. Pero, añadió en voz tan baja que solo doña Isabel pudo oirla; tened mucha cuenta con esa mujer, con esa italiana.

—Pero... murmuró doña Isabel.

—Os va en ello la honra y acaso la vida. Y luego añadió alto: mi valiente sobrino, mi noble primo: ya es tarde y sabeis que nos esperan. Adios Isabel, os repito que nada temais, y, sobre todo, no olvideis lo que os he encargado.

—Adios, señor, dijo doña Isabel: adios hermano, adios hijo mío.

Y al pronunciar estas últimas palabras, se arrojó sollozando en los brazos de Aben-Aboo.

—¡Oh madre mía! ¡madre mía! exclamó el joven, ¡rogad á Dios!

Pronunció con tal acento Aben-Aboo sus últimas palabras, que doña Isabel, sin poderse explicar la causa de ello se estremeció.

Poco después estaba sola, pensativa, pálida y llorosa al lado de la chi-

menea: una mujer de pié, inmóvil en una puerta, la observaba.

Era Angiolina.

—¡Con que Aben-Aboo es vuestro hijo! ¡con que tú no has tenido otro esposo que el emir! murmuraba la venediana ¡Ah! ¡ah! ¡mi venganza se va haciendo cada día más horrible!

Y dos gruesas lágrimas surcaron las mejillas de aquella mujer singular.

CAPÍTULO XXV.

DE QUÉ MODO SATISFIZO MARI-BLANCA LA HONRA DE SU PADRE.

Cádiar estaba en aquellos momentos completamente desierto.

Nevaba; la leve claridad emanada por el reflejo de la nieve, era la única luz dudosa y fantástica que determinaba de una manera vaga las formas en las estrechas pendientes y tortuosas calles.

Yaye, Aben-Jahuar y Aben-Aboo, se habían deslizado por fuera del pueblo á lo largo de las tapias, en dirección á la montaña.

Reinaba, pues, en la villa, una tranquilidad absoluta y un silencio profundo.

La oscuridad era también densa, modificada solo por el débil reflejo de la nieve.

En ninguna ventana, ni aun por los resquicios se veía luz, á excepción de una casa, en la cual se veía un rojizo reflejo, tras las vidrieras de un balcón.

Aquella casa era la del beneficiado Juan de Ribera.

Además la puerta estaba abierta, y en el zaguán se veían dando guardia algunos soldados y dos alguaciles del Santo Oficio, lo que demostraba que el inquisidor Molina de Medrano se había aposentado casa del párroco.

Mariblanca, maese Barbillo y el ni-

ño de coro, estaban atareados en la cocina, cuidando de cazuelas y cacerolas, lo que demostraba también que el beneficiado por temor ó respeto á la Inquisición, se había propuesto obsequiar con una excelente cena de Navidad al señor ministro de la Suprema, Molina de Medrano.

Maese Barbillo y Mariblanca estaban indudablemente en mala disposición de ánimo, iban de acá para allá evitando tropezarse, no se miraban y se mostraban silenciosos y ceñudos.

Pero á primera vista se notaba que el ceño y el disgusto de Mariblanca, nada tenía que ver con maese Barbillo, á quien trataba con una indiferencia, y casi podríamos decir, con un desprecio irritante.

El aspecto sombrío de Mariblanca, era la causa del aspecto hosco de maese Barbillo.

Solo el niño de coro se mostraba indiferente, y dirigía la palabra ya al uno ya á la otra, sin obtener por contestación más que monosílabos.

Sin embargo, una observación del niño de coro vino á dar lugar al diálogo siguiente:

—¿Sabéis señora Mariblanca, que esta Noche-Buena pasa lo que nunca ha pasado? dijo el niño de coro.

—¿Y qué pasa esta Noche-Buena que no ha pasado en otras, Cristobalillo? dijo Mariblanca mirando con recelo al muchacho.

—No andan mozos por las calles, respondió el niño.

—Nieva y hace frío, repuso Mariblanca.

—El año pasado nevaba más y el frío no podía resistirse, y acuérdesse vuesamerced, señora ama; á estas horas todo era cuadrillas de mozos, y había un ruido de zambombas, rabelles y villancicos, que daba gozo.

—Tiene razón Cristobalillo, dijo el sacristán, esta noche parece Cádiar un cementerio.

—¿Qué entendéis vos de eso maese Barbillo? dijo con despego Mariblanca: si esta noche no rondan ni cantan, será porque no quieren, ó porque tienen miedo ó frío, y sobre todo, ¿qué se os dá?

—Sin duda que habéis pisado alguna mala yerba, María; dijo maese Barbillo.

—Podiera ser, contestó Mariblanca.

—Y tanto como que puede ser: y á propósito, ya que se os sacan algunas palabras del cuerpo: ¿qué diablos hacíais en la cañada de San Juan esta tarde?

—¡Yo! contestó con precipitación Mariblanca.

—No me queráis negar que habéis ido á la cañada de San Juan: os he visto yo al pasar por el camino cuando iba á Yátor con el señor beneficiado.

—¿Quién ha traído los berros de la ensalada? dijo Mariblanca.

—Es verdad que en la cañada de San Juan hay muy buenos berros; pero tambien hay muy buenos hongos, de los que habéis traído una cantidad no pequeña.

—Os engañais, lo que yo he traído son setas.

—Os digo que son hongos, y os advierto que por lo que pueda suceder arrojéis al albañal esa cazuela de truchas que con los hongos habéis guiado.

—No la serviré á nadie, maese Barbillo, dijo Mariblanca; porque ese guiso de setas y truchas le he hecho yo para mí.

—¡Ah! eso es distinto: entonces si solo para vos lo habéis hecho, voy creyendo que serán buenas setas y no hongos, porque vos no querréis morir envenenada.

—¡Yo! ¡tan desesperada creéis que esté!

—No lo digo por tanto... pero hé

aquí que son las once... Cristobalillo anda vete á vestir al señor beneficiado, que dentro de poco tendremos que ir á la iglesia á la Misa del Gallo.

Cristobalillo miró picarescamente al sacristán y al ama, y salió cantando un villancico.

Apenas se quedaron solos, cuando maese Barbillo tomó otro talante y se encaró con Mariblanca.

—¿Por qué estáis tan mal carada y tan silenciosa? le dijo.

—¡Qué, no puedo yo tener la cara que mejor me convenga! dijo Mariblanca.

—Creo que yo tengo derecho preguntaros.

—¡Vos! ¿y quien os le ha dado?

—Tenemos tratado casarnos.

—¡Se tratan tantas cosas que ¡no se cumplen!

—Señora Mariblanca; me parece que habéis variado mucho.

—¿Qué os he concedido otro día más de lo que os doy ahora?

—¡Ah! ¡ah! es verdad que hace mucho tiempo que me estáis haciendo penar.

—Dejadme en paz, Barbillo, y no me canséis con vuestras quejas ni con vuestros celos; ningún motivo os he dado; ningún favor os he hecho....

—Ya lo creo, como el licenciado tiene ojos de lince...

—Ya sabéis que el licenciado me importa tanto como vos: en una palabra, Barbillo: solo he querido á un hombre; solo he sido de un hombre, y es disparate pretender que sea de otro... lo entendéis... si no lo entendéis, bien claro os lo digo: acordáos de ello siempre, y no me fastidiéis más.

—¿Pero por qué me habéis prometido?...

—Porque no me atosiguéis continuamente.

—¿Es decir que no seréis mi mujer?...

—¡Yo!... ni de vos ni de nadie.

—Ya, ya lo creo; no había querido decir nada porque no me dijerais que era celoso; pero se conoce que ha vuelto al pueblo el capitán Diego de Herrera.

—Y bien, para que no os coja de susto: sabed que me caso con el capitán.

—¡Que os casais!

—Si por cierto: por toda una eternidad.

—¡Ah! ¡ah! ¡con un miserable que os insultó!...

—Señor Barbillo, dijo á la puerta de la cocina el niño de coro.

—¿Qué diablos quieres? dijo Barbillo irritado por aquella intempestiva interrupción.

—No soy yo quien quiere, sino el señor beneficiado. Me ha dicho que vayamos á la iglesia.

—¡Pero si acaban de dar las once!

—No importa: como oficia el señor inquisidor...

Maldijo Barbillo en su foro interno al inquisidor y al beneficiado, y empezó á quitarse su mandil de cocinero.

—¿Y vos no ireis á la misa del gallo? dijo á Mariblanca.

—Ya veis que tengo que acabar de arreglar la cena.

—Es verdad: como tenemos convidados...

—Señor Barbillo, dijo otra vez el niño de coro: que el señor beneficiado y el señor inquisidor van ya camino de la iglesia.

—¿Nos veremos luego Mariblanca? dijo el sacristán.

—Ciertamente, porque yo creo que vendreis á cenar.

—Después...

—¿Después de la cena?

—Sí.

—Tengo un convidado.

—¿El capitán?

—Cierto: le espero... para pelar la pava...

Barbillo lanzó una mirada de tigre á Bariblanca, y salió.

La jóven quedó sola en la cocina.

Esperó á que pasase algún tiempo, y luego tomó una bujía, la encendió y salió al zaguán.

No había nadie: sin duda los soldados y los alguaciles habían seguido al inquisidor.

La puerta de la calle estaba cerrada con llave.

—¡Ah! ¡ah! dijo Mariblanca: me habeis dejado encerrada, pero yo voy á encerrarme más; habeis salido de la casa y no volvereis á entrar, yo os lo juro.

Y echó los cerrojos por la parte de adentro de la puerta y á más de esto la atrancó.

Luego recorrió la casa. Nadie había en ella.

Entonces bajó al huerto, apagó la luz, se acercó á la tapia y cantó un villancico de Navidad.

Se oyó fuera un silbido y Mariblanca calló.

Poco después al escaso reflejo de la nieve se vió trepar á un hombre por la tapia y saltar al huerto.

Mariblanca se estremeció, adelantó hacia el bulto y exclamó:

—¡Padre! ¿eres tú?

—Yo soy, dijo una voz ronca.

—Ven, ven conmigo, le dijo asiéndole de una mano.

Y condujo á su padre á un sotechado, abrió una puerta y le introdujo en una habitación oscura.

—Espera aquí, le dijo.

—¿Qué aposento es este? dijo la misma ronca voz.

—Es el mio. Espera, voy por luz.

Mariblanca salió y poco tiempo después volvió con dos bujías que puso sobre una mesa.

Aquella mesa estaba cubierta por

un mantel y por un servicio para dos personas.

—¿Me has convidado á cenar, mi buena hija? dijo Melik-el-Ferih, que él era, mirando de una manera profundamente amenazadora á la jóven.

El Ferih llevaba el traje característico de los monfies é iba completamente armado.

—Te he convidado para que conozcas á tu hija.

—Tú deshonraste á tu familia.

—Me cegó el amor de un hombre.

—Tú renegaste del Dios Altísimo y Unico.

—Por salvar la honra de mi familia.

—Tú huiste de mi casa.

—Creí haber matado al infame que se burló de mí.

—Has sido manceba de un clérigo.

—Quien te ha dicho eso ha mentido, padre: tu hija ni ha dejado de ser honrada, ni ha dejado de ser mora. Tú verás, padre, tú verás, cómo satisface tu honra tu hija.

Movió fatídicamente la cabeza el Ferih.

—Si no quedas satisfecho, padre, mátame... pero espera... espera... y verás que tu hija es digna de tí.

—¿Pero qué pruebas puedes darme...?

—Estoy esperando de un momento á otro al capitán Diego de Herrera.

—Para cenar con él....

—Sí, para cenar con él. Y ya es la hora, padre, ya es la hora, exclamó con voz lúgubre Mariblanca.

—¿Y quieres que yo asista á tu cita?

—Escóndete.

—Esconderme...

—Sí, escóndete en mi alcoba y espera.

Y la jóven llevó tras las cortinas de su alcoba á su padre que la siguió fascinado por el aspecto, por el

acento, por la mirada singular de Mariblanca.

La jóven salió entonces al huerto.

Durante algunos instantes el aposento permaneció desierto; al fin, se abrió la puerta y apareció Mariblanca llevando de la mano al capitán Herrera.

Este venía casi ébrio y se arrojó cansado sobre una silla.

Mariblanca salió y trajo algunos platos que puso sobre la mesa.

—¿Sabes, Alida, la dijo el capitán, que ha sido mucho que me acuerde de tu cita? Solo el amor que te tengo ha podido ayudarme, como que hemos estado bebiendo de lo lindo mi cuñado Ocampo, el alférez de la compañía y yo.... Vamos, esto es asunto de que nos vayamos cuanto antes á descansar como dos buenos casados: no sé, no sé como he podido trepar por la tapia: tu amor siempre, tu amor que me daba fuerzas. ¡Vive Dios y qué hermosa está la muchacha!... ¿Sabes Mariblanca, que me se va quitando la borrachera.

—¿Sabéis, señor mío, que á mí no me gustan los hombres borrachos? dijo sonriendo dulcemente Mariblanca.

—¡Ira de Dios! á fé que cuando vine al pueblo no me acordaba, no, vive Dios, no me acordaba de tí, y si no te veo... ¡bah! no hubiera vuelto á acordarme... pero así que te ví... ven y dame un abrazo Alida.

—No he de acercarme á ti, mientras estés de ese modo.

—Pues entonces para rato tene-mos... vamos... ha sido una buena broma... como nuestra... es necesario si has de ser mi mujer que te vayas acostumbrando á esto.

—Diego, comiendo se quita la embriaguez.

Y Mariblanca servía un plato al capitán.

—Comiendo, eh? ¡pues comamos! así como así, solo hemos bebido... y

tengo apetito. ¡Ah! ¡ah! ahora el señor beneficiado estará en la iglesia bien ageno de que su ama se divierte con un buen mozo.

—El capitán comía con apetito.

Mariblanca se sirvió del mismo manjar y al llevar el primer pedazo á la boca se puso pálida y se estremeció; sin embargo comió.

—¡Qué felices vamos á ser Diego! dijo Mariblanca: ¡oh! ¡qué felices! ¡vamos á estar eternamente juntos!

—Juntos eternamente... por ahora no me desagrada: eres hermosa y joven y me amas .. vaya si me amas... pero dices eso de eternamente de un modo...

—Te juro que estaremos juntos hasta la muerte.

—No te conozco muchacha, dijo el capitán engullendo siempre: antes eras más desconfiada: y ahora hablas con una seguridad... ¡diablo! no parece sino que sabes cuando nos vamos á morir.

Mariblanca soltó una carcajada que heló la sangre al capitán.

Tan aguda, tan acerada por decirlo así, tan sarcástica, tan llena de crueldad y de odio había resonado aquella carcajada en sus oídos.

—Tienes una manera muy singular de reír, niña, dijo el capitán.

—Es verdad, cuando te conocí reía de otro modo. Es verdad que entonces era feliz y confiada... después... han pasado diez años, diez años de vergüenza y de tormento y lentamente mi risa ha cambiado hasta convertirse en esa risa de odio y de venganza.

Y soltó otra carcajada más terrible.

El capitán se levantó: Mariblanca se levantó también.

—¿Qué significa esto? exclamó: ¿qué burlas son estas, Alida?

—Estas son burlas con que pago la burla que me hiciste: esto es que

no confío mucho en el puñal que ya me engañó una vez, y te hiero de una manera más segura, capitán Herrera.

—Vamos, tú estás loca Alida, dijo el capitán sentándose de nuevo: con todo eso solo consigues que mi embriaguez se aumente, y que me ponga malo. Dejémonos de niñerías, sigamos nuestra cena, y hablemos como buenos amigos. Ponme más de estas truchas Alida; están muy sabrosas.

—Basta con lo que hemos comido, Diego, para nuestro viaje.

—¿Qué viaje?

—El que vamos á hacer juntos dentro de un momento á la eternidad.

—¡Un viaje á la eternidad! exclamó el Ferih saliendo de repente de detrás de las cortinas de la alcoba.

—¡Un monfí! exclamó el capitán.

—Mi padre, testigo de nuestra boda, Diego, dijo Mariblanca y soltó otra carcajada.

—Pero ese manjar que has comido... estás pálida, lívida... hija mía, exclamó el Ferih que al fin era padre.

—Eran truchas, con hongos venenosos de las umbrías de la cañada de San Juan; en la salsa había jugo de yerbas.

—¡Ah! ¡infame ramera! exclamó el capitán que aun conservaba sus fuerzas, lanzándose sobre Mariblanca.

Pero el Ferih le asió del cuello y ciego de furor, le dió de puñaladas.

El capitán cuando le soltó el Ferih, cayó desplomado debajo de la mesa.

—¡Mata ahora á tu hija, padre! exclamó Alida, repitiendo otra horrible carcajada.

—¡Oh! ¡matarte! ¡matarte! hija mía! Ino, yo te perdono: yo quiero que vivas: yo durante mi destierro de España no te he olvidado un solo día: yo no me hubiera atrevido á matarte.

—Me he atrevido yo porque estoy deshonorada: porque le he visto otra

vez... he visto al miserable... le amo... y él... él no me amaba... solo pretendía volver á burlarme...

—Pero... es necesario que vivas... es necesario pedir socorro...

—¿Para qué?... ¿para que la justicia encuentre aquí al capitán asesinado?

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! y cada vez te pones más pálida...

—Solo hay un remedio... una yerba... y esa yerba...

—Está en la montaña, exclamó con desesperación el Ferih.

Y luego añadió con un acento de resolución suprema.

—Pero no importa... no... yo te salvaré.

Y asiendo á su hija, la cargó sobre sus hombros; salió al huerto, buscó el postigo, dejó por un momento á Alida en tierra, violentó el postigo con sus fuerzas de toro y dió á correr con ella, por las desiertas calles hacia la salida de la villa.

En el momento en que salía el Ferih del pueblo con su preciosa carga, tocaban á la misa del Gallo las campanas de la iglesia.

—Es de noche, decía Alida dejándose conducir, y con voz ya bastante débil: es de noche y no encontraremos la yerba, padre.

El Ferih rugía.

—La nieve cubre la montaña..... no encontrareis la yerba, repetía con voz más débil Alida.

El Ferih forzaba su carrera rugiendo como un león.

—La Muela del Ermitaño donde se encuentra la yerba está lejos, y habré muerto antes de que llegues.

El Ferih corría y lloraba.

De repente Alida se retorció entre sus brazos y dió un horrible grito.

El Ferih sintió un estremecimiento de horror.

—¡Padre! ¡padre! exclamó Alida

llorando: mátame, porque padezco horriblemente.

El Ferih se detuvo dominado por el horror de la situación.

Estaba en el campo á la salida del pueblo, y se había parado bajo el saliente de una roca.

El horror, la fatiga, le obligaron á descansar un momento; se sentó y al poner la mano sobre el suelo se estremeció de alegría.

Había creído tocar la yerba salvadora.

Arrancó algunos tallos y los mordió.

Entonces lanzó una exclamación indescriptible.

—¡La bendita yerba de San Juan! exclamó.

—Es ya tarde, dijo Alida con voz apenas perceptible.

—¡Tarde hija mía! ¡tarde! ¡Dios nos favorece! toma, la yerba de San Juan te salvará.

—Es tarde... tarde... dijo Alida, yo muero: véngame padre... un cristiano me ha asesinado.

El Ferih pretendió introducir en la boca de su hija el jugo de la yerba salvadora, pues Alida tenía los dientes fuertemente apretados por el dolor: cuando arrojándolo todo el Ferih logró abrir con su puñal los dientes de Alida, la cabeza de ésta cayó desplomada.

Ya todo era inútil: la infeliz había muerto.

En aquel momento repicaron á Gloria las campanas de la iglesia de la villa.

El monfi que había quedado mudo, aterrado, replegado sobre su hija, se alzó rígido y trémulo.

No dió un solo grito, no derramó una sola lágrima, pero exclamó de una manera terrible:

—¡Los cristianos! ¡siempre los cristianos! ¡ayer mi honra! ¡hoy su vida!

¡Necesito la honra y la vida de todos los castellanos!

Y se llevó á la boca una bocina y la tocó, haciendo retumbar las breñas.

Y luego de breña en breña se oyeron á la redonda toques de bocina, y á aquella señal, saliendo de entre las quebraduras, avanzaron en círculo y á la carrera sobre Cádiar los monfíes.

Las campanas seguían repicando á Gloria.

CAPITULO XXVI.

DE CÓMO FUE PARA LA VILLA DE CÁDIAR Y PARA OTRAS MUCHAS EN LAS ALPUJARRAS UNA NOCHE MUY MALA LA NOCHE-BUENA DE 1568.

Apenas los monfíes en un número considerable habían cargado sobre la villa, cuando aparecieron en un repecho cercano, dos bultos informes.

Iban envueltos en capas, y bajo de ellas asomaban dos largos arcabuces, á juzgar por las apariencias.

—Ha llegado el momento, amigo mío, dijo uno de aquellos bultos al otro: las campanas de la villa han dado sin saberlo la señal á las bocinas de los monfíes. La jornada va á ser caliente, con que preparaos, señor Cisneros.

—Tan desesperado estoy Godinez, repuso Cisneros, que me importa muy poco lo que pueda suceder. ¿Pero qué diablos vamos á hacer en la villa?

—Ya veremos: aproximémosnos entre tanto y esperemos una ocasión favorable, yo os avisaré. Hasta entonces andad y callad.

Siguieron adelante Cisneros y Laurenti, vencieron el repecho, y se perdieron en un barranco.

Entre tanto, los cristianos de la

villa y aun algunos moriscos, llenaban la iglesia en que se celebraba la misa del gallo.

El presbiterio estaba hecho un ascua de oro, como suele decirse: tantas luces brillaban en él.

El órgano tocando las graves notas de la música sagrada por las ligeras y alegres de los villancicos llenaba el templo de armonía, unido á las voces de los niños de coro, y á las de algunas mujeres á quienes por gran merced había permitido cantar en aquella ocasión el inquisidor Medrano.

Todo parecía alegre, todo tranquilo: sin embargo, había al pié de las gradas del presbiterio cuatro soldados de la fé, con las alabardas enhiestas, dos á cada lado, y en la puerta de la iglesia había una respetable guardia de soldados de la compañía de Diego de Herrera, mandada por un sargento.

Esto podía ser muy bien en honor del Santo Oficio, representado en Cádiar por el licenciado Molina de Medrano; pero en realidad había algo de temor: el suspicaz miembro del Consejo de la Suprema, no había visto sin recelo ciertas señales de agitación en la villa, aunque recatadas, y el silencio sepulcral de aquella noche, por lo general ruidosa en las poblaciones cristianas: se había rodeado de soldados y alguaciles y confiando demasiado en el terror que infundían el rey y la Inquisición celebraba su misa tranquilo.

El corregidor por su parte, había acudido á la iglesia rodeado de alguaciles armados, con ánimo de rondar por la villa así que concluyese la misa, y Hurtado de Ocampo, medio borracho, decía á sus conocidos sin respeto al lugar en que se encontraba:

—No os extrañe la falta de mi cuñado, porque se ha ido á soplarle el ama al beneficiado Juan de Ribera

mientras está entretenido en la iglesia.

Unos se escandalizaban, y otros se reían; seguían entre tanto los villancicos, la misa tocaba á su fin, y el pueblo parecía tranquilo.

De repente se oyó á lo lejos una campana que tocaba apresuradamente á rebato.

Aquella campana era del convento de San Francisco: poco despues sonaron en la plaza arcabuzazos, y algunos vecinos se lanzaron despavoridos en la iglesia gritando:

—¡Cerrad las puertas! ¡cerrad las puertas, y á las armas! ¡Los monfies están en la villa!

Sucedió á estas palabras un alarido general y una confusión horrorosa: los más valientes de los hombres desnudaron sus espadas: los demás y las mujeres corrían sin saber á dónde, y los moriscos que había en la iglesia se levantaron armados, y corrieron al presbiterio donde estaban aturridos el inquisidor Medrano, el beneficiado Juan de Ribera y el licenciado Arias.

Y en medio de aquel primer tumulto, de aquella confusión, entre los disparos que sonaban en la plaza, entre los gritos de terror de los cristianos se oía gritar á los moriscos que empezaban á herir en la multitud y abrirse paso hasta el altar:

—¡Le ille Allah!

Los soldados de la fé, los alguaciles y algunos hombres esforzados se batían desesperadamente al fondo de la iglesia, en tanto que Juan de Ribera, el licenciado Arias, Molina de Medrano y maese Barbillo escapaban por la sacristía.

Pero al entrar en ella el inquisidor se sintió cogido y al volverse vió dos ojos ardientes como dos brasas, fijos en los suyos.

—Yo soy Aben-Aboo, le dijo quien le había cogido: yo soy quien he ju-

rado beber tu sangre, miserable lobo, y ha llegado la hora.

Y arrastraba hacia la iglesia al inquisidor.

Ya en otro lugar hemos tenido ocasión de dar á conocer que si la crueldad era el pecado culminante del inquisidor Medrano, no tenía ni un tanto de la noble virtud que ha ceñido una aureola á la frente de los mártires del cristianismo; carecía absolutamente de valor, y por lo tanto de dignidad.

Así es, que rompió á llorar y á pedir piedad á gritos.

Pedir piedad á Aben-Aboo era lo mismo que pedir dulzura al acíbar, suavidad á una zarza, agua á una roca.

Aben-Aboo seguía arrastrando al inquisidor hacia la iglesia con un gozo feroz.

Cuando Aben-Aboo asomó á la puerta de la sacristía, el espectáculo que presentaba el templo era terrible.

El combate había cesado; todos los que habían resistido estaban por tierra: solo quedaba la matanza continua, cruel, gozada con una lentitud horrible por los monfies.

Brillaban por todas partes las antorchas y los yataganes ensangrentados, y tenían lugar escenas repugnantes, horribles; todo género de excesos cometidos con las mujeres sobre la sangre de sus padres, de sus hermanos, de sus hijos y de sus esposos.

Herían, los monfies y los moriscos, mataban y despedazaban, ébrios de furor.

—No mateis á las mujeres, decía un monfi, cuyos ojos irradiaban una mirada insensata; no las mateis, antes afrentadlas, deshonoradlas, delante de su Dios, de sus padres, de sus esposos, como ellos han deshonorado á nuestras hijas; no mateis tan aprisa: bebamos gota á gota la sangre de

os castellanos; gota á gota como ellos han bebido la de nuestros padres, y la de nuestros hijos: no los mateis como mata el león en el combate, sino como matan los clérigos en la Inquisición. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Y aquel hombre que blandía con furia un largo puñal ensangrentado, soltó una carcajada horrible, dolorosa, la carcajada de un loco.

Aquel hombre era Melik-el-Ferih.

El padre de Mariablanca.

El autor siente una verdadera repugnancia, una repugnancia de horror, al llegar á este sangriento episodio de la historia de aquellos tiempos; porque lo que el autor va á contaros, no es el aborto monstruoso de una imaginación calenturienta; son hechos terribles, resultado de la presión brutal de un despotismo sombrío y cruel ejercida sobre los moriscos del reino de Granada en un espacio de setenta y seis años: durante ellos, los moriscos no habían sido tratados como hombres, sino como cosas de que disponía á su antojo el feroz conquistador: cuantas rapiñas pueden inventarse, cuantos excesos pueden cometerse, cuantas afrentas pueden inferirse, cuantos dolores pueden causarse, todo lo habían sufrido los moriscos: no se había procurado asimilarlos por medio de la tolerancia y del tiempo al pueblo vencedor, bajo la triple faz de la religión, las leyes y las costumbres; no se había procurado su refundición lenta, pero segura en la gran masa del pueblo español; no se había cuidado de aligerar el yugo, como lo exigían la fé de los tratados, la política, y para decirlo de una vez, la caridad: desde el principio, desde el día siguiente al de la conquista de Granada, se había tendido á destruirlos: España, embrutecida, fanatizada por sus frailes, no conocía los grandes beneficios que debía

á la civilización de los árabes y de sus descendientes los moros; si tenía industria, aquella industria era originaria de árabes; si se había suavizado la gótica rudeza de sus costumbres, á su contacto continuo con los árabes lo debía: si su agricultura había mejorado, si los antes yermos campos habían sido transformados en fértiles campiñas por los canales de riego, aquellos canales los habían abierto los árabes: si sus médicos, si sus letrados sabían algo, aquellos médicos, aquellos letrados habían ido á beber la ciencia á las escuelas de Córdoba, ó la habían encontrado en los libros que de aquellas escuelas salían como otras tantas antorchas luminosas: el espíritu civilizador del pueblo árabe, se había infiltrado de una manera profunda en el pueblo español: de ellos había tomado este en el lenguaje un número incalculable de voces, en sus códigos gran número de leyes; había adoptado casi por completo sus sistemas monetario y administrativo, y hasta la denominación de sus ministros de justicia, y de muchos de los altos cargos del Estado: al poco tiempo de la dominación de los árabes en España, el jefe de las fuerzas marítimas de los solariegos, de los españoles indígenas, se llamaba almirante; alcalde, el juez; alcaide, el gobernador de plaza fuerte; alguacil, el encargado de las obligaciones menudas de la ley; su arquitectura, sus trages, sus armas, tomaron su bello carácter oriental que las distingue de los edificios, de los trages y de las armas de los otros Estados contemporáneos de Europa, y hasta en su religión existe, como un testimonio irrefragable de la influencia de los árabes sobre los solariegos, el misal mozárabe: ellos, con sus órdenes religiosas de los rabits y los morabithos, dieron la norma de las órdenes religioso-militares, y hasta

en las diversiones públicas nos legaron las justas, las cañas, la lidia de toros: en poesía, en música, nos dieron su carácter y sus instrumentos: la buena poesía española de nuestros tiempos aun conserva el sonido cadencioso, y la forma hiperbólica de la poesía árabe, y aun conservamos la guitarra como instrumento de placer; el timbal y el tambor como instrumentos de guerra: nuestras enseñas de honor, las banderas que nos han llevado tanto tiempo al combate y al triunfo, no son las águilas romanas; nosotros, cuando más, hemos heredado de los romanos el estandarte, copia del lábaro; pero la bandera, y sobre todo el antiguo pendón de dos puntas de Castilla, son una copia de las divisas que ondeaban en su centro las apiñadas taifas de los sectarios del Profeta.

¿Pero á qué esforzarnos en demostrar la influencia que tuvieron y aun tienen sobre nosotros, la civilización y las costumbres de los árabes?

Basta pisar el territorio español para encontrar las profundas huellas del paso de aquel pueblo extinguido: el castillo, la catedral, la villa, la campiña, muestran por doquiera en España la forma del pueblo árabe: su lenguaje, sus costumbres, sus cantos populares, sus fiestas, conservan aún vivo entre nosotros el espíritu de aquel pueblo, que pasó, como un meteoro, con el rápido vuelo de la conquista, desde el Yemen hasta los Pirineos, dejando por doquiera las señales indelebles de su paso. Puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que la mitad de la sangre española es sangre árabe; en una palabra, que si fueron nuestros abuelos los solariegos descendientes de Pelayo y de Teodomiro, también lo fueron los descendientes de los que vinieron de Oriente acaudillados por Tarck y por Muza.

¿Quereis conocer una mujer típicamente árabe? Id á Andalucía ó á Valencia.

¿Quereis encontrar ese tipo en toda su pureza, en todo el esplendor de su indolente y magnífica hermosura?

Enriscaos en las Alpujarras; recorred nuestro litoral del Océano desde Huelva á Gibraltar, el del Mediterráneo desde Gibraltar á Valencia: mezclaos entre sus habitantes, escuchad su lenguaje, observad sus costumbres, estudiad sus pasiones, y habreis conocido en toda su pureza á la mujer de la raza de Oriente importada á España por los árabes.

Oid la poesía de ese pueblo.

Encontrareis el romance árabe con toda su síntesis, con toda su expansión, con todo su sentimiento: un poema de amor, de dolor, ó de esperanza en cuatro versos, en una copla; poemas no escritos, improvisados por el corazón, cantados por la felicidad, por la desesperación ó por el deseo.

Y presenciad sus bailes, acompañados por una guitarra y acompañados por ese canto; contemplad el corto zagalejo de la que baila, con sus rayas de vivos colores; su corpiño de pana negra ceñido á un talle, á una espalda, á un pecho y á unos brazos incomparables; ved ese pañuelo de mil colores que apenas cubre una magnífica cabellera, y se anuda ligeramente bajo la barba de un semblante encantador ligeramente moreno ó deslumbrantemente blanco, cuyos ojos negros ó garzos despiden relámpagos de pasión, y cuya boca sonríe, como ayudando á los ojos en su guerra contra el corazón del que los ve sonreír y mirar; observad á ese jóven moreno que baila con ella, con su pañuelo en la cabeza su chuba ó su chaqueta, su ancha faja encarnada, sus anchísimos zaragüelles, ó su ajustado calzón, su media y su alpargata, ó su

botín labrado y su zapato blanco: observad la contera de la vaina del cuchillo, ó el extremo de las cachas de la navaja saliendo del bolsillo interno del lado izquierdo de la chaqueta: oid el repique de las castañuelas, las palmas de las gentes del corro, acompañando á la guitarra, á la copla, al baile; mirad el paisaje esplendoroso que os rodea, levantad los ojos al radiante cielo que inunda de una luz fuertemente meridional el cuadro, y podréis afirmar que casi habéis visto una zambra árabe.

Tan fuertes raíces había echado en el suelo español ese pueblo, de tal manera había mezclado su sangre de vencedor con la sangre del vencido, que la única diferencia esencial que existía entre ambos pueblos eran dos libres, por otra parte muy semejantes: quitad á los árabes de España el Koram y dadles la Biblia, ó quitad la Biblia á los solariegos y dadles el Koram, y no encontraréis más que un solo pueblo, pero un pueblo maravilloso.

Dícese que los árabes españoles tenían mucho del carácter de los solariegos.

Nosotros decimos que los solariegos habían tomado mucho, todo lo que habían podido tomar de sus enemigos, y que se parecían mucho á ellos.

Por lo mismo después de la conquista de Granada, una política tolerante, amplia, fecunda, protectora; simplemente el religioso cumplimiento de los tratados, hubiera sido bastante para refundir á los moriscos, sin violencia, de una manera lenta, sí, pero segura, en el pueblo español.

Para esto hubiera sido necesario que los hombres de la conquista hubiesen sido tolerantes é ilustrados y no eran ni lo uno ni lo otro.

Desde el último tercio del siglo

XV el estado político de España había variado completamente de faz: durante la edad media, la nobleza robustecida por las concesiones forzosas de los reyes, había llegado á hacerse prepotente: entonces no existían más que dos poderes: la alta nobleza en la cual se refundía el alto clero, y el estado llano, ó sea las universidades como llamaban á la muchedumbre en Aragón, ó las comunidades como la llamaban en Castilla: el trono se encontraba anulado, sin fuerza propia, con una autoridad prestada entre la alta nobleza, con sus escandalosos privilegios feudales, y el estado llano con sus fueros populares y su bravío espíritu de independencia: rebélábanse de una parte los nobles por el más fútil pretexto contra la corona; negaba á esta por otra parte subsidios de hombres y dinero en las cortes el estado llano, para lo cual bastaba que la petición real pareciese atentar, aunque remota y levisimamente á los fueros y libertades del reino: compraba el rey partidarios, en la nobleza con mercedes dispendiosas, en el estado llano con franquicias y fueros que hacían cada vez más precaria y más nula la autoridad real. Enrique II se vió obligado para ser rey á repartir en mercedes el patrimonio de la corona: Enrique III llegó hasta el punto de no tener un día que comer; don Juan el II se vió obligado á pedir á su favorito dinero para comprar su jubón nuevo, y Enrique IV hubo de contemporizar con los bandos, humillarse, deshonorarse, deshorrar á su esposa, desheredar á su hija, sin librarse por eso de ser destituido é insultado en estatua por la facción rebelde, y de ver proclamado rey á su hermano el infante don Alonso.

La corona necesitaba vengar los ultrajes que debía á la nobleza: esta había escarnecido el poder real du-

rante centenares de años, y había pasado con gravámenes insoportables sobre la masa común. Habían llegado á tal punto la ambición, la rapiña y la corrupción de los nobles, que era imposible que pasaran adelante: la codicia y la soberbia los habían dividido de tal modo, que bastaba dejarlos entregados á sí propios para que se destruyesen.

Al subir al trono Isabel de Castilla, su marido Fernando de Aragón, comprendió que era llegado el momento de destruir de una manera radical y para siempre el poder de la nobleza: pero era Fernando V demasiado astuto y político, para exponer á un fracaso sus proyectos de restauración del poder real obrando de una manera violenta, impremeditada y prematura. Necesitaba contemporizar para ganar tiempo y procurarse sus medios de combate, y contemporizó: necesitaba destruir al alto clero y á la alta nobleza, y buscó á los enemigos de aquellos dos poderes en el bajo clero y en el estado llano: el bajo clero le dió al famoso fray Francisco Jimenez de Cisneros, al fanático ermitaño del Castañar, al hombre que poseía la humildad más vanidosa y más soberbia de que puede encontrarse ejemplo, con una tenacidad invencible, á la cual se ha dado nombre de firmeza, y con un ascetismo sistemático y feroz al cual se ha dado nombre de virtud: hombre de acero: profundamente reservado y suspicaz, dotado de alguna instrucción, pero de miras estrechas, poco previsor y extremadamente testarudo.

Fernando V vió en él un ariete y le aprovechó, le elevó gradualmente hasta ponerle á la altura de aquellos con quienes debía combatir, y le apoyó con todo el poder que le daban las circunstancias y con los elementos de fuerza de las diferentes coronas que poseía.

Fray Hernando de Talavera, y fray Tomás de Torquemada, fueron dos instrumentos poderosísimos que el bajo clero dió á los Reyes Católicos, y en cuanto al estado llano, le dió en la Santa Hermandad un ejército que debía contrapesar la prepotencia de la nobleza.

Alarmada esta, representó contra la organización de la Santa Hermandad, á pretexto de que con esta reorganización se lastimaban sus privilegios, pero ya era tarde: fuerte Fernando para la lucha, la había empezado incorporando á la corona los maestrazgos de las órdenes militares, levantando ejércitos permanentes pagados por las ciudades, y acabando al fin por instituir la Inquisición, tribunal terrible, con el cual, después de amansada la nobleza á la que se había arrancado sus banderas, esto es, sus ejércitos particulares, y sus guaridas, esto es, sus castillos que fueron desmantelados, debía contener al pueblo.

La nobleza había muerto como poder, herida por el cetro de los Reyes Católicos: habíase apoyado la corona para vencer á la alta nobleza y al alto clero, en el estado llano y en el clero bajo, pero dándola celos aun el poder popular, que le había ayudado á su triunfo, se alió estrechamente con el altar, y la Inquisición y el rey fueron ya los únicos poderes que imperaron de una manera absoluta: dependiente la Inquisición de la corona, es verdad, pero activa, incansable, ambiciosa, tendiendo en tiempos no muy distantes al dominio universal, llenó de hogueras las plazas públicas, de víctimas los calabozos, de horror la historia: la razón fué proscrita, la discusión anatematizada, la libertad de conciencia perseguida, la familia espíada hasta en lo íntimo de sus hogares: todo fiscalizado, todo subordinado á los intereses del trono y del

altar y todo empequeñecido, como debía serlo, para dar fuerza á aquellos dos astutos poderes, que habían sabido engrandecerse con los mismos elementos que les eran contrarios.

Cuando aconteció la conquista de Granada, se había operado ya la maravillosa transformación política de España: el gran cardenal don Pedro de Mendoza había creado la Inquisición, los tercios reales estaban organizados, y los altivos ricos hombres, los que pocos años antes podían llamarse pequeños reyes, servían á sueldo bajo el estandarte real: tres años después de la conquista, fray Francisco Jimenez de Cisneros era cardenal arzobispo de Toledo, canceller mayor de Castilla y ministro universal: fray Hernando de Talavera, confesor de la reina, arzobispo de Granada; y el sombrío, el terrible dominico fray Tomás de Torquemada inquisidor general: las comunidades religiosas habían sido reformadas, la Inquisición había quemado millares de criaturas, Colón había descubierto un nuevo mundo, y las prepotentes banderas españolas amenazaban á la Europa.

En tales circunstancias, los moros de Granada habían rendido pleito homenaje á los Reyes Católicos: esto es, se habían confesado sus vasallos.

La tiranía y el fanatismo dominaban de consuno: el altar empezaba á predicar el derecho divino de los reyes, y la corona apoyaba fuertemente el exclusivismo de Roma; continuaban en ejercicio muchas de las bárbaras leyes de la edad media, y los jueces de una parte, los inquisidores de otra, y el elemento militar por último, empezaron á pesar sobre la antigua tolerancia que tan amplia había sido en Castilla y sobre las libertades públicas que no podían ser compatibles con la autoridad real tal cual se quería que esta autoridad fuese.

El primer acto de intolerancia de los Reyes Católicos, fue la expulsión de los judíos.

Treinta mil familias industriosas salieron de España á consecuencia de aquella medida hija del fanatismo religioso.

Dado este golpe á los judíos se reparó en los moriscos.

El feroz fanatismo de los preclaros varones que sustentaban el pendón de la fe en España, encontró que era una cosa muy dura que los vencidos siguiesen en la práctica de su religion, de sus leyes y de su dialecto nacional, en el uso de sus trages y en la práctica de sus costumbres.

Empezáronse á violar las capitulaciones de la conquista de una manera curva, casuística: encontróse que había entre los moriscos una clase de gente llamada *elches*, esto es, descendientes de cristianos que en otro tiempo habían abjurado el catolicismo abrazando la religion musulmana.

A estos se les mandó convertirse.

No obedeciendo, se empezó á ejercer con ellos la fuerza.

El resultado de esta abierta infracción de los tratados, produjo una insurrección.

Esta insurrección dió pretexto para extender á los moriscos las prescripciones que se habían hecho á los *elches*.

Entonces empezó el martirio lento, horrible, de los moriscos de Granada.

El aspecto amenazador de los moriscos, obligó á los reyes á que enviasen allá á Cisneros.

Partióse este de Alcalá de Henares, donde se encontraba erigiendo su colegio, que después fué Universidad, y llegó á Granada donde se encontraban los Reyes Católicos; la primera providencia del grande hombre fué quemar cuantos manuscritos árabes le vinieron á las manos, destruyendo con ellos inapreciable tesoro de ciencia

y apagando con las llamas del fanatismo luminosas noticias que nos hubieran servido en gran manera para esclarecer la confusión que reina en la historia de los árabes españoles.

Empezáronse á seguida los trabajos de la conversión de una manera ruda y tenaz: en vez de apelarse á la mansedumbre evangélica se apeló al terror: al que resistía el bautismo se le prendía, se le encerraba con un fraile fanático, y no se perdonaba medio, hasta que aterrada la víctima pedía á voces el bautismo.

Crecía con esto el descontento, huían á centenares de las poblaciones los moriscos y se iban á la montaña haciéndose mouffes, y entregándose, irritados por la tiranía de los vencedores, á los más graves excesos contra los cristianos.

La lucha era sorda, sostenida: habíanse bautizado todos los moriscos de Granada y la mayor parte de los de las Alpujarras, pero si bien ostensiblemente profesaban el catolicismo, seguían siendo moros en secreto.

Si iban á misa los días de precepto, era porque los párrocos estaban facultados á imponerles multas y aun prisión por la falta de asistencia.

Si confesaban, jamás decían la verdad.

Los giumas (viernes), días consagrados por el Koram, se encerraban en sus casas, hacían las abluciones y se consagraban á la oración á puerta cerrada.

Del mismo modo y también á puerta cerrada, trabajaban los días de fiesta prescritos por el rito católico.

Inmediatamente después de ser bautizados sus hijos, les lavaban con agua caliente la cabeza, para quitarles el crisma y el santo oleo, los circuncidaban, celebraban según sus usos la fiesta de las buenas hadas, y les ponían el imprescindible sobrenombre árabe.

Cuando se casaba una doncella, al volver á su casa, la quitaban los vestidos castellanos con que se había visto obligada á ir á la iglesia, lá vestían ropas moriscas y hacían las bodas, con leilas, zambras y banquetes según sus costumbres.

Solo aprendían la doctrina católica los que tenían necesidad de casarse, porque para ello sufrían un exámen previo, y aun muchos se disculpaban con no saber la lengua.

Llenos de odio y ansiosos de venganza por la tiranía de que eran víctimas, recibían á los mouffes, y aun á los turcos y piratas berberiscos en sus alquerías y les avisaban de cuando podían sorprender recuas de castellanos para robarlos, hacerlos cautivos ó matarlos.

Aterrados los castellanos por esta acechanza sorda, por este peligro continuo, unían su voz á las declamaciones de los frailes, y el trono y la Inquisición se propusieron extremar el rigor contra ellos, y destruirlos si necesario fuese.

Entonces se promulgó el famoso edicto del emperador don Carlos, de que dimos cuenta á nuestros lectores en el principio de este libro.

Viéronse los pobres vencidos atacados á un tiempo en su industria, en sus haciendas, en sus costumbres, y lo que era peor, vejados, tratados vilmente, con una injusticia notoria, con una crueldad siempre en aumento, sin que se oyesen sus quejas, sin que se diese castigo á los que los ofendían y vieron con temor empadronados sus hijos desde la edad de tres años, hasta la de quince, porque no sabían lo que querían hacer con ellos.

Hacíaseles pagar los alguaciles y las guardias que servían para oprimirlos; se les obligaba á tener las casas abiertas, se les exigían tributos onerosos; se prendía á las mujeres.

que iban por la calle con los rostros cubiertos; se les arrebatában sus hijos y los llevaban á los hospicios por el más leve pretexto, y en vano eran sus quejas, porque los clérigos mandaban á nombre de Dios, y Felipe II era tan sombría y fanáticamente cruel como los clérigos.

No se pensó ni un solo momento en que los moriscos constituían una parte considerable de la población de España, ni en que por su industria y sus riquezas, eran un gran elemento de prosperidad pública.

Los funestos reyes de la casa de Austria todo lo posponían, todo lo olvidaban á trueque de que no hubiese en sus Estados una sola persona que no fuese católica; manta lamentable, fanatismo ignorante que han dado al trono y al clero español de aquel tiempo y aun de los tiempos subsiguientes, un carácter odioso y repugnante: ciega brutalidad que ha costado á España torrentes de sangre, que ha retrasado su civilización, que nos ha debilitado, atacando nuestra población y nuestra riqueza, comprometiéndonos en guerras desastrosas, colocándonos á retaguardia de las demás naciones de Europa: fatales resultados de la estrecha alianza del trono y del altar: de los reyes de derecho divino y del clero omnipotente y sanguinario, sostenido por el infame tribunal de la Inquisición.

El rey y el fraile, al destrozarse entre sus garras á los que se atrevían á rebelarse contra su despotismo, destrozaban á España: el terror hacia callar al derecho, el desuso del derecho le puso en olvido, y el pueblo tan libre otros días, vino á ser la troje hollada por los dos fatales elementos reunidos.

Uníase á esto una magistratura inmoral, un ejército compuesto de aventureros, una nobleza degradada que se arrastraba á los piés de la In-

quisición y del trono, y un pueblo degradado también, que todo lo sufría en silencio, ó que, por mejor decir, por resultado de su degradación y de su envilecimiento, no sufría nada.

En los tiempos de la dominación austriaca, un español, en siendo esclavo sumiso, y católico fanático, era cuanto podía ser: un leal vasallo del rey, y un hijo obediente de la Iglesia.

La literatura y las artes, sufrieron, como era preciso, la suerte del país: se vieron marcadas con el sello realista monástico, que se imprimía en todo, y apenas dieron á conocer alguno que otro rasgo tímido de independencia; nuestros mejores artistas, nuestros más aventajados escritores, no brillaron como hubieran brillado de seguro, bajo un gobierno digno de hombres que hubieran sabido serlo: la mezquindad de la época los hacia mezquinos: los mataba.

En todas las empresas de la casa de Austria, exceptuando las de Carlos V, se ve, no la política, no la sagacidad, sino la tenacidad y la ignorancia: Felipe II desangró y debilitó la nación en empresas descabelladas aconsejadas por el fanatismo, y una de estas empresas que pudo traer fatalísimos resultados, no solo para España, sino también para Europa, fué la de la conversión de los moriscos, no solo bajo el punto de vista religioso, sino también bajo el de las costumbres.

La rebelión de las Alpujarras motivada por la crudeza con que quiso llevarse á cabo la sumisión de los moriscos, fué de tanta trascendencia, como que refiriéndose á ella en el principio de su historia de la guerra de Granada, dijo Hurtado de Mendoza, autor contemporáneo, y tanto, como que tomó personalmente parte en aquella guerra:

«Veráse una guerra al parecer te-

nida en poco, y liviana dentro en casa, mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró tuvo atentos, y no sin esperanza, los ánimos de príncipes amigos y enemigos lejos y cerca.»

Más adelante el mismo autor confiesa las graves circunstancias en que se encontraba España al estallar la rebelión de las Alpujarras, en las siguientes líneas:

«...Los Estados de Flandes, desasosegados por el príncipe de Orange, eran recién pacificados por el duque de Alba. Más, puesto que las fuerzas del rey, y la experiencia del duque capitán, criado debajo de la disciplina del emperador, testigo y parte de sus victorias, bastasen para mayores empresas: todavía lo que se temía de Inglaterra, y las fuerzas de los hugonotes en Francia, algunas sospechas de príncipes de Alemania y designios en Italia, daban cuidado; y tanto mayor, por ser la rebelión de Flandes por *causas de religión* comunes con los franceses, ingleses y alemanes, y por *quejas de tributos y gravezas comunes con todos los que son vasayos*, aunque sean livianas y ellos bien tratados.»

Por las citas anteriores, se vé que en aquellos tiempos había quien veía claro, y que solo el rey y los clérigos estaban ciegos por su fatal locura religiosa.

Y esta ceguedad, esta monomanía feroz por exterminar todo lo que no era católico, como si el catolicismo no fuese una religión altamente afecta á la discusión y á la libertad, hacen comprender hasta qué punto serían vejados, tiranizados, martirizados los moriscos por aquel doble despotismo, por aquella tenaz ferocidad, por aquella cólera sagrada, por decirlo así; por aquella intemperancia de mando, por el odioso *sic voleo sic jubeo* del tirano.

Y esta ferocidad, esta carencia total de miras políticas, ya que no de sentimientos humanitarios, habían hecho precisa, inevitable la rebelión de los moriscos, porque cuando llega á un límite dado la miseria humana, la desesperación suple con ventaja al valor, y la sed de venganza produce horribles catástrofes, á vueltas de sublimes rasgos de heroísmo.

Y cuando un pueblo ha sido insultado, robado, azotado, herido en sus más íntimas afecciones; cuando se han visto holladas las canas de los ancianos, separados la esposa del esposo, el hijo de los padres; cuando las sospechas han bastado como si hubiesen sido evidencias para imponer castigos atroces; cuando se han desoido una y cien veces las súplicas humildes; cuando el que manda se ha mantenido inflexible en el mandato cruel; cuando esto sucede, no hay pueblo cobarde, lo arrostra todo, prefiere la muerte aunque sea horrorosa, al martirio lento, continuado, día por día, hora por hora, minuto por minuto, y como se lanza á la pelea enloquecido por la desesperación, excitado por la sed de venganza, se entrega respecto á sus enemigos á las mismas crueldades, á los mismos horrores, á los mismos crímenes de que ha sido víctima.

Los pueblos cuando se insurreccionan en nombre de su derecho, ponen siempre en práctica la tremenda ley del *Talión*.

Por eso antes de condenar los horrores de una revolución, es necesario meditar á sangre fría las causas que la han motivado.

Hemos creído necesaria la antecedente digresión, para que nuestros lectores no crean ficciones de una fantasía salvaje, los hechos que vamos á continuar relatándoles.

No los inventamos: únicamente los ordenamos y los trascribimos con la

historia á la vista, apoyándonos en su testimonio.

CAPÍTULO XXVII.

CONTIÚA EL ASUNTO INTERRUMPIDO EN EL ANTERIOR.

La iglesia de la villa de Cádiar, era teatro de una orgia de sangre.

Melik el Ferih, enloquecido por el reciente recuerdo de la desastrada muerte de Alida, y por la dolorosa causa que habia motivado aquella catástrofe, estaba ébrio de sangre y sediento de venganza.

Aben-Aboo, con la mirada sangrienta como un lobo, arrastraba desde la sacristia al presbiterio, asido por el cuello al inquisidor Molina de Medrano que tropezaba embarazado por sus largos y rígidos ornamentos pontificales.

Al ver Melik-el-Ferih aquel grupo á la viva luz de las cien velas que aún ardian en el tabernáculo, saltó del montón de cadáveres en que habia subido, y se lanzó hacia el presbiterio, pero antes de llegar á él tropezó en un muerto y cayó.

Al levantarse vió ante sí una mujer: pilló la rodillas, mirándole de una manera ansiosa, y procurando ocultar entre sus brazos, entre sus ropas, á una criatura.

Aquella mujer para salvar á su hija se habia acurrucado entre los muertos, y solo se habia alzado al ver caer junto á ella al monfi.

Melik-el-Ferih contempló á la madre y á la hija con una mirada tal, en que habia tan feroz, tan cruel alegría, que la pobre madre se estremió.

—¡No la mateis! gritó: no mateis á mi hija: mi hija no os ha hecho ningún daño.

—¿Y qué daño ha hecho mi hija á los cristianos? gritó el Ferih mez-

clando á sus palabras una carcajada insensata:

—¡Ah! ¡teneis una hija! dijo la infeliz: pues bien, por la vida de vuestra hija, no mateis á la mia.

—¡Por la vida de mi hija! exclamó el Ferih.

Y sus ojos rodaron de una manera espantosa en sus órbitas.

La infeliz madre dió un grito horrible.

El Ferih la habia arrebatado la pobre criatura asida por el cuello, y la habia abierto de una sola puñalada: despues habia arrojado aquel miserable despojo palpitante á los piés de la madre, y de un salto se habia puesto en el presbiterio y asido al inquisidor Molina de Medrano.

—¡No le mates! ¡no le mates! exclamó Aben-Aboo: una puñalada es poco castigo para este infame lobo: ¡no le mates, Ferih!

—¡Matarle! no por cierto... ya verás... ya verás... la noche es nuestra y es necesario que nos divirtamos... vamos á divertirnos mucho...

El solo anuncio de aquella diversion, de que sin duda iba á ser él el protagonista, despegó la carne de los huesos del inquisidor.

El Ferih entretanto habia acercado uno de los tres sillones del presbiterio, y le habia puesto sobre el altar.

—Siéntate ahí, dijo el Ferih: te penemos en un trono... no tienes por qué quejarte te vamos á adorar, faquí de los cristianos: vamos, sube: ¿no quieres ser rey?

—No puedo subir, soy viejo; exclamó llorando el inquisidor: tened compasión de mí.

—¡Ah! ¿no puedes subir? dijo Aben-Aboo; por eso no quede: échamelo acá, Ferih, añadió desde el altar, á donde habia subido de un salto.

El Ferih asió por la cintura al inquisidor y le levantó. Aben-Aboo le

asió por el cuello, le puso sobre el altar y le sentó rudamente en el sillón.

Desde aquel momento puede decirse que Molina de Medrano no vió ni sintió más que un terror pánico: todo daba vueltas en derredor suyo, pero cubierto de una niebla densa, azul, impura, y el miserable temblaba, pero de una manera exclusivamente orgánica.

—No basta, no basta eso, dijo el Ferih: es necesario asegurarle en su trono.

Y volviéndose hacia el fondo de la iglesia donde continuaba el degüello y las crueldades, tocó por tres veces la bocina.

Cesó la matanza y un numeroso grupo de monfies adelantó hasta el presbiterio, y se pusieron á reir y á señalar con ademanes grotescos al inquisidor.

—¡Ah, valientes míos! dijo el Ferih: ved á este respetable señor encaramado en su silla, vestido de oro y rodeado de luces, ni más ni menos que como los ídolos que han querido que adoremos: pero este trono es todavía poco resplandeciente.

—Es verdad, sí, es verdad.

—Aumentemos el resplandor de su trono.

—Pongamos fuego al altar.

Y algunos adelantaron blandiendo sus antorchas.

—Esperad, esperad, dijo Aben-Aboo: ¿no veis que tanto resplandor puede parecerle demasiado y hacerle huir de una gloria de que se creará indigno? es necesario que se vea obligado á recibir nuestros homenajes. Buscad cuerdas, y si no las halláreis vengan las de vuestras ballestas.

—Dice bien.

—Asegurámoslo en su trono.

—Que no pueda escapar.

—Como no pueden escapar los sentenciados por la Inquisición.

—Como no pudo escapar mi padre, á quien vi revolverse como una sabbandija por entre las llamas.

—Ni mi madre á quien quemaron porque decían que era bruja.

—¡Allah Ahbar! (Dios es grande).

—¡Allah Galib! (Dios es vencedor).

—¡Allah Rahman! (Dios es misericordioso).

Y sin saber de dónde, salieron á plaza cordeles, y en medio de un tumulto espantoso de carcajadas y silbidos, el inquisidor fué fuertemente atado á la silla, y la silla no menos fuertemente atada á las columnas del tabernáculo.

Volvieron á avanzar los implacables monfies con las antorchas.

—Esperad, esperad, aún no es tiempo: traed acá á cuantos cristianos encontréis.

Extendiéronse los monfies por la iglesia, y á poco volvieron trayendo á empellones como unas veinte personas entre hombres, mujeres y niños.

—Pocos son, dijo Aben-Aboo: pero ahí veo á mi buen amigo Lope Gutiérrez, corregidor de la villa. ¿Eh? ¿qué te parece de esto?

El corregidor tan feroz antes, cuando mandaba, cuando se creía fuerte, rompió á llorar.

—Yo no os he hecho ningún daño, dijo: yo era mandado; me lo mandaba el rey.

—¿Y te mandaba el rey, dijo una morisca jóven y hermosa, saliendo de entre la multitud, que para obligar á una mujer á ser tuya, la amenazas con ahorcar á su padre, y vender por esclavos á sus hermanos?

—Yo no he hecho eso... yo no he hecho eso, os lo juro.

—¿Me conoces? exclamó la morisca arrancando una antorcha á un monfi, acercándola á su semblante, y acer-

cándose al mismo tiempo al corregidor Lope Gutiérrez, que retrocedió.

La morisca le miraba con los ojos dilatados, escandecidos como los de una bacante.

—¿Me conoces al fin Lope Gutiérrez? repitió la morisca; tú me deshonraste, y no bastó mi sumisión á tus deseos; poco tiempo despues á pretexto de que eran monfies ahorcaste á mi padre, y echaste á galeras á mis hermanos.

—¡Ah! ¡no! ¡no! exclamó el corregidor.

—Ese miserable me abofeteó á pretexto de que no me había quitado el sombrero en su presencia, echó á galeras á mi hijo porque tomó la defensa de su anciano padre, mi pobre esposa murió al verse separada en su ancianidad de su hijo, y después me ví reducido á la indigencia: mis bienes, unas escasas tierrecillas, habían sido confiscadas: ¡vengadme, hermanos!

—Ese miserable mató á mi amante porque no quise ser su manceba

—Ese hombre deshonró á mi hija.

—Ese hombre es nuestro, exclamaron las mujeres apoderándose de él, y sacándole arrastrando de la iglesia.

—Hé aquí un buen exámen de doctrina cristiana, dijo Aben-Aboo volviéndose al inquisidor que no le oía. Dejad, dejad á esas buenas muchachas que despachen á su gusto al señor corregidor: no lo queráis todo para vosotros. ¿Quién es aquel que se esconde detrás de esotro que está tan cabizbajo?

—El cabizbajo es el alguacil Truchuela, un bribón que merece ser desollado vivo: el que se esconde es el escribano Diego de Angulo.

—¡Ah! ¿con que soís vos el escribano que no tenía más placer que fulminar procesos para engordar con las costas perdiendo hombres? ¿y vos

maese Truchuela el alguacil que prendía con perro á los moriscos?...

Rompieron á dar alaridos los dos acusados.

—Colgad de los piés á esos dos perros, dijo Aben-Aboo.

No le escucharon sordos ni remisos, porque media docena de monfies asieron del alguacil y del escribano, y los colgaron cabeza abajo de la verja de una capilla.

Los miserables gritaban de una manera horrorosa.

—Ponedles mordazas, gritó uno.

Poco después aquellos hombres dejaron de gritar.

—¿Qué mujer es aquella, exclamó el Ferih, que está detrás de aquellos dos soldados castellanos?

—Yo soy doña María de Cáceres, dijo aquella mujer que era bastante hermosa, y que lloraba silenciosamente adelantando hácia el presbiterio.

—¿Quién tiene que quejarse de esa mujer? dijo Aben-Aboo que se había constituido en único juez de un tribunal ejecutivo.

Nadie contestó.

—Ya lo véis, nadie tiene que quejarse de mí, contestó con acento sereno doña María.

—¿Y por qué lloráis? ¿creeis que los moros somos tan infames como los castellanos? ¿creeis que nosotros sentenciamos á los inocentes solo por el placer de verter sangre?

—Lloro, dijo doña María, porque he visto muchas desdichas.

—¿Qué pretendéis hacer con esa mujer? dijo una de las moriscas que volvían de dar fin del corregidor. Esta cristiana es nuestra.

—¿De qué tenéis que acusarla? dijo Aben-Aboo.

—¡Acusarla! ¡por el contrario, tenemos mucho que decir en su favor!

—Es caritativa.

—Es buena.

—Ha dotado á muchas doncellas.

—Ha remediado muchas desdichas.

—Es la madre de los infelices.

—Una sola condición y os libro, dijo Aben-Aboo.

—¿Y qué condición es esa?

—Abrid los ojos al conocimiento de la santa ley del Dios Altísimo y Unico.

—¡Que reniegue de Jesucristo! exclamó con horror doña María.

El Ferih que desde que había empezado este diálogo había templado su ballesta y armado en ella una jara, se echó de repente la ballesta al rostro, y exclamó disparándola sobre doña María.

—Mi hija también era inocente y ha muerto.

Doña María cayó sin axhalar un gemido.

—¡Oh! ¿qué has hecho? exclamó horrorizado apesar de su ferocidad Aben-Aboo.

—Estamos perdiendo el tiempo, gritó el Ferih: yo he sido encargado por el emir de hacer justicia en la villa de Cádíar... ¡ea mis valientes! acabad con esos perros... y tú, clérigo tostador de criaturas de Dios, añadió volviéndose al inquisidor que continuaba aelado por el miedo, muere como debes morir.

Y tomando una antorcha de manos de un monfi, se encaminó al altar.

—¡Detente, Ferih! exclamó una voz poderosa, terrible, llena de autoridad y de mando en el fondo de la iglesia.

El Ferih quedó inmóvil en el lugar en que se encontraba cuando resonó aquella voz: los monfies que habían empezado de nuevo la matanza, se detuvieron también.

Entre tanto un hombre armado como los caballeros moros del tiempo de la conquista, con corona en la cabeza é insignias de califa, adelantó evitando pisar los cadáveres, pero sin poder evitar teñir sus piés de sangre.

Detrás de él ondeaba un estandarte rojo, en cuyo centro se veían las armas de Granada, y tras el estandarte seguía un escuadrón cerrado de monfies.

Aquel hombre era el emir Yaye-ebn-Al Hhamar.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? exclamó: ¿es esto lo que yo te he mandado hacer Ferih: es esto lo que conviene hacer á un caballero Aben-Aboo?

Ni el Ferih, ni Aben-Aboo, contestaron: pero se levantó un sordo murmullo entre los monfies que estaban en la iglesia á la llegada del emir.

—¿Quién se atrevé á murmurar, cuando su señor habla? exclamó con voz tonante Yaye, revolviendo en torno suyo una mirada amenazadora: ¿hay alguno que se atreva á levantar la voz, ni los ojos, ni un solo dedo, cuando habla su emir?

Nadie contestó: nadie se movió.

—¿Qué es lo que miro en rededor exclamó creciendo en su cólera Yaye: ¡mi vista solo encuentra cadáveres!

—Cadáveres de castellanos, señor, contestó humildemente Aben-Aboo.

—Pero entre esos cadáveres hay viejos, niños y mujeres: doncellas que han sido violadas, madres delante de cuyos ojos se han degollado los niños de pecho. ¿Queréis acaso igualar y aun exceder las crueldades de los castellanos? ¿Pensáis acaso que porque este es un lugar de idolatría, no está presente en él el Dios Altísimo y Unico?

—¡Señor! murmuró Aben-Aboo.

—¡Basta, exclamó Yaye: los que se precian de valientes no se ensangrientan en los débiles: los que se precian de justos no sacrifican inocentes: los que se creen buenos musulimes deben temer á Dios, á Dios que escribe en el libro de su justicia la sentencia de los asesinos con la sangre de los débiles.

—Hemos sufrido cuantas desdichas, cuantas crueldades, cuantas humillaciones puede sufrir un hombre, dijo el Ferih.

—Los crímenes ajenos, deben inspirarnos horror, no deseo de imitarlos, repuso el emir; además, si hemos de triunfar es necesario que sepamos obedecer. ¿Qué te había ordenado yo Ferih?

Melik no contestó.

—Te dije, cerca la villa, que no salga de ella un cristiano....

—Degüella y mata, me dijiste.

—Sí, pero degüella y mata á los clérigos, á los ministros de justicia, y á los soldados: pero sé justo y clemente con los que no han cometido otro delito que no ser moros como nosotros.

—¿Qué estás hablando de justicia y de clemencia, emir, á quien como yo ha visto su hija deshonrada; á quien la ha visto morir á consecuencia de las infamias de los castellanos; á quien la ha mirado expirar, gritando de dolor entre sus brazos y pidiéndole venganza? ¡Mi hijal ¡mi pobre Alida queda allá muerta entre las breñas, y me pides templanza á mí, á quien despedazan la rabia y el dolor!

Y el Ferih rompió á llorar como una mujer.

Hubo algunos momentos de solemne silencio, durante el cual solo se oyeron los gemidos de los que espiraban á consecuencia de sus heridas.

—Desatad ese clérigo que está en el altar, dijo el emir.

Pareció reanimarse á estas palabras Molina de Medrano.

—Ved, señor, dijo Aben-Aboo, que este es el miserable que causó ésta mañana la muerte de la infeliz Malicatulzarah y de su esposo Adel: ved señor que es un lobo sediento de sangre.

—Ese hombre debe morir, y morirá, pero no de la manera horrible,

con que ellos matan á sus víctimas.

El inquisidor había sido bajado del altar, y se arrastraba á los piés de Yaye, en cuyo semblante fijaba una mirada entumecida por la atonía.

—Yo os conozco... señor... yo os conozco... tartamudeó.

Y se asió á las ropas talaras de Yaye.

Yaye se inclinó.

—Tú eres Molina de Medrano...

—Sí, sí, pero yo obedecía al rey...

—Obedecías á un tirano...

—Por el Dios de Abraham y de Ismael que es nuestro mismo Dios... no me matéis... cautivadme... vendedme... llevadme á Africa... pero no me matéis.

—Tú has predicado el exterminio contra los que adoran al Dios de Abraham, de Agar y de Ismael, y ahora pides misericordia á nombre de ese mismo Dios... suele suceder que los asesinos cuando se apodera de ellos la justicia mueran con valor: pero tú á más de asesino eres cobarde.

— ¡Perdon! ¡señor, perdón!

—Arrancadle de mí y matadle: matadle á hierro y pronto... necesitamos salir de aquí.

— ¡Piedad! gritó Medrano al sentirse asido por una turba de monfies.

Fué su última palabra: rasgado su pecho á un tiempo por veinte puñales manchaba de sangre su vestidura pontifical.

—Acabad con esos soldados, dijo el emir.

Seis soldados que habían sido apresados por los monfies fueron inmolados en pocos segundos.

—Ahora soltad esa gente menuda.

—Nos matarán los que están fuera señor, dijo un viejo.

—Id con ellos diez hombres, y amparadlos en las casas del ayuntamiento de la villa: asimismo llevaréis á

esas casas las mujeres; los viejos y los niños que encontréis.

Algunos monfies salieron escoltando á algunos cristianos que por fortuna habían escapado con vida de la iglesia.

—Rematad á esos desdichados que penan, añadió Yaye.

Pocos momentos después, y mientras el emir hablaba acaloradamente con Aben-Aboo, fueron cesando los gemidos de los moribundos hasta dominar un silencio pavoroso.

Los monfies que se agrupaban inmóviles tras el estandarte rojo del emir, llenando la iglesia, parecían fantasmas.

Yaye y Aben-Aboo siguieron hablando algún tiempo con gran interés.

El Ferih, doblegado al fin por su dolor estaba apoyado sobre el altar, inmóvil insensible á todo.

Al fin Yaye se separó de Aben-Aboo, y dirigió la voz á los monfies.

—Valientes, les dijo: al hacer lo que hemos hecho, hemos herido el rostro del tirano rey de España: hemos arrojado á sus ojos la sangre infame de sus jueces, de sus clérigos, y de sus soldados: ya no hay medio de retroceder: los ejércitos del rey de España vendrán sobre nosotros, pero vendrán tarde, porque el alguacil mayor del reino, el valiente Farax-Aben-Farax se apodera en estos momentos de Granada: Dios nos alienta y nos guía: pero no irriteos á Dios cometiendo actos de crueldad y de barbarie semejantes á los que acaban de cometerse: si apreciáis en algo mi espada, si creéis que yo puedo llevaros á la victoria, no vertáis más sangre débil, no cometáis más crímenes, porque yo nunca desnudaré mi espada para ponerme al frente de infames ni de asesinos.

—¡Viva el emir! gritaron á una voz los monfies.

—Además, dijo Yaye: oidme y entendedme bien: yo no soy el emir que debe mandaros.

Levantóse un murmullo de descontento que era una adulación al emir.

—Los moriscos de Granada han elegido un rey.

—¡Viva el emir poderoso y vencedor Yaye-ebn-Al-Hhamar! gritaron los monfies.

—Yo soy el emir de las Alpujarras, únicamente, dijo Yaye: los granadinos han elegido legítimamente su rey; su rey es aliado y pariente mío. Obedeced al rey de Granada Muley-Aben-Humeya.

Pronunció con tal acento estas palabras Yaye, que los monfies viendo en ellas un mandato gritaron:

—¡Viva el rey de Granada Muley-Aben-Humeya!

—¡Gracias, gracias, valientes musulimes de la montaña! exclamó una voz á las puertas de la iglesia; oyóse precipitado ruido de espuelas, y adelantó y abrazó á Yaye un joven sencillamente vestido á la morisca.

Aquel joven era Aben-Humeya.

Tras él seguía otro hombre de más edad igualmente vestido á la usanza mora, llegó junto al emir, pero en vez de abrazarle se inclinó profundamente.

Aquel hombre era Aben-Jahuar el Zaquer.

—¿Y tu hermana? le dijo rápidamente y en voz baja Yaye.

—Está en seguridad en un cortijo de la montaña.

—¡Oh! ¡gracias hermano, gracias! Y volviéndose á los monfies continuó en voz alta asiendo de la mane á Aben-Aboo, que era el único que vestía á la castellana: ¿Conocéis á este caballero?

—Sí, sí, gritaron todos.

—Es Sidi Aben-Aboo, de la raza de los Omeyas, añadieron algunos.

—Es mi pariente, añadió Yaye.

Desde ahora, leales musulimes, compartiré con él vuestro gobierno: obedecedle como á mi mismo, es mi compañero, aclamadle.

—¡Viva Muley-Aben-Aboo! gritaron espontáneamente los monfies.

—Y para concluir, este otro caballero, Sidi Aben-Jahuar el Zaquer, mi pariente también, es el walf de los walfes (1) de Granada y de las Alpujarras.

—¡Viva Sidi Aben-Jahuar! gritaron los monfies.

—Lo que á vosotros os he hecho saber en persona, se hará saber á las demás taifas por sus xeques. ¡La guerra empieza! constancia y valor y triunfaremos.

—¡Viva el emir!

—Pero si hemos concluido, dijo Aben-Humeya que había oído con un profundo disgusto la espontánea aclamación de los monfies á su primo Aben-Aboo, si hemos concluido, bueno será que nos preparemos á un próximo y sangriento combate.

—¿Pues qué sucede? dijo con gran calma Yaye.

—La compañía de infantería española que estaba en Yátor, viene sobre Cádiar, dijo Aben-Humeya; y según me han informado mis corredores viene á su frente, bramando de coraje, el valiente marqués de la Guardia.

—¡El marqués de la Guardia! ¡no! ¡es imposible!

—Si es posible ó no, pronto lo veremos, dijo Aben-Humeya; entre tanto oid.

Se habían escuchado algunos distantes disparos de arcabuz. Animados por aquel socorro los cristianos que se habían refugiado á la torre de Cádiar empezaron á tocar de nuevo á rebato.

Yaye, Aben-Aboo, Aben-Humeya

(1) Lo que equivale á nuestra denominación de capitán general.

á Aben-Jahuar, se lanzaron fuera de la iglesia: los monfies los siguieron á la carrera.

La iglesia quedó silenciosa, poblada solo de cadáveres, iluminada y resplandeciente, pero manchado de sangre el altar, y presentando delante de él un bulto brillante á trozos, rojo en otros.

Aquel bulto era el cadáver de Molina de Medrano, á quien cubrían aún los ornamentos pontificiales.

Por una coincidencia terrible aquel cadáver ocupaba el mismo lugar donde había caído muerta Malicatulzarah.

CAPITULO XXVIII.

CONTINÚAN LAS ESCENAS DE SANGRE.

En aquellos momentos en un estrecho y oscuro callejón de Cádiar había dos hombres como ocultos en la sombra, y hablando en voz muy baja por temor acaso de ser escuchados desde las casas.

Oíanse desde allí las campanas de la iglesia parroquial y del convento de San Francisco, tocando, de una manera que podía llamarse desesperada, á rebato, y se oían á lo lejos, perdidos, indistintos, gritos salvajes, alaridos, voces confusas.

Alguna vez un hombre pasaba en huída por la calleja, sin reparar en los dos hombres que estaban como cosidos á un entresijo de ella, y poco después de haber pasado el que huía, en la parte baja, á la salida de la villa, se oía algún disparo de arcabuz, lo que demostraba que el pueblo estaba cercado.

A excepción de estos ruidos lejanos ningún otro ruido se oía: la calleja estaba profundamente silenciosa, cerradas las puertas y ventanas de sus casas, y sin que por un solo resquicio se viese una luz.

Aquel era el silencio del miedo,

porque á no dudarlo, los habitantes de aquellas casas, como todos los de Cádiar, velaban.

De repente se sintió abrirse silenciosamente una ventana, y desde su fondo oscuro cayó á la calle un objeto pesado que produjo un ruido opaco, sordo, como el de un odre que se revienta.

La ventana volvió á cerrarse y volvió el silencio.

—¿Qué es eso? dijo uno de los dos escondidos con voz temblorosa.

—Páreceme que tenéis miedo, señor Cisneros, dijo el otro hombre.

—No tengo miedo, pero me repugna lo que está sucediendo; Dios me perdone, si no es un cuerpo humano el que han arrojado á la calle.

—Es sin duda el cadáver de algún soldado de los de la compañía de Diego de Herrera, que estaban aposentados en las casas de la villa: ¿pero qué os importa eso? No hemos venido á Cádiar ciertamente á divertirnos.

—¿Pero qué hacemos aquí, á estas horas y en tales circunstancias, señor Godínez?

—¿No habéis venido esta noche, como teníamos concertado, á doña Elvira de Céspedes.

—Sí.

—¿No la habeis dicho que su hijo Aben-Humeya os conoce, y que venís á ampararnos de ella?

—Sí.

—¿No la habeis dicho además, como también convinimos, que venía con vos un amigo que igualmente necesitaba del amparo de Aben-Humeya?

—Sí.

—¿Y no habeis venido á buscar-me?

—Ciertamente.

—Ahora bien, la entrada de los monfies nos ha hecho ampararnos de lo apartado y oscuro de esta calleja; pero ahora que los monfies están allá

dentro, y por lo que se vé, bien entretenidos, podemos y debemos ir á casa de doña Elvira.

—Es que yo no he estado nunca en Cádiar; valíme de las señas que me disteis, pregunté por la calle donde vive doña Elvira, y hallé la casa por su mirador de madera y el farol de su imagen... pero ahora estoy seguro de no dar con la calle.

—Pues la tenemos bien cerca.

—¡Ah!

—Sí, aquí á la vuelta. Venid conmigo.

—¿Pero no oís?

—Oigo y no oigo. Es decir, que antes se oía tocar á rebato en el convento de San Francisco, y ya no se oye: antes no se oían disparos, y ahora no se oyen descargas de arcabuceria.

—Serán los vecinos del pueblo que se defienden desde sus casas.

—No, no; solo dispara así la infantería española; son descargas cerradas.

—¿Pero qué infantería es esa? La compañía de Diego de Herrera ha sido degollada.

—Pero estaba en Yátor la compañía del marqués de la Guardia.

—Pero en Yátor habrán entrado los monfies como en Cádiar y habrán degollado á los soldados.

—Así es probable que haya sucedido: pero os afirmo, y no me engaño que tenemos cerca infantería española, mucha y valiente. Esto nos favorece.

—¿Qué nos favorece?

—Ya vereis. No podían presentarse mejor á nuestros negocios. Andad, andad más deprisa, que se nos va acercando el combate. Hé aquí que estamos en la calle de doña Elvira.

—Creo que os engaiais. No veo el farol.

—¿Queríais que los monfies deja-

sen ardiendo una luz debajo de una imagen? Llamad.

—¿Dónde?

—Estamos á la puerta de doña Elvira.

—¡Ah! ¿esta es la casa?

—Esta es.

Cisneros buscó el llamador de la puerta, y dió tres golpes.

Vióse poco después luz por las rendijas y una voz de vieja dijo desde adentro:

—¿Quién sois?

—Vuestra señora me espera, contestó el comediante.

—¿Sois el hidalgo que vino esta noche?

—Yo soy.

—¿Venís solo?

—No, viene conmigo un amigo.

—Abrid, abrid, dijo con precipitación otra voz de mujer más fresca y más sonora.

Abrióse la puerta y entraron Laurenti y Cisneros.

—Y á tiempo ha sido, dijo éste: entrad, entrad con esa luz, señora, que tenemos el combate ya en la calle.

La vieja, una dama hermosa, vestida de negro que estaba en la segunda puerta del zaguán, y Cisneros y Laurenti desaparecieron en el interior.

Entre tanto el fuego de la mesquería redoblaba, oíase entre él el crujir de las ballestas y el silbar de las jaras, y alguno que otro grito de un hombre herido.

Veamos lo que pasaba en la calle.

Debemos retroceder: mientras tenían lugar los terribles acontecimientos de la iglesia, otros no menos terribles tenían lugar en el convento de San Francisco: por más que los frailes se habían defendido, por más que habían tocado á rebato, incendiado el convento, incendiada la torre de la iglesia, último refugio á donde aque-

llos desdichados se habían acogido, se habían visto obligados á rendirse; más ceñido que el Ferih á las órdenes del emir, el wali que mandaba á los monjes que habían asaltado el convento, dejó libres á las mujeres, á los niños y á los viejos que á él se habían refugiado y sólo degolló á los frailes y á los hombres robustos.

Después de esto penetraron en el convento entre las llamas, tomaron los vasos sagrados y los ornamentos y fueron depositados en la plaza.

Enseguida empezaron el saqueo por las casas una parte de los monjes, y otra se fué á combatir la torre de la iglesia donde estaban refugiados el beneficiado Ribera, maese Barbillo y algunos alguaciles, soldados, vecinos y mujeres.

Aquellos infelices se encontraban apurando desde hacía mucho tiempo una agonía horrible: oían á sus pies los gemidos de los que eran asesinados en la iglesia, veían recorrer las calles monjes con antorchas, penetrando en las casas, matando cristianos, saqueando y arrojando á un tiempo por las ventanas los cadáveres y los objetos robados: veían ardiendo el convento de San Francisco y lo que más les aterraba era el notar que la campana de los frailes había cesado de tocar á rebato.

Ellos por lo mismo, redoblaron su toque de una manera desesperada: al principio solo habían tañido la campana mayor; después asociaron á ella otra campana: por último, hasta los esquilonos se pusieron en movimiento.

—¿Habeis cortado las escaleras de la torre, Barbillo? decía lleno de angustia el beneficiado.

—Sí señor, contestaba repicando á dos manos Barbillo.

—¿No pueden subir?

—No señor, como no pongan escala, y para eso les arrojaremos los ladrillos que hemos arrancado del su-

lo y cuando estos falten los esquilonas....

—Nos pondrán fuego, exclamó llorando de terror el beneficiado.

Barbillo siguió repicando.

—¿Qué habrá sido de la pobre Mariblanca? añadió Juan de Ribera.

Barbillo soltó un bufido, y apretó con entrambas manos las cuerdas de ambos badajos.

—¡Ay señor beneficiado, exclamó una pobre mujer. Mire vuesa merced, mire por allá, por la parte de Yátor se ven antorchas!

—Y son soldados del rey, exclamó un muchacho.

—¿Soldados del rey has dicho, hijo? exclamó Juan de Ribera, avalanzándose al arco de campana que miraba á Yátor.

—Yo no veo más que las luces.

—Pues yo sí, yo veo muy bien los coletes de gamuza y los capacetes de los soldados, dijo una jóven. ¡Oh, Dios mio, vendrán á socorrernos!

—Es la compañía del señor marqués de la Guardia, exclamó con alegría maese Barbillo: veo tendida su bandera blanca, con su cruz de bastos rojos.

—Muy alegre os habeis puesto, maese.

—¡Si son ciento y cuarenta demonios, y el marqués de la Guardia un León, y el teniente Belorado un toro, y el alférez Cordavias un lobo! ¡Ah, señores monfies, paréceme que vais á dar con la horma de vuestro zapato!

—¿Pero vendrán aquí.

—¡Pues no han de venir! vedlos que suben por el repecho.

—Pero no estarían en Yátor, porque si hubieran estado allí no hubieran podido atravesar la rambla, ni los barrancos, dijo el beneficiado.

—Habrán subido á la sierra y habrán pasado por el puerto.

—Pues entonces traen seis leguas en el cuerpo, vendrán rendidos, ex-

clamó con desaliento el beneficiado.

—¡Pero calla! exclamó Barbillo, han apagado las antorchas; encima los tenemos. ¡Ah valientes!

Y se tiró con el furor del miedo á las campanas.

En aquel momento una jara que penetró por el arco se le clavó en la frente y cayó de espaldas.

Levantóse un alarido de terror entre los prisioneros de la torre.

Otra jara hizo sonar de una manera aguda una campana y otra y otra y otra siguieron entrando por los arcos.

Toda aquella pobre gente se arrojó.

Solo siguió tocando á rebato la campana mayor, cuyo badajo ponían en movimiento los prisioneros tirando desde el suelo de su cuerda.

Pero de improviso un nuevo incidente vino á centuplicar su terror.

Un humo espeso y acre empezó á penetrar por los arcos de las campanas.

Los monfies habían puesto fuego á la torre.

Sin embargo, entre aquel torbellino de humo y de llamas la campana seguía tocando apresuradamente á rebato.

Allá en los extremos de la villa y en el centro ardían también algunas casas de cristianos.

No tardaron en oirse en las entradas del pueblo disparos de arcabucería.

Entonces fué cuando Yaye, Aben-Aboo, Aben-Humeya, Aben-Jahuar y el Ferih, salieron de la iglesia con los monfies.

Al salir de la plaza desembocaba en ella á la carrera una manga de arcabucería, en medio de la cual flotaba la bandera blanca con la cruz de bastos rojos que había visto desde la torre el difunto Barbillo.

Al frente de la manga y armado

con una pica corta, venía un caballero joven, con el rostro pálido y la mirada chispeante é iracunda, que apenas vió á los monfies mandó hacer fuego con voz ronca á sus soldados.

Aquel caballero era el marqués de la Guardia.

Brillaron primero las mechas solapadas por los soldados y poco después se vió un relámpago y se escuchó una detonación uniforme: algunos monfies cayeron por tierra: á la descarga de la mosquetería española contestó una descarga de la ballestería de la montaña.

Algunos soldados cayeron también.

Una segunda descarga de los soldados diezmó de nuevo á los monfies.

—¡Es el marqués de la Guardia! exclamó con rabia Aben-Aboo.

—¡El marqués de la Guardia! exclamó con terror el emir. ¿Qué es esto, Dios mío?

—¡Hierro en mano y á degüello! gritó con voz tenante Aben-Aboo á los monfies, lanzándose el primero alfanje en mano sobre los soldados.

—¡Ah! dijo el marqués de la Guardia con una alegría insensata, horrible: ¡te me vienes á las manos, asesino! ¡á mí, camaradas! los arcabuces bajo el brazo izquierdo y fuera las espadas: ¡á ellos! ¡Santiago y cierra España!

Pero de repente los monfies se detuvieron cortados: por otra avenida de la plaza había aparecido el teniente Cristobal de Belorado, y los barría enfilándolos con las descargas de sus arcabuceros.

Casi al mismo tiempo el sargento Gaspar de Aponte desembocaba por otro punto y los hería por la espalda.

Los monfies acorralados entre tres fuegos, se arrojaron en tropel por una salida de la plaza que quedaba descubierta, obligando á que los siguiesen á Yaye, Aben-Humeya, Aben-Aboo y Aben-Jahuar.

—¿A dónde va vuestra señoría? exclamó el teniente Cristobal de Belorado, atravesándose al marqués de la Guardia que se había puesto en seguimiento de los monfies.

—¡Huyen!

—No huyen: desembarazan un lugar en que se han encontrado acorralados por sorpresa; pero dentro de poco cargarán sobre nosotros á centenares. ¡A cubrir las calles! gritó inmediatamente el viejo soldado.

—¡Es verdad! dijo suspirando el marqués: mandad barrear las calles: primero es nuestra obligación como nobles y castellanos: sacad todos los muebles y colchones que encontréis en las casas: ¿tenemos bastante pólvora?

—Nos hemos traído cargadas cuatro acémilas.

—Destinad veinte hombres que apaguen el incendio de la iglesia. Hola ¿qué hacéis alférez Cordávias? id cubriendo: sargento Aponte, vivo; haced abrir las casas y barread aprisa. Recoged nuestros heridos y rematad á esos perros monfies. ¡Ah! primero es nuestra obligación como cristianos y caballeros.

Y se puso á pasear por la plaza, con la pica debajo del brazo y con una distracción espantosa, murmurando monosílabos y lanzando de tiempo en tiempo un horroroso juramento.

En un momento las calles que daban á la plaza estuvieron cubiertas y barreadas; esto es, cortadas con altas barricadas; muchos de los cristianos que vivían en la plaza y que habían estado escondidos, salieron con sus escopetas, y unos veinte soldados de la compañía de Diego de Herrera que se habían salvado en la torre, descolgándose con una cuerda, fueron armados con los arcabuces de los soldados que habían sido muertos ó heridos en la sorpresa de la plaza.

—¿Pero dónde está el señor beneficiado? decían algunas mujeres que habían salido de la torre.

—¡El beneficiado! dijo uno de los de la compañía de Diego de Herrera: no ha tenido valor para descolgarse por la cuerda como nosotros y se ha quedado en la torre.

—¡Cómo! ¡el beneficiado de Cádiz! exclamó el marqués de la Guardia; ¡el que me casó esta tarde!... ¡Ah! ¡Diez hombres conmigo!

Pero cuando llegaron al pié de la torre, les detuvo un espectáculo horrible.

La torre, que se había incendiado por el centro, arrojaba por los arcos de sus campanas torbellinos de fuego: por la parte que miraba á la plaza, un hombre asido á una cuerda se contraía, se izaba, luchaba, daba gritos, pero no descendía; estaba aferrado á la cuerda con el terror de la muerte.

En vano le gritaban los soldados que se dejase resbalar.

Aquel hombre no les oía.

Viósele agotar sus fuerzas en conatos desesperados; extenderse al fin, quedar un momento pendiente de los brazos, y caer luego desde la altura dando vueltas.

—¡Es el beneficiado! gritaron las mujeres.

—¡Está muerto! dijo un soldado.

El marqués de la Guardia se separó de aquel lugar, y se puso á pasear de nuevo á lo largo de la plaza.

Entre tanto seguían los preparativos de de defensa: muy pronto todas las avenidas de la plaza estaban perfectamente cubiertas, todas las calles que de ellas nacían, cortadas. Solo con un largo sitio y por hambre, podían rendir los monfies á los castellanos, y era de esperar que el capitán general enviase pronto socorro.

Cuando todo estuvo preparado, distribuidos los centinelas, apagado el

incendio de la iglesia, se esperó en vano la acometida de los monfies: el más profundo silencio reinaba en la villa.

—¿Qué hacemos aquí? dijo el marqués de la Guardia, volviéndose bruscamente á Cristóbal de Belorado: nos vamos á quedar esperando al Mesías? los enemigos se han marchado.

—Los moros son mala gente, señor marqués, dijo Belorado: callan pero no se fie usía de su silencio: han huido pero no se fie usía de su fuga: saben que somos pocos, y quieren que nos extendamos en la villa. Como estamos, estamos bien.

—Os digo que los moros se han retirado.

—Como guste usía, pero...

—¡Señor Cristóbal de Belorado! ¿Sereis acaso vos el capitán de la compañía, y estaré yo acaso faltando á mi obligación disputando con vos?

Callóse el teniente.

—Tomad veinte hombres y reconoced.

El marqués volvió la espalda al teniente y siguió paseando.

—El capitán está loco, dijo Belorado, y su locura nos va á costar el pellejo; pero ¿qué hemos de hacer? lo manda; desobedecer ó cumplir mal su mandato, sería una cobardía: ¡Hola sargento Aponte! escoged veinte hombres, y conmigo.

—¿A dónde vamos, señor Cristóbal de Belorado? dijo el sargento?

—¡Ehl! ¿y qué es importa á vos? ¿Tenéis miedo?

El sargento se calló ante el teniente, como el teniente se calló ante el capitán.

—¡Ah, de la primera escuadra! gritó.

Formáronse inmediatamente en tres filas unos treinta hombres; el sargento hizo adelantar los hombres de las dos primeras filas, envió á los diez restantes á sus puestos, y fijó una

mirada terrible en los veinte hombres que se habían quedado.

Algunos de ellos murmuraban.

—¡Eh! ¿Qué dices tú Gil Perez? ¿y tú Pedro Donoso? ¿y tú, Chirlo del diablo? ¡eh! ¿tenéis miedo, bergantes? ¡silencio y firmes! ¡o voto á!...

Y lo soltó redondo, arrimando al mismo tiempo á los soldados algunos golpes con el asta de su alabarda.

El sargento se vengaba en los soldados de las palabras del teniente, como el teniente se había vengado en el sargento del exabrupto del capitán: pero hay que notar que aquella venganza aumentaba á medida que descendía.

Los soldados no podían desagraciarse con nadie, porque la venganza había dado fondo en ellos.

El sargento dió parte á Belorado de que la gente estaba dispuesta, y Belorado se adelantó hácia ellos, y les dijo apoyado en su pica:

—Muchachos: vamos á hacer un reconocimiento sobre los enemigos: esto quiere decir que sopléis las cuerdas para que den pronto fuego. El lance es apretadillo y se os ha buscado para él, á vosotros, que por valientes marchábais en la vanguardia de la compañía: ¡cuerpo de Dios! todos habéis estado en Flandes, y ya sabéis á lo que sabe el hierro: ¡voto á... que el que se me vuelva atrás un paso, se encuentra con la punta de mi pica! ¡Treinta legiones! debéis ser valientes porque sois soldados y... ¡fuego y rayos! acordáos de que estos moriscos son muy ricos y de que podemos encontrar al paso alguna cosa. Con que no os digo más. Id á donde yo vaya... y en marcha, hijos, en marcha.

Y el teniente, con el sargento y los veinte hombres salió por el claro de una barricada.

—¡Una valiente espada que perdemos, y veinte y un leones, que van á

quedar tendidos á oscuras y miserablemente! dijo el alférez Cordavias, que estaba apoyado en su bandera, al aposentador de la compañía.

—Pero yo no entiendo esto, dijo el aposentador: á nosotros nos había relevado la compañía de Diego de Herrera, estábamos en Yátor y de él no debíamos de habernos movido: el marqués parece dominado por algo terrible: vamos, no lo comprendo: ¿y á qué enviar á Belorado con esa gente?

—Yo no sé, yo no sé lo que le pasa al marqués, amigo Macías: todos le creíamos en Granada, cuando he aquí que se presenta en la posada de Belorado... yo estaba con él, y con dos buenas mozas.—Que se vayan esas mujeres, dijo el marqués.

Por más que nos extrañase esta salida tan descortés, porque al fin si él es título de Castilla no es más hidalgo que nosotros, venía de tal manera que nos causó espanto: venía con la cabeza descubierta, con el semblante desencajado: mojado de pies á cabeza; más que mojado, cubierto de lodo; miraba en torno suyo de una manera insensata, y arrojaba llamas por los ojos. ¿Véis que es buen mozo y buena cara? pues daba miedo: cuando salieron las mujeres dijo á Belorado.—Dadme vestidos y vos Cordavias, haced que los trompetas toquen llamada de infantes, y á la plaza con la gente.

Yo salí; algunos minutos después, y antes de que hubiese acudido toda la compañía, ví venir al capitán vestido con otras ropas, y con una coraza limpia al lado del teniente, ¿y no habéis reparado? trae sobre la coraza una cadena de oro, y pendiente de la cadena una rica joya.

—Sí, sí; ya lo he visto, y no sé á qué vienen esas galas: sobre todo cuando hace una noche tan oscura, y cuando es más fácil encontrar un arcabuzazo que un galanteo.

—Yo tampoco lo entiendo: ni sé si

el capitán ha cumplido con su obligación abandonando á Yátor y trayéndonos á Cádiar, con tres leguas en el cuerpo y enlodados hasta la cintura.

—En Yátor debe de haber habido también jarana.

—Esto se estaba esperando de un momento á otro, y creo, Dios me perdone, que tenemos faena para algún tiempo.

—¿Creéis que esto sea una guerra?

—Creo que nosotros somos los primeros soldados del rey que han disparado en esta guerra los arcabuces.

—¡Bah! ¡Diego de Herreral...

—En la iglesia hay algunos soldados muertos de su compañía: sin armas, con todas las señas de haber sido sorprendidos: juraría á que esos perros los han degollado en sus mismas casas.

—Todo pudiera ser; pero noto una cosa singular.

—¿Qué?

—Ya sabéis que Cristóbal de Belorado es hombre capaz de meterse en el infierno, antes de que uno solo de sus soldados pueda decir que se ha parado ante el peligro. De seguro se ha metido por las calles de la villa y reconocido en regla como Dios manda.

—¿Y qué encontráis de extraño en eso?

—Que no se oye un solo arcabuzazo.

—Eso no quiere decir más sino que á los monfíes les gusta más el campo que las calles, y que han cercado la villa.

—Belorado ha tenido ya tiempo para salir de la villa y habrá salido: á lo menos habrá mandado internarse en las quebraduras inmediatas algunos hombres, y nada, nada se oye. Los moros se han retirado de Cádiar.

—Vayan con Dios: á enemigo que huye...

—¡Alférez! dijo el capitán desde el centro de la plaza.

Se echó el alférez la bandera al hombro, y se dirigió al capitán.

—Dejad una escuadra de guardia y con la demás gente reconoced los muertos que hay en la iglesia y en la plaza.

El alférez obedeció.

—Es extraña la confianza que tiene el capitán, dijo volviendo junto al aposentador. No parece sino que está seguro de que los monfíes se han retirado.

—Pues no lo entiendo, dijo Macías.

—Ni yo tampoco. ¡Hola, sargento Astudillo! quedaos de guardia con vuestra escuadra en la plaza!

—Muy bien, mi alférez.

—Poned en cada bocacalle un centinela.

—Muy bien.

—Y decid á los sargentos de las otras tres escuadras que formen la gente.

El resto de la compañía que no había ido á reconocer ni quedaba de guardia, se encontraba poco después en la iglesia, reconociendo los cadáveres.

La mayor parte de las velas se habían apagado, pero aún quedaban muchas ardiendo.

La iglesia exhalaba un olor insportable á sangre fresca.

Los soldados revolvían los cadáveres y los amontonaban.

Cuando encontraban una mujer, la arrancaban las arracadas, y si las orejas resistían se las abrían con las dagas: no perdonaban joya ni suma que hallaban, ni dejaban de registrar la bolsa á un solo muerto.

Y en aquella ocupación ni parecían sentir el olor de la sangre ni el ho-

ror que naturalmente inspiran cada-
veres despedazados.

Eran dignos miembros de aquella famosa infantería española compuesta de vagos y aventureros, á la cual para que tomasen una plaza al asalto, no había necesidad de hablarles de la gloria que podían alcanzar, sino de las horas que se les concedían de saqueo y licencia, una vez tomado el castillo ó la ciudad sobre la que los arrojaban como una tromba de exterminio.

Encontráronse más de cien cada-
veres, entre ellos el corregidor, algunos alguaciles, algunos soldados, más de treinta mujeres, algunos niños y como sabemos, el del inquisidor Medrano, el del beneficiado Juan de Ribera, el de maese Barbillo, y el de Hurtado do Campe.

Después de este reconocimiento se reconocieron las casas de la plaza, y en ellas, desiertas todas porque los moriscos habían escapado con los monfíes, se encontraron soldados asesinados en sus lechos, y en la del beneficiado Juan de Ribera, el capitán Diego de Herrera, cosido á puñaladas bajo una mesa servida.

Los primeros soldados que entraron allí, al ver los manjares los devoraron: poco después dos soldados que habían comido de las setas preparadas por Mariblanca murieron en medio de las más horrosas convulsiones.

Al amanecer volvió de su reconocimiento el teniente Cristóbal de Belorado.

— Señor marqués, dijo: los monfíes se han retirado enteramente.

— Ya lo sabía yo, dijo el marqués de la Guardia: ahora, añadió, que ya es claro, poned guardias en la atalaya y en la torre de la iglesia: haced que los demás que hayan quedado recojan los muertos y los entierren, y apesentad la compañía.

Dicho esto, el marqués fué á apo-

sentarse en la vecina casa de Juan de Ribera, escribió un largo parte al capitán general de Granada, y le envió con un correo.

CAPÍTULO XXIX

DE LO QUE ACONTECIÓ AQUELLA MISMA NOCHE EN GRANADA.

Farax Aben-Farax, con seis mil monfíes, había emprendido aquella tarde, cumpliendo la orden del emir, su marcha sobre Granada.

Pero estaban tan difíciles los pasos de la sierra, que para llegar á la media noche se vió obligado á elegir los más prácticos en el terreno, los más hábiles y los más fuertes y con solo trescientos hombres tomó á buen paso el camino de la ciudad.

Pero no llegó tan pronto que no pasase con mucho la hera de la media noche, y las gentes de la ciudad tuvieron tiempo para ir á las iglesias á oír la Misa del Gallo, y volver tranquilamente á sus casas.

Aunque los moriscos del Albaicín estaban prevenidos y todo lo tenían preparado, no se atrevieron á moverse por sí solos, porque, amedrentados, querían que se le diesen hecho todo los monfíes.

Por otra parte la tardanza de estos empezaba á desanimarlos.

Contaban demas con ocho mil moriscos del valle de Lecrin, del partido de Orgiva y de las alquerías de la Vega, y ni un solo emisario de estos se había presentado. En un lugar de la sierra que se llama Cenes, debían esperar ocultos en un cañaveral dos mil hombres, y también faltaron; estos hombres mandados por los waldes de la montaña, el Partal y el Nacoz debían acometer la Alhambra, y escalar la parte que corresponde á Generalife, para cuyo efecto se habían fabricado en los lugares de Dúdar y Quen-

tas diez y siete escalas grandes de esparto, por cuyos anchos travesaños de madera podían subir á un tiempo tres hombres: la longitud de estas escalas se había calculado con arreglo á la altura de los muros, cuyas medidas había dado un morisco albañil llamado maese Francisco Aben-Edem, y los moriscos del Albaicín debían acudir con sus capitanes á la primera señal.

Lo que debían hacer estos capitanes era lo siguiente:

Miguel Acis, con las gentes de las parroquias de S. Cristóbal, San Gregorio el Alto y San Nicolás debía acudir á la puerta de Frex-el-Leux, ó de Fajalanza, con un estandarte de damasco carmesi con lunas de plata y flecos de oro: Diego Niquell, el mozo, con las gentes de San Salvador, Santa Isabel de los Abades y San Luis, y una bandera de tafetán amarillo á la plaza de Bib-al-Bonut, y Miguel Mozagaz con la gente de San Miguel, San Juan de los Reyes, y San Pedro y San Pablo y una bandera de damasco azul turquesado, á la puerta de Guadix.

Lo primero que debían hacer los de esta parte, era pasar á cuchillo á los cristianos que vivían en el Albaicín, y dejando una guardia en aquellos lugares, acometer después la ciudad por tres partes, y al mismo tiempo la fortaleza de la Alhambra.

Los de la puerta de Frex-el-Leux, debían bajar al campo del Triunfo por fuera de los muros, ocupar el Hospital Real, acometer la puerta de Elvira, entrar por ella matando á los cristianos que encontrasen, forzar la cárcel de la Inquisición, y soltar los moriscos presos en ella.

Los de la plaza de Bib-al-Bonut, debían bajar por la cuesta de la Alhacaba, dando por la calle de la Calderería en la cárcel de la ciudad, poniendo de libertad á los moriscos, y yendo

después á la casa del arzobispo procurando prenderle ó matarle.

Los de la puerta de Guadix debían bajar por la ribera del Darro, acometer las casas de la Audiencia Real, y prender al presidente don Pedro de Deza, yendo después á reunirse todos á la plaza de Bib-al-Rambla donde debían acudir también los ocho mil hombres del valle de Lecrín, del partido de Orgiva, y de la Vega.

La ciudad debía ser entregada al degüello, al saqueo y al incendio.

Tentanse sospechas de que los moriscos tramaban algo; pero como no hubiese un solo traidor entre ellos, ni se conocía su plan, ni se sabía el día de la rebelión, ni aun se creía que pudiese ser, á pesar de que en Granada había muy poca gente de armas y casi ningún pertrecho.

El marqués de Mondéjar don Inigo Lopez de Mendoza, había escrito al consejo del rey pidiendo hombres, y su petición se había desatendido hasta tal punto, que si los moriscos llegaban á poner en práctica su plan concertado, hubiera sido horrible lo que hubiera acontecido en Granada la Noche-Buena de 1568.

Todo consistió en esperar los unos la resolución de los otros: Farax-aben-Farax confiando en las gentes del Albaicín y necesitando aprovechar el tiempo, creyó que bastaba presentarse en el Albaicín con los trescientos monfies que llevaba, y tanto anduvo, que á pesar del temporal, lo oscuro de la noche y lo intrasitable de la sierra, llegó á Granada á la una de la noche, tomando de los molinos que están junto al río Darro los picos y herrerías que había en ellos, llegó á un muro que en aquellos tiempos existía aún, y del cual solo quedan hoy algunos restos, y abriendo con los picos un portillo que estaba tapiado por cima de la puerta de Guadix, entró por lo alto del barrio

de Raab-Albayda, en el Albaicin, dejando veinte y cinco monfies de guardia en el portillo, y haciendo que los restantes se pusieran bonetes encarnados y tocas blancas para parecer turcos, se fué á la casa que tenía en Granada junto al convento de Santa Isabel de los Abades, y llamó á los principales moriscos con quienes estaba concertado el alzamiento.

—¿Qué es esto? les dijo: acabo de entrar en la ciudad y la encuentro tranquila, desiertas y silenciosas las calles, y hasta las rondas metidas en sus casas. ¿Qué es lo que pensáis hacer? La Alpujarra se ha levantado, y en estos momentos los cristianos son degollados é incendiadas sus haciendas; vosotros solos estáis en silencio y acobardados.

Disculpáronse los llamados con que nadie les había acudido.

—Los ocho mil hombres que deben venir del Valle y de la Vega, dijo Farax, y los capitanes de las parroquias del Albaicin están prevenidos. Pero es necesario que vosotros los ricos y los respetados los deís los primeros el ejemplo, no mostrándoos cobardes y débiles. Que para esto he venido yo.

—Has venido con muy poca gente, dijo Abul-ben-Eden, y te perderás; nosotros no queremos perdernos más de lo que estamos. Los primeros que nos han faltado son los monfies.

—¡Cómo! exclamó irritado Farax; me habéis hecho perder mi casa, mi familia y mi hacienda, y darme á la sierra, solo por la libertad de la patria, y ahora que llegamos al punto del combate, los que más debíais favorecernos y ayudarnos os echáis fuera del peligro, como si hubiese otra salvación que la guerra, ó como si después de lo que hemos hecho esperarásemos alcanzar perdón de los cristianos! antes debíais haberlo pensado; pero ya que sois tan miserables y tan cobardes, yo, yo solo con los que ten-

go, haré que el Albaicin se levante ó perezcáis todos los que estais en él.

Y rugiendo de cólera se salió de su casa antes del amanecer, llevando los trescientos monfies en dos cuadrillas, y por la calle de Raab-Albayda se encaminó á la plazuela que está delante de la colegiata del Salvador, donde le dijeron que había una guardia de seis ú ocho soldados.

Cuando llegaron á la plazuela los monfies que iban delante, se detuvieron á esperar la llegada de los otros, porque vieron un soldado que se paseaba por la plazuela haciendo centinela, y cuando sintió el ruido de los pasos de los monfies que subían por Raab-Albayda, creyendo que era la ronda del corregidor, se fué hacia los monfies con la mano puesta en la espada y echándola de valiente, y cuando estaba cerca de ellos les dió el

¿quién vive?

La contestación de los monfies fué disparar sobre él las ballestas que llevaban armadas, hiriéndole en un muslo.

El soldado dió á huir hacia el lugar donde sus compañeros dormían descuidadamente alrededor de una hoguera, y empezó á dar gritos y á llamar al arma.

Los monfies cargaron sobre los soldados, que aturdidos con el sueño no pudieron levantarse tan pronto que no dejasen dos hombres muertos, llevando consigo otros dos heridos.

Signiéronles los monfies por unas callejuelas estrechas hasta la plaza de Bib-al-Bonut, donde en aquellos tiempos estaba el convento de los Jesuitas: llamaron é insultaron al jesuita Albotodo, que era morisco, y no pudiendo forzar la puerta que era muy fuerte, arrancaron una cruz de madera que estaba clavada sobre ella y la hicieron pedazos.

La otra cuadrilla de monfies, capitaneada por el walí Naco, tomó des-

de la plazuela del Salvador á la derecha, llegó á la Plaza Larga, derribó la puerta de una botica que era de un familiar del Santo Oficio, llamado Diego de Madrid, y no habiéndole encontrado dentro, le robaron é hicieron pedazos botes, redomas, armarios y cuanto encontraron, y luego pasaron el portillo de San Nicolás, situado junto á la puerta más antigua de la alcazaba Cadima, y saliendo á la plazuela de la iglesia, desde donde se vé enteramente la Alhambra, el barrio del Hazeriz y gran parte de la ciudad, empezaron á tocar la zambra con sus dulzainas y atabalejos, y á decir á grandes voces:

—No hay más Dios que Dios y Mahoma su mensajero: todos los moros que quisieren vengar las injurias que los cristianos han hecho á sus personas y ley, vénganse á juntar con estas banderas, porque el rey de Argel y el Xerife, á quien Dios ensalce, nos favorecen y nos han enviado toda esta gente, y la que nos está aguardando allí arriba. Ea, ea, venid, que ya es llegada nuestra hora y toda la tierra de los moros está levantada (1).

Los cristianos escucharon aterrados este pregón, porque temían lo que no sucedió: esto es: que se levantasen los moriscos del Albaicín: en vano Farax-Aben-Farax y Nacoz y el Niqueli, repitieron sus pregones: ni un solo morisco salió á la calle.

Entre tanto las campanas de la Colegiata del Salvador tocaban apresuradamente á rebato, y empezaba á extenderse este toque á las torres de las demás parroquias.

Desesperado Farax, y viendo que ya amanecía, que nadie le ayudaba, y que no llegaba el grueso de los monfíes, se decidió á abandonar la ciudad.

(1) Mármol: Historia de la rebelion y castigo de los moriscos de Granada: libro IX, capítulo IV.

Al pasar ya en retirada con sus dos cuadrillas por la calle de los Panaderos, se abrió una ventana y apareció un viejo.

¿Cuantos sois? preguntó á Farax.

—Seis mil, contestó el alguacil mayor del reino.

—Venís pocos y venís tarde; exclamó el viejo con desprecio, y cerró la ventana.

Salióse ya enteramente desesperado Farax por el portillo por donde había penetrado en el Albaicín, y antes de retirarse definitivamente quiso probar el último recurso, y subiendo al cerro de San Miguel hizo dar desde su cumbre otro pregón, y como nadie le contestase tampoco, gritó con todas sus fuerzas como si hubiera querido que le oyesen todos los moriscos del Albaicín:

—¡Perros! ¡traidores! ¡cobardes! ¡que nos habéis engañado y no cumplís lo prometido! ¡quedáos en paz! ¡pero yo os juro que si vuelvo será para degollaros lo mismo que á los cristianos!

Y seguidamente, rugiendo como un león herido, se precipitó con sus trescientos monfíes por la ladera del cerro, y subiendo por el rio Darro tomó el camino del lugar de Cenes.

Solo Dios sabe lo que hubiera acontecido aquella noche, si los moriscos del Albaicín se hubiesen levantado á la voz de Farax, ó si hubiesen llegado los restantes monfíes, que á causa de la nieve no pudieron atravesar la sierra.

CAPÍTULO XXX.

COMPLEMENTO DEL ANTERIOR.

Entre tanto los soldados que habían huido de la plazuela del Salvador, donde como dijimos estaban de guardia, fueron á avisar á Bartolomé de Santa María, uno de los alguaciles en-

cargados por el presidente Deza de rondar el Albaicín. Por el camino los soldados habían ido llamando á grandes voces al arma; mas estaban los vecinos tan descuidados, que creyendo que fuese burla, se asomaban á las ventanas gritándoles que callasen, y creyéndolos borrachos. Otros vecinos, salieron á medio vestir, asombrados, soplando las mechas de los arcabuces, y no sabiendo qué hacer ni á dónde ir.

Llegados, pues, el alguacil, los soldados y algunos vecinos á las casas de la Chancillería, dieron parte de lo que sucedía al presidente Deza, aunque de una manera confusa é incompleta, porque el miedo que antes no les había dejado ver, no les dejaba entonces hablar. El presidente hizo avisar al corregidor y al marqués de Mondéjar, y mandó al Albaicín al alguacil Santa María, para que se enterase bien del hecho y volviese á noticiárselo. Entre tanto el soldado que fué á avisar al marqués de Mondéjar estuvo detenido mucho tiempo en las puertas de la Alhambra, que no quisieron abrir, hasta que lo mandó el conde de Tendilla que andaba rondando por los adarves, y había ya oído desde ellos la zambra y las voces de los monfíes en el Albaicín.

El soldado le informó de todo, y el conde de Tendilla le llevó al aposento de su padre el marqués de Mondéjar, que no quería creer lo que le decían, hasta que afirmándole su hijo que había escuchado instrumentos moriscos en el Albaicín, y el soldado que había visto hombres vestidos y tocados como turcos, saltó del lecho, se armó y mandó que la gente de la fortaleza se pusiese en armas.

Pero se encontró con que solo tenía ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos: gente que no bastaba para defender el castillo, cuanto más para sacarla de él. Tanto más no

sabiéndose el número de los enemigos, que podían ser muchos, puesto que solo en el Albaicín podían tomar las armas diez mil moriscos: en la ciudad había muy poca gente bien armada de que poder disponer, y lo estrecho, pendiente y tortuoso de sus calles favorecía á los moriscos para la defensa.

Resolvióse por eso á no dejar la Alhambra hasta que amaneciese, y habiendo sabido que el alguacil que fué á reconocer el Albaicín no había encontrado rastro de moro, ni más que algunos vecinos asustados, mandó que las campanas cesasen de tocar á rebato y que subiesen algunas rondas para asegurar el Albaicín, no fuese que con el pretexto del alboroto saqueara la gente de mal vivir las casas de los moriscos.

El corregidor por su parte apenas recibió el primer aviso, montó á caballo y con algunos caballeros que se le presentaron armados, fué á situarse en la Plaza Nueva, delante del palacio de la Chancillería, donde recogió la gente que bajaba desbandada del Albaicín, y allí estuvo quieto hasta que amaneció, temeroso que el lance siguiese más adelante.

Habían encontrado los que fueron á reconocer el Albaicín el portillo abierto por los monfíes, y junto á él las herramientas de que se habían servido y un saco lleno de bonetes turcos: cuando fué de día el marqués de Mondéjar dejó la Alhambra y bajó á la Plaza Nueva con don Alonso de Cárdenas, su yerno y sus hijos el conde de Tendilla y don Francisco de Mendoza, reuniéndosele en la Plaza Nueva los marqueses de Villena y Villanueva, el conde de Miranda y otros muchos caballeros que se encontraban en Granada siguiendo pleitos y otros muchos escuderos y gentes de guerra, que habían acudido temerosos de lo que aquello pudiera ser.

En aquellos momentos un traginero dijo al marqués de Mondéjar, que había encontrado á los monfíes caminando con dos banderas tendidas, por detrás del cerro del Sol hácia el lugar de Casa Gallinas.

Alborotáronse con estas noticias los que estaban con el capitán general y quisieron marchar tras los monfíes. Pero el marqués de Mondéjar no lo consintió á causa de que era más importante la seguridad de la ciudad, y de no saberse el número de los enemigos.

Limitóse á enviar un escudero suyo con alguna gente á reconocerlos, y él con treinta caballos, cuarenta arcabuceros y los alabarderos de su guardia subió al Albaicín; atravesó por medio de él sin encontrar una sola persona, porque los moriscos estaban encerrados y prevenidos en sus casas temerosos de ser robados: y llegando á la plazuela del Salvador, preguntó á algunos cristianos que se encontraban en ella, por qué no se veían moriscos por las calles y le respondieron que se habían retirado á sus casas.

Entonces mandó á Jorge de Baeza que llamase á los principales de ellos y venidos y habiendo protestado que ellos no tenían culpa alguna de lo que había sucedido, y que eran buenos y leales vasallos del rey, el marqués les respondió: que puesto se habían mostrado tales no acudiendo al llamamiento de los monfíes, continuasen en su lealtad, y que coutasen con su amparo.

Afectaron quedar muy contentos los moriscos, bajó á la Plaza Nueva el capitán general, y como ya era bien entrado el día, se resolvió dar sobre los monfíes, y salieron cuando los que habían salido á reconocerlos trajeron noticia del camino que llevaban.

Los monfíes seguían entre tanto su camino hácia la sierra y sin detenerse

en los lugares de Dudar y Quéntar pasaron por ellos y bajaron á Cenes, donde se detuvieron á almorzar, y habiendo sido avisados que el capitán general de Granada se les venía encima tomaron de nuevo el camino por la falda de Sierra Nevada hácia el lugar de Dilar.

El marqués de Mondéjar tomó por cima de Huétor hácia Dilar, y al llegar al campo de Gueni los caballos de vanguardia, descubrieron á los moros que iban ya embrenándose en la sierra.

Don Alonso de Cárdenas apretó las espuelas á su caballo, y seguido de algunos ginetes, se puso en demanda de los monfíes creyendo poder alcanzarlos antes que se embrenasen: pero se lo impidió una cuesta muy agria que hay en el barranco del río de Dilar, y tardaron tanto en subir y bajar que los monfíes tuvieron tiempo de posesionarse de un cerro alto y muy áspero que se levanta á la derecha del pueblo, y poniendo las banderas en medio, empezaron á jugar sobre los del marqués las ballestas y los arcabuces.

Mataron algunos soldados, pusieron en respeto á los demás, obligaron al marqués de Mondéjar á no pasar adelante, y luego tomaron lo áspero de la sierra, donde no podían subir los caballos, y burlando al marqués de Mondéjar, bajaron al valle de Lecrin, le sublevaron diciendo que dejaban alborotada á Granada, y se entregaron respecto á los cristianos que vivían en los pueblos del valle, á las mismas atrocidades que habían ensangrentado á Cádiar.

El marqués mandó tocar á recoger, y cuando tuvo la gente formada, cuando vió que por su poco número se veía obligado á volver á la ciudad, tomó el camino de ella murmurando para su celada:

—Los del consejo de Su Magestad

creen que aquí no necesitamos ni hombres ni dinero, y si este descuido dura, Granada se perderá.

En medio del camino le detuvo un soldado que traía para él una carta: aquella carta era del marqués de la Guardia, en que le daba cuenta de los terribles sucesos de Cádiar.

CAPÍTULO XXXI.

DE CÓMO SUPO YAYE QUE SU MALA ESTRELLA SE LE HACÍA CADA VEZ MÁS ENEMIGA.

Volvamos al marqués de la Guardia en el punto en que después de haber escrito su carta para el capitán general se había quedado solo.

Era poco después del amanecer.

El marqués estaba en un estado de exaltación terrible.

Estaba loco.

Solo se le oía murmurar:

—¡Esperanza! ¡Mi Esperanza! ¡Mi hija!

Y después de murmurar estas palabras revolvió en torno suyo su mirada ensangrentada y furiosa.

Abrióse la puerta del aposento, y un soldado le entregó una carta.

Aquella carta decía:

—«Caballero: ignoro por qué razón os he encontrado al frente de vuestra compañía en Cádiar, cuando os creía al lado de mi hija. Tengo derecho á que me satisfagais, y os mando que vengais á encontrarme siguiendo al hombre que os llevará esta carta.— El emir de los monfíes.»

—¿Dónde está el hombre que ha traído esta carta? dijo el marqués, guardándosela en el bolsillo.

—Espera en el zaguán, señor, contestó el soldado.

—Hacedle entrar.

Entró un hombre de aspecto al parecer humilde y miserable y pobremente vestido.

El marqués se quedó solo con él.

—¿Sabes quién te envía? dijo el marqués.

Irguióse el mendigo.

—Soy walí del poderoso emir de los monfíes, contestó, y me llamo Suleimán.

—¿Y te atreves á decírmelo?

—Sí: tú eres también monfi.

—¡Yo!

—Sí, tú: tú eres monfi, eres traidor.

El marqués echó mano á su espada.

—Sí, dijo Suleimán, sin inmutarse por el movimiento amenazador del marqués: eres monfi, porque eres esposo de la sultana Amina; y eres traidor, porque ayudas á los cristianos.

—¡La sultana Amina! exclamó con acento rugiente el marqués: ¡sabes tú lo que ha sido de la sultana Amina! ¡sabes si está muerta ó viva.... ó tal vez peor que muerta!

Palideció profundamente Suleimán, y asíó con furor un brazo del marqués.

—¿Te habrás atrevido, perro cristiano?... exclamó.

—Me la han robado, gritó el marqués, lanzando de sí á Suleimán, y con ella me han robado á mi hija.

—¡Qué te han robado á la sultana Amina! ¿y quién, quién? gritó Suleimán, sin temor de ser oído: ¿sabes tú lo que hará contigo el emir, si no le das cuenta de su hija, aunque te ocultes en medio de los escuadrones del Rey de España?

—¿Dónde está Aben-Aboo?

—¡Aben-Aboo! ¡el compañero en el mando del emir! exclamó con extrañeza Suleimán, porque no sabía á dónde el marqués iba á parar.

—¡Llévame, llévame á donde esté el emir! dijo el marqués: á él solo daré cuenta de lo que ha sucedido; llévame á donde esté el emir, y nada temas.

—Yo nada temo, replicó Suleimán,

pero puesto que obedeces á nuestro común señor, sígueme.

Calóse el marqués su morrión de hierro, envolvióse en una capa que le habían prestado, y siguió á Suleimán.

En cuanto éste estuvo fuera de la casa, tomó todo el aspecto de un mendigo anciano y enfermo.

Bajaron torciendo por algunas callejas y salieron al campo: esto es, á la montaña.

En cuanto estuvieron en ella, Suleimán se irguió de nuevo, y siguió adelante á gran paso.

El marqués iba tras él.

Pasaron algunos barrancos, en los cuales quedaba el fango del pasado aluvión, y al fin Suleimán empezó á trepar por un sendero escarpado, á cuyo fin se veía la entrada de una cueva.

Cuando llegaron á ella, el marqués vió que dentro se paseaba un hombre enteramente vestido á la usanza mora.

Aquel hombre era el emir.

Al sentir á Suleimán se volvió: al ver tras él al marqués, se puso letalmente pálido, y con un ademán imperioso mandó á Suleimán que se retirase.

El monfí descendió á la carrera por el sendero.

Yaye y don Juan quedaron solos.

—¡Cómo te encuentro aquí, mi buen hijo! exclamó el emir con un acento doloroso y reconcentrado, conteniendo mal su cólera.

—Teneis razón, señor, dijo el marqués. Teneis razón en extrañar que me encuentre á vuestro lado porque debía estar muerto.

Pronunció de tal modo el marqués estas palabras, que la irritación del emir pasó para dejar su lugar al espanto.

—¡Muerto! ¡y por qué! ¿y mi hija y tu esposa?

—No sé qué ha sido de ellas, exclamó con desesperación el marqués.

—¡Habla! ¡habla! ¡acaba! no sé por qué veo en tus palabras, en tus miradas, los indicios de una gran desgracia.

—¡Me la han robado! exclamó con acento rugiente el jóven.

—¡Robado! ¡pero quién! ¡cómo!

—¡Quién! Diego López Aben-Aboo, exclamó el marqués: sí, le reconocí, y eso que solo le ví á la luz del fuego de un arcabuzazo; pero tenía fijos en mí los ojos con una expresión infernal... y luego oí su voz ronca que gritaba: ¡embreñaos! ¡embreñaos con ella!... después nos separó la mano de Dios: una maldita avenida por el barranco donde nos encontrábamos.

Yaye estaba aterrado, contraído, mudo, sin poder pronunciar una sola palabra.

El marqués le refirió de qué manera habían sido sorprendidos, y cómo desesperado se arrojó con su caballo á la corriente.

Después continuó:

—Yo debí perecer: la violencia de la avenida arrastraba á mi caballo: veía pasar rápidamente á ambos costados míos las sombras informes de las rocas: encontréme de repente fuera del caballo que se había sumergido, y me sentí sumergir; pero también de repente me sentí alzado y me encontré sobre el tronco de un árbol que arrastraba la avenida. Por una casualidad aquel tronco se detuvo en una roca: yo tendí los brazos á aquella roca, y encontré por casualidad las raíces de un árbol: trepé... y me encontré salvo, pero me encontré solo... solo... ¿qué había sido entre tanto de mi Esperanza?

El marqués inclinó la cabeza desesperado.

—¡Mi hija...! ¡robada por Aben-Aboo! murmuraba entre tanto sordamente el emir.

Y luego cerrando los puños, y levantando los ojos al cielo exclamó:

—¡Oh! ¡es mucho, mucho castigo! ¡es demasiado! ¡es horrible, Señor!

Y luego volviéndose al marqués, continuó:

—¿Pero estás seguro?... ¿seguro de todo punto?

—¡Oh! tan seguro estoy de ello, que donde quiera que le encuentre, he de beber la sangre de ese infame.

—Pero, exclamó desconfiando aun el emir, tú te encontraste solo en una roca en la montaña... en un terreno que no conoces, de noche... y después te he encontrado con tu compañía en Cádiar: tu compañía estaba en Yátor.

—La avenida me había echado cerca de Yátor.

—¿Pero cómo pudiste conocerlo, no siendo práctico en la tierra?

—Se escuchaba á lo lejos el ladrido de algunos perros, y se veían algunas luces inmóviles entre la oscuridad; yo me dirigí adonde se escuchaban aquellos ladridos, adonde brillaban aquellas luces, y me encontré en Yátor. Entonces busqué á mi teniente Cristóbal de Belorado, y le mandé reunir la gente, con la cual me encaminé á Cádiar, adonde llegué después de la media noche. Yo sabía que Aben-Aboo era vecino de Cádiar, que tenía allí á su madre, y no se por qué, estaba seguro de encontrar en Cádiar á Aben-Aboo. Y no me engaño. ¿Por qué huyeron los monfies?

—¡Huyeron!... porque yo no quería que tú murieses; porque yo los mandé retirar: pero en estos momentos, en el punto en que tú has salido de Cádiar, en el momento en que no puedes correr peligro, mis monfies habrán embestido de nuevo la villa, y no dejarán ni uno solo de tus soldados vivo.

—¿Y para qué quiero yo vivir?

—¿Para qué? si es cierto lo que di-

ces, ¿por qué quieres morir y no vengarte?

—¿Y no me habéis impedido vos mi venganza?

Yaye se estremeció: el hombre que había robado á su hija, era su hermano; el hombre de quien con tanta justa causa quería vengarse el marqués de la Guardia, era su hijo.

La fatalidad ó la justicia de Dios eran con él inexorables: él había matado al padre del marqués de la Guardia creyéndole corruptor de su esposa, y el hijo del difunto marqués había seducido á su hija: su hija había enloquecido al príncipe don Carlos, le había hecho traidor á su padre, y Felipe II se había visto obligado á prenderle, á procesarle y acaso á matarle: Amina había enloquecido también á Aben-Aboo, y le había hecho traidor á su padre, rebelde, inobediente, feroz. Acaso Yaye, como Felipe II, se vería obligado á matar á su hijo por el bien de su pueblo. Acaso en medio de todo aquello podía haber horriblos crímenes: el incesto, el fratricidio acaso: Amina, Aben-Aboo y Aben-Humeya ignoraban que eran hermanos, y los dos hermanos amaban á su hermana y estaban celosos entre sí.

El emir estaba consternado: la más terrible desesperación le torturaba el alma, la vida se le había hecho de todo punto insoportable, y un remordimiento voraz le roía las entrañas.

¿Dónde te robaron tu esposa, dijo al fin dirigiéndose al marqués.

—En un barranco, cuando caminábamos bien de prisa, porque según decían, teníamos que atravesar una rambla peligrosa.

—¿Y estábais ya cerca de esa rambla?

—Si señor.

—¡Ah de abajo! gritó el emir asomándose á la boca de la cueva.

Poco después subió Suleimán.

—Que se reunan al momento cuarenta monfies, y mi caballo.

Poco después el emir cabalgaba en el fondo del barranco y Suleimán, á quien había hablado algunas palabras Yaye, dijo al marqués:

—Sígueme, señor.

El marqués miró á Yaye.

—Sígueme, sígueme, hijo mio, dijo el emir: él te llevará á lugar seguro.

El marqués siguió á Suleimán y Yaye siguió adelante con su gente, á gran paso, salvando todo género de obstáculos, por lo más áspero de la montaña.

De repente los monfies que iban de descubierta, se detuvieron y se encarraron las ballestas que llevaban armadas.

—¿Quién vá? gritó el que iba más adelante.

—¡Allah le ille Allah! gritó una voz muy conocida del emir.

—¡Harum! exclamó Yaye haciendo saltar hacia adelante su caballo, al escuchar aquella voz.

—¡Ah, poderoso señor! exclamó desesperado el wazir.

—Nuestra hija nos ha sido arrebatada, gritó Calpuc.

—Y mi sobrino ha perecido, dijo todo desencajado don César de Arévalo.

—Y sobre todo, dijo para su capote Peralvillo, que estaba entre los recién encontrados; hemos pasado una muy mala Noche-buena con el agua á la rodilla y dando diente con diente.

El emir desmontó y se apartó á un lado con Calpuc, Harum y don César.

—¿Con que es verdad? dijo.

—Sí, sí, verdad es, dijo Calpuc: una horrible verdad. ¿Pero quién te lo ha dicho.

—Basta que yo lo sepa, dijo el emir.

—¿Y sabeis también, poderoso señor, quiénes han sido los ladrones?

¿Sabeis quién puede haberlos pagado?

—¡Qué! ¿no habeis podido vosotros conocer á los robadores?

—Eran piratas berberiscos, dijo Harum.

—Corsarios berberiscos eran, repitió Calpuc.

—Sí, sí, unos horribles berberiscos con bonetes encarnados, añadió don César de Arévalo.

—¿Pero no sabeis que los monfies que han ido á Granada con Farax-Aben-Farax, llevaban muchos vestidos berberiscos y bonetes colorados para hacer creer á los de Granada que habían venido á ayudarnos los africanos?

—¡Ah! exclamó como quien encuentra una difícil solución Harum. Ya decía yo. Farax-Aben-Farax debía ya estar en marcha para Granada cuando sucedió la desgracia.

—¿Y qué importa? ¿No pudiste conocer á ninguno de los robadores?

—No señor.

—¿Y por qué no los perseguisteis?

—Nos lo impidió la tempestad, nos vimos encerrados entre trestorrentes, dijo Harum.

—Y tan verdad es esto, dijo entristecido don César, que mi sobrino que se arrojó á la corriente para perseguir á los infames, fué arrastrado por las aguas sin que se sepa qué ha sido de él. Es necesario que averigüeis lo que ha sido de mi sobrino, poderoso emir.

—¿Qué me hablais de vuestro sobrino, cuando he perdido á mi hija? exclamó Yaye; y luego volviéndose á Harum dijo: es necesario batir en derredor la montaña: los ladrones no deben estar lejos: deben haberles cortado el paso otros barrancos. Conmigo, caballeros, conmigo, y que nos proteja Dios.

En vano el emir registró por aquella parte todos los barrancos, quebra-

duras y escondrijos de la montaña: nada se encontró.

Yaye se volvió desesperado.

No le quedaba otro recurso que ir á encontrarse frente á frente á Aben-Aboo.

Cuando volvió á Cádiar encontró á los monfíes al mando del Ferih enteramente apoderados de la villa.

Su pronóstico al marqués de la Guardia se había cumplido.

Cercada por todas partes y abrumada por el número de valiente compañía de arcabuceros, había sucumbido toda, á excepción del marqués de la Guardia, de quien estaba apoderado Yaye, y del soldado que el marqués había enviado al capitán general de Granada.

La población presentaba un aspecto horrible.

No se veía en las calles más que sangre y cadáveres; en la plaza estaba amontonado un botín sangriento y algunas casas que habían sido incendiadas ardían aún.

La atalaya y la huerta que habían servido de habitación á Aben-Aboo, estaban desiertas: doña Isabel de Válor y Angiolina Visconti habían desaparecido.

Cuando Yaye hizo buscar á doña Elvira de Céspedes no pudo darse con ella, y solo quedaban en la villa algunos moriscos aterrados y los monfíes triunfantes.

Cuando Yaye preguntó por Aben-Aboo y por Aben-Jahuar el Zaquer, le dijeron que habían marchado á la taa de Jubiles.

Aben-Humeya había marchado también á la taa de Válor.

Yaye envió dos de sus walíes con órden terminante de que se presentaran Aben-Humeya y Aben-Aboo.

Pero Aben-Humeya contestó con altivez que era rey de Granada y que no obedecía á nadie, y Aben-Aboo no pudo ser encontrado.

Yaye conoció que era llegada para él la hora de la expiación.

Entretanto don César de Arévalo esperó en vano á que pareciese su sobrino, y cuando, no teniendo que hacer en las Alpujarras, se despidió del emir y se fué con Peralvillo á Granada, supo con horror que el capitán general había recibido una carta del marqués de la Guardia, fechada en la madrugada del primer día de Pascua, en que le participaba que con su compañía había batido los monfíes y ocupado la villa de Cádiar.

Todo el mundo, incluso don César de Arévalo, dió por cosa cierta, cuando se supo el degüello de la compañía por los monfíes, que el marqués de la Guardia había perecido víctima de su lealtad el rey.

Entonces, y no teniendo ya cosa que le detuviese en España, se fué con Peralvillo al Perú, donde le llamaba su oficio de oidor de aquella real audiencia.

Desde este momento don César y Peralvillo se nos pierden: no se sabe si se ahogaron en la travesía, ó si don César se murió de viejo haciendo injusticias á los peruanos.

CAPITULO XXXII.

EN QUE SE VE QUE SE ESTRECHAN LAS DISTANCIAS ENTRE NUESTROS PERSONAJES.

¿Qué había sido de Angiolina Visconti y de doña Elvira de Céspedes?

Vamos á decirlo sin rodeos á nuestros lectores.

Aben-Aboo había llevado á Angiolina á un caserío de sus parientes en la montaña donde no podía correr el menor peligro.

Doña Elvira había sido conducida por Laurenti, medio robada, engañada, al subterráneo de la Princesa encantada.

Es tal la multitud de sucesos que

se agolpan en esta parte, que se embrollan en las viejas memorias que nos sirven de guía, que nos vemos obligados para desenredarlos y darles claridad, á dejar en suspenso la explicación de la causa de algunos; de este número, es la razón que tuvo Laurenti para apoderarse de doña Elvira, y el por qué del consentimiento de doña Elvira á seguirle.

En cuanto á doña Isabel de Córdoba y de Válór ya hemos apuntado anteriormente que Yaye la había puesto en seguridad en la montaña.

El marqués de la Guardia había sido conducido por Suleiman, de orden de Yaye, al alcázar subterráneo de los emires de los monfies.

En cuanto á Amina y su hija nada podemos decir por ahora á nuestros lectores.

Digamos algo acerca de la rebelión, puesto que su historia nos llevará como por la mano al desenlace de los sucesos complicadísimos que vamos relatando.

Lo que había acontecido en la villa de Cádiar la noche del 24 de diciembre de 1568 había acontecido en todas las villas de las Alpujarras.

Los moriscos se habían rebelado enteramente apoyados en los monfies, habían acometido á los cristianos, matando á los que no pudieron escapar, cautivando á las mujeres jóvenes, incendiando, robando, martirizando con una crueldad infinita: tan cierto es que cuanto más dura y ferozmente ha sido tiranizado un pueblo, más terrible, más cruel, más abominable es su venganza.

Ni es nuestro objeto entrar en los detalles de aquellas inhumanas carnicerías, ni nuestro carácter se presta á ello: en el relato de los acontecimientos de Cádiar de que no hemos podido dispensarnos, no hemos tenido afortunadamente necesidad de presentar niños crucificados, y acaña-

vereados, sacerdotes á quienes se arrancaba vivos el corazón; hombres quemados á fuego lento; horrores inauditos, venganzas monstruosas, que se llevaron á cabo en casi todos los lugares de la Alpujarra, y que empañaron la causa defendida por los monfies, haciendo de ellos innobles ladrones y repugnantes asesinos.

Yaye veía desvanecerse sus sueños: comprendía al fin que solo había sido rey de una numerosa banda de malhechores, contenida por su espada, mientras no se había llegado á un rompimiento decisivo, pero desbordada y alentada y puesta en insubordinación por fatales elementos el día del rompimiento. Alrededor de Yaye había muchos caballeros entre ellos Harum, que conservaban la tradicional y generosa hidalguía de los antiguos árabes, pero que eran impotentes para contener el mal.

Yaye conoció que en todo se había engañado: pero cada de uno de sus engaños había sido para él de una trascendencia terrible.

Yaye estaba desesperado.

A más de sus desgracias domésticas, que eran bastantes para desgarrarle el corazón, veía con espanto que la guerra se había empezado con los peores auspicios posibles.

La justicia, la opinión pública, la conciencia debían protestar y protestaban contra aquellas gentes que no cesaban de incendiar, de violar, de matar, de robar.

Los horrores se sucedían sin intermisión (1).

(1) Lo primero que hicieron fué apellidar el nombre y secta de Mahoma, declarando ser moros ajenos de la santa fe católica, que tantos años había que profesaban ellos y sus padres y abuelos. . . Y á un mismo tiempo sin respetar cosa divina ni humana, como enemigos de toda religión y caridad, llenos de rabia cruel y diabólica ira, robaron, quemaron y destruyeron las iglesias, despetizaron las venerables imágenes, deshicieron

Inmediatamente después del alzamiento de Cádiar, se alzó la taha de Poqueira; á continuación los quince lugares ó alquerías de la taha de Or-giva; los once lugares de la de Ferrreira; los veinte de la de Jubiles; los veinte de las tahas de los dos Ceheles; los diez y nueve de la de Ujijar; todas estas villas y lugares, los primeros del alzamiento, lo verificaron, como Cádiar, el día 24 de diciembre; después y hasta el primero de enero del siguiente año de 1569, esto es, en el espacio de seis días se rebelaron los lugares de la tierra de Adra, las tahas de Veria, Andarax, Dalias, Lucha, Marchena, Rio Boludny, las tierras de Salobreña y Almería y el Marquesado del Zenete: es decir: todas las Alpujarras y parte de la Axarquía de Málaga y de la provincia de Almería.

Un número considerable de cristianos asesinados, cuyo número no sería exagerado determinándolo en diez mil, habían sido el terrible reto, lanzado por los moriscos al rostro de Felipe

los altares, y poniendo manos violentas en los sacerdotes de Jesucristo, que les enseñaban cosas de la fe, y administraban los sacramentos, los llevaron por las calles y plazas desnudos y descalzos, en público escarnio y afrenta. A unos asatearon, á otros quemaron vivos, y á muchos hicieron padecer diversos géneros de martirios. La misma crueldad usaron con los cristianos legos que moraban en aquellos lugares, sin respetar vecino á vecino, compadre á compadre, ni amigo á amigo: y aunque algunos lo quisieron hacer no fueron parte para ello, porque era tanta la ira de los malos, que matando cuantos les venían á las manos, tampoco daban vida á quien se lo impedía. Robáronles las casas, y á los que se recogían en las torres y lugares fuertes, los cercaron y rodearon con llamas de fuego, y quemando á muchos de ellos, á todos los que se les rindieron á partido dieron igualmente la muerte, no queriendo que quedase hombre cristiano vivo en toda la tierra que pasase de diez años arriba Mármol: historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada: Lib. IV, cap. VIII.

II: una oleada de sangre estremeció á España, é hizo que se fijasen en ella las miradas de Europa; sombrío relámpago de una insurrección comprimida hacia mucho tiempo, y que al fin estallaba salvaje en todo el esplendor de su horrorosa venganza.

Encontró esta rebelión al marqués de Mondéjar sin gente y sin pertrechos: afortunadamente la tentativa de los monfíes sobre Granada había fracasado: si por un acaso, por una combinación mejor meditada, el estandarte de Mahoma llega á tremolar sobre las torres de la Alhambra, España se hubiera encontrado de repente acometida por un enemigo formidable: Africa entera se hubiera lanzado á los puertos españoles ocupados por los turcos y el ambicioso sultán de Constantinopla, el guerrreador y terrible Selim II hubiera encontrado en España su campo de batalla contra la cristiandad.

¿Quién sabe lo que pudo haber sido de Europa, por la imprevisión de Felipe II, por lo antipolítico de su opresor fanatismo, por su ciega confianza en las fuerzas del clero y de las gentes de justicia? En el reino de Granada, como en todo país recién conquistado, se necesitaba un gobierno justo y benévolo para atraer, un ejército respetable para reprimir. Nada de esto había; se azotaba al vencido, se le provocaba, se le excitaba á la rebelión y no se tenía ningún medio represivo.

Así es que el marqués de Mondéjar no supo qué hacer en los primeros momentos; urgía ir á apagar el terrible incendio de las Alpujarras y no contaba con fuerzas para ello: tenía una acometida sobre la ciudad y no encontraba los medios de defensa: tenía los enemigos dentro de la casa, esto es: los moriscos del Albaicín, porque, aunque reprimidos y al parecer leales, porque no veían aun en los

monfíes bastante apoyo para rebelarse, se rebelarían en el momento en que supiesen que un ejército turco venía en su ayuda; todo esto era inminente: urgía guarnecer la ciudad, y atravesando á todo trance por medio de las rebeladas Alpujarras, cubrir las costas.

En este conflicto el marqués de Mondéjar apeló á la antigua usanza de Castilla, apellidó guerra: hizo llamamiento de gente á las ciudades y señores de Andalucía, con arreglo á la antigua obligación de los concejos: puso banderas para el enganche de soldados aventureros, buscó cuantas armas, pertrechos y provisiones pudo, gran parte con su propio caudal y parte con la ayuda de los más principales señores del reino de Granada, y como todos estos esfuerzos no bastasen para tanta empresa, escribió á Felipe II, manifestándole lo grave del suceso, y pidiéndole con urgencia capitanes, hombres y dinero.

Entre tanto la ciudad estaba profundamente desasosegada: las noticias que se sabían cada día de las Alpujarras, y los que venían de ellas aterrados y acaso maltratados y heridos, exagerando aún lo terrible de la rebelión, eran una continua ocasión de alarmas falsas: veíanse de repente correr los vecinos sin saber á dónde con los arcabuces afianzados y las espadas desnudas; y volver á su casa despavoridos, solo por el pensamiento del peligro que no existía: todo era turbación y miedo: desconfiaban los unos de los otros: las mujeres corrían á los templos á rogar á Dios, y las principales damas se acogieron á la Alhambra, como lugar más fuerte, siendo infinito el número de las familias que abandonaron á Granada; no se veían por todas partes más que casas vacías y tiendas cerradas: los clérigos y los frailes en rogativas, y todos ansiosos por la venida de gentes de guerra.

Las primeras que llegaron fueron las de Alcalá y Loja: una compañía fué por orden del marqués á Restabal, pueblo inmediato á las Alpujarras, para poner en salvo á los cristianos viejos, sus familias y haciendas; otras dos compañías se estacionaron en Dúrcal para impedir á los enemigos el paso á la ciudad, y el capitán don Diego de Quesada con una bandera de infantería y una corneta de caballos fué á ponerse sobre el puente de Tablate, lugar estrecho á la entrada de las Alpujarras.

El presidente Deza por su parte, queriendo emular con el marqués de Mondéjar, escribió á don Luis Fajardo, marqués de los Vélez, adelantado en el reino de Murcia y capitán general de la provincia de Cartagena, excitándole á que con sus gentes, y las de sus parientes y amigos, acometiese á los rebelados de las Alpujarras por la parte del rio de Almería: á lo que se prestó hidalgamente el marqués de los Vélez, levantando banderas y empezando á reunir gente. La misma incertidumbre, la misma perplejidad de que estaban poseidos el capitán general, el presidente de la Chancillería y el corregidor de Granada, se había apoderado de las cabezas de la rebelión.

Yaye estaba aturdido; Aben-Aboo, oculto; Aben-Jahuar, receloso; Aben-Humeya, desalentado; al ver el poco efecto que había hecho en los moriscos de la ciudad y de la Vega el alzamiento, no sabían qué partido tomar: y entre tanto la turba multa, esto es: los monfíes, los moros *gandules* (entre monfí y morisco) y los moriscos rebelados, se entregaban á la matanza, al saqueo, al incendio y á toda clase de licencias, haciendo de la guerra una empresa de bandidos, desprestigiándola, haciéndola odiosa. E mismo aspecto repugnante y brutal

que había tomado la rebelión, la reconcentró en la montaña, sin poder pasar más adelante; hizo que Selim II mirase con poco calor la ayuda de aquella empresa; que el dey de Argel, Aluch-Ali, más ocupado de presas y piraterías que de este asunto, y más siendo tan dudoso el de los moriscos, contestase á sus peticiones de socorro de una manera vaga, y que solo el rey de Fez, descendiente de los Xerifes, que por su religiosidad veía en la sublevación de las Alpujarras una guerra santa, fuese con ellos más explícito.

Pero lo que sobraba al Xerife de buenos deseos, le faltaba de fuerzas: temía exponer sus naves en el mar contra las galeras de España, y aplazó su socorro; limitóse solo, á formar una alianza con el dey de Argel, y á ayudar indirectamente á los moriscos, distraendo las fuerzas marítimas de España en una empresa contra Túnez y Biserta.

Si estaban divididos y empeñados en una vieja rivalidad, el presidente don Pedro de Deza y el capitán general don Diego López de Mendoza, no estaban menos divididos los jefes de los moriscos.

Aben-Humeya desalentado andaba errante de villa en villa; el emir de los monfies se ocupaba más de sus asuntos particulares que de la guerra; Aben-Aboo, conspiraba contra el emir y contra Aben-Humeya y Aben-Jahuar le alentaba, previendo el día en que, quedándose solo Aben-Aboo, pudiese vencerle haciéndole á la vez traición y apoderándose de todo.

De parte de los cristianos faltaban fuerzas: de parte de los moriscos conciencia: la lucha se había reducido desde el principio empequeñeciéndose á una guerra de montaña que podía durar más ó menos, pero sin otro horizonte por el momento, sin otros augurios que los de una sucesión de

sangrientas escaramuzas sin resultado de una parte ni de la otra.

España tenía su poder y sus ejércitos: los moriscos sus breñas inaccesibles, y su bravío y feroz espíritu de independencia; pero España podía, como lo hizo más adelante, aislar el incendio é impedir que por la agregación de nuevos elementos se extendiese.

La balanza, pues, estaba igual al empezarse la guerra: entrambas partes se temían: entrambas estaban reaciosas: entrambas contaban con temor las fuerzas probables que podría poner en acción la parte contraria.

Porque ni los moriscos apreciaban bien las dificultades casi insuperables que tenía que vencer España, distraída en otras empresas para levantar enormes ejércitos, ni los cristianos sabían las también insuperables dificultades con que contaban los moriscos para procurarse una eficaz ayuda de sus correligionarios de Africa.

Desalentado Aben-Humeya, se salió un día solo de Lanjarón, resuelto á pasar á Africa abandonando la empresa, y no atreviéndose ya en razón al estado de las cosas á demandar perdón del rey de España.

Encontráronle unos monfies atravesando un barranco, á pié, triste, cabizbajo, llevando el caballo del diestro.

Aquel encuentro fué para él decisivo; fué, puede decirse, una prisión: desde entonces Aben-Humeya, á pretexto de lealtad estuvo vigilado; pusieronle casa real á usanza de los antiguos reyes de Granada: le casaron con tres moriscas principales, una del Albaicín, otra del río Almanzora, y otra de Tabernas: procuráronle un pequeño harem con las más bellas de las cristianas que habían robado en las villas y lugares entrados á sangre y fuego, y le obligaron á desnudar la espada y á dirigir la guerra.

Dividió los moriscos y los monfies en dos ejércitos: el uno ocupó el camino de Orgiva, entre Granada y la entrada de las Alpujarras al Levante de Almería, al Poniente de Salobreña y Almuñécar, y al Norte de Granada.

El otro ejército adelantó sobre Granada, poniéndose sobre Dúrcal, pero habiendo sido rechazado después de una noche de combate dudoso (4 de enero de 1569) por las gentes de las compañías de Lorenzo de Avila y de Gonzalo de Alcántara, que fueron socorridas por el marqués de Mondéjar, que con dos mil infantes y cuatrocientos caballos se había paesto sobre la villa del Padul, se retiraron del centro de las Alpujarras al Laujar, barrio inmediato á Valor el Alto, y allí se hicieron fuertes y sentaron sus reales.

En tal estado se encontraba la guerra de Granada al empezar el año de 1569.

CAPITULO XXXIII.

EN QUE EL AUTOR DEJA LA HISTORIA PARA TOMAR OTRA VEZ LA NOVELA.

Aben-Jahuar y Aben Aboo, habían abandonado, no sin razón, la escena pública, por decirlo así.

La noche del 24 de diciembre del año anterior, esto es, aquella terrible noche en que la exterminadora venganza de los monfies había caído sobre Cádiar: en el momento en que el marqués de la Guardia al frente de sus soldados, cargaba sobre los enemigos y llamaba á Aben-Aboo ansioso de matarle: cuando el emir al ver en peligro al marido de su hija mandó retirar á los monfies, Aben-Jahuar al pasar junto á la embocadura de una oscura calleja había asido á su sobriño de un brazo y le había arrastrado consigo.

—¿A dónde me llevais? dijo el joven.

—Sigue, sigue aprisa, dijo Aben-Jahuar: es preciso huir del peligro.

—¿Pero qué peligro nos amenaza? esto es una retirada falsa, sin duda, para sacar á esos perros de la plaza.

—Los cristianos no son en estos momentos nuestro peligro. El peligro está entre nosotros. Nuestro peligro es el emir de los monfies.

—¿Nos hará acaso traición?

—No me entiendes. El emir no puede hacer traición á los moros. El emir matará hasta el último de esos cristianos, pero será cuando no esté entre ellos su hijo el duque de la Jarilla.

—¡Ah!

—El emir llamará al duque, lo robará, si es necesario, para salvarle, y cuando el duque de la Jarilla, esto es, el esposo de Amina hable con el emir eres hombre perdido.

—¡Ah!

—Fuiste muy imprudente cuando nos apoderamos de Amina, te olvidaste de ponerte el antifaz. El resplandor, aunque momentáneo, de los disparos de las escopetas de nuestros hombres, bastó para que el marqués, que estaba cerca de tí en el barranco, te reconociera.

—Acaso os equivoqueis: con la turbación del lance, con una noche tan oscura...

—El duque...

—Me martirizais con llamar duque á ese hombre.

—Pues bien: el marqués de la Guardia, es valiente y sereno, y no hay en él, por grande que sea el peligro, turbación que le impida ver pronto y bien; tú eras el que estabas turbado...

—Yo no soy cobarde.

Pero tenías ansiedad por apoderarte de Amina: por lo mismo no pudiste oír lo que yo oí; el marqués te llamó

por tu nombre y te apellidó infame, ladrón y asesino. Poco después la avenida del barranco le arrastró; yo dí la cosa por concluida... porque ¿quién había de pensar que el marqués se salvase? Sin embargo, se ha salvado: el emir le ha visto entre los soldados que combatían en Cádiar, y no ha mandado retirar al verle sino para salvarle. Le salvará, lo sabrá todo. ¿Qué piensas tú responder al emir cuando te pregunte por Amina? ¿puedes entregarle su hija?

—¡Ah! exclamó Aben-Aboo.

—Anda, pues, más de prisa, sobrino; es necesario que nos perdamos: que no puedan dar con nosotros.

—¿Pero no consideráis que perdernos ahora, es perdernos para siempre?

—Es que estaremos poco tiempo perdidos.

—No os entiendo; ¿creéis que mañana no me preguntará Yaye por su hija?

—Dentro de algún tiempo no podrás temerle.

—Explicáos, explicáos, tío, porque no os entiendo.

—Hablemos, pues, sin rodeos. Es necesario que muera el emir.

—¡Que muera! no es tan fácil matarle.

—Tú le matarás.

—¡Ah! sois más sanguinario y más cruel que yo.

—Conozco la necesidad. Y entre matar y morir, prefiero matar.

—Pero mi pobre madre... mi pobre madre que le ama.

—Tu madre le amaba antes de casarse con tu padre.

—¡Tío! ¡tío! ved lo que decís.

—Yaye debió casarse con tu madre; el casarse con ella costó la vida á tu padre.

—Harto lo sé, dijo roncamente Aben-Aboo: me lo ha dicho Angioli-

na, que no sé por qué, aborrece al emir.

—Le aborrece porque el emir es padre de Amina, y Amina ha robado á Angiolina Visconti, que este es su verdadero nombre. el hombre, á quien amaba, porque la princesa amaba con toda su alma al marqués de la Guardia.

—Parece que Satanás habla por vuestra boca. ¿No sabéis que estoy enamorado de esa mujer?

—Por lo mismo mata al emir, para poder matar después al marqués de la Guardia.

—¿Olvidáis que el emir me ha proclamado su sucesor, y su compañero en el mando? ¿que los monfies me miran ya como su señor?

—Pues mejor, mucho mejor; los monfies no tienen necesidad ninguna de saber que tú has matado al emir, y cuando él haya muerto, tú serás el rey único y absoluto de esos valientes. Con ellos, y alguna habilidad, puedes dar de través con Aben-Humeya, y quedar único rey de Granada.

—Me aconsejáis que atraviere un lago de sangre.

—Cuando se buscan coronas los cadáveres se pisan.

—Si al menos el emir hubiera tenido una parte directa en el asesinato de mi padre... pero quien le mató fué vuestro difunto hermano... por más que ha hecho Angiolina no ha podido hacerme ver claro que el emir tomase parte alguna en aquel crimen. Vos, que en aquella ocasión acompañabais al verdadero asesino...

—¿Quién te ha dicho que mi hermano fué el autor de esa muerte? Monfies fueron los que le mataron.

—Probadme que asesinó á mi padre...

—¡Le matarás, sobrino, le matarás!... y para ello te ayudará tu madre.

—¡Mi madre! ¡mi madre que tanto le ama!

—Te ayudará sin saberlo: pero adelante sobrino, adelante, que ya viene el día.

—¿Pero dónde nos ocultaremos?

—¿Dónde? en el lugar donde murió tu padre.

¡Ah! exclamó Aben-Aboo.

En efecto, el día se entraba por el Oriente á buen andar, y á buen andar también Aben-Jahuar y Aben-Aboo, se perdieron entre las quebraduras de la montaña.

CAPÍTULO XXXIV.

DE CÓMO PUEDE PARECER FELIZ Y AÚN SERLO Á MEDIAS UN DESGRACIADO.

En vano, como sabemos, había pretendido, Yaye apoderarse de Aben-Aboo.

Aben-Aboo no parecía.

Del mismo modo Angiolina Visconti, doña Elvira de Céspedes y Aben-Aboo habían desaparecido.

En vano Yaye apuró cuantos recursos tenía en su mano para descubrir su paradero.

Los monfies no pudieron dar con ellos.

Entonces Yaye desesperado se volvió á buscar consuelo á la única persona que podía dárselo: á doña Isabel de Córdoba y de Valor.

Pero para que esta pudiera darle aquél consuelo, era preciso que fuese feliz.

Para esto era preciso engañarla hasta cierto punto.

Y decimos hasta cierto punto, porque una de las cosas que Yaye necesitaba hacer para que la felicidad de doña Isabel fuese una verdad, era bautizarse y casarse legítimamente ante la Iglesia Católica con ella.

Y la conversión de Yaye no era una mentira.

Fuese que la desgracia continuada y terrible hubiese creado en su corazón una ardiente necesidad de consuelo; que hubiese llegado á ese caso extremo en que el corazón humano se levanta al cielo, buscando en Dios la resignación y la fuerza, y que el Dios del islamismo no pareciese á Yaye tan grande, tan misericordioso, tan inagotable de consuelos, como el Dios que, todo caridad, se humanizó y lavó con su sangre las culpas de los hombres; fuese que su amor hacía doña Isabel influyese en él bajo el punto de vista religioso, Yaye se había convertido; Yaye había dejado hacía mucho tiempo de rogar al dios de Mahoma, para levantar su espíritu á Jesús crucificado: Yaye era cristiano de corazón.

Acaso también consistió en que del islamismo al cristianismo no hay más que un solo paso; creer en un misterio altamente poético: en la maternidad de una virgen.

Acaso también, perdida la ambición y el odio que ciegan, había comprendido Yaye lo que antes había comprendido Amina: que la religión cristiana es una religión eminentemente grande, racional, conveniente, como por su esencia divina lo es, y no puede dejar de serlo: acaso influyó en él el pensamiento de que había atribuido injustamente á la religión más dulce, más caritativa, más pacífica, las crueldades, la intolerancia y el fanatismo que solo pertenecían á los vicios y los errores de los hombres.

Yaye, como todo hombre dotado de un gran espíritu y de una alta inteligencia, había discutido y combatido mucho en su pensamiento, y no se convirtió al cristianismo, sino cuando su razón le dijo que debía convertirse.

Si Yaye hubiese pensado del mismo modo veintidos años antes, acaso ha-

biese sido feliz; y lo que es indudable, no hubiera llenado su conciencia de remordimientos.

Perdido todo, familia, patria, porque Yaye desde el momento en que empezó la guerra, la vió vencida; desesperado hasta el último punto, buscó su consuelo en la embriaguez: porque lo único que podía ya embriagarle era el amor de doña Isabel.

Yaye la había llevado la misma noche de la sangrienta catástrofe de Cádiz á su heredad de Yátor.

Un respetable número de monfies aseguraba de todo peligro al último tesoro de Yaye.

El emir no había dejado de verla un solo día, ni de tranquilizarla acerca de su hijo: Yaye había guardado un profundísimo secreto acerca de la terrible posición en que se encontraba colocado respecto á Aben-Aboo.

Porque si Yaye hubiera revelado á doña Isabel que su hijo se había apoderado de su hermana, que probablemente habría cometido, sin saberlo, uno de estos dos horribles crímenes: el fratricidio ó el incesto, hubiese desgarrado el corazón de aquella pobre mujer que tanto había sufrido, que había olvidado todas sus penas desde el momento en que había visto á Yaye en la senda de la salvación y del honor, profesando el cristianismo y desenvainando su espada en defensa de un pueblo oprimido, y que se había quitado su luto, llevado veintidos años, cuando había desaparecido el luto de su corazón.

Yaye, pues, guardó un profundo secreto acerca de aquellas horribles desgracias: del mismo modo D.^a Isabel, sacada á tiempo de Cádiz, no había podido ser testigo de la ferocidad con que habían manchado la justicia de su causa los monfies: doña Isabel creía que se había empezado una guerra justa, noble y leal: la guerra entre el oprimido que rompe

sus cadenas y el tirano que lucha por ponérselas de nuevo: D.^a Isabel creyente de corazón, confiaba en que Dios, que es misericordioso y ayuda al débil y al desventurado, sea cualquiera su religión, ayudaría á los moriscos, y completando el milagro, los convertiría después: D.^a Isabel lo veía todo de color de rosa, y era porque todo lo veía á través de su virtud, de su caridad y de su amor.

Una noche entró Yaye en su heredad de Yátor.

Doña Isabel estaba impaciente por que tardaba más que otras noches: al sentirle cerca D.^a Isabel, se levantó de junto á la chimenea donde estaba sentada, se arrojó en sus brazos, le estrechó palpitante de pasión entre ellos, y le besó en la boca.

No extrañen esto nuestros lectores, porque Yaye y D.^a Isabel eran esposos.

El día anterior un sacerdote, salvado por Yaye del furor de los monfies, había venido con él á la heredad.

El buen anciano, porque anciano era, demostraba ardientemente su gratitud á Yaye. Cuando Yaye le dijo que quería bautizarse, lloró de alegría: sin embargo, se informó minuciosamente de si Yaye conocía el espíritu del Evangelio, si era cristiano por su voluntad; y cuando estuvo seguro de ello, le bautizó: después, cuando pidió que le casase con doña Isabel, se informó asimismo de la cristiandad de ella, y al fin, de una manera misteriosa, sin testigos, arrodillados á los piés del anciano sacerdote, Yaye y D.^a Isabel recibieron la bendición de Dios, y se levantaron asidos de las manos, convertidos en uno por su sagrada alianza.

Inútil es creer que Yaye cuidó de que el anciano sacerdote fuese puesto fuera de peligro en Granada por los más leales de sus monfies.

Pero ninguno de estos supo, incluso Harum-el-Geniz, que Yaye se había bautizado, ni mucho menos casado con doña Isabel.

Sabían sí que al hacer su compañero en el mando á Aben-Aboo, debía casarse con su madre en un breve plazo.

La noche en que dijimos que Yaye había entrado en la habitación donde se encontraba doña Isabel, y se había arrojado entre sus brazos, iba deslumbrantemente vestido.

Doña Isabel por el momento no reparó en ello, pero cuando se separó de él y le miró, lanzó un grito de niña, un grito de alegría y exclamó:

—¡Oh! ¡y qué hermosos y qué resplandeciente estás, rey mío!

—¡Oh! ¡no estás tú menos hermosa y resplandeciente, mi sultana! contestó sonriendo de una manera melancólica Yaye.

En efecto, Yaye y doña Isabel estaban vestidos de una manera maravillosa por lo bello y al mismo tiempo por lo sencillo de sus vestiduras.

Doña Isabel llevaba por la primera vez de su vida un traje árabe: aquel traje se lo había enviado aquel mismo día Yaye en una caja de sándalo, y dentro de aquella caja, sobre aquel traje, había encontrado doña Isabel un cofrecillo de ágata, y dentro de este cofrecillo una riquísima diadema de oro, perlas, rubíes, amatistas y diamantes y un collar de gruesas perlas, todas iguales, como vaciadas en un mismo molde, con un broche en que campeaba un gruesísimo brillante, rodeado de rubíes: aquellas perlas se parecían de tal modo á las que Calpuc había vendido en otro tiempo al alemán Franz, que era de sospechar que hubiesen provenido del Nuevo Mundo: era tan rico este collar, que podía dar tres vueltas al magnífico cuello de doña Isabel, lo que significa que el collar valía un tesoro:

había asimismo en el cofrecillo dos arracadas tan grandes, que podían descansar sobre los hombros y tan cuajadas de pedrería que relumbraban como soles; últimamente, dos ajorcas ó brazaletes formados por tres filas de perlas compañeras de las del collar y con enormes y bellos broches de pedrería; una flor de gran tamaño de diamantes, perlas y esmeraldas, destinada á servir de herrete sobre el pecho, á la túnica interior de brocado blanco y encajes que venía entre las ropas, y un ceñidor maravilloso, en el que formando arabescos, se veían todas las piedras preciosas conocidas, formaban el riquísimo aderezo destinado por Yaye á su esposa.

Las ropas eran una túnica de brocado de seda y plata, formando arabescos, delicada, flexible como la tela más sutil, ancha, flotante, que la caía hasta los pies, determinando por detrás una pequeña cola redonda: y esta túnica cerrada en la parte superior sobre el pecho por el herrete de que hemos hablado, dejando ver en su abertura, hasta el ceñidor, riquísimos encajes de Flandes; sobre esta túnica un caftán de brocado verde mar con grandes arabescos negros de terciopelo sobrepuesto, con anchas mangas perdidas; con falda hasta la rodilla, y sobre este caftán, descendiendo de la diadema, un largo velo de gasa de plata salpicada de pequeñísimas violetas de oro.

No podía ser este traje más sencillo á pesar de su riqueza, ni una mujer cuya hermosura, cuya expresión, cuya poesía pudiesen estar en más en relación con la hermosura y con la riqueza del traje.

Doña Isabel, durante su juventud, es decir, antes de su desastrado casamiento con Miguel López, había sido la doncella, que por su hermosura y por la riqueza de sus trajes y joyas, se había hecho más reparable

en el Albaicín. Su hermano don Diego la había amado con delirio, acaso porque era la única mujer de la familia, acaso porque doña Isabel se hacía amar de todo el mundo: apesar de sus ruinosos dispendios, don Diego, no solo no había tocado á las ricas joyas de familia que había heredado de su madre, como su madre de la suya, y así sucesivamente desde la primera abuela de su raza la sultana Howara esposa de Abd-el-Rahman Aben-Moavia, primer califa Omniade de Occidente, sino que había aumentado cuanto había podido el número de aquellas joyas puramente árabes, con otras puramente del renacimiento, y sostenido una magnífica colección de costosísimos trajes á su hermana. Doña Isabel estaba, pues, acostumbrada á las galas y á las joyas; es más, la agradaba porque la agradaba todo lo bello, pero había usado de unos y otras sin afectación y sin orgullo, y había dejado de usarlas sin pena, desde el momento en que por sus desgraciados amores con Yaye, por su casamiento con Miguel López, y por la extraña fatalidad que la había arrojado casada y virgen entre los brazos del hombre de su amor, había perdido la alegría de su alma: desde entonces, y durante veintidos años, solo había vestido un sencillo traje negro de lana, y una toca blanca, y lo que es más, por amor á su hijo, y para que nada le faltase, había vendido una á una y sin pena las admirables joyas de las sultanas y damas sus abuelas, como las que debía á su hermano, y los ricos trajes con que se había engalanado en su tranquila juventud: doña Isabel había vivido apartada del mundo, replegada en sí misma, viviendo solo para su hijo y para su amor, que era el recuerdo de Yaye; llorando á solas con su lecho; inflamando su corazón en el candente recuerdo de la terrible

felicidad que había producido como una consecuencia maldita á Aben-Aboo, rogando á Dios con toda la pasión de su alma, porque reducido Yaye al cristianismo, pudiera abrirle sus brazos.

Aquel día había llegado: Yaye era cristiano: Yaye era su esposo: doña Isabel había arrojado lejos de sí con su traje de luto el luto de su alma: como su alma se había engalanado con todas las flores, con todos los perfumes de la felicidad, cuando recibió el rico canastillo de bodas de Yaye, al que acompañaban dos esclavas para servirla de doncellas. Doña Isabel, que había vuelto á ser la niña, había visto aquellas joyas y aquel traje con placer, se había perfumado, se había puesto aquellas galas, y se había contemplado al espejo: entonces su alma había sonreído, y su conciencia íntima la había dicho:

—Eres más hermosa que hace veinte y dos años: eres la alegría y la vida de Yaye.

Y Doña Isabel había llorado de felicidad, y había esperado impaciente á su esposo, con lo más hermoso que la naturaleza produce, sobre su hermosura, con la magnífica y pura frente ceñida por la diadema de las sultanas.

Si no alcanzáis á soñar en cuerpo y en alma, una mujer tal como la que el autor ve en su pensamiento, viva, palpitante, irresistible, al describiros á doña Isabel, debéis sentirlo porque perdéis un bellissimo sueño: y como la vida es sueño....

Pero esto es muy vulgar. Os describiremos á Yaye.

Su traje era más sencillo que el de doña Isabel, y pertenecía á la moda de los tiempos medios de la dominación árabe en España: una pequeña corona de oro macizo de puntas, lisa y sencilla: alrededor de la corona, una toca blanca, cuyo extremo, cayendo

del lado izquierdo de la cabeza, ondulaba sobre el pecho y venía á caer á su espalda pasando sobre el hombro derecho: una túnica ceñida de brocado verde con arabescos negros, grandes y sobrepuestos, larga hasta las rodillas, cerrada en el cuello sobre una camisa blanca y plegada, y abrochada por delante con una sola fila de botones de piedras preciosas: una faja de seda y oro ceñida á la cintura: una espada árabe con empuñadura de oro, cincelada en arabescos con inscripciones cúficas esmaltadas, y un grueso brillante en el pomo: unas calzas de seda ceñidas, á grandes listas rojas y negras: unos borceguíes de taflete verde bordados con hilo de plata, y sobre este traje una especie de toga talar negra, abierta por delante, con mangas perdidas y forrada de armiños.

Doña Isabel llevaba asido de la mano á Yaye hácia la chimenea.

—¡Oh! ¡y como tiembblas! le dijo: hace mucho frio, ¿no es verdad?

Yaye no temblaba por el frio, sino por la poderosa conmoción que le dominaba, cuando quería, acobardado por su destino, olvidar todo y embriagarse con el amor, con la hermosura, con el irresistible encanto de doña Isabel.

—Sí, sí, el invierno es crudo, dijo Yaye asiendo por la redonda cintura á doña Isabel, que llena de solicitud, con todas sus galas, se había inclinado sobre la chimenea para avivar su fuego.

—Siéntate, luz de mi vida, la dijo Yaye; tengo que hablarte.

—Me dices eso de una manera demasiado seria, dijo palideciendo doña Isabel.

—Nada temas, la dijo sonriendo melancólicamente Yaye.

Y asiendo un sillón, le unió al de doña Isabel; se sentó en él y asió las

manos de su esposa que le miraba con ansiedad.

—¿Por qué esa palidez, Isabel? la dijo Yaye que empezaba á embriagarse y á olvidarlo todo delante de ella. ¿Acaso no tienes una gran confianza en mí?

—Después de Dios en nadie confío tanto como en tí, Yaye: pero desde que puedo llamarme legítimamente tuya: desde que puedo levantar mi frente tranquila y feliz, porque mi felicidad no puede avergonzarme... ¡oh! un vago cuidado se ha apoderado de mí: un recelo misterioso, que me he apresurado á arrojar de mi alma: sí, sí, yo te amo; no sé cómo hacerte comprender cuánto te amo: mira, lo que voy á decirte, es terrible, no debiera ser... pero... te amo más... infinitamente más, sin comparación, ya le creo... te amo más... ¡que á mi hijo! ¡que al hijo de mis entrañas!... es más: cuando al fin Dios ha tenido compasión de mí, y te me ha dado, he comprendido que amaba, á mi hijo porque era hijo tuyo... he comprendido y me he sonrojado al comprenderlo... que cuando durante mi viudez y mi luto, pasaba no sé cuánto tiempo bebiendo la mirada de nuestro hijo, fijos mis ojos en los suyos... era porque en la mirada de nuestro hijo hay algo de la tuya... ¡oh! no sabes cuánto me he desesperado, cuanto he vacilado, cuando he recibido tus cartas; cuanto he deseado llorando estrecharte contra mi corazón: ¡oh! yo te he amado siempre así; desde el día en que te ví... desde el tiempo en que pasábamos tan dulces mañanas cada cual en su mirador no he olvidado nada... nada... y cuando veía que el tiempo no me hacía vieja; que á pesar de los años, porque ya estamos cerca de las puertas de la vejez, mi corazón era siempre el corazón de una niña: cuando por un privilegio sin duda, veía,—yo puedo y debo decírtelo to-

do, todo lo que pienso, todo lo que siento,—veía, que mis ojos eran cada vez más brillantes, y que me hacía más hermosa... ¡oh! ¡y cómo la modesta viuda, la que siempre tenía fijos los ojos en el suelo delante de las gentes, la que siempre estaba pálida, ¡oh, y cómo se contemplaba al espejo! ¡y cómo se coloraban sus mejillas, y cómo decía su corazón: gracias Dios mío, porque me conservas hermosa para mi Yaye! ¡haz Dios mío, que crea en tí para que yo pueda unirme á él! ¡para que pueda mirarme en sus ojos como me miro en este espejo!

Y al decir estas palabras doña Isabel, atrajo á sus labios las manos de Yaye y las besó suspirando.

Yaye estaba al fin embriagado: lo había olvidado todo: no veía más que á doña Isabel, y no la veía en la tierra, se creía con ella en el cielo.

Y esta embriaguez de Yaye, que era hermoso, daba tal expresión á su semblante, tal lucidez á sus ojos, que doña Isabel abría toda su alma para que la fecundase aquel amor.

—Y mira, añadió doña Isabel: si nos hubiéramos casado entonces, yo nunca te hubiera dicho esto, aunque pensaba del mismo modo; y no hubiera sido tan feliz, porque no hubiera conocido la desgracia.

Estaba tan dominado Yaye, que no contestó.

—Escucha, dijo doña Isabel inclinándose sobre su semblante, colorada de un leve rubor y con el acento ligeramente trémulo: anoche, ya tarde, dormías: yo no: la felicidad, lo inmenso de mi felicidad, no me dejaba dormir: la lámpara iluminaba blandamente tu semblante: tu sueño parecía fatigoso, tu aliento ronco: yo velé tu sueño: yo hubiera querido leer á través de tu hermosa frente tus pensamientos: yo te contemplaba enamorada y cuidadosa, me parecía que el sueño que se había apoderado de ti te hacía

sufrir; de repente tu entrecejo se plegó de una manera terrible, tu semblante todo tomó un aspecto de amenaza, tu boca una expresión cruel, feroz, y con una voz ronca, con palabras apenas articuladas, murmuraste: ¡Amina! ¡Aben-Abou! yo me incliné sobre tí, uní casi mis oídos á tus labios, y sentí tu aliento que abrasaba, pero no oí ni una palabra más.

—¡Oh! dijo Yaye sonriendo, acabo de separarme de mi hija; mi hijo vela en la montaña frente al cristiano, ¡mientras yo duermo entre los brazos de su madre!

—Porque yo lo soy todo para tí, como tú lo eres todo para mí, exclamó con acento opaco y ardiente doña Isabel: porque olvidas entre mis brazos como yo olvido entre los tuyos... pero esos son breves momentos: algunas horas robadas á la realidad; después nuestro mismo amor vuelve sobre nuestros hijos: ¿no es verdad?... ¿no es verdad que nos engañamos cuando creemos que los amamos menos que á nosotros mismos?... ¿cómo hemos de amarlos menos? ¿acaso no son ellos tu sangre? ¿acaso mi hijo no es un pedazo de mis entrañas? ¡Yaye! ¡Yaye de mi alma! ¡tú, y tus hijos y yo... no somos más que un solo corazón...! ¡no los olvidamos anegándonos en nuestro amor, porque ellos son hijos de nuestro amor!

—Es necesario romper á todo trance la situación en que nos encontramos: yo era valiente cuando era desgraciado, cuando nada tenía que perder... ahora que te tengo á tí, me encuentro cobarde: el combate me extremece: se me figura que el primer arcabuz disparado por el enemigo ha de matarme: ¡Isabel! añadió gravemente Yaye: es necesario que sepas lo que eres para mí: desde anoche, luz de mis ojos, desde que he empezado á satisfacer la sed de mi corazón, nada hay ya en el mundo para

mi más que tú: he vivido soñando: he buscado lejos de tí la vida, y solo he encontrado la muerte: y cuando al fin vuelvo á vivir, la inflexible fatalidad me cierra el camino. Pues bien, estoy resuelto á todo: nada puedo hacer por mi pátria, porque la pátria ha muerto: la ha borrado del libro de los pueblos y de las generaciones la mano de Dios. He resuelto revelarlo todo á nuestro hijo.

—¡Ah! dijo doña Isabel cubriéndose el rostro con las manos.

—Es preciso, preciso de todo punto, dijo Yaye: y quiera Dios que mi revelación no llegue tarde, nuestro hijo está enamorado de su hermana.

Doña Isabel se puso de pié pálida como un difunto.

—¿Y acaso tu hija le ama también?

—No, es peor que eso: le aborrece.

—Estamos malditos de Dios Yaye, exclamó anonadada doña Isabel.

—No, no; nuestro hijo, cuando sepa que Amina es su hermana se horrorizará de su amor y le olvidará, le sustituirá con otro... además, yo no estoy seguro... necesito averiguar... probar... en esto pasará algún tiempo... y en ese tiempo te obligo á hacer un pequeño sacrificio.

—Ante todo júrame que estás seguro de que podemos salvar á nuestros hijos.

—Lo estoy, contestó Yaye.

—Pues bien, sepa Diego en buena hora que soy su madre.

—El sacrificio que á cabo de indicarte, es más sencillo. Se trataba de mi casamiento ante mi pueblo, de un casamiento aparente...

—¿Con quién?

—Con la sultana Howara, dijo Yaye sonriendo.

—¡Casarte tú!.... según las costumbres de los moros, ese matrimonio debe consumarse, debe presentarse un

testimonio á la corte... y yo... yo no puedo permitir eso..... tú me has engañado de una manera infame.

Y doña Isabel se levantó con la cólera de una leona.

—Es que ese matrimonio está consumado, dijo Yaye sonriendo.

Los hermosos ojos de doña Isabel irradiaron en una expresión de agonía, de tal modo, que Yaye asustado se apresuró á decir:

—¡Isabel! ¡Isabel de mi alma! ¡la sultana Howara eres tú!

—¡Dios mío! ¡y qué horrible juego! exclamó doña Isabel dejándose caer sobre el sillón.

—Toca la corona que rodea tu frente; mira la corona que ciño: ¿á qué había yo de ceñirmela sino porque el momento de mi unión contigo delante los míos se aproxima?

—¡Pero yo no comprendo esto! ese nombre árabe...

—Es el de tu ilustre abuela la sultana de Córdoba, la esposa del califa Abd-el-Rahmán, el de la gran mujer á quien debió Abd-el-Rahmán el trono que le hizo grande.

—Pero yo no quiero dejar de llamarme Isabel, ni renegar de Dios.

—Ya te he dicho que es solo un casamiento aparente.

—¿Me obligarán á confesar el islamismo?

—Todos te creen morisca.

—¿No tendré que pronunciar una palabra sola contra Dios?

—No: es muy sencillo... se supone que ya está todo hecho: entregadas las arras, concluido el contrato... todo se reducirá á tu presentación y á una fiesta de bodas.

—¡Ah! ¿es decir que solo engañamos á los hombres?

—Y los engañamos por necesidad: Dios lo sabe. Si yo no tuviese que esperar por nuestro hijo...

—¡Por nuestro hijo!...

—Sí... necesito reducirle.... con-

vencerle á que nos siga. Los moriscos y los monfíes han empezado la guerra de una manera infame: como verdaderos bandidos.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Han incendiado, robado, degollado, exterminado: un caballero no puede desnudar con honra su espada al frente de ellos... he vivido soñando; pero no he despertado tarde... durante algunos días los engañaremos: después nosotros, con nuestro hijo, nos acercaremos á la costa, embarcaremos nuestros tesoros y nos trasladaremos á Francia ó á Venecia, para vivir solo por nosotros mismos.

—¿Y tu ambición?

—Mi ambición ha sido anegada por un torrente de sangre.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Te juro que antes de un mes habremos arrojado esta corona que abraza la frente, y estas vestiduras reales que oprimen el pecho. Pero es necesario dar el último paso hacia nuestra libertad.

Y Yaye se levantó y asió á doña Isabel de la mano.

—¿Es decir que es esta noche?

—Sí, dijo Yaye.

—¿Que nos esperan!

—Sí.

—Yo me había puesto estas joyas y estas vestiduras por darte gusto; pero no creía...

—Sí, ha llegado la hora de que los moros vean por un momento levantarse ante ellos una sultana tan hermosa y tan llena de magestad como la esposa de Abd-el-Rahmán: es necesario que te aclamen, que les fascines y que contribuyas á que no desconfíen de nosotros.

—Pero este terrible convenio durará poco.

—¡Oh! te juro que antes de que pase un mes habremos fijado nuestro destino.

Yaye llamó á las esclavas, y las

mandó que trajesen un haíke. Envolvióse en él doña Isabel á la usanza mora, y enteramente encubierta, sin que se la viesen más que sus magníficos ojos negros, y sin mostrar de su hermosura más que la gallardía de su cuerpo y lo magestuoso de su paso, salió de la cámara.

Aquella cámara estuvo desierta durante cuatro horas: al cabo de ellas oyóse en el exterior ruido de caballos y de gente armada, y los alegres acordes de la zambra.

Poco después se oyeron abrir puertas en el interior, y al fin aparecieron Yaye y doña Isabel envuelta, como á su salida, en el haíke, que arrojó de sí doña Isabel.

—¡Oh! ¡cuanta magnificencia y cuanta grandeza! dijo: no sabía yo que eras tan poderoso, Yaye mío.

—Sí, pero tras esa grandeza hay sangre y lágrimas dijo Yaye. Feliz aquel que en vez de nacer sobre un trono nace en una cabaña.

—Ha habido un momento, dijo doña Isabel quitándose por sí misma su diadema y sus ropas, en que aquellos ancianos de barbas blancas que llegaban uno tras otro á inclinarse delante de mí; en que aquellos fuertes soldados que de igual modo me saludaban; en que aquella música heredada de nuestros abuelos; aquellas lámparas que brillaban tan numerosas como estrellas sobre aquellas paredes de oro; aquellas esclavas que bailaban al compás de la zambra; aquel trono que tenía bajo mis pies, me fascinaron, me hicieron sentir no sé qué vanidad, no sé qué sentimiento de que aquello fuera un sueño. Porque eso ha sido un sueño, ¿no es verdad? Ya no volveré á ponerme más esa diadema: la venderé y daré su precio á los pobres: ya no volveré á ponerme más esta túnica dorada y negra, emblema de la dignidad real: ¿no es verdad Yaye? ¿No es verdad?

que tú me amas del mismo modo con estas sencillas ropas castellanas?

Doña Isabel se había puesto un traje de terciopelo negro, y se había colocado de una manera hechicera sus trenzas; pero como era excesivamente blanca, como había conservado las arracadas, el collar de perlas y los brazaletes, con el ancho y largo vestido negro de terciopelo, indolentemente reclinada en el divan, asomando un precioso pié calzado aun con el borceguí morisco recamado de perlas, sobre el dintel de la chimenea; apoyando en el sillón un magnífico brazo desnudo, la cabeza en la mano, y fijando en Yaye una mirada intensa y enamorada, estaba infinitamente más hermosa que con el deslumbrante traje, con el traje de relumbrón de que se había despojado.

Yaye se levantó, se quitó la corona, la arrojó con desdén sobre un sillón, se desciñó la espada, arrojó el ropón negro, se puso una loba de terciopelo que cruzó sobre su pecho, y se acercó á doña Isabel.

—¡Oh! ¡vida de mi vida! la dijo: ¡tú eres toda la felicidad que existe para mí!

CAPÍTULO XXXV.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.

Era verdaderamente lástima que la fortuna no ayudase á Yaye.

Mientras él se embriagaba al lado de doña Isabel, el destino implacable, seguía su terrible camino y le preparaba nuevas desgracias.

Yaye se había arrepentido tarde.

Las pasiones, los odios, los intereses que se habían cruzado en su camino habían llegado á tal extremo que solo un milagro de Dios podía deshacer sus fatales consecuencias.

Como si la justicia divina le castigase, no había llegado á la posesión

completa del amor de doña Isabel, de su eterno sueño, de su pasión viva, sino cuando otras terribles desgracias amargaban su felicidad y la ennegrecían.

Y decimos mal cuando llamamos felicidad al estado en que se encontraba Yaye; es verdad que había momentos en que la hermosura, la magia y el amor de doña Isabel le hacían olvidarse de todo y no vivir más que para ella; pero ya lo hemos dicho: aquellos solo eran momentos que pasaban con una rapidez fatal para traerle de nuevo á la memoria á su hijo, apoderado de su hermana en una situación misteriosa, tras cuyas tinieblas podía suponerse todo lo más horrible: veía á su pueblo ensangrentado de una manera criminal, horrosa, en una guerra feroz: lo veía todo perdido, sin esperanza de recobro, desde la felicidad de su hija hasta la libertad de su patria.

Porque dado caso que Amina le fuese devuelta, ¿en qué estado se la devolverían? Suponiendo, lo que no era probable, que Aben-Aboo la hubiese respetado, ¿cómo hacer creer al marqués de la Guardia en aquel respeto? ¿Cómo arrancar de en medio de los dos esposos el terrible espectro de la desconfianza, y la amargura de la suposición, matando sus placeres, su paz, su felicidad? ¿Cómo evitar que el marqués vertiese ó procurase verter la sangre de Aben-Aboo, ni cómo podía su mismo padre dispensarse de castigarle?

Y viniendo á los moriscos ¿cómo volver atrás después de las horrosas devastaciones, de los asesinatos, de los horribles crímenes cometidos en las Alpujarras? ¿Cómo seguir adelante, solos, abandonados de todos, encerrados en las breñas de las Alpujarras, rodeados por los ejércitos de España, y combatidos por los grandes capitanes de Felipe II?

Desesperado, loco y calenturiento, pero con la locura del león, Yaye, había corrido al remedio de aquellos males con una energía imponderable: había aterrado á los monfíes, ahorcando á algunos de aquellos que se habían mostrado más infames en el degüello de las Alpujarras: se puso á su frente, los reorganizó, se dejó ver de todos ellos indómito, soberano, prepotente, con la espada desnuda y la cólera y la amenaza en los ojos. Les afeó sus excesos, y promulgó una ley por la cual se prohibía terminantemente so pena de muerte, asesinar á los niños menores de siete años, á las mujeres fuese cualquiera su edad, y aún á los hombres que no hubiesen tomado las armas ó que tomándolas no hubiesen hecho resistencia, ó que después de hecha se hubieren entregado: en una palabra, regularizó la guerra; la matanza y el incendio cesaron, pero cuando ya habían sucumbido doce mil víctimas; cuando el horror de aquella catástrofe zumbaba por España, pidiendo venganza, y por Europa, llamando gravemente la atención de las cortes extranjeras: en cuanto á sus asuntos de familia nada había conseguido: parecía que la tierra se había tragado á Amina, á su hija y á Aben-Aboo: solo se habían encontrado en unos barrancos cercanos al lugar del robo, los monfíes que conducían las literas y los que las precedían, muertos á hierro, y las dos doncellas que acompañaban á Amina en aquella ocasión, degolladas: vestigios que no eran los más apropósito para tranquilizar á Yaye acerca de las intenciones de Aben-Aboo respecto á su hija.

Aben-Jahuar, Angiolina Visconti y doña Elvira de Céspedes habían asimismo desaparecido, y solo quedaba delante de Yaye, con la corona en la cabeza y la espada desnuda, avanzando á las posiciones del ejército de Es-

paña, Aben-Humeya, pero triste, desalentado, sombrío y receloso.

Harum-el-Geniz, Suleimán y algunos de los más leales walíes de Yaye, acompañados de cuadrillas compuestas de los monfíes más astutos y más prácticos y concedores de los escondrijos y senos de la montaña, buscaban por todas partes á los que se habían perdido, pero de una manera inútil.

Todos los dias recibía Yaye desesperante aviso de que nada se había descubierto, y más desesperado cada dia después de este aviso, iba á buscar consuelo en el frenesí de su amor por doña Isabel: de aquel amor que le embriagaba.

Antes de presentarse á ella, Yaye hacía una violenta reacción sobre sí mismo, concentraba en su corazón todos sus dolores, y entraba sonriendo, como el hombre más feliz del mundo, y se arrojaba en los brazos de su esposa.

Doña Isabel le preguntaba por su hijo.

Yaye le contestaba que Aben-Aboo estaba al frente del ejército, que se obtenían triunfos y que pronto podría sin manchar su honra, dejando encomendada la prosecución de la guerra á buenos caudillos, abandonar á España é ir á gozar de su felicidad al extranjero.

Doña Isabel creía á Yaye, era feliz, le inundaba con todo el poderío de su magnífica hermosura, con toda la poesía de su alma, con toda su pureza de niña, con todo su ardiente amor, y le fascinaba, le hacía soñar y le daba algunas horas de olvido de todo lo que no era ella; algunas horas de felicidad suprema.

Pero cuando la fascinación pasaba, cuando Yaye se separaba de doña Isabel, caía de repente de aquel cielo soñado, al infierno de la terrible verdad: en vano hacía esfuerzos desespe-

rados: el terrible círculo que le rodeaba se estrechaba cada vez más, amenazando abogarle. Los sucesos ayudaban á la venganza de sus enemigos.

Venganzas, algunas de ellas injustificadas, absurdas, pero ciertas, porque en el corazón humano dominan, por desgracia, la injusticia y el absurdo.

A tal especie pertenecía el odio que profesaban á Yaye Laurenti y Angiolina, porque este odio se fundaba en que Yaye era padre de una mujer cuya hermosura, cuyos amores con el marqués de la Guardia, habían herido el corazón y exasperado las pasiones de aquellos dos funestos personajes.

Pero este odio era resultado de la ambición de Yaye: si Yaye no hubiera llevado á la corte con una intención terrible á Amina, Amina no hubiera excitado las pasiones de nadie.

Es cierto que sin la venganza de Laurenti y de Angiolina, Yaye se hubiera encontrado combatido por la ambición de Aben-Jahuar, por las rivalidades de sus hijos, por el amor desesperado de doña Elvira: Yaye meditaba todo esto, y veía con dolor que su culpa estaba en su nacimiento, primero, y después en la educación que se le había dado; por último, en la ignorancia en que había vivido durante su primera juventud acerca de su origen, de su posición y de los proyectos de su padre.

Ninguna historia como la de Yaye tan apropósito para probar la influencia de la fatalidad en la existencia de los seres.

Todo lo que Yaye había hecho, era lógico, necesario, y sin embargo todo lo que Yaye había hecho se había vuelto contra él amenazador y terrible.

Jóven aún, como que solo contaba

cuarenta y cinco años, no se atrevía á volver la vista atrás, porque el pasado le obligaba á cerrar los ojos, pretendía huir de su presente, y no se atrevía á mirar al porvenir.

Ni aún podía salvarse, huyendo con doña Isabel, la única felicidad de su vida, á continuar aquella felicidad en medio de una vida oscura: la situación en que se encontraban sus hijos, le detenía en el peligro.

¿Y qué peligro podía ser éste?

Yaye no le veía claro y distinto, pero lo temía todo: temía horribles desgracias; conocía que aquellas desgracias eran fatales, precisas; la expiación necesaria de sus errores, y aún lo diremos: de sus crímenes.

La desaparición de tantas personas de quien con fundado motivo desconfiaba, era ya una terrible amenaza.

¿Por qué se ocultaban Aben-Jahuar y Aben-Aboo?

¿Por qué Aben-Humeya se mostraba con él taciturno, reservado y sombrío?

Yaye veía agolparse sobre su frente la tempestad, y había perdido el valor que tan necesario le era para conjurarla; mejor dicho: Yaye no podía conjurar aquella tempestad y se aterraba.

Por eso iba á buscar la felicidad del olvido y de la embriaguez, todas las noches, al lado de su esposa.

Por eso doña Isabel había sorprendido alguna vez su sueño fatigoso, su suerte horrible.

Yaye no podía expiar de una manera más horrorosa sus errores ó sus crímenes.

CAPITULO XXXVI.

EN QUE EL AUTOR DESCUBRE DONDE ESTABAN LOS QUE SE HABÍAN PERDIDO.

Necesitamos dividir nuestra atención entre tres lugares distintos.

Dos de ellos los conocemos.

El otro nos es enteramente desconocido.

Si penetramos en el uno, en el subterráneo donde vivió en otro tiempo Calpuc, en donde éste tuvo herido á Miguel López, y donde Miguel López murió por último de hambre, encontraremos á uno de nuestros perdidos personajes.

A Amina.

La veremos sentada sobre un lecho, inmóvil, teniendo sobre su regazo á su pequeña hija, á quien amamanta; y para besar la cual de una manera delirante, sale de tiempo en tiempo de su inacción.

Nada falta en el subterráneo que pueda hacer soportar la permanencia en él de una persona: nada más que aire y día.

Por lo demás se ha procurado embellecer y hacer habitable, cuanto ha sido posible, aquel antro.

¿Quién había revelado á Aben-Aboo la existencia de aquel antro?

Nuestros lectores adivinan su nombre sin duda. Había sido Laurenti.

Nuestros lectores saben que Laurenti había encontrado en un proceso en la Chancillería de Granada, la historia entera en que se contenía la muerte de Miguel López, la del capitán Sedeño, el origen de doña Estrella de Cárdenas, y demás sucesos que dejamos relatados en la primera parte.

La justicia había bajado al subterráneo, guiada por el mismo Calpuc; pero después aquel subterráneo había quedado abandonado.

Un día en que Aben-Aboo vagaba fugitivo por la montaña, y se había entrado á dormir en una cueva, encontró junto á sí, al despertar, una carta.

Aquella carta contenía las siguientes palabras:

«Hace ya muchos días que vagáis á

pié, acompañado de algunos hombres de vuestra confianza, llevando con vos una dama y una niña, y evitando, siempre con peligro, el encuentro de los monfíes que os buscan. Esa señora, demasiado delicada para andar con lluvia y con nieve por breñas y vericuetos, será causa de que una vez deis en las manos del emir, que no sería en tal caso muy humano con vos. Yo, como vos, soy enemigo del emir, y quiero ayudaros, indicándoos un lugar muy escondido, donde podreis guardar á vuestra prisionera y quedar libre para vuestros negocios y para evitar la persecución de que sois objeto. (A seguida el autor del anónimo daba á Aben-Aboo las señas indudables, por las cuales podía dar con el subterráneo). No desconfíeis de quien os escribe, concluía, porque si fuese vuestro enemigo, podría haberos muerto ó preso mientras dormiais en vez de haber dejado junto á vos y sobre vuestra ballesta, esta carta.»

Temeroso Aben-Aboo de que embarazado por Amina y por su hija, diesen con él los monfíes que le buscaban, como ya había estado á punto de suceder alguna vez, buscó el subterráneo por las señas que tan misteriosamente le habían dado, y encerró en él á Amina y á su hija.

Aben-Aboo se encontraba, como Yaye, sin poder ir ni atrás ni adelante. Su tío Aben-Jahuar le había metido de una manera insidiosa en aquel laberinto, del cual el jóven no encontraba la salida.

Sabía, á no dudar, que el emir no tenía duda alguna de que él había sido el raptor de Amina: sabía que del mismo modo que Yaye le había colmado de beneficios, se ensangrentaría con él, si le había á las manos, porque sabía demasiado hasta dónde llegaba la tremenda justicia del emir. Había conocido al fin claramente, que su tío Aben-Jahuar le había envuelto

con una intención refinadamente traidora en aquel compromiso, y en vez de presentarse lealmente á Yaye, para manifestarle la verdad de los hechos é implorar su perdón, le aconsejó su miedo deshacerse á todo trance y cuando pudiese del hombre que se lo inspiraba.

La muerte del emir estaba decretada en el pensamiento de Aben-Aboo como un medio de seguridad; la de Aben-Jahuar como la satisfacción de la venganza de una parte, y por otra como una medida prudente que debía librarle de un rival peligroso, porque Aben-Aboo había comprendido de una manera clara que el objeto de Aben-Jahuar era destruir cuantos obstáculos se oponían á su ambición, y quedar solo, como señor soberano, al frente de la rebelión de los moriscos.

Para esto necesitaba Aben-Aboo una alianza, y la buscó, ó mejor dicho, aplazó el buscarla en Aben-Humeya.

Aben-Aboo entraba de lleno impulsado por su ambición y por su miedo en la senda del crimen.

Sin embargo, y como á mujer, había tratado y trataba con profundo respeto á Amina.

Consistía esto, primero: en que Aben-Aboo no amaba á Amina, porque estaba enamorado de la princesa: segundo, en que habiendo resuelto deshacerse por medio del asesinato, de Yaye, el resto de conciencia que le quedaba le separaba de la jóven: y tercero, en que, prescindiendo de estos dos antecedentes, sabía que Amina jamás podría ser para él más que una esclava violentada.

Aben-Aboo tenía en Amina una carga que conservaba por temor, y que en todo caso podía servirle para dictar condiciones al emir.

Así es que cuando Aben-Aboo bajaba todos los días al subterráneo á

cuidar de Amina, no la hablaba una sola palabra.

Unicamente un día la dijo:

—Parto para una empresa aventurada, en la cual podré perecer: os dejo provisiones para muchos días. Si faltó tres, rogad á Dios que os ampare porque podréis morir aquí sepultada.

Amina lanzó un grito de terror, estrechando contra su corazón á su hija.

¿Cual podría ser la empresa aventurada que acometía Aben-Aboo?

Antes necesitamos revelar á nuestros lectores los otros dos lugares en donde encontraremos el resto de nuestros perdidos personajes.

El segundo lugar que hemos dicho que conocemos, era el subterráneo de la Princesa Encantada.

Si entramos en él una noche, encontraremos á dos personas muy conocidas nuestras: á doña Elvira de Céspedes, viuda de don Diego de Córdoba y de Valor y á Aben-Jahuar, su cuñado.

El lugar en que se encontraban no era aquel salón árabe en que ya hemos entrado una vez con Laurenti y Cisneros, sino un pequeño retrete, á que se entraba por una de las puertas que, como dijimos, daban al corredor por donde era necesario pasar para llegar á la gran cámara.

Doña Elvira estaba recostada en un colchón doblado que la servía de diván: Aben-Jahuar estaba sentado junto á ella en un escabel ó banquillo de pino; una candileja clavada en la pared, alumbraba aquel espacio de una manera siniestra, y por último, algunas astillas de madera en el centro del pavimento roto, servían de calorífero.

Doña Elvira se conservaba sumamente hermosa; pero su hermosura había tomado un aspecto terrible: conocíase que el disgusto continuo, la

ira reprimida, el deseo contrariado, el orgullo ofendido, habían ido fijando lentamente su marca en aquel semblante, hasta darle el aspecto del de un hermosísimo demonio; su sencillo y severo traje estaba en armonía con la terrible expresión de su semblante, y sin embargo, sonreía á su cuñado, y le sonreía con tal intención, de una manera tal, que Aben-Jahuar estaba fascinado: porque en la mirada de doña Elvira hacía él había amor, más que amor, pasión: Aben-Jahuar se creía soñando.

—¿Sabes Elvira, la dijo, que apenas puedo creer á lo que mis oídos han escuchado, á lo que ven mis ojos? ¿Que tú me amas y que me amas hace mucho tiempo?

—Sí, dijo doña Elvira, te amo, te amo porque lentamente tu amor y tus sacrificios me han obligado.

¿Y sabes por qué te he ocultado mi amor?

—Yo creía que era imposible que me amases, dijo con recelo Aben-Jahuar.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque... creía que amabas á otro.

—¿A Yaye? dijo con la mayor naturalidad doña Elvira.

—Sí, á Yaye, contestó con acento reconcentrado Aben-Jahuar.

—¡Qué poco conoces el corazón de las mujeres!

—Sin embargo, has rechazado constantemente mis deseos.

—Porque no quería comprometerme... porque esperaba á concluir para siempre de una manera desembarazada.

—¿Concluir, qué?

—Concluir mi venganza.

—¿Contra Yaye?

—Contra Yaye.

—¿Venganza de amor?

—Venganza de odio.

—¡Tú has amado á Yaye!

—Yo no podía amar al asesino de mi marido.

—¡Ah!

—Yo no podía ni puedo amar al que es un obstáculo para el engrandecimiento de mi hijo.

—¿Consistirá tu odio en que Yaye se ha casado con Isabel?

—No, de ningún modo: ¡Isabel y Yaye! ¡digno consorcio! ¡la mujer adúltera unida al asesino de su marido!

—Dame una prueba indudable de que me amas.

—¿Y qué prueba? dijo doña Elvira infiltrando una candente mirada en los ojos de Aben-Jahuar.

—Sé mi esposa.

—Juro serlo en el momento en que me vengue de Yaye.

—¿Y cómo piensas vengarte? preguntó Aben-Jahuar.

—No lo sé: hace mucho tiempo que Dios ó el diablo protegen á ese hombre: he gastado á manos llenas el oro para lograr que se apoderen de él, y no he podido conseguirlo.

—En otro tiempo le tuviste en tu poder.

—¡Enfermo! ¡hé aquí cómo me muestra su agradecimiento Yaye! casa á su hija con ese marqués de la Guardia, y todo viene á asegurarme su intención de que piensa robar á mi hijo la corona de Granada.

—Una sola palabra, Elvira.

—¿Cual?

—¿No has sido tú también adúltera?

—¡Yo!

—¿No has sido amante de Yaye?

—¡Yo amante de ese miserable!

—Pronto me darás una prueba de si le amas ó le aborreces.

—¡Una prueba!

—Sí, porque si es cierta tu sed de venganza muy pronto vas á ser vengada.

—¡Vengada! exclamó doña Elvira, y palideció y se estremeció.

—¡Páreceme que te espanta mi venganza, Elvira! dijo con acento terrible Aben-Jahuar.

—¡Porque tiemblo! tiemblo de impaciencia.

—Pues creo que esta noche quedarás vengada.

—¡Esta noche! ¿pero cómo?

—¿Qué te importa cómo sea, si esta noche ves ante tus plantas al emir?

—¡Pero explícame!...

—¡Oh! ¡oh! cualquiera diría Elvira que le amas y que temes por su vida.

—¡Su vida! exclamó doña Elvira no pudiendo contenerse en el fingimiento que se había propuesto: ¿pues qué le váis á matar?

—Verdaderamente Elvira, dijo Aben-Jahuar con acento siniestro, qué estás muy ansiosa de su sangre.

—¡Si! ¡pero!... ¡pero quién le va á matar! exclamó doña Elvira descubriendo cada vez más su amor hácia Yaye.

—No ha faltado quien diga á tu hijo, quien se lo pruebe, que Yaye fué la causa de la prisión y de la muerte de mi hermano.

—¿Y mi hijo lo ha creído?...

—Acaso en estos momentos, tu hijo se encamina al lugar donde sabe que debe encontrar al emir solo y desarmado.

—¡Para matarle!

—Cree que el emir ha sido la causa de la muerte de su padre.

—Pero eso no es verdad: Yaye no ha tenido culpa alguna...

—¿Pues no le acusabas poco hace tú misma?...

—¡Mentira! ¡mentira! y escucha hermano: yo te creo violento, celoso, irritado, pero no miserable: escúchame por Dios, hermano... porque es necesario evitar un horrible crimen.

—¿Es decir, que amas á Yaye?

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡si! exclamó do-

ña Elvira cubriéndose el rostro con las manos: le amó desesperadamente hace veintidos años.

—¿Y por qué me engañabas? dijo Aben-Jahuar, dominando su odio y dando á sus palabras un acento tristemente melancólico: ¿por qué me decías que querías vengarte de Yaye?

—¡Oh! ¡yo no sé! ¡yo no sé! ¡yo estoy loca! Yaye me ha despreciado: le he escrito arrojando en mis cartas todo mi corazón, y no ha contestado á mis cartas: he querido apoderarme de él, y no he podido: ¡al fin se ha casado!... ¡se ha casado con Isabel! yo quería vengarme... quiero vengarme... pero ya te lo he dicho: no sé cómo: porque yo no quiero matarle...

—Le matará tu hijo.

Doña Elvira al escuchar esta terrible profecía lanzó un grito de horror.

—¡Mi hijo! exclamó: ¡mi hijo! ¡un parricidio!

—¡Un parricidio! exclamó Aben-Jahuar levantándose: ¡un parricidio has dicho!

—Si, si: ¡porque... mi hijo es hijo de Yaye!

Destelló de los ojos ojos de Aben-Jahuar una mirada salvaje indescribible.

—¡Oh! exclamó: ¡oh! pues entonces es necesario... necesario de todo punto evitar... yo no sabía... yo estaba engañado... y ese hombre... ese hombre extraño que nos ha procurado este asilo... ese hombre á quien yo esperaba...

—Pero yo quiero ir, volar junto á mi hijo: decirle: el hombre que quieres asesinar es tu padre... es necesario salir al momento de aquí... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿no oyes que es necesario que salgamos de aquí?...

—Pero yo no sé las salidas, dijo afectando desesperación Aben-Jahuar.

—¡Llévame, llévame á detener á mi hijo! exclamó doña Elvira arro-

jándose á sus piés: logre yo impedir ese horroroso crimen... y te amaré, Fernando, te amaré con toda mi alma... y seré tuya, y seré tu esclava. ¿Nosabes que mi hijo es hijo de Yaye?

—Alzate, y silencio; suenan pasos; acaso sea ese hombre: si es él, aun tenemos tiempo... sí, sí, él es..., pero enjuga tus lágrimas, tranquilízate... se acerca.

—¡Ya es hora! dijo acercándose á la puerta Laurenti.

Debemos trasladarnos á otro lugar, al lugar que hemos dicho que no conocíamos, y donde encontraremos á Angiolina.

Todos los que hayan estado en Granada ó en las Alpujarras, habrán tenido ocasión de ver que hay una clase de gente pobre, que vive en muy pobres habitaciones.

Son estas, cuevas naturales, á las que se ha puesto una puerta, abierto una chimenea, dilatado y blanqueado el interior. En Granada y en las Alpujarras, hay barrios enteros de estas viviendas, hay barrios cuyas calles son barrancos, y á los que sirve de terrado el repecho de la montaña, cubierta de higueras de Túnez y de pitas, entre las cuales se levanta el humo de las chimeneas.

Por lo general las gentes que viven en estos miserables albergues son gitanos.

En una de estas negras viviendas, entró Aben-Aboo, la misma noche en que tuvo lugar la escena anterior.

El jóven iba solo, vestido á la berberisca y armado con un arcabuz.

Dentro de la cueva estaba una vieja calentándose junto á un fuego medio extinguido, asando castañas.

Quando entró, el jóven se dirigió á la vieja

—¿Ha pasado alguien? dijo Aben-Aboo.

—¡Nadie! dijo la vieja: hoy como

todos los dias el barranco ha estado solitario; solo he visto á lo lejos por la loma de la fuente pasar un pastor de cabras.

—¿Y no se acercó?

—No.

—¿Qué hizo?

—¿Qué hizo? estar parado algún tiempo apoyado en su báculo.

—¿Y nada más? ya te he dicho que observes bien cuanto hagan los que pasen cerca ó lejos de la cueva.

—¿Qué hizo? no me acuerdo de que haya hecho nada.

—¡Nada! exclamó con impaciencia Aben-Aboo.

—Nada hizo, solamente puso un lazo en un madroño.

—¡Ah! ¿un lazo para coger gorriones?

—Eso es.

—¿Y no volvió?

—No por cierto aunque á poco de irse, cayó un gorrión en el lazo: yo esperé algun tiempo á ver si volvía, y como no volvía, atravesé el barranco, llegué al madroño, cogí el gorrión, me lo traje, le asé y me lo comí.

—¡Un lazo para coger gorriones! murmuró Aben-Aboo.

Y luego sacando de su bolsillo unas monedas de plata, dijo á la vieja:

—Vete.

—¡Que me vaya! ¿y á dónde?

—Ya no haces falta aquí.

—¿Y quién cuidará de esa señora?

—Te digo que no haces ya falta, tu cueva está cerca: vete con tus hijas.

—¿Y ya no me daréis más dinero?

—¡Toma, toma, sanguiuela insaciable! dijo Aben-Aboo, dando á la vieja dos ducados más.

—Todos los días el hambre pide pan: antes cuando mi marido y mis hijos vivían, trabajaban y mi casa estaba alegre, porque siempre había

una olla al fuego y pan en la cesta; pero los cristianos mataron á mi marido y á mis hijos: mi casa ha quedado triste, y mis hijas buscan á los pastores y á los monfies para que les den un pedazo de pan, porque tienen hambre.

—Yo mandaré que te den cuatro ducados todos los meses.

—¡Cuatro ducados! ¡Dios es grande y misericordioso, y os recompensará, señor!

—Bien, pero vete, necesito quedarme sólo.

Aben-Aboo franqueó la puerta.

—¡Qué oscura y qué callada está la noche! dijo la vieja, asomando á la puerta la cabeza: pero á bien que dentro de dos horas saldrá la luna. Que Dios os guarde, hermoso señor.

Y la vieja se rebujó la cabeza en un andrajo, salió de la cueva, y pronto se perdió entre la oscuridad.

Aben-Aboo cerró fuertemente la puerta.

—¡Un lazo para coger gorriones! repitió Aben-Aboo, tomando de un hueco de la cueva una linterna, y encendiéndola con una astilla del fuego: esa es la señal convenida: ¡esta noche! ¡esta noche al fin!

Aben-Aboo se estremeció, y permaneció inmóvil con la linterna en la mano.

—¡Esta noche...! ese hombre, ese castellano es terrible: me ha probado casi que el emir es el asesino de mi padre: me ha probado que mi madre es una infame; ella amaba al emir antes de casarse con mi padre: recién casado con ella, don Diego de Valor y mi tío Aben-Jahuar se llevaron consigo á mi padre, y la justicia le encontró después muerto de hambre y herido en el mismo lugar donde tengo escondida á la sultana Amina: ¡Dios es justo y misericordioso! pero aun no estoy satisfecho: ese Godínez ó ese demonio á quien parece confiar tanto

doña Elvira, la madre de Aben-Humeya, no me ha presentado ninguna prueba concluyente: es cierto que me ha hecho reparar en muchas circunstancias que casi me convencen... pero me ha dicho que la prueba indudable la tiene la princesa, que por su rivalidad con Amina, se la procuró: la princesa está en mi poder... puedo tocar la verdad, y sin embargo esa verdad me extremece.

Aben-Aboo dió un paso hácia una oscura gruta de la cueva que conducía al interior, y se detuvo otra vez irresoluto.

—¿Seré yo acaso el instrumento de una venganza infame? se dijo: pero no: la princesa... la princesa me embriaga... parece amarme... ¿pero estaré yo ciego? sin embargo la princesa me domina, sabe que soy su esclavo... sabe cuánto la amo, que mi amor puede arrastrarme á una violencia, y sin embargo, se encuentra conmigo alegre, satisfecha, tranquila: sólo me opone que mientras viva el marqués de la Guardia... indudablemente que el amor que ha tenido al marqués se ha convertido en odio... y yo... yo la amo más cada día. Es necesario resolverse.

Y Aben-Aboo penetró en aquel antro.

Llegó á un ángulo, arrolló con el pie un montón de tascos de estopa, removió después el suelo terrizo que la estopa había dejado descubierto, y apareció una trampa de madera.

Levantó aquella trampa, bajó unas escaleras abiertas á pico, y se encontró en un pequeño espacio, donde había una cama, una silla, y una mesa con una lámpara encendida.

Salióle al encuentro una mujer vestida de negro.

Aquella mujer le abrazó y le besó en la frente.

Aben-Aboo se estremeció porque aquella mujer era Angiolina Visconti.

—¡Oh! ¿cuándo seréis mi esposa? exclamó el jóven.

—Cuando sea viuda, contestó tranquilamente Angiolina.

—¡Viuda!

—Ya sabéis que yo no he pertenecido más que á un hombre, que le he considerado mi esposo, y que mientras viva...

—El marqués ha muerto, dijo Aben-Aboo.

—¡Que ha muerto el marqués! dijo Angiolina con acento reconcentrado, comprendiendo y dominando la angustia que se apoderó de su alma.

Aben-Aboo que la observaba profundamente, engañado por el violento esfuerzo con que Angiolina había dominado su alma, dijo para sí:

—Indudablemente la princesa, no ama ya al marqués: si le amara se hubiera estremecido, se hubiera entregado á alguna demostración de dolor al saber su muerte.

Angiolina leyó sin duda el pensamiento de Aben-Aboo en su mirada, porque dijo con interés, con conmoción, pero sin terror, sin sentimiento:

—¿Y dónde ha muerto el marqués?

—En Cádiar, la noche de Navidad; la compañía entera á cuyo frente se encontraba ha sido exterminada.

—¡Ah! ¿y le habéis matado vos?

—Afortunadamente no.

—¿Por qué decís afortunadamente?

—Porque no quisiera unirme á vos trayendo las manos manchadas con la sangre de ese hombre á quien habeis considerado como vuestro esposo.

—¿De modo que, dijo Angiolina, anduve acertada en vestirme de negro para huir con vos de Cádiar?

—¿Lleváis por él luto?

—¿No habéis dicho vos mismo que yo le consideraba mi esposo?

—¿Y esa muerte no os causa pesar?

—Ya lo véis, hablo de ello tran-

quilamente con vos como si se tratara de la de cualquier otro.

—Pero no os mostráis alegre.

—Yo no tengo mal corazón.

Era que Angiolina no tenía sobre sí misma dominio bastante para llevar su finjimiento hasta el punto de mostrarse alegre por la muerte del marqués, cuando estaba transida de dolor, anhelante, haciendo poderosos esfuerzos para que no saliesen á sus ojos las lágrimas, á sus labios los gritos desesperados.

—¿Será acaso que no creáis que el marqués haya muerto? dijo el receloso jóven.

—Sí lo creo: porque según lo que ha pasado en las Alpujarras, el marqués que era muy noble y muy valiente ha debido morir.

—¡Ah! ¡le elogiáis!

—El que haya sido conmigo un infame, el que yo me haya visto obligada primero á desear vengarme de él, después á despreciarle, no prueba que cuando se trataba de un servicio del rey fuese cobarde ni villano: para probaros que os creo, voy á decir os una sola palabra: soy vuestra.

—¡Que sois mía! exclamó Aben-Aboo, levantándose de su silla.

—¡Sí, sí, dijo Angiolina contentiéndole con un movimiento: después de algunos días...

—¡Ah! dijo Aben-Aboo. ¡Otro plazo!

—¿No despreciaríais algún día á una mujer que os abriese sus brazos, caliente aún el cadáver de su esposo?

—¡Esa extraña manía de llamar vuestro esposo al marqués...!

—Yo le he considerado como tal. Sin embargo, podeis abreviar ese plazo.

—¿Cómo?

—Sabéis que soy enemiga del emir porque de él vienen mis desgracias. Si él hubiera guardado más á su hija,

no me hubiera visto ultrajada por el marqués. Si mi esposo...

—¿De qué esposo habláis ahora?...

—Del príncipe Lorenzini Maffei.

—¡Ah!

—Sí, mi esposo no sé por qué mal hirió al emir en Madrid, y huyó: desde entonces quedé abandonada, y me vi obligada á ampararme de Cisneros. Solo por una sucesión de tristes casualidades he podido venir á vuestras manos. Aborrezco al emir y á su hija, el odio que siento hacía ellos me abrasa el corazón. Si extermináis al emir y á la sultana Amina... el día en que me digáis: no existen, podéis pisar su sepultura, aquel día... me arrojé en vuestros brazos.

Angiolina se estremeció horrorizada de sí misma: sabía que Aben-Aboo era hijo del emir, hermano de Amina, y sin embargo le pedía la sangre de su padre y de su hermana: y era que aunque comprimía su dolor, dolor causado por la noticia de la muerte del marqués, que Aben-Aboo la había dado con la mayor seguridad, aunque sabía que el marqués no había muerto, la enloquecía, la hacía sentir una horrible sed de exterminio, la arrastraba á todo.

Una fatalidad más que se levantaba contra Yaye.

Porque Angiolina, que, como hemos dicho, solo era infame cuando se tocaba á su corazón, á sus celos, á su desesperación por el marqués, se había reservado de dar á Aben-Aboo la prueba aparentemente terrible de que Yaye había tenido parte en el asesinato de Miguel López.

Si Aben-Aboo no se hubiera enamorado de Angiolina hasta el punto de inventar una mentira para procurarse su posesión, acaso Angiolina no se hubiera atrevido á afrontar el horrible crimen de levantar el puñal de un hijo contra su padre.

Pero al escuchar la noticia de la

muerte del marqués, noticia dada con tal maestría, que Angiolina creyó en ella, enloqueció y lo arrostró todo: en aquellos momentos, si hubiera podido, hubiera incendiado la creación.

—¡Otra condición más! exclamó Aben-Aboo.

—Pero condición que podéis satisfacer fácilmente.

—¡Matando al emir!

—¿Acaso no fué él la causa, y el cómplice de la muerte de vuestro padre?

—Me lo habéis repetido mil veces, pero no me habéis dado la prueba, dijo Aben-Aboo.

—¡La prueba! ¿queréis la prueba? exclamó Angiolina levantándose de donde estaba sentada, y sacando de debajo el cofre de sus alhajas que había traído de Granada: os voy á dar la prueba, añadió abriendo con mano temblorosa el cofrecillo, y sacando de él unos papeles doblados que entregó á Aben-Aboo.

Aquellos papeles eran parte del testimonio que Laurenti había traído de Granada: en él constaban las informaciones hechas acerca de la muerte de Miguel López, la acusación y la sentencia contra don Diego de Córdoba y de Válór, y las inculpaciones que este había hecho, descargándose, contra el emir de los monfies, puesto que monfies habían sido los asesinos visibles de Miguel López.

Si Aben-Aboo hubiera meditado un poco, hubiera aplazado hasta informarse mejor, la ejecución de su venganza: hubiera podido saber por Aben-Jahnar que ninguna parte había tenido Yaye ni su padre Yuzuf en aquella muerte; pero solo leyó esta terrible frase: los monfies fueron los asesinos de Miguel López, y el emir de los monfies estaba enamorado de doña Isabel de Córdoba y de Válór.

Aben-Aboo, con los ojos desencajados se volvió á Angiolina después de

haber cogido aquellos papeles, que por desgracia para Aben-Aboo estaban autorizados en forma.

—Me habéis dicho que seréis mía, el día en que podáis pisar las sepulturas de Yaye y de Amina. Os aseguro que si cumplís vuestra promesa seréis mi mañana.

Y sin decir una palabra más, salió desencajado, frenético.

Cuando se quedó sola Angiolina, lanzó un largo grito de angustia, se arrojó de costado sobre el lecho y rompió á llorar por el marqués.

Aben-Aboo entre tanto corría frenético á través de las breñas, en medio de las tinieblas de la noche.

CAPÍTULO XXXVII.

EN QUE SE CUENTAN SUCESOS HORRIBLES.

Aquella misma noche, el emir estaba sentado junto á una chimenea en su Alqueria de Cádiz.

Doña Isabel sentada frente á él, indolente, magnífica, pero preocupada, fijaba su vista distraída á través de los cristales de una ventana, en la luna que acababa de aparecer sobre una montaña inmediata.

Yaye estaba también profundamente pensativo.

—Será necesario al fin romper por todo, dijo Yaye dirigiéndose á doña Isabel.

—¿Romper por todo? exclamó ésta.

—Sí, es necesario... necesario de todo punto, buscar á nuestro hijo: necesito hablarle... después de hablarle, espero que todo se arreglará: es un sacrificio, un sacrificio enorme: ¿pero qué hacer?

—¿No hemos resuelto ya que nuestro hijo sepa la verdad de su nacimiento?

—Sí, es cierto: pero yo lo dilataba; yo esperaba; el momento es llegado: después de esto...

—Después de esto, y para evitar nuevas y mayores desgracias, será necesario que hagas otra revelación á otro hijo tuyo.

Yaye se puso pálido: hasta entonces doña Isabel ni una sola palabra le había dicho que indicase que conocía el misterio del nacimiento de Aben-Humeya: las últimas palabras de doña Isabel, aunque tranquilas y afectuosas, le aterraron.

—¿De otro hijo mío! exclamó: ¿acaso sabes?... ¿acaso esa funesta mujer te ha revelado?...

—No; mi cuñada nada me ha dicho: ¿pero no sabía yo que hace veintidos años, doña Elvira te tuvo en su poder? ¿Acaso pudieron engañarse mis ojos? como no pudo engañarse mi corazón, no pudieron engañarse mis celos; yo sabía que doña Elvira te amaba, que te amaba con toda su alma, con toda la vehemencia de un empeño contrariado. Mi hermano, después de haber quedado tú en poder de doña Elvira por aquella sucesión terrible de fatalidades, solo volvió para estar un momento al lado de su esposa y ser preso por el Capitán general. Cuando nació Aben-Humeya, no pude dudar de que era tu hijo: lo que había visto, el tiempo transcurrido desde la prisión de mi hermano, hasta el nacimiento de Aben-Humeya, todo me confirmó en que era tu hijo. He guardado este terrible secreto de familia, pero en el estado á que han llegado las cosas, es necesario que Aben-Aboo y Aben-Humeya sepan que son hermanos: preciso de todo punto.

—¿Y crees que yo fui culpable, que yo acepté por mi voluntad los amores con doña Elvira? dijo Yaye cuya voz temblaba.

—¿Doña Elvira era muy hermosa! contestó tristemente doña Isabel.

—Doña Elvira abusó de mi situación: cuando doña Elvira me perteneció, yo no vivía, propiamente dicho:

estaba dominado por un marasmo profundo... y es más, Isabel, y puedes creerte como si leyese en mi conciencia: en medio de aquella fascinación fatal, yo creía poseerte cuando poseía á doña Elvira. ¡Oh! ¡cuán terrible, cuán funesta es mi historial!

—No hablemos más de eso: ha sido lo que Dios, sin duda para probarte, ha permitido que sea. Pero en el punto en que nos encontramos, es necesario obrar, y obrar pronto: romper esa cadena funesta con que nos estrecha el destino y nos ahoga; remediar como se pueda el mal causado, y empezar otra nueva vida, una vida enteramente distinta. Me has prometido arrojar esa sangrienta corona; quiero mejor vivir en una choza, al lado del mar, alimentándome de la pesca, tranquila, descuidada, feliz, con el amor de mi familia, que los alcázares dorados, la servidumbre de los esclavos, las vestiduras regias, la grandeza del imperio, en medio de los remordimientos de horribles crímenes y bajo el peso de insoportables cuidados.

—¡Oh! ¡si quisiera Dios!

—¡Ojala que Dios no esté irritado contra nosotros!

Y doña Isabel se puso de pié.

—¿A dónde vas? la dijo Yaye.

—Ha salido la luna, contestó doña Isabel.

—No te comprendo.

—Dentro de un momento me comprenderás.

—Pero...

—Silencio... déjame hacer.

—Te confieso que me espanta ese misterio.

—Ese misterio se esclarecerá pronto; pero no me detengas, dentro de un momento volveré.

Doña Isabel salió, y Yaye quedó entregado á una ansiedad indescribible á una curiosidad punzante y gravísima.

Doña Isabel entre tanto había ido á una retirada habitación de la alquería, cuyas ventanas daban sobre un barranco.

Pero antes de decir lo que encontró doña Isabel en aquel aposento, debemos poner en antecedentes á nuestros lectores.

Algunos días antes, doña Isabel había recibido por medio de un gitano, mientras paseaba en el valle próximo á la alquería, una carta de su hijo concebida en estos términos:

«Necesito hablaros, madre mía: si queréis concederme esta merced, esperadme esta noche cuando salga la luna en una de las ventanas de vuestra casa que dan sobre el barranco. Yo llevaré una escala que vos podréis recoger con un cordón. Nada de esto digáis á vuestro esposo.—Vuestro hijo que bien os quiere, Diego López Aben-Aboo.»

Esta carta maravilló á doña Isabel, porque no podía comprenderla: ella creía que su hijo estaba al frente de los monfíes avanzando contra Granada.

Pero eran tan graves las circunstancias en que se encontraba Yaye, en que ella misma se encontraba, que guardó un profundo silencio acerca de la carta de su hijo, y aquella noche, en el momento que salió la luna, fué á la ventana indicada por Aben-Aboo, la abrió é hizo una ligera señal; la contestaron otra señal desde abajo, y doña Isabel echó el cordón de que se había provisto, sintió que abajo tiraban de él, tiró á su vez doña Isabel y trajo consigo una escala: la aseguró al alfeizar, se atirantó, y poco después entró por la ventana un hombre.

Aquel hombre era Aben-Aboo.

—¿Qué significa esto, Diego? le dijo con ansiedad doña Isabel.

—¿Estamos solos, madre mía? dijo el jóven mirando con recelo á su alrededor.

—Sí, solos estamos: el emir está en la montaña y no vendrá hasta la media noche.

—Tenemos entonces tiempo sobrado.

—Pero yo te creía lejos de aquí.

—¿No os ha dicho nada vuestro esposo, madre?

—¿Y qué había de decirme?

—¿Nada os ha dicho de mí?

—No; solamente que te encontrabas mandando los monfies hacia el puente de Tablate.

—¡Ah! ¿no os ha dicho que yo le hago traición?

—No... no... ¿pero eso es verdad?

—No, madre, no, pero hay traidores que pretenden desunirnos á todo trance.

—Mi esposo está satisfecho de tí.

—Vuestro esposo sabe que me amais madre, y os engaña.

—¡Engañarme!

—Sí: desde la noche del levantamiento de las Alpujarras ando huyendo, madre mía, y desde entonces el emir me anda buscando.

—Pero ¿por qué huyes?

—Porque sé que el emir me cree traidor, y me castigará. Vos sola, vos sola podréis, madre, hacer que el emir se contenga y consienta en escucharme. Si me escucha, yo me justificaré; os lo aseguro, porque soy inocente, pero quiero que me escuche aquí, aquí y á solas.

Doña Isabel, que amaba con delirio á su hijo, se affigió, lloró, y le prometió que el emir le escucharía y que el que se hubiera propuesto dividirlos y enemistarlos, sería castigado.

Doña Isabel y Aben-Aboo quedaron en verse tres noches después.

Doña Isabel iba á cumplir su promesa.

Abrió una ventana, arrojó una piedrecilla al barranco, y se oyó abajo una palmada.

Doña Isabel echó un cordón, le re-

tiró, trayendo una escala, la aseguró, y á poco apareció un hombre en la ventana y saltó dentro.

Era Aben-Aboo.

—¿Habéis hablado al emir, madre mía? la dijo con ansiedad.

—No; pero le he preparado; ahora le hablaré; él también desea hablarte: pero, qué pálido estás Diego, qué desencajado; ¿te ha sucedido alguna desgracia, hijo mio?

—Es que tengo miedo, madre.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—¡Miedo del emir!

—¡Miedo de mi esposo! ¿crees tú que aunque fueses culpable, el emir podría castigarte?

—¡Oh! ¡madre mía! un demonio se ha puesto en medio de nosotros.

—¿Quién?

—Mi tío don Fernando el Zaquer.

—¡Oh! ¡siempre fué mi hermano traidor y miserable! pero nada temas. Diego, nada: ¿no sabes que el emir me ama con toda su alma? ¿que te ama... á tí... porque... porque eres mi hijo?

—¡Madre, madre! ¡decís eso de una manera!

—El emir tiene que revelarte grandes secretos: secretos que tocan á tu madre, que te tocan á tí: por terrible que te parezca lo que te revele mi esposo... créelo: tu madre te dice que lo creas.

—¡Pera explicadme!

—No; no: sería para mí demasiado sacrificio: el emir te lo explicará.

—Una palabra: ¿ese secreto pertenece á vos?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo reveláis?

—¡No te digo que sería para mí un horrible sacrificio?

—Me ponéis en confusión, madre.

—Mi esposo te sacará de ella. Adios.

—¿Tardará mucho en venir, madre?

—Tardará un tanto, porque necesito prevenirle. Adios.

Y doña Isabel, conmovida y trémula, escapó.

Aben-Aboo se quedó solo.

—Sí, sí, dijo: sin duda pretenden revelarme que mi padre murió á manos de mi tío don Diego de Córdoba y de Valor: pero es ya tarde; ya sé á lo que debo atenerme: ¿se referirá esa revelación á Amina? ¿Quién sabe? pero es preciso no perder el tiempo; ¡hola! ¡eh! ¡primos! ¡subid, y subid pronto! dijo Aben-Aboo en voz breve asomándose á la ventana.

Poco después otro hombre entró en la habitación.

Era Aben-Humeya.

—¿Está el emir en la alquería?

—Sí, contestó Aben-Aboo.

—¿Y has hablado á tu madre?

—Sí.

—¿Y nada sospecha?

—Nada.

—¿De modo que podemos dar el golpe?

—Sí, podremos vengar á nuestros padres.

—¡Oh! ¡y qué horribles misterios, primo!

—Pero le tenemos en nuestras manos. La justicia de Dios caerá sobre los infames: él muerto: mi madre... no la mataré, porque al fin me llevó en sus entrañas; pero castigaré en ella á la infame que se ha unido con el asesino de su esposo, con el padre de su hijo.

—Sí, sí; con el asesino de mi padre.

—Después, tú, rey de Granada, yo, emir de los monfies...

—Una palabra, primo: ¿sabes tú del paradero de Amina?

—Yo no: ¿la amas?...

—Te juro que si quise casarme con ella, solo fué por atraerme la amistad del emir.

—Y yo lo mismo.

—Muerto el emir...

—Amina nada importa...

—Si la encontramos...

—Si la encontramos la jugaremos á los dados.

—La jugaremos...

—Y quien la gane...

—La encerrará en su harem.

—Convenido.

—Me parece que suenan pasos.

—¡Oh! ¡sí! debe ser el emir; escondete y está pronto: cuando yo me abrace á él, hiérole tú por detrás.

—Esconderme ¿y donde?

—Aquí, tras de este tapiz. Pronto, ocúltate.

Aben-Humeya se escondió.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Yaye.

Se detuvo á alguna distancia de Aben-Aboo y le miró profundamente: el jóven temblaba.

—Tu madre me ha dicho que deseabas hablarme, dijo el emir.

—Sí, sí señor, deseaba hablaros, porque me han calumniado, porque han suscitado vuestra cólera contra mí.

—Creo que aquí no hay calumnia, sino error, dijo conteniéndose Yaye. Pero necesito que me hables con verdad: ¿me has injuriado de una manera irreparable?

—No señor.

—¡Desdichado de tí si no has respetado á Amina!

—Señor dijo Aben-Aboo, poniéndose letalmente pálido.

—Sí, desdichado de tí... porque es necesario decírtelo de una vez... Amina es tu hermana.

—¡Qué Amina es mi hermana! exclamó aturdido por aquel golpe imprevisto Aben-Aboo.

—Sí, tu hermana, dijo profundamente conmovido Yaye, porque tú eres... porque tú eres mi hijo...

—¡Vuestro hijo! ¡que yo soy vuestro hijo! exclamó Aben-Aboo... pero

esto no puede ser, no... mi padre se llamaba Miguel López.

—Tu padre soy yo: tú naciste diez meses después de la muerte de Miguel López.

—¡La prueba! ¡la prueba! gritó Aben-Aboo.

—¿No te ha dicho tu madre que creas cuanto yo te diga?

—Pero mi madre es vuestra esposa, exclamó Aben-Aboo: mi madre tiene interés... en hacerme pasar por vuestro hijo...

—Aben-Aboo, gritó Yaye: ¿te atreverás á dudar de mí?

—Mi padre murió asesinado y le asesinasteis vos.

—¿Yo?...

—Sí, vos, emir de los monfies... y por vengar á mi padre yo he venido á mataros...

—¡A matarme! exclamó Yaye, cuya frente se cubrió de sudor frío.

—Sí, á mataros y os mato, exclamó Aben-Aboo, y por un movimiento rápido, que Yaye aturdido no pudo evitar, se abrazó á él.

Y en aquel momento Aben-Humeya saltó como un tigre del lugar en donde estaba escondido, y antes de que Yaye pudiese desprenderse de Aben-Aboo, le clavó un puñal por tres veces en un costado; gritando:

—¡Muere, asesino de mi padre, su hijo le vengará en tí!

—¡Misericordia de Dios! exclamó cayendo Yaye: ¡asesinado, y asesinado por mis hijos!

Aquella exclamación en la boca de un hombre herido de muerte, aterró á los dos jóvenes que se miraron pálidos de espanto.

—¡Ah! ¡que os perdone Dios! exclamó Yaye cayendo; ¡que os perdone Dios, porque no habeis sabido lo que habeis hecho!

—Pero... exclamó Aben-Aboo, inclinándose sobre el emir; ¿sosten-

dreis aun á punto de muerte esta impostura?

—¡Que os perdone Dios! dijo con desesperación Yaye.

—¿Será cierta esa horrible revelación?...

—Corred, corred, buscad socorro, dijo el emir; yo quiero salvarme, no por mí, sino por vosotros: quiero salvarme para que no tengais el remordimiento de un parricidio.

En este momento un hombre apareció en la ventana y saltó á la estancia.

Aquel hombre era Laurenti.

—¿Es decir que todo se ha consumado? dijo viendo á Yaye por tierra en un lago de sangre: ¿es decir que los hijos han matado á su padre?...

—Laurenti, exclamó Yaye... tú...

—Sí, yo, el bandido que se vengará.

—¿Has dicho que el emir es nuestro padre? exclamaron los jóvenes.

—Sí, y os traigo la prueba. Lee tú esta carta de tu madre, Aben-Humeya, la escribió hace veinte y dos años; toma tú esotra, Aben-Aboo, también hace veinte y dos años que la escribió tu madre doña Isabel.

—¡Ah! ¡las cartas! ¡las terribles cartas que me robaron! exclamó expirando Yaye, mientras los jóvenes devoraban las cartas en que sus madres habian anunciado su nacimiento á Yaye.

—Sí, sí, te las robé yo, dijo Laurenti, rompiendo los sellos de la Inquisición: me he vengado y nada tengo ya que hacer aquí. Adios.

Y antes de que los dos jóvenes pudiesen detenerle, se precipitó á la ventana y se deslizó por la escala.

—¡Oh! ¡no hay duda, no hay duda, exclamó con desesperación Aben-Aboo es mi padre! ¡Estoy maldito de Dios!

Y sin atreverse á mirar á Yaye huyó, ganando la ventana y la escala.

Aben-Humeya quedó inmóvil, ate-

rrado, como herido por un rayo, después de leer la carta de doña Elvira.

Luego tieso, rígido, terrible, como impulsado por un poder superior, se acercó á Yaye, se inclinó sobre él y le miró.

Yaye estaba muerto.

—¡Mi padre! dijo con voz ronca: ¡mi madre! añadió, y se apretó las sienes con las dos manos, y luego con los cabellos erizados, vacilante, como un ébrio, se acercó á la ventana, ganó la escala y se deslizó por ella.

El cadáver de Yaye quedó sobre un lecho de sangre en la estancia, y á los piés de la mesa donde estaba la luz, las dos cartas que el horror había dejado caer de las manos de Aben-Aboo y de Aben-Humeya.

CAPÍTULO XXXVIII.

EN QUE EMPIEZA Á DESENLAZARSE NUESTRA HISTORIA CON LA SALIDA PARA LA ETERNIDAD DE DOS DE SUS PRINCIPALES PERSONAJES.

Entre tanto doña Isabel esperaba impaciente.

Suponía que debía ser larga la entrevista de Yaye y de Aben-Aboo y no se había atrevido á escucharla.

Durante algún tiempo permaneció anonadada en un sillón junto á la chimenea. Luego, no pudiendo dominar su ansiedad se levantó, fué á su aposento, abrió una puerta, entró en un pequeño retrete, se arrodilló delante de un reclinatorio en que había un Cristo crucificado y se puso á rezar.

Para doña Isabel aquella era una situación suprema.

Su pudor de madre iba á verse herido por la horrible revelación que Yaye en aquellos momentos hacía sin duda á su hijo.

Un terror misterioso se había apoderado de doña Isabel.

Se sentía mal, con el alma compri-

mida y no sabía darse razón de la causa.

Estaba bajo la influencia de esa intuición inexplicable que nos anuncia una desgracia; intuición ó augurio del cual no podemos darnos cuenta, sino cuando la desgracia ha acontecido.

Dominaba en torno suyo un silencio profundísimo y aquel silencio la asustaba.

Se distraía y solo rezaban sus labios.

Su corazón no estaba en Dios, sino en aquel apartado aposento donde se habían encerrado Yaye y Aben-Aboo.

Pasó así algún tiempo, sin que nada turbase aquel denso silencio, aquella calma glacial.

De repente se oyeron fuertes ladridos de los perros de la alquería, luego ruido de voces, y al cabo pasos precipitados en la cámara de doña Isabel.

Esta se levantó del reclinatorio y corrió á su cámara.

En ella encontró á Harum-el-Geniz, en cuyo semblante se notaba algo extraordinario.

—¿Qué sucede? dijo doña Isabel.

—Debe amenazarnos una gran desgracia, señora, dijo el leal monfí.

—¡Una gran desgracia!

—Sí, porque Aben-Jahuar el Zâguer vuestro hermano, y vuestra cuñada doña Elvira de Céspedes, acaban de llegar á la alquería y preguntan anhelantes por el emir, por vos, por vuestro hijo, por Aben-Humeya.

—Hacedles, hacedles entrar al momento, dijo doña Isabel.

Aben-Jahuar y doña Elvira fueron introducidos.

Doña Elvira se avalanzó pálida á doña Isabel.

Hacia veintidos años que aquellas dos mujeres no se veían: es más, que se aborrecían.

Doña Isabel miró con una expre-

sión de gran extrañeza á su cuñada.

—¿Qué queréis en mi casa, señora? la dijo.

—¡Qué quiero! salvar á Yaye, á quien vos habéis perdido, contestó doña Elvira.

—¿Qué decís? exclamó con un supremo desprecio doña Isabel.

—¿Donde está Yaye? exclamó con afán doña Elvira.

—Sí, ¿dónde está el emir? repitió Aben-Jahuar.

—¿Pero por qué me preguntáis por él de ese modo?

—Urge aprovechar los momentos, hermana, dijo Aben Jahuar, imponiendo silencio con un ademán á doña Elvira.

—Está aquí, en su casa, dijo cada vez más admirada doña Isabel.

—¡Ah! ¡loado sea Dios! dijo Aben-Jahuar.

—Está hablando de negocios de familia con mi hijo, añadió doña Isabel.

—¿Que está encerrado con tu hijo, hermana? exclamó Aben-Jahuar pali-deciendo de nuevo: ¿y hace mucho tiempo que han quedado solos?

—Cerca de una hora; pero no com-prendo...

—¡Una hora! exclamó aterrada do-ña Elvira.

—Ha tenido tiempo bastante para asesinarle.

—¡Para asesinarle! exclamó doña Isabel: ¿qué decís?

—Tu hijo cree á tu esposo asesino de su padre.

Doña Isabel no escuchó más: se precipitó hácia la habitación donde había dejado á Yaye y á su hijo, y Aben-Jahuar y doña Elvira la siguie-ron.

La puerta de aquella habitación es-taba cerrada por dentro, y no se escu-chaba hablar á nadie en aquella es-tancia.

—¡Harum! ¡Harum! gritó fuera de sí doña Isabel: echad esta puerta aba-

jo, echadla!

Acudieron Harum y algunos mon-fies y la puerta cayó por tierra.

Un grito de horror se exhaló de to-das las bocas al ver el espectáculo que se presentó de repente á los ojos de todos.

Yaye estaba boca abajo sobre un le-cho de sangre.

Todos quedaron inmóviles, aterra-dos; doña Isabel con el semblante de-sencajado, con la mirada extraviada, dió algunos pasos hácia el cadáver, luego se detuvo, vaciló, lanzó uno de esos horribles gritos que solo lanzan las mujeres, y que solo expresan en toda su tremenda extensión, el ho-rror, el dolor, la desesperación: exten-dió los brazos y cayó de boca so-bre el cadáver, como un árbol á quien el hacha hiere por el pié.

Doña Elvira había quedado muda, inmóvil, con la mirada terriblemente fija en aquel grupo horrible de la es-posa desmayada, sobre el cadáver del esposo asesinado.

Aben-Jahuar, horrorizado de sí mismo, miraba también, como petrifi-cado, aquel grupo, abrumado por el peso de su conciencia.

Harum blasfemaba, levantando el cadáver de su señor, llorando, ru-giendo, amenazando á los cielos y á la tierra.

Los otros monfies habían levanta-do á doña Isabel, que parecía muerta, y la habían llevado á un diván.

De repente Harum, cierto ya de que su señor no existía, le dejó de nuevo sobre la alfombra; y se volvió con la cólera reconcentrada del tigre á doña Elvira y á Aben-Jahuar.

—Vosotros habeis venido, diio lan-zando llamas por los ojos, vosotros habeis venido á esta casa anunciando una desgracia, preguntando por Aben Aboo y por Aben-Humeya.

—¡Ellos! ¡ellos! ¡los malditos! ¡ellos han sido! gritó doña Elvira: ¡sus hi-

jos! ¡el hijo mio y el hijo de esa mujer!

Y doña Elvira, con los ojos inflamados, pero sin verter una lágrima, adelantó hacia el cadáver:

—¡Yayel exclamó: ¡tú has sacrificado todo cuanto has tenido á tu alrededor! tu aliento ha sido maldito para todo lo que ha tocado, y te has despedazado á tí propio, porque has caído bajo el puñal de tus hijos: ¡has vivido de la desgracia ajena, y te has labrado tu propia desgracia! ¡Que te perdone Dios!

Y aquella mujer cayó de rodillas, levantó las manos al cielo, y luego se cubrió con ellas el rostro, y rompió á llorar.

—¡Idos! exclamó Harum-el-Geniz, dirigiéndose á Aben-Jahuar: ¡idos antes de que mi razón se extravíe y no pueda responder de mí mismo! ¡idos y llevaos á esa mujer!

—Una palabra, dijo Aben-Jahuar, que apenas podía hablar: el emir tenía una hija.

—¿Sabeis vos lo que ha sido de la sultana Amina?

—La sultana Amina está en poder de Aben-Aboo.

—¿Pero dónde, dónde?

—En el mismo subterráneo donde murió de hambre Miguel López.

—¡Es decir que vos, cuando tanto sabéis, sois cómplice en el robo de la sultana, y acaso en el asesinato del emir! dijo Harum, desnudando su puñal, y adelantando demudado hácia Aben-Jahuar:

Una mano vigorosa detuvo el brazo de Harum.

Volvióse, y vió tras sí, pálido como un cadáver, á Calpuc, el rey del desierto mejicano.

—¡Idos! ¡idos! exclamó Calpuc con voz conmovida.

—Sí, me voy, dijo con acento sentido Aben-Jahuar: y pluguiera á Dios que nunca hubiera venido: pero re-

cordad, Calpuc: Amina está en el subterráneo donde vos tuvisteis á Miguel López.

Y arrojando una última é indescribible mirada á Yaye, y asiendo de la mano á su cuñada, salió.

Quedaron solos Calpuc, Harum y algunos monfies junto al cadáver de Yaye y doña Isabel desmayada.

—Aquí hay una escala, dijo uno de los monfies.

—Por aquí han huido los infames, gritó Harum.

—Y en el suelo hay dos cartas, dijo otro monfi.

Tomólas Calpuc, y las leyó estremeciéndose; después las quemó á la luz de la lámpara.

Calpuc parecía sereno, pero en lo pálido de su semblante, y en lo concentrado de su mirada, revelaba todo lo intenso de su padecimiento interno.

—¡Todo! ¡todo cuanto he amado! exclamó mirando á Yaye.

Harum no podía creer aquello, no quería creerlo, y continuaba rugiendo y blasfemando.

—¡Juro al Dios Altísimo y Unico, desgraciado señor, no reposar hasta vengarte! ¡Juro al Dios Altísimo y Unico, vengarte de tus asesinos! ¡No reposaré hasta verter la sangre de Aben-Aboo y Aben-Humeya!

—Sí, pero es necesario salvar á la esposa y á la hija de tu señor: la esposa está allí, entre la vida y la muerte... la hija... yo iré delante de vosotros á salvar á mi nieta.

.

Yaye fué puesto en un lecho por los monfies que acompañaban á Harum, y doña Isabel conducida á su aposento y entregada al cuidado de sus doncellas.

Poco después, armados y á gran paso, atravesaban la montaña cincuen-

ta monfíes mandados por Harum y guiados por Calpuc.

Entre tanto Aben-Jahuar y doña Elvira marchaban por un estrecho camino.

Doña Elvira lloraba.

Aben-Jahuar iba profundamente pensativo.

Al llegar cerca de una venta, Aben-Jahuar se detuvo, y dijo á doña Elvira!

—No podemos permanecer en las Alpujarras; aquí todo es horrible para nosotros.

—¡Oh! ¡terrible, muy terrible! exclamó doña Elvira.

—Debemos pasar á Africa: la guerra, muerto Yaye, enemistados Aben-Humeya y Aben-Aboo, empeñados los monfíes en la venganza del emir, fracasará: ¿no podremos olvidar lejos de esta tierra tantos horrores?

—Haced de mí lo que os plazca, porque ya todo me importa poco, contestó doña Elvira.

Y se dirigió á la venta en la que entró con Aben-Jahuar.

Al mismo tiempo Laurenti se encaminaba acompañado de Cisneros á la cueva donde habia dejado Aben-Aboo á Angiolina.

—¿Con que hemos concluido ya, señor Godinez? dijo el comediante.

—Sí; sí por cierto. Yo os daré tales papeles, que cuando os presenteis con ellos al arzobispo de Toledo, basten para que podais sin miedo volver á vuestro oficio, por toda España, y permanecer cuanto querais en la corte.

—¿Y esa mujer?

—¿La amais todavía?

—Os lo confieso.

—Pues renunciad á ella, porque soy más fuerte que vos, y también la

amo.

Llegaban en aquel punto á la cueva: en el barranco un hombre tenia dos caballos del diestro.

—Esperad aquí, dijo Laurenti.

Y entró en la cueva.

Al sentir sus pasos en la escalera, Angiolina, que habia esperado llena de ansiedad algunas horas hacia, se levantó anhelante creyendo que era Aben-Aboo.

—¿Me habeis vengado ya? exclamó.

—Sí, dijo Laurenti: Aben-Aboo ha matado á su padre.

Angiolina dió un grito al reconocer á Laurenti.

—Y como nada tenemos que hacer aquí ya, dijo el bandido, nos volvemos á Roma, mi adorada Angiolina. El destino ha querido que no salgas de mis manos, hermosa; primero he sido para tí en los tiempos más felices de mi vida, un hombre misterioso, que gozaba, si no tus amores, tu hermosura; después tu salvador Bempo; luego á veces tu esposo el príncipe Lorenzini Maffei, á veces Bempo tu esclavo; después he sido Salvador Godinez, autor de comediantes, y al cabo vengo á ser Laurenti el bandido, Laurenti tu señor. Prepárate para acompañarme mientras escribo una carta para que ese pobre enamorado tuyo Andrés Cisneros pueda volver á la corte.

Laurenti sacó de su bolsillo un tintero de asta, le destornilló, sacó de una cartera papel, y escribió una carta al arzobispo de Toledo, recomendándole á Cisneros, que era merecedor de la gracia del rey, decía, contribuyendo á la muerte del emir de los monfíes, el enemigo más respetable que tenia España en las Alpujarras.

Laurenti firmaba aquella carta con el nombre de Lope de Arias.

Mientras Laurenti escribía, Angio-

lina, considerándose perdida, había meditado un atrevido proyecto: resuelta ya á lo que pensaba hacer, compuso su semblante, se dominó, y cuando Laurenti la mandó que le siguiese, se apoyó sonriendo en su brazo.

—Sin duda meditas alguna traición dijo el bandido, cuando tan tranquila te muestras.

—¡Una traición! dijo Angiolina: te engañas, Laurenti.... ¿acaso no eres tú mi esposo? ¿acaso no me he vengado ya de ese aborrecido emir? ¿pues qué causa puede haber para que yo me entristezca?

—Así cantan las sirenas, pensó para sus adentros Laurenti.

Y siguió hácia afuera llevando consigo á Angiolina.

Cuando llegaron al barranco, Laurenti dijo acercándose á Cisneros:

—Tomad la carta que os había prometido para el arzobispo de Toledo, y una bolsa con que podáis hacer el viaje. Montad á caballo y adios.

—¿Y no nos volveremos á ver?

—¿Quién sabe? contestó Laurenti.

—Adios, señora, adios, dijo Cisneros montando á caballo.

Angiolina no contestó, y Cisneros se alejó despechado.

Laurenti puso sobre un cogín, en el arzón delantero á Angiolina, y montó á caballo; dió algunas monedas á quien había tenido aquellos caballos y siguió el barranco adelante.

Por algún tiempo caminaron en silencio.

La noche era nebulosa, fría, áspero el terreno y el caballo, aunque era fuerte y ágil, tropezaba con frecuencia.

—¿Nada tienes que decirme, Angiolina? dijo Laurenti.

—Nada, absolutamente nada, contestó Angiolina con la voz perfectamente sonora.

—¿No te aterra estar en mi poder?

—No.

—¿No temes que yo sea para tí un amante excesivamente despótico?

—No, Laurenti, no: si yo hubiera sabido que Bempo, el hombre que me ha acompañado durante diez años, eras tú, tú el primer hombre de mi amor...

—¡De tu amor...!

—Si tú hubieras observado otra conducta conmigo... si no me hubieras sentenciado á aquella oscuridad misteriosa, á aquella prisión, á aquella violencia continua...

—¡Me hubieras amado...!

—Yo te amaba y te aborrecía á un tiempo.

—No te comprendo.

—Miraba en tí á un tiempo el amante y el verdugo: huí del verdugo, pero he recordado siempre al amante.

—Para ultrajarle.

—No.

—Has sido querida del marqués de la Guardia.

—Me arrojó en sus brazos un empuño de mujer.

—Has sentido celos de muerte contra la hija del emir.

—Siempre mi empeño y mi vanidad de mujer: pero me he vengado y estoy tranquila: he vuelto á tu poder y no tiemblo, porque sé que me amas Laurenti, que enloqueces por mí, que por mí eres capaz de todo: porque sé que no seré tu esclava, sino tu señora.

—¡Ah!

—Sí; mis miradas te embriagan, mis palabras te fascinan, mi amor te hace esclavo mío.

—Es verdad, dijo con voz ronca Laurenti: por tu amor he cometido mis más repugnantes crímenes; mis crímenes más horribles: esa hermana

en poder de su hermano... ese padre asesinado por sus hijos.

Laurenti se estremeció: Angiolina se estremeció también.

A entrambos los habían llevado el amor y los celos á crímenes monstruosos; en entrambos la conciencia se sublevaba contra sus hechos, implacable, severa: eran dos espíritus condenados.

Pero en entrambos quedaba arraigado el gérmen que los había llevado á aquellos crímenes.

Laurenti amaba con toda su alma á Angiolina, y por un fenómeno singular, á aquel amor se unía un odio implacable, porque Laurenti se sentía aborrecido por ella.

Lo mismo acontecía á Angiolina; amaba, codiciaba al marqués, pero el marqués había herido su corazón y su vanidad, abandonándola, despreciándola por Amina.

Angiolina creía muerto al marqués; le creía muerto por consecuencia de los manejos vengativos de Laurenti, y sentía contra él una insaciable sed de venganza.

—¡Oh! ¡yo te mataré! dijo en su pensamiento Angiolina, cuando conoció que Laurenti estaba, más que nunca lo había estado, enamorado de ella.

—Angiolina, dijo Laurenti, después de algunos momentos de silencio: si tú me amases, aún podría ser feliz.

—¿Y por qué no he de amarte? ¿no has hecho por mí inmensos sacrificios? ¿no lo has sufrido todo? ¿no me has visto acompañada por el marqués, apoyada en su brazo, sonriéndole enamorada?

¡Ah! exclamó Laurenti.

—Sin embargo, yo no amaba al marqués: estaba únicamente ofendida en mi orgullo, y creía amor lo que solo eran celos de vanidad, empeño; pero cuando he sabido que el mar-

qués ha muerto, no he llorado...

—¿Quién te ha dicho que ha muerto el marqués? exclamó Laurenti, disimulando su extrañeza, porque sabía bien que el marqués vivía.

—Aben-Aboo, contestó Angiolina.

—¿Has sabido que el marqués ha muerto, y no has vertido todo tu corazón en lágrimas? ¡si tú hubieras muerto, yo no hubiera podido sobrevivirte!

—Eso debe probarte que no le amaba.

—¡Ah! yo te lo perdonaría todo Angiolina si pudiera creerte.

—¿Y qué pruebas puedo darte para que me creas?

Laurenti se estremeció de conmoción, estrechó convulsivamente la cintura de la joven y la besó en el cuello.

Angiolina suspiró, se volvió, y rodeó sus brazos al cuello de Laurenti.

—¡Yo te amo! le dijo suspirando.

Y le besó en la boca.

—¡Oh! ¡tu amor! ¡tu amor Angiolina! exclamó el bandido ¿no me engañas?

—No; yo te amaré toda tu vida y aun después de tu muerte.

—¡Oh! ¡amado por tí, mi vida será muy corta, porque la felicidad me matará!

—No, no te matará la felicidad, dijo Angiolina, apoderándose rápidamente de la daga de Laurenti, y estrechándole con fuerza contra su seno: te mato yo.

Laurenti dió un grito: había sentido una punzada agudísima en su costado izquierdo, un cuerpo agudo que penetraba lentamente en su carne.

—Sí, te mato yo; miserable asesino; raptor y deshonorador de mujeres; ladrón infame.

Y Angiolina apretaba con fuerza la daga sobre el costado de Laurenti, y la estrecha daga penetraba con lentitud.

De repente Laurenti abrió los brazos, cayó sobre la grupa del caballo, y desde allí al suelo.

Angiolina saltó del caballo, y fué al sitio donde estaba Laurenti.

—¡Muerto! exclamó reconociéndole: ¡le he atravesado el corazón! ¡miserable, que has sido la causa de todas mis desgracias! ¡al fin me veo libre de tí! ¡libre y sola! Ya me he vengado de tí, pero aún me queda que vengarme de otro hombre: don Juan ha muerto... es necesario que Aben-Aboo muera también: y le mataré; sí, le mataré, no sé como, pero el infierno le arrojará en mis manos.

Y temerosa de que Laurenti no estuviese bien muerto, con la crueldad del odio y del miedo, le atravesó las sienes con la daga, sirviéndose para hacer penetrar el arma, de una piedra á manera de martillo.

La daga quedó atravesada en el cráneo de Laurenti.

Angiolina registró los bolsillos del cadáver, se apoderó del dinero que llevaba y de sus pistoletes, y montando de nuevo á caballo, se alejó, exclamando con un gozo horrible.

—¡Oh! ¡de esta vez estoy segura de no volverte á encontrar!

Y resuelta á todo, llevando en la mano un pistoleta amartillado, dejó al caballo en libertad de marchar por donde mejor quisiera!

Poco le importaba lo que pudiera acontecerla; si encontraba cristianos, les diría que era una cautiva escapada del poder de los monfíes, y si eran monfíes se declararíá cautiva de Aben-Aboo.

El caballo caminaba á la ventura.

De repente, al atravesar una rambla, se escucharon pasos y voces de hombres, y se vieron relumbrando algunas antorchas.

Al sentir las pisadas del caballo, todos aquellos hombres avanzaron y rodearon á Angiolina.

—Es una dama, exclamaron con asombro.

—Sí, una dama que huye de sus enemigos, exclamó Angiolina.

—¡Ah! dijo un jóven que acababa de sobrevenir: vos soís la princesa Angiolina Visconti.

—Y vos soís don Fernando de Valor.

—Sí, yo soy Aben-Humeya.

—Pues me doy por dichosa, dijo Angiolina, porque he huido de mis verdugos, y os buscaba para que me amparáseis, señor.

—¡Ah! hermosa princesa, en mala hora venís á ampararos de mí: pero no importa: asid del diestro el caballo de esa dama, y adelante. No podemos detenernos un momento hasta que estemos en medio de mi ejército. Hasta entonces, perdonadme si para salvaros y para salvarme, no me detengo un punto. Adelante, adelante y aprisa: es necesario que antes del amanecer llegemos á Laujar.

Aben-Humeya siguió á gran paso al frente de sus moriscos entre los cuales siguió marchando el caballo de Angiolina, ó más bien del difunto Laurenti.

CAPITULO XXXIX.

DE CÓMO SE PERDIERON DE NUEVO AMINA Y EL MARQUÉS.

Entre tanto Calpuc, Harum, y un cuerpo como de quinientos monfíes, marchaban á gran paso atravesando las Alpujarras en dirección á Orgiva.

Iba además con ellos otra persona muy conocida nuestra.

El marqués de la Guardia que había sido sacado por Harum del alcázar subterráneo del emir.

El marqués caminaba entre Calpuc y Harum.

De tiempo en tiempo Calpuc exhalaba un profundo suspiro, al que con-

testaba una imprecación del marqués y una blasfemia de Harum.

—¡Por los siete cielos y por el infierno! exclamaba Harum: ¡muerto mi señor, y muerto villanamente á traición! ¡muerto por esos dos miserables!

El marqués juraba y votaba, y ofrecía su alma al diablo por matar á Aben-Aboo que le había robado á su esposa y á su hija; pero el marqués no sabía, que Aben-Aboo y Aben-Humeya eran hijos del emir, y que por lo tanto Amina era hermana de ellos.

Calpuc guardaba también dentro de su alma aquel terrible secreto.

Los tres aguijaban sus caballos, hasta el punto de dejar atrás á los monfies, que aunque iban á la carrera, no podían seguirlos.

De tiempo en tiempo Harum se volvía y gritaba á los monfies:

—¿Os habeis convertido en bueyes cansados, de cabras sueltas que érais? ¿no sabeis que vamos en busca del asesino del emir, que vamos á libertar á la sultana?

Los monfies lanzaban un alarido de furor y forzaban su carrera.

Pero por mucho que apresuraban su marcha y aunque eran fuertes é incansables, no podían seguir á los caballos.

Estos les tomaron gran delantera.

A punto de amanecer, el caballo del marqués, más fuerte, ó mejor llevado por su jinete, había adelantado á los de Calpuc y Harum, y entraba en la rambla de los Gamos, en aquella rambla donde existía aún la encina muerta, de cuyas deshojadas ramas había mandado colgar veinte y dos años antes Yuzuf, padre de Yaye, á los monfies asesinos de Miguel López.

Pasaba el marqués á la carrera junto á aquella viejísima encina, cuando de repente se oyó el galope de otro

caballo, y apareció al fin, trayendo sobre su lomo un hombre y una mujer.

Este caballo, conduciendo aquel grupo, pasó como una exhalación por delante del marqués cortando la carrera á su caballo.

A la luz de la mañana, el marqués creyó reconocer en aquella mujer á Amina, en aquel hombre á Aben-Aboo, y no pudo quedarle duda, porque reconocido por Amina, la oyó gritar:

—¡Sálvame! ¡sálvame de este infame!

El marqués revolvió violentamente su caballo, exponiéndole á dar de traves, y destrozándole en esta vuelta violenta, y se puso en seguimiento de Aben-Aboo.

Pero fuese que el caballo de éste fuese más fuerte que el del marqués ó que estuviera más descansado, apesar de la desventaja de llevar sobre sí dos personas, siguió sosteniendo la ventaja que había ganado, y sin que el marqués pudiera por más que castigaba y excitaba á su caballo, hacerle disminuir aquella ventaja.

Hubo un momento en que Aben-Aboo revolvió su caballo con la intención manifiesta de venir sobre el marqués y empeñar un combate.

Pero vió tras el marqués á otros dos ginetes á lo lejos, aunque no pudo reconocerlos, y allá, más lejos aún, los monfies que entraban á la carrera en la rambla, y se puso de nuevo en fuga.

—¡Flanquead! ¡flanquead y cortadle la huida! gritó Harum á los monfies: ¡flanquead, mientras nosotros le seguimos por derecho!

Y los monfies, al escuchar aquella voz de mando, se dividieron en dos bandas, y tomaron los atajos y los desfiladeros de la sierra.

El marqués continuaba clavando sus espuelas en los flancos de su ca-

ballo que lanzaba gemidos de dolor, y corría cubierto de espuma, pero sin alcanzar ventaja.

El caballo de Aben-Aboo no podía adelantar tampoco, por el aumento de su carga.

De repente el caballo del marqués, se paró jadeante, se extendió, tosió fatigosamente, arrojó un vómito de sangre y cayó muerto.

Don Juan lanzó una blasfemia, se desembarazó de los estribos, y siguió corriendo tras de Aben-Aboo, pero desesperado.

De repente lanzó un grito de alegría.

El caballo de Aben-Aboo había caído reventado también.

Calpuc y Harum continuaban montados, pero sus caballos se resistían á las espuelas y se negaban á seguir corriendo.

Los monfies empezaban á aparecer sobre los flancos de la montaña, y se oían sus gritos de amenaza á Aben-Aboo.

Este se desembarazó también de los estribos, asió á Amina, cargó con ella y se embrenó.

Parecía inevitable la captura de Aben-Aboo; ó que á lo menos se vería obligado á abandonar su presa.

De tiempo en tiempo, Amina lanzaba un grito de socorro, y Harum, que había logrado incorporarse al marqués, gritaba á los monfies, algunos de los cuales preparaban sus arcabuces y sus ballestas:

—¡No tiréis! ¡no tiréis! ¡no véis que podeis herir á la sultana?

Aben-Aboo, como si le hubiera prestado fuerzas un poder sobrenatural, seguía corriendo.

Oyóse de improviso un grito de triunfo de Aben-Aboo.

Acababa de entrar en la jurisdicción maldita, por decirlo así de la Princesa Encantada; en aquel escon-

drijo que había encontrado por casualidad Laurenti.

Ya hemos dicho que aquel lugar era terriblemente respetado por la credulidad supersticiosa de los monfies: al llegar á cierto punto, Harum se detuvo aterrado, como si hubiera tratado de penetrar en el infierno y los monfies que flanqueaban la montaña, se detuvieron también y retrocedieron cuando reconocieron la hoya.

Solo el marqués, con la espada desnuda en una mano, y un pistolete amartillado en la otra, seguía tras Aben-Aboo y Amina, que se acercaban ya á la roca á la que se había dado el nombre de Princesa Encantada.

Aben-Aboo dió la vuelta á la roca y penetró por la grieta, recorrió los primeros senos, y al llegar á un paraje se detuvo, dejó en el suelo á Amina que se había desmayado por la emoción y la fatiga, se inclinó sobre el suelo, levantó una piedra, y descubrió una mecha de yesca seca y perfectamente preparada.

Aben-Aboo cogió aquella mecha entre la cazoleta del pedreñal, y dió fuego: la mecha empezó á arder; Aben-Aboo cargó de nuevo con Amina y continuó descendiendo á la carrera, internándose rápidamente en el subterráneo.

El marqués de la guardia, aunque muy retrasado, penetró también en la gruta espada en mano, siguiendo á Aben-Aboo.

Entre tanto los monfies detenidos por su terror supersticioso en la frontera, por decirlo así, de aquel terreno maldito, no daban un paso: el mismo Harum vacilaba, solo Calpuc atravesó á la carrera aquella demarcación fatal.

Excitado al fin Harum por su lealtad á sus señores, la pasó también; pero ni un solo monfi adelantó.

Limitáronse á rodear aquella demarcación.

Calpuc adelantaba, Harum le seguía.

De improviso una detonación horrosa, hizo temblar la tierra; la roca que representaba la Princesa Encantada, voló lanzando á gran altura enormes fragmentos, y solo quedó en el lugar que ocupaba un montón de escombros calcáreos.

Calpuc y Harum se detuvieron pálidos de espanto, y los monfies lanzaron un alarido de terror.

Era imposible ya penetrar en el subterráneo: Aben-Aboo, Amina y el marqués de la Guardia, habían quedado sin duda sepultados.

Calpuc y Harum, pasado el primer momento de terror, corrieron al lugar de la catástrofe, y al contemplar aquel hacinamiento de rocas rotas, impidiéndoles el paso, separándolos de Amina y del marqués, cayeron de rodillas y oraron por ellos.

Pero de repente Harum se alzó.

En su semblante pálido se veía una expresión terrible de venganza, de una venganza ansiosa; sus ojos destellaban sombríos relámpagos de muerte.

Como él, Calpuc se había alzado rígido y terrible.

—De seguro, dijo volviéndose á Harum, en esta terrible voladura, solo ha perecido el marqués de la Guardia. Aben-Aboo se ha dirigido aquí sin vacilar: debía conocer este escondrijo: debía tenerlo preparado á todo evento. Las voladuras se efectúan siempre para arriba: esto lo sé yo muy bien, como que he hecho volar muchas masas de pedernal, en el desierto mejicano para buscar el diamante: esa caverna debe tener una salida por la cual se habrá sin duda salvado ó se salvará con Amina Aben-Abooo... pero el pobre marqués...

—Acaso se haya salvado también, murmuró con acento ronco Harum;

seguía ya de cerca á Aben-Aboo.

—Pero lo que nos queda que salvar es mi bisnieta; sin duda ha sido abandonada por Aben-Aboo en el lugar donde ha tenido aculta á mi nieta. Corramos, Harum, corramos; salvemos al menos á la última de nuestra familia.

Y á los que no podamos salvar, los vengaremos, exclamó Harum roncoamente.

Y alejándose de la sima que había abierto la explosión llegó con paso lento y tardo al lugar de donde no se habían atrevido á pasar los monfies.

Calpuc le seguía.

Harum hizo sonar su corneta.

Poco después los quinientos monfies, con sus dos banderas, estaban agrupados á su alrededor.

—¡Valientes! gritó Harum: ya sabéis que el emir ha sido asesinado por Aben-Abooo y Aben-Humeya.

—¡Venganza! gritaron á una voz todos los monfies como impulsados por un mismo pensamiento.

—¡Sí, venganza y venganza terrible! vosotros sois los valientes que componiais la guardia del emir, los que ibais tras su bandera: á vosotros toca vengarle y le vengareis. ¿Hay alguno entre vosotros que no quiera jurar enemistad á muerte á Aben-Aboo y Aben-Humeya?

Todos callaron.

—Mirad que vuestro silencio es un juramento de venganza contra esos dos infames: que el que no quiera ser de los nuestros hable, y quedará libre.

Continuó aquel elocuente silencio.

—¿Es decir que desde hoy todos somos hermanos? gritó Harum.

—Sí.

—¿Que todos nos obligamos á ayudarnos, defendernos y avisarnos?

—Sí.

—¿Que en cualquier tiempo y oca-

sión puedo contar con vosotros cuando os llame?

—Sí.

—¡En el nombre de Dios Altísimo y Único! ¡que ninguno de vosotros olvide lo que ha jurado, si no quiere ser tenido por infame y traidor!

—¡No! ¡no! gritaron en coro los monfíes.

—Pues bien: que ninguno de vosotros diga ni aun á su padre el nombre de los asesinos del emir.

—¡No! ¡no!

—Ahora, valientes, separémonos: yo haré de modo que todos, cualquiera que sea en el lugar donde nos encontremos, sepamos los unos de los otros: quedáos conmigo los de mi taifa: los demás á vuestros apostaderos.

Harum extendió el brazo en un ademán de imperio, y los monfíes se di-

volvieron, encaminándose á distintos puntos.

Solo quedaron con Harum cien hombres con una bandera.

—Ahora, dijo Calpul, á mi antiguo subterráneo.

.....

Al oscurecer de aquel mismo día, Calpul y Harum penetraron en el subterráneo.

Antes de llegar á la habitación donde había muerto Miguel López, oyeron el llanto desesperado de una criatura.

Cuando llegaron á aquella habitación, encontraron á la pequeña hija de Amina abandonada sobre el lecho.

Tomóla Calpul en sus brazos, la besó en el frente, y exclamó llorando:

—¡Lo último, lo último acaso que me queda de todo cuanto he amado!

CONCLUSIÓN.

La venganza de los monfíes.

CAPÍTULO XL.

EN QUÉ ESTADO SE ENCONTRABA LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS ALGUNOS MESES DESPUÉS DE LOS SUCESOS ANTERIORES.

La guerra de las Alpujarras se hacía cada vez más difícil y de resultado más dudoso.

El marqués de Mondéjar no tenía medios para reprimir la insurrección.

Le faltaban hombres y dinero.

Además, entre él y el presidente de la Chancillería, se curuzaban competencias de autoridad.

La prudentes medidas que el mar-

qués de Mondéjar tomaba para mantener en paz á los moriscos del Albaicín y de la Vega, eran inutilizadas por las severas é imprudentes represiones que el presidente don Pedro de Deza ejecutaba sobre los moriscos.

Los alguaciles y los guardas de la Chancillería se permitían con ellos toda clase de excesos, y por la más leve causa, con los más absurdos pretextos, eran encarcelados.

La mayor parte huían á las Alpujarras.

La rebelión crecía.

Un día y otro llegaban noticias terribles.

Ya era la de que en Huécija, los monfies, después de haber acorralado en la torre de su iglesia á una comunidad entera de frailes agustinos la habían matado, echándoles aceite hirviendo por un agujero abierto en el techo de la habitación en que se encontraban; ya de que habían enchido ó rodeado de pólvora al cura de Mairena, y le habían puesto fuego, y de que habían enterrado hasta la cintura al vicario de la misma villa, y le habían asaeteado, enterrando á otros eclesiásticos hasta el cuello, y dejándolos morir de frío y de hambre; ya de que á otros cristianos habían mutilado los miembros y entregados á las mujeres para que con almaradas los acabasen de matar; ya que á este ó al otro corregidor, alguacil, corchete, ó miembro de justicia habían acañabereado, apedreado, desollado ó despeñado; ya que á los hijos del alcaide de la Poza, llamado Arze, habían dado cruel muerte degollando al uno, azotando, crucificando, é hirviendo en el costado al otro, como en escarnio y reproducción de la muerte de Jesucristo; ya que un convento entero de monjas había sido entrado, y repartidas las monjas jóvenes entre ellos y hechas sus mancebas, y destinadas á la más dura servidumbre las monjas viejas; ya, en fin, de horrores repugnantes, inconcebibles, de todo punto infames, practicados por los monfies.

Los que escapaban, maltratados algunos y heridos, llevaban el terror á Granada, y las peticiones de represión y de venganza de los ciudadanos atemorizados, hacían más precaria la situación de los moriscos de la ciudad, y enconaban las diferencias entre el presidente don Pedro de Deza, y el capitán general marqués de Mondéjar.

Este opinaba que nada debía hacerse contra los que en nada habían de-

linquido, y protegía abiertamente á los moriscos de la ciudad, porque decía:

—Si ellos tuviesen pensamiento de alzarse, y de faltar á la lealtad al rey, hubieran aprovechado la entrada de los monfies en el Albaicín la noche de Navidad: manteniéndoles en su lealtad por medio de la blandura, se conseguirá que muchos de los moriscos de las Alpujarras que ven dudosa la guerra y la temen, se vengán á Granada á ponerse bajo el amparo del rey, cuando si á los de la ciudad se les trata con rigor, huirán á las Alpujarras y aumentarán desesperados la fuerza de la rebelión.

Pero en contra de las razones del marqués, el presidente decía:

—Los de la ciudad y los de las Alpujarras son unos mismos: si los de acá no se han levantado, es porque no han visto seguro el suceso, pero el día en que por recibir ayuda de Berbería los rebeldes, ó por otra circunstancia, crean llegada la hora del triunfo, se sublevarán y nos encontraremos con los enemigos en casa. Deben, pues, ser considerados como enemigos ocultos y tratados con rigor.

No se sabía á cual de estos dos opuestos pareceres conceder el acierto; pero el resultado era que el presidente conspiraba contra el marqués de Mondéjar, y que el marqués de Mondéjar andaba contrario y enemistado con el presidente; que la ciudad, dependiente de la Chancillería en gran manera, andaba rehacia en ayudar en lo que podía al marqués, y que los habitantes castellanos, acusaban públicamente de blandura y de parcialidad por los moriscos al capitán general, y pedían le sustituyese el marqués de los Vélez don Luis Fajardo, adelantado de Murcia, en quien decían tener más confianza.

Del mismo modo los caballeros y

gentes que habían venido á ayudar en la empresa al marqués de Mondéjar, estaban divididos, ayudando los unos al capitán general, poniéndose los otros de parte del presidente y del marqués de los Vélez.

Aben-Humeya entre tanto había acabado de levantar todas las Alpujarras; había dado ocasión á que el fuego cundiese á la tierra de Almería, á la Axarquía de Málaga y á la serranía de Ronda; había enviado embajadores al rey de Argel avisándole del buen punto en que se encontraba la guerra, y pidiéndole socorro, y había enviado á África á Hernando el Habaquí á tomar turcos á sueldo, de los que andaban pirateando en el Mediterráneo.

Entre tanto las gentes del rey de España llevaban en las Alpujarras la peor parte; el capitán Avila había sido vencido y encerrado en Adia; Castil de Ferro fué tomado por los monfíes; Orgiva había sido entrada y ocupada; y el mismo Aben-Humeya, cargando con seis mil hombres sobre el puente de Tablate donde estaban las avanzadas de la gente del marqués de Mondéjar, las hizo retroceder, venciéndolas y obligando al capitán Diego de Quesada que las mandaba á retirarse á Durcal.

Por esta victoria de Aben-Humeya, Granada estaba amenazada.

El marqués de Mondéjar se vió obligado, pues, á salir contra el enemigo, dejando encomendado el gobierno de la ciudad á el presidente don Pedro de Deza, y llevando por todo ejército ochocientos infantes, doscientos caballos y algunos caballeros particulares.

Cuando llegaron encontraron cortado el puente.

Al otro lado estaba Aben-Humeya con un estandarte y tres mil quinientos hombres entre monfíes y moriscos, armados parte con arcabuces y ba-

llestas, parte con hondas y armas enastadas.

Parecían dispuestos á defender á todo trance aquella puerta de las Alpujarras.

Aben-Humeya, ginete en un caballo negro, con corona en la cabeza y vestiduras reales, seguido de su estandarte, recorría sus apiñados escuadrones que ocupaban el repecho; alentaba á los unos, excitaba á los otros, ofrecía recompensas, se multiplicaba, acudía á todas partes, y obraba, en fin, como un valiente capitán.

El marqués de Mondéjar por su parte, mandó á la infantería forzar el paso del puente; pero la infantería que acompañaba al marqués, reunida de improviso pocos días antes, mal regida y poco disciplinada, fué rechazada por los monfíes, que repasaron el puente cargando en tropel y con recio alarido sobre las gentes del marqués.

Entonces Mondéjar mandó cargar á la caballería, pero á la primera embestida empezaron á arremolinar algunas picas de su escuadrón, y el marqués, resuelto á todo, se vió obligado á embestir en persona, seguido de su guardia, de sus escuderos y de los caballeros particulares que le acompañaban.

Aconteció que, como el paso era estrecho, entre dos cerros, y los monfíes se embarazaban unos á otros por el poco espacio, y presentaban un frente de ocho hombres, no pudieron resistir los primeros la acometida del marqués y de sus gentes, fueron arrollados y arrojados á los barrancos laterales los primeros en que se encarnizó la embestida, y revueltos los de detrás, y siendo muy estrecho el paso del puente, cayeron la mayor parte despeñados al fondo del tajo, se retiraron los demás, y alentada la gente del marqués, pasó á la carrera y á la deshilada por las tablas, apretando á

los monfies y haciéndoles retirarse á la montaña, donde no podían perseguirlos los caballos.

El marqués pasó adelante, puso alguna arcabucería en el castillo de Lanjarón, que encontró abandonado, y acampó en una cumbre delante de los enemigos.

Pero esta victoria, señalada é importantísima, porque quebraba el primer impetu de los monfies, debida al arrojo y á la sangre fria de Mondéjar, no fué bastante para darle autoridad como capitán y acallar las rencillas y las competencias del presidente de la Chancillería y la rivalidad del marqués de los Velez.

De nada le sirvió tampoco el haber libertado á Orgiva, el haber conseguido notables ventajas sobre el enemigo, obligándole á concentrarse, y todo esto con poca gente, sin ningún dinero, sin bastimentos ni provisiones.

Culpábasele por el presidente Deza de haber causado con sus contemporizaciones la rebelión de los moriscos; se desestimaban sus triunfos, se atribuían al acaso más que á la pericia, todo esto en cartas al rey en que por el contrario se elogiaba al marqués de los Velez, que, requerido por el presidente Deza, había entrado con sus deudos, amigos y allegados en el reino de Almería; se ponderaban su valor y su pericia: se refería enfáticamente cómo había combatido una gruesa taifa de moros que atravesaban desbandados por Illar; cómo había tomado á Fliz, villa de moriscos y saqueádola y llevádola á sangre y fuego, y matando más mujeres que hombres, y cómo por falta de vituallas, se había visto obligado á recogerse á Casar de Canjáyar, á quien por otro nombre llamaban y aun llaman hoy, Barranco de la Hambre, en memoria de que en él se recogieron los moriscos cuando don Fer-

nando el Católico fué sobre Andarax, en la primera rebelión de las Alpujarras, barranco en el cual murieron de hambre casi todos los moriscos que en él se refugiaron.

Felipe II recibía estas cartas; las leía detenidamente, conocía la parcialidad que en ellas se encerraba, y no proveía socorros ni para Mondéjar ni para el marqués de los Velez, ni se decidía por el uno ni por el otro.

Política incomprensible, que dejaba crecer una rebelión respetable, que dilatava la guerra y empequeñecía la influencia del rey en las Alpujarras.

Sin embargo, puso algún temor á los moriscos la toma de Poqueira, Jubiles y Paterna, lugares que por su aspereza creían inexpugnables, tomas tanto más dolorosas para ellos, cuanto por la reputación de fuertes de aquellas villas, había recogido en ellas todos sus caudales que fueron tomados por los cristianos.

Con estas ventajas creyó el marqués de Mondéjar tener ya vencida y á punto de terminar la rebelión; pero esta, que parecía sosegada en el centro de las Alpujarras, saltó por otras partes á las Guájaras, que son tres lugares pequeños al poniente de las Alpujarras, situados entre Almuñécar y el valle de Lecrín, en la rambra que va á parar al puerto de la Herradura.

Los monfies ocuparon los dos peñones que se llaman las Guájaras, uno alto, de subida áspera y difícil, y otro más bajo y accesible.

Fortificáronlos como pudieron, con piedra seca y mantas y enjalmas, á falta de tierra y ramas, y aumentado su número por tres mil moriscos de los lugares vecinos, esperaron al marqués, que dejando con sobrada impremeditación, á sus espaldas lugares sospechosos y mal reducidos como Ohanes y Valor, cargó sobre las Guá-

jaras donde de nuevo aparecía la rebelión audaz y provocadora.

Desastrada pudo ser para los castellanos esta empresa por la imprevisión del marqués de dejar á sus espaldas y á sus flancos lugares enemigos.

Acometidas las Guájaras, los monfies y los moriscos se defendieron con el valor de la desesperación; el ardor del capitán de infantería don Juan de Villaroel empenó á una bandera de arcabuceros en el asalto imprudente del peñón más difícil; cundió la imprudencia, y ya pasaban de ochocientos infantes los que subían por lo más áspero del peñón, sin que el marqués de Mondéjar pudiese contenerlos; alentado el capitán Villaroel con aquel aumento de gente, creyendo tener asegurado para sí el honor de la jornada, desoyendo las órdenes del marqués, prosiguió en el asalto de una manera desvanada, dando ocasión á los monfies de que los rechazasen con sus arcabuces y la bestas, y con una lluvia de piedras derrumbadas desde lo alto del peñón.

De los moros todos eran á arrojar: hombres, mujeres, viejos y niños.

Los cristianos fueron rotos, muertos de una manera desastrada la mayor parte de ellos; cargados por los moros que, al ver el desórden, saltaron del peñón abajo, y mataron entre otros muchos hidalgos al imprudente capitán Villaroel, que cayó desalentado con la espada en la cinta, acuchillado en la cabeza, y mutiladas las manos con que pretendía parar los golpes de los alfanjes y yataganes.

Murió allí también don Luis Ponce de León, que estando herido de muerte y por tierra, le despeñó un criado suyo por salvarle; y asimismo murieron el proveedor de las compañías de Granada Juan de Ronquillo, y el único hijo del maestre de campo Hernando de Oruña, que cayó ensangren-

tado á los piés de su mismo padre.

El marqués, á la vista de aquel estrago y de los enemigos que embravecidos por el triunfo cargaban, prolongándose por la cumbre para tomarle las espaldas, guiados por los terribles walfes Gironcillo y el Zamar, envió á don Alonso de Cárdenas con una manga de arcabucería á que contuviese su impetu.

Logróse, conteniéndose el impetu de los enemigos; llegó la noche, y el marqués con su gente recogida y en ordenanza permaneció acampado delante de los moros.

Al amanecer llegó al campo del marqués su retaguardia, compuesta de cinco mil quinientos hombres y cuatrocientos caballos.

Renovóse de nuevo el asalto del peñón por todas partes, y siendo el combate encarnizado todo el día, con gran mortandad de los cristianos, que eran heridos por los moros desde sus reparos y asperezas á mansalva.

Visto por los monfies y los moriscos que se encontraban cercados, que el campo del marqués había vencido, que les faltaban municiones y víveres, y que al día siguiente podrían resistir mal un nuevo asalto, rompieron durante la noche por el lugar que encontraron más flacamente cercado, salvándose los monfies con sus capitanes Gironcillo y el Zamar, y sacando las mujeres y niños que pudieron, pero quedando otro gran número de los naturales en las Guájaras defendiendo el peñón.

El marqués puso parte de su gente en demanda de los que huían, y el walf Zamar, embarazado por el peso de una hija doncella, á quien había tomado en sus brazos, porque no podía seguir de cansada, fué herido en un muslo por un arcabucero, preso, cautivada y deshonrada aquella hija por cuya salvación se había perdido, y enviado él mismo á Granada, donde

le mandó atenacear el conde de Tendilla, hijo del marqués de Mondéjar.

Los horrores crecían.

Los desdichados que habían quedado cercados en el peñon, gente floja, mujeres, niños y viejos la mayor parte, fueron acometidos, tomada la cumbre del peñón después de un ligero combate, y pasados todos los que allí se encontraron á cuchillo, sin distinción de persona, edad, ni sexo.

Cuando hoy se pasa por entre los peñones de las Guájaras los naturales señalan algunas anchas ráfagas de tierra roja, y pretenden que aquella es la señal de la sangre vertida en aquella jornada.

Esta jornada fué de poco honor para Mondéjar; había triunfado sí, pero perdiendo la mitad de su gente, sin un gran resultado decisivo, puesto que aquella matanza de moriscos irritó más que aterró á los insurreccionados.

Aquella victoria había sido tan costosa, que se tenía por una derrota, é hizo pensar que si de esta suerte seguía triunfando con frecuencia el marqués, se necesitarían para la guerra de las Alpujarras los ejércitos de Jerjes y los tesoros de Creso.

Apretaban, pues, el presidente Deza y los vecinos más calificados de Granada en que se encomendase la empresa de la pacificación de las Alpujarras al marqués de los Velez, quitando este cargo al de Mondéjar.

Este último, por su parte, daba por concluida la guerra; pero para desmentirle se levantaba Ohanez y el marquesado del Zenete con nuevo empeño y temeridad increíble; apenas castigados estos lugares, se alzaban otros, y los vencidos volvían á levantarse cuando el ejército cristiano, yendo de acá para allá, los desalojaba para ir á sujetar nuevas insurrecciones.

Persegúbase, buscábase á Aben-

Aboo y Aben-Humeya, y no se les encontraba; pero los soldados no se volvían sin haber saqueado y cometido todo género de excesos en los lugares á donde habían ido á buscarlos.

Valor, Narila, Orgiva, sufrieron sucesivamente cuantas calamidades pueden llevar la guerra y el bandidaje á una población; las mujeres y los niños eran cautivados y vendidos, y muertos los hombres y los viejos.

Veíase con frecuencia una larga caravana de moriscas descalzas, desgredadas, aterradas, llevando sus hijos en los brazos unas, y otras de la mano, atravesando las montañas, escoltadas por algunos monfies, en fuga de los cristianos que se habían acercado á su población.

Acontecía muchas veces que estas pobres caravanas de fugitivos se encontraban con un cuerpo de cristianos, que los acometían, se ensangrentaban en ellos, los cautivaban, y no perdonaban género de ferocidad.

Otras veces, por el contrario, los monfies encontraban al revolver de un desfiladero una inmensa turba desbandada de soldados españoles cargados con la presa de una población que acababan de saquear, y llevando consigo mujeres cautivas; entonces los cristianos, embarazados por el botín, eran degollados, sin que los monfies tomasen un solo preso, y á veces sin que perdiesen los degolladores un solo hombre.

Era, en fin, una guerra de exterminio y de bandidaje, cuyo fin no se veía, y que amenazaba siempre con el peligro de que el turco tomase parte en ella, enviando á las Alpujarras un formidable ejército.

Por resultado de un terrible descalabro sufrido en Valor por las gentes del marqués, el rey mandó á este que recogiese su gente á los lugares fuertes y suspendiese todo género de

hostilidades hasta recibir nuevas órdenes.

Algo más adelante el rey conoció que se necesitaba más capitán para aquella empresa, que el marqués de los Velez y el de Mondéjar, y encargó de ella á su hermano don Juan de Austria, á quien, á pesar de su mocedad, daba aliento y autorizaba la generosa sangre de su padre, el poder y respeto de su hermano, y bajo cuyas ordenes estarían más obedientes los capitanes y más sujetos los soldados.

Por otra parte, alentados los monfies y los moriscos por las ventajas que recientemente habían alcanzado tras los pasados desastres, habían crecido en bríos; Aben-Humeya más ayudado por los suyos entró con mayor autoridad en el gobierno; imitó la manera de ordenar la gente y de combatir de los cristianos, dividió su ejército en tercios, compañías y escuadras; nombró para estos cuerpos, maestros de campo, coroneles, capitanes, alféreces y cabos; dió á cada compañía una bandera, y como estandarte suyo levantó un guión rojo con las armas de Granada.

Dividió las Alpujarras en partidos, y estos partidos en tahas, poniendo en cada taha para su gobierno un alcaide que atendiese á la defensa y al mando de su demarcación, y por último, para su decoro y seguridad personal, creó una guardia de cuatrocientos arcabuceros.

Tranquilos entre tanto y sosegados los moriscos de Granada, y los de la Vega, estaban muy lejos de temer la inmensa desgracia que se les preparaba con la venida de don Juan de Austria.

El primer augurio de estas desdichas, fué la matanza que hicieron algunas gentes de Granada, de moriscos que estaban presos en la cárcel de la Chancillería por mandato del pre-

sidente Deza.

Culpábaseles, con razón ó sin ella, de estar en tratos con los de las Alpujarras, para alzarse con la ciudad, y entregarla al saqueo, al incendio y al degüello.

Aumentó el temor y el ódio de los cristianos el haber corrido la voz el día 17 de marzo de 1569, de que en la ladera de la Sierra Nevada más próxima á la ciudad, se habían visto de noche fuegos que parecían señales y que de algunas ventanas y terrados del Albaicín habían contestado con otras lumbres.

El presidente había tomado precauciones en consecuencia, y había mandado á don Jerónimo de Padilla, capitán de la gente de guerra que aseguraba al Albaicín, y al cuadrillero Bartolomé de Santa María, que mandaba las rondas, estuviesen atentos y prevenidos, y al alcaide de la cárcel que tuviese gran cuidado con algunos moriscos principales que tenía presos.

El alcaide reunió á algunos parientes y amigos suyos armados para que custodiasen á los presos, y todo parecía estar prevenido, cuando una casualidad vino á producir una catástrofe.

Desde muy antiguo, la campana de la torre de la Vela del castillo de la Alhambra al dar las once de la noche, toca treinta y tres campanadas; á este toque se llamaba en aquellos tiempos el cuarto de la modorra.

La noche del 18 de marzo, como el encargado de la campana tocase este cuarto más tarde que de costumbre, y de una manera más apresurada, creyóse en la ciudad que tocaba á rebato y se alborotó Granada.

Alborotáronse asimismo los presos de la cárcel, tanto cristianos como moros, y llegaron á tal punto que vinieron á las manos.

Los moriscos se valían para acometer y defenderse, de muebles, ladrillos

llos y palos que sacaban de los calabozos, y los cristianos y la guardia, unos con los travesaños de los grillos, otros con sus espadas y arcabuces acometían á los moriscos.

El corregidor Juan Rodríguez de Villafuerte, que dormía en una sala del palacio de la Audiencia, oyó entre sueños el ruido del combate de la cárcel, se levantó y mandó á un soldado que fuera á ver qué era aquello.

El soldado volvió diciendo que los moriscos presos se habían rebelado, y que estaban peleando con la guardia y con los otros presos cristianos; que los unos decían «¡viva Mahoma!» y los otros «viva la fé de Jesucristo!»

Avisado de lo que sucedía el presidente don Pedro de Deza, mandó que la compañía de infantería que estaba de guardia en la Plaza Nueva, cerca-se la cárcel, pero á este tiempo ya grandes turbas de gente de la ciudad, creyendo que se tocaba á rebato, habían acudido armadas y entrado en la cárcel.

Los moriscos desesperados, habían juntado las esteras, los muebles, las camas y les habían puesto fuego, y los cristianos á un tiempo apagaban el fuego y pasaban á cuchillo á los moriscos entre torbellinos de humo.

Diez horas duró esta escena de sangre, y fueron muertos á hierro y á fuego ciento diez moriscos que estaban presos, y cinco cristianos, resultando además diez y siete heridos.

Muchas casas del Albaicín fueron saqueadas y robadas, y gran número de moriscos, aterrados, pasaron á las Alpujarras á aumentar la rebelión.

En estas circunstancias, el 6 de abril de 1569 partió don Juan de Austria para Granada, desde Aranjuez, á donde había ido á recibir instrucciones del rey.

Acompañábale su ayo don Luis Quijada, y el 12 del mismo mes llegó á

la villa de Iznallóz, á cinco leguas de Granada, en la que entró al siguiente día con gran solemnidad, como quien era hijo del famoso emperador don Carlos, y hermano del rey de España.

Acompañábale en la entrada el marqués de Mondéjar, que había venido para esto solo de las Alpujarras.

Salióle á recibir el conde de Tendilla con doscientos ginetes, vestidos y armados á la morisca, y adelantó al lugar de Albolote.

Fuera de las puertas de la ciudad le recibió el presidente Deza con cuatro oidores, y los alcaldes del crimen, y el corregidor con cuatro veinticuatro y sus tenientes y el arzobispo con cuatro dignidades del cabildo; y muchos caballeros particulares.

Todas estas gentes llegaron hasta el río Béiro, próximo á la ciudad por la puerta de Elvira, y allí encontraron á don Juan de Austria.

En el llano del río estaba formada la infantería en número de diez mil hombres, que al pasar don Juan, hicieron salva con sus arcabuces.

Por industria del presidente Deza, y para predisponer al rigor la jóven alma de don Juan de Austria, se había preparado una farsa.

Al llegar á la Puerta de Elvira, le salieron al encuentro más de cuatrocientas mujeres, desarrapadas, desmelenadas, enlutadas, dando alaridos, y arrojándose á los pies de su caballo.

—Justicia, señor, justicia, gritaban en coro.

—Nosotras somos las viudas y las huérfanas de los que han matado cruelmente los viles moriscos de las Alpujarras.

—Venganza contra los asesinos de nuestros padres, de nuestros esposos, de nuestros hijos, de nuestros parientes.

—Justicia, señor, y que no tenga

mos el dolor de ver á nuestros enemigos perdonados.

Y siguieron con sus alaridos, con sus lágrimas y con sus aclamaciones de venganza, hasta el punto de que don Juan de Austria se enterneció, las consoló y las prometió cumplida venganza, todo con gran consentimiento del presidente Deza, autor de aquella pantomima, y con no pequeño fruncimiento de cejas del marqués de Mondéjar, que veía claro á donde iba encaminado todo aquello.

Entrado don Juan en la ciudad, no tardó en presentársele una diputación de los moriscos del Albaicín y de la Vega, compuesta de cuatro de los más ricos y principales de ellos y un procurador general, el cual le espetó el siguiente discurso que tomamos á la letra del historiador Mármol:

«Grande es el contento que auestas gentes tienen de ver á vuestra excelencia en esta ciudad para el remedio de tantos males como hay en ella, que cierto es, representan su destrucción. Temen que algunos habrán desatado las lenguas, y dado falsas nuevas de su fidelidad, diciendo ser autores del mal, ó favorecedores de los malos; mas confían en Dios, y en la bondad y clemencia de Su Magestad, que los que hubieren sido leales, serán favorecidos y bien tratados, como es justo sean rigurosamente castigados los que pareciere haber sido culpados en el levantamiento. Quéjense que son molestados por los ministros de las cosas de justicia y de guerra con cohechos; que los soldados les roban sus haciendas y les deshonoran sus casas; y que hasta agora los superiores no han puesto remedio en ello. Y suplican á vuestra excelencia lo mande remediar de manera, que desagraviados de lo pasado, proviniendo á lo porvenir, cese el alojamiento de las gentes de guerra en las casas, y tengan libertad de poder ir seguros

á sus labores. Bien sabe que en esta ciudad cada uno da fuerza á la ruín opinión, ó la acrecienta de manera, que muchos temen lo que ellos mismos inventaron; mas asegúralos la prudencia de vuestra excelencia, en cuya protección y amparo ponen sus vidas, honras y haciendas.»

A lo que don Juan de Austria, con sumo agrado, contestó las palabras siguientes:

«El Rey, mi señor, me manda venir á este reyno, por la quietud y pacificación de él; sed ciertos que todos los que hubiéredes sido leales al servicio de Dios Nuestro Señor, y de Su Magestad, como decís, seréis mirados, favorecidos y honrados, y se os guardarán vuestras libertades y franquezas; pero también quiero que sepáis, que juntamente con usar de equidad y clemencia, con los que lo merecieren, los que no hubieran sido tales, serán castigados con grandísimo rigor. Y en cuanto á los agravios que vuestro procurador general dice que habéis recibido, darne habéis vuestros memoriales, que yo lo mandaré ver y remediar luego, y quiéroos advertir, que lo que dixeredes sea con verdad, porque de otra manera habríades hecho daño á vosotros mismos.»

Pero al salir los moriscos consolados con las nobles palabras de don Juan de Austria, estaban lejos de sospechar la tormenta que amenazaba á sus cabezas.

Pocos dias después de la llegada de don Juan de Austria, llegó el duque de Sesa, y con su presencia empezó á tratarse del asunto de la pacificación en consejo.

Componiase este consejo, bajo la presidencia de don Juan de Austria, del arzobispo, del duque de Sesa, del marqués de Mondéjar, de Luis Quijada, y del presidente Deza, al cual se añadió algunos dias el licenciado Bri-

biesca de Muñatones, del consejo y cámara de Felipe II, al cual había enviado este exproceso á Granada.

El marqués de Mondéjar fué de opinión, á la que se adhirieron el arzobispo y Luis Quijada, de que se remediasse el daño poniendo guarniciones bastantes en los lugares de las Alpujarras, concentrando á los moriscos que querían la paz en la parte llana de las tahas de Berja y Dalias, y tomar las sierras con la gente de guerra: que si no bastase esto, se le diesen al mismo marqués mil infantes y doscientos caballos, con los cuales, y con la gente que había dejado en Orgiva, destruiría los sembrados y quemaría á los moriscos todos los bastimentos que tenían, reduciéndolos por hambre.

Pero el presidente Deza, enemigo declarado del marqués de Mondéjar, creyó insuficiente lo que aquel había opinado, y dijo que lo que se debía hacer antes de todo, era quitar de Granada y de la Vega á los moriscos y deportarlos tierra adentro de España, para que no pudiesen ayudar á los moriscos rebelados con avisos, armas y gentes. Aconsejó además, que para aplacar á Dios, ofendido por tanto sacrilegio y tanto delito, se ejecutase un rigurosísimo castigo en los alzados empezando por las Albuñuelas y siguiendo á las otras tahas de las Alpujarras.

Pidió, en fin, como buen clérigo de aquellos tiempos, la deportación, el hierro y el fuego para los moriscos, y declaró que solo de este modo podría llegarse á la pacificación absoluta y duradera del reino.

El marqués de Mondejar, apoyado por el arzobispo y el duque de Sesa, se opuso con energía á tan violentas y sanguinarias medidas, como quien sabía bien por haber sido muchos años capitán general de Granada, que no era de los moriscos toda la culpa del

alzamiento, sino del rigor y de la injusticia con que hacía tantos años se les venía tratando.

Dijo que no podía ni debía despoblarse un reino como el de Granada, de gente útil y rica, exponiéndose á perder el fruto de las ricas industrias que solo los moriscos conocían; que no era el rigor lo más apropósito para reducir á gentes que excitadas por años y cada día más duros rigores, se habían levantado, y que solo servirían para despoblar y empobrecer el reino por una parte, y por otra para hacer más encarnizada y duradera la guerra.

Durante esta controversia, sobrevino el licenciado Muñatones, con la autoridad de enviado especial del rey, y aunque al principio repugnó la deportación, instigado al fin por Deza y por el licenciado Bohorques, gente de su mismo oficio, convino en ella y en extremar el rigor; tuvo esta opinión mayoría, se aprobó, y no le quedó al marqués otro recurso que representar al rey, y enviar con la representación á la corte á su hijo el conde de Tendilla.

Esta lucha del consejo producía dilaciones, se perdía tiempo y de él se aprovechaba Aben-Humeya para rehacerse, para organizar á sus gentes, en una palabra.

Conoció el consejo lo que en tiempo se perdía y se dió orden de seguir la guerra mientras llegaba la resolución del rey acerca de las medidas que debían tomarse respecto á los moriscos.

Llamóse de nuevo gente de las ciudades, se atendió á la provisión de víveres y municiones, enviáronse banderas de infantería de guarnición á las principales villas de las Alpujarras, y se recomendó á sus capitanes que tuviesen gran cuidado en la costa, por que se habían recibido noticias de la llegada de galeotas de Ber-

bería con gente, armas y municiones para los moriscos.

En efecto, Aben-Humeya enviaba mensajes á los alcaides y fauques que privaban con el Xerife y con el dey de Argel para que inclinasen y decidiesen á sus amos á socorrerle. De Tetuán habian venido á las Alpujarras algunos soldados y mercaderes con provisiones; el dey de Argel, Aluch-Alí, prometía venir en socorro de las Alpujarras en el momento que llegasen cuarenta galeras que Selim II le enviaba para aquella empresa; por último, el Xerife habia enviado á Aben-Humeya algunas fuerzas, y muchos turcos aventureros habian ido á ponerse bajo sus banderas.

Alentados los moriscos al ver que les acudian tantas gentes, no solo dieron por logrado el triunfo, sino que volvieron á las poblaciones, y se dedicaron á sus industrias y á las labranzas de sus campos.

Este aumento de fuerza de los rebeldes, y la confianza de los moriscos eran demasiado amenazadores para que el receloso Felipe II no se decidiera por las medidas terribles.

Entre tanto seguía completándose el alzamiento de las Alpujarras, y empezaba el de los lugares del río Almanzora.

Al fin llegó la resolución de Felipe II acerca de la suerte de los moriscos.

La deportación de los de Granada y del Albaicín habia sido decretada.

CAPÍTULO XLI.

DE LO QUE ACONTECIÓ Á LOS MORISCS DE GRANADA LA VÍSPERA DE SAN JUAN DE 1569.

Al amanecer, los tambores y los pifanos de las compañías de infante-

ría tocaron llamada á las gentes de guerra.

Las principales plazas de la ciudad se vieron llenas de soldados.

Luego se pregonó solemnemente un bando, por el cual se mandaba á todos los moriscos y mudejares que habitaban en la ciudad, en el Albaicín y en la Alcazaba, así vecinos como forasteros, se reuniesen en sus respectivas iglesias parroquiales.

No pudiendo resistir obedecieron.

Pero aterrados, porque lo temian todo, porque no sabian qué iba á hacerse con ellos.

Cuando estuvieron reunidos en las iglesias, fueron encerrados en ellas.

Preguntaron aterrados qué suerte iba á ser la suya y el presidente Deza les ofreció cédulas de seguro de sus vidas, y lo que más los tranquilizó fué la palabra que don Juan de Austria les empeñó en nombre del rey, de que los tomaba bajo el seguro y amparo real, que no se les haría daño, y de que les sacaba de Granada para apartarlos del peligro en que se encontraban entre la gente de guerra.

Los desdichados hubieron de satisfacerse con esto: permanecieron aquella noche presos en las iglesias guardados por algunas compañías de infantería, y al día siguiente escuadrada y apercebida la gente de guerra en el campo del Triunfo, que está situado entre la puerta de Elvira y el Hospital Real, campo que aun no llevaba aquel nombre, salieron los moriscos de las iglesias entre arcabuceros, yendo entre ellos para protegerlos con su autoridad, don Juan de Austria, el duque de Sesa, el marqués de Mondéjar, don Luis Quijada ayo de don Juan, y el licenciado Briviesca de Muñatones, y fueron encerrados en el Hospital Real, donde Francisco Gutierrez de Cuéllar, caballero del hábito de Santiago, y teniente de conta-

dor mayor, venido por orden del rey á Granada, y con él algunos otros contadores y escribanos, hizo lista de ellos con sus nombres, estado y profesiones, encontrándose después de hecha la lista, pasar de diez mil los moriscos arrancados de sus hogares.

No se hizo esta prisión en masa sin que aconteciese algo terrible.

Apesar de cuanto se procuró por don Juan de Austria y los del consejo, que nada siniestro aconteciese al tiempo de trasladar los moriscos de las iglesias al hospital Real, sobrevino un hecho, que puso en peligro de ser muertos á manos de la soldadesca á todos los moriscos.

Don Alonso de Orellana, uno de los capitanes de la infantería de Sevilla, queriendo señalar su compañía de las otras, ató en el asta de una lanza un crucifijo cubierto con un velo negro, y puso al soldado que le llevaba á la cabeza de la compañía: al sacar aquella compañía los moriscos de las iglesias, los infelices, al ver la cruz enlutada, creyeron que los llevaban á morir, y creyendo lo mismo las moriscas que iban llorando tras ellos, empezaron á dar alaridos y á mesarse los cabellos y á exclamar:

—¡Oh desventurados de vosotros, que os llevan como corderos al degolladero! ¡cuánto mejor os fuera morir en las casas donde nacisteis!

En estos momentos, un soldado dió un palo á un morisco jóven, que llevaba medio ladrillo debajo del brazo, y que, al sentir el golpe se lo tiró al soldado partiéndole una oreja; esto aconteció cerca de don Juan de Austria: arrojáronse los alabarderos de la guardia sobre el morisco, y allí mismo le hicieron pedazos.

Revolvieron los soldados y los moriscos, empezaron á correr voces entre los primeros de que el herido era don Juan de Austria, entre los segundos de que los iban á matar á

todos, y fué necesaria la autoridad de don Juan de Austria, del presidente Deza y del marqués de Mondéjar, para que no aconteciese una gran desdicha.

Apaciguóse, pues, á los moriscos, se sosegó á los soldados, se apartó al muerto, se retiró al herido, y para que no se alborotase la ciudad y matasen á los moriscos que iban por las calles, don Juan de Austria mandó á don Francisco de Solís y á Luis de Mármol Carvajal, que más adelante historió la rebelión de los moriscos de Granada, se pusiesen á las puertas de la ciudad y no dejasen entrar á nadie dentro.

Al fin los moriscos fueron encerrados en el Hospital Real, edificio gótico de fines del siglo XV ó principios del XVI, fundado por doña Isabel la Católica, para la curación de toda clase de enfermedades y especialmente para recoger locos.

Aquellos pobres moriscos, solo por el delito de serlo, y por haber inspirado temor, fueron deportados al interior de Castilla: todos fueron tratados cruelmente, y muchos de ellos muertos, vendidos otros por esclavos y repartidas entre la soldadesca las moriscas más hermosas.

A pesar de esta deportación, no quedó Granada enteramente limpia, como se decía entonces, de moriscos: habian quedado en la ciudad y en las alquerías de la Vega los niños menores de siete años, y los viejos mayores de cuarenta, como gente que no podía causar recelo; y á más de esto, muchos oficiales de artes y oficios, que eran necesarios en la ciudad, y los mudejares, porque alegaron que no debían ser tratados de igual manera que los moriscos, porque decían descender de cristianos, que habian vivido como en vasallaje entre los moros, y que sus antepasados habian servido buena y fielmente á los prin-

cipes cristianos contra los reyes moros.

Hecha esta limpia de seguridad, por decirlo así, los ciudadanos de Granada se creyeron salvos, pero sin embargo, empezó á notarse la falta de los moriscos deportados; resintióse el comercio, se enflaqueció la industria, las casas y jardines de los moriscos, tan bellos poco antes, empezaron á verse asolados, destruidos y tan mal parados, que parecía, según el dicho de los contemporáneos, que había caído una maldición sobre Granada.

Los moriscos viejos, llorando sus desventuras, decían haberse cumplido un pronóstico hecho en otro tiempo á los de Granada: este pronóstico les había anunciado que vendría un tiempo en que bajaría por la cuesta de la Alhacaba un arroyo de sangre morisca que cubriría una gran piedra puesta en la desembocadura de aquella cuesta al campo del Triunfo, en una esquina del convento de la Merced: y ciertamente que pudieron dar por cumplido el pronóstico, porque el día de la deportación bajaron por aquella cuesta tantos moriscos, que bien pudo considerárseles como sangre que cubrió la cuesta y la piedra.

Hubo otra circunstancia, sin duda casual, pero que podría tenerse por peor resultado de un fatalismo: la batalla de las Navas de Tolosa, fué la más funesta de cuantas ganaron los cristianos á los moros: en las crónicas árabes, se encuentra aquel hecho señalado con el nombre de batalla de Hins-al-Acab (1): Hins-al-Acab, se llamaba y se llama hoy en Granada, la cuesta por donde bajaron del Albaicín los moriscos para ser deportados.

Dado este terrible paso de precaución, á costa de la libertad, de la vida

y de las haciendas de diez mil infelices, se pensó en llevar adelante la guerra de las Alpujarras á todo rigor.

Aben-Humeya y Aben-Aboo, rey el uno, alcaide de los alcaides el otro, entre los moriscos, se robustecían y organizaban sus fuerzas: el marqués de Mondéjar no inspiraba gran confianza por su blandura, y don Luis Fajardo se averiguaba muy mal con los moriscos del Almanzora y del Marquesado. Aben-Humeya se había apoderado de las fortalezas del rio Almanzora, y puesto por general de aquel distrito al Malek, tristemente célebre por sus desgracias, y que más tarde debía morir desastradamente, con su amante Maleka en Galera, y ensoberbecido con los socorros que le había enviado el dey de Argel, no dejaba reposar un punto á los cristianos, y aunque no alcanzase grandes ventajas, la confianza de los moriscos de la Alpujarra crecía hasta el punto de que labraban tranquilamente sus tierras y se entregaban al artefacto de la seda, como si fuesen las gentes mejor defendidas y seguras del mundo.

En vista de esto, y de que Aben-Humeya seguía levantando la tierra y extendiendo la rebelión, temiéndose que esta cundiese á los reinos de Valencia y Murcia donde había un considerable número de moriscos, el rey determinó que se hiciesen dos campos contra los rebeldes, uno bajo las órdenes de don Juan de Austria, y otra bajo las del marqués de los Vélez.

En cuanto al marqués de Mondéjar, para evitar entorpecimientos y competencias, se le apartó de Granada con el pretexto de que fuese á la corte á informar en persona al rey acerca de los asuntos del reino de Granada, y de la manera que se había de tener para sujetar á los moriscos; co-

(1) Cuesta de Fortaleza.

mo quien habiendo sido tantos años capitán general de Granada, debía conocer bien á aquellas gentes.

Al saber que el marqués de Mondéjar era llamado á la córte, el licenciado Briviesca de Muñatones, como práctico que era en cosas de Estado, dijo (era tuerto de un ojo): *que me saquen el otro si el marqués torna de allá mientras dure la guerra.*

En tal estado se encontraba la rebelión del reino de Granada á principios del mes de octubre de 1569.

CAPÍTULO XLII.

DE CÓMO EMPEZABA HARUM Á VENGAR AL EMIR.

Era una de esas terribles noches de tormenta que tan frecuentes son en el otoño en las Alpujarras.

Llovía, relampagueaba, tronaba, zumbaba el viento entre las breñas.

Las calles de Andarax estaban completamente desiertas.

En Andarax estaban Aben-Humeya con trescientos escopeteros de su guardia, y más descuidado de lo que debiera estarlo, acompañado siempre de dos mujeres y entretenido en zambras y diversiones.

Una de estas mujeres era Angiolina Visconti.

Irritábale ésta con su hermosura, le enloquecía, le entretenía con promesas y entretanto le vendía.

La otra mujer se llamaba María de Rojas, y era morisca.

Esta María de Rojas, prima de Diego Alguacil, uno de los moriscos más influyentes en las Alpujarras y en Granada, era sobrina de aquel Miguel Rojas, padre de Isabel de Rojas, con quien ante la iglesia católica se había casado Aben-Humeya.

Este, voluntarioso y tirano antes de haber asegurado á su cabeza la corona, había repudiado á su mujer,

dejándola abandonada en Granada, había matado con extremada crueldad á los parientes de su esposa que se atrevieron á pedirle cuenta de aquel abandono, y enamorándose de María de Rojas, que era hermosísima, se la arrebató á Diego Alguacil de quien era amante, y se casó con ella á la usanza mora.

Aben-Humeya no comprendió que debía ser natural y precisamente su enemigo una mujer á cuyo padre y hermanos había muerto, á quien había arrebatado sus amores, y que aquella mujer debía pensar en vengarse: creyó que todo lo olvidaría una vez sultana de las Alpujarras, y la arrastró á su tálamo: mató su alma como había matado á sus parientes, y se embriagó con sus amores fingidos, porque María de Rojas no había olvidado nada, ni su padre estrangulado, ni sus hermanos degollados, ni á Diego Alguacil, de cuyos brazos casi había sido arrancada.

Fuése que el remordimiento de haber matado á su padre, fuese que la confianza de su fortuna hubiesen embriagado á Aben-Humeya, nada temía, y lo que era peor aún, se rodeaba de enemigos y provocaba el peligro.

María de Rojas, al ver un día en la casa de Aben-Humeya á Angiolina Visconti, apareciendo como un nuevo sol, al cual se volvían los inconstantes amores de Aben-Humeya, no tuvo celos, porque no puede tenerlos quien no ama, pero alentó esperanzas: comprendió que Angiolina era tan desgraciada como ella, y que como ella ardía en sed de venganza contra Aben-Humeya: no tardaron en comprenderse las dos mujeres, y al comprenderse, hicieron de su venganza una causa común, y se ayudaron mutuamente, y se encubrieron la una á la otra.

Cuando María de Rojas necesitaba

algunos momentos de libertad, Angiolina entretenía á Aben-Humeya escuchando sus protestas de amor, alentándole, dándole esperanzas. Y si Angiolina necesitaba disponer de algún tiempo, quien le entretenía, no ya con esperanzas, sino con fingidos celos, era María de Rojas.

¿En qué invertían el tiempo que se procuraban la una á la otra estas dos mujeres?

Al lado de Aben-Humeya, sirviéndole con la mayor lealtad en las apariencias, acompañándole á todas partes, poniéndose delante de él en todos los peligros, había tres personajes terribles: Aben-Aboo su hermano, que á pesar de serlo, ambicionaba su corona, y tendía asechanzas á su vida; Diego Alguacil, el primer amante de María de Rojas, que se fingía el súbdito más sumiso y más leal del mundo, y Harum-el-Geniz, el valiente caudillo de los monfies después de la muerte del infortunado Yaye, que afectaba ayudar á Aben-Humeya con todas sus fuerzas.

El insensato jóven nada sospechaba: ensoberbecido con algunas ventajas obtenidas sobre los castellanos, con la ayuda decidida del dey de Argel que le había enviado algunos centenares de turcos, bajo las órdenes de los capitanes Alí, Hucen y Carcax, piratas levantinos, que solo al olor del oro y de la sangre habían dejado los puertos del sultán de Constantinopla Selim II, se creía ya decididamente sultán de Andalucía en el momento en que le asechaba de cerca la muerte.

Era, como dijimos al principio de este capítulo, una fría, nublada y tempestuosa noche de otoño.

Acababan de dar las doce en el reloj de la villa.

A aquella hora, entraron en un casarón medio derruido en la parte baja del pueblo dos hombres.

El uno llevaba el ostentoso traje de wali de los walíes ó capitán general de los monfies.

Era Harum-el-Geniz.

El otro llevaba un bello traje berberisco.

Era Aben-Aboo.

La estancia en que habían penetrado, estaba alumbrada únicamente por la fuerte luz de un montón de ramas de olivo que ardían en un ancho hogar.

Sentado junto al hogar había un hombre como de treinta años, con traje morisco.

Este hombre era Diego Alguacil.

Al oír á los recién llegados se levantó.

—¡Cuánto habeis tardado! dijo.

—Los barrancos están invadeables, respondió Harum-el-Geniz, y trayendo tanta gente nos ha sido preciso rodear mucho,

—¿Cuánta gente traéis?

—Dos mil monfies.

—¡Ah! pues si traéis dos mil monfies ¿á qué esperar? ¿acaso no teneis confianza en ellos?

—Sí, sí ciertamente. Pero es necesario justificar la muerte de Aben-Humeya para que el dey de Argel y el sultán no puedan acusarnos de ella, dijo Aben-Aboo.

—¿Y habeis encontrado un medio?

—Excelente.

—¿Y qué medio es ese?

—Que le maten los turcos que le ha enviado Aluch-Alí.

—¡Ah! pero los turcos aunque están disgustados con él no se atreverán á tanto.

Sonrió sesgadamente Aben-Aboo, y miró con una expresión de horrible inteligencia á Harum.

—Los turcos, dijo, matarán á Aben-Humeya, cuando sepan que Aben-Humeya quiere matarlos á ellos.

—Pero eso no es verdad, dijo Diego Alguacil.

—Poco importa que no lo sea, con tal de que lo crean los turcos.

—Sí, bien: yo aborrezco á Aben-Humeya, yo deseo su muerte: me ha herido en el corazón, me ha afrentado dijo Diego Alguacil. Pero el deseo que tengo de exterminarle me hace desconfiar de que podamos herirle.

—¡Bah! dijo Aben-Aboo: tú serás quien cause la muerte de mi buen primo.

—¡Cómo!

—Toma, contestó Aben-Aboo dando una carta cerrada á Diego Alguacil.¡

—Esta carta, dijo el morisco mirando el sobrescrito, es para el alcaide de Mecina Bombarón, y la letra parece de Aben-Humeya.

—Tan de Aben-Humeya es como mía, dijo sonriendo de una manera sesgada Aben-Aboo. Esa carta la ha escrito Diego de Arcos que, como sabes, ha sido secretario de Aben-Humeya. Y esta carta es tal, que yo te juro que nadie nos culpará de la muerte de Aben-Humeya.

—Quiera Dios que esta carta nos libre de ese malvado, dijo Diego Alguacil, devolviendo la carta á Aben-Aboo.

—Se necesita un hombre de confianza para llevar esa carta, dijo con acento breve Harum-el-Geniz.

—Diego Alguacil la llevará, repuso Aben-Aboo.

—¿Y para qué he de llevarla yo?

—¿No quieres vengarte de la afrenta que te ha hecho Aben-Humeya?

—¡Oh! ¡sí! ¡vengarme! ¡vengarme de una manera terrible!

—Pues para eso es necesario que esta carta llegue á manos de él.

—¡Recelarán!

—Concluyamos, Diego Alguacil: ¿podemos contar contigo, ó no? dijo Harum.

—Quiero saber la parte que tomo

en mi venganza, y para ello os estoy esperando.

—En esa carta llevas la muerte de Aben-Humeya, de ese miserable traidor, repuso Harum el-Geniz. Lo que necesitas hacer es muy sencillo: como los barrancos van crecidos, tendrás que tomar la valda de la sierra: en la muela de las Aguilas están los capitanes turcos esperando á Aben-Aboo; procura pasar por el sendero que cruza delante de la cueva, y cuando llegues á ella, como sorprendiéndote de encontrar allí gente, pides un guía para llegar á Mecina Bombarón con la carta de Aben-Humeya á pretexto de haberte extraviado.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Es decir que en esta carta vá la muerte de Aben-Humeya?

—Sí. Ahora bien; dicen que Aben-Humeya está tan descuidado todas las noches que anda en zambras y en fiestas.

—Es verdad; ese maldito está abandonado de la mano de Dios.

—Dios abandona siempre á los traidores y á los desleales; pero estamos ya perdiendo tiempo. Vamos, Diego Alguacil; yo te acompañaré por el camino, y luego tomaré por los atajos para llegar antes que tú á la muela de las Aguilas y con distinta dirección, á la cueva donde me esperan los capitanes turcos.

Aben-Aboo se levantó y se puso en marcha: Harum-el-Geniz y Diego Alguacil le siguieron dejando la casa abandonada.

—¡Que Dios os dé buena ventura! dijo Harum-el-Geniz cuando estuvieron fuera de la casa volviéndose hácia la parte más alta del pueblo.

—¡Cómo! ¿te quedas tú? dijo Diego Alguacil.

Importa que yo me quede en Andarax, dijo Harum: y además ¿quién se ha de quedar al frente de los dos mil

monfies que cercan la villa para que no se pueda escapar Aben-Humeya?

—Dices bien. Adios.

—Adios, dijo Aben-Aboo.

—Adios, contestó Harum-el-Geniz tomando por la parte alta del pueblo.

Aben-Aboo y Diego Alguacil salieron al campo mientras Harum se encaminaba á la plaza murmurando:

—¡Ah, mi noble y desgraciado señor! me he visto obligado á esperar mucho tiempo la venganza de tu sangre: pero al fin esos dos miserables van á hacerse pedazos. ¡Tus hijos! ¡no podían ser tus hijos, no: aquellas cartas mentían! ¡si hubieran sido tus hijos la sangre hubiera hablado á esos corazones de tigre! ¡y si eran tus hijos!... ¡oh Dios poderoso!... si eran tus hijos... el hijo que tiene sus manos en la sangre de su padre merece ser muerto por su hermano.

Y entrando á punto en la plaza Harum, se encaminó á la iglesia transformada entonces en mezquita, y torciendo por una estrecha calleja, llegó á un postigo oscuro de la tapia de un huerto.

CAPÍTULO XLIII.

DE CÓMO LA PRINCESA ANGIOLINA VISCONTI VOLVÍA Á SER UN INSTRUMENTO MANEJADO POR HARUM.

Harum se detuvo junto á aquel postigo y escuchó con la mayor atención.

Nada se oía.

Una gran casa situada en el fondo del huerto y á la cual pertenecía, estaba envuelta en un silencio profundo y en una oscuridad lúgubre.

Solo en una ventana morisca se veía luz á través de su arco calado.

—¡Vela! dijo Harum: vela esperándome y Aben-Humeya no está en la casa: esa luz que brilla en el aposento de la italiana me lo dice. ¡Mise-

rable mujer! su amor y su empeño por el marqués son acaso la causa de estas desgracias. Acaso sin ella mi desventurado señor, hubiera podido dar el golpe de muerte al rey don Felipe en su misma corte... pero aquella funesta herida... aquella imprevista prisión en el Santo Oficio... ¡Vamos, es necesario no pensar más en lo pasado porque es cosa de desesperarse! miremos adelante... á la venganza: ¡por el Dios Altísimo y Unico, que será cumplida y que te alcanzará en ella tu parte y una parte y una parte horrible, infame italiana!

—Y tras estos pensamientos, buscó en el marco del postigo, halló el nudo de una cuerda, tiró, y el postigo se abrió.

Harum adelantó por el huerto como sobre un terreno conocido: atravesóle en pocos instantes, llegó á una galería, buscó en uno de los oscuros extremos una puerta, encontró unas escaleras, las subió, y al fin de ellas llamó con recato á una puerta.

Poco después se oyeron apresurados pasos de mujer, la puerta se abrió y apareció una dama que por su traje parecía mora y mora riquísima, pero no lo era.

Era Angiolina.

—Entrad, entrad amigo mio, dijo á Harum-el-Geniz: os esperaba con ansia.

—¿Y María de Rojas? dijo con interés Harum.

—Antes de que veáis á María necesito hablaros, dijo con ansiedad Angiolina.

—Hablemos, pues, pero invirtamos en nuestra conversación el menos tiempo posible.

—Sentáos, dijo Angiolina, acercando unos almohadones á su lado.

Harum se sentó.

—¡Oh! ¡y por cuan horrible causa

nos hemos conocido! dijo Angiolina, asiéndole una mano

Harum miró fijamente á la veneciana.

—Horrible, sí, muy horrible, señora: Dios no puede perdonar á los que han sido la causa de la desastrosa y terrible muerte de mi señor.

—Os juro, Harum, os lo juro por la salvación de mi alma, que no he tenido la menor parte en ella, que nada sabia, que si alguna noticia hubiera tenido, habría evitado ese horroroso asesinato.

Harum se contuvo de una manera admirable hasta el punto de que, á pesar de hervir la cólera en su corazón, su semblante permaneció impasible, y ni el más ligero estremecimiento agitó la mano que Angiolina tenía en prenda de amistad entre las suyas.

—Todos hemos sido bien desgraciados: la sultana Amina ha perdido á su hijo y á su esposo.

—¡Ah! ¡infeliz! dijo Angiolina, dominando su alegría por la desgracia de Amina, como Harum había devorado su odio.

—La misma sultana... ¿quién sabe lo que ha sido de la sultana?

—¿Qué no lo sabéis Harum? dijo insidiosamente Angiolina.

—No.

—Pues mirad, para eso os había detenido, para preguntaros por ella.

—¿Y qué os importa ya la sultana Amina? ¿no ha muerto el hombre que os hacía enemigas?

—Creo que no, dijo con fijeza Angiolina.

—Desengañaos, señora; cuando yo os busqué la primera vez para que me ayudáseis en nuestra común desgracia, os dije la verdad. El marqués pereció en la voladura de un subterráneo cuando perseguía á Aben-Aboc que se llevaba robada á su esposa.

—¿Y si yo os dijese que el marqués de la Guardia vive?

—¿Que vive el marqués de la Guardia? exclamó con la expresión de la mayor extrañeza Harum. Sería necesario creer en un milagro.

—Ese milagro le ha efectuado Dios, compadecido sin duda de mí, que por la muerte del marqués hubiera muerto de dolor.

—Pero eso es imposible: os aseguro, á fuer de buen creyente, que ví perecer al marqués de la Guardia.

—Os engañásteis: yo sé que vive. Y vamos claros, Harum: vos sabeis también como yo que vive.

—¡Yo!

—Sí, es más: vos me habeis traído el consuelo de la certeza de su existencia.

—¡Yo!

—¡Sí, vos! ¿os acordáis de un día en que vinisteis á ver al rey, que os había llamado?

Este rey que citaba Angiolina, era Aben-Humeya.

—Sí, sí, es verdad; hace seis meses.

—Cabalmente.

—Pues bien: con vos venía un moro encubierto.

—¡Ah! ¡el morabito (1) de Africa! exclamó con la mayor naturalidad Harum: ese hombre ha prometido llevar el rostro cubierto y no dormir bajo techado, hasta tanto que logre una venganza.

—¿Y quién mejor que el marqués pudiera haber hecho ese juramento?

—Insistís en vano, señora, os equivocáis.

—¿Y si yo os diese una prueba?

—¿Cual?

—Ese moro encubierto se quedó en el patio entre vuestros monfies.

—Es verdad.

—Yo le veía desde una celosía: sin

(1) Ermitaño.

saber por qué aquel moro me había llamado la atención: su estatura, su actitud, sus ojos negros, que se veían por cima de la toca cou que llevaba cubierto el semblante....

—Pudisteis equivocaros, señora.

—Dudé un momento; pero mi corazón me decía que era él y quise salir de dudas: entonces le llamé en voz alta desde la celosía.

—¿Que le llamásteis?

—Sí: le llamé por su nombre. ¡Don Juan! exclamé: y entonces el moro hizo un movimiento marcado: dió algunos pasos hacía adelante y miró con interés al lugar donde había reconocido mi voz.

—Esa es una prueba muy vaga.

—Es que tengo otras.

—¿Cuales?

—Una carta de don Juan á su esposa.

—¡Ah! exclamó Harum.

—¿Sabéis acaso que don Juan recibió una carta en la que se le participaba que Amina estaba en una cueva de Mecina de Bombarón?

—Yo, señora... no recuerdo.

—Esperad: voy á ayudaros á recordar, dijo Angiolina sacando de su seno dos papeles doblados.

Desdobló el uno y leyó lo siguiente:

«Señor marqués de la Guardia: soy un cautivo cristiano, que para librarme de la muerte he renegado en la apariencia y estoy como soldado entre las gentes de Aben-Aboo. A fuerza de fingir y de disimular, he logrado la confianza de este moro, hasta el punto de que con mucha frecuencia me confió la guarda de una mujer que tiene presa en una cueva en el barranco de la fuente de la Zorra. Esta dama que es jóven y hermosa, se ha atrevido hoy á confiarse á mí, me ha contado su historia y me ha pedido que la ayude. Yo no he podido negarme á ello, porque esa dama es vues-

tra esposa doña Esperanza de Cárdenas, duquesa de la Jarilla. Escribidla para que se tranquilice acerca de vos, porque Aben-Aboo la afirma que habéis muerto: no sabiendo yo vuestro paradero, y habiéndome dicho doña Esperanza que el wazir Harum-el-Geniz os buscaría si no sabía vuestro paradero, dirijo esta carta al dicho Harum, y le suplico que os busque y os la entregue: doña Esperanza no escribe, porque me es imposible procurarla los medios; espera vuestra esposa una contestación pronta: dádsela por Dios, porque si tarda creerá que habéis muerto: vuestro servidor que os besa las manos.— Juan de Carreño.»

—Vos debisteis recibir esta carta, Harum, añadió la italiana, y dársela al marqués, porque á los ocho días recibí esta otra escrita de puño y letra de don Juan: llena de ternezas á su esposa, avisándola de que corría á salvarla...?

—¿Estáis segura, señora, de que esta carta está escrita por el marqués...?

—¿Queréis que no conozca su letra cuando aun tengo en mi poder las cartas de amor que me escribía hace dos años, cuando pretendía ser mi amante y yo le desdñaba?

—De modo que....

—Sí, Harum, sí, os he tendido un lazo porque amo.

—¿Amáis al marqués á pesar de haberse casado con otra?

—Cabalmente por eso le amo más.

—¿Ignoráis que después de muerto el emir de los monfies, yo soy el padre de la sultana Amina.

—Padre que no sabe donde está su hija.

—Lo sabré, puesto que está en poder de Aben-Aboo.

—Vos no sabréis nada, ni haréis nada si yo no quiero que lo hagáis.

—¡Ah! os creéis con poder.

—Puedo en vez de entregaros la persona de Aben-Humeya avisarle; Aben-Humeya me ama como ama á una mujer todo aquel que no ha logrado de ella favor alguno...

—Todos os creen la amante favorita del rey.

—Pues todos se engañan. Solo he sido de un hombre, y solo de él seré; porque prefiero la muerte á ser de otro; pero concluyamos que el tiempo se pasa. Habladme con verdad porque os voy á imponer condiciones.

—Veamos, dijo Harum.

—¿Qué gente habéis traído?

—Dos mil hombres.

—¿Cercan esos dos mil hombres la villa?

—Sí.

—¿Y creéis que no puede escaparse Aben-Humeya? dijo con intención Angiolina.

—Yo creo que sin vuestra ayuda y sin la de María de Rojas nos sería imposible apoderarnos de él.

—Si le avisamos, su huida es segura; además de que podría intentar la resistencia porque tienen la villa ochocientos escopeteros.

—Bien, bien, señora; vuestras condiciones.

—¿Viene con vuestra gente el marqués de la Guardia?

—Sí.

—Haced que yo le vea al momento.

—¿Que vos le veáis! ¿y para qué?

—¿Sabéis acaso hasta qué punto llega mi amor? ¿sabéis si por acaso desesperada quiero obligarle á que me ame á costa de un nuevo sacrificio?

—¿Y sé yo si pretendéis hacer una traición?

—Señaladme un lugar donde yo pueda verle á solas rodeada de vuestras gentes: es más, entre vosotros vienen mujeres: me someto á ser registrada por una de esas mujeres para que os convenzáis de que no llevo

puñal ni nada que pueda dañar al marqués.

—Y bien, ¿si os concedo esa entrevista con el marqués, me entregaréis á Aben-Humeya?

—Sí: yo y María os entregaremos á ese hombre.

—¿Dónde?

—Aquí mismo: en su casa.

—Pues bien, llamad á María de Rojas.

—Pero me juráis....

—Os juro que inmediatamente veréis al marqués.

—Os creo Harum, os creo, como creo que llegará un día en que me haréis probar vuestra venganza. Pero vea yo por la última vez á don Juan, y todo me importa poco: ¿para qué quiero yo vivir? pero no hablemos de esto. Voy á llamar á María de Rojas.

Y Angiolina se levantó y desapareció tras una puerta.

—¡Oh! ¡esta mujer! ¡esta mujer! exclamó Harum: ¡su maldita pasión por el marqués, nos ha sido funesta, funestísima! ¡y sin embargo, al herirnos se ha herido ella misma: hay en sus ojos algo de insensato, algo que me causa compasión! compasión á pesar de mi odio hácia ella. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Harum compuso su semblante porque sintió los pasos de dos mujeres que se acercaban.

Levantóse el tapiz y apareció Angiolina seguida de otra mujer.

Aquella mujer era muy jóven: de frente altiva, blanca y pálida; los cabellos, las cejas, las pestañas y los ojos negros, los labios rojos; el cuello y el talle largos, redondos, esbeltos; el andar indolente; la mirada lánguida, la boca anhelante, el seno conmovido.

Se detuvo delante de Harum y le dijo con el acento ardiente de la mujer que ama.

—¿Y Diego Alguacil?

—Ha ido en busca de quien atacará á Aben-Humeya.

—¿Con que ha llegado la hora?

—Sí; si vosotras me ayudáis.

—Te ayudaremos, dijo María de Rojas: es necesario concluir de una vez; ese infame se ha convertido en lobo: me causa horror, y cuando me veo obligada á sonreírle se me parte el corazón: cuando le abro mis brazos creo morir. Y.... ¿será esta noche?

—Sí, esta noche.

—Pero para ello es necesario que yo salga con Harum, y que detengas á Aben-Humeya para que no repare en mi falta.

—Aben-Humeya está en una zambra y vendrá tarde, dijo María de Rojas. Yo le entretendré si cuando vuelva no has vuelto tú. Además, escucha, Harum: ni tú ni tus gentes entréis á matarle sino cuando veáis una luz detrás de la celosía que está sobre la puerta que dá á la plaza. Ahora, idos, aprovechad el tiempo. Yo me quedo aquí esperando con impaciencia.

Angiolina se envolvió en un alboroz y salió con Harum, bajaron al huerto, le atravesaron y salieron por el postigo.

Llovía á mares y relampagueaba.

Muy pronto Harum y Angiolina salieron de la villa y se perdieron entre los barrancos.

CAPÍTULO XLIV.

DE CÓMO LOS CAPITANES TURCOS SIRVIERON Á ABEN-ABOO Ó CREYERON SERVIRSE Á SÍ MISMOS.

La muela del Aguila era una pequeña montaña en dirección á Andarax.

Por la parte media de su vertiente oriental corría un sendero que aunque

áspero atajaba el camino desde Andarax á Mecina de Bombarón.

Este sendero pasaba junto á la entrada de una enorme gruta.

En esta gruta la noche en que marcha nuestra acción, ardía una hoguera de ramas de olivo.

Sentados en piedras alrededor de la hoguera, había tres hombres ateizados, de mirada ávida, armados hasta los dientes, y revelando en su traje tanto á los turcos vasallos del sultán de Constantinopla, como al pirata berberisco de los mares de Levante.

Estos tres hombres, parecían estar impacientes é irritados.

—Por Allah, decía uno de ellos: en esta tierra es durísima la fatiga: el combate es nada, comparado con los hielos y con este viento crudísimo que vuela de cumbre en cumbre.

—Aluch-Alí, nuestro señor, dijo otro de ellos dirigiéndose al que había hablado, nos quiere mal cuando nos ha enviado á esta empresa, Carcax; en esta tierra maldita solo se siembran ingratitudes y se cogen traiciones; por el Dios Altísimo y Unico, que cuando me acuerdo de mi buena galeota, se me abre el corazón: prefiero verme sobre ella, dando caza viento en popa á los cruzados de Malta, que ser rey de esta tierra miserable.

—Miserable, porque son miserables los que en ella han levantado su bandera, Alí; por lo demás, Granada es el jardín del Profeta; pero con Aben-Humeya.... hace algunos días que solo recibimos reveses: en Válór hemos sido destrózados: en Cádiar hemos huido de breña en breña delante de los cristianos, y si Aluch-Alí, nuestro señor, no nos saca de aquí pereceremos en la lucha.

—¡Por Alah, Huscen! ¿qué dirían de nosotros en Argel si dejásemos abandonados á nuestros hermanos?

—No, no son estos mezquinos her-

manos nuestros; nuestros hermanos no arremeterían al peligro para huir después aterrados: Aben-Humeya es un insensato, que cuando há menester de más valor se entrega al desaliento ó á los placeres, ó lucha mal, poco y tarde. Aben-Aboo aunque es valiente, descontento ú ofendido, no hace lo que debía: y los moros desbandados, desnudos, miserables, ó perecen por la espada, ó al rigor del hambre.

—¡Aben-Aboo! exclamó Huscen; hace dos horas que le esperamos yertos de frío, y aún no ha venido: tal vez tenga miedo... ó prefiera tal vez dormir en Andaráx á arrostrar para venir á buscarnos, los rigores de una noche tan fría.

—¿Quién se atreve á dudar de Aben-Aboo, y á llamarle indolente y cobarde? dijo una voz robusta á la entrada de la cueva.

Volviéronse los capitanes turcos al sonido de aquella voz y vieron á un moro que adelantaba en la cueva.

Era Aben-Aboo.

Los turcos se levantaron.

—¡Ah! ¡es Aben-Aboo, el alcaide de los alcaides! dijo Ali.

—¡Por Alah! exclamó con desprecio Aben-Aboo mirando con una profunda fijeza á los turcos: ¿á quién parece tarde? ¿quién se atrevé á blasonar de valiente, amancillando mi honra?

—¡Aben-Aboo! exclamó el feróz Huscen.

—¡Yertos de frío, y murmurando como mujeres! ¡nunca lo hubiera creído de vosotros, capitanes!

—Perdona si te hemos ofendido, Aben-Aboo, dijo Carcax; pero tenemos razones para quejarnos; desde que llegamos á las Alpujarras no hemos visto en torno de nosotros más que traidores; si hemos empeñado alguna empresa hemos sido vencidos ó abandonados. ¿Quién nos ha traído

del Africa á estas montañas para sufrir sonrojos y reveses? ¿Quién humilla nuestro esfuerzo y nos obliga á ser testigos de tanto oprobio? ¿Y quieres que callemos como viles y cobardes, y no levantemos la voz contra tanta vergüenza?

—No, vive Dios, dijo Aben-Aboo; como vosotros estoy irritado, como vosotros veo que el insensato Aben-Humeya, ó es cobarde ó aprecia en poco su vida y su honra.

—¿Y quién le ha aclamado rey? dijo Carcax: vosotros, vosotros que os creísteis que sacaríais el reino del yugo del cristiano y estableceríais el estandarte del Profeta sobre los muros de la Alhambra. ¿Y qué ha hecho ese miserable? entregarse al ocio, gastar su vida en fiestas y en zambras, empobrecer á los suyos para alentar sus vicios; y después de algunos triunfos que no ha sabido aprovechar, al ver á don Juan de Austria en las Alpujarras, acobardarse y huir de breña en breña como la res acosada por los perros, cuando resuenan á sus espaldas las trompas castellanas.

—Y bien, exclamó con arranque Ali; ¡qué nos importa que Granada sea cristiana ó no! si esta guerra concluye mal, los moros solo verán un pedazo de menos en sus dominios: mas ¡ay si un día Africa se arroja sobre Europa! ¡ay si clava en su vieja frente el estandarte del Profeta!

—¡Escrito está! exclamó con acento solemne Aben-Aboo: pero vencidos en tanto los moriscos, habrán visto desvanecerse su esperanza como humo que arrebatara el viento. Volveréis sí: pero os aterra el nombre de don Juan de Austria, y queréis abandonarnos. Pues bien: ¡idos! me causa rubor vuestra cobardía ¡idos! impacientes os esperan los vuestros á la orilla del mar en las galeras que han aprestado para la fuga.

—Sí, nos iremos, gritó Ali, tré-

mulo de cólera; mas no será sin herir antes la cabeza de ese miserable que descansa entre débiles mujeres. ¡Que tememos á don Juan de Austria! ¡que huimos aterrados ante el peligro! Pues bien, si valemos tan poco, si tú, Aben-Aboo, el más bravo de los moriscos nos desprecias y nos rechazas, volveremos humillados al Africa, pero antes dejaremos en la ribera de la Alpujarra las señales sangrientas de nuestros pies.

—Aben-Aboo, dijo Huscen, con acento amigable: ni creo tus palabras ni me ofenden, porque son hijas del despecho con que ves las desdichas de tu pátria. No tienes razón para acusarnos; hemos venido á ayudaros y os hemos ayudado, partiendo con vosotros el peligro, ensangrentando en los cristianos nuestras armas.

—¿Y por qué retroceder ahora? exclamó Aben-Aboo.

—Mientras Aben-Humeya esté en el trono, respondió Carcax; mientras haya una sola villa en las Alpujarras que le aclame rey, no entrarán en la pelea mis gentes: haced vosotros lo que queráis.

—Ni yo expondré otra vez mi estandarte á la vergüenza, dijo Ali.

—¿Y no es más conveniente, dijo Huscen, hacer pedazos la frente de Aben-Humeya y dar la corona á quien valga más que él; á un hombre como Aben-Aboo, valiente, leal, emprendedor, buen musulmán y buen caballero?

—¡Yo! ¡yo rey! exclamó Aben-Aboo, disimulando su alegría. ¿Qué dices Huscen? ¿Sobre mis débiles hombros quieres arrojar tan pesada carga? ¡No! ¡no! matad en buen hora á Aben-Humeya, y ocupe su trono otro que yo: uno de vosotros, por ejemplo.

—Aluch-Ali, nuestro señor, dijo Carcax, nos ha enviado á ayudaros, no á ser reyes... arreglad este asunto

entre vosotros los moriscos... mas... alguien se acerca... ¿has traído á alguno contigo Aben-Aboo?

—He venido solo.

En aquel momento apareció en la entrada de la cueva un hombre.

Era Diego Alguacil.

Al ver á Aben-Aboo y á los turcos adelantó y les dirigió con fiadamente la palabra.

—Musulmanes, dijo: dadme ayuda; me he perdido en la montaña y necesito un gufa para cumplir un encargo en servicio del rey.

—¿De qué rey hablas? dijo Aben-Aboo afectando no conocer á Diego Alguacil.

—¿De qué rey he de hablar, contestó el morisco, sino del alto, el grande Muley Aben-Humeya, á quien Dios ensalce.

—Cuadra muy mal tu comisión con tu torpeza, moro, dijo con recelo Carcax.

—Tiene trazas de espía de los cristianos, dijo con acento de amenaza Huscen.

—Esta carta responderá por mí, dijo Diego Alguacil sacando del seno la que le había dado en Andarax Aben-Aboo.

—De Aben-Humeya, sultán de Andaluçia al alcaide de Mecina de Bombarrón, dijo Carcax leyendo el sobrecrito de la carta que había tomado de manos de Diego Alguacil.

Aben-Aboo miró recatadamente á los turcos con una mirada enérgicamente significativa, con la que parecía decirles:

—Necesitamos apoderarnos de esa carta.

Y luego añadió volviéndose á Diego Alguacil como si no le conociera:

—Ven conmigo: llevo el mismo camino que tú y antes del alba habremos llegado á Mecina de Bombarrón.

Ali adelantó receloso.

—Descuida, le dijo rápidamente Aben-Aboo: vá conmigo, y yo ni vacilo ni dudo: y luego añadió alto: sígueme moro: hermanos míos, adios.

—Que Allah te guarde, contestaron los turcos.

Aben-Aboo y Diego Alguacil salieron de la cueva.

—Sigámosles, dijo Huscen, y castiguemos á Aben-Aboo si nos hace traición.

—Deteneos, dijo Ali: el estrecho sendero por donde caminan está sobre el tajo.

—¿Y qué? dijo Huscen.

—¿Y qué? ¡Dios ayude al mensajero de Aben-Humeya!

Como para confirmar las palabras de Ali se escuchó en aquel momento uno de esos horribles gritos que exhala el que de repente siente la muerte sobre sí.

—¿Habeis oido? dijo Huscen.

—Sí, un grito de horror, de agonía: sin duda ha caido el mensajero: pes la senda tan estrecha, y está tan resbaladiza con el hielol...

En aquel momento Aben-Aboo apareció en la entrada de la cueva y adelantó hácia los turcos.

Parecía horrorizado: erraba su mirada sin objeto.

—Por fortuna llevaba yo la carta, dijo con voz opaca.

—Ha resbalado...

—Sí...

—Ha caido...

—Sí, un salto horrible; ha rebotado en las rocas, y ha caido al fin al torrente. Os juro que me ha causado horror.

—¿Y la carta? exclamó con afán Carcax.

—Aquí está, dijo Aben-Aboo, entregándola á Ali: llevadla, enviadla al alcaide de Mecina de Bombarón: yo me vuelvo á Andaráx: esa desgracia me ha horrorizado.

—¿Que llevemos esta carta al al-

caide de Mecina? dijo con asombro Ali.

—Sí; el rey lo manda, repuso Aben Aboo: habeis venido á servirle y debéis obedecerle.

—¡Ah! no há mucho que nos hablabas de otra manera, Aben-Aboo, dijo Carcax.

—La muerte enseña mucho y acabo de verla, contestó sentenciosamente Aben-Aboo, y salió de la cueva y se alejó.

Los turcos quedaron asombrados.

—O nos hace traición ó está loco, dijo Ali.

—Lo que nos importa es saber lo que dice esa carta, repuso Carcax.

—Sí, veamos, porque recelo una traición, añadió Huscen.

Ali se inclinó sobre la hoguera, abrió la carta y la leyó.

Hé aquí el contenido de aquella carta:

«En el nombre de Dios Altísimo Unico y misericordioso: el ensalzado, el favorecido de Dios, gobernador de los moros de España, Muley Aben-Humeya, al valiente alcaide de Mecina de Bombarón, desea salud y prosperidades.—Sabrás alcaide, porque todo el mundo lo sabe, que los turcos que nos ha enviado el dey de Argel, más que de provecho y de ayuda nos sirven de escándalo y perjuicio haciendo insultos y deshonestidades, forzando mujeres, y robando haciendas á los moros de la tierra. Hácenlo como corsarios y ladrones que son, gente aventurera y mala, ajenos á todo respeto, sin temor á los hombres ni á Dios. Necesario es pues, evitar estos males, mas como son poderosos te los enviaré á Mecina de Bombarón mañana: cuando llegaren, haz muestra de festejarlos: ordena una zambra, dales de cenar y pon zumo de hagiz (1) en los manjares; cuando estén ale-

(1) El jugo de esta yerba produce embriaguéz y modorra.

targados mátalos, que después yo me disculparé con el dey de Argel, manifestándole las causas que he tenido para obrar así.—Prospérete Dios y te dé ventura.»

Por bajo se leía en mal caracter africano la frase siguiente con que acostumbraba á firmar Aben-Humeya: *Esto es verdad*, como si dijera: esta carta es legítima.

El furor, la ira, la venganza, todas las malas pasiones se pintaron en el semblante de los turcos apenas conocieron el contenido de la carta.

—¿Y dudaremos aún? exclamó el iracundo Carcax: ¿Dudaremos después de lo que hemos leído?

—¡Dudar! exclamó Alí: ¡necesito toda la sangre de ese perro infiel!

—¡Mil vidas que tuviera! exclamó Huscen. Si vosotros esperáis, yo no espero ni un momento. Yo voy á buscar á los míos...

—Y yo....

—Y yo... contestaron Alí y Carcax.

Y salieron de la cueva trémulos de corage, y en paso rápido se perdieron entre las quebraduras.

Apenas habían salido los turcos cuando de entre un matorral salió una sombra informe, y se asomó al borde del abismo.

—¡Ah del muerto! exclamó.

—¿Quién va allá? contestó una voz desde abajo.

—Espérame, contestó el de arriba.

Y se deslizó por el borde de la cortadura.

Poco después se detenía junto á otra sombra.

Eran Aben-Aboo y Diego Alguacil.

—Lo han creído? dijo Diego.

—¡Lo de tu muerto! ¿pues no han de haberla creído, si yo hubiera dudado? ¡oh! ¡qué grito tan lastimero!

—¿Y los turcos?

—Allá van hácia Andarax; vamos

también nosotros: los turcos y los monfies nos ayudan.

—¡Los monfies! exclamó Diego Alguacil. Dios me perdone: pero desconfío de ellos.

—¡Desconfiar! ¿y por qué?

—Huyen demasiado.

—Los tercios que ha traído don Juan de Austria...

—Son valientes es verdad: pero los monfies nunca han sido tan cobardes: parece que á la primera arremetida huyen de intento.

—¡Oh! ¡si eso fuera!

—Yo creo....

—¡Qué!

—Que la muerte del emir los ha irritado; que os atribuyen á vosotros esa muerte.

—¿Y quiénes somos nosotros?

—Tú y Aben Humeya.

Se extremeció todo Aben-Aboo.

—Te engañas, te engañas, Diego, contestó el jóven procurando dominar lo conmovido de su voz: los monfies no tienen razón para sospechar... no pueden sospechar.

—Allá lo veremos, replicó Diego Alguacil: ó más bien lo verán los que se queden.

—¿Y tú por qué no?

—Porque yo, en cuanto Aben-Humeya muera, que será esta noche, recobro á María, á la prenda de mi alma, que ese infame me ha robado, y me voy con ella á Africa. Te aconsejo que hagas lo mismo, Aben-Aboo.

—¿Que abandone yo la corona, cuando ya la siento sobre mi cabeza?

—Los monfies te matarán como matarán á Aben-Humeya.

—¿Crees tú que no sea tan fácil matar á los monfies como á los turcos?

—Dios es grande y vencedor, dijo Aben-Aboo.

—Pues bien haz lo que quieras: en

cuanto á mí he tomado mi resolución. Ahora vamos á Andarax.

—Vamos, contestó Aben-Aboo.

Poco después los dos moriscos habían desaparecido en las quebraduras.

CAPITULO XLV.

EN QUE VOLVEMOS Á ENCONTRAR AL PERDIDO MARQUÉS DE LA GUARDIA, Y SE SABE CÓMO ESCAPÓ DEL SUBTERRÁNEO DE LA PRINCESA ENCANTADA, Y LA ESCENA QUE TUVO CON SU ANTIGUA AMANTE.

Entre tanto, á pesar de la lluvia y del frío, y á través de breñas y despeñaderos, había seguido Angiolina á Harum-el-Geniz.

El monfi se detuvo un momento, habló algunas palabras con otros monfies, y él y Angiolina pasaron.

Anduvieron aún algún tiempo.

Al fin la italiana vió una luz entre la oscuridad.

—¿Está el marqués de la Guardia donde brilla aquella luz? dijo:

—Sí; contestó secamente Harum.

Llegaron á poco á una especie de venta situada al lado de uno de los estrechos caminos de herradura que cruzan las Alpujarras.

Al llegar á la puerta, Harum previno á Angiolina que se cubriese con su velo, y asiéndola de la mano, la condujo á un pequeño aposento alto, á través de unas escaleras.

Al abrir su puerta, Harum desasíó la mano de Angiolina.

—Dentro encontraréis al marqués de la Guardia, la dijo: fuera os espero.

Angiolina entró con el corazón comprimido.

Sentado en un lecho mezquino, verdadero tormento de la hospitalidad de una venta, había un hombre medita bundo é inmóvil.

Al sentir el ruido de la puerta que se abría, el hombre que estaba senta-

do en el lecho levantó la cabeza y miró á Angiolina.

Al verle la veneciana lanzó un grito de horror, palideció, sus ojos se llenaron de lágrimas y corrió á aquel hombre, le abrazó, y le miró con ansiedad.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó: ¡me le vuelven muerto!

El marqués contestó con una triste sonrisa.

Estaba pálido, con la palidez impura de la enfermedad, de una enfermedad lenta: estaba demacrado, y sus ojos, sus antes hermosos ojos, casi hundidos en los alveólos: la barba larga, el aspecto macilento: la actitud como de hombre cansado, y de tiempo en tiempo desgarraba su pecho una tos seca, aguda, terrible.

La mirada de Angiolina se extrañó.

—¿Quién soís, señora? dijo con voz ronca el marqués de la Guardia.

—¡Qué! ¿tan desdichada soy que ha llegado el caso de que no me reconoczas, don Juan? dijo la veneciana.

—Yo he escuchado vuestra voz, señora; la he escuchado no recuerdo cuándo ni dónde, dijo el marqués; pero recuerdo que ha sido en otros días más felices.

Y el marqués la miraba con esa expresión de deseo del que quiere reconocer á una persona.

—¿Pero qué es esto? exclamó Angiolina: ¿qué te sucede don Juan? ¿habrás perdido acaso la razón?

—No, la razón no; pero la memoria, la vista, el oído... ¡oh! ¡oh! ha sido una cosa horrible.

—Pero... ¿qué horrible cosa ha sido esa? dímelas, dímelas, y yo te vengaré.

—¡Vengarme! ¿y por qué? Sería necesario que me vengárais en mí mismo: yo he sido la causa de todo: ella no tiene la culpa: me ama y ha tenido celos.

—Y... ¿quién es esa mujer que te ama y está celosa? exclamó con ansia la jóven.

—¡Ah! ¿y qué te importa?... ¿tú conoces á la princesa Angiolina Visconti? una hermosa mujer que me sirvió para hacerme amar de otra.

—¡Ah! exclamó Angiolina.

Y su exclamación fué semejante á un rugido.

—¿Y dices tú que esa mujer, que esa Angiolina, se ha vengado de tí?

—Sí; se ha vengado de una manera horrible.

—¿Pero no me conoces? ¿no reconoces en mí á esa Angiolina que solo ha amado por tí, que solo ha vivido por tí, que solo por tí ha odiado, que solo por tí ha teñido sus manos en sangre, y ha llenado de remordimientos su conciencia?

* —No, tú no eres Angiolina; si lo fueras mi odio me lo diría. ¡Oh! ¡funesta mujer!

Un nuevo acceso de tos cortó la palabra al marqués, y al retirar el pañuelo de su boca, Angiolina le vió manchado de sangre.

Hubo un momento de terrible silencio.

Don Juan contemplaba á Angiolina con una curiosidad cada vez más crecienta.

Angiolina contemplaba á don Juan con una ansiedad cada vez más terrible.

—¿Pero quién te ha puesto en ese terrible estado? exclamó Angiolina.

—Ella, esa mujer, exclamó el marqués.

—¿Pero qué mujer es esa?

—¿No os he dicho que se llama la princesa Angiolina Visconti?

—No, no; ella no hubiera atentado á tu vida... ella hubiera muerto mil veces antes que tocar á uno solo de tus cabellos... ella, porque tú vivieses sería capaz de buscar á tu adorada Amina, de entregártela, y de mo-

rir después.

—¡Amina! ¡Amina! esa infame mujer la ha perseguido; ella ha causado la desgracia de su padre; ella la ha entregado á Aben-Aboo; ella me ha asesinado.

—¡Oh! ¡no! exclamó con angustia Angiolina.

—Vos debéis conocer á esa mujer, cuando de tal modo la disculpais, dijo el marqués.

—¡Que si la conozco! ¡Pluguiera á Dios que de tal modo me conocieseis tú! exclamó llorando Angiolina.

—¡Llorais! ¡me compadeceis! tenéis razón en llorar y en compadecerme señora, y puesto que conocéis á esa malvada, puesto que ella me ama con ese amor de Satanás, ¡Oid, oid, y contadla lo que vais á oír, para que se extremezca y tema la justicia de Dios!

El marqués se sentó en el lecho, se reclinó sobre las almohadas é inclinó la cabeza; Angiolina se arrodilló á sus piés, y continuó llorando en silencio.

—Oid: hubo un dia, el más feliz de mi vida, en que un sacerdote me unió á la única mujer que he amado. Yo juzgaba el mundo estrecho para mí; yo creí que Dios me había anticipado su gloria dándomela sobre la tierra, representada por una mujer.

Tosió el marqués, y apareció en su pañuelo una nueva mancha de sangre.

Angiolina, anonadada, ocultó su semblante sobre las rodillas del marqués.

Este continuó:

—Era de noche; caminábamos hacia la costa: de repente nos sorprendieron la tempestad y los hombres: mi esposa me fué robada, y yo arrebatado por la corriente, milagrosamente salvado, viví para buscar á mi Esperanza. . y la encontré... pero robada por un infame.—Su caballo corría;

veloz como el viento seguiale mi caballo... rendidos entrambos animales por la fatiga, el miserable que me robaba mi Esperanza, continuó su fuga á pié llevándola á ella sobre sus hombros.—Yo le seguía.... le seguía.... entróse en una caverna, y yo me entré tras él.—Sentí sus pisadas á través de un oscuro laberinto, y le seguí en las tinieblas.—De repente... no sé lo que aconteció.—Parecía que el mundo entero había caído sobre mí y luego no sentí nada..... nada.....—Después de no sé cuánto tiempo volví á la vida, pero á una vida horrible: parecíame sentir despedazadas mis entrañas; ardía mi cabeza; mis miembros estaban como descoyuntados, y me rodeaban las más lóbregas tinieblas.—Me creí en la región de los muertos.—Y sin embargo hice un esfuerzo, y logré arrastrarme sobre mis manos; impulsado por la desesperación y por el terror, redoblé mis esfuerzos, y no sé en cuánto tiempo, pero largo, lento, débil, estenuado, sin cesar de arrastrarme, logré al fin volver á ver la luz del día.—Estaba en una cueva.—Cuando me acerqué á su entrada, me ví en la parte media de la vertiente de una montaña al borde de una roca: abajo, mi vista debilitada, turbia, veía como á través de una niebla sangrienta un pequeño valle.—El vértigo zumbaba en mi cabeza.—De improviso, y como en medio de un sueño, oí un lejano ladrido que se acercaba, se acercaba, hasta resonar junto á mí.—Era un perro guardián del ganado que pastaba en el valle.—Junto al perro había un pastor anciano.—Los buenos pastores me recogieron, cuidaron de mí, y ellos avisaron á mi amigo Harum.—¿Y sabéis lo que me dijo Harum cuando estuve en estado de escucharle?—Seguíais de cerca á Aben-Aboo, cuando os perdimos de vista: poco después, y cuando nos acercábamos á la

caverna por donde habíais desaparecido, sonó una detonación terrible; la roca voló rota en mil pedazos y... os dimos por muerto.

—¡Oh! ¡qué horror!

—Y todo esto es obra de esa mujer maldita: porque ella ha sido el primer eslabón de la cadena de desgracias que á todos, inclusa ella misma, nos han acontecido.—De ella es la obra de mi asesinato, porque yo, por resultado de aquella explosión estoy enfermo de muerte, y pluguiese á Dios viviese lo bastante para volver á ver á mi Esperanza y á mi pobre hija.—Puesto que conocéis á Angiolina, puesto que acaso ella os envía, contadla, señora, cómo me habéis encontrado: enfermo, loco.... sí, loco, transformado enteramente en cuerpo y en alma, desesperado, desalentado, inutilizado, muerto; decidle que todo esto es obra suya, y que yo la maldigo.

—¡Oh! no, no la maldigas, don Juan, perdónala, perdónala, y exterminala después: ¡pero maldecirla porque te ha amado...! ¡porque te ama con toda su alma...! ¡esto es horrible, esto no puede ser!

—¿Quién soís vos que os interesáis tanto por esa mujer, que lloráis, que os retorcéis las manos desesperada? dijo el marqués mirando fijamente á la jóven.

—¡Oh! ¡no me conoce, no conoce á la mujer que por él lo ha perdido todo; su honra, su conciencia, su alma! Y ¡es verdad! estas ropas moriscas me desfiguran; este albornoz que me envuelve, esta toca que rodea mi cabeza, y mi terror, y mi dolor...

—Y Angiolina arrojó el albornoz, se arrancó la toca, dejó flotar sus hermosos cabellos, y asió las manos del marqués, infiltró en sus ojos una mirada lúcida, intensa, impregnada de amor, y acercando su boca seca y árida á la contraída boca del marqués,

estampó en ella un beso candente, supremo, satánico.

El marqués dió un grito, y cómo obedeciendo á la poderosa mágia de aquella mirada y de aquél beso, reconoció á Angiolina.

—¡Oh! ¡sí! ¡tú! ¡eres tú! exclamó: pues bien miserable; has venido á tiempo, porque aún me queda fuerza para exterminarla.

Y con un movimiento rápido é imprevisto, verdadero arranque de loco, asió con sus dos manos la garganta de Angiolina, que dió un grito ahogado y cayó de espaldas, más por la dolorosa impresión de las intenciones del marqués respecto á ella, que por la fuerza de sus manos, demasiado débiles para que Angiolina no pudiese desprenderse de ellas.

En aquél momento se abrió la puerta, y apareció Harum.

—Un caballero, dijo con voz severa, nunca tiene razón bastante para convertirse en verdugo.

Y apartó al marqués, que fué á sentarse en su lecho en la actitud de un tigre replegado en sí mismo; levantó á Angiolina, la dió su toca y albornoz en que ella se envolvió en silencio, y asiéndola de la mano la sacó de la habitación.

—¡Oh! ¿por qué no me habéis dejado morir á sus manos? dijo llorando Angiolina.

—Porque le amo demasiado para permitir que tiña sus manos en sangre, y porque vos debéis vivir.

—¡Ah! vuestra venganza es cruel, muy cruel; pero os aseguro que no viviré mucho. ¿Y él? hablemos de él: yo no importo nada. ¿Y él? ¿creéis que podrá vivir, Harum?

—Solo Dios sabe lo oculto: solo Dios, que es fuerte y misericordioso, puede hacer milagros; contestó sentenciosamente.

—¡Oh! no me habíais engañado al decirme que el marqués había muerto.

¡Muerto!... lo que es lo mismo.... loco... agonizando lentamente.... si el amor de la sultana Amina pudiese salvarle....

—¡Qué decís, señora!... exclamó con extrañeza Harum.

—¡Qué! ¿no creéis que yo sea capaz de sacrificarlo todo por él?... mi vida, mis celos... vos no habéis amado nunca.... si yo pudiese salvarle sentenciándome á tormentos continuos, inauditos, insoportables, le salvaría. ¿Qué me importan Amina, ni vos, ni el mundo entero, ni el cielo, ni el infierno, cuando se trata de salvarle á él?

—¡Ah! ¡funesto amor! exclamó aterrado Harum.

—Decidme, decidme lo que yo puedo hacer: exclamó con afán Angiolina.

—¿Soís capaz de sacrificaros?
—¿No os he dicho que soy capaz de todo por él?

—Creo haber oido decir que Aben-Aboo os ama.

—Aunque no me amara, yo le obligaría á amarme.

—Obligad á Aben-Aboo, enamoradle, sed suya, embriagadle.

—Lo haré, contestó sin vacilar Angiolina.

—Y averiguad, descubrid, dónde para la sultana..... salvadle.... salvad acaso á ese pobre loco.....

—Lo haré... ¡pero los medios!... los medios, dadmelos vos.

—Esta noche irá Aben-Aboo á matar á Aben-Humeya.

—¡Ah! me pondré á su paso... él estaba enamorado de mí... salvaré á vuestra señora, Harum, si está en poder de Aben-Aboo, y si el amor de doña Esperanza vuelve la razón y la salud al marqués, si son felices, después que yo muera, decidles: su amor la hizo cometer crímenes: su amor os fué fatal, pero también su amor os

ha salvado: perdonadla y rogad á Dios por ella.

—¡Vamos! ¡vamos! no soís tan malvada como yo creía. Asíos bien á mi brazo y á Andarax. Se acerca la hora.

Poco tiempo después Angiolina volvía á entrar en casa de Aben-Humeya, y en la habitación que había abandonado á la llegada de Harum.

CAPÍTULO XLVI.

DE CÓMO FUÉ LA MUERTE DE ABEN-HUMEYA.

Los turcos habían llegado á Andarax con cuatrocientos de sus piratas; pero contenidos por la línea de los monfíes, no habían podido pasar adelante.

Aben-Aboo había llegado también con trescientos hombres, y Farax-aben-Farax, alguacil mayor de las Alpujarras como hemos dicho, con trescientos moriscos.

Pero Suleimán, nuestro antiguo conocido, que se había quedado mandando los monfíes en ausencia de Harum, había declarado que nada se haría hasta que Harum llegase.

—¿Con que es decir, que nada podemos hacer, ni á nada podemos atrevernos sin los monfíes? exclamó el iracundo Alí.

—El emir de los monfíes, repuso Suleimán, es el rey, el único rey de las Alpujarras; sin los monfíes no hubiera sido posible la guerra; el día en que los monfíes cedan y se recojan á sus guaridas, los cristianos se encontrarán, como antes, dueños de las villas y lugares de las Alpujarras. Entre tanto los fuertes somos nosotros: tenemos rodeado á Andarax, y nadie entrará en él mientras no lo permita el emir de los monfíes.

—¿Y quién es el emir de los monfíes? dijo con acento ronco Aben-Aboo: ¿acaso no ha muerto mi tío Yaye-ebn-Al-Hhamar?

—Ciertamente que tu noble tío, ha sido villanamente asesinado, replicó con voz ronca Suleiman; pero vive su hija.

—¡La sultana Amina!

—Si, la sultana de los monfíes.

—¡Una mujer! ¡y una mujer, cuyo paradero no se sabe!

—Pero la sultana Amina tiene un esposo, dijo Suleiman.

—¡El marqués de la Guardia! ¡un cristiano renegado! repitió Aben-Aboo.

—El esposo de la sultana Amina, es el emir de los monfíes.

—Pero si la sultana Amina muriere....

—¡Más le valdría no haber nacido al miserable que se atreviese á la vida de la sultana! exclamó con acento de amenaza Suleiman.

—Pero puede darse por muerta puesto que nadie sabe dónde se encuentra.

—Y bien, dijo Suleiman, dejándose arrastrar por las circunstancias, á falta de la sultana Amina, tenemos á su hija la sultana Zoraya (1).

—Mal nombre la habéis puesto, porque la otra sultana Zoraya, hija como esta de cristiano, y esposa de Muley-Hacen, fué muy desgraciada.

—¿A qué es esa inútil disputa? dijo una nueva voz terciando en la conversación: os he llamado y habéis venido; Aben-Humeya está descuidado y ha llegado el momento de obrar.

Quien así hablaba, era Harum, wali de los walis de los monfíes, que acababa de llegar.

—Es verdad, dijo el capitán turco Carcax: esta disputa es inútil: si los monfíes tenéis derecho á llamaros dueños de las Alpujarras, nosotros que hemos venido de Africa á ayudaros, tenemos también derecho á que se nos trate lealmente, á que se nos

(1) Lucero de la mañana.

honre, á que se cumplan los pactos que hemos establecido: en vez de esto se pretende destruirnos, se nos acacha, y se nos manda matar: debemos, pues, vengarnos, y nos vengaremos matando á Aben-Humeya.

—Aben-Humeya es rey de Granada, exclamó Harum.

—¿Y pretenderás acaso disuadirnos de nuestra venganza? exclamó Alí: ¿ignoras que tenemos la prueba de la traición del rey contra nosotros?

Aben-Humeya debe morir, exclamó Farax-Aben-Farax, pero debe pensarse en un nuevo rey.

—¿Y qué rey pensáis que debemos elegir caballeros? dijo Harum.

Sucedió un silencio solemne.

En medio de él, se alzó la voz de Aben-Aboo.

—Concluyamos antes, dijo, con Aben-Humeya, que nos hace traición, y después tendremos lugar de pensar en un nuevo rey.

—El rey que ha de goberarnos, dijo Farax-Aben-Farax, acaba de hablar. Aben-Aboo será nuestro rey.

—Sí, sí, que sea rey de Granada Aben-Aboo, exclamaron á una voz todos los que allí estaban congregados.

En aquel momento y antes de que Aben-Aboo pudiese contestar, se oyó una voz que hablaba con dificultad á causa del sobreliento causado por la fatiga de quien hablaba.

—Pronto, exclamó, pronto capitanes, acudid: Aben-Humeya se nos escapa, tiene preparados caballos en la puerta de su casa.

El hombre que hablaba así, era Gironcillo de la Vega, alguacil mayor de Granada por los moriscos.

La noticia de que Aben-Humeya intentaba escapar causó una gran sensación entre turcos, moriscos y monfíes.

Especialmente los turcos expresa-

ron su impresión de una manera violenta.

—Aben-Humeya no puede escapar, dijo reposadamente Harum: la villa está cercada por mis monfíes.

—Es que tus monfíes se han dividido, dijo Gironcillo: y ó tú nos haces traición ó te la hacen los tuyos,

—Quien eso dice miente, exclamó Harum fuera de sí de cólera: ni yo ni mis monfíes somos traidores; y en prueba de ello seguidme los que queráis.

Y Harum tiró por un barranco arriba en dirección de la villa.

Inmediatamente le seguía Aben-Aboo.

Después Gironcillo de la Vega, Suleiman, los tres capitanes turcos, moriscos y monfíes.

Aquella gente caminaba en silencio sin pronunciar una sola palabra, apagadas sus pisadas sobre la tierra empapada por la lluvia.

A pesar de la gente que tenía en el pueblo Aben-Humeya, ni un solo hombre armado ni que se les opusiese, ni que diese aviso ó hiciera señal, encontraron los conspiradores, en su tránsito por la villa hasta la plaza.

Cuando entraron en ella, Harum vió puesta una luz tras la celosía de un agimez sobre la puerta:

Aquella luz, era la señal concertada entre él y María de Rojas.

Aquella luz era la señal de que Aben-Humeya estaba en su casa y de que había llegado la hora.

Harum, Aben-Aboo, los turcos, Gironcillo, Suleimán y sus gentes, avanzaron en silencio hácia la casa.

En aquel momento sonó un tiro, disparado por uno de los moriscos que daban la guardia á Aben-Humeya, y como si aquella detonación hubiera sido una señal de combate, todos se lanzaron con las armas enhiestas, sobre la guardia, la arrollaron, rom-

pieron las puertas y se precipitaron en la casa.

Poco antes había entrado en ella Aben-Humeya.

Su paso era vacilante y sus miradas vagas.

Venía de una zambra, donde, á pesar del Koram que prohibía el uso de las bebidas espirituosas, se había embriagado.

Sin embargo no era su embriaguez tal, que le privase del uso de sus sentidos, y cuando María de Rojas fué á encontrarle, sonriéndole, la dijo:

—¿Por qué me haces traición?

A esta pregunta brusca, directa, imprevista, la jóven se desconcertó y sólo contestó con embarazo:

—A nadie amo más que á ti, señor, á ti que eres mi esposo: quien te diga otra cosa te engaña y merece la muerte; porque ha calumniado á tu esposa, á la sultana de Granada.

Aben-Humeya la rechazó de nuevo y la dijo con acento indolente:

—Vé, y cuéntale eso á tu amante, á Diego Alguacil: pero apresúrate á contárselo, porque mañana su cabeza no te podrá oír.

—Algún enemigo de tu reposo, señor, dijo María de Rojas dominándose, ha inventado esas mentiras.

—¡Oh! afortunadamente, repuso Aben-Humeya, reclinándose en su diván y ya soñoliento, he sido avisado á tiempo y he prevenido la traición: al principio, creí de más gravedad el peligro y mandé ensillar dos caballos.... pero después.... me quedará tiempo para descabezar á los traidores, y ayudado por los monfíes que son valientes y leales, ¡acabaré con todos mis enemigos. ¡Ah! ¡mi buen hermano Aben-Aboo, mi querido hermano! ¡queréis cobrar vuestra parte de aquel asesinato...! ¡ah! ¡ah! ¡como herí al emir, os heriré á vos mi buen hermano! ¡quien mató á su padre....

puede muy bien... sí... puede muy bien matar á su hermano!

—¡Tu hermano! ¡tu padre! exclamó asombrada María de Rojas, que no conocía el terrible crimen de los hijos de Yaye.

—¡Ah! estabas todavía ahí dijo Aben-Humeya.

—Has hablado del asesinato de tu padre, y has llamado tu hermano á Aben-Aboo.

—¿No era mi tío el pariente más poderoso que me quedaba, el emir de los monfíes? ¿No debió haber sido mi padre?

—¡Ah! dijo María

—¿Y no me vi obligado á matarlo para que él no me matase?

—¡Ah! repitió la jóven.

—¿Y mi buen primo, el hijo de la hermana de mi padre, el alcaide de mis alcaides, no debía tratarme como á un hermano?

—¡Ah! repitió por tercera vez María de Rojas.

—¡Pues! ¡mi padre y mi hermano! mi corona destila sangre sobre mi frente, y ese velo rojo me incita.... quieren matarme.... y yo los mataré á ellos... ¡Los mataré y dormiré tranquilo!

Aben-Humeya inclinó la cabeza vencido por el sueño.

—Sí, dijo María de Rojas con voz ronca: si son traidores debes matarlos; enemigo muerto no daña, pero...

—¡Ah! ¿estabas todavía ahí....? vete.... y puesto que amas tanto á Diego Alguacil, dile que su cabeza está mal segura. ¡Ah! ¡ah!

Inclinó de nuevo la cabeza.

—Sí, voy á avisarle, murmuró la jóven para sí, y cuando le avise veremos cuál cabeza está menos segura sobre los hombros, si la suya ó la tuya.

María se encaminó á la puerta y al llegar á ella, se encontró con Angiolina.

—No le pierdas de vista, permanece junto á él, dijo María de Rojas; su embriaguez no es bastante para hacerle perder el conocimiento.

Dijo estas palabras en voz tan baja y de una manera tan rápida María, que Aben-Humeya no pudo percibir ni aún su murmullo.

María salió, y Angiolina magnífica é incitantemente vestida, adelantóse hácia el diván donde estaba reclinado Aben-Humeya.

Como si Angiolina hubiese lanzado delante de sí una influencia mágica, cuando estuvo á poca distancia de Aben-Humeya, éste se incorporó sobre el diván y la miró frente á frente.

La hermosura de Angiolina Visconti parecía como que había dominado, como que había desvanecido su embriaguez.

—¡Ah! ¿sois vos, señora? la dijo: ¿á qué debo la felicidad de vuestra presencia?

—Habeis tardado y estaba inquieta, dijo Angiolina sentándose en el diván, al lado del jóven.

—¿Inquieta vos por mí? permitidme que me maraville de tal mudanza; hasta ahora he sido para vos la persona más indiferente del mundo.

—Siempre he sido vuestra amiga, bien lo sabeis.

—¡Amiga! ¡amiga! pero yo no quiero vuestra amistad, sino vuestro amor: recordad: desde que os ví representando en Granada, os importuné con mis ruegos: después una feliz casualidad os trajo á mi lado, he seguido en mis importunaciones..... y vos.....

—Ya os lo he dicho una y mil veces y os lo repito, soy vuestra amiga y no puede ser otra cosa.

—Pero esa fría amistad...

—Don Fernando, la amistad en la mujer es el prólogo del amor.

—Ved lo que decís, señora.

—Y bien... si yo os dijese que mi

amistad hácia vos es interesada, algo más que amistad...

—Os preguntaría la razón de no concederme por completo vuestro amor.

—Recordad: yo no os he llamado jamás Aben-Humeya, sino don Fernando.

—No os comprendo.

—Comprendedme, pues; yo no os quisiera ver moro.

—¡Ah! ¡sois vasalla fidelísima del rey de España.

—No, porque no soy española: por el contrario, le aborrezco; porque es el opresor de mi patria, la hermosa Italia: pero si no soy española, soy cristiana, don Fernando.

—¿Y pensais que yo no soy cristiano también, señora?

—Habeis renegado de Jesucristo por llamaros Muley Aben-Humeya (1).

—He renegado con los labios, pero no con el corazón.

—Sin embargo persistís en esa dañosa apariencia.

—Acaso no persista mucho tiempo señora.

—¿Pensais acogeros al perdón del rey de España?

—No he dicho tanto: soy demasiado altivo para humillarme á las plantas de aquel cuyos ministros mataron á mi padre; que dió lugar á la avilantez de los que sin respetar mi linaje, me arrancaron, ó pretendieron arrancarme de la cintura la daga con que en uso de mis privilegios había entrado en su cabildo como regidor perpétuo; he aceptado la corona que me dieron los moriscos para vengarme, y me he vengado ya de todos mis enemigos: quédanme en verdad algunos, pero sus cabezas rodarán muy pronto á mis piés. Entonces no pedi-

(1) Muley, corrupción de Malek, significa rey.

ré yo perdón al rey de España, sino que apretaré de tal modo la guerra, que le obligaré á una avenencia honrosa, le obligaré á que me conceda mis privilegios, mi nobleza, mi rango de infante de Granada, con las tierras y señoríos que fueron de mis abuelos, y cuando esto suceda, declararé ante la iglesia católica, que jamás he sido musulmán, que dentro de mi corazón, y esta es la verdad, he tenido levantado un altar al dios de mis padres, y que si he alentado una sedición de gentes desesperadas, ha sido porque yo estaba desesperado también, porque se cometían conmigo degradantes injusticias.

—Y bien, haced eso cuanto antes, don Fernando: salvaos: salvad si aún es tiempo vuestro honor de caballero: acabad de una vez una guerra inútil, que no puede haceros rey, y que cuanto más dure, más desgraciada hará la condición de los moriscos: aprovechad la primera ocasión de una avenencia; haced proposiciones al rey de España, y poned por primera condición para la paz, el perdón primero, y la tolerancia y el respeto de los tratados para con los moriscos.

—Y bien mirado, señora, ¿qué se os da á vos de que la guerra con el rey de España concluya ó siga? ¿ó es que queréis meterme en una conversación de Estado para que no os hable de mi amor? Eso es imposible, porque teniéndoos delante, solo veo vuestra hermosura que me enloquece.

—Yo no puedo ser vuestra.

—¡Porque soy musulmán ó lo parezco! ¡qué extraño capricho!

—Aunque volviéseis á vuestro antiguo; aunque os reconciliáseis con la iglesia, yo no sería vuestra.

—¡Ah! ¿no querríais ser mi esposa?

—No, porque sois casado.

—¡Casado!

—Sí; con Isabel de Rojas como cristiano; con María de Rojas como moro.

—¿Es decir, que de ningún modo seréis mia?

—No puedo serlo.

—Y si no podéis serlo, ¿á qué habéis venido de tal modo engalanada, de tal modo hermosa, á mi aposento enmedio de la noche, y cuando por las circunstancias en que me encuentro, estoy desesperado y dispuesto á todo?

—He venido, contestó sin alterarse Angiolina, porque sé que antes que todo sois caballero. He venido, porque han llegado á mis oídos, no sé qué rumores de traición contra vos: porque soy vuestra amiga y quiero guardaros el sueño.

—¿Y por qué no guardar mi sueño ente vuestros brazos?

—Por una razón suprema, contestó con dignidad Angiolina.

—¿Y cual es esa snprema razón? dijo Áben-Humeya.

—Esa suprema razón consiste en que amo con toda mi alma á otro hombre, y no quiero, no puedo, no debo ser de otro.

—¡Ah! jamás á otro hombre, y me lo decis á mí, que os adoro?

—Os digo la verdad.

—Pero esa verdad me ofende.

—No debe ofenderos.

—Y me empeña.

—No debe empeñaros.

—¿Sabéis señora, que en el poco tiempo pue llevo de reinar, me he acostumbrado á que nadie resista á mi voluntad?

—Habéis hecho muy mal en acostumbraros á eso, porque á cada paso encontraréis imposibles.

—Pues os juro que vos no seréis un imposible para mí.

—No juréis don Fernando, no juréis, porque os exponéis á jurar en vano.

—¿Os creéis con fuerza para resistirme?

En aquel momento sonó un tiro fuera.

—Yo os amo y soy vuestra, exclamó Angiolina arrojándose entre los brazos de Aben-Humeya, abrazándolo y sujetándolo.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó Aben-Humeya.

—Esto es que cedo al fin á vuestro amor.

—¡Esos golpes, ese ruido de armas! exclamó Aben-Humeya luchando con Angiolina.

—¿Quién piensa ahora más que en mi amor? exclamó con languidez la italiana.

—¡Ah! ¡miserables! exclamó Aben-Humeya: ¡tú estás vendida á los traidores!

Y haciendo un violento estuerzo, logró desasirse de los brazos de Angiolina y puso mano á su puñal y le desnudó.

Pero Angiolina le tenía asido fuertemente del brazo izquierdo, se lo retorció, y le tenía en una posición violenta en que no podía volverse, para herirla Aben-Humeya.

Pero aquella lucha no podía ser larga porque Angiolina era una mujer y sus fuerzas, por más que se violentara, empezaban á faltarle.

Pero afortunadamente para ella, María de Rojas se precipitó en la habitación, seguida de Aben-Aboo, de Harum-el-Geniz, de los tres capitanes turcos, de Farax-Aben-Farax, de Diego Alguacil, de Gironcillo de la Vega, y de una multitud de conjurados.

—¡Ahí tenéis al miserable, al traidor, al asesino, exclamó María de Rojas, señalando á Aben-Humeya que aún luchaba con Angiolina.

Aben-Aboo fué el primero que se arrojó sobre él; tras Aben-Aboo los otros, y Aben-Humeya fué desarmado.

La situación era terrible, pero

Aben-Humeya se puso á la altura de la situación.

Miró tranquilamente en torno suyo, enteramente desvanecida la embriaguez, y dijo con acento sereno:

—Los que me avisaron de vuestra traición no mintieron: hé aquí que sucede lo que yo había previsto que sucedería...

—Tienes razón, dijo con impetu el capitán turco Alí: los que cometen traiciones, deben temer que un día su misma traición se vuelva contra ellos.

—¿Quién se atreve á hablar aquí de traición? dijo Aben-Humeya: pero ya lo veo: os tengo delante cometiendo una traición, y os cuadra bien llamar traidor al que venís á asesinar.

—El asesino debe ser asesinado, gritó María de Rojas; esa es la justicia de Dios.

—¿Por qué hablan las mujeres, antes que los hombres? dijo el turco Carcax, ¿se acostumbra esto en esta tierra?

—Cuando una mujer, dijo sin bajar de su tono solemne y trémulo María de Rojas, ha visto asesinados á su padre, á sus parientes, á sus hermanos; cuando ha sido separada del hombre á quien ama; cuando se ha visto obligada á servir los horribles caprichos del que ha matado á su familia y á su amor, esa mujer tiene derecho de acusar ante Dios y ante los hombres al asesino. El asesino es ese, exclamó señalando con un dedo inflexible á Aben-Humeya, y yo os lo he entregado; pero para que me hagáis justicia.

—Sí, es cierto, dijo con acento ronco Aben-Humeya, María de Rojas tiene derecho á acusarme: yo me he ensangrentado en su familia, familia de miserables traidores, y solo he cometido una falta: la de no ensangrentarme también en ella.

Y soltó una impía carcajada.

Todos callaron dominados por el acento febril, sarcástico, terrible de Aben-Humeya.

—Y bien, ¿no hay nadie que me acuse más? añadió el jóven.

—Sí, gritó Farax-Aben-Farax: yo te acuso de traidor á tu patria y á tu Dios.

—¿Y sabes tú cuál es mi Dios? exclamó con desprecio Aben-Humeya.

Ante esta audacia todos callaron.

—Mi Dios es el Dios de los cristianos, el Dios que confieso delante de vosotros; el Dios cuya fe no ha faltado en el fondo de mi corazón.

—¿Y por qué has ceñido la corona de un pueblo musulmán? exclamó con indignación Harum-el-Geniz.

—A tí solo te contestaré, walí de los walfes, dijo Aben-Humeya, á tí que eres el único que tienes derecho á acusarme; pero si me juzgas á mí ¿por qué no juzgas también á Aben-Aboo?

—Ignoro la causa por qué deba yo acusarte especialmente, y acusar á Aben-Aboo, dijo reposadamente Harum.

—Pues qué, ¿ignoras que Aben-Aboo y yo matamos á tu noble señor el emir de los monfíes?

—Mientes, exclamó Aben-Aboo, que creía que solo Dios, su madre y Aben-Humeya eran los concededores de aquel crimen; mientes, miserable: yo puedo probar que la noche que murió el emir, mi noble tío, yo estaba muy lejos de Yátor, en cuyas inmediaciones pasó aquella muerte.—Mientes, repito; estás perdido y quieres perderme: y si no, presenta una prueba bastante de que yo he tomado parte en la horrible muerte de mi tío y señor.

—Es verdad, faltan sobre la tierra los testigos; unos han muerto, otros están lejos. Algunos que pudieran ha-

blar, callan. Pero Dios lo sabe, Dios arrojará sobre tí la sangre del emir de los monfíes, como la arroja sobre mi cabeza, ¡Dios castigará á los dos parricidas!

—¡Parricidas! sonó como un eco de horror entre los circunstantes.

—¿Qué os extremece? dijo Aben-Humeya: ¿acaso no debíamos llamar nuestro padre, al noble y poderoso emir nuestro pariente?

—Repito que ese hombre, al encontrarse perdido, arroja sobre mi cabeza, para perderme, un crimen en que no he tenido parte.

—Es verdad, tú no le heriste.

—¡Lo oís! al cabo no se atreve á sostener su impostura.

—Pero le sujetaste entre tus brazos para que no pudiese defenderse mientras yo le hería, dijo con una horrible calma Aben-Humeya.

Dominaba un silencio de horror en los circunstantes.

—¡La prueba! ¡la prueba! gritó fuera de sí Aben-Aboo.

—Es inútil, dijo con autoridad Harum-el-Geniz: ni Aben-Aboo, ni Aben-Humeya han cometido ese asesinato.

—¡Ah! ¿te importa acaso ocultar el nombre de los asesinos, walí de los walfes? dijo Aben-Humeya.

—No; pero yo me encontraba aquella noche en la alquería donde moraba mi pobre señor, y sé quien fué el asesino.

—¿Y quién fué? dijo con sarcasmo Aben-Humeya.

—Fué un emisario del rey de España: un bandido italiano llamado Laurenti, que se había introducido entre nosotros.

Al escuchar el nombre de Laurenti, se estremecieron Aben-Humeya, Aben-Aboo y Angiolina.

Harum tenía razón: el verdadero asesino del emir había sido Laurenti,

puesto que él había incitado á los jóvenes á aquel asesinato.

—Fué ese miserable que acabo de nombraros: así me lo reveló bañada en llanto, la sultana Howara, la noble esposa del emir mi señor: la madre de Aben-Aboo.

—¡Oh! ¡mi madre! ¡pobre madre mia! exclamó Aben-Aboo.

—Yo, dijo Harum, juré vengar á mi señor con la muerte de su asesino; un día Laurenti fué encontrado en la montaña por los monfies, con una puñalada profunda en un costado, y con su propia daga clavada en la sien izquierda.

Angiolina tembló y se puso mortalmente pálida.

—Le maté yo como se mata á una perro, añadió Harum, y del mismo modo hubiera muerto á los otros asesinos del emir, si hubiera habido más de uno. Tengo la evidencia, más, la prueba, de que ni Aben-Humeya ni Aben-Aboo, han tenido parte en esa muerte.

—¡Oh! ¡mi madre! mi pobre madre, dijo para sí Aben-Aboo, ha cubierto el delito horrible de su hijo! ¡infeliz madre mia!

—No se trata, pues, de vengar la muerte del emir, dijo con acento conmovido Harum: el emir está vengado. Aben-Humeya trata de perder á Aben-Aboo, acusándole de complicidad en aquel crimen. Afortunadamente estoy yo aquí, y soy un testimonio vivo, al que prestaréis entera fe, caballeros: ¿no es verdad, que no creéis que Aben-Aboo haya cometido tan odioso crimen?

—¡No! ¡no! ¡no! exclamaron todos.

—Puedes engañar con tu autoridad á los hombres, walí de los walíes, ¡pero no puedes engañar á Dios!

—¡Y aun insiste el miserable renegado! exclamó con indignación Harum: pero tu resistencia es inútil: no venimos aquí á castigarte como ase-

sino del emir de los monfies: no: venimos á juzgarte como traidor á tu patria: estás en inteligencia con los cristianos.

—¿No os he dicho que yo soy cristiano? exclamó con insolencia Aben-Humeya.

—¿Qué más queréis oír, caballeros? dijo Farax-Aben-Farax: el miserable confiesa su crimen.

—¿Y por qué no los confiesa todos? exclamó el turco Huscen.

—¿Tenéis también vosotros de qué acusarme? dijo Aben-Humeya.

—¿Conoces esto? dijo Carcax adelantando fuera de sí de furor y mostrando á Aben-Humeya, la carta en que mandaba al alcaide de Mecina de Bombarón, matar alevosamente á los turcos.

Aben-Humeya tomó la carta y la leyó: cuando la hubo leído desapareció la fría calma de su semblante, tembló no de miedo sino de furor, y exclamó arrugando entre sus manos la carta:

—Esta es una infamia horrible. Veo aquí tu mano Aben-Aboo, miserable, que mataste al padre y matas al hermano: tú has comprado á mi secretario, Diego de Arcos, cuya es esta letra, y has fingido esta carta.

—Estamos perdiendo el tiempo, dijo Carcax; este decreído lo negará todo. ¿no es justa su muerte, capitanes y caballeros?

—Sí; sí; debe morir, gritaron todos.

Y como si aquella hubiese sido una señal, el feroz Carcax se arrojó sobre Aben-Humeya.

—¡A mí, esclavos! ¡a mí! ¡ha llegado la hora de la muerte! gritó el turco: ¡a mí, verdugos!

Y sofocaba entre tanto á Aben-Humeya á quien había asido por la garganta.

Dos africanos atezados habian aparecido y avanzaban para Aben-Hume-

ya: uno de ellos llevaba un cordón en la mano.

Los detalles de la muerte de Aben-Humeya son repugnantes; oigamos cómo refiere esta catástrofe don Diego Hurtado de Mendoza, en su guerra de Granada.

«Ahogáronle dos hombres: uno tirando de una parte y otro de otra de la cuerda, que le cruzaron en la garganta; él mismo se dió la vuelta como le hiciese menos mal; concertó la ropa; cubrióse el rostro.»

El mismo historiador refiere en otro lugar:

«Saqueáronle la casa; repartieronse las mujeres, dinero, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los capitanes y soldados, y... eligieron á Aben-Aboo por cabeza en público, según lo habían acordado en secreto.»

La muerte de Aben Humeya fué la señal de dispersión de los que la habían decretado y ejecutado; los turcos se alejaron con su gente; Farax-Aben-Farax, con sus moriscos y con su nuevo rey Aben-Aboo, que se llevó consigo á Angiolina; Diego Algualcil por su parte, se unió de nuevo á María de Rojas, y preveyendo que ninguna buena aventura podía acontecerles en las Alpujarras, pasaron algunos días después á Africa, donde se casaron.

Antes de separarse Harum y Angiolina tuvieron este breve diálogo:

—¿Por qué habéis atestiguado que Aben-Humeya y Aben-Aboo eran inocentes de la muerte del emir?

—Necesito que Aben-Aboo confíe en mí, contestó Harum.

—¿Y por qué no habéis muerto también á Aben-Aboo? dijo Angiolina, ¿acaso no tenéis poder para ello?

—¿Se sabe dónde está la hija de mi señor? repuso Harum.

—¡Ah! teneis razón, exclamó con amargura Angiolina.

—Acordaos señora, la dijo Harum, del estado en que habéis visto al infeliz marqués de la Guardia: acordaos de lo que me habéis prometido: Aben-Aboo os ama: fascinadle; emplead toda vuestra astucia, toda vuestra inteligencia; averiguad el paradero de la sultana, y cuando le hayais averiguado, cuando nos hayamos apoderado de ella, entonces... entonces Aben-Aboo sentirá sobre su cabeza la venganza de los monfies.

—Os juro, os juro ayudaros, exclamó Angiolina; pero ayudadme vos también.

—Os ayudaré, os lo juro, dijo Harum, pero silencio: Aben-Aboo se acerca: salidle al encuentro y empezad á ser un demonio fascinador para él.

Angiolina salió sonriendo al encuentro de Aben-Aboo, y Harum triste, cabizbajo, preocupado, salió de Andarax, llegó á los primeros puestos de los monfies y mandó tocar á recoger.

Cuando todos estuvieron reunidos los llevó á una rambla distante, y puesto en medio de ellos les dijo:

—Nuestra venganza por el noble emir que hemos perdido, se ha cumplido ya. Aben-Humeya ha muerto.

—¿Y Aben-Aboo? ¿y Aben-Aboo? gritaron acá y allá.

—Aben-Aboo no tardará mucho en caer también. Estoy satisfecho de vosotros, hermanos. Nada tenemos que hacer aquí: marchad á vuestros apostaderos y estad dispuestos á la primera señal.

Los monfies se dividieron en grupos y Harum, con una banda de ellos se internó en la montaña.

CAPÍTULO XLVII.

RESEÑA DE LA CONTINUACIÓN DE LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS HASTA SU TERMINACIÓN.

Puesto que ya hemos reseñado el principio de aquella guerra, nos parece oportuno para redondear nuestro libro, acabarla de dar á conocer, aunque sumariamente, á nuestros lectores.

Aben-Aboo, fué coronado según la usanza mora, y proclamado bajo el nombre de Muley Abdalá-Aben-Aboo.

Pero esta jura y coronación fué condicional por tres meses mientras venía la confirmación del título de rey para él, del dey de Argel.

A este efecto envió á Africa Aben-Aboo á un morisco tintorero de Granada, llamado Ben-Daud, con dinero y presentes para captarse la voluntad del dey.

En poco tiempo envió Ben-Daud la aprobación de Aluch-Ali, pero, previendo los resultados de la guerra, el buen emisario, obrando prudentemente, se quedó por allá.

Recibida la aprobación del dey, se procedió formalmente á la coronación poniéndole en la mano derecha una espada desnuda, y en la izquierda un estandarte, corona de oro en la cabeza y manto de púrpura sobre los hombros, y en esto lo levantaron en alto por tres veces delante del pueblo y otras tantas gritaron: «¡Dios ensalce al rey de la Andalucía y de Granada, Abdalá Aben-Aboo!»

Reconociéronle por su señor todos los pueblos sublevados de las Alpujarras, y todos los capitanes de moriscos, excepto Aben-Mequenum y Giron el Archidoni.

Nombró wali de los walis ó capi-

tán general, á Gerónimo-el-Malek, y nombró de su consejo, para tenerlos propicios, á los capitanes turcos Carcax y Dalhy.

Otro capitán turco, el Carivaxi, pasó á Africa por gente para reforzar el ejército morisco; y Huscen fué enviado con el mismo objeto de obtener gente y armas, con un presente de cautivos, al dey de Argel.

Creó una guardia de cuatro mil arcabuceros, parte de los cuales debían estar constantemente junto á su persona, y parte rodeando su casa en línea avanzada, y el lugar en que residiese, y vigilar á los que llegasen.

El miedo había empezado á roer el corazón de Aben-Aboo, hasta el punto de no creerse seguro sino rodeado de un pequeño ejército, escogido entre las taifas de los capitanes que creía más leales.

Uno de estos capitanes era Harum el Geniz, y la mayor parte de sus arcabuceros monfies.

De modo que Aben-Aboo, sin saberlo, estaba en medio de sus enemigos y se creía asegurado por ellos.

El primer hecho de Aben-Aboo después de su proclamación, fué proveer á Castil de Ferro de armas, artillería y municiones, y á seguida sitió la villa de Orgiva, á cuyo socorro envió don Juan de Austria al duque de Sesa.

Aben-Aboo entonces dividió en dos partes su gente, dejó la una continuando el cerco de Orgiva, y con la otra parte dió sobre las gentes del duque de Sesa, en un lugar que se llamaba entonces Calat-el-Hhajara, (Castillo de la Peña) y hoy Acequia de las Tres Peñas, y después de muchas escaramuzas, las venció matando algunos capitanes y como hasta cuatrocientos soldados, y obligando al duque á ampararse de la noche para recoger su gente y retirarse.

Por otra parte, el capitán Fran-

cisco de Medina, abandonó la villa de Orgiva á causa de faltarle municiones y víveres, y ensoberbecido con estos triunfos Aben-Aboo, bajó por Güejar y el Puntal de la Vega, robó ganados, saqueó é incendió la villa de Medina y llegó con su ejército compuesto de monfíes, turcos y moriscos hasta media legua de Granada.

El duque de Sesa por desagravio, cargó sobre las Albuñuelas, las quemó, quemó asimismo á Restábal, Belegí, Dúdar y otros lugares, y tornó á Granada, donde don Juan de Austria se encontraba reformando la infantería.

Era ya el mes de noviembre, y el invierno se presentaba recio.

Por aquel tiempo se alzó la villa de Galera á una legua de Huescar, en tierras de Baza, lugar fuertísimo en el paso de Cartagena al reino de Granada, y no distante del de Valencia.

Defendían á Galera por orden de Aben-Aboo, cien arcabuceros turcos y berberiscos, á las órdenes del Malek, alcaide de aquel distrito: levantóse asimismo Orce, y todos los lugares del río de Almanzora (de la Victoria).

Crecía la insolencia de los rebeldes: Aben-Aboo mostraba ser más diestro, más inteligente, más activo y más afortunado que lo fué Aben-Humeya; llegó hasta el punto de ponerse sobre la Silla del Moro, por la parte de los montes al Sur, amenazando la Alhambra y el barrio del Realejo, aunque de allí no pasaron ni hicieron demostración alguna, y llegando solo de noche, y retirándose de día.

Crecía el desasosiego de la ciudad, dábanse guardias y rondas en la puerta de los Molinos, en la de la Antequeruela, en el cerro de los Mártires; se enviaban descubiertas á los lugares de Pinillos y Cenes, cercanos á Güejar, donde tenía su campo Aben-Aboo, y todos los dias se tenían noti-

cias de personas y de recuas cogidas por los moriscos á las mismas puertas de la ciudad.

Entre tanto el marqués de los Vélez, sitiaba á Galera con poca artillería, con poca gente y por lo tanto con poco provecho.

Escribió don Juan de Austria á Felipe II quejándose de que le hiciese estar ocioso en Granada cuando esta se encontraba amenazada de cerca por el campo que tenía Aben-Aboo puesto en Güejar, y por otra parte por la resistencia de Galera, que podía dar causa á que la rebelión se extendiera al reino de Valencia; en vista de estas quejas, el rey mandó formar dos campos; uno á cargo de don Juan, que asistido por el marqués de los Vélez, el comendador mayor de Castilla y don Luis Quijada, hiciese la guerra en el río Almanzora; y otro bajó el mando del duque de Sesa que debía quedar en las Alpujarras.

Don Juan de Austria marchó bien provisto y pertrechado contra Güejar á 23 de Diciembre de 1569, con nueve mil hombres de infantería, seiscientos caballos y ocho piezas de campo. Por la parte alta, esto es, por el más encumbrado de los dos caminos que hay de Granada á Güejar, fué el mismo don Juan con cinco mil infantes y cuatrocientos caballos; don Luis Quijada iba en la vanguardia con dos mil infantes; don García Manrique con el resto de la caballería, y en la retaguardia, con el estandarte real, el resto de la infantería, la artillería y las municiones, Pedro López de Mendoza y don Francisco de Solís.

Pero cuando llegó la expedición á Güejar hallaron que los moriscos habían abandonado el pueblo, retirándose á las Alpujarras. Solo se encontraron en la trinchera diez ó doce viejos que fueron degollados, ni se vió de los enemigos más que algunas

mujeres y niños, y bagajes cargados, que subían por la sierra resguardados por arcabuceros y ballesteros como en número de ciento, que disparaban, retirándose de breña en breña, estorbando que se les diese alcance. Hubo algunas muertes de una y otra parte; tomáronse cautivos á los enemigos cuarenta personas entre hombres y mujeres, matándole otros tantos; de los cristianos murieron cuarenta soldados y el capitán Quijada, á quien, siguiendo el alcance dió una pedrada una morisca: entróse al lugar á saco y degüello, y don Juan, reposando poco en victoria tan fácil, se preparó á otra más aventurada, marchando sobre Galera.

Corrido había por toda España la fama de fortaleza de aquella villa, la dificultad de entrarla y lo bien proveida de defensa que se encontraba, y multitud de caballeros de todo el reino, partieron para aquella empresa, no sin disgusto del rey que comprendía claro que era más de estorbo que de provecho tanta gente allegadiza: enviaron las ciudades nuevas gentes de á pie y de á caballo, y población hubo en que cada cinco vecinos pagaron un soldado que fuera contra Galera.

Esto significaba harto claro, que, cuando tales sacrificios se hacían, se daba gran importancia, se juzgaba como de gran consideración la guerra de las Alpujarras.

Acudieron más de ciento y veinte banderas con capitanes naturales de los mismos pueblos, y organizada toda esta gente, partió la mitad con el duque de Sesá para las Alpujarras, y la otra mitad con don Juan de Austria contra Galera.

Indignado Aben-Aboo con el desgraciado suceso de Güejar, quiso dar alguna muestra de sí mismo, y embistió, aunque inútilmente, de noche, á Almuñécar y Salobreña; y viendo

el poco efecto de sus esfuerzos y la decisión con que era acometido, envió de nuevo emisarios á Argel á pedir socorro.

Entre tanto el marqués de los Velez, perdiendo más que ganando, continuaba su simulacro desitio sobre Galera, viéndose con frecuencia obligado á retirarse, y volviendo más por honra que por certeza de mejores resultados.

En este lugar nos presenta la historia un diálogo notable que hemos de mostrar, aunque no sea más que porque da á conocer de lleno, el carácter del marqués de los Velez.

Habiendo salido este á recibir á don Juan de Austria, el jóven príncipe abrazó al viejo soldado y le dijo:

—Marqués ilustre: vuestra fama con mucha razón os engrandece, y atribuyo á buena suerte, haberse ofrecido ocasión de conoceros. Estad cierto que mi autoridad no acertará la vuestra, pues quiero que os entretengáis conmigo, y que seáis obedecido de toda mi gente, haciéndolo yo mismo como hijo vuestro, acatando vuestro valor y canas, y amparándome en todas ocasiones en vuestros consejos.

A cuyas benévolas palabras contestó el marqués con las siguientes aunque mesuradas, extrañas:

—Yo soy el que más ha deseado conocer de mi rey un tal hermano, y quien más ganara de ser soldado de tan alto príncipe; mas si respondo á lo que siempre profesé, irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra.

Por lo que se ve, en 1570 á cuyos principios sucedía esta conversación, los nobles castellanos aún no habían perdido los humos de la edad media; aún se hombreaban con los reyes.

El marqués de los Velez lo hizo como lo dijo: dejó la guerra y se mar-

chó mohino á su casa donde nadie podía disputarle la primacía.

Entre tanto y mientras el duque de Sesa acometiendo la empresa de las Alpujarras, marchaba sobre Or-giva, don Juan de Austria se encaminaba sobre Galera, resuelto ya definitivamente el sitio.

—Empezaron las operaciones por la alcazaba alta: se la había minado y al volar la mina cayó un lienzo de muralla con algunos moros que le defendían; alborotáronse algunos soldados y sin orden para ello, embistieron por entre el humo y el polvo, y fueron tan rudamente rechazados por los enemigos y tal la confusión y el desorden, que el mismo don Juan arremetió en persona y tan de veras, que recibió un balazo en el peto, que aunque no le causó daño, cansó sí una gran impresión en cuantos de ello tuvieron noticia, especialmente en su ayo Luis de Quijada, que no se separaba un momento de su persona, que le amaba como un padre y que jamás olvidaba, ni aun cuando por don Juan ponía en peligro su vida, el encarecimiento con que le había encomendado la guarda de su hijo el gran emperador don Carlos.

Con gran trabajo pudo don Juan recoger la gente, que, no escarmentada por el mal suceso, pidió al otro día que se la llevase al asalto; pero don Juan viendo lo dañoso que aquel asalto sería, mandó hacer dos minas más y cuando estas volaron, empezó á jugar la artillería y se renovó el asalto, si bien con más orden, no menos sangriento, y después de horribles estragos se entró el castillo, y al fin fué tomada Galera.

Don Juan fué rigorosísimo con ella; ya fuese por lo que había costado, ya por poner miedo á los otros pueblos levantados. Entróla á cuchillo, arrasóla, áróla y la mandó sembrar de sal, como se acostumbraba en aque-

llos tiempos con las casas de los traidores.

Solo quedó la peña, coronada de escambros humeantes, y la terrible tradición de las desdichas de Maleh y de su amante Maleka; de la cual hizo Calderón su drama, el *Tuzani de las Alpujarras*.

En efecto, la toma de Galera, lugar fuertísimo y en el que tenían gran confianza, aterró á los moriscos: Aben-Aboo desalentado no pudo arrojar al duque de Sesa de las Alpujarras y éste, sin que los moros osaran á otra cosa que á escaramucear con su gente, llegó á Güejar y de allí pasó á Válór, donde se alojó.

Don Juan, excitado por el duque de Sesa, se volvió sobre las Alpujarras pretendiendo coger á Aben-Aboo, entre su gente y la del duque, y llegó á vista de Serón, donde algunos soldados desbandados, se arrojaron á combatir, sin que nadie pudiera impedirlo, á los moros que encontraron puestos en defensa. Incitados por el ejemplo de estos pocos, fueron uniéndoseles más, hasta que al fin, contra la voluntad de don Juan, toda la gente de su hueste se movió contra la villa: y aunque vinieron en socorro de Serón los moros de Tijola, la villa fué entrada al primer embate, saqueada y pasados los que se encontraron dentro á cuchillo; pero esta victoria costó muy cara, tanto por el gran número de cristianos que perecieron en el asalto, como porque, herido malamente de un balazo, murió entre los brazos de don Juan, su ayo Luis de Quijada.

Aben-Aboo, viendo que los cristianos se le habían metido en el corazón de las Alpujarras, repartió su campo y la gente vecinal que llevaba consigo; puso gente en el camino de Granada para evitar que llegasen provisiones al duque de Sesa, y parte á la falda de la Sierra Nevada y al Punta

de la Vega para que amenazasen á Granada: quedando él contra el duque, estorbándole los mantenimientos con los cuatro mil arcabuceros de su guardia, y los soldados del duque se vieron obligados á mantenerse con fruta seca, pescado y aceite, que recibían por las marinas, de Málaga.

Llegó el mes de abril: los moriscos si encontraban alguna ventaja en las escaramuzas ligeras, en las sorpresas de convoyes, ó de soldados que pasaban desprevenidos por la montaña, no había lance algo formal en que no fuesen deshechos y rotos.

Cundía el desaliento.

Don Juan, venida la buena estación apretaba sin descanso y procuraba por medio de tratos, la sumisión de los moros y la ida á Africa de los turcos.

Hablábase de condiciones pedidas por Aben-Aboo, aunque exorbitantes, y la guerra seguía, aunque embarazada por estos tratos y empeños de avenencia.

Castil de Ferro fué abandonado y ocupado por el marqués de la Fávara y por don Juan de Mendoza: solo se encontraron dentro veinte hombres, entre moriscos viejos, turcos y berberiscos, y diez y siete mujeres, en ocasión que estaban para embarcarse; alguna sidra, veinte quintales de bizcochos y la artillería que estaba en el castillo, mala y poca.

Seguíanse entretanto tratos de reducción con Fernando el Habaquí y Felipe II, que se había acercado á Sevilla y luego á Córdoba; para poder proveer con más oportunidad á la guerra, pasado el peligro y estando apagado casi el incendio, se tornó á Madrid, remitiendo para allí la conclusión de las Cortes que poco antes había convocado.

El mayor peligro quedaba en la Serranía de Ronda: partió para ella de órden de don Juan de Austria, el 20

de mayo, don Antonio de Luna, con cuatro mil quinientos infantes y cien caballos que sacó de Ronda; en la primera salida fué rechazado y obligado á volverse á la ciudad: los moriscos de la Serranía, aconsejados por los que habían ido á ellos huidos de las Alpujarras, se concentraron en Sierra Bermeja, y en la del Iztan: tomaron el mar á las espaldas para facilitar los socorros de Berbería, y bajaban hasta las puertas de Ronda, causaban continuas alarmas, robaban los ganados y cautivaban y mataban á los labradores cristianos, no como salteadores, sino como enemigos.

Esto empezó á acontecer cuando Felipe II estaba todavía en Sevilla, y acudió de improviso al remedio, y envió á la Serranía á los duques de Arcos y de Medina Sidonia.

El de Arcos, que tenía mucha parte de sus estados en la Serranía de Ronda, pretendió reducir á los moriscos; pero estos estaban irritados; más que irritados, desesperados, y fué necesario recurrir á la fuerza y acometerlos en Sierra Bermeja, en el mismo lugar donde años antes murió á manos del Ferih de Benastepar, don Alonso de Aguilar, uno de los más esclarecidos parientes del Gran Capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Encontraron allí, según refiere Mendoza, «Calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, esparcidos, según, como y donde había parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces: vieron más adelante, el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecían pocas y bajas y aporilladas; iban los prácticos de la tierra señalando donde habían caído oficiales, capitanes y gente particular: referían dónde y cómo se salvaron los que quedaron vivos y entre ellos el corde de Ureña y don Pedro de Aguilar, hijo mayor de don Alonso de Aguilar: en qué lugar y dónde

se retrajo don Alonso y se defendía entre dos peñas; la herida que el Ferih, cabeza de los moros, le dió primero en la cabeza y después en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: «Yo soy don Alonso de Aguilar; las que el Ferih le respondió cuando le hería: «Tú eres don Alonso, mas yo soy el Ferih de Benastepar, y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió don Alonso, como las que recibió.... Mandó el general hacer memoria por los muertos y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó por extraños y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.»

Ocupó el duque de Arcos el antiguo fuerte reparándole. Vino en este tiempo resolución del rey don Felipe, que concedía perdón á los moriscos: empezaron á presentarse algunos; pero sin armas y alegando que los que quedaban alzados no se las dejaban traer.

Pero de improvisto, un morisco que había escapado de la Inquisición y que por temor al castigo no quería reducirse, empezó á excitarles de nuevo, á decirles que se les engañaba, que cuando se hubiesen entregado serían muertos, ó sentenciados por toda su vida á galeras, esclavas sus mujeres, vendidos sus hijos.

Tanto dijo y tanto alborotó, que los de Sierra Bermeja se levantaron de nuevo con más furia que antes: mataron á los moriscos que trataban en el avenimiento é impidieron por el terror que se sometiesen los que querían hacerlo.

Redújolos al fin, pero con varias alternativas, con mucha sangre y terribles catástrofes: los restos dispersos de los moriscos se acogían á las breñas, descalzos, hambrientos, miserables; las Alpujarras, el marquesa-

do del Zenete, el río de Almanzora, y la Serranía de Ronda, estaban ocupados por el ejército vencedor y don Juan de Austria escribía á su hermano el rey don Felipe «que la salida de los moros de todo el reino sería el postrero día de octubre.»

Quedaban, sin embargo, acá y allá llamadas del incendio: los labradores cristianos que habían vuelto á sus haciendas, no se atrevían á labrarlas; los caminantes eran robados y muertos, y todos los lugares enteramente de moriscos que no habían dejado las Alpujarras, eran una amenaza muda.

Aben-Aboo andaba de cerro en cerro, con un puñado de parciales llamándose todavía rey.

¿Y qué habían hecho entre tanto los monfies?

Cesar los primeros en el combate, abandonar los lugares que se les confiaban, ser traidores á los moriscos.

Y Harum-el-Geniz era quien acompañaba siempre á Aben-Aboo.

¿Por qué hacían traición los monfies á sus hermanos?

Porque necesitaban vengar la muerte de su emir.

Porque no habían muerto á Aben-Aboo, como habían muerto á Aben-Hameya.

Porque ignoraban donde tenia escondida á la sultana Amina, Aben-Aboo.

La guerra había acabado, Aben-Aboo andaba fugitivo, y sin embargo, ni Angiolina Visconti, ni Harum, que acompañaba siempre á Aben-Aboo, habían logrado descubrir el paradero de la sultana.

CAPÍTULO XLVIII.

EN QUE SE SABE ENTRE OTRAS MUCHAS COSAS IMPORTANTES, DE QUÉ MUERTE MURIÓ ABEN-ABOO.

El castillo de Bérchul, era, que hoy no es, un punto importante, situado en medio de las Alpujarras. Rodeado de ágrías cuevas, asentado como un nido de águilas sobre una roca, sin más acceso que un tortuoso sendero, abierto á pico en una Peña, podía casi llamarse inexpugnable.

A su pié ramblas profundas, montañas, colinas, formaban un verdadero laberinto, extremadamente selvático y bravío, y á lo lejos, ya sobre una cresta, ya en la vertiente de un valle, se veía algún lugarejo, algún caserío, alguna choza.

Al pié del castillo estaban sobre un barranco sumamente agreste unas profundas cuevas que se llamaban de los Bérchules, y donde, como en un último refugio, se habían concentrado los restos dispersos de los moriscos fugitivos y vencidos.

Allí, hambrienta, desnuda, miserable, aterrada, aquella multitud infeliz, viejos sin hijos, huérfanos sin padres, esposas sin esposo, cuantas miserias humanas pueden concebirse, se agrupaban cubiertas de harapos, estremecidas de miedo, con los ojos fijos siempre en las distantes avenidas, temiendo ver asomar por ellas las banderas de los crueles y sanguinarios soldados del rey don Felipe II.

Pero entre estas gentes no había un solo monfí, á excepción del wali de los walfes Harum, que no se apartaba sino por breves espacios de Aben Aboo.

Parecía que á los demás monfies los había tragado la tierra.

Fuese porque reposasen en el triun-

fo, fuese porque creyesen inútil una persecución de gente miserable y desbandada, ni en los alrededores del castillo de Bérchul, ni en los lugares que desde su altura se divisaban, aparecía un solo cristiano.

Pero también es cierto que estaba tan devastada aquella demarcación, tan cortados los caminos que á ella conducían, por los soldados del rey de España, que los pobres moriscos acorralados en aquellas breñas no encontraban para sustentarse más que raíces de árboles, yerbas y reptiles.

De tiempo en tiempo Harum-el-Geniz solía aparecer entre aquellos desgraciados, como una providencia de Dios, con algunos mulos cargados de maíz, de trigo ó de legumbres, que aquellos infelices devoraban en pocos instantes.

Siempre que Harum llevaba uno de estos ineficaces consuelos, les decía:

—Amigos, esto ha costado sangre humana.

—Y Dios te bendiga, wali, exclamaban los míseros: Dios acoja en su misericordia á los que han derramado sangre por nosotros.

Harum al escuchar estas palabras se volvía de espaldas para ocultar sus lágrimas y murmuraba:

—¡Estaba escrito! ¡oh! ¡si esos miserables no hubieran asesinado al emir!

Entre tanto Aben-Aboo, encerrado en el castillo de Bérchul, acompañado únicamente de Angiolina, de algunos escopeteros, de Harum y de su antiguo esclavo africano Alí, recelaba de todo, atalayaba por sí mismo los caminos, temiendo ser sorprendido, y velaba de noche por los adarves como un alma en pena.

Había enviado á algunos de sus parientes á Africa en demanda de nuevos socorros, los esperaba con esa tenacidad con que confían en su fortuna los ambiciosos y esperanzado en estos

socorros se negaba de todo punto á someterse al perdón prometido por el rey á los moriscos que depusieran las armas.

Rey en sueños hacíasele duro el despertar: sus remordimientos, entre tanto, le obligaban á buscar el olvido en la embriaguez.

Porque los remordimientos se habían dejado oír al fin en aquella alma que todo lo había arrojado por la ambición. Mientras se encontró entre el ruido de las armas, en medio de sus gentes, que seguían al combate su bandera y se batían con fe y con entusiasmo, la continua actividad, el interés siempre vivo de nuevas empresas, el ánsia del mando supremo asegurado por la victoria, le habían distraído, mejor dicho: le habían embriagado hasta el punto de que nada veía más que el dosel rojo de un trono levantado en la cámara de Embajadores de la Alhambra; pero cuando en el solitario y silencioso castillo de Bérchul, se encontró una noche y otra, velando receloso por sí mismo, bajo un firmamento opaco, reflejando en sus pupilas escandecidas por la fiebre la misteriosa luz de las estrellas, solo consigo mismo en presencia de la inmensidad muda, bajo la mirada de Dios, un frío de terror empezó á circular por sus huesos: muy pronto sus ojos de loco no vieron ya un firmamento sombrío; vieron más que eso: millares de fantasmas que se agitaban, que hervían en aquel firmamento y que arrojaban una lluvia de sangre sobre su cabeza: estremecióle el zumbido del viento entre las almenas, creyendo escuchar en él quejas humanas, alaridos de rabia, gritos de agonía, imprecaciones, amenazas. Parecíale oír en un eco muy lejano, entre el silencio, la voz del emir de los monfíes, que exclamaba:

—¡Parricida! ¡maldito seas!

Otra, la de Aben-Humeya, que ru-

gía:

—¡Ay de tí, fratricida!

Otra, la de su madre que exclamaba:

—¡Menguada fué la hora en que te concebí!

Otra, en fin, la de Amina, que llorando le decía:

—¡Qué has hecho de mi padre, asesino! ¡qué has hecho de mi esposo y de mi hija!

Y cuando huyendo de estas voces se precipitaba por las escaleras de los adarves, y se perdía en la profunda penumbra de los muros, parecíale ver deslizarse delante de él como pretendiendo precederle, llevarle á un lugar de juicio supremo, los espectros de su padre, de su hermano y del marqués de la Guardia (porque Aben-Aboo creía que el marqués de la Guardia había muerto), envueltos en sudarios rojos.

Entonces, erizados los cabellos de espanto, pálido, trémulo, cubierto de un sudor frío, penetraba en la cámara, donde sufriendo un largo, doloroso é inútil martirio, dormitaba Angiolina y exclamaba:

—¡Vino! ¡adorada de mi alma! ¡dame vino! ¡necesito embriagarme, dormir entre tus brazos, olvidar! ¡No oyes que quiero olvidar, ó tú también me haces traición?

Y entonces Angiolina, grave, lenta, silenciosa, se levantaba, llenaba de vino un cáliz que servía de copa á Aben-Aboo y se le servía.

Aben-Aboo apuraba el vino de un trago, y pedía más, más, porque su miedo no desaparecía sino con la embriaguez, y se arrojaba entre los brazos de Angiolina, que cumplía heroicamente su palabra empeñada á Harum-el-Geniz, de procurar saber, á costa del último de los sacrificios que podían exigírsela, el paradero de Amina.

En vano había apurado cuantos re-

cursos encontró su astucia: en vano había tendido hábiles lazos á Aben-Aboo: nada había podido descubrir: ó Aben-Aboo ignoraba lo que había sido de Amina, ó el recelo le hacía ser prudente áun en sus momentos de embriaguez.

Al fin Angiolina se vió obligada á guardar silencio acerca de Amina á consecuencia del siguiente diálogo que tuvo con Aben-Aboo.

—¿Qué te importa, le dijo, lo que haya sido de esa mujer?

—Tengo un gran interés, dijo con acento profundo Angiolina.

—¡Un gran interés! repuso Aben-Aboo, lanzando sobre la veneciana una mirada friamente investigadora: ¡Ah! ¡sí, es verdad! tú amabas al marqués de la Guardia, y acaso le amas aún, á pesar de que sabes por mi boca que ha muerto..... y de una manera singular: como que le ha matado la misma tierra que le sirve de sepultura.

¿Y qué me importa el marqués de la Guardia? repuso Angiolina: ¿acaso no tuve bastantes razones para olvidarle, para despreciarle? ¿puede amar una mujer como yo á un hombre que la pospone á otra? No, la sultana Amina me interesa, no por el marqués á quien Dios perdona, como yo le he perdonado, sino por tí.

¿Por mí?

—Si ciertamente: ¿no te amo yo?

—Escucha, Angiolina, dijo profundamente Aben-Aboo: soy jóven: criado en la montaña, pensando siempre en la corona que estoy á punto de perder ó ganar decisivamente, las mujeres no habian hablado á mi corazón. Pero te ví, y no sé qué destino incomprendible, poderoso, arrastró mi alma y la impulsó á unirse á la tuya. Te tuve á mi lado, al lado de mi madre en Cádiar: creí tus palabras de amor, y cuando por una imprevisión mía fuiste á dar en manos de Aben-

Humeya, sentí lo que nunca había sentido por una mujer: la rabia de los celos: tú acaso fuiste una de las causas más poderosas de la muerte de Aben-Humeya.

—Pero tú sabes que Aben-Humeya me amó en vano...

—He querido creerte, porque necesitaba creerte; pero cuando me abriste tus brazos por primera vez, cuando los rodeaste á mi cuello, sabes lo que sentí...

—Tú te llamabas en aquellos momentos el más dichoso de todos los hombres.

—Y lo era, en efecto, porque tu hermosura me enloquece, porque tu mirada conmueve mi alma, como no la han conmovido jamás las incertidumbres de mi triunfo y los azares de la guerra. ¿Pero sabes lo que sentía yo en el fondo de mi razón, como esclareciéndola, como pretendiendo dominar mi delirio? pues bien, escuchaba una voz que me decía:—«Los brazos de esa mujer no son los dulces lazos del amor que ansias, son una serpiente que pretende ahogarte.» Y cuando este recuerdo, cuando este recelo me asalta en medio de tus caricias; cuando pretendes averiguar el paradero de la sultana Amina, un pensamiento terrible pasa por mi cabeza.

—¿Y qué pensamiento es ese que te inspira tu delirio?

—El de ahogarte antes de que me ahogues tú.

Sonrió lánguidamente Angiolina y repuso:

—Ni yo te ahogaré, porque te amo, ni el amor que sientes por mí te permitiría ahogarme. ¡Oh! ¡no! tus recelos pueden menos que tu amor. Tú, si pones la bandera del Profeta sobre las alcazabas de Granada, me llamarás tu sultana, tu adorada sultana.

—Pero esa tenacidad en nombrarme á Amina...

—¡Tengo celos!

—¡Celos!

—Ella es una sultana poderosa.

Sonrió sesgadamente Aben-Aboo.

—¿Y dónde están los monfíes? ¿qué se han hecho esos valientes? pregunta á Harum-el-Geniz, el walf de los walfes de esos moros y él te contestará:—«Han sido vencidos, dispersados: los unos se han acogido á la clemencia del rey de España, los otros han pasado á Africa y los que quedan aquí vagan sueltos por la montaña sin obedecer á capitán alguno.» ¡La poderosa sultana! ¿Dónde está su alcázar tan maravilloso de que nos hablan? ¿el paraíso escondido del emir de los monfíes? Sueño, sueño todo, como la hermosa sultana Amina; como la misteriosa dama blanca de la montaña.

—¡Sueño! ¿pretenderás hacerme creer que la hija del emir, la sultana Amina, ó doña Esperanza, la orgullosa duquesa de la Jarilla, ha sido un sueño?

—Como un sueño ha pasado, reposo Aben-Aboo.

—¡Que ha pasado!

—Sí; ha muerto: ha muerto de hambre....

—¡De hambre!

—Sí; yo.... por recelo de que los monfíes me vendiesen... porque yo siempre he desconfiado de ellos, pretendí tener en rehenes á la sultana Amina, y la guardé en una cueva.... no importa dónde. Yo mismo iba á llevarla la comida, las ropas.... pero los cristianos me arrojaron de repente del lugar donde se encontraba encerrada la sultana.... yo en verdad nunca había pensado en matarla; pero pasaron muchos días antes de que yo volviera á apoderarme del lugar donde había quedado abandonada; cuando fui en su busca la encontré muerta.

—¡Muerta!

—Sí; muerta de hambre.

Angiolina calló dominada por el horror. La había revelado Aben-Aboo de una manera tan segura la muerte de Amina, que no se atrevió á dudar de ella.

—Lléname otra vez la copa, dijo Aben-Aboo.

Angiolina le sirvió la copa de nuevo.

—Cuando vengan los refuerzos de Africa, dijo Aben-Aboo, que empezaba á embriagarse, será distinto, amada mía: no estaremos en este triste castillo, cercados, atajados los caminos por los cristianos, ni nos veremos obligados á pasar la noche en vela. Dame más vino: necesito embriagarme para tener paciencia.

Angiolina presentó otra vez la copa á Aben-Aboo. Este acabó de embriagarse completamente, cayendo en un estado en que nunca le había visto Angiolina.

—¡Oh! dijo esta: duerme, y duerme de una manera profunda: yo no estoy segura de las intenciones de este hombre. Creo que obra con doblez respecto á mí y á Harum-el-Geniz. Acaso, acaso, sería prudente deshacernos de él. Pero si esa mujer que me propuse devolver al marqués de la Guardia no hubiese muerto... si muerto Aben-Aboo, no pudiese descubrirse el lugar donde la tiene oculta. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡iluminadme!

Angiolina se sentó en el diván donde dormía Aben-Aboo, y apoyó su cabeza pensativa en sus manos.

—Todas las noches, dijo Angiolina recordando, Aben-Aboo sale de sus habitaciones por una pequeña puerta de hierro, que está al fin de una galería. Luego cierra, y cuando vuelve, torna á cerrar y guarda cuidadosamente la llave entre sus ropas: si yo me atreviese...

Angiolina se inclinó sobre Aben-Aboo y contempló su semblante con

una atención profunda: Aben-Aboo dormía intensamente; le movió y no despertó: entonces cerró la puerta de la cámara, para evitar ser vista, se acercó rápidamente á Aben-Aboo, palpó sus ropas, y encontró bajo de ellas una llave y una cartera.

Guardó la llave y se acercó á la luz y abrió temblando de impaciencia la cartera.

Encontró dentro algunas cartas que la desesperaron porque estaban escritas en árabe; pero entre ellas encontró una sola que estaba escrita en castellano.

Angiolina dió un grito de alegría. Al pié de aquella carta se leía como firma: Esperanza de Cárdenas.

—¡Es de ella! exclamó: pero esta carta no es una prueba de que vive: esta carta puede haber sido escrita hace mucho tiempo: veamos.

Y leyó lo siguiente:

«Al ver la manera con que obráis conmigo, vos mi pariente, vos que tanto debeis á mi padre, no sé lo que pensar de vos. El estado en que me encuentro es insoportable; lo que me haceis sufrir es tanto que temo volverme loca. ¿Temeis acaso que mi esposo pueda haceros sombra protegido por mi padre? Os engañais. Ni mi esposo ni yo renegaremos de Dios. Os lo he dicho una y otra vez. Os lo dije cuando hace tres dias me visteis. ¿Por qué no habeis vuelto? vuestro esclavo, me ha asegurado, y no lo creo, porque no sois miserable, que vos no me restituiréis la libertad sino cuando os revele el lugar donde se encuentra el alcázar subterráneo de mi padre, en el cual creéis encontrar inmensos tesoros. Yo dudo que por tal motivo me tengais sepultada viva, llorando, presa de la incertidumbre más cruel: ignoro la suerte de mi padre, la de mi esposo, la de mi hija. No sé si han muerto ó si viven, pues aunque vos me aseguréis de que na-

da tengo que temer por ellos, no ocreo. Vuestro esclavo me ha dicho que sois el rey de las Alpujarras. ¿Y cómo lo sois si vive Aben-Humeya, si vive mi padre? ¿Y si no viven, cómo han muerto? Desesperada por no veros, he pedido á Ali, que os suplique de mi parte que vengáis á verme, y me ha contestado que estáis ausente: entonces le he pedido que me traiga con qué escribiros, y lo ha hecho y os escribo. Si yo nada tuviese en el mundo, si no fuese por el amor de los míos nada os diría; moriría sin suplicaros: pero el que ama no puede ser altivo. Venid, venid, y oidme: concluyamos de una vez: ya no puedo sufrir más: si no habeis de devolverme á los míos, matadme: al menos descansaré: pero no me hagáis apurar este horroroso martirio. Soy hija, soy esposa, soy madre: vos no me amáis, no tenéis disculpa de vuestra horrible conducta. Volvedme á los míos y nada temáis porque los míos os perdonarán.—De mi tumba á 10 de marzo de 1571.—Esperanza de Cárdenas.»

—¡Ah! exclamó Angiolina, ¡no ha muerto! ¡no! ¡ese miserable me ha engañado! esta carta ha sido escrita hace tres dias: estamos á 13: sí, no hay duda; durante estos tres dias, Ali ha recibido de Aben-Aboo esta llave y ha salido por la puerta de hierro de la galería: después de algún tiempo de ausencia ha devuelto esta llave á Aben-Aboo. Pretender seducir á Ali, es un delirio: sirve á su amo con cuerpo y alma. Pues bien, esta llave está en mi poder. Aprovechemos el tiempo: veamos.

Y Angiolina salió de la cámara, se aventuró por un laberinto de estrechos corredores, llegó al extremo de uno delante de una puerta de hierro, y puso la llave que llevaba en su cerradura.

La puerta se abrió y Angiolina tor-

ándola á c
a lámpara
cámara d
descender
de ojo.

Apenas
puerta, c
hombre
con una
la golpeó

—¡Al
siones q
la cabez
esa mu
nido mi
Angéli
se para
puede
biera

Y J
de su

—

gritó

verb

bria

para

beb

tras

su

so

tie

co

le

p

p

i

e

MONFÍES

los, no o
ha dich
arras. ¿Y
Humeya
riven, có
a por no
os supli
á verme,
s ausen-
me trai-
hecho
iese en
mor de
ría sin
puede
oidme:
puedo
olver-
nenos
apu-
hija,
me
stra
los
níos
de
ár-

ándola á cerrar, alumbrándose con la lámpara que había tomado de la cámara de Aben-Aboo, empezó á descender por una estrecha escalera de ojo.

Apenas había cerrado Angiolina la puerta, cuando por la otra parte un hombre atlético, que se alumbraba con una linterna, llegó á la puerta y la golpeó furioso.

—¡Ah! exclamó: estas malditas visiones que mi señor me ha metido en la cabeza, me han hecho creer que esa mujer era un fantasma, y he tenido miedo, pero no: es ella, es doña Angélica; la he reconocido al volverse para cerrar la puerta. El señor no puede haberla dado esa llave. Me hubiera avisado.

Y Ali partió desalado á la cámara de su señor.

—¡Ah! ¡está borracho! ¡aletargado! gritó con rabia Ali: yo tengo una yerba que sirve para disipar la embriaguez; yerba que me ha servido para que nadie pueda notar que he bebido vino contra la ley: pero mientras voy por ella; mientras esprimo su zumo... ¡Oh! y es preciso... preciso de todo punto.

Ali salió y permaneció fuera algún tiempo.

Cuando tornó traía en la mano una copa: cogió la cabeza de Aben-Aboo, le abrió la boca y derramó en ella parte del líquido que la copa contenía; poco después, y como por un efecto mágico, Aben-Aboo despertó y volvió en sí de una manera completa.

—¡Oh! ¡qué horrible dolor en las sienes! exclamó.

—Os han embriagado señor, y ha sido preciso que yo me valga de unas yerbas para hacerlos volver en vos.

—¿Y quién te ha mandado eso? dijo con enojo Aben-Aboo. ¿Por qué no me has dejado dormir?

—Una sola palabra, señor, dijo Ali: ¿habeis dado á doña Angélica la

llave de la puerta de las cuevas del castillo?

—No, dijo Aben-Aboo: tú estás soñando Ali.

—Doña Angélica ha entrado hace media hora por esa puerta.

—¡Doña Angélica! exclamó Aben-Aboo todo trémulo buscando la llave entre sus ropas. ¡Oh! me ha robado la llave. Esa mujer está celosa de Amina. Esa mujer es terrible: será capaz de matarla y no nos conviene que la sultana muera.

Aben-Aboo se equivocaba, como ven nuestros lectores, respecto á las intenciones de Angiolina.

—Pronto, pronto, exclamó lanzándose á la puerta.

Pero de repente se detuvo: había sonado fuera de los muros una corneta con un toque particular.

Aquel toque se repitió por tres veces.

—Algo terrible sucede: algo que nos importa más que esas dos mujeres: es mi secretario Bernardino Abu-Amer: suceda lo que quiera á la sultana, abre antes á Abu-Amer; sepamos qué noticias nos trae; que estén preparados los escopeteros que nos quedan.

Ali salió desalado.

Poco después entró con un morisco viejo, pero robusto, enérgico, que le dijo alentando apenas:

—Sálvate, señor, sálvate por las minas: ¡te hacen traición!

—¿Y quién me hace traición?

—Harum-el-Geniz.

—¡Oh! ¡imposible!

—Lo sé; lo he visto con mis ojos; lo he escuchado con mis oídos.

—¿Y qué has visto? ¿qué has escuchado?

—Los monfies, todos los monfies sin faltar uno, cercan el castillo de Bérechul.

—¡Ah! ¡los monfies sin faltar uno!

pero si los monfies están vencidos, fugitivos...

—Te engañas, señor; son en tanto número como cuando vivía el emir.

—Tú has soñado, Abu-Amer: cuando vivía el emir tenía un ejército de diez mil monfies.

—¡Pues todos están allí!

—Pero si su número se había reducido á la tercera parte... si apenas podían ayudarme...

—Los monfies te han engañado, te han abandonado, te han hecho traición; han permanecido escondidos en sus guaridas, han huido sin valor delante del cristiano: recuerda, señor: recuerda, créeme y sálvate.

—Pero ¿por dónde han pasado tantos hombres sin que los cristianos los detengan?

—No lo sé: pero ellos son capaces de entrar en un lugar por el aire, si les falta la tierra; ó están en inteligencia con los cristianos...

—Si eso es... solo la sangre fría, solo el valor puede salvarnos...

—Las minas...

—Si los monfies vienen contra mí habrán tomado las salidas.

—Acaso no las conozcan, señor.

—Ellos conocen todos los escondrijos de las Alpujarras.

—Probemos al menos, señor.

—No; el huir no es la mejor prueba; es mejor presentar la frente serena y altiva al peligro... y luego yo no he sido jamás cobarde... prefiero morir como rey, á que me den caza como á un lobo, y me acorralen y me maten villanamente. Allí, mis mejores vestiduras, mi alfanje y mi escopeta... que se preparen mis escopeteros... y mira, añadió mientras allí le vestía: aunque la puerta es fuerte, tú eres más fuerte que ella; rómpela á hachazos; llévatela por las minas.... la noche es oscura; véndala la boca para que no pueda gritar: eres astuto, ágil; procura burlar á los mon-

fies... si lo consigues, toma: y Aben-Aboo escribió apresuradamente una carta: en cualquier parte encontrarás amigos míos; envíala con uno de ellos á Harum-el-Geniz; ve, haz lo que te he dicho.

—¿Y doña Angélica?

—¡Ah! ¡doña Angélica! déjala... no la toques: de seguro ella no ha querido hacerme traición, me ama. Pero vé, vé...

—¿Y por qué no intentar salvaros, señor?

—Es necesario anticipar el golpe por una parte, y por otra el que huye se pierde. Ve Allí, cumple con lo que te he encargado, y tú Abu-Amer, conmigo y con mis escopeteros fuera del castillo: ¿sabes donde está Harum-el-Geniz?

—Sí, en la cueva grande de los Bérchules.

—Pues á la ventura de Dios, dijo Aben-Aboo, y salió de la cámara, y luego del castillo con Abu-Amer y una cuadrilla de veinte escopeteros, que fué toda la gente que pudo reunir.

La noche era densamente oscura y nada se oía; ni aun el vuelo del viento.

Al sentir aquella calma, Aben-Aboo dijo á Abu-Amer:

—Creo que te has equivocado: todo reposa; hemos andado un buen trecho de camino, y á nadie hemos encontrado.

—Mira señor á lo alto del barranco de los Bérchules: ¿nada ves?

—Sí, veo el resplandor de una luz.

—¿Y para qué crees que puedan estar velando en la cueva?

—Adelante, dijo Aben-Aboo.

Y siguieron hácia el barranco, pero apenas habían entrado en él cuando sé escuchó una voz ronca que gritó:

—¿Quién va?

—El rey de Granada, contestó con voz serena Aben-Aboo.

—¡El rey de Granada! gritó la misma voz ronca como avisando á otras gentes.

—¿Y quiénes sois vosotros? dijo Aben-Aboo sin detenerse.

—¡Los monfíes de las Alpujarras! dijo la voz de otro hombre que al frente de algunos adelantaba.

—¿Y quién eres tú que me hablas?

—¡El walí Suleimán!

—Paso al rey, dijo Aben-Aboo, al sentir que le cercaban.

—Perdona señor, pero tenemos orden de llevarte á nuestro walí de los walíes.

—¡Ah! ¿con que Sidy (1) Harum-el-Geniz, se atreve á prenderme? dijo con sarcasmo Aben-Aboo.

—Sidy Harum-el-Geniz, no te prende, te detiene, porque así es preciso para la salud del reino, y nosotros obedecemos á Sidy Harum, porque es walí de nuestros walíes.

Aben-Aboo guardó silencio y siguió hasta el pié de un sendero escarpado que conducía á la cueva grande de los Bérchules; al llegar á aquel punto mandó á los escopeteros que se quedasen abajo, y subió acompañado solo por Suleimán y por Abu-Amer.

Invirtieron un largo espacio en llegar á lo alto porque la senda era áspera, escarpada y larga. Al fin entraron en la cueva, y adelantó un hombre.

Aquel hombre era Harum-el-Geniz.

En medio de la cueva quedaban de pié otros dos hombres, pero notábase que estaban vestidos de castellanos, á pesar de que eran moriscos; el uno era Francisco de Barredo, y el otro Pedro el Zataharí.

No estaban estas personas solas en la cueva, cuya extensión era inmensa; á su fondo se apiñaban ateridos

de frío y de hambre, una multitud de moriscos de todas edades y sexos, y salía de aquel antro un hálito nauseabundo de miseria.

Al entrar Aben-Aboo, salió de entre aquella turba un sordo murmullo.

—¡Héme aquí! ¿qué me quieres, Geniz? exclamó con altivez Aben-Aboo: ¿qué significa lo que acontece? yo soy vuestro rey.

—Muley Abdalah-Aben-Aboo, dijo Harum-el-Geniz; solo quiero que mires á qué punto ha traído tu obstinación á estos infelices que aquí están desesperados, enfermos, miserables, y que consideres que las cosas son llegadas ya á tal extremo, que no ofrecen ya ni aun esperanzas de salvación.

—¿Y qué queréis?

—El presidente de la Chancillería de Granada, don Pedro de Deza y el capitán general, nos dan cartas de seguro, y el perdón de su majestad el rey de España si nos reducidos.

—¿Y quién ha andado en esos tratos? dijo afectando la calma más fría Aben-Aboo.

—Yo, dijo uno de los moriscos que estaban vestidos á la castellana.

—¡Ah! ¿eres tú, Francisco de Barredo? dijo Aben-Aboo: tú en quien tanto confiaba, y tú también, el Zataharí, el grande amigo del único hombre que me queda leal, Abu-Amer.

—Te engañas, dijo Harum-el-Geniz, Abu-Amer te ha traído, pero sabía como nosotros para lo que venías.

—Es verdad, dijo Abu-Amer, con un insolente descaro que estaba en completa contradicción con la afectuosa conducta que hasta entónces había usado respecto á Aben-Aboo.

—¿Con que es decir que estoy abandonado de todos?

—No por cierto, Muley Abdalah, no por cierto, dijo Harum-el-Geniz: solo queremos hacerte partícipe de la

(1) Sidy, significa señor.

merced que nos concede el rey de España.

—¿Y esto dices teniendo en los barrancos, según me han dicho, diez mil monfíes?

—¿Y qué tienen que ver los monfíes con vosotros los moriscos? ¿acaso ellos antes de la guerra no tenían su patria en la montaña? ¿acaso no la tendrán si quieren después?

—¡Oh! ¡sí! ¡los monfíes me habeis hecho traición!

—No por cierto; pero desde que nuestro emir el gran Yaye-ebn-Al-Hamar murió asesinado por dos miserables, juramos vengarle y le hemos vengado: uno de sus asesinos ha muerto; el otro morirá también.

—Justo es que muera el que ha asesinado, dijo dominando su terror Aben-Aboo; pero prescindiendo de esto: ¿creéis que no podemos resistir aún?

—Los moriscos están desalentados, ven el poco fruto que sacan de la guerra y quieren la paz: el presidente de la Chancillería les envía á decir, que se reduzcan al servicio de su magestad el rey de España, que serán perdonados, y que se les dejará vivir libremente en donde quieran; además de esto les ofrece mercedes que están firmadas en este papel.

Harum sacó unos pliegos y los mostró á Aben-Aboo, que no pudo contenerse por más tiempo:

—¿Qué es esto Geniz? exclamó con la voz trémula de cólera; ¿tal traición me tenías guardada? ¡no me hables más, ni te vea yo!

Y fué á tomar la salida de la cueva.

—No, no has de salir, exclamó Harum; te he llamado porque aún quedaba vivo el último de los asesinos del emir.

Aben-Aboo sintió un terror pánico y quiso huir, pero el Zatahari, Abu-Amer y Barredo se asieron á él y le detuvieron.

Entonces Harum le hirió, y al caer le dió un terrible golpe con el mocho de su escopeta.

—¡Ah traidor! dijo expirante Aben-Aboo.

—¡Esta es la justicia de Dios! exclamó Harum; ¡mueres como has matado!

Aben-Aboo hizo un débil esfuerzo pero cayó, y poco después era un cadáver.

—¡Libres sois ya, hermanos míos, dijo Harum! mañana presentaremos á ese traidor al Presidente, y os será otorgado el perdón. Si nuestro emir, nuestro valiente Yaye, no hubiera sido asesinado por esos dos miserables, por Aben-Humeya y Aben-Aboo, no os veríais obligados á acogeros al perdón de los cristianos; pero Dios lo ha querido así. ¡Que se cumpla su voluntad!

Y como viese que algunos moriscos asian del cadáver de Aben-Aboo, y se dirigían al sendero de la cortadura, les dijo:

—¿Para qué queréis sufrir esa carga fatigosa? más pronto llegará abajo si le arrojais por ahí.

Los moriscos arrojaron el cuerpo de Aben-Aboo al barranco, desde una peña alta que estaba á la entrada de la cueva.

Era ya enteramente de día.

La luz del alba reflejaba en la sangre de Aben-Aboo, y espantados de aquella muerte los moriscos que estaban en la cueva, empezaron á salir de ella como espectros.

Harum salió también con Francisco de Barredo, el Zatahari y Abu-Amer; bajó de prisa el sendero, y rodeando por el barranco, salió á una ancha rambla donde había una cuadrilla de monfíes.

—Tocad á recoger, dijo Harum á los trompeteros y atabaleros.

Poco después se oyó, no solo en la rambla, sino en las alturas, una especie de toque de llamada, al cual em-

pezaron á acudir á la rambla taifas enteras, con sus estandartes.

Poco después un pequeño ejército de diez mil hombres, se apiñaba en la rambla.

Harum mandó traer el cuerpo de Aben-Aboo, y ponerlo en una peña alta para que lo vieran todos los monfíes.

—¡Hé ahí al asesino de nuestro emir! gritó Harum.

Una aclamación atronadora salió de las cerradas filas de los monfíes.

—Hé aquí á vuestro emir, gritó Harum descubriendo el rostro de un moro que estaba junto á él: hé aquí el esposo de la sultana Amina.

—¡Viva el emir! gritaron en coro los monfíes.

—¿Pero qué haceis? dijo el marqués de la Guardia; eso no puede ser.

—Consentid por ahora, dijo Harum.

Y volviéndose á los monfíes añadió:

—El esposo de la noble sultana Amina, acepta la corona que le ofrecemos.

—¡Viva el emir! repitieron los monfíes.

—Ahora, dijo Harum, nos resta salvar á la sultana.

Un espontáneo y bravo murmullo de asentimiento respondió á estas palabras.

—¿Pero será cierto que mi esposa está en el castillo de Bérchul?

—Tan cierto, dijo Abu-Amer, como que ha encargado á su esclavo Ali que la lleve á otro lugar, y que os envíe una carta que ha escrito para Sidi Harum. Ya, cuando yo dije á este que la sultana estaba en el castillo de Bérchul no tenía duda; pero ahora no puedo tenerla, porque he visto y he oído.

En aquel momento un hombre apareció por uno de los flancos de los

monfíes, y por el otro lado una mujer.

El hombre era morisco, y la mujer Angiolina Visconti.

—¿Quién de vosotros es Sidi Harum-el-Geniz? dijo aquel hombre que traía una carta en la mano, mientras Angiolina gritaba:

—Venid, Harum, venid, que se llevan á la sultana: venid, marqués de la Guardia, venid, que os roban á vuestra esposa.

Y Angiolina partió á correr por el mismo lugar por donde había venido, seguida del marqués de la Guardia, que aunque débil y enfermo, sacaba fuerzas de flaqueza y corría con suma rapidez.

—Seguid, seguid, y flanquead la monbaña, gritó Harum á los monfíes poniéndose también á la carrera tras Angiolina y el marqués, después de haber leído rápidamente la carta que le había entregado el morisco.

Aquella era la carta que Aben-Aboo había dado á Ali, para que la enviase á Harum.

Aben-Aboo había desfigurado su letra; aquella carta decía así:

«Mi señor Muley Abdalah Aben-Aboo, ha salido del castillo de Bérchul, á encontrarte, Harum-el-Geniz, y temo que le hagas traición: me apresuro, pues, á escribirte, tengo en mi poder á la sultana Amina, y será la señal de su muerte la primera noticia de una traición hecha por tí á mi señor.—Ali, esclavo fiel del rey Abdalah Aben-Aboo.»

Harum corría, y corrían los monfíes, y corría Angiolina, y el marqués excitado por el peligro de Amina iba delante de todos, por instinto, veloz como el viento, sostenido por su amor y efectuando un milagro de vigor y de fuerza, en el estado en que se encontraba.

Solo pronunciaba estas palabras:
—¡Esperanza! ¡mi Esperanza!

—Y Angiolina como si toda su vida hubiera andado en la montaña, corría también á poca distancia del marqués, y los monfies, abiertos en dos largas hileras, con las ballestas al hombro, trepaban á buen paso por la montaña, franqueándola, seguros de encerrar en un círculo al hombre que se llevaba á la sultana.

El cadáver de Aben-Aboo, quedó solo en la rambla sobre la peña, con el rostro macerado, en que reflejaban los primeros rayos del sol, y algunos moriscos rodeándole, hambrientos, desnudos, le contemplaban inmóviles con un silencio estúpido.

CAPÍTULO XLIX.

EN QUE SE CUENTA LO QUE PASÓ EN LAS CUEVAS DEL CASTILLO DE BÉCHUL.

Cuando Angiolina, según hemos dicho, se encontró después de franquear la puerta de hierro, en las escaleras de las cuevas, se deslizó rápidamente por ellas y al llegar á su fin encontró un callejón y al comedio de él, á la izquierda, otra puerta de hierro cerrada simplemente con un cerrojo.

Angiolina abrió aquella puerta: la luz de la lámpara dejó ver un espacio pequeño, en el cual había un lecho y algunos muebles, y en el lecho una mujer dormida, pero vestida y cuidadosamente cubierta.

—¡Ella es! exclamó estremeciéndose de celos y de dolor Angiolina.

Y acercó la luz de la lámpara al semblante de Esperanza, que Esperanza era en efecto.

—¡Oh! y está más hermosa, que nunca; con su semblante pálido y flaco. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿y voy yo á arrojar á esta mujer entre los brazos del hombre á quien amo?

Angiolina se detuvo.

—Pero primero es él: no le llevo una rival odiosa, le llevo su vida.

¿Haría esta mujer lo mismo que yo hago? ¡Oh! si lo haría porque le ama, y una mujer cuando ama lo sacrifica todo, hasta su alma, á su amor.

Detúvose de nuevo Angiolina.

—Y es necesario despertarla: es necesario salvarla: aprovecharé el tiempo. ¡Si Aben-Aboo despertara...! es preciso, preciso, debo tratarla con dulzura.... es necesario apurar de una manera completa el sacrificio. Todo por él, Dios mío, todo por él.

Y moviendo dulcemente á la joven, dijo:

—Despertad, doña Esperanza.

Amina abrió los ojos, los cerró deslumbrada por la luz, se incorporó en el lecho y dijo con la voz soñolienta aún, pero dulce y resignada:

—¿Quién sois?

—Miradme, y escusadme de pronunciar mi nombre, dijo Angiolina.

—¡Ah! ¡la princesa! ¡la comedianta! exclamó Amina, reconociéndola por la voz.

—¡La infeliz! dijo Angiolina con acento conmovido.

—¡La infeliz! repuso con sarcasmo Amina. ¿Qué buscáis aquí?

—Os busco á vos... y soy muy feliz en encontraros.

—¡Que me buscáis! ¿y para qué? dijo Amina.

—Para llevar con vos la vida á vuestro esposo.

—¿Pues qué? ¡mi esposo!...

—Está enfermo y loco.

—¡Enfermo y loco! exclamó aterrada Amina.

—Sí, y si vos no le volvéis la salud y la razón, sólo Dios podrá volvérselas.

—Pero... yo no puedo creerlos, vos sois mi enemiga, vos me aborrecéis; yo os aborrezco...

—¿Y qué importa nuestro mutuo aborrecimiento cuando se trata de su vida y de su felicidad? El os ama, vos

lo sois para él todo, y yo... yo que le amo quiero que sea feliz.

—No, vos no le amais tanto, dijo con un concentrado acento de celos Amina.

—¡Que no le amo! ¡que no le amo! ¡os digo yo acaso que no sereis capaz del más horrible de los sacrificios por él...! Casi soy capaz de amaros, de llamaros mi hermana, por el amor que él os tiene.

—¿No me engaíais? dijo Amina, asiendo bruscamente las manos de la veneciana, y mirándola frente á frente.

—¿Y para qué he de engaíaros? ¿Acaso tengo yo alguna esperanza de que pueda amarme don Juan? ¡Que sea él feliz al menos, ya que no puedo serlo yo! Sed también vos feliz con él, señora, y acordaos alguna vez de mí: acordaos de que me le debeis...

Angiolina rompió á llorar.

Amina se desarmó, se conmovió, confió en su enemiga y no supo qué decirle.

La veneciana se secó las lágrimas, y dijo á Amina:

—Ya sabeis el objeto que me ha traído aquí: seguidme: aprovechemos el tiempo y no hablemos más; porque nuestra conversación sería muy dolorosa.

—Una palabra no más: después de lo que haceis yo no puedo aborreceros: ¿aborrecereis vos á quien os tiende su mano?

—Perdonad, señora, pero nuestra situación es enteramente distinta: ved que necesito mucho valor para hacer lo que hago y que ese valor me podría faltar. No hablemos ni una palabra más acerca de ese asunto. Os lo suplico, os lo ruego. Pero seguidme, seguidme, porque los momentos son preciosos.

Y se dirigió decididamente á la puerta de aquella especie de mazmorra.

Amina la siguió en silencio.

Pero una vez fuera de aquel recinto, después de haber recorrido la citada mina, en que se encontraban, se perdieron en un laberinto de minas, enmarañado, oscuro, que al parecer no tenía salida.

Y pasaba el tiempo.

De repente se oyeron golpes terribles que retumbaban huecos en el subterráneo, y se repetían, cada vez más fuertes, cada vez más numerosos.

Era Ali que forzaba con un hacha la puerta de hierro de la escalera que conducía á las cuevas.

Angiolina lo comprendió.

—¡Ah! dijo, somos perdidas: Aben-Aboo ha vuelto en sí, aunque no puedo explicármelo, de su embriaguez; sin duda ha notado la falta de la llave y fuerza la puerta para perseguirnos; ya no suenan los golpes, lo que quiere decir que la puerta ha sido forzada, pero suenan pisadas sordas.

¡Oh! Dios mío, ¿y qué hacer?

—Seguid, seguid, dijo Amina: me parece que siento en el rostro el viento puro de la madrugada.

Como para confirmar el dicho de Anima, una ráfaga apagó la luz de la lámpara, y hallá al fondo de la mina se vió una leve claridad.

—Seguid, seguid, dijo Amina.

Las dos jóvenes siguieron, pero de repente y á los pocos pasos tropezaron con una puerta: sobre aquella puerta una reja circular dejaba penetrar la primera luz del alba.

—¡Una puerta y cerrada! gritó con desesperación Angiolina.

—Y se escuchan cerca pisadas rápidas, pisadas de hombre, repuso Amina con angustia.

—Si la llave con que he abierto la puerta de arriba sirviese para este postigo... dijo la veneciana.

Y probó y lanzó un grito de ale-

gría: cedió la cerradura y la puerta se abrió.

Las dos jóvenes se encontraron en el repecho de una colina.

—¡Oh! ¡amanece! somos perdidas: y esta puerta no puede cerrarse por fuera...

Y mientras Angiolina reconocía la puerta, abrióse ésta impulsada por una fuerza ruda, y apareció un hombre que la miró con ansia á la débil luz del alba.

—¡Ah! no sois vos, gritó: es esta... esta, sí...

Y asió á Amina, y partió con ella á la carrera, llevándola sobre sus hombros.

Angiolina los siguió algún tiempo sin perderlos de vista; pero el esclavo era vigoroso, había ganado una delantera inmensa á Angiolina, y esta los perdió en la revuelta de un barranco.

Y sin embargo, siguió á la ventura sin saber si acertaba ó no, aterrada, herida en el corazón, porque lo que la había arrebatado el esclavo era la vida del marqués.

Y el día esclarecía más y más, y empezaban á verse sobre las colinas al Oriente las primeras ráfagas rojas de la salida del sol.

De repente Angiolina oyó un ronco estruendo de trompetas y atabales muy cerca, y se volvió hácia donde sonaba aquel estruendo.

Al volver un repecho, se encontró de repente delante de una taifa de monfies que se ponía en movimiento obedeciendo el toque de llamada.

Al reparar en ellos Angiolina, en vez de huir, se precipitó hácia los que estaban más cerca y que al ver una mujer tan hermosa y jóven, se detuvieron.

—¿Sois monfies? preguntó con afán Angiolina.

—Sí, monfies somos, la contestaron. ¿Y tú eres morisca?

—Sí. ¿Está con vosotros Harum-el-Geniz?

—Sí. ¿Es tu pariente?

—Sí. ¿Dónde está?

—En aquella loma, en la rambla.

Angiolina llegó y habló.

Ya lo hemos dicho.

Continuemos ahora el anterior capítulo que interrumpimos.

Corría el marqués á la ventura como sostenido por la mano de Dios; le seguían Angiolina, Harum y algunos monfies: los otros flanqueaban la montaña.

—¡Guarda! ¡guarda! ¡allá vá por Gebel-el-Rabah! ¡guarda! ¡á él! ¡á él! ¡á él!

En efecto, los monfies delanteros habían descubierto á Alí, que al verlos, se volvió, se detuvo un momento, y lanzó una mirada terrible á los que le perseguían.

De repente el marqués de la Guardia torció un repecho, y Alí le vió, y tras él nuevas gentes cuando menos lo esperaba.

El marqués lanzó un grito de triunfo y desnudó su espada.

Pero apenas la había desnudado, cuando lanzó otro grito horrible de dolor, y cayó en tierra.

Había recibido en el pecho un ballestazo disparado por Alí, que asió inmediatamente á Amina, y se dió á correr por una rambla abajo en dirección á una roca tajada.

La intención de Alí era manifiesta: no pudiendo salvarse, porque le perseguían por derecho y le flanqueaban concibió el terrible proyecto de arrojarle con Amina, antes que entregarla, por aquella cortadura.

Al ver caer al marqués, al adivinar la terrible resolución de Alí, Harum se cubrió de un sudor frío, y arrancando á uno de los monfies que llevaba al lado, su ballesta armada, exclamó deteniéndose:

—Es aventurado: es terrible; pero es preciso.

Y encarándose la ballesta, apuntó con lentitud y disparó.

El venablo partió silbando, y fué á clavarse en el cráneo de Ali, que rodó por tierra con Amina.

Amina estaba desmayada. Harum, que ignoraba si el marqués había sido herido de muerte ó no, cuando se alejaron, volvió al sitio donde estaba el marqués.

Angiolina le miraba sentada en el suelo, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, y de tiempo en tiempo soltaba una carcajada.

¡Se había vuelto loca!

Harum la hizo apartar de allí, recogió al marqués que sólo estaba herido levemente, y se alejó con sus monfies, dejando abandonado á Ali, que había muerto mártir de su fidelidad á su señor.

Tres días después, repicaban todas las campanas de Granada.

Este repique general era en albricias de que se había acabado la guerra de las Alpujarras.

La prueba de que la guerra se había acabado, adelantaba por el camino de Armilla, cerca ya del puente de Genil, en dirección á la puerta del Rastro.

Veamos en qué consistía esta prueba.

Gran multitud de gentes estaban á los lados del camino; hasta en los árboles había expectadores; detrás de una inmensa muchedumbre de gentes de todas clases, edades y sexos, que servían, por decirlo así, de flanqueadores, venía Leonardo de Rótulo, alcaide del presidio de Cádiar, con su medio arnés de ginete, su banda de capitán, y caballero en su rocín. A la izquierda del alcaide iba Francisco de Barredo, vestido á la castellana, con una gorra de velludo, una loba de ca-

melote y unas calzas de grana atacadas y botas altas, á caballo también y sin armas: á la derecha, igualmente caballero en un magnífico caballo andaluz rodado, con arneses de guerra, iba Harum-el-Geniz, con el ostentoso traje de wali de los walfes de los monfies, y llevando en las manos el alfanje y la escopeta de Aben-Aboo.

Detrás iba el cadáver de Aben-Aboo sobre un mulo, entablillado el cuerpo bajo los vestidos, para que pudiese tenerse derecho como si cabalgara vivo, y á los dos lados una taifa de monfies con las ballestas al hombro, y llevando ya, en señal de vasallaje, y como soldados del rey, las armas reales de España sobre los pechos.

Luego seguían los moros que se habían acogido al perdón, á pie y á caballo, con sus bagajes y sus mujeres y familias: los que llevaban ballestas, quitadas las cuerdas: los que arcabuces y escopetas, las llaves: á los lados, llevando á los moriscos entre filas, iba la cuadrilla, de infantería del capitán Luis de Arroyo, y en la retaguardia, cerrando la marcha, con un estandarte de caballos, Jerónimo de Oviedo, comisario de la gente de guerra de los presidios de las Alpujarras.

Entraron en el orden que hemos marcado por la puerta del Rastro de la ciudad, haciendo salvas los arcabuceros, contestando la artillería de la Alhambra, y entre los repiques de campanas y la alegría de los de Granada, que se consideraban salvos con haberse acabado la guerra.

Llegaron hasta el palacio de la Chancillería, donde los recibió el duque de Arcos, el presidente don Pedro de Deza y los demás del consejo, y los caballeros y vecinos principales de Granada.

Leonardo Rótulo, Harum-el-Geniz, y Francisco Barredo, subieron á la cámara donde el consejo estaba y

Harun entregó al presidente el alfanje y la escopeta de Aben-Aboo, y besándole las manos en representación del rey, le rindió justo homenaje á nombre de los moriscos de las Alpujarras.

Dijéronle los del consejo muchas lisonjeras palabras, hiciéronle muchas preguntas á que Harun contestó con dignidad, y luego, asegurando á los moriscos perdonados el cumplimiento de lo que se les había ofrecido, mandaron arrastrar y hacer cuartos el cadáver de Aben-Aboo, y poner su cabeza en una jaula de hierro sobre el arco de la puerta del Rastro, que sale al camino de las Alpujarras.

—Oid, hermanos, decía poco después escondido entre las breñas de las Alpujarras, Harun á sus monfíes: todo se ha perdido: alentar nuevas esperanzas, sería una locura. Nos faltó nuestro emir, y nos faltó todo. Lo hemos vengado: las cabezas de los dos asesinos están la una junto á la otra en dos jaulas de hierro, sobre una puerta del muro de Granada. Los de Africa y los de Turquía no nos socorrerán. Yo os aconsejaría que más bien que quedaros aquí, pasáseis á Africa y sirviéseis al dey de Argel ó al rey de Marruecos. Quédese aquí quien quiera, pero hará mal: los buenos tiempos en que los monfíes podían hacerse respetar han pasado, y lentamente irían dando en las manos de los cuadrilleros, y de ellas en la horca. Dios lo ha querido así, hijos míos. Voy á daros en nombre de nues-

tro desgraciado señor el último oro: después yo, consagrándome á la sultana Amina, salgo de España. Esta es la última vez que nos vemos, valientes, y al deciroslo se me escapan las lágrimas. ¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad!

Los monfíes se arremolinaron y todos, unos después de otros, vinieron á rendir su último homenaje á su primer wali.

Harun dió á cada uno parte del oro que contenía un enorme cofre de hierro, abrazó á los capitanes, les dió sus últimos consejos, y montó á caballo y se separó de ellos.

Al trasmontar la cumbre de una loma, revolvió su caballo, y miró por última vez á aquellos bravos soldados con quienes había pasado la mayor parte de su vida: extendió los brazos hácia ellos y dijo, llorando como un niño, aunque por la distancia no le podían oír:

—¡Ah! ¡no creía yo que había de llegar un día en que me separara de vosotros para no volveros á ver, mis valientes monfíes, hermanos míos!

Y los monfíes, cuyos rostros estaban vueltos hácia él, como si le hubieran comprendido, agitaron sus tocas en señal de despedida, y el eco hizo retumbar un gemido inmenso, el gemido de diez mil bocas en las montañas circunvecinas.

En aquel momento se ponía el sol.

Harun revolvió desesperado su caballo y le lanzó á toda carrera por el camino de Cádiar, exclamando:

—¡Estaba escrito!

EPÍLOGO

Pasaron tres meses.

Al cabo de ellos, en una hermosa mañana de Julio, salieron por la puerta del Mar de Almería, un caballero anciano, otro joven, pero pálido y hermoso, y al parecer débil, que se apoyaba en el brazo de una dama hermosísima, que le miraba á cada paso con suma solicitud.

Al lado de estos dos jóvenes iba una doncella que llevaba en brazos una niña como de dos á tres años, tan hermosa como la dama.

Por último, detrás iba una numerosa servidumbre.

Nos parece inútil decir que aquellas personas eran Calpuc, el marqués de la Guardia, ó mejor dicho, el duque de la Jarila, su esposa la noble y hermosa duquesa doña Esperanza de Cárdenas y su pequeña hija.

Llegaron á la ribera, entraron en una lancha y se dirigieron en ella á una enorme galera de dos bandas surta en el puerto.

Cuando saltaron á bordo, se quedaron mirando con inquietud á la playa.

—¿En qué consistirá la tardanza de Harum? dijo Amina: sabe que á pesar de que el rey disimula con nosotros, no estamos seguros, y que es prudente apartarnos cuanto antes de España.

—Hélo ahí, hélo ahí, dijo con la

Alegría de un niño el marqués de la Guardia: mirale, Esperanza mía: pero es que no comprendo esa multitud de acémilas que le siguen cargadas de toneles.

—¡Ah! ni yo tampoco, dijo Esperanza.

—Ni yo, añadió Calpuc.

—Pronto lo hemos de ver, dijo el marqués, porque embarca en lanchas los toneles.

—Apostaría á que sé lo que aquello es, dijo Calpuc.

—El tesoro de mi infeliz padre, dijo Esperanza conmovida: ¡oh! ¡pluguiera á Dios que nos apartáramos miserables de España pero con él!

Cuando Harum puso á bordo los toneles, dijo á Esperanza:

—Poderosa sultana, todo lo que enriquecía el alcázar de tus abuelos, sus joyas, sus tesoros, va contigo.

—¡Y esa pobre mujer! dijo Esperanza casi al oído de Harum.

—¡Ah! ¡la horrible veneciana! su locura es admirable; á mi despecho he dejado casi un tesoro en manos de mi hermano Gonzalo para que cuide de ella: ¡Bah! á pesar de todo la tengo lástima: ¡le amaba tanto! ¡y le cree muerto!

—¿Qué es eso? dijo el marqués.

—Nada: hablábamos de si Harum había dejado algo á su familia para que se consolase de su ausencia, dijo Esperanza enjugándose un lágrima

Harum se volvió al patrón que se paseaba sobre cubierta:

—Nostramo, le dijo: á zarpar: el viento es fresco: rumbo á las costas de Francia y que Dios nos dé buen pasaje.

Poco después la galera, viento en popa, adelantaba gallardamente, reclinada sobre su costado.

II.

Diez años después, la infeliz doña Isabel de Córdoba y de Valor, mártir del amor, asesinado su esposo por su hijo, muerto su hijo por sus parciales, murió en el convento de Santa Isabel la Real de Granada, á donde se había retirado, y el mismo día en que una jóven acompañada de su madre, y de un caballero más bien viejo que jóven, preguntaban por ella en la portería.

La enfermedad de doña Isabel era una consunción lenta; se había secado en su corazón el raudal de las lágrimas; la sonrisa no aparecía jamás en su boca, y pasaba la mayor parte de su tiempo, arrodillada ante Dios en el coro, inmóvil y silenciosa como una estátua.

Desde que se había retirado al claustro, nadie había ido á preguntar por ella, únicamente de mes en mes llegaba una carta de Francia; aquella carta contenía cuatro cosas: consuelos delicados como pudieran suponerse los de un ángel; la firma de Esperanza de Cárdenas: la de Harum-el-Geniz, y una libranza de cien ducados contra genoveses.

Doña Isabel besaba aquella carta, la metía con las anteriores en una cartera, se ponía la cartera sobre el corazón, y entregaba la libranza á la abadesa, diciéndola siempre:

—Dad á los pobres, señora, lo que después de lo más preciso para mi sustento, sobre de esa cantidad.

Maravillóse, pues, la madre tornera de que á los diez años una voz de dama, y de dama al parecer por lo mesurado y noble de sus palabras, muy principal, preguntara por doña Isabel de Córdoba y de Valor.

—¡Ah! señora, está enferma y acaso Dios la llame hoy mismo.

La dama exhaló un ligero grito.

—¡Ah! exclamó ¡pues necesito verla! ¡deseo verla! ¡oh Dios mio!

—¡De modo que si fuérais una parienta suya inmediata!

—¡Soy hija de su difunto esposo! dijo con angustia la dama.

Mediaron mensajes, y al fin la superiora permitió que la dama y la niña entrasen, pero no fué posible que entrase el caballero, que se quedó, renegando del que había inventado la clausura, en la portería.

Las dos señoras entraron en una humilde celda: doña Isabel con los hermosos ojos dilatados, flaca, blanca hasta lo diáfano, sonrió imperceptiblemente al ver á la dama y á la niña.

—¡Oh! ¡bendito sea Dios, exclamó, que me envía un angel antes de morir!

—¡Madre mía! exclamó Esperanza arrojándose sobre doña Isabel y besándola.

La enferma pareció reanimarse, y por primera vez después de diez años, brotaron lágrimas á sus ojos.

—¿Y tú eres feliz, hija mía? la dijo.

—¡Oh! ¡sí! y sería más feliz si os encontrase buena, si os pudiese llevar conmigo. Mi esposo ha vuelto á España, y á fuerza de oro ha conseguido que se reconozcan nuestros títulos.... pero vos....

—¿Y qué importo yo? déjame ver á tu hija á la nieta de mi Yaye...

Doña Esperanza se levantó de sobre el rostro de doña Isabel, y asió á su hija de la mano.

Al verla la enferma dió un grito horrible.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó, ¡me traes en esa niña, cuando voy á morir, su rostro y su mirada!

En efecto, la nieta se parecía enteramente al abuelo.

Doña Isabel no volvió á hablar, y murió aquella tarde entre los brazos de Esperanza.

Esta salió llorando, la niña triste; y Harum, que era el caballero que se había quedado fuera, blasfemando.

Peró le quedaba á Harum que ser testigo de otra agonía, aunque no le fué tan dolorosa.

Un mes después tomó á caballo y solo el camino de las Alpujarras.

—Es un extraño capricho, decía para sus adentros, que la sultana Amina (Harum cuando hablaba consigo mismo no daba otro nombre á la hija del emir), se interese tanto por la suerte de esa mujer que le ha hecho probar tantas desgracias y que casi casi tiene la culpa de que no se siente en un trono: como que si el emir no hubiera sido herido y preso en la Inquisición..... ¿Y qué necesidad tiene la sultana?... está más hermosa que nunca: el señor duque de la Jarilla, su muy adorado esposo, ha hechado fuera la ruinera, y la adora: Dios no los ha castigado con hijos: la luz de mis ojos, la pequeña Estrella no puede ser más cándida ni más hermosa: pues señor, véngase vuesamerced á las Alpujarras, donde necesariamente tengo que padecer, aunque no sea más que por los recuerdos, á saber de una loca castigada justamente por Dios. Vamos: si yo no la amara tanto...

Atravesaba en aquellos momentos un desfiladero que conocía demasiado, y detuvo su caballo, se puso las dos manos en la boca á manera de embudo y lanzó un grito salvaje.

El eco le repitió á la redonda: pero nadie contestó á aquel grito.

—¡No queda ni uno solo! exclamó roncamente Harum: si uno solo quedase, estaría precisamente aquí, en el lugar más inaccesible, más solitario, más seguro. En otro tiempo, cuando yo hacía esta señal, de detrás de cada piedra salía un monfi. ¡Y pensar que yo paso ahora por aquí como un forastero! ¡Yo que he sido el rey de la montaña! ¡Y ver que las rocas están en el mismo sitio, y que los monfies han pasado como si no hubieran existido nunca! ¡Ira de Dios!

Apretó las espuelas á su caballo, y llegó aquella misma noche á Mecina de Bombarón, y á casa de su hermano Gonzalo.

Después de la charla natural de dos hermanos que no se han visto en diez años, Harum preguntó por doña Angélica.

—¡Pobre señora! dijo Gonzalo: ¡y cuánta compasión me causa á pesar de todo!

—¿Continúa en la locura....?

—Cada vez más furiosa... pero Dios ha tenido compasión de ella...

—¡Cómo!

—El médico dice que se muere.

—Perdónela Dios, dijo friamente Harum.

—¡Oh! ven, hermano y te juro que tendrás compasión de ella.

Y le llevó á un aposento inmediato.

—¡Oh! lo de siempre, exclamó, viendo un lecho vacío y revuelto; se ha escapado á la montaña.... y en el estado en que se encuentra.... y de noche... ¡Gabriela! ¡hija! dame mi loba y mi arcabuz, y suelta á la Ventura.

—¿Pero, á dónde vas Gonzalo?

—¡Dónde he de ir sino por ella! infeliz.... ven conmigo, si quieres; ven, y verás una cosa que te partirá el corazón... yo no creí que pudiese amar tanto una mujer.

—¡Amor maldito! dijo Harum siguiéndole á su hermano.

Por el camino que hacían á gran paso, guiados por Ventora, Gonzalo contó á Harum como Angiolina tenía el capricho de vestirse de blanco; que al contrario de otras locas se aliñaba, se peinaba, cuidaba de sí misma, y que cuando la preguntaban las traviesas muchachas, si lo hacía para enamorar á alguien, contestaba:

—¡Oh! ¡sí! cuando voy á verla las noches de luna, cuando me arrodillo delante de la cruz, él se levanta detrás de ella, y me mira fijamente... es mi amado, y es muy hermoso..... yo quiero parecerle hermosa.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo al oír esto Harum.

—Y es inútil pretender que no vaya á la montaña: siempre inventar un medio ingenioso para escaparse.

—¡Oh! sí: plugiera al Altísimo que no hubiera tenido tanto ingenio, replicó Harum.

—Y es preciso llevar para encontrarla á la Ventora, porque unas veces va al castillo de Bérchul, otras á la cueva, otras á Gebel-Rabah... pero esta noche según el camino que lleva la Ventora, ha ido á la sepultura.

—¿A qué sepultura?

—Á la sepultura de su amante.

—¡Ah!

—Sí: hay un lugar al pié de Gebel-Rabah, donde ha puesto una cruz formada con ramas de pino, donde pretende que duerme su enamorado, cuya sombra se levanta cuando ella llega.

—¡Dios la ha castigado en justicial

—Ha sido demasiado castigo, Harum. Pero vamos llegando; mucho será que nos la encontremos...

—¡Muerta!

—¡Bien pudiera ser! ya te he dicho que el médico la había sentenciado, y estaba débil...

En aquel momento ahulló la perra.

—¡No te lo decía yo! dijo Gonzalo, y se precipitó á un cercano repecho.

Harum le siguió.

De repente se levantó una sombra blanca al rayo de la luna, corrió hácia ellos, y cayó entre los brazos de Gonzalo el Geniz.

—¡Ah! ¡socorredme! exclamó: ¡yo no sé donde estoy! ¿quién me ha traído aquí? Sola, de noche, vestida de blanco, tendida sobre una sepultura.

—Habéis venido á ver á vuestro amante como otras veces.

—¡A mi amante! exclamó Angiolina y rompió á llorar.

—¡Oh! cuidado, Gonzalo, cuidado, dicen que los locos cuando lloran recobran la razón.

—¡Los locos! ¡los locos! exclamó Angiolina. ¿Con que he estado loca? ¿Quién sois vos? acercáos, no os veo.

—Soy Harum-el-Geniz.

—¡Ah! ¡Dios mío! sí, es cierto, ¡este lugar! aquí le ví caer herido: mi sacrificio fué inútil... ¿cuándo sucedió eso...? ¿cuándo...? no me acuerdo: me parece que acaba de suceder.

—Vuestro sacrificio no ha sido inútil, señora, porque el marqués vive.

—¡Pero no vivirá muriendo como yo! ¿no es verdad?

—El marqués es muy feliz, dijo el rencoroso Harum, que no podía olvidar los crímenes á que su amor había llevado á Angiolina.

—¡Feliz, muy feliz! exclamó con ánsia de amor ella.

—¡Oh! ¡sí!

—¿Y ha recobrado la salud?

—¡Oh! ¡sí!

—¡Gracias, Dios mío! ¡gracias! exclamó Angiolina: ¡tú no has querido que muera desesperada!

Y sus rodillas se doblaron, y Gonzalo se vió obligado á sostenerla.

—Decid... á la sultana... que me perdone... y á él... á él no le digais nada... ¡sí por milagro algún día preguntase... por mí... decidle que vivo... y que... soy feliz!

Angielina no habló más: algún tiempo después murió.

Harum al verla pálida, muerta, inmóvil, exclamó:

—[Hermosa aun muerta! ¡Era mucha, mucha mujer! ¡Perdónela Dios!

—Ya no verán más los pastores á la Dama Blanca de la montaña, como llamaban á doña Angélica.

—Ni á los monfies, replicó suspirando Harum.

Y, sin embargo, si viajais por las Alpujarras sobre la escueta albarda de un asno vigoroso; si alguna vez

al amanecer se levanta la niebla sobre los barrancos remedando figuras fantásticas, el arriero, que probablemente será oriundo de los moriscos, os preguntará señalándoos las crestas envueltas por las brumas:

—¿Sabe usted lo que es aquello?

—Aquello es niebla, le responderéis.

—¡Niebla, eh! para mi abuela: aquella figura alta que anda tan reposadamente es la Dama Blanca de la montaña: y las otras figuras que la siguen, los Monfies de las Alpujarras.

FIN.

INDICE DEL TOMO II.

TERCERA PARTE.

La rebelión.

	PÁGINAS.		PÁGINAS.
CAPÍTULO I.—El Castillo y la Atalaya	3	Herrera	119
CAP. II.—El peregrino y el ermitaño	11	CAP. XVIII.—El palacio encantado	123
CAP. III.—La recua, el carro y el ginete	17	CAP. XIX.—El exámen de Doctrina Cristiana	136
CAP. IV.—El Corral del Carbón	24	CAP. XX.—De cómo fué el casamiento del marqués de la Guardia	142
CAP. V.—De lo que vió y oyó Diego López en el poco tiempo que estuvo en la hospedería del Carbón.	35	CAP. XXI.—Continuación del anterior.	151
CAP. VI.—En que continúa un asunto suspendido en el anterior	42	CAP. XXII.—Lo que hicieron contra el emir Aben-Aboo y Aben-Jahuar.	155
CAP. VII.—De cómo hasta el fin del capítulo no pudo sacar nada en claro Aben-Aboo acerca de sus inquilinos.	48	CAP. XXIII.—Cómo trataba Yaye á sus parientes	159
CAP. VIII.—El Panderete de las Brujas.	57	CAP. XXIV.—De cómo se encontraron reunidas de una manera extraña, personas que se creían muy separadas	163
CAP. IX.—De cómo por el amor se olvidó la amistad	69	CAP. XXV.—De qué modo satisfizo Mari-Blanca la honra de su padre.	173
CAP. X.—En que se trata de lo que pasó entre la sultana Amina y Aben-Aboo	78	CAP. XXVI.—De cómo fué para la villa de Cádiar y para otras muchas las Alpujarras una noche muy mala la Noche-Buena de 1568	179
CAP. XI.—Alianza de sangre y lodo	83	CAP. XXVII.—Continúa el asunto interrumpido en el anterior.	189
CAP. XII.—De cómo fué la proclamación de Aben-Humeya.	87	CAP. XXVIII.—Continúan las escenas de sangre	195
CAP. XIII.—Cómo estaba gobernada la villa de Cádiar	98	CAP. XXIX.—De lo que aconteció aquella misma noche en Granada	208
CAP. XIV.—El licenciado Juan de Rivera.	101	CAP. XXX.—Complemento del anterior	206
CAP. XV.—Lo que iba á hacer á Cádiar Aben-Jahuar-el-Zaquer.	106	CAP. XXXI.—De cómo supo Yaye que su mala estrella se le hacía cada vez más enemiga.	209
CAP. XVI.—De qué manera servía á quien le pagaba, maese Barbi- llo	113	CAP. XXXII.—En que se vé que se	
CAP. XVII.—El capitán Diego de			

estrechan las distancias entre nuestros personajes.	213
CAP. XXXIII.—En que el autor deja la Historia para tomar otra vez la novela.	218
CAP. XXXIV.—De cómo puede parecer feliz y aun serlo á medias un desgraciado	220
CAP. XXXV.—El reverso de la medalla.	228
CAP. XXXVI.—En que el autor	

descubre donde estaban los que se habían perdido.	230
CAP. XXXVII.—En que se cuentan sucesos horribles	239
CAP. XXXVIII.—En que empieza á desenlazarse nuestra historia con la salida para la Eternidad de dos de sus principales personajes	247
CAP. XXXIX.—De cómo se perdieron de nuevo Amina y el Marqués.	250

CONCLUSIÓN.

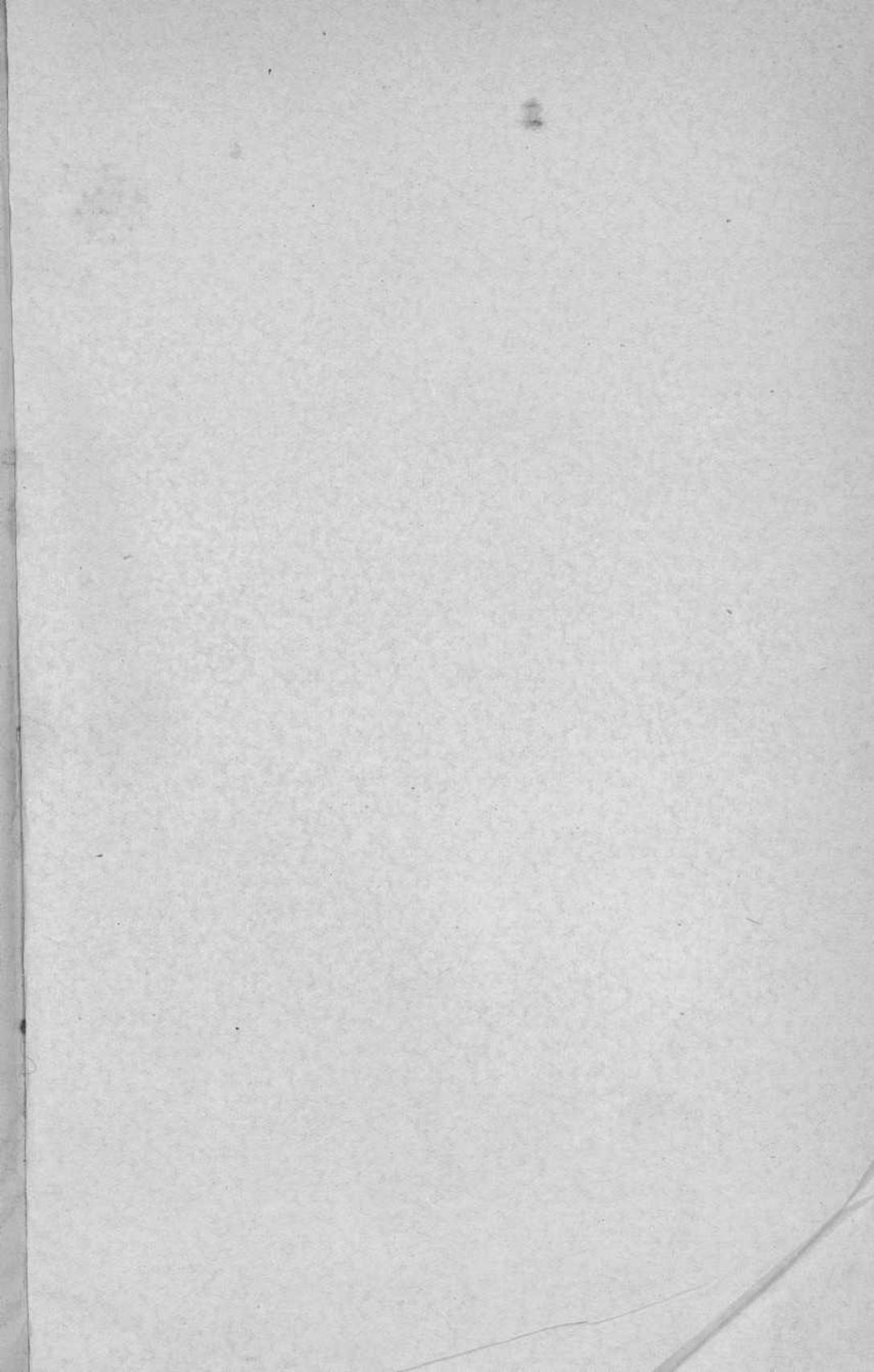
La venganza de los Monfíes.

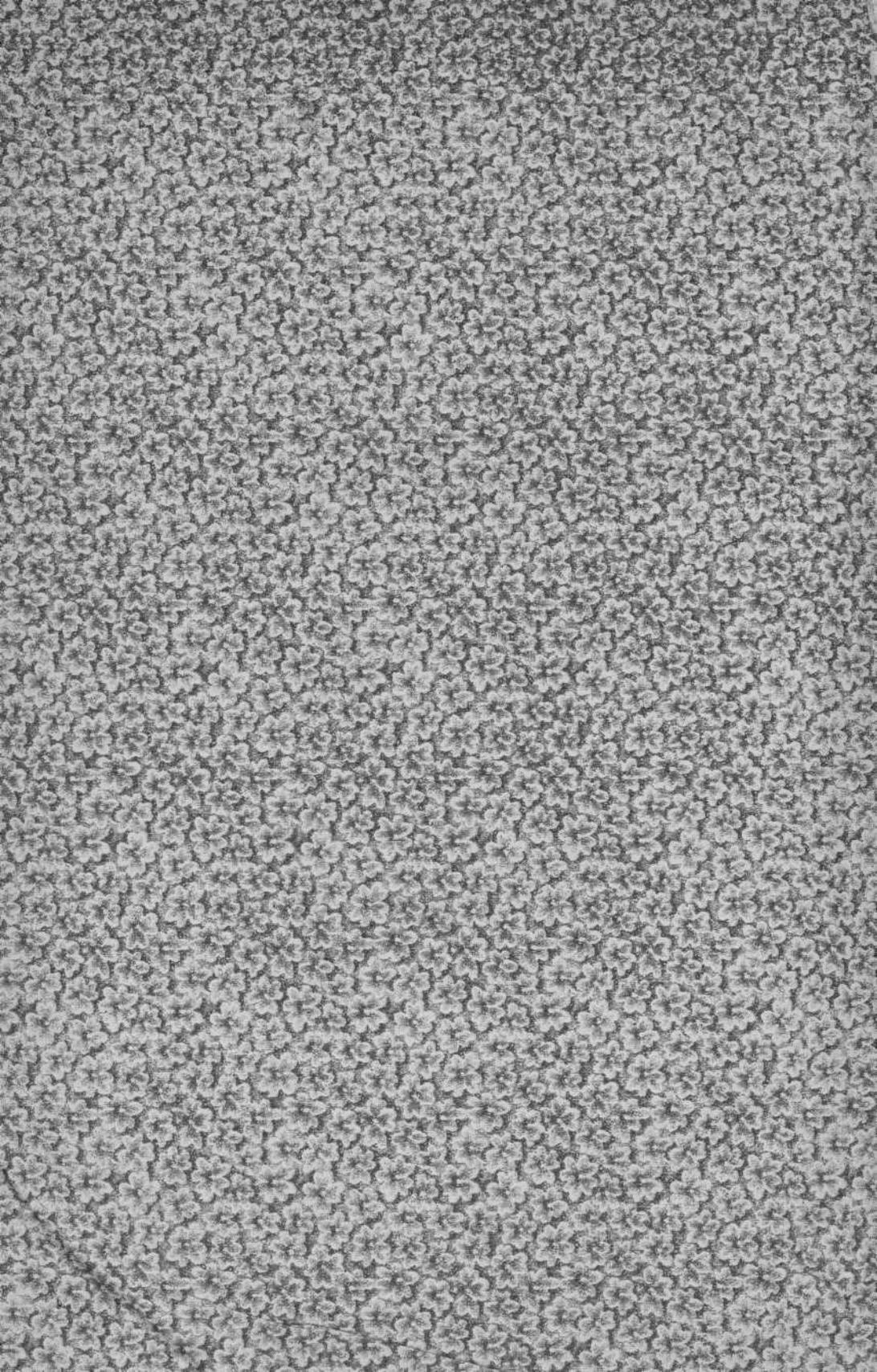
CAP. XL.—En qué estado se encontraba la guerra de las Alpujarras algunos meses después de los sucesos anteriores	254
CAP. XLI.—De lo que aconteció á los moriscos de Granada la víspera de San Juan de 1569.	264
CAP. XLII.—De cómo empezaba Harum á vengar al Emir.	267
CAP. XLIII.—De cómo la princesa Angiolina Visconti volvía á ser un instrumento manejado por Harum.	270
CAP. XLIV.—De cómo los capitanes turcos sirvieron á Aben-Áboo ó creyeron servirse á sí mismos.	274
CAP. XLV.—En que volvemos á encontrar al perdido marqués de la Guardia, y se sabe cómo se esca-	

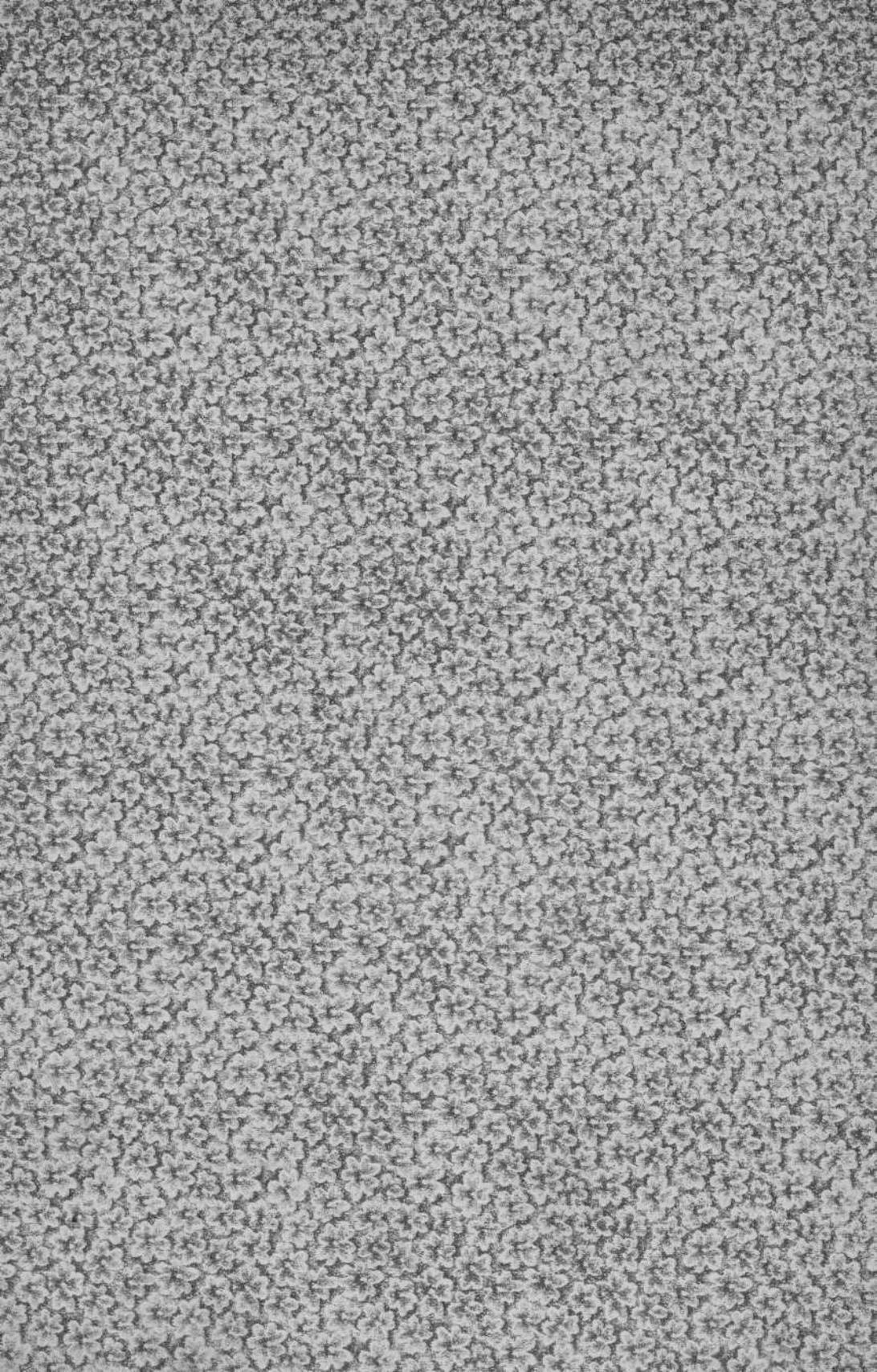
pó del subterráneo de la Princesa Encantada, y la escena que tuvo con su antigua amante	279
CAP. XLVI.—De cómo fué la muerte de Aben-Humeya	283
CAP. XLVII.—Reseña de la continuación de la guerra de las Alpujarras hasta su terminación	292
CAP. XLVIII.—En que se sabe, entre otras muchas cosas importantes, de qué muerte murió Aben-Áboo	298
CAP. XLIX.—En que se cuenta lo que pasó en las cuevas del casti- llo de Bérchul	308

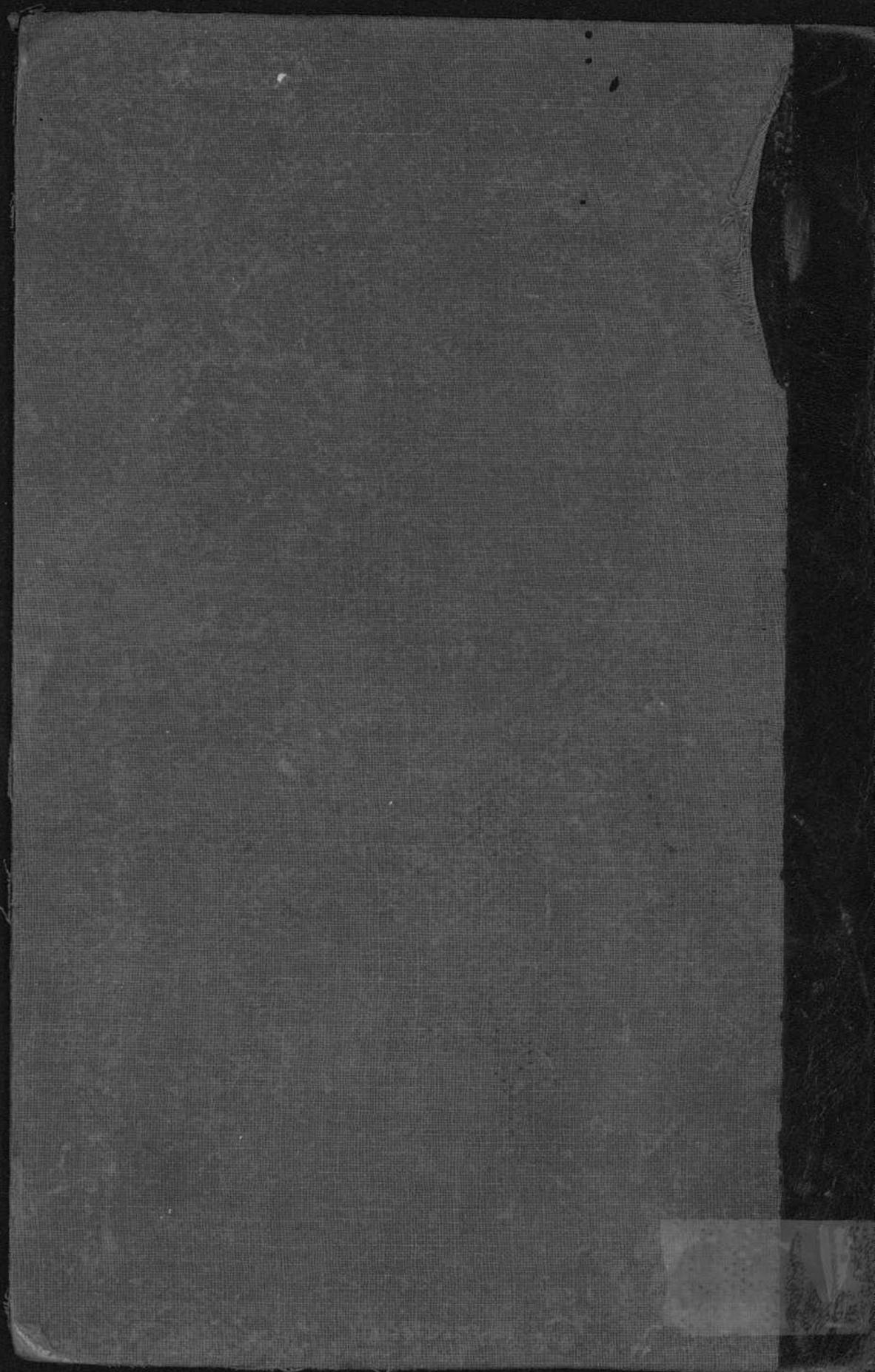
EPÍLOGO.

I.	313
II.	314









GONZÁLEZ

LOS MONFIES

I

953

1659